ASI FUE LA SEGUNDA GUERRA MUNDIAL

ASI FUE LA SEGUNDA GUERRA MUNDIAL

ASI FUE LA SEGUNDA GUERRA MUNDIAL
es una edición de Editorial Anesa - Noguer - Rizzoli
Título original de la obra: HISTORY OF THE SECOND WORLD WAR

Impresión: Rizzoli Editore, Via Civitavecchia, 102, Milán.
Printed in Italy.
AMÉRICA NORILDIS EDITORES SOCIEDAD ANÓNIMA (ANESA), Cangallo 564, 1º,
Buenos Aires, Argentina.
Hecho el registro de la Propiedad Intelectual y el depósito que marca la ley 11723.

ASI FUE LA SEGUNDA GUERRA MUNDIAL





De la guerra en el Mediterráneo a la contraofensiva rusa de invierno (enero 1941-marzo 1942)

ANESA - NOGUER - RIZZOLI

EDICION ORIGINAL INGLESA

dirigida por **sir Basil Liddell Hart**, *capitán, historiador y crítico militar, redactor de la Enciclopedia Británica;*

y por **Barrie Pitt**, *colaborador de la Enciclopedia Británica y asesor militar del "Sunday Times Magazine",*

con la colaboración del Imperial War Museum

Colaboradores del volumen segundo

Pieter Lessing
corresponsal de guerra sudafricano

Alan Palmer
historiador inglés, especialista en Historia Militar Moderna de los Países Balcánicos

Edwin Packer
escritor y periodista inglés, colaborador del "Guardian", del "Observer" y del "New Society"

Olivia Manning
escritora inglesa

Peter Elstob
periodista inglés

D. M. Davin
oficial neozelandés, adjunto al servicio de información en Grecia, en el frente libio y en Italia

Friedrich August von der Heydte
comandante de un batallón paracaidista alemán en Creta; en la actualidad general de brigada en la Bundeswehr

J. L. Moulton
general de división, comandante en jefe de varias unidades británicas, experto en operaciones combinadas

H. Stafford Northcote
periodista y escritor inglés

Peter Kemp
capitán de corbeta y experto británico en cuestiones navales y militares

Gerhard Junack
oficial del "Bismarck" con el grado de capitán de corbeta

Roger Manvell
especialista inglés en historia del nazismo

Heinrich Fraenkel
periodista alemán

Juliette Marres
periodista holandesa

Jean-Léon Charles
profesor belga de Historia Militar y Contemporánea en la Real Escuela Militar de Bruselas

R. H. Barry
general de división, jefe del servicio de información del Cuerpo Expedicionario británico en Dunkerque

Anthony Rhodes
escritor y periodista inglés

Malcolm G. Saunders
especialista en historia naval soviética

John Foley
escritor inglés, soldado carrista, adjunto al Gabinete de Guerra

Joachim Röseler
historiador alemán

Kenneth J. Macksey
comandante, especialista inglés en estrategia de medios acorazados

Asher Lee
escritor y periodista inglés

Malcolm Mackintosh
escritor y periodista escocés; oficial de enlace entre el Ejército británico y el Alto Mando soviético

John Erickson
escritor inglés, especialista en historia militar soviética

N. K. Popel
primer comisario político del Cuerpo de Ejército mecanizado VIII soviético; participó en la ofensiva de Stalingrado

Alfred Philippi
especialista alemán en historia militar: oficial en las campañas de Polonia, Francia, los Balcanes y Rusia, como adjunto de Estado Mayor

EDICION ESPAÑOLA

Asesores
- D. Manuel Aznar Zubigaray, *historiador militar, embajador de España y periodista*
- D. Ramiro Lago García, *general de División*
- D. José Ramón Lago Vázquez, *capitán diplomado de Estado Mayor*

Geoffrey Jukes
experto británico en cuestiones soviéticas y en problemas de desarme

Walther Charles de Beaulieu
jefe de EM del general Guderian, oficial de EM del general Hoeppner, comandante de una división alemana en el frente oriental

A. F. Upton
escritor inglés, especialista en Historia finlandesa

David Woodward
secretario de embajada y corresponsal de guerra del "Manchester Guardian" y del "Times"

Michael Mason
periodista inglés

Sir Geoffrey Evans
escritor y periodista inglés, oficial en las campañas del Norte de África, Etiopía y Birmania, comandante de las fuerzas aliadas terrestres en Siam después de la rendición de los japoneses

David Elstein
publicista inglés

Christopher Hart
especialista inglés en estrategia de la guerra del Pacífico y en Historia Contemporánea

Donald Macintyre
especialista inglés en problemas navales, comandante de formaciones de escolta en la batalla del Atlántico

Richard Humble
publicista inglés

David Mason
periodista y escritor inglés, colaborador del "Sun" y del "Sunday Times"

Robert D. Heinl Jr.
militar estadounidense

Arthur Swinson
periodista y escritor inglés

Tokuji Morimoto
militar japonés

Mutsuya Nagao
militar japonés

Keith Hindell
especialista inglés en problemas políticos y económicos

G. K. Zukov
jefe del Estado Mayor General soviético

D. M. Proektor
historiador soviético, especialista en problemas militares

Peter Young
voluntario para servicios especiales, oficial de "comandos" en las islas Lofoten y en la incursión de Dieppe

T. W. Willans
escritor inglés, paracaidista en las campañas de Francia y de Grecia, iniciador de la técnica de salto con caída libre

W. B. Kennedy Shaw
experto británico en problemas árabes; sirvió en el "Long Range Desert Group" y en el "Special Air Service" (Norte de África)

Fritz Bayerlein
jefe del Estado Mayor de Rommel y comandante del Afrikakorps

Alfred Gause
jefe del Estado Mayor del Grupo de Ejércitos a las órdenes de Rommel

Alan Wykes
escritor inglés

Alan Clark
historiador inglés

Giuseppe Mancinelli
teniente general y ex-jefe del Estado Mayor de la Defensa

Luigi Durand de la Penne
comandante de medios de asalto



INDICE



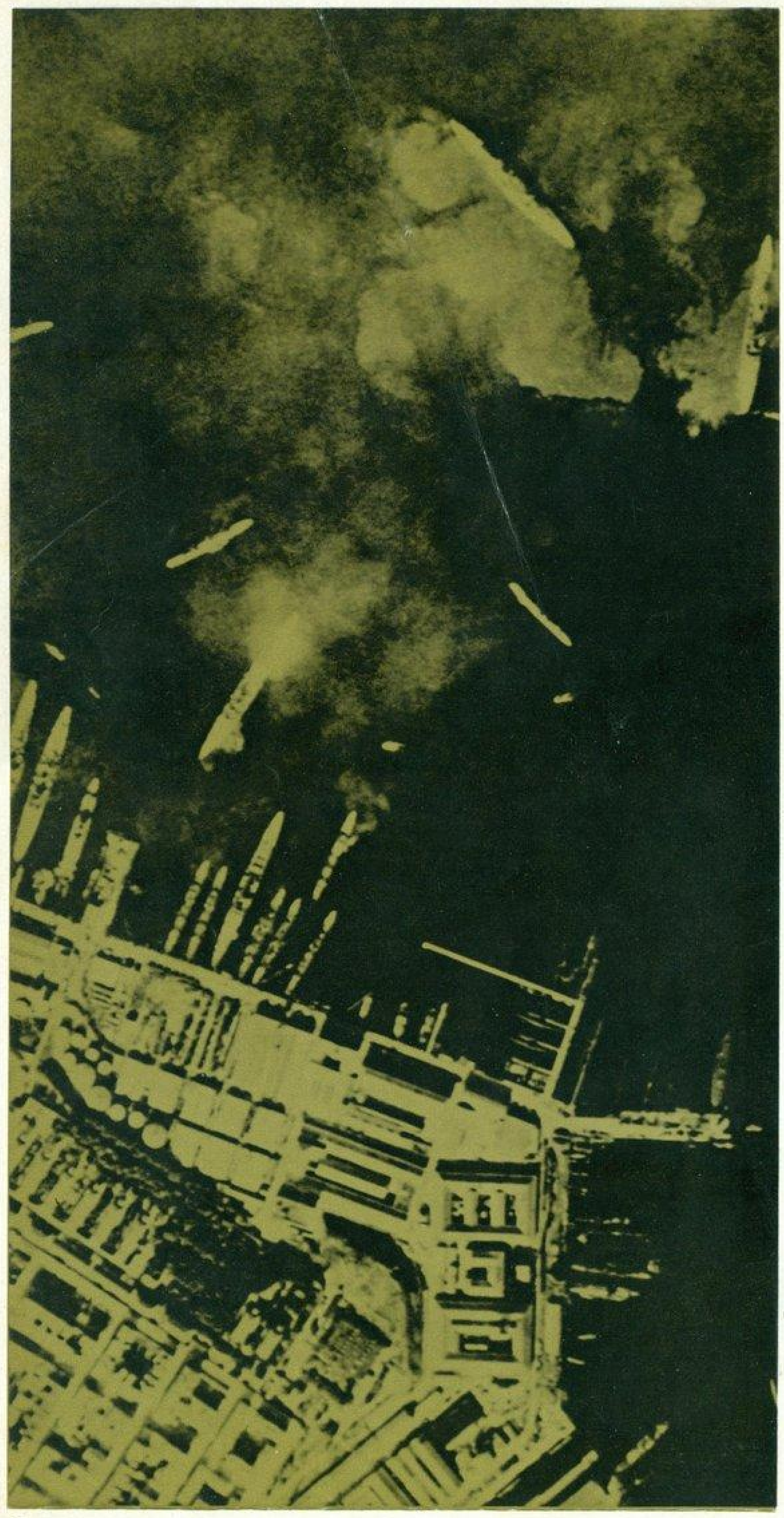

WH-683309



J. C. E. SMITH

GUERRA NAVAL EN EL MEDITERRANEO

La existencia de las bases británicas en Oriente Medio dependía de que se pudiera mantener el libre tránsito de los convoyes ingleses por el Mediterráneo; por ello, el Eje decidió cortar esta vía de comunicación que iba desde Gibraltar a Alejandría. Pero los ataques lanzados oportunamente por la Marina y la Aviación naval inglesas contra Tarento y Génova destruyeron, desde el primer momento, las esperanzas italianas de dominio del Mediterráneo.



Después de la caída de Francia, Gran Bretaña dominaba los dos extremos del Mediterráneo con importantes fuerzas, que tenían sus bases en Gibraltar y en Alejandría. Italia dominaba el sector central, con las bases navales de Mesina y Palermo, en Sicilia; Tarento y Nápoles en el sur de la península, y Bengasi y Trípoli en la costa septentrional de África. En cuanto a buques de línea, la Escuadra británica tenía una pequeña ventaja sobre la italiana, pues contaba con seis acorazados y dos portaaviones, mientras que los italianos disponían de seis acorazados pero ningún portaaviones; sólo tenían bases aéreas en tierra. No obstante, podían oponer 21 cruceros[1] a los ocho ingleses; 50 destructores y otros tantos torpederos a los 37 destructores británicos, y más de 100 submarinos a los ocho del adversario. En cuanto a la relación de las fuerzas aéreas, los italianos disponían en el sector mediterráneo de unos 2000 aviones[2] y los ingleses de unos 200. Por último, a pesar de la superioridad naval alcanzada en un determinado momento por los ingleses, su ventaja quedaba anulada por el hecho de que los italianos ocupaban todo el Mediterráneo central.

El canal de Sicilia, que separa Europa de África y el Mediterráneo oriental del occidental, tiene 166 km de anchura; pero en la zona comprendida entre Sicilia y la isla de Pantelaria la profundidad es poca y las aguas son peligrosas en caso de estar minadas. Este estrecho canal lo podían vigilar fácilmente aviones procedentes de bases terrestres, así como submarinos y destructores, pero constituía la única vía de comunicación entre las Escuadras inglesas del Mediterráneo oriental y occidental. Por lo tanto, el Almirantazgo británico tuvo que elegir entre dos soluciones: o concertar permanentemente las dos Escuadras en uno de los dos sectores o mantenerlas siempre divididas. Concentrarlas en el sector oriental habría significado abandonar Gibraltar y, por consiguiente, dejar libre acceso al Atlántico a los buques de guerra italianos. Pero si las dos Escuadras se hubiesen concentrado en el sector occidental, Gran Bretaña habría tenido que renunciar al tránsito a través del canal de Suez, y en consecuencia a su dominio en Oriente Medio y en el mar Rojo y a las comunicaciones con la India y Australia. Por todo ello, era innegable la necesidad de mantener separados los dos sectores y aceptar la desventaja que suponía el hecho de no poder concentrar, en un momento determinado, todos los buques de guerra británicos para una acción imprevista, mientras que la Escuadra italiana podía emplearse en su totalidad contra cualquiera de las dos formaciones adversarias.

La Escuadra asignada al sector oriental –denominada entonces *Mediterranean Fleet*– dependía directamente del comandante en jefe, el almirante sir Andrew Cunningham, y estaba compuesta por tres acorazados, *Warspite*, *Malaya* y *Ramillies*, el portaaviones *Eagle*, el crucero pesado *Kent*, los cruceros ligeros *Orion*, *Sydney*, *Gloucester*, *Liverpool* y *Neptune*[3] y 20 destructores.

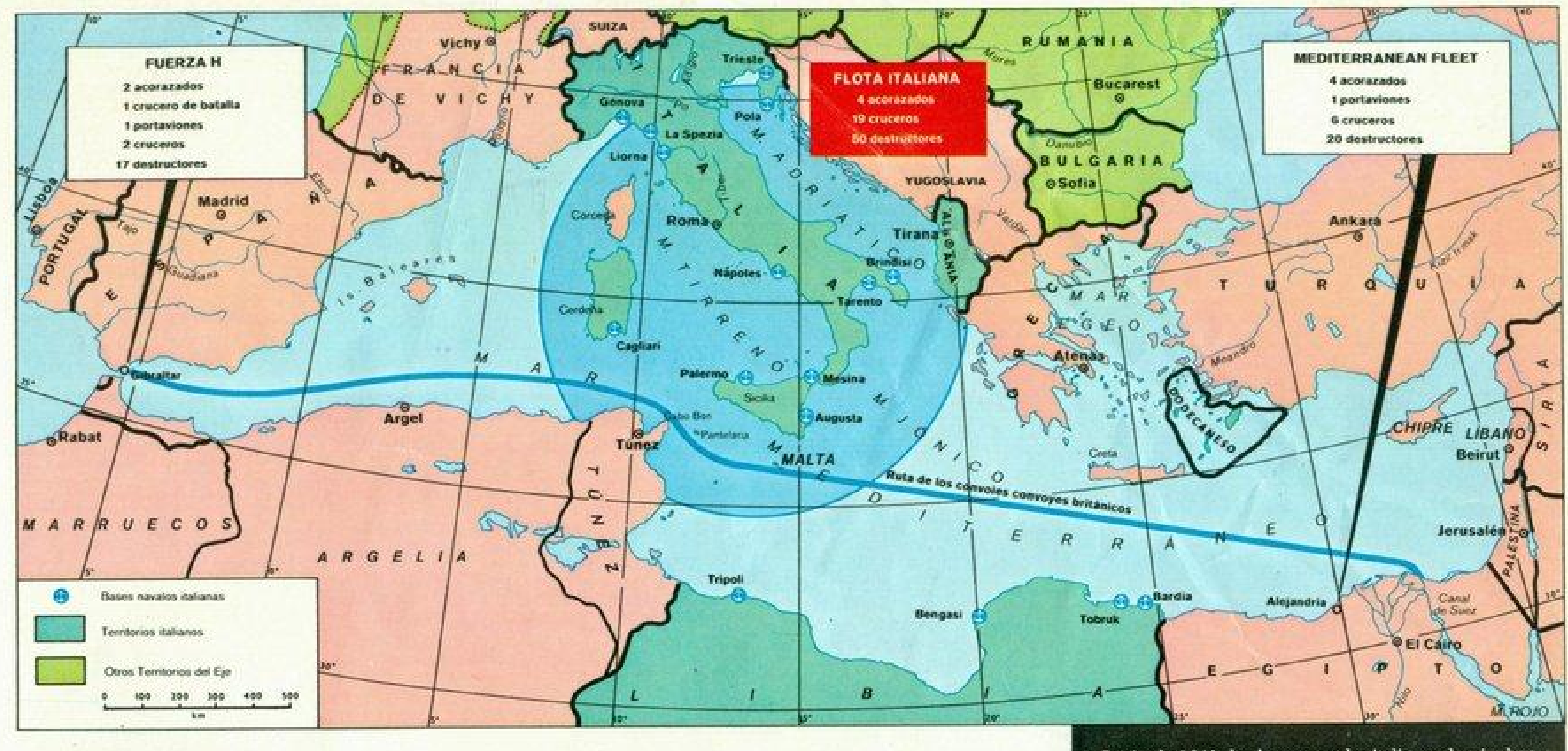
En la Marina británica no había entonces ningún almirante que gozase de tanto prestigio como el que rodeaba a Cunningham, que a la sazón contaba cincuenta y seis años. En los primeros

[1] En junio de 1940 Italia no podía alinear más que dos acorazados modernizados: el *Giulio Cesare* y el *Cavour*; el *Vittorio Veneto* y el *Littorio*, aunque ya en servicio, no estuvieron preparados para combatir hasta agosto de 1940; el *Duilio* y el *Doria* lo estuvieron algún tiempo después. De los 21 cruceros, el *Bari* y el *Taranto* (antes alemanes, incorporados a la Marina italiana en 1919) no eran ya adecuados para combatir con los buques modernos y no formaban parte de las fuerzas navales de batalla.

[2] Cuando Italia entró en guerra contaba en el Mediterráneo con 3296 aviones, de los cuales 1796 eran eficientes. De éstos, sólo 300 estaban en Libia, dispuestos contra los ingleses.

[3] Entre los cruceros figuraba también el *Calypso*, hundido el 12 de junio de 1940 por el submarino italiano *Bagnolini*.

11 de noviembre de 1940: el puerto de Tarento después del violento ataque de los aviones británicos. En dos oleadas sucesivas, los «Swordfish» torpedearon los acorazados italianos «Littorio», «Duilio» y «Conte di Cavour», hundiendo a este último y averiando los otros dos. *(Alfredo Zennaro)*



años de su carrera participó en la guerra contra los *bóers*, con la brigada naval que luchaba en tierra. Luego pasó largos años sirviendo en destructores. En el transcurso de la primera Guerra Mundial, en el ataque a los Dardanelos, estuvo al mando del destructor *Scorpion*, y luego siguió prestando servicio en el Mediterráneo hasta el final de la contienda. En 1918 fue destinado a la *Home Fleet* y, con su buque *Termagnant*, formó parte de la llamada *Dover Patrol* (flotilla del canal de la Mancha). Entre las dos guerras estuvo al mando de una flotilla de destructores, pasando después, siempre como comandante, al acorazado *Rodney*. Ascendió sucesivamente a contraalmirante, mandando los destructores del Mediterráneo, y a segundo comandante de la *Mediterranean Fleet*, enarbolando su insignia en el *Hood*. En junio de 1939, a los cincuenta y seis años, le habían destinado, en calidad de comandante, a la zona del Mediterráneo.

La Escuadra occidental, con base en Gibraltar, la llamada Fuerza H, recibía órdenes directas del Almirantazgo; pero, como operaba sobre todo en el Mediterráneo, gran parte de sus acciones se llevaban a cabo bajo la dirección de Cunningham. Estaba al mando del vicealmirante sir James Somerville, que además era sucesor de Cunningham como contraalmirante en el Mediterráneo. Las fuerzas navales a su mando estaban constituidas por el crucero de batalla *Renown*, el acorazado *Resolution*, el portaaviones *Ark Royal*, los cruceros *Sheffield* y *Enterprise*, así como cierto número de destructores, variable según las circunstancias, pero nunca inferior a diecisiete.

A fines de 1940, la *Mediterranean Fleet*, además de la misión de asegurar la defensa y el abastecimiento de las guarniciones inglesas en Egipto, Palestina, Chipre y Malta, tenía también el cometido potencial de mantener libres y seguras las rutas a Grecia y Turquía, en la eventualidad de que alguna de las potencias del Eje las atacase. La finalidad inmediata consistía en demostrar a estas dos naciones que Gran Bretaña estaba dispuesta a intervenir en su ayuda en caso de una agresión italiana o alemana.

Como se ve, los problemas que el almirante Cunningham tenía que afrontar eran bastante complejos, y el hecho de que los únicos frentes terrestres en que entonces combatían unidades del Ejército inglés y del Eje fueran la frontera libio-egipcia y el África Oriental italiana, contribuía a complicarlos aún más. En ambos frentes los italianos eran considerablemente superiores en número y amenazaban los flancos de las líneas de comunicación británica con Oriente. Además, se veían favorecidos con la circunstancia de que en Libia podían recibir refuerzos a través del canal de Sicilia.

Malta, clave estratégica

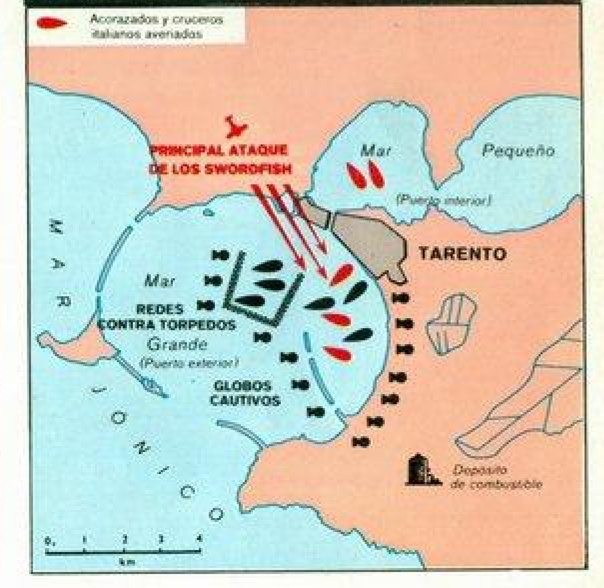
De ahí la importancia de la base británica de Malta. A la sazón, considerables contingentes militares italianos se acercaban al canal de Suez. En junio de 1940, el problema del Mando inglés de Oriente Medio consistía en poder completar los preparativos antes de que se iniciase una nueva ofensiva italiana. Pero lo cierto era que, aunque hubiesen podido contener el primer ataque, un segundo o un tercero habrían sido probablemente incontenibles, dada la proximidad de las bases italiana y la mayor rapidez de sus comunicaciones.

Y de todas estas comunicaciones, sólo podían atacarse las rutas marítimas entre Italia y África, siendo Malta la única base operante de las fuerzas atacantes. Si Malta hubiera caído, o hubiera quedado simplemente paralizada, todo se habría derrumbado.

Así pues, la operación naval proyectada para fines de agosto de 1940 tenía, lógicamente, una doble finalidad: reforzar la *Mediterranean Fleet* con el *Valiant*, un acorazado recientemente modernizado, con el gran portaaviones *Illustrious* y con cruceros antiaéreos *Coventry* y *Calcutta*, y asimismo reforzar y abastecer la isla de Malta. Una tercera finalidad, propuesta por el Primer Ministro –la de abrir paso a los barcos auxiliares destinados al transporte de carros de combate a Egipto a través del Mediterráneo–, chocó con la oposición del Almirantazgo y del Alto Mando naval y fue abandonada porque el general Wavell, comandante en jefe de Oriente Medio, tampoco la apoyó, en contra de lo que Churchill esperaba. Wavell prefería que sus carros llegasen con doce semanas de retraso, circumnavegando África, al riesgo de no recibirlos en absoluto.

El *Valiant*, el *Illustrious* y los cruceros antiaéreos salieron de Gibraltar el 30 de agosto, apoyados por la Fuerza H. Muchos buques ingleses disponían de radar, y con él podían dirigir la acción de los cazas embarcados en los portaaviones para interceptar a los aparatos enemigos, aunque éstos estuvieran fuera del campo visual. Y en efecto, las

Junio de 1940: las bases navales italianas dominaban el Mediterráneo, ventaja que compensaba la inferioridad numérica de su flota frente a la inglesa. Debajo: 11 de noviembre de 1940: la incursión sobre Tarento representó un duro golpe para la Marina italiana.

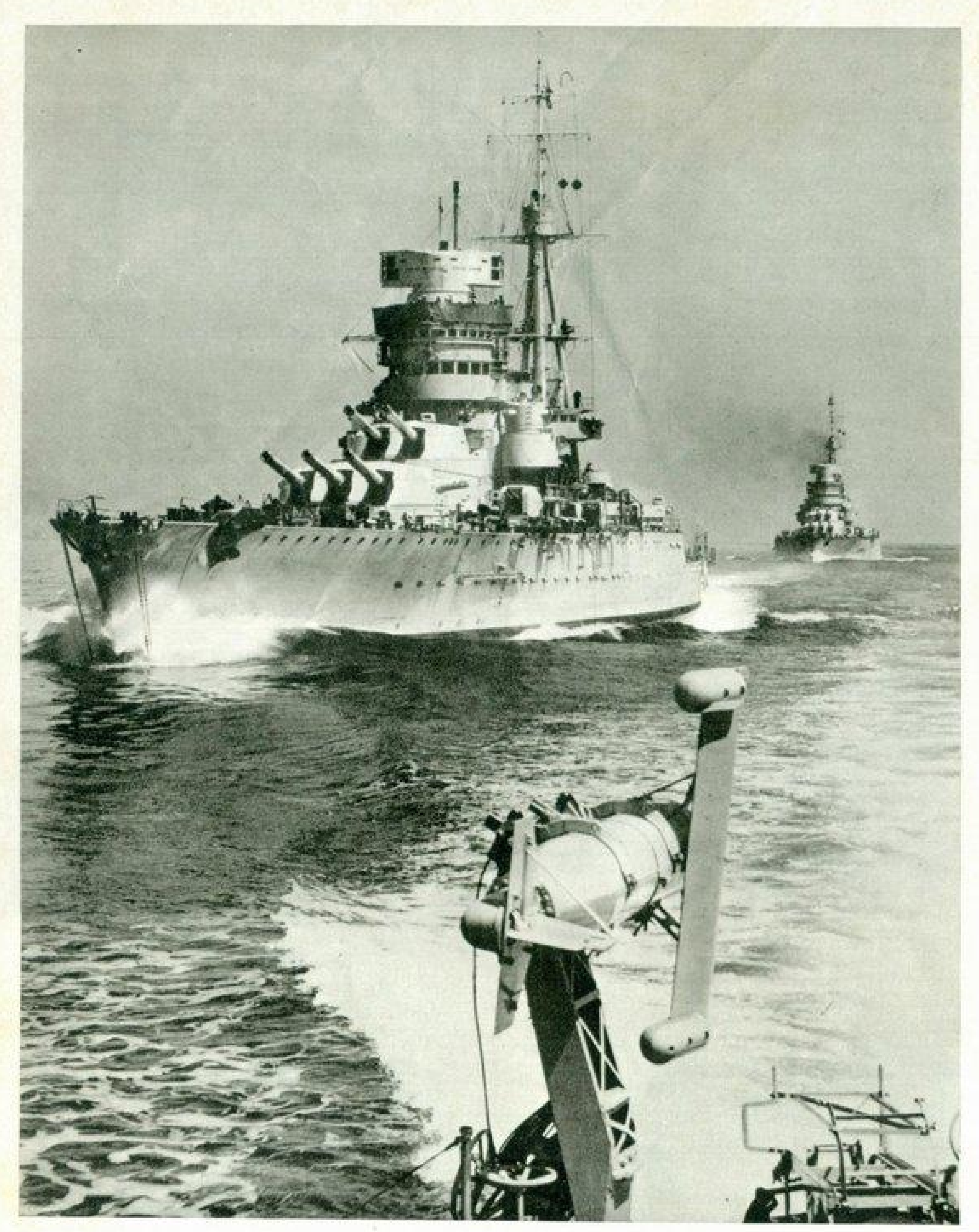


incursiones aéreas italianas contra la flota inglesa no tuvieron éxito; más bien todo lo contrario, pues se anunció que habían sido abatidos bastantes de sus aviones, detectados con mucha anticipación por las pantallas de radar.

La operación se había previsto para que los refuerzos cruzaran el canal de Sicilia durante la noche de 1 al 2 de septiembre. El día 1, antes del crepúsculo, toda esa formación naval cambió de ruta, dirigiéndose hacia Nápoles. Pero al oscurecer, la Fuerza H volvió atrás, rumbo a Gibraltar, en tanto que el *Valiant*, el *Illustrious* y los dos cruceros se dirigían hacia el canal de Sicilia; y a la mañana siguiente, tal como se había convenido, se encontraron al sur de Malta con las unidades de la *Mediterranean Fleet*.

Esta escuadra, compuesta por los acorazados *Warspite* y *Malaya*, el portaaviones *Eagle*, dos cruceros y nueve destructores, había salido de Alejandría dos días antes para escoltar un convoy formado por dos mercantes y un buque cisterna. Se les había agregado, poco después, una división compuesta por tres cruceros y nueve destructores.

Más tarde, en el transcurso del mismo día, la



A la izquierda: El acorazado «Conte di Cavour» entró en servicio en 1914, siendo totalmente reformado y modernizado en 1937. Montaba diez cañones de 320 mm, desplazaba 23.622 toneladas y su velocidad era de 27 nudos. A la derecha: torpedeamiento del «Littorio» durante la incursión sobre Tarento. El acorazado italiano fue alcanzado por tres torpedos y sufrió daños tan graves que hubo de permanecer inactivo durante seis meses. *(Archivo Rizzoli) - (Foto GM)*

Escuadra italiana fue localizada mientras se dirigía hacia el convoy; pero, con gran decepción de los ingleses, se retiró sin presentar batalla, y a la mañana siguiente fue avistada cerca de Tarento. En aquella ocasión, las fuerzas adversarias estaban casi equilibradas: las dos contaban con dos acorazados, y aunque los italianos disponían de mayor número de cruceros, tenían en aquel momento menos destructores, y, naturalmente, carecían de portaaviones. La escolta y el convoy ingleses fueron atacados por la aviación enemiga y uno de los mercantes resultó dañado[4]; no obstante, el 2 de septiembre todos los buques llegaron a Malta. El convoy entró en el puerto y, al mismo tiempo, la *Mediterranean Fleet* se encontró con los refuerzos procedentes de Gibraltar en el punto establecido.

De regreso a su base de Alejandría, la *Mediterranean Fleet* pasó por el norte de Creta, y aprovechó la ocasión para bombardear objetivos en las islas del Dodecaneso, que estaban entonces bajo soberanía italiana. Los cazas italianos que se aprestaron a la defensa derribaron cuatro aviones torpederos *Swordfish*, que habían despegado del portaaviones para llevar a cabo una incursión sobre Rodas. Asimismo, una flotilla de lanchas rapidas inició un contraataque, y en el transcurso del mismo una de ellas fue hundida por los cañones de los buques ingleses. Por último, un convoy de mercantes británicos que se dirigía a Grecia y Turquía fue escoltado hasta Alejandría.

La característica más destacada de esta serie de operaciones de la Marina inglesa fue su complejidad, debido al escaso número de destructores de que disponía, por lo que fue necesario cooordinar diversas acciones de naturaleza diferente.

El 13 de septiembre, después de una preparación de cuatro días a cargo de la artillería y de la aviación, comenzó, por fin, el avance italiano en Egipto. Hacía tiempo que Mussolini presionaba al mariscal Graziani para que comenzase la ofensiva; pero, como suele ocurrir, el militar juzgaba su propio cometido mucho más arduo que lo que suponía su jefe político. En cuatro días Graziani ocupó las posiciones avanzadas inglesas de Sollum y de Sidi el-Barrani, y como las fuerzas inglesas eran demasiado débiles entonces para tratar de contrarrestar el avance, los italianos, aprovechando el carácter limitado de la penetración, pudieron mantener la conquista. Sin embargo, y a pesar de la minuciosa preparación del ataque, Graziani se vio obligado a detenerse, en su rápido avance, para restablecer las comunicaciones.

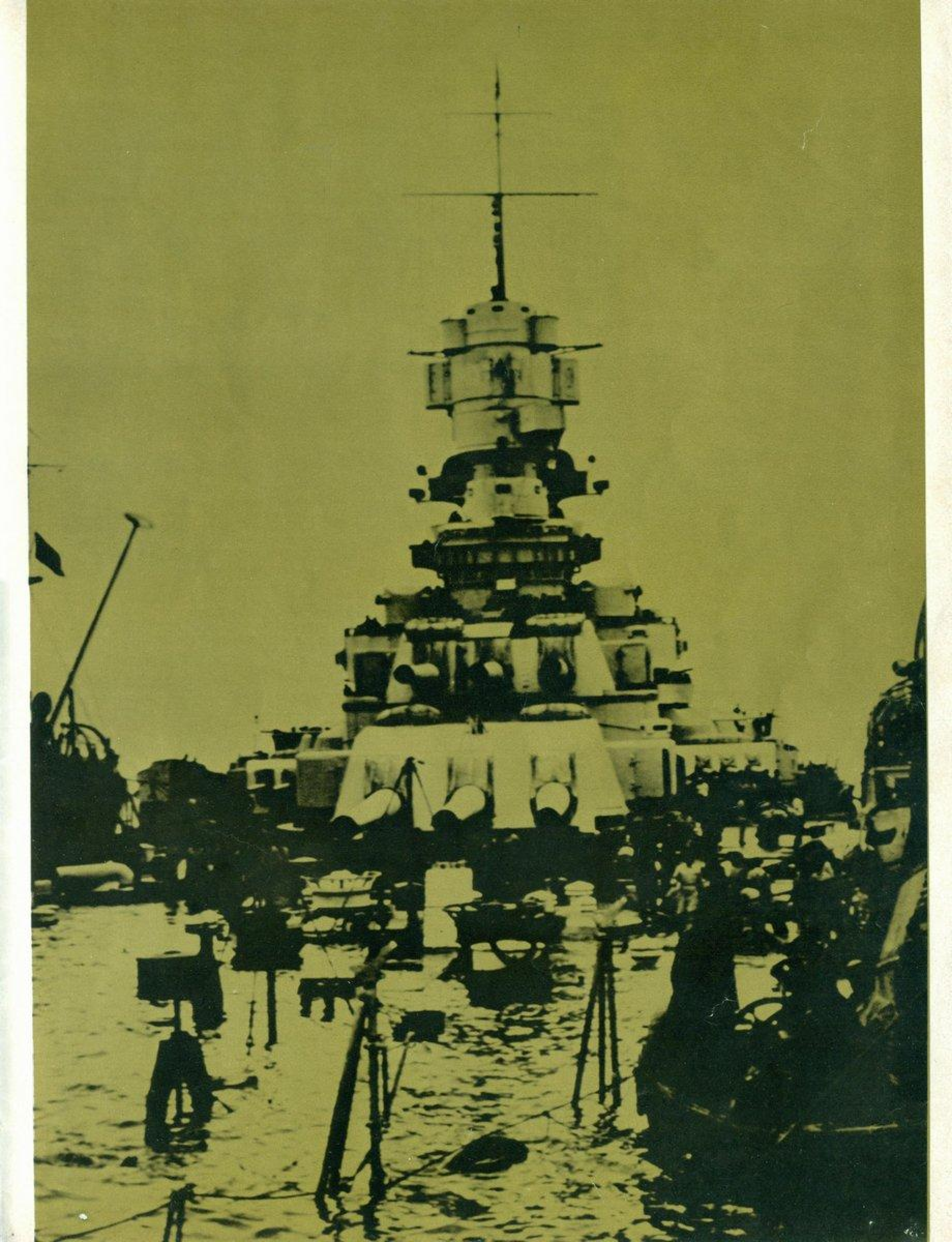
Este éxito, aunque limitado, influyó en la situación general en el Mediterráneo, pues permitió a los cazas italianos operar contra la posición británica de Marsa Matruh, mientras que las bases de los cazas ingleses estaban demasiado alejadas para que Sidi el-Barrani pudiese entrar en su radio de acción.

El 25 de septiembre estaban preparadas en el puerto de Alejandría nuevas unidades del Ejército y de la Aviación destinadas a reforzar la guarnición de Malta; pero estas tropas se vieron obligadas a suspender su salida por unos días, pues el 23 de septiembre, fuerzas inglesas y de la Francia libre habían intentado un golpe de mano sobre Dakar, y, por el momento, existía el peligro de una guerra entre la Francia de Vichy y Gran Bretaña, por lo que no hubiera sido aconsejable dejar sin custodia las unidades navales francesas que se encontraban en Alejandría. Sin embargo, el 29 de septiembre, como los atacantes habían desistido de llevar a cabo su acción contra Dakar, el almirante Cunningham pudo salir de Alejandría con sus buques, dejando tan sólo dos acorazados para vigilar a los franceses en amistosa desconfianza. El resto de la Escuadra, los acorazados *Warspite* y *Valiant*, el portaaviones *Illustrious*, todos los cruceros y once destructores, con 1200 soldados a bordo y otros refuerzos destinados a la aviación, se dirigió hacia Malta.

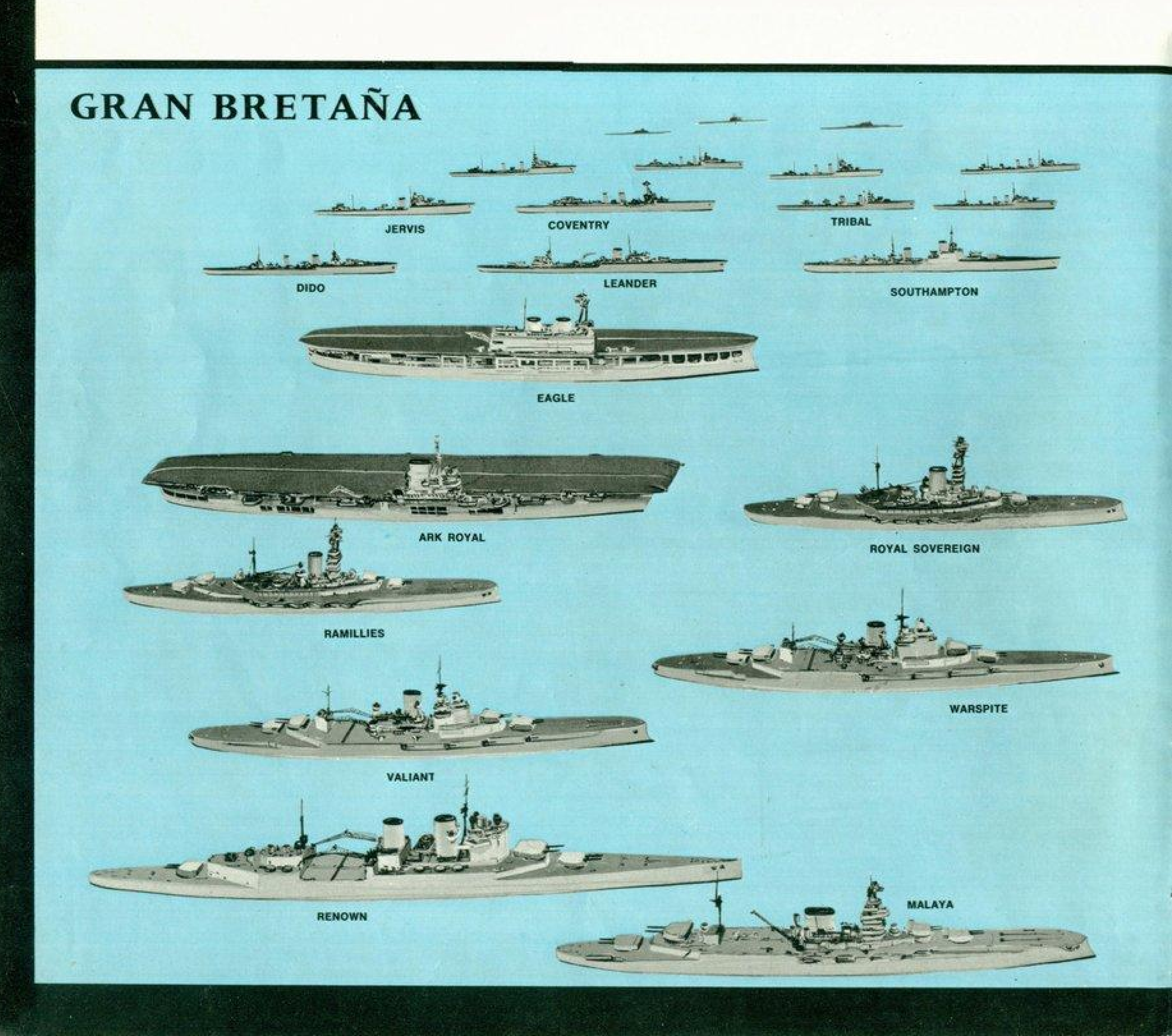
Hallándose entre Creta y Malta, Cunningham fue informado de que una escuadra italiana, compuesta por cuatro o cinco acorazados, 11 cruceros y 25 destructores, se encontraba a unas 100 millas al Noroeste y navegaba en dirección contraria a la suya. Después de reflexionar –como él mismo escribió–, Cunningham decidió que lo más prudente era avanzar con la mayor rapidez hacia Malta y desembarcar allí las tropas. Los italianos no mostraban intenciones ofensivas, y por su parte, el almirante inglés no pensó, ni por un instante, en la posibilidad de presentar batalla a fuerzas tan superiores a las suyas. Al día siguiente, ambas escuadras llegaron a sus respectivos puertos de destino: los italianos a Tarento y los ingleses a Malta. Los buques de Cunningham regresaron inmediatamente a Alejandría.

Alrededor de una semana después, el 8 de octubre, Cunningham dejó de nuevo la base egipcia para escoltar hasta Malta a cuatro barcos de transporte con abastecimientos, llevando esta vez consigo todos los acorazados. La Escuadra italiana permaneció en sus bases a causa de la mala visibilidad y de las pésimas condiciones atmosféricas; pero, en el viaje de vuelta, el crucero ligero *Ajax* se encontró con una flotilla de torpederos (los italianos clasificaban como «torpederos» a los destructores de menos de 1000 toneladas) y se empeñó en combate con ellos a una distancia de 3600 metros, e incluso a menos en algunos momentos. En contraste con el comportamiento de su Escuadra unos días antes, los italianos atacaron audazmente: dos torpederos fueron hundidos y un destructor que los apoyaba, el *Artigliere*, quedó averiado. Otro destructor lo remolcó, y juntos trataron de alcanzar un puerto del sur de Italia; pero a la mañana siguiente un hidroavión *Sunderland*, de la base de Malta, los avistó y comunicó su posición al crucero pesado *York*. Al aparecer éste, el destructor que remolcaba tuvo que renunciar a la tentativa de rescate y retirarse. El *Artigliere* se rindió, y el *York*, tras haber salvado a la tripulación, lo hundió a cañonazos. En esta ocasión la audacia de los italianos dio resultados positivos, pues el enérgico ataque directo contra el *Ajax* causó a bordo de este crucero daños materiales y algunos heridos.

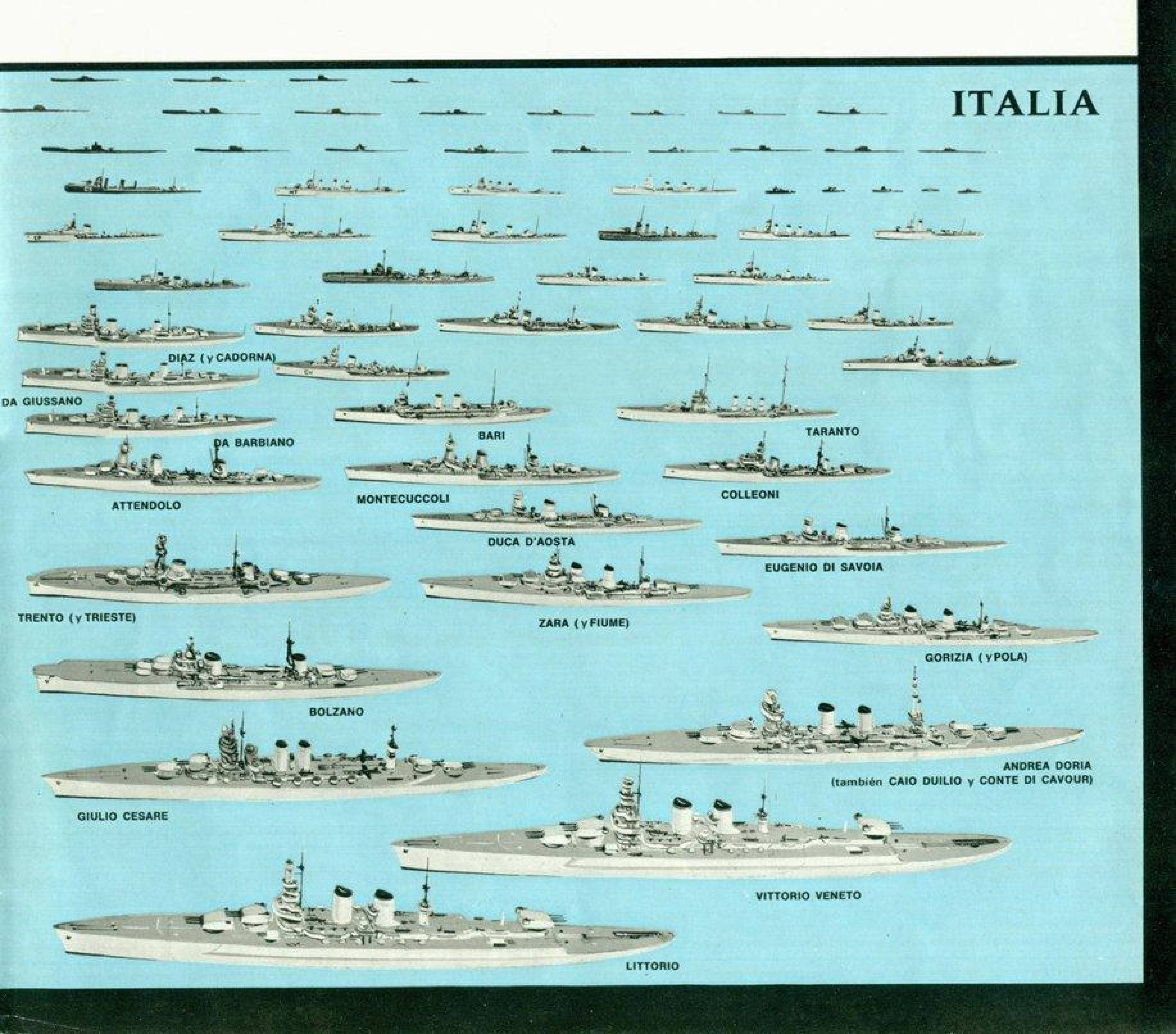
[4] Se trata del *Cornwall*, de 11.288 toneladas.



FUERZAS NAVALES EN EL MEDITERRANEO



En junio de 1940 la Marina de guerra italiana parecía tener ventaja por hallarse situada en el centro del Mediterráneo y por la superioridad numérica de sus submarinos y cruceros. Sus hombres estaban bien preparados; por su parte, la flotilla de Mas y los medios de asalto llevaron a cabo algunas de las más audaces empresas de la guerra. El orgullo de la Marina italiana eran los dos magníficos y modernísimos acorazados del tipo «Littorio», armados con cañones de 381 mm. Los otros acorazados italianos eran –como muchos de los ingleses– tipos modernizados que se remontaban a proyectos anteriores a 1920. Pero la Marina italiana dependía en todo momento del apoyo de los aviones con base en tierra y la carencia de portaaviones demostró ser fatal. Las acciones de Tarento y de cabo Matapán fueron ejemplos clásicos de la utilidad y eficacia de una fuerza aérea embarcada y demostraron, por otra parte, la creciente vulnerabilidad de los acorazados.



1940

11 de noviembre: la aviación naval inglesa ataca a la Escuadra italiana en el puerto de Tarento.

27 de noviembre: en aguas del cabo Teulada, en Cerdeña, se traba un breve encuentro entre unidades navales italianas y británicas.

1941

Enero: la *«Luftwaffe»* realiza su primer ataque a los buques británicos en el Mediterráneo.

8 de febrero: acorazados ingleses de la Fuerza H bombardean Génova.

6 de marzo: la «Luftwaffe» bloquea durante tres semanas el canal de Suez mediante la colocación de minas acústicas y magnéticas.

26 de marzo: el primer ataque italiano llevado a cabo con medios navales de asalto pone fuera de combate al crucero británico *York* y al petrolero *Pericles*.

27 de marzo: un *«Sunderland»* de la RAF descubre a la Escuadra italiana en alta mar.

28 de marzo: tiene lugar la batalla de cabo Matapán, frente a la costa griega.

A principios de noviembre, otro batallón de infantería pudo ser retirado de Inglaterra y asignado a la defensa de la isla de Malta, que se encontraba en grandes dificultades. Puesto que la travesía del Mediterráneo occidental se consideraba demasiado arriesgada para los buques de transporte, el batallón, compuesto por unos 2000 hombres, se embarcó en el acorazado *Barham*, en los cruceros *Berwick* y *Glasgow* y en seis destructores. Todos estos buques, excepto tres de los seis destructores, estaban destinados a unirse después a la flota de Cunningham como elementos de refuerzo. El 10 de noviembre, estos navíos de guerra, con el contingente de tropa a bordo entraron en el puerto de Malta. Poco después salieron de nuevo hacia Alejandría, escoltando un convoy de buques mercantes vacíos que habían llevado abastecimientos a la isla.

Mientras tanto, la *Mediterranean Fleet* también había escoltado hasta Malta un convoy con nuevos abastecimientos, que llegaron el mismo día. La Escuadra y los refuerzos se encontraron, como se había establecido, al este de la isla en la madrugada del 11 de noviembre; entonces, los mercantes vacíos continuaron hacia Alejandría con una escolta reducida, formada sólo por destructores, en tanto que el grueso de la flota se dirigía hacia el Noroeste para poner en práctica un plan en el que el almirante estaba muy interesado. Ya antes de que estallase la guerra, un comandante de la aviación naval, un tal Lyster, había considerado la posibilidad de un ataque aéreo contra la Escuadra italiana en el puerto de Tarento. Ascendido a contraalmirante, a las órdenes de Cunningham y embarcado en un portaaviones, Lyster tuvo ocasión de profundizar, durante los tres meses anteriores, en el estudio de su proyecto, estando cada vez más seguro del éxito del mismo.

Ahora, todo estaba ya preparado para llevarlo a cabo. Aviones de reconocimiento pertenecientes a la base de Malta habían tomado fotografías aéreas que permitían reproducir con todo detalle, en los mapas, las redes, las barreras flotantes y los globos cautivos que defendían el puerto de Tarento. Además, las fotografías del último reconocimiento, que Cunningham y Lyster recibieron por vía aérea la tarde del 11 de noviembre, revelaban que cinco de los seis acorazados italianos estaban fondeados en el puerto, y, al mediodía siguiente, los medios de reconocimiento que vigilaban permanentemente la zona de Tarento informaron que el sexto estaba entrando. «Todos los faisanes han ido a encaramarse al mismo palo», escribió Cunningham muy satisfecho.

Cunningham sentía debilidad por las fechas simbólicas. En principio, el ataque se había proyectado para el 21 de octubre, aniversario de la batalla de Trafalgar, y como fue preciso diferirlo a causa de un incendio que se declaró a bordo del *Illustrious*, ordenó que la operación se efectuase otro día de aniversario: el del armisticio de 1918.

La escuadra se situó al largo de las islas Jónicas y, al anochecer, el portaaviones *Illustrious*, con su escolta de destructores, se separó de los demás buques a fin de ponerse en la adecuada posición para el despegue de sus aviones; esta posición fue calculada a unas 170 millas al sureste del objetivo. A las 21 horas, la primera oleada, formada por doce *Swordfish* al mando del capitán de corbeta K. Williamson, se dirigió en formación hacia Tarento. Seis de los *Swordfish* llevaban torpedos, los otros seis bombas. Dos de estos últimos debían lanzar, además de las bombas, cohetes luminosos.

La primera escuadrilla llegó sobre su objetivo poco antes de las 23 horas. Los dos aparatos que llevaban los cohetes iniciaron su importante cometido, sobrevolando varias veces el sector y dejando caer, a intervalos regulares, los cohetes luminosos. Después, bombardearon los depósitos de combustible, que se encontraban en la misma zona del puerto, para distraer la atención de los reflectores. Con la misma finalidad, los otros cuatro bombarderos lanzaron ataques contra cruceros y mercantes fondeados, mientras los aviones torpederos efectuaban un largo giro hacia el Oeste para acercarse al puerto por este punto y por el Norte.

La patrulla que iba en cabeza, formada por tres aviones, enfiló el objetivo y se lanzó en picado, a través de la barrera, descendiendo hasta la cota 90 antes de lanzar los torpedos. El *Swordfish* del comandante Williamson, que iba delante, cayó en las aguas del puerto, no sin antes haber lanzado su torpedo, que alcanzó en la proa, por el costado orientado hacia el puerto, al acorazado que se encontraba más al Sur, el *Conte di Cavour*. Otro torpedo lanzado por los aviones alcanzó al *Littorio*, un acorazado modernísimo. La segunda patrulla voló hacia el Norte, siguiendo una ruta paralela, y rodeó el extremo septentrional de la barrera de globos cautivos. Uno de sus torpedos alcanzó por segunda vez al *Littorio* en el costado derecho; pero los demás no alcanzaron el objetivo o no explotaron. Seguidamente, los *Swordfish* de la primera oleada emprendieron el vuelo de regreso.

La segunda oleada, mandada por el capitán de corbeta J. W. Hale, llegó sobre su objetivo a medianoche. Estaba formada por nueve aparatos, cinco de ellos armados con torpedos y cuatro con bombas. Dos de ellos lanzaron cohetes luminosos, siguiendo la misma táctica que los primeros y obteniendo más o menos los mismos resultados. Un torpedo alcanzó al *Littorio* por tercera vez y otro al acorazado *Caio Duilio*. También esta segunda oleada perdió un aparato, derribado por la defensa antiaérea italiana. A las tres de la madrugada del 12 de noviembre, todos los aviones torpederos, excepto los dos abatidos, se habían posado ya en la cubierta del *Illustrious*, y al amanecer la Escuadra se hallaba reunida de nuevo.

Considerando que sólo cinco torpedos habían alcanzado sus objetivos y, sobre todo, que el grupo autor afectado del ataque no llevaba más que once de esos artefactos, los daños sufridos por la Escuadra italiana fueron realmente enormes. De los tres acorazados alcanzados, uno, el *Conte di Cavour*, resultó hundido, y si bien fue puesto a flote posteriormente, ya no volvió a participar en acciones de guerra; los otros dos tuvieron que permanecer inactivos durante seis meses de importancia capital. Por lo tanto, el ataque contra Tarento tuvo efectos de proporciones muy superiores a la importancia de las fuerzas empleadas. Los acorazados ingleses *Ramillies* y *Malaya*, cuya presencia ya no era necesaria en el Mediterráneo, podrían destinarse al Atlántico, donde la Marina alemana daba señales de que se iba recuperando después de todas las pérdidas sufridas en Narvik.

El portaaviones «Ark Royal» y sus aparatos «Swordfish»; el navío formaba parte de la llamada Fuerza H, flota británica cuya base se hallaba en Gibraltar al mando del almirante Somerville. *(History of the Second World War)*

En Inglaterra, esta primera e indiscutible victoria, después de la caída de Francia, difundió por todo el país un sentimiento de triunfo y una oleada de optimismo semejante a la que había producido, un año antes, la victoria del Río de la Plata. En Italia, la noticia, disimulada por la censura, no tuvo tanta resonancia; pero en el ánimo de los altos mandos de la Marina produjo efectos que se reflejaron después en acontecimientos posteriores. A partir de Tarento, el almirante italiano que se encontraba ante una formación naval enemiga en la que había un portaaviones suponía –y con muchísima razón– que combatía en condiciones de franca inferioridad.

Los ingleses se aseguraron todas estas ventajas tan sólo con la pérdida de dos aparatos y un hombre, pues de los cuatro aviadores caídos al agua, los italianos habían rescatado y hecho prisioneros a tres de ellos.

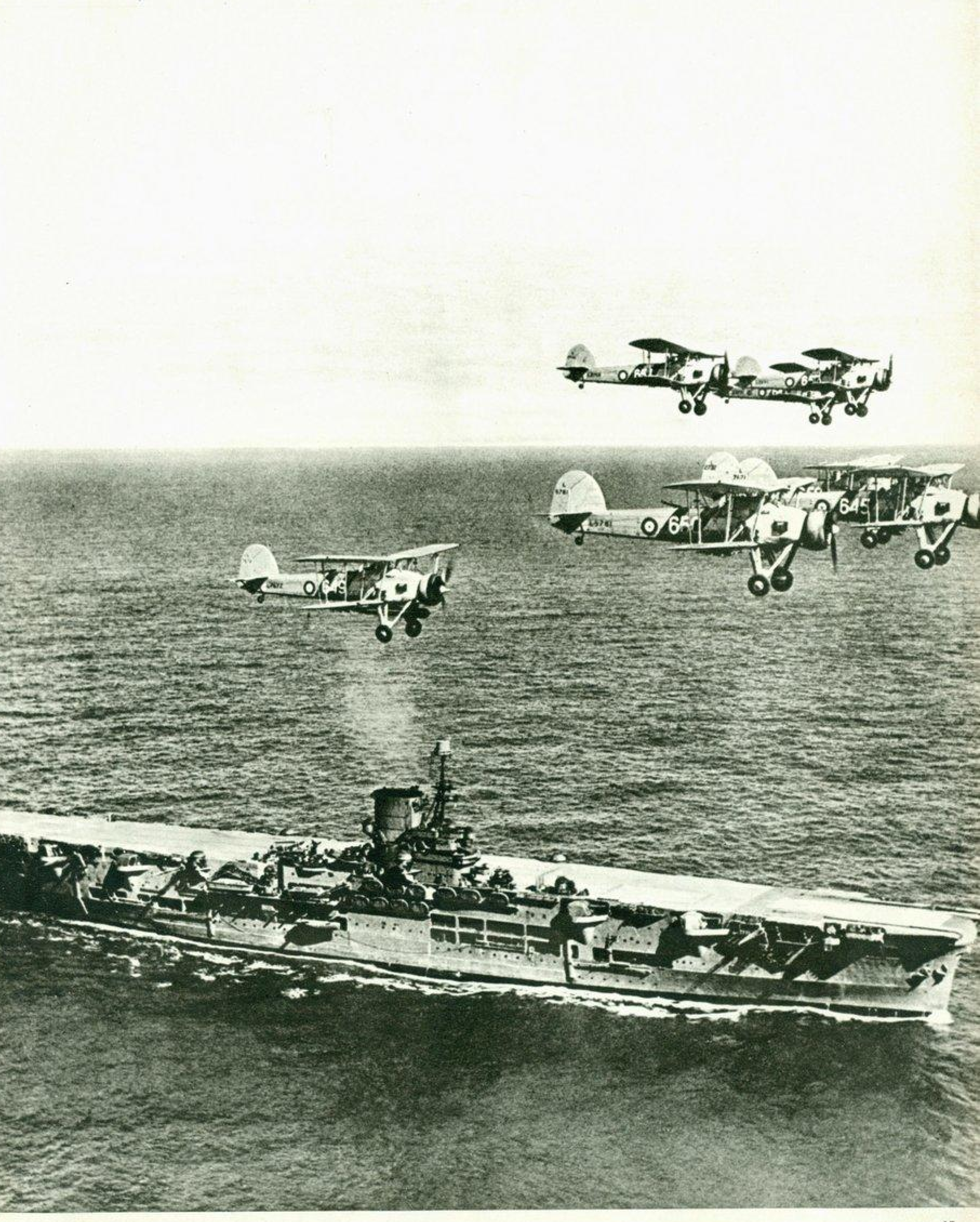
Sin embargo, no todas las operaciones aéreas efectuadas durante este mismo período en el Mediterráneo tuvieron resultados tan satisfactorios para los ingleses. Una semana después intentaron enviar a Malta refuerzos aéreos, constituidos por aparatos despegados del portaaviones *Argus*; pero el intento acabó muy mal, con un fracaso que costó bastante caro: de los doce *Hurricane* y los dos *Skua* que los guiaban, sólo cuatro *Hurricane* y un *Skua* llegaron a su destino. Las causas de este desastre se ignoran todavía. Desde luego, la distancia era notable, sobre todo para pilotos inexpertos, y para aprovechar al máximo la autonomía de vuelo de los *Hurricane* se requería un conocimiento muy profundo de este tipo de aparatos; pero la pérdida del *Skua* no puede explicarse del mismo modo. Quizás el avión guía cayó o fue derribado y los *Hurricane*, a los que debía indicar la ruta, ya no tuvieron prácticamente ninguna posibilidad de encontrar el campo de aterrizaje.

Para fines de noviembre se había proyectado otra operación naval combinada. El acorazado *Ramillies* y dos cruceros –el *Newcastle* y el *Berwick*, éste recién llegado–, pertenecientes a la Escuadra del Mediterráneo, debían unirse a las fuerzas navales del Atlántico septentrional, a las que habían sido destinados, ya que su presencia en el Mediterráneo no era de momento necesaria a causa de la debilitación temporal de la Escuadra italiana tras el ataque a Tarento. Naturalmente, los ingleses aprovecharon la ocasión para llevar refuerzos a Egipto, abastecimientos y refuerzos a Malta, y para hacer salir de la isla, con la mayor celeridad, todos los buques mercantes que habían transportado los abastecimientos.

La Fuerza H abandonó Gibraltar el 25 de noviembre, y todo se desarrolló sin contratiempos hasta el momento en que los buques procedentes del Este, después de escoltar el convoy hasta Malta y cruzar el canal de Sicilia, se reunieron con la citada Fuerza H al sur de Cerdeña. Casi en este mismo momento, los navíos del Este establecieron contacto con la formación italiana. Los buques italianos eran dos acorazados –el *Vittorio Veneto* y el *Giulio Cesare*–, siete cruceros armados con cañones de 203 mm y dieciséis destructores[5]; los ingleses alineaban un acorazado (el *Ramillies*), un crucero de batalla (el *Renown*), dos cruceros con cañones de 203 y de 152 mm, respectivamente, diez destructores y el portaaviones *Ark Royal*.

El almirante italiano Campioni creía, cuando dio la orden de avanzar a toda máquina para el ataque, que iba a enfrentarse tan sólo con un acorazado, dos cruceros ligeros y cuatro destructores de la Fuerza H, y pensaba aprovechar la superioridad de medios italiana. Pero cuando cada es-

[5] Los cruceros italianos eran 6 y los destructores 14.







El 27 de noviembre de 1940, frente al cabo Teulada, en Cerdeña, tuvo lugar un breve encuentro entre una formación naval italiana y una inglesa. Fueron alcanzados el crucero «Berwick» y el destructor «Lanciere». Más tarde aviones italianos atacaron a los navíos ingleses. A la derecha: el «Ark Royal» centrado por una andanada. (Archivo Rizzoli)

cuadra se colocó frente a la otra y los cruceros de las dos partes abrieron fuego –el *Renown* y el *Ramillies* se unieron a la acción disparando desde larga distancia–, se dio cuenta de la inesperada presencia, no sólo de los refuerzos procedentes del sector Este, sino también de la del portaaviones *Ark Royal*. El recuerdo de Tarento estaba aún demasiado vivo y reciente, y Campioni, consciente de que se encontraba al mando de dos de los tres únicos acorazados italianos entonces en servicio y de que estaban expuestos al ataque de los aparatos del portaaviones, ordenó a sus buques que interrumpiesen la acción y se retirasen a toda máquina, después de haber dañado a uno de los cruceros ingleses.

Dos ataques aéreos lanzados contra la formación italiana en el transcurso de esta acción no dieron resultado alguno, pues no alcanzaron ningún buque. Los cruceros ingleses persiguieron a los italianos hasta donde podían contar con la protección de los cañones del *Ramillies* y del *Renown*, y luego se retiraron con la esperanza de atraerlos dentro del radio de acción de la artillería de los dos grandes buques británicos; pero, al ver que no les seguían, se dirigieron de nuevo hacia los buques italianos. Sin embargo, el engaño no surtió efecto, y en pocos minutos los navíos del almirante Campioni se perdieron de vista.

Así terminó la batalla; pues sólo se produjo ya el segundo ataque de los aviones ingleses, antes mencionado, y tres incursiones aéreas terrestres. El almirante Somerville, que mandaba la formación inglesa, dándose cuenta de que existían pocas esperanzas de obligar al adversario a presentar batalla dentro del radio de acción de sus cañones y antes de que pudiese alcanzar sus bases de Cerdeña, ordenó a sus fuerzas que se dirigiesen hacia el Este. Al atardecer destacó a los buques auxiliares, dos cruceros empleados para el transporte de tropas y los destructores de la escolta, con el fin de que se unieran a la *Mediterranean Fleet* y entrasen en el puerto de Malta.

El Almirantazgo británico, aun antes de recibir el informe de Somerville, ordenó que se llevara a cabo una investigación sobre las circunstancias que indujeron al almirante a dar la orden de interrumpir la acción. La comisión investigadora juzgó que Somerville había actuado correctamente, pero el Almirantazgo consideró que sin duda se dejó «influir demasiado por la preocupación de garantizar la seguridad del convoy», lo cual era un intento evidente de convencer al Primer Ministro de que su política de enviar abastecimientos a través del Mediterráneo occidental era imprudente, pues debilitaba el potencial ofensivo de la Escuadra inglesa.

El 21 de diciembre se transfirió el acorazado *Malaya*, de la *Mediterranean Fleet*, a la Fuerza H, pues uno de los resultados de la incursión sobre Tarento había sido el traslado de los buques de guerra italianos a los puertos de la costa occidental de la península. Al mismo tiempo, algunos mercantes sin carga partieron de Malta, con escolta, rumbo Oeste. Durante esta operación, el destructor inglés *Hyperion* chocó con una mina y se hundió.

La gran empresa realizada por los ingleses a fines de 1940 fue la ofensiva lanzada, el 9 de diciembre, en el desierto de Libia. En esta acción la Marina tuvo un eficaz cometido de apoyo, bom-

bardeando las posiciones italianas a lo largo de la costa y atacando las rutas de abastecimientos, especialmente de agua y carburante, que se transportaban por mar hasta Sollum, el puerto italiano más próximo al frente.

En conjunto, los ingleses tenían sólidos motivos para estar satisfechos al considerar cómo se presentaba la situación en el Mediterráneo a comienzos del nuevo año (1941). En los siete meses que transcurrieron después de la caída de Francia, la situación había mejorado notablemente, tanto en tierra como en el mar y en el aire. En el curso de las operaciones en el desierto, los italianos habían perdido una quinta parte de sus fuerzas aéreas, y, desde luego, no tenían la misma capacidad industrial que Inglaterra para reponer las pérdidas.

El 6 de enero salió de Gibraltar un convoy de cuatro barcos mercantes, uno destinado a Malta y los otros tres a Grecia. Como de costumbre, la Fuerza H los escoltó hasta más allá de Cerdeña. Después, aprovechando la oscuridad de la noche, atravesaron el canal de Sicilia con la escolta extraordinaria del crucero *Bonaventure*, que disponía de radar, y se encontraron con la *Mediterranean Fleet* al oeste de Malta. Hasta aquel momento todo transcurría sin incidentes; pero poco después, al sureste de Pantelaria, el destructor *Gallant* chocó con una mina y tuvo que ser remolcado, distanciándose algunas millas de la formación. Naturalmente, debido a la proximidad de las bases aéreas y navales del enemigo, no se podía pretender que todos los demás buques avanzasen a la velocidad limitada de uno remolcado; por otra parte, era necesario afrontar algún riesgo para tratar de salvar al *Gallant*. Por ello, dado que unos mercantes con carga esperaban escolta para salir de Malta, el almirante Cunningham ordenó que los barcos destinados a este servicio (el *Bonaventure* entre ellos) acompañasen hasta allí al *Gallant*. Las dos escuadras se habían distanciado ya unas millas cuando la *Luftwaffe*, que hacía tiempo esperaba la ocasión para intervenir en el Mediterráneo, eligió este momento para lanzar su primer ataque. Los alemanes fueron afortunados. Una potente formación de bombarderos atacó en picado, por la parte del sol, a contraluz, lanzándose sobre el grueso de la flota de Cunningham, privada en este momento de la valiosa protección del radar del *Bonaventure*.

Los cazas del *Illustrious* se habían visto obligados a descender casi hasta el nivel del mar para enfrentarse a la primera oleada de aviones torpederos italianos, por lo que los *Stuka* pudieron concentrar el mayor peso de su ataque sobre el portaaviones, que, junto con el *Ark Royal*, era el navío inglés más importante del Mediterráneo. Los aviadores alemanes, valientes y muy hábiles, lo alcanzaron con seis bombas de media tonelada. El *Warspite* también fue alcanzado por una bomba, pero sufrió daños de poca importancia, y en el otro acorazado, el *Valiant*, tres hombres resultaron heridos (uno de ellos murió) por la metralla de una bomba que estalló a poca distancia. Unas nueve horas más tarde, el *Illustrious* consiguió llegar por sus propios medios al puerto de Malta, al que llegaron también, bastante más tarde, el *Gallant* y su escolta.

Al día siguiente los bombarderos atacaron en picado dos cruceros –el *Gloucester* y el *Southampton*– que, desde el Mediterráneo occidental, escoltaban a tres mercantes cuyo destino era Grecia. Alcanzaron al *Gloucester*, sin que sufriera daños graves, pero a bordo del *Southampton* estalló un incendio, y como las llamas no permitían inundar los pañoles de municiones se evacuó el navío, que poco después se hundió. Aunque los mercantes llegaron intactos a su destino, la Marina británica acababa de sufrir pérdidas muy graves.

El *Illustrious*, a pesar de los insistentes ataques alemanes que intentaban destruirlo, fue reparado provisionalmente en el puerto de Malta y más tarde consiguió llegar, más o menos maltrecho, a Alejandría, donde, naturalmente, hubo que continuar su reparación antes de que pudiera participar en otras acciones de guerra.

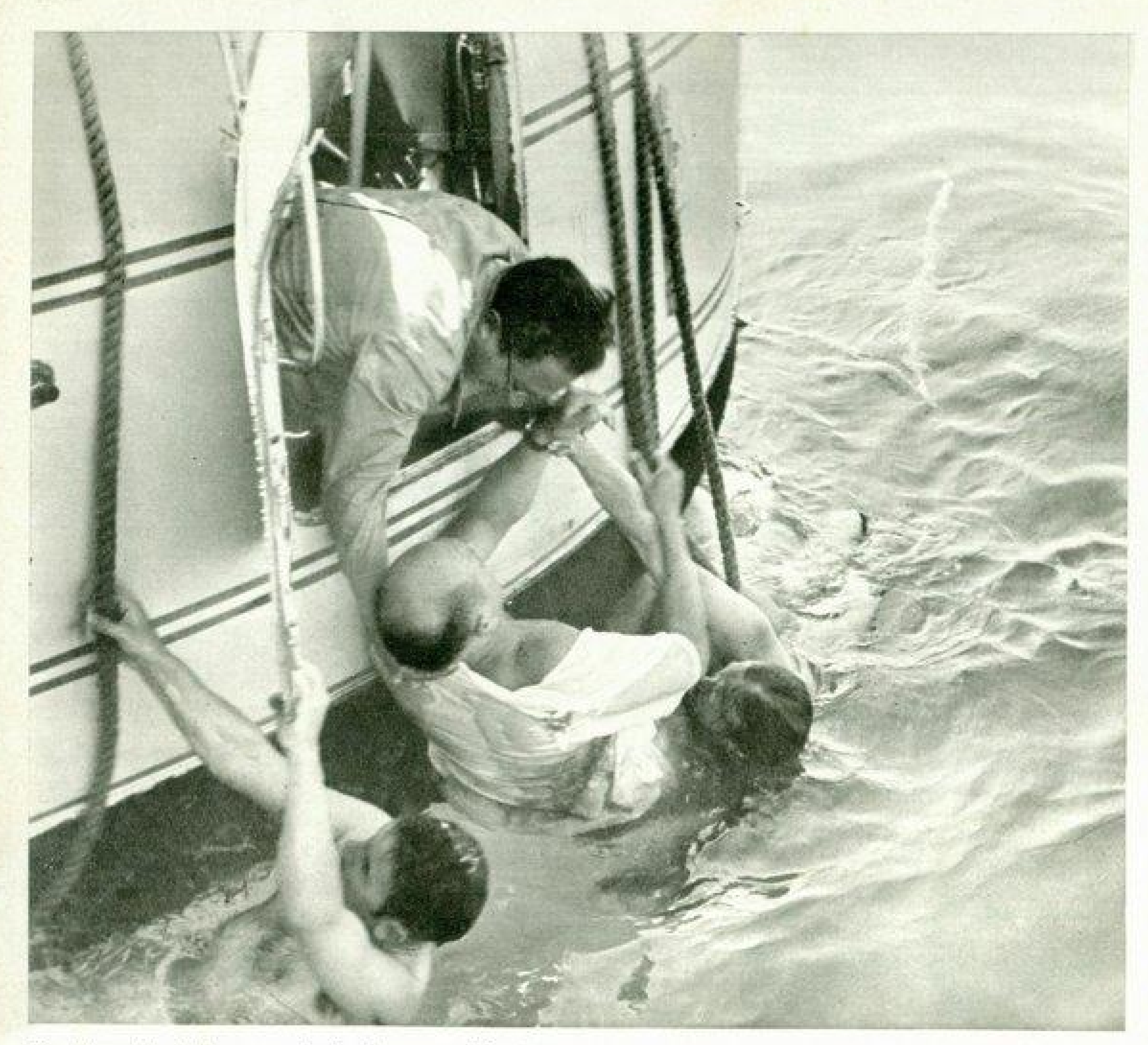
Además de la *Luftwaffe*, fuerzas de tierra alemanas estaban a punto de alcanzar también el sector central del Mediterráneo. Pocos días después de la última ofensiva de Wavell en Cirenaica, las primeras unidades alemanas que habían de constituir el *Afrikakorps* desembarcaron en Trípoli. Los convoyes que transportaban esas tropas y los abastecimientos sufrieron algunas pérdidas por la acción de los submarinos británicos de la clase «U»: entre ellos el *Usk* y el *Upholder*, y también de otros pertenecientes a la misma categoría, que empezaban a sustituir a los de mayor desplazamiento que habían operado hasta entonces desde la base de Malta. Los «U», más pequeños, eran mucho más adecuados para las operaciones en las aguas transparentes y en el espacio limitado del Mediterráneo.[6]

En el transcurso del mismo mes la Fuerza H realizó una importante acción. El 6 de febrero, el

[6] Durante los primeros seis meses de guerra, los ingleses habían perdido en el Mediterráneo los siguientes submarinos: *Grampus, Odin, Orpheus, Phoenix, Oswald, Rainbow, Triad, Regulus* y *Triton*.



27 de noviembre de 1940: un crucero pesado italiano en acción en aguas del cabo Teulada. Después de haber iniciado el ataque, la Escuadra italiana, al percatarse de la presencia del portaaviones «Ark Royal», interrumpió inmediatamente la acción. *(Alfredo Zennaro)*



Un hidroavión italiano procede al salvamento de la tripulación de un avión inglés abatido en el Mediterráneo. En dos años (1940-1941) el socorro aéreo italiano salvó 231 náufragos de todas las nacionalidades. *(Archivo Rizzoli)*

crucero de batalla *Renown*, el acorazado *Malaya*, el crucero *Sheffield* y una formación de destructores de apoyo salieron de Gibraltar para bombardear Génova a corta distancia. Los acompañaba el *Ark Royal*, que debía lanzar sus aviones bombarderos contra la base naval de La Spezia y sobre las instalaciones industriales de Livorno. La acción aeronaval se desarrolló el día 8 de febrero, al amanecer. Los aviones de reconocimiento no habían advertido la presencia del acorazado italiano *Caio Duilio*, que se encontraba de reparación en Génova, por lo que no resultó dañado por segunda vez; en cambio cayeron sobre el puerto y los astilleros unas 300 granadas rompedoras de 381 mm, causando daños gravísimos. El ataque duró media hora; después, la formación se retiró, uniéndose al *Ark Royal*, y volvió a su base de Gibraltar. Los buques italianos que habían salido a interceptarla durante la retirada no consiguieron dar con ella por culpa del deficiente reconocimiento aéreo.

Lo más sorprendente quizá fue que la Aviación italiana no atacase a la Fuerza H. Indudablemente, faltaba conexión entre el Mando de las Fuerzas Aéreas y el de la Marina. El almirante francés De Belot, que escribió sobre este tema después de la guerra, dice a este respecto: «A cada fracaso se agudizaba más la rivalidad rencorosa entre los mandos supremos de la Aviación y de la Marina, impidiendo que se estableciese una organización racional y eficiente». Inglaterra, en cambio, podía estar muy satisfecha de las buenas relaciones que existían entre sus tres comandantes en jefe que operaban en Egipto.

La incursión contra Génova y el éxito en el cumplimiento de sus objetivos logrado por los ingleses ya no podían esconderse al pueblo italiano, como se había hecho cuando el ataque a Tarento. Y lo que más irritó a los italianos fue la falta de reacción por parte de la Marina, especialmente porque nunca llegó a saber que, en esta ocasión, los barcos habían salido de sus bases dispuestos a combatir.

Los bombarderos alemanes en picado continuaron siendo los adversarios más peligrosos que tenía la Marina inglesa en el Mediterráneo. Entre el 23 y el 24 de febrero bombardearon y hundieron, cerca de Tobruk, al monitor *Terror* y al destructor *Dainty*, de la división costera; fue una pérdida compensada parcialmente por el hundimiento del crucero italiano *Armando Díaz*, torpedeado el día 25 por el submarino inglés *Upright*. El 6 de marzo, aviones alemanes, que despegaron probablemente del Dodecaneso, lanzaron minas magnéticas y acústicas en el canal de Suez, que en consecuencia permaneció cerrado a la navegación durante tres semanas. El hecho fue grave, sobre todo porque el portaaviones *Formidable*, que había doblado el cabo de Buena Esperanza para ir a sustituir al *Illustrious*, permaneció bloqueado durante este tiempo en el extremo sur del canal y no pudo unirse a la Escuadra, como se había previsto. Y mientras el *Formidable* no pudiera llegar a Alejandría ningún convoy podría salir para Malta, donde la situación, en espera de que fuese posible efectuar la travesía, se había agravado notablemente. Mas, a pesar de las dificultades, el día 23 de marzo, cuatro buques auxiliares consiguieron por fin entrar en el puerto maltés, y, por el momento, se resolvió el problema de la escasez.

El 8 de febrero, con la ocupación de El-Agheila, el avance inglés a lo largo de la costa africana había alcanzado su punto máximo. A partir de aquel momento, los comandantes ingleses del Mediterráneo concedieron prioridad absoluta al envío de toda la ayuda posible a Grecia, puesto que los griegos estaban convencidos de que los alemanes les atacarían para apoyar a Italia. Así pues, acabada la ofensiva de Cirenaica, el general Wavell concentró todas las tropas disponibles en Egipto, y las tuvo preparadas para su embarque con destino a Grecia. Sin embargo, la decisión de enviar unidades de Infantería y de Artillería de campaña no era aún definitiva, sino que todo dependía de la posibilidad de poder llevar a cabo una intervención que tuviese alguna garantía de éxito. Para decidirlo se envió a Oriente Medio al ministro de Asuntos Exteriores, Anthony Eden, y al Jefe del Estado Mayor General del Imperio, sir John Dill, quienes, junto con los comandantes en jefe de las fuerzas de Tierra y del Aire, volaron hasta Atenas para sostener una serie de conversaciones con los políticos griegos. En el informe que sometieron al Primer Ministro afirmaban que había buenas posibilidades de que la ayuda británica diese resultado, a pesar de los temores expresados por el general Dill.

Aunque pronto se hizo evidente que el compromiso adquirido con el Ejército griego de intervenir en la campaña contra los italianos les iba a impedir luchar contra Alemania con todas sus fuerzas, los comandantes ingleses y sir John Dill siguieron creyendo que existían posibilidades de una resistencia eficaz; y así, el día 5 de marzo, empezaron a salir los convoyes para trasladar hasta Grecia al Cuerpo Expedicionario británico.

A los alemanes les desagradó en gran manera que los convoyes ingleses pudieran atravesar a su antojo «el lago italiano». Y por ello, el 19 de marzo, el oficial de enlace de la Marina alemana entregó al Estado Mayor de la Marina de Italia un despacho, redactado en términos muy tajantes, en el que se pedía a los italianos que, dada la gran superioridad de sus fuerzas, intentasen detener el envío de refuerzos británicos a Grecia.

En consecuencia, el 26 de marzo, los italianos lanzaron una serie de ataques, coronados por el éxito, contra los buques de guerra ingleses fondeados en sus puertos, utilizando para ello los medios navales de asalto. Una lancha cargada de explosivos fue lanzada contra el crucero *York* –que por entonces era el único crucero con cañones de 203 mm que había en el sector del Mediterráneo oriental–, a la sazón fondeado en la bahía de Suda, en la costa septentrional de Creta. La explosión abrió una brecha en el casco y se inundó la sala de máquinas, por lo que el *York* no pudo maniobrar ni poner en acción las torres del armamento principal. Se le hizo embarrancar y más tarde fue destruido.[7]

Después de las exigencias de los alemanes, las operaciones navales italianas no se redujeron a estos ataques, efectuados con la flota ligera. Sin embargo, como no estaban de acuerdo con las afirmaciones de sus aliados, respecto a que habían inutilizado dos acorazados ingleses y que por lo tanto había un equilibrio de fuerzas, y no pensaban combatir –a menos que fuera indispensable– con la Escuadra inglesa, se limitaron de momento a intensificar los reconocimientos aéreos.

El almirante Cunningham, de regreso a Alejandría, advirtió este hecho y empezó a sospechar que algo se estaba preparando. El 27 de marzo, un *Sunderland* de la base maltesa de aviones de reconocimiento le envió un informe fotográfico que revelaba que tres cruceros y un destructor italianos se estaban dirigiendo hacia Creta. Comunicó los movimientos del enemigo a las unidades destacadas de su propio mando y, ya de noche, salió de Alejandría con sus buques, dirigiéndose hacia el cabo Matapán.

[7] El autor se refiere a la acción de seis lanchas cargadas con explosivos, efectuada en la bahía de Suda, en la que se logró hundir al crucero *York* y al petrolero *Pericles*. El 31 de marzo resultó hundido también el crucero *Bonaventure*, alcanzado por un submarino.

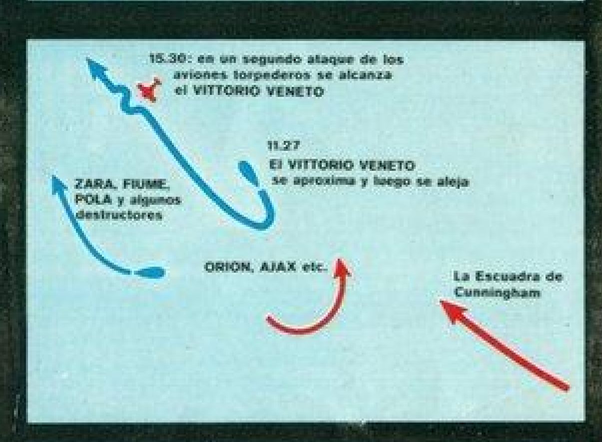
J. C. E. SMITH

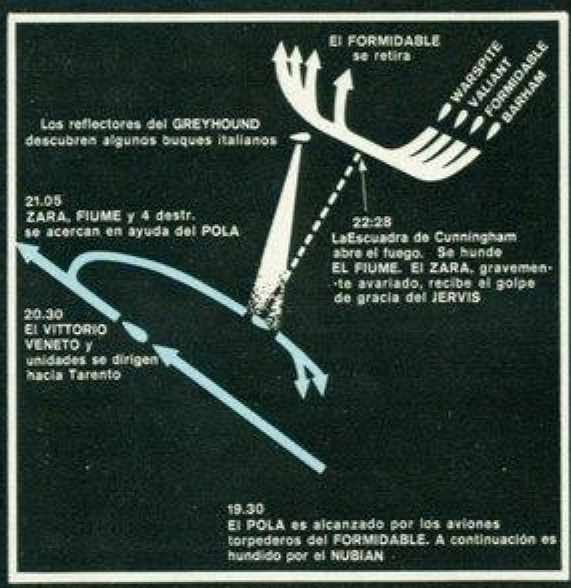


Nació en el Berkshire, en los años de la primera Guerra Mundial, y estudió en la *King's School* de Canterbury y en Cambridge. Durante la segunda Guerra Mundial prestó servicio en el Regimiento de los *Royal Welch Fusiliers*; más tarde residió un año en Alemania, trabajando en la división histórica del mando de las tropas estadounidenses. A continuación viajó por Europa. Actualmente vive en el Buckinghamshire. Escribe libros de texto escolares y, en ocasiones traduce al inglés artículos especializados del alemán, del francés o del italiano.

ITALIA
Brindisi
Tarento
GRECIA
Sicilia
Messina
MALTA
MAR JÓNICO
Cabo Matapán
Creta
MAR MEDITERRÁNEO
Gavdos
ZONA DONDE SE LIBRÓ LA BATALLA
28 DE MARZO
07.22: EMPIEZA LA ACCIÓN







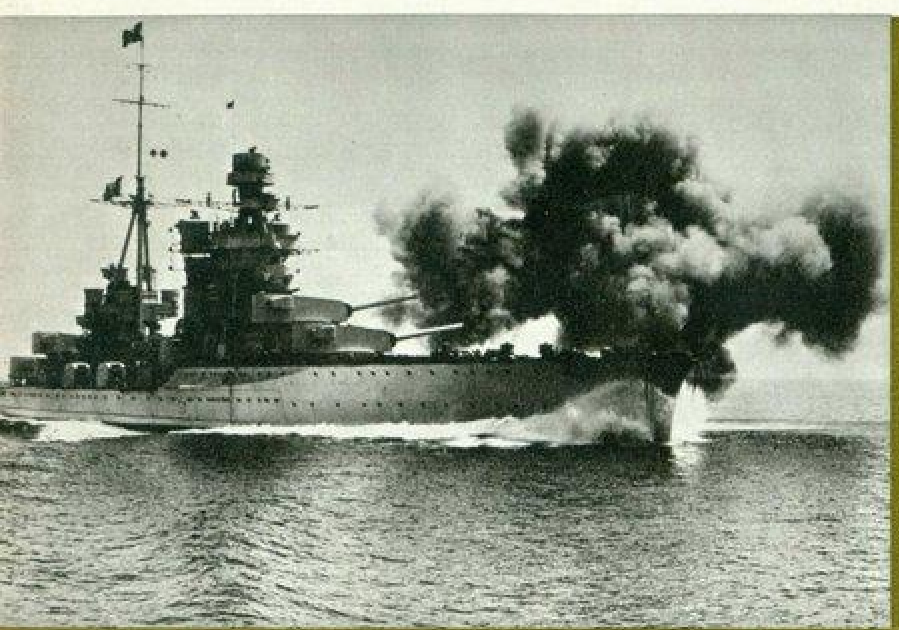
De arriba abajo: la ruta de los cruceros «Zara», «Pola» y «Fiume» para reunirse con el grueso de la flota frente a Gavdos. *Primera fase:* la Escuadra italiana ataca a la formación británica y luego invierte su ruta para unirse al «Vittorio Veneto». Este ataca a los navíos ingleses, pero atacado a su vez por los «Swordfish» del «Formidable», invierte su ruta. *Segunda fase:* el «Vittorio Veneto», perseguido, es alcanzado por un torpedo y se dirige hacia Tarento. *Tercera fase:* al atardecer prosigue la persecución y un avión torpedero logra hacer blanco en el crucero «Pola», que queda inmovilizado. Más tarde son hundidos el «Zara» y el «Fiume».

Cabo Matapán, 28 de marzo de 1941

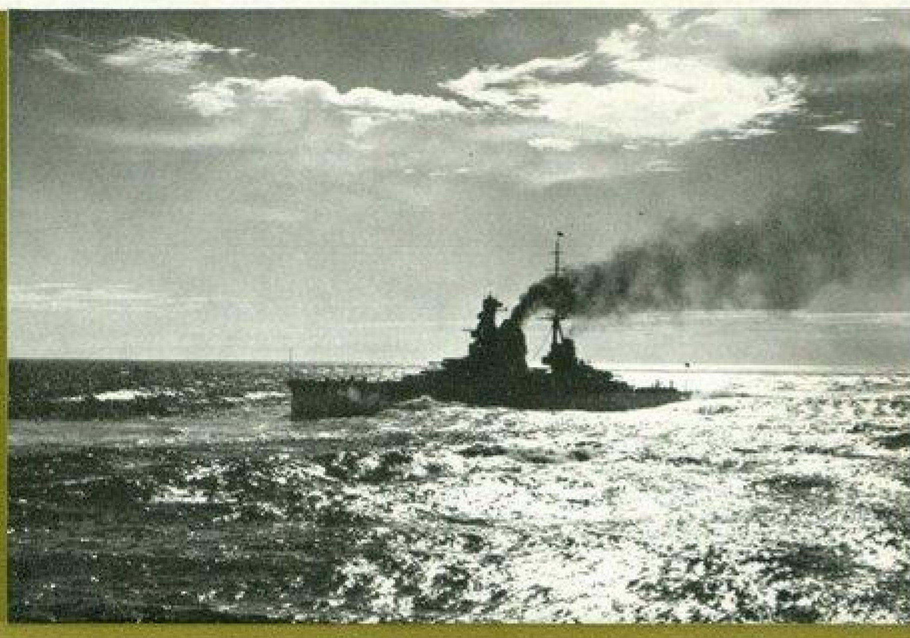
LA BATALLA DE CABO MATAPAN

David Woodward

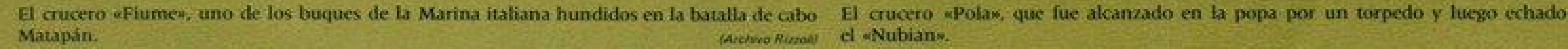
Bajo la presión de las insistentes demandas de intervención por parte de los alemanes, una división naval italiana se hizo a la mar para interceptar el tráfico británico entre los puertos egipcios y los griegos. Pero no se produjo la deseada sorpresa, pues las unidades italianas fueron avistadas por la aviación de reconocimiento británica. A su vez, la Escuadra inglesa de Alejandría se hizo a la mar y con ayuda del radar, sorprendió a los italianos y hundió en un combate nocturno tres de sus cruceros y dos destructores en aguas del cabo Matapán.



El crucero «Fiume», uno de los buques de la Marina italiana hundidos en la batalla de cabo Matapán. (Archivo Rizzoli)



El crucero «Pola», que fue alcanzado en la popa por un torpedo y luego echado a pique por el «Nubian». (Archivo Rizzoli)



A mediados de febrero de 1941, el almirante Raeder, comandante en jefe de la Marina alemana, se reunió en Merano con el almirante Riccardi para discutir la posibilidad de un ataque, por parte de buques italianos de superficie, contra los convoyes británicos; pero en aquellas conversaciones no se llegó a ninguna decisión. A partir del 5 de marzo, en vista de que en Grecia se iban concentrando fuerzas británicas, los alemanes pidieron de nuevo ayuda, una ayuda que los italianos no llegaban a prestar por razones que fueron determinantes para la Marina Italiana en todo el transcurso de la contienda y que demuestran hasta qué punto Italia no estaban preparada para la guerra.

En primer lugar, faltaba la protección aérea. Tiempo atrás, Mussolini había decidido que no eran necesarios los portaaviones; pero ahora se comprobaba que las dificultades para organizar la cooperación entre la Escuadra italiana en navegación y los aviones con base en tierra, fueran éstos italianos o alemanes, resultaban casi insuperables. En segundo lugar, escaseaba el combustible, cuyas reservas, al estallar el conflicto, alcanzaban la cantidad de 1.800.000 toneladas, cifra que, según Mussolini, sería suficiente para diez meses de guerra. En febrero de 1941, es decir, tras nueve meses de hostilidades, ya se habían consumido 1.000.000 de toneladas. Y la contribución del *Duce* para solucionar esta crisis consistió en ordenar que se hicieran durar veinte meses aquellas reservas que, de acuerdo con sus propias conjeturas, habrían debido durar diez. En tercero y último lugar, nadie podía prever cómo acabaría la guerra y Mussolini se mostraba ansioso en extremo por preservar la Escuadra italiana a fin de reforzar la posición de Italia en la conferencia de la paz.

Pero, sea como sea, los alemanes consiguieron ejercer sobre los italianos presiones lo suficientemente fuertes como para lograr que se decidieran a llevar a cabo un ataque contra los convoyes británicos. Para apresurar esta decisión, anunciaron que un ataque realizado el 16 de marzo por aviones torpederos alemanes contra la *Mediterranean Fleet*, al mando del almirante Cunningham, había puesto fuera de combate a dos de sus tres acorazados. Esto, desde luego, no era verdad y nada inducía a pensar que los italianos se lo creyesen; pero éstos se consideraban en la obligación de acceder a los deseos de sus aliados después de haber recibido seguridades sobre el apoyo de la *Luftwaffe*. La operación italiana, proyectada por el comandante en jefe de la flota, almirante Iachino, consistía en un doble avance de cruceros en dirección Este, por el norte y el sur de la isla de Creta. La formación septentrional debía alcanzar la extremidad oriental de la isla, mientras la meridional avanzaría hasta la isla de Gavdos, situada frente a la parte occidental de Creta. En total se emplearían seis cruceros con cañones de 203 mm, dos cruceros con cañones de 152 mm, y nueve destructores, apoyados todos ellos por el mayor buque de la Marina italiana, el *Vittorio Veneto*, acorazado de 35.000 toneladas, totalmente nuevo y armado con nueve cañones de 381 mm como artillería principal.

Al principio de la guerra, los italianos poseían seis acorazados; pero, como ya se ha dicho, tres de ellos fueron puestos fuera de combate en noviembre, durante la incursión aérea sobre Tarento, llevada a cabo por formaciones aéreas de la Marina británica. De los que quedaban, el *Vittorio Veneto*, con sus treinta nudos de velocidad, era el único suficientemente veloz para tomar parte en la operación proyectada.

Las unidades italianas zarparon en el más absoluto secreto de las bases de La Spezia, Nápoles, Tarento, Brindis y Mesina, y, una vez reunidas, dieron comienzo a la operación la mañana del 27 de marzo. Durante toda la jornada los italianos continuaron su avance hacia el Este, esperando en vano el prometido apoyo de la Aviación alemana.

Pero si no estaba allí la *Luftwaffe*, sí que se encontraba la RAF, aunque sólo estuviera representada por un único hidroavión tipo *Sunderland*, que a las 12,30 avistó, a unas 75 millas al este de Sicilia, tres cruceros italianos que navegaban en dirección a Creta.

Cunningham, cuyos tres acorazados –*Warspite*, *Valiant* y *Barham*– se hallaban fondeados en Alejandría, decidió hacerlos zarpar durante la noche, con objeto de que su salida pasara inadvertida durante el mayor tiempo posible. Con este fin se valió de la estratagema de bajar a tierra con los palos de golf y una maleta, dando así la impresión de que había decidido pasar una tarde y una noche fuera de su buque insignia.

La formación italiana llevaba, concretamente a bordo del *Vittorio Veneto*, hábiles descifradores de mensajes en clave, por lo que la noticia de que el hidroavión *Sunderland* había descubierto una parte de la formación italiana se comunicó inmediatamente al almirante Iachino. Ya no se podía pensar, por lo tanto, en una acción por sorpresa; mientras que si toda la escuadra italiana hubiera vuelto atrás, se habría creado un nuevo estado de tensión entre alemanes e italianos.

La operación que había de realizarse al norte de Creta fue cancelada, el 27 de marzo por la tarde, por la *Supermarina*, que desde Roma coordinaba y dirigía todas las fuerzas navales, y se ordenó a los buques encargados de la misma, –los cruceros *Zara*, *Pola* y *Fiume*, con los destructores de escolta– que se uniesen a los otros cruceros italianos que navegaban al largo de Gavdos. A las 7,22 del día siguiente, dichas unidades divisaron una formación avanzada de cruceros británicos, al mando del vicealmirante Pridham-Wippell (la constituían el *Orion*, el *Ajax*, el *Gloucester* y el australiano *Perth*, con cuatro destructores), que habían escoltado un convoy a Grecia. De las dos formaciones de cruceros, los italianos estaban mejor armados y eran más veloces, por lo que los ingleses invirtieron su ruta para atraer al enemigo hacia los acorazados de Cunningham.

Los italianos los siguieron y abrieron fuego a una distancia de 13 millas, y así continuaron durante unos cuarenta minutos. Luego, el almirante Iachino, ante el temor de que se estuviesen aproximando demasiado a las bases británicas, les dio orden de invertir la ruta hacia el Oeste, para unirse al *Vittorio Veneto*. Pero, entonces, también Pridham-Wippell invirtió su ruta y así los ingleses se convirtieron de perseguidos en perseguidores. Esta situación duró hasta que, a las 10,58, el *Orion* divisó al *Vittorio Veneto*. De nuevo los ingleses invirtieron su ruta y una vez más se dirigieron, a toda máquina y protegiéndose con una cortina de humo, hacia donde se hallaba Cunningham, perseguidos por las andanadas de 381 mm del *Vittorio Veneto*. Los buques británicos corrían entonces serio peligro de encontrarse rodeados por los cruceros italianos que habían estado persiguiendo, y que ahora se encontraban al Sur, y el *Vittorio Veneto*, que navegaba al Norte.

Bajo los ataques de la aviación inglesa

En estos críticos momentos, aviones procedentes del portaaviones británico *Formidable*, que al fin había podido cruzar el canal de Suez, atacaron a las unidades italianas, que los rechazaron, sin que ninguna de las dos partes infligiese daños a su adversario.

El *Vittorio Veneto* cambió entonces su ruta, mientras Cunningham efectuaba una persecución cerrada a una distancia de unas 65 millas. A las 15,30 horas, cinco aviones torpederos del *Formidable* se dispusieron a atacar de nuevo, mientras el acorazado italiano era objeto de otro ataque simultáneo, a alta cota, por parte de bombarderos de la RAF. Ninguna de las bombas alcanzó su objetivo, pero el bombardeo consiguió atraer toda la atención de la defensa antiaérea italiana, que así no logró descubrir a tiempo los aviones torpederos del *Formidable* que se aproximaban en



Uno de los dos aviones torpederos italianos (teniente P. Greco) que el 28 de marzo atacaron a los buques de la Fuerza H de Cunningham.
(Foto F. P.)

vuelo rasante, casi a flor de agua. Al descubrirlos, el *Vittorio Veneto* viró para presentar al enemigo la popa, o sea un objetivo lo más pequeño posible, en tanto que el fuego antiaéreo de todos los buques se trasladó de los bombarderos de la RAF a los torpederos que se lanzaban al ataque. El capitán de corbeta Dalyell-Stead, que lo dirigía, lanzó un torpedo y fue inmediatamente abatido, de manera que su aparato se precipitó en el mar antes de que el torpedo alcanzase al *Vittorio Veneto*, al que abrió un boquete en la popa por el que entraron 4000 toneladas de agua. Durante algún tiempo el buque insignia italiano permaneció parado; luego, lentamente, se pusieron de nuevo las máquinas en movimiento y, aumentando la velocidad, hizo rumbo a Tarento, navegando al principio a diez nudos y luego a veinte. Eso indicaba que todavía era lo bastante veloz como para mantenerse alejado de los ingleses hasta que se hiciera de noche.

A las 19,30, casi media hora después de ponerse el sol, seis aviones *Albacore* y cuatro *Swordfish* (todos del *Formidable*, salvo dos *Swordfish*, que procedían de una base costera de Creta) atacaron a los cruceros y destructores del grueso de la Escuadra italiana, ahora en formación de cinco columnas alrededor del *Vittorio Veneto*. El tiro antiaéreo italiano era preciso y los reflectores resultaban deslumbradores. La formación de aviones torpederos británicos fue desorganizada, pero los aparatos continuaron individualmente su labor, y uno de ellos torpedeó al *Pola*, un crucero de 10.000 toneladas. De momento el buque no fue identificado con seguridad y Cunningham creyó que podía tratarse del *Vittorio Veneto*.

La persecución duró toda la noche. La Marina británica no se había vuelto a emplear en una acción nocturna desde los tiempos de Jutlandia, hacía veinticinco años, y a pesar de las continuas maniobras de los últimos años, en aquel momento nadie tenía completa confianza en que todo marcharía bien. No obstante, Cunningham prefirió aceptar los riesgos de una acción nocturna antes que la perspectiva de un encuentro con la *Luftwaffe* a la mañana siguiente.

El crucero británico *Ajax*, uno de los pocos buques que por entonces estaban provistos de radar (que en aquel tiempo se denominaba RDF –*range direction finder*– detector de distancia y dirección), reveló la presencia de un gran buque que estaba parado. Cunningham cambió su rumbo para explorar, esperando aún que se tratase del *Vittorio Veneto*; pero entonces descubrió en la oscuridad a otros tres buques, dos grandes y uno pequeño, que navegaban perpendicularmente a los acorazados británicos. El *Formidable* se retiró, porque de noche no se puede utilizar adecuadamente un portaaviones, sobre todo estando el enemigo tan próximo; pero el *Warspite*, el *Valiant* y el *Barham* abrieron fuego a la increíble distancia de 3600 metros, mientras se iluminaba al adversario con un reflector del destructor *Greyhound*. A las 22,28 los acorazados británicos encendieron también sus reflectores y comprobaron que cinco de los seis proyectiles de 381 mm de la primera salva del *Warspite* habían alcanzado su objetivo. Entonces se sucedieron las andanadas: «Se veían torres enteras y gran cantidad de otros fragmentos pesados saltar por el aire, cayendo al mar entre columnas de agua, y en poco tiempo los propios buques no fueron sino antorchas, presas de las llamas desde la proa a la popa», escribió Cunningham. El blanco era el crucero *Fiume*.

Los navíos italianos habían sido sorprendidos porque ignoraban la presencia de buques de línea británicos en las proximidades. Además, de noche no estaban en condiciones de utilizar sus cañones de 203 mm, pues carecían de cargas de proyección de llamarada atenuada y de un dispositivo eficaz de reflectores. A pesar de todo ello, tres destructores italianos, apoyados por los maltrechos cruceros, se dispusieron a atacar a los acorazados británicos, que entonces se alejaron. La acción había durado tan sólo cuatro minutos y medio; pero cuando los navíos ingleses abandonaron el lugar, los cruceros *Fiume* y *Zara* se estaban hundiendo.

Durante mucho tiempo los ingleses ignoraron el motivo por el cual aquellos buques italianos navegaban separados del grueso de su flota. He aquí lo que había ocurrido a este respecto: tras el ataque aéreo británico realizado al ponerse el sol, los italianos se dirigían a sus bases; pero, más tarde, poco después de las 20 horas, el almirante Iachino captó una señal del *Zara* al *Pola*: «Decid vuestras condiciones». Un poco más tarde el *Zara* comunicó al almirante: «Buque *Pola* informa haber sido alcanzado por torpedo en popa. Buque parado». Ésta fue la primera noticia recibida por Iachino del torpedeamiento del *Pola*. Ahora bien, al igual que los comandantes de sus cruceros, Iachino ignoraba que hubiera buques británicos en las proximidades, excepto, claro está, los cruceros de Pridham-Wippell, y por eso había ordenado al *Fiume*, al *Zara* y a cuatro destructores que acudiesen en ayuda del *Pola*. Así lo hicieron; pero más tarde, a las 22,28, el almirante italiano vio, a unas 45 millas a popa, las llamaradas de las salvas de 381 mm, y por primera vez se dio cuenta de que tenía muy cerca a los acorazados ingleses. Todo lo que podía hacer entonces era esperar que el *Vittorio Veneto* no fuese descubierto y que pudiera regresar a su base a la velocidad máxima que le permitieran los daños sufridos.

La fase final de la batalla del cabo Matapán consistió en un vano intento de los ingleses de interceptar al *Vittorio Veneto* y en el hundimiento de los tres cruceros, una vez se dieron cuenta de que el acorazado había escapado. Se encomendó la misión de acabar con los cruceros al capitán de navío Philip Mack, que mandaba, a bordo del *Jervis*, la 14.ª flotilla de destructores. El *Jervis* dio primero el golpe de gracia al *Zara* –el *Fiume* ya se había hundido– y después encontró al *Pola* inmovilizado. Algunos hombres de su dotación se habían tirado al agua y después, viendo que el buque continuaba manteniéndose a flote, habían regresado a bordo y se habían despojado de las ropas empapadas. Para entrar en calor comenzaron a beber y algunos estaban sin duda borrachos, mientras que otros parecían medio asfixiados, debido probablemente a las emanaciones procedentes del cuarto de máquinas. Se puso entonces al costado del *Pola* y envió a bordo algunos hombres armados de arma blanca. Los italianos no opusieron resistencia. Habría sido posible remolcar el navío hasta Alejandría, como presa de guerra, si no se hubiera temido un ataque masivo de la *Luftwaffe* a la mañana siguiente. Por esto el buque italiano fue hundido con un torpedo disparado por el *Nubian*.

Vuelto a Italia, Iachino hubo de afrontar el penoso deber de dar a Mussolini el informe del desastre. Poco después, examinando el borrador de las interceptaciones de radiomensajes, efectuadas durante la batalla, el Estado Mayor de Iachino descubrió que los ingleses se habían dado cuenta de la presencia de los buques italianos en la oscuridad y a una distancia mucho mayor que la de avistamiento óptico, de donde dedujo que los buques británicos estaban provistos de radar.

Mussolini se convenció entonces, por primera vez, de que su Flota, para poder operar libremente en el Mediterráneo, tenía necesidad de portaaviones, y con este fin ordenó la transformación de dos grandes trasatlánticos. No obstante, ninguno de los dos estaba listo en el momento del armisticio, firmado en septiembre de 1943.

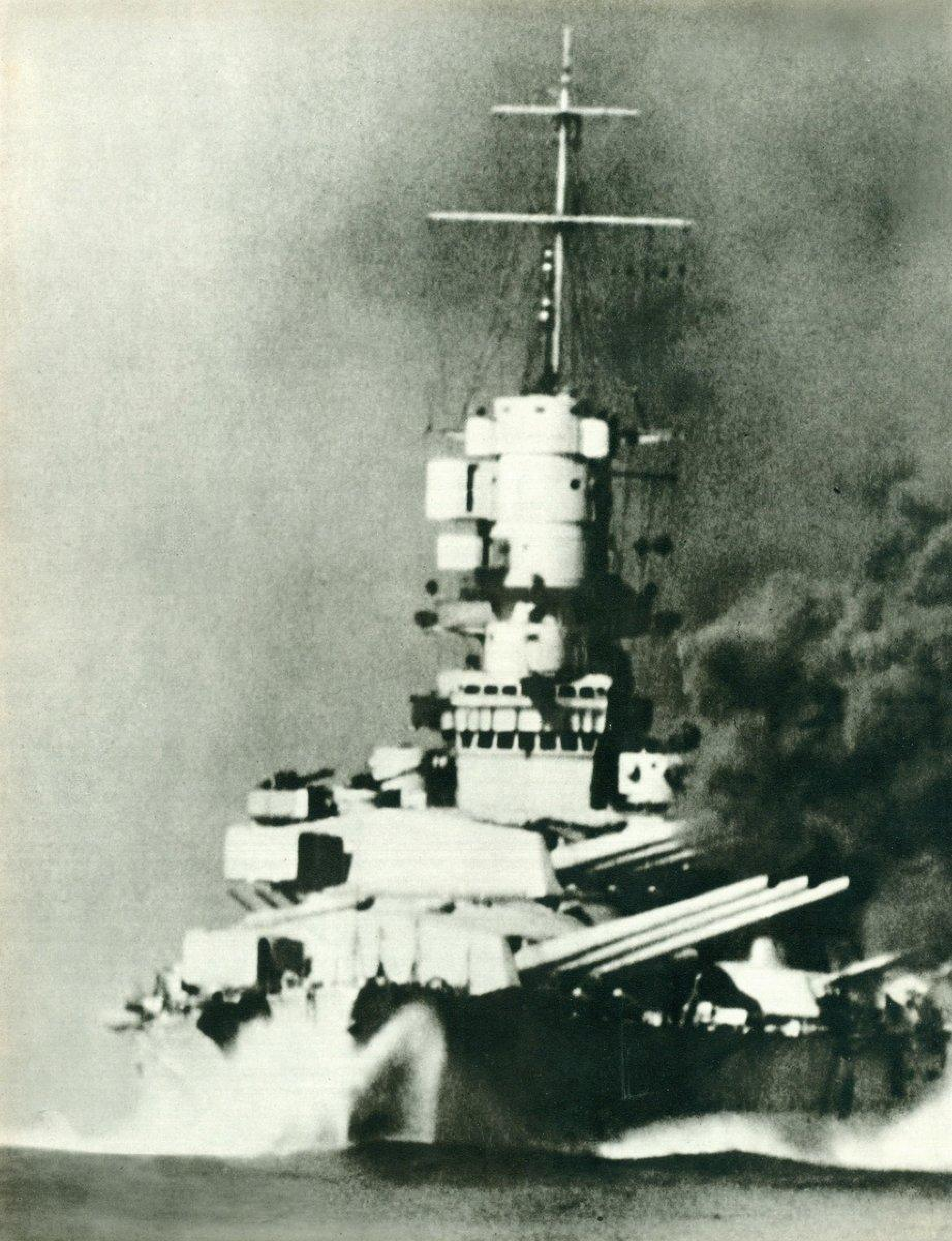
Los ingleses se mostraron muy satisfechos por el hundimiento de los tres cruceros y de los dos destructores: el *Alfieri* y el *Carducci*. Pero también se sintieron desilusionados por habérseles escapado el *Vittorio Veneto*.

N. B. Gustosamente consignamos la versión de la Oficina italiana de Historia sobre algunos extremos tocados en el artículo:
1. De La Spezia no partió ningún buque italiano.
2. Los cruceros que combatieron al largo de Gavdos fueron *Trieste*, *Trento* y *Bolzano*.
3. Las unidades italianas descubiertas por los acorazados ingleses eran sólo dos: *Zara* y *Fiume*.
4. Los marineros italianos, no pueden embriagarse a bordo, ya que sus buques no llevan cantina.
5. En aquella ocasión los italianos pudieron comprobar que el radar ya lo empleaban los buques ingleses. Los alemanes cedieron un ejemplar a la Marina italiana, que lo instaló, a principios de 1942, en el destructor *Legionario*.

DAVID WOODWARD



Nació en 1909. De 1932 a 1940 fue corresponsal en el extranjero, entre otros periódicos del *News Chronicle*. Residió primero en Ginebra y después en Roma, Berlín y Amsterdam. Siempre como corresponsal del *News Chronicle*, viajó por el Medio y Extremo Oriente de 1940 a 1942 (entonces como corresponsal de guerra) y de 1942 a 1943 siguió los acontecimientos de la guerra naval. En 1943 fue destinado a la Sección de guerra psicológica de la Oficina estadounidense de informaciones militares. Finalmente, de 1944 a 1946, como corresponsal del *Manchester Guardian* y del *Times*, siguió a los ejércitos aliados desde Normandía a Berlín. Ha sido agregado de la Oficina de Prensa de la UNESCO (1946-1948) y primer secretario de la legación británica en Tel Aviv de 1949 a 1952, año en que pasó a la BBC. Entre sus publicaciones figura una sobre el *Tirpitz*, otra sobre el almirante Ramsay y otra sobre la Marina soviética.

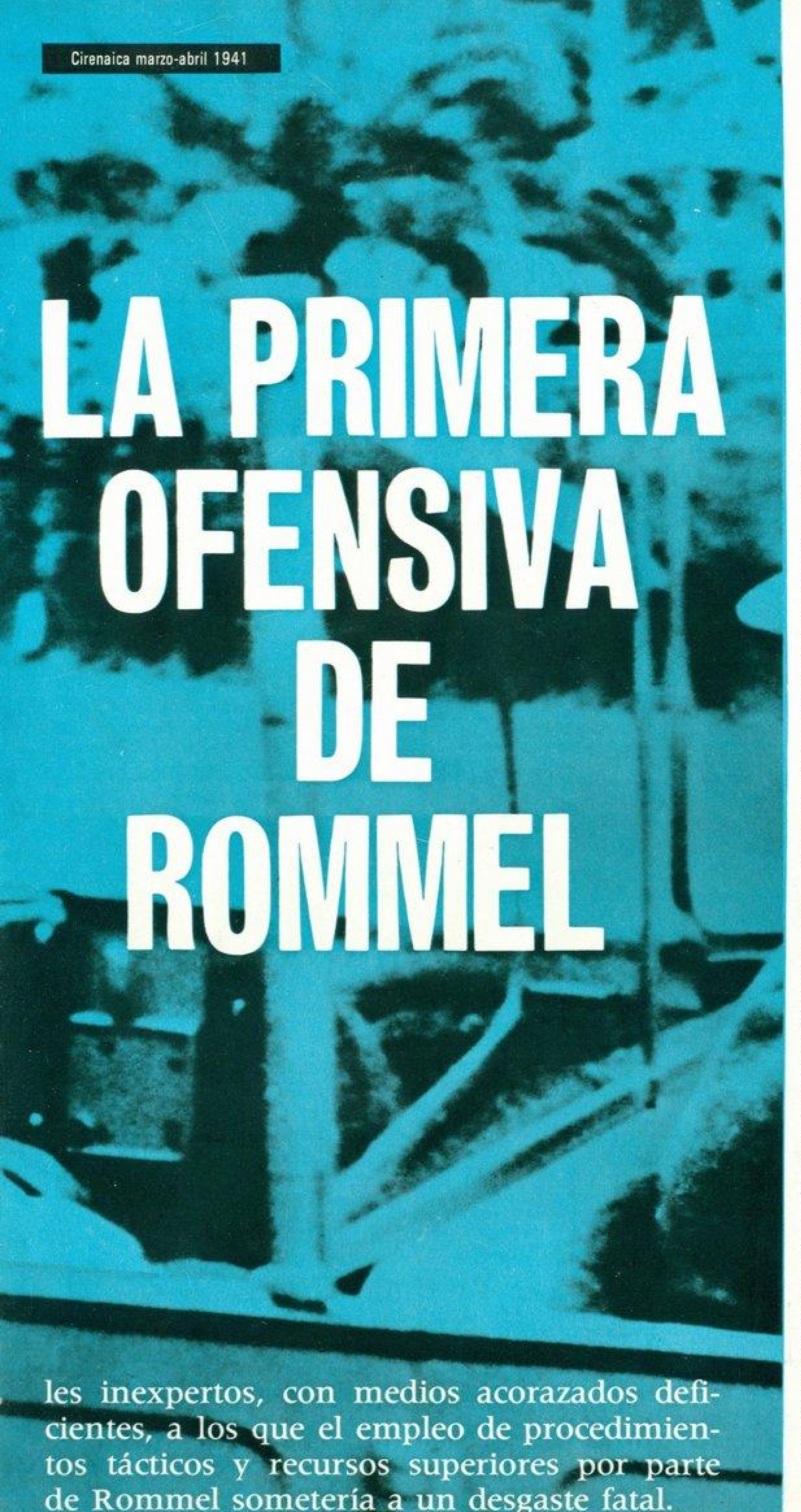


Una salva de los cañones de 381 mm disparada por el Vittorio Veneto, una de las unidades más potentes de la Flota italiana.

(History of the Second World War)


Rommel y Gariboldi (a la izquierda) en Tripoli.
(Keystone)

El ritmo acelerado que se dio a la conquista de Cirenaica había agotado a los hombres y las máquinas de los «treinta mil» de Wavell, de los cuales, además, se había retirado una buena parte para trasladarla a otros frentes. Los «veteranos» fueron sustituidos por tropas y oficia-



LA PRIMERA OFENSIVA DE ROMMEL

les inexpertos, con medios acorazados deficientes, a los que el empleo de procedimientos tácticos y recursos superiores por parte de Rommel sometería a un desgaste fatal.

K. J. Macksey,
comandante

El 12 de febrero de 1941 Rommel llegó a Trípoli. El primer cometido que hubo de afrontar fueron las difíciles consultas con el general Gariboldi, comandante en jefe de las fuerzas italianas en el Norte de África y de quien Rommel oficialmente dependía. Su llegada, precedida de la entrevista con Hitler y von Brauchitsch en Berlín, con el jefe de Estado Mayor italiano en Roma y con el general Geisller, comandante del *X Fliegerkorps* de la *Luftwaffe* en Sicilia, tuvo lugar, inmediatamente antes del arribo de los buques que transportaban a las vanguardias del *Afrikakorps*.

El *Afrikakorps* era entonces numéricamente limitado, y estaba apoyado por una fuerza aérea bastante reducida. La XV *Panzerdivision* no llegaría hasta fines de mayo, y la gran unidad base, la División Ligera 5, conocida posteriormente como la XXI *Panzerdivision*, no estaría completa hasta mediados de abril, si bien su Regimiento acorazado 5, con 105 carros medios y 51 ligeros, había llegado el 11 de marzo. La *Luftwaffe* proporcionaba apoyo directo con 20 bombarderos medios y 50 bombarderos en picado, a los que se unían, cuando se les requería, otros bombarderos medios procedentes de las bases situadas en Sicilia. Sin embargo, como la *Luftwaffe* no se encontraba bajo el mando directo de Rommel, sus intervenciones no estuvieron siempre debidamente coordinadas con las unidades terrestres, como habría sido de desear. No obstante, lograron obstaculizar las acciones ofensivas británicas desde Malta y garantizaron una mayor seguridad al *Afrikakorps* durante la travesía del Mediterráneo.

Las fuerzas terrestres italianas estaban constituidas por cinco divisiones, deficientes por lo general en cuanto a medios de transporte. Una de ellas, la «Ariete», era acorazada y disponía de una dotación de 60 carros ligeros, cuya eficacia en combate era muy dudosa. Los elementos motorizados de las fuerzas italianas pasaron bajo el mando directo de Rommel. El comandante en jefe italiano no estaba muy de acuerdo con el proyecto de este último de defender Trípoli, estableciendo las líneas defensivas en la lejana Sirte. Pero el general italiano, presa de sus temores, no tenía en cuenta el carácter del hombre con quien estaba tratando; indudablemente, no supo prever que Rommel, efectuando un simple reconocimiento aéreo, adquiría el debido conocimiento del terreno en un solo día; o no comprendió tampoco que el Ejército alemán, con una sólida experiencia en la guerra mecanizada de movimientos, se podía adaptar fácilmente a todas las condiciones. Y, sobre todo, el general Gariboldi no sospechaba siquiera que la lentitud de los italianos constituía en sí misma un estímulo para que Rommel decidiera «no atenerme a las instrucciones según las cuales había de limitarme a una inspección del sector, sino asumir el mando del frente tan pronto como fuera posible, lo más tarde después de la llegada de las primeras tropas alemanas». El 14 de febrero, los carros de su III Batallón de Exploradores desembarcaron en el puerto de Trípoli; el 16 se encontraban ya en Sirte, y el 24 del mismo mes se enfrentaban por primera vez con los ingleses cerca de El-Nofilia, a unos 120 km al este de Sirte.

La reacción de los ingleses ante el desafío de Rommel fue negativa. Al parecer no tenían inten-

ción de reemprender el avance hacia Trípoli, pues no opusieron resistencia a las sucesivas incursiones del III Batallón, ni pasaron al contraataque. El 18 de marzo, Rommel llegó a la conclusión de que el comandante británico no sólo no tenía un plan ofensivo, sino que incluso estaba agotando sus medios para defender los pasos situados entre el mar y los pantanos salobres de El-Agheila y de Marsa el-Brega. Con esta firme convicción, el 19 de marzo se trasladó a Berlín a fin de obtener de Hitler el permiso para emprender operaciones ofensivas y poder conquistar Cirenaica.

En la capital se le acogió fríamente, como el mismo Rommel escribió. Brauchitsch le dijo que no estaban dispuestos a tomar en consideración el proyecto de lanzar, en un futuro próximo, el golpe decisivo en el frente africano y que no se iban a enviar refuerzos adicionales a las unidades asignadas a aquel sector. Sin embargo, podría atacar El-Agheila hacia fines de mayo, después de la llegada de la XV *Panzerdivision*. No se le revelaron las razones de esta actitud, que en realidad obedecía al hecho de que ya se había decidido la intervención en Yugoslavia y Grecia, como acción preliminar para asegurar el flanco de la Operación «Barbarroja», es decir, el ataque contra Rusia. Rommel regresó a África concentrando todos sus pensamientos en la acción limitada contra El-Agheila, ya preparada desde antes de su viaje a Berlín y de cuyo éxito dependería el desarrollo de los planes futuros; pues esperaba que la conquista de una de las posiciones más importantes de los ingleses le permitiera descubrir por completo sus intenciones.

Su optimismo habría sido mucho mayor de haber podido saber cuáles eran las verdaderas condiciones en el campo enemigo a fines de marzo. El plan del general O'Connor de efectuar un rápido avance hacia Trípoli inmediatamente después de Beda Fomm había sido rechazado por Wavell. Éste se ocupaba entonces de la campaña de primavera contra lo que quedaba del Imperio italiano en África oriental y, además, ultimaba los preparativos de la expedición de ayuda a Grecia. Pero de todos modos, en Londres, el Consejo de Defensa había establecido que el flanco desértico de Cirenaica debía conservarse tan sólo para defender Egipto, base de las demás operaciones.

Así, pues, todos los elementos que podían sacarse del desierto y que no se consideraban indispensables para el frente se trasladaron al delta del Nilo. Uno de estos «elementos» era O'Connor, que volvió atrás llevando consigo a los supervivientes de los victoriosos «treinta mil», que a la sazón tenían urgente necesidad de un limitado período de descanso. Para sustituirlos se mandaron tropas sin experiencia, a las órdenes de comandantes cuyos planes no eran los que requerían la naturaleza del terreno que debían defender ni el enemigo con el que habían de enfrentarse. Wavell no podía dedicar a cada uno de ellos la atención necesaria, pues atendía a los innumerables problemas que presentaban los numerosos frentes de la zona bajo su mando. Como es lógico, teóricamente, tenía que basarse en las informaciones que le proporcionaban sus comandantes subordinados. Por esta razón, basándose en los informes del general Wilson, gobernador militar y comandante en jefe del sector cirenaico, se formó una idea completamente equivocada del escarpado existente al sur de Bengasi.

«Creía –escribió más tarde– que se trataba de un talud similar al que había al este de Sollum, con poquísimos pasos aptos para el movimiento de vehículos... Cuando me trasladé personalmente al lugar me di cuenta de que se podía superar casi por cualquier punto y que no constituía en absoluto una defensa natural».

De su servicio de información no recibía más que noticias fragmentarias sobre los preparativos de los alemanes, y, por otra parte, aunque se le hubiera informado con más precisión, no consideraba a Rommel tan audaz como para intentar la reconquista de Cirenaica.

La tercera desventaja de Wavell consistía en el hombre que había elegido como comandante después del precipitado traslado de Wilson a Grecia. Wavell no conocía muy bien al teniente general Philip Neame, mas por la reputación de que gozaba le consideraba a la altura de las dificultades que en aquel momento se presentaban. Sin embargo, cuando tuvo oportunidad de conocerle mejor, descubrió que era pesimista, con concepciones tácticas «simplemente descabelladas». Además, Wavell no estaba tampoco muy satisfecho de la situación logística, pues la general escasez de medios de transporte en Cirenaica y los bombardeos alemanes del puerto de Bengasi impedían almacenar los medios necesarios para asegurar el abastecimiento de las dos divisiones destinadas a dicha ciudad.

La situación era insatisfactoria incluso en lo referente al potencial humano. La División 6 australiana, que con tanto valor había combatido a comienzos del año, estaba a punto de llegar a Grecia, y se la había sustituido por la División 9, también australiana, mandada por el general Leslie Morshead, pero afectada por una reorganización general. Se enviaron dos de sus brigadas al este de Bengasi, entre El-Regima y Tocra; la tercera se destinó a Tobruk, por la sencilla razón de que ya no era posible mandar abastecimientos desde Bengasi, y allí se volvieron a poner en funcionamiento las viejas obras defensivas construidas por los italianos.

Falta de movilidad

Quizás el elemento menos móvil de la gran unidad de Neame fuese su mando, virtualmente estático, con un sistema de enlaces improvisado e inadecuado para sostener el ritmo de una batalla de movimientos rápidos. Por su parte, la División Acorazada 2, al mando del general Gambier-Parry, era una unidad que no podía compararse a la 7, a la que había sustituido. Llegó a Egipto a principios de enero, precedida por dos de sus regimientos de carros de combate, que tomaron parte en la primera ofensiva y que luego habían sido retirados. Una de sus brigadas acorazadas estaba destacada en Grecia, habiendo dejado en África septentrional un regimiento dotado con carros medios y otro con carros ligeros, ambos mal equipados y con material muy desgastado. Un segundo regimiento de carros medios se había reforzado a toda prisa con los M-13 capturados a los italianos; a estos carros se les montó un cañón de 47 mm, pero su capacidad de movimiento dejaba mucho que desear.

Los hombres que habían de formar las tripulaciones de estos vehículos eran muy expertos, pues habían combatido en el desierto desde el comienzo de la guerra; pero acusaban un gran cansancio y además apenas tuvieron tiempo para adaptarse a los nuevos medios; de manera que, en conjunto, aquellos hombres no tenían demasiados motivos para albergar muchas esperanzas al considerar sus posibilidades en el combate.

La situación tampoco era mejor respecto a otra arma de importancia fundamental, la *Royal Air Force*, que asimismo se resentía de las exigencias de los otros frentes. En marzo estaba constituida tan sólo por un par de escuadrones de *Hurricane*, uno de bombarderos medios *Blenheim* y otro de *Lysander* para la cooperación con el Ejército; eso era insuficiente incluso para defenderse de la aviación enemiga, y, por lo tanto, más insuficiente aún para prestar un apoyo eficaz a las operaciones terrestres.

El éxito de cualquier batalla futura dependería de lo que pudiera hacer la heterogénea Gran Unidad móvil. Wavell había dado instrucciones a Neame de defender Cirenaica con una cortina de fuerzas ligeras móviles, que sólo se replegarían ante una presión muy superior; aconsejándole además que las mantuviese en el flanco desértico, cerca de Antelat, para asegurarse la posibilidad de reaccionar desde una posición central contra cualquier intento alemán de apoderarse de la carretera costera o de la interior, que llevaba a El-Mechilí. Estaba dispuesto a renunciar a Bengasi, si ello era necesario, antes que arriesgarse al aniquilamiento de sus unidades más eficaces, porque, como le dijo a Neame, pasara lo que pasara, no iba a poder enviar refuerzos durante dos meses. De todos modos, consideraba que los alemanes no podrían atacar antes de un mes. Con ello Wavell aceptó un riesgo en el que las mejores probabilidades estaban a favor del adversario.

El 29 de marzo, Wavell, para infundir ánimos, consiguió constituir otra unidad a fin de reforzar las fraccionadas fuerzas de Neame. Se trataba de la Brigada Motorizada 3 india, formada por tres batallones motorizados, mas desprovista de artillería y de cañones contracarros y que disponía tan sólo de unos pocos aparatos radiorreceptores y de un número limitado de ametralladoras; pero, aparte de esta unidad, el comandante en jefe británico tenía muy poco que ofrecer. Rommel, por lo tanto, iba a llevar a cabo su primera ofensiva contra unos hombres y unos jefes que en el desierto eran prácticamente unos principiantes. La experiencia adquirida por los ingleses durante su primera campaña acabaría por resultar inútil, pues las técnicas empleadas en la segunda, correctas o equivocadas, eran nuevas. La batalla, caracterizada por una movilidad mucho mayor, se desarrolló entre unidades menores que las que habían combatido cuatro meses antes, y el enemigo con que los ingleses tuvieron que enfrentarse poseía precisamente una aptitud para las operaciones móviles tan superior a la suya como lo había sido ésta respecto a la de los italianos.

El derrumbamiento del frente inglés

La primera fase de esta ofensiva fue la ocupación, prácticamente incruenta, de El-Agheila, que los soldados de Rommel alcanzaron el 24 de marzo; seguida, el 31 del mismo mes, por un ataque lanzado por la División Ligera 5 contra la posición de Marsa el-Brega, guarnecida por la División Acorazada 2 inglesa. La franja, de casi 13 km de profundidad, entre la costa y los pantanos salobres, estaba defendida por el Grupo de Apoyo de la División Acorazada 2; 8 km más a retaguardia se encontraban los deficientes carros de combate de la Brigada Acorazada 3, cuya misión era la de contraatacar a las posibles penetraciones enemigas en el frente del Grupo de Apoyo. Los combates se desarrollaron durante todo el día y, al atardecer, Rommel hubo de detenerse en el interior de la posición del Grupo de Apoyo. Los exhaustos defensores pidieron lo único que les podía salvar: un contraataque de la Brigada Acorazada 3, pero el general de división Gambier-Parry consideró que quedaban ya muy pocas horas de luz para llevar a cabo la acción, y su decisión coincidió con un nuevo ataque de los alemanes, que obligó al citado Grupo a abandonar la posición cercada y a retroceder en terreno desértico y descubierto.

Con la conquista de Marsa el-Brega, Rommel no sólo había llevado a cabo lo que sus superiores no querían que intentara antes de fines de mayo, sino que también había podido apreciar, desde el comienzo –cosa infinitamente más importante–, la calidad y el comportamiento de sus enemigos. Los ingleses estaban dispuestos a retirarse, por lo que podía obligarles a aceptar batalla en las condiciones impuestas por él, aprovechando plenamente la superior capacidad de movimiento de sus fuerzas.

El 2 de abril Rommel tomó Agedabia; la primera fase había concluido y se le presentaban dos alternativas para comenzar la segunda: hacia el Norte se encontraba la carretera de Bengasi, centro de abastecimiento y nudo de comunicaciones; hacia el Nordeste estaban las rutas que llevaban a Msus, que amenazaban la retaguardia enemiga, o a El-Mechilí, que constituían a su vez



La lucha en el desierto: la tempestad de arena ha reducido la visibilidad y un soldado alemán indica la dirección a una columna motorizada que se encuentra en dificultades durante su avance. *(History of the Second World War)*

una amenaza para las bases de toda la resistencia inglesa en la Cirenaica occidental y para su posesión de Tobruk y que conducían a las puertas de acceso a Egipto. Rommel decidió tomar los tres caminos, pero concentrando el esfuerzo en los del Nordeste.

Wavell llegó al puesto de mando de Neame la tarde del 2 de abril, y en seguida sacó la conclusión de que éste había dejado que se le escapara la dirección de la batalla. Como primera medida, ordenó a O'Connor que se presentase para sustituir a Neame; a continuación cambió de parecer sobre la conveniencia de ceder (en caso de necesidad) Bengasi. Y por un momento fue el propio Wavell quien asumió el mando directo de las operaciones.

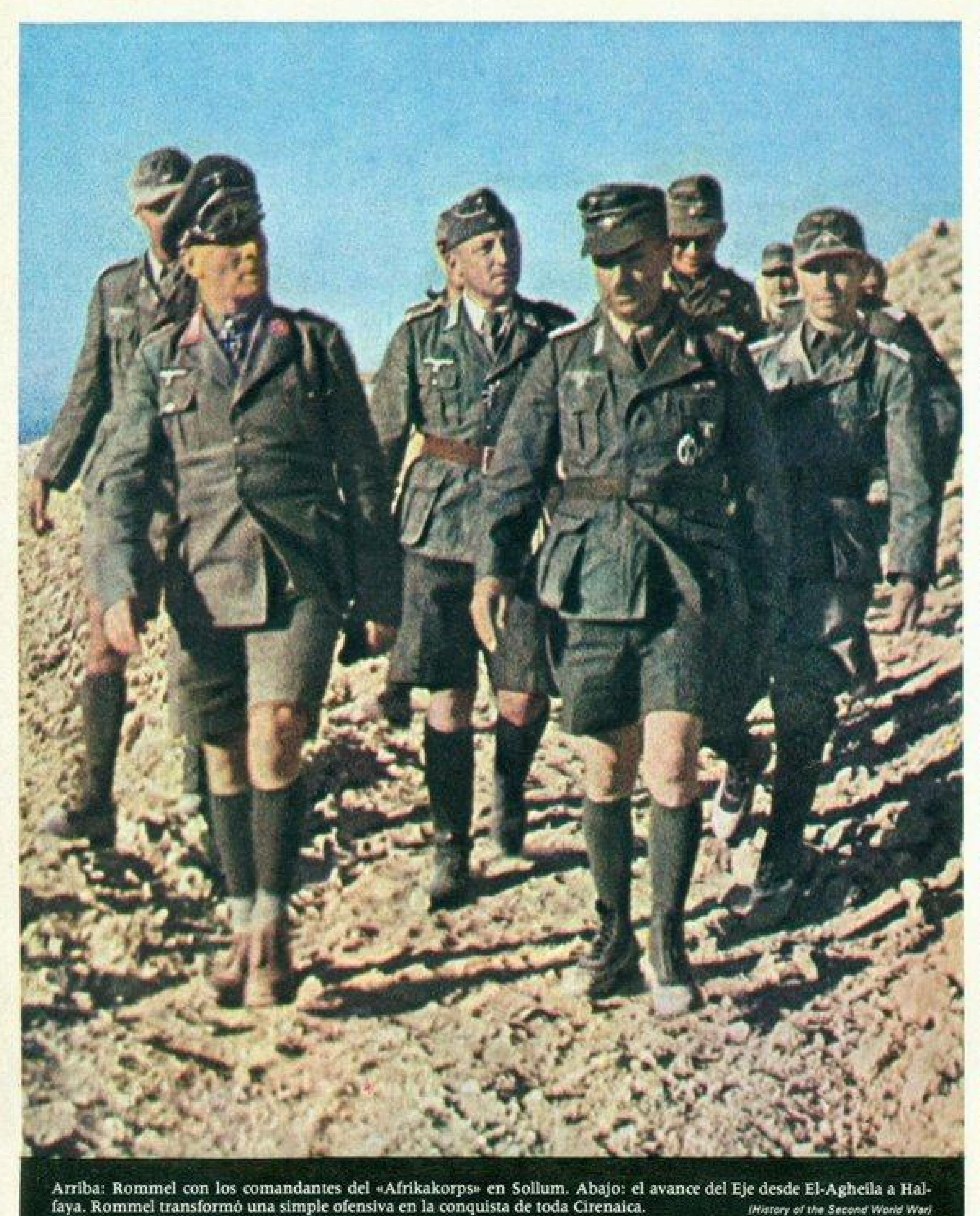
Cuando Gambier-Parry se vio obligado a retirarse de Agedabia, tuvo la intención de mantener su división unida en una posición central; pero como Wavell quería en aquel momento que el Grupo de Apoyo cerrase la carretera de Bengasi, fraccionó la División Acorazada 2 y mandó simultáneamente su brigada acorazada a la posición central de El-Sceleidima.

En medio de grandes nubes de polvo levantadas por los vehículos que circulaban desordenadamente y de una cegadora tempestad de arena, aconteció que ingleses y alemanes se confundían entre sí; pero la confusión era doblemente superior en las filas inglesas por el hecho de que a las órdenes seguían las contraórdenes y las comunicaciones eran lentas y poco seguras. Las modificaciones del plan dieron como resultado ulteriores movimientos, y cada kilómetro que se recorría de más en las contramarchas retrasaba la entrada en acción de los ya escasos carros de combate. El 2 de abril sólo le quedaban a Gambier-Parry 22 carros de reconocimiento y 25 ligeros, y calculaba que perdería uno cada 16 km.

En realidad, esta parte de la batalla ya estaba perdida, y O'Connor lo sabía muy bien cuando le llegó la orden de Wavell. Además, O'Connor comprendía que aquel momento (es decir, mientras se estaban desarrollando los combates) no era el más indicado para sustituir en el mando a una persona. Prefería actuar como consejero de Neame, y sobre este punto también Wavell estuvo de acuerdo. Así ocurrió que tres personas distintas ejercieron el mando en tres días, mientras las otros dos subordinadas conservaban sus cargos.

Rommel, continuando el avance con ímpetu incontenible, arrolló todo resto de resistencia. Hablando con Gariboldi, que deseaba frenar el precipitado avance, afirmó tranquilamente que «no tenía ninguna intención de permitir que las buenas ocasiones pasasen por su lado sin aprovecharlas», y rechazó la sugerencia de someter la cuestión a Roma. La divergencia concluyó inmediatamente ante una comunicación del Mando alemán que autorizaba a Rommel a actuar por iniciativa propia. Sin embargo, quedaban aún otros obstáculos por superar. La mayor preocupación era asegurarse los abastecimientos de carburante, y cuando el día 3 de abril, el general Streich, comandante de la División Ligera 5, le comunicó que serían necesarios cuatro días hasta que le llegara en cantidad suficiente para continuar el avance, Rommel le ordenó que descargara todos los vehículos y los dedicara al transporte de gasolina, y que continuase haciéndolo así durante veinticuatro horas.

El 4 de abril la ofensiva alemana en tres direcciones se desarrolló prácticamente sin un orden establecido, pues la retirada de la División Acorazada 2 británica aislaba entre sí las dos direcciones de avance. El III Batallón de Exploradores alemán entró en Bengasi casi sin hallar resistencia; sin embargo, cuando efectuó una conversión al Este, se encontró en El-Regima con un batallón australiano, apoyado por artillería, y sufrió un duro castigo. El grueso de las fuerzas de Rommel salió de Agedabia, desplegándose en abanico y dirigiéndose sobre El-Mechili en columnas independientes. La columna principal, a las órdenes del coronel Olbrich, con el grueso del 5.º Regimiento *Panzer*, tomó la carretera que pasaba por Msus, con la esperanza de encontrar los restos de la Brigada Acorazada 3 inglesa. Otra columna, mandada por el teniente coronel Schwerin y de la que formaban parte elementos de la División «Ariete», avanzó por la carretera interior, que llevaba a Bir Tengeder. Cada columna constituía un grupo de combate autónomo, compuesto por carros de combate, cañones e infantería; po-



Arriba: Rommel con los comandantes del «Afrikakorps» en Sollum. Abajo: el avance del Eje desde El-Agheila a Halfaya. Rommel transformó una simple ofensiva en la conquista de toda Cirenaica. *(History of the Second World War)*

día bastarse a sí misma en cualquier situación y estaba dotada, mientras tuviese gasolina, de gran rapidez de movimientos. Siguiendo el camino de las unidades de vanguardia alemanas llegó la División de infantería «Brescia» italiana, menos veloz en su movimientos y más vulnerable; esta unidad ocupó las posiciones conquistadas por las columnas móviles y actuó como perno móvil de maniobra, sobre el que se lanzarían otras operaciones.

El más peligroso de los ataques de Rommel fue el dirigido por Schwerin, que avanzó mucho más rápidamente que Olbrich y cuya vanguardia se encontraba ya en Bir Tengeder el 5 de abril. El día 6, Schwerin estaba en El-Mechilí, pero solo, porque las fuerzas de Olbrich encontraron dificultades por el camino y habían agotado el carburante.

Para los ingleses la presencia de las unidades alemanas a sus espaldas, cerca del cruce clave de la pista de El-Mechilí, fue el presagio de un desastre total. No podían saber que las fuerzas enemigas eran poco numerosas y que se encontraban fraccionadas y expuestas a la destrucción si se las atacaba una por una. Sin embargo, aunque lo hubiesen sabido, Neame y O'Connor habrían podido hacer muy poco, o quizá nada, para aprovechar esta situación.

La captura de Neame y O'Connor

La única unidad intacta al oeste de El-Mechilí era la División 7 australiana, y ésta, desprovista de la protección de los carros de combate, estaba llevando a cabo una impecable retirada hacia la línea defensiva Derna-El-Mechilí, rechazando con éxito todo intento de penetración por parte del III Batallón de Exploradores y de la División «Brescia». Prácticamente, la División Acorazada 2 había dejado de ser acorazada desde hacía bastante tiempo. Casi todos los carros de combate de fabricación inglesa estaban averiados, detenidos en el camino, y los que llegaron a Msus se encontraban con que ya habían sido destruidos los depósitos de carburante que con tanta urgencia necesitaban. Los carros de construcción italiana capturados empleaban nafta, imposible de obtener; por eso, cuando se les agotaba el carburante los destruían inmediatamente. El día 4 de abril, lo que quedaba del Grupo de Apoyo se encontraba en las proximidades de El-Abiar, con el mando de la División, y se disponía a retirarse con los australianos hacia El-Mechilí. En esta localidad estaba ya la Brigada australiana, que intentaba desesperadamente llegar a Tobruk. Más

M A R M E D I T E R R Á N E O
Derna 7 DE ABRIL
5 DE ABRIL
Tocra
Barce
Maraua
El-Abiar
Ain el-Tmimi
Bengasi
4 DE ABRIL
El-Mechilí
6 DE ABRIL
Tobruk
Ain el-Gazala
El-Adem
C I R E N A I C A
12 DE ABRIL
Bardia
Sidi el-Barrani
Bir Tengeder
5 DE ABRIL
Msus
Ridotta Capuzzo
Sollum
Buq Buq
Paso Halfaya
Marsa Matruh
15 DE ABRIL
Bir Sofafi
Golfo de Sirte
(Gran Sirte)
Sirte
Antelat
El-Nofilia
Agedabia
2 DE ABRIL
Marsa el-Brega
E G I P T O
El-Agheila
24 DE MARZO
S I R T I C A
L I B I A

allá, no quedaban más que carreteras vacías e indefensas que conducían a Egipto.

El 6 de abril, al enviar los alemanes, concentrados en torno a El-Mechilí, un pequeño destacamento para que cortase la carretera costera cerca de Derna, se aceleró la retirada británica. Los australianos consiguieron atravesar las filas de Ponath y llegaron sin sufrir pérdidas hasta Tmimi, escapando de la red que los alemanes estaban tendiendo; pero todos los que habían quedado más al Oeste –excepto unos pocos grupos de afortunados fugitivos– estaban fatalmente condenados al aniquilamiento. Durante esta inversión de la situación el Cuerpo británico del desierto perdió muchos hombres, unidades enteras; incluso cayeron prisioneros muchos de sus comandantes.

El general R. G. W. Rimington, comandante de la Brigada Acorazada 3, fue el primero en ser capturado, tras sufrir un accidente con su vehículo. Neame, O'Connor y Coombe, mientras se retiraban de noche en automóvil de Maraua a Ain el-Tmimi, después de haber perdido el contacto con los mandos subordinados, quedaron separados de la columna principal a causa del polvo y de la oscuridad, y se perdieron. Volvieron a orientarse en dirección a Derna, pero, extenuados, se quedaron dormidos, hasta que los despertó a los tres una voz en alemán, lo que les hizo comprender que iban a recorrer la siguiente etapa como prisioneros de guerra. Así desapareció de la actividad militar Richard O'Connor, artífice de la victoria de Wavell.

De los oficiales de mayor graduación que habían dejado Bengasi el 4 de abril sólo quedaba Gambier-Parry, que el día 6 se unió en El-Mechilí, con los restos de su División, a la Brigada 3 india. El día 7 asumió el mando de la misma, y poco después se encontró cercado por los alemanes, cuyas columnas desperdigadas, muy necesitadas de carburante, se estaban infiltrando por todas partes para concentrarse en este punto vital. No obstante, Rommel no tenía en El-Mechilí fuerzas suficientes para lanzar un ataque: la columna de Olbrich, por ejemplo, con la mayor parte de los medios acorazados, estaba avanzando aún con dificultad desde Msus, pues se había extraviado más de una vez. Rommel, que los buscaba para apremiarlos, vislumbró desde su avión una columna de vehículos y creyó que se trataba de la de Olbrich. Sólo un momento antes de aterrizar se dio cuenta de que eran ingleses. Así se pudo evitar, expresándonos en términos de ajedrez, el cambio de una reina por otra reina: de un Rommel por un O'Connor.

Las órdenes dadas por Gambier-Parry eran abrirse paso hacia El-Adem durante la noche del 7 de abril. Antes había rechazado por dos veces la intimación a rendirse que le había lanzado Rommel. Al amanecer del 8 de abril los ingleses intentaron escapar del cerco, y alguna unidad consiguió librarse; pero según se iba haciendo de día y se intensificaba el tiro de los carros de combate alemanes, las salidas se espaciaron hasta cesar por completo. Y entonces Gambier-Parry fue a hacerles compañía a sus colegas ya capturados.

La fase número dos había llegado a su fin; pero la pausa que transcurrió entre ésta y la número tres fue breve. Pocas horas después, un Rommel triunfante se hizo fotografiar mientras conversaba con Gambier-Parry, y al mismo tiempo daba la bienvenida al general von Prittwitz, recién llegado, cuya división –la XV *Panzerdivision*– se dirigía al frente. Rommel le confió un grupo cuyo grueso estaba constituido por el III Batallón de Exploradores y lo lanzó apresuradamente a la conquista de Tobruk. No satisfecho con el aniquilamiento parcial del Ejército cirenaico, Rommel pretendía destruir sus restos y penetrar aún más allá, en el corazón de Egipto. Mas para poder llegar allí, antes tenía que apoderarse de Tobruk, y esto también lo sabía Wavell con la misma claridad que su adversario.

Por aquel entonces el ministro de Asuntos Exteriores, Anthony Eden, y el general sir John Dill, jefe del Estado Mayor General del Imperio, estaban en Grecia, pues los acontecimientos que se desarrollaban en aquel sector absorbían toda su atención, y sólo parcialmente estuvieron al corriente de lo que estaba sucediendo a sus espaldas, en el Norte de África. El 6 de abril, un día después de su salida de Grecia en avión (el mismo día que los alemanes atacaron Grecia y Yugoslavia y Rommel dio comienzo al fulminante avance sobre El-Mechilí), se encontraron en El Cairo con los tres comandantes en jefe: Cunningham, Wavell y Longmore. Poco antes de que llegara se había recibido un telegrama de Londres; el despacho daba prioridad absoluta al restablecimiento del frente norteafricano, lo que significaba que los abastecimientos destinados a Grecia o reservados para otros planes, así como las divisiones que combatían entonces en África oriental, debían trasladarse a Cirenaica.

Dos eran los puntos que, a la sazón, requerían una decisión inmediata: la reunión de una fuerza móvil lo suficientemente potente como para derrotar a las unidades de reconocimiento alemanas y el atrincheramiento de una nutrida guarnición en Tobruk para defender el puerto hasta el momento en que una nueva ofensiva inglesa expulsase a Rommel de Cirenaica. El supuesto de que no sería posible un avance alemán en Egipto mientras Tobruk estuviese en manos inglesas era lógicamente correcto, pues la posesión del puerto era esencial para que Rommel pudiera superar sus dificultades logísticas. Además, la presencia de tropas enemigas en Tobruk constituiría en todo momento una seria amenaza para la seguridad del *Afrikakorps* y representaría un riesgo totalmente inaceptable, pues resultaría imposible mover las unidades con la debida rapidez para hacer frente a ataques ingleses procedentes de dos direcciones.

La carrera para la defensa

El día 7 de abril, unidades de refresco inglesas se pusieron en marcha para rellenar los vacíos creados por la victoria de Rommel. Poco a poco el plan de resistencia fue tomando forma para sustituir todo lo que había quedado destruido tan de improviso.

Wavell, después de asegurarse de que se había hecho todo lo posible para empezar a llenar los huecos de las pérdidas en el desierto, se trasladó en avión a Tobruk –punto de importancia capital en aquel momento–, acompañado por el comandante de la División 7 australiana, general J. D. Lavarack. En este lugar encontraron al general de división Morshead, que acababa de llegar después de la larga retirada desde Bengasi. El encuentro del comandante en jefe con este hombre cansado y abatido, que había realizado una de las más difíciles operaciones bélicas, fue decisivo para el futuro de Tobruk. Wavell reconoció en Morshead las virtudes esenciales del soldado que sabe conservar la sangre fría, y Morshead, por su parte, cobró más confianza por la actitud decidida de Wavell.

Dedicaron todo el día al estudio de un plan para la defensa de Tobruk y Wavell no decidió regresar a El Cairo hasta el atardecer. Los dos primeros intentos de despegue del avión fallaron; el tercero pareció salir bien; pero, veinte minutos después de despegar, un motor empezó a fallar y se vieron obligados a efectuar un aterrizaje forzoso en pleno desierto. Por la zona rondaban patrullas de ambas parte, y unos y otros tenían las mismas probabilidades de ser los primeros en llegar donde estaba Wavell. Por una increíble benevolencia de la suerte, llegó antes una patrulla inglesa. Se diría que, en este período, la guerra móvil en el desierto se tenía que pagar con el tributo de generales.

En Tobruk, Morshead redobló los trabajos defensivos y volvió a poner en funcionamiento las antiguas fortificaciones italianas. Las condiciones del sector eran mejores de lo que esperaba, y las reservas de agua, municiones y víveres eran abundantes. Las cuatro brigadas australianas, reforzadas con los restos de la Brigada Acorazada 3, montados sobre unos heterogéneos medios motorizados, estaban apoyadas por cuatro regimientos de artillería. Además, se contaba con bastantes cañones antiaéreos, pesados y ligeros, destinados a la defensa de las instalaciones del puerto, dada la intensidad de los ataques aéreos.

La defensa del perímetro exterior sobre una línea ininterrumpida de 48 km de longitud no habría sido aconsejable, y, por otra parte, estaba fuera de las posibilidades de una fuerza defensiva de tal composición. La única perspectiva de éxito era una defensa móvil elástica, basada en puntos de apoyo establecidos en las zonas vitales. El éxito dependería esencialmente de la moral de los hombres, unida a un espíritu combativo sin inhibiciones. Y los defensores de Tobruk, conscientes de que no era posible una ulterior retirada, asimilaron profundamente estos dos principios esenciales antes de que Rommel pudiese atacar con sus fuerzas.

En la frontera, una unidad móvil, bajo el mando del general de brigada Gott, tenía la misión de efectuar, siempre que le fuese posible, acciones de hostigamiento contra los alemanes. Primero se concentró en el paso de Halfaya, como base para las incursiones de cuatro pequeños grupos de combate compuestos por carros ligeros, alguna infantería y cañones de campaña. Estas correrías emularon las de junio y julio de 1940 contra los italianos, pero esta vez la oposición fue muy diferente.

Se incrementaron de forma considerable los efectivos aéreos, en detrimento de las fuerzas aéreas que operaban en Grecia. Los escuadrones de caza y de bombarderos habían quedado casi diezmados por su constante empleo contra las fuerzas de Rommel durante su avance hacia El-Mechilí; pero el 19 de abril el número de cazas y bombarderos en acción se había duplicado al del 1 de abril. Asimismo los *Hurricane* del 73° escuadrón de la RAF consiguieron despegar del aeródromo situado dentro del perímetro de Tobruk ya en la primera semana de asedio. Y precisamente a esta intensificación de los esfuerzos aliados en cuanto al arma aérea, correspondió una disminución de las incursiones alemanas durante la fase crítica de la consolidación de las nuevas defensas de Tobruk y de la frontera egipcia. Si bien los ataques contra los defensores y contra los navíos que prestaban servicio a lo largo de la costa, parecía que iban a ser paralizadores, se puede afirmar que, sin la constante abnegación de las tripulaciones de la RAF, que volaban a menudo sin un apoyo adecuado desde tierra y desprovistas incluso del más rudimentario sistema de alarma, la situación habría sido aún mucho peor.

El 10 de abril, Rommel, tras haber internado todos los prisioneros capturados en Derna y en El-Mechilí y mientras sus columnas ligeras, dejando ya atrás Tobruk, avanzaban hacia Bardia sin encontrar prácticamente resistencia, calculó que el derrumbamiento inglés era inminente y que, una vez tomado Tobruk, su próximo objetivo sería el canal de Suez. La prisa con que reunió sus divisiones parecía estar completamente justificada por su instinto, que le decía que sólo ejerciendo una presión continua e incansable podría obligar a los desconcertados ingleses a retirarse sin parar. Sabía que empezaban a concentrarse en Tobruk y que no les podía conceder un segundo de tregua, y por ello tampoco se lo concedía a sus tropas, aunque lo necesitaban urgentemente; sin embargo, lanzarlas de golpe a un desierto desconocido era tan arriesgado como mantenerlas estacionadas y permitir a los ingleses que se repusieran, pues los hombres cansados y en parte desorganizados eran propensos a cometer muchos errores.

El III Batallón de Exploradores, la División Ligera 5 que lo seguía y las Divisiones «Brescia» y «Ariete» llegaron gradualmente a Tobruk el 10



Los aviones de transporte «Junker 52» y los caza «Me-110» en una base de la «Luftwaffe». Constituían respectivamente la fuente de aprovisionamiento y el apoyo aéreo de que disponía el «Afrikakorps». (History of the Second World War)

y el 11 de abril; tantearon el terreno circundante sin un plan preestablecido y se enfrentaron casualmente con patrullas inglesas, muriendo el general von Prittwitz en uno de los primeros combates. Hasta Rommel se vio obligado a reconocer el 10 de abril que «la situación era bastante confusa» y juzgó indispensable su propia presencia en la línea de fuego, improvisando precipitadamente un ataque.

Rommel no había previsto una maniobra diversiva que distrajera a los ingleses antes de lanzar todas las fuerzas contra un punto cuya debilidad se diese por segura. Él mismo reconoce que entonces no tenía una idea precisa acerca de la extensión de las posiciones inglesas. Todo era fruto de la improvisación. Al sur de Tobruk había parte de la División Ligera 5, a la que ordenó cortar la carretera que salía de la ciudad hacia el Este, y al 5.º Regimiento *Panzer*, que se aproximaba, lo lanzó al ataque sobre la carretera que llevaba a El-Adem. La División 5 protestó, no sin razón, contra este método confuso; pero Rommel hizo caso omiso de las quejas y siguió a los carros de combate hacia el Norte, hasta que fueron detenidos en un foso contracarros batido por el fuego de la infantería y de la artillería australianas.

Durante aquel día no fue posible hacer nada más. En el arco occidental del perímetro, la División «Brescia», que había atacado sin entusiasmo, fue rechazada; no obstante, al final Tobruk quedó completamente cercada; además otras fuerzas estaban llegando y, por su parte, el III Batallón de Exploradores acababa de entrar en Bardia. Pero lo cierto era que Tobruk había resistido la primera prueba, lo cual elevó la moral de sus defensores.

Se agota la ofensiva de Rommel

El asalto del día 14 de abril se preparó mejor, después de efectuar una intensa actividad de reconocimiento durante los días 12 y 13, lo que dio a entender claramente a los defensores en qué sector iban a tener que soportar la segunda prueba. El ataque se efectuó de acuerdo con el típico empleo de los carros de combate en tiempos de Rommel: una masa compacta de medios mecánicos avanzó, junto con la infantería, en un frente estrecho, mientras los cañones abrían fuego con el fin de abrir brecha exclusivamente por efecto de la concentración y del ímpetu. Pero a la División 5 le faltaba el brío que exigía su comandante en jefe, y la División «Ariete», que tenía que ensanchar la brecha, no llegó a tiempo. A pesar de todo, los alemanes consiguieron penetrar profundamente; pero acabaron en una especie de caldera hirviente de granadas inglesas, de los cañones de los carros de combate y de los cañones contracarros, y en medio de violentos contraataques sobre ambos flancos.

Para Olbrich, comandante de los *Panzer*, esto era demasiado. Tras haber perdido diecisiete carros se retiró, abandonando a la infantería a su suerte. Al mediodía el propio Rommel se vio obligado a admitir el fracaso, confirmado algunas horas después, cuando la División «Ariete» italiana llegó al frente y se disgregó desordenadamente. Ahora la situación se había invertido; la moral del Eje estaba decayendo mientras se elevaba la de los Aliados. El ataque que emprendió sola la División «Ariete», el 16 de abril, se detuvo casi en seguida, y al iniciarse el contraataque inglés sus unidades de infantería se rindieron, «corriendo –como dijo Rommel, indignado– hacia las líneas inglesas».

La primera ofensiva de Rommel se acercaba a su fin. Durante quince días el general alemán no pudo organizar más ataques contra Tobruk, y cuando los reemprendió se encontró metido en una nueva fase de la campaña. El *Afrikakorps* ya no podía aspirar a un paseo hacia el canal de Suez. Es más, el desmantelamiento de la fortaleza que tenía a su espalda empezaba a pasar a un segundo plano frente a las necesidades de la defensa general.

Las intensas incursiones de los australianos de Morshead mantuvieron constantemente en jaque a alemanes e italianos cuando quisieron situar, en la línea de cerco alrededor de Tobruk, unidades de infantería italianas, y también cuando intentaron retirar las tropas móviles para preparar el asalto posterior y para rechazar los ataques de las patrullas de Gott que, desde Halfaya, se aventuraban hasta el reducto de Capuzzo y Sollum. Los hombres de Gott compensaban su inferioridad numérica con su energía, hasta tal punto que el coronel von Herff, que intentaba pacificar la zona fronteriza, estaba convencido de que corría el riesgo de que le arrollaran. La alusión a estos temores provocó medidas rigurosas por parte de Rommel, pues «el éxito del asedio de Tobruk dependía de que conserváramos nuestras posiciones de Sollum». El 25 de abril, Herff lanzó un violento ataque contra Halfaya, y al día siguiente rechazó a Gott hasta la línea Buq Buq-Bir Sofafi, de manera que la base británica para las nuevas operaciones posteriores sería de nuevo el reducto Marsa Matruh.

Pese a esta momentánea detención, lo cierto era que, excepto Tobruk, Rommel había barrido en pocos días todo lo que Wavell y O'Connor consiguieron en cuatro meses. Los triunfos de los «treinta mil» de Wavell habían dado lugar a que interviniese un nuevo e implacable enemigo, de extraordinaria habilidad, para poner a prueba su genio táctico. La guerra, a partir de entonces, ya no era unilateral: desde este momento se iba a desarrollar una batalla de movimientos constantes entre adversarios de fuerza más o menos igual, cuyo éxito dependía de la superior capacidad o de la mayor suerte de un comandante frente al otro. Durante los dos años siguientes el virtuosismo de Rommel luchó contra una serie de adversarios poco afortunados.



LA CAIDA DEL IMPERIO MUSSOLINIANO

Pieter Lessing

También aquí, como anteriormente ocurriera en Somalia, tanto los ingleses como los italianos sobrevaloraron las fuerzas del adversario; sin embargo, los combates asumieron un carácter mucho más decisivo y totalmente nuevo. No fue una victoria fácil la que los ingleses alcanzaron sobre las tropas del virrey de Etiopía. Con desusado respeto, los vencedores concedieron a los hombres de éste los honores militares y, por primera vez, los ingleses se vieron forzados a reconsiderar la no muy buena opinión que se habían formado del soldado italiano.

Incluso antes de que el triunfo inglés en Somalia fuese total, el general Cunningham decidió comenzar el avance en Etiopía. Esta rapidez era importante por tres razones. La primera razón era que no sabía aún cuando se vería obligado a ceder parte de sus hombres, ni cuántos, pues su presencia era absolutamente necesaria en Oriente Medio. La segunda, que, si bien el derrumbamiento de Somalia había debilitado parcialmente a su adversario, si dejaba transcurrir demasiado tiempo le ofrecería la posibilidad de reorganizarse y cobrar nuevos ímpetus. Y la tercera era que, a fines de abril o a comienzos de mayo, en Etiopía comenzarían las grandes lluvias, lo que haría prácticamente imposible cualquier movimiento.

Un anterior sondeo efectuado en el confín meridional etíope, a través del espantoso desierto de lava de Chelbi, había demostrado a los ingleses que el plan de una invasión desde el Sur era irrealizable, puesto que presuponía, como condición esencial del éxito, la colaboración de las tribus etíopes, las cuales, por el contrario, se habían revelado netamente hostiles.

Una segunda intentona, en plan de experimento, de penetrar en Etiopía desde Kenya sólo pudo emprenderse cuando la caída de Chisimaio reveló la debilidad de los italianos. Este intento lo realizaron dos brigadas sudafricanas, las cuales, después de atravesar la frontera al norte de Marsabit, treparon por los abruptos costados de los montes, dirigiéndose hacia Mega, ciudad etíope del interior, situada a 64 km de la frontera y a 2100 m sobre el nivel del mar. Los sudafricanos la atacaron el 18 de febrero, encontrando escasa resistencia; tanto es así, que la guarnición se rindió al cabo de pocas horas.

Sólo entonces se llegó a la decisión definitiva de una invasión de Etiopía meridional. Sin embargo, la única carretera transitable que llevaba desde Mega hacia el Norte era tortuosa y discurría en medio de montañas, en tanto que la inminente caída de Mogadiscio, en Somalia, ofrecía la posibilidad de un recorrido bastante más fácil. Por ello el peso de la acción no se centró en Mega, sino que las tropas inglesas se lanzaron en persecución de los italianos que se retiraban de Somalia.

El duque de Aosta, preocupado en prevenir un probable avance de los sudafricanos, ordenó al general de Simone, que se estaba retirando desde Mogadiscio hacia Etiopía, que enviase una división al suroeste de Negele, por la única carretera transitable que procedía de Mega. Pero el resultado de esta maniobra fue la debilitación del grueso de las fuerzas italianas en la dirección del avance británico desde Somalia.

La misión de perseguir a las tropas del general de Simone se confió a la División 11 africana, del general de división Wetherall, a la que se agregaron la 1.ª Agrupación de Brigada sudafricana y la Brigada 22 de África Oriental. La División 11 comprendía, además, la Brigada 23 nigeriana y algunos destacamentos sudafricanos de artillería de campaña y pesada, pudiendo contar asimismo durante esta acción con un eficaz apoyo aéreo.

La carretera que lleva de Mogadiscio a Jijiga, localidad hacia la que se estaban retirando los italianos, transcurre a lo largo de 640 km a través de las llanuras somalíes, cubiertas de rocas lávicas y de matas. Después, a unos 320 km más allá de la frontera, en territorio etíope, alcanza los contrafuertes montañosos del interior y asciende bruscamente hacia Jigiga, a más de 3000 m de altitud. En todo su recorrido no se encontraban abastecimientos de ninguna clase, por lo que era necesario llevarlo todo, incluso el agua.

La División 11 africana acosaba la retirada tan de cerca que los italianos ni siquiera intentaron resistir hasta haber sobrepasado Jigiga, que fue abandonada el 17 de marzo.

A más de 30 km al oeste de esta localidad, la carretera que lleva a Harrar, importante capital de la región, atraviesa una estrecha garganta: el paso de Marda; y 96 km más adelante, en dirección oeste, pasa a través de una nueva estrangulación, el paso de Babile. Ambos pasos se prestaban magníficamente para la defensa, por cuanto no permitían el envolvimiento, y por ello los eligieron los italianos para oponer una decidida resistencia.

El 21 de marzo, a primeras horas de la mañana, la artillería sudafricana realizó una potente preparación contra las posiciones italianas del citado paso de Marda. Al mediodía, los nigerianos avanzaron, deslizándose por un terreno descubierto y bajo un fuego intenso pero poco preciso que, sin embargo, sirvió para retardar considerablemente el avance. Ganaron terreno poco a poco durante toda la tarde, y al caer la noche un destacamento

había alcanzado una posición dominante al lado derecho de la carretera, desde la cual se podía dar el asalto a la cumbre. Este pequeño grupo recibió refuerzos durante la noche, pues se pensaba expugnar la cima a la mañana siguiente. Pero a las primeras luces del alba los atacantes se percataron de que las posiciones estaban desguarnecidas: en efecto, durante la noche los italianos se habían retirado para oponer resistencia en el paso de Babile.

Inmediatamente se reemprendió la persecución, y al mediar la tarde ya habían recorrido 96 km. Una vez más, la velocidad del ataque halló a los italianos desprevenidos, pues las posiciones defensivas del paso de Babile no se habían guarnecido todavía. Tras intensas acciones en la retaguardia, los italianos se retiraron otros 16 km, hasta las orillas del Bisidimo; pero los nigerianos los volvieron a alcanzar antes de que hubieran podido organizar la defensa. De nuevo se retiraron los italianos tras otra acción diversiva, con el fin de ganar tiempo. Harrar, a sólo 19 km de distancia, estaba guarnecida por tres brigadas italianas, de modo que los perseguidores esperaban encontrar allí una fuerte resistencia; pero mientras los nigerianos se encontraban aún en el río Bisidimo, los italianos, no se sabe por qué inexplicable motivo, declararon Harrar ciudad abierta.

A 80 km de dicha ciudad, en dirección Noroeste, se encuentra Dire Daua, importante centro administrativo donde residía una numerosa comunidad italiana. Las tropas británicas se hallaban todavía a gran distancia de este punto cuando encontraron a un grupo de italianos, portadores de un mensaje urgente dirigido al general Wetherall, pidiendo que acelerase la entrada de sus tropas en la ciudad, pues la guarnición militar acababa de retirarse y bandas etíopes se habían lanzado contra la población civil y se entregaban a las mayores violencias.

Las carreteras no estaban entonces transitables para los vehículos y éste es uno de los aspectos más sorprendentes de aquella campaña–, porque los italianos las habían bloqueado o destruido parcialmente; pero un destacamento de tropas sudafricanas avanzó a pie y llegó a Dire Daua, donde se trabó el único combate de toda la campaña que se desarrolló en las calles de una ciudad. Los etíopes estaban bien armados y los sudafricanos emplearon un día y una noche para poder dominarlos e instaurar una apariencia de orden.

Tanto el Alto Mando inglés como el italiano se impresionaron profundamente ante las atrocidades cometidas por los etíopes y, en particular, por las violencias contra las mujeres; hasta tal punto, que los sucesos de Dire Daua tuvieron una influencia definitiva en las subsiguientes decisiones respecto al destino de Addis Abeba.

Mientras tanto, la guarnición que se había retirado de Dire Daua intentaba abrirse paso al Suroeste, a través de caminos de montaña, dirigiéndose hacia el río Awash, que distaba 250 km y estaba a medio camino de la capital; abrigaban la esperanza de no ser descubiertos, porque pensaban que las obstrucciones en las carreteras habrían retardado considerablemente el avance británico. Sin embargo, la 1.ª Agrupación de Brigada sudafricana, que se encontraba entonces en vanguardia, se lanzó hacia adelante, a lo largo de la carretera y en un trayecto de 160 km, y mientras los italianos estaban avanzando todavía trabajosamente a través de las montañas, ellos habían llegado ya a las proximidades del Awash. Por su parte, la 22 Brigada británica de África Oriental rebasó a la Agrupación sudafricana y alcanzó el río antes que la guarnición italiana. Sin ninguna demora, remontó el curso y, bajo la protección del tiro de la artillería, los hombres se afanaron por establecer una pequeña cabeza de puente en la orilla opuesta. Bajo esta cortina protectora, los ingenieros sudafricanos lograron improvisar un puente.

Addis Abeba se encontraba ya a sólo 240 km de distancia.

El fin de todas las esperanzas

En aquel momento el duque de Aosta decidió renunciar a la defensa de la capital. Profundamente abatido por el desarrollo de los acontecimientos, abandonó toda esperanza de derrotar a los invasores; pero estaba resuelto, sin embargo, a mantener legalmente la existencia del Imperio italiano de África Oriental en espera de que la guerra se decidiese en otro lugar cualquiera. Comunicó a Mussolini que su única esperanza para conseguirlo consistía en resistir en una o más localidades inexpugnables, abandonando todos los sectores expuestos. En su opinión, Addis Abeba era indefendible militarmente, y en cualquier caso el mantenimiento de la numerosa población civil redundaría en perjuicio de la reserva de víveres de que disponía.

Para aliviar su propia situación y en bien de la población civil, lo más oportuno sería que ésta pasase lo más pronto posible bajo la protección militar inglesa, sobre todo para evitar que en Addis Abeba se repitiese lo que había ocurrido en Dire Daua. Por esta razón, el duque ordenó desembarazar de obstáculos la carretera, y dispuso que se dejasen en la ciudad víveres y un grupo de funcionarios civiles, a fin de que los ocupantes pudiesen mantener con eficacia los servicios más urgentes.

Las fuerzas inglesas situadas en la orilla del río Awash no conocían aún la decisión tomada por el virrey; pero recibieron informes de que los italianos, en lugar de retirarse hacia Addis Abeba, se estaban dirigiendo al Suroeste, hacia la inhóspita región de Negele, lejos de su dirección de avance. Por ello, el Mando decidió renunciar a la persecución. Lo importante era entrar lo más pronto posible en la capital y tomar las disposiciones definitivas para el traslado de los efectivos asignados a Egipto, donde había urgente necesidad de refuerzos. Por ulteriores informes, los ingleses supieron que la guarnición italiana había iniciado ya la evacuación de la ciudad, dirigiéndose hacia el Norte.

El general Cunningham, ignorando las intenciones del duque de Aosta, ordenó que los aviones lanzaran sobre Addis Abeba un mensaje, dirigido al virrey y firmado por el general Wavell, que expresaba el temor de que en la capital se repitiesen las atrocidades de Dire Daua e invitaba al duque a colaborar a fin de que se garantizase la seguridad de las mujeres y de los niños. El duque de Aosta respondió asegurando que la administración civil italiana de Addis Abeba prestaría toda la colaboración posible, y que se dejarían cantidades de víveres suficientes para las necesidades más inmediatas.

En las primeras horas del 5 de abril, un enlace de la policía italiana se presentó a las vanguardias inglesas, portando una llamada urgente para que entrasen sin dilación en Addis Abeba. Toda la guarnición italiana se había retirado y los etíopes se estaban conduciendo salvajemente, como había ocurrido en Dire Daua. Corrían peligro sobre todo las mujeres y los niños. Por ello, a la mañana siguiente, una unidad mixta, formada por contingentes de las tres brigadas que habían tomado parte en la persecución, entró en la ciudad.

En ocho semanas, a partir del día en que cruzaron la frontera entrando en la Somalia italiana, los ingleses habían recorrido 2700 km por un terreno que en algunos puntos era el más impracticable de África. No habían sostenido combates de envergadura, por lo que sus pérdidas eran exiguas –sólo 501 hombres– y bastante inferiores a las provocadas por el clima malsano y las dificultades naturales.

Los italianos perdieron gran parte del armamento, bagajes y víveres, además de un gran número de prisioneros; pero en combate también sus pérdidas fueron escasas.

Se había ocupado Addis Abeba, pero en África Oriental quedaba todavía un ejército italiano muy eficaz. El duque de Aosta contaba con él para ulteriores empeños; pero no se explicaba la renuncia a misiones tan decisivas como la defensa de Somalia, de Etiopía sudoriental o de Addis Abeba. El virrey había dado instrucciones precisas a fin de que en ciertos puntos clave –por ejemplo, en Giuba, Dire Daua, en los dos pasos de montaña anteriores a Harrar, en las orillas del Awash, todas ellas posiciones estratégicas de primer orden– los defensores opusieran una extremada resistencia; pero ni una de estas órdenes se cumplió. Además, la Aviación italiana, que en esta primera fase estaba aún en condiciones de desempeñar un papel importante en las operaciones, prácticamente no lo desempeñó nunca.

Esta actitud pasiva por parte del Ejército italiano no ha encontrado hasta el momento una explicación satisfactoria.

Mientras la ofensiva desencadenada al Sur por el general Cunningham lograba tan espectaculares resultados, en la zona noroccidental de Etiopía estaba ya en curso otra fase de la campaña, independiente de la primera y conducida de forma muy distinta. En ella participaba el emperador Haile Selassie y la dirigía el general de división William Platt, comandante de las tropas del Sudán.

Esta campaña ofreció la ocasión a un jefe de unidad, O. C. Wingate, de distinguirse en la dirección de operaciones bélicas efectuadas con tropas irregulares.

Estas tropas, denominadas *Gideon Force*, a pesar de su exiguo número (nunca pasaron de 50 oficiales y 20 suboficiales ingleses, 800 soldados de tropa sudaneses y 800 voluntarios etíopes), mantuvieron en constante lucha, con el apoyo esporádico (y también con la esporádica hostilidad) de jefes de tribu y de bandas etíopes locales, siete brigadas enemigas y numerosas bandas indígenas al servicio de los italianos.

El año anterior, el general Wavell había ordenado que se examinase la posibilidad de fomentar una rebelión etíope contra los italianos, en el caso de que Italia entrase en guerra. Fue entonces cuando el coronel D. A. Sandford, que tiempo atrás viviera en Etiopía, pasó al Estado Mayor del general Platt, en Jartum, con el encargo de estudiar dicho proyecto. De las informaciones recogidas resultó evidente que en Etiopía noroccidental existía una fuerte rebelión latente y, a veces, incluso abierta.

Por esta razón, cuando Italia declaró la guerra, el coronel Sandford fue enviado a Etiopía al frente de una reducida misión militar que debía desarrollar su labor entre los jefes de tribu simpatizantes. Por otra parte, dos semanas después de la entrada de Italia en la guerra, Haile Selassie se trasladó desde Londres a Jartum, y uno de los encargos esenciales confiados a Sandford era disponer una base en el interior del país en la que el emperador pudiera establecerse.

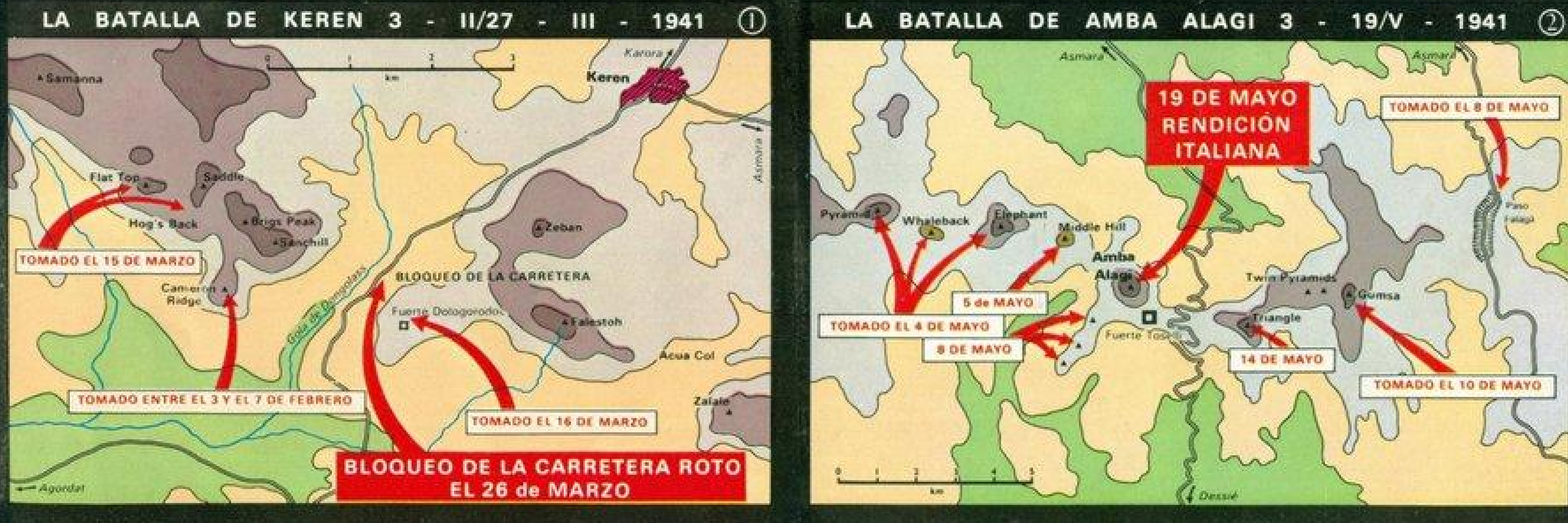
El grupo del coronel Sandford entró en Etiopía por el Sudán un mes después del comienzo de las hostilidades. Su tarea no era fácil, pues sus miembros estaban expuestos a muchos riesgos y forzados a continuos desplazamientos; no obstante, en un mes recorrieron cerca de 300 cm y lograron asegurarse la amistad de bastantes tribus. Además Sandford informó que la presencia en Etiopía de Haile Selassie sería de gran importancia, pues muchas tribus estaban en lucha entre sí y sólo la autoridad del emperador conseguiría que olvidasen sus divergencias. Uno de los resultados de su informe fue la decisión de formar un contingente de soldados etíopes como ejército personal de Haile Selassie, compuesto por unidades especiales, con oficiales y suboficiales ingleses, y al mando del comandante Wingate.

Un batallón de la *Defence Force* sudanesa tenía la misión de abrir paso entre la frontera y la localidad que el coronel Sandford había escogido como la más apta para el cuartel general del soberano etíope. Esta localidad era Balaia, fortaleza montañosa natural y aislada en el interior de Etiopía, a 3131 m sobre el nivel del mar, y a 112 km de la frontera.

Arriba: con la caída de Somalia italiana, Etiopía se encontraba abierta al invasor, pero las tropas aliadas chocaron con una tenaz resistencia, que terminó en el bastión de Gondar, en noviembre de 1941. Abajo, a la izquierda: en Cheren los italianos infligieron graves pérdidas al enemigo. A la derecha: la resistencia de los italianos en Amba Alagi duró dos semanas.

LA BATALLA DE KEREN 3 - II/27 - III - 1941 ①

LA BATALLA DE AMBA ALAGI 3 - 19/V - 1941 ②



Llega el emperador

A fines de enero se juzgó que Balaia ya estaba en condiciones para hospedar al emperador, quien se puso en marcha inmediatamente bajo la protección de Wingate. El viaje clandestino duró dos largas semanas. A la llegada de Haile Selassie, Sandford, que mientras tanto había sido ascendido a general de brigada, fue nombrado su consejero personal. Wingate, ascendido a su vez a teniente coronel, sustituyó a Sandford como jefe de la misión. Y las unidades sudanesas y etíopes entraron a formar parte de la misión a la que Wingate dio el nombre de *Gideon Force*.

Pronto se hizo evidente que era necesario disponer de una base menos aislada para que se advirtiera realmente la presencia de Haile Selassie. Por ello, Wingate se trasladó hacia el Sureste, junto con la *Gideon Force*, en busca de una localidad más apta para este menester. Los italianos ya se habían dado cuenta de que se avecinaban acontecimientos nuevos e importantes, pero su mal organizado servicio de información notificó simplemente de que un fuerte contingente de tropas inglesas había penetrado en Etiopía desde el Sudán. Y como al mismo tiempo algunas tribus locales, instigadas y provistas de armas por Sandford, comenzaron también a hostigarles, decidieron reorganizar y reagrupar sus fuerzas al sur del lago Tana.

Concentraron dos brigadas en Bahir Dar, a orillas del lago, y otras dos en Burié, a 190 km más al Sur. El 19 de febrero Wingate llegó con la *Gideon Force* a la cumbre desde la que se dominaba la carretera de Dangila, pueblo al sur del lago Tana, precisamente cuando los italianos se estaban reorganizando en aquellas posiciones.

Wingate dividió la *Gideon Force* en dos grupos: envió uno de ellos a hostigar el repliegue italiano hacia Bahir Dar y con el otro se precipitó por la carretera de montaña hacia Burié, para trabar combate con una segunda brigada que se estaba retirando en aquella dirección. Durante los quince días que siguieron, la *Gideon Force* realizó contra los italianos una serie de ataques diurnos y nocturnos que les causaron grandes pérdidas. A principios de marzo casi derrotó por completo a una brigada italiana, que se retiró a toda prisa a lo largo del último tramo que la separaba de Bahir Dar, tras haber perdido más de 400 hombres entre muertos y heridos, 2000 prisioneros y algunos cañones.

También la *Gideon Force* había sufrido fuertes pérdidas, especialmente entre los etíopes; no obstante, Wingate consiguió llevar a término su misión, y así el 14 de marzo el emperador se estableció en la nueva sede de Burié. Pero la situación se hizo peligrosa casi inmediatamente.

Un poderoso jefe etíope hostil al emperador, el ras Hailú, se había unido a los italianos en Debra Marcos con miles de sus feroces guerreros. Envalentonado por este acontecimiento, el general Nasi, que mandaba aquel sector, ordenó a sus tropas, situadas en Debra Marcos, que volvieran a ocupar Burié y a las dos brigadas de Bahir Dar que realizaran una salida para cortar la retirada al emperador. La seguridad de Haile Selassie estaba, pues, gravemente comprometida; pero Wingate adoptó una decisión audaz: en lugar de intentar poner a salvo al emperador, prefirió enfrentarse con el riesgo de una batalla.

El peso de los combates lo llevó el batallón sudanés al mando del teniente coronel Boustead. Luchando sin interrupción durante diez noches seguidas, a una altitud para ellos inusitada, los sudaneses desencadenaron una serie de audaces ataques contra los italianos que intentaban avanzar desde Debra Marcos. Los abisinios del ras Hailú, no habituados a las operaciones nocturnas y totalmente indisciplinados, juzgaron que este tipo de guerra no estaba hecho para ellos y abandonaron el campo. El día 4 de abril los italianos suspendieron los combates y evacuaron Debra Marcos, a donde se trasladó Haile Selassie.

Inmediatamente el general Platt confió a la *Gideon Force* una nueva misión. Los ingleses sospechaban que el duque de Aosta trataría de agrupar sus fuerzas, para oponer resistencia en cualquier localidad de las montañas. Por ello, Wingate recibió la orden de impedir que las unidades enemigas que se encontraban en la región del lago Tana pudieran reunirse con las tropas del virrey, y con este fin, la *Gideon Force*, dividida en grupos pequeños, se disgregó y empezó a operar en un vasto radio de acción.

La carretera que desde el lago Tana se dirigía hacia el Este fue cortada por uno de esos grupos; otro realizó acciones de hostigamiento contra las unidades italianas que se encontraban en Bahir Dar, hasta el punto de obligarlas a retirarse a lo largo de la orilla oriental del lago y desde allí hacia el Norte; otro grupo vigilaba continuamente las fuerzas del ras Hailú, por si una vez más cambiaban de idea, y una cuarta fracción atacó a un batallón italiano 96 km al sureste del lago Tana y le obligó a rendirse. Mientras tanto, los sudaneses rastrillaban la carretera que conducía a Addis Abeba para que Haile Selassie pudiera volver a su capital.

Una parte de la guarnición italiana que se había retirado de Debra Marcos cruzó las montañas dirigiéndose hacia el Este. Su entidad era poco más o menos de una brigada, y una pequeña unidad de sudaneses y etíopes se lanzó en su persecución. Esta fue una de las cazas más feroces y obstinadas que se desarrollaron en África Oriental. Los perseguidores agotaron los víveres, debieron racionar las municiones, vieron sus uniformes reducidos a jirones; pero no cejaron en atacar sin tregua a las fuerzas en retirada, que sufrían las asperezas del intransitable terreno y el frío punzante de las altitudes. No obstante, los italianos lograron alcanzar Addis Derra, pueblo fortificado de montaña a 145 km al este de Debra Marcos y más de 3000 m sobre el nivel del mar. Allí resistieron hasta mediados de mayo, en que la falta de víveres los obligó a reemprender la retirada.

Por entonces Wingate había asumido personalmente el mando de la pequeña unidad perseguidora, consiguiendo el apoyo de algunas tribus del lugar. Con su ayuda, una parte del grupo estuvo en condiciones de alcanzar al enemigo y cortarle la retirada. Se sucedieron tres jornadas de combates desordenados, con un peligroso contraataque italiano, y al cuarto día Wingate informó al comandante adversario, coronel Maraventano, de haber recibido la orden de trasladarse a otro lugar con sus tropas, de modo que los italianos, si no se rendían, quedarían a merced de las numerosas bandas etíopes que se estaban agrupando en la zona. Se trataba sólo de una estratagema; pero el coronel Maraventano sabía muy bien qué suerte correrían él y sus 8100 hombres si caían en manos de los etíopes. Por esta razón decidió rendirse.

Ésta fue la última acción de la *Gideon Force*. En conjunto había hecho 15.600 prisioneros y capturado una gran cantidad de armas, en una campaña que había durado tres meses justos.

Sin embargo, la guerra en Etiopía noroccidental no había terminado todavía y una parte de las tropas que habían prestado servicio en la *Gideon Force* desempeñó, más adelante, un papel importante en la campaña al norte del lago Tana, que



pertenece a la última fase de la guerra en África Oriental.

Objetivos limitados

La ofensiva británica en Eritrea, en la que se libraron los más duros combates de toda la campaña de África Oriental y en la que la resistencia italiana fue más enérgica, tuvo al principio un objetivo limitado, como todas las ofensivas en este teatro de operaciones. Según el punto de vista británico, mientras Kassala permaneciera en manos de los italianos, cabía el peligro de un avance enemigo en el Sudán; y para salir al paso del eventual peligro, el general Wavell se vio obligado a reforzar las tropas del general Platty, que guarnecía esta región de la frontera, en menoscabo de Oriente Medio.

Las fuerzas italianas en Eritrea, al mando del general Frusci, eran numerosas y eficientes: en Kassala y en la zona circundante, así como en ciertos puntos a lo largo de la frontera, había 17.000 hombres bien equipados, con carros de combate ligeros y artillería. En la retaguardia, el general Frusci disponía de tres divisiones y tres brigadas autónomas, y además podía recibir refuerzos de Etiopía septentrional. Los ingleses atribuían mucha importancia a la reconquista de Kassala, porque así privarían al enemigo de una eventual línea de avance en el Sudán.

Pero el general Frusci no tenía la menor intención de intentar un avance. Por su parte, el duque de Aosta, engañado una vez más por las informaciones erróneas que exageraban enormemente la importancia de los efectivos ingleses, esperaba una ofensiva inglesa en Eritrea. Así, por pura coincidencia, justamente cuando el general Platt estaba preparando un ataque contra Kassala, el virrey ordenó la evacuación de la ciudad y de otros dos puntos de la frontera para efectuar un repliegue sobre posiciones más favorables. El avance del general Platt debía comenzar el 19 de enero, y el repliegue italiano se inició el 18. Una vez más ocurrió que los ingleses recibieron el regalo de un objetivo que estaban dispuestos a pagar muy caro.

La División 4 hindú, del general Beresford-Peirse, y la División 5 hindú, mandada por el general Heath, recibieron la orden de perseguir a los italianos en retirada.

El primer contacto con el enemigo se estableció en Cherú, poblado eritreo que se encuentra a 96 km al este de Kassala y a 64 km de la frontera, donde una brigada italiana intentaría detener a los ingleses mediante una acción de retaguardia. Pero las tropas británicas cercaron el poblado, impidiendo así cualquier posibilidad de repliegue al adversario, y aunque los italianos intentaron abrirse paso, el comandante y cerca de 900 hombres cayeron prisioneros.

A 72 km de Cherú, en dirección Sureste, se encuentra Barenti y a 112 km al Este, Agordat, dos poblaciones de montaña situadas en posiciones defensivas naturales y defendidas, cada una de ellas, por una división. El avance hindú se desarrolló simultáneamente a lo largo de dos carreteras en dirección a ambas ciudades. Agordat, la más oriental, fue alcanzada por la División 4 a los nueve días del comienzo del avance. Después de un reñido encuentro en los montes, que duró tres días y en el cual se emplearon los carros de combate de infantería, Beresford-Peirse la cercó, cortando la carretera que conducía hacia el Este. Sin embargo, muchos italianos lograron abrirse paso en esta dirección, si bien abandonando sobre el terreno gran cantidad de material bélico.

En Barenti, alcanzada por la División 5, cuya marcha había sido retardada por acciones de la retaguardia enemiga, los italianos opusieron una tenaz resistencia, pero sólo hasta que supieron que Agordat había caído y que la retirada hacia el Este quedaba cortada. Durante la noche se abrieron paso hacia el Sudoeste, entre las montañas, y las tropas británicas enviadas en su persecución no lograron alcanzarlos.

Wavell ordenó al general Platt que progresase hacia Keren y Asmara, porque se había dado cuenta de improviso, y no sin sorpresa, que sería posible conquistar toda esta región, eliminando de paso el peligro que constituía la base naval de Massaua. Pero Asmara estaba lejos, a más de 170 km, y Keren, aproximadamente a mitad del camino, era una de las posiciones defensivas naturales más fuertemente guarnecidas de toda África Oriental y la única vía de acceso a la capital de Eritrea y a Massaua.

Los últimos 4 km de la carretera que lleva a Keren transcurren por una garganta angosta y encajonada, y constituyen el único camino a través de la misma, que prácticamente es una pared rocosa, coronada por once cimas de alturas superiores a los 600 m sobre el nivel de la carretera. Cada una de estas cimas había sido transformada en una posición defensiva que dominaba la embocadura de la garganta. Siete de ellas se levantan a la izquierda, las cuatro restantes, a la derecha. Una pendiente entre dos de ellas formaba un valle: Acua Col.

Una división italiana, reforzada con dos batallones del Regimiento 11 de granaderos de Saboya, ocupaba las defensas; dos brigadas avanzaban a marchas forzadas para unirse a ella, y otras cuatro permanecían en reserva. Para atacar cualquiera de las cimas era necesario una lenta aproximación a pie, en terreno descubierto y a la vista del enemigo, y después una escalada a las escarpadas paredes rocosas bajo el fuego adversario. El ataque verdadero se realizaría luego, y solamente cuando ya se hubiera alcanzado la cima.

Los primeros intentos para abrirse paso los realizó la División 4 hindú. El 3 de febrero, al despuntar el día, la Brigada de Infantería 11 atacó las tres cimas de la izquierda, más próximas al acceso de la garganta. La batalla, con apoyo de un nutrido fuego de artillería por ambas partes, duró cuatro días. Los hindúes alcanzaron el alto de las tres cimas, pero fueron expulsados de dos de ellas por los enérgicos contraataques de los italianos, que combatían con una tenacidad raramente vista en el desarrollo de toda la campaña. Su comandante era el general Carnimeo, a las órdenes del general Frusci.

El 7 de febrero, la Brigada de Infantería 5 hindú desencadenó un ataque nocturno en dirección a Acua Col. El movimiento de aproximación se realizaba en un terreno muy accidentado, por lo que todo el material debía transportarse a mano a una distancia de más de 3 km. A pesar de todas las dificultades y del tiro mortífero de los italianos, la cumbre del paso fue alcanzada; pero no fue posible retenerla a causa de los acertados contraataques adversarios.

El 10 de febrero –octavo día de lucha– Beresford-Peirse desencadenó un nuevo ataque a derecha e izquierda, cuyos objetivos eran los mismos de los asaltos anteriores.

La Brigada de infantería 11 hindú se posesionó otra vez de la cima Brigs Peak y de nuevo fue expulsada. Un segundo ataque dio el mismo resultado. Y otro tanto ocurría en la lucha por la posesión de Acua Col. Pero al final, gran parte de la cadena de cumbres cayó en manos de la Brigada de infantería 5 hindú, que con tal acción ganó la *Victoria Cross*. Poco después, no obstante, fueron reconquistadas por los italianos en sus contraataques.

Necesidad de una tregua

Las pérdidas aumentaban de una manera impresionante y ya no era posible continuar manteniendo semejante presión; además, los atacantes necesitaban abastecimientos y refuerzos. A fin de distraer la atención, y quizá para distraer también parte de las fuerzas enemigas, la Agrupación de Brigada de la infantería hindú recibió la orden de dirigirse al Sur.

La calma duró hasta mediados de marzo, cuando las Divisiones 4 y 5 hindúes estuvieron dispuestas. La 4 atacaría por la izquierda, mientras la 5 debería ocupar Dologorodoc, a la derecha, para avanzar luego hasta Falestoh y Zeban. Entre tanto la 7.ª Agrupación de Brigada de infantería hindú, que se encontraba ya a 12 km de Keren, atraería la atención de los italianos hacia aquel sector.

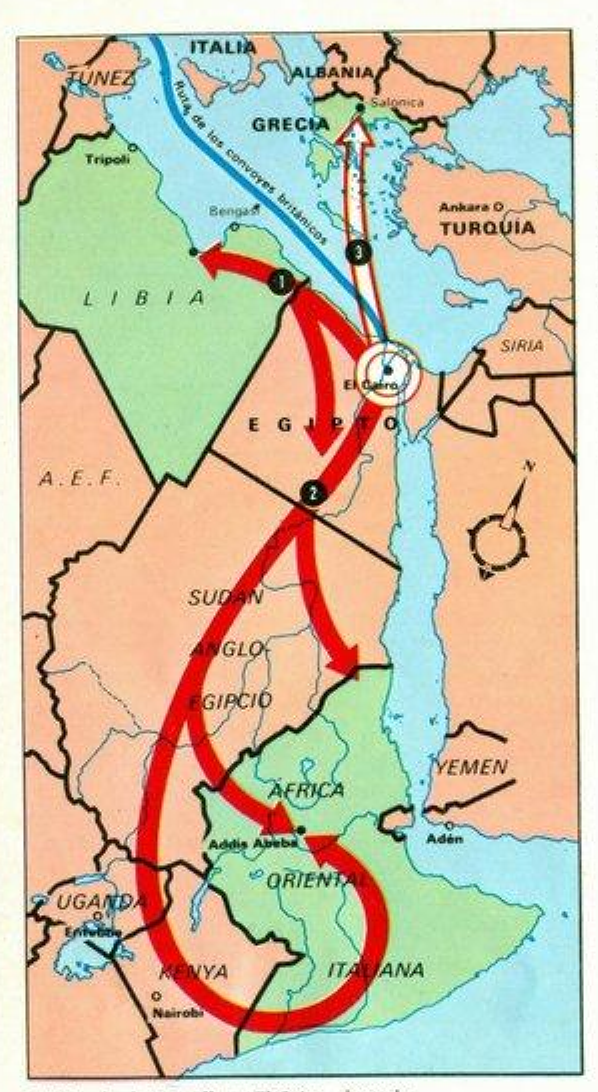
Precedida por un violento bombardeo aéreo y el tiro de interdicción de ambas divisiones, la Brigada de infantería 11 inició, la mañana del 15 de marzo, el asalto a las cumbres, mientras la Brigada de Infantería 5 atacaba Samanna. Todos los objetivos se alcanzaron; pero una vez más los italianos reconquistaron las perdidas posiciones.

A la derecha, la Brigada de infantería 9, de la División 5 hindú, aprovechando el momento en que los italianos estaban preocupados por el resultado de los combates que se desarrollaban a la izquierda, comenzó a avanzar hacia Dologorodoc; pero casi súbitamente se encontró bajo el mortífero fuego cruzado del enemigo. Los progresos eran insignificantes y durante el resto del día el fuego, impecablemente dirigido desde la otra parte de la garganta, inmovilizó sobre el terreno a la Brigada 9. El combate a ambos lados de la garganta se prolongó hasta la noche, sin que en el ala izquierda fuera posible realizar ulteriores progresos. A la derecha, por el contrario, la Brigada 9 consiguió avanzar furtivamente en la oscuridad y asegurarse un punto de apoyo en Dologorodoc. Con las primeras luces del alba, el fuerte fue asaltado, conquistado y mantenido a pesar de los repetidos contraataques. La batalla continuó encarnizada durante todo el día –era el 16 de marzo– sin que las tropas británicas lograsen avanzar. Pero tampoco perdieron terreno.

Por la noche, las últimas tropas hindúes que no habían sido todavía empleadas se lanzaron a un enésimo asalto de los picos de Sanchill y de Brigs Peak; pero los italianos no tenían intención de abandonar su presa y el ataque fue rechazado. Simultáneamente, a la derecha de la garganta, la Brigada de infantería 29, trasladada a Dologoro-



Áscaris eritreos, pertenecientes a un batallón indígena, se dirigen hacia el Sudán, para guarnecer la frontera. Las fuerzas del Ejército italiano destacadas en Eritrea dependían del general Frusci. *(Foto U. Re)*



El Mando de Wavell, en El Cairo, abarcaba tres importantes misiones, pues la guerra, en efecto, se desarrollaba simultáneamente en tres frentes: Libia, Etiopía y Grecia.



Mayo de 1941: El emperador de Etiopía Haile Selassie regresa a Addis Abeba. La presencia del emperador era muy necesaria para mitigar la tirantez existente entre diversas tribus abisinias. (Camera Press)

LA PÉRDIDA DE UN IMPERIO

1941

3 de febrero: se inicia la batalla de Keren.
18 de febrero: los sudafricanos conquistan Mega.
6 de marzo: las fuerzas británicas invaden Etiopía desde Somalia.
17 de marzo: tropas africanas y británicas entran en Jijiga.
27 de marzo: los italianos se retiran de Keren.
29 de marzo: los sudafricanos ocupan Dire Daua.
1 de abril: los ingleses entran en Asmara.
4 de abril: los italianos evacuan Debra Marcos.
6 de abril: los ingleses ocupan Addis Abeba.
8 de abril: tropas británicas y de la Francia libre ocupan Massaua.
22 de abril: son expugnadas las defensas de Dessié.
3 de mayo: comienza la batalla del Amba Alagi.
19 de mayo: se rinde Amadeo de Aosta.
21 de junio: tropas británicas entran en Gimma.
21 de septiembre: se rinde la guarnición italiana del paso Uolchefit.
28 de noviembre: rendición de Gondar.

doc durante el día, fue enviada sobre Falestoh y Zeban, con el único resultado de quedar inmovilizada a causa del intenso fuego de la artillería italiana. Sólo al caer la noche lograron liberarse.

Afortunadamente para los ingleses, durante los combates del 17 de marzo, los zapadores habían podido llegar, arrastrándonse, hasta el punto en que la carretera estaba obstruida, e informaron que, de estar suficientemente cubiertos, podrían restablecer el paso en veinticuatro horas. La misión de cubrirlos se confió a la División 5 hindú.

Pero antes de poder iniciar la operación tuvieron que combatir cinco días para rechazar los tenaces contraataques italianos. Fueron cinco días de grandes pérdidas por ambas partes, y los dos comandantes –el general Platt y el general Frusci– empezaron a preguntarse hasta qué punto resistirían a semejante ritmo de desgaste.

A pesar de todo, el 25 de marzo la División 5 hindú avanzó hacia el punto donde se hallaban las obstrucciones, con la Brigada 9 a la izquierda y la 10 a la derecha. Ambas sufrieron un intenso fuego de enfilada de los cañones, morteros y ametralladoras del adversario; pero ya entonces los italianos empezaban a vacilar y los británicos pudieron ocupar algunas precarias posiciones desde las cuales sería posible defender la carretera en el punto interrumpido.

Los ingenieros, en el transcurso de la noche siguiente, abrieron una brecha en las obstrucciones, y así, la mañana del 27 de marzo, un escuadrón de carros de combate de infantería del 4.º *Royal Tank Regiment* y 50 vehículos de orugas *Bren-carrier* se dirigieron hacia Keren, hundiendo con ello todo el frente italiano. El general Frusci comprendió que había llegado el momento crítico, más allá del cual ya no podía resistir. En consecuencia, ordenó el inmediato repliegue, que se desarrolló de forma muy hábil, tanto que los únicos que no pudieron romper el contacto con el enemigo fueron los defensores de Sanchill. Keren fue evacuada inmediatamente y los carros de combate británicos entraron en ella aquella misma mañana.

La batalla de Keren había durado ocho semanas. Las fuerzas británicas tuvieron 536 muertos y 3299 heridos. Y los italianos sufrieron más de 3000 bajas.

El general Frusci se retiró al sur, hacia Etiopía y el 1 de abril, cinco días antes de la caída de Addis Abeba, los ingleses ocuparon Asmara sin encontrar resistencia. Entonces su próximo objetivo fue Massaua, la base naval situada a 90 km de la capital de Eritrea y confiada al mando del almirante Bonetti. Éste, ante el ruego de rendición formulado por el general inglés, en el que instaba a que se entregase junto con los cinco destructores fondeados en el puerto, respondió que Massaua sería defendida. No obstante, los destructores se apresuraron a salir de la base el 2 de abril, dirigiéndose hacia Port-Sudán. Pero los aviones de reconocimiento los avistaron, y poco después cuatro fueron echados a pique por una escuadrilla de aviones torpederos y el quinto fue hundido por la misma tripulación.

Mientras tanto, dos brigadas hindúes de infantería y la brigada de la Francia Libre, que operaba como unidad autónoma, avanzaban rápidamente por la carretera Asmara-Massaua, que desciende entre recodos, con un desnivel de 2400 m y en una longitud de poco más de 24 km.

El almirante Bonetti rechazó una segunda instancia a rendirse y el 8 de abril tres brigadas lanzaron un asalto simultáneo contra el perímetro de la ciudad, con un fuerte apoyo aéreo, logrando romper las defensas en bastantes puntos. Al caer la tarde, el almirante Bonetti capituló con 9600 hombres y 127 cañones.

La caída de Massaua selló la conclusión de la campaña eritrea. Se había eliminado la amenaza contra los territorios africanos orientales de Gran Bretaña y contra el mar Rojo y, en teoría, ya sería posible proceder a un rápido traslado de las tropas a Egipto. Pero los medios de transporte marítimos eran terriblemente escasos y no quedaba otro remedio que realizar la operación por vía terrestre.

Pero las fuerzas italianas impedían aún los movimientos a todas las tropas británicas en Etiopía. Por lo tanto, era indispensable liberar primero la carretera, que desde Addis Abeba conducía hasta Asmara. Con este fin, y previo el traslado a Egipto de los efectivos que ya no eran necesarios en Eritrea, el resto, compuesto en su mayor parte por la División 5 hindú, se envió a Etiopía.

Las últimas tropas del virrey

Una vez más, lo que se iniciaba como una simple operación de limpieza se transformó en una extraña batalla, que terminó con la rendición del duque de Aosta y de gran parte de las tropas que le seguían. Fue una batalla que se libró casi sobre el techo del mundo, en una región montañosa cuya altitud media oscila entre los 300 y los 3600 metros.

Las fuerzas que todavía resistían habían sido divididas en dos grupos. Al Noroeste se encontraba el del general Nasi, con base en Gondar; al Sur y al Sudoeste, el del general Gazzera. Ambos habían recibido la orden de oponer una enconada resistencia, independientemente uno del otro. El duque de Aosta agrupó a los demás; es decir, a todas las tropas que le seguían en la retirada de Addis Abeba hacia el Norte y las que habían dejado Eritrea y estaban descendiendo hacia el Sur. El mando se confió al general Frusci.

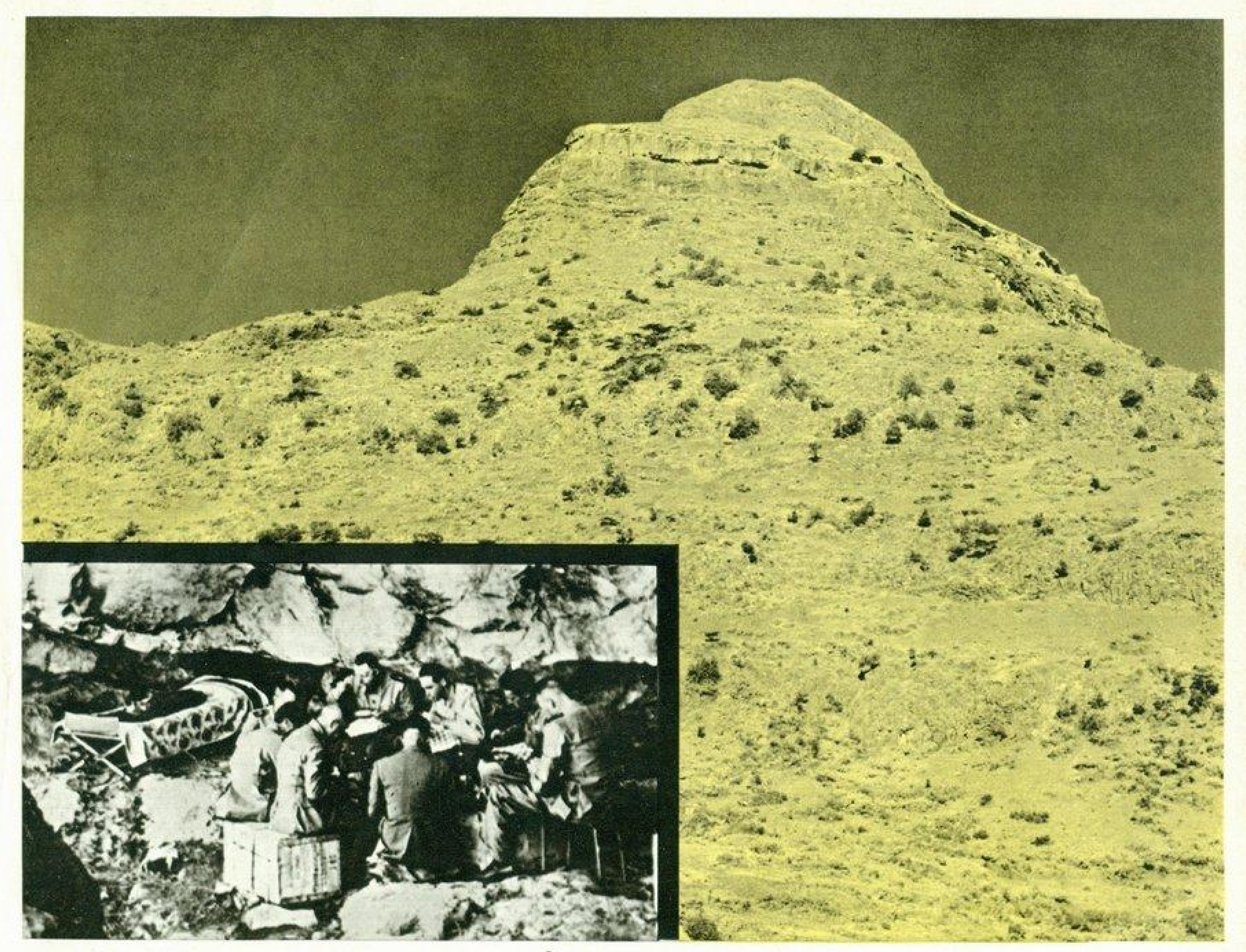
Por parte inglesa, y según las órdenes del general Wavell, la operación que debería tener preferencia sobre cualquier otra era la limpieza de la carretera a lo largo de la cual se retiraría el duque de Aosta, operación que se había confiado al general Platt.

Los sudafricanos salieron de Addis Abeba el 13 de abril, avanzando sin ser molestados a través del paso Mussolini. Encontraron la primera resistencia en las pendientes abruptas, camino de Dessié, a 400 km al norte de la capital.

En Combolciá, localidad al sur de Dessié, los italianos habían establecido sólidas posiciones defensivas, y el general Dan Pienaar, comandante de la Agrupación de Brigada sudafricana, juzgó que un ataque frontal, cuyo éxito además era incierto, le costaría pérdidas muy elevadas. Por lo tanto, empeñó a la artillería italiana con sus cañones de medio calibre, y bajo esta cobertura dispuso la infantería sobre las alturas que se alineaban a su izquierda. Los italianos intentaron inmediatamente neutralizar la maniobra lanzándose al ataque, pero los sudafricanos lograron rechazarlos con grandes pérdidas.

Tardaron tres días en alcanzar los objetivos desde los cuales, el 22 de abril, tras haberse unido a ellos un grupo de guerrilleros etíopes, tomaron al asalto las posiciones enemigas. Mientras tanto, el tiro de la artillería sudafricana había alcanzado notable precisión y, gracias a su eficaz apoyo, el ataque tuvo un efecto tan desmoralizador sobre los italianos que indujo a muchos de ellos a rendirse sin combatir. La defensa se desmoronó casi inmediatamente, los sudafricanos, que sólo perdieron nueve hombres y tuvieron treinta heridos, hicieron 8000 prisioneros y capturaron armas, medios de transporte y diverso material en grandes cantidades. El resto de las tropas italianas se retiró. Los vencedores llegaron a Dessié cuando la ciudad ya había sido evacuada.

La carretera que parte de dicha ciudad hacia el Norte desciende al gran valle encajonado y lo atraviesa a lo largo de 192 km antes de volver a subir en una fuerte profundidad de 80 km. A la mitad del recorrido serpentea a través de un paso, el Alagi, de 3000 m de altitud. El paso está dominado por nueve cimas abruptas, de 3600 m de altitud y que constituían un poderoso reducto natural. En un pico al oeste del paso, en el Amba Alagi (3360 m), el virrey había trasladado su puesto de mando, dispuesto para la última resis-



tencia. Las cumbres circundantes, todas ellas sólidamente fortificadas con anterioridad mediante alambradas y posiciones artilleras en cuevas, estaban guarnecidas por 7000 hombres, con más de 40 cañones. Las reservas de víveres eran suficientes para tres meses.

Mientras continuaba el avance de los sudafricanos desde el Sur, la División 5 hindú comenzó a descender de Eritrea, seguida por una densa formación de abisinios al mando del teniente coronel Ranking, de la *Defence Force* sudanesa, y alcanzó las pendientes de Amba Alagi el 29 de abril.

El general Mayne envió un grupo táctico, al mando del coronel Fletcher, por la ruta que atravesaba el paso Falagá, con el fin de distraer la atención del adversario y preparar luego el ataque desde el Oeste. El avance sobre las posiciones italianas comenzó el 3 de mayo, con tiempo lluvioso. El grupo de Fletcher se dirigió hacia el paso Falagá, pero no pudo expugnar las posiciones fortificadas que lo defendían y fue rechazado, lo mismo que el batallón que intentó asaltar la posición central. Al día siguiente, la Brigada de infantería 29 hindú conquistó y logró mantener, gracias al apoyo de la artillería, las cimas más occidentales.

En las primeras horas del día siguiente se aseguró la posición de Middle Hill; pero no pudo avanzar más allá, porque el Regimiento *Worcestershire*, que estaba en vanguardia, fue detenido por el fuego intenso y preciso de las ametralladoras italianas. Por ello, el general Mayne se apresuró a formar una agrupación de brigada y la envió como refuerzo al coronel Fletcher, para que intentara un nuevo ataque contra el paso Falagá.

Entre tanto, la Brigada de infantería 29 hindú, tras una marcha de aproximación nocturna bajo una lluvia torrencial, llevó a cabo una rápida conversión al sur del flanco occidental y ocupó dos alturas periféricas desguarnecidas a lo largo de los accesos sudoccidentales del Amba Alagi. Con esta maniobra se engañó a los italianos y, en la confusión que siguió, el ataque del coronel Fletcher contra el paso Falagá, no sólo triunfó, sino que sus hombres pudieron realizar una conversión al Oeste y ocupar la cima Gumsa, a 4 km del valle, hacia el Amba Alagi. Pero después su unidad se vio obligada a detenerse definitivamente ante la tenacísima resistencia de los italianos.

Cuando la operación se hallaba en este punto muerto, llegaron los sudafricanos y los grupos armados etíopes; estos últimos se lanzaron temerariamente contra la cumbre Twin Pyramids. La lucha fue heroica y feroz. Pero al final los italianos fueron vencidos. El trato que los abisinios reservaron a los prisioneros deprimió profundamente la moral de las tropas italianas.

Sin embargo, por otro lado, en los defensores de la cumbre vecina –Triangle–, reforzó la decisión de luchar hasta la muerte contra los etíopes. En efecto, cuando éstos se arrojaron contra este pico desde Twin Pyramids, fueron rechazados, en el curso de uno de los más violentos combates defensivos italianos de toda la batalla.

El Amba Alagi fue transformado en puesto de mando del duque de Aosta después de la caída de Addis Abeba. Abajo: el virrey en su refugio, con algunos oficiales; a la izquierda se ve su litera de campaña. (Archivo Rizzoli)

Al día siguiente (14 de mayo) atacaron los sudafricanos. Los italianos resistieron durante toda la jornada, pero al caer la noche se retiraron hacia el Amba Alagi. El duque de Aosta, que trepó por los contrafuertes rocosos y se precipitó directamente hacia el paso de Toselli, a 1600 m del Amba Alagi estaba decidido a resistir en aquel nido de águilas. Y ello, pese a que las sucesivas conquistas del general Cunningham hacían insostenible la situación militar del imperio italiano. Para un hombre valiente y generoso, como lo era Amadeo de Saboya, el fuerte constituía además un reclamo sugestivo: 46 años antes el comandante Toselli y sus soldados habían muerto heroicamente por defender aquellas alturas de 3400 m sobre el nivel del mar. Por el lado de Toselli el Amba Alagi no se hallaba fortificado y los sudafricanos esperaban conquistar el fuerte y lanzarse desde él sobre el flanco expuesto del virrey.

Pero el duque de Aosta y el general Frusci sabían que la caída de Triangle había debilitado seriamente su posición y no ignoraban cuál era el objetivo de los atacantes. Además, tenían en cuenta un nuevo factor asimismo grave: la voluntad de resistencia de los italianos había experimentado un profundo cambio después de lo que los etíopes hicieron con los prisioneros del



Amba Alagi, 19 de mayo de 1941: el duque de Aosta se rinde a los ingleses. La resistencia en el Amba Alagi, aunque estratégicamente pareció un movimiento inútil, sirvió para retardar el envío de refuerzos británicos a Libia. (Archivo Rizzoli)

Twin Pyramids. Los comandantes italianos comprendieron que era muy probable que sus hombres escogieran cualquier ocasión para rendirse a las tropas enemigas regulares, de las cuales esperaban un trato correcto. Por ello el virrey aprovechó la presencia de los sudafricanos para discutir los términos de la rendición.

Una de las cosas que se acordó fue que los ingleses concederían honores militares. Y así, el día 19 de mayo, el duque de Aosta y los 5000 supervivientes del Amba Alagi depusieron las armas, mientras una unidad del Ejército inglés les rendía honores.

Mil de los hombres de Amadeo de Saboya habían perdido la vida en aquella patética resistencia. Su amigo y ayudante de campo, el general Volpini, había sido linchado por los indígenas cuando se dirigía al campamento británico para negociar las condiciones de rendición.

La batalla del Amba Alagi había durado exactamente dos semanas. Con la captura de sus defensores, el número de prisioneros ascendía a poco menos de 230.000 hombres. Quedaron todavía 80.000 italianos en armas, al mando del general Gazzera en el sector suroccidental y del general Nasi en el noroccidental. A pesar de ello, la mayor parte de las unidades británicas se trasladaron con la máxima rapidez al Oriente Medio.

Amadeo de Saboya, duque de Aosta y virrey de Etiopía pasó su prisión en Donyo Sabuk, cerca de Nairobi y no lejos de un campo de prisioneros en que se encontraban sus fieles de Amba Alagi. Y allí murió en una clínica, víctima de la tuberculosis, el 3 de marzo de 1942. Tenía 44 años. Según testigos presenciales, sus últimas palabras fueron éstas: «Es hermoso morir en paz con Dios, con los hombres y consigo mismo». El pueblo italiano tuvo conciencia de haber perdido un héroe legendario.

La última fase

La última fase de la campaña de África Oriental se desarrolló en dos operaciones separadas. La primera fue la ofensiva realizada por el general Cunningham contra la provincia de Galla-Sidamo, todavía en poder del general Gazzera. La segunda, llevada a cabo por el general Platt contra las fuerzas del general Nasi, desplegadas al norte del lago Tana, sólo pudo iniciarse al terminar la primera.

Se repitió entonces, por última vez, la historia de la campaña de África Oriental: las fuerzas británicas que habían permanecido en Etiopía eran demasiado exiguas, a juicio del Alto Mando, para poder empeñarse en una batalla decisiva, por lo que los ingleses intentaron simplemente contener a los italianos en las remotas regiones a las que se habían confinado.

Al Sudoeste, con base en Gimma, el general Gazzera tenía cerca de 40.000 hombres, buena reserva de provisiones y más de doscientas piezas de artillería. Al Noroeste, con base en Gondar, el general Nasi contaba con otros 40.000 hombres y unos 80 cañones, distribuidos en fortalezas naturales en las montañas, pero se hallaba escaso de víveres.

Los preliminares de la campaña estaban concluyendo cuando la estación de las lluvias torrenciales hizo casi imposibles los movimientos. Esto constituyó el más grave problema para el general Cunningham, pues debía «contener» a las siete divisiones (nominales, pues los efectivos estaban reducidos) del general Gazzera en una región casi sin carreteras, mientras la misión del adversario era mantener técnicamente en existencia el Imperio del África Oriental italiana, limitándose a resistir de una manera u otra.

Por su parte, el general Cunningham disponía, más o menos, de unas cuatro brigadas: la Brigada 22 de África oriental y dos batallones sudafricanos (autónomos) encuadrados en la División 11 africana al mando del general de división Wetherall; la Brigada 21 del África oriental y la 24 de Costa de Oro en la División 12 africana al mando del general Godwin-Austen. La División 11 africana se encontraba en la zona de Addis Abeba; la 12 tenía una brigada en Negele a unos 600 km al sur de Addis Abeba, procedente de Somalia y otra en Iavello, situada 240 km más lejos en dirección sudoeste, a lo largo de una línea que partía de Mega dirigiéndose hacia el Norte. A fines de abril, la División 11 africana comenzó a moverse hacia el Sur, avanzando penosamente entre el barro y los aguaceros, para alcanzar Sciasciamanna, base de una división italiana situada a mitad de camino entre Addis Abeba y Negele. Después de sostener combates de escasa importancia, llegó a su objetivo cuando los italianos lo habían evacuado. La División 12 africana recibió, mientras tanto, la orden de avanzar en dirección Norte, o sea hacia Sciasciamanna, desde sus posiciones de Negele y de Iavello. Fue un avance muy fatigoso, porque los vehículos quedaban atascados continuamente; sin embargo, las dos brigadas lograron sostener con buen éxito algunos combates de escasa importancia.

Por las informaciones recogidas se supo que más allá de Sciasciamanna las fuerzas italianas se estaban reagrupando nuevamente cerca de Soddu, localidad situada a unos 112 km al sudoeste de la primera. Por ello, el general Cunningham ordenó a la División 11 africana que continuase su marcha en dos direcciones: al Oeste hacia Soddu y al Noroeste hacia Gimma; mientras la División 12, casi completamente inmovilizada, intentaría avanzar como mejor pudiera para ocupar las zonas que quedaban atrás y ceder algunas unidades a la División 11.

También esta vez los obstáculos más duros que dicha división encontró fueron el mal tiempo y el terreno. Además, una de sus brigadas sostuvo un duro combate, venciendo la fuerte resistencia opuesta por el adversario en Goluto, en la carretera de Gimma. La brigada, que más tarde recibió por esta acción la *Victoria Cross*, conquistó Soddu tras una desordenada batalla en la que cayeron prisioneros los Estados Mayores de dos divisiones italianas.

Uno de los resultados conseguidos por los ingleses fue que algunas unidades italianas diseminadas se encontraban ahora al este de su despliegue; todo el «frente» adversario estaba desbaratado y el gran número de fugitivos civiles italianos contribuían a aumentar la confusión.

El general Gazzera ordenó entonces a las fuerzas establecidas en la zona de Soddu que se trasladasen, como mejor pudieran, al oeste del río Omo Bottego.

Quería intentar la resistencia en aquel punto; pero las condiciones verdaderamente insostenibles a causa de las continuas lluvias torrenciales frustraron su intento.

Asimismo, la empresa estaba desgastando a las tropas del general Cunningham, quien, para reforzar la División 11 africana, le agregó la Brigada 23 nigeriana y la mandó a la carretera que de Addis Abeba lleva directamente a Gimma, a fin de que cruzase el Omo Bottego en Abalti. La Brigada 22 esteafricana debía realizar una tentativa análoga a la altura de Sciolo. Ambas operaciones se llevaron a buen término, especialmente en Sciolo, donde se capturaron 4000 italianos tras duros combates.

La Brigada 23 nigeriana, a la que se ordenó luego que avanzara hacia Lekenti, llevó a efecto una inmediata conversión al Norte, siguiendo una de las pocas carreteras en discretas condiciones de viabilidad. Al mismo tiempo, la Brigada 22 debía avanzar hacia Gimma, base de Gazzera, que se encontraba 96 km más al Oeste.

Mientras tanto, los indígenas de la zona de Gimma, estimulados por los éxitos de los ingleses, se habían agrupado en bandas y hacían la guerra de guerrillas por cuenta propia. En Gimma había miles de fugitivos civiles italianos, entre ellos mujeres y niños, y el general Gazzera temía por su seguridad. Por esta razón, dirigió una llamada urgente al general Cunningham exponiéndole la gravedad del peligro e invitándole a ocupar Gimma.

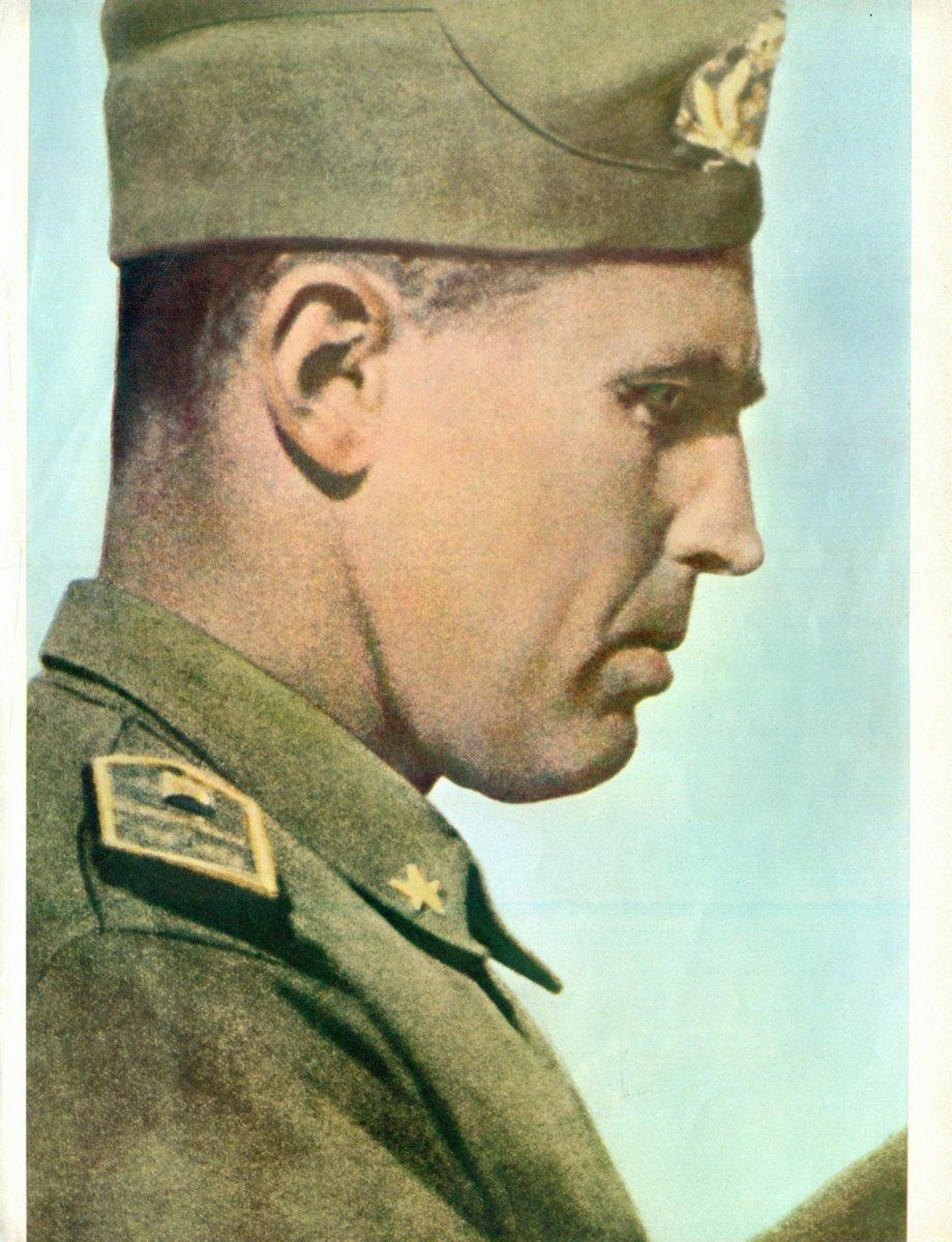
La Brigada 22 esteafricana avanzó lo más rápidamente posible y el 21 de junio entró en la ciudad, rindiéndose la guarnición. El general Gazzera se había retirado. La Brigada esteafricana, sin concederse apenas reposo, reemprendió el fatigoso avance hacia el Noroeste para apoyar a los nigerianos, que estaban realizando grandes progresos: habían ocupado Lekenti, venciendo una debilísima resistencia, y ahora perseguían a los italianos en retirada hacia el Oeste. En Dembi, a 64 km de Gimma, la Brigada 22 derrotó a una unidad italiana de retaguardia, mientras los nigerianos ocupaban casi al mismo tiempo Ghimbi, a 96 km al oeste de Lekenti.

Llegados a este punto, la nueva presa eran dos divisiones italianas, casi intactas, que se estaban retirando al Noroeste. Pero las condiciones meteorológicas empeoraron nuevamente y, por añadidura, los perseguidores se vieron obstaculizados también por las eficaces interrupciones de la carretera. Pero los italianos, en su fuga, se estaban precipitando en una trampa. En efecto, un contingente belga, compuesto por dos batallones, apoyado por una batería de morteros pesados y reforzado por un batallón esteafricano, avanzaba para unirse al general Platt en el sector noroccidental.

En aquel momento, las fuerzas belgas se encontraban cerca del punto hacia donde se dirigían los italianos y, el mayor general Gilliaert, comandante de las tropas del Congo, estaba inspeccionando el sector.

El 3 de julio ordenó a sus tropas que entraran en acción. Y el general Gazzera, acosado inesperadamente por los belgas, que llegaban descansados y bien equipados, comprendió que aquello era el fin.

Amadeo de Aosta, virrey de Etiopía, fue un heroico soldado de acreditado valor. Hasta el último momento intentó salvar el Imperio italiano, pero a pesar de sus esfuerzos, la rendición se hizo inevitable. (History of the Second World War)





Tras dos semanas de duros combates en Amba Alagi, 5000 soldados italianos al mando del general Frusci se rindieron a los ingleses. En las cláusulas de rendición el vencedor les concedió los honores de las armas. (Foto GM)

El general Gilliaert aceptó la rendición, concediendo a Gazzera y al resto de sus fuerzas –5000 hombres del Ejército regular y 2000 etíopes irregulares– honores militares.

El general Cunningham había concluido su misión en África Oriental.

Atrincherados en Gondar

Ahora, las últimas fuerzas italianas en África eran las del grupo del general Nasi.

Sólidamente establecido en una fortaleza montañosa al norte del lago Tana, con sus 40.000 hombres situados en unas cumbres de 3000 m de altitud, en posiciones naturales casi inexpugnables, había decidido batirse hasta el fin, puesto que esto era ya la única esperanza de mantener, al menos nominalmente, la existencia del Imperio italiano de África Oriental.

El puesto de mando de Nasi se encontraba en Gondar, a 2100 m sobre el nivel del mar. La única carretera transitable que allí conducía partía de Asmara, casi a 480 km al Nordeste, y pasaba a 112 km de Gondar, a través del paso Uolchefit. Para llegar al valle, la carretera serpenteaba a lo largo de una región casi enteramente rocosa, superando un desnivel de 1200 m. Unos 5000 italianos guarnecían el paso y la zona circundante; pero entre Uolchefit y Gondar había bandas etíopes hostiles, y las dos guarniciones estaban aisladas una de otra.

Al Sudeste, una ruta sólo practicable durante la estación seca unía Gondar a Dessié; en dicha ruta, a unos 160 km de Gondar y a 2700 m de altitud, se hallaba un pueblo montañoso, Debra Tabor, defendido por una fuerte guarnición italiana, como el otro pueblo que dominaba la pista, Culcaber, a 40 km de Gondar.

Otro sendero de montaña, que llevaba a la frontera con el Sudán, estaba cortado por una guarnición italiana en Celga, a unos 48 km al oeste de Gondar.

Pero el general Nasi, aun disponiendo de este notable despliegue de fuerzas defensivas, contaba con pocas reservas de víveres y no podía recibir la menor ayuda de fuera. Le faltaba además el apoyo de la aviación, hasta tal punto que, cuando el tiempo lo permitía, sus posiciones estaban totalmente expuestas a los ataques aéreos enemigos. Había esperado que las lluvias le concedieran una tregua. Pero no fue así.

En mayo, el batallón sudanés que antes formó parte de la *Gideon Force* había atacado Celga, siendo duramente castigado y rechazado por un enérgico contraataque italiano, y dos intentonas por parte de grupos etíopes contra las posiciones de Uolchefit fracasaron también.

Sin embargo, en junio, la posición de Debra Tabor sufrió un incesante y violentísimo martillamiento desde el aire, de tal manera que las defensas se derrumbaron totalmente y la guarnición –más de 5000 hombres– se rindió sin oponer ulterior resistencia.

En julio, un batallón del Regimiento 14 *Punjab*, que había descendido por la carretera procedente de Asmara, intentó de nuevo la conquista del paso de Uolchefit, pero asimismo fue rechazado experimentando grandes pérdidas. Pero a fines de septiembre, la Brigada 21 de la División 12 africana, que permaneció durante toda la campaña en Kenya, llegó frente al paso de Uolchefit y consiguió una victoria incruenta. No hubo batalla, porque la guarnición italiana había dado fin a las últimas reservas de víveres y el 27 de septiembre se vio obligada a rendirse por hambre.

En el mismo mes de septiembre, sir William Platt, ascendido recientemente a teniente general, fue destinado al mando (de nueva constitución) del África Oriental, porque sólo en esta fase de la campaña se decidió retirar la responsabilidad de este sector al comandante de Oriente Medio. Por su parte, el general Cunningham se había trasladado al desierto occidental egipcio, al mando del Ejército 8.

Las lluvias, que durante cinco meses cayeron sin interrupción, no podían durar mucho más, por lo que se podían preparar los planes para la batalla que señalaría el fin de la campaña de África Oriental.

La Brigada 26 esteafricana, que entonces formaba parte de la División 12 africana y que había sido trasladada a Dessié, avanzó hasta Debra Tabor y tomó posiciones a lo largo de la carretera de Gondar; la Brigada 25 se estableció al Sur, a fin de colaborar en la ofensiva. Las fuerzas abisinias, reunidas ya en cuatro grupos, también recibieron la orden de converger sobre Gondar. En cambio, el batallón sudanés pasó a la vanguardia para realizar un nuevo asalto a Celga.

La batalla comenzó el 11 de noviembre, dirigida por el general Fowkes. Un grupo mixto formado por unidades de la Brigada 25 esteafricana, dotado de vehículos acorazados y apoyado por guerrilleros etíopes y aviación, se lanzó al ataque de Culcaber. Pero la guarnición italiana –cuatro batallones atrincherados tras alambradas, campos minados y refugios de hormigón armado– los sometió a un mortífero fuego cruzado y la acción acabó en el fracaso más completo. A su vez, el batallón sudanés asaltó Celga; pero también fue rechazado por los italianos. Al fin de la jornada sólo los abisinios habían logrado algún éxito, envolviendo unas posiciones italianas y rastrillando la zona al sudeste de Gondar.

El general Fowkes juzgó entonces necesario el envío de las dos brigadas esteafricanas –la 25 y la 26– para ocupar Culcaber; pero la 25 se encontraba aún en la carretera al norte de Gondar y necesitó nueve días para realizar una conversión en torno a la ciudad, a lo largo de un sendero angosto y casi intransitable.

El 21 de noviembre dicha brigada atacó Culcaber desde el Nordeste, mientras el grupo mixto de la 26, que había realizado el fallido intento del 11 de noviembre, lo atacó desde el Sur, con el apoyo de un numeroso contingente de indígenas. Pero los defensores, a pesar de estar casi completamente cercados, combatieron todo el día con enérgica resolución. No obstante, al caer la tarde, algunas de las posiciones avanzadas fueron arrolladas y grupos aislados empezaron a rendirse. Cuando llegó la noche, el coronel Ugolini, comandante de la guarnición, no tuvo ya posibilidad de elección y, junto con 2500 soldados, depuso las armas.

Ya todo se hallaba dispuesto para el asalto final a Gondar. La Brigada 26 esteafricana atacaría desde el Este y la 25 desde el Sur; repartidos por varios puntos, entre una y otra, se hallaban los abisinios, mandados por oficiales y suboficiales británicos, y además un pequeño grupo de vehículos acorazados esteafricanos y sudafricanos.

Gondar y sus posiciones defensivas exteriores se erguían altivas ante los atacantes, quienes, para alcanzarlas, deberían escalar las escarpadas paredes rocosas que conducían a una serie de angostas sendas; los pertrechos no podían llegar sino a lomos de caballerías. El asalto decisivo comenzó el 27 de noviembre, con las primeras luces del día, bajo la protección de una mortífera barrera de fuego. Dos batallones de la Brigada 26 esteafricana, que avanzaban desde el Oeste, fueron a parar sobre un campo de minas, mientras la artillería y las ametralladoras italianas los sometían a un intenso fuego cruzado. No obstante, continuaron avanzando sin cesar, y a las primeras horas de la tarde llegaron a la cumbre de una altura situada a unos 3 km de Gondar. Desde allí pudieron apoyar con su fuego al resto de la brigada, mientras asaltaban otra altura al Sudoeste que dominaba parte de la ciudad. Siguió un duro combate; los italianos, forzados gradualmente a retroceder, acabaron cayendo en manos de los abisinios, quienes se habían abierto paso inadvertidamente, rodeando la vertiente occidental de la misma altura.

Todos los grupos etíopes combatieron bien: al alba, después de un ataque nocturno, habían expugnado dos alturas al sudeste de Gondar. Al Sur, también la Brigada 25 realizaba grandes progresos, encontrando una resistencia menos encarnizada, y en las primeras horas de la tarde alcanzó las crestas al sur y al suroeste de la ciudad. Los italianos estaban, pues, empeñados en todas partes. Un escuadrón mecanizado, perteneciente al Regimiento de Kenya, aprovechó la ocasión para lanzarse por la carretera indefensa y entró en Gondar, seguido poco después por uno de los grupos etíopes.

Se enviaron inmediatamente refuerzos y a media tarde el general Nasi pidió condiciones para la rendición. Al día siguiente los italianos sobrevivientes –22.000 hombres en total– depusieron las armas.

A los diecisiete meses y diecisiete días de la declaración de guerra por Mussolini, el Imperio italiano de África Oriental había dejado de existir.



En 1941, el propósito de incluir Yugoslavia entre los países dirigidos por el Eje se convirtió en una condición indispensable para el éxito del plan alemán de ataque a la Unión Soviética. Como ya antes había sucedido con frecuencia, la gestión diplomática de Alemania no fue más que el prólogo de una acción militar. «La operación, más que una victoria de las armas alemanas –dice acertadamente Alan Palmer– lo fue de los planes y de la organización del Estado Mayor alemán, que en ninguna otra fase de la segunda Guerra Mundial consiguió aprovecharse de forma tan eficaz de los viejos antagonismos políticos y de los odios de raza».

Alan Palmer

OPERACION DE CASTIGO

El mayor estadista austríaco de todos los tiempos afirmó en cierta ocasión que «Asia empieza en la Landstrasse», que es la calle principal que lleva desde el antiguo centro de Viena hacia el Este. En marzo de 1938 el aforismo era tan válido, en sentido estratégico, como el día en que lo expresara Metternich, más de cien años atrás. Cuando Hitler, triunfante, pasó revista a sus tropas formadas ante la *Hofburg*, la reciente conquista de Austria le había asegurado el camino que conducía a los yacimientos petrolíferos de Rumania y el corredor que, siguiendo el curso del Danubio, lleva al mar Negro o, en dirección Sur, a Salónica y a Estambul, en el extremo de Europa. Por una suprema ironía del destino, el antiguo parroquiano del dormitorio público vienés se había convertido en heredero de aquellos Habsburgo que tanto decía despreciar, y le tentaba





25 de marzo de 1941: Yugoslavia firma el Pacto Tripartito tras el ultimátum de Alemania. Sentados, de izquierda a derecha: Cincar-Markovic, Cvetkovic y Ribbentrop. Debajo: el golpe de Estado de Belgrado provocó la invasión alemana de Yugoslavia. *(History of the Second World War)*

también, como antaño les había tentado a éstos, la idea de asegurarse en el Mediterráneo una cabeza de puente que se asomara a otros países.

Pero entre Hitler y estos lejanos objetivos se interponía, en primer lugar, el opulento granero de la llanura húngara y, a continuación, una región de ásperas montañas y de ríos impetuosos: los Balcanes. En estos lejanos países (Bulgaria, Rumania, Yugoslavia, Grecia) las pasiones de partido habían predominado, a lo largo de generaciones, sobre la razón, y la política exterior solía estar determinada por esporádicas infracciones al décimo mandamiento. Los Balcanes eran entonces, en vísperas de la segunda Guerra Mundial, lo que habían sido siempre: el crónico polvorín de Europa.

Después de la primera Guerra Mundial, los artífices de la paz habían intentado rehacer el mapa basándose en el principio de la autodeterminación de los pueblos, y lo habían conseguido en parte, creando una franja de estados independientes a lo largo de las fronteras de los antiguos imperios dinásticos. Sin embargo, a pesar de las buenas intenciones, no habían sido capaces de encontrar una solución satisfactoria para todos. Y así, en 1938, uno de cada cinco habitantes de Europa central y sudoriental formaba parte aún de una minoría étnica, y, por lo tanto, era hostil, con mayor o menor ensañamiento, al orden político existente.

En algunos estados, un grupo étnico tendía a oprimir a los otros. El ejemplo más notable era el de Yugoslavia, reino fundado en 1918 sobre el principio explícito de la total igualdad de derechos para los tres pueblos eslavos que lo constituían (servios, eslovenos y croatas). Los servios formaban escasamente el 45 % de la población, los croatas cerca del 35 % y los eslovenos el 11 %; el 9 % restante estaba formado por alemanes, húngaros, búlgaros, albaneses y macedonios. Sin embargo, en los veintitrés años de vida del reino de Yugoslavia sólo se había registrado un período de cinco meses en que el primer ministro no fuera un servio. Los croatas y los eslovenos se creían más civilizados y cultos que los servios y soportaban a disgusto el predominio de éstos.

En otro aspecto, la expansión territorial de otros países había sido tan excesiva, por efecto de los tratados de paz, que el problema esencial para ellos era la defensa contra las aspiraciones de los estados vecinos de recuperar los territorios perdidos. Rumania, por citar un ejemplo, había duplicado largamente su territorio a costa de Rusia, Hungría y Bulgaria. Por lo tanto, era lógico que, años después, la Unión Soviética intentase recuperar la provincia de Besarabia, y, cuando esto sucediera, Hungría y Bulgaria difícilmente se limitarían al papel de espectadores.

Por su parte, los países que habían perdido territorios actuaban de forma que las minorías constituidas por sus propios ciudadanos no lo olvidasen nunca. En Budapest, por citar otro ejemplo, hasta 1938 las banderas continuaron ondeando a media asta en señal de luto, por los territorios cedidos en 1920 a Checoslovaquia, Rumania y Yugoslavia, y la actitud oficial de Sofía no era más tranquilizadora en lo referente a las reivindicaciones. Una latente intranquilidad reinaba en todos los países danubianos.

Al finalizar la década de los años treinta, este difundido sentimiento de rencor fue doblemente favorable a Hitler. Como paladín de la revisión de los tratados, podía enfrentar entre sí a los vecinos rivales; y como personificación del racismo germánico, le sería posible obtener el apoyo de los dos millones de *Volksdeutsche*, grupos lingüísticos alemanes que vivían a orillas del bajo Danubio, en Hungría, Rumania y Yugoslavia. Los Habsburgo habían luchado durante un siglo, antes de 1914, contra el nacionalismo: ahora, en 1938, el nuevo amo de Viena podría utilizar a su gusto este nacionalismo como arma para establecer la supremacía de la Gran Alemania en la cuenca danubiana y en los Balcanes.

Como es lógico, los gobernantes de Europa occidental comprendieron, a su debido tiempo, que una Alemania resurgida podría extenderse hacia el Este. Esta posibilidad preocupaba muy poco a los ingleses, que solían considerar toda esta parte del continente como un molesto apéndice sin importancia; pero los franceses, que habían invertido grandes capitales en los nuevos estados, seguían una política más activa, y los diversos ministros de Asuntos Exteriores favorecieron la creación de un sistema de alianzas encaminado a preservar el *statu quo* en Europa central. Bajo la mirada benévola de Francia, Yugoslavia, Checoslovaquia y Rumania celebraron, desde 1929 a 1937, constantes reuniones militares.

Cada uno de estos tres últimos países, recibía la visita de misiones militares de París; organizaba sus fuerzas armadas siguiendo el modelo francés; adquiría cañones, carros de combate y aviones franceses o los construía con patente francesa. Sin embargo, sus planes estratégicos tenían más en cuenta un posible intento húngaro de reconquistar los territorios perdidos que una amenaza por parte de Alemania. Habían empezado a dudar de la capacidad francesa para ayudarles en caso de guerra, incluso antes de que Hitler invadiese Austria; y, por su parte, los diplomáticos y hombres de negocios alemanes sabían ser persuasivos, especialmente en Belgrado.

Mas, en septiembre de 1938, después de Munich, al renunciar Francia a asumir la defensa de Checoslovaquia, el sistema de alianzas que ella misma había creado y apoyado perdió todo su valor. Cuatro meses después, Yugoslavia y Rumania pusieron fin, oficialmente, a toda forma de colaboración militar. A continuación, los estados balcánicos trataron de estipular una nueva garantía con Berlín, ofreciendo condiciones excepcionales a las empresas comerciales alemanas con la

esperanza de que el Reich correspondiese con el envío de armas.

Así, en 1939, los yugoslavos prometieron a Alemania toda la producción de cobre y grandes cantidades de cinc y plomo a cambio de la promesa, jamás cumplida, de que les entregaran 100 *Messerschmitt* y 370 cañones de la fábrica Skoda. Los rumanos cambiaron, de forma similar, su petróleo por artillería. En el mismo período, los jefes políticos de los países balcánicos abolieron los últimos vestigios de democracia parlamentaria e imitaron el romántico absolutismo de Berlín y Roma. En realidad, los Balcanes estaban bajo la sombra de la esvástica antes de que las divisiones acorazadas invadiesen Polonia.

Una paz inquieta

Hitler había conseguido así, con sistemas pacíficos, uno de sus objetivos principales: la supremacía económica en el Sudeste europeo. Por eso, en 1939, cuando estalló la guerra por una cuestión que no tenía relación directa con los problemas de los Balcanes, estaba interesado en mantener la paz en este sector, pues prefería mil veces que el petróleo rumano y los productos agrícolas de la llanura afluyeran ininterrumpidamente hacia Alemania que destruir con bombardeos las refinerías de Ploesti o ver los campos de trigo húngaros devastados por los invasores. También los Aliados, por una curiosa coincidencia, deseaban mantener la paz en los Balcanes, porque temían que las hostilidades les plantearan problemas militares sin solución.

Por consiguiente, los estados balcánicos asistieron al primer año del conflicto desde posiciones marginales. Ninguno contaba con un ejército moderno o con fuerzas aéreas capaces de resistir una ofensiva lanzada en gran escala. La campaña de Polonia había sido a este respecto una lección interesante.

Se añadía a todo esto el reciente acuerdo entre Alemania y la Unión Soviética, que no parecía presagiar nada bueno. En los primeros meses de 1940 todos los estados balcánicos se aproximaron aún más a Alemania. Los únicos que tardaron en hacerlo fueron los yugoslavos, que establecieron tardíamente relaciones diplomáticas con la Unión Soviética y cerraron la «embajada» de los rusos blancos en Belgrado. Por el momento, los políticos balcánicos se sentían seguros en lo concerniente a Alemania; pues habían aplacado a Hitler pagándole una indemnización. En el verano de 1940 parecía que el peligro, más que en él, estaba en sus aliados de Moscú y de Roma.

En efecto, los primeros en actuar fueron los soviéticos. El 26 de junio de 1940 presentaron un ultimátum a Rumania pidiendo la cesión inmediata de Besarabia y la mitad septentrional de la antigua provincia imperial de Bucovina, cuya población era étnicamente afín a la ucraniana. Los rumanos examinaron la posibilidad de una guerra, pero las palabras suaves y convincentes de Berlín fueron suficientes para que aceptaran el ultimátum de la URSS. Como era de prever, Hungría y Bulgaria exigieron también a Bucarest la restitución de los territorios perdidos por efecto de los tratados de paz de 1919-1920. Esto ya no agradó a Hitler: bastaría una guerra entre estos pequeños Estados para privarle del petróleo rumano. Así, pues, a fines de agosto convocó en Viena una conferencia, con el apoyo de Italia, e impuso a Rumania nuevas fronteras que satisfacían en gran parte las peticiones húngaras. Un acuerdo separado, concluido en Craiova el 7 de septiembre, restituyó a Bulgaria ricas tierras de cereales en la Dobrudja.

Estas decisiones tuvieron gran resonancia política, no por lo que de momento expresaban, sino por lo que dejaban entrever. Se aceptaba a Alemania como árbitro de la Europa sudoriental. Rumania, Hungría y Bulgaria perdieron prácticamente su libertad de acción. A fines de noviembre, Hungría y Rumania se habían adherido al «Pacto Tripartito», el ambicioso compromiso de colaboración política estipulado en otoño entre Alemania, Italia y Japón. Los búlgaros se adhirieron tres meses después. El día 8 de febrero, los delegados de los Estados Mayores Generales alemán y búlgaro establecieron un acuerdo militar formal, y el 2 de marzo el Ejército 12 alemán cruzó la frontera búlgara. De hecho, los límites de independencia que les quedaban a estos países eran muy reducidos.

Los males de Yugoslavia

Quedaban aún Yugoslavia y Grecia. Ambas sabían que el peligro inmediato para ellas estaba en Roma más que en Moscú, sobre todo para Yugoslavia, cuya situación se hizo desesperada en junio de 1940, cuando Mussolini unió su propia suerte a la de su aliado del Eje. Italia había mantenido una actitud amenazadora hacia Yugoslavia desde que, en 1919, tuvo la decepción de que no se le asignaran las costas dálmatas, a las que aspiraba.

Además, Yugoslavia se veía agitada por la rivalidad entre los dos grupos étnicos más numerosos, los croatas y los servios. En agosto de 1939, el partido campesino autónomo –el grupo político más importante de Croacia– había llegado a un acuerdo con el Gobierno de Belgrado, por el que se reconocía a la región cierta autonomía local. Sin embargo, muchos croatas no quedaron satisfechos; Ante Pavelic, el jefe de los extremistas, se refugió en Roma, donde le apoyaban abiertamente algunos miembros del Gobierno italiano. Y el hecho de que Mussolini patrocinara un movimiento separatista que aspiraba a la independencia total de una parte del país, ponía en peligro toda la estructura política yugoslava.

En 1940 el destino del reino servio-croata-esloveno dependía de cuatro hombres que no estaban a la altura de su misión. En octubre de 1934 el rey Alejandro había sido asesinado en Marsella, y desde entonces ejercía el poder su primo, el príncipe regente Pablo, porque el soberano legítimo (Pedro II) era menor de edad y no cumpliría los 18 años hasta septiembre de 1941. Todas las simpatías del príncipe Pablo eran para Occidente: había estudiado en Oxford, conocía también a fondo la vida cultural francesa y estaba vinculado por su matrimonio –su mujer era hermana de la princesa Marina de Kent– con la familia real inglesa. Desgraciadamente, sus inclinaciones artísticas hacían de él un personaje solitario y aislado en Belgrado, donde los intelectuales tendían al marxismo y los generales despreciaban los refinamientos estéticos. Probablemente Pablo despreciaba a los militares y a los políticos balcánicos, entre los cuales le obligaba a vivir su fidelidad dinástica; pero si era así, se correspondía a su desprecio.

El segundo en orden de importancia, después del príncipe regente, era el doctor Vladko Macek, jefe del partido croata de los campesinos y viceprimer ministro, hombre amante de la paz y católico sincero; un idealista al que habrían seguido ciegamente los croatas de la vieja generación por cualquier camino que eligiera, pero que se hallaba tan apartado de la sociedad de Belgrado como el príncipe regente. Comparado con Macek, el Presidente del Consejo, Dragisa Cvetkovic, a quien el príncipe Pablo había confiado el encargo de formar gobierno en febrero de 1939, era una nulidad. El regente le eligió sencillamente porque estaba dispuesto a colaborar con los croatas. Por último, estaba el ministro de Asuntos Exteriores, Aleksander Cincar-Markovic, un diplomático de carrera que había prestado servicios en la legación inglesa en Berlín cuando Hitler subió al poder.

Tras este cuarteto se hallaba la casta familiar, que a veces llegaba a anularlo. En vísperas de la guerra, había 165 generales yugoslavos en activo, uno por cada 9000 soldados, incluyendo a la reserva. Y todos, excepto cuatro, eran servios.

Hitler ni siquiera creía que tendría necesidad de invadirla, pues estaba convencido de que el Gobierno de Cvetkovic iba a adherirse al Pacto Tripartito, y que a su debido tiempo llamaría a los alemanes para que protegieran sus líneas ferroviarias, muy importantes desde el punto de vista estratégico.

Hitler en busca de una alianza

El ataque de Mussolini a Grecia, lanzado el 28 de octubre de 1940, planteó urgentes problemas tanto a Alemania como a Yugoslavia. Muchos servicios consideraban a Salónica como su salida natural al mar. Aun siendo un puerto griego, Yugoslavia había gozado en él, durante veinte años, de privilegios especiales reconocidos por un tratado. Y ahora Salónica parecía amenazada. Un importante sector del Estado Mayor, en el que figuraba también el ministro de la Guerra, general Nedic, quería que Yugoslavia invadiese Grecia y se apoderase del puerto; pero al Consejo de la Corona, convocado para este fin, le repugnó la idea de luchar contra el antiguo aliado, y Nedic se vio obligado a dimitir. Por otra parte, puesto que las tropas italianas se encontraban en dificultades, la suerte de Salónica no parecía un problema tan urgente. Lo esencial era salvaguardar la neutralidad yugoslava más que su capacidad política.

En noviembre de 1940 Hitler tenía absoluta necesidad de la colaboración yugoslava. Una Yugoslavia amiga podría permitir a Alemania salvar a Italia de las humillaciones que le estaban infligiendo los griegos. Además, Hitler ya había llegado a la conclusión de que la guerra contra Rusia era inevitable y no podía correr el riesgo de tener una Yugoslavia hostil en el flanco de las vías de comunicación de sus ejércitos meridionales. Por consiguiente, no le quedaba otra solución que tentarla con el cebo de Salónica para que entrase en el Pacto Tripartito. El 27 de noviembre se invitó al ministro de Asuntos Exteriores, Cincar-Markovic, a que fuera a Berchtesgaden.

En Berchtesgaden, el ministro de Asuntos Exteriores yugoslavo oyó dulces palabras mezcladas con veladas amenazas. «Entren ahora en el Eje –dijo Hitler–. Dentro de tres meses las condiciones serán menos favorables». Cincar-Markovic evitó comprometerse; pero, ya fuera para renovar formalmente una garantía de seguridad o para

1941

14 de febrero: Hitler apremia a Yugoslavia a firmar el Pacto Tripartito.
2 de marzo: El Ejército 12 alemán entra en Bulgaria.
19 de marzo: Ultimátum de Alemania a Yugoslavia: adherirse al Pacto antes de cinco días o prepararse para la invasión.
25 de marzo: Yugoslavia se adhiere al Pacto Tripartito.
27 de marzo: en Belgrado un «putsch» militar derriba al Gobierno. En Berlín, la «Directiva n.º 25» del *Führer* dispone la destrucción militar de Yugoslavia.
3 de abril: suicidio del conde Teleki en señal de protesta por la colaboración húngara con Alemania.
6 de abril: firma del pacto de no agresión soviético-yugoslavo. Comienza la invasión de Yugoslavia con un ataque relámpago de los *Stuka* sobre Belgrado.
7 de abril: las tropas alemanas se apoderan de Skoplje.
8 de abril: los alemanes ocupan Nis.
9 de abril: los alemanes toman Maribor.
10 de abril: los alemanes en Zagreb.
11 de abril: tropas italianas y húngaras invaden Yugoslavia.
12 de abril: se rinde Belgrado.
14 de abril: los húngaros completan la ocupación de la Voivodina.
17 de abril: los italianos toman Ragusa. Capitulación del Ejército yugoslavo.

Berliner Ausgabe

Berliner Ausgabe

VÖLKISCHER BEOBACHTER

Kampfblatt der nationalsozialistischen Bewegung Großdeutschlands

Der deutsche Soldat antwortet den Verrätern

Unsere Wehrmacht ist zur Abrechnung mit den Kriegsverbrechern im Südosten angetreten
Führeraufrufe und Erklärungen der Reichsregierung über Griechenland und Jugoslawien

Die Ereignisse vom Sonntag

Festung Belgrad dreimal bombardiert

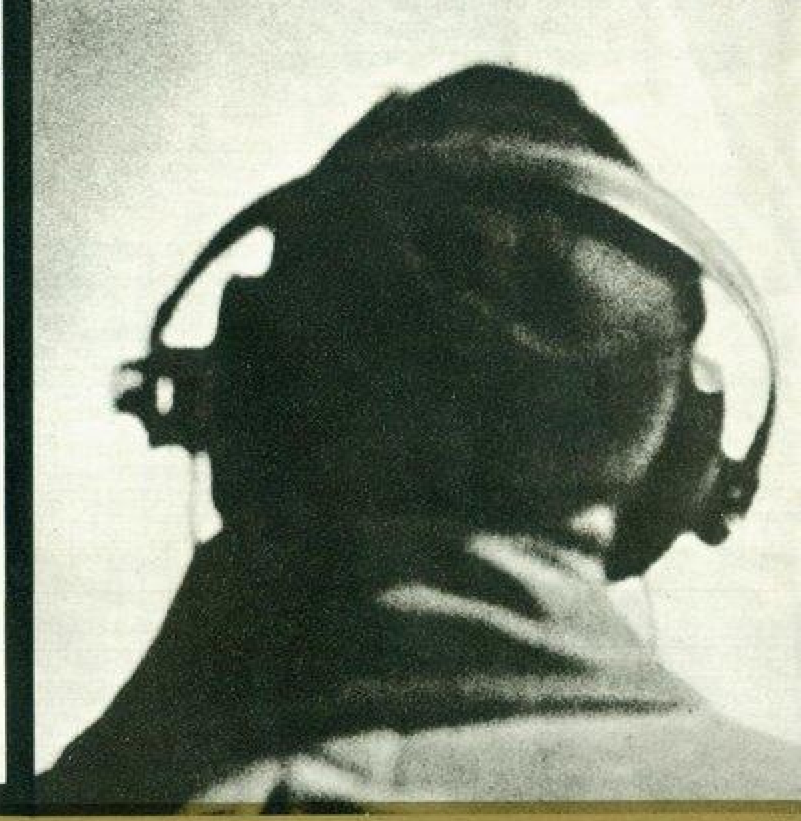
68 feindliche Flugzeuge vernichtet – Flugplätze mit Sprengbomben belegt
Planmäßiger Vormarsch trotz Geländeschwierigkeiten und Gegenwehr

Die Antwort der Waffen

EL SOLDADO ALEMÁN RESPONDE A LOS TRAIDORES

Nuestra «Wehrmacht» ha iniciado sus operaciones contra los belicistas de los países sudorientales. El «Führer» explica los objetivos de nuestras operaciones en Grecia y Yugoslavia.

(De la primera página del diario nazi «Völkischer Beobachter» de 7 de abril de 1941)



Hitler reaccionó furioso contra el golpe de Estado yugoslavo del 27 de marzo de 1941. Sus órdenes fueron: «Proceded a todos los preparativos para la destrucción de Yugoslavia, militarmente y como unidad nacional... Desde el punto de vista político es de primordial importancia que el golpe contra Yugoslavia se desencadene con despiadada dureza y que sobrevenga con rapidez fulminante el aniquilamiento militar...»

LA INVASION DE LOS BALCANES

1 El comandante de una unidad acorazada recibe un comunicado del avión de enlace.

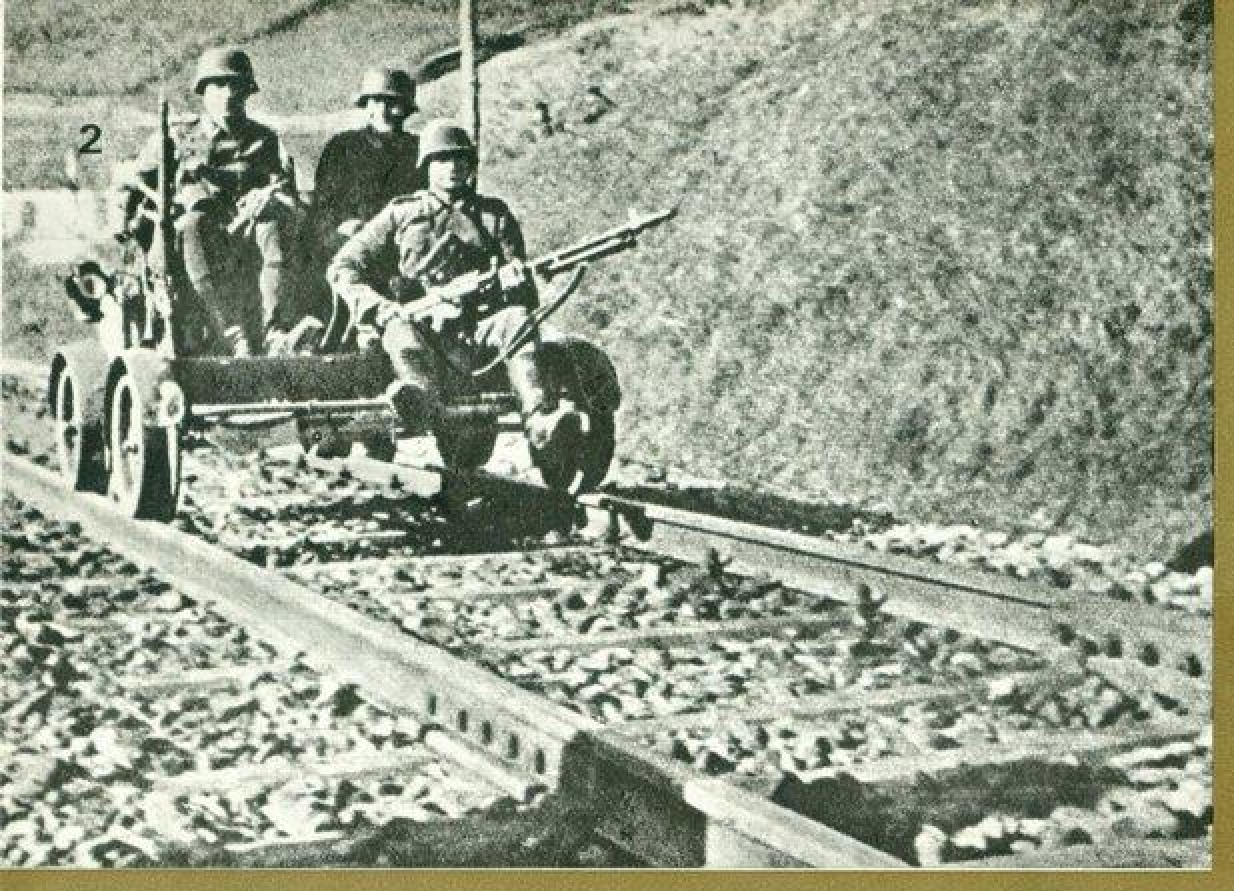
2 Soldados de infanteria alemana se sirven de una carretilla ferroviaria para vigilar un tramo del tendido de la via.

3 Autoametralladoras alemanas recorren un tramo de línea férrea para soslayar una obstrucción.

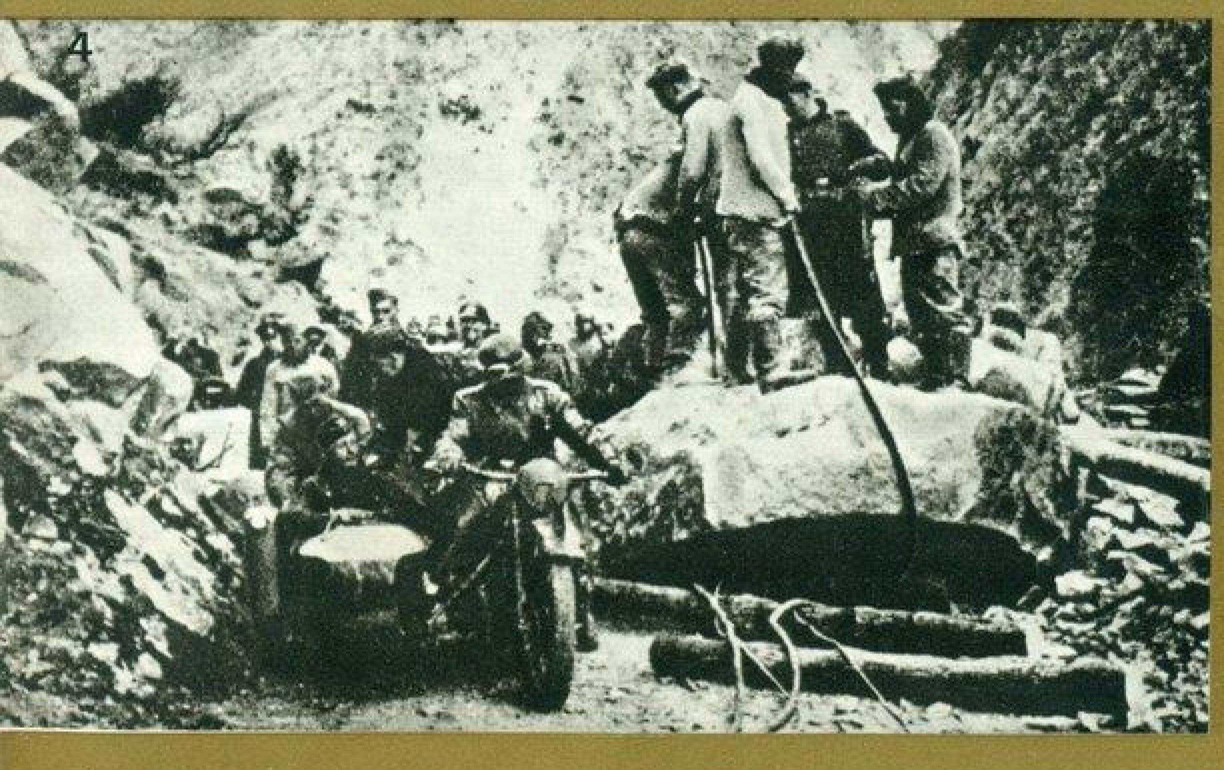
4 Unidades motorizadas cruzan un estrecho paso, abierto por los ingenieros, en una zona obstruida por el enemigo en las abruptas cumbres montañosas de los Balcanes.

5 Tropas alemanas atraviesan el Drava: balsas neumáticas sustituyen las partes sumergidas del puente destruido.

(History of the Second World War)



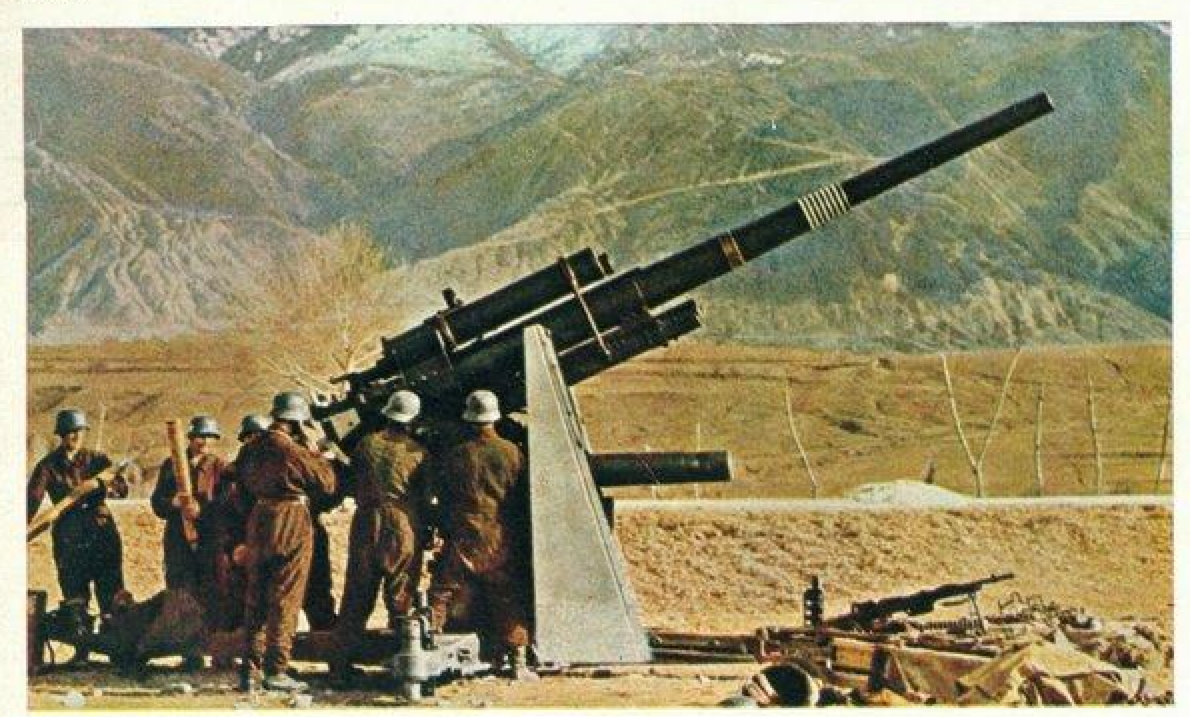




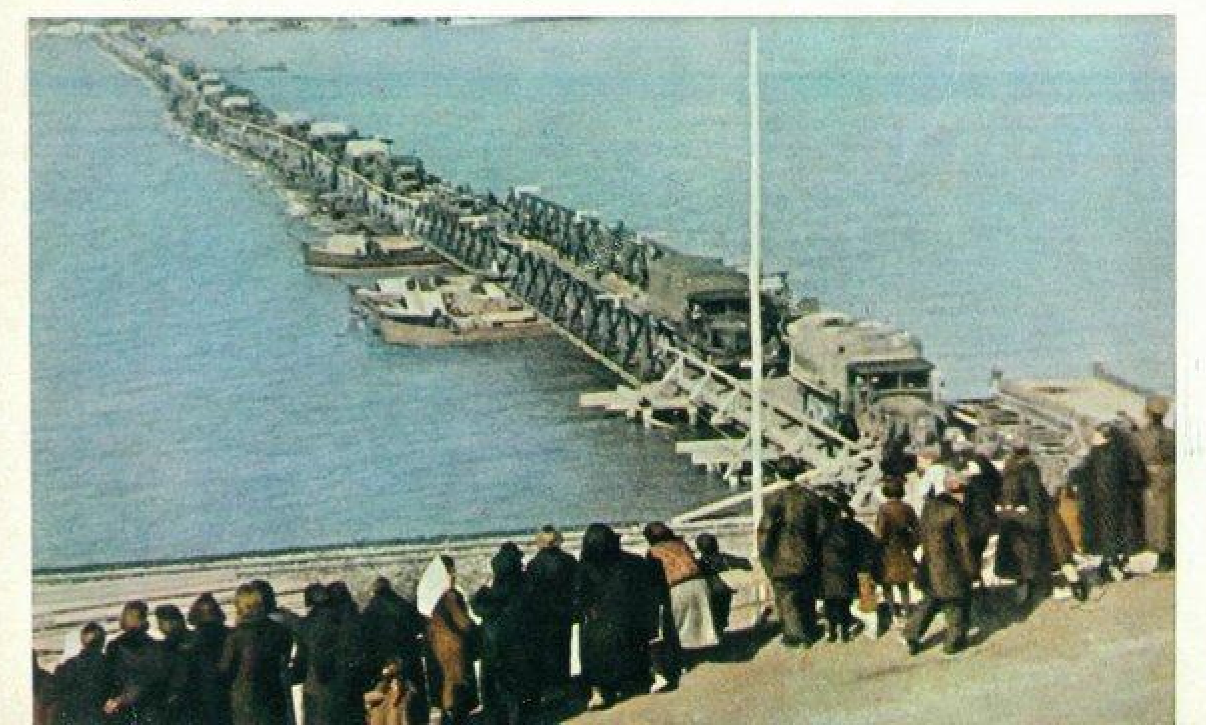




Algunos aviones «Stuka», estacionados en una base de la «Luftwaffe» en territorio búlgaro, en espera de que llegue la orden de atacar. *(History of the Second World War)*



Un cañón antiaéreo pesado alemán en posición cerca de la frontera búlgara. Para invadir Yugoslavia los alemanes tuvieron que retirar un fuerte contingente de tropas destinadas a la invasión de Rusia. Abajo: un convoy alemán, procedente de Rumania, cruza el Danubio en dirección a Bulgaria. *(History of the Second World War)*



realizar un amistoso gesto diplomático hacia un vasallo de Alemania, lo cierto es que los yugoslavos celebraron con los húngaros una serie de cordiales coloquios que cristalizaron, el 12 de diciembre, en un «pacto de paz permanente y de amistad perpetua» entre Yugoslavia y Hungría. La curiosa frase fue una inspiración de Cincar-Markovic. Sin embargo, los hechos demostraron que había sido una inspiración desafortunada.

El Gobierno de Cvetkovic se mostraba reacio, y con razón, a comprometerse más a fondo con Alemania. En Belgrado, las simpatías de la masa estaban con los Aliados, y especialmente con los griegos, que en aquel momento, no sólo habían detenido a los italianos, sino que estaban avanzando en Albania meridional. Los comunistas yugoslavos –el partido estaba fuera de la ley, pero era fuerte y bien organizado por Josip Broz-Tito– se habían mantenido hostiles a Alemania a pesar del tratado germano-ruso y sus manifestaciones antialemanas llegaron a merecer la consideración del ministro americano en Belgrado. Pero los sentimientos antinazis no eran una prerrogativa de la extrema izquierda, pues gran número de altos eclesiásticos, como el mismo patriarca ortodoxo, hombres de negocios y bastantes oficiales del Ejército consideraba que, con el tiempo y la ayuda de Norteamérica, los Aliados acabarían por conseguir la victoria. Aceptar la protección de los alemanes no sólo habría sido irreconciliable con el pasado de Servia, sino que a la larga sería desfavorable. Comenzaron a circular rumores acerca de un posible golpe de Estado; rumores que llegaron a Londres y Washington e, incluso, a la capital alemana.

Aunque pusilánime, el Gobierno de Cvetkovic condujo hábilmente las negociaciones con Berlín, haciendo esfuerzos desesperados para ganar tiempo. Tenía tres excelentes razones para ello: si Yugoslavia pudiera actuar como mediadora entre Italia y Grecia, saldría del paso con una responsabilidad menos comprometedora que su adhesión al Pacto Tripartito; si Hitler declaraba la guerra a la Unión Soviética, como los agentes yugoslavos aseguraban que tenía intención de hacer, este conflicto apartaría su atención de los Balcanes, y, por último –y sobre todo–, por cada semana ganada aumentaban las esperanzas de obtener ayuda de Inglaterra y quizá también de la hasta entonces neutral Norteamérica.

Sin embargo, pronto se vio claramente que ni Atenas ni Roma tenían intención de aceptar la mediación yugoslava, y que las relaciones entre Alemania y la URSS permanecían, aparentemente, inmutables. En cambio, los yugoslavos tenían todos los motivos para confiar en la ayuda de Gran Bretaña y de Estados Unidos. El príncipe Pablo había recibido mensajes personales de Jorge VI y del presidente Roosevelt, que le pedían que adoptase una actitud inflexible ante Hitler.

No obstante, cuando los yugoslavos pidieron garantías concretas sobre la ayuda a recibir, no escucharon más que evasivas: los ingleses estaban ocupados en Grecia y Norte de África, y los Estados Unidos sólo podían prometer el envío de armas en un futuro lejano.

Sin salida

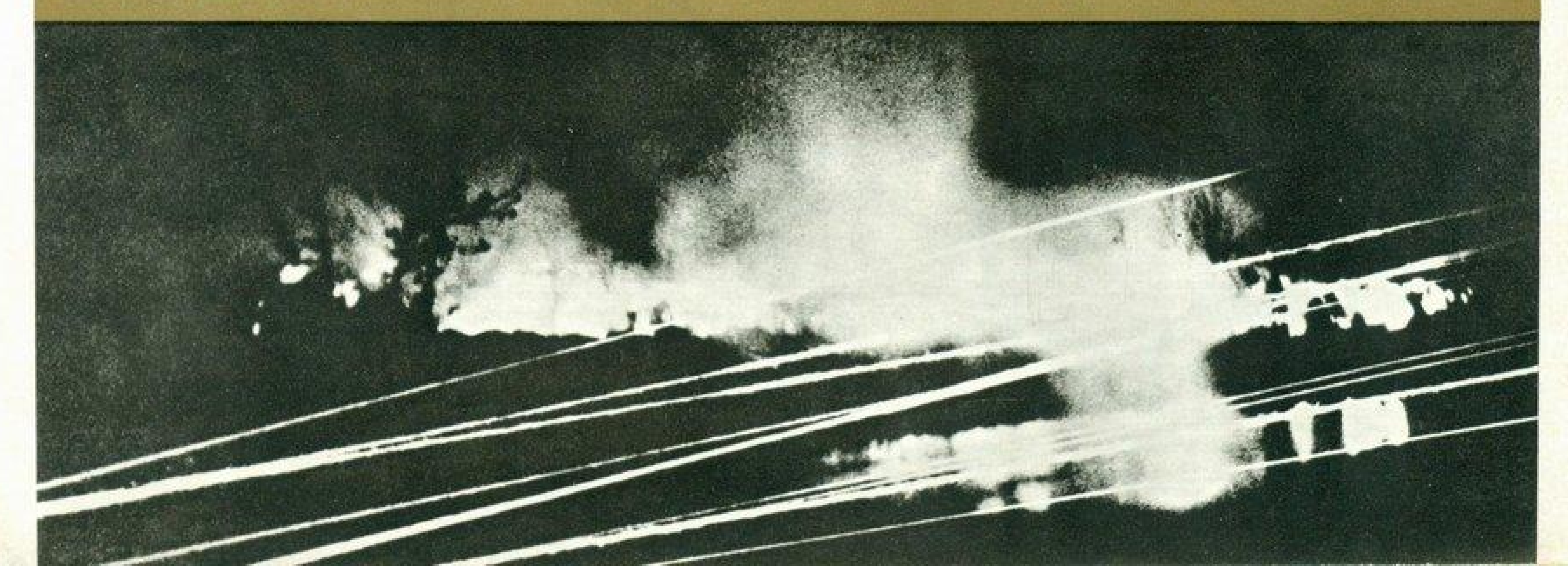
Después de tres meses de dilaciones por parte de Yugoslavia, la paciencia de Hitler comenzó a agotarse. Consideraba que había ofrecido condiciones generosas: la promesa de Salónica y una garantía de fronteras a cambio de la adhesión al Pacto Tripartito y de la desmilitarización de la costa adriática. El 14 de febrero recibió a Cincar-Markovic y a Cvetkovic en Salzburgo, y después de una conversación de cuatro horas les instó a firmar; pero ambos rehusaron de nuevo comprometerse. A primeros de marzo, cuando hubo movimientos de tropas alemanas a lo largo de la frontera búlgaro-yugoslava, el príncipe regente fue a Berchtesgaden. Allí, después de cinco horas de discusiones, se convenció de que no existía



Patriotas yugoslavos, que actuaban como guerrilleros, son capturados por los soldados alemanes. Las tropas yugoslavas, constituidas por 28 divisiones de infantería y 3 de caballería, en general mal instruidas, no estuvieron en condiciones de enfrentarse con las fuerzas alemanas. *(History of the Second World War)*



Arriba: una columna acorazada alemana descansando durante la fase decisiva de la campaña yugoslava. Aquella misma noche, 10 de abril, se rindió Belgrado tras una débil resistencia. Debajo: combate nocturno cerca de Aleksianec. Proyectiles trazadores surcan la noche mientras las tropas yugoslavas intentan un contraataque. *(History of the Second World War)*





Arriba: en la invasión de Yugoslavia, Belgrado constituía el principal objetivo. El ataque más importante se lanzó desde Bulgaria. *(Archivo Rizzoli)*

Abajo: las tropas alemanas avanzan a lo largo del Danubio. El gran río representaba una importantísima línea de abastecimiento. *(Archivo Rizzoli)*



otra alternativa: o Yugoslavia firmaba el Pacto o tendría que hacer frente a la invasión y a una rápida derrota. El 5 de marzo el príncipe Pablo volvió a Belgrado apesadumbrado, pues sabía que, si su país resistía, sería derrotado en dos semanas.

No obstante, durante algunos días pensó seriamente en desafiar a Hitler. Un oficial del Estado Mayor yugoslavo fue enviado a Atenas para celebrar consultas sobre problemas militares con ingleses y griegos. Los ingleses fueron brutalmente realistas; ahora que Bulgaria estaba en manos de los alemanes, tenían pocas esperanzas de poder mandar a Servia un Cuerpo Expedicionario a lo largo del Vardar. Los yugoslavos propusieron tomar la iniciativa e invadir Albania, donde podrían apoderarse de depósitos enteros de armas italianas. Era una proposición atractiva. Por ello, el Ejército 3 yugoslavo empezó a avanzar entre montes para envolver Albania.

Y, mientras tanto, el tiempo pasaba velozmente, y los alemanes ya no admitían más dilaciones. El 19 de marzo concedieron a Yugoslavia cinco días para que se adhiriese al Pacto.

El Consejo de la Corona discutió el dilema paz-guerra durante todo el miércoles y buena parte del jueves. Todos estaban de acuerdo en que Yugoslavia sería derrotada rápidamente, pero algunos miembros del Gobierno propugnaron una «resistencia simbólica» en los montes. No obstante, prevaleció el parecer de la mayoría, según el cual la adhesión al Pacto aseguraría, por lo menos, la supervivencia. El domingo por la tarde se tomó definitivamente la decisión, y al día siguiente Cvetkovic y Cincar-Markovic salieron para Viena en un tren especial, al que subieron a escondidas, en una estación suburbana. Yugoslavia firmó el Pacto Tripartito en la capital austríaca el 25 de marzo. Fue una ceremonia triste y deprimente; el mismo Hitler la comparó a un funeral, y quizá tuviera razón.

Churchill no se extrañó demasiado por el curso de los acontecimientos. Hacía meses que incitaba a los representantes ingleses en la capital yugoslava a ponerse en contacto con los potenciales grupos disidentes servios, especialmente con el círculo de los oficiales de la reserva. Fue allí, por cierto, donde el agregado aéreo inglés se hizo amigo personal del general Bora Mirkovic, segundo comandante de las Fuerzas Aéreas. Mirkovic era un ardiente patriota servio; había sido discípulo del coronel «Apis» Dimitrievic, organizador semilegendario de la Mano Negra, la famosa sociedad secreta que, en 1914, urdió el complot de Sarajevo. Y ahora, a poco más de un cuarto de siglo de aquellos acontecimientos, el discípulo preparó una conspiración que el maestro habría aprobado sin duda. Mirkovic sondeó con mucha cautela el estado de ánimo de sus colegas aviadores y, con el tácito apoyo del comandante en jefe, general Simovic, desarrolló un plan para apoderarse de la capital.

En Londres, la tarde del 26 de marzo, L.S. Amery, miembro del Gabinete de Churchill, que en 1916 había sido oficial de enlace con las Fuerzas Armadas servias, pronunció un significativo discurso por radio, dirigiéndose a los servios «que durante siglos de opresión habían mantenido viva la llama del espíritu national», e incitándoles a «no permitir» que su pueblo se convirtiera «una vez más en una raza sometida». El mensaje, como un toque llamando a la revuelta, suscitó en Belgrado profunda impresión.

«Antes muertos que esclavos»

Pocas horas después, a las 2,20 del 27 de marzo, Mirkovic entró en acción. Los carros de combate y la artillería avanzaron para ocupar los puntos más importantes de Belgrado. Se aisló la capital del resto del país. El general Simovic ocupó el Ministerio de la Guerra, llamó a Cvetkovic y le convenció para que dimitiera. Una proclama lanzada por radio al amanecer anunció la caída del Gobierno y el final de la regencia. Al príncipe

Pablo, que se encontraba en Zagreb, le obligaron a volver a Belgrado, donde renunció oficialmente a sus poderes, saliendo después hacia el exilio.

El 27 de marzo fue un día de júbilo en Belgrado, una jornada de fervor patriótico y de actitudes de desafío. «Antes la guerra que un pacto, antes muertos que esclavos», gritaba el gentío. Una parte de los manifestantes estaba constituida por patriotas servios «chauvinistas», otra por defensores sinceros de la unidad yugoslava y otra por comunistas; pero todos estaban convencidos de que aquella noche en Belgrado se había desarrollado un hecho histórico. En Londres, Churchill declaró que «el pueblo yugoslavo había vuelto a encontrar su propia alma». En Norteamérica, el *New York Times* escribió que «un relámpago ha iluminado un panorama sombrío», y en la Francia de Vichy una mano desconocida depositó flores en la esquina de la calle de Marsella donde, años atrás, fuera asesinado el rey Alejandro.

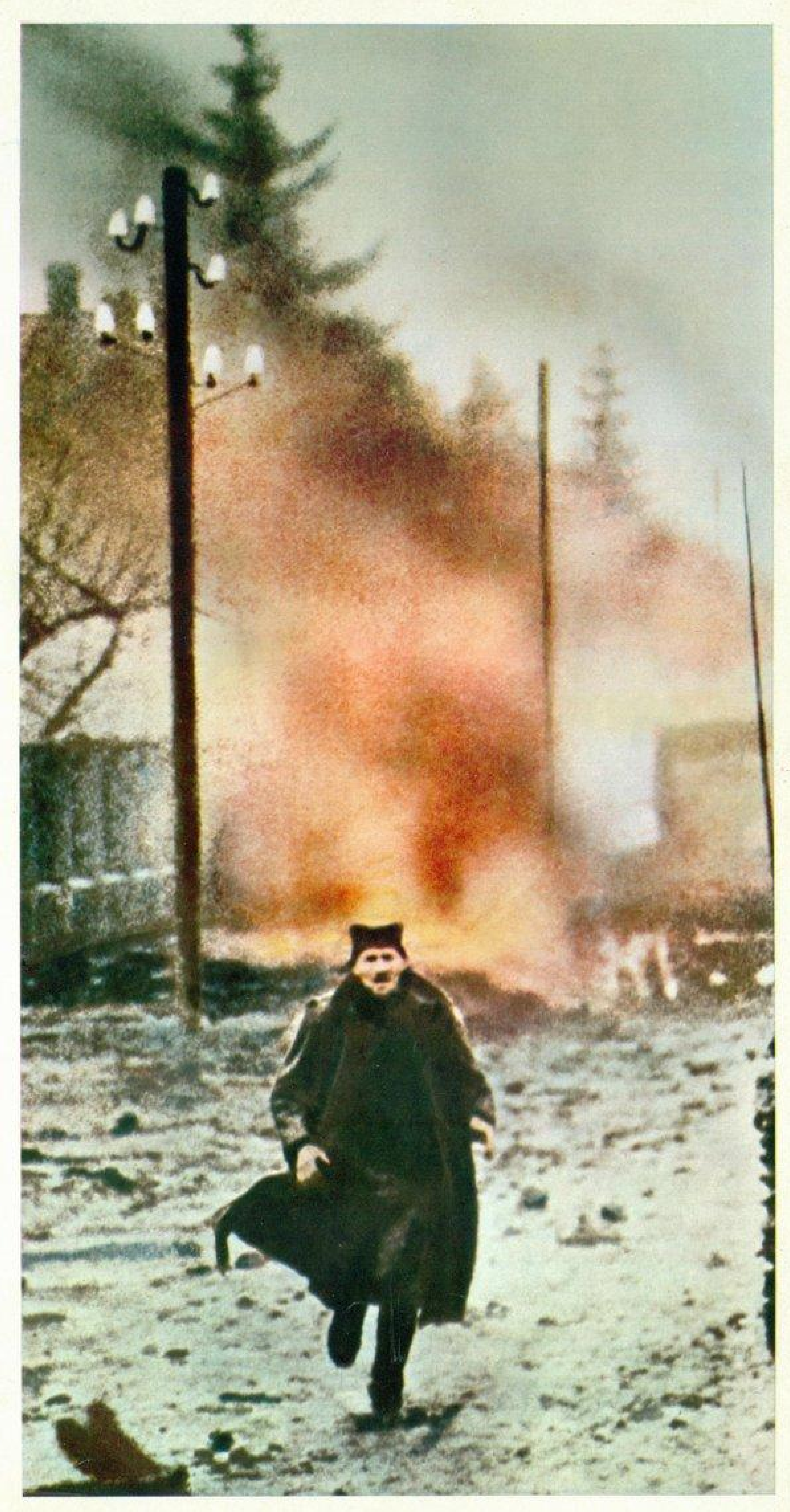
Sin embargo, lo que contaba era la reacción de Berlín. A Hitler se le informó del golpe de Estado la mañana del 27 de marzo, y al principio no quiso creerlo. Aquel día el general Halder, jefe del Estado Mayor General alemán, presidía una reunión de comandantes del Ejército para discutir los preparativos de la Operación «Barbarroja», y a mediodía una imprevista llamada de Hitler interrumpió la sesión. En la Cancillería del Reich, Goering y Ribbentrop se unieron a los generales. Hitler estaba fuera de sí, consideraba el golpe de Estado como una afrenta personal y decidió «...proceder a todos los preparativos para la destrucción de Yugoslavia, militarmente y como unidad nacional...».

La misma tarde, a las cuatro, Hitler firmó la Directiva n.º 25, en la que se trazaba el plan general de las operaciones: el ataque principal correría a cargo del Ejército 12 alemán, al mando del feldmariscal Wilhelm von List. Estaba prevista la ayuda de Italia, de Hungría y, en menor medida, también de Bulgaria. Era indispensable instigar a los croatas contra los servios. Alemania no presentaría ningún ultimátum a Belgrado: la declaración de guerra sería la primera bomba que cayera sobre la capital. La Operación «Barbarroja», según las órdenes recibidas, se retrasaba «hasta un máximo de cuatro semanas».

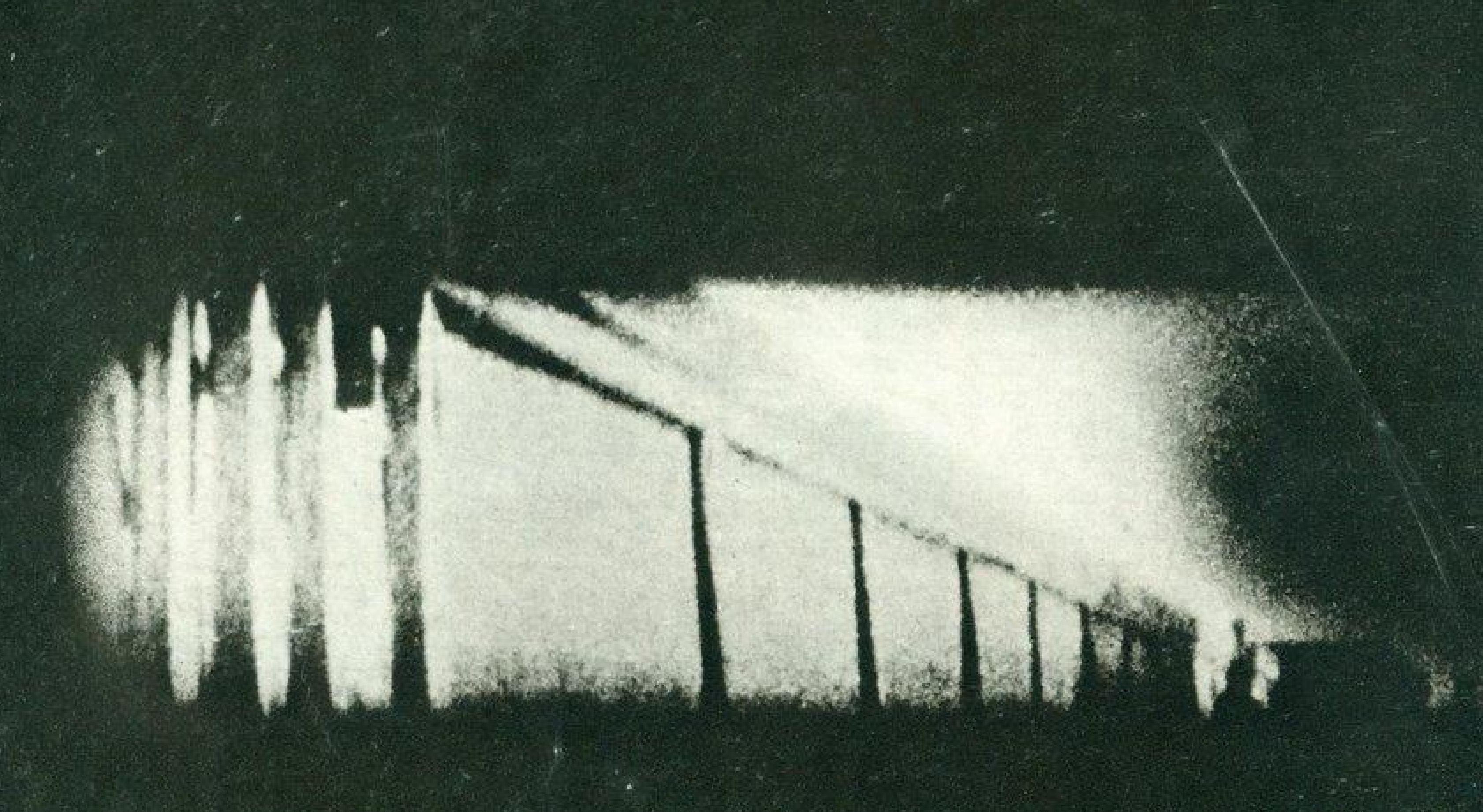
Aquella noche reinó una actividad febril en el Ministerio de la Guerra y en la Cancillería del Reich. A la mañana siguiente Halder había completado el plan en todos sus detalles, y los alemanes tantearon a Mussolini y al regente de Hungría, almirante Horthy. Mussolini se apresuró a manifestar por teléfono su adhesión incondicional al ataque contra Yugoslavia.

En Budapest, Horthy era «todo fuego y llamas». Hubiera deseado mandar cuanto antes tropas húngaras a lo largo del curso del Danubio; pero el presidente del Consejo, conde Pal Teleki, y el ministro de Asuntos Exteriores, Laszlo Bardossy, pusieron considerables reservas: «No podemos atacar por la espalda a un pueblo al que hemos jurado amistad», objetó Teleki. Horthy se dejó convencer y moderó su tono en la respuesta a Hitler. Pero los alemanes leyeron entre líneas en el mensaje de Horthy y lo interpretaron como una aceptación de su propuesta. El 28 de marzo, von Paulus se trasladó a Budapest para concertar los acuerdos con los jefes del Ejército húngaro.

Teleki continuó mostrándose contrario a participar en un ataque contra un país con el que había estipulado un pacto de «eterna amistad», y el 3 de abril, antes de aceptar la colaboración con los alemanes, se suicidó. Moralmente fue un gesto valeroso y quizá contribuyó a retrasar la entrada de los húngaros en la campaña, pero no influyó en la política alemana. Nueve horas después de la muerte de Teleki los carros de combate ger-



Un soldado yugoslavo, desorientado, corre, presa del pánico, al encuentro de los alemanes. El Ejército yugoslavo apenas tuvo ocasión de combatir. *(History of the Second World War)*



Esta original secuencia se fotografió a través de la tronera de un carro de combate alemán. Arriba, a la izquierda: el humo producido por la ametralladora del carro de combate. Arriba, a la derecha: el jefe de carro. Abajo, a la izquierda: el carro pasa cerca de un grupo de soldados yugoslavos que se rinden. Abajo, a la derecha: tropas alemanas de infantería avanzando.

(History of the Second World War)





Un soldado yugoslavo se rinde. La «Wehrmacht» acaba de obtener otra fácil victoria. Después de la caída de Zagreb, el 11 de abril, las tropas italianas y húngaras cruzaron las fronteras y ocuparon los territorios limítrofes. (Ullstein)

manos pasaban rugiendo por las calles de Budapest. La red alrededor de Yugoslavia se estrechaba rápidamente.

Simovic y su Gobierno, sin embargo, eran mucho menos optimistas que el hombre de la calle. Simovic sabía que los croatas eran reacios a dejarse arrastrar a una guerra, y a sus ojos el problema croata era tan serio que insistió en mantener a Macek en el Gobierno, como talismán que le garantizara la lealtad de aquella región, a pesar de que se sospechaba (con razón) que, después del golpe de Estado, había tenido conversaciones secretas con un representante de los alemanes.

En el fondo, Simovic deseaba que Yugoslavia se mantuviera neutral. El 30 de marzo no quiso recibir al ministro de Asuntos Exteriores británico, Anthony Eden, que se encontraba entonces en Atenas, por temor a que los alemanes considerasen la visita como un acto de hostilidad. También creía que podría impresionar a Alemania con un triunfo diplomático. El 1 de abril, el embajador yugoslavo en Moscú inició conversaciones con los soviéticos, con la esperanza de llegar a la conclusión de un acuerdo militar. El Gobierno soviético no llegó tan lejos, pero en las primeras horas del 6 de abril los representantes de los dos países firmaron un «tratado de amistad y de no agresión». Fue un acto muy significativo, como el suicidio de Teleki, pero tan inútil como éste.

A pesar de su negativa de recibir a Eden, Simovic, consintió, dos días después, en celebrar una conversación secretísima con el jefe del Estado Mayor General del Imperio británico, sir John Dill, quien se trasladó en avión de Atenas a Belgrado vestido de paisano. Dill quedó profundamente decepcionado tras sus conversaciones con Simovic y con su Ministro de la Guerra, pues ni uno ni otro intuían la inminencia de la agresión alemana. Simovic se negó a estipular un acuerdo formal con Gran Bretaña, pero estaba dispuesto a autorizar conversaciones.

El 3 de abril Jankovic, jefe del Estado Mayor yugoslavo, se reunió con el general griego Papagos y el británico Wilson; pero no se llegó a ninguna conclusión. Ambas partes se alarmaron al comprobar la debilidad del interlocutor: Jankovic fingió estar convencido de que los ingleses desembarcarían en Salónica quince divisiones cuando los alemanes atacasen Yugoslavia y parecía no comprender que Gran Bretaña estuviera comprometida en Libia. En aquel momento, las fuerzas de la Commonwealth en Grecia estaban constituidas, en total, por dos divisiones australianas, una neozelandesa y una brigada acorazada británica.

Wilson y Papagos, por su parte, se asombraron al ver que Jankovic no estaba dispuesto a considerar una acción yugoslava en Albania. Conversaciones tan inútiles, en contraste tan evidente con la minuciosidad de los planes alemanes, no presagiaban nada bueno en un futuro próximo.

El 30 de marzo por la tarde Hitler aprobó el plan detallado de la invasión de Yugoslavia. La División Acorazada 9 y el Regimiento SS «Adolf Hitler» formarían la vanguardia del ataque principal de List, que se lanzaría el 6 de abril en dirección a Skoplje y cuyo objetivo era aislar a los yugoslavos de Grecia. Simultáneamente, otra columna acorazada avanzaría, mucho más al Sur, desde Petric hacia Strumica y el bajo Vardar, mientras cinco divisiones, tres de ellas acorazadas, se dirigirían directamente hacia Salónica. Dos días después, el 8 de abril, el XIV *Panzerkorps* del general von Kleist, avanzaría hacia Nils, teniendo a Belgrado como objetivo final. El 12 de abril, el XLI *Panzerkorps* del general Reinhardt se lanzaría en dirección Sudeste, desde la ciudad rumana de Timisoara hacia Belgrado, y, simultáneamente, el Ejército 2 alemán, al mando del general Maximilian von Weichs, atravesaría Austria y Hungría meridionales para penetrar en Eslovenia y Croacia.

El VIII *Fliegerkorps* de la *Luftwaffe*, que contaba con 414 aparatos, debería apoyar las operaciones militares de List y de Kleist, y el IV *Fliegerkorps*, al mando del general Lohr, bombardearía Belgrado, apoyando así al Ejército 2.

Los yugoslavos tan sólo consiguieron movilizar 28 divisiones de infantería y tres de caballería.

El comienzo de la «operación de castigo»

El 6 de abril era Domingo de Ramos. El día se anunciaba sereno en Belgrado, con un cielo limpio de comienzos de primavera. A las cinco de la mañana, cuando el general Mirkovic fue llamado por teléfono al mando de las Fueras Aéreas, las calles estaban empezando a animarse. Un puesto de observación, situado en Srb, a 128 km más hacia el Norte, había comunicado que 50 aviones, en cerrada formación y procedentes de Hungría, se estaban dirigiendo hacia la capital. Un cuarto de hora más tarde, otros puestos de observación descubrieron la primera oleada de *Stukas*. Poco después, estos aparatos se precipitaron como buitres sobre la estación ferroviaria, el Palacio Real y el aeródromo de Zemun. «Belgrado ha de destruirse con reiterados ataques aéreos diurnos y nocturnos», había decretado Hitler. La «operación de castigo» acababa de empezar.

A los yugoslavos les cogió de sorpresa. Consideraban que, en todo caso, la guerra estallaría después de la presentación regular de un ultimátum. No estaban preparados moralmente para soportar un golpe de este tipo. El mismo Simovic asistía aquel domingo a una fiesta familiar: al matrimonio de su hija. Volvió apresuradamente al Ministerio de la Guerra, encontrando ya las calles deshechas por los cráteres de las bombas y la ciudad en la mayor confusión. Frente al espectáculo de las ruinas, Simovic decidió que el Gobierno se trasladase inmediatamente a Uzice, entre las colinas sagradas de Servia. La certidumbre de que se avecinaba una derrota terrible y fulminante, se abrió paso en su mente.

Las bombas cayeron durante dos días sobre la ciudad con breves pausas. Durante la primera incursión se destruyeron en tierra, en el aeródromo de Zemun, cincuenta cazas yugoslavos. El domin-

go por la tarde el centro de Belgrado estaba reducido a un montón de ruinas, y el número de muertos era, aproximadamente, de 17.000.

Unas doce horas después de la primera incursión aérea, el Gabinete se reunió en la atmósfera tranquila del Palace Hotel de Uzice. Las noticias, aunque graves, no eran aún desesperadas. Las fuerzas enemigas sólo habían cruzado la frontera en Macedonia, donde la División Acorazada 9 alemana avanzaba hacia Skoplje, y la columna que salió de Petric había ocupado el pueblo de Novo Selo. En un acto curioso por lo superfluo los ministros proclamaron el estado de emergencia y se dirigieron al país anunciando la movilización general. La única nota discordante la dio Macek, quien presentó su dimisión declarando que se creía en el deber de volver a Zagreb para compartir los sufrimientos con su amado pueblo croata. Sus sentimientos personales de fidelidad regional predominaron, incluso, en el momento crucial para todo el país.

En la mañana del 8 de abril, cuando se celebró el segundo consejo de ministros, la situación era mucho peor. El Gobierno había perdido todo contacto con los jefes militares, excepto una línea telefónica, que funcionaba a intervalos, con el general Nedic. Las noticias que se recibieron fueron alarmantes: los alrededores de Skoplje habían sido ocupados la tarde anterior, la columna procedente de Petric ocupaba ya Stip y el Ejército 3 yugoslavo se estaba retirando hacia el Oeste. Hasta aquel momento se mantuvo la esperanza en la ayuda de los Aliados; pero tal posibilidad acababa de desvanecerse, pues las defensas griegas se derrumbaron muy pronto bajo el peso aplastante de los carros de combate alemanes. En el mismo momento en que el Gabinete yugoslavo discutía las distintas posibilidades, el fragor de los *Panzer* llenaba el puerto de Salónica.

A las 5,20 de la misma mañana (8 de abril) el Cuerpo de Ejército XIV alemán comenzó a avanzar a lo largo del curso del Nisava. Los carros de combate de Kleist cruzaron la frontera, penetraron como una cuña entre las Divisiones «Toplica» y «Drina», se apoderaron de Pirot y llegaron a los alrededores de Nis, la segunda ciudad de Servia; todo ello en un solo día. Las fuerzas yugoslavas trasladadas a esta región no disponían de cañones contracarros y los numerosos actos de heroísmo individual, como los de los soldados que intentaban lanzar granadas de mano a los vehículos acorazados, fueron inútiles. Por la tarde, la División Acorazada 9 había rebasado Nis y los yugoslavos se estaban retirando desordenadamente hacia el Oeste. Entre Nis y Belgrado sólo quedaban unidades aisladas y grupos de reservistas esperando órdenes, que la presencia del invasor hacía inútiles aun antes de que llegaran.

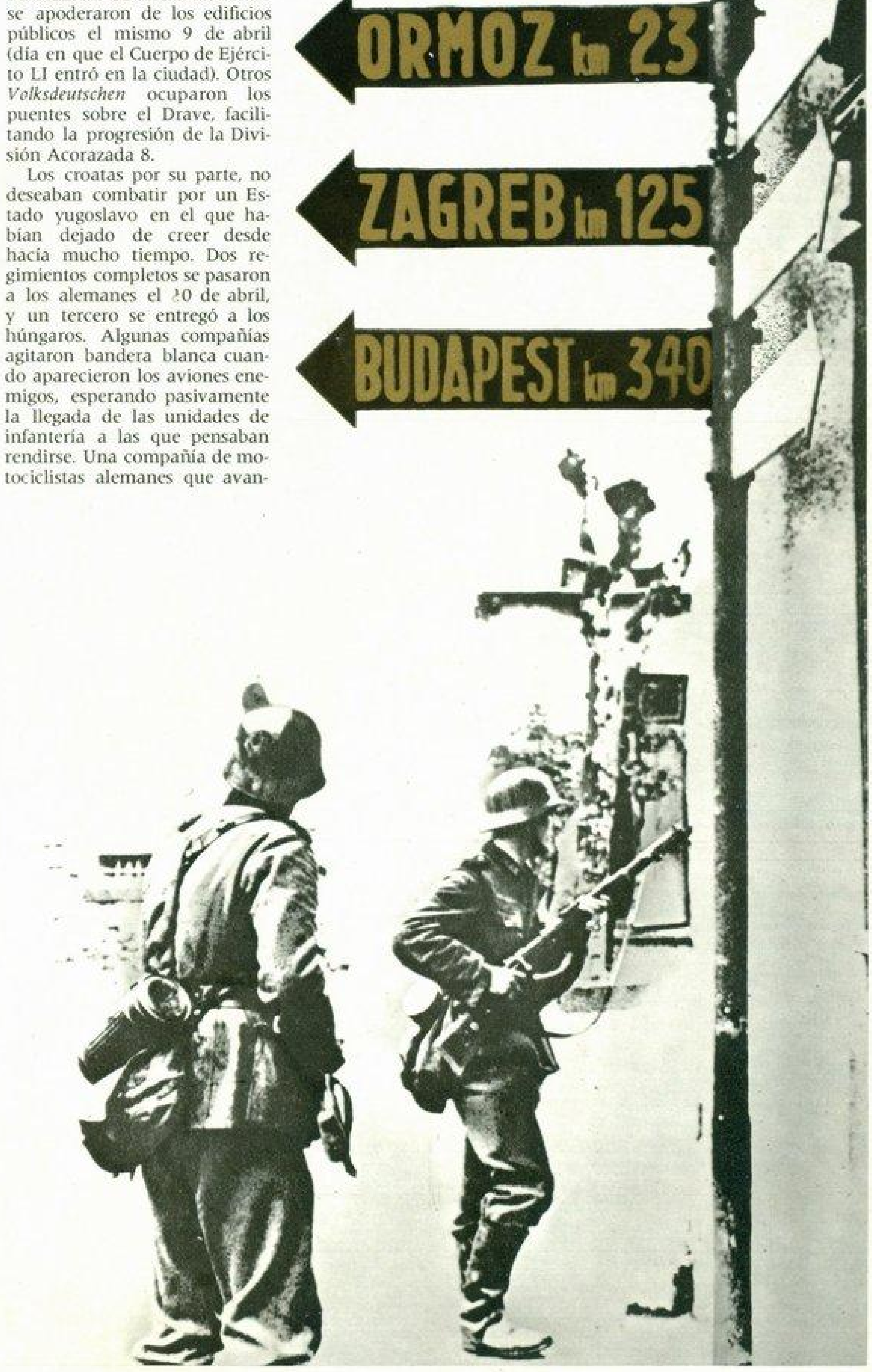
El principal adversario de Kleist fueron entonces las condiciones atmosféricas. Después de los días serenos, el 8 de abril empezó a nevar en la montaña: demasiado tarde para salvar a los yugoslavos, pero a tiempo quizá para retrasar la entrada de Kleist en Belgrado. Hitler, siempre impaciente por terminar la guerra en los Balcanes, ordenó al Ejército 2 que acelerara los preparativos, y las primeras unidades, obedeciendo la orden, cruzaron la antigua frontera austriaca y la húngara la mañana del 9 de abril, tres días antes de lo previsto. El Cuerpo de Ejército LI, avanzando desde Estiria, conquistó Maribor sin muchas dificultades, y la División Acorazada 8 salió de Barcs, en Hungría meridional, y cruzó sin contratiempos el Drave.

El avance del grueso del Ejército 2 comenzó al amanecer del 10 de abril. Mientras la División Acorazada 8 descendía a lo largo del Drave, dirigiéndose hacia Belgrado, la División Acorazada 12 cruzó la frontera de Gyékényes y siguió en dirección a Zagreb. Después de la ocupación de Maribor, el Cuerpo de Ejército LI se fraccionó, tomando dos direcciones diferentes: una columna avanzó hacia Zagreb y otra hacia Liubliana, capital de Eslovenia.

Casi todas las maniobras efectuadas en tiempos de paz por el Ejército yugoslavo consistieron precisamente en la defensa de Belgrado, Zagreb y Liubliana, las tres ciudades que ahora estaban amenazadas; pero las tropas estaban ya tan desmoralizadas que opusieron muy poca resistencia. Por otra parte, las divergencias raciales latentes en el país estallaron en forma de numerosos actos de traición. Los *Volksdeutschen* de Maribor –es decir, la pequeña minoría de habla alemana– se apoderaron de los edificios públicos el mismo 9 de abril (día en que el Cuerpo de Ejército LI entró en la ciudad). Otros *Volksdeutschen* ocuparon los puentes sobre el Drave, facilitando la progresión de la División Acorazada 8.

Los croatas por su parte, no deseaban combatir por un Estado yugoslavo en el que habían dejado de creer desde hacía mucho tiempo. Dos regimientos completos se pasaron a los alemanes el 10 de abril, y un tercero se entregó a los húngaros. Algunas compañías agitaron bandera blanca cuando aparecieron los aviones enemigos, esperando pasivamente la llegada de las unidades de infantería a las que pensaban rendirse. Una compañía de motociclistas alemanes que avanzaba con cierto recelo por la llanura de Eslavonia se encontró, con gran asombro por su parte, ante toda una brigada enemiga dispuesta a entregarse. La División Acorazada procedente de Gyékényes cubrió los 112 km hasta Zagreb en menos de doce horas, y la misma tarde se reunió con ella una división alpina procedente de Estiria. El 10 de abril, al atardecer, Zagreb estaba en manos de los alemanes.

Hasta aquel momento los aliados de Alemania habían permanecido inactivos, a excepción de la división búlgara agregada al XIV *Panzerkorps* de Kleist; pero al conocerse la noticia de la caída de



Tropas alemanas llevan a cabo operaciones de limpieza cerca de la frontera húngara. La campaña de Yugoslavia duró pocos días: del 6 al 17 de abril. El 18 se firmó el armisticio. *(Keystone)*

Tras la rendición de Yugoslavia, el 18 de abril, 254.000 soldados del Ejército servio cayeron en manos de los alemanes. La vieja Yugoslavia había muerto y su pueblo salió de esta experiencia aturdido, pero no aniquilado. Su porvenir estaba en las manos de un comunista muy buscado, el ingeniero Josip Broz–Tito. *(History of the Second World War)*

Zagreb los italianos decidieron actuar. El día 11 de abril el Ejército 2 italiano, al mando del general Ambrosio, avanzó prudentemente hacia Liubliana; pero cuando llegó la encontró ya ocupada por los alemanes. Otras unidades italianas empezaron a avanzar lentamente a lo largo de la costa dálmata, desplazándose desde Zara hacia el Sur, y el 17 de abril entraron en Ragusa (Dubrovnik) con las bandas de música al frente de los regimientos.

También los húngaros llegaron a la conclusión de que ya no existía razón alguna para no proteger a la minoría magiar de Voivodina. El 11 de abril, cinco brigadas húngaras penetraron en el triángulo comprendido entre el Drave, el Danubio y el Tisza, empleando tropas paracaidistas para apoderarse de los puentes. El Ejército yugoslavo apenas reaccionó, pero grupos de paisanos tomaron apresuradamente viejos fusiles y opusieron resistencia, por lo que las calles de Novi Sad fueron escenario de sangrientos combates.

Sin embargo, a la preparación militar húngara le faltaba la impecable organización alemana. Al tercer día del avance, una unidad magiar que había entrado en el pueblo de Senta agotó el carburante y, como en aquella parte de Europa no existían estaciones de servicio, los húngaros tuvieron que procurarse gasolina en las droguerías del lugar. No obstante, a pesar de todo, consiguieron concluir su operación el 14 de abril: habían conquistado Voivodina perdiendo tan sólo sesenta y cinco hombres.

Los alemanes asumen plenos poderes

Después de una campaña que no duró ni ocho días, los invasores confluyeron sobre Belgrado. La tarde del sábado 12 de abril, a las siete en punto, el alcalde entregó oficialmente la ciudad a un capitán de las SS, quien, con su compañía, había precedido a la columna principal del XIV *Panzerkorps* de Kleist. La División Acorazada 8, procedente de Barcs, se hallaba a pocas horas de la capital; los húngaros se habían concentrado en la llanura, en la otra orilla del Danubio, y las vanguardias del XLI *Panzerkorps*, que penetraron por Timisoara el viernes por la mañana, se estaban acercando también a Belgrado. A la mañana siguiente –domingo de Pascua–, las autoridades alemanas asumieron los poderes en la capital. La población de Belgrado, que el 27 de marzo había desafiado a los alemanes, tendría que soportar el peso de la ocupación durante cuarenta y dos meses.

La guerra de los Balcanes estaba prácticamente terminada. El Gobierno y el rey Pedro II, que se habían refugiado en Pale, pequeña ciudad de Bosnia, decidieron trasladarse a Niksic, en Montenegro, donde el general Mirkovic disponía de un grupo de *Dornier* y de *Savoia-Marchetti* que los podrían llevar a Atenas. El rey partió de Niksic el 14 de abril por la mañana; Simovic y el Gobierno le siguieron un día después. Antes de abandonar Yugoslavia, Simovic había autorizado al nuevo jefe de Estado Mayor, general Kalafatovic, para que estipulara la rendición con los alemanes. Y el mismo 14 de abril, dos oficiales del Estado Mayor yugoslavo, protegidos por la bandera blanca, se presentaron a Kleist para pedirle el armisticio. Pero los alemanes insistieron en que una autoridad civil sancionase con su firma los términos, cualesquiera que estos fueran. Kalafatovic se dedicó a buscar a un miembro del Gobierno, pero todos habían huido a Atenas en avión. Finalmente, en la vieja escuela de Pale consiguió encontrar a un fugitivo de Belgrado que tanto él como los alemanes conocían muy bien: Aleksander Cincar-Markovic, el ex ministro de Asuntos Exteriores caído en desgracia desde el 27 de marzo. Como había sido miembro del último Gobierno reconocido por los alemanes, se le llevó a Belgrado a bordo de un aparato de la *Luftwaffe* y allí, el 17 de abril, firmó el documento oficial de la capitulación yugoslava.

Yugoslavia había dejado de existir como unidad política. El 10 de abril, por la tarde, radio Zagreb proclamó la institución de una «Croacia libre e independiente», bajo la dirección de Ante Pavelic, jefe de los *ustachi*, que aún se encontraba en Roma. Se adjudicó a Hungría, como era de prever, el triángulo comprendido entre el Danubio y el Tisza; Bulgaria ocupó la mayor parte de Macedonia, pero sin proclamar nunca la anexión formal; Italia obtuvo la Eslovenia meridional, la costa dálmata al sur de Split, Montenegro y la región macedónica de Kossovo. Alemania se reservó la Eslovenia septentrional y ocupó el resto del reino yugoslavo, montando en Belgrado, *pro forma*, un gobierno fantoche presidido por el general Nedic.

El Gobierno yugoslavo en el exilio se estableció en El Cairo, desde donde se trasladó a Londres antes de acabar el año. Unos 15.000 soldados yugoslavos, algunos buques de guerra de pequeño desplazamiento y un grupo de bombarderos que consiguieron ponerse a salvo continuaron combatiendo por la causa aliada, pero el grueso de las Fuerzas Armadas –unos 254.000 hombres– acabó en manos de los alemanes.

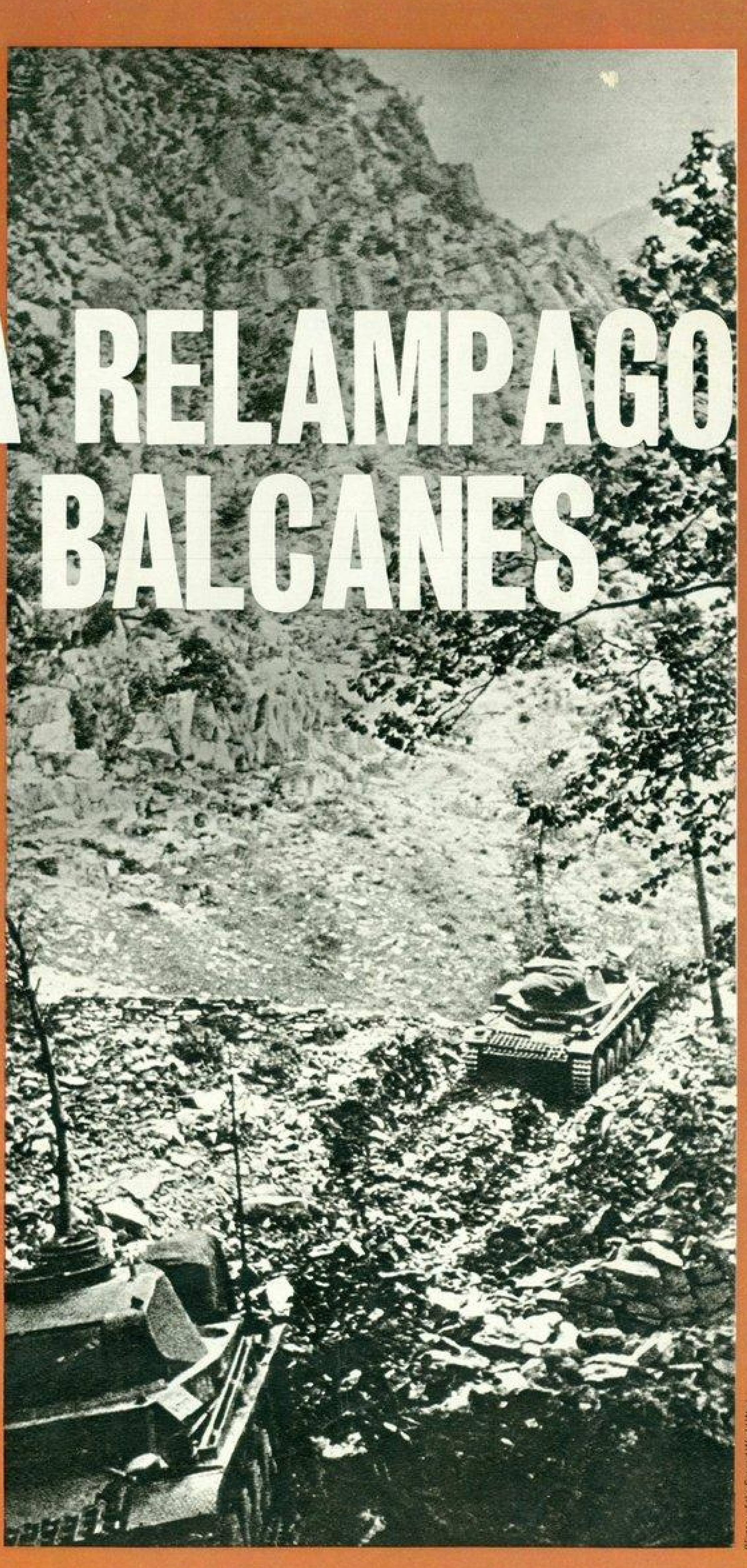
A juzgar por la evidencia de los hechos, el golpe de Estado del 27 de marzo, aunque había retrasado en cinco semanas la agresión a la Unión Soviética, resultó totalmente inútil. A la retórica jactanciosa había sucedido, con humillante rapidez, la amarga derrota. El 24 de abril, con la rendición del Ejército griego, toda la región balcánica estaba bajo el dominio alemán.

ALAN PALMER



Nacido en Essex en 1926, cursó sus estudios en la Bancroft's School, el Woodford Green y el Oriel College de Oxford, donde estudió Historia Moderna, doctorándose más tarde con una tesis sobre las relaciones internacionales. Desde 1953 ocupa la cátedra de Historia en la Highgate School de Londres. Es un profundo conocedor de la región balcánica y ha viajado mucho por Yugoslavia y Grecia. En estos últimos años se ha especializado en la historia militar moderna de los países balcánicos y ha escrito *The Gardeners of Salonika*, un estudio sobre la campaña macedónica de 1915-18. También son obras suyas: *A Dictionary of Modern History, 1789-1945*; *Independent Eastern Europe, a History* (en colaboración con C.A. Macartney) y *Yugoslavia*. Su último trabajo es un estudio sobre la campaña de Napoleón I en Rusia en 1812.

GUERRA RELAMPAGO EN LOS BALCANES



(History of the Second World War)

INVASION ALEMANA DE GRECIA

Edwin Packer

Desde diciembre de 1940 Hitler sabía que, si quería remediar el error de Mussolini y conseguir que los países balcánicos se convirtieran en satélites del Eje, tenía que hacer intervenir a la *Wehrmacht* en Grecia; y así, en abril de 1941, cuando los alemanes iniciaron la guerra-relámpago en los Balcanes, Grecia constituyó el objetivo principal. Y a pesar de la solícita intervención de Inglaterra, tanto los medios de que disponían las Fuerzas Armadas griegas como su táctica eran considerablemente inferiores a los de los alemanes. Edwin Packer, notable periodista, describe en este capítulo la fase inicial de la agresión alemana.



El *Feldmariscal* von List (en el centro), con algunos oficiales de su Estado Mayor, estudia el nuevo avance alemán en los países balcánicos. (Associated Press)

El 28 de octubre de 1940, al dar la orden de atacar a Grecia, Mussolini estaba seguro de alcanzar la victoria en unas semanas, mucho antes de que sobre los Balcanes cayera el invierno. Pero, la inesperada resistencia griega trastornó el calendario de las ambiciones fascistas. Lo que tenía que ser una breve campaña de otoño en territorio helénico se convirtió en una guerra en Albania, librada en los meses más duros del invierno, y en condiciones extremadamente difíciles. A comienzos de 1941, 14 divisiones griegas «ternarias» (con tres regimientos de infantería) estaban desplegadas en un amplio frente de 32 a 48 km de longitud, que atravesaba la frontera de Albania, y presionaba sobre las 19 divisiones italianas («binarias») con el fin de obligarlas a retroceder hacia el puerto de Valona.

Hitler, que había esperado conquistar la península balcánica valiéndose de maniobras políticas y no por la fuerza de las armas, se enfureció al enterarse de la declaración de guerra de Mussolini; pues la acción militar italiana daba ocasión a los ingleses a intervenir en los Balcanes y amenazar los yacimientos petrolíferos rumanos, la más importante fuente de abastecimientos para Alemania.

El general Wavell, comandante en jefe británico en Oriente Medio, predijo exactamente lo que iba a ocurrir cuando, en noviembre de 1940, pronunció estas palabras: «Estoy absolutamente seguro de que Alemania no permitirá que Italia sea derrotada o mantenida en jaque por Grecia. Por esto, tendrá que intervenir». Aquel mismo mes Hitler aludió por vez primera a la ocupación del norte de Grecia en su directiva militar secreta número 18. En otra directiva, la número 20, de 13 de diciembre, fue aún más explícito al especificar sus intenciones: «*a)* situar en los meses sucesivos un contingente de tropas, cada vez mayor, en Rumania meridional; *b)* con la llegada de la estación propicia –probablemente en marzo– transferir estas tropas a Bulgaria con el fin de ocupar la costa nordeste del Egeo y, de ser necesario, todo el territorio griego, con exclusión de las islas (Operación "Marita"). Podemos contar con el apoyo de Bulgaria.»

Cinco días después, en la directiva número 21 («Barbarroja»), Hitler expuso su plan para aplastar a la Unión Soviética en una rápida campaña, coordinada luego con la Operación «Marita». Las divisiones designadas para realizar las operaciones en los Balcanes tenían que ser empleadas más tarde en Rusia, por lo cual, la fecha definitiva para el comienzo de la Operación «Barbarroja» (prevista para la segunda mitad de mayo) se subordinó a la marcha de las operaciones en Grecia.

Además, Alemania tenía que acudir en ayuda de su aliado en África septentrional, donde, a fines de 1940, las tropas de Graziani se encontraban en situación apurada. El 14 de febrero de 1941 Hitler envió a Libia una «unidad de bloqueo», que después se convirtió en el núcleo del «Afrikakorps».

Entre tanto, el jefe del Gobierno griego, general Metaxas, había estado tratando, por todos los medios, de llevar a cabo una difícil empresa. Tenía el firme propósito de derrotar a Italia, pero al mismo tiempo quería evitar que Hitler interviniera para ayudarla. Y el hecho de que hasta entonces las relaciones entre Grecia y Alemania hubieran sido cordiales inducía al político griego a confiar en el éxito de su intento.

No obstante, Metaxas no podía pasar por alto la posibilidad de un ataque alemán, lo que le obligaba a adoptar una conducta política que le ofreciera tres posibilidades: como sabía que Hitler reaccionaría ante la presencia de un considerable contingente de tropas inglesas en Grecia, aceptaría tan sólo una representación simbólica de ellas, a título de ayuda contra los italianos; o bien, las aceptaría como ayuda efectiva si éstas acudían en número suficiente como para disuadir a Alemania de intervenir o, en el peor de los casos, para rechazar con posibilidades de éxito un ataque alemán; y, por último, (y ésta sería quizá la mejor de las soluciones), que los ingleses concentraran sus fuerzas fuera del territorio griego, en número considerable y dispuestas a intervenir si era necesario. De todas estas soluciones, Metaxas prefería la primera y la última.

La ayuda que Inglaterra pudo ofrecer a Grecia en el momento en que Italia desencadenó su ofensiva fue tan modesta, que Metaxas se vio obligado a adoptar la primera solución: declinó el ofrecimiento de fuerzas terrestres y aceptó, en cambio, cuatro escuadrones de aviones para operar en el frente albanés. Sin embargo, en enero de 1941, cuando Wavell y sir Arthur Longmore, comandante en jefe de la Aviación británica en Oriente Medio, fueron a Atenas, Metaxas siguió los puntos segundo y tercero de su política. Pidió el envío a Grecia de nueve divisiones británicas, o bien, la concentración en el Mediterráneo de un fuerte contingente de tropas inglesas dispuestas a desembarcar en Grecia tan pronto como Hitler atacara. Un ejército de nueve divisiones iba mucho más allá de las posibilidades inglesas; por ello, lo poco que Wavell pudo ofrecer fue rechazado, con excepción del envío de municiones, vehículos de transporte y otros materiales indispensables para equipar a las tropas griegas.

Tras esta entrevista de enero, los ingleses relegaron la cuestión de la ayuda a Grecia al último lugar de su lista de problemas urgentes.

Metaxas murió el 29 de enero, tras una breve enfermedad, sucediéndole Alexander Koryzis, gobernador del Banco de Grecia y ex-ministro de Asistencia Pública. La estructura del régimen no se alteró, como tampoco el concepto griego del honor nacional, siempre firme y decidido. Por entonces, las noticias sobre los preparativos de una agresión alemana eran insistentes, por lo que el 8 de febrero Koryzis volvió a plantear la cues-

tión de la ayuda inglesa. Esta nueva petición de ayuda encontró la máxima comprensión por parte de Churchill, quien respondió a las amenazas que Hitler dirigía al sudeste de Europa con la orden de crear el núcleo de un ejército dispuesto a intervenir en Grecia y de tratar simultáneamente de establecer un frente balcánico contra Alemania. Si Gran Bretaña las ayudaba, Yugoslavia, Turquía y Grecia, podrían constituir un «hueso duro para Alemania». Churchill expuso su punto de vista en un telegrama dirigido a Wavell el 10 de enero de 1941: «La destrucción de Grecia oscurecería las victorias obtenidas en Libia y nuestra indiferencia por la suerte de nuestros aliados podría inducir a Turquía a cambiar de actitud».

Churchill y Wavell se mostraron de acuerdo en un punto: Grecia debía disponer de toda la ayuda militar que las posibilidades del momento permitieran. Según Wavell, si se quería defender con éxito el Oriente Medio, era preciso combatir al enemigo en los frentes más avanzados que fuera posible.

Por lo que se refiere a Alemania, varias maniobras políticas coronadas por el éxito le permitían llevar a cabo los preparativos militares con una cierta calma. La presión diplomática de Hitler en Hungría, Rumania y Bulgaria, ya casi reducidas a países vasallos, había permitido a las tropas alemanas atravesar Hungría, primero para proteger los yacimientos petrolíferos rumanos, y, luego, para concentrar en la frontera búlgaro-rumana un ejército dispuesto a marchar sobre Grecia.

La misión confiada a Wavell en Oriente Medio, con sus múltiples problemas de orden político y militar, representaba una responsabilidad enorme para una sola persona, y así lo reconoció el ministro de la Guerra, aunque tardíamente, cuando el teatro de operaciones balcánico se unió a la lista de los deberes de Wavell. Entonces, el Gobierno británico decidió enviar a El Cairo, para que se entrevistaran con él, al ministro de Asuntos Exteriores Anthony Eden y al jefe del Estado Mayor General del Imperio sir John Dill.

El 12 de febrero –el mismo día en que el general Rommel volaba a Trípoli para asumir el mando del «Afrikakorps»– Eden y Dill abandonaron Londres. La misión se desarrolló bajo el signo de la premura: faltaban pocas semanas para que comenzara la primavera, y se suponía que Hitler desencadenaría la ofensiva contra Grecia tan pronto como terminara el invierno en los Balcanes.

El plan de inducir a Yugoslavia y Turquía a concertar una alianza militar con Grecia y Gran Bretaña ya había fracasado cuando Eden y Dill se encontraban todavía en Egipto. Tanto el Gobierno yugoslavo como el turco no ignoraban que Inglaterra, en aquellos momentos, era militarmente débil, como no ignoraban tampoco que el Ejército alemán era muy fuerte; por ello, durante los cinco días en que Eden y Dill se vieron obligados a permanecer en Gibraltar a causa de las malas condiciones atmosféricas, el Primer Ministro y el ministro de Asuntos Exteriores yugoslavos fueron a Berchtesgaden, donde Hitler les expuso las ventajas que derivarían para su país si entraba en el Pacto Tripartito. El día 4 de marzo, el regente yugoslavo, príncipe Pablo, se dirigió a su vez a Berchtesgaden, a donde regresaron los dos políticos citados el 14 del mismo mes. Y así, por fin, como ya se ha dicho en otro lugar, el 25 de marzo Yugoslavia se dejó convencer y firmó su adhesión oficial al Pacto.

Al mismo tiempo, la diplomacia alemana consiguió persuadir a Turquía y a Bulgaria para que concluyeran un pacto de amistad perpetua, firmado el 17 de febrero. Y basándose en él, Turquía se comprometía a no considerar como *casus belli* el paso de tropas alemanas a través de Bulgaria.

El plan de ayuda a Grecia

Eden y Dill llegaron a El Cairo el 19 de febrero e iniciaron inmediatamente sus consultas con Wavell, Longmore y el almirante Cunningham. Las tropas que, según Wavell, podían enviarse a Grecia eran el Grupo Acorazado 1, de entidad de una brigada; la División neozelandesa del general B. C. Freyberg y la División 6 australiana. A estas unidades se unirían dos regimientos de artillería de medio calibre, a los que más tarde seguirían la División 7 australiana y una brigada de polacos libres.

Las fuerzas aéreas que Longmore podía poner a disposición del comandante del BEF (*British Expeditionary Force*, Cuerpo Expedicionario británico) eran inferiores a las necesidades, pues en los últimos tiempos se había reducido el contingente de la RAF en Oriente Medio. Cinco escuadrones ya estaban en Grecia, luchando en el frente albanés, y el general estimaba que el total no podría ser superior a los ocho escuadrones. Pero la aventura entusiasmó a Eden, a quien el ministro de la Guerra había conferido plenos poderes para decidir acerca de la conveniencia de enviar o no el Cuerpo Expedicionario a Grecia. Eden compartía el punto de vista de Churchill de que «el estar mirando, con los brazos cruzados, cómo Alemania alcanzaba su victoria sobre Grecia, y por añadidura sin derramamiento de sangre, sería la peor de todas las líneas de conducta».

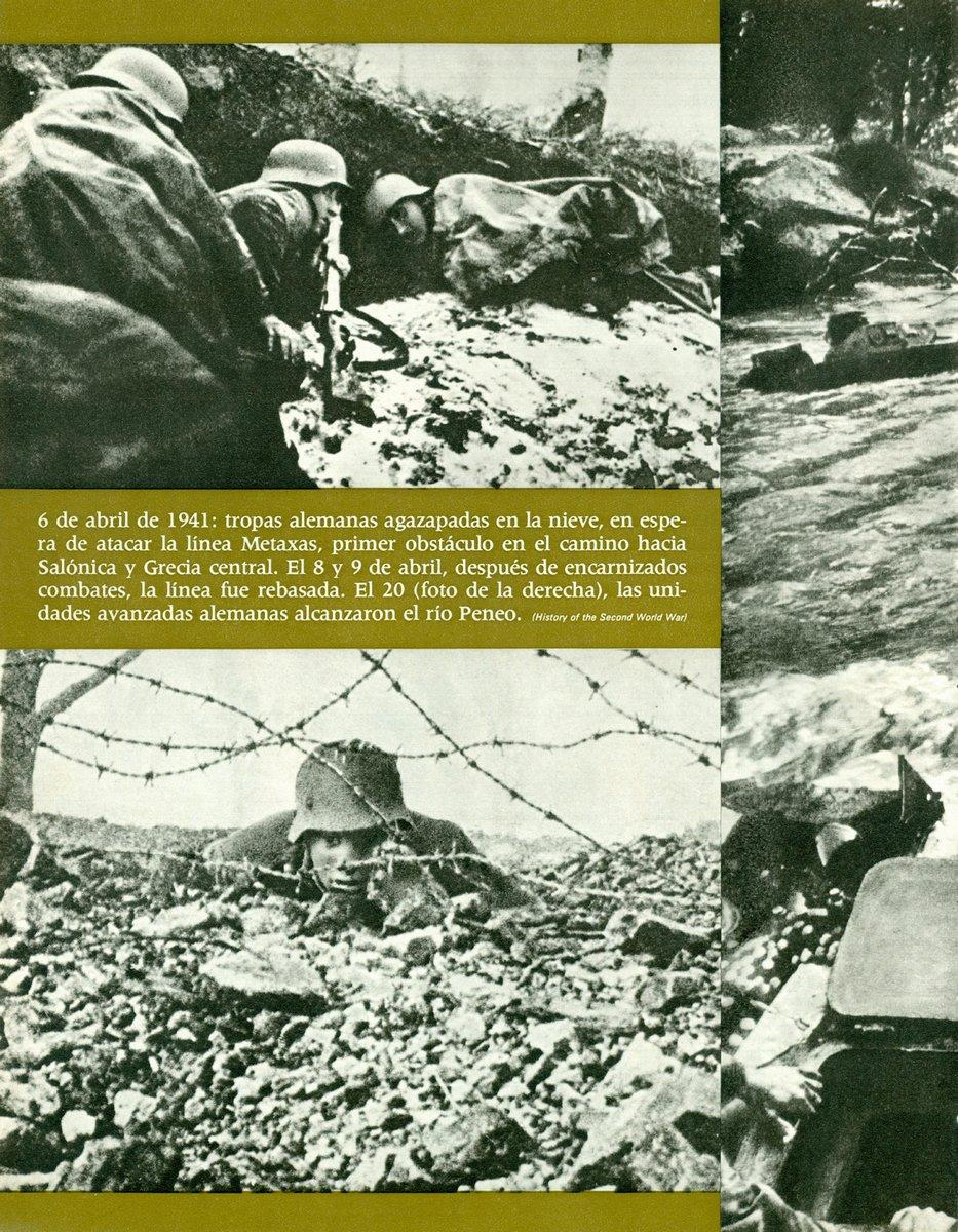
Por esta razón, Eden y Wavell, el político y el militar, dieron su parecer favorable, fundado, no obstante, más en motivos políticos que en consideraciones de orden castrense. En efecto, si Gran Bretaña no mantenía las promesas hechas a Grecia, perdería la confianza de los países neutrales, influyendo quizá de forma negativa en la buena disposición de Estados Unidos, donde precisamente en aquellos momentos se estaba discutiendo la ley de préstamos y arriendos.

Pero Churchill, que había apoyado el proyecto, empezó a vacilar. Mientras en El Cairo continuaban las conversaciones, se entrevistó con el general de división sir John Kennedy, jefe de operaciones, quien le demostró, con argumentos válidos, que una intervención en Grecia no representaba militarmente una medida oportuna. El Primer Ministro telegrafió entonces a Eden: «No se considere obligado en el asunto de Grecia si en su fuero interno tiene la sensación de que va a terminar con un fracaso como el de Noruega. Vd. sabe, sin embargo, la importancia que tendría un buen resultado».

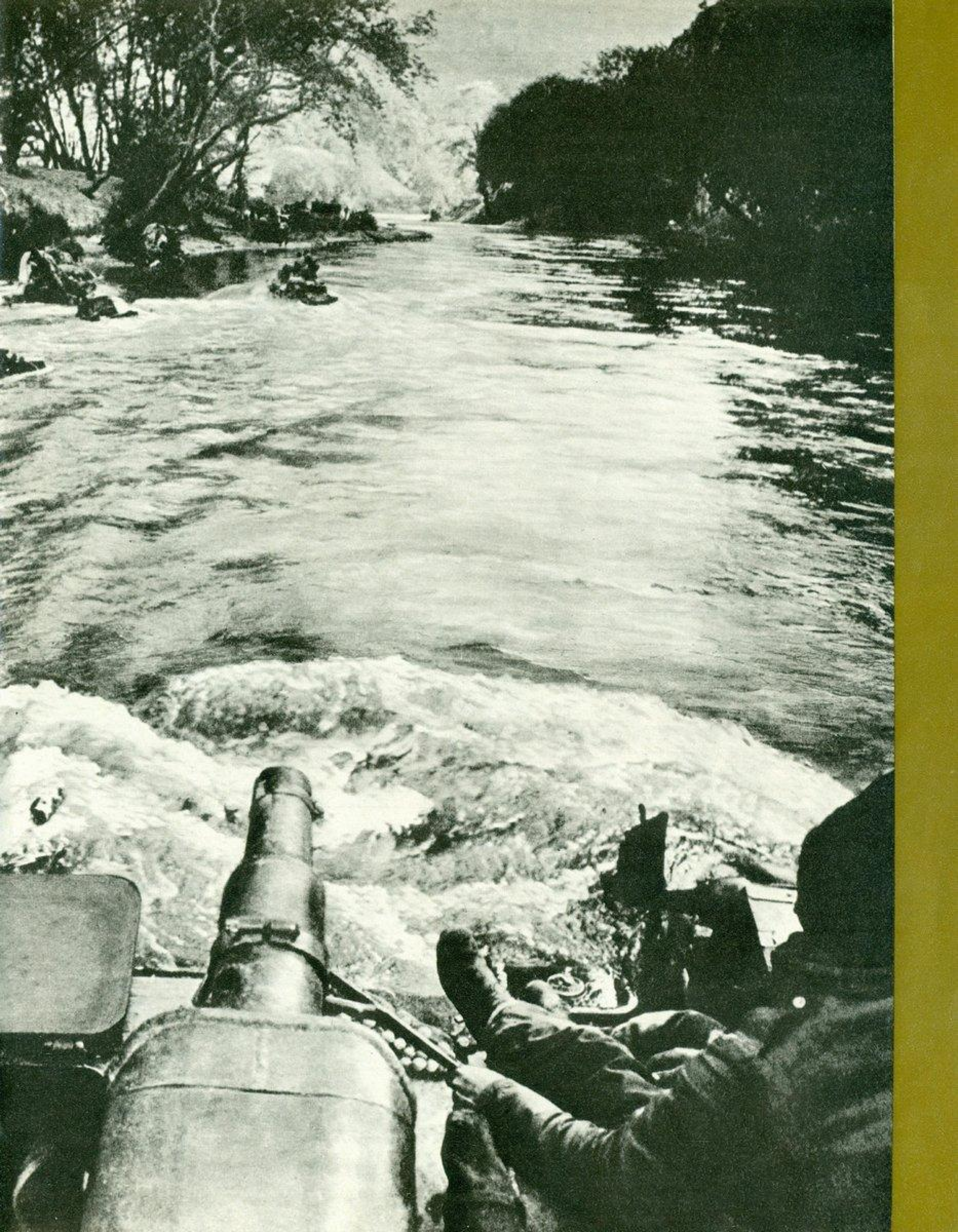
Pero como Eden juzgaba que existían bastantes probabilidades de éxito, decidió insistir acerca de los griegos para que aceptasen la ayuda de las fuerzas británicas.



El general australiano Blamey, comandante del Cuerpo de Ejército I australiano y neozelandés, conversando con Eden, mediador entre Londres y Atenas. (Imperial War Museum)



6 de abril de 1941: tropas alemanas agazapadas en la nieve, en espera de atacar la línea Metaxas, primer obstáculo en el camino hacia Salónica y Grecia central. El 8 y 9 de abril, después de encarnizados combates, la línea fue rebasada. El 20 (foto de la derecha), las unidades avanzadas alemanas alcanzaron el río Peneo. *(History of the Second World War)*





LÍNEA METAXAS
LÍNEA ALIAKMON
LÍNEA DEL FRENTE ITALO-GRIEGO EN ALBANIA EL 6-IV-1941
Líneas británicas de defensa para cubrir la evacuación
Rutas seguidas por las fuerzas británicas en la evacuación
YUGOSLAVIA
BULGARIA
ALBANIA
GRECIA
TURQUIA
MACEDONIA
TRACIA
CALCIDICA
PELOPONESO
MAR ADRIATICO
MAR EGEO
MAR JONICO
MAR DE CRETA
CRETA
Skoplje 8 de abril
Veles 8 de abril
Salónica 9 de abril
Kozani 17 de abril
16 de abril
24 de abril
Atenas 27 de abril
26 de abril
Kalamata 28 de abril
Escutari
Tirana
Durazzo
Valona
Corfú
Bitola
Florina
Edesa
Larisa
Trikkala
M. Olimpo
M. Ossa
Parnaso
Patras
Corinto
El Pireo
Kizira
La Canea
Iraklion (Candia)
M. Ida
Limnos
Lesbos
Quíos
Samos
Andros
Tinos
Milos
Naxos
Paros
Ikaria
Amorgós
Astipalea
Samotracia
Imroz
Ténedos
Skiros
Esporadas Septentr.
Cefalonia
Xanthe
Itaca
S. Maura
Alexandrupoli
Xanzi
Zasos
Plovdiv (Filipópolis)
Edirne (Adrianópolis)
Kiustendil
Alturas en metros
más de 2000
de 1000 a 2000
de 500 a 1000
de 200 a 500
de 0 a 200
km
0
25
50
75
100

Eden, Dill, Wavell, Longmore y el comandante de la *Royal Navy*, Dick, en representación de Cunningham, llegaron a Atenas el 22 de febrero, junto con algunos miembros de sus Estados Mayores. La reunión se celebró en el palacio real de Tatoi, presidida por el rey Jorge II, cuyos sentimientos anglófilos eran sobradamente conocidos.

Por aquel entonces, los griegos ya habían abandonado la vieja esperanza de Metaxas, de que evitando la provocación se podría impedir la invasión alemana. No obstante, deseaban una respuesta a esta pregunta: ¿las fuerzas que los ingleses se disponían a enviar, serían suficientes, junto con las griegas, para rechazar a los alemanes? Tanto Eden como Wavell respondieron confiadamente en sentido afirmativo. Las cifras citadas parecían confirmar su seguridad: 100.000 hombres, 240 piezas de artillería de campaña, 32 cañones de medio calibre, 192 cañones antiaéreos y 142 carros de combate. No se trataba de cifras ficticias, si bien incluían, naturalmente, al personal de los servicios logísticos.

Los griegos, que a fin de cuentas estaban decididos a luchar contra los alemanes, con o sin la ayuda de la *Commonwealth*, se conmovieron ante el gesto de Inglaterra, su vieja aliada. Y el 23 de febrero Koryzis, emocionado, aceptó formalmente la ayuda que Gran Bretaña ofrecía a su país.

El plan de defensa

Las conversaciones entre los jefes militares de las dos naciones se complicaron al no conocer las intenciones de Yugoslavia. Por razones históricas, las posiciones defensivas griegas habían sido construidas a lo largo de la frontera con Bulgaria, considerada como el enemigo potencial por excelencia; la línea Metaxas se extendía, pues, frente a dicha frontera, en la Macedonia oriental y en Tracia, pero sin abarcar la frontera greco-yugoslava de la Macedonia occidental. Si Alemania violaba la neutralidad yugoslava, o si los yugoslavos se unían a Alemania o consentían el paso de sus tropas a través del territorio nacional, la desguarnecida frontera greco-yugoslava debería ser defendida por los Aliados.

Desgraciadamente, en el curso de las conversaciones para establecer el plan conjunto, el comandante en jefe griego, general Papagos, estuvo muy condicionado por su esperanza de contar con Yugoslavia como aliada en la guerra. El abastecimiento de las provincias meridionales de dicho país se hacía a través del puerto griego de Salónica, de modo que cualquier decisión de establecer una línea defensiva que no incluyera Salónica parecía dar por descontada la neutralidad de Yugoslavia; y, por este motivo, Papagos apoyaba la defensa de la línea Metaxas.

Pero no se trataba de una decisión bien meditada. La línea Metaxas tenía una longitud de unos 160 km, y discurría, como se ha dicho, a lo largo de la frontera greco-búlgara. Detrás de la primera línea había otra, que descendía desde la cadena de los montes Belasica y seguía el curso del Struma. Las dos posiciones se extendían poco en profundidad, por lo que, aun en el caso de que se consideraran aptas para resistir el asalto, había que tener en cuenta que los aeródromos búlgaros se encontraban a poca distancia de Salónica, y que el puerto estaría expuesto desde un principio a bombardeos que lo inutilizarían.

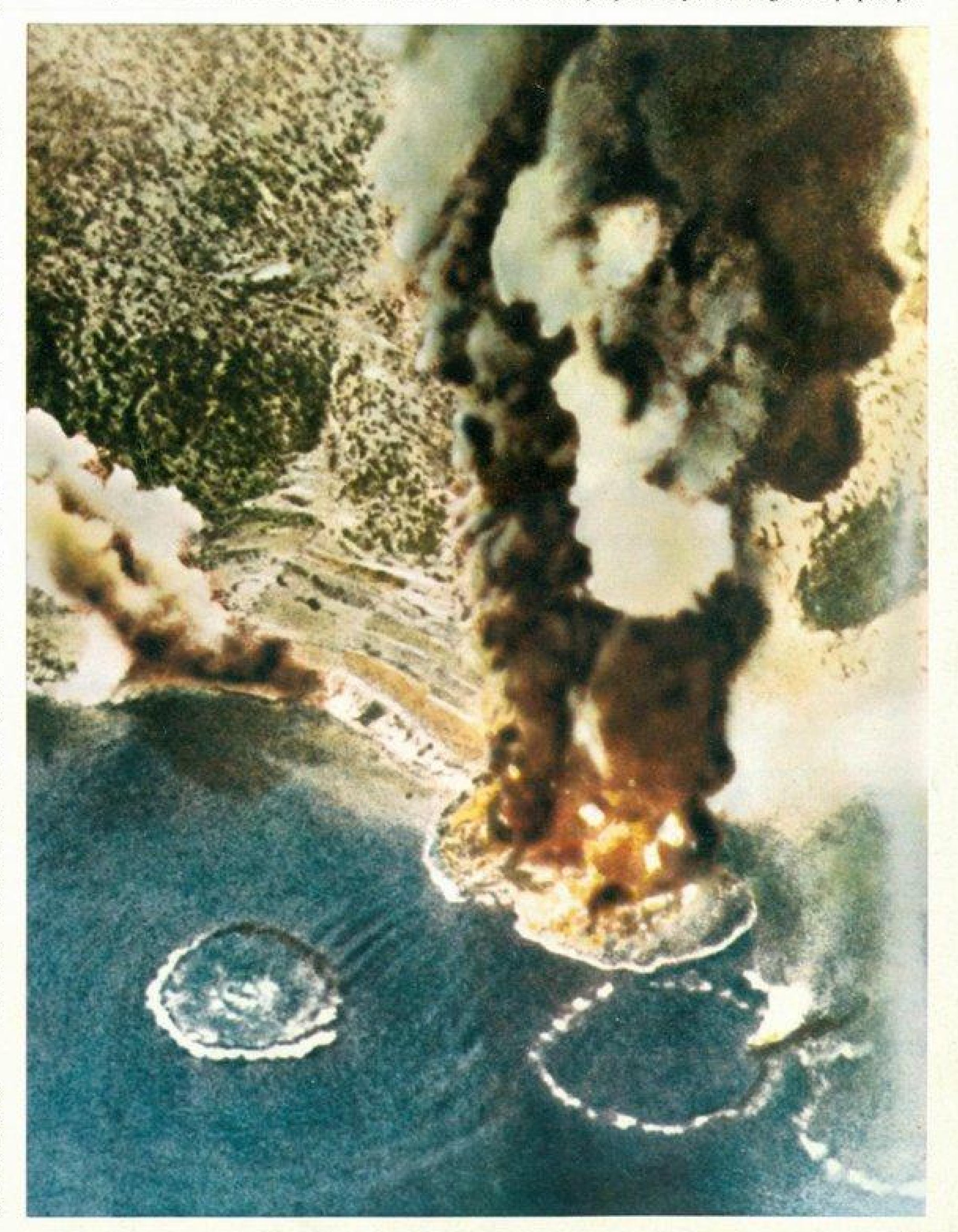
Una posición defensiva bastante más fuerte era la línea Aliakmon, en Grecia septentrional, de unos 96 km de longitud y que se extendía desde la desembocadura del río del mismo nombre hasta la frontera Yugoslava. Las cadenas montañosas, atravesadas por tres gargantas, constituían un sistema defensivo natural, con posiciones que ofrecían la ventaja de proteger la ruta de los abastecimientos hacia el sur de Grecia y de ser óptimos puntos de observación sobre la abierta llanura macedónica. Si Yugoslavia no se unía a los Aliados, la línea Aliakmon representaría la mejor posibilidad de resistencia contra los alemanes. Pero, si éstos llegaban a través de dicho país, podrían envolver esta línea por la izquierda, y, en este caso, las tropas del Epiro quedarían al descubierto.

Para no depender de la ayuda yugoslava y protegerse de las infiltraciones a través del paso de Bitola, era necesario establecer una línea defensiva más al Sur, que, apoyándose por la derecha en el Olimpo, atravesase Grecia; detrás de esta línea podrían replegarse las tropas griegas que se encontraban en el frente albanés. Pero la propuesta, presentada por los ingleses, levantó una fuerte oposición por parte de Papagos. El Ejército griego estaba preparando una ofensiva, cuyo objetivo era la conquista del puerto de Valona y la destrucción de las fuerzas italianas en Albania. En caso de que todo fuera bien, la totalidad de las tropas griegas de aquel frente estaría disponible para rechazar, junto con las demás, a los alemanes.

Papagos sostenía también que, con la retirada de las tropas, se perdería el terreno conquistado a los italianos, así como una considerable extensión del territorio nacional, lo cual sería desastroso para la moral del Ejército, pese a las ventajas estratégicas que la operación pudiera implicar. El Ejército griego, desde el simple soldado al general era decididamente contrario a ceder un solo palmo de terreno.

Inseguros acerca de la actitud que adoptarían los yugoslavos, los mandos británicos consideraron que lo más urgente era la defensa de la línea Aliakmon. Por lo que, finalmente, se llegó a un acuerdo, o al menos ésta fue la convicción que tuvieron los ingleses. Tan pronto como su Cuerpo Expedicionario desembarcara en El Pireo debería dirigirse hacia las posiciones del río Aliakmon, mientras las tropas griegas que se encontraban en Macedonia oriental y en Tracia se reunirían con las británicas.

Como ya se suponía, la misión de Eden y Dill en Ankara no dio resultados positivos. El presidente Inonü insistió en el hecho de que Turquía no estaba preparada para una guerra y que, por



En el mapa de la izquierda se indican las direcciones de ataque de los alemanes y las líneas de defensa griegas, así como el carácter montañoso del país, lo que para los ingleses y sus aliados podía haber constituido una ventaja. A la derecha: en la bahía de Megara se levantan densas columnas de humo de los objetivos que acaban de ser alcanzados por los *Stuka*. La Aviación alemana desempeñó un papel decisivo en la campaña griega. *(History of the Second World War)*

lo tanto, permanecería neutral hasta que hubiese salvado sus deficiencias de orden militar; es decir, hasta el momento en que pudiera ser un aliado eficaz y no una carga inútil.

Por su parte, el regente yugoslavo, príncipe Pablo, se negó a recibir a los representantes de Inglaterra. Eden le había enviado un telegrama pidiéndole que definiera claramente la posición de su país; la respuesta le llegó a través del embajador de Yugoslavia en Ankara, durante los días en que los miembros de la misión inglesa se encontraban en la capital turca. Al parecer, Yugoslavia trataba de protegerse contra la eventualidad de una agresión y no permitiría a las tropas alemanas atravesar su territorio; pero fuera de esto, no tenía intención alguna de comprometerse. Eden envió entonces otra carta al príncipe Pablo, por mediación del ministro plenipotenciario de Inglaterra en Belgrado, en el cual le rogaba que enviara a Atenas un representante militar.

Compromiso con Papagos

El día 2 de marzo, la misión inglesa, que no había obtenido ningún resultado positivo, regresó a Atenas. Y en esta ciudad recibió la noticia de que los alemanes acababan de atravesar el Danubio penetrando en territorio búlgaro. Tan inquietante como ésta fue la noticia de que los griegos no habían retirado sus tropas tras la línea Aliakmon, pues Papagos insistía en el hecho de que el acuerdo estipulado preveía que, antes de efectuar cualquier movimiento de tropas, era necesario sondear la opinión yugoslava. Y en vista de que no había llegado todavía respuesta alguna, Papagos se abstuvo de dar la orden de repliegue tras la citada línea.

Ahora, sostenía el general griego, era ya demasiado tarde, porque los alemanes podrían sorprender a las tropas durante su desplazamiento y, por otra parte, el efecto de la retirada sería contraproducente, tanto para la tropa como para la población civil.

Wavell fue llamado con urgencia y se inició otra serie de conversaciones. Y finalmente, ante la amenaza inmediata de una invasión alemana, griegos e ingleses llegaron a un nuevo acuerdo, que establecía las decisiones definitivas.

El Ejército griego constaba de 21 divisiones

cualquier movimiento de tropas, era necesario sondear la opinión yugoslava. Y en vista de que no había llegado todavía respuesta alguna, Papagos se abstuvo de dar la orden de repliegue tras la citada línea.

Ahora, sostenía el general griego, era ya demasiado tarde, porque los alemanes podrían sorprender a las tropas durante su desplazamiento y, por otra parte, el efecto de la retirada sería contraproducente, tanto para la tropa como para la población civil.

Wavell fue llamado con urgencia y se inició otra serie de conversaciones. Y finalmente, ante la amenaza inmediata de una invasión alemana, griegos e ingleses llegaron a un nuevo acuerdo, que establecía las decisiones definitivas.

El Ejército griego constaba de 21 divisiones
que, excepto seis, se encontraban en Albania. De estas seis, tres serían asignadas a la defensa de la línea Metaxas y de las guarniciones simbólicas existentes en algunos fuertes aislados de Tracia; mientras que la División 12 griega de Tracia occidental, junto con otras dos –la 20 de infantería y la 19 motorizada– ocuparían posiciones en la línea Aliakmon con los siete batallones independientes de Tracia occidental. Esto significaba que la contribución griega en la línea defensiva principal sería de unos 23 batallones, en lugar de los 35 prometidos en un principio. Por su parte, los ingleses fortificarían y guarnecerían la línea Aliakmon de acuerdo con lo establecido.

Por su parte, el Ejército 12 alemán había recibido la orden de conquistar Grecia, y a fines de 1940 empezó a concentrarse en Rumania. Estaba mandado por el general List. La primera tarea de List era asegurar a su Ejército una cierta rapidez de movimientos en el Danubio, para cuando llegara la orden de entrar en Bulgaria. El único puente en buenas condiciones era el de Czernawoda, por el que pasaban la línea férrea y el oleoducto que iban hasta Constanza, en el mar Negro; pero como aquel febrero de 1941 el Danubio permaneció bloqueado por los hielos, más o menos hasta la altura de Giurgiu, los ingenieros alemanes tuvieron tiempo, mientras esperaban el deshielo de primavera, de construir otros tres puentes suplementarios antes de que el Ejército 12 entrara en acción.

Durante las primeras tres semanas de marzo, el Ejército 12 avanzó lentamente a través de Bulgaria, luchando contra los elementos y las malas carreteras. Se había dado a las tropas órdenes severas acerca de cómo tenían que comportarse con la población griega: una conducta digna y correcta, como cabía esperar de un ejército disciplinado.

El primer convoy de ayuda a Grecia

El día 4 de marzo, el primer convoy de buques mercantes y de guerra, cargados de tropas y suministros con destino a Grecia, salió de Egipto. Una parte del Grupo Acorazado 1, la vanguardia del Cuerpo de Ejército I australiano y neozelandés y la División 6 australiana embarcaron en los cruceros *Gloucester*, *York* y *Bonaventure*. Otros convoyes se sucedieron cada tres días. Su protección fue confiada a unidades ligeras de la *Royal Navy*: cuatro cruceros y cuatro destructores.

Los buques de guerra italianos, los submarinos de la base de Leros y los bombarderos en picado de la base de Rodas atacaron con frecuencia esa ruta marítima; y con bastante éxito puesto que la protección de los cazas de la RAF, pertenecientes a la base de Creta, fue un tanto escasa por no estar todavía ultimados los aeródromos de la isla. Las pérdidas sufridas durante el transporte del Cuerpo Expedicionario británico fueron de 25 buques, con un total de 115.026 toneladas, si bien sólo siete de ellos fueron hundidos mientras navegaban en convoy. Las restantes pérdidas se produjeron cuando ya los barcos se encontraban en puerto o de regreso a Alejandría, cumplida su misión.

El general Wilson, comandante de las fuerzas británicas en Grecia, llegó al teatro de operaciones el mismo día 4 de marzo. Sus funciones abarcaban dos campos distintos: debía ponerse de acuerdo con las autoridades griegas para tratar de los problemas logísticos y de las cuestiones de carácter político –lo cual era ya de por sí un deber bastante gravoso– y además era directamente responsable de las operaciones militares que se desarrollaban en un frente situado a 320 km. Y, sin embargo, carecía de poderes para supervisar la totalidad de las actividades militares inglesas. Gran Bretaña tenía en Atenas un Estado Mayor naval autónomo y una misión de enlace, también autónoma, que se encontraban en la capital griega desde noviembre de 1940. En cuanto a las fuerzas de la RAF, a las órdenes del general de división D'Albiac, en octubre de 1940 fueron puestas bajo el mando del general Papagos, por lo que Wilson tampoco era responsable de sus actividades. Su doble papel le obligó a dividir su puesto de mando: una parte, la del frente, se instaló en el pueblo de Tsaritsani, cerca del monte Olimpo, y la otra, la de retaguardia, en Atenas.

Muchas de las dificultades con las que tropezaron los miembros del Cuerpo Expedicionario británico eran consecuencia de la incapacidad de su Gobierno para establecer una coordinación adecuada entre las actividades políticas y las de or-

también autónoma, que se encontraban en la capital griega desde noviembre de 1940. En cuanto a las fuerzas de la RAF, a las órdenes del general de división D'Albiac, en octubre de 1940 fueron puestas bajo el mando del general Papagos, por lo que Wilson tampoco era responsable de sus actividades. Su doble papel le obligó a dividir su puesto de mando: una parte, la del frente, se instaló en el pueblo de Tsaritsani, cerca del monte Olimpo, y la otra, la de retaguardia, en Atenas.

Muchas de las dificultades con las que tropezaron los miembros del Cuerpo Expedicionario británico eran consecuencia de la incapacidad de su Gobierno para establecer una coordinación adecuada entre las actividades políticas y las de or-
den estratégico. La ayuda a Grecia se basaba en la garantía franco-británica, establecida en tiempos del Gabinete Chamberlain, sin tener en cuenta las condiciones necesarias para hacerla operante y sin preocuparse de obtener informaciones precisas y detalladas sobre el alcance del compromiso. Por ello, Wilson y su Estado Mayor se vieron obligados a obtener, en el curso de pocas semanas, toda la información que hubiera debido recogerse inmediatamente después de que Gran Bretaña diera garantías a Grecia.

El general de brigada G. S. Brunskill, jefe de la sección logística del Cuartel General de Wilson, inspeccionó rápidamente los puentes, las carreteras y las vías férreas del país. La red de ferrocarriles griega era insuficiente para atender a las necesidades que imponía la guerra; la línea principal, entre Atenas y Salónica, era de vía única. Y en cuanto a la carretera de Atenas a Flórina –la más importante de Grecia– en muchos puntos no era lo bastante ancha para permitir el paso simultáneo de dos vehículos.

En marcha hacia la línea Aliakmon

A pesar de todas estas dificultades, los ingleses establecieron una base avanzada en Larissa, donde almacenaron provisiones para sesenta días, y otros depósitos en Livadion, Servia, Kočani, Veria, Edesa y Amindeon. Al finalizar la primera semana de abril, ya habían sido desembarcadas y transportadas a dichos depósitos unas 14.000 toneladas de material. Las tropas se desplazaban al Norte en ferrocarril o en camiones militares.

Según los acuerdos, el «Grupo W» –como así se designaba a las fuerzas aliadas en la línea Aliakmon– debía estar constituido por unas siete divi-

El ritmo rápido, el ímpetu con que se llevó a cabo la invasión de Grecia, parece condensarse en esta fotografía, en la que se ve a un motociclista alemán en el momento de vadear un río. *(History of the Second World War)*

1940

13 de diciembre: Hitler dicta la «Directiva n.° 20» para la Operación «Marita», cuyo objeto es asegurarse el dominio de las costas del Egeo.

1941

29 de enero: muere el Primer Ministro griego Metaxas. Le sucede Koryzis.

22 de febrero: Eden y Dill llegan a Atenas para iniciar consultas con el Gobierno griego.

23 de febrero: El Primer Ministro Koryzis acepta formalmente el ofrecimiento británico de ayuda.

2 de marzo: una misión británica regresa a Atenas procedente de Ankara, sin haber conseguido resultados positivos.

4 de marzo: se llega a un acuerdo acerca de la revisión del plan anglo-griego para la defensa de Grecia. Las primeras unidades del Cuerpo Expedicionario, formado por tropas británicas y de los Dominios, abandonan Egipto con destino a Grecia.

9-25 de marzo: las fuerzas griegas, en el frente albanés, resisten una ofensiva italiana que dura 16 días.

25 de marzo: Yugoslavia se adhiere al Pacto Tripartito. Hitler promete respetar su soberanía.

27 de marzo: después del *putsch* de Belgrado, el rey Pedro sube al trono y forma un nuevo Gobierno. Hitler ordena la destrucción militar de Yugoslavia y Grecia.

30 de marzo: la ofensiva de Rommel en Cirenaica impide a Gran Bretaña enviar su prometida ayuda a Grecia.

6 de abril: empieza la Operación «Marita»; los alemanes invaden Yugoslavia y Grecia y atacan la línea Metaxas. El Pireo es destruido por la explosión del «*Clan Frassen*», tras una incursión aérea.

8 de abril: un Ejército alemán envuelve la línea Metaxas; las fuerzas griegas capitulan en Macedonia oriental.

9 de abril: unidades acorazadas alemanas entran en Salónica.

12 de abril: después de una batalla de tres días, los ingleses evacuan el paso de Bitola.

14 de abril: las fuerzas británicas se ven obligadas a replegarse de la línea Aliakmon ante el empuje alemán.

14-18 de abril: batalla por los pasos del monte Olimpo. Las fuerzas británicas se retiran hacia el paso de las Termópilas.

18 de abril: se suicida el Primer Ministro griego Koryzis.

6 de abril: empieza la Operación «Marita»; los alemanes invaden Yugoslavia y Grecia y atacan la línea Metaxas. El Pireo es destruido por la explosión del «*Clan Frassen*», tras una incursión aérea.

8 de abril: un Ejército alemán envuelve la línea Metaxas; las fuerzas griegas capitulan en Macedonia oriental.

9 de abril: unidades acorazadas alemanas entran en Salónica.

12 de abril: después de una batalla de tres días, los ingleses evacuan el paso de Bitola.

14 de abril: las fuerzas británicas se ven obligadas a replegarse de la línea Aliakmon ante el empuje alemán.

14-18 de abril: batalla por los pasos del monte Olimpo. Las fuerzas británicas se retiran hacia el paso de las Termópilas.

18 de abril: se suicida el Primer Ministro griego Koryzis.

19-21 de abril: los alemanes avanzan hacia Janina, dirigiéndose luego hacia el Sur, a través de Tesalia.

20 de abril: el Ejército griego del Epiro, se rinde a las S. S. del *Leibstandarte Adolf Hitler*.

21 de abril: el general Papagos aconseja la evacuación inmediata del Cuerpo Expedicionario británico.

22-24 de abril: batalla de las Termópilas; comienza la evacuación.

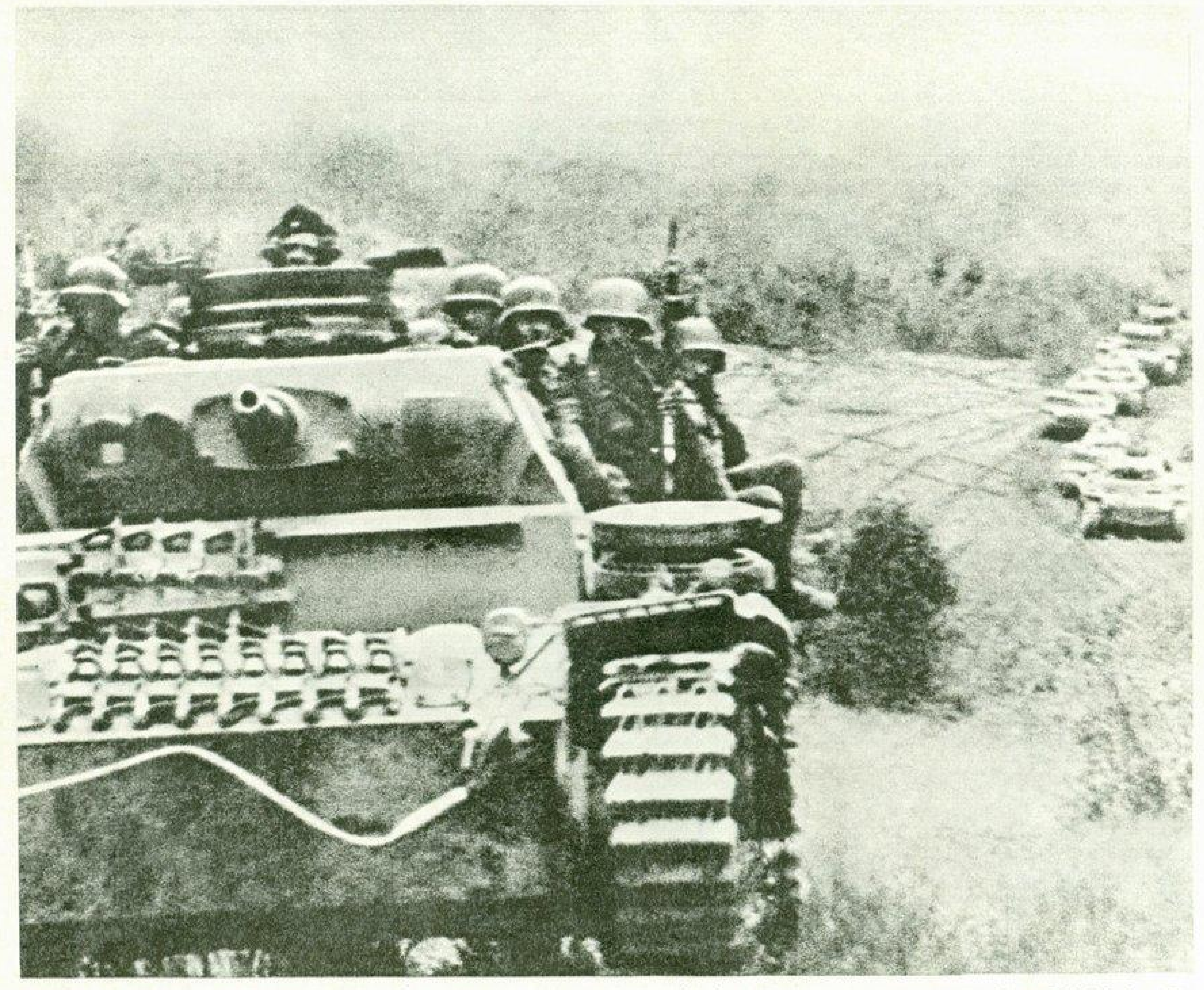
26 de abril: tropas alemanas se apoderan de Corinto.

27 de abril: el Ejército alemán entra en Atenas.

27-30 de abril: los alemanes ocupan el Peloponeso.

28 de abril: evacuación de las últimas tropas británicas en Grecia; los alemanes ocupan Kalame.





Rebasadas las defensas de la línea Metaxas, las columnas acorazadas alemanas continúan el impetuoso avance hacia el corazón de Grecia. *(History of the Second World War)*

siones: tres griegas, cuatro inglesas y la brigada polaca. Pero lo cierto es que la línea Aliakmon nunca estuvo defendida por unos efectivos tan nutridos, a causa de que Papagos seguía esperando que Yugoslavia se uniera a los Aliados y, en consecuencia, presionaba a Wilson para que examinara de nuevo las posibilidades de defender la línea Metaxas. Wilson se negó; pero, envió la Brigada Acorazada 1 a la línea del Vardar (el Axiós de los griegos), en una posición mucho más avanzada que el Aliakmon, con la misión de retardar un eventual avance enemigo entre ambos ríos. Asimismo, la División 19 griega (motorizada), que se encontraba en el sector de la costa al norte del Olimpo, fue trasladada a esta zona para operar contra un posible ataque de tropas aerotransportadas alemanas.

Las llegadas intermitentes de los convoyes británicos contribuyeron a aumentar el desorden creado en la línea Aliakmon. A principios de abril, algunas unidades ya se hallaban situadas en la línea, otras no habían alcanzado aún las posiciones avanzadas y otras se encontraban todavía en Egipto. Con el fin de utilizar lo mejor posible las tropas disponibles, Wilson confió a los griegos la defensa de las cimas montañosas y a los ingleses la de los desfiladeros, de modo que así todos lucharían en un terreno más adecuado con la instrucción recibida y con los medios de transporte de que disponían.

La División neozelandesa se hallaba desplegada en el ala derecha, desde la costa, en las inmediaciones de Katerini, hasta los montes de la Pieria. Y después del desplazamiento de la División 19 griega desde este sector hasta la llanura del Vardar, los neozelandeses tenían la difícil misión de defender una línea de casi 210 km de longitud. Los generales Blamey y Freyberg, responsables de esta posición tan sumamente expuesta, aconsejaron modificar la línea a fin de utilizar el Olimpo como baluarte por la parte de la costa, pero de momento Wilson no aceptó su proposición.

La División 6 australiana se situó en el paso de Servia, en el valle del Aliakmon central, con una de sus brigadas dispuestas a avanzar hacia Veria en apoyo de la División 12 griega, que se encontraba allí; un regimiento de dicha división había sido destacado en los montes de la Pieria, en el flanco izquierdo de los neozelandeses, mientras que la División 20 griega se encontraba más hacia el Norte, cerca de Edesa.

Sobre el plano, estas alineaciones correspondían a un concepto estratégico válido, pero en la práctica pronto se reveló su debilidad al establecer los ingleses contacto con las divisiones griegas. Algunas no tenían los efectivos reglamentarios ni el equipo adecuado. Los griegos habían dado prueba de ser combatientes tenaces en las posiciones de montaña; pero los ingleses comprendieron inmediatamente que no se hallaban en situación de oponer una resistencia válida en una guerra de movimiento, contra un enemigo bien armado y equipado. Por otra parte, sólo poseían unos pocos cañones de campaña de medio calibre, y sus únicos cañones contracarros eran los que habían capturado a los italianos. Las reservas eran prácticamente inexistentes, y no se practicaba ningún sistema de rotación entre las unidades del frente y las de la retaguardia.

En 1940 la RAF había enviado a Grecia cinco escuadrones para apoyar las operaciones en territorio albanés; pero en 1941, ante la amenaza alemana, sólo pudo reservar otros tres para este frente: el escuadrón 111, constituido por aparatos *Blenheim*; el 112, formado por cazas *Gladiator*, y el 33, compuesto de *Hurricane*. Había además algunos aviones torpederos *Swordfish*, llegados en marzo, con base en Paramizia. En total, las fuerzas aéreas inglesas estaban constituidas por unos 80 aparatos.

La *Luftwaffe* disponía de unos 400 bombarderos y de 380 aparatos de caza y de reconocimiento;

añadiéndoles los 320 aviones italianos que operaban en el sector albanés, el Eje podía contar con 1100 aparatos.

En el terreno político, tras el golpe de Estado yugoslavo, Churchill sintió renacer sus esperanzas y telegrafió a Eden y a Dill aconsejándoles regresar de Oriente Medio para intentar de nuevo la formación de un frente balcánico. El 28 de marzo, Eden y Dill se trasladaron en avión a Atenas para conferenciar con Wilson; Dill prosiguió luego hacia Belgrado, de donde regresó con la noticia de que el nuevo Gobierno yugoslavo no sabía cómo debía actuar, pero que iba a enviar muy pronto un representante para reanudar las conversaciones con los Aliados.

Yugoslavia no promete nada

El general Jankovic, segundo jefe del Estado Mayor yugoslavo, llegó efectivamente el día 13 de abril. Desde luego, no pudo prometer que Yugoslavia se pondría de parte de los Aliados, pero dio seguridades, en el caso de que se produjera una agresión alemana, de que ofrecería resistencia en toda la línea fronteriza. No obstante, era evidente que Yugoslavia estaba muy poco preparada para la defensa.

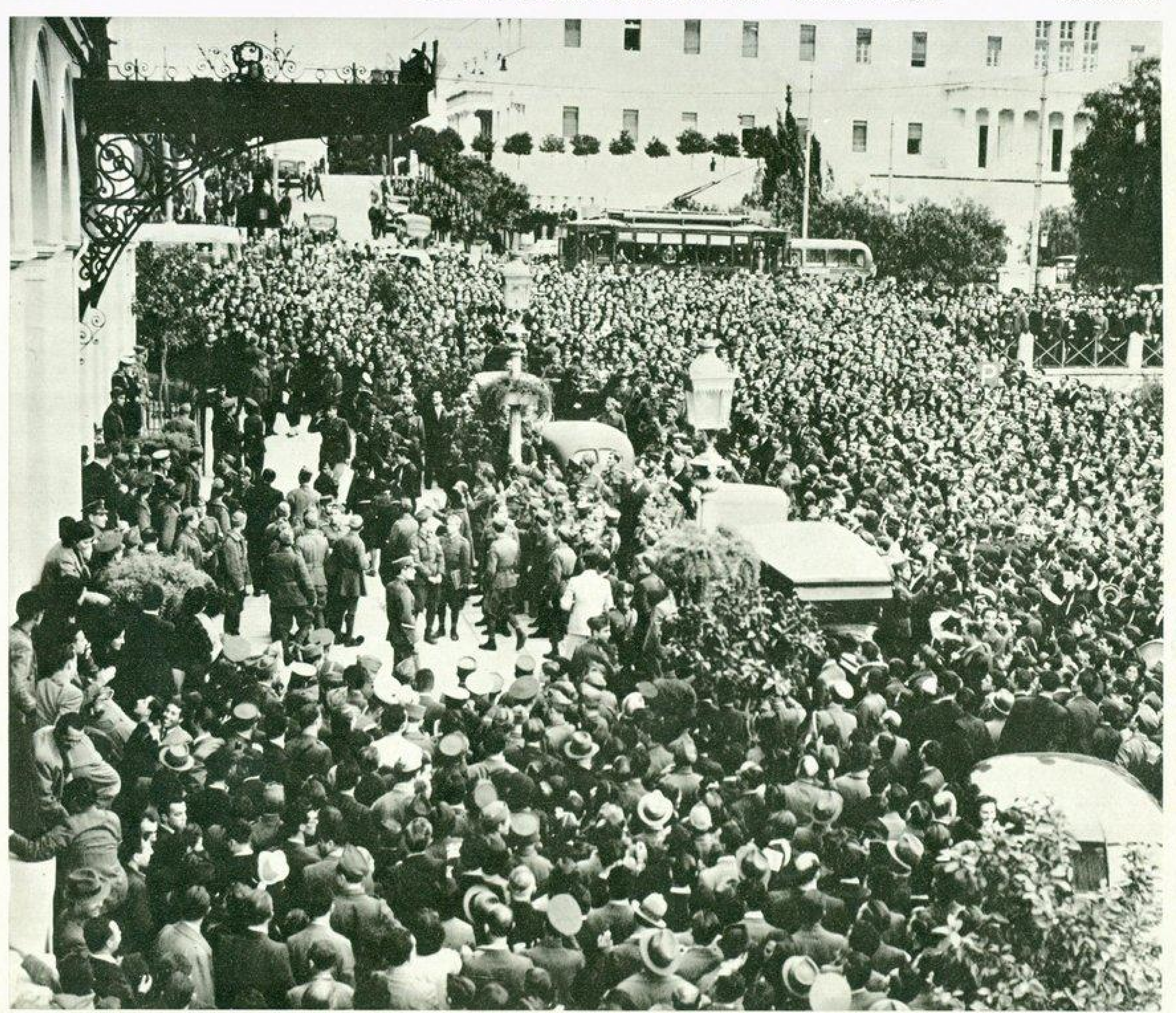
Jankovic mostró su conformidad en cuanto a la propuesta de que los yugoslavos desencadenaran un ataque contra los italianos en Albania, en combinación con una ofensiva griega, en el caso de que las potencias del Eje invadieran Yugoslavia. Fue éste el único tanto a su favor que consiguieron los Aliados durante la entrevista.

Wilson no confiaba en que los yugoslavos pudieran impedir que los alemanes penetraran en Grecia a través del paso de Bitola, por lo que decidió constituir una Agrupación, de entidad brigada, para proteger el flanco de la posición en el Aliakmon en el caso de que los alemanes trataran de pasar por allí.

La brigada destinada a cerrar el paso al enemigo defendería el valle de Flórina. Un regimiento de carros de la Brigada Acorazada 1 fue transportado por ferrocarril desde Atenas a Amindeon, donde habían sido almacenadas provisiones suficientes para una semana. Al frente de dichas fuerzas se puso al general Lee. La brigada fue reforzada con un batallón de ametralladoras neozelandés, cuyos efectivos eran inferiores a dos compañías; por un regimiento de artillería a caballo, y por otro australiano de contracarros.

Por su parte, Hitler estaba decidido a aniquilar Yugoslavia, lo que impuso una rápida modificación de los planes militares alemanes. La operación contra el citado país se confió al *Feldmariscal* von Weichs, comandante del Ejército 2, cuyas divisiones fueron reforzadas con el XLI Cuerpo Motorizado a las órdenes del general Reinhardt y con el I *Panzergruppe*, al mando del general von Kleist, pertenecientes ambos al Ejército 12 de von List.

Aparte de estos efectivos, List tenía bajo su mando tres Cuerpos de Ejército, con un total de seis divisiones de infantería (y sus correspondientes unidades instruidas para la lucha de montaña), tres divisiones motorizadas, dos acorazadas con unos 200 carros y dos de reserva. Hitler deseaba que la Operación «Marita» comenzara el 1 de abril; pero las lluvias torrenciales del mes de marzo habían inundado los aeródromos búlgaros, por lo que se decidió a esperar algunos días, hasta que las condiciones atmosféricas fueran más propicias. El Ejército 12 alemán inició su ataque a Grecia el 6 de abril, a las 5,15.



Soldados del Cuerpo Expedicionario inglés se mezclan con la población de Atenas para escuchar las últimas noticias del frente, que se hallaba en aquel momento a unos 300 kilómetros de la capital. *(Imperial War Museum)*

Arriba: los vencidos: prisioneros griegos bajo la vigilancia alemana. Las tropas griegas lucharon valerosamente contra las fuerzas enemigas; a lo largo de la cadena de fuertes de la línea Metaxas tuvieron lugar episodios de heroísmo colectivo. (History of the Second World War)

Abajo: aparatos *Blenheim* destruidos por la aviación alemana. Las fuerzas de la RAF, distribuidas en tres grupos, eran muy inferiores a las alemanas. No obstante, lograron algún éxito atacando las instalaciones ferroviarias. (History of the Second World War)

El plan de ataque del general alemán preveía la penetración del LX *Panzergruppe* en Yugoslavia, avanzando desde el Sur, a través del paso de Bitola, para envolver al Ejército griego que operaba en Albania y unirse a las tropas italianas en la zona del lago de Ocrida. El Cuerpo de Ejército XVIII, de tropas de montaña, debía romper la línea Metaxas por el sector central y aislar al Ejército griego de Macedonia oriental, con un movimiento de tenaza cuyo otro brazo sería el Cuerpo de Ejército XXX, que avanzaría por Tracia occidental.

Los Aliados podían oponer a estas fuerzas el Ejército griego de Macedonia oriental, compuesto por tres divisiones, una brigada y tres batallones de la Brigada *Evros* de Tracia occidental, junto con las guarniciones de dos fuertes; asimismo el «Grupo W», en la línea defensiva del Aliakmon, cuyas unidades estaban todavía llegando, y por último, el Ejército griego de Macedonia occidental, (en Albania) cuyos efectivos se habían elevado a 15 divisiones después del victorioso contraataque de los griegos.

El día 6 de abril, el Cuerpo de Ejército XXX alemán del general Hartmann, que comprendía las divisiones 50 y 164 de infantería, penetró en la llanura de Komotini (Tracia oriental), donde la Brigada griega *Evros*, inferior en número y mal equipada, no estaba en condiciones de oponer una eficaz resistencia. Tan sólo los dos fuertes de Ninfea y de Ejinos pudieron resistir durante toda la jornada, a pesar de hallarse rodeados y sometidos al fuego constante de la artillería enemiga.

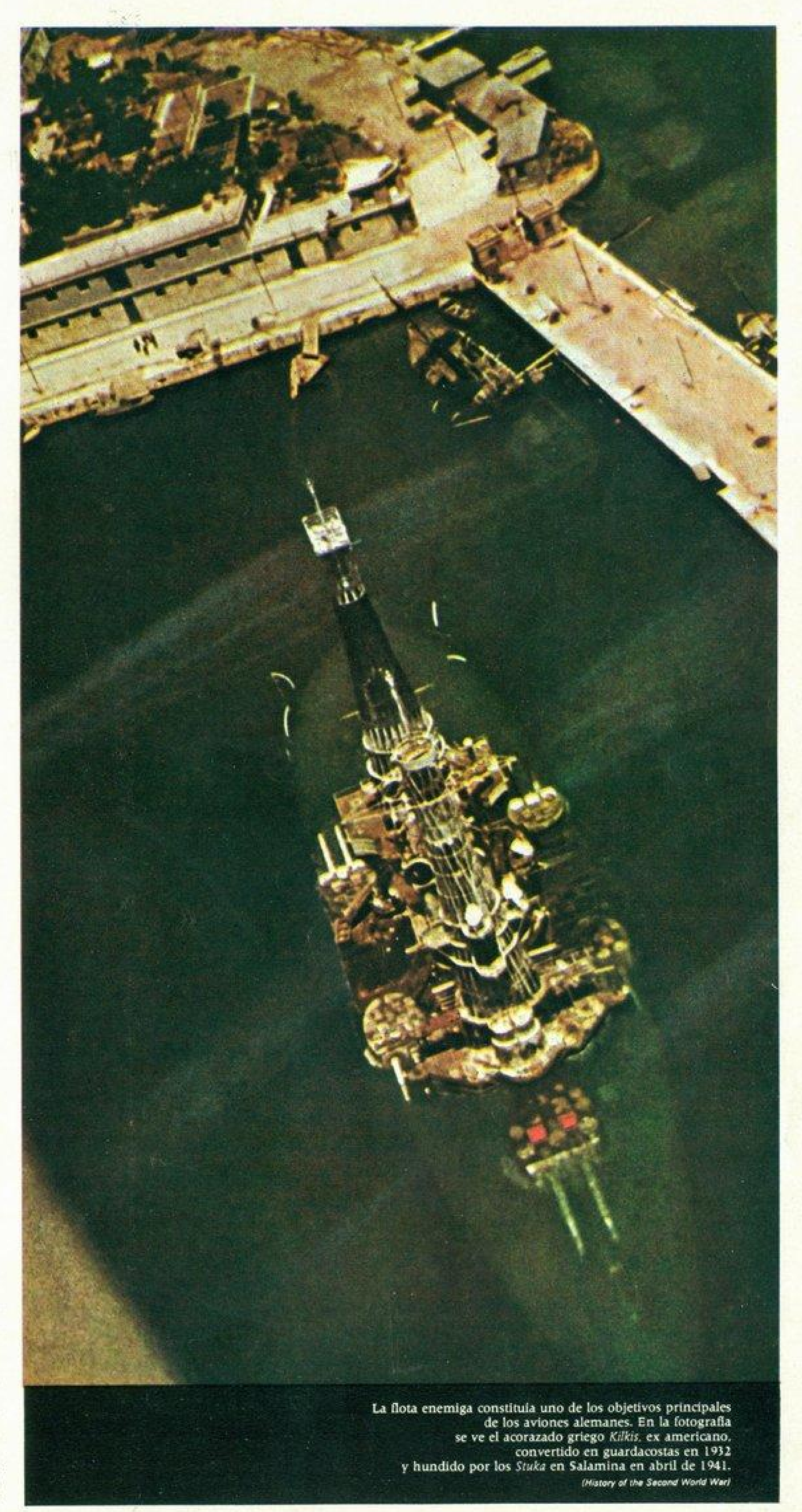
Una de las columnas alemanas avanzó en dirección a Xanthe; la segunda se puso en marcha hacia Komotini, realizando una conversión a la derecha para apoyar el ataque contra la primera localidad, y una tercera columna presionó por el este de Komotini, avanzando hacia Alexandrupoli, en la costa.

La Brigada *Nestos* se desplegaba desde la costa a las montañas, sobre una línea de 48 km. Por el flanco izquierdo, cinco batallones de la División 7 griega ocupaban parte de las orillas del río Nestos y, doblando hacia la izquierda, en el punto en que el río entra en territorio búlgaro, guarnecían las defensas al sur de Nevrokop. A partir de aquí, mantenían la línea seis batallones de la División 14 o cinco batallones de la División 18.

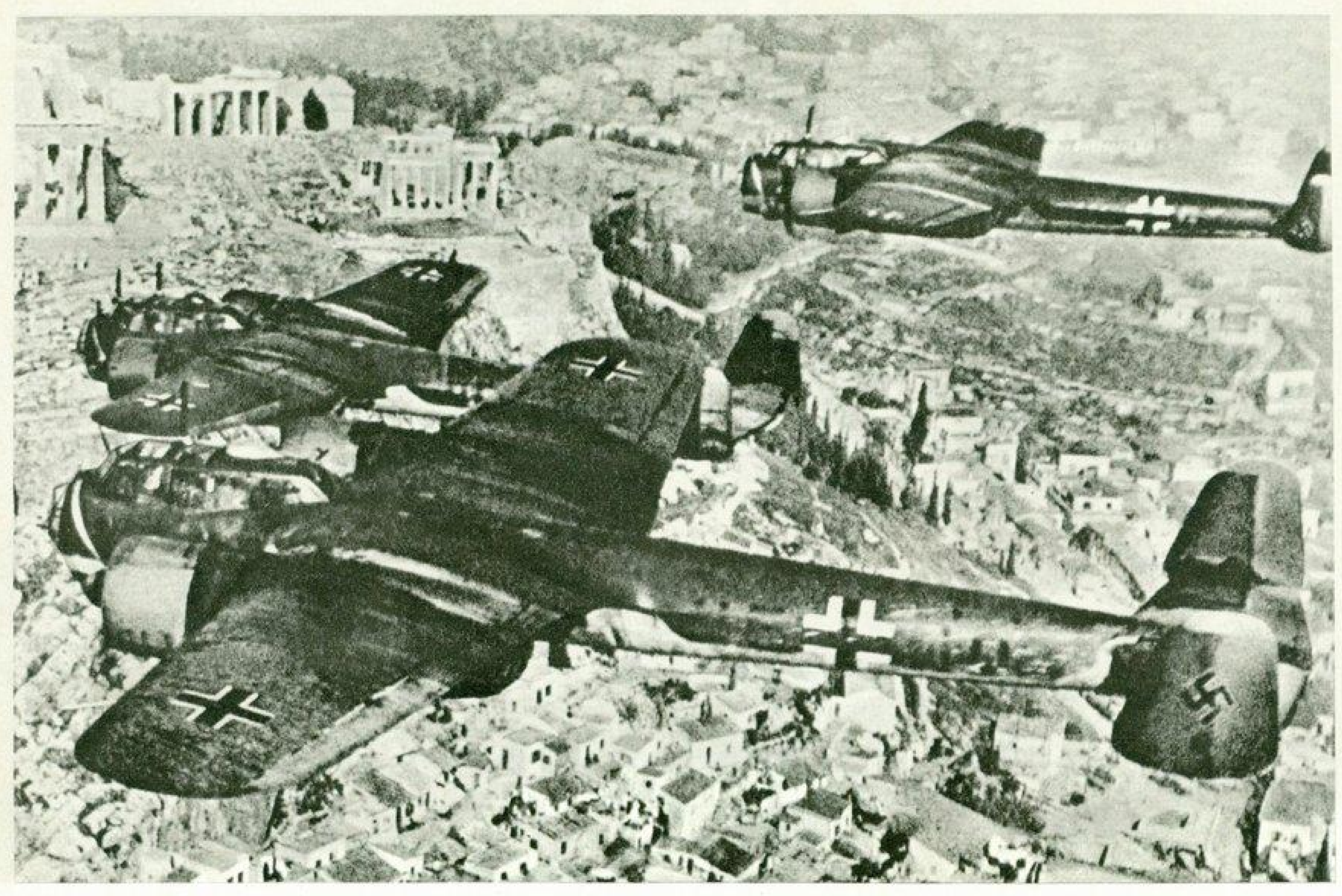
El Cuerpo de Ejército de Montaña XVIII alemán, al mando del general Böhme, lanzó tres ataques contra tres distintos puntos del sector central de la línea Metaxas. Por el Norte, una *Panzerdivision* avanzó hasta más allá de la frontera yugoslava, y aquel día conquistó Strumica sin encontrar gran resistencia. Las Divisiones de Montaña 5 y 6 atacaron frontalmente la línea de Metaxas en la zona del paso de Rupel, mientras la División de infantería 72, con el apoyo de carros de combate, de la artillería y de los *Stuka* avanzó desde Nevrokop, dirigiéndose hacia el Sur para atacar la citada línea al norte de Serre.

El Cuerpo de Ejército Motorizado XI, del general Stumme, penetró en Yugoslavia avanzando en dirección Este-Oeste. La División Acorazada 9 y la *Leibstandarte Adolf Hitler* de las SS salieron de Kriva Palanka y de Kumanovo, avanzando rápidamente hacia Skoplje. La División de infantería 73, que operaba al sur de esta unidad, ocupó Kočani y, al atardecer del 6 de abril, llegó a Veles, a orillas del Vardar. Más hacia el Norte, el Cuerpo de Ejército Motorizado XLI y el Grupo Motorizado I penetraron en Yugoslavia, dirigiéndose directamente hacia Belgrado, donde se pusieron a las órdenes del *Feldmariscal* von Weichs, comandante del Ejército 2 alemán.

La noche del 6 de abril el puerto del Pireo rebosaba de buques pertenecientes al convoy AFN 24. Uno de ellos, el *Clan Fraser*, de 12.000 toneladas, había transportado 350 de explosivo, y al acabar el trabajo por la tarde, quedaban todavía en la bodega 250 toneladas. Los enlaces entre las autoridades griegas y el mando naval británico dejaban mucho que desear, por lo que, a pesar



La flota enemiga constituía uno de los objetivos principales de los aviones alemanes. En la fotografía se ve el acorazado griego *Kilkis*, ex americano, convertido en guardacostas en 1932 y hundido por los *Stuka* en Salamina en abril de 1941.
(History of the Second World War)



Una formación de *Dornier* sobre la Acrópolis. La acción de la *Luftwaffe* en aguas del Pireo fue muy eficaz; hundiendo, en los comienzos de la campaña, un destructor y más de veinte barcos mercantes. *(History of the Second World War)*

de que aquel mismo día los alemanes habían desencadenado la ofensiva y eran de esperar incursiones aéreas, el *Clan Fraser*, en lugar de ser remolcado para que estuviera durante la noche en la bahía de Falero, permaneció atracado al muelle.

Poco antes de las nueve de la noche el aire se llenó del estruendo amenazador de los aviones alemanes. La primera oleada dejó caer en las aguas del Pireo minas magnéticas para impedir que los buques fondeados pudieran salir del puerto. Seguidamente llegó la oleada de los bombarderos. Varias bombas alcanzaron de lleno el *Clan Fraser*, y en seguida una inmensa llamarada roja y anaranjada desgarró la oscuridad; una humareda negra envolvió rápidamente todo el puerto y, al dispersarse, se vio el barco convertido en una gigantesca pira. Las lanchas de salvamento colgaban como gallardetes de fuego de los aparejos destrozados. Luego el navío explotó en medio de un fragor infernal y de un mar de fuego, haciendo añicos las puertas y ventanas de las casas atenienses distantes más de 11 km. Una cascada de metales candentes cayó sobre los barcos y lanchas fondeados, provocando incendios en cadena. Varios edificios situados a lo largo de los muelles se incendiaron. Nubes de chispas surcaron, como estrellas fugaces, el cielo de la noche. El puerto del Pireo, transformado en un anfiteatro en llamas, continuó ardiendo hasta la mañana siguiente.

Este ataque alemán causó la pérdida de 11 buques, con un total de 41.489 toneladas. El puerto quedó reducido a un montón de escombros, e incluso después de los trabajos de limpieza tan sólo cinco muelles de atraque, de los doce que había en un principio, pudieron ponerse de nuevo en servicio. El almirante Cunningham calificó la incursión de «golpe ruinoso», ya que privaba a los Aliados del único puerto bien equipado de que disponían para aprovisionar al «Grupo W».

Aquella misma noche, seis *Wellington* de la RAF destruyeron un tren de municiones e instalaciones ferroviarias en Sofía, y otros aparatos *Blenheim* causaron algunos daños en la línea férrea, más al Sur; pero el conocimiento de estos hechos sirvió de muy poco consuelo.

El fuerte de Ninfea, en Tracia occidental, resistió durante todo el 7 de abril los asaltos de la infantería alemana, armada de lanzallamas; pero poco a poco fueron destruidas las obras defensivas con cargas de dinamita y con bombardeos aéreos en picado.

Poco antes de la medianoche, los repetidos asaltos acabaron por vencer la resistencia griega; los supervivientes cruzaron la frontera de Turquía y en este país fueron desarmados.

La *Luftwaffe* continuó machacando los depósitos militares de la retaguardia de la línea Metaxas, causando enormes daños. Asimismo, los fuertes situados a lo largo de toda la línea fueron objeto de continuos bombardeos masivos y, cuando las tropas alemanas presionaron para romper la línea defensiva griega, tuvieron que librar duros combates cuerpo a cuerpo. Un episodio típico de la lucha sostenida en esta región es el combate reñido cerca del fuerte de Kelkaya, en el sector ocupado por la División de infantería 18 griega. A las 5,15 los alemanes iniciaron un violento bombardeo de artillería contra la posición enemiga, al que siguió otro bombardeo aéreo en picado. Seguidamente unidades de infantería se lanzaron al asalto de las defensas exteriores del fuerte. En la encarnizada lucha que siguió, los soldados griegos efectuaron un contraataque a la bayoneta. La lucha continuó con la misma intensidad, y la artillería griega, que se encontraba en el exterior del fuerte, infligió graves pérdidas a las tropas del general Böhme. Pero los alemanes continuaron atacando mañana y tarde, sin que se observara la menor disminución en su ardor combativo y en su habilidad.

Los griegos consiguieron rechazarles por dos veces en brillantes contraataques, y una parte de su División 18 realizó, heroicamente, actos que equivalían a un suicidio, con el fin de que sus compañeros que se encontraban en el interior del fuerte pudieran defender las posiciones más amenazadas.

No obstante, al anochecer, las tropas griegas fueron diezmadas por un continuo fuego de barrera y dos de las salidas auxiliares del fuerte saltaron por los aires. En su lugar quedaron dos brechas humeantes, salpicadas de cráteres de granadas, a través de las cuales las unidades de infantería alemana penetraron en el interior. Pero la indómita voluntad de resistencia de los defensores volvió a triunfar sobre su debilidad material y los atacantes fueron rechazados de nuevo, experimentando gravísimas pérdidas y dejando gran cantidad de muertos y heridos en la entrada del fuerte.

Al día siguiente, los alemanes llevaron al lugar unos dispositivos especiales que producían una densa humareda. Dirigieron los chorros hacia el interior del recinto y, al amparo del humo, la infantería desencadenó un nuevo ataque con lanzallamas. En el interior, la atmósfera se hizo asfixiante; los soldados apenas podían distinguir a sus camaradas entre los enemigos y, aunque un grupo de ametralladoras al que no había alcanzado el humo continuó disparando un fuego mortífero, los defensores griegos empezaron a ceder. Hacia mediodía, después de haber mantenido muy alto con su valor el prestigio de las Fuerzas Armadas griegas, el fuerte se vio obligado a capitular.



El puente sobre el canal de Corinto era muy importante, pues unía la Grecia continental con el Peloponeso, y los alemanes organizaron una acción de paracaidistas a fin de ocuparlo intacto. Los aviones de transporte despegaron (abajo a la izquierda) y los hombres se lanzaron al vacío; pero el puente, minado, saltó por los aires (26 de abril). Abajo, a la derecha: vista aérea del istmo de Corinto en la que se ve el canal y la carretera principal que va desde el continente al Peloponeso (en el centro). Indicado con una flecha, el lugar por donde pasaba el puente.
(History of the Second World War)

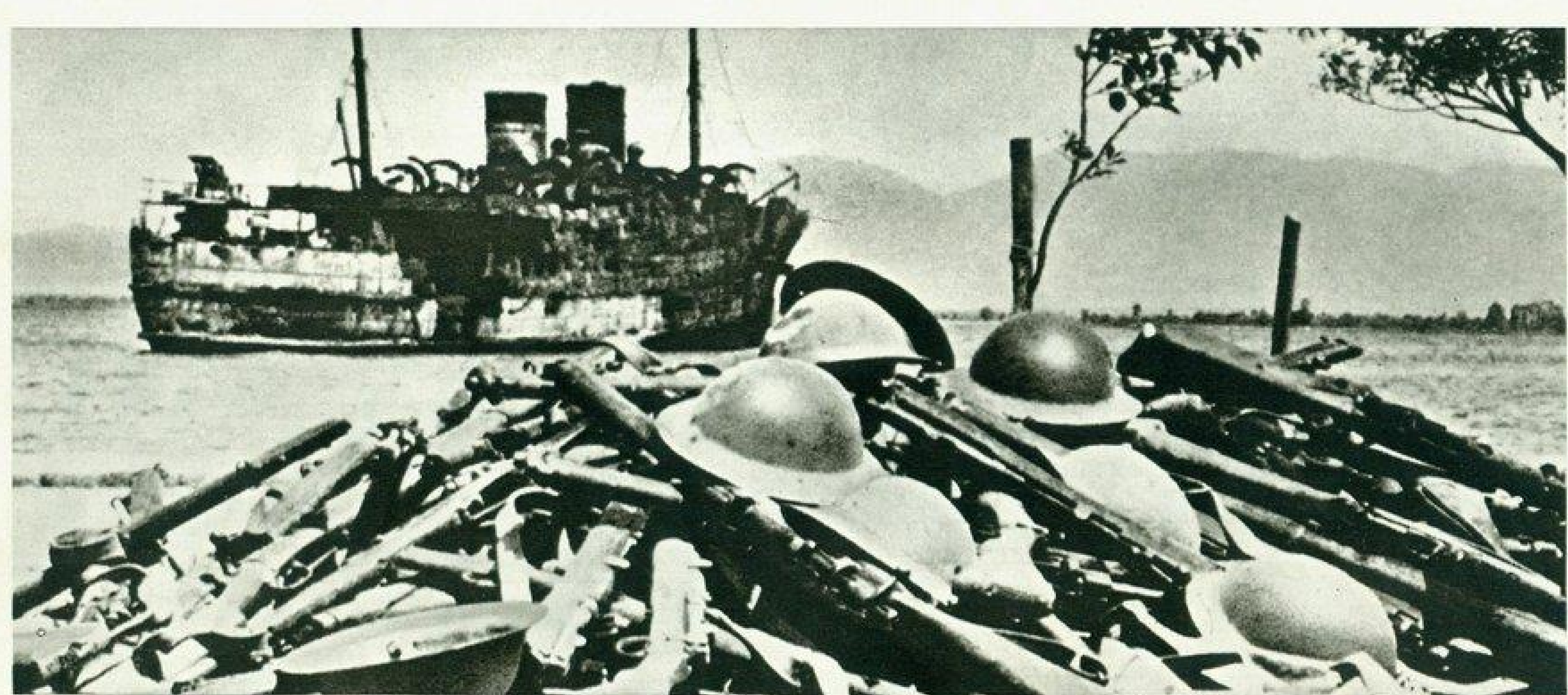
Salónica amenazada

El 6 de abril, destacamentos de las fuerzas de Böhme conquistaron tres fuertes en el sector defendido por la División 18 griega, gracias a la acción combinada del fuego de barrera de la artillería, los bombardeos en picado, los lanzallamas y los aparatos lanzahumos. A los griegos, en número muy inferior y con un armamento primitivo les fue prácticamente imposible oponer resistencia.

Cascos de acero y fusiles abandonados por los soldados del Cuerpo Expedicionario británico antes de dejar el territorio griego. Abajo: carros de combate británicos arrinconados en una calle durante la retirada aliada del Norte de Grecia.
(History of the Second World War) - (Keystone)

La amenaza más grave para la línea defensiva griega la constituía la División Acorazada 2 alemana, que, después de realizar una conversión, llegó a Dojran la noche del 7 de abril. Si las fuerzas alemanas hubiesen continuado en este sentido, habrían podido envolver el flanco de la línea Metaxas y avanzar por el valle del Vardar hasta Salónica. Mas, frente a la amenaza, el general Papagos dio orden a la División Motorizada 19 griega –que se había establecido en la llanura del Vardar para defenderla contra una eventual invasión de tropas paracaidistas– de trasladarse a la zona del lago Dojran, al este del Vardar, mientras dos compañías de infantería subían hacia el Norte para reforzarla. Con este desplazamiento, la zona confiada a la defensa de la División 19 (unidad muy débil) se extendió en unos 64 km. Este intento de salvaguardar una posición expuesta dejaba, no obstante, un vacío no menos peligroso entre las tropas establecidas en la zona de Dojran y en el flanco de la línea Metaxas, donde se encontraba la División 18 griega.

Hasta este momento el «Grupo W» no había entrado todavía en contacto con las tropas alemanas, pero como las noticias procedentes de Yugoslavia anunciaban la ocupación de Skoplje por los alemanes, Wilson adoptó las medidas necesarias para rectificar la línea defensiva del Aliakmon, pensando ya en una segunda línea que atravesase el país más hacia el Sur y en la que deberían situarse también las unidades griegas retiradas del frente albanés.



El fuerte Ejinos, en Tracia, se rindió el 8 de abril; pero otros fuertes de la línea Metaxas continuaron resistiendo a pesar de la destrucción de sus defensas exteriores por el enemigo. La amenaza que se cernía sobre Salónica se agravó de pronto el día del avance fulminante de la División Acorazada 2 alemana (Cuerpo de Ejército XVIII) en la zona de Dojran. Un ataque de carros desbarató el débil despliegue defensivo de la División Motorizada 19 griega, y esta acción tuvo una importancia decisiva para el resto de la campaña.

La División Acorazada 2 alemana avanzó entonces rápidamente hacia Kilkis e interceptó la línea férrea de Salónica, a la altura de Kilindri, impidiendo así que las escasas reservas griegas, situadas en Salónica, se trasladaran por ferrocarril al sector principal de las operaciones. La penetración en profundidad en las posiciones defensivas griegas era el preludio del inevitable envolvimiento de la línea Metaxas. Algunas unidades avanzadas alemanas alcanzaron aquella misma noche los suburbios de Salónica; pero esta vez los depósitos de gasolina de la zona portuaria habían sido ya destruidos por los ingenieros canadienses, a fin de que no cayeran en manos del enemigo.

El general Papagos, que unos días antes había dado orden de desencadenar una ofensiva en el frente albanés, en combinación con las fuerzas yugoslavas, dio contraorden en vista de la amenaza que representaba para las unidades griegas en Albania el avance del Cuerpo de Ejército Motorizado XL alemán. Las tres divisiones alemanas, que constituían dicho Cuerpo de Ejército, se unieron en Prilep, que fue ocupada el 8 de abril.

Dos batallones de la Brigada 19 habían llegado por fin del Pireo para formar parte del «Grupo W». Wilson decidió enviarlos a Kočani, con la intención de rechazar cualquier eventual ataque por el valle de Flórina o procedente de la llanura del Vardar, a través del valle del Aliakmon. Pero este despliegue implicaba dejar descubierto el flanco de la Brigada 16, situada en Veria.

Por aquellos días, la resistencia yugoslava cedió en toda la línea meridional, y los acontecimientos empezaron a precipitarse. El envolvimiento de la línea Metaxas, efectuado el 8 de abril por el Cuerpo de Ejército XVIII alemán, provocó la capitulación del Ejército griego de Macedonia oriental, y el 9 de abril, a las 8 de la mañana, el grueso de la columna de carros de combate alemanes entró en Salónica. Se negoció un protocolo sobre las condiciones de la rendición entre el comandante alemán de la División Acorazada 2 y el general Bakopoulos, comandante de las fuerzas griegas.

La amenaza que para la posición del Aliakmon constituía el Cuerpo de Ejército Motorizado XL alemán fue conjurada mediante una rectificación en el despliegue de las fuerzas del «Grupo W». El general Mackay, de la División 6 australiana, asumió el mando de la unidad de choque, que había sido llevada a Amindeon, y la reforzó con un destacamento de tropas de su División 6 y con unidades de la Brigada Acorazada 1, que se estaban replegando desde la llanura del Vardar. Estas fuerzas tenían la misión de contener el avance alemán a través del desfiladero de Vevi.





Arriba: 9 de abril de 1941: Los *Panzer* entran en Salónica: entre la multitud algunos pocos brazos se levantan haciendo el saludo nazi. Abajo: 29 de abril de 1941: en Atenas, ya ocupada, entran las tropas alemanas que han tomado parte en la campaña.
(History of the Second World War) - (Archivo Rizzoli)

Los Aliados no pueden enviar más refuerzos

El nuevo despliegue se acordó tras una reunión de los comandantes británicos Wilson, Blamey y Mackay y los oficiales del Estado Mayor griego. Papagos, consultado al efecto, se declaró conforme con la nueva línea defensiva que, en un principio, tenía que haberse extendido desde las posiciones del Aliakmon-Olimpo, en el flanco derecho, hasta el sur de Servia, ascendiendo luego hasta Klisura. Pero esta línea de defensa fue rectificada, situándola mucho más al Sur, siguiendo el curso del Venétikos, desde Servia, y atravesando la cadena del Pindos hasta el mar Jónico.

Esto significaba que los griegos habían de renunciar no sólo a todo el territorio ocupado en Albania, sino también a Macedonia, ya que su Ejército del frente albanés debía replegarse hacia la cadena del Pindos.

Mientras tanto, comenzó el repliegue hacia una posición a mitad de camino. Fue preciso abandonar Edesa. La línea corría desde el desfiladero de Vevi hasta las colinas al sur de Edesa, atravesando el extremo norte del lago Vergoritis. Papagos debía haber dado ya al Ejército griego de Macedonia occidental la orden de replegarse sobre la línea Santi Quaranta-Venétikos, pero no lo hizo hasta el 12 de abril.

El día 10 de abril, con las primeras luces del alba, el Cuerpo de Ejército XL alemán atravesó el desfiladero de Bitola; una columna se dirigió hacia el lago de Prespa, para unirse a las fuerzas italianas en Albania, y otra avanzó hacia el Sur, en dirección a Vevi.

Poco antes de las 7, dos patrullas de carros neozelandeses, destacadas de la Brigada Acorazada 1, sostuvieron un combate con una gran unidad avanzada alemana, a 9 km al norte de Vevi, sin experimentar ninguna pérdida.

Fugitivos griegos y yugoslavos afluían por el desfiladero de Vevi. Y hacia las 10 llegaron las primeras patrullas avanzadas alemanas. Tan pronto como los fugitivos hubieron atravesado las líneas aliadas, se hizo saltar, por orden del general Mackay, la carretera que pasaba junto al campo minado.

Mientras estaba en pleno desarrollo el ataque alemán, Wavell comunicó al «Grupo W» que, a causa del éxito que estaba consiguiendo Rommel con su ofensiva en el desierto de Libia, no le sería posible destinar más tropas a la campaña balcánica; lo cual significaba que Grecia ya no podría contar con los 100.000 hombres que su aliada le habia prometido

EDWIN PACKER



Es periodista, y durante cierto tiempo fue vigilante de procesados en libertad condicional. Abandonó el servicio en 1960 y desde entonces ha escrito sobre las más diversas materias. Es colaborador del *Observer*, del *Guardian*, del *New Society*, etc. La historia moderna es uno de los campos de estudio que más cultiva: se le conoce sobre todo por su libro sobre Mussolini.

LA PÉRDIDA DE GRECIA

UNA DERROTA HONROSA

Los alemanes conquistaron Grecia en menos de cuatro semanas. Peter Elstob relata el proceso de su fulminante avance, describiendo los sangrientos combates en los desfiladeros de las montañas y la transformación del «repliegue ordenado» de los Aliados en un segundo Dunkerque.

Peter Elstob

En el espacio de pocos días se vio claro que la resistencia griega se derrumbaba bajo el violentísimo ataque y que ya no era posible mantener la larga línea defensiva del Aliakmon. Por ello, el general Wilson constituyó una línea más corta, desde la costa del Egeo hasta los desfiladeros del monte Olimpo, y desde aquí, doblando por el Noroeste y atravesando montañas cubiertas de espeso bosque, hasta el paso de Bitola.

El punto más estrecho del desfiladero que va de Yugoslavia a Grecia se encuentra a la altura de Vevi. En este lugar, disponiendo de buenos emplazamientos de artillería, apoyada por la infantería y las ametralladoras, sería posible detener las columnas motorizadas. Y, desde luego, si se quería que el resto de las fuerzas greco-británicas alcanzara la nueva línea defensiva y que el Ejército griego que todavía estaba en Albania tuviera tiempo de retroceder y unirse a ellas, era de importancia vital impedir al Ejército alemán que forzara este paso.

El 8 de abril, patrullas avanzadas de carros de combate, situadas en los puentes, abrieron fuego contra los motociclistas y la infantería montada en vehículos oruga que precedían a la columna alemana; luego, tras hacer explotar las cargas para cortar la carretera, se retiraron. El impetuoso avance de los alemanes se hizo entonces más lento y más cauteloso. Ese ligero retraso fue precioso para los greco-británicos, ya que permitió al general Wilson organizar una defensa ordenada.

En la zona del paso de Bitola, Wilson tenía ya situadas algunas unidades de su brigada acorazada. Y la noche del 8 al 9 de abril las reforzó con

Atenas ocupada: una ametralladora antiaérea italiana de 20 mm en posición sobre un promontorio desde el que se domina la Acrópolis.

(History of the Second World War)



Las SS en Grecia: eran hombres jóvenes, duros y audaces en el combate e insolentes fuera de él. *(Associated Press)*

una compañía de ametralladoras neozelandesas y con los carros de combate y cañones contracarros que le quedaban; al mismo tiempo envió una apremiante llamada de auxilio a la brigada australiana, pidiendo otros refuerzos de infantería.

Los hombres llevaban ya siete días de extenuante esfuerzo, en medio de la nieve, sin el menor descanso y sin probar comida caliente. La madrugada del 10 de abril se destacó un batallón de infantería que, poco antes del anochecer, consiguió llegar al desfiladero, en una marcha forzada a través de las montañas. Sus hombres fueron enviados inmediatamente a las peligrosas posiciones avanzadas de la pendiente, con la orden de atrincherarse. El terreno rocoso y helado por añadidura no permitía excavar trincheras muy profundas, pero como era muy probable que los alemanes desencadenaran el ataque en las primeras horas del día siguiente, los australianos continuaron trabajando sin descanso. A medida que avanzaba la noche la temperatura se hacía más rígida, y algunos hombres empezaron a caer víctimas del cansancio y de congelación.

El regimiento de carros, los húsares del Regimiento *Northumberland* y las baterías contracarros de la brigada acorazada formaron la reserva, mientras la artillería a caballo ascendía por el desfiladero con sus piezas de 88 mm. Tres regimientos de infantería, reforzados por otros tres de artillería debían defender una posición de unos 20 km. La orden era: cerrar el paso a los alemanes durante dos días, y de ser posible tres.

Hacia medianoche, los australianos atrincherados en las pendientes avanzadas percibieron algunos movimientos sospechosos. Se pusieron en guardia y entonces –según la versión oficial australiana– oyeron unas voces que decían: «¡Patrulla de ronda, todo en orden!» «Baja el fusil, Steve, soy yo». Se trataba de alemanes de las SS, adiestrados para este fin, los cuales se habían infiltrado entre las patrullas inglesas, bastante distanciadas unas de otras. Gracias a esta estratagema, los alemanes capturaron un buen número de prisioneros y consiguieron que nadie pudiera descansar aquella noche.

El 11 de abril –segundo día– amaneció gris, envuelto en niebla y con un viento que arremolinaba la nieve. La visibilidad se reducía a 5,9 metros. Los carros de combate alemanes empezaron a avanzar, pero se vieron obligados a detenerse cuando algunos de ellos, que se habían adentrado en el campo minado, sufrieron daños considerables y quedaron inmovilizados. Más tarde emplazaron cañones de 105 mm, que abrieron fuego sobre las pendientes avanzadas, donde la artillería contracarro y la infantería australiana se habían refugiado. Poco antes de la noche dos batallones de infantería alemanes atacaron a caballo de la carretera, siendo rechazados por el fuego de la artillería; el ataque se reanudó al caer la noche, pero sólo consiguieron llegar a 270 metros de las líneas aliadas.

Convencidos de que al día siguiente los carros de combate alemanes se abrirían paso envolviendo el flanco, se envió al sector un regimiento inglés de carros para hacer frente a la amenaza.

Los carros ingleses anticuados y deteriorados

El Regimiento de carros 3 era prácticamente una unidad de nueva constitución, ya que la originaria fue aniquilada durante los últimos días de Dunkerque. El regimiento había sido dotado de nuevos carros, modelo 1937 (A 13), y pasó al frente griego, desde Egipto; pero entonces sus carros nuevos fueron sustituidos por otros más lentos, los A 10, modelo 1935, veteranos del desierto y cuyas cadenas se hallaban ya casi completamente gastadas.

El 12 de abril –tercer día– los alemanes desencadenaron el verdadero ataque, con su infantería en formaciones cerradas, cubriendo un vasto frente y apoyada por el fuego incesante de ametralladoras, morteros y cañones. La sección avanzada de los australianos fue arrollada y tan sólo seis hombres consiguieron salvarse. Los otros murieron o cayeron prisioneros.

Al final de un desordenado combate de seis horas, durante el cual los «rangers» –un batallón del *King's Royal Rifle Corps* situado en posición avanzada– se retiraron por error, dejando descubierto el flanco de la artillería contracarro, los alemanes capturaron cinco cañones y cercaron a los australianos. Las ametralladoras abrieron fuego por tres lados, mientras la infantería alemana, apoyada por carros, avanzaba frontalmente en toda la línea. Los australianos descubrieron que sus fusiles contracarros «Boyes», una de las armas más ridículas de 1939, eran completamente ineficaces.

A pesar de los esfuerzos para organizar una retirada ordenada, el batallón comenzó a disgregarse: los acontecimientos de las últimas sesenta horas habían sobrepasado todo cuanto un ser humano es capaz de soportar. Muchos soldados tiraron las armas, y en algunos casos la decisión fue tomada deliberadamente por los mismos oficiales, los cuales sabían que la única posibilidad de salvación estaba en la rapidez de la marcha y en la protección que les ofrecía el terreno montañoso. Al final, los australianos cayeron vencidos por el agotamiento.

A pesar de lo mal que habían ido las cosas, se consiguió evitar lo peor. En efecto, los alemanes hubieran podido arrollar toda la posición si las



Soldados del Cuerpo Expedicionario británico, completamente agotados, a bordo del barco que los pondría a salvo en la base de Alejandría. *(Imperial War Museum)*

baterías de la artillería a caballo no hubiesen continuado disparando, al descubierto, contra los carros enemigos. Así consiguieron detener la avalancha, permaneciendo en su puesto hasta que los carros y las unidades de infantería alemana llegaron a menos de 400 metros de sus piezas. Sólo entonces se replegaron ordenadamente, llevándose con ellos – y fueron los únicos– todas las piezas y salvando la situación.

El paso había sido defendido durante casi tres días, hasta la noche del 12 de abril; pero el precio que se pagó fue muy alto. Los tres batallones de infantería salieron muy mal parados; la artillería australiana perdió 20 cañones, y al regimiento de carros pesados no le quedaron más que 10 en funcionamiento de los 50 que tenía. Además, el enemigo había capturado un gran número de prisioneros; sólo 50 hombres del batallón australiano lograron escapar a través de las colinas.

Mientras tanto, los alemanes estaban consiguiendo una serie de victorias arrolladoras en la zona de Salónica, a pesar de la desesperada resistencia de los escasos defensores de los fuertes fronterizos. Los mismos alemanes confesaron más tarde a Papagos que ésta había sido la resistencia más dura que jamás habían encontrado; pero la fuerza prevaleció, y los atacantes siguieron avanzando, de modo que al peligro que se cernía sobre el centro se sumó la amenaza de un avance a lo largo de la costa griega oriental.

Durante esta fase, en el flanco derecho aliado se encontraban una brigada australiana y dos neozelandesas, que habían empleado un mes para excavar un largo y profundo foso contracarro a través de la llanura que se extendía ante el Olimpo. La infantería griega que las apoyaba se situó en las cumbres, mientras los neozelandeses extendían su exiguo despliegue en un frente de 24 km. Un regimiento de la División 2 neozelandesa, situado en una línea más avanzada y dotado de autoametralladoras y vehículos oruga *Bren-Carrier*, tenía que hacer frente al primer asalto de los alemanes, retardar su penetración y retirarse.

Pero, tras el hundimiento yugoslavo y la caída de Salónica, el general Wilson juzgó imposible mantener una línea defensiva tan larga y comprendió que la única posibilidad de prolongar la resistencia consistía en una retirada hacia las Termópilas, a unos 160 km. La condición indispensable para garantizar un repliegue ordenado era la de tener cubierta la espalda con una sólida retaguardia, cuya misión debía ser la de mantener un paso abierto hasta que todas las unidades hubieran pasado; a continuación, y después de cerrarlo bruscamente, debía entretener al enemigo todo el tiempo necesario para que otras fuerzas pudieran establecer posiciones más a retaguardia.

El 8 de abril los neozelandeses recibieron la orden de abandonar el foso contracarro y retirarse hacia los pasos del Olimpo, lo cual significaba tener que cargar a toda prisa 1000 toneladas de material, renunciar a kilómetros de alambre de espino, a las minas contracarro y a la protección de la zanja; además de emprender largas marchas y preparar nuevas posiciones.

Los australianos que estaban en el desfiladero de Veria tuvieron que retirarse unos 48 km para situarse en el paso Servia; viéndose obligados para ello a trepar por la cadena de los montes Imathia (de una altura de 1800 m), bajar por la vertiente opuesta hacia el valle del Aliakmon, atravesar el río, y, seguidamente, realizar una escalada por la cadena de los montes de la Pieria, al otro lado del valle.

Para defender el Olimpo, en el punto donde la línea férrea corre entre las montañas y la costa, que por cierto fue rápidamente minado, se dejó un solo batallón, con la misión de entretener a los alemanes el mayor tiempo posible y hacer explotar las cargas para obstruir la vía.

El problema más urgente era sacar de la línea a la infantería que había luchado en el paso de Vevi hasta que la presión alemana se hizo incontenible. Las reservas de carros de combate y de



Una de las primeras disposiciones de los alemanes, al entrar en la capital griega, fue la de izar la bandera con la cruz esvástica en la Acrópolis. *(Associated Press)*

cañones contracarros fueron enviadas al sur de la pequeña ciudad de Ptolomais, a fin de formar una retaguardia en el punto en que la carretera principal atravesaba una hondonada y corría luego a lo largo del río, entre dos series de alturas, constituyendo una emboscada natural.

La responsabilidad de la retaguardia se confió al 4.º Regimiento de húsares, reforzado por un escuadrón de carros, dos baterías de cañones contracarros, dos compañías de «rangers» y por la artillería a caballo, todavía indemne, con sus excelentes cañones de 88 mm. Este regimiento de húsares (al que había pertenecido Churchill y del que era coronel honorario) no llegó a tiempo para intervenir en la campaña de Francia, y disponía aún de una dotación de carros ligeros de reconocimiento del tipo prebélico, Mark VI B, de cinco toneladas de peso y armados únicamente con dos ametralladoras. Desde luego, no podrían hacer frente a los grandes carros alemanes, pero los húsares tenían en su haber una larga tradición de audacia y de espíritu combativo, habiendo llegado a Grecia con el firme propósito de añadir un nuevo capítulo glorioso a la dilatada historia del Cuerpo.

Otra retaguardia provisional, establecida a lo largo de la cresta de una montaña, a unos 13 km al sur de Vevi, entretuvo con sus carros y artillería a los alemanes hasta media mañana del 13 de abril, cuando los últimos grupos de infantería se hubieron retirado.

Pero la espera se había prolongado demasiado, ya que los perseguidores alemanes no eran ahora unidades de infantería, sino una división acorazada apoyada por artillería. Los pequeños carros de reconocimiento se retiraron precipitadamente, mientras las granadas explotaban a su alrededor; tan pronto como hubieron salvado la hondonada hicieron saltar el puente.

El comandante en jefe, coronel Lillington, había dado orden a los cañones de grueso calibre de que suspendieran el fuego para que los alemanes se fueran acercando. La estratagema dio resultado y los ingleses dispararon de nuevo tan sólo cuando la columna acorazada alemana apareció en la carretera, en formación cerrada. La columna experimentó grandes pérdidas, que aumentaron sensiblemente cuando nueve aparatos *Blenheim*, que se dirigían hacia el paso de Bitola para bombardearlo, descendieron y dispararon en abanico ráfagas de ametralladora. Aquel mismo día los nueve aparatos fueron derribados.

El comandante alemán sabía ahora que se encontraba frente a un enemigo decidido a detener su avance, por lo que ordenó desencadenar una acción masiva de la artillería y de los morteros, mientras los carros y la infantería envolvían el flanco izquierdo de la defensa.

Dos escuadrones de húsares avanzaron sin vacilar: carros de 5 toneladas contra vehículos de 22, ametralladoras contra cañones. Seguros de su superioridad, los *panzer* subieron imprudentemente por una pendiente, poniéndose a la vista de los cañones contracarros de los húsares del *Northumberland*: todas sus piezas de 47 mm abrieron fuego y los carros pesados alemanes se retiraron.

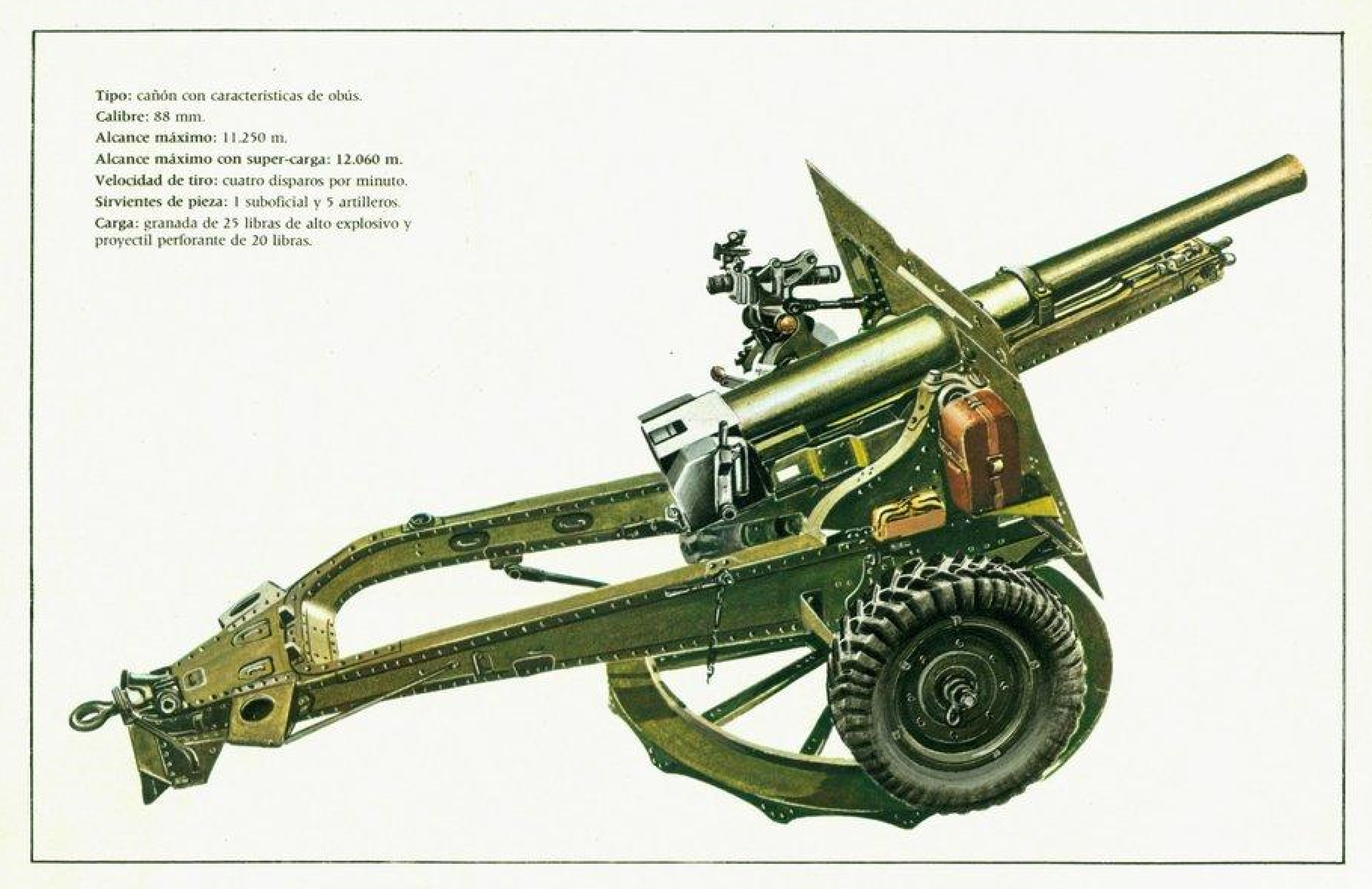
A las 19 la infantería británica, que efectuaba el repliegue, pasó sana y salva por Kocäni, a poco más de 26 km al Sur, y la retaguardia comenzó a dar por cumplida su misión.

Sin embargo, las guerras no se ganan con las acciones, aunque sean audaces, de las retaguardias. Y lo cierto es que el 15 de abril, la Brigada Acorazada 1, entre heridos y averías mecánicas en los vehículos, había perdido casi la mitad de sus efectivos; el Regimiento de carros 3 se hallaba reducido a una compañía de 13 carros; los húsares de *Northumberland* habían perdido la mitad de sus cañones, los «rangers» lamentaban casi el cincuenta por ciento de heridos. Sólo la artillería a caballo había conservado sus fuerzas prácticamente intactas.

No obstante, con la 9.ª *Panzerdivision* presionando sin cesar y la *Luftwaffe* dueña del aire, sólo una continua retirada podía librar al Cuerpo Expedicionario británico de su total aniquilamiento. La retirada frente a fuerzas enemigas superiores es una experiencia amarga: hombres exhaustos obligados a marchas más largas que las de sus perseguidores, a cambiar de frente, a luchar cuando el terreno es favorable y a reemprender luego el repliegue; todo ello sin el menor respiro para evitar ser cercados. En los once días que siguieron, del 14 al 25 de abril, la Brigada Acorazada 1 no hizo otra cosa que retirarse, sometida a bombardeos durante el día y marchando por la noche.

Desde Salónica, las victoriosas fuerzas alemanas atravesaron sin detenerse el valle del Aliakmon, dirigiéndose hacia el monte Olimpo. El regimiento de caballería neozelandés, al encontrarse frente a ellas, hizo fuego sobre las patrullas avanzadas, retardó el paso en algunos puntos y luego, el 10 de abril, se retiró a la nueva línea defensiva. Después de cruzar el principal desfiladero del Olimpo, los neozelandeses hicieron explotar las cargas de las minas, y toneladas de roca rodaron hacia el fondo, obstruyendo la carretera y deteniendo a los alemanes en el centro.

En la vertiente orientada al mar, un batallón de infantería neozelandés había intentado minar el túnel de la vía férrea de Platomon; pero la roca era demasiado dura. No obstante, colocaron las cargas explosivas lo más hondo que pudieron y esperaron al enemigo. El 14 de abril, al anochecer, las patrullas avanzadas informaron que unos 300 vehículos alemanes, incluidos 80 carros de combate, se estaban acercando. La explosión no produjo los efectos esperados: únicamente había rasgado una pared y los cascotes obstruían tan sólo parte de la vía.



Los neozelandeses se retiraron y esperaron. Al cabo de pocas horas, el primer carro alemán apareció en la salida meridional, retirándose en seguida bajo el fuego de los fusileros y de las ametralladoras. Estaba ya oscureciendo. Durante la noche los defensores excavaron fosos más profundos para las armas; volvieron a colocar los cañones de 88 mm y el batallón organizó una nueva línea defensiva contra la cual, al amanecer, se lanzaron de nuevo los alemanes.

Los neozelandeses se mantuvieron firmes durante dos días, a pesar de la creciente violencia de los ataques; pero finalmente ganaron las fuerzas más numerosas, y los defensores se vieron en la precisión de retirarse para establecer otra línea defensiva unos kilómetros más atrás.

No obstante, los alemanes no consiguieron avanzar ni por el paso principal, situado en el centro, ni por el de Servia, que es uno de los desfiladeros secundarios de las montañas interiores. En el paso principal, la 2.ª *Panzerdivision*, ante el intenso fuego de barrera, se detuvo el día 14 de abril, y durante treinta y seis horas intentó pasar repetidas veces. Al amanecer del 15, se presentaron nuevas y poderosas fuerzas, las cuales fueron también detenidas, sufriendo graves pérdidas. Más tarde intentaron envolver la posición siguiendo caminos de montaña, y asimismo fueron rechazadas violentamente en todos los puntos. Los alemanes pidieron refuerzos; pero el 17 de abril, la tercera noche, habiendo cumplido ya su misión, los defensores se retiraron.

Basándose en informaciones erróneas, los alemanes suponían que el paso de Servia estaba débilmente defendido, y como, además, la corriente del Aliakmon era demasiado fuerte para que los carros y otros vehículos pudieran vadearla, sólo enviaron dos compañías de infantería. Desde el citado paso, los ingleses dominaban el curso del río y los alemanes, a cada tentativa de atravesarlo, se encontraban expuestos a su fuego. El coronel alemán, habiendo recibido la orden de pasar «a toda costa» a la otra orilla, guió personalmente a sus hombres, atravesando el río a nado por el sitio más profundo; pero todo resultó inútil, ya que los artilleros del ANZAC (Cuerpo de Ejército australiano y neozelandés) mantuvieron al enemigo clavado en el valle durante todo el día. Ante esa situación, decidieron abandonar la idea de forzar el paso y enviar, en cambio, carros y unidades de infantería mucho más hacia el Oeste, con el fin de envolver al enemigo. Pero, en el transcurso de la noche del 17 al 18 de abril, cuando el grueso del Cuerpo Expedicionario se había ya retirado hacia el Sur, los defensores de Servia se replegaron también, protegidos por una niebla providencial. Y así, a la mañana siguiente, las patrullas alemanas descubrieron que el desfiladero estaba desguarnecido.

Al volcarse todos sobre las Termópilas, la única carretera importante –que nunca había sido buena, pero que ahora estaba mucho peor– se hallaba en condiciones tales que el tráfico discurría por ella a ritmo muy lento. Entre los camiones cargados de soldados exhaustos, los *Bren-Carrier*, los carros de combate y los autoametralladoras, circulaban viejos camiones y carretas cargadas con familias enteras llevando sus enseres. La constante presencia de la *Luftwaffe* acabó por destrozar los nervios de muchos conductores, hasta el punto de que apenas oían el menor ruido echaban el freno y corrían en busca de refugio. El agotamiento, la desmoralización y los embotellamientos del tráfico contribuyeron a aumentar el caos.

Una serie de pequeños desastres contribuyó a agravar lo que ya revestía caracteres de catástrofe: la caída de Yugoslavia y la penetración del enemigo, como una cuña, entre el Ejército griego de Albania y las fuerzas anglo-griegas; la rendición del Ejército del Este; la desintegración del que luchaba en el centro; el suicidio del presidente del Consejo griego, todo ayudó a que la derrota fuera total. Existían también otros factores que había que tener en consideración: la eliminación de la RAF en Grecia, la victoria de Rommel en Cirenaica y la ya desaparecida posibilidad de constituir un frente en los Balcanes. Pero Gran Bretaña se había ofrecido a ayudar a Grecia contra la invasión alemana, y así, el 19 de abril, el general Wavell prometió al rey heleno que los ingleses permanecerían en el país y continuarían luchando al lado de los griegos hasta el último momento. Sin embargo, dos días más tarde, el general Papagos dijo al soberano que prolongar la resistencia significaba condenar a Grecia a su total destrucción, y aconsejó la inmediata retirada del Cuerpo Expedicionario británico.

La empresa se presentaba erizada de dificultades, y en un principio se calculó que se requerirían nueve días para llevarla a cabo. Luego, dado el empeoramiento de la situación militar, fue necesario reducirlos a cinco. La *Mediterranean Fleet*, que a la sazón se hallaba en las costas de Trípoli, regresaría a Alejandría un día antes del comienzo de la evacuación. Se decidió no utilizar los acorazados, pues estos navíos exigían una escolta de destructores que serían mucho más útiles para el transporte de soldados. En consecuencia, se sacó de donde se pudo una serie de barcos de mediano tonelaje, formándose una escuadra de siete cruceros, veinte destructores, diecinueve embarcaciones para transporte de tropas y dos lanchas de desembarco de infantería.

El día 22 de abril, el Estado Mayor combinado, designado para planificar la evacuación, se trasladó a Creta y discutió el plan con el Estado Mayor naval. Se destinaron algunos marineros para formar lo que se llamaban «grupos de playa»; dichos marineros fueron adiestrados para realizar lo que había enseñado Dunkerque: esto es, la técnica de cargar soldados exhaustos en pequeñas barcas y luego transbordarlos a buques mayores.

Pero en Dunkerque la RAF pudo llevar a cabo una eficaz labor de apoyo; en cambio, ahora, el cielo se cubría de aparatos alemanes, decididos a conquistar el éxito que en aquella ocasión se les había escapado. Bombarderos germanos habían hundido ya un destructor griego, dos barcos hospitales y veinte buques mercantes en aguas del Pireo, y las conclusiones de todo ello eran obvias. Por lo tanto, era necesario efectuar la operación lo más hacia el sur posible; por ejemplo, en Kalame, en Momvasia y en Nauplion, en las costas del Peloponeso meridional; dichas localidades tenían la ventaja de hallarse más próximas a Creta, donde se había decidido desembarcar provisionalmente las tropas con el fin de que los buques regresaran lo más pronto posible para recoger las que aún quedaban.

Este plan exigía que todas las bases logísticas fueran transferidas desde la zona de Atenas al Peloponeso, para que las unidades combatientes, que serían las últimas en llegar a ellas, pudieran alcanzarlas. Los primeros en salir serían los heridos, los convalecientes y las enfermeras. Los efectivos se trasladarían de noche, diseminados en una vasta zona, y descansarían de día, escondiéndose para escapar a la acción de los bombarderos en picado. La noche siguiente destruirían los vehículos y la artillería, en el caso de que dispusieran de todo ello, y se dirigirían a la playa llevando sus armas individuales y el material más importante de reducidas dimensiones, como los aparatos de puntería de los cañones. Los barcos atracarían una hora después de la puesta del sol, organizando las operaciones de manera que pudieran salir exactamente antes de las tres de la madrugada, con el fin de estar ya lejos de la costa cuando empezara a clarear. Se necesitaba tiempo para organizar las operaciones de embarco y para reunir los convoyes y su escolta. Y esto significaba que la última acción de retaguardia tendría su escenario en las Termópilas.

La última resistencia en las Termópilas

Las Termópilas es un nombre que evoca indefectiblemente el recuerdo de aquella exigua fuerza de espartanos, capitaneados por Leónidas, que allí murieron por defender su independencia. Pero al cabo de los 2500 años transcurridos desde entonces, las Termópilas ya no son el cuello de botella que tan sólo permitía el paso de una biga de combate, ya que con el tiempo el mar se ha ido retirando dejando una amplia marisma de unos 5 km de anchura. Por otra parte, a pocos kilómetros de distancia, hacia el interior, pasa una carretera que atraviesa el alto desfiladero montañoso de Bralos, cuya defensa correría a cargo de los australianos, mientras la división neozelandesa y parte de la Brigada Acorazada 1 defenderían el paso de Molos.

Los hombres de las unidades de retaguardia llegaron a las Termópilas completamente agotados. Comieron y durmieron –para muchos fue realmente el primer sueño desde hacía más de una semana–, y al despertarse se bañaron en las aguas calientes del manantial sulfuroso, como hicieran también los guerreros espartanos el día antes de la batalla con los persas.

Los últimos diez carros de combate ingleses –los únicos que les quedaban en Grecia a los Aliados– llegaron allí junto con siete autoametralladoras, que habían cubierto la retaguardia de la Brigada Acorazada 1 durante el repliegue.

Pero además de las Termópilas, era necesario defender todo el Peloponeso, la gran península unida a Grecia por el estrecho istmo de Corinto, ya que era en sus costas donde tenía que embarcar el grueso del Cuerpo Expedicionario. Con el peligro de un desembarco enemigo, existía la posibilidad de un lanzamiento de tropas paracaidistas, especialmente en la llanura situada detrás de las Termópilas, por lo que el Regimiento de carros 3, que por cierto se había quedado sin ninguno, fue enviado allí para rechazar un posible ataque procedente del aire.

El comienzo de la evacuación se fijó para la noche del 24 de abril, lo que significaba que las unidades de los servicios tenían que atravesar el puente de Corinto antes de esta fecha, a fin de dejar lugar a las tropas combatientes. Por esta razón había que defender las Termópilas con todas las fuerzas disponibles tan sólo hasta el 23 de abril, en que las unidades destinadas a embarcar la noche siguiente, iniciarían su marcha hacia la costa.

Los ingleses suponían que los alemanes desencadenarían el primer ataque el 20 de abril, cuando la posición no estaría aún preparada; pero, con gran sorpresa y mayor alivio el enemigo no se presentó. En su rápido avance los alemanes, habían perdido el contacto con las columnas de abastecimiento, y se vieron obligados a detenerse durante cuatro días para restablecerlo. Este retraso fue, probablemente, determinante en los últimos episodios de la campaña, puesto que la evacuación, como se supo más tarde, se salvó del desastre por un margen de pocas horas. Y, mientras tanto, los defensores de las Termópilas pudieron descansar, asentar debidamente los cañones y preparar la defensa.

El día 22 de abril, un pequeño grupo de artilleros australianos abrió fuego contra el enemigo desde el paso de Bralos; la artillería alemana de medio calibre respondió, y a continuación otros cañones australianos se unieron al duelo artillero. Intervinieron entonces los cañones de grueso calibre, y así se trabó una batalla de artillería en toda regla, durante la cual los ingleses rechazaron un ataque de la infantería enemiga.

Mientras tanto, el Cuerpo Expedicionario iba agrupándose hacia la costa; de tal modo que el 23 de abril las filas de los defensores de las Termópilas ya habían disminuido considerablemente. Una de las tres brigadas neozelandesas destruyó todos los cañones y el equipo y, apenas hubo oscurecido, se dirigió hacia el punto fijado para embarcar. La Brigada 4 retrocedió unos 10 km para constituirse en la última retaguardia a la altura de Tebas. El antiguo paso de Molos siguió defendido por la Brigada 6 neozelandesa, por algunos húsares de *Northumberland* y por la artillería a caballo. Los australianos que guarnecían Bralos permanecieron en su puesto con la mitad de los efectivos.

A las 7,30 del 24 de abril –primer día de la evacuación– el esperado ataque a las Termópilas se inició con un bombardeo de la artillería pesada y de los aviones en picado; al mismo tiempo, aviones de reconocimiento trataban de descubrir las posiciones británicas, cosa que les resultaba muy difícil puesto que los cañones ingleses habían sido enmascarados y dejaban de disparar cuando los aparatos volaban sobre ellos.

El paso de Bralos fue atacado por un grupo mixto, formado por carros de combate, cañones de asalto, motociclistas, soldados de infantería y cañones antiaéreos, que fueron acogidos por el intenso fuego de las ametralladoras y de la artillería australianas. El general Stumme modificó entonces su plan de ataque y lanzó todas sus fuerzas contra los neozelandeses. Este desplazamiento requirió bastantes horas y desde media tarde hasta la noche se luchó duramente en Molos. Pero los alemanes no consiguieron hundir la posición con un asalto masivo de carros, maniobra que había tenido éxito en otras ocasiones.

La artillería neozelandesa, la artillería a caballo y los húsares de *Northumberland* pasaron todo el día 24 de abril apostando las piezas, acumulando municiones y disparando sin cesar; contentos de poder sacar partido al fin de la ocasión que tanto habían esperado. Y lo cierto es que los resultados fueron más que satisfactorios. El violento ataque alemán se desmoronó precisamente cuando se hallaba en pleno desarrollo.

Aquella misma noche, los artilleros inutilizaron los cañones, quitándoles los cierres, y se retiraron silenciosamente a través de la última retaguardia. Permanecieron escondidos durante todo el día siguiente a fin de no ser descubiertos por la *Luftwaffe*, y, por la noche, llegaron a la costa.

La última retaguardia se encontraba en una cima montañosa que dominaba un estrecho desfiladero, a 11 km al sur de Tebas y a 56 al norte de Atenas. Era una buena posición defensiva, guarnecida por unidades neozelandesas, australianas y británicas, con efectivos aproximados a una brigada. Una fuerza excepcional para defender un

A izquierda: el cañón de 25 libras (88 mm) inglés, digno rival de los *Panzer* en la campaña de Grecia. Abajo: artillería alemana en acción en las Termópilas, donde se inició el ataque el 24 de abril de 1941. *(History of the Second World War)*



desfiladero angosto, sobre todo teniendo en cuenta que el terreno no permitía un posible envolvimiento por parte del enemigo. La principal consigna que se le dio era no dejarse descubrir demasiado pronto, y, por esta razón, las piezas de artillería habían sido enmascaradas con gran cuidado, los cañones antiaéreos habían enmudecido y se suspendieron las comunicaciones por radio.

Los defensores de las Termópilas atravesaron esta posición la noche del 24 de abril, y los alemanes se presentaron a las once de la mañana del día 26; la larga hilera de vehículos, cargados de hombres, ofrecía un excelente blanco a los artilleros que estaban a la espera. El tiro tuvo efectos mortíferos, y el avance alemán fue detenido una vez más.

No obstante, aquella misma noche la última retaguardia se retiró más allá de Atenas. Durante todo el día siguiente –era un domingo– esperó ver aparecer al enemigo; pero no sucedió así, pues cada unidad alemana estaba disputándose el honor de ser la primera en ocupar la capital, de izar la esvástica en la Acrópolis y de enviar telegramas a Hitler. Sólo a últimas horas de la tarde apareció una columna acorazada alemana, que fue acogida por el fuego de la artillería y de los cañones contracarros, lo cual la indujo a retirarse y a pedir el apoyo de los bombarderos en picado. Por suerte estaba anocheciendo, y la *Luftwaffe* ya no podría intervenir hasta primeras horas de la mañana. Hacia las 20, los artilleros británicos inutilizaron los cañones de campaña y todos los vehículos. La extrema retaguardia se retiró entonces furtivamente en busca de la salvación (nadie sabía en aquel momento cuán ilusoria era) que les ofrecía Creta.

El Cuerpo Expedicionario británico abandona los puentes y se retira a Creta

Los acontecimientos se precipitaron. El mismo día de la batalla de las Termópilas el general Papagos presentó su dimisión, el Ejército griego capituló, el rey partió para el exilio a bordo de un aparato de la RAF, el cuartel general del ANZAC fue disuelto y los mandos australianos y neozelandeses recibieron la orden de abandonar Grecia.

El general Wilson permaneció en Atenas hasta el último momento, llegando al puente de Corinto el 26 de abril, poco antes del alba. La evacuación había ido bien hasta entonces: la Brigada 5 neozelandesa, retirada de las Termópilas, embarcó la noche del 24 de abril con todos sus efectivos, casi 7000 hombres. Al día siguiente salió la mitad, aproximadamente, de los australianos. En dos noches fueron evacuados más de 18.000 hombres, pero todavía quedaban unos 40.000.

La zona del puente sobre el canal de Corinto era, naturalmente, la más amenazada. Y, sin embargo, desde aquel momento, su defensa se redujo tan sólo a tres carros de combate y una pequeña unidad de infantería australiana. (Se encontraban también allí muchos soldados griegos, mas para ellos la guerra ya había terminado).

Pocas horas después de que el general Wilson y su Estado Mayor atravesaran el puente, de unos 45 metros de altura, un violento ataque aéreo hizo enmudecer todos los cañones contracarros. A continuación aparecieron los *Junker 52*, en formaciones de tres, cubriéndose inmediatamente el cielo de paracaídas de colores. Mientras descendían unos mil paracaidistas, aterrizaron junto al puente algunos planeadores, cuyos ocupantes saltaron fuera, atacaron a los destacamentos de guardia y depositaron rápidamente varias cargas explosivas que estallaron a los pocos segundos. El puente se desplomó sobre el canal.

Todavía hoy se discute acerca de la causa de la explosión. Cuando las cargas estallaron, dos oficiales ingleses estaban disparando contra ellas con sus fusiles, creyendo, indudablemente, que aquellas cargas eran obra suya.

Al sur del canal, la enorme superioridad numérica de los alemanes obligó a los pocos defensores supervivientes a desistir de cualquier acción; pero antes causaron al enemigo 285 bajas, entre muertos y heridos. No obstante, se trató de una clara victoria de los alemanes, quienes el 26 de abril entraron triunfalmente en Corinto. Como primera medida, un oficial alemán que hablaba griego depuso al alcalde. En toda Grecia se oía el estruendo de los carros de combate y de los vehículos alemanes, y el paso acompasado de los soldados, sucios y polvorientos, resonaba en las calles desiertas de la ciudad. Pero poco después, los mismos soldados, limpios y con los uniformes impecables, llenaban las tiendas para comprar víveres y *souvenirs*, explicando a los comerciantes, con folletos bilingües en la mano, cuántos dracmas correspondían a un *reichsmark*. Los griegos empezaron a salir de sus casas y a pasear por las calles, mirando con ojos asombrados a sus conquistadores. Al cabo de pocos días todos eran expertos en materia de cambios monetarios, y los negocios volvieron a prosperar.

La ocupación del canal de Corinto significó, para la Brigada 4 neozelandesa, algunas unidades de la Brigada Acorazada 1 y para los fusileros australianos que formaban la retaguardia de Tebas, no poder embarcarse en las costas del Peloponeso, y, por lo tanto, fueron enviados a otra parte. Después de la marcha de Wilson, el mando había sido asumido por el general Freyberg, que se encontraba en el Peloponeso sin poder comunicar por radio con el grupo situado en Tebas. Afortunadamente, en el puerto de Rafina, a unos 120 km al este de Atenas, se encontraba el mando de la Brigada Acorazada 1, que disponía de un potente equipo radiotransmisor por el cual pudo enviarse un mensaje a la retaguardia con la orden de que se retirara hacia la costa, en las inmediaciones de la capital.

Desde el momento en que los alemanes ocuparon Corinto hasta la evacuación del último contingente del Cuerpo Expedicionario pasaron casi tres días, durante los cuales fue posible embarcar otros 30.000 hombres, en parte ingleses y en parte australianos, gracias a la organización y disciplina de los británicos y gracias también a que los alemanes no supieron sacar el debido provecho de sus victorias.

El arma más activa fue la *Luftwaffe*, que bombardeó en picado y ametralló todos los lugares de la costa meridional en los que divisaba algún movimiento, logrando hundir gran número de buques. La noche del 26 de abril, el transporte holandés *Slamat* estaba embarcando un contingente de tropas en Nauplion; como las operaciones se prolongaron excesivamente, a las 3, cuando se dio la orden de zarpar, tan sólo dos tercios del buque se hallaban ocupados. Su comandante no tuvo valor de dejar en tierra a tantos hombres y, a pesar de las repetidas órdenes de que zarpara, siguió embarcando hasta las 4,15, hora en que se alejó a toda máquina. Pero a las 7 el *Slamat*, que todavía se encontraba dentro del radio de acción de los bombarderos alemanes, fue hundido. Los destructores *Diamond* y *Wryneck* invirtieron la ruta para recoger a los náufragos; pero también lo hicieron los bombarderos, hundiendo a los dos navíos. Sólo hubo 50 supervivientes.

La noche del 27 de abril más de 21.000 hombres del Cuerpo Expedicionario británico habían sido puestos a salvo desde cinco puntos distintos de la costa, y en el transcurso de la noche siguiente otros 5000 de la Brigada 6 neozelandesa embarcaron en la punta extrema meridional del Peloponeso. El único grupo numeroso que todavía no había sido evacuado eran unos 7000 hombres que se hallaban a la espera en la bahía de Kalame.

Pero había llegado el 28 de abril, y el Peloponeso estaba siendo ocupado por la División *Leibstandarte Adolf Hitler* y por la 5.ª *Panzerdivision*; una patrulla avanzada de esta última se apoderó de un pequeño puesto de guardia, irrumpió en Kalame y capturó a un oficial encargado de las operaciones de embarco y al marinero que transmitía las señales, cortando así las comunicaciones con los navíos que se aproximaban.

Los 7000 soldados ingleses que se encontraban en Kalame no estaban en situación de sostener un combate. Sólo 800 de ellos pertenecían a unidades combatientes, los demás eran de unidades de los servicios. En el desbarajuste que siguió a la irrupción de los alemanes, éstos hicieron gran número de prisioneros, encontrando escasa resistencia. No obstante, algunos sí resistieron, entre ellos un comandante de carros, quien estuvo disparando durante dos horas con su fusil ametrallador *Bren*, y un sargento neozelandés que, protegido por el fuego del *Bren*, reunió un grupo de compañeros a los que dirigió en un enérgico ataque contra las ametralladoras enemigas. Algunos meses más tarde, en el campo de prisioneros, este sargento supo que había sido condecorado con la *Victoria Cross*.

El combate de Kalame fue una lucha feroz, con un centenar de muertos por ambas partes, y terminó, increíblemente, con la rendición de los alemanes supervivientes. En consecuencia, los ingleses esperaron poder ser evacuados todavía. Dos cruceros y seis destructores que se estaban acercando a la bahía en el transcurso del combate, captaron una señal luminosa desde la orilla que los puso en guardia: «Boches en el puerto», decía la señal. Un teniente de navío del destructor que iba en cabeza bajó a tierra para averiguar lo que estaba ocurriendo; pero el comandante de la división naval, a la vista de los proyectiles trazadores y ante el fragor de los disparos, pensó lógicamente que el número de hombres que había que poner a salvo debía ser ahora tan exiguo que no justificaba el riesgo al que iba exponer a sus barcos. Por consiguiente, dio orden de invertir el rumbo, no cambiando de parecer ni siquiera cuando el teniente le señaló, unos cuarenta minutos más tarde, que había cesado la lucha y que la evacuación era posible. Aquel comandante no había participado aún en operaciones de evacuación, y probablemente la situación le pareció peor, desde el mar, de lo que era en realidad. Pero sea por lo que fuere, el hecho es que más de 7000 hombres, algunos de los cuales habían luchado durante dos semanas en la retaguardia, bajando desde los montes del norte de Grecia hasta la punta extrema meridional, fueron dejados en tierra y en su mayoría cayeron prisioneros.

Por segunda vez en un año, el Ejército británico era expulsado del continente. Y si bien el 80 % de los hombres habían sido puestos a salvo, las pérdidas eran graves: 12.000 hombres (más de la mitad pertenecientes al Reino Unido), incluidos 900 muertos, de los cuales 600 eran del ANZAC, y 1200 heridos (más 900 del ANZAC).

La RAF perdió 72 aparatos y 137 fueron destruidos en tierra. La Marina había perdido dos destructores y cuatro buques de transporte, y otros 21 barcos mercantes fueron asimismo hundidos. El Ejército abandonó casi todo el armamento y vehículos: 104 carros de combate, 400 cañones, 1800 ametralladoras y 8000 vehículos.

Desde el punto de vista militar, la decisión de ayudar a Grecia había terminado en un desastre. Pero, políticamente, se consiguieron algunas ventajas, que equilibraron el golpe infligido al prestigio británico. La opinión pública estadounidense, que habría reprochado a Gran Bretaña el que no acudiera en socorro de Grecia, se puso con todo su peso de parte de los Aliados. El Congreso aprobó la ley de Préstamos y Arriendos, con lo que se inició la ayuda americana, de resultados tan decisivos en el desarrollo de la guerra.

En fin, prescindiendo de cualquier otra consideración, ¿qué otra cosa hubiera podido hacer Inglaterra, cualquiera que hubiese sido el precio, para conservar su honor? «Si los griegos deciden luchar solos –había escrito Churchill a Eden–, debemos afrontar la prueba junto a ellos».

Y los hombres del Cuerpo Expedicionario británico la afrontaron.

Creta, mayo 1941

LA PÉRDIDA DE CRETA

PRIMERA FASE

D. M. Davin

Al mes de que el Cuerpo Expedicionario británico evacuase Grecia, los alemanes desencadenaron su ofensiva más audaz, lanzando sobre Creta miles de paracaidistas. Las fuerzas británicas estaban seguras de rechazar al enemigo; pero la «Luftwaffe» seguía manteniendo el dominio del aire, lo que permitió a los atacantes consolidar su precaria cabeza de puente, pese a la encarnizada resistencia de los defensores.

(History of the Second World War)

A lo largo de la Historia siempre se ha evidenciado la gran importancia estratégica que tiene Creta para los Balcanes y el Mediterráneo. La isla es la mayor del mar Egeo, y ocupa una posición clave en el Mediterráneo oriental. A partir de 1939, el sesgo tomado por las operaciones militares, navales y aéreas, le dio aún mayor valor, y el puerto de la bahía de Suda se convirtió en base de fundamental importancia. En manos de los ingleses, los aeródromos cretenses podrían convertirse en una seria amenaza para los alemanes, instalados en los Balcanes, y para los yacimientos petrolíferos de Rumania; en poder de los alemanes, los mismos aeródromos constituirían un peligro para el tráfico marítimo británico, que cruzaba el Mediterráneo en dirección a Alejandría, y ofrecerían un magnífico punto de partida para los refuerzos destinados a cualquier lugar del Norte de África.

La isla, que tiene 250 km de longitud y unos 57 de anchura, está dominada por cuatro macizos montañosos. Los mejores puertos –Suda, Rezimnon e Iraklion– están en la costa septentrional y los aeródromos, cuya posesión era de importancia vital, se encuentran en sus cercanías.

En 1941 las carreteras de la isla estaban todavía en un estado primitivo. Las principales eran escasas y malas; sólo una de ellas unía los dos extremos de la isla, de Este a Oeste, siguiendo la costa y pasando por los puertos y los aeródromos. En cuanto a la red ferroviaria, se limitaba a tres cortas líneas de vía estrecha, sin el menor valor para cumplir las exigencias militares. Las comunicaciones telefónicas y telegráficas eran asimismo insignificantes.

Desde el punto de vista de la defensa, la única ventaja la constituían la naturaleza inhóspita del terreno en el interior de la zona septentrional (que dificultaría cualquier maniobra de envolvimiento) y la fértil franja costera, también del Norte, donde las plantaciones de olivos y de almendros ofrecían una excelente cobertura para las tropas.

Los ingleses se habían dado cuenta de todas estas posibilidades desde el comienzo de la guerra; pero como a la sazón Grecia era neutral, no pudieron hacer nada hasta fines de octubre de 1940, cuando Italia la invadió. Solamente entonces empezaron a poner en práctica un plan que preveía la ocupación de la isla, así como el envío de refuerzos por parte de la organización de defensa de las bases navales (MNBDO, *Marine Naval Base Defence Organisation*) y de numerosas piezas de artillería antiaérea, pesada y ligera.

El problema crucial: la escasez de defensores

Sin embargo, una cosa es proyectar un plan y otra realizarlo. Las graves preocupaciones que el comandante en jefe de Oriente Medio, general Wavell, tenía en otros sectores de este teatro de operaciones y la gran escasez de hombres y de medios, determinaron que el Alto Mando británico no pudiese adoptar medidas eficaces para consolidar la defensa de Creta, limitándose al envío de una brigada.

El problema se afrontó con mayor decisión a fines de marzo de 1941, cuando el general de división E. C. Weston, comandante de la MNBDO, asumió el mando de la isla. Weston afirmaba, en su informe del 15 de abril, que una brigada, con un destacamento en Rezimnon, debería defender Iraklion, y otra el sector Suda-Máleme; sin embargo, el Estado Mayor operativo de Oriente Medio consideraba que serían necesarias tres agrupaciones de entidad brigada como refuerzo de las defensas antiaéreas. Pero, por aquellos días, la atención de Wavell estaba pendiente de los reveses sufridos en el desierto libio, de los preparativos para atacar África Oriental italiana y de la campaña de Grecia; y así no se llegó a una decisión definitiva.

Por todos estos motivos, seis meses después del desembarco de las tropas británicas, Creta estaba todavía muy lejos de ser una base sólidamente fortificada.

La evacuación de Grecia comenzó el 25 de abril y continuó hasta el 29. En la bahía de Suda desembarcaron unos 25.000 hombres, pertenecientes en su mayoría a la División 6 australiana y a la División 2 neozelandesa; pero casi todos aquellos soldados habían perdido su equipo.

En Londres se daba por cierta una invasión de la isla a corto plazo y en gran escala, efectuada por mar y por aire. Los jefes militares discutieron sobre la posibilidad y conveniencia de defender la isla; mas, a lo que parece, sin llegar a una decisión unánime. Sin embargo, había un hecho indiscutible: las tropas que allí se encontraban no podían evacuarse, por lo que la única solución era combatir y resistir. Por consiguiente, la medida consistía en reforzarlas cuanto fuera posible.

Por indicación de los jefes de Estado Mayor, que dudaban de que Weston tuviese la experiencia necesaria para defender la isla, Wavell se trasladó a Creta el día 30 de abril, y, después de informar al general Freyberg de que su división permanecería en la isla en vez de trasladarse a Egipto, le confió, ante su sorpresa, el mando de la defensa.

Desde aquel momento, Freyberg intentó conseguir del mando de Oriente Medio el mayor número posible de hombres y de medios, y se ocupó asimismo de organizar la defensa con lo que poseía y con lo que podría obtener. Los problemas logísticos eran enormes; se trataba de cubrir las necesidades de 30.000 soldados británicos, 11.000 griegos y 15.000 prisioneros italianos. Además, había en la isla una población civil de unas 400.000 personas, cuyo sustento constituía también un gran problema. Freyberg calculó que el presupuesto mensual de víveres oscilaría alrededor de las 30.000 toneladas, que tendrían que llegar por vía marítima a pesar de la escasez de transportes, de lo inadecuado de las instalaciones portuarias y de los temidos y previsibles bombardeos de las fuerzas del Eje.

A estas dificultades se añadían muchas otras: se disponía tan sólo de un Estado Mayor improvisado; los heridos y los enfermos debían evacuarse o ser internados; las unidades aisladas y las tropas desarmadas que no podían organizarse habrían de abandonar la isla; por último, el rey Jorge de Grecia insistió en permanecer allí, creando con ello más preocupaciones y aumentando las responsabilidades del mando.

Pero también hubo algún suceso favorable. El 10 de mayo llegó una batería con cuatro obuses de 94 mm; antes del día 15, la MNBDO estaba completa, y se había reforzado notablemente el armamento de la defensa antiaérea y costera. Además, Wavell consiguió enviar a Freyberg un centenar de cañones de refuerzo. Muchos estaban incompletos o eran casi inútiles; pero, «canibalizando» algunos de éstos, el jefe de artillería de Freyberg logró reunir 49 piezas de campaña. Se envió también a la isla una considerable cantidad de ametralladoras y de armas portátiles para equipar a los artilleros desprovistos de sus piezas y a las tropas de Servicios. El 16 de mayo llegó otro batallón de infantería, el II *Leicester*, que se envió a Iraklion. El comandante en jefe de Oriente Medio también logró reservar para Freyberg unos cuantos carros de combate: 16 ligeros y 6 de infantería.

Estos envíos eran muy inferiores a lo que Freyberg pensaba obtener, y, desde luego, muy inferiores a sus necesidades. Pero lo peor fue la certidumbre de que no sería posible obtener aviones. Es más, los pocos que quedaban, a pesar de que sus pilotos eran hombres intrépidos, se hubieran encontrado en tal situación de inferioridad, por su reducido número, que Freyberg consideró inútil sacrificarlos; y por ello, el 19 de mayo, ordenó a los últimos aparatos verdaderamente eficaces que abandonaran la isla. Desgraciadamente, en la esperanza de que más adelante los aeródromos pudieran servir, no se le permitió inutilizarlos, por lo que el enemigo podría servirse de ellos en cuanto consiguiera ocupar Creta.

PLAN OPERATIVO DE LA «LUFTWAFFE» PARA LA OPERACIÓN «MERKUR»

BASE	AVIÓN	NÚMERO
Micenas Molai Scarpanto	Stuka JU 87 *(tres grupos)*	150
Molai	Me 109 *(un grupo)*	90
Argos	Me 110 *(un grupo)*	90
Tatoi Eleusis Eleusis	Do 17 *(tres grupos)* Ju 88 *(dos grupos)* He 111 *(un grupo)*	280

Más cuarenta aviones de reconocimiento

Los alemanes se preparan para el asalto

Las fuerzas destinadas a efectuar el desembarco aéreo se organizaron en dos Cuerpos: el XI y el VIII *Fliegerkorps*. En total, disponían de unos 500 aviones de transporte, 70-80 planeadores, 280 bombarderos, 150 bombarderos en picado, 180 cazas y 40 aviones de reconocimiento. Las tropas sumaban 22.750 hombres: los planeadores transportarían unos 750, 10.000 se lanzarían en paracaídas, 5000 aterrizarían con los aviones de transporte y 7000 llegarían por mar. Estas tropas dependían del mando del XI *Fliegerkorps* y operarían en dos oleadas sucesivas: el «grupo Oeste» atacaría Máleme al amanecer y el «grupo Central» La Canea; la segunda oleada atacaría por la tarde Rezimnon e Iraklion. El grueso de las fuerzas se enviaría con la primera oleada.

La misión de tomar Máleme se confió a un regimiento de asalto, al mando del general Meindl. Tres destacamentos de unos 500 hombres en

total, aterrizarían a bordo de planeadores: uno, mandado por el comandante Braun, se posaría al sur del puente sobre el Travonitis y lo ocuparía; otro, mandado por el teniente Plessen, aterrizaría en la desembocadura del río y destruiría las instalaciones antiaéreas para facilitar la llegada de los aviones destinados al transporte de tropas; el tercero, mandado por el comandante Koch, aterrizaría en las laderas de la Cota 107, que dominaba el aeropuerto, y se apoderaría de ella. El resto del regimiento de asalto –más de 2000 hombres– embarcaría en los *Junker 52* y se lanzaría en paracaídas, reuniéndose en seguida para acudir en ayuda de las tropas llegadas en los planeadores.

El día 20 de mayo, con las primeras luces del amanecer, el cielo se llenó súbitamente de aviones alemanes. Y no se trataba ahora de la habitual «acción de hostigamiento matutino», a la que los defensores de Creta ya se habían acostumbrado. Era distinto; parecía que hubiese un *Messerschmitt* por cada defensor, entre Máleme y Platanias, ametrallando los olivares e impidiendo que los hombres se separaran más de uno o dos metros de sus puestos. Después, a la mitad de un rancho tomado apresuradamente, el zumbido de los bombardeos se dejó oír, primero lejano, luego en un fragor que iba creciendo hasta convertirse en estruendo. Mirando hacia arriba, con la marmita aún en la mano, los soldados neozelandeses vieron el cielo tan atestado de grandes aviones de transporte que se preguntaban cómo no chocaban entre sí; y, mientras los estaban mirando, el espacio se llenó de paracaídas que se separaban de los aparatos y se ensanchaban, como pompas de jabón, en un juego cargado de oscuros presagios.

Los neozelandeses no disponían de cañones antiaéreos, solamente de fusiles ametralladores *Bren*, y, por lo general, cuando los aviones pasaban por encima de sus cabezas se echaban al suelo hasta que se restablecía la calma. Pero fusiles y ametralladoras empezaron a crepitar en cuanto los paracaídas descendieron lo suficiente como para que los hombres que de ellos colgaban constituyesen un blanco para los defensores. Sobre el frente de la Brigada 5, la batalla de Creta acababa de empezar.

Las pérdidas iniciales de las tropas transportadas por los planeadores

En Máleme, mientras tanto, los planeadores se posaban en tierra, y en cuanto se detenían, los hombres se precipitaban fuera, se reunían y se lanzaban hacia los objetivos asignados. El grupo del teniente Plessen cayó sobre los servidores de la posición antiaérea de la desembocadura del río y los arrolló; pero los neozelandeses de la Sección 15, concentrados a la derecha del aeródromo, fueron más difíciles de dominar. Plessen murió en la acción y sus hombres quedaron inmovilizados. El destacamento del comandante Koch aterrizó en una posición expuesta y se vio sometido a un fuego bastante denso; Koch resultó herido, y los supervivientes se abrieron paso a duras penas, arrastrándose hacia el puente del Travonitis para unirse a sus camaradas. Allí la situación era favorable a los invasores.

El comandante Braun había muerto, pero sus tropas lograron destruir los nidos de ametralladoras al este del río y se aseguraron el dominio del único puente.

Los paracaidistas fueron más afortunados. Un batallón completo llegó a tierra al oeste de Máleme, a una distancia suficiente para poder reunirse sin ser estorbados. El general Meindl pasó el resto de la mañana enviándolos a reforzar las posiciones conquistadas por las tropas de los planeadores y preparando el ataque al aeródromo y a la Cota 107.

Los alemanes gozaban de una doble y enorme ventaja sobre los defensores: tenían libertad de movimientos, pues no estaban expuestos a ataques aéreos, y disponían de óptimas instalaciones de aparatos de radio.

Al coronel Andrew, comandante del Batallón XXII neozelandés, las cosas se le presentaban de forma muy distinta. Desde el principio de los aterrizajes le fue imposible maniobrar con su batallón como unidad. Los teléfonos habían sido destruidos por los bombardeos, el movimiento de los mensajeros era casi imposible y él disponía de un aparato radiotelefónico que únicamente le permitía estar en contacto con el comandante de la Brigada 5. Por la mañana resultó ligeramente herido; pero su mayor angustia se la producía el hecho de no saber dónde se encontraban las diversas compañías a sus órdenes, ignorando, por lo tanto, que habían resistido bastante bien el ataque, al menos hasta media tarde.

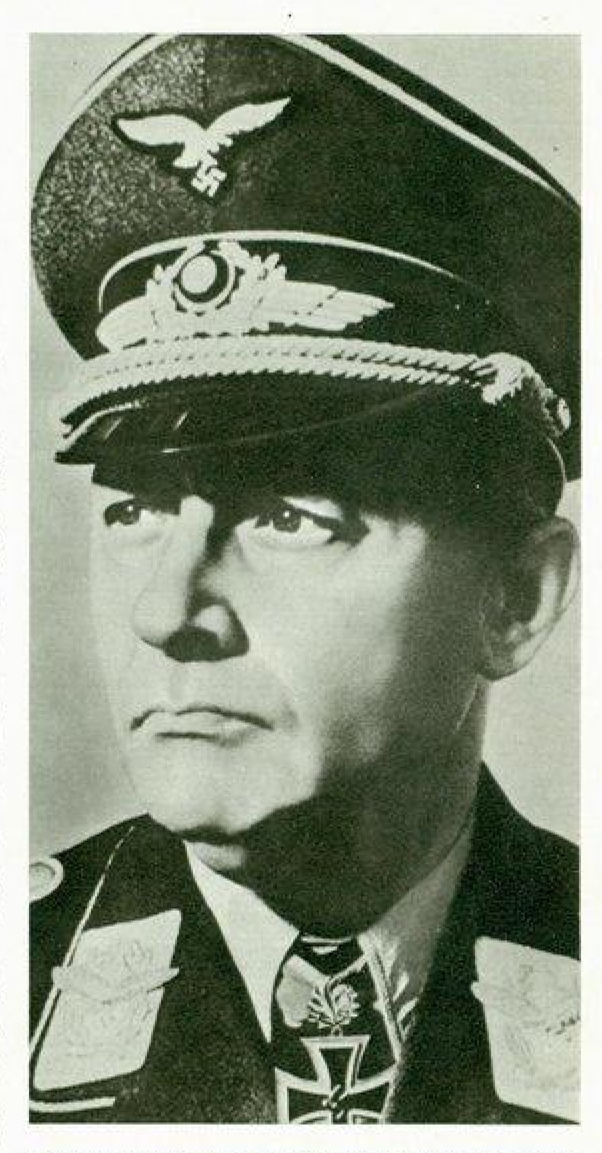
Mientras tanto, los alemanes se habían concentrado al oeste del Travonitis, y en las primeras horas de la tarde empezaron a presionar con ataques cada vez más violentos, tanto desde el puente como desde el Sur. El aparato de radio de Andrew empezaba a funcionar con dificultad y sus temores aumentaban. A media tarde solicitó al Batallón XXIII que se pusiera en contacto con una de sus compañías, situada en Pirgos, ordenando que se dispararan cohetes de señales para pedir ayuda; pero el polvo y el humo impidieron que el Batallón las viese. A las 17 la situación era tan grave que solicitó del general Hargest, comandante de la Brigada 5, que le mandara refuerzos, cosa que resultó imposible.

La posición a la altura del puente se había hecho tan desesperada que decidió pasar en seguida al contraataque con todas las reservas de que disponía: la sección 14 con sus dos carros de combate de infantería.

Poco después de las 17, los dos carros emergieron de su refugio mimetizado y se dirigieron por la carretera hacia el puente, que estaba a unos treinta metros, junto con dos pelotones de la sección 14, «reforzados» con seis valientes voluntarios de una batería antiaérea ligera. Pero aquellos carros no sirvieron para nada. La torreta de uno de ellos no podía girar, y sus municiones no eran del calibre apropiado, por lo que no tuvo más remedio que dar la vuelta y retroceder. El otro, solo, continuó adelante. Los alemanes titubearon creyendo que se trataba del temido contraataque en gran escala; pero permanecieron en sus puestos y dirigieron un débil fuego contra la infantería que avanzaba. El carro de combate pasó indemne a través del fuego de las armas de pequeño calibre, alcanzó el lecho del río, lo cruzó bajo el puente y renqueó hacia el Norte, a lo largo de unos 200 metros. Después traqueteó sobre el terreno accidentado, cayó de mala manera, la torreta se rompió y la tripulación hubo de abandonarlo. La infantería, que atacó con poquísimas fuerzas, sufrió pérdidas graves y los dos pelotones no tuvieron más remedio que replegarse. De aquella valerosa sección sólo volvieron, con el teniente Donald, ocho o nueve hombres, y casi todos se encontraban heridos.

El coronel Andrew, con la mentalidad típica del oficial de Infantería, había puesto todas sus esperanzas en el contraataque apoyado por los carros de combate, y estaba convencido de que con ello jugaba su última carta. Al atardecer tenía la convicción de que sus dos compañías del frente Este estaban ya perdidas. El enemigo había abierto una brecha en la zona del puente, y era muy probable que intentase consolidar el éxito obtenido haciendo avanzar sus reservas, que se encontraban en la otra orilla del río. Los ataques alemanes eran entonces tan violentos, que Andrew temió que le cercasen si permanecía donde se encontraba. No le quedaban reservas de infantería, ni había el menor indicio de que pudieran llegar.

Si los alemanes habían conseguido aquel éxito contra todo su batallón, en un frente ininterrumpido y partiendo prácticamente de cero, ¿qué no serían capaces de hacer al día siguiente, cuando estuviesen bien organizados y reforzados, contra un batallón reducido a la mitad?



El general alemán Student participó en la Operación «Merkur» como comandante en jefe del XI *Fliegerkorps*. Fue el primero que defendió la validez táctica de una invasión a cargo de tropas paracaidistas. *(Imperial War Museum)*

Defensores cansados, pero aún en condiciones de combatir

Poco después de las 21 –la recepción por radio era muy débil, y éste fue el último mensaje– Andrew comunicó a Hargest que se veía obligado a retirarse sobre la línea de la 2.ª compañía. Poco después llegó el capitán Watson, con una compañía de refresco, y recibió la orden de establecerse en la posición de la primera. Pero Andrew no tardó en darse cuenta de que tampoco estaba en condiciones de mantener la nueva posición. El hombre que aquel día decidía retirarse era un soldado experto y valeroso, que había ganado la *Victoria Cross* en la primera Guerra Mundial: quien no ha afrontado jamás las durísimas pruebas e inquietudes ante las que él se encontró en aquella ocasión, no puede juzgar con serenidad objetiva su decisión. Y, sin embargo, el hecho es que, retirándose de la Cota 107 y del aeródromo, ofreció al enemigo la única posibilidad de aprovechar las posiciones conquistadas.

Además, sus presentimientos acerca de la pérdida de las dos compañías eran exagerados, como se demostró en seguida. Aunque maltrechas, las citadas compañías estaban en condiciones de combatir. Protegidas por la oscuridad, fueron en busca del batallón, pero descubrieron que había desaparecido. Los comandantes, desorientados e indecisos, no podían hacer otra cosa que intentar sacar de allí a sus secciones; de la 3.ª compañía, la más castigada por los combates, sólo quedaban unos pocos supervivientes.

El coronel Andrew había esperado que llegase a tiempo cualquier ayuda enviada por los otros dos batallones neozelandeses de su sector; pero sus esperanzas no se cumplieron. Al Batallón

XXI, ya duramente castigado en Grecia, se le habían asignado tres cometidos: marchar hacia el Travonitis, relevar al Batallón XXIII, en caso de que éste se alejase en ayuda del coronel Andrew, o bien resistir combatiendo en la posición en que se encontraba. El citado batallón pronto se vio obligado a combatir por su cuenta contra los paracaidistas, y a última hora de la mañana envió una sección a patrullar la zona del Travonitis y rastrillar dos pueblos: Xamudochori y Vlacheronitissa. La sección consiguió liberar al primero, pero el segundo estaba sólidamente ocupado por los paracaidistas, y tuvo que retroceder.

El coronel Lackie –que mandaba el Batallón XXIII– había recibido la orden de defender sus posiciones y de acudir en ayuda de Andrew si era requerido para ello; pero el primer cometido lo mantuvo ocupado durante gran parte del día. Las pérdidas del batallón, frente a los paracaidistas, fueron leves, pues sus hombres estaban protegidos en el olivar y actuaron con gran rapidez.

Las laderas cubiertas de viñedos, en las que los paracaidistas habían tomado tierra, estaban llenas de cadáveres, muchos de los cuales aún llevaban el equipo de lanzamiento. Pocos fueron los que consiguieron escapar de las patrullas neozelandesas; y en el curso de aquel día el Batallón III alemán de paracaidistas fue aniquilado casi por completo.

Lo mismo había ocurrido, poco más o menos, en el resto del frente de la Brigada 5: aterrizaron paracaidistas y algunos planeadores, pero los maoríes del Batallón XXVIII y los hombres de las compañías 7 y 19 los barrieron a casi todos.

Mientras tanto, el general Hargest, siempre propenso a considerar las cosas desde el lado favorable, empezaba a sentirse optimista. Las unidades con las que estaba en estrecho contacto referían invariablemente que los enemigos habían perecido en gran número, tanto en el aire como en tierra, lo que le hizo considerar, equivocadamente, que las cosas se desarrollaban del mismo modo en el frente del coronel Andrew. Pero parece ser que el general Hargest no se dio cuenta de tres cosas: que Andrew consideraba desesperada su propia situación, que la retirada era inminente y que sería muy difícil recuperar las posiciones perdidas.

Al mismo tiempo, mientras el núcleo alemán concentrado al Oeste estaba martilleando Máleme, el del Este se estaba aproximando a la zona de La Canea. Las fuerzas que atacaban en este sector estaban constituidas por dos compañías de asalto, un regimiento de paracaidistas, un batallón de ingenieros también paracaidistas y un batallón paracaidista equipado con ametralladoras antiaéreas.

Las compañías de asalto tenían que llegar en dos grupos, transportados por planeadores, y destruir las defensas antiaéreas de la península de

A la derecha: paracaidista alemán en el momento de lanzarse. Unos 2000 hombres se lanzaron desde los «Junker 52» sobre los puntos más indefensos de la isla. Debían reunirse después con las tropas transportadas en planeadores. Abajo: Iraklion; tropas alemanas durante el ataque iniciado por los Batallones I, II y III del Regimiento de Paracaidistas 1, y que fracasó ante la resistencia de la Brigada de Infantería 14 australiana e inglesa. *(History of the Second World War) (Archivo Rizzoli)*





LOS ALEMANES EN ACCIÓN EN CRETA







En las huertas cretenses, al amparo de los olivos, se desarrollaron encarnizados combates entre las tropas alemanas, lanzadas en paracaídas, y las fuerzas aliadas. Las primeras unidades lanzadas en la zona del Travonitis fueron diezmadas y perseguidas por los ingleses. Más suerte tuvieron los soldados alemanes en la zona de Máleme y cerca de La Canea, donde consiguieron dominar a su adversario, al que no le quedó más salida que el repliegue organizado. El retraso y la dispersión en los aterrizajes provocaron pérdidas muy graves e imprevistas entre los combatientes del III Reich.

(History of the Second World War)



Akrotiri, a un kilómetro y medio al sur de La Canea; mientras tanto, el grueso de las fuerzas se lanzaría en paracaídas a ambos lados de la carretera Alikianú-La Canea. Luego debían reunirse, apoyar a los compañeros transportados por los planeadores y atacar La Canea tras haberse apoderado de Karatsos y de Galatas. El batallón de ingenieros paracaidistas se apoderaría de la central eléctrica de Aghya y del puente de Alikianú, utilizando estas posiciones para un posterior avance hacia Fournes y Skines.

Pero el destacamento de Akrotiri, con sus 15 planeadores, fue destruido por un batallón inglés; y el otro grupo, si bien logró eliminar a una compañía de la defensa antiaérea, más tarde se vio obligado a retirarse, y por la noche los supervivientes se reunieron con el Regimiento 3 de paracaidistas al sudoeste de Galatas. El planeador que transportaba al general Süssmann, comandante del Grupo central, se estrelló en la isla de Aigina, muriendo todos sus ocupantes.

El batallón de ingenieros paracaidistas llegó a tierra según el plan establecido, pero los otros cayeron algo dispersos. Con su descenso empezó una jornada de combates confusos, en los que participaron unidades de la Brigada 4 neozelandesa y el ala izquierda de la 10, y en los cuales los alemanes experimentaron graves pérdidas.

El ataque a la bayoneta de Forrester

Por un momento el frente de la Brigada 10 se encontró en grave peligro, justo en el punto en que la carretera atraviesa Galatas. El Regimiento 6 griego, mal armado, era el defensor del lado derecho; pero inmediatamente después del aterrizaje alemán se vio atacado violentamente por las unidades de los dos batallones de paracaidistas, y ya no se pudo contar con él como unidad organizada.

A última hora de la mañana, el teniente alemán Neuhof lanzó su compañía de paracaidistas y la compañía divisionaria contra las alturas de Pink Hill, en un ataque apoyado por morteros. El asalto fue rechazado; pero los alemanes lo repitieron por la izquierda, contra los griegos. Entonces, el capitán Forrester contraatacó a tiempo, y en un desesperado ataque a la bayoneta arrolló a los invasores y los puso en fuga.

El comandante Brian Bassett, de la brigada de Kippenberger, intervino en seguida para llenar el vacío con una línea de puestos avanzados, con lo que el frente quedó lo suficientemente sólido para resistir el último ataque alemán lanzado al atardecer. Cuando ya oscurecía, llegó con sus hombres el comandante Russel, jefe de la caballería divisionaria, que combatía a pie y encuadrada en la Brigada 10. Protegida por la oscuridad, se colocó a la izquierda de la compañía de abastecimiento de carburantes y a la derecha del Batallón XIX.

A última hora de la tarde se envió, desde Georgeoupolis, el Batallón 2/VIII australiano para taponar una brecha alrededor de Murnie. El Regimiento 8 griego, pese a estar aislado de la Brigada 10 y de que las armas de que disponía eran casi exclusivamente las capturadas al enemigo, pudo defender el puente de Alikianú y las elevaciones circundantes.

Mientras tanto, el comandante alemán del Regimiento 3 de paracaidistas, general Heydrich, en vista de que sus asaltos iniciales habían fracasado, pensó que convenía mantener las posiciones ocupadas y decidió concentrar los únicos batallones eficaces que le quedaban sobre una línea defensiva al sur de Galatas.

Al final de la primera jornada, los alemanes no sólo no habían conseguido tomar La Canea, sino que además habían sufrido graves pérdidas y sin ni siquiera la esperanza de lanzar nuevos ataques, a menos que pudiesen disponer del tiempo suficiente para reorganizarse y lograr nuevos refuerzos.

La lucha por Máleme, clave de Creta

El ataque contra los defensores de Rezimnon lo llevaron a cabo, hacia las 16,15, dos batallones del Regimiento 2 de paracaidistas. Los aterrizajes no estuvieron bien sincronizados y no se produjeron exactamente en los puntos previstos. La defensa, constituida por dos batallones australianos y cuatro griegos, se batió valerosamente bajo el enérgico mando del teniente coronel I. R. Campbell. Al anochecer el enemigo había sufrido graves pérdidas y no había conseguido progresar.

El ataque a Iraklion, previsto también para las 16,15, aunque aplazado por falta de coordinación, lo emprendieron tres batallones del Regimiento 1 de paracaidistas; pero fracasó ante la tenaz defensa de la Brigada de infantería 14 y tres batallones griegos.

Y sin embargo, para el general Freyberg aquel fue un día de graves preocupaciones. Había retirado los Batallones XVIII y XIX del Grupo de reserva para ponerlos bajo el mando del general de brigada Puttick; pero tomó esa decisión con mucho temor, pues estaba seguro de que se producirían otros ataques, tanto contra Rezimnon como contra Iraklion, y que se efectuaría también una invasión por mar. Freyberg, desconociendo el desarrollo de las acciones en torno a Máleme, debía tener aún motivos para juzgar satisfactoria la situación; sin embargo, el tono de su comunicado de medianoche a Wavell, aunque esperanzado, era cauteloso y prudente. Y si hubiera conocido la situación de Máleme habría sido más prudente todavía.

También el general alemán Student pasó una noche muy inquieta. Los comunicados que le llegaban indicaban el fracaso de todos los ataques, excepto el de Máleme, donde creían que se podría ocupar el aeródromo. Fue entonces cuando tomó la audaz decisión de arriesgarlo todo para su conquista. Si conseguía que la División de Montaña 5 aterrizara en aquel punto, podría reunir un contingente de fuerzas capaz de transformar en éxito lo que parecía un desastre; si además se efectuaba la invasión por mar, que el plan preveía para aquella misma noche, tanto mejor. Pero, evidentemente, no podía contar con un resultado duradero si no se aseguraba, ante todo, la posesión y uso del aeródromo. Student ordenó por ello que se enviasen a Máleme todos los paracaidistas aún disponibles, y con ellos mandó al coronel Ramcke para que sustituyera al general Meindl, que estaba herido. Las tropas lanzadas ya en paracaídas en aquel lugar atacarían al sur y al este del puente, sobre el Travonitis, para constituir un frente al este del objetivo.

A las 2 llegó Andrew a la posición del Batallón XXIII, donde se encontró con los coroneles Leckie y Allen y con el comandante Philp, jefe de la artillería, y juntos decidieron «mantener las posiciones hasta el día siguiente». Después, Andrew fue a dar parte a Hargest, de quien recibió la orden de disponer las tropas en la línea defendida por los Batallones XXI y XXIII. La operación se efectuó durante la mañana, y por la tarde la nueva línea demostró ser bastante sólida, pues rechazó más de un intento de penetración.

Sin embargo, la decisión de los neozelandeses de mantenerse a la defensiva, sin contraatacar inmediatamente, ofreció al general Student la ocasión que había estado esperando y que se apresuró a aprovechar. A última hora de la tarde del 21 de mayo llegó el Batallón II del Regimiento de Montaña 100 alemán aerotransportado. Una parte de dicho batallón reforzó a los paracaidistas que se estaban preparando para el ataque del día siguiente y el resto se destinó a la defensa del aeródromo que ya había sido conquistado.

Hargest, que no parecía comprender en absoluto la necesidad de actuar con la mayor rapidez posible, pasó todo el día discutiendo el problema de contraatacar con la división del general Puttick. Pero el 21 de mayo, desde el amanecer, el cielo estaba cubierto por tal cantidad de aviones que todos convinieron que era imposible lanzar el golpe antes de que oscureciese.

Por fin se decidió contraatacar por la noche, con el Batallón XX y el de los maoríes. El Batallón XX avanzaría paralelamente al lado derecho de la carretera, y el de los maoríes por la izquierda, en dirección al Travonitis. Tres carros de combate ligeros los acompañarían como apoyo; el Batallón XXIII se encargaría de limpiar la zona de enemigos después del ataque. Se esperaba que los dos batallones atacantes pudieran ponerse en movimiento simultáneamente a la una. El general de brigada Hargest y todos los que iban a participar en el ataque se daban cuenta de que aquella sería la noche crucial.

A medianoche, el Batallón XXVIII (el de los maoríes) estaba preparado en la línea de partida; pero no podía avanzar sin el XX, algunas de cuyas unidades se habían retrasado. Tras haber diferido la acción tres horas, Hargest decidió que era imposible esperar más tiempo a las demás compañías y resolvió lanzar el ataque con las que tenía. Hacia las dos, los maoríes dejaron atrás la línea de partida por la izquierda de la carretera, al tiempo que lo hacían por la derecha dos compañías del Batallón XX. Las otras les siguieron una hora más tarde.

Las compañías tomaron contacto con el enemigo en cuanto pasaron la línea de partida. Grupos aislados de paracaidistas, atrincherados en las casas o en los bosquecillos, combatían con gran tenacidad.

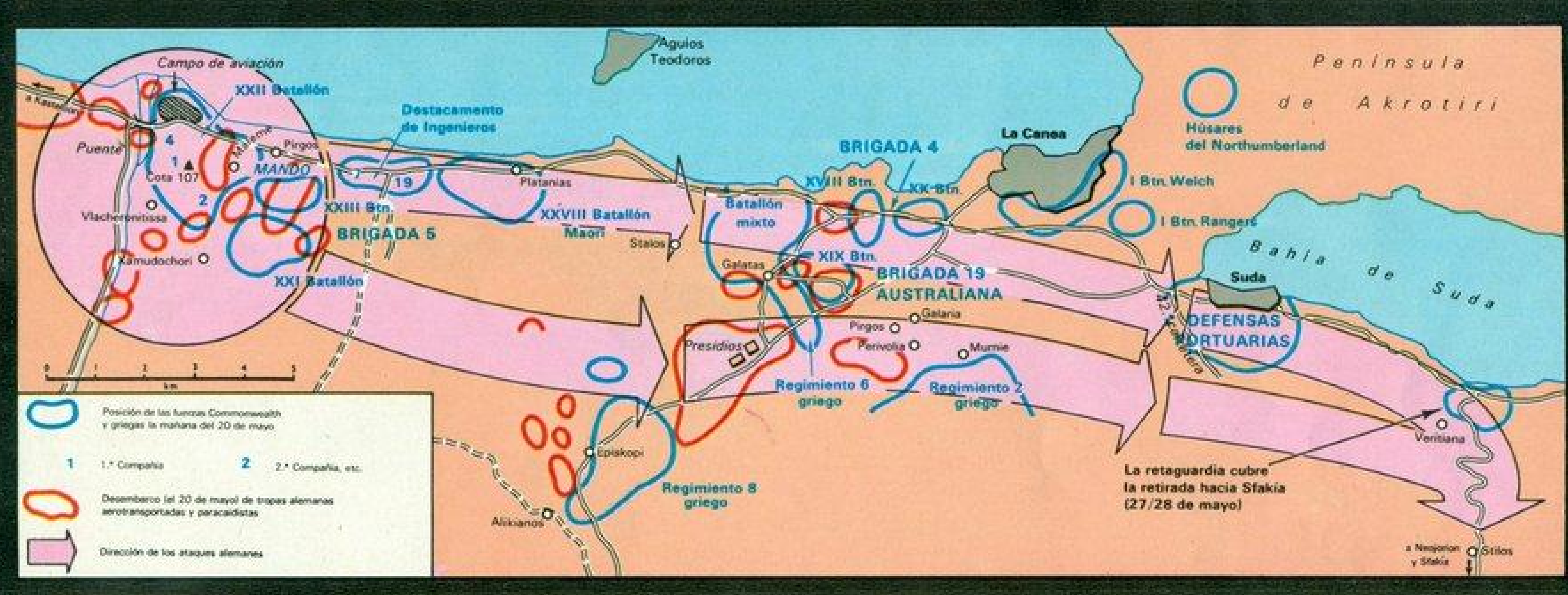
Los puntos débiles del plan se hicieron evidentes durante el desarrollo de la acción. Quien lo había proyectado no tuvo en cuenta, al calcular el tiempo, los inevitables retrasos ni la circunstancia de que entre la línea de partida y el frente que se iba a atacar existían numerosas bolsas enemigas; además, el ataque no se llevó a cabo con fuerzas suficientes. Indudablemente, el arrojo de la infantería realizó verdaderos milagros; pero

1941

25 de abril: por la Directiva 28, el *Führer* ordena la Operación «Merkur», esto es, el ataque a Creta. En Alemania se ponen en estado de alerta algunas unidades del XI *Fliegerkorps*.
28 de abril: finaliza la evacuación en Grecia meridional.
30 de abril: Wavell inspecciona Creta. Se nombra jefe de la defensa al general Freyberg.
16 de mayo: llegan a Creta los últimos refuerzos británicos.
19 de mayo: Freyberg ordena a los últimos aparatos de la RAF, todavía aptos para el combate, que abandonen la isla.
20 de mayo: comienza la Operación «Merkur». Planeadores y paracaidistas alemanes son inmovilizados por los defensores en Iraklion, La Canea y Rezimnon, pero consiguen poner pie en Máleme. Los británicos abandonan la Cota 107.
21 de mayo: los alemanes se aseguran el dominio del aeródromo de Máleme. Fracasa un contraataque de los defensores.
22 de mayo: Freyberg renuncia al proyectado segundo contraataque sobre Máleme y ordena el repliegue a una línea más corta.
24 de mayo: el general alemán Ringel organiza sus fuerzas para desencadenar el gran ataque. Se retira la Brigada 5 británica, completando el despliegue sobre la línea Staliana-Khania.
25 de mayo: los alemanes no consiguen hundir el frente en Galatas.
26 de mayo: tropas alemanas ocupan Perivolia y Galatas. Freyberg ordena la retirada sobre Sfakia.
27 de mayo: Wavell autoriza a Freyberg para disponer la evacuación. Los alemanes ocupan La Canea, dominando así la bahía de Suda.
28 de mayo: la retaguardia británica sostiene el último combate al norte del macizo de Madáres (Montañas Blancas). Las tropas británicas abandonan Iraklion. Un contingente italiano de 2700 hombres desembarca en Sitia.
29-30 de mayo: la retaguardia británica mantiene la cabeza de playa de Sfakia. La guarnición de Rezimnon se ve obligada a rendirse a los alemanes.
31 de mayo: en Sfakia tiene lugar la última operación de embarque de las tropas evacuadas.

CRETA, PUNTO CLAVE DEL MEDITERRÁNEO

A la izquierda: la isla de Creta representaba para los dos adversarios una importante base estratégica. En manos inglesas, los aeródromos cretenses habrían constituido una grave amenaza sobre Europa meridional o un eficaz apoyo para la resistencia en los Balcanes. En manos del Eje, representaban un peligro para las bases inglesas del Mediterráneo oriental o una mayor presión de la "Luftwaffe" sobre el tráfico en el canal de Suez. En el centro; el resultado favorable de la Operación "Merkur" dependía del dominio del aeródromo de Máleme. Abajo: los ataques alemanes contra Rezimnon e Iraklion fueron contenidos, pero la caída de Máleme, ocurrida el 21 de mayo, determinó la suerte de toda la campaña de Creta.





CRETA A HIERRO Y FUEGO

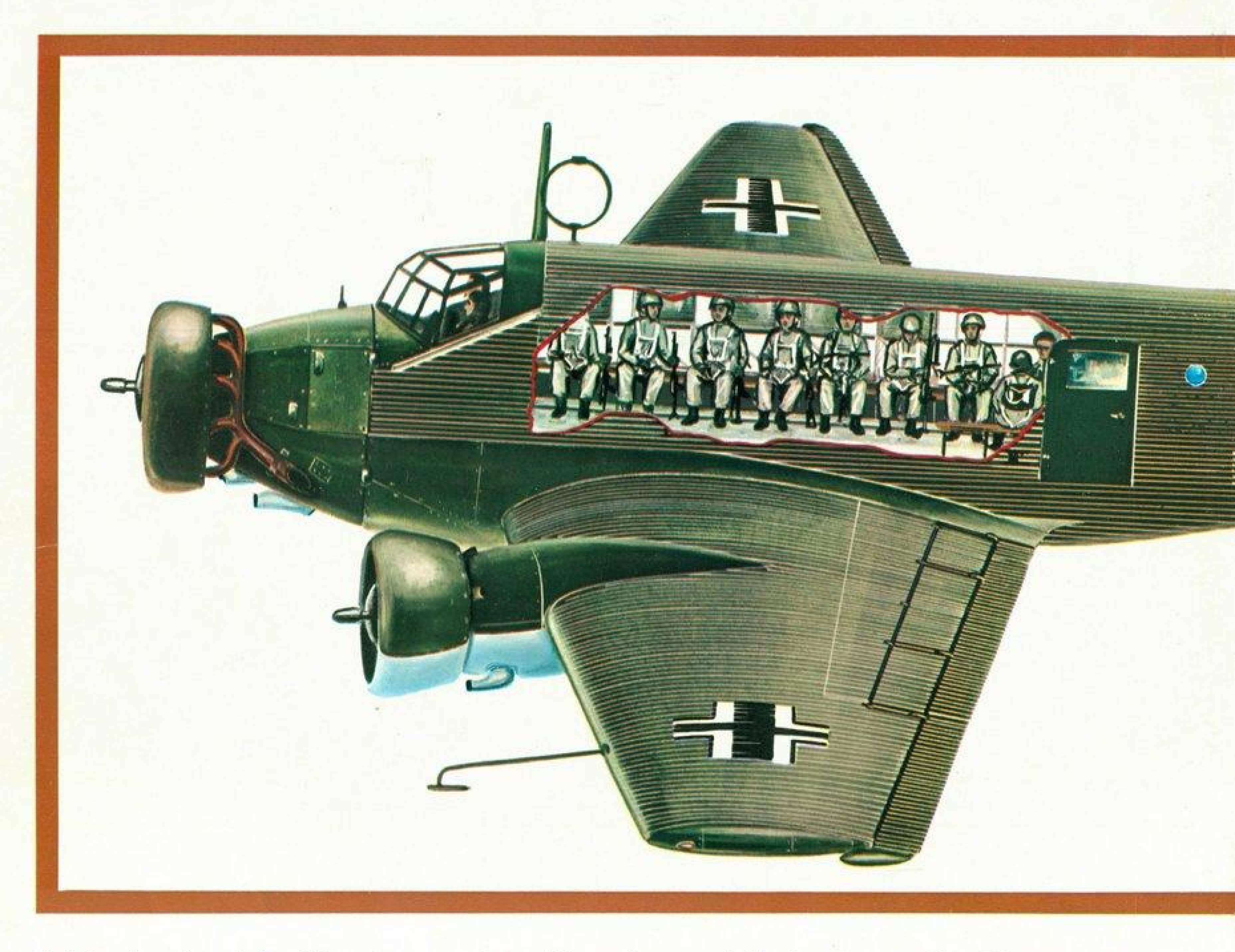


Arriba: la ocupación de la base de Máleme por los alemanes impidió a los Aliados el acceso a la bahía de Suda, que cayó en manos de los atacantes el día 27 de mayo. Los buques ingleses surtos en el puerto sufrieron graves daños.
(History of the Second World War)

Abajo, a la izquierda: instalaciones portuarias británicas en la bahía de Suda alcanzadas por los «Stuka».
(Archivo Rizzoli)

A la derecha: asegurado el dominio del aeródromo de Máleme, los alemanes reanudaron los ataques con mayor rigor.
(History of the Second World War)





desde las primeras horas de la tarde los comandantes británicos estaban preparados para lo peor, pues sabían que sin el apoyo de la Aviación y sin refuerzos el contraataque fracasaría, y lo único que se podía hacer era intentar mantenerse en las posiciones alcanzadas.

La noche del tercer día (22 de mayo) las preocupaciones del general Freyberg aumentaron al examinar la situación en su puesto de mando, uno de los pocos elementos favorables parecían ser las llamas y resplandores que se veían en el mar, lo que indicaba que la Marina británica había descubierto los convoyes de los invasores y los estaba hundiendo. Pero lo cierto es que, sopesando todos los factores, el general Freyberg acabó por convencerse de que convenía anular el proyecto de un segundo contraataque. Más aún, puesto que el general Hargest consideraba que la Brigada 5 estaba demasiado exhausta para entablar un combate a fondo, y que los alemanes debían de ser ya en aquel momento lo suficientemente fuertes para envolverla, a Freyberg no le quedó más solución que declararse de acuerdo con Hargest sobre la necesidad de replegarse, aquella misma noche, a una línea defensiva más corta. Horas más tarde, cuando redactaba el parte para el general Wavell, explicando las razones que le habían inducido a reducir el frente, Freyberg empezaba ya a darse cuenta de que las cosas iban mal. Es cierto que Wavell debía mandar otro batallón y una unidad de comandos, pero estos refuerzos no se podían comparar con las tropas de montaña que afluían continuamente a las filas de Student. Muy pronto, las fuerzas combatientes alemanas serían numéricamente iguales (o quizá superiores) a las británicas, y si se quería que estas últimas estuvieran en condiciones de resistir, asegurándoles por lo tanto los abastecimientos, era preciso conservar a toda costa la bahía de Suda.

Hargest recibió las disposiciones para el repliegue hacia la una de la madrugada, y el capitán Dawson las transmitió a los otros comandantes.

Todos estaban muy sorprendidos cuando se reunieron para discutir rápidamente el plan de repliegue. Ignoraban, desde luego, que tres batallones de montaña alemanes estaban presionando para envolverlos; que el coronel Ramcke había recibido órdenes de formar un Grupo de combate con todos los paracaidistas supervivientes y de emplearlo en un ataque frontal, y que el Grupo de combate Heilmann, bajo el mando de Heydrich, se movía ya a sus espaldas para cortar la carretera de la costa.

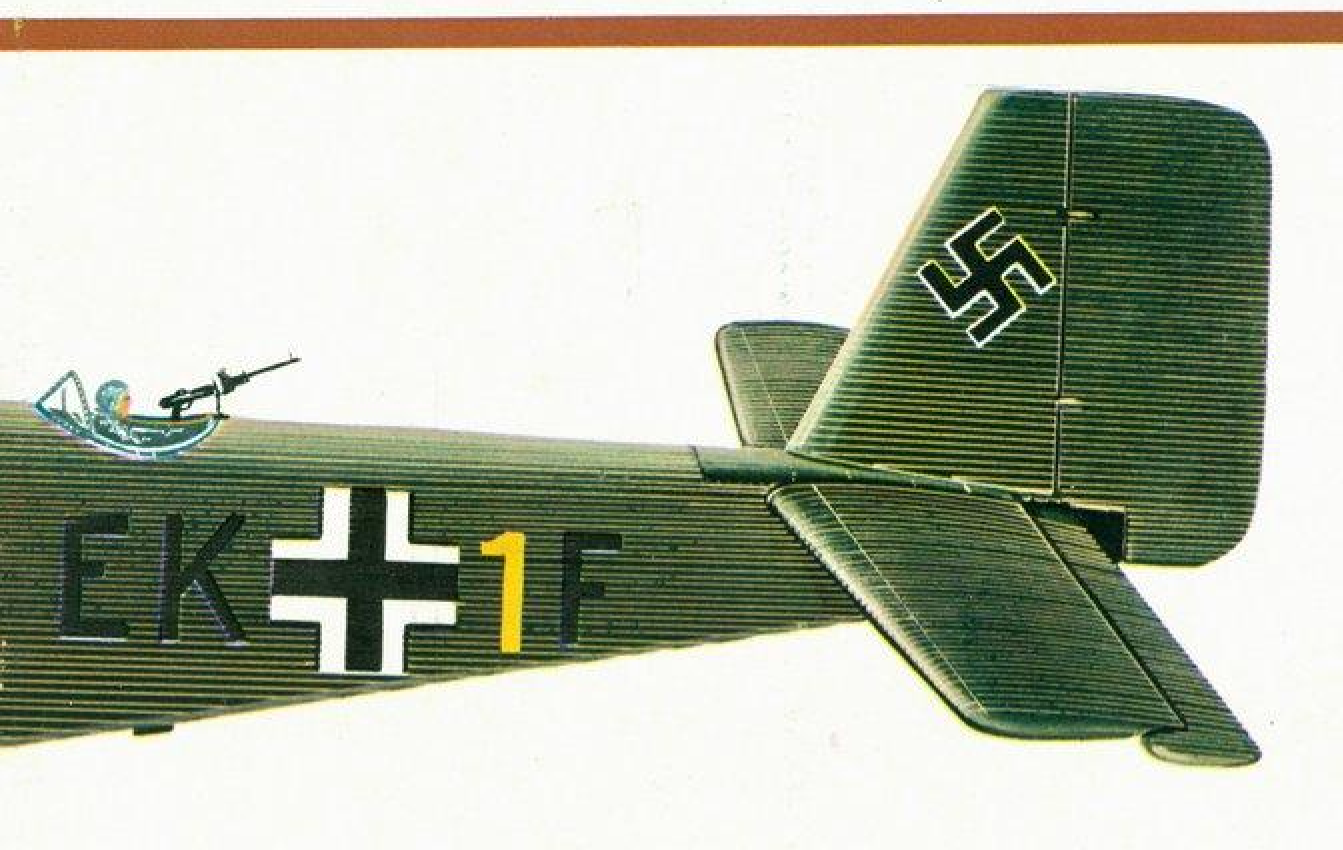
Sin embargo, ninguna de estas amenazas se cumplió a tiempo para impedir que los batallones británicos finalizasen el repliegue en las primeras horas de la tarde, cubiertos por el batallón de maoríes, mandado por Dittmer. Tres baterías del Grupo 27 se transformaron, tras haber dejado inservibles sus cañones, en secciones de infantería, y cuando todos los batallones en retirada se establecieron en la nueva posición, al este de Platanias, la brigada sólo disponía de doce piezas de 75 mm, dos cañones *Bofors* y dos de 47 mm.

Los paracaidistas del Grupo Ramcke se lanzaron inmediatamente a la persecución de las tropas en retirada, tras haber cargado los morteros en los camiones de la RAF, de los que se habían apoderado. Primero intentaron un ataque frontal, y después una penetración por la zona costera, pero ambos empeños fracasaron. Sin embargo, un batallón de montaña llegó a Platanias, un lugar muy adecuado para iniciar un ataque por el flanco meridional.

Todos eran conscientes de que la Brigada 5 corría serio peligro de quedar aislada, pues su posición era aún demasiado avanzada. Y como, además, sus unidades habían quedado muy debilitadas por el combate, Puttick decidió pasarla a la reserva divisionaria durante la noche; la sustituiría la Brigada 4, estableciéndose, junto con la 10, en el sector derecho de una nueva línea.

El repliegue de la Brigada 5, que duró todo el día y toda la noche del 24 de mayo, fue el final de una fase importantísima de la batalla. Mientras Hargest tuvo sus batallones ante Platanias existió la posibilidad de lanzarlos al ataque con buenas probabilidades de éxito, o de reforzarlos con reservas procedentes de la retaguardia; pero ahora el frente se había estabilizado en una línea que partía de la costa, cerca de Staliana Khania, y continuaba hacia el Sur.

No obstante, los alemanes no se habían asegurado ventajas definitivas en los otros dos puntos en los que habían tomado tierra: Rezimnon e Iraklion. En Rezimnon la iniciativa estaba aún en

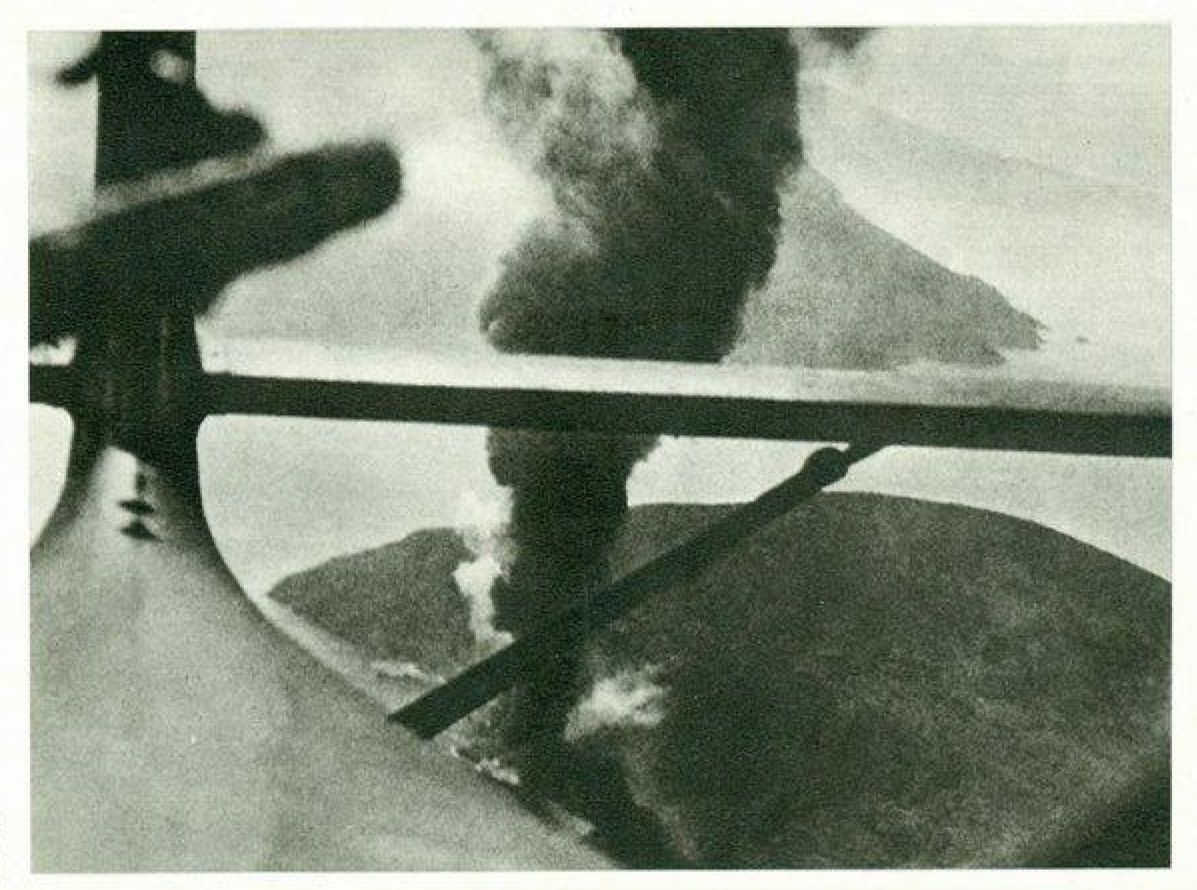


El *Junker 52* era el avión de transporte y de remolque de planeadores más difundido de la *Luftwaffe*. En su versión de transporte de tropas, que aquí reproducimos, constituía el elemento fundamental de todas las acciones de la *Wehrmacht* que preveían el concurso de fuertes contingentes de paracaidistas. Su primera utilización masiva se llevó a cabo en la conquista de Noruega. Pese a su aspecto anticuado, el *Ju-52* era uno de los aviones alemanes más logrados y su producción continuó durante toda la guerra.
En la conquista de Creta se emplearon unos 500 de ellos.
Velocidad máxima: 265 k/h.
Autonomía normal: 1300 km.
Armamento: una ametralladora de 13 mm y dos de 7,9 mm.
Tripulación: dos o tres hombres, con una carga de 18 paracaidistas.

(John Batchelor)

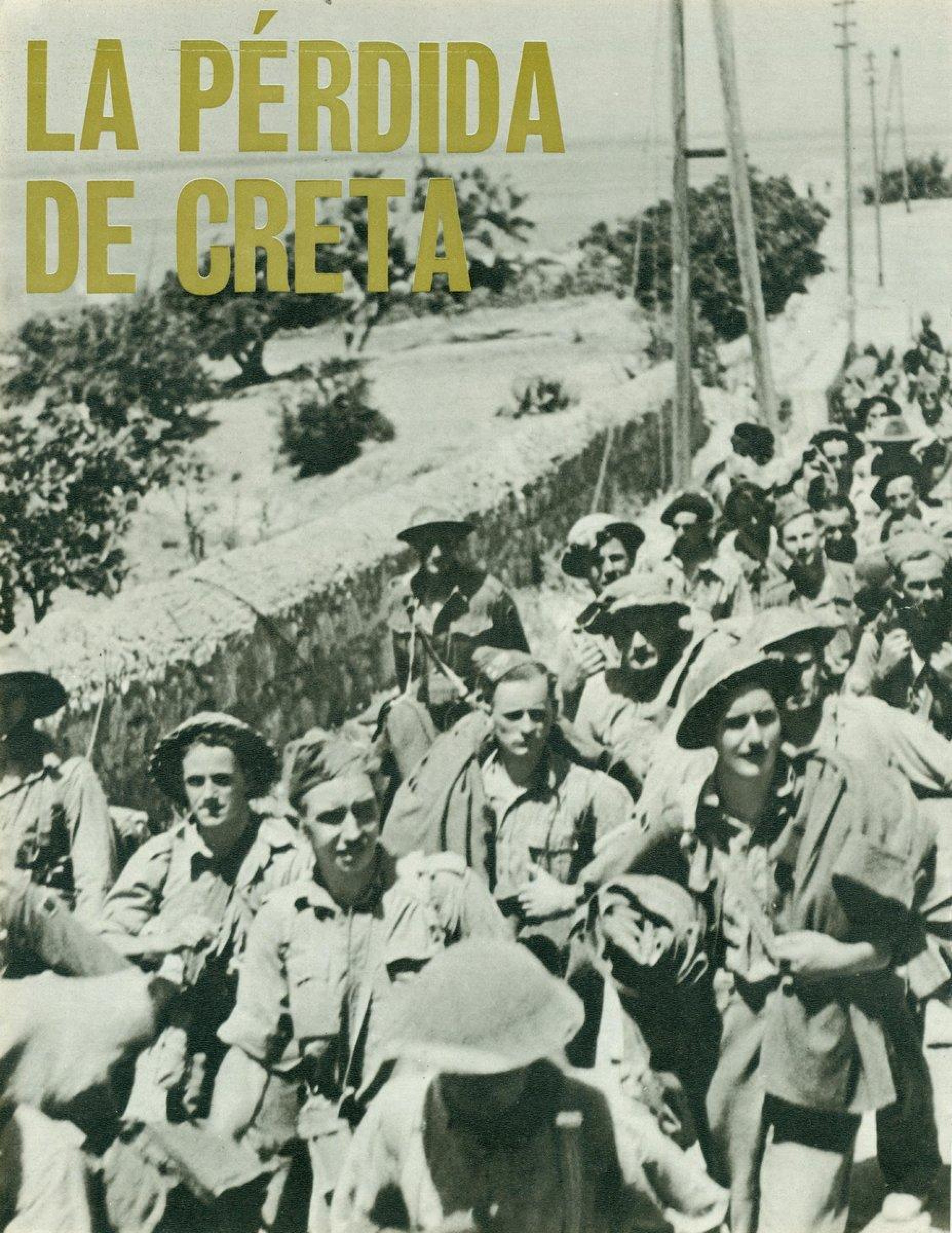
manos de los australianos del coronel Campbell, y en Iraklion los invasores amenazaban con destruir la ciudad con un bombardeo si no se rendía; lo que hacía suponer que no tenían grandes esperanzas de conquistarla con una acción bélica en regla. Los cretenses no eran gente que se dejase intimidar por amenazas de este tipo, por lo que en este sector la situación de los alemanes podía definirse sin duda como precaria.

Pero, desde luego, estos hechos no podían tranquilizar a Freyberg, preocupado por la situación del frente en contacto inmediato con el enemigo. El aeródromo de Máleme estaba en manos del enemigo, cuyas tropas seguirían afluyendo, pues podían aterrizar en él aviones de transporte con toda facilidad. Las esperanzas de Freyberg –suponiendo que tuviese alguna– de reconquistar la posición dependían de la defensa de Suda: debía defender el puerto a toda costa, aunque no fuera más que para alimentar al grueso de las fuerzas el tiempo necesario para organizar una nueva ofensiva con las unidades de que disponía o con las que le pudiesen mandar eventualmente. Y sólo por la bahía de Suda sería posible recibir oportunamente abastecimientos y refuerzos. Éstos fueron los motivos que determinaron la segunda fase de la batalla, que se centró en la lucha por la posesión del codiciado puerto.



Una columna de humo se eleva de un objetivo alcanzado en la bahía de Suda. La fotografía se obtuvo desde la carlinga de un *Stuka*. *(History of the Second World War)*

LA PÉRDIDA DE CRETA



Cuando el platillo de la balanza comenzó a inclinarse del lado alemán, como consecuencia de la conquista del aeródromo de Máleme, los éxitos logrados por los defensores en otros sectores perdieron todo su valor. El enemigo se encontraba en condiciones de hacer afluir refuerzos incesantemente, y al general Freyberg no le quedó otra alternativa que la evacuación para evitar el aniquilamiento total de las tropas a su mando.

SEGUNDA FASE

Estaba claro que los alemanes, ahora que el enemigo se hallaba situado en una única línea defensiva, que iba desde la costa a las colinas, concentrarían su máximo esfuerzo en un intento de avance por la carretera que llevaba a las cárceles de Galatas, y en una amplia maniobra de envolvimiento hacia el Sur, superando los macizos montañosos. Pero el nuevo comandante en jefe de las fuerzas alemanas en Creta, general Ringel, no era hombre que emprendiese una acción antes de que se completaran los preparativos.

Decidió emplear el día 24 de mayo para situar sus fuerzas en una posición que facilitase el avance del día siguiente. A Ramcke, que tenía el mando de las tropas paracaidistas supervivientes de Máleme, le correspondería el sector situado entre la costa y Stalos; dos batallones del Regimiento de Montaña 100 ya se habían unido al Grupo de combate de Heilmann, y tomaron posiciones entre Stalos y las cárceles. A su derecha se hallaba lo que quedaba del Regimiento 3 de paracaidistas de Heydrich. Aún más a la derecha, entre las colinas y en dirección Sur, se encontraba el Regimiento de Montaña 85, al mando del coronel Krakau, todavía enfrentado al Regimiento 8 griego y unidades de guerrilleros.

En el frente de Galatas, Kippenberger ignoraba que aún tendría un día de tregua antes de que se desencadenase la verdadera lucha. Le inquietaban muchas cosas. Las trincheras, excavadas antes de que las tropas veteranas llegasen de Grecia, se habían dispuesto siguiendo criterios anticuados y estaban expuestas al fuego de los morteros. El frente, mal defendido por alambradas, tenía más de 2 km de longitud, demasiados para un batallón débil y sólo parcialmente equipado.

Los cazas alemanes de la base de Máleme atacaron sin cesar durante todo el día 24 de mayo, y el tiro de los morteros y de las ametralladoras se intensificó cuando las tropas de montaña hubieron ocupado las posiciones asignadas. Dos de sus ataques, para valorar la solidez de la defensa, fueron lo bastante violentos como para obligar al coronel Gray, comandante del Batallón XVIII, a responder contraatacando. Kippenberger comprendió que el asalto principal se dirigiría contra el Batallón XVIII de Gray, y, en consecuencia, lo reforzó, durante la noche, con una compañía formada por artilleros que combatían como infantería y con otra compañía de la reserva divisionaria.

Ninguna esperanza de ayuda

Transcurrió así otra jornada llena de preocupaciones. Freyberg estaba seguro de que la prueba decisiva era ya inminente, y así lo revela el tono del mensaje que transmitió aquella tarde a Wavell. La situación en Rezimnon y en Iraklion era siempre fluctuante: el coronel Campbell no había conseguido todavía eliminar de su frente las dos concentraciones enemigas más fuertes y, por añadidura, los alemanes acababan de lanzar en paracaídas otro batallón sobre Iraklion.

Columna de tropas británicas y griegas hechas prisioneras en Creta. *(History of the Second World War)*

Pero todo eso ya no eran sino escaramuzas de importancia secundaria en comparación con la lucha por la posesión de La Canea. Freyberg pidió a Wavell que hiciera intervenir a la RAF en apoyo de las fuerzas de tierra, cosa que hicieron lo mejor que les fue posible; pero entonces ya no se podía contar con una ayuda que ejerciera un peso determinante. La única perspectiva segura en cuanto a refuerzos la representaba el proyecto de Wavell de enviar la *Layforce*, unidad de *commando* a las órdenes del coronel R. E. Laycock. Una parte de sus dos batallones desembarcó en Suda aquella misma tarde.

Pero, en realidad, Freyberg admitía, aunque sólo fuera en su interior, que no se trataba ya de una alternativa entre la victoria y la derrota, sino más bien entre la captura y la evacuación.

Al día siguiente, domingo 25 de mayo, los alemanes estaban preparados para la ofensiva. El general Ringer dispuso que Krakau, que ahora tenía a sus órdenes tres batallones de montaña, se apoderase de Alikianú y se lanzase después hacia delante, para cortar la carretera principal al sur de la bahía de Suda; en el frente principal, el objetivo del Regimiento de Montaña 100 era la ocupación de Galatas. Simultáneamente, los paracaidistas de Ramcke debían atacar hacia el Norte y los de Heydrich lo harían hacia el Sur, en dirección a La Canea. La artillería y la *Luftwaffe* apoyarían estas acciones.

En el frente de Galatas era inminente la prueba crucial. Los alemanes contaban con el equivalente de seis batallones, bien armados y equipados, un regimiento de artillería de apoyo y numerosos aviones. En cambio, en el punto más expuesto al ataque, los ingleses sólo podían oponer un batallón, cuyos efectivos habían quedado reducidos a unos 400 hombres y con escasas municiones (en determinado momento les quedaban únicamente diez granadas de mortero). El resto de la línea estaba defendido por un complejo heterogéneo de unidades.

Al comienzo de la tarde la ofensiva alemana se desencadenó con toda su violencia. Kippenberger, que seguía el desarrollo del ataque desde su puesto de mando, escribió: «Cada vez que me asomaba me veía obligado a retirarme tras un par de minutos, para no ser avistado por los aparatos que pasaban continuamente, rozando las copas de los árboles, disparando contra todo lo que veían».

Los defensores tenían dificultades para responder al fuego, a causa de la escasez de municiones y de la absoluta carencia de cobertura aérea; muy pronto todas las compañías avanzadas del Batallón XVIII quedaron empeñadas en el combate que llegó a su punto álgido hacia las 16: en su frente las bombas y las granadas de mortero caían a una media de veinte por minuto. Finalmente, y pese a un desesperado contraataque a la bayoneta, al frente del cual iba el coronel Gray en persona, la compañía 4 fue arrollada y, por un momento, pareció que el enemigo iba a penetrar a través del flanco derecho del despliegue británico. Ya se habían empleado los refuerzos, y Kippenberger se apresuró a mandar al lugar amenazado las dos compañías constituidas con los restos del Batallón XX. La posición quedó asegurada, pero se habían agotado por completo los refuerzos de la primera línea.

En cierto momento de la batalla pareció que la catástofre era inevitable. «De improviso, el grupo de los que retrocedían en desorden se transformó en una riada –escribió Kippenberger–. Muchos eran presa del pánico. Me arrojé en medio de ellos gritando: "¡Resistid, por Nueva Zelanda!"... Andrews, un sargento primero del regimiento, se me aproximó y me declaró, tranquilísimo, que ya no se sentía capaz de más. Le pregunté por qué. Entonces se abrió la camisa y me hizo ver el agujero de un balazo a la altura del estómago. Le di un cigarrillo, convencido de que no le volvería a ver más. Pero no fue así; le vi de nuevo tres años más tarde, en Italia. El hecho de haber estado con el estómago completamente vacío había contribuido a salvarle».

Finalmente, el coronel Gray volvió atrás, «entre los últimos de su batallón, y parecía que en tres horas hubiera envejecido veinte años». Kippenberger le ordenó organizar la defensa en el puente de Daratsos.

Mas para entonces los alemanes habían trasladado el centro de gravedad del ataque a la izquierda y a Galatas. El fuego de su artillería se hizo todavía más intenso, porque querían realizar un último esfuerzo y llevar a cabo la ruptura antes de que oscureciera. Y lo consiguieron: se desencadenó el ataque con tanta violencia que penetraron en Galatas y la retuvieron. Pareció entonces que toda la línea defensiva estuviera a punto de derrumbarse; pero, en aquellos minutos cruciales poco antes de las 20, llegaron, por fin, algunos refuerzos.

Kippenberger juzgó que aquel era el momento del «ahora o nunca». «Los hombres parecían muy cansados –escribió–, pero estaban todavía en condiciones de combatir y resueltos a hacerlo. Habría sido inútil intentar rehacer la línea, y era evidente que lo único que cabía hacer era contraatacar. Ordené por lo tanto a los comandantes de las dos compañías que recuperasen Galatas, con el apoyo de dos carros de combate ligeros.

»Al principio, la infantería los siguió al paso, luego se lanzó hacia delante corriendo, gritando, y siempre corriendo y gritando penetró en el pueblo y desapareció de nuestra vista. Nuestro ataque había tenido éxito. Ya casi había oscurecido. Sobre el campo de batalla cayó de golpe el silencio».

Quizás el combate de Galatas fue la acción más violenta que sostuvieron los neozelandeses durante toda la guerra. Pero, al finalizar, los alemanes conservaban todavía un punto de apoyo.

No obstante, lo cierto es que el contraataque concedió un respiro a los defensores. Puttick sabía que al día siguiente sería absolutamente necesario reducir la línea y resistir en ella sin replegarse si se quería evitar el hundimiento. Esta maniobra no habría tenido éxito de no haber sido por el Regimiento 8 griego, que se encontraba al Sur, en las alturas. Desde el 20 de mayo, primer día de la invasión por el aire, nadie había tenido noticias de él; pero sus hombres, que sólo disponían de las armas y municiones que lograron capturar, ha-

bían impedido al enemigo, durante todo este tiempo abrirse paso hacia Alikianú. El 25 de mayo el Regimiento 8 griego seguía siendo un obstáculo tan grande para los atacantes que Ringel ordenó a Krakau que se apoderase de Alikianú, después de una preparación a cargo de los bombarderos en picado. Los *Stuka* cumplieron su misión, pero las fuerzas terrestres no llegaron más allá de Episkopi. Sin esa tenaz resistencia de los griegos, todo el encarnizado combate alrededor de Galatas hubiera sido inútil y el sector La Canea–bahía de Suda habría quedado aislado.

Ringel detenido en lo que, según sus esperanzas, tenía que ser el avance decisivo para la conquista de Galatas, decidió, el 26 de mayo, enviarle a Krakau otros dos batallones de montaña, estableciendo al mismo tiempo que el ataque en el frente principal lo reanudasen los paracaidistas y el Regimiento de Montaña 100.

Mientras Galatas se mantenía, los alemanes no habían realizado acciones de envergadura contra el frente defendido por la Brigada 19 australiana y el Regimiento 2 griego; pero ahora el general Ringel consideraba que podría tener éxito un intento en este flanco. Por lo tanto, ordenó a Heydrich que avanzase su ala derecha. Precedida por un intenso bombardeo aéreo y ametrallamiento, la ofensiva comenzó en el punto de conjunción de la Brigada 19 y el Regimiento 2 griego. El Batallón 2/VII australiano se vio obligado a retirarse hacia Murnie, ocupando los alemanes Perivolia y Galatas, mientras el Regimiento griego, mal armado y mal organizado, dejó de existir como unidad.

La victoria de los alemanes todavía en entredicho

Con la esperanza de poder mantener aún la línea un día más, Freyberg decidió constituir una brigada, al mando de Inglis, formada con el Batallón I *Welch* (galés), con los húsares de *Northumberland* y con el Batallón I *Rangers*; relevar la misma noche a la Brigada 5 y confiar la responsabilidad de todas las operaciones en la línea avanzada al general Weston. Puttick, cuando se enteró de los nuevos acontecimientos, refirió a Weston que Vasey y Hargest eran de la opinión de retirarse tan pronto oscureciese. Weston, que no tenía intención de asumir la responsabilidad de una decisión tan grave, quería consultar a Freyberg, pero, dada la enorme dificultad de las comunicaciones, Puttick no tuvo ninguna noticia de él al respecto, y a las 22,30 dio las disposiciones para el repliegue.

Mientras tanto, Inglis esperaba las órdenes de Weston relativas a la nueva brigada y la reunión con los comandantes de batallón. Pero las órdenes no llegaban ni los comandantes se presentaban, por lo que dedujo que el plan habría sido modificado. Siguiendo órdenes de Puttick, reasumió el mando de la Brigada 4 y se alejó para establecerse en la nueva línea, en situación de reserva. Y así, cuando Puttick recibió finalmente una comunicación de la que se deducía sin equívocos que Freyberg deseaba mantener la línea existente, era ya demasiado tarde, pues se habían dado las órdenes para la rectificación del despliegue.

Por si fuera bastante, ocurría algo más grave aún: el general Weston había ordenado a la nueva brigada que avanzase y relevase a la 5; pero esta orden la dio antes de que se le informase de que tanto esta última brigada como la 19 se estaban retirando. El Batallón I *Welch*, el I *Rangers* y los húsares de *Northumberland* avanzaron de noche, situándose en la zona antes guarnecida por la Brigada 5, y por esto no se dieron cuenta de que su flanco izquierdo quedaba al descubierto. Tan pronto como el general Weston se percató de la situación, intentó reclamarlos enviándoles enlaces a caballo, pero no lograron pasar.

En el puesto de mando, la mañana del 26 de mayo, Freyberg hizo un balance de la situación. Según los datos que obraban en su poder, las posiciones de Rezimnon y de Iraklion se mantenían todavía; en cambio, la situación en el frente principal no permitía albergar ninguna esperanza, por lo que aquella misma mañana comunicó a Wavell que sus tropas habían llegado al límite de la resistencia, y añadió que, si decidía inmediatamente la evacuación, sería posible todavía salvar por lo menos una parte de ellas.

Para el general Ringel las perspectivas eran diametralmente opuestas. Todo hacía presagiar la victoria alemana. Había recibido el Batallón II del Regimiento de Montaña 141, y el 27 de mayo le ordenó avanzar con la máxima velocidad para que se uniese en Pirgos a su batallón gemelo. Los dos batallones, denominados «Grupo Jais», por el nombre del coronel que los mandaba, deberían avanzar a la derecha de los paracaidistas de Heydrich. Si todo se desarrollaba según lo previsto por Ringel, Jais y Krakau, reuniendo sus fuerzas, podrían aislar el grueso de las unidades de Freyberg.

El 26 de mayo Freyberg intentó convencer a Wavell de que la situación era desesperada, y que la solución más aconsejable era intentar el repliegue hacia la costa meridional. Esperaba poder mantener durante esta fase una línea que cubriese la bahía de Suda hasta la tarde del 27 de mayo. Ignorando aún que Vasey y Hargest se disponían a retirarse y sin imaginar qué confusión se derivaría del aislamiento y de la pérdida del «Grupo de reserva», dictó las disposiciones para el despliegue de todas las fuerzas hacia Sfakía, que se efectuaría la noche del 27 de mayo. El resto de la *Layforce* –los *commandos* del coronel Laycoock– llegó a la bahía de Suda en el momento en que se recibía la orden, y se le asignó la misión de constituir la retaguardia.

En el ínterin, Vasey y Hargest habían logrado que su brigada rompiera el contacto, y suponiendo que el «Grupo de reserva» u otras fuerzas de cobertura se encontraban entre ellos y el enemigo, contaban con poder concederse un intervalo de tregua. El día 27 de mayo, en las primeras horas de la madrugada, ocuparon posiciones a lo largo de la «carretera 42», proponiéndose organizar una línea defensiva apenas se hiciera de día.

Pero los comandantes de batallón no confiaban demasiado en el nuevo frente y decidieron mantenerse preparados para cualquier sorpresa. Y en efecto, mientras los exhaustos soldados reponían fuerzas, la sorpresa se produjo. De repente, sin que ningún signo indicador lo hubiese puesto en guardia, el enemigo rompió el fuego con ametralladoras *Spandau*, desde una distancia aproximada de 250 metros.

Los alemanes habían llegado. El Grupo de combate del coronel Jais, que iba hacia la carretera de la costa, había topado con un nido de avispas. Los alemanes se apresuraron a poner en posición los morteros y a pedir la intervención de los cazas; por su parte, australianos y neozelandeses entraron en acción sin vacilaciones, iniciándose un combate muy encarnizado.

La acción, breve y violenta, eliminó virtualmente un batallón del grupo Jais, y el coronel ordenó que el resto se retirara a una distancia prudencial. Pero los ingleses avistaron entonces otras tropas enemigas de montaña, y Vasey y Hargest juzgaron que lo único que se podría hacer era retirar durante la noche la Brigada 19 a Neochorion y la 5 a Stilos. No lograron averiguar dónde se encontraba Weston, pero sí saber que el Batallón I de la *Layforce* cubriría su retirada.

Detrás del frente, en la «carretera 42», el día 27 de mayo reinaba una enorme confusión. Había una sola carretera principal para el repliegue, y la recorrían todos: unidades organizadas, compañías aisladas y un tropel de soldados en desbandada. Se habían interrumpido las comunicaciones y era imposible avanzar contra la corriente.

Como Freyberg, mientras tanto, estaba ansioso por establecer una línea defensiva en la llanura de Askifos, al norte de Sfakía, la Brigada 4 y algunas secciones de refuerzo recibieron la orden de desplazarse hacia el Sur, apenas cayese la tarde. Weston compareció, al mando de la división neozelandesa, a últimas horas de la tarde; pero como le era imposible volver atrás por la carretera, no le quedó más remedio que esperar que las Brigadas 5 y 19 lograran romper el contacto con el enemigo por sus propios medios y seguir el repliegue.

En Rezimnon, Campbell ignoraba todavía la retirada de Suda, porque todas las tentativas realizadas por Freyberg para hacerle llegar noticias en este sentido habían fallado. Sus tropas atacaron nuevamente Perivolia, y otra vez fracasaron a causa de las averías de los carros de combate; mientras tanto, en Iraklion, Chappell estaba angustiado por la escasez de municiones y por el hecho de que las tropas enemigas estaban aumentando constantemente.

Al finalizar la tarde, Freyberg recibió la autorización de Wavell para proceder a la evacuación. La trágica jornada del 27 de mayo, que había comenzado con la pérdida del «Grupo de reserva», terminó con la ocupación de La Canea y de la bahía de Suda por los alemanes, lo que cerró la segunda fase de la batalla de Creta. En este punto comenzó la tercera, que consistió en la lucha de las retaguardias para cubrir al grueso de las fuerzas y en el desesperado intento de evacuar el mayor número posible de hombres.

Hacia la costa meridional

La mañana del 28 de mayo, las tropas aliadas que aún combatían en el sector más septentrional, cerca de Veritiana, eran las del destacamento de retaguardia, constituidas por dos compañías de maoríes –130 hombres en total– y un destacamento de la *Layforce*. Al amanecer fueron atacadas simultáneamente por el Norte y por el Sur. Los *commandos* del Grupo de Laycock, que sólo tenían armas ligeras y no estaban instruidos para aquel tipo de acción, se retiraron casi en seguida; más tarde, cuando la presión enemiga se hizo insostenible, el capitán Rangi Royal, ante el peligro de quedar aislado, efectuó una hábil maniobra y puso a salvo a sus maoríes.

La Brigada 5, que había alcanzado Stilos poco antes del amanecer, se vio obligada una vez más a renunciar al descanso, pues los infantes alemanes del Regimiento 85 aparecieron de pronto, cruzando las colinas, y la atacaron. Las tropas alemanas fueron rechazadas, pero, mientras se desarrollaba el combate, Vasey llegó de Armeni para conferenciar con Hargest, y los dos generales decidieron de común acuerdo retirarse protegiéndose recíprocamente. Cuando las fuerzas británicas iniciaron la retirada, se volvió a entablar el combate, porque los alemanes se apresuraron a perseguirlas. La posición de Babali Hani pudo mantenerse, sin embargo, hasta la noche, cuando la retaguardia aprovechó la oscuridad para efectuar un repliegue.

Cubierta por estas acciones –el último encuentro se libró al norte del macizo del Madáres–, la Brigada 5 reemprendió una marcha de pesadilla, teniendo como meta la cumbre del monte, donde el Batallón XXIII se aprestaba a ocupar una posición defensiva a fin de que las otras unidades lo pudieran atravesar. De madrugada, las Brigadas 5 y 19 y el resto de la retaguardia seguían ya la riada de hombres exhaustos en la llanura de Askifos...

Por una trágica ironía, los australianos de Campbell, que habían intentado por enésima vez el ataque, aquel día conquistaron finalmente Perivolia, pero pagándolo con pérdidas muy elevadas. Freyberg intentó desesperadamente –y esto Campbell no lo podía saber– ponerse en contacto con él mediante la radio, fuera vía Oriente Medio

Soldados alemanes vigilan el crucero inglés *York* varado en la bahía de Suda, después de haber sido gravemente averiado, el 26 de marzo de 1941, por las lanchas de asalto de la Marina de guerra italiana. *(History of the Second World War)*



Prisioneros ingleses enviados a los campos de concentración. Las tropas que escaparon a las operaciones de limpieza de los alemanes fueron evacuadas entre el 27 y el 31 de mayo de 1941. *(History of the Second World War)*

fuera directamente desde Sfakia; pero, pese a todos sus esfuerzos, no lo consiguió nunca.

En cambio, Chappell, que se encontraba todavía en Iraklion, tuvo noticias de la evacuación, y a las tres del 29 de mayo todo su grupo a excepción de los heridos intransportables, embarcó a bordo de los cruceros *Orion* y *Ajax*.

Desde su puesto de mando, al sur de la llanura de Askifos, Freyberg podía dictar ahora las disposiciones para la evacuación: 1000 hombres deberían salir aquella noche, 6000 embarcarían la noche siguiente, 3000 la noche del 30 de mayo y 3000 más la noche del 31. La *Layforce* y la infantería de marina serían los últimos en dejar Creta.

La doble misión de oponer al enemigo una barrera defensiva y organizar las operaciones nocturnas de embarque continuó durante los tres últimos días de mayo. El 29 las Brigadas 5 y 19 atravesaron la línea de la Brigada 4, en el extremo sur de la llanura de Askifos. Las unidades de la Brigada 5 se esparcieron en una zona cerca de Komitadhes, mientras la *Layforce* defendía, frente a ellas, la desembocadura de la garganta de Imvrotiko. El otro punto de penetración posible, cercano a Vitsilokoumos, estaba guarnecido por la Brigada 19, junto con la infantería de marina y el Batallón III de húsares. Cuando los defensores se hubieron establecido en estas posiciones, la Brigada 4 las atravesó dirigiéndose hacia la costa.

Pero ninguna de estas unidades embarcó la noche del 29 al 30 de mayo, porque en la orilla había ya, en espera, más hombres de los que los buques podían tomar a bordo. Una media hora después de medianoche los transportes de la *Royal Navy* aparecieron frente a Sfakia, y alrededor de tres horas más tarde volvieron a partir con 6000 hombres. Freyberg había recibido la orden de volver a Egipto, pero prefirió esperar un día más.

Al amanecer del 30 de mayo el coronel Utz cayó sobre la retaguardia británica, pero la Brigada 19 le rechazó; luego intentó envolver los flancos y tampoco tuvo éxito. No obstante, una unidad alemana alcanzó el fondo de la garganta de Sfakiano, próximo al puesto de mando de Freyberg; afortunadamente, el Batallón XX la avistó a tiempo y Kippenberger envió dos compañías que detuvieron a los alemanes.

El aeródromo de Máleme inmediatamente después de la invasión alemana con tropas aerotransportadas. Muchos *Junker 52* se estrellaron contra el suelo, y otros experimentaron gravísimos daños durante los apresurados aterrizajes en formación. *(Imperial War Museum)*

La mañana del 30 de mayo, en el puesto de mando, Freyberg anunció a Weston, Vasey, Inglis y Hargest, que aquella noche cuatro destructores tomarían a bordo 5000 hombres; pero más tarde llegó una contraorden: ya no se evacuarían 5000, sino sólo 1000, y Freyberg decidió entonces que partieran las compañías aisladas de batallones pertenecientes a la Brigada 4 y una parte del batallón maorí. Dittmer protestó: quería que sus maories permaneciesen unidos hasta el último momento, todos en Creta o todos evacuados, pero no se atendió su petición.

La Brigada 19 y el resto de los maories recibieron la orden de establecerse aquella noche «en el piso superior», esto es, sobre los peñascos más altos, para contener a los alemanes, mientras la Brigada 5 defendería las posiciones que cubrían la orilla y las salidas de las gargantas. Los jefes de batallón de la Brigada 4 ya habían recibido la orden de estar preparados para partir.

Freyberg pasó otro día angustioso: debía decidir qué nuevas unidades se embarcarían e insistió varias veces a fin de lograr para la noche siguiente el envío de un último convoy con el mayor número posible de buques. El hidroavión para Freyberg amaró aquella misma tarde en Sfakia, y el general ordenó a Inglis que embarcase con él, junto con otros.

En Rezimnon, Campbell se batió como un león hasta el último momento. Al apuntar el día, los alemanes se presentaron en fuerza, al este de Perivolia, y entonces Campbell no ignoró el significado de su presencia. Sin embargo –por lo que él sabía–, la orden de defender el aeródromo seguía siendo válida, por lo que decidió aceptar el combate. Pero acabó siendo rodeado y no pudo hacer otra cosa que rendirse: sólo pocos de sus hombres lograron burlar al enemigo al huir adentrándose por las colinas.

La mañana del 31 de mayo los accesos a Sfakia sólo estaban defendidos por la *Layforce* y por los australianos; la reserva la constituía la infantería de marina. Con las primeras luces la Brigada 5 comenzó a descender a lo largo del escarpado y se tomaron disposiciones para embarcar 2000 hombres por la noche. Weston, que había asumido el mando tras la partida de Freyberg, disponía aún de 9000 hombres. Suponía que las operaciones de embarco se prolongarían durante las dos noches siguientes; pero, por la tarde, a última hora, Wavell le comunicó que la evacuación de aquella noche sería la última y que el convoy sólo podría embarcar 3600 hombres. Por consiguiente, Weston se vio obligado a adoptar la grave decisión de dejar en tierra la *Layforce*. El teniente coronel Colvin, del Batallón I, recibió la orden de permanecer en Creta y tratar las condiciones de la rendición.

Con el nuevo día llegó el enemigo. Para todos aquellos que no habían sido evacuados, sólo quedaba la rendición. Creta, que Student había definido como «la tumba de los paracaidistas germanos», pertenecía ya a los alemanes.

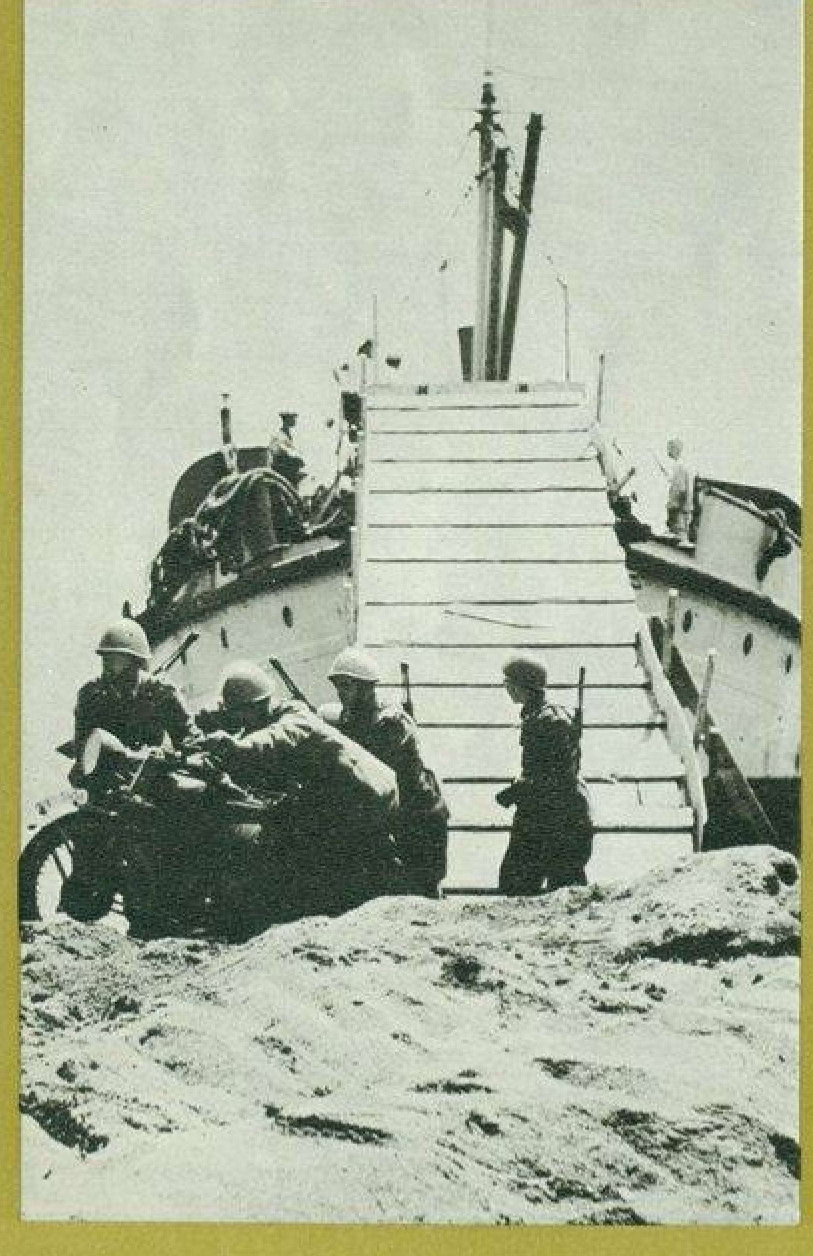


D. M. DAVIN

Nació en septiembre de 1913 en Invercargill, Nueva Zelanda. De 1931 a 1935 asistió a la universidad de Otago; luego ganó una beca en Oxford y se graduó en literatura en 1939, en el *Balliol College*. En septiembre del mismo año se enroló voluntario y en 1940 ascendió a oficial, mandando una sección del Batallón XXIII neozelandés que combatía en Grecia. Participó en la batalla de Creta como oficial agregado al Servicio de Información y fue herido. Desde agosto de 1941 prestó servicio, con el mismo cargo, en el frente libio y en Italia. Desde septiembre de 1944 hasta junio de 1945 fue representante del Servicio de Información neozelandés cerca de la Comisión Aliada de control. Consiguió tres citaciones en la orden del día y su nombramiento como miembro de la orden del Imperio Británico. Desde septiembre de 1945 trabaja en la *Oxford University Press*, donde actualmente ostenta el cargo de vicesecretario de la comisión universitaria.







ITALIANOS EN CRETA

El día 28 de mayo desembarcó en Sitia, en la costa nororiental de la isla, un contingente italiano de 2700 hombres, que salieron de Rodas el día anterior en un convoy formado por 13 pequeños buques escoltados por cinco destructores y seis *Mas*. Las unidades aéreas italianas del Egeo, que en aquel período contaban con unos 50 aparatos de diversas clases, intervinieron en repetidas ocasiones, a requerimiento de los alemanes, tanto sobre la isla como sobre el mar. *(Archivo Rizzoli)*



LA BATALLA DE CRETA DESDE EL PUNTO DE VISTA ALEMÁN

Friedrich August von der Heydte



La conquista de Creta fue otro triunfo fulminante de los alemanes, si bien pagaron a muy elevado precio su victoria. El barón von der Heydte, comandante de un batallón de paracaidistas lanzado sobre La Canea, expone las razones por las que esta batalla fue tan costosa para las tropas germánicas aerotransportadas, que experimentaron pérdidas graves e incalculables.

La guerra en el sector del Mediterráneo –por lo menos hasta marzo de 1941– había sido una cuestión que, en el ámbito de la política del Eje, sólo había correspondido a Italia. En el transcurso del invierno de 1940-41, el término de «guerra paralela», aplicado a la campaña en la que Italia se había comprometido en Europa sudoriental, se repetía frecuentemente en los círculos militares alemanes. No obstante, los jefes de las Fuerzas Armadas alemanas, incluidos los que estaban en la cima de la escala jerárquica, ignoraban entonces que, en su Directiva número 18, Hitler había tomado ya en consideración –junto con otras operaciones– una intervención armada de Alemania en el teatro de operaciones del Sureste, con el fin de acudir en ayuda de los italianos.

El día 13 de diciembre de 1940 Hitler firmó la Directiva número 20, en la cual se trazaba, en líneas generales y bajo el nombre convencional de Operación «Marita», el plan de invasión de Grecia. Pero este plan no debía realizarse antes del mes de marzo del año siguiente. La citada Directiva número 20 abarcaba ya las disposiciones para la operación aerotransportada contra las bases británicas en las islas griegas del Egeo. Y por esta razón, en marzo de 1941, la *Luftwaffe* constituyó un denominado «destacamento Süssmann», formado por el Regimiento 2 de fusileros paracaidistas y reforzado con unidades de artillería, contracarros, ingenieros y transmisiones; este destacamento estuvo bajo la dependencia del Estado Mayor de la 7.ª División aérea de la *Luftwaffe*.

A fines del mismo mes de marzo de 1941, el citado destacamento fue enviado a Bulgaria. El 26 de abril, el grueso del grupo, constituido por el Regimiento 2 de fusileros paracaidistas y por elementos de las unidades de apoyo, fue lanzado desde el aire sobre el istmo de Corinto, con la misión de impedir que las tropas británicas en retirada destruyeran el único puente existente sobre el canal de este nombre y para que luego se estableciera sólidamente en las colinas al sur del mismo.

Los paracaidistas llevaron a buen término la segunda parte de la misión; pero el puente, a causa de un accidente todavía no aclarado, fue hundido cuando ya los alemanes se habían apoderado de él. En consecuencia, tuvieron que tender rápidamente un puente provisional.

Desde el punto de vista táctico, la operación había resultado plenamente y contribuyó de una manera decisiva a la conclusión de la campaña de Grecia. Pero, estratégicamente, no sólo reveló la presencia en este sector de tropas alemanas aerotransportadas (cosa que con mucha probabilidad y, como era obvio, ya debían saber los ingleses), sino que también descubrió claramente las concepciones estratégicas sobre las que se basarían las futuras operaciones.

A principios de abril, el general Kurt Student, comandante en jefe del XI *Fliegerkorps*, examinó la posibilidad de emplear no sólo un regimiento, sino todas las unidades aerotransportadas del Ejército alemán, en la operación más vasta, entre todas las de esta clase, realizadas hasta aquel momento por la *Luftwaffe*.

Mientras se preparaban los planes para la Operación «Marita», aconsejó la toma de la isla de Creta y hasta la de Chipre mediante ataques sucesivos llevados a cabo por medio de las tropas aerotransportadas.

El día 15 de abril, el comandante en jefe de la 4.ª *Luftflotte*, de quien dependía el general Student,


(History of the Second World War)

sometió la propuesta de su subordinado al mariscal Goering. El mariscal ordenó a Student que se presentase el día 20. El 21 Hitler habló con Student, y el 25, en la Directiva número 28, ordenó proceder inmediatamente a los preparativos para el ataque por sorpresa a Creta; ataque al que se le dio el nombre de Operación «Merkur».

Por lo que se sabía en Alemania, Creta había sido ocupada por los ingleses a fines de octubre de 1940, y las fuerzas británicas en la isla se calculaban en unos 15.000 hombres, muchos de los cuales –así por lo menos se creía– fueron duramente castigados en la campaña de Grecia. Por otra parte, el reconocimiento aéreo revelaba que las posiciones antiaéreas de la isla parecían muy débiles y que no se descubrían concentraciones en ningún sector en particular.

La responsabilidad de la Operación «Merkur» se confió al comandante en jefe de la 4.ª *Luftflotte, Oberstgeneral* Löhr, quien tenía a sus órdenes, además del XI *Fliegerkorps*, el VIII *Fliegerkorps*, que comprendía la mayor parte de los aparatos de bombardeo en picado *(Stuka)* y cuyo comandante en jefe era el general von Richthofen. Las operaciones navales relacionadas con el desembarco aéreo las dirigiría el almirante que estaba al mando del sector sudoriental, quien debería actuar en colaboración con la 4.ª *Luftflotte*. La División 22 estaba ya dispuesta al norte de Grecia, para seguir, apenas fuera posible y necesario, a las tropas aerotransportadas. Más tarde, en vez de esta división, se destacó cerca del XI *Fliegerkorps* la División de Montaña 5, de Ringel.

Durante el desarrollo de la acción, el plan se resintió de la excesiva limitación del tiempo concedido para llevarlo a cabo: en efecto, la Operación «Merkur» se debería llevar a término antes de que comenzase el ataque contra la Unión Soviética, porque el VIII *Fliegerkorps* constituía un elemento esencial de las fuerzas de asalto alemanas destinadas al frente oriental. Pero aun así, el día en que se impartió la Directiva número 28, las unidades del XI *Fliegerkorps* fueron puestas en estado de alerta en los campos de entrenamiento diseminados por toda Alemania y el 14 de mayo ya habían llegado a Grecia donde descansaron temporalmente en varios aeródromos preparados apresuradamente con el piso de la pista tan polvoriento que hacía casi imposible el despegue simultáneo o en rápida sucesión.

El plan operativo alemán, durante esta primera fase del asalto a Creta, no pretendía efectuar una concentración de las fuerzas desembarcadas en diversos puntos, sino que el general Student proyectaba atacar, simultáneamente, diferentes lugares de la isla. En un principio, había previsto siete lugares de lanzamiento, pero después la 4.ª *Luftflotte* acabó limitándolos a cuatro: el llamado «Grupo Oeste», a las órdenes del general Meindl y compuesto en su mayor parte por el Regimiento de asalto paracaidista, debería apoderarse del aeródromo de Máleme; el Regimiento de paracaidistas 3, reforzado, bajo el mando del coronel Heydrich, atacaría La Canea, capital de la isla, y el puerto de Suda; al mismo tiempo, el Regimiento de fusileros 2, mandado por el coronel Sturm, debería ocupar Rezimnon.

El cuarto objetivo era el aeródromo y la vecina localidad de Iraklion, contra los cuales se dirigiría la acción del llamado «Grupo Este», confiada al general Ringel y compuesto por el Regimiento de fusileros paracaidistas 1 del coronel Bräuer.

Las fuerzas alemanas destinadas a atacar La Canea y Rezimnon formaban el «Grupo Central», a las órdenes del general Süssmann, y las que serían lanzadas en paracaídas cerca de Máleme y en Lá Canea se habían designado con el nombre de «Grupo Oeste», al mando del general Meindl. El plan de operaciones fijaba ambos lanzamientos para la mañana del 20 de mayo.

El lanzamiento del «Grupo Este», en las cercanías de Rezimnon y de Iraklion, tendría lugar por la tarde del mismo día, con la segunda oleada.

El Alto Mando esperaba, por consiguiente, apoderarse de los cuatro puntos más importantes con dos rápidos golpes de mano. Algunas pequeñas unidades especializadas, transportadas a la isla en planeadores, desempeñarían la función de una vanguardia *sui generis*. Las unidades de refuerzo y los abastecimientos afluirían por mar, en una improvisada flotilla de medios de desembarco ligeros (que desafiarían audazmente a los navíos de la flota británica), a fin de consolidar el éxito de los primeros atacantes.

Parte considerable de estas fuerzas embarcarían la tarde del primer día y el resto lo haría al día siguiente.

El Mando británico había presentido el inminente ataque con un amplio margen de anticipación. Se prepararon las defensas magníficamente, y el comportamiento de las tropas británicas y griegas, empeñadas en la batalla, fue ejemplar. Además, la acción de los defensores encontró un valioso apoyo en una especie de «leva en masa» de la población civil, que respondió, en su gran mayoría, a la llamada lanzada por el rey de Grecia, quien la exhortaba a defender la isla «hasta el último cartucho y hasta el último hombre». En consecuencia, la empresa de los paracaidistas alemanes fue bastante más difícil de lo previsto, pues debieron atacar un objetivo fuertemente defendido y un enemigo preparado y resuelto a combatir.

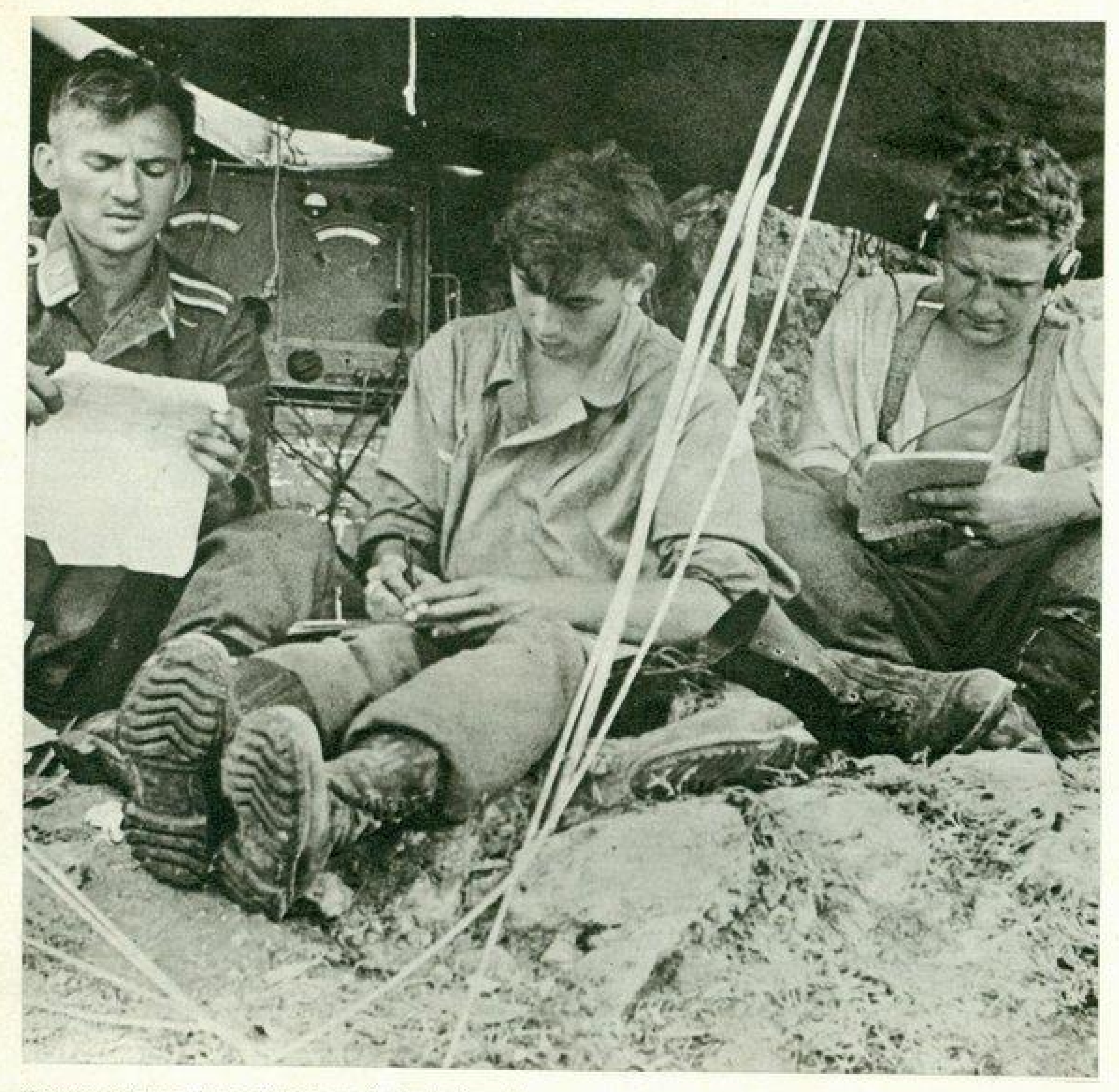
Por lo demás, el asalto se vio afectado por dos graves infortunios iniciales: el general Süssmann murió en un accidente aéreo antes de tocar el suelo de Creta y el general Meindl fue gravemente herido en las primeras horas de la batalla. Además, en los cuatro puntos atacados, el enemigo era mucho más fuerte de lo que se había creído, de modo que por la noche del primer día los alemanes no habían logrado adueñarse de ninguno de ellos.

Un punto de apoyo de importancia vital

Y, sin embargo, los alemanes tenían la imperiosa necesidad de asegurarse la posesión de un aeródromo; uno por lo menos para poder recibir las tropas de refuerzo, las armas pesadas y los abastecimientos necesarios. Por ello, concentraron su máximo esfuerzo sobre aquel objetivo de importancia fundamental que era el aeródromo de Máleme. El comandante británico, bajo el peso de los ataques ininterrumpidos desencadenados por el regimiento de asalto y teniendo la impresión de que los alemanes intentaban una maniobra de envolvimiento de la Cota 107, que dominaba el campo, se retiró en el transcurso de la noche del 20 al 21 de mayo.

Los acontecimientos que siguieron demostraron que este repliegue había tenido una importancia determinante, y el mando alemán no tardó en comprender que el éxito conseguido en Máleme era de un valor esencial para las sucesivas operaciones.

A partir del 21 de mayo, toda la actividad alemana se concentró en este sector operativo. Los otros grupos –por lo menos todos aquellos con los que era posible establecer comunicación– recibieron la orden de permanecer a la defensiva y de mantener las posiciones en las zonas en que estaban combatiendo. El punto vital era Máleme. La tarde del 21 de mayo el aeródromo ya estaba bajo el dominio alemán, siendo, por lo tanto, accesible a las tropas de invasión. Así, a las 16,



Estación radiorreceptora alemana en Creta. La Operación «Merkur» demostró, en la campaña de Creta, que era posible llevar a cabo una operación en gran escala, con tropas aerotransportadas, en una isla cuya extensión equivalía a la quinta parte de Suiza y a pesar de la supremacía naval del adversario. *(Archivo Rizzoli)*

las primeras unidades de la División de Montaña –agregadas al XI *Fliegerkorps* y transportadas apresuradamente a Creta mediante un puente aéreo desde varios aeródromos provisionales de Grecia– llegaron al aeropuerto de Máleme, que se hallaba todavía batido por el fuego de las ametralladoras y de los cañones británicos emplazados en las cercanías.

El comandante de la División de Montaña, general Ringel, quien, según el plan original, debía mandar el «Grupo Este» y que, por el contrario, permaneció en Grecia cuando la crisis del primer día era demasiado manifiesta, asumió el mando del «Grupo Oeste». Mientras Ringel organizaba sus fuerzas, que por cierto habían experimentado ingentes pérdidas, y mientras los paracaidistas se empeñaban en encarnizados combates cerca de La Canea, así como en Rezimnon y en Iraklion, sin ceder el terreno conquistado después del lanzamiento, el Mando superior alemán se enfrentó con un nuevo y grave contratiempo: la Marina británica había interceptado y destruido la flotilla de desembarco que transportaba a Creta los refuerzos y los aprovisionamientos de víveres y de armas, de los que se sentía una necesidad absoluta y urgente. Los bombarderos del VIII *Fliegerkorps* atacaron con suma dureza a los cruceros británicos, pero lo hicieron demasiado tarde para poder salvar las fuerzas de desembarco alemanas.

Sin embargo, en la isla, los alemanes lograron cerrar la tenaza en torno al aeródromo de Máleme, a pesar de la previsible crisis de abastecimientos. El día 23 de mayo las unidades del «Grupo Oeste» volvieron al ataque, y por la tarde pudieron enlazar con el grupo originario del Regimiento de paracaidistas 3, cerca de La Canea. Pero allí las tropas británicas impusieron otro compás de espera al avance, defendiendo hasta el último cartucho las posiciones fortificadas de Kastélli y de Galatas.

Si la lucha por la posesión de Máleme se puede definir como la primera batalla decisiva de la campaña de Creta, la que se llevó a cabo en torno a Kastélli y a Galatas fue la segunda, indudablemente, en cuanto a su importancia. La lucha fue allí dura y tenaz, como en todas partes; pero al fin, la tarde del 25 de mayo, las tropas de montaña ocuparon las disputadas posiciones británicas, y ya la mañana del 27 las unidades alemanas lanzaron el ataque contra La Canea. El Batallón I del Regimiento de fusileros paracaidistas 3 envolvió la retaguardia británica y hacia mediodía entró en la capital de la isla. El día 28, la misma unidad se apoderó de Suda.

A partir de aquel momento la batalla se transformó en una persecución. El 29 de mayo, unos destacamentos de la división de montaña del general Ringel, lanzados tras las fuerzas británicas que se estaban retirando, relevaron a los paracaidistas que durante varios días habían conseguido retener sus posiciones de Rezimnon, a pesar de las sensibles pérdidas sufridas y de la casi absoluta falta de provisiones.

Al caer la tarde del mismo día, se consiguió restablecer y mantener los contactos con el «Grupo Este», que se encontraba desde el principio de la lucha en la zona de Iraklion y que había combatido en posiciones aisladas al mando del coronel Bräuer.

Mientras tanto, siempre en el curso de la misma jornada, algunos destacamentos de la división de montaña se lanzaron hacia el Sur, atravesando los macizos montañosos, para impedir la evacuación de la isla al mayor número posible de unidades británicas.

Por aquel entonces, toda la costa septentrional estaba ya en manos de los alemanes y el adversario se estaba retirando de Creta.

Pérdidas muy elevadas

La última batalla de la campaña de Creta se llevó a cabo en las cercanías del pueblo de Sfakía, donde la retaguardia británica –aunque sin lograr todo lo que había esperado– se empeñó a fondo, sin ahorrar esfuerzos, para impedir a los alemanes el acceso a la costa meridional, donde se estaban llevando a cabo las operaciones de la evacuación. Pero, en realidad, el día 1 de junio la batalla de Creta había terminado. Las pérdidas por parte alemana habían sido enormes: de los 22.000 hombres empleados en la Operación «Merkur», casi 7000 resultaron muertos o heridos, y desde luego, más de una cuarta parte de los paracaidistas lanzados sobre la isla murieron en los encarnizados combates.

Este elevadísimo porcentaje de pérdidas fue la consecuencia de diversas causas. Prescindiendo de la errónea evaluación del potencial defensivo del enemigo, como ya se ha apuntado, es necesario tener en cuenta la falta de experiencia táctica de los paracaidistas alemanes y lo insuficiente de su instrucción –sobre todo de los oficiales de pequeña graduación–, lo que no pudo compensarse ni con su admirable heroísmo, ni con el entusiasmo y espíritu de entrega que evidenciaron en todo momento.

Desde otro punto de vista, los paracaidistas alemanes demostraron también que, con tropas aerotransportadas, era posible realizar una operación a gran escala, en la que el empleo de estas fuerzas especiales rebasaba los límites de una misión de apoyo a las unidades terrestres, puesto que estaban en condiciones de resolver por sí mismos problemas estratégicos de naturaleza particular. Asimismo dieron a entender que era posible atacar una isla, cuya superficie correspondía a una quinta parte de la de Suiza, y asegurarse su posesión mediante una operación efectuada con el lanzamiento de paracaidistas desde el aire; no obstante la absoluta e innegable supremacía naval del adversario.

Se nos podría preguntar si habría sido posible llevar a cabo una operación anfibia, realizada con los medios tradicionales y con pérdidas menores. Yo creo que no; creo que, por el contrario –teniendo en cuenta la potencia indiscutible de la Marina británica–, no se hubiera podido llevar a efecto.

Hitler y sus consejeros militares no supieron deducir las justas conclusiones de la experiencia de Creta. Consideraron tan sólo las pérdidas, mas no las causas que las habían provocado y descuidaron las posibilidades que ofrecía. Por ello las unidades de paracaidistas ya no se emplearon en sucesivas operaciones aerotransportadas, sino que se utilizaron como unidades terrestres de infantería en el frente oriental, donde la mayor parte de los supervivientes de la batalla de Creta hallaron la muerte.

F. A. VON DER HEYDTE



Hijo de un comandante del Ejército bávaro, nació en Munich en 1907. Después de haber prestado servicio durante 18 meses, entre 1925 y 1926, en la *Reichswehr*, estudió leyes y ciencias políticas en varias universidades alemanas y austríacas. A fines de 1935 se enroló de nuevo en el Ejército alemán, y en 1939 se le admitió en la Escuela de Guerra. Voluntario en el cuerpo de paracaidistas tras el derrumbamiento de Francia, participó con tales unidades en la conquista de Creta. Permaneció durante un breve período en el frente ruso y luego tuvo el mando (1942-1943) del Batallón experimental paracaidista. Estuvo al frente de la retaguardia del *Afrikakorps* hasta enero de 1943. Después, siempre con los paracaidistas, combatió en Italia y en Normandía. Participó en la conspiración contra Hitler, que acabó con el atentado fallido del 20 de julio de 1944. Durante la batalla del Bulge (ofensiva de las Ardenas, diciembre de 1944) se lanzó en paracaídas cerca de Baraque-Michel, siendo hecho prisionero por los ingleses. Recuperó la libertad en 1947. En 1951 era profesor de Derecho Internacional, y en 1954 se le nombró miembro de la Fundación Carnegie para la paz internacional. Ha alcanzado el grado de general de brigada en la *Bundeswehr*, y ha sido premiado con numerosas condecoraciones, entre ellas la cruz de caballero con las «Hojas de roble».

POTENCIA NAVAL CONTRA "STUKAS"

J. L. Moulton, general de división

La conquista de Creta se consiguió gracias a la superioridad aérea alemana, superioridad que representaba una seria amenaza para las fuerzas navales británicas que debían abastecer a las tropas de la isla. A pesar del martilleo a que los "Stukas" sometieron a la "Mediterranean Fleet", ésta apoyó a las fuerzas de tierra en retirada, haciendo posible su evacuación; pero el precio que tuvo que pagar fue muy alto.

1941

15 de mayo: los alemanes comienzan a efectuar intensos bombardeos sobre Creta.

19 de mayo: los ingleses retiran de Creta sus últimos cazas, dejando así a la *Luftwaffe* dueña indiscutible del aire.

20 de mayo: se inicia la invasión de Creta con tropas aerotransportadas. El almirante Cunningham ordena las primeras acciones de exploración naval nocturna al norte de la isla.

20-21 de mayo: destructores británicos bombardean el aeródromo de Scarpanto, una isla al nordeste de Creta. Un *Cant Z-1007* hunde el destructor británico *Juno*. El almirante Glennie dispersa la flotilla alemana que transportaba tropas de refuerzo procedentes de Milo.

22 de mayo: bombarderos alemanes atacan la escuadra del almirante King, averiando los acorazados *Warspite* y *Valiant* y hundiendo el destructor *Greyhound* y los cruceros *Gloucester* y *Fiji*.

23 de mayo: la 5.ª flotilla de destructores británicos bombardea las unidades alemanas que han ocupado el aeródromo de Máleme. Los *Stukas* hunden los destructores *Kelly* y *Kashmir*.

24 de mayo: el minador *Abdiel* y algunos destructores ingleses abastecen a las fuerzas terrestres en la zona de la bahía de Suda.

25 de mayo: los acorazados *Queen Elizabeth* y *Barham* y el portaaviones *Formidable* zarpan de Alejandría escoltados por ocho destructores.

26 de mayo: los *Stukas* atacan por sorpresa al *Formidable* y le causan averías.

27 de mayo: bombarderos alemanes alcanzan el acorazado *Barham*. El almirante Cunningham prepara las fuerzas navales para la evacuación de las tropas de Freyberg en Creta.

28-29 de mayo: el almirante Rawlings embarca en Iraklion 4000 hombres. Los bombarderos alemanes echan a pique los destructores británicos *Hereward* e *Imperial* y producen averías a los cruceros *Dido* y *Orion*. En Sfakia el comandante Arliss desembarca abastecimientos y toma a bordo 700 hombres.

29 de mayo: el almirante King embarca en Sfakia 6000 hombres. El crucero *Perth* es averiado por los bombarderos alemanes.

30 de mayo: el comandante Arliss embarca otros 1500 soldados en Sfakia.

31 de mayo-1 de junio: el almirante King retira de Sfakia los últimos 4000 hombres. Otros 5000 se quedan en tierra. El crucero *Calcutta* se hunde después de ser bombardeado por los alemanes.

Con la batalla de Creta la *Royal Navy* alcanzó el punto culminante de un período de continua acción y de pérdidas gravísimas. A fines de 1940, quedó claro que la Flota italiana, gravemente maltrecha tras el ataque a Tarento en noviembre del mismo año, no osaría desafiar a Inglaterra en el Mediterráneo, y la actividad de los bombarderos de gran altura y de los aviones torpederos de la *Regia Aeronautica* se dirigía más bien a acciones de hostigamiento y no verdadera amenaza para la potencia naval británica. Sin embargo, la intervención alemana en auxilio de sus aliados cambió radicalmente la situación.

El primer contingente de la *Luftwaffe* llegado a aquella zona fue el X *Fliegerkorps*, que estableció sus bases en Sicilia, y en el que figuraban muchos *Junker-87*, los llamados *Stukas*, cuyos hábiles y valientes pilotos estaban dispuestos a hacer sentir al enemigo todo el peso de sus ataques.

La *Mediterranean Fleet* lo experimentó el 10 y el 11 de enero de 1941, mientras escoltaba un convoy hacia Malta. Los pilotos alemanes alcanzaron seis veces, con bombas de gran calibre, el portaaviones *Illustrious*, que consiguió refugiarse, aunque con dificultades, en el Grand Harbour de la isla. Durante la misma incursión se hundió el crucero *Southampton*, y el *Gloucester* sufrió graves averías.

Después surgió la amenaza alemana contra Grecia y el envío de un Cuerpo Expedicionario formado por tropas británicas y de la *Commonwealth*. Los convoyes empezaron a salir de Egipto el 5 de marzo, y las salidas se sucedieron regularmente cada tres días en el transcurso de tres semanas. La Marina de Italia, cediendo a las presiones alemanas, salió para interceptarlos; pero Cunningham no se dejó sorprender, y el 28 de marzo, como conclusión y resultado de la batalla nocturna de Cabo Matapán, la Flota italiana volvía a sus bases con tres cruceros menos, un acorazado averiado y sin haber conseguido infligir pérdidas al enemigo.

En febrero, Rommel (con su *Afrikakorps*) desembarcó en Trípoli. Y el 24 de marzo lanzó su primera ofensiva contra las fuerzas británicas del desierto. Ante los nuevos acontecimientos, Malta se convirtió en base de los destructores, los submarinos y los aviones que atacaban a los convoyes del Eje en la ruta de Trípoli, lo que motivó, a su vez, que se lanzaran potentes ataques aéreos contra la pequeña isla.

Esta intensa actividad requería apoyo logístico y el envío de cazas de refuerzo, y, puesto que Cirenaica estaba en manos de los alemanes, la Marina británica se vio obligada a luchar duramente para abrir camino a los convoyes y para transportar los cazas a bordo de los portaaviones. La Fuerza H, desde Gibraltar, y la *Mediterranean Fleet*, desde Alejandría, cooperaron en la empresa.

El 7 de abril los alemanes cruzaron la frontera búlgara para invadir Grecia. La ocuparon en una campaña que sólo duró tres semanas, obligando al Cuerpo Expedicionario británico a abandonar el país. Como se sabe, la evacuación tuvo lugar del 24 al 29 de abril. Seis cruceros, 19 destructores y numerosas embarcaciones de menor tonelaje embarcaron más de 50.000 hombres; cuatro transportes y dos destructores fueron hundidos por ataques de la *Luftwaffe*.

Creta, una pesada carga

En octubre de 1940, tras la invasión de Grecia por Italia, Gran Bretaña no había dudado en aceptar la sugerencia de los agredidos respecto a ocupar Creta, donde se podría establecer una base avanzada de la Flota en la bahía de Suda y cierto número de aeródromos a lo largo de la franja costera. Pero, en mayo de 1941, con la bahía de Suda y las pistas de aterrizaje de Máleme, Rezimnon e Iraklion expuestas a las incursiones de la *Luftwaffe*, procedente de Grecia, y con la falta de una adecuada protección de aviones de caza, Creta había dejado de ser una ayuda para convertirse en una carga. Los buques que entraban en la bahía de Suda estaban a merced de los aviones enemigos, y como colofón a todo ello, el 19 de mayo los escasos cazas británicos, después de haber combatido sin ninguna esperanza en una batalla irremediablemente perdida desde el principio, recibieron la orden de retirarse de la isla. El portaaviones *Formidable* había sustituido al *Illustrious* en la *Mediterranean Fleet*; pero, durante las operaciones frente a Bengasi y Malta, gran parte de sus aviones quedaron inutilizados, por lo que en aguas de Creta la lucha iba a tener lugar directamente entre la *Luftwaffe* y los cañones de la *Royal Navy*.

Cunningham intuyó que los alemanes lanzarían el ataque principal desde el aire. Por esta razón la misión de la Marina debía limitarse a impedir un posible desembarco de tropas de apoyo a las aerotransportadas, escoltar los refuerzos y abastecimientos destinados a los defensores, efectuar tiros de apoyo a tierra y, si las cosas iban mal, evacuar de la isla a todo el Cuerpo Expedicionario.

La madrugada del 20 de mayo, tras abastecerse de nafta, los acorazados *Warspite* y *Valiant*, un crucero y diez destructores, al mando del contraalmirante Rawlings, navegaban por el Mediterráneo, a 100 millas al oeste de la isla; mientras tanto, el contraalmirante Glennie, con los cruceros *Dido* y *Orion*, que habían llevado a cabo la exploración nocturna, se estaba retirando por el estrecho de Antikizira para unirse a Rawlings. A su vez, el contraalmirante King se retiraba hacia el Este, con los cruceros *Naiad* y *Perth* y cuatro destructores, y el comandante Rowley, procedente de Alejandría con otros dos cruceros, el *Gloucester* y el *Fiji*, se dirigía hacia el Norte. Cunningham, que tenía muchas otras responsabilidades, había decidido permanecer en Alejandría.

A partir del 15 de mayo, la 4.ª *Luftflotte*, mandada por el general Löhr, había acelerado los preparativos para el ataque contra Creta, habilitando nuevos aeródromos, almacenando reservas de gasolina y bombas y concentrando tropas. Las redes de carreteras y de ferrocarriles griegas eran muy deficientes, y además habían sufrido sensibles daños durante los recientes combates, por lo que gran parte de los abastecimientos alemanes llegaba por mar.

Ni siquiera los aeródromos satisfacían las necesidades: los despegues se veían dificultados por el fondo polvoriento de las pistas, y además todos ellos eran utilizados tanto por el XI *Fliegerkorps* como por el VIII *Fliegerkorps*.

El general von Richthofen, comandante del VIII *Fliegerkorps*, era el responsable de muchas y diversas operaciones:

- proteger desde el aire la fase inicial del ataque y los necesarios movimientos navales en el Egeo que le seguirían;
- destruir las fuerzas aéreas británicas en Creta y reducir al mismo tiempo al silencio las defensas terrestres;
- apoyar a las tropas desembarcadas mediante bombardeos y ametrallamientos en cuanto pusiesen pie en la isla;
- destruir la flota enemiga y cubrir los movimientos navales previstos para el desembarco de tropas de refuerzo y de las armas pesadas destinadas a apoyar el ataque aerotransportado.

Los *Stukas*, aparatos de limitada autonomía de vuelo, así como los cazas monomotores, tenían, como era lógico, sus bases más avanzadas, en el Peloponeso y en las islas cercanas, mientras que los bombarderos y los cazas bimotores se encontraban más al Norte. El bombardeo intensivo de Creta comenzó el 15 de mayo y alcanzó su apogeo el 20.

Aquella noche los cruceros y los destructores británicos que exploraban las aguas septentrionales de Creta no descubrieron señal alguna de movimientos navales alemanes, si bien tuvieron un encuentro con lanchas torpederas de la Marina italiana.

Tres destructores británicos bombardearon el aeródromo de Scarpanto, y a la mañana siguiente los *Stukas* hundieron el destructor *Juno*[1].

Un convoy alemán, formado por 25 motoveleros, procedente del Pireo y que transportaba un batallón de tropas de montaña y una unidad de armas pesadas (2300 hombres en total), tenía que atracar al oeste de Máleme el 21 de mayo por la tarde. Otro convoy ligero (38 caiques con 4000 hombres) debía llegar a Iraklion al día siguiente. En los partes alemanes se denominaba a estas dos flotillas de desembarco *Nussschalen* y *Mückenflotilla* («cáscaras de nuez» y «flotilla mosquito»). Un convoy pesado, formado por vapores cargados de artillería y algunos carros de combate, permanecería fondeado en El Pireo, esperando la orden de zarpar. Al amanecer del 21 de mayo, cuando el primer convoy navegaba hacia Máleme, se le ordenó volver a Mila, porque durante la noche se había recibido la noticia de que fuerzas navales británicas se hallaban al norte de Creta. Por la tarde recibió órdenes de hacerse de nuevo a la mar; pero, en contra de lo que se había previsto, no pudo aproximarse a Creta de día, cuando la *Luftwaffe* lo podría proteger, sino de noche, mientras los buques ingleses exploraban la zona que precisamente había de cruzar.

[1] En realidad, el *Juno* se hundió durante un ataque efectuado por cinco *Cant Z-1007 bis* de la 210ª Escuadrilla italiana (jefe de la formación era el teniente Morassuti, y observador el teniente Balboni).

LOS "STUKAS" CONTRA LA FLOTA INGLESA

Durante la batalla de Creta, los *Ju-87 Stukas*, que en la batalla de Inglaterra habían experimentado gravísimas pérdidas, lograron nuevos laureles en su empleo contra los buques adversarios. Una vez más, la superioridad del poder aéreo sobre el naval quedó claramente demostrada. Los *Stukas* del Grupo "Immelmann" infligieron sensibles pérdidas a la Escuadra inglesa del Mediterráneo: ni siquiera los más veloces destructores podían salvarse de sus ataques. He aquí las características del *Ju-87 B-1*: **Velocidad máxima**: 360 km/h. **Armamento**: dos ametralladoras fijas de 7,9 mm y una giratoria en el extremo posterior de la carlinga. **Carga máxima de bombas**: una de 500 kg y cuatro de 50.

Arrollados por los ingleses

A las 23,30 el contraalmirante Glennie, con los cruceros *Dido, Orion* y *Ajax* y cuatro destructores interceptó el convoy. Cuando se dio la alarma y los soldados del batallón de montaña se lanzaron hacia el puente, vieron que su frágil flotilla estaba iluminada por los reflectores del enemigo, y casi en seguida oyeron los estallidos de los primeros proyectiles. Un caique cargado de municiones voló por los aires, algunos comenzaron a incendiarse y otro se partió en dos.

A la mañana siguiente, el almirante King recibió órdenes de patrullar por las aguas situadas al norte de Creta con cuatro cruceros (el *Naiad*, el *Perth*, el *Carlisle* y el *Calcutta*) y otros tantos destructores. Encontró dos embarcaciones supervivientes del primer convoy y las hundió; después, hacia las 10, localizó al segundo convoy a unas 25 millas al sur de Milo. Una formación de *Junker-88*, procedente de Eleusis, descubrió abajo, en el mar, los indefensos caiques que volvían atrás, alejándose a su máxima velocidad posible (5 ó 6 nudos a lo sumo), y al torpedero italiano *Sagittario*, que avanzaba haciendo zigzags a toda máquina, protegiéndolos con una cortina de humo y perseguido por los destructores y cruceros británicos que le disparaban.

La formación aérea alemana se apresuró a intervenir, y en cuanto comenzó el primer ataque fue acogida por el fuego violento de los cañones antiaéreos.

King acababa de sufrir, aquel mismo día, un ataque aéreo de tres horas, y como además sus reservas de municiones habían disminuido de forma alarmante decidió invertir la ruta. Los *Stukas*, los *Junker-88* y los *Dornier-17* mantuvieron empeñados a los buques británicos tres horas y media más, durante las cuales el *Naiad* resultó gravemente averiado y murió el comandante del *Calcutta*.

El día 21 de mayo, los aviones de reconocimiento de la *Luftwaffe* localizaron la Escuadra del almirante Rawlings. El 22, pasados ya los dos críticos primeros días de la invasión de Creta, la necesidad de apoyar a los paracaidistas se hizo menos apremiante, lo que fue aprovechado por el VIII *Fliegerkorps* para no dejar escapar la codiciada ocasión de recoger el desafío. Los bombarderos de gran altura y en picado alemanes, favorecidos por una espléndida mañana del precoz verano mediterráneo, atacaron a los cruceros británicos. Glennie y Rowley habían alcanzado a la Escuadra de Rawlings en un punto situado entre las 20 y las 30 millas al oeste de Kizira, y Rawlings se dirigió hacia el Este para apoyar a King, que se estaba retirando hacia el Sur, atacado todavía por los bombarderos alemanes. Se encontraron a primera hora de la tarde en el canal Kizira y el acorazado *Warspite* resultó alcanzado casi en seguida por una bomba de gran calibre, que inutilizó las baterías de estribor de 152 mm y 102 mm.

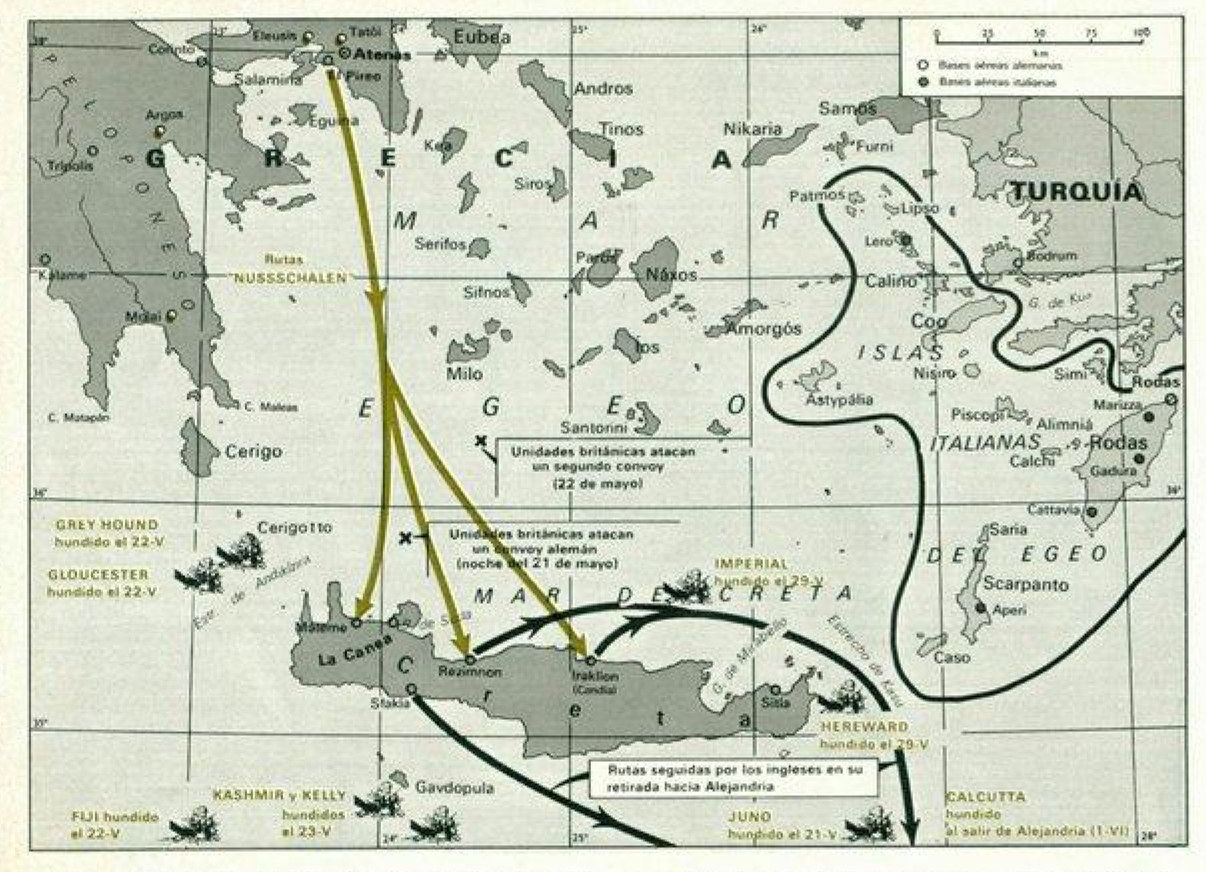
Era el momento esperado por la *Luftwaffe*. Los aviones alemanes, finalizado el primer ataque, se abastecieron de carburante y bombas y, rápidamente, se dirigieron de nuevo hacia la Escuadra inglesa. Al principio, el fuego concentrado de los buques británicos los mantuvo a distancia; pero media hora después de haber sido alcanzado el *Warspite*, le tocó el turno al destructor *Greyhound*, que, alcanzado de lleno por dos bombas, se hundió. King ordenó a Rowley que rescatara a los náufragos, y luego, dándose cuenta de que los cruceros *Gloucester* y *Fiji* andaban escasos de municiones antiaéreas, les ordenó que se unieran a la formación principal y cambió de rumbo para apresurar la unión. Pero era demasiado tarde. Cuando apareció, el *Gloucester* estaba ya muy averiado, las llamas invadían el puente, y el buque, incapaz de maniobrar, iba a la deriva. A las 16, tras una explosión bajo cubierta, se hundió. El *Fiji*, aislado ya y bombardeado sin cesar, no pudo más que mantener su rumbo, echándoles a los náufragos del *Gloucester* los salvavidas de a bordo mientras pasaba por su lado. Poco tiempo después también el acorazado *Valiant* era alcanzado y averiado.

El *Fiji* y sus dos destructores de escolta no habían conseguido unirse a la formación principal y se dirigieron hacia el Sur. A las 18,45, un *Messerschmitt-109* aislado, rozando el límite de su autonomía de vuelo, lo avistó y le lanzó una sola bomba que estalló muy cerca de la borda y, por

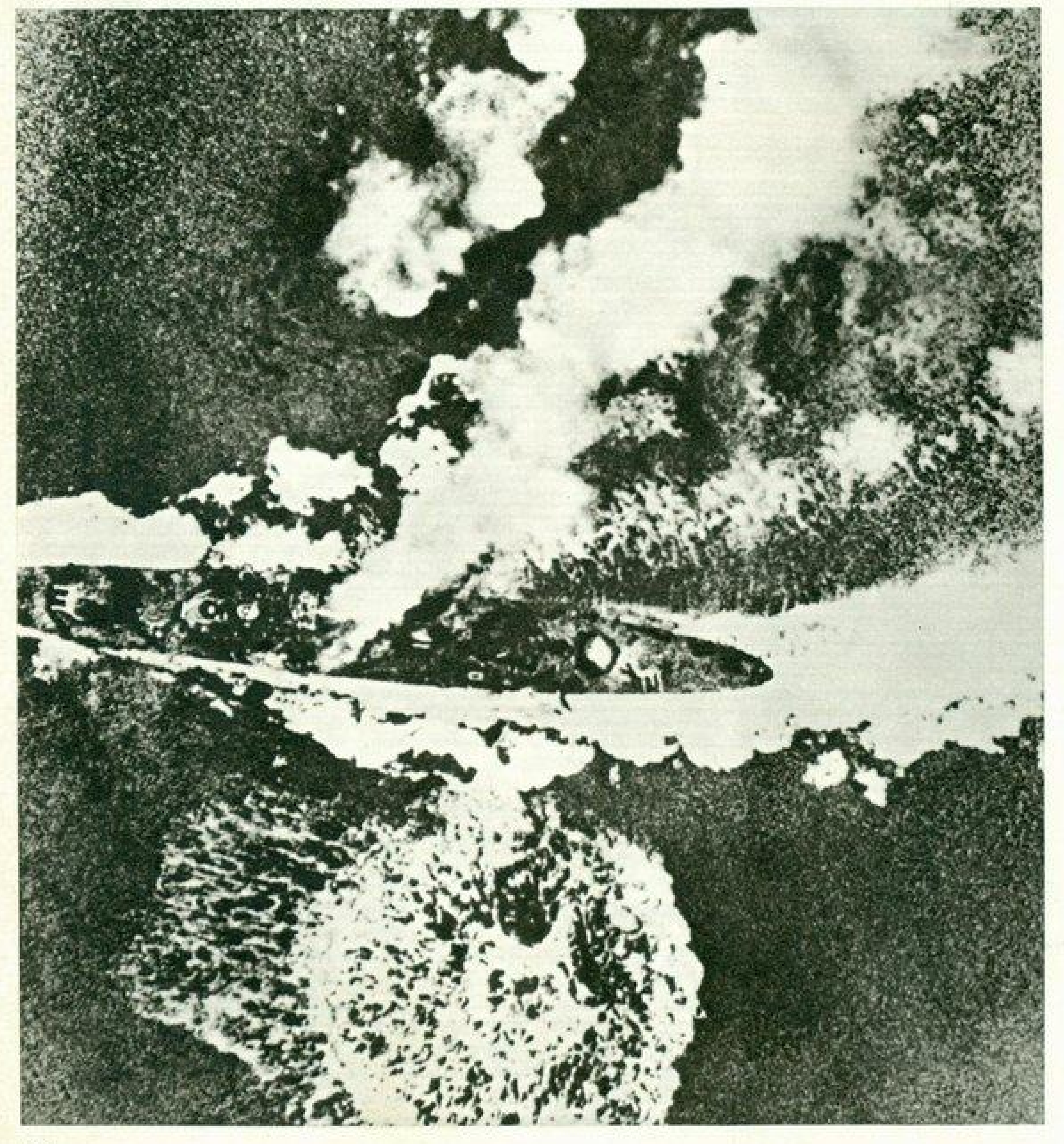
una casualidad realmente extraordinaria, provocó averías en los motores. Media hora después aparecieron otros aparatos enemigos, llamados por el *Messerschmitt* solitario; estalló otra bomba, esta vez en la sala de máquinas, y a las 20,15 el *Fiji* se hundía.

Al atardecer, por culpa de un informe equivocado del que se desprendía que los acorazados habían agotado su reserva de municiones antiaéreas de pequeño calibre, Cunningham los llamó a Alejandría. Sin embargo, esa misma tarde había llegado a la zona la 5.ª flotilla de destructores procedente de Malta, compuesta por el *Kelly* (en el que navegaba el comandante, lord Louis Mountbatten), el *Kashmir*, el *Kipling*, el *Kelvin* y el *Jackal*. Ahora les correspondía a ellos vigilar las aguas al norte de Creta. La flotilla hundió dos caiques cargados de tropas alemanas y bombardeó el aeródromo de Máleme, ya en manos de los alemanes. A la mañana siguiente, una formación de 24 *Stukas* localizó, al sur de la isla, al *Kelly* y al *Kashmir* y los hundió. El *Kipling*, a pesar del violento ataque aéreo, consiguió rescatar a 270 supervivientes.

Continuaron las acciones de patrulla naval nocturna al norte de Creta. Asimismo, el minador rápido *Abdiel* y algunos destructores desembarcaron refuerzos y municiones para las unidades que combatían en torno a la bahía de Suda; uno de los destructores llevó a bordo al rey de Grecia, que abandonaba la isla.



El 20 de mayo de 1941 comenzaron los buques ingleses su exploración nocturna, para impedir el desembarco en las costas de Creta de tropas alemanas de refuerzo procedentes de El Pireo. Pero la *Luftwaffe*, libre ya de las misiones de apoyo, infligió a la Escuadra británica pérdidas muy graves.



22 de mayo de 1941: el crucero *Gloucester* sorprendido por la *Luftwaffe* en el transcurso de una acción de patrulla en el canal de Kizira, intenta escapar de los *Stukas* alemanes, pero, al agotar sus municiones antiaéreas, es alcanzado de lleno y se hunde.
(Imperial War Museum)

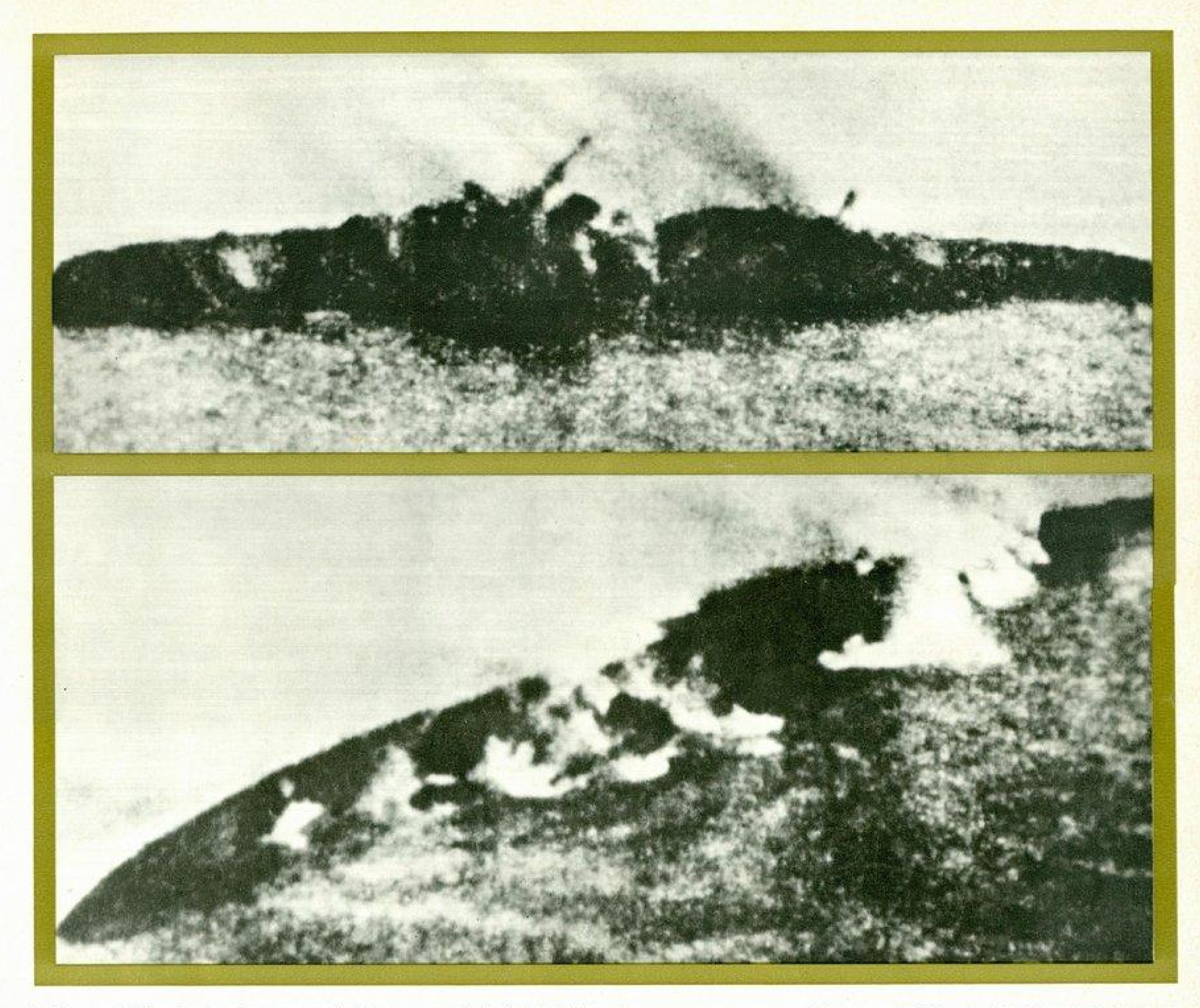
El triunfo de los «Stukas»

El día 26, al amanecer, cuatro *Fulmar* y cuatro *Albacore*, despegando a 100 millas de distancia de la isla de Scarpanto, atacaron su aeródromo, destruyendo y averiando algunos aparatos en tierra y derribando otros en vuelo; pero a las 13,25 aparecieron por el Sur 25 *Stukas*. Se trataba del 2.º escuadrón del *Stukageschwader* (formación de bombarderos en picado) «Immelmann», perteneciente al X *Fliegerkorps*, que había sido uno de los primeros en llegar a Sicilia y el mismo que el día 10 de enero atacó al *Illustrious*, causándole graves averías. Luego este escuadrón fue trasladado a África para apoyar las operaciones de Rommel. El citado 26 de mayo volaba en una misión de reconocimiento al norte de la costa africana, con la esperanza de sorprender a los buques ingleses que regresaban de Creta. Y fue entonces cuando avistó al *Formidable*. Mientras el buque maniobraba para situarse en posición favorable y sus cazas comenzaban a despegar, los *Stukas* se les echaron encima, alcanzándolo certeramente como habían hecho ya con el *Illustrious*. El portaaviones, gravemente averiado, tuvo que regresar a Alejandría. Al día siguiente, otros aviones alemanes alcanzaron y averiaron también al acorazado *Barham*.

El 26 de mayo Freyberg comunicó que la situación de Creta era desesperada y a las 15 del día 27, después de recibir la debida autorización, se dispuso a evacuarla. Los castigados buques y las tripulaciones agotadas debían exponerse una vez más a las incursiones de la *Luftwaffe* para intentar salvar a sus compañeros de las fuerzas terrestres británicas, australianas y neozelandesas.

A Rawlings se le confió la misión de evacuar la guarnición de Iraklion, con su división formada por los cruceros *Orion*, *Ajax* y *Dido*, más seis destructores. La *Luftwaffe* los descubrió a las 17 del día 28 de mayo, a unas 90 millas al sur del estrecho de Kasu, y los ataques se sucedieron hasta el anochecer. El *Ajax*, muy averiado, hubo de volver a Alejandría. Junto al destructor *Imperial* cayeron algunas bombas, pero de momento no sufrió averías aparentes[2]. Entre las 23,30 y las

[2] El *Ajax* resultó alcanzado por uno de los tres *S-79* torpederos de la 281.ª Escuadrilla, que atacaron la formación de Rawlings. El destructor *Imperial* quedó averiado durante uno de los ataques efectuados aquella tarde por nueve *Cant-Z-1007 bis* del 50.º Escuadrón y por siete *S-84* del 41.º Escuadrón.



Estas secuencias del hundimiento del crucero inglés *Gloucester* que formaba parte de la escuadra del almirante King, fue tomada por un piloto alemán. (Imperial War Museum)

3,20 unos 4000 hombres embarcaron en Iraklion y la formación zarpó. Pero media hora después el timón del *Imperial* ya no respondía a los mandos. Rawlings ordenó que el *Hotspur* lo hundiera después de recoger las tropas que llevaba a bordo y toda su tripulación. La situación de este último destructor, que después de haber cumplido las órdenes reanudó la navegación a toda máquina, hacia el Sur, era desesperada: llevaba a bordo 900 hombres, se encontraba tan sólo a 50 millas de Scarpanto y estaba ya a punto de salir el sol.

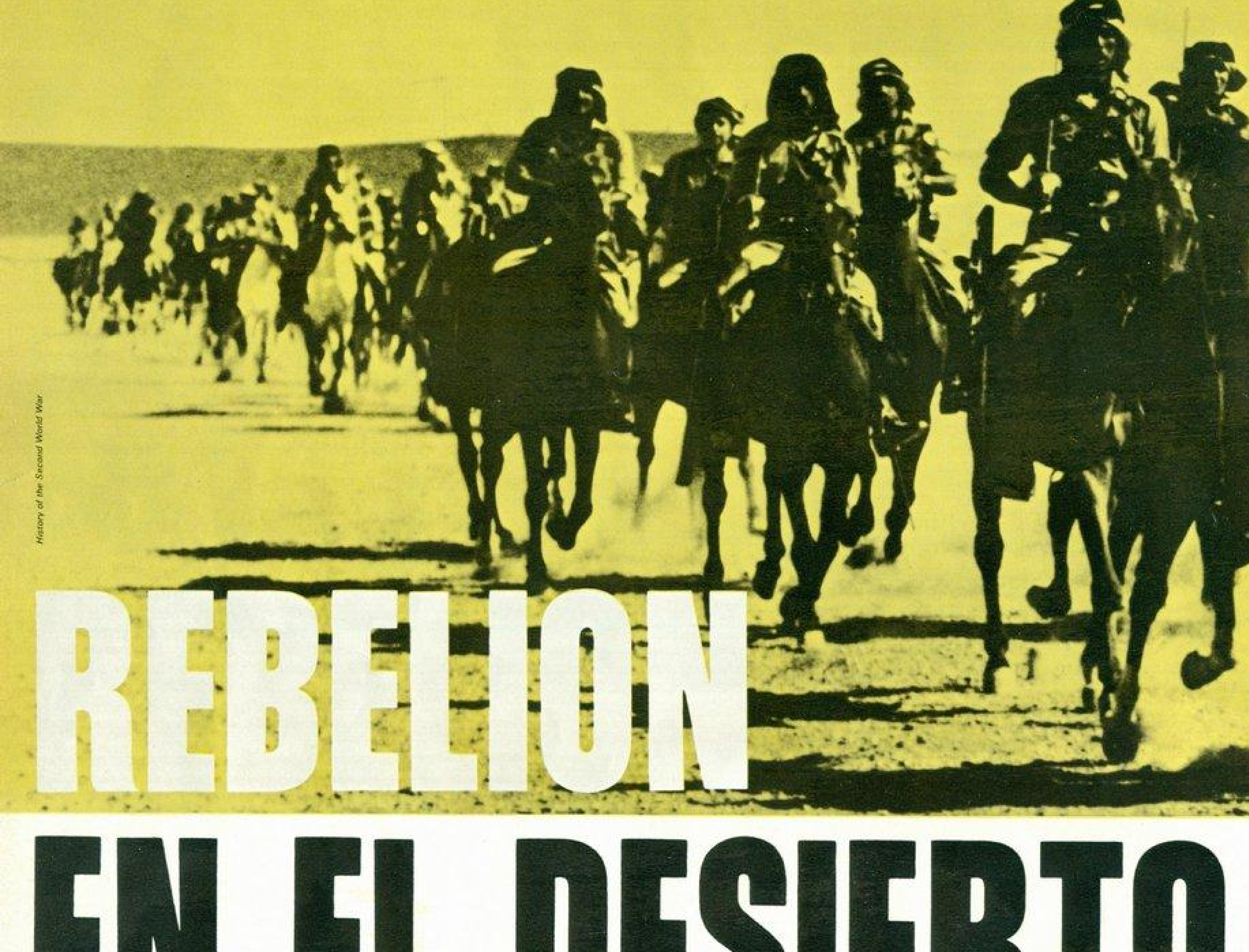
No obstante, Rawlings, en vez de abandonarlo, había preferido esperar, y ahora se veía obligado a hacer frente a los *Stukas*. Los primeros aparecieron a las 6. A las 6,25 el *Hereward* fue alcanzado por una bomba que redujo su velocidad, siendo necesario abandonarlo mientras trataba de regresar a la costa cretense. Los *Stukas* lo hundieron; pero unas lanchas torpederas italianas salvaron a casi toda la tripulación.

La formación naval, con algunos buques alcanzados de lleno y otros con averías de menor importancia, tuvo que reducir la velocidad a 25 nudos y después a 21. El primer buque alcanzado había sido el crucero *Dido* y después, varias veces, el *Orion;* las explosiones de las bombas, en aquellos buques excesivamente cargados, provocaron muchas bajas. Los *Stukas* interrumpieron los ataques hacia las 10,45; después aparecieron en escena los bombarderos de gran altura, que, afortunadamente, no consiguieron causar más daños. Por la tarde, en Alejandría, Cunningham asistió al regreso de sus buques, con los cañones desmantelados o destruidos y las cubiertas atestadas de soldados, muchos de ellos muertos o heridos.

Cazas de gran autonomía de vuelo, despegados de Egipto, intentaron cubrir la retirada de Rawlings; pero no consiguieron su objetivo por la reducida velocidad de sus buques. En cambio, pudieron proteger eficazmente a los sucesivos convoyes que salían de Sfakía, los cuales, además, estaban menos expuestos a los ataques aéreos.

El 29 de mayo por la noche los cruceros *Phoebe, Perth, Glengyle, Calcutta* y *Coventry*, más tres destructores, al mando del almirante King, embarcaron en Sfakía 6000 hombres; pero durante el viaje de regreso un *Ju-88* averió al *Perth*. El 30 de mayo dos de los cuatro destructores de Arliss resultaron también alcanzados, pero los otros dos recogieron a bordo un contingente de 1500 hombres más. Después Wavell pidió a la Marina que llevase a cabo un último esfuerzo para poner a salvo otro contingente de hombres durante la noche del 31 de mayo. Por ello King volvió a Creta con el *Phoebe*, el *Abdiel* y tres destructores y embarcó unos 4000 soldados; pero a las 3 del día 1 de junio los buques se vieron obligados a zarpar definitivamente, dejando 5000 soldados en la playa de Sfakía. El *Calcutta*, que había salido de Alejandría para ir a su encuentro, fue bombardeado y hundido.

Las pérdidas totales de los ingleses en aguas de Creta ascendieron a cuatro cruceros y seis destructores hundidos; tres acorazados, un portaaviones, seis cruceros y siete destructores averiados; 1828 marineros muertos y 183 heridos. Cunningham se dio perfecta cuenta de los riesgos que se había visto obligado a correr. Churchill y los jefes de Estado Mayor, como se desprende de sus mensajes al almirante, habían sido mucho menos realistas que él. Antes de acabar el año la Aviación japonesa confirmaría, frente a Singapur, la lección que Cunningham acababa de aprender de Creta: la mejor manera de combatir a los aviones es hacerles frente en vuelo, y si los cazas de las bases terrestres no están en condiciones de garantizar una cobertura eficaz para los buques, es necesario que la Marina pueda disponer directamente de ellos.


History of the Second World War

REBELION EN EL DESIERTO

El Mediterráneo oriental y el Oriente Medio eran zonas de vital importancia estratégica, tanto para Gran Bretaña como para el Eje. Mientras en Grecia y en el desierto libio los alemanes avanzaban irresistiblemente, intervino en el conflicto otro factor: la insurrección en Irak, capitaneada por Rashid Alí.

Tras la desaparición del Imperio otomano, al final de la Gran Guerra, la región designada hasta entonces con el nombre de Mesopotamia, rica en yacimientos petrolíferos y constituida por los valles del Tigris y del Éufrates y por la extremidad noroccidental del gran desierto de Arabia, se convirtió en el reino de Irak.

De 1920 a 1930 Irak permaneció bajo mandato británico, y lo gobernó el rey Feisal ibn Hussein de Transjordania, antiguo amigo de Lawrence de Arabia. En 1930, al expirar el período de mandato, Gran Bretaña e Irak estipularon un tratado que permitía a los ingleses mantener en el país dos bases aéreas, una en Shu'aiba, cerca del puerto de Basora, y la otra en Habbaniya, a 88 km al oeste de Bagdad, capital del reino. Dichas bases se encontraban en la ruta aérea Inglaterra-India-Extremo Oriente.

La protección de estas bases aéreas estaba asegurada por las tropas sirias y kurdas; pero, según las cláusulas del acuerdo, también Irak estaba obligado a intervenir en apoyo de Gran Bretaña en caso de guerra, concediéndole toda la ayuda posible, como el uso de las líneas ferroviarias, los ríos, los puertos y los aeródromos. Además, las fuerzas inglesas tendrían derecho de tránsito por el territorio iraquí.

Al estallar la segunda Guerra Mundial, al frente del país había un regente, que gobernaba en nombre del nieto de Feisal y que se llamaba como su abuelo: Feisal II.

A la sazón el prestigio inglés estaba declinando; en parte, porque la misma Inglaterra no había hecho mucho para mantenerlo, y en parte por la afirmación del nacionalismo árabe y por la propaganda del Eje.

Durante los siete años que permaneció en Irak, el hábil ministro alemán, doctor Grobba, supo tejer toda una red de relaciones inspiradas en sentimientos antibritánicos; además, en aquel perío-



H. Stafford Northcote

do, los continuos cambios en la representación diplomática inglesa tuvieron efectos negativos para la presencia británica.

El día 1 de abril de 1941, cuando estaba por llegar a Bagdad el nuevo embajador inglés, sir Kinahan Cornwallis, un grupo militar denominado *Golden Square* (Bloque de oro), capitaneado por Rashid Alí, político pagado por Alemania, se adueñó del poder y decretó la deposición del regente. El joven rey Feisal y su madre quedaron arrestados en palacio. Luego cuatro médicos, provistos de un certificado que atestiguaba la «muerte por colapso cardíaco», se presentaron entonces en la residencia del regente; pero éste había ya desaparecido de Bagdad, escondido en el coche del embajador norteamericano. En Habbaniya, antes de subir al avión que debía llevarlo a Transjordania bajo la protección del emir Abdullah, se encontró con el embajador británico, que llegaba en aquel momento.

El representante diplomático inglés se vio obligado, ante el curso de los acontecimientos, a tratar con Rashid Alí, que era el jefe del nuevo Gobierno *de facto*.

El embajador comprendió que Rashid Alí necesitaba ante todo dos cosas: ante todo, el reconocimiento oficial, y en segundo lugar jugar con el tiempo, en espera de que Alemania estuviera en condiciones de poder proporcionarle la ayuda necesaria para mantener en pie y con seguridad su régimen.

Mientras tanto, el Gobierno británico, que sabía muy bien que el general Wavell estaba agobiado por tener que dirigir las actividades en tres frentes, el del Norte de África, el de Abisinia y el de Grecia, reaccionó con inesperada rapidez, exigiendo el envío de todas las fuerzas que, en aquel momento, estaban disponibles en la India. Al mismo tiempo, se dieron instrucciones al embajador Cornwallis para que hiciese comprender a Rashid Alí, de la forma más amistosa posible, que Gran Bretaña estaba decidida a ejercer sus derechos, reconocidos por el tratado angloiraquí, de «hacer pasar por el país las tropas destinadas a Palestina».

Rashid Alí fue informado el 16 de abril y, como se daba cuenta de que no podía esperar una ayuda alemana inmediata a causa de la obstinada resistencia que los ingleses presentaban en Grecia, no hizo ninguna objeción y anunció oficialmente que Irak respetaría las obligaciones estipuladas en el tratado.

«Podía suceder cualquier cosa»

Para transportar las tropas de la India a Irak era necesario el apoyo de la *Royal Navy*. El comandante naval del golfo Pérsico, comodoro C. M. Graham, sólo disponía de cuatro pequeños buques de guerra, los cuales, reforzados con dos cruceros y el portaaviones *Hermes*, constituyeron la escolta destinada al convoy de ocho mercantes procedentes de la India. Los primeros llegaron a Shatt al-Arab, en la confluencia del Tigris y el Éufrates, el día 18 de abril.

La víspera, un grupo de 400 oficiales y soldados del *King's Own Royal Regiment* (KORR, el Regimiento del rey), con doce ametralladoras ligeras, seis ametralladoras *Vickers* y dos fusiles contracarros, se habían trasladado de Karachi a Shu'aiba, a bordo de aviones de transporte, para proteger el desembarco de las tropas hindúes en Basora.

La atmósfera que reinaba en Basora, respecto a las relaciones entre ingleses e iraquíes, era inquietante. Rashid Alí era famoso por su doblez, y la opinión más difundida era que la aceptación de las obligaciones que se desprendían del tratado se anularía en el último momento con una orden de oponerse a los desembarcos. Sin embargo, y contra lo que se esperaba, los desembarcos se efectuaron sin incidentes. Las tropas estaban bajo el mando del mayor general W. A. K. Fraser, de la División 10 hindú, quien en el momento del desembarco asumió la responsabilidad de todas las fuerzas británicas en Irak.



El general Wavell (a la derecha) conversando con el general Quinan, comandante de la «Irak Force». La responsabilidad de la campaña iraquí se había trasladado del mando de la India al de Oriente Medio, quedando por lo tanto bajo la supervisión de Wavell. *(Imperial War Museum)*

Las unidades inglesas, junto con una compañía de nativos en Basora y otra en Shu'aiba, se destinaron a la protección de Ma'qil (zona portuaria de Basora), del aeropuerto civil, de la emisora de radio y del hospital de la RAF, y además organizaron la defensa contra posibles ataques de las fuerzas terrestres y aéreas iraquíes.

Entonces, Rashid Alí anunció que «ningún otro contingente militar británico debería desembarcar en Irak hasta que las fuerzas que ya habían desembarcado hubieran salido hacia otros lugares y que, en ningún caso, las presentes en el país deberían ser superiores a una división». En cambio, el Gobierno británico consideraba que una división era el mínimo indispensable para guarnecer Irak y decidió la ampliación de la base de Basora para que pudiese acoger otras divisiones.

Con este fin, Cornwallis recibió instrucciones de Londres de no establecer ningún tipo de compromiso con Rashid Alí en lo referente al movimiento de tropas.

Al mismo tiempo, se hizo todo lo posible para que la India enviase cuanto antes otra brigada de la División 10 hindú; y aunque no se disponía aún de la brigada completa, se envió mientras tanto un contingente de tropas auxiliares, que debían llegar a Basora el 29 de abril. El embajador británico esperó hasta el día 27 para informar a Rashid Alí sobre esta nueva llegada de tropas. Pero éste no quiso conceder el permiso de desembarco, acusando a Inglaterra de abusar del tratado para ocupar militarmente su país. No obstante, las tropas llegaron y desembarcaron sin más incidentes que las protestas verbales iraquíes. Pero este segundo desembarco indujo a Rashid Alí y al grupo del *Golden Square* a atacar a las fuerzas británicas sin esperar la ayuda alemana.

Decidieron lanzar el primer golpe contra la base de Habbaniya, que, por su proximidad a la capital, parecía ser una presa más fácil para el grueso de las fuerzas del *Golden Square*, que se hallaba concentrado en torno a Bagdad.

Unas 230 mujeres y niños ingleses y americanos, residentes en dicha ciudad, fueron conducidos a Habbaniya bajo la protección de un oficial de la RAF y se les embarcó en un avión para alejarlos de aquella zona peligrosa; 360 ciudadanos británicos se refugiaron en la embajada inglesa y otros 160 encontraron hospitalidad en la de los Estados Unidos.

Los que no habían tenido tiempo de llegar a alguna de las dos zonas protegidas por la extraterritorialidad, que en total sumaban varios centenares, fueron internados.

Rashid, Alí, antiguo primer ministro iraquí jefe de la *Golden Square*, círculo militar de tendencias filogermanas, asumió el poder el 1 de abril de 1941. *(History of the Second World War)*



El 29 de abril, dos brigadas de infantería iraquí, apoyadas por unidades mecanizadas y de artillería, avanzaron hacia Bagdad; luego se desviaron al Oeste, en dirección a Habbaniya, situándose, al amanecer del día siguiente, en una altura que dominaba el aeródromo y el campamento británico. Otra brigada ocupó Ramadi, 22 km más al Oeste, para impedir que los refuerzos británicos llegaran a la base aérea desde Palestina.

Los iraquíes ocuparon además los yacimientos septentrionales de la compañía de petróleo, dirigida por los ingleses, e internaron a todos los empleados de nacionalidad británica. Interrumpieron el flujo de petróleo de Kirkuk a Haifa y lo dirigieron de nuevo hacia Siria. De esta forma, el mando británico del Oriente Medio quedó privado de los suministros, que, a partir de entonces, estuvieron a disposición del Eje.

El Ejército iraquí, que por cierto había sido preparado por instructores ingleses, estaba constituido por cuatro divisiones: la 1 y la 3 tenían su puesto de mando en Bagdad y estaban bajo las órdenes, respectivamente, de los coroneles Kamil Sahib y Salah ed Din, ambos miembros del *Golden Square;* la División 2 se hallaba en Kirkuk, con un destacamento en Mosul, y la 4 en Diwaniya, con destacamentos en algunos centros importantes. Alrededor de Bagdad se encontraban también las unidades mecanizadas iraquíes, mandadas por otro miembro del *Golden Square*, el coronel Fahmi Said.

Las Fuerzas Aéreas de Irak, cuyo comandante era el coronel Mahmud, asimismo del *Golden Square*, comprendían siete escuadrones y cierto número de aviones-escuela. El número total de aparatos era de 118, pero se creía que muchos no serían perfectamente operativos.

Habbaniya, unida a la capital por la pista del desierto que cruza el río a la altura de Al-Falluja, parecía una población inglesa. El campamento se hallaba al norte del aeródromo y al sur había una altura amesetada, desde la que se dominaba toda la zona. La parte llana de la cima estaba ocupada por las fuerzas iraquíes, que vigilaban desde allí el enorme barracón que se encontraba en primer plano y el gran depósito de agua del que dependía el abastecimiento hidráulico de toda la guarnición.

Al otro lado de la altiplanicie se extendía la extensa superficie del lago de Habbaniya, en el que amerizaban los hidroaviones. A unos 27 km más al Oeste acampaba otra unidad iraquí, que Rashid Alí había reforzado notablemente, dándole los efectivos de una brigada.

En el interior de un perímetro rodeado por una alambrada reforzada con fortines de hormigón y cuya extensión era de 11 km, se hallaban el aeródromo, los almacenes, los depósitos de carburante y de municiones, un hospital y los alojamientos para los militares, los paisanos y sus familias.

La guarnición de Habbaniya estaba al mando del general de división H. G. Smart, comandante de la aviación en el sector iraquí. Y en la base se hallaban la escuela de pilotaje n.º 4, una escuadrilla de enlace mandada por el coronel W. A. R. Saville, un millar de aviadores y 1200 soldados reclutados en el lugar y mandados por un oficial británico, el teniente coronel J. A. Brawn. Había también 9000 paisanos, entre europeos, hindúes, árabes y kurdos. Entre el 27 y el 30 de abril se reforzó la guarnición con unos 3000 hombres del *King's Own Royal Regiment*, transportados en avión después de apoyar los aterrizajes en Basora. Se asignó el mando de las fuerzas terrestres de Habbaniya al coronel O. L. Roberts, del Estado Mayor Imperial, perteneciente a la División 10 hindú y que llegó en avión a Basora el día 1 de mayo.

El armamento se limitaba a 18 autoametralladoras de la RAF y un par de viejos obuses, restos de la primera Guerra Mundial, que hasta entonces habían servido de adorno en las puertas del campo y a los que más tarde se designó con el sobrenombre de «la artillería de Habbaniya». Los

aviones eran casi todos de modelo anticuado o del tipo utilizado para los vuelos de adiestramiento: 32 *Audax*, 29 *Oxford*, 3 *Gladiator*, 8 *Gordon*, 3 aviones de transporte *Valentia*, 1 *Blenheim* y 5 *Hart* de adiestramiento. Se agregaron después 1 *Blenheim* y 6 *Gladiator*, prestados unos días antes por el mando de Oriente Medio. Las fuerzas aéreas de Shu'aiba estaban constituidas por el escuadrón de bombarderos número 244 de la RAF *(Vincent)*, reforzado posteriormente con 18 *Wellington*, también del mando de Oriente Medio.

Los *Audax*, que normalmente llevaban una carga de cuatro bombas de 10 kg, se modificaron de forma que pudieran llevar dos de 125 kg, como los *Gordon*. Los *Oxford* no llevaban bombas, por lo general, pero también se modificaron para que pudieran llevar ocho de 10 kg.

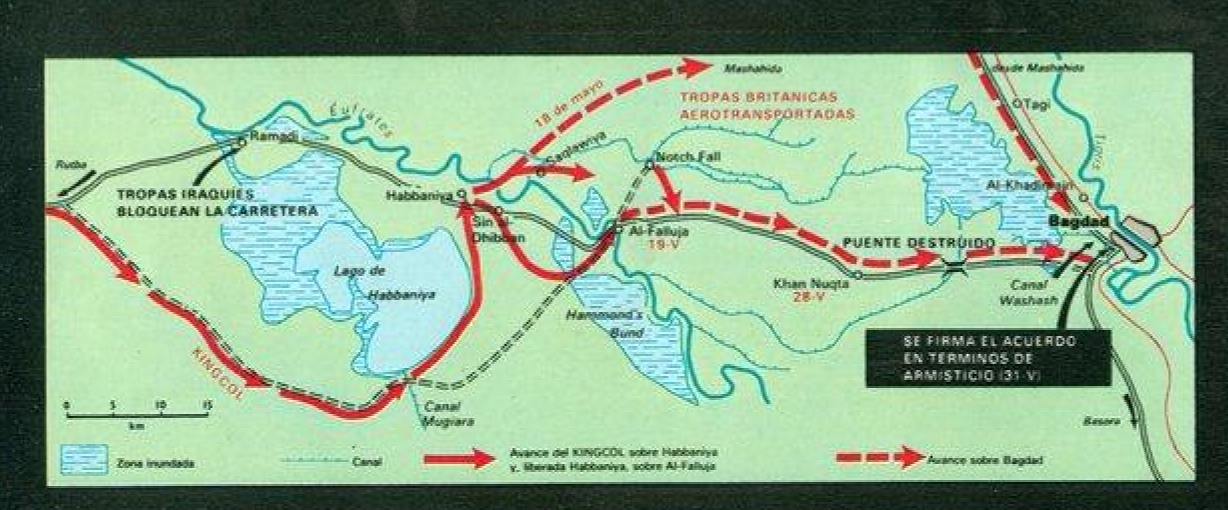
Mientras tanto, el día 1 de mayo, la policía iraquí abrió fuego, en Rutba, contra un grupo de trabajadores que estaba realizando tranquilamente su labor en la carretera de Haifa a Bagdad. El teniente coronel W. Hammond, que dirigía los trabajos, consiguió salvar a muchos de sus hombres, llevándolos a Transjordania, a unos 210 km de Rutba, a un lugar designado en los mapas con la sigla H-4 y donde había una estación de bombeo y una pista de aterrizaje. Pero en el enfrentamiento resultaron heridos doce ciudadanos británicos, soldados y civiles, entre ellos el propio coronel Hammond.

Habbaniya se defiende

A las 5 del día 2 de mayo todos los aviones de Habbaniya que estaban en condiciones de volar despegaron, ordenados en cuatro escuadrones, tres de bombarderos y uno de cazas, para bombardear en picado y ametrallar las posiciones iraquíes. Se dirigió contra ellos un violento tiro antiaéreo, mientras un intenso fuego de artillería se centraba sobre el campo.

Al mismo tiempo, ocho *Wellington* despegaron de Shu'aiba, y lanzaron dieciséis toneladas y media de bombas sobre las posiciones iraquíes. Otras tantas lanzaron, en su salida, los aparatos de la escuela de pilotaje. Los efectos producidos en el enemigo fueron catastróficos tanto, que el general de división Smart llegó a la conclusión de que podría defender Habbaniya y a la vez atacar desde allí los aeródromos y las líneas de comunicación iraquíes. Y así lo decidió a pesar de las pérdidas sufridas por sus fuerzas.

Así, pues, al día siguiente, los aviones de la RAF atacaron el aeródromo de Rashid, la carre-



LA GUERRA LLEGA A ORIENTE MEDIO

El 27 de abril de 1941, después de haber negado el permiso para un nuevo desembarco de tropas británicas (prohibición que no fue obedecida por los ingleses), Rashid Alí dio comienzo a la revuelta atacando a las fuerzas desembarcadas. El 30 de abril sus tropas cercaron la base aérea de Habbaniya y ocuparon Ramadi. Los iraquíes se adueñaron además de los yacimientos de petróleo, interrumpiendo los abastecimientos al Mando británico de Oriente Medio. Pero la amenaza del Eje a los pozos de petróleo iraquíes quedó sin efecto por la pronta intervención británica. No obstante, el éxito en Irak no fue otra cosa que el preludio de una más dura campaña en Siria. Finalmente, el 8 de julio, tanto Irak como Siria, estaban ya fuera de la influencia del Eje.

Campos petrolíferos
Pozos petrolíferos
Oleoductos
Estaciones de bombeo
0 50 100 150 200 km

TURQUIA
SIRIA
IRAK
IRÁN
MAR MEDITERRÁNEO
CHIPRE
LÍBANO
PALESTINA
TRANSJORDANIA
EGIPTO
ARABIA SAUDITA
KUWAIT
Territorio neutral
G. Pérsico
Mosul 3-VI
Hasseche 8-VII
Deir el-Zor 3-VII
Homs 9-VII
Palmyra 3-VII
Abu Kemal / Qusaiba 9-VI
Beirut 15-VII
Damasco 21-VI
Rutba 10-V
Habbaniya 18-V
Ur 28-V
Shu'aiba 18-IV
DESDE LA INDIA
KINGCOL
HABFORCE
IRAQCOL

tera de Bagdad y las posiciones de artillería y vehículos en la meseta de Habbaniya y en sus inmediaciones. Ocho *Wellington* bombardearon por segunda vez el campo de aviación el día 4 de mayo, y algunos *Blenheim* ametrallaron en vuelo rasante tanto este campo como el de Bagdad. Bombarderos escoltados por *Hurricane*, recién llegados de Egipto, atacaron el aeródromo de Mosul, que era utilizado por un pequeño destacamento de la *Luftwaffe*. Y el 5 de mayo, las fuerzas iraquíes situadas en la altiplanicie de Habbaniya sufrieron un nuevo bombardeo.

Mientras tanto, también las fuerzas terrestres británicas lanzaban enérgicos ataques. Los soldados kurdos y sirios, que al fin tenían ocasión de saldar viejas deudas con los enemigos árabes, se lanzaron a la lucha con gran empeño. La noche del 5 de mayo, los sirios y el *King's Own Royal Regiment* efectuaron una incursión contra el pueblo de Sin al-Dhibban, sorprendiendo a los iraquíes a los que infligieron considerables bajas. Al amanecer, todas sus fuerzas se retiraron hacia Al-Falluja. EL KORR se lanzó sin tardanza en su persecución, mientras los autoametralladoras de la RAF, en la altiplanicie, se disponían para cubrirle los flancos. Algunas unidades de infantería iraquí abrieron fuego con sus armas automáticas, y éste fue el comienzo de un feroz combate. Los camiones que transportaban a los soldados kurdos y sirios avanzaron a toda velocidad, causando estragos en el enemigo con las ráfagas de sus ametralladoras. Se lanzó un segundo ataque en el que intervino la RAF, bombardeando a baja cota el flanco del despliegue iraquí. Asimismo, la llamada «artillería de Habbaniya», es decir, los dos obuses ornamentales de nuevo en actividad, dejó oír su voz, con gran estupor del enemigo, que creyó que se trataba de cañones de gran calibre aerotransportados desde Basora. EL KORR, cubierto por su tiro, penetró en el flanco derecho iraquí, asaltó el pueblo de Sin al-Dhibban y ocupó la elevación que se encuentra tras él. A esta acción siguió otro ataque de los soldados kurdos y sirios, que desmoronó la resistencia del enemigo. Toda la altiplanicie quedó en poder de los ingleses.

No obstante, aunque las reducidas fuerzas británicas de tierra y aire que había en Habbaniya, consiguieran mantener a raya al enemigo e incluso tomar la iniciativa, era evidente que la situación británica en Irak era precaria. Los desembarcos de tropas hindúes en Basora habían comenzado a provocar tumultos. El 2 de mayo, después del boicot declarado a los buques que llevaban bandera inglesa, la multitud inició una manifestación contra la Brigada 20 hindú, y para dispersarla fue necesario disparar contra ella. Se desarmó a la policía local como medida de precaución, pero las autoridades civiles del lugar negaban su colaboración. Las emboscadas y los saqueos estaban a la orden del día.

El 6 de mayo llegó la Brigada 21 hindú, mandada por el general C. J. Weld. Mas, a pesar de estos esfuerzos, los británicos debían limitar forzosamente sus objetivos: la ocupación de otros puntos estratégicos en la zona de Ashar (Basora) y el reforzamiento de las defensas, junto con la creación de una base de abastecimientos en Shu'aiba. No se podía pensar todavía en un avance hacia la capital del país a causa de la superioridad numérica del enemigo, la impracticabilidad de las pistas, el peligro de las inundaciones, los sabotajes y la actitud hostil de las tribus de la zona, notoriamente belicosas. Por otra parte, a Mosul, situada a unos 800 km al noroeste de Basora, estaban llegando aviones del Eje, trenes cargados de armas y municiones, una batería de artillería y carburante para aviones; todo ello desde la Siria de Vichy.

El carburante que Irak proporcionaba al Eje no era adecuado para los aviones *Messerschmitt* (lo cual constituye un ejemplo típico de la ineficiencia de la administración iraquí). Además, dada su costumbre de disparar indiscriminadamente contra cualquier aparato, habían matado al comandante Axel von Blomberg, hijo del general del mismo nombre, quien precisamente era el comandante al que se había encomendado dirigir las operaciones de la *Luftwaffe* contra las fuerzas británicas.

El día 7 de mayo, el teniente general E. P. Quinan llegó a Basora desde la India para asumir el mando de las tropas, designadas ahora con el nombre de *Irak Force*, y el general Fraser volvió a asumir el de la División 10 hindú, que unos días después pasó a las órdenes del general de división W. J. Slim. Quinan se enteró entonces de que el Ministerio de la Guerra había transferido la responsabilidad de la campaña iraquí del Mando militar de la India al de Oriente Medio, obedeciendo al hecho de que las fuerzas británicas deberían marchar hacia Bagdad por el Oeste. Wavell, comandante en jefe de Oriente Medio, protestó, afirmando que, como se vería constantemente obligado a engañar al enemigo con las escasas fuerzas de que disponía, de esta forma lo incitaría a continuar las hostilidades en vez de disuadirlo. El envío de refuerzos, objetaba, debilitaría a Palestina, exponiéndola a un probable ataque alemán a través de Siria.

Pero a pesar de todo, ordenó al general sir Henry Maitland Wilson, comandante de Palestina y Transjordania, que enviase una unidad móvil a Irak.

Esta unidad, conocida con el nombre de *Habforce*, estaba mandada por el general J. G. W. Clark y comprendía una brigada motorizada de la División de caballería 1 (incompleta en lo que se refería a los medios de transporte y al armamento), un batallón de infantería motorizado y una unidad improvisada para los servicios logísticos. Los tres escuadrones mecanizados de la guardia transjordana de frontera, incluidos también en la *Habforce*, fueron prácticamente de muy poca ayuda, porque gran parte de sus componentes, que eran árabes, se negaron a enfrentarse con sus hermanos musulmanes.

Para formar una columna rápida, encargada de llegar a Habbaniya con la mayor rapidez posible, se eligieron algunas unidades de la *Habforce*: el mando y los medios de enlace, la Brigada de caballería 4, el Regimiento de caballería *Household* (con ametralladoras *Hotchkiss*), el Grupo de artillería 237 (con cañones de 88 mm), una batería autónoma contracarro con cañones de 37 mm, una sección del 2.° Escuadrón de ingenieros *Cheshire*, dos compañías del Batallón I del Regimiento *Essex*, un destacamento del 166° hospital móvil de campaña y, asimismo, dos compañías de transporte.

Algunos destacamentos del *Royal Wiltshire Yeomanry* y del *Warsickshire Yeomanry*[1] se dispusieron como cobertura de las vías de abastecimientos, y el resto de la *Habforce* recibió la orden de guarnecer las líneas de comunicación hasta Rutba. La

Soldados de la Legión Árabe, llamados por los ingleses las *Glubb's Girls*, por los amplios ropajes de los hombres, sus largos cabellos y por las fajas de vivos colores que llevaban en torno a su cabeza. *(History of the Second World War)*



[1] Cuerpo de caballería que, antiguamente, estaba constituido por voluntarios que se enrolaban aportando su propio caballo y todas sus armas.

columna rápida, mandada por el general J. J. Kingstone, al que llamaban «Kingcol», actuaría como unidad autónoma. Disponía de víveres suficientes para doce días y de agua para cinco. Pero la mayor parte de los camiones pesados que se pudieron reunir no eran ciertamente del tipo más adecuado para cruzar el desierto. A esta columna se unieron también ocho autoametralladoras pertenecientes a la 2.ª compañía de la RAF, que habían recorrido los 1600 km desde Sidi el-Barrani en sólo 48 horas. La precedían, con la misión de guiarla y de desalojar al enemigo escondido en los *uadi*, 350 hombres de la Legión Árabe, en camiones ligeros y armados con fusiles ametralladores *Lewis*. Estos soldados del desierto, legendarios por su resistencia y su habilidad, estaban mandados por Glubb Pachá. Cuando todo el mundo árabe estaba convencido de que Alemania ganaría la guerra, sólo el emir de Transjordania, Abdullah, y su Legión Árabe permanecieron fieles a Gran Bretaña.

La Legión Árabe, llamada por los soldados británicos las «Glubb's Girls», porque sus componentes vestían una larga indumentaria, llevaban cabellos largos y cintas de vivos colores arrolladas a la cabeza, tomó directamente la dirección de Rutba con las autoametralladoras de la RAF, y, con el apoyo de dos bombarderos *Blenheim*, el día 10 de mayo se apoderó del fuerte. Era un buen comienzo.

La conquista de Rutba constituía el primer paso del avance hacia Habbaniya; pues, además de ser una fortaleza, poseía también una pista de aterrizaje y el último manantial de agua potable que, al parecer, había antes de llegar al lago de Habbaniya. El general Kingstone llegó allí el 13 de mayo, y tras un período de descanso de dos días reanudó el avance.

Ante una marcha memorable: los camiones, repletos de soldados, renqueaban por unas pistas impracticables, y en cada etapa, bajo un sol implacable y con el reflejo cegador de la arena, debían cavar trincheras apresuradamente. Todo ello bajo los ataques de la aviación enemiga, incluyendo los aparatos del Eje que despegaban de la base de Mosul. Muchos camiones se hundían en la arena cuando la capa superficial cedía por efectos del calor. Algunos de ellos tuvieron que ser abandonados.

En Ramadi, en el ángulo noroccidental del lago de Habbaniya, los iraquíes habían concentrado fuerzas considerables. Volaron los puentes y destruyeron los *bunds*, los diques, por lo que se hallaban atrincherados en medio del agua. La pista Rutba-Ramadi-Habbaniya estaba intransitable, y la segunda pista que conducía a esta última localidad discurría más al Sur, cruzando el canal Mugiara, sobre el que todavía fue posible construir un puente, cuya defensa se confió a los hombres del KORR. El 18 de mayo, uno de los motociclistas portaórdenes del regimiento condujo a «Kingcol» por la desviación de Mugiara, hasta un campamento situado cerca del lago de Habbaniya. Allí se reunió con el general Clark, comandante de la *Habforce*, que llegó en avión con el general de división J. d'Albiac, para cambiar impresiones. D'Albiac era comandante de la aviación en Irak desde hacía unas horas, en sustitución de Smart, que tres días antes había resultado gravemente herido.

«Ninguna probabilidad de victoria»

El 18 de mayo, cuando «Kingcol» llegó al lugar, la guarnición de Habbaniya ya se había liberado por sí misma, tras la acción que hemos descrito, y en aquellos momentos proyectaba un ataque directo contra las tropas iraquíes situadas en Al-Falluja. El coronel Roberts, comandante de las fuerzas terrestres, procuraba elevar la moral de las tropas repitiendo «Al-Falluja es una broma» y que «los iraquíes no tienen ninguna probabilidad de victoria»; pero, lo cierto era que las probabilidades de éxito aliadas se calculaban en dos contra cinco.

Desde luego, se trataba de una empresa temeraria, por lo que el apoyo de «Kingcol» fue muy bien recibido, así como el de un destacamento del Batallón de fusileros 2/IV *Gurkha* (llegado de Basora) y el de otro destacamento del Regimiento *Essex*, transportado en avión desde la estación H-4 de Transjordania. Los cañones de 88 mm del Grupo de Artillería 237 entraron en acción en seguida, martilleando a las unidades enemigas que se encontraban situadas al otro lado de la zona inundada.

La conquista de Al-Falluja era el paso siguiente. La carretera principal que llevaba hasta allí seguía la orilla occidental del Éufrates y cruzaba el río por un puente metálico. Afortunadamente para los ingleses, los iraquíes no lo habían demolido todavía, y, como en aquel punto el río tiene 270 metros de anchura, era absolutamente necesario impedir que lo destruyesen.

El plan de los británicos preveía aislar Al-Falluja, situando durante la noche una potente unidad al oeste del poblado, otra al sudoeste y una tercera al nordeste. Entonces se exigiría la rendición de la plaza, y si ésta se negaba a capitular la tomarían al asalto. Pero la puesta en práctica del plan presentaba grandes dificultades, ya que las tropas británicas debían efectuar los movimientos aprovechando la oscuridad de la noche y en un terreno inundado, pues los técnicos iraquíes habían abierto una brecha en los diques del Éufrates, construidos para impedir que el río inundase la zona circundante en los períodos de crecida. Uno de los diques se llamaba Hammond's Bund y el otro Takiya Bund; había además dos esclusas regulables para controlar el desbordamiento, una en Saqlawiya y la otra en Notch Fall. El Takiya Bund y la esclusa de Saqlawiya se abrieron para inundar la carretera principal de Habbaniya a Al-Falluja.

El avance se desarrollaría por ambas orillas del río. Con una solución realmente ingeniosa, la unidad de ingenieros de aviación de Habbaniya construyó en Sin al-Dhibban, a unos 6,5 km más abajo del campamento, un «puente volante» (una serie de pontones sobre cables) que permitiría a los soldados pasar a la orilla izquierda del río y atacar Al-Falluja después de pasar por el pueblo de Saqlawiya. Los zapadores de Madrás trabajaban en el Hammond's Bund, donde se llevaron las barcas del club náutico de la RAF para que las tropas pudieran pasar por la carretera elevada, que ahora estaba sumergida a consecuencia de la inundación. Para asegurar el factor sorpresa las obras se efectuaban de noche y se disimulaban de día.

Mientras tanto, los aviones de la escuela de pilotaje habían bombardeado las tropas de reserva iraquíes que se aproximaban desde Bagdad, y además, durante una incursión volaron un camión cargado de alto explosivo destinado a la demolición del puente metálico.

Las tres direcciones de aproximación al objetivo se establecieron de la forma siguiente: la primera columna, formada por los autoametralladoras de la RAF, una compañía de nativos, un destacamento del Batallón de fusileros 2/IV *Gurkha* y algunos obuses capturados a los iraquíes, cruzaría el puente provisional en Sin al-Dhibban, acercándose a la ciudad por la parte de Saqlawiya. La segunda columna, que comprendía una compañía del KORR, sería aerotransportada hasta Notch Fall para dominar la carretera Al-Falluja-Bagdad e impedir la llegada de refuerzos enemigos. La tercera, constituida por una compañía de sirios, apoyada por una batería de seis piezas de 88 mm, tenía la misión de ocupar el puente avanzado hacia Al-Falluja por el Sudoeste. A cada una de estas tres columnas se le había agregado un destacamento de zapadores de Madrás.

El 18 de mayo por la tarde comenzó la delicada y peligrosa operación de trasladar la primera columna al otro lado del Éufrates: el puente provisional sirvió perfectamente para esta finali-

LA GUERRA EN ORIENTE MEDIO

1940

4 de julio: el Gobierno de Vichy rompe sus relaciones con Inglaterra. Siria se adhiere al régimen de Vichy.

Agosto: una comisión italo-alemana llega a Siria, donde se intensifica la actividad del Eje.

1941

1 de abril: en Irak,Rashid Alí se adueña del poder.

6 de abril: Alemania invade Yugoslavia y Grecia. Los ingleses ocupan Addis Abeba, capital de Etiopía.

16 de abril: Rashid Alí reconoce a las tropas británicas el derecho de paso a través de Irak.

17 de abril: capitulación del Ejército yugoslavo.

18 de abril: las primeras tropas británicas desembarcan sin incidentes en Basora.

22-24 abril: batalla de las Termópilas en Grecia. Comienza la evacuación aliada en este país.

27 de abril: Rashid Alí prohíbe a los ingleses que desembarquen más tropas. Como no se hace caso de su prohibición, decide atacar a las fuerzas británicas.

29 de abril: las fuerzas iraquíes rodean la base británica de Habbaniya, y cortan los oleoductos que suministraban petróleo a los territorios británicos de Oriente Medio.

1 de mayo: la policía iraquí lleva a cabo un acto de agresión contra los trabajadores ingleses en la carretera Haifa-Bagdad.

2-5 de mayo: comienzan las violencias en la zona portuaria de Basora. La RAF realiza repetidas incursiones bombardeando y ametrallando las posiciones iraquíes.

5-6 de mayo: el contraataque británico, llevado a cabo por soldados indígenas, obliga a los iraquíes a desalojar Al-Falluja y asegura la posesión de la meseta de Habbaniya.

10 de mayo: fuerzas británicas inician la marcha por el desierto hacia Bagdad. Las *Glubb's Girls* de la Legión Árabe conquistan el fuerte de Rutba.

14 de mayo: la RAF inicia incursiones sistemáticas sobre los aeródromos de Siria, puestos a disposición del Eje por el Gobierno de Vichy.

18-19 de mayo: las fuerzas británicas reunidas rodean y conquistan Al-Falluja, rechazando los contraataques iraquíes que se repiten durante tres días. En África Oriental italiana el virrey capitula en Amba Alagi. Se retiran de Creta los últimos aviones ingleses.

20 de mayo: empieza la invasión alemana de Creta.

27-28 de mayo: la *Habforce* reanuda el avance hacia Bagdad.

27 de mayo: Wavell ordena la evacuación de las tropas británicas en Creta.

30 de mayo: el avance británico se detiene ante el canal de Washash en el momento en que se derrumba el régimen de Rashid Alí.

31 de mayo: se establecen los términos de armisticio entre ingleses e iraquíes. Se evacua de Creta el último contingente.

3 de junio: los «Gurkhas» ocupan Mosul. Contingentes británicos *(Irak Force)* se sitúan en los puntos claves iraquíes, donde permanecerán todo el tiempo que dure la guerra.

6 de junio: tras repetidos apremios del general Dentz, se retiran de Siria las últimas tripulaciones de la *Luftwaffe*.

8 de junio: fuerzas de la Commonwealth y de la Francia Libre invaden Siria para prevenir su ocupación por parte del Eje.

10 de junio: los Aliados vencen la resistencia de las fuerzas de Vichy en las orillas del río Litani.

10-20 de junio: la inferioridad aliada en cuanto a vehículos acorazados es causa de una serie de reveses: las fuerzas de Vichy reconquistan El-Quneitra, Izra' y Merj' Ayun.

19-21 de junio: violentos contraataques de las fuerzas de Vichy rompen las defensas y reconquistan Mezze.

20 de junio: los Aliados, después de recuperar El-Quneitra, Izra' y Mezze, cortan la línea ferroviaria y la carretera Beirut-Damasco, continuando luego el avance sobre esta ciudad.

21 de junio: las fuerzas de Vichy evacuan Damasco sin oponer resistencia. La *Habforce* invade Siria desde Irak y avanza hacia Palmira.

22 de junio: se inicia el ataque a la Unión Soviética. Desaparece la probabilidad de una ulterior intervención alemana en Siria.

3 de julio: en Palmira cesa la resistencia de las fuerzas de Vichy.

8 de julio: los Aliados se preparan para cortar la carretera Homs-Damasco.

9 de julio: los australianos conquistan Damur, aislando Beirut.

10 de julio: el general Dentz solicita condiciones de rendición.

14 de julio: los delegados del Gobierno de Vichy y de los Aliados firman la convención de Acre.



Izquierda: una demostración antibritánica en las calles de Bagdad. Hasta la misma policía llegó a perpetrar actos de violencia, por ejemplo, el día 1 de mayo atacó a los trabajadores ingleses en la carretera Haifa-Bagdad. Arriba: manifestantes árabes en una calle de Damasco, en Siria. La esperanza de Rashid Alí de obtener apoyo de los países árabes se vio defraudada, e incluso la ayuda por parte de la *Luftwaffe* llegó demasiado tarde. (Foto GM) - (Archivo Rizzoli)

dad. Sin embargo, al otro lado del río, los vehículos acorazados de la RAF y las tropas encontraron grandes dificultades para cruzar los fosos y los canales de riego y avanzaron mucho más lentamente de lo que se había previsto. Más arriba, cerca de Hammond's Bund, la tercera columna, mandada por el comandante Alistair Graham, se encontró con las mismas dificultades, y no obstante, y pese a algunos sensibles contratiempos, el grupo de Graham se situó sano y salvo en la posición que se le había asignado. Eran entonces las 5 de la mañana del día 19 de mayo.

Al amanecer, los aparatos de la RAF lanzaron octavillas sobre las concentraciones de tropas iraquíes; pero, como no hicieron caso de la exigencia de rendición, a las 9 comenzaron los bombardeos, que prosiguieron durante toda la mañana y acabaron, a las 14,45 con un bombardeo en picado.

A las 15 horas los sirios de Graham avanzaron por un terreno pantanoso y descubierto, protegidos por el tiro de los cañones de 88 mm y el apoyo de pequeños obuses, y haciendo fuego además con las ametralladoras y los morteros que tenían en dotación.

Encontraron tan sólo una resistencia meramente simbólica. En media hora conquistaron el puente y la ciudad, donde en seguida empezaron a atrincherarse.

Ni las fuerzas terrestres ni la RAF, que efectuó 138 misiones de vuelo, tuvieron que lamentar muertos o heridos. Unos 300 enemigos se rindieron. La única reacción inmediata fue la de la *Luftwaffe*, que bombardeó y ametralló el aeródromo de Habbaniya, destruyendo y averiando un buen número de aparatos y causando bajas entre las tripulaciones en tierra.

El día 22 de mayo por la mañana los iraquíes lanzaron un contraataque por el lado nordeste de Al-Falluja, consiguiendo penetrar en ella con sus carros de combate ligeros y obligando a la compañía del KORR a buscar temporalmente refugio en las casas: Este asalto fue la repetición exacta de un ejercicio táctico que las tropas iraquíes realizaron el año anterior, dirigidos por la delegación militar británica. Dos carros de combate iraquíes quedaron inutilizados, y luego un contraataque británico restableció la situación.

El general Kingstone, maestro en métodos anticonvencionales, llegó entonces a Al-Falluja para asumir el mando: ordenó que la población civil se reuniese, bajo pena de muerte, en la mezquita, y de esta forma pudo desalojar a todos los francotiradores de los tejados de las casas. Llegaron también refuerzos y el Grupo de Artillería 237 continuó cañoneando al enemigo.

En las primeras horas de la mañana siguiente, los iraquíes atacaron otra compañía del KORR, en la parte sudeste de la ciudad, obligándola a ceder terreno. Pero la resistencia ofrecida por los sirios y por el KORR en los ataques siguientes fue tan encarnizada que el enemigo se retiró desordenadamente.

El honor de esta victoria corresponde en partes iguales a los sirios y al KORR, que lucharon codo con codo en perfecta camaradería. Al general Kingstone se le condecoró con una nueva barra en su DSO *(Distinguished Service Order)*.

Tras la caída de Al-Falluja se preparó la acción contra Bagdad. Para la conquista de la capital, la *Habforce* se dividió en dos columnas: la columna Norte y la columna Sur. La primera mandada por el coronel Andrew Ferguson, estaba compuesta por el Regimiento de caballería *Household*, una sección de autometralladoras de la RAF, cuatro cañones de 88 mm y la Legión Árabe de Glubb: en total menos de 500 hombres. Debía atravesar el Éufrates en balsas a la altura de Sin al-Dhibban, bordear la zona inundada y aproximarse a Bagdad por el Norte, tras cortar la carretera y la línea ferroviaria Bagdad-Mosul. La orden era de no disparar en las proximidades de la mezquita de Al-Khadimain, uno de los santuarios islámicos más venerados de Irak.

La columna Sur, al mando del general Kingstone, estaba compuesta por otro escuadrón del Regimiento *Household*, dos compañías del Regimiento *Essex*, la batería autónoma contracarro, tres autoametralladoras de la RAF, la sección del hospital móvil de campaña y los restantes cañones de 88 mm: en total 750 hombres. Pasaría al otro lado del río a la altura del Hammond's Bund, para avanzar después por la carretera Al-Falluja-Bagdad.

La columna de Ferguson cruzó el Éufrates el 27 de mayo por la tarde. A la mañana siguiente, la Legión Árabe, que formaba la vanguardia, destruyó algunos tramos de la línea ferroviaria, cerca de Mashahida; después, la columna siguió adelante y, realizando una conversión hacia el Sur, tomó la carretera principal Bagdad-Mosul. Tras vencer algunas resistencias, el avance disminuyó de ritmo. La columna acabó por detenerse a unos 7 km de la capital, en los ladrillares situados fuera de Al-Khadimain, ante el potente tiro de la artillería y el intenso fuego de fusilería, a los que los británicos no podían replicar para no dañar la mezquita.

La columna de Kingstone se concentró en Al-Falluja el 28 de mayo a las 4,30. Mientras avanzaba hacia Khan Nuqta, 28 km más adelante las autometralladoras de la RAF, en servicio de exploración, encontraron tropas iraquíes atrincheradas en la orilla opuesta del canal, que los vehículos no podían cruzar. La caballería *Household* lo vadeó y arrolló al enemigo, ocupando el puesto iraquí. A continuación se construyó un puente utilizando rampas de acero y pasó la columna motorizada.

En el fuerte de Khan Nuqta tuvo su puesto de mando un batallón iraquí, y el teléfono, que funcionaba todavía, estaba en comunicación con el puesto de mando de la División 3, situada en Bagdad, por lo que los intérpretes árabes de «Kingcol» pudieron interceptar mensajes y difundir la alarma y el desaliento entre el enemigo transmitiendo informaciones exageradas sobre la entidad de las fuerzas británicas que se aproximaban.

Khan Nuqta es el límite extremo del desierto. Desde allí el avance fue más bien lento, pues era una región llena de fosos y canales de riego, y además la carretera de Bagdad estaba inundada en diversos puntos. Los iraquíes habían destruido el puente sobre el canal Abu Ghuraib, a 20 km de la capital, y se encontraban firmemente atrincherados en la otra orilla. La columna se detuvo. A la mañana siguiente, la artillería y la RAF bombardearon las posiciones enemigas, y a mediodía las tropas británicas pudieron cruzar el canal; el puente se adaptó para los vehículos y el 30 de mayo se reanudó el avance.

El siguiente obstáculo fue el canal Washash, cuyo puente, que daba acceso directo a la capital, estaba fuertemente vigilado. Un ancho foso contracarro impedía aproximarse a la orilla, y una posición de ametralladoras, situada estratégicamente detrás de un cinturón de árboles, protegía el palacio real.

Cuando las vanguardias de la columna de «Kingcol» estuvieron a unos 5 km del puente, los autoametralladoras avanzaron para efectuar un reconocimiento; pero se vieron obligados a regresar bajo un intenso fuego. Las piezas iraquíes, situadas más lejos y a la izquierda, en la orilla oriental del Tigris, alcanzaron a los vehículos de la caballería *Household* y los hombres se pusieron a cubierto. Después, los cañones británicos de 88 mm fijaron a la artillería iraquí y permitieron a las fuerzas inglesas avanzar lentamente, de foso en foso, por el terreno inundado. Al atardecer habían avanzado poco más de 3 km, pero faltaba



todavía uno y medio para llegar al foso contracarro cerca del canal.

Este avance, muy lento en comparación con la fulminante irrupción desde Palestina, hizo que las tropas combatientes comprendieran el porqué de las fuertes objeciones de Wavell. Las previsiones eran muy desfavorables, sobre todo a causa de que las vías de abastecimiento desde Palestina eran en extremo vulnerables.

Y, sin embargo, en aquel momento, afortunadamente para las tropas británicas, la moral de los enemigos era muy baja. Rashid Alí, atemorizado porque la Legión Árabe había cortado la línea férrea que le podía permitir ponerse a salvo en Mosul, huyó a Persia. El alcalde de Bagdad, asistido por un comité de seguridad nacional, asumió entonces el mando de la capital y telefoneó al embajador británico pidiendo el armisticio. Por vez primera, desde el comienzo del ataque, la embajada obtuvo permiso para poner de nuevo en funcionamiento el transmisor de radio. Se informó al Mando británico de Jerusalén y al de El Cairo de que Irak deseaba conocer las condiciones impuestas por Wavell para poner fin a las hostilidades.

Al amanecer del 31 de mayo, se inició cierto movimiento de automóviles en dirección a la zona del canal de Washash. El primero llegó de Bagdad, con una delegación militar iraquí que enarbolaba bandera blanca, y después llegaron otros de Habbaniya, con los representantes del regente, que había regresado en avión desde Jerusalén unos días antes. Desde Habbaniya llegaron también los jefes de las fuerzas británicas de tierra y aire, los generales de división Clark y D'Albiac; Glubb Pachá se presentó procedente de Al-Khadimain. Finalmente hizo acto de presencia el embajador británico en Bagdad. Se discutieron los términos del armisticio, y cuando se hubo estipulado el acuerdo y lo hubieron aprobado las autoridades británicas, el texto se llevó a Bagdad para su aceptación por parte iraquí.

Los términos eran moderados, pues se tuvo en cuenta que el poder lo asumía de nuevo el regente:

- se liberarían de inmediato los prisioneros de guerra;
- debía internarse a todos los militares enemigos (alemanes e italianos) y su material bélico sería retenido por el Gobierno iraquí en espera de posteriores disposiciones;
- las tropas iraquíes evacuarían Ramadi antes del 1 de junio de 1941;
- el Gobierno iraquí debía facilitar, con todos sus medios, la actuación de las fuerzas británicas en la guerra contra Alemania e Italia.

Las tropas hindúes, al asegurar el completo dominio de Basora, desempeñaron un papel importante en la victoriosa intervención armada británica en Irak; además su presencia garantizaba la protección de los intereses de Gran Bretaña en los campos petrolíferos del sur de Persia. La colaboración de la Marina fue asimismo muy valiosa pues permitió la llegada de los convoyes procedentes de la India, apoyando al mismo tiempo las acciones para mantener abiertos a la navegación la zona portuaria de Ma'qil y el Shatt al-Arab. Asimismo, los aparatos del *Hermes*, junto con los de la RAF de la base de Shu'aiba, habían atacado objetivos militares en la región del Éufrates meridional.

Mientras Habbaniya se defendía y el grupo de «Kingkol» avanzaba desde Palestina, las tropas de Rashid Alí defendieron firmemente la zona comprendida entre Bagdad y Basora. El reconocimiento aéreo de la RAF informó que la inundación llegaba a la pista de Basora-Bagdad y que las tropas regulares y las tribus iraquíes saboteaban las instalaciones ferroviarias.

Puesto que no era posible pensar en un avance inmediato hacia la capital, la Brigada de Infantería 20 hindú procuró asegurarse todos los puntos clave alrededor de Shu'aiba y de las zonas situadas al Oeste, mientras la Brigada 21, que defendía la zona Basora-Ma'qil-Ashar, llevaba a cabo acciones de infantería embarcada en pequeños botes.

Mientras tanto, un pequeño equipo de trabajadores se esforzaba en preparar la operación que se hizo famosa con el nombre de «regata del Tigris». Con la ayuda de la Marina de guerra, se pusieron de nuevo en condiciones de navegar viejas embarcaciones fluviales, típicas barcas árabes e incluso un viejo vapor de ruedas que los ingenieros habían utilizado como comedor.

En vista de la llegada inminente de otras brigadas hindúes, esperadas para fines de mayo, el general Slim, que ahora mandaba la División 10 hindú, dio la orden de comenzar el avance hacia Bagdad. La Brigada de infantería 20 hindú, que salió de Basora el 27 de mayo, llegó a la antigua Ur de los caldeos al día siguiente, remontando el Éufrates a lo largo de unos 160 km. Sin embargo, no pudo pasar de Ur ni de Al-Nasiriya. Antes de reanudar el avance tuvo que ganarse de nuevo el apoyo de las tribus del desierto, reparar las pistas y las líneas ferroviarias y preparar campos de aterrizaje para la RAF.

A primeros de junio se comunicaron las condiciones del armisticio de las guarniciones iraquíes al norte de Ur, por lo general mediante octavillas lanzadas por los aparatos de la RAF. En Bagdad comprendieron que sería una medida prudente dar a conocer la orientación oficial en el Norte, en la zona de Mosul y de Kirkuk. Mosul se hallaba situada entre la carretera y la línea férrea que llevan de Irak a Siria y Turquía, y una carretera la unía a los yacimientos petrolíferos de Kirkuk, que abastecían a Siria y Palestina. Contaba entonces con un importante aeródromo, construido y equipado en su totalidad por los ingleses, que a la sazón se hallaba en manos de los iraquíes.

No era muy seguro que las tropas allí situadas, decididas partidarias del Eje y que aún no habían intervenido en ningún combate, estuvieran dispuestas a reconocer el armisticio de Bagdad. Afortunadamente, su comandante era persona con la que se podía razonar; pero la población local se mostraba hostil y belicosa.

El día 2 de junio llegó a Mosul el Batallón de fusileros 2/IV *Gurkha*, escoltado por seis *Blenheim*, y el mismo día se destacó allí un contingente del grupo de «Kingcol». El 7 de junio se reforzaron las fuerzas de Mosul con los supervivientes del KORR, y el contingente destacado de «Kingcol» comenzó a avanzar hacia Tel Kotchek, nudo ferroviario en la frontera entre Irak y Siria. Mientras tanto, otro destacamento realizaba un reconocimiento hacia Kirkuk.

Un intento británico de saldar cuentas con Fawzi al Kawukji, un antiguo enemigo palestino que se encontraba en Oseba con 500 de sus guerrilleros, concluyó con un violento combate en el transcurso de la noche del 8 al 9 de junio. Un escuadrón de caballería, remontando el Éufrates hasta más allá de Haditha, combatió contra fuerzas enemigas superiores y luego se retiró hacia Siria.

El 9 de junio, la llegada a Basora de las Brigadas de infantería 17 y 24 hindúes coincidió con la reapertura al tráfico de la reparada línea ferroviaria Basora-Bagdad. Aquel mismo día se enviaron por el Tigris los cañones y los medios de transporte de la Brigada 21. Escoltada por una unidad de guerra, el *Yarra*, y protegida por los autoametralladoras de la RAF por el flanco izquierdo, la inusitada flotilla zarpó hacia Kut-al-Imara. Era importante abrir esta vía fluvial, pues las tribus árabes de la zona pantanosa de las orillas del Tigris eran turbulentas por naturaleza. Además, no se sabía cuál sería la reacción de los iraquíes de Amara ante la noticia del armisticio.

Una vez en Kut-al-Imara, la Brigada 21, incompleta aún porque el Batallón 2/IV *Gurkha* estaba ya en Mosul y el Batallón 2/X *Gurkha* se había quedado en Basora, avanzó hasta Bagdad. El 10 de junio la Brigada de infantería 20 hindú dejó Ur, dirigiéndose también hacia la capital por carretera y ferrocarril.

El general Slim estableció el puesto de mando avanzado de su División 10 hindú en Bagdad el día 12 de junio, cuando recibió la orden de relevar a las tropas del general Clark en la capital, en Mosul, en Kirkuk y en todos los demás puestos avanzados. Slim asumió el mando de Irak septentrional. Y al día siguiente se designó como comandante de todas las fuerzas británicas de tierra en Irak (conocidas como *Iraq Force*) al teniente general Quinan, y la dirección de las operaciones militares pasó de nuevo del mando de Oriente Medio al mando de la India.

Con la vuelta del regente y la restauración del Gobierno legítimo, el cometido inmediato era restablecer guarniciones en todos los centros principales, a fin de mantener la paz y la seguridad en espera de que se montase de nuevo el aparato administrativo civil. Al mismo tiempo, era necesario animar a la población para que resistiera a las presiones del Eje, desde Siria y Persia.

Para conseguir estos objetivos, la *Iraq Force* se dispuso de la forma siguiente: la Brigada 20 en Mosul, con destacamentos en Kirkuk y Haditha; la Brigada 21 en Bagdad, con destacamentos en Al-Falluja y Ramadi, y la Brigada 24 en las vías de comunicación entre Bagdad y Basora. Las dos brigadas restantes, ahora incorporadas a la División 8 hindú, se concentraron en el bajo Irak: la 17 en la zona Basora-Shu'aiba, preparada para proteger las refinerías de petróleo de Abadán, en Persia; la 25, llegada el 16 de junio, se situó en Ur, Samawa y Diwaniya, para mejorar las posibilidades de transporte.

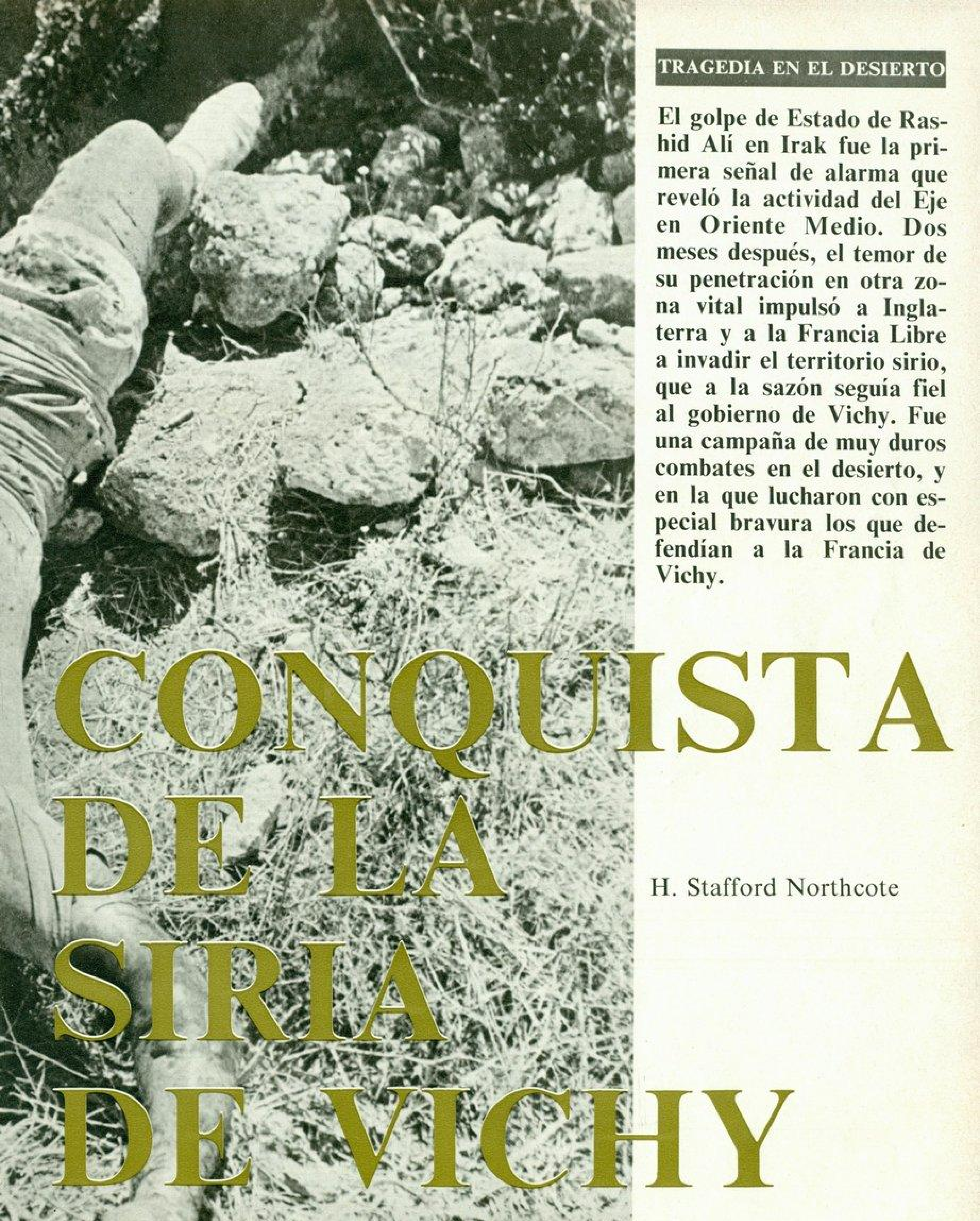
Así fracasó el intento emprendido por el Eje y sus simpatizantes iraquíes de echar a los ingleses del país. «Indudablemente Hitler desaprovechó la ocasión de ganar mucho en Oriente Medio gastando poco –dijo Churchill–. Nosotros, en Gran Bretaña, aunque nos encontrábamos en situación apurada, conseguimos salvarnos con nuestras limitadas fuerzas de males gravísimos o irremediables».

H. STAFFORD NORTHCOTE

Estudió en la *Downside Schoool* y luego en Oxford y en universidades extranjeras. El servicio militar, prestado en tiempo de guerra, y las misiones que llevó a cabo para el Ministerio de la Guerra, le permitieron conocer Oriente Medio y Europa. Después del conflicto vivió dos años y medio en Berlín, como secretario británico del Consejo Cuatripartito para la administración interna. Su libro *Winston Churchill, Man of Destiny*, fue un *best-seller* en Gran Bretaña, Australia y Estados Unidos, donde se conoce también al autor como periodista especializado, crítico dramático, profesor universitario y por sus charlas por radio. En su «segunda carrera», ha escrito textos para películas documentales, algunas de las cuales han sido premiadas.



Siria, mayo-julio de 1941



TRAGEDIA EN EL DESIERTO

El golpe de Estado de Rashid Alí en Irak fue la primera señal de alarma que reveló la actividad del Eje en Oriente Medio. Dos meses después, el temor de su penetración en otra zona vital impulsó a Inglaterra y a la Francia Libre a invadir el territorio sirio, que a la sazón seguía fiel al gobierno de Vichy. Fue una campaña de muy duros combates en el desierto, y en la que lucharon con especial bravura los que defendían a la Francia de Vichy.

CONQUISTA DE LA SIRIA DE VICHY

H. Stafford Northcote



Después de la primera Guerra Mundial y de la firma de los tratados de paz de Versalles y San Remo, Francia, por mandato de la Sociedad de Naciones, se encargó de administrar, en Siria y en Líbano, una población de unos 3.650.000 habitantes. De acuerdo con el mandato, Francia dividió el país en cuatro zonas: Siria, habitada preferentemente por musulmanes sunnitas; la provincia de Laodicea, con una mayoría de alwitas, cuya religión es una mezcla de islamismo, cristianismo y paganismo; Líbano, donde la población es preferentemente cirstiana, y Yébel Druso, habitado por una secta semiislámica y belicosa, los drusos, que habían dado su nombre a aquella región entre cuyas asperezas vivían. Ya desde los comienzos del mandato francés (en la historia siria, el año 1920 se denomina *Am al Nakba* «el año de la catástrofe»), en Siria y en Yébel Druso se difundió un acusado sentimiento nacionalista, alimentado por el desprecio que se sentía por muchos funcionarios franceses, a los que se acusaba de despotismo y corrupción.

En 1925-1926 el malestar se manifestó abiertamente con la insurrección que se produjo en Yébel Druso contra los franceses, insurrección que fue duramente reprimida; en 1930 se repitieron los disturbios, y la artillería francesa bombardeó durante dos días la ciudad sagrada de Damasco. En 1936 se había sustituido el mandato por un «tratado de amistad y alianza»; pero el acuerdo, ratificado ya por el parlamento sirio, esperaba todavía la ratificación francesa cuando estalló la segunda Guerra Mundial.

En junio de 1940, tras el derrumbamiento de Francia, a Siria se la declaró neutral. La mayoría de los sirios políticamente maduros, en un principio indiferentes ante la guerra, se sintió humillada por estar sometida a un país que había sufrido tan espectacular derrota, tanto más cuanto que después de la retirada de Francia de la Sociedad de Naciones consideraba invalidada la base jurídica del mandato.

Un mes más tarde, el Gobierno inglés se apresuró a aclarar la situación. Gran Bretaña no estaba en guerra con la Francia de Vichy; pero tampoco podía permitir que Siria y Líbano fueran ocupados por una potencia hostil o que su territorio sirviera de base para un ataque contra los países que Gran Bretaña estaba obligada a defender.

A fines de agosto llegó a Siria una comisión mixta ítalo-alemana para poner en vigor las cláusulas del armisticio estipulado entre Francia y las potencias del Eje. Según tales cláusulas, el Ejército francés de Oriente Medio fue progresivamente desarmado, desmovilizado y repatriado, y en el país sólo quedó un contingente limitado, lo suficiente para mantener el orden interno, compuesto por algo menos de 35.000 hombres.

El general Wavell, temeroso de que Siria pudiera servir de base para actividades subversivas en Oriente Medio, opinaba que los elementos nacionalistas sirios, insatisfechos desde antiguo ante los demasiado lentos progresos hacia el autogobierno podrían ser utilísimos oponentes a una infiltración eventual del Eje. En consecuencia, el residente británico en Transjordania, sir Alec Kirkbride, se puso secretamente en contacto con los representantes de Yébel Druso, y lo mismo hizo Glubb Pachá, de la Legión Árabe, con las tribus sirias.

En octubre de 1940 llegó a Oriente Medio el general Catroux, brazo derecho del general De Gaulle, para iniciar una campaña de propaganda a favor de la Francia Libre. Afirmaba el general que Siria estaba madura para un golpe de Estado, del que sacarían grandes ventajas, no sólo la Francia Libre, sino también los ingleses. Pero en noviembre el gobierno de Vichy envió a Siria un nuevo alto comisario, el general Henri Dentz, y a partir de entonces los alemanes comenzaron a llegar cada vez en mayor número.

Una prueba evidente que confirma la intervención del Eje: la cola de un *He-11* en la que se ha intentado borrar la cruz esvástica y con los colores de la Francia de Vichy pintados en el timón. *(History of the Second World War)*

Wavell quedó perplejo ante la proposición del general De Gaulle y de Churchill respecto a que las fuerzas de la Francia Libre, que se encontraban en Palestina, emprendiesen una acción militar contra Siria. Juzgó todo aquello como una sugerencia sin fundamento y hasta peligrosa, pues por aquellas fechas las fuerzas de la Francia Libre en Palestina consistían tan sólo en cinco batallones y una sección de artillería; en cambio, el general Dentz, contaba en Siria con unos 35.000 hombres bien armados.

Darlan promete ayudar al Eje

El almirante Darlan, ministro francés de Asuntos Exteriores y brazo derecho de Pétain, no dejó lugar a dudas de que su país estaba dispuesto a colaborar con el Eje cuando firmó una detallada disposición de la ayuda que debía concederse a los alemanes en Siria y en África del Norte. Consintió, basándose en los términos del armisticio de julio de 1940, en vender a los rebeldes iraquíes las tres cuartas partes del equipo militar que existía en los almacenes sirios del Ejército; en aprovisionar de carburante los aviones alemanes e italianos en Siria; en conceder a las fuerzas armadas alemanas el uso del aeródromo de Aleppo y de los puertos y ferrocarriles sirios, e incluso en transmitir al Alto Mando alemán todas las informaciones relativas a las fuerzas y planes británicos en Oriente Medio.

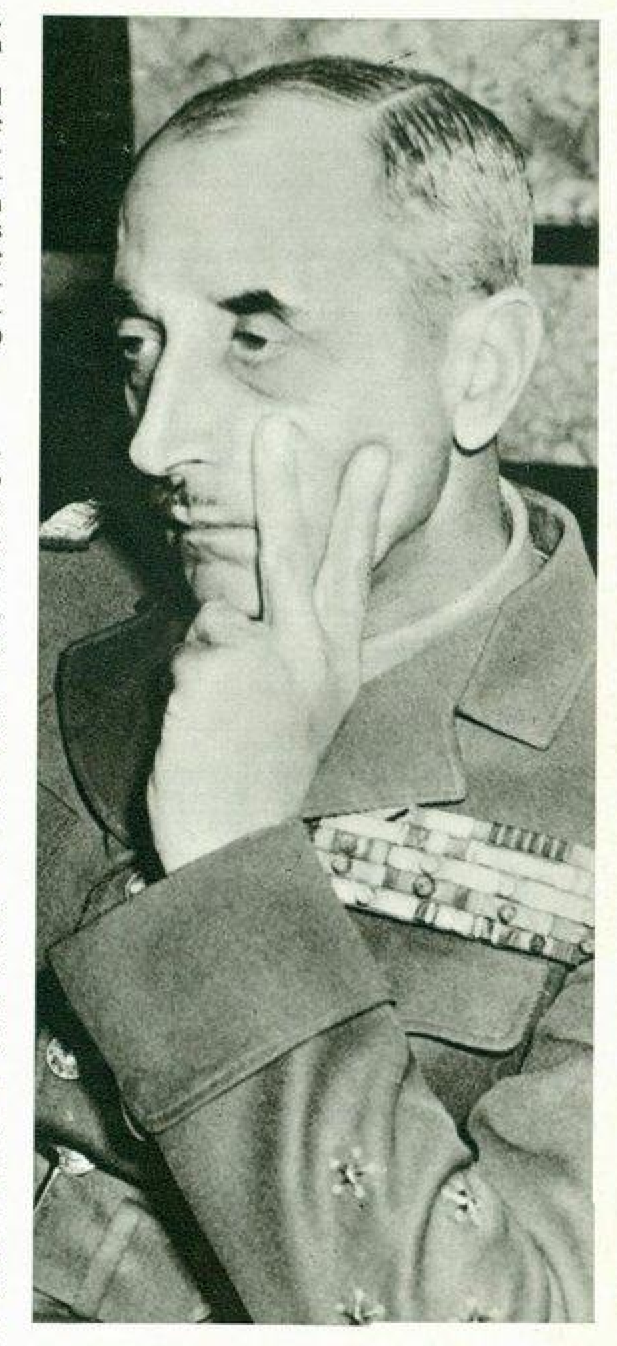
En El Cairo se juzgó que estaba justificado un ataque de represalia ante aquel colaboracionismo activo con el Eje en perjuicio de los intereses británicos. En consecuencia, a partir del 14 de mayo, aviones de la RAF y de la RAAF *(Royal Australian Air Force)*, que formaban parte del mando de Oriente Medio, llevaron a cabo algunas incursiones sistemáticas contra los aeródromos sirios.

A fines de mayo, al fracasar la rebelión iraquí, el general Dentz, en un intento de desviar la inminente invasión británica de Siria (que ya era el tema del día en todo Oriente Medio), pidió a Darlan que ordenase que las misiones alemanas se retiraran. Y en efecto, el 6 de junio los últimos aviones alemanes dejaron Siria, junto con los oficiales y sus mecánicos. Los únicos que quedaron fueron los oficiales del Servicio de Información, cuya presencia se disimularía.

Es difícil no considerar con simpatía y benevolencia la situación de los franceses de Vichy en Siria. El general Dentz y los suyos dependían de una comisión italiana, hacia la cual experimentaban unos sentimientos que es fácil imaginar; además, por orden de su Gobierno, debían colaborar discretamente con los alemanes, a quienes odiaban y que habían vencido a su país; por último, estaban amenazados por un probable ataque por parte de Gran Bretaña, el aliado que, según ellos, los había abandonado en Europa en 1940. El segundo peligro que los amenazaba eran las fuerzas del general De Gaulle, considerado por los seguidores de Pétain como un rebelde contra el legítimo Gobierno de Francia.

Todos los círculos militares y políticos de la *Commonwealth* británica estaban de acuerdo respecto a la necesidad de situar a Siria fuera del dominio de Vichy. Pero Wavell, que ya había tenido que aprovechar hasta su límite extremo los recursos de que disponía y que se resentía de la ausencia de la *Habforce*, destacada en Irak, se mostraba abiertamente reacio a entablar una acción que juzgaba prematura, y mucho menos quería emprenderla con fuerzas insuficientes. Sin embargo, Churchill insistía en la necesidad de prevenir la penetración alemana en Siria.

Aceptando lo inevitable, Wavell ordenó al general sir Henry Maitland Wilson que enviase a Siria, el día 8 de junio, un Cuerpo Expedicionario formado por tropas inglesas, de los Dominios y de la Francia Libre. Apenas habían cruzado la frontera las primeras unidades cuando el mando de Oriente Medio anunció, por radio, que fuerzas británicas y de la Francia Libre estaban a punto de ocupar Siria con el fin de eliminar la influencia que el enemigo ejercía sobre el país.



El general Catroux, brazo derecho de De Gaulle, llegó a Oriente Medio en octubre de 1940 para iniciar una campaña de propaganda a favor de la Francia Libre e intentar un golpe de Estado en Siria. *(History of the Second World War)*

Dirigiéndose al pueblo sirio y al libanés, el general Catroux anunció, en nombre del general De Gaulle, representante de la Francia Libre: «Vengo para poner fin al régimen mandatario y para proclamaros libres e independientes». El Gobierno británico se vio implicado también en esta toma de posición por culpa de unas declaraciones de sir Miles Lampson, embajador británico en Egipto. Vichy replicó enérgicamente, negando toda colaboración con los alemanes en Siria, protestando por la acción británica y advirtiendo que las fuerzas francesas se opondrían con las armas a la invasión.

Invasión sin entusiasmo

El 8 de junio dio comienzo la invasión ordenada por Wavell y dirigida por Wilson, ambos reacios a hacerlo. Tanto De Gaulle como Catroux habían proclamado que la resistencia sería sólo parcial y que las tropas de Vichy capitularían apenas vieran el despliegue de fuerzas. Pese a sus reservas personales, y aunque preocupado por la evidente desproporción entre sus fuerzas y las de los defensores, Wavell decidió poner a prueba las afirmaciones de la Francia Libre. A los jefes de



Artillería inglesa en una posición enmascarada. La composición de las fuerzas aliadas en Siria era muy heterogénea. Tropas inglesas, australianas, hindúes, de la Francia Libre y de la Legión Árabe combatieron unidas contra la Francia de Vichy. La ocupación de Siria se llevó a cabo palmo a palmo, al precio de muy graves pérdidas. La resistencia opuesta por los franceses de Vichy, perfectamente equipados y que tenían a su favor el conocimiento del terreno, puso a prueba el coraje de todos los soldados, pero no pudo impedir el avance. *(History of the Second World War)*

las unidades inglesas, australianas, hindúes y de la Francia Libre se les cursaron instrucciones para que se aproximasen enarbolando la bandera blanca, que se pusieran en contacto con los comandantes de Vichy y que intentasen entablar negociaciones para evitar las hostilidades. Pero, como había sospechado justamente Wavell, los franceses, muy bien equipados y preparados, no mostraron la menor intención de rendirse sin combatir ante un invasor inferior en número y en medios, y más aún por el hecho de que con éste se alineaban franceses a los que consideraban traidores.

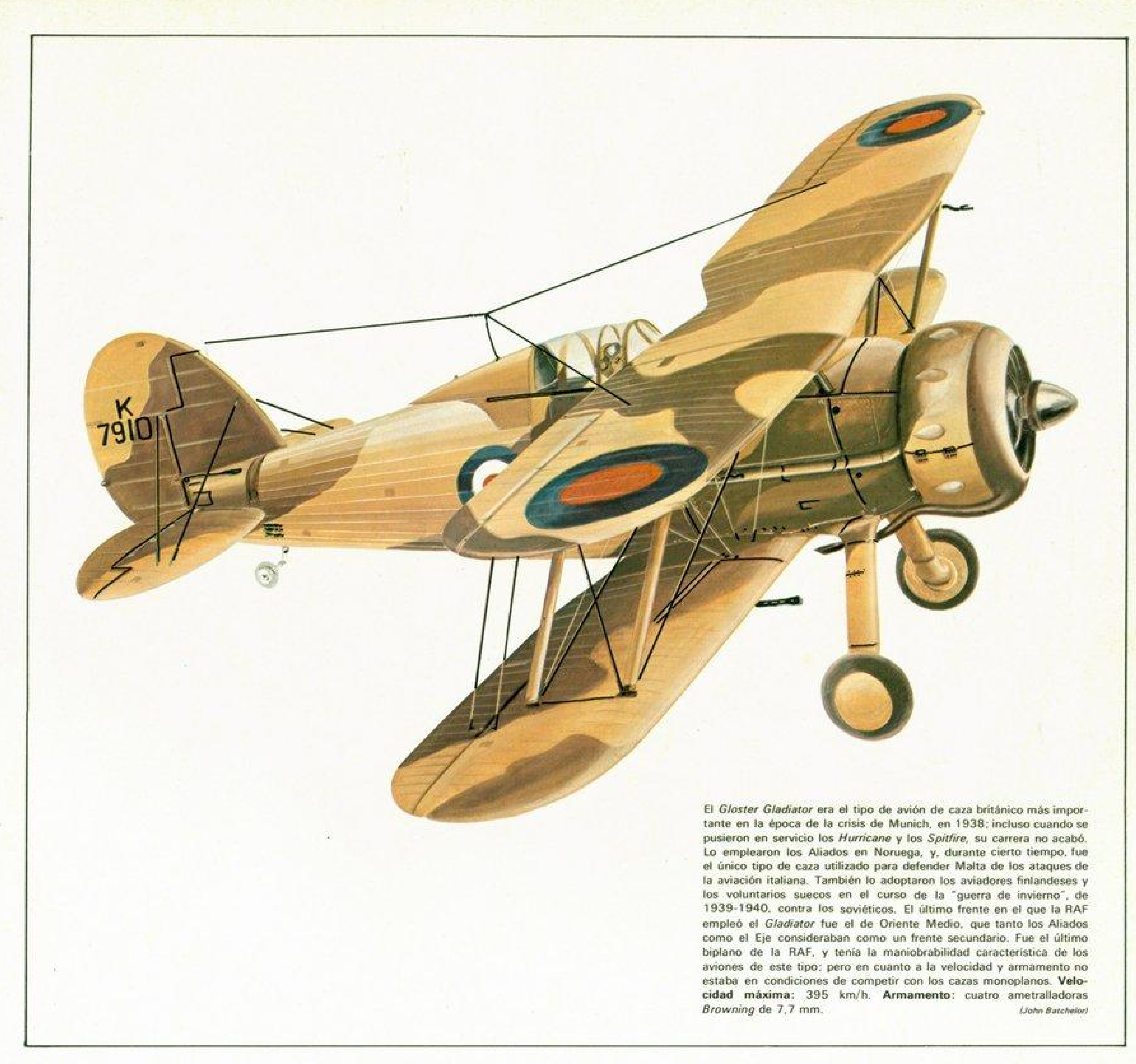
Militarmente, la región más importante de Siria y del Líbano era «el ángulo sudoccidental». La primera línea de defensa francesa estaba formada por un cinturón exterior de centros de resistencia –entre ellos Palmira, El-Suweida, Sheikh Miskin y El-Quneitra–, en cuyos intervalos combatían tropas móviles.

El plan británico preveía que las fuerzas aliadas se asegurasen la posesión de Damasco, Rayaq y Beirut, y –si la situación lo permitía– Homs y Trípoli, avanzando luego por las carreteras utilizables. Wilson y Wavell daban mucha importancia a la conquista del aeródromo de Mezze, cerca de Damasco; pero el avance hacia la ciudad debería desarrollarse por un terreno abierto, apto para la acción de los vehículos acorazados, y, en este aspecto, no se ignoraba la superioridad de los franceses de Vichy. Estos contaban por lo tanto con la ventaja de que su terreno era más favorable para la defensa que para el ataque; pues, dejando aparte la exigua faja costera, las tropas aliadas sólo podían operar en un territorio montañoso o bien por el desierto que se extiende al Este. Abruptos escarpados hacían imposible la utilización de vehículos y de *Bren-Carrier*.

Según el plan, la acción de los Aliados debería realizarse en tres fases:

- un avance principal, desde Palestina y Transjordania, sobre Damasco; con un avance paralelo a lo largo de la costa, hacia Beirut;
- un avance efectuado por la *Habforce* que, procedente de Irak, se dirigiría hacia Palmira, atravesando el desierto;
- un avance desde Irak septentrional, realizado por unidades de la División 10 hindú, que marcharía a lo largo del Éufrates con la misión de ocupar Deir el-Zor y luego continuar en dirección a Aleppo; a un segundo grupo, que debía partir de Mosul, se le había asignado como objetivos Hasseche y El-Qameshliye, en la región fronteriza entre Siria y Turquía.

El concepto estratégico del general Wilson era, durante la primera fase, facilitar el avance a lo largo de la costa mediante operaciones en la zona de Merj'Ayun, que serviría también de trampolín para lanzar el ataque contra Rayaq, mientras



El *Gloster Gladiator* era el tipo de avión de caza británico más importante en la época de la crisis de Munich, en 1938; incluso cuando se pusieron en servicio los *Hurricane* y los *Spitfire*, su carrera no acabó. Lo emplearon los Aliados en Noruega, y, durante cierto tiempo, fue el único tipo de caza utilizado para defender Malta de los ataques de la aviación italiana. También lo adoptaron los aviadores finlandeses y los voluntarios suecos en el curso de la "guerra de invierno", de 1939-1940, contra los soviéticos. El último frente en el que la RAF empleó el *Gladiator* fue el de Oriente Medio, que tanto los Aliados como el Eje consideraban como un frente secundario. Fue el último biplano de la RAF, y tenía la maniobrabilidad característica de los aviones de este tipo; pero en cuanto a la velocidad y armamento no estaba en condiciones de competir con los cazas monoplanos. **Velocidad máxima:** 395 km/h. **Armamento:** cuatro ametralladoras *Browning* de 7,7 mm. *(John Batchelor)*

que el avance hacia Damasco se desarrollaría por Der'a y Kiswe. La conquista de El-Quneitra protegería el flanco. El general Wilson subdividió sus fuerzas, de las que era comandante en jefe, en tres grupos:

- la División 7 australiana del general T. D. Lavarack, reforzada con algunas unidades, entre ellas el Batallón III de la *Special Service Brigade* (un comando), de guarnición en Chipre;
- la Agrupación de la Brigada de infantería 5 hindú, con fuerzas agregadas de otras unidades, comprendida la guardia de frontera transjordana;
- la División de la Francia Libre, mandada por el general Legentilhomme y compuesta por dos brigadas, una con un batallón de la Legión Extranjera y dos batallones de senegaleses, y la otra con un batallón de *fusiliers marins* y otros dos batallones de senegaleses; esta división estaba incompleta en cuanto a armamento y medios de transporte. Se alineaba, además, la Agrupación *Collet*, formada por dos escuadrones de caballería circasiana, uno de *spahis* africanos motorizados y ocho carros de combate y autoametralladoras.

La División 7 australiana de Lavarack carecía de experiencia; en cuanto a carros de combate, solamente poseía dos carros ligeros; tampoco poseía ametralladoras medias, y sus camiones sólo podían transportar dos batallones. Pero la aportación de carros de combate, ametralladoras y caballería montada, tras la asignación de algunas unidades de refuerzo, hizo que Lavarack creyera que podría realizar una penetración profunda con columnas móviles.

Su sector se extendía desde el Jordán a la costa, e incluía las dos carreteras principales que, desde Palestina, conducían al Norte, hacia el Líbano. La que ascendía a lo largo de la lengua de tierra formada por la frontera palestina, Lavarack la asignó a la Brigada 25 australiana, mandada por el general A. H. B. Cox, con sus refuerzos de carros de combate, autoametralladoras y artillería hipomóvil. La carretera principal, que atraviesa el Líbano y lleva directamente a Beirut, es la costera, y se le asignó a la Brigada 21 australiana, del general J. R. S. Stevens, y a las unidades destacadas que formaban la columna principal. Esta carretera está prácticamente dominada, en toda su longitud, por colinas que se elevan bruscamente en la llamada faja costera, cuya anchura máxima no pasa nunca de los 1800 metros. En algunos puntos, las laderas rocosas están tan próximas a la carretera que una simple demolición es suficiente para bloquearla.

El apoyo aéreo lo constituían dos escuadrones y medio de cazas, comprendido uno de la RAAF; dos escuadrones de bombarderos y un escuadrón de cooperación con el Ejército: en total unos setenta aparatos que operaban desde Palestina y Transjordania.

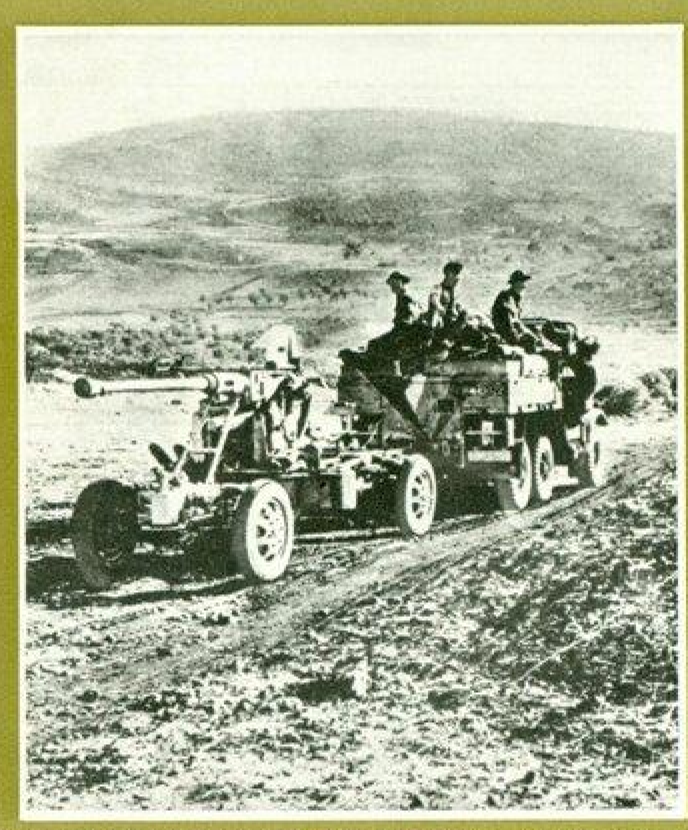
Una gran dosis de orgullo

Las fuerzas sirias de Vichy, como ya se ha dicho, se calculaban en unos 35.000 hombres –restos del ejército desmovilizado del general Weygand–, casi todos soldados expertos y muy bien preparados; en total 18 batallones de infantería colonial de soldados veteranos –tunecinos, argelinos, senegaleses, marroquíes y Legión Ex-

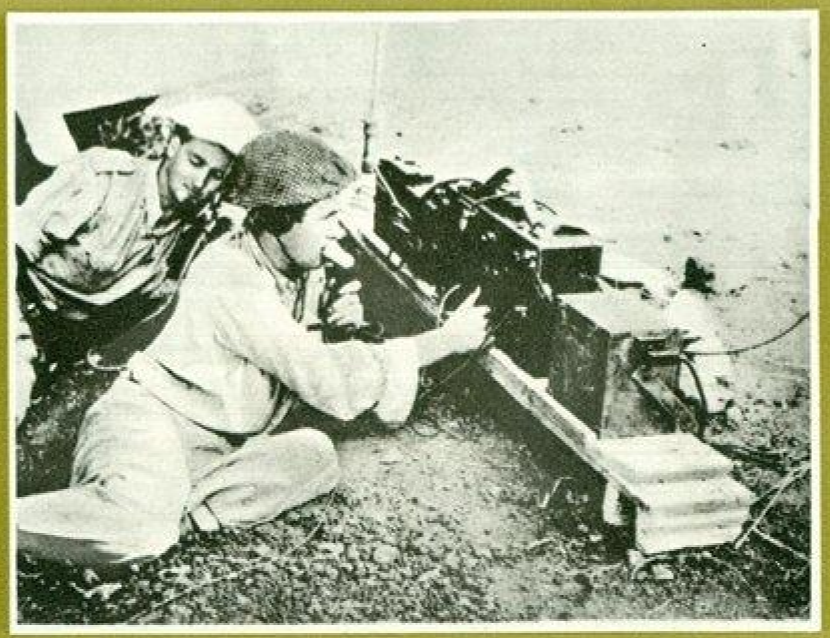
SIRIA: EL AVANCE ALIADO A TRAVÉS DE PASOS DE MONTAÑA Y LLANURAS ABRASADAS POR EL SOL



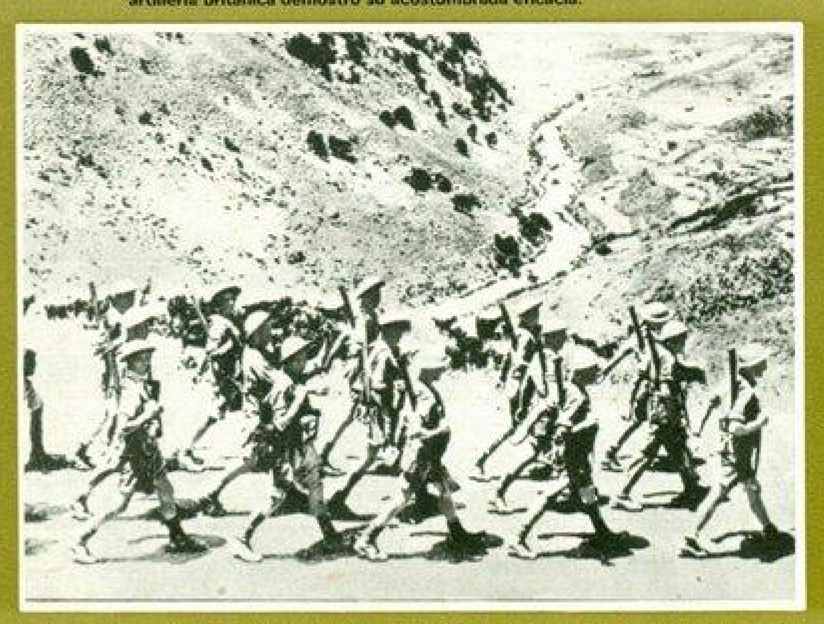
Un cañón de 88 mm en posición junto a un árbol, que ofrece escasa protección contra el sol. Los sirvientes australianos esperan la orden de comenzar el fuego.



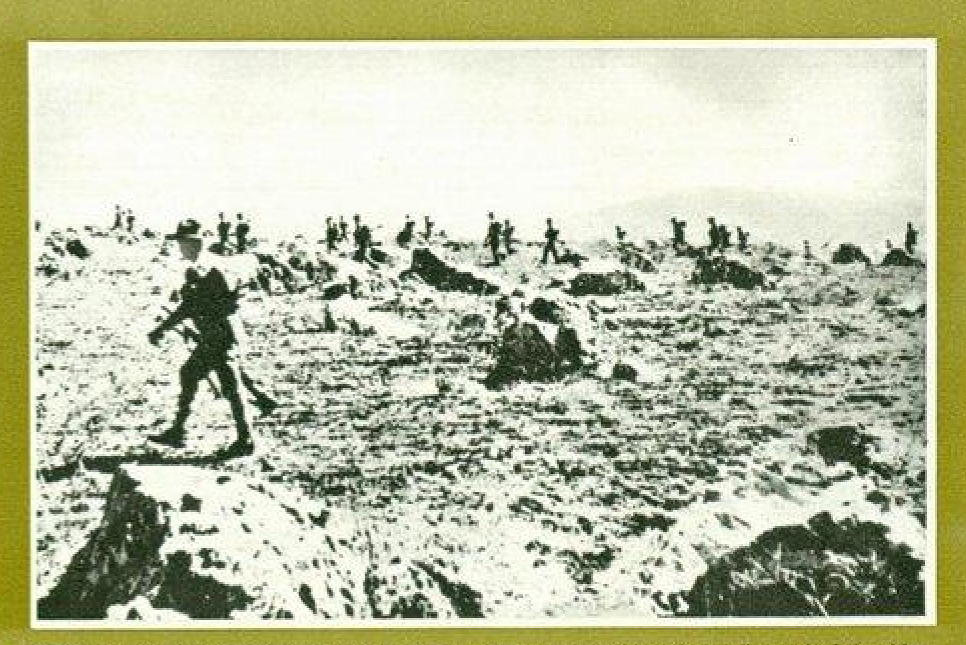
Un cañón antiaéreo «Bofors», de 40 mm, aproximándose a su posición. La artillería británica demostró su acostumbrada eficacia.



Operadores de radio ingleses transmitiendo con un aparato portátil. Este medio era el único enlace existente entre el mando y las tropas avanzadas.



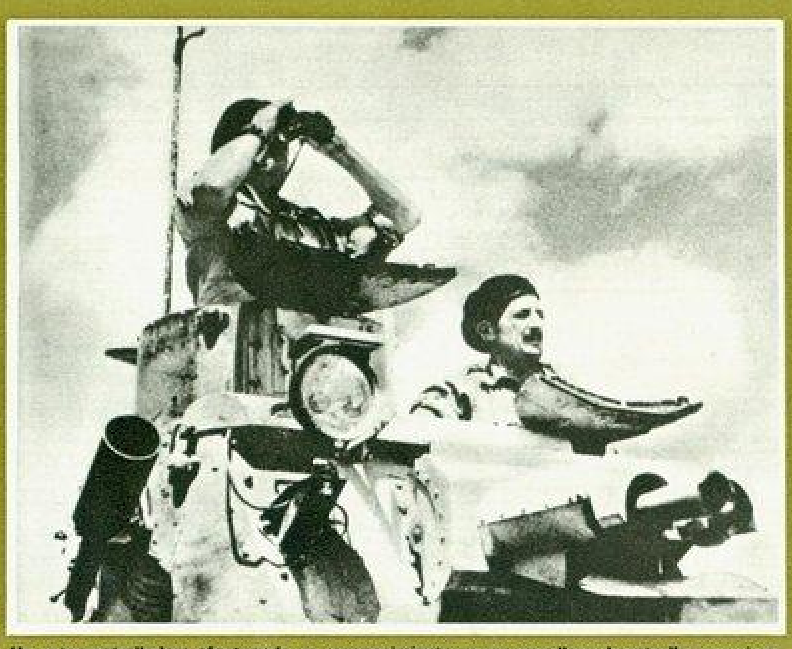
Bajo un sol implacable, con un calor tórrido y en medio de una árida llanura, las tropas británicas, cubiertas de polvo, siguen adelante.



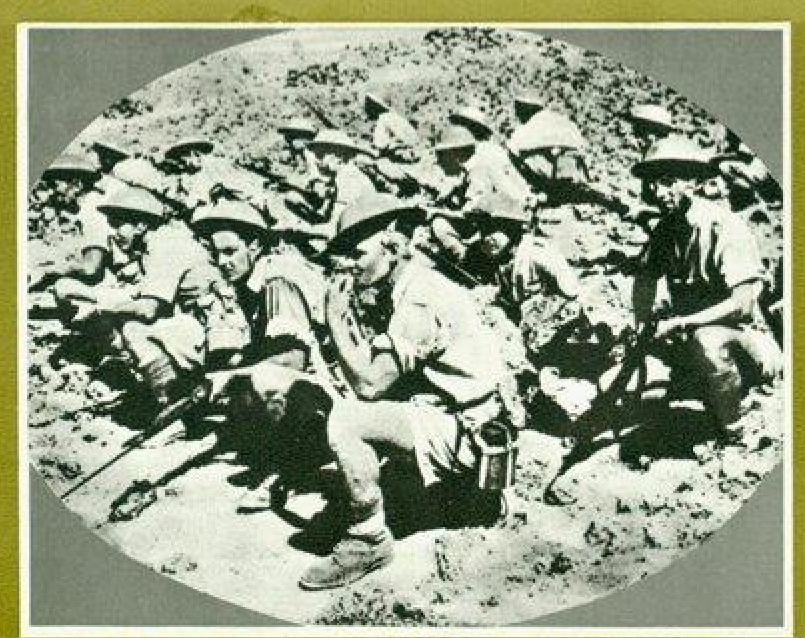
Infantería australiana avanzando en orden de combate en un terreno accidentado de la llanura desértica siria, donde el calor, en aquella época del año, es sofocante.



En espera del ataque, los oficiales carristas australianos sincronizan sus relojes durante el avance por Siria.



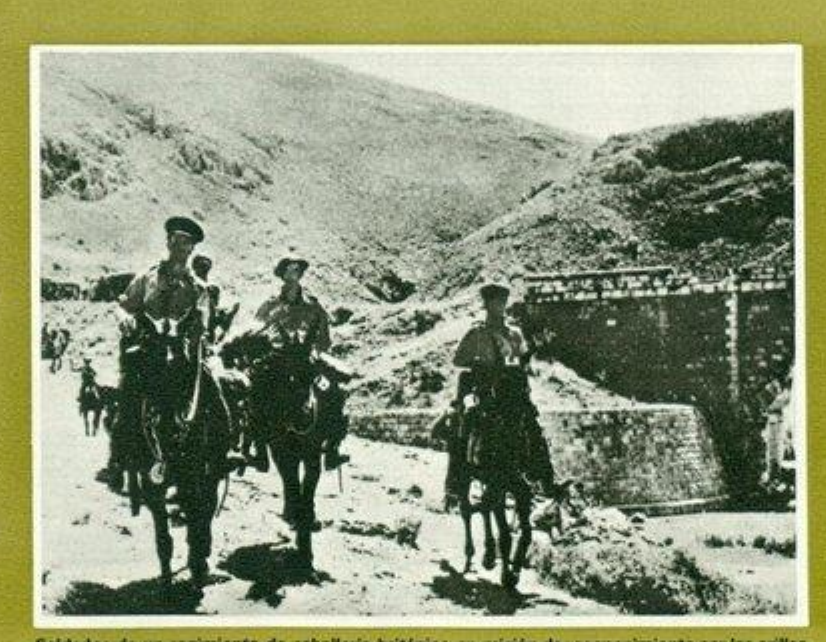
Un autoametralladora efectuando un reconocimiento en una zona llena de patrullas enemigas. El jefe de la sección y el ametrallador están vigilando.



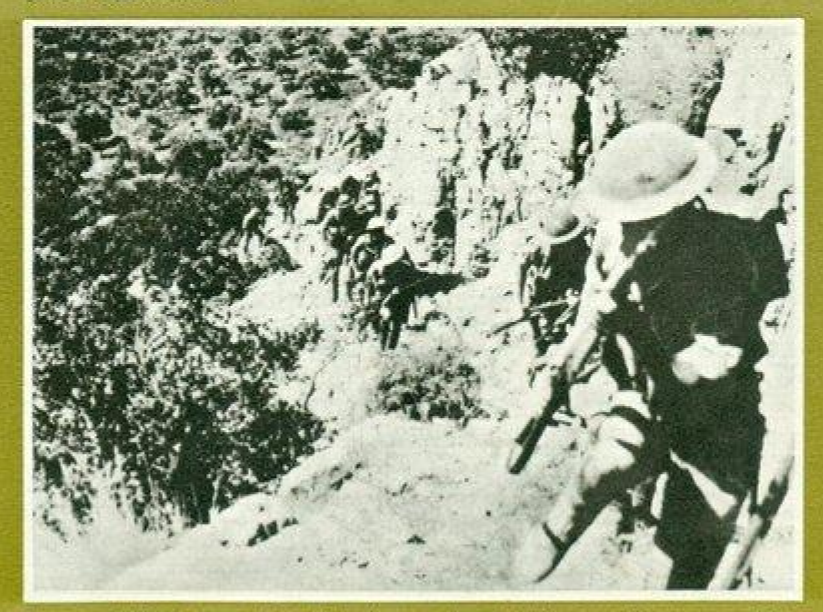
Soldados de la Francia Libre esperando la orden de ocupar una posición más avanzada. Estos hombres combatieron valientemente contra las tropas fieles a Vichy.



Un grupo de soldados de la Francia Libre, cuya división estaba al mando del general Legentilhomme.



Soldados de un regimiento de caballería británico en misión de reconocimiento por las orillas del río Litani, conquistado el 12 de junio de 1941 por los Aliados.



Tropas australianas avanzando en fila india por un abrupto sendero para alcanzar una posición táctica tras un reconocimiento.



14 de julio de 1941: los delegados de la Francia de Vichy y la delegación aliada firman la convención de Acre. En el centro, el general Wilson estampa su firma bajo la atenta mirada de Catroux (a su derecha). (Imperial War Museum)

tranjera– y 20 escuadrones de caballería. Su gran ventaja sobre el adversario consistía en su perfecto conocimiento del terreno y, sobre todo, en el hecho de que disponían de 90 carros de combate y 120 cañones de campaña.

Este Ejército no era partidario decidido de ninguno de los dos bandos en lucha (si bien los oficiales eran adictos a Pétain); pero se sentía animado por un fuerte orgullo profesional y sus hombres estaban decididamente dispuestos, si se presentaba la ocasión, a hacer algo que rehabilitase el buen nombre que el Ejército había perdido en Francia. Y ahora la ocasión se la ofrecían aquellas fuerzas, relativamente exiguas, con que los Aliados emprendieron la campaña de Siria. Las tropas de Vichy estaban concentradas a lo largo de la frontera con Palestina y Transjordania, y también en Yébel Druso, en Damasco y en Beirut, con fuertes contingentes en ciertos puntos avanzados, como los salientes de Der'a, Izra', Sheikh Miskin, El-Quneitra, Deir el-Zor y Aleppo.

Disponían de 92 aviones, pero en el transcurso de la campaña recibieron constantes refuerzos desde Alemania e Italia, de modo que, a mediados de junio, las fuerzas aéreas de Vichy ascendían a unos 159 aparatos de todos los tipos.

Los australianos cruzaron la frontera en las primeras horas del día 8 de junio, y avanzaron por la carretera costera principal y a lo largo de los senderos de la zona de colinas, dirigiéndose hacia Iskenderun (Alexandretta), Rayaq y el río Litani. Un grupo mixto de australianos y caballería del *Cheshire Yeomanry*, avanzó a su vez hacia Tiro.

Muy pronto se pondría a prueba la determinación de las fuerzas de Vichy. El intento de la *Royal Navy* de desembarcar un comando en la orilla septentrional del Litani, a unos 25 km de la frontera, se había aplazado desde el alba del 8 de junio a las 4 de la madrugada del día 9, perdiendo así la acción el importante factor sorpresa. El cometido de este comando era impedir la destrucción del puente sobre el río, y luego defenderlo hasta la llegada de los australianos procedentes del Sur; pero el desembarco encontró dificultades ya desde su comienzo, pues chocó con una enérgica oposición por parte de un destacamento de tropas coloniales francesas. Durante el combate, el jefe del comando resultó mortalmente herido, muchos de sus oficiales lo fueron también y se perdió una cuarta parte de los efectivos. Cuando los australianos se encontraban a 45 metros tan sólo del puente, los defensores lo hicieron volar. Entonces, los hombres del grupo de desembarco se rehicieron, y, tras una serie de violentos ataques y contraataques, el día 10 de junio cesó la resistencia francesa y los vehículos pudieron cruzar el río por puentes sobreflotantes.

Mientras tanto, la División 5 hindú del general Lloyd, en sólo tres días, había conquistado intacta la línea férrea que corría al este del Jordán, hasta la altura de Der'a; ocupó esta ciudad y luego estableció un flanco defensivo Der'a-Sheikh Miskin-Izra'. Simultáneamente, las fuerzas de la Francia Libre, mandadas por Legentilhomme, atravesaron la frontera cantando *La Marsellesa* y se dirigieron hacia Damasco, con el flanco protegido por la Agrupación *Collet* que avanzaba hacia Fiq. Más al Oeste, el Batallón de *Royal Fusiliers* y el Grupo de Artillería de campaña 9 australiano cruzaban el Jordán y, junto con la citada Agrupación *Collet*, ocuparon El-Quneitra, a 21 km más allá de la carretera hacia Damasco.

Durante el avance hacia esta ciudad, los Aliados experimentaron más de un revés a consecuencia de la inferior calidad de sus carros de combate y autoametralladoras. El-Quneitra, conquistada el 9 de junio, se perdió una semana más tarde tras un contraataque de la infantería enemiga apoyada por autoametralladoras, y todo el Batallón de los *Royal Fusiliers* se vio obligado a rendirse porque había agotado sus municiones. El mismo 9 de junio las fuerzas de la Francia Libre llegaban ante Kiswe, cerca de Damasco; pero su primer ataque, lanzado el 11 de junio, fracasó por completo y sólo la intervención de los Batallones *Punjab* y *Rajputana* logró restablecer la situación. Fue un encuentro pintoresco, en el transcurso del cual se vio a las tropas hindúes servirse de improvisadas escalas de asedio para superar el foso contracarro, de una anchura de 4 m y otros tantos de profundidad, que rodeaba el pueblo; una vez salvado el obstáculo, entablaron violento combate en medio de los huertos y de los árboles frutales, mientras un escuadrón montado de *spahis* se lanzaba a la carga, acción tan osada como inútil contra el tiro de las armas automáticas.

La guardia de frontera transjordana, con sus dos únicos fusiles contracarros, llevó a cabo auténticos milagros en Izra', contra los vehículos de combate del adversario; pero aun así se vio forzada a una retirada temporal. El 9 de junio los australianos conquistaron Merj'Ayun, importante centro estratégico; pero el día 15, el enemigo, después de una intensa preparación artillera, volvió a ocupar el pueblo, del cual no se le pudo desalojar hasta el día 22. Por el Oeste, mientras tanto, los australianos atacaban Sidón, y consiguieron que los franceses la evacuaran sin provocar destrucciones en la ciudad.

El día 19 de junio, las unidades hindúes de Lloyd, que avanzaban hacia Damasco y que ya estaban muy cerca de la ciudad, se encontraron en una trágica situación. Los Batallones *Punjab* y *Rajputana*, que habían conquistado Mezze, se hallaban aislados, sin armas contracarros, sin carros de combate, sin artillería, sin reservas de municiones, sin material sanitario y sin víveres; aunque todo esto se encontraba a cortísima distancia de ellos, apenas a 3,5 km. Y en tal situación tuvieron que resistir el peso de un contraataque, lanzado con gran decisión por las fuerzas de Vichy, que rodearon durante dos días el pueblo con sus carros de combate y un batallón de *Chasseurs d'Afrique*; éstos, de vez en cuando se retiraban para permitir que la artillería batiera el pueblo con puntería directa y luego estrechaban de nuevo el cerco. Cuando las compañías hindúes de primera línea, habiendo agotado las municiones, se vieron obligadas a rendirse, las fuerzas de Vichy pudieron cercar «Mezze House» –una amplia construcción cuadrada donde el mando de la brigada oponía una última y esforzada resistencia– y concentraron sobre aquel objetivo todo el peso de sus ataques.

Pero no se sabe por qué prodigio, los asaltos se vieron repetidamente rechazados. Un mensaje con una angustiada petición de socorro, hizo que se enviaran refuerzos, que llegaron a muy poca distancia, hasta el punto que infundieron falsas esperanzas a los asediados. Mas, por desgracia, las municiones se agotaron. El coronel Jones intentó un postrer recurso para ganar tiempo, haciendo llegar al comandante de Vichy, con emisarios portadores de bandera blanca, una petición de tregua para asistir a los heridos y moribundos. Pero los sitiadores se precipitaron al asalto y arrollaron a los supervivientes. Cuando llegaron los socorros ya era demasiado tarde. El edificio, destrozado por las bombas, con su techo derrumbado sobre un montón de cadáveres, heridos y moribundos, delataba elocuentemente el terrible acontecimiento.

Sin embargo, el sacrificio de las tropas hindúes en Mezze no fue inútil del todo, porque la defensa de Vichy empezaba a revelar signos de debilidad; muy pronto los persistentes ataques de los Aliados obtuvieron el éxito esperado. El Batallón 2/III australiano llegó poco después al escenario de la batalla desde El-Quneitra. Las tropas destacadas por el general Lloyd conquistaron los últimos fuertes en las colinas y cortaron la carretera y la línea

ferroviaria Damasco-Beirut, y por allí avanzaron las fuerzas gaullistas al mando de Cazeau.

Pero el general Wilson se mostraba bastante reacio a emprender una acción que pudiera provocar combates en las calles de Damasco, antigua y venerable ciudad. Por esta razón transmitió, por radio, una llamada al general Dentz pidiéndole que la declarara ciudad abierta. Dentz quiso ganar tiempo; pero la guarnición de Vichy que la defendía la evacuó antes de que fuera demasiado tarde. Después, los Aliados condujeron la campaña con menos escrúpulos; por ejemplo, en Damur, desalojó al enemigo a fuerza de bombas.

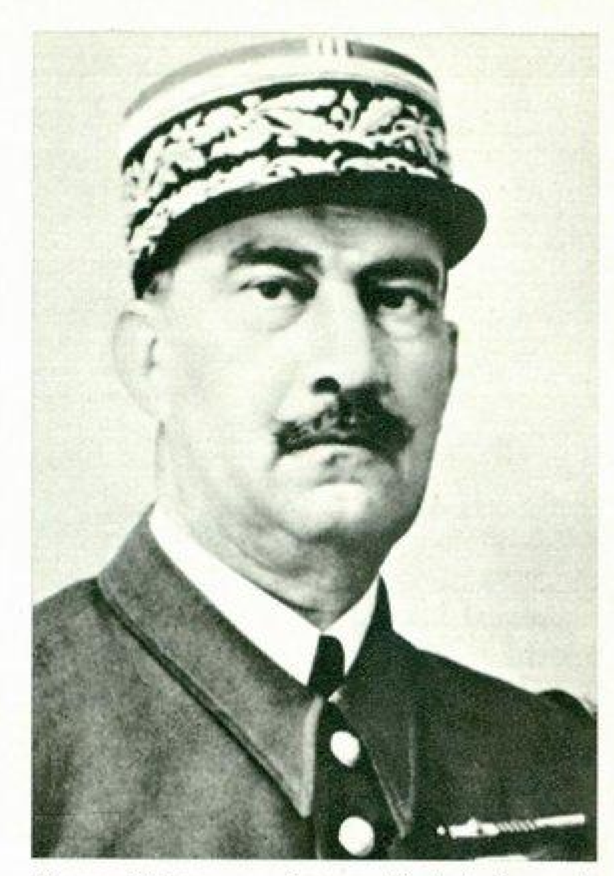
La caída de Damasco, cuando aún no habían transcurrido dos semanas de la invasión, fue un acontecimiento importante desde el punto de vista moral y político, y señaló el final de una fase muy bien definida en la campaña para la ocupación de Siria y Líbano. Al día siguiente, un acontecimiento de la mayor trascendencia transformó la situación en aquel teatro de operaciones, así como también en todos los demás: la mañana del 22 de junio, los Ejércitos alemanes invadieron la Unión Soviética y, en consecuencia, la amenaza de una intervención efectiva alemana en Asia Menor se hizo bastante remota.

En el Este estaba a punto de comenzar la segunda fase del plan de invasión. El general Clark mandaba la *Habforce*, en la que figuraban 350 hombres de la Legión Árabe. Todas estas unidades habían desempeñado un papel muy importante en los combates sostenidos el mes anterior contra los rebeldes iraquíes. El día 17 de junio, Clark recibió la orden de ocupar Palmira y cortar luego la carretera que conducía de Damasco a Homs. La *Habforce* se reunió cerca de la estación de bombeo H-3, a unos 225 km al sureste de Palmira, mientras un regimiento llegaba a la estación de bombeo T-1, del oleoducto de Trípoli, en una maniobra diversiva para hacer creer al enemigo que el avance seguiría aguas arriba del Éufrates.

Los generales Wavell y Auchinleck se habían puesto de acuerdo respecto al plan de la tercera fase, según el cual las otras dos brigadas destacadas de la División 10 hindú, bajo el mando del general Slim, debían conquistar Deir el-Zor y desde allí dirigirse a Aleppo; entre tanto, un segundo grupo expugnaría los fuertes defendidos por el Ejército de Vichy en la frontera entre Siria y Turquía.

El 21 de junio la *Habforce* comenzó avanzar, siendo su objetivo la conquista de Palmira. El grueso de la Brigada de caballería 4, del general Kingstone, abandonó la estación de bombeo H-3 y su columna motorizada cruzó la frontera siria al amanecer. A poco menos de unos 40 km de Palmira, los invasores fueron atacados por bombarderos y cazas franceses. El general Clark informó inmediatamente de la situación a Jerusalén, pidiendo el envío de una cobertura aérea; pero nada recibió, y como los violentos ataques persistieron, sobre todo los días 23 y 24 de junio, y además se produjeron averías en dos vehículos, se encontró escaso de víveres.

Para empeorar la situación de la *Habforce*, cerca de la estación T-3 se encontraba Fawzi al Qawukji, con su contingente de guerrilleros reforzado por autoametralladoras de Vichy. Su intención era tender una emboscada a la columna de abastecimiento. Qawukji, fiel a su vieja táctica palestina de asestar golpes a los ingleses en todos los momentos y en todos los puntos en que eran vulnerables, estaba llevando a cabo acciones de hostigamiento muy eficaces. El 24 de junio, un escuadrón del Regimiento *Warwickshire* llevaba a cabo una misión de vigilancia en la estación T-3 cuando seis autoametralladoras, una de las cuales había enarbolado la bandera blanca, se aproximaron a las tropas británicas; los hombres de la *Yeomanry* saltaron fuera de sus refugios y entonces los autoametralladoras abrieron fuego y mataron a muchos de ellos; otros fueron capturados. El mismo día y en el mismo lugar fue



El general Dentz, comandante en jefe de las fuerzas de Vichy: el Ejército de Vichy contaba con 35.000 soldados expertos y bien equipados, repartidos en 18 batallones de infantería y 20 escuadrones de caballería. *(Ullstein)*

Damasco cayó el 21 de junio de 1941, después de dos semanas de duros combates entre las fuerzas aliadas y las de Vichy: en vísperas de la rendición, el general Dentz, a requerimientos del general inglés Wilson ordenó evacuar la ciudad. *(Foto Magnum)*

DOS MESES DE ACONTECIMIENTOS BÉLICOS: abril y mayo de 1941

En los Balcanes

6 de abril: a las 5.15 horas los alemanes invaden Grecia y Yugoslavia. Ataque relámpago de los *Stukas* contra Belgrado.

9 de abril: los alemanes ocupan Salónica.

12 de abril: tropas alemanas entran en Belgrado.

17 de abril: capitulación del ejército yugoslavo.

18 de abril: suicidio del primer ministro griego Koryzis.

22 de abril: las tropas británicas y de la Commonwealth comienzan a retirarse de Grecia.

27 de abril: las tropas alemanas entran en Atenas.

30 de abril: los alemanes completan la ocupación de Grecia continental. Unos 21.000 soldados ingleses y de la Commonwealth caen prisioneros.

En el Egeo

2 de mayo: termina la evacuación del Cuerpo Expedicionario británico en Grecia. Se ponen a salvo 43.000 hombres.

5 de mayo: se nombra al general de división Freiberg comandante en jefe de las fuerzas aliadas en Creta.

20 de mayo: los alemanes invaden Creta en la mayor ofensiva efectuada por el Eje con tropas aerotransportadas. En el curso del primer ataque se lanzan en paracaídas unos 1500 hombres.

21 de mayo: las tropas alemanas siguen tomando tierra en Creta y conquistan el aeródromo de Máleme.

1 de junio: finaliza la evacuación de Creta de las tropas inglesas y de la Commonwealth. Quedan en la isla unos 5000 hombres.

En el Atlántico

18 de mayo: el acorazado *Bismarck* y el crucero pesado *Prinz Eugen* salen al mar del Norte.

24 de mayo: la *Royal Navy* se enfrenta con el *Bismarck* y el *Prinz Eugen* frente a las costas de Groenlandia. El *Hood* –el poderoso *Hood*– es hundido. Los buques alemanes escapan.

26 de mayo: la Aviación naval localiza la posición del *Bismarck*, y luego el *Ark Royal* y el *Sheffield* lo persiguen. El *Bismarck* es alcanzado por un torpedo de un avión del *Ark Royal* y sufre luego el ataque de destructores ingleses. Queda inmovilizado a unas 400 millas de Brest.

27 de mayo: el *King George V* y el *Rodney* atacan al *Bismarck*, que finalmente es hundido por los torpedos del *Dorsetshire*.

En el desierto libio

2 de abril: los ingleses se retiran de Mers el Brega.

4 de abril: los alemanes conquistan Bengasi.

7 de abril: Rommel conquista Derna. El general O'Connor cae prisionero.

9 de abril: Rommel se apodera de Bardia.

10 de abril: los australianos se encierran en Tobruk.

14 de abril: los defensores de Tobruk rechazan el ataque de Rommel.

25 de abril: Rommel cruza la frontera egipcia y ocupa el paso de Halfaya.

28 de abril: Rommel conquista Sollum.

15 de mayo: las tropas británicas reconquistan Sollum.

asaltada y capturada una columna británica de vehículos.

El general Kingstone, que había sufrido un colapso a causa de la tremenda tensión soportada durante los ataques aéreos en el transcurso del avance sobre Palmira, fue sustituido por el mayor Gooch. El 25 de junio la columna siguió atacando con obstinación y continúo avanzando penosamente. Pero las desdichas de la *Habforce* iban a acabar: nueve aviones *Tomahawk* de la RAAF hicieron su aparición y derribaron seis bombarderos franceses ante la vista esperanzada de las tropas británicas.

Mientras tanto, la valerosa Legión Árabe de Glubb Pachá, que realizaba correrías a lo largo y a lo ancho del desierto, ocupó Sab'Biyar, a 96 km de Palmira, sin encontrar resistencia. Esto permitió a la *Habforce* trasladar su base mucho más al Oeste y al Sur, desde la estación H-3, en Irak, a la H-4, en Transjordania. De este modo dispondría de una vía de abastecimientos mucho más cómoda y segura.

Entre las ruinas de la antigua ciudad romana de Palmira se continuó combatiendo casi cuerpo a cuerpo. La macizas columnas ofrecían un abrigo ideal para los francotiradores; pero los defensores del acantonamiento de Vichy no cejaban en su encarnizada resistencia, ni siquiera después de que el adversario hubo conquistado el «castillo». No obstante, el amanecer del 3 de julio marcó el fin de ia lucha: la guarnición, que la tarde del mismo día depuso las armas, estaba constituida por seis oficiales franceses, 87 hombres de la Legión Extranjera (casi todos rusos o alemanes), 48 aviadores adscritos a los servicios de tierra y 24 soldados de la compañía ligera del desierto.

Habían combatido con un encarnizamiento y un valor admirables, lo mismo que los 22 hombres de la Legión Extranjera que se rindieron el día siguiente después de haber defendido la estación T-3.

El día 6 de julio, la caballería *Household* salió de Palmira y se unió a los autoametralladoras británicas procedentes de Damasco, los cuales operaban junto con destacamentos de la Francia Libre. Al día siguiente ocuparon Furglos, en la carretera de Homs, y el 8 de julio la carretera Damasco-Palmira quedó de nuevo abierta al transporte. Todo estaba dispuesto ya para el avance que cortaría la carretera Damasco-Homs.

Mientras tanto, el general Slim, en el norte de Irak, luchaba con las dificultades inherentes al problema de trasladar sus tropas desde Mosul a Deir el-Zor.

La cuestión capital, como en todas las operaciones militares desarrolladas en grandes extensiones, era el transporte de los abastecimientos, que en la práctica significaba un transporte motorizado, pues la capacidad de la red ferroviaria era totalmente inadecuada para soportar las exigencias de una campaña militar.

El día 1 de julio la Brigada de infantería 21 hindú empezó a avanzar sobre Deir el-Zor, que además estaba amenazada por el Nordeste por la Brigada 20; la Brigada 17 hindú tenía el cometido de limpiar de enemigos el tramo sirio de la línea ferroviaria Irak-Turquía, en aquella zona que, por su forma, se denominaba *Bec du canard* (Pico del pato). La Brigada 21, al mando del general Weld, marchaba en dos columnas: la de mayor entidad, compuesta por los Batallones 2/IV y 2/X de fusileros, seguía el curso del Éufrates, mientras los lanceros y fusileros de la guardia de frontera avanzaban por el Oeste, a lo largo del oleoducto, para realizar luego una conversión al Norte a través del desierto.

Esta brigada lanzó el ataque principal contra Deir el-Zor la mañana del 3 de julio. Mientras la columna que había seguido el curso del río atacaba el objetivo frontalmente, el destacamento motorizado, que siguió el camino del desierto, cortó la carretera de Aleppo, sorprendiendo a la guarnición de Vichy.

Un avance rápido y audaz

La táctica audaz de Slim y de Weld, quienes no dudaron en emplear en el desierto un grupo completamente motorizado, tuvo una ventaja que justifica el riesgo corrido. El contingente del desierto llevó a cabo una amplia conversión hacia el Oeste y luego se lanzó, desde el Norte, sobre la retaguardia francesa en un ataque por sorpresa. Gracias a esta maniobra, las tropas británicas capturaron un abundante botín. Continuando el avance, las unidades de Slim ocuparon Raqqa y, desde este punto, enviaron una columna en vanguardia para que interceptase a las tropas de Vichy que se retiraban de Siria noroccidental. Fue esta una maniobra rápida y audaz que permitió cubrir velozmente los 320 km desde Deir el-Zor y rechazar al enemigo al otro lado del Éufrates, cerca de Jerablous.

Igualmente osado y dramático fue el avance de una pequeña unidad móvil, destacada de la Brigada 17, que había sido enviada a ocupar los fuertes *Beau Geste* a lo largo de la línea férrea, en la zona fronteriza entre Siria y Turquía. Con mucho valor y parte de *bluff*, y con una dosis todavía mayor de destreza, dos compañías del regimiento de guardias de frontera, que sólo disponían de unos pocos camiones y autoametralladoras, conquistaron el fuerte de Tel Kotchek, haciendo prisioneros a tres oficiales y 130 hombres de las tropas especiales. Luego fueron también conquistados Tel Aolo, El-Qameshliye y Hasseche. Toda la zona del «Pico del Pato» estaba ya en manos británicas. Sin embargo, en Ras el-Ain el avance tuvo que detenerse porque la columna de abastecimientos, con las municiones, carburante y víveres, no podía seguir adelante.

Más al Oeste, las unidades aliadas fueron notablemente reforzadas, y destacamentos australianos, ingleses, gaullistas e hindúes avanzaban por el Norte, a lo largo de la faja costera, en dirección a Aleppo. Los buques de guerra ingleses les seguían constantemente, protegiendo su flanco.

Vichy había tenido la intención de mantener un cuadrilátero entre Trípoli, Homs, Damasco, Merj'Ayun y Sidón; pero esta línea defensiva estaba ya gravemente quebrantada y el fin se iba acercando por momentos. La caída de Damur, que los australianos ocuparon el 9 de julio, determinó también la de Beirut y constituyó una seria amenaza para la posición de la Francia de Vichy en Líbano. Homs estaba amenazada por los destacamentos que habían ocupado Palmira, y la línea ferroviaria de Baalbed, al sur de Homs, quedó cortada el día 10 de julio. Las líneas de comunicación con Yébel Druso estaban asimismo interrumpidas. El general Dentz, que había realizado los primeros sondeos de paz tras la caída de Damasco, pidió condiciones para la rendición.

Las hostilidades cesaron oficialmente el 11 de julio, excepto para Fawzi al Qawukji, quien continuó su campaña personal contra los ingleses. La convención de Acre la firmaron delegados de ambas partes el día 14 de julio, fecha significativa para los franceses.

Los vencedores impusieron condiciones generosas a los franceses derrotados, quienes obtuvieron el honor de las armas, se les permitió conservar las personales y quedaron en libertad para escoger entre la repatriación y la adhesión a la causa de la Francia Libre, cosa que muy pocos hicieron. Todo el material bélico, las instalaciones y los servicios públicos –barcos, aviones, puertos, teléfonos, etc.– serían entregados a los Aliados en perfectas condiciones. Las escuelas y los institutos culturales continuarían funcionando como antes; asimismo los funcionarios civiles seguirían desarrollando con toda normalidad su cometido.

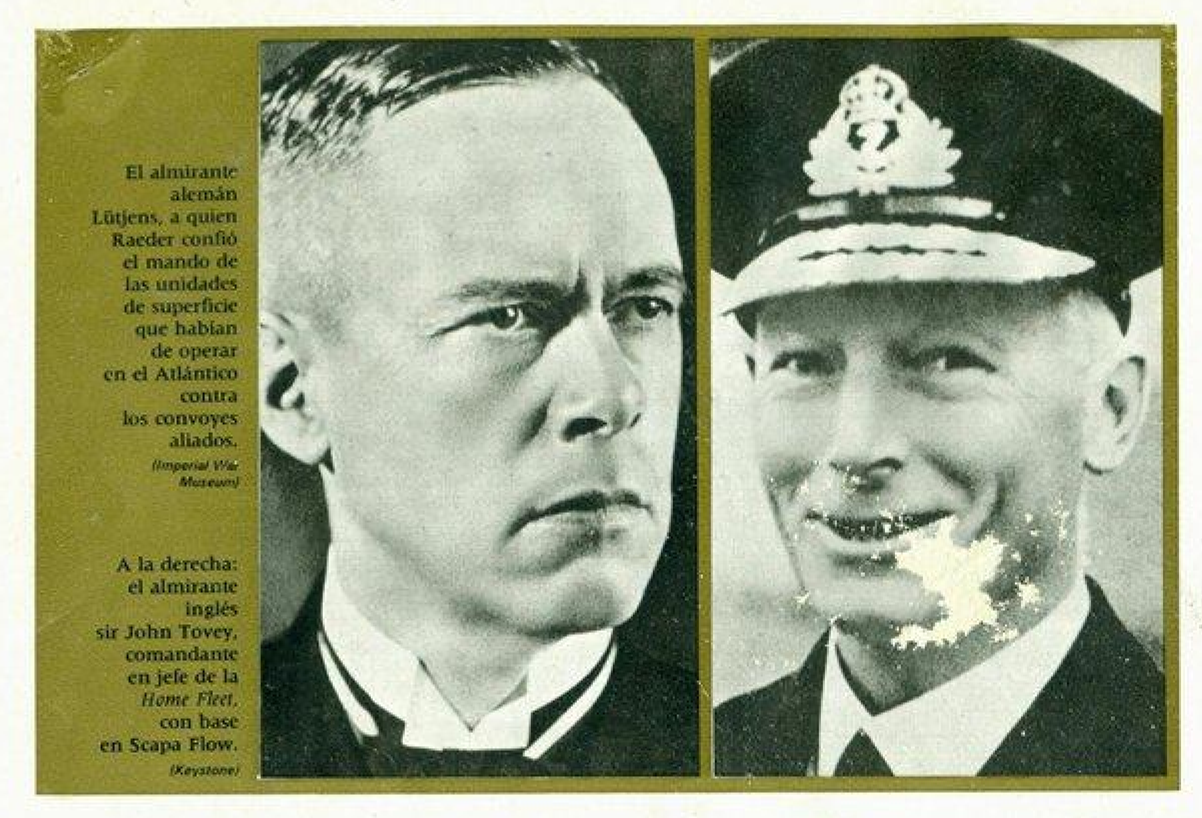
Tras la firma de la convención de Acre, la Francia Libre, con la ayuda militar de los ingleses, australianos e hindúes, acababa de ser reconocida políticamente y ya podía hacerse cargo de la administración de Siria y de Líbano.



A LA CAZA DEL "BISMARCK"

Peter Kemp, capitán de corbeta

Cuando la batalla de Creta llegaba a su fin y los alemanes ya estaban seguros de su victoria, la Marina de Guerra germánica empezó a lanzar sus ataques contra las rutas atlánticas de los convoyes británicos. El "Bismarck", entonces el más potente y moderno acorazado del mundo, salió, sin ser observado, del mar Báltico, acompañado por el crucero pesado "Prinz Eugen", con objeto de atacar los convoyes aliados. En su primera acción, el "Bismarck" hundió al navío que constituía el orgullo de la Marina de Guerra inglesa, el poderoso "Hood". Con ello se inició una de las mayores epopeyas de la guerra naval, que terminó con el hundimiento del "Bismarck".



El almirante alemán Lütjens, a quien Raeder confió el mando de las unidades de superficie que habían de operar en el Atlántico contra los convoyes aliados. *(Imperial War Museum)*

A la derecha: el almirante inglés sir John Tovey, comandante en jefe de la *Home Fleet*, con base en Scapa Flow. *(Keystone)*

Tras los planes alemanes, que en mayo de 1941 culminaron con la espectacular salida del *Bismarck* al Atlántico, se adivinó fácilmente la figura del gran almirante Raeder. De todos los jefes militares alemanes –de la Marina, del Ejército y de la Aviación– era sin duda el estratega más brillante. Era un experto en el empleo de cruceros, y había escrito el volumen de la Historia oficial de la Marina alemana, dedicada a la actividad de dichos buques durante la primera Guerra Mundial. El Almirantazgo británico estaba al corriente de todo ello; por eso, en cuanto supo que el *Bismarck* había completado su período de pruebas, no dudó ni un momento de que Raeder encontraría la mejor manera de utilizarlo. Y, dada la situación, ¿en qué sector podía hacerlo que no fuera el Atlántico? Durante los meses de abril y mayo de 1941 el Almirantazgo fue siguiendo los movimientos del navío a través de las indicaciones que los servicios de reconocimiento fotográfico transmitían diariamente, y asimismo con los datos enviados por los agentes de información.

Pero las intenciones de Raeder iban mucho más lejos de lo que el Almirantazgo británico podía prever. El marino alemán elaboraba sus planes basándose en sólidas experiencias: en efecto, durante el curso de la guerra, los acorazados de bolsillo *Admiral Scheer*, *Lützow* y *Graf Spee*, los cruceros de batalla *Scharnhorst* y *Gneisenau* y el crucero *Hipper*, habían llegado muy lejos en sus correrías. La Marina inglesa sabía, por experiencia directa, lo difícil que resultaba localizar a las unidades alemanas y obligarlas a presentar batalla. Pero eso también lo sabía Raeder. . .

La mayor dificultad con la que tropezaban estos buques corsarios era la organización de los mercantes aliados en convoyes. Atacar un convoy escoltado significaba buscarse conflictos; y ningún navío corsario, operando en zonas tan alejadas de sus bases, podía correr ese riesgo. Además, muchos de los convoyes que cruzaban el Atlántico navegaban escoltados por un acorazado o por cruceros y, ni siquiera operando conjuntamente, el *Scharnhorst* y el *Gneisenau* podían intentar el ataque a un convoy tan bien defendido. En el curso de las operaciones que se desarrollaban en pleno Atlántico, con la posibilidad de sufrir daños y averías en una zona tan alejada de los propios arsenales, una conducta prudente no sólo significaba la mayor expresión de responsabilidad sino también un verdadero sentido de la estrategia.

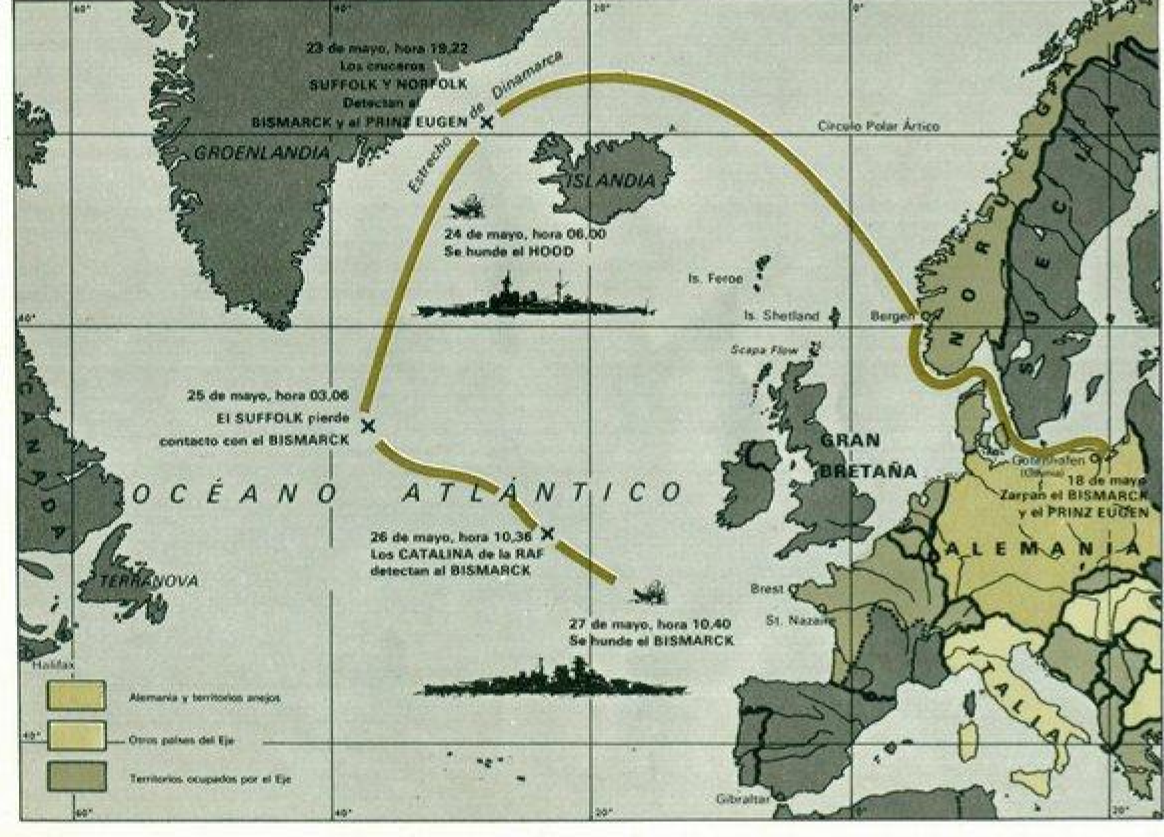
Cuando el *Bismarck* estuvo dispuesto para entrar en acción, Raeder decidió resolver el problema del ataque a esos buques que navegaban agrupados y protegidos. De haber podido concentrar en el Atlántico una poderosa formación naval, habría estado en condiciones de entablar batalla incluso contra los convoyes más fuertemente escoltados. En el Báltico tenía al *Bismarck* y al *Prinz Eugen*; en Brest estaban el *Scharnhorst* y el *Gneisenau*. Si todas estas unidades salían simultáneamente de Brest y del Báltico para reunirse en el Atlántico, dispondría de la formación naval que necesitaba; tal formación, contaba con el apoyo de cinco buques-cisterna, otros dos buques de apoyo para el aprovisionamiento y dos unidades de exploración. Raeder dio a la operación el nombre convencional de *Rheinübung* (Operación «Rhin»), que debería iniciarse en la segunda quincena de abril, cuando la luna nueva, con sus noches de total oscuridad, favoreciera la salida de las unidades alemanas.

Pero en abril el destino se puso en contra del plan de Raeder. A primeros de mes se informó que los trabajos de reparación y de readaptación de las máquinas del *Scharnhorst* precisaban mucho más tiempo del que, en un principio, se había previsto y que la unidad no estaría lista en la fecha deseada. Poco después, el 6 de abril, en el puerto de Brest, el *Gneisenau* fue alcanzado por una bomba de un avión inglés, resultando gravemente averiado. Cuatro días más tarde era alcanzado de nuevo en el curso de una incursión nocturna sobre el puerto. Por último, uno o dos días antes de la fecha establecida para la operación, el *Prinz Eugen* resultó ligeramente averiado por una mina magnética en el Báltico. La operación, por lo tanto, debía aplazarse.

El almirante Lütjens, a quien Raeder había confiado el mando de la formación indicó que quizá sería oportuno abandonar el plan, o, por lo menos, no llevarlo a la práctica hasta que las unidades de Brest se hallaran en disposición de tomar parte en el mismo. Pero Raeder no tuvo en cuenta esta oposición. Para él los días eran preciosos. Sabía que Hitler pensaba atacar a Rusia en junio, y comprendía que, una vez iniciada aquella ofensiva, no se daría prioridad a ninguna operación naval en gran escala. Por lo tanto, decidió que la *Rheinübung* se iniciara apenas estuvieran dispuestas las otras dos unidades del Báltico y logró convencer a Hitler para que se trasladase a Gdynia y dirigiera un saludo a los tripulantes de ambos navíos la víspera de su partida.

El 18 de mayo, al caer la noche, el *Bismarck* y el *Prinz Eugen* se hicieron a la mar. Las dos unidades pasaron los Belts durante la noche y al amanecer del día 20 ya habían remontado buena parte del Skagerrak. Allí tuvieron el primer contratiempo. El crucero sueco *Gotland*, que estaba efectuando ejercicios a lo largo de la costa, los avistó; inmediatamente el almirante Lütjens tuvo la certeza de que la noticia llegaría a Inglaterra en brevísimo tiempo.

En efecto, la noticia llegó a Londres aquel mismo día, enviada por el agregado naval británico en Suecia. Fue la primera información acerca de que el *Bismarck* salía a alta mar, aunque desde mucho tiempo antes el Almirantazgo inglés sospechaba que Raeder lo emplearía en esa forma en



Ruta seguida por el *Bismarck* y el *Prinz Eugen* a partir del 18 de mayo, día de su salida de Gdynia, hasta el 27 de mayo de 1941, fecha del hundimiento del acorazado alemán. En el mapa se señala la zona en que fue hundido el *Hood*, y se indican también los lugares en que el *Bismarck* fue avistado.



El *Fairey Swordfish*, el más antiguo de los aparatos que figuraban en la Aviación naval inglesa, desempeñó un papel fundamental en la caza del *Bismarck*.
Tripulación: dos o tres hombres.
Autonomía normal: 1240 km
Armamento: un torpedo de 730 kg o bien: una mina de 680 kg,u ocho bombas de 50 kg,u ocho cohetes; dos ametralladoras de 7,7 mm
Velocidad máxima: 250 km/h

cuanto el navío hubiera alcanzado su plena capacidad operativa.

El «Bismarck» y el «Prinz Eugen» salen a alta mar

Las dos unidades remontaron la costa noruega y a las 9 del 21 de mayo fondearon en el Kross Fjord, donde el *Prinz Eugen* repostó; el *Bismarck* llevaba suficiente combustible. Una vez pintados los cascos de los buques, mimetizándolos, ambos navíos salieron furtivamente del fiordo, al oscurecer, dirigiéndose hacia el Norte. Poco después, pudieron observar las llamaradas y resplandores provocados por un bombardeo aéreo sobre el puerto. Esto hizo creer a Lütjens que había logrado esquivar a los ingleses, a lo que seguramente también contribuiría el hecho de que los partes meteorológicos habían anunciado que, durante los dos días sucesivos la costa noruega estaría cubierta de niebla y de densas formaciones nubosas.

En Gran Bretaña, la información enviada por el agregado naval en Estocolmo suscitó una febril actividad. En el transcurso de la mañana del día 21, los aviones ingleses llevaron a cabo constantes vuelos de reconocimiento a lo largo del litoral noruego. El piloto de uno de los aviones, que operaba en la zona de Bergen, informó que había visto dos cruceros del tipo *Hipper*; pero cuando fueron reveladas y examinadas las fotografías que había tomado, se vio claramente que se trataba del *Bismarck* y del *Prinz Eugen*. La información fue transmitida en seguida a la Escuadra.

El almirante sir John Tovey, comandante en jefe de la *Home Fleet*, se encontraba en *Scapa Flow* y su insignia ondeaba en el mástil del acorazado *King George V*. También se encontraba allí el acorazado *Prince of Wales*, el crucero de batalla *Hood*, el portaaviones *Victorious* y la segunda división de cruceros, formada por cuatro cruceros y nueve destructores. El *Victorious*, que había recibido la orden de escoltar un convoy de tropas que se dirigía a Oriente Medio, transportaba 48 *Hurricane* desmontados, con destino a Egipto, y como no le quedaba espacio suficiente para su habitual dotación de aviones, sólo llevaba a bordo nueve *Swordfish* y seis *Fulmar*.

En alta mar se encontraban los cruceros *Norfolk* (contraalmirante Wake-Walter) y *Suffolk*, en servicio de patrulla por el estrecho de Dinamarca, y los cruceros *Manchester* y *Birmingham*, que tenían la misión de vigilar la zona situada entre Islandia y las islas Feroe. Otras unidades de la *Home Fleet*, entre las que figuraba el acorazado *Rodney*, se hallaban en el Atlántico sirviendo de escolta a los convoyes.

En cuanto llegó la noticia de que el *Bismarck* se encontraba en Bergen, el comandante en jefe ordenó al almirante Holland que zarpara con el *Hood* y el *Prince of Wales*, escoltados por seis destructores, para proteger y ayudar al *Norfolk* y al *Suffolk* en el estrecho de Dinamarca. Aquellas unidades dejaron Scapa Flow a las 0,52 horas del día 22 de mayo, y el resto de la Escuadra fondeada en la base recibió orden de estar dispuesta para zarpar. El Almirantazgo anuló las órdenes dadas con anterioridad al *Victorious* y al crucero de batalla *Repulse*, poniendo ambas unidades a disposición del comandante en jefe.

El 22 de mayo fue un día excepcional en los movimientos de la *Home Fleet*. Desde luego, era indispensable una misión de reconocimiento en los fiordos de Bergen, a fin de que el comandante en jefe tuviera la seguridad de que las unidades alemanas habían zarpado. Pero en el mar del Norte había densas formaciones nubosas que descendían hasta 60 metros sobre el nivel del mar, y asimismo la costa noruega se hallaba envuelta en la niebla. Todos los intentos de reconocimiento fallaron. En vista de ello, y por propia iniciativa, el capitán de navío Fancourt, de la estación aérea de la Marina de Guerra británica de Hatson, en las islas Orcadas, envió un aparato para ver si se podía descubrir algo; como observador llevaba a bordo al capitán de fragata Rotherham, uno de los más expertos de la Marina británica. Volando a veces a pocos metros de la cresta de las olas, logró alcanzar los fiordos de Bergen y, pese al nutrido fuego de la artillería antiaérea enemiga, llevó a cabo un cuidadoso reconocimiento. Cuando el avión invirtió la ruta para regresar a su base, sus tripulantes tenían la certeza de que las unidades alemanas habían zar-

El crucero británico *Suffolk*, que, junto con el *Norfolk*, se encontraba patrullando en el estrecho de Dinamarca, avistó al *Bismarck* al largo de las costas islandesas el día 23 de mayo de 1941. Abajo: el crucero *Norfolk* en acción. Recibida del *Suffolk* la señal de haber avistado al *Bismarck* se aproximó para entrar en contacto con el navío alemán. Pero el *Bismarck* abrió fuego y le obligó a alejarse. (Associated Press)

pado. La noticia llegó al comandante en jefe a las 20 horas de aquella misma noche.

Por su parte, en esta misma fase, el almirante alemán Lütjens no fue tan afortunado. Un reconocimiento aéreo alemán, efectuado el 20 de mayo sobre Scapa Flow, reveló claramente que el *King George V*, el *Prince of Wales*, el *Hood*, el *Victorious* y seis cruceros se encontraban fondeados en la base. Pero el día 21 las condiciones atmosféricas empeoraron de tal forma que no permitieron ningún vuelo de reconocimiento. El día 22, las condiciones de visibilidad tampoco permitían sacar fotografías; no obstante, un piloto alemán logró, sobrevolando la rada, efectuar un reconocimiento visual, y comunicó que los cuatro grandes navíos todavía se encontraban allí. Pero se equivocó en su apreciación, pues en aquel momento el *Hood* y el *Prince of Wales* ya estaban navegando. Esta errónea información fue transmitida al almirante Lütjens, lo que confirmó su convicción de haber logrado alejarse sin ser advertido. Dicha información, más las previsiones de sus oficiales meteorólogos, según las cuales en el estrecho de Dinamarca habría niebla, le hizo creer que la ruta del Atlántico estaba libre. En consecuencia, decidió mantener su rumbo en lugar de dirigirse hacia el Norte, donde hubiera podido permanecer apartado hasta que la alarma desapareciera.

Entre tanto, el comandante en jefe inglés, dejando Scapa Flow, también se había hecho a la mar. En cuanto recibió el comunicado de la salida del *Bismarck* y del *Prinz Eugen* empezó a sentir serios temores por la seguridad de los convoyes que atravesaban el océano. El más importante era el de tropas, que debía haber sido escoltado por el *Repulse*, el *Victorious* y la cuarta flotilla de destructores. El *Repulse* y el *Victorious* ya habían sido puestos a disposición del almirante Tovey, y el portaaviones zarpó con él de Scapa Flow, a las 22,45 horas del 22 de mayo. El *Repulse*, por su parte, tras haber escoltado al citado convoy sólo hasta salir del Clyde, lo abandonó para reunirse a su vez con el comandante en jefe en el transcurso de la madrugada del día 23.

El «Bismarck» avistado

Al mediodía del 23 de mayo, el *Bismarck* y el *Prinz Eugen* entraron en el estrecho de Dinamarca. Las condiciones atmosféricas no eran tan favorables como Lütjens esperaba, ya que en lugar de la niebla prevista sólo había algunos bancos, que dejaban amplias zonas descubiertas. Por otra parte, el cinturón de hielo de Groenlandia, que se extendía hasta casi unas 80 millas de la costa islandesa, y los campos de minas establecidos por los ingleses al largo de la costa noroccidental de Islandia –cuya existencia era perfectamente conocida por el Ministerio de Marina alemán–, obligaron a los dos navíos germanos a salir a mar abierto, precisamente en el centro del estrecho, donde la atmósfera se encontraba insólitamente límpida. Y era precisamente en aquella zona donde el crucero inglés *Suffolk*, la tarde del día 23 de mayo, estaba en misión de patrulla.

Al caer la noche, el *Bismarck* y el *Prinz Eugen* se acercaron al límite invernal de la banquisa, siguiendo la ruta más breve para alcanzar el Atlántico. A las 19,22, a una distancia de siete millas, los dos buques fueron avistados por el *Suffolk*, que transmitió inmediatamente la noticia, y se dirigió hacia el Sudeste. La señal de avistamiento fue recogida por el *Norfolk*, que se acercó para tomar contacto con el enemigo, y una hora más tarde también ese buque avistó los navíos alemanes a una distancia de seis millas. El *Bismarck* se aproximó para abrir fuego y disparó cinco salvas contra el *Norfolk*. Todas erraron el blanco, y entonces el crucero inglés se alejó para ponerse fuera del alcance de los cañones del acorazado alemán.

Este episodio constituyó para el almirante Lütjens la primera prueba de que sus unidades habían sido descubiertas. Y no habiéndose percatado al principio de la presencia del *Suffolk*, en el curso del anterior contacto, tampoco cayó en la cuenta por el momento de que tenía que habérselas con dos cruceros. No obstante, lo comprendió poco después, cuando descubrió que ambos navíos británicos estaban transmitiendo que seguían su pista.

La primera señal transmitida por el *Suffolk* fue recibida por el almirante Holland a bordo del *Hood*, y la posición que señaló el crucero daba a entender que el enemigo se hallaba a unas 300 millas de distancia. Aumentando la velocidad a 27 nudos, el almirante Holland avanzó sobre una ruta convergente, que lo llevaría, en las primeras horas de la siguiente mañana, a la altura de la desembocadura meridional del estrecho de Dinamarca. Juzgaba que a aquella velocidad podría interceptar al enemigo alrededor de las seis. El comandante en jefe, con el *King George V* y el *Victorious*, no captó la señal lanzada por el *Suffolk*; pero una hora después sí captó la del *Norfolk*. Entonces, las indicaciones señalaban que el enemigo se hallaba a 600 millas de distancia. También él aumentó la velocidad a 27 nudos y dispuso sus buques en una ruta convergente; pero aún se encontraba demasiado lejos para poder prever su encuentro con los alemanes para la mañana inmediata.

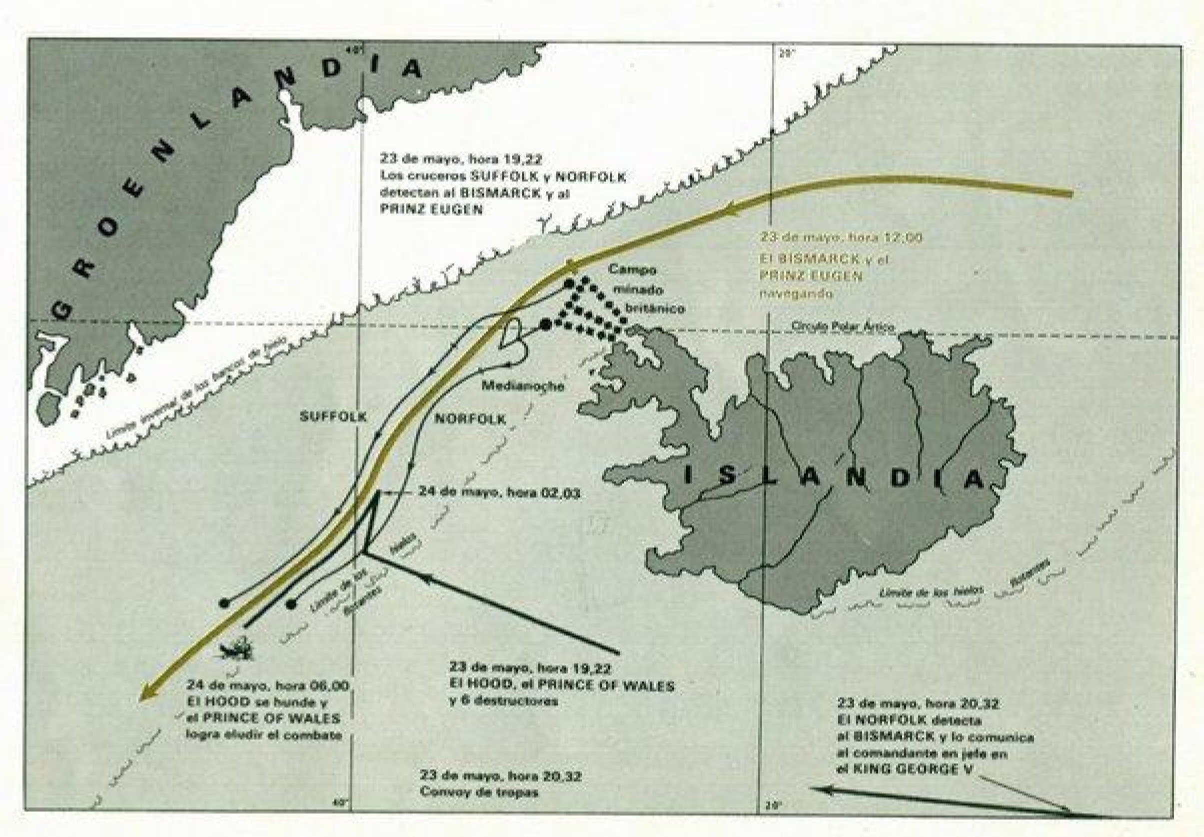
Cuando la señal del *Suffolk* llegó al Almirantazgo inglés, el primer pensamiento fue para la seguridad de los convoyes en navegación, y en especial para el de tropas, que en el aquel momento se encontraba al oeste de Islandia. Naturalmente, el *Repulse* y el *Victorious* habrían debido escoltarlo; pero, como ya se ha dicho, fueron puestos a disposición del almirante Tovey. Para protegerlo, el Almirantazgo designó a la Fuerza H, del almirante Somerville, con base en Gibraltar, a la que se dio orden de zarpar y dirigirse a su encuentro. Menos de una hora después de haber recibido el mensaje, el *Renown*, el *Ark Royal* y el *Sheffield* (buques de la citada Fuerza H) zarpaban del puerto de Gibraltar. Llevaban con ellos el destino del Bismarck.

El hecho de haber sido descubierto y de ser seguido, no preocupó de momento al almirante Lütjens. Dadas las condiciones atmosféricas, confiaba en poder librarse de los dos cruceros, desorientándolos con bruscos cambios de velocidad. Pero cuando se dio cuenta de que este sistema no daba resultado, acusó el primer golpe adverso. En Alemania se creía que la Escuadra inglesa no estaba dotada de eficientes instalaciones de radar de largo alcance; no obstante, a juzgar por las señales transmitidas por el *Suffolk*, que daban cuenta del menor cambio de ruta y velocidad del *Bismarck*, resultaba evidente que, por lo menos el citado crucero, contaba con tales instalaciones.

Esta circunstancia confería un nuevo aspecto a la *Rheinübung*, y probablemente el almirante Lütjens se preguntó si, dadas las circunstancias, no sería oportuno regresar a Alemania. Sin embargo, decidió continuar.

Lütjens ordenó entonces al comandante del crucero *Prinz Eugen*, capitán de navío Brinckmann, que se situara delante del *Bismarck*, con el fin de evitar posibles daños al acorazado si alguno de los dos cruceros ingleses abría fuego contra la formación alemana. Mientras el *Prinz Eugen* maniobraba para situarse en la nueva posición, faltó muy poco para que ambos navíos entraran en colisión; en efecto al pasar el *Prinz Eugen* por el costado de babor, el timón del *Bismarck* se atascó, dirigiendo el navío hacia el crucero. Afortunadamente se pudo evitar el choque. A continuación, ambos buques viraron para aproximarse lo más posible al cinturón de hielo, a fin de impedir que los dos cruceros ingleses pudieran seguirles manteniéndose uno a la derecha y otro a la izquierda. El *Prinz Eugen* llegó a acercarse tanto a la costa que una de sus hélices chocó con el hielo sumergido.

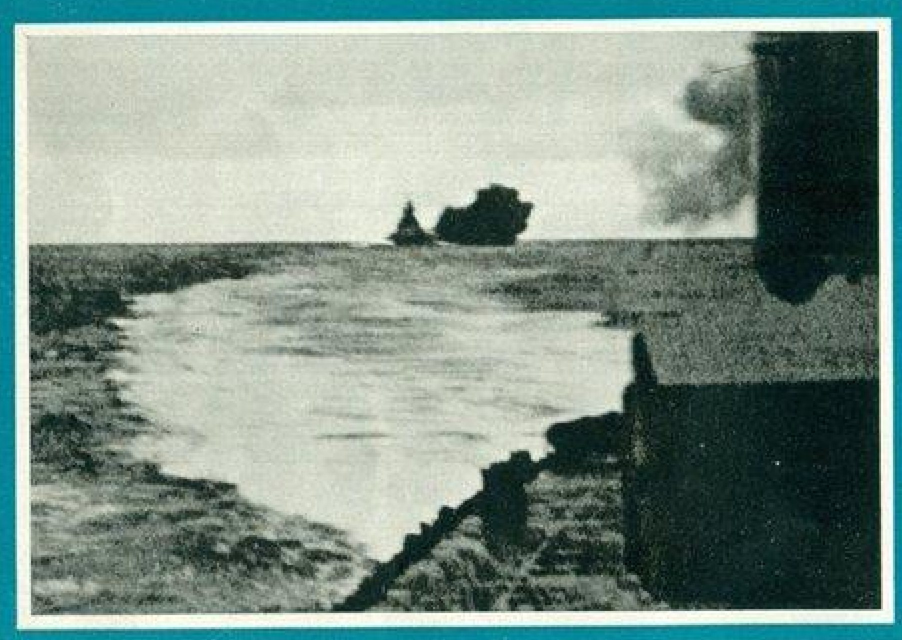
Durante toda la noche, el vicealmirante Holland continuó recibiendo, a bordo del *Hood*, las señales emitidas por el *Suffolk*. A medianoche la distancia se había reducido a 120 millas y pareció posible poder interceptar al enemigo en el plazo de dos horas. Pero fue precisamente en ese momento cuando el *Norfolk* y el *Suffolk* perdieron temporalmente contacto con el *Bismarck* y, por lo tanto, se interrumpió la transmisión de señales sobre la posición del navío alemán. A las 2,30 del 24 de mayo, en vista de que no llegaban más noticias respecto a la posición del enemigo, Holland decidió virar hacia babor, dirigiéndose hacia el Sudoeste, a fin de no correr el riesgo, dada la oscuridad



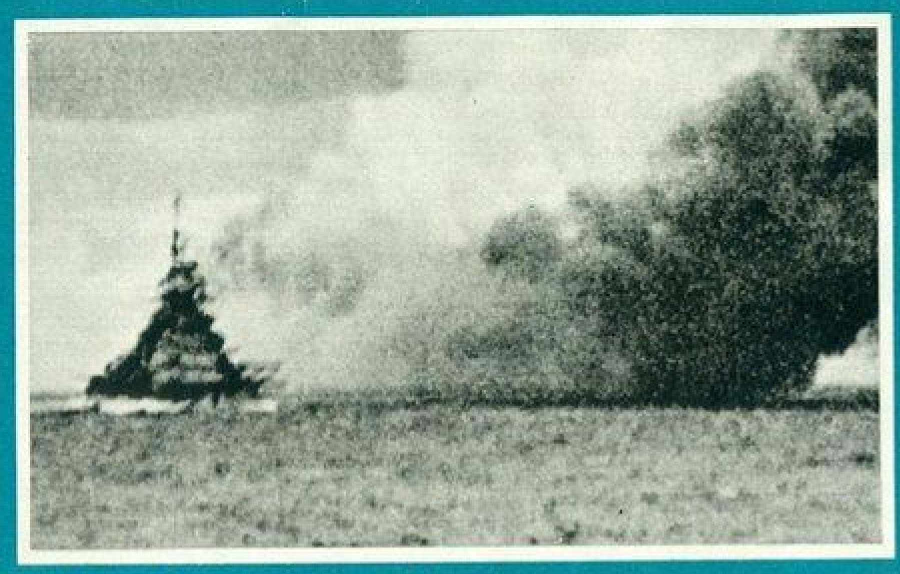
La ruta seguida por el *Bismarck* y el *Prinz Eugen*, a través del estrecho de Dinamarca, donde tuvo lugar el primer encuentro con la Escuadra inglesa.

Las mortíferas salvas del "Bismarck"

Esta secuencia fue tomada desde el *Prinz Eugen* durante la batalla librada en el estrecho de Dinamarca. En pocos minutos el *Hood* fue alcanzado y hundido; el *Prince of Wales,* averiado, tuvo que abandonar la lucha. También el *Bismarck* sufrió daños, pero de escasa consideración.



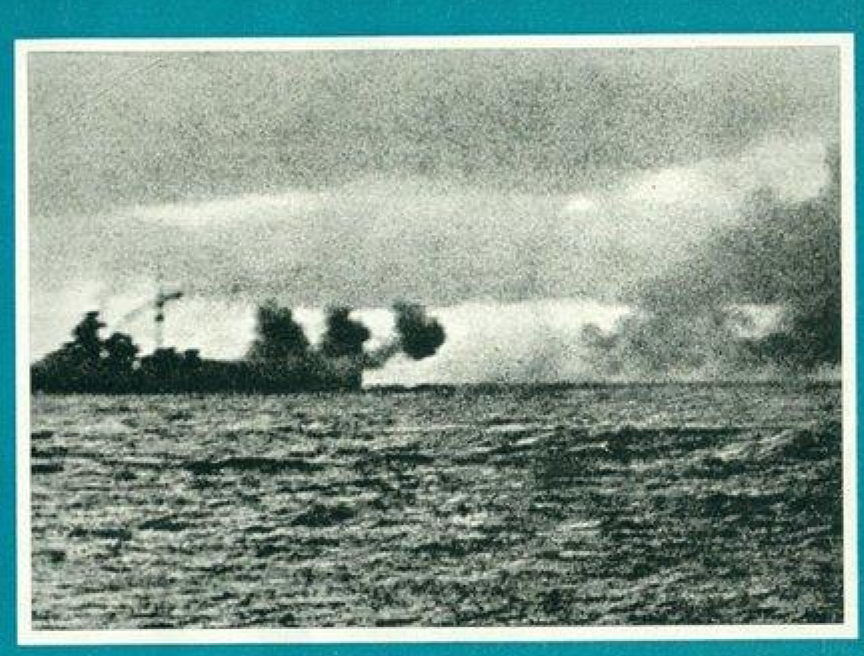
1. El *Bismarck* y el *Prinz Eugen* concentran su fuego sobre el *Hood.*



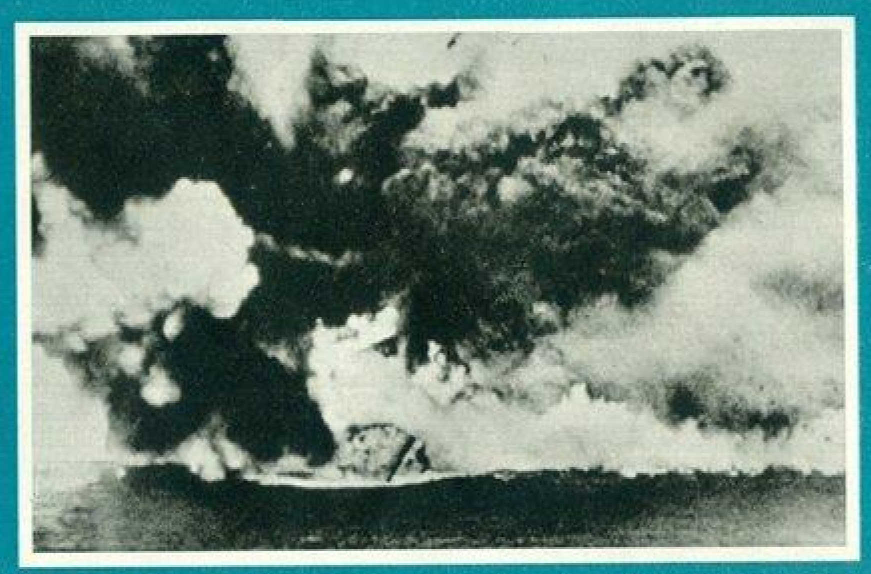
2. El *Bismarck* dispara una salva contra el *Hood.*



3. Una salva del *Prince of Wales* cae cerca del *Prinz Eugen.*



4. Un proyectil de 381 mm, disparado por el *Hood,* estalla muy cerca del *Bismarck.*



5. El *Hood* salta por los aires, alcanzado por la quinta salva del *Bismarck.*



6. Salvas dirigidas contra el *Hood,* mientras el *Prince of Wales* se aleja.

reinante, de pasar por la popa a los navíos alemanes sin verlos. Al mismo tiempo, ordenó a sus destructores que prosiguieran la navegación hacia el Noroeste en formación de exploración.

A las 2,47 horas el *Suffolk* volvió a tomar contacto con el *Bismarck*. A las 4, el navío alemán siguió una ruta que le llevaría a 20 millas al noroeste del *Hood*, y, continuando ambos en los mismos rumbos, se encontrarían aproximadamente alrededor de las 5,30; precisamente al despuntar el nuevo día.

El almirante Lütjens no ignoraba que en los alrededores, además de los dos cruceros, se encontraban otras unidades inglesas. Los radiorreceptores del *Bismarck* habían captado señales transmitidas entre el *Hood* y los dos cruceros que perseguían al acorazado alemán, y aunque no fue posible descifrarlas, por lo menos revelaban la posibilidad de que, con las primeras luces del día, los dos buques alemanes se encontraran empeñados en un combate. Lütjens desde luego, ya estaba prevenido para esta eventualidad.

Soplaba un fuerte viento del Norte y el mar estaba algo movido. El *Hood* y el *Prince of Wales*, que habían enarbolado su bandera de combate poco después de la medianoche, a las 5 de la madrugada se encontraban ya en posición de batalla. A las 5,30, tras un alba gris, aparecieron las primeras luces del día, y cinco minutos después los vigías de las dos unidades inglesas localizaron en el horizonte, en dirección Noroeste, las siluetas de dos navíos. Se trataba del *Bismarck* y del *Prinz Eugen*, este último en vanguardia. La distancia era entonces de 17 millas.

El fin del «Hood»

El almirante Holland dirigió sus unidades hacia el enemigo para reducir esa distancia; diez minutos después, era sólo de 12 millas. El *Hood* abrió fuego a las 5,52 y viró dos grados a estribor para permitir el tiro al *Prince of Wales*; entonces también este buque abrió el fuego. Dos minutos más tarde, el *Bismarck* y el *Prinz Eugen* respondieron, concentrando sus disparos sobre el *Bismarck*.

En la cubierta superior, el *Hood* llevaba cierta cantidad de nuevas municiones antiaéreas. Como en los pañoles no había espacio suficiente, esta munición fue colocada en cajones, lo cual permitía tenerla a mano; pero, en cambio, quedaba expuesta al fuego de los cañones enemigos. La segunda salva del *Prinz Eugen* alcanzó al *Hood*, y una granada hizo explosión en la citada cubierta superior, incendiando las mencionadas municiones. El fuego se extendió rápidamente, de modo que poco después la parte central del buque fue presa de las llamas, quedando envuelta en una densa nube de humo. Desde el *Prince of Wales*, la visión era impresionante; pero, en realidad, el incendio no presuponía ningún peligro inmediato para el gran crucero de batalla inglés.

Sin embargo, ocho minutos después de haberse iniciado el combate, el *Hood* fue alcanzado nuevamente por la quinta salva disparada por el *Bismarck*. En ese momento, la distancia era de unas 9 millas y media y, por lo tanto, los cañones de ambos contendientes tenían una sensible elevación, a la que correspondía un acusado ángulo de caída. El *Hood*, buque proyectado 25 años atrás, era ya, en ciertos aspectos, un navío anticuado, y carecía de una fuerte coraza horizontal que habría podido protegerle de los proyectiles que lo alcanzaran desde arriba. Así, pues, una de las granadas del *Bismarck* hundió la cubierta, alcanzó un pañol de municiones y lo hizo estallar. Una terrible explosión partió el buque en dos; la proa entera se levantó en el agua y luego empezó a hundirse. Una gran nube de humo cubrió toda la zona y, cuando se disipó, la superficie del mar apareció desierta. De una tripulación de 95 oficiales y 1324 marineros, solamente un guardiamarina y dos marineros pudieron ser salvados.

En cuanto el *Hood* se hundió, los dos navíos alemanes dirigieron su fuego sobre el *Prince of Wales*, el cual, para evitar un choque contra los restos del *Hood*, tuvo que virar hacia estribor, reduciendo la distancia a unas 9 millas. También ese buque fue alcanzado, tanto por el *Bismarck* como por el *Prinz Eugen*, y su puente sufrió sensibles daños. Se trataba de una unidad de reciente construcción que aún no había tenido oportunidad de operar con la plenitud de todos sus recursos; además, los mecanismos para el movimiento de las torres no funcionaban debidamente. En estas circunstancias, su comandante, el capitán de navío Leach, decidió abandonar la lucha y se retiró, protegiéndose tras una cortina de humo. El *Bismarck* no intentó perseguirlo. El *Prince of Wales* se reunió luego con el *Norfolk* y el *Suffolk*, y los tres se dispusieron a continuar siguiendo al *Bismarck* a distancia.

Pero tampoco el acorazado alemán salió indemne del combate. Había sido alcanzado por tres proyectiles: uno rozó el puente, sin provocar daños; otro había hecho explosión, exactamente, delante de la sala de calderas de babor, poniendo fuera de servicio una de las dínamos principales, y otro, por último, atravesó la proa, perforando los depósitos de combustible. La pérdida de nafta, era, en sí misma, insignificante: pero la circunstancia verdaderamente grave era que junto a estos depósitos había otros más importantes que contenían miles de toneladas de combustible almacenado. Y tales depósitos quedaron entonces bloqueados.

El capitán de navío Lindemann, comandante adjunto de Lütjens en el *Bismarck*, le aconsejó que suspendiera la operación y que regresaran a Alemania. Teniendo en cuenta todas las circunstancias, esta idea era sensata, puesto que no sólo el *Bismarck* había logrado ya un gran éxito, sino que, por otra parte, el efecto sorpresa ya no podía producirse. Además, era lógico albergar algunas dudas respecto a la eficiencia del navío, de reciente construcción, y, en especial, en cuanto a su velocidad y resistencia tras el impacto recibido en la proa. Lütjens, sin embargo, decidió lo contrario. Y jamás se sabrá por qué eligió la alternativa más peligrosa.

En las primeras horas de la tarde, Lütjens comunicó a sus superiores en Alemania su intención de enviar al *Prinz Eugen* al Atlántico para que actuara con autonomía; el *Bismarck*, entre tanto, cambió de rumbo y se dirigió hacia uno de los puertos del golfo de Vizcaya.

Al mismo tiempo, poniéndose en contacto con el comandante en jefe de los *U-Boot*, Lütjens organizó una formación de seis de estos buques al oeste de su posición, proponiéndose arrastrar así a sus perseguidores. Después de indicar a Brinckmann comandante del *Prinz Eugen*, su intención de alejarse y dispersar a sus perseguidores, le ordenó que siguiera, durante tres horas, el rumbo en que se mantenía en aquel momento, se dirigiera después hacia el Norte y alcanzara, para el aprovisionamiento, un buque-cisterna que se hallaba al sur de Groenlandia. Por último, debía dirigirse, solo, hacia el Atlántico y actuar allí como corsario contra los buques mercantes. El nombre convencional de esta operación sería «Hood».

Este plan no gustó en absoluto a Brinckmann. Pero antes de que pudiera transmitir el largo mensaje de protesta que había preparado, el *Bismarck* viró hacia estribor y desapareció en medio de un violento temporal. Abandonado a sí mismo, Brinckmann decidió desobedecer las órdenes. En vez de dirigirse hacia el Norte prosiguió su ruta hacia el Sur, aunque le constaba que el buque-cisterna más próximo en aquella dirección se encontraba en el límite extremo de su autonomía.

Si con esta maniobra Lütjens esperaba escapar a sus perseguidores, sufrió una decepción. En efecto, las unidades inglesas dejaron marchar al *Prinz Eugen*, pero se mantuvieron amenazadoramente pegadas a la estela del *Bismarck*, transmitiendo cada uno de sus movimientos al comandante en jefe de la *Home Fleet*, quien, en aquellos momentos, se hallaba a unas 200 millas de distancia hacia el Este.

En la formación del almirante Tovey y, junto al *King George V*, se hallaba el portaaviones *Victorious*, que, además de los aviones desmontados destinados a Oriente Medio, llevaba a bordo, como ya se ha dicho, nueve aparatos *Swordfish*. La tarde del 24 de mayo, el comandante en jefe destacó al portaaviones, con la segunda división de cruceros a una posición que distaba unas 100 millas del *Bismarck*, con la intención de lograr disminuir la velocidad del buque enemigo atacándolo con los aviones torpederos.

A las 22 horas de aquella misma noche, el *Victorious* alcanzó la posición que anteriormente se le había asignado, y diez minutos más tarde los *Swordfish* despegaron.

El escuadrón estaba mandado por el capitán de corbeta Eugene Esmonde, quien, tiempo después, se haría famoso en el curso de un ataque desencadenado contra los acorazados rápidos alemanes *Scharnhorst* y *Gneisenau*, cuando ambas unidades navegaban por el canal de la Mancha para alcanzar, desde Brest, los puertos de Alemania.

Volando a través de irregulares formaciones nubosas, el escuadrón logró avistar al *Bismarck* pocos minutos antes de medianoche; pero, de improviso, las nubes se cerraron y el navío alemán desapareció. Mientras los aparatos efectuaban un amplio giro para volver a situarse sobre la zona, entraron en contacto con el *Norfolk* y, con su ayuda, volvieron a localizar al enemigo. Cuando todavía volaban en medio de densas nubes, su radar reveló que debajo de ellos se encontraba un buque; inmediatamente se lanzaron en picado dispuestos a atacar, pero se encontraron sobre una unidad de defensa costera de los Estados Unidos. Sin embargo, este navío no estaba solo. Seis millas hacia el Sur navegaba el *Bismarck*, que abrió contra los aviones un nutrido fuego de barrera.

Era medianoche en punto. Pese al intenso fuego antiaéreo, los aviones atacaron: de los ocho torpedos (un *Swordfish* había perdido contacto entre las nubes) uno alcanzó al *Bismarck* en el centro mismo del navío. Finalizada la acción, todos los *Swordfish* regresaron al *Victorious* y aterrizaron felizmente; tan sólo dos *Fulmar*, que los habían acompañado para seguir al *Bismarck*, no regresaron. Los dos se vieron obligados a amarar en las agitadas aguas del Atlántico; pero sus tripulaciones, tras muchas horas de ansiedad en el frío de la noche, pudieron ser salvadas.

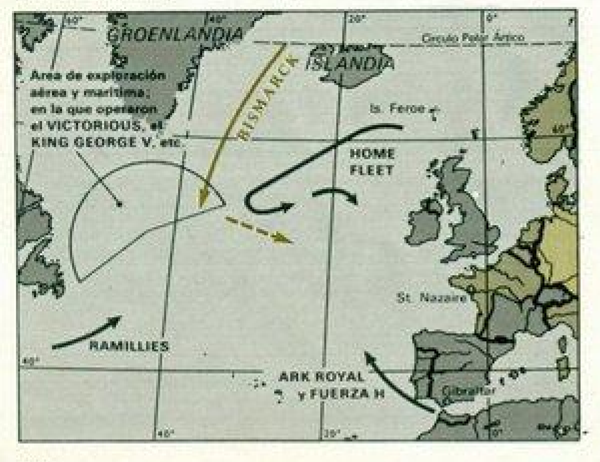
El torpedo que hizo blanco en el *Bismarck* no produjo ningún daño importante; pero, a lo que parece, tuvo el efecto de hacer perder a Lütjens gran parte de su sangre fría. A través del interfono habló a la tripulación y dijo que durante el ataque habían sido derribados 27 aviones, cuando, en realidad, ni uno solo fue tocado. Además, comunicó a Berlín que había preferido abandonar su plan de arrastrar a los perseguidores hacia los *U-Boot*, que consideraba imposible esquivar la persecución y que se dirigía hacia St.-Nazaire porque el combustible escaseaba. Así, pues, el *Bismarck* continuó su ruta hacia el Sur, esperando, favorecido por la oscuridad, poder romper el cerco de los cruceros que lo perseguían y cambiar de ruta, dirigiéndose al Sudeste, hacia Saint-Nazaire.

Los ingleses pierden el contacto

Entre tanto, el *Prince of Wales*, el *Norfolk* y el *Suffolk* continuaban la persecución del *Bismarck*, comunicando periódicamente al comandante en jefe la ruta y la velocidad del acorazado alemán. Dada la eficacia de su instalación de radar, la mayor responsabilidad en la persecución recaía sobre el *Suffolk*; el *Prince of Wales* y el *Norfolk* le seguían de cerca, de forma que pudieran intervenir en cuanto el *Bismarck* intentara entablar combate. Precisamente se produjo un breve encuentro

Algunos *Swordfish* sobre la cubierta de vuelo del *Victorious*. El portaaviones, siguiendo al *King George V*, lanzó sus nueve *Swordfish* del Escuadrón 825 con el intento de torpedear el acorazado alemán. Uno de los ocho torpedos lanzados alcanzó al *Bismarck*, pero sin llegar a producirle daños de importancia. (History of the Second World War)

Después de hundir al *Hood*, el *Bismarck* se dirigió hacia el golfo de Vizcaya. Algunos *Swordfish* despegaron, en vuelo de reconocimiento, desde el *Victorious* y avistaron el buque alemán el 24 de mayo, atacándolo sin éxito. El *Bismarck* logró evadirse de la persecución, pero el 26 fue descubierto por un *Catalina* y, más tarde, por los *Swordfish* del *Ark Royal*.



una hora antes después de medianoche, cuando el *Bismarck* cruzó algunos cañonazos con el *Prince of Wales*, a una distancia de unas 10 millas; pero ninguno de ellos dio en el blanco.

El *Suffolk* se mantenía en el límite máximo del alcance de su radar y, al mismo tiempo, puesto que se sospechaba que en las cercanías se encontraban *U-Boot*, continuaba navegando en zigzag. A las 3,06 horas del 25 de mayo, el crucero registró un contacto normal de radar a 11 millas. Pero, inmediatamente después, en su movimiento zigzagueante, se alejó de la ruta base, y cuando a los diez minutos regresó a ella ya no encontró al *Bismarck* en la pantalla.

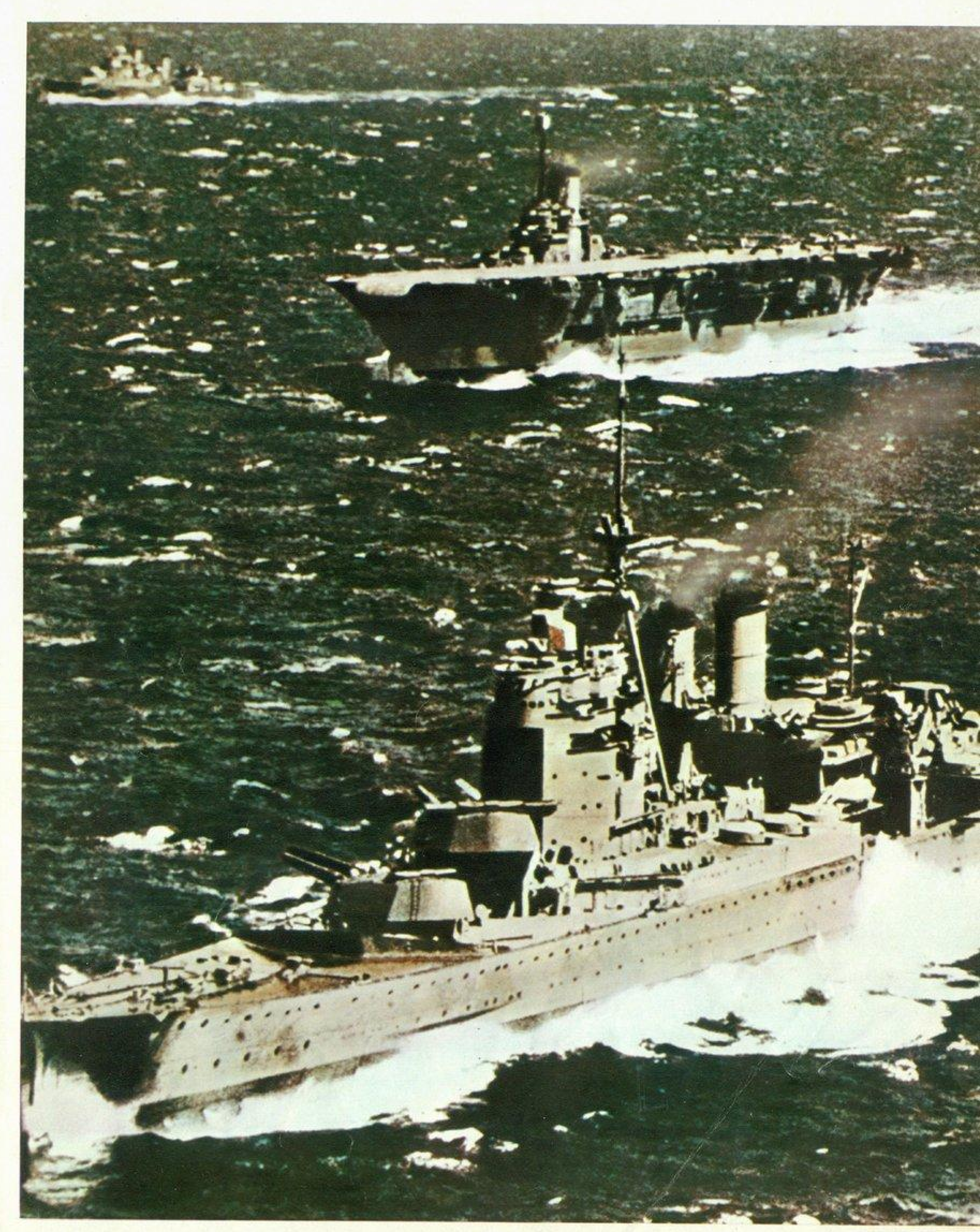
El mar estaba completamente desierto y a las emisiones del radar no respondió el eco de ningún contacto.

En aquellos momentos le quedaban al *Bismarck* dos alternativas: una, la de intentar lanzarse hacia el Oeste, ponerse en contacto con las unidades de aprovisionamiento y con el *Prinz Eugen* y reanudar con éste sus actividades corsarias; la otra era dirigirse hacia el Este para alcanzar un puerto del golfo de Vizcaya. Naturalmente, ahora sabemos que fue la segunda de estas decisiones la que adoptó; pero en aquellos momentos, el comportamiento de la Marina inglesa se basó en el supuesto de que el enemigo se había dirigido hacia el Oeste.

Esta suposición era bastante natural, puesto que era en aquel sector donde los ingleses corrían más riesgos. Su principal preocupación era la seguridad de los convoyes, y, naturalmente, la perspectiva de que un enemigo, fuerte y poderoso como el *Bismarck*, pudiera navegar libremente por entre las rutas de sus buques mercantes alarmaba en gran manera a la *Royal Navy*. Así, pues, tanto el contraalmirante Wake-Walker, que se encontraba a bordo del *Norfolk*, como el almirante Tovey, a bordo del *King George V*, llegaron casi simultáneamente a la decisión de concentrar su búsqueda hacia el Oeste.

La noticia de que los perseguidores del *Bismarck* habían perdido el contacto con dicho buque, llegó al comandante en jefe a las 6,05 horas del 25 de mayo. El acorazado *King George V* estaba siguiendo entonces una ruta de aproximación que debía haberle situado dentro del alcance de los cañones del *Bismarck* alrededor de las 21 horas. A las 8,10, en condiciones de buena visibilidad, los *Swordfish* del *Victorious* remontaron el vuelo para reconocer,

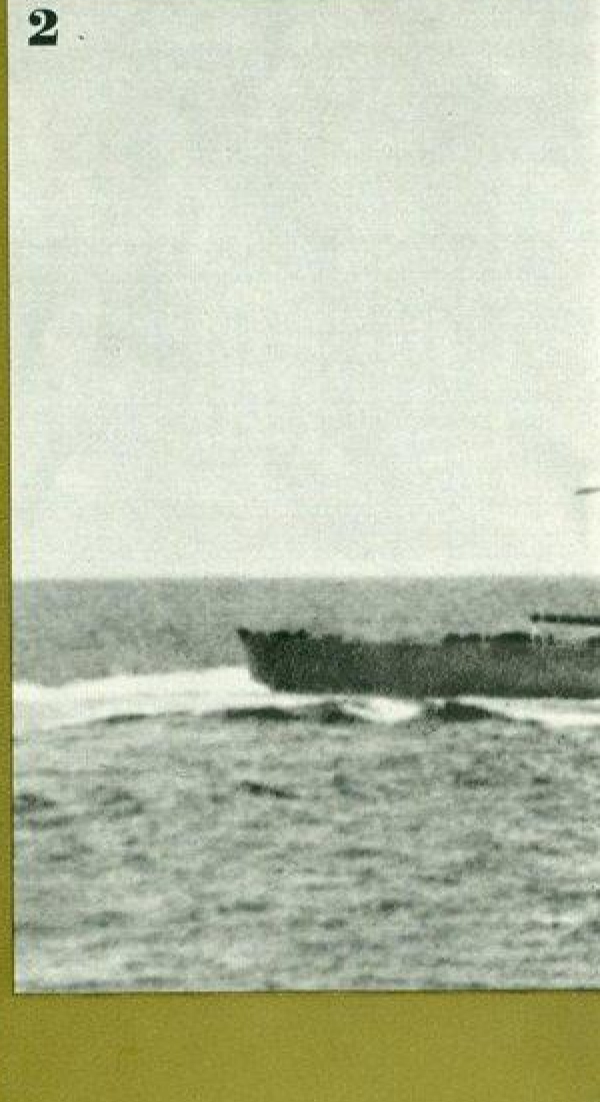
A la derecha: tres buques de la Fuerza H, con base en Gibraltar. De arriba abajo se ven el *Sheffield*, el *Ark Royal* y el *Renown*. Los quince *Swordfish* despegados del *Ark Royal*, el 26 de mayo, lanzaron trece torpedos contra el *Bismarck*, dos de los cuales alcanzaron el navío. (History of the Second World War)



(History of the Second World War)

1

2



3

1. Un hidroavión *Catalina* de la RAF. El 26 de mayo muchos hidroaviones de este tipo despegaron de Loch Erne para efectuar vuelos de reconocimiento al oeste de Brest. Durante la operación, uno de ellos descubrió al *Bismarck*.

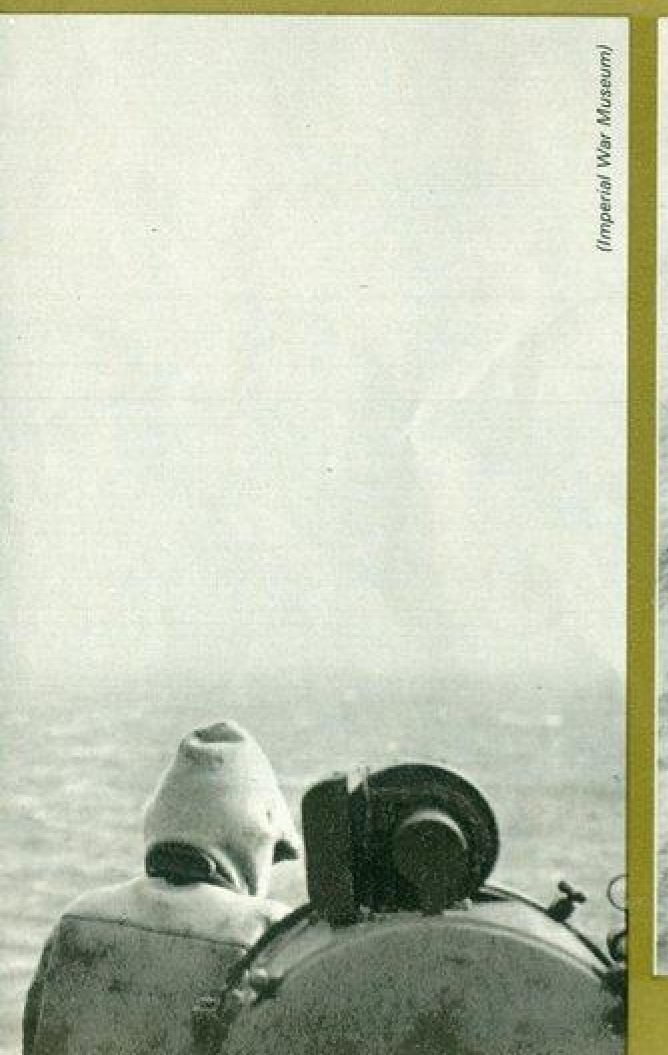
2. La última fotografía del *Bismarck* antes de su hundimiento. Se tomó desde el *Prinz Eugen,* a las 18,20 del 24 de mayo de 1941, cuando el crucero que acompañaba al acorazado recibió la orden de invertir la ruta y separarse del mismo.

3. El capitán de navío Vian, futuro almirante, a bordo del destructor británico *Cossack.*

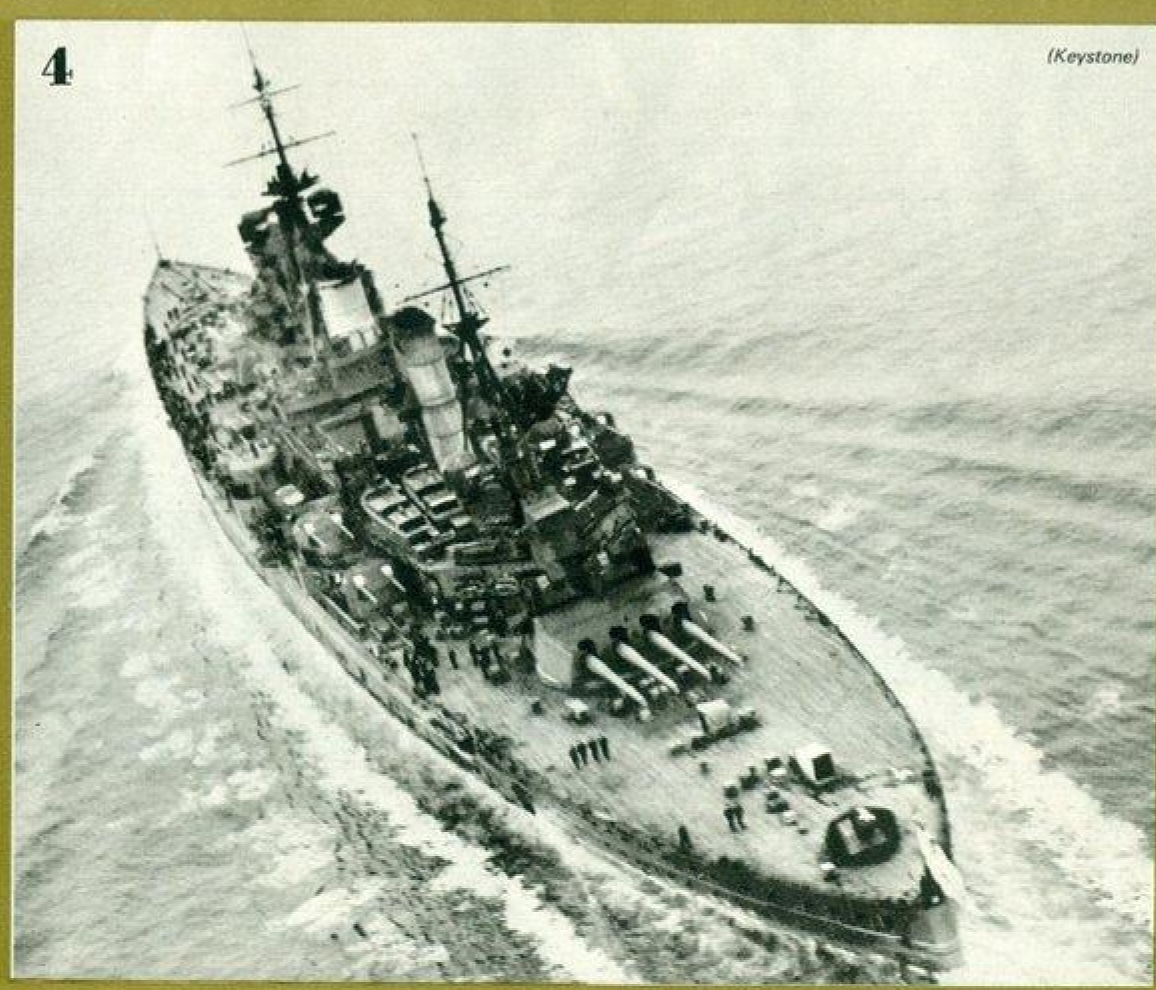
4. El acorazado *King George V* enarbolaba la insignia del comandante en jefe de la *Home Fleet,* almirante Tovey.

(Archivo Rizzoli)

LA TRAMPA SE CIERRA



(Imperial War Museum)

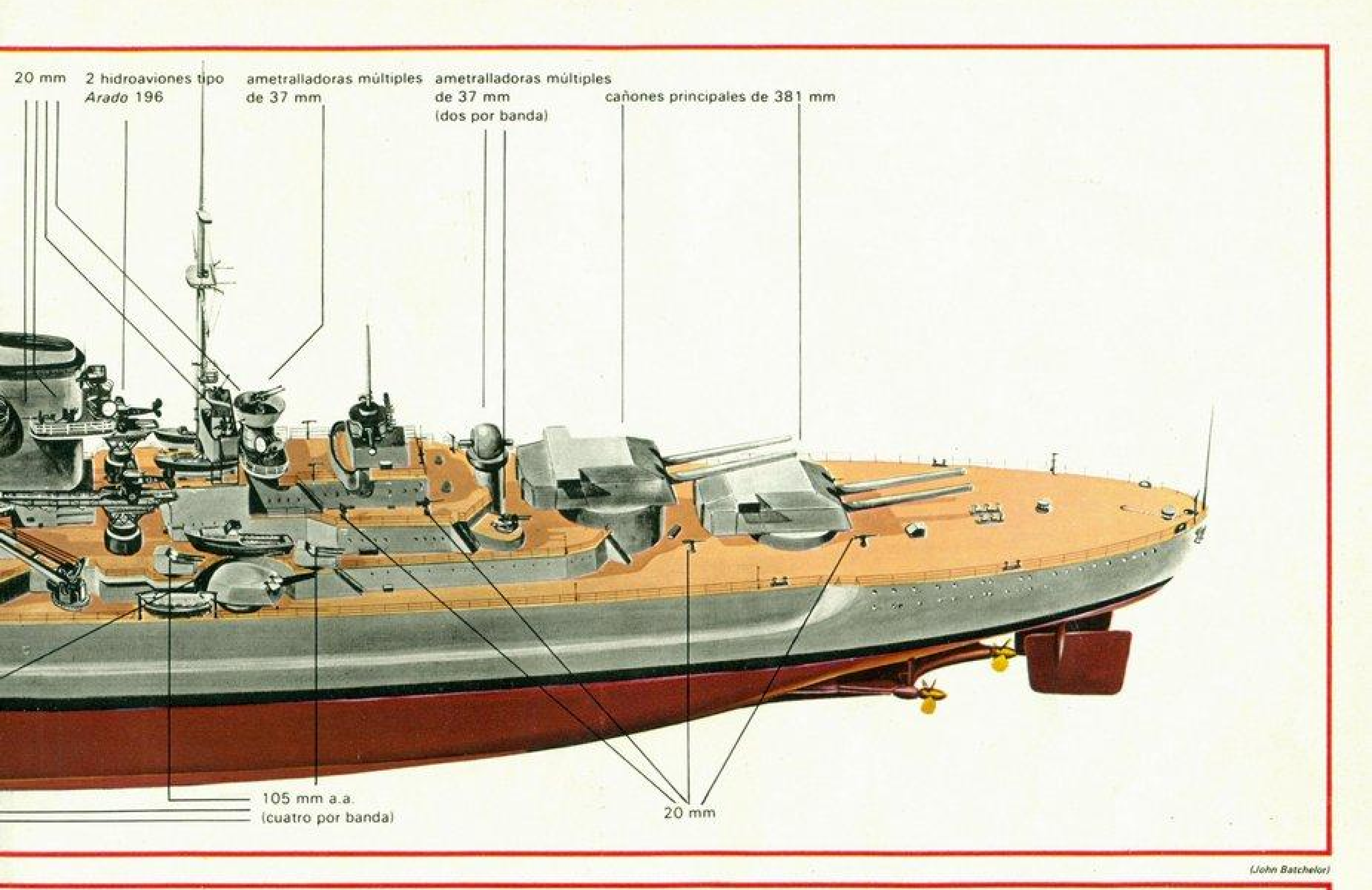


4

(Keystone)

El **Bismarck** era el más poderoso acorazado de su tiempo. Su armamento era convencional; pero desplazaba más de 50.000 toneladas, frente a las 44.600 del **Hood.** Más del 40 % del peso del buque correspondía a la coraza protectora. Y pese a este elevado porcentaje del desplazamiento absorbido por la protección, el **Bismarck** podía alcanzar 29 nudos. Comparado con otros buques de guerra de su tiempo, su armamento antiaéreo y su defensa contra los torpedos era formidable. Botado en 1939, entró en servicio en 1941.
Desplazamiento: 50.000 t. **Velocidad:** 29 nudos. **Armamento:** 8-381 mm, 12-150 mm, 16-105 a.a, 16-20 a.a. **Aviones:** 2 *Arado.* **Tripulación:** 2200 hombres.

El **Hood** era, por muchos motivos, el orgullo de la Marina británica. Cuando fue botado, 21 años antes que el **Bismarck,** produjo en la opinión pública una sensación como ningún otro buque había causado; pero su talón de Aquiles era su insuficiente protección, pues era en realidad un crucero de batalla. Podía alcanzar 32 nudos y disparar potentes salvas; pero desde luego era demasiado vulnerable. Botado en 1918, había sido modernizado recientemente.
Desplazamiento: 44.600 t. **Velocidad:** 32 nudos. **Armamento:** 8-381 mm, 12-140 mm, 8-102 a.a., 24-40 a.a., 4-47, 4 lanzatorpedos de 533 mm. **Tripulación:** 1419 hombres.



(John Batchelor)

102 a.a.

pom - pom de 40 mm

47 mm

cañones principales de 381 mm

La primera salva del *Prinz Eugen* que dio en el blanco cayó cerca de este punto, así como la segunda, que era la quinta disparada por el *Bismarck*. Las torres de popa y el puente protegido quedaron destrozados, y dos minutos más tarde el buque perdió la popa.

tubos lanzatorpedos (dos por banda)

EL FIN DE UN GIGANTE

1941

18 de mayo: el *Bismarck* y el *Prinz Eugen* zarpan de Gdynia, iniciando la Operación «Rheinübung». La intención de Raeder era concentrar una poderosa formación naval alemana en el Atlántico con el fin de operar contra los convoyes británicos.

20 de mayo: el *Bismarck* y el *Prinz Eugen* son avistados en el estrecho de Skagerrak. El Almirantazgo británico da la alerta.

21-22 de mayo: el *Bismarck* y el *Prinz Eugen* alcanzan el Kross Fjord, en las proximidades de Bergen, en Noruega, de donde zarpan al oscurecer protegidos por una espesa niebla. Aviones de la RAF, en vuelo de reconocimiento, avistan las dos unidades alemanas; la Escuadra británica sigue en estado de alerta. El *Hood* y el *Prince of Wales* zarpan, dirigiéndose hacia el estrecho de Dinamarca.

22 de mayo: a causa del mal tiempo, los ingleses no logran localizar los navíos alemanes; a las 20 horas, el comandante en jefe de la Escuadra británica recibe la confirmación de que el *Bismarck* y el *Prinz Eugen* han eludido el contacto y entonces zarpa de Scapa Flow.

23 de mayo: el *Bismarck* y el *Prinz Eugen* entran en el estrecho de Dinamarca al mediodía. Al caer la noche, los cruceros ingleses *Norfolk* y *Suffolk* avistan los dos buques alemanes y señalan su posición al *Hood* y al *Prince of Wales*.

24 de mayo: el *Hood* y el *Prince of Wales* entran en contacto con el *Bismarck* y el *Prinz Eugen* a una distancia de 17 millas. Después de un combate de ocho minutos, el *Hood* hace explosión al ser alcanzado y se hunde rápidamente. El *Prince of Wales*, en neta inferioridad, se retira del combate. El almirante alemán Lütjens decide entonces actuar solo, sin el apoyo del *Prinz Eugen*, y se dirige hacia el Sur con el *Bismarck*.

24-25 de mayo: aviones británicos, pertenecientes al portaaviones *Victorious*, atacan al *Bismarck*, pero sin producirle daños de consideración.

25 de mayo: el *Bismarck* se dirige hacia Francia; las unidades inglesas que le seguían pierden el contacto. El comandante en jefe británico cree que el *Bismarck* regresará por la misma ruta de llegada y, en consecuencia, se aleja de la verdadera posición del acorazado alemán. En cambio, el Almirantazgo británico supone que el *Bismarck* se dirige hacia Francia. A las 18,10 horas el comandante en jefe de la Escuadra se dirige también hacia las costas francesas, pero el *Bismarck* lleva ya una ventaja de 110 millas.

26 de mayo: un hidroavión *Catalina* de la RAF avista al *Bismarck* y lo comunica a los perseguidores. Algunos *Swordfish* despegados del *Ark Royal* atacan por error al crucero inglés *Sheffield*. En un segundo vuelo, los *Swordfish* logran localizar al *Bismarck* y un torpedo alcanza de lleno el timón. Durante la noche, entre el 26 y el 27, el capitán de navío Vian, comandante de la 4.ª Flotilla de destructores, entra en contacto con el *Bismarck*.

27 de mayo: los acorazados *Rodney* y *King George V* se aproximan al *Bismarck*, seriamente dañado; el acorazado alemán, en franca inferioridad ante tantos enemigos y no pudiendo ser gobernado, es reducido a un despojo y al final hundido por los torpedos del crucero *Dorsetshire*. A las 10,40 el *Bismarck* se hunde.

1 de junio: el capitán de navío Brickmann, habiendo rehusado llevar a cabo los ataques contra los convoyes británicos, independientemente del *Bismarck*, como le había ordenado el almirante Lütjens, llega finalmente a Brest con el *Prinz Eugen*.

en una profundidad de 100 millas, una zona de mar comprendida entre las direcciones Oeste y Nordeste. La misión resultó totalmente infructuosa. Al mismo tiempo, el *Norfolk* y el *Suffolk* dirigieron su exploración hacia el Sudeste; pero tampoco obtuvieron resultado alguno. No había el menor rastro del *Bismarck*.

Está fuera de toda duda que, de haber mantenido el más completo silencio, el almirante Lütjens habría podido llegar a Saint-Nazaire sano y salvo. Pero en lugar de mantener la radio en silencio, y evitar así que los ingleses descubrieran su posición, Lütjens envió a Hitler un mensaje personal en el que describía con todo detalle la batalla mantenida con el *Hood*: un mensaje tan largo que, para transmitirlo, se necesitaron casi treinta minutos. Naturalmente, todos los radiogoniómetros aliados estaban a la escucha, y así, antes de que la transmisión de este mensaje hubiera acabado, empezaron a afluir las noticias al Almirantazgo británico.

Trasladados los informes recibidos sobre los mapas del Almirantazgo inglés, demostraron que el *Bismarck* se encontraba mucho más al Este de su última posición conocida (es decir, de la posición en que se encontraba cuando el *Suffolk* perdió el contacto). Pero el Almirantazgo, suponiendo, erróneamente también, que el comandante en jefe llevaba consigo algunos destructores dotados de instalaciones radiogoniométricas (lo que le hubiera permitido obtener la localización del buque enemigo mediante la intersección de varias orientaciones), se limitó a transmitir a la Escuadra cada uno de los valores angulares de las orientaciones observadas, en lugar de la posición que la intersección de éstos indicaba en la carta. Se trató de un error de valoración por parte del Almirantazgo, porque no sólo el comandante en jefe no llevaba consigo ningún destructor provisto de radiogoniómetro, sino que, además, esta circunstancia le obligaba, en medio de todos los problemas operativos, a tener que interpretar los datos recibidos. Y en realidad, estos datos no proporcionaban con exactitud la posición del navío enemigo, solamente constituían una indicación sobre la dirección en la que se encontraba.

A este error del Almirantazgo, se sumó otro que se produjo en el buque insignia. Los valores angulares de las orientaciones, transmitidos desde Londres, fueron señalados en una carta de navegación, en lugar de serlo sobre la correspondiente carta gnomónica, empleada para los datos radiogoniométricos. Y como las cartas de navegación extorsionan los ángulos, los cálculos efectuados en el *King George V* situaron al *Bismarck* casi 200 millas más al Norte de la posición en la que en realidad se encontraba. Convencido, por lo tanto, de que el acorazado alemán intentaba volver a Alemania a través del paso de las islas Feroe, el comandante en jefe dio la orden de cambiar de ruta, dirigiéndose hacia el Nordeste. Y esto, ciertamente, no contribuyó a reducir la distancia entre el *Bismarck* y la Escuadra inglesa.

Pero no transcurrió mucho tiempo sin que el Almirantazgo británico adivinara lo que había sucedido en su buque insignia; antes del mediodía se envió, desde Londres, un mensaje al comandante en jefe, informándole acerca de la necesidad de considerar que el *Bismarck* se dirigía hacia un puerto del golfo de Vizcaya. Y ahí, precisamente, el Almirantazgo cometió otro error: pero esta vez fue un error que, para suerte de los ingleses, contribuyó en gran manera a neutralizar los precedentes.

A las 13,20 horas del 25 de mayo, un *U-Boot* alemán transmitió una señal desde el centro del Atlántico (se trataba de la señal de haber avistado al *Victorious*). La posición, trasladada a la carta, parecía coincidir perfectamente con la supuesta ruta del *Bismarck*, si en realidad se estaba dirigiendo hacia el golfo de Vizcaya. Y aunque todo esto no parecía estar de acuerdo con anteriores experiencias sobre los procedimientos adoptados por los alemanes en sus transmisiones de radio, el Almirantazgo consideró que se trataba de órdenes directas que el *Bismarck* estaba transmitiendo al *U-Boot* en la longitud de onda reservada para ellos. La posición deducida, basándose en estos ángulos, fue señalada al comandante en jefe, y pocas horas más tarde el Almirantazgo transmitió otro mensaje a todas las unidades en navegación ordenándoles actuar de acuerdo con la hipótesis de que el *Bismarck* se estaba dirigiendo hacia la costa occidental de Francia. A las 18,10 horas el comandante en jefe ordenó virar hacia el Sudeste, rumbo al golfo de Vizcaya. Se trataba, desde luego, de la ruta exacta; pero en aquellos momentos el *Bismarck* llevaba una ventaja de unas 110 millas al *King George V*. Sólo un milagro podía obligarlo a entrar en combate.

La noche transcurrió en una atmósfera de creciente escepticismo. Por la mañana se había tenido la impresión de que nada impediría el tan esperado choque con el *Bismarck*, por lo eficazmente que el radar del *Suffolk* controlaba todos sus movimientos. Pero el navío alemán había logrado escabullirse y ahora el comandante en jefe seguía una pista que, aun queriendo ser optimista, era todavía bastante incierta. Lo más deprimente sin embargo era el problema del combustible, cada vez más grave. El *Repulse* tuvo que abandonar la persecución y dirigirse hacia Terranova, porque se hallaba escaso de carburante, y el *Prince of Wales* se estaba dirigiendo a Islandia para abastecerse. También disminuía el número de destructores de escolta de la Escuadra; de tal manera que, poco después de medianoche, el Almirantazgo ordenó a la cuarta flotilla de destructores, que en aquellos momentos estaba escoltando el convoy de tropas con destino a Oriente Medio, que abandonara dicho convoy y se reuniera con los buques del comandante en jefe.

Además, las condiciones atmosféricas iban empeorando, y esta circunstancia hacía que la navegación fuera más lenta. Del Noroeste soplaba un viento fortísimo, que alborotaba el mar; violentas ráfagas de lluvia reducían la visibilidad, y nubarrones excepcionalmente bajos proyectaban sobre la superficie del mar una insólita oscuridad.

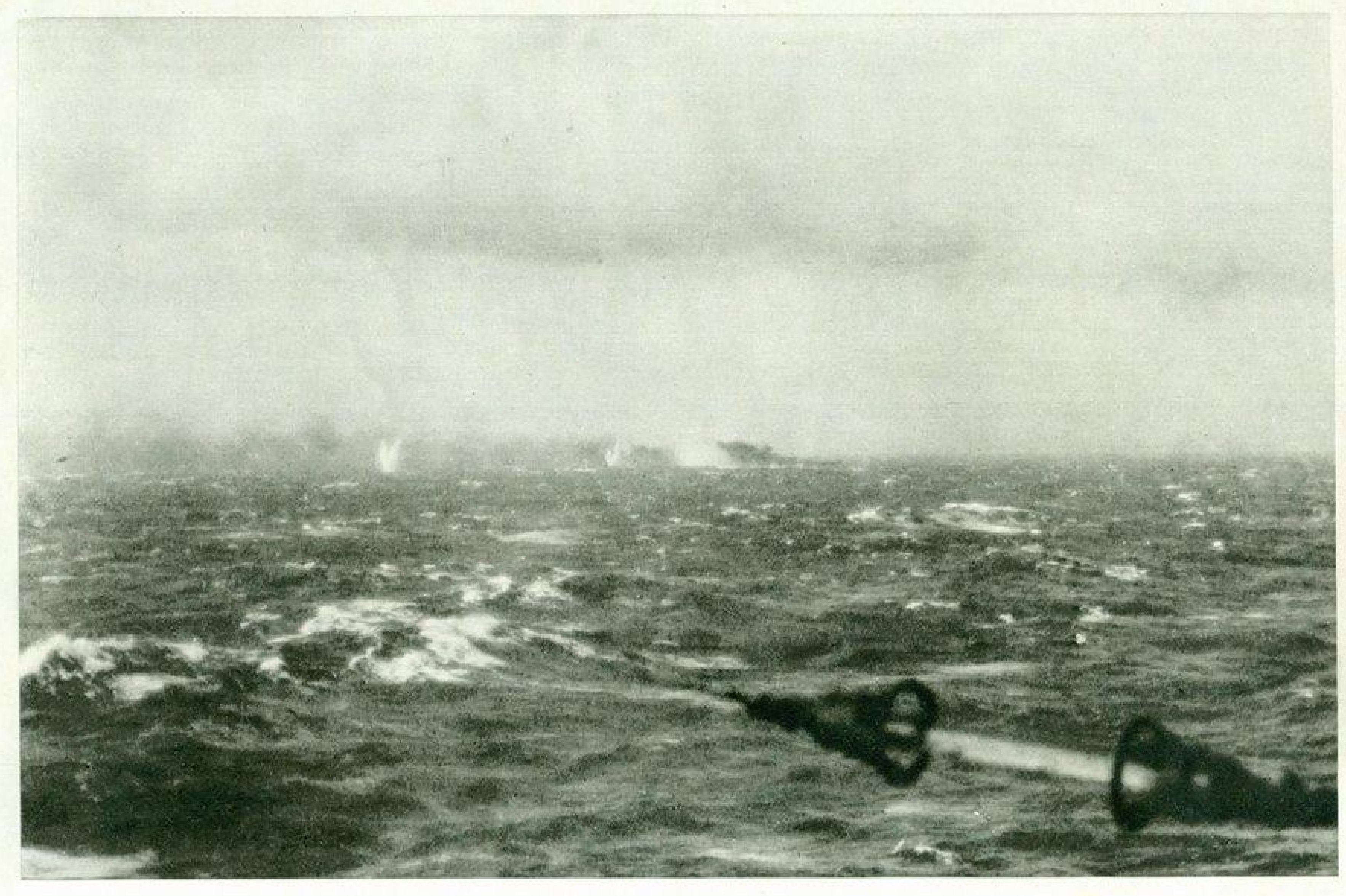
En Londres, la noche del 25 al 26 de mayo, el Almirantazgo y el mando costero de la RAF dispusieron que, a la mañana siguiente, algunos hidroaviones *Catalina* efectuaran vuelos de reconocimiento en amplia escala. El plan de reconocimiento preveía dos vuelos cruzados al oeste de Brest.

A las 10,36 del 26 de mayo, un *Catalina* avistó al *Bismarck*, informando de su posición; simultáneamente, algunos *Swordfish* del *Ark Royal*, que con la Fuerza H llegaba de Gibraltar, también habían despegado en vuelo de reconocimiento. Poco después de haber sido localizado por el *Catalina*, los *Swordfish* comunicaron asimismo que habían descubierto al *Bismarck*, y ya no lo dejaron escapar. Durante todo el día se mantuvieron cerca del navío, señalando su posición, ruta y velocidad.

Según los datos facilitados por el *Catalina*, el *Bismarck* se hallaba a 790 millas de Brest y llevaba 130 millas de ventaja al *King George V* y al *Rodney*, que avanzaban siguiendo rutas convergentes. Pero estas rutas se encontraban al oeste de la Fuerza H, que, por lo tanto, se hallaba en posición más favorable para impedir que el *Bismarck* alcanzara el puerto. El *Renown*, un crucero de batalla con 25 años de servicio, no estaba suficientemente protegido para luchar con el *Bismarck*; y aunque el almirante Somerville había pensado, como último recurso, en la posibilidad de obligar al enemigo a combatir a fin de detener su carrera, tales proyectos hubieron de ser abandonados cuando el comandante en jefe indicó que el *Renown* no podía hacer frente a una eventual batalla.

Incursión aérea desde el «Ark Royal»

Quedaban, pues, de la Fuerza H, el portaaviones *Ark Royal* y el crucero *Sheffield*. El almi-



Columnas de agua levantadas por los proyectiles disparados por el *Rodney* y el *King George V* alrededor de los restos en llamas del *Bismarck*, ya puesto definitivamente fuera de combate después de un encuentro que duró cerca de dos horas. (Imperial War Museum)

rante Somerville destacó al *Sheffield*, ordenándole que tomara contacto con el *Bismarck* y que le persiguiera a distancia; las otras unidades de la formación se adelantaron hasta situarse a menos de 50 millas del enemigo, en una posición que permitía a los *Swordfish* del *Ark Royal* lanzar un ataque con torpedos. Aproximadamente a las 14,30 horas, el portaaviones se hallaba en dicha posición.

Las condiciones atmosféricas habían empeorado en el transcurso del día, y cuando los *Swordfish* despegaron, la mar gruesa hacía cabecear peligrosamente al *Ark Royal*, hasta el punto de que su cubierta de vuelo sufría oscilaciones de una amplitud que alcanzaba los 17 metros. Había, además, una espesa masa de nubes, por lo que el hecho de que los *Swordfish* lograran descubrir el objetivo dependía totalmente de la instalación de radar de que estaba dotado el aparato que encabezaba la formación. Al localizar un buque a unas 20 millas de la posición en que se presumía se hallaba el *Bismarck*, los *Swordfish* atacaron descendiendo en picado a través de las nubes. Lanzaron once torpedos, pero entonces los aviones descubrieron que el presunto enemigo era, en realidad, el *Sheffield*, de cuya aproximación al *Bismarck*, no habían sido informados. Afortunadamente, ningún torpedo alcanzó al *Sheffield*. Dos de ellos hicieron explosión antes de tiempo, tan sólo al tocar la superficie del agua, y otros tres cayeron en la estela del crucero; el buque logró evitar los restantes aumentando al máximo su velocidad. Terminada la «incursión», uno de los aviones transmitió al *Sheffield* las siguientes palabras: «Perdonadnos los salmones».

A las 17,20 los aviones que regresaban de la misión aterrizaron sin novedad. Las operaciones de abastecimiento de carburante y municiones se llevaron a cabo con la máxima rapidez, mientras se daban instrucciones a los pilotos para que, antes de atacar, se pusieran en contacto con el *Sheffield*: el crucero los guiaría, después, hasta el objetivo.

Cuando los *Swordfish* se dispusieron de nuevo a despegar, el tiempo seguía siendo malo. La cubierta era azotada por violentas ráfagas de lluvia, impelidas por el viento del Nordeste, mientras la nave cabeceaba con violencia sobre un mar tempestuoso. Remontando el vuelo en el momento en que la proa se levantaba, los aviones efectuaron el despegue aprovechando la inclinación favorable de la cubierta. A las 19,10 horas todos ellos se hallaban otra vez en el aire. Divididos en dos grupos, cada uno de ellos subdividido en tres secciones, se dirigieron primero hacia el *Sheffield*, al que avistaron media hora más tarde. El crucero, mediante señales ópticas, los guió hasta el enemigo que, en aquellos momentos, se hallaba a unas 12 millas al Sudeste. Cuando se aproximaron al *Bismarck*, los *Swordfish* tropezaron con una densa masa de nubes que bajaba hasta una cota de casi 200 metros. Avanzando dificultosamente a través de ellas, la formación atacante se dispersó y, al no poder operar en la forma coordinada prevista, las secciones tuvieron que atacar por separado.

Los quince aviones lanzaron en total trece torpedos contra el acorazado enemigo. Y pese al intenso y preciso fuego antiaéreo del *Bismarck*, todos los *Swordfish* llevaron a cabo el ataque con gran decisión. Cuando uno de los *Swordfish* regresó al portaaviones, con el piloto y el ametrallador heridos, se descubrió que el aparato había sido alcanzado por la metralla más de cien veces.

Con los trece torpedos lanzados se lograron dos blancos seguros y uno probable. Un torpedo alcanzó al *Bismarck* en el centro, sobre la banda de babor, sin producir daños de consideración. Pero otro estalló en la banda de estribor, hacia popa, y éste fue el que señaló el destino del navío: en efecto, averió la hélice de estribor, bloqueó el timón e inutilizó los dispositivos de mando. Dos de los aviones que seguían al acorazado alemán y que habían intervenido en el ataque, observaron que el buque daba dos vueltas completas y que reducía bruscamente la velocidad a poco más de ocho nudos.

Cuando, tras haber cumplido su misión, los aviones atacantes se alejaron, el almirante Lütjens vio que un nuevo enemigo se acercaba para hostigarlo. Al Noroeste, en la línea del horizonte, destacaban las siluetas de cinco navíos que se iban aproximando: eran los destructores de la cuarta flotilla. Su misión era acosar al navío durante toda la noche, y entregarlo a la mañana siguiente a los cañones de los acorazados ingleses.

En la guerra naval hay momentos en que, a la luz de nuevas informaciones, un oficial con mando puede desobedecer las órdenes recibidas anteriormente. En una situación de este tipo se hallaba, la mañana del 26 de mayo, el capitán de navío Vian, comandante de la cuarta flotilla de destructores. El Almirantazgo inglés le había ordenado que abandonara el convoy de tropas que escoltaba y se reuniera con el comandante en jefe para sustituir a los destructores que estaban faltos de combustible. Pero mientras obedecía esta orden, Vian captó el mensaje del avión *Catalina* que comunicaba la localización del *Bismarck*, y, sin dudarlo, decidió que su misión era salirle al paso. A las 21,55 el *Cossack* y los destructores *Maori, Zulu, Sikh y Piorun* (este último polaco) entraron en contacto con el *Sheffield*, que los orientó hacia el enemigo. Y al atardecer del mismo día, el

TERMINA LA OPERACIÓN "RHEINÜBUNG" PARA EL ATAQUE A LOS CONVOYES







El buque-cisterna alemán *Friedrich Breme*, que, con otras unidades, debía aprovisionar al *Bismarck* y al *Prinz Eugen*, es hundido por su propia tripulación, el 12 de junio de 1941, al ser interceptado y atacado por el crucero británico Sheffield.

(Imperial War Museum)

Piorun, que se hallaba en el extremo izquierdo de la formación adoptada para la búsqueda, descubrió al *Bismarck* nueve millas al Sudeste.

Durante toda la noche, los destructores permanecieron en estrecho contacto con el enemigo herido, atacándolo con torpedos en cuanto se presentaba la ocasión. Pero, aunque averiado, el *Bismarck* se hallaba todavía en situación de defenderse, y el fuego de sus cañones continuaba siendo intenso y preciso. Repetidas veces obligó a los destructores a alejarse cuando, uno tras otro, se aproximaban para desencadenar sus ataques.

Al amanecer, los destructores aún mantenían una persecución sin tregua. El crucero *Norfolk* llegó a las 7,35, guiado por las señales de radio de los destructores, y se incorporó a la persecución. Un cuarto de hora más tarde, dicho crucero avistó al Oeste, a una distancia de doce millas, dos grandes navíos; se trataba de los acorazados *King George V*, que enarbolaba la insignia del almirante Tovey, comandante en jefe, y del *Rodney*, que se había reunido con el buque insignia la noche anterior. El crucero comunicó a los dos navíos la orientación (130º) y la distancia (16 millas) del enemigo.

El último combate del «Bismarck»

A bordo del *Bismarck*, después de los dos días que siguieron al momento en que logró escapar al acoso del *Suffolk*, se vivió una noche de angustia. El 25 de mayo, el almirante Lütjens intentó levantar la moral de los hombres de la tripulación dirigiéndoles un mensaje; pero sus palabras causaron escaso efecto. Les dijo que el *Bismarck* combatiría hasta el último proyectil y que, aunque tuvieran que acabar en el fondo del mar, haría todo lo posible para que le acompañara otro buque inglés. No eran, desde luego, las palabras más adecuadas para despertar la menor confianza en los resultados de la aventura.

Cuando el torpedo averió las hélices de estribor, todo el mundo pareció darse cuenta de que la red se estaba cerrando en torno a ellos. Lütjens prometió inmediatamente la Cruz de Hierro al que consiguiera desbloquear el timón; pero el intento del buzo que descendió al compartimiento inundado resultó infructuoso.

Durante toda la noche los hombres de la tripulación permanecieron clavados en sus puestos de combate. Nadie, a bordo, gozó de un segundo de descanso. Varias veces los altavoces del acorazado transmitieron noticias de los éxitos conseguidos contra los destructores atacantes. Pero nadie se preocupó en llevar la cuenta de los buques enemigos que se decía habían sido hundidos, pues todo lo que aquellos hombres agotados sabían era que, independientemente del número de buques enemigos que oficialmente se anunciaba como puestos fuera de combate, lo cierto era que cada vez parecía haber más y más y que todos se hallaban dispuestos al ataque. En las primeras horas de la mañana Lütjens anunció que aviones alemanes estaban a punto de llegar para proporcionar al *Bismarck* una adecuada defensa aérea; que algunos *U-Boot* llegarían también a la zona para atacar a los buques ingleses y que, desde Brest, ya habían salido remolcadores que conducirían al *Bismarck* a puerto. Pero tales noticias eran tan manifiestamente falsas que nadie podía otorgarles el menor crédito.

Al amanecer, el viento soplaba más impetuoso que nunca, y para los jóvenes marineros del *Bismarck*, al cansancio se unía el malestar del mareo, cada vez más agudo. Un último intercambio de frases retóricas entre el almirante Lütjens y Hitler no sirvió, ciertamente, para elevar la moral de aquellos hombres, sino para abatirlos todavía más.

Por la mañana, poco después de las 8,30, el averiado *Bismarck* vio aproximarse, por el Oeste, a su enemigo. Dos acorazados ingleses estaban convergiendo sobre él; por otra parte, hacia el Norte, aprestándose a atacar de flanco, se hallaba el crucero *Norfolk*, mientras por el Sur se adelantaba el *Dorsetshire*. Al este del *Bismarck*, pero aún no visibles en el horizonte, se hallaban los buques de la Fuerza H.

A las 8,47, el *Rodney* abrió el fuego, seguido un minuto después por el *King George V*. Pasados dos minutos más, el *Bismarck* respondió. Sus primeras salvas fueron muy precisas; tanto que la cuarta centró al *Rodney*, aunque sin tocarlo. Pero la tercera salva de este último alcanzó al *Bismarck*, y a partir de este momento el tiro de los cañones alemanes empeoró rápidamente. Otra salva del *Rodney* destruyó las torres de proa, y luego, una tras otra, también las restantes fueron alcanzadas y dejaron de disparar. A las 10, toda la artillería que constituía el armamento principal fue reducida al silencio. Las piezas secundarias continuaron disparando aún esporádicamente, pero al cabo de diez minutos también éstas fueron silenciadas.

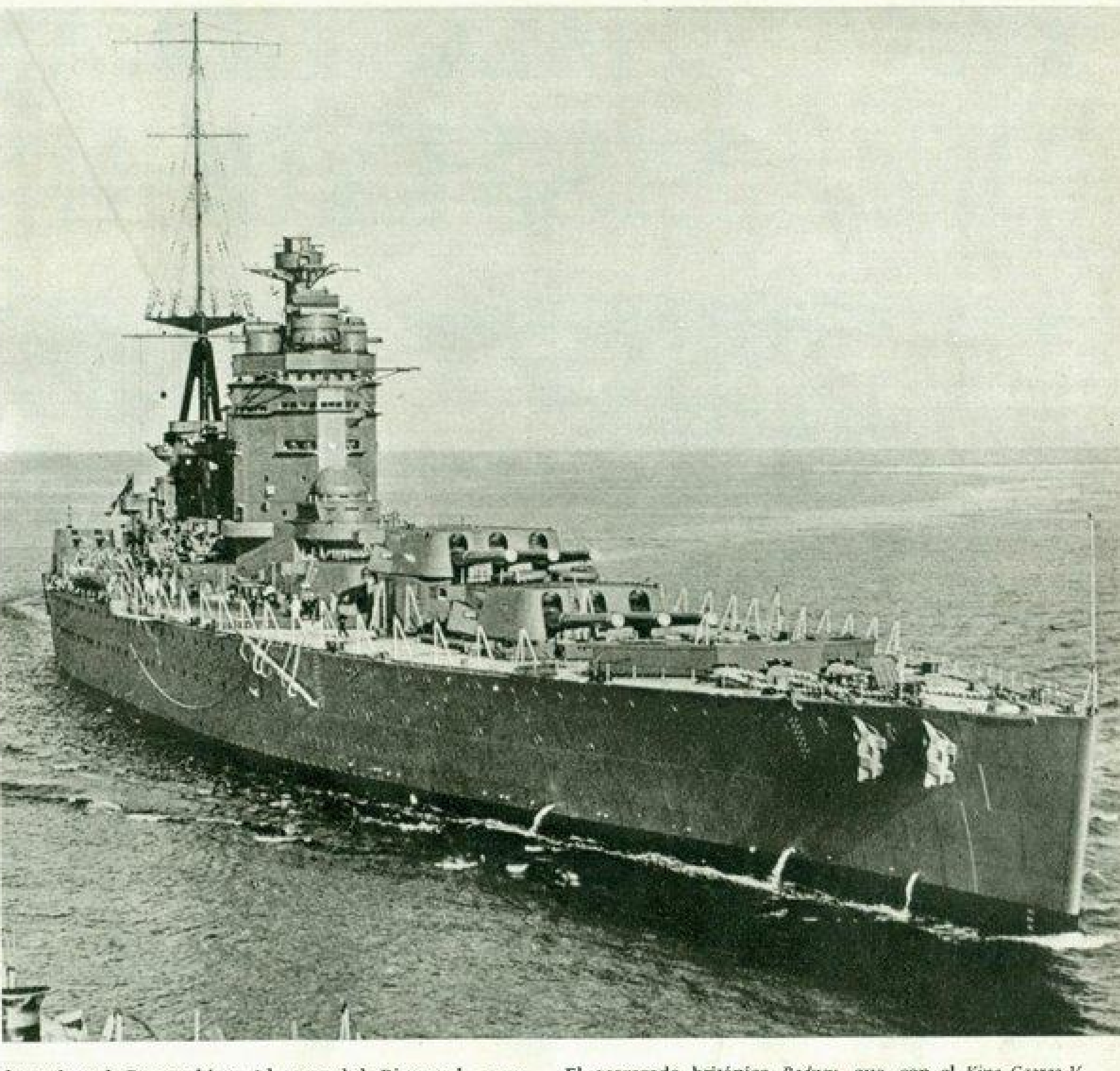
El *Bismarck* se balanceaba en la mar gruesa, convertido ya en un inmenso montón de chatarra negra y ardiente, envuelto en llamas y humo. La cubierta se hallaba llena de cadáveres y de heridos, muchos de los cuales caían al mar arrastrados por las olas que se precipitaban contra los restos del navío. A las 10,15, el comandante en jefe británico retiró del combate a los dos acorazados y se dispuso a regresar a Inglaterra, ordenando al *Dorsetshire* que se acercara al *Bismarck* y lo hundiera con sus torpedos. Se lanzaron dos contra la banda exterior de estribor y uno contra la de babor. Fue el golpe de gracia. El gran acorazado escoró hacia babor, hundiéndose luego de popa; después dio la vuelta y desapareció entre las aguas. Eran las 10,40 horas del día 27 de mayo de 1941.

El *Dorsetshire* y el *Maori* patrullaron la zona del hundimiento y salvaron, en total, 110 hombres de los 2200 que formaban la dotación del *Bismarck*. Otros fueron recogidos más tarde por buques alemanes y españoles.

Con ello sólo quedan por exponer las últimas vicisitudes del crucero *Prinz Eugen* y de los diversos buques destinados al aprovisionamiento. La última vez que hablamos del capitán de navío Brinckmann, estaba desobedeciendo las órdenes de Lütjens, y no se dirigía hacia el Oeste, sino hacia uno de los buques-cisterna situado más al Sur. El *Prinz Eugen* logró alcanzarlo, aunque con bastantes dificultades, pues el combustible que había embarcado antes de abandonar la costa noruega se había mezclado con agua de mar. Brinckmann se hallaba además preocupado por un informe presentado por su oficial de máquinas, según el cual la hélice de estribor, la que había chocado con los hielos en el estrecho de Dinamarca, estaba ligeramente averiada y producía vibraciones. También los motores, después de tan largo período de navegación a gran velocidad, necesitaban una profunda revisión. Por último, cayó la gota que colmó el vaso: el *Prinz Eugen* interceptó una señal transmitida por un submarino italiano de la que dedujo que por aquellos alrededores había cinco unidades de guerra británicas. Brinckmann llegó entonces a la conclusión de que no estaba seguro en el Atlántico y decidió dirigirse a las costas de Francia. La tarde del día 1 de junio llegó sano y salvo al puerto de Brest.

De los buques-cisterna y de aprovisionamiento que habrían debido apoyar la operación, muchos fueron interceptados por buques de guerra ingleses y hundidos. Entre ellos el buque de exploración *Gonzenheim*, el de aprovisionamiento *Egerland* y los buques-cisterna *Belchen*, *Friedrich Bremen* (éste hundido por su propia tripulación) y *Esso Hamburg*. El buque-cisterna *Lothringen* fue capturado y enviado a las Bermudas como botín de guerra.

La *Rheinübung* había terminado.



El acorazado británico *Rodney*, que, con el *King George V*, puso definitivamente fuera de combate al *Bismarck*. Bajo los disparos del *Rodney*, el acorazado alemán perdió una tras otra todas sus torres, y alrededor de las 10 ya no pudo disparar. (Paul Popper)

LAS ÚLTIMAS HORAS DEL "BISMARCK"

Atlántico septentrional, mayo de 1941



Pese a la victoria conseguida sobre el *Hood* y el *Prince of Wales*, entre los oficiales y marineros del *Bismarck*, no reinaba precisamente el optimismo, Gerhard Junack, oficial de máquinas y uno de los dos únicos oficiales supervivientes tras la última batalla del buque alemán, evoca la atmósfera de ansiedad e inquietud que reinaba a bordo del gran acorazado en las postreras horas de su odisea.

Los cañones del *Bismarck* en acción. La tripulación, aun estando ya desmoralizada, luchó con gran valor hasta el final.
(Keystone)

Gerhard Junack, capitán de navío

Tras el hundimiento del *Hood* y la fuga del *Prince of Wales*, la atmósfera a bordo del *Bismarck* era exultante. La eficaz defensa contra los aviones del *Victorious* y el hecho de haber logrado desorientar a los cruceros que le seguían, acrecentaron todavía más esta sensación de triunfo entre los hombres de la tripulación. Sin embargo, el almirante Lütjens consideró oportuno cortar un poco las alas a aquella exagerada alegría, y puesto que aquel domingo coincidía con su cumpleaños, poco antes del mediodía habló, brevemente, a sus hombres. En un sobrio lenguaje militar, les agradeció las felicitaciones que le habían presentado y después paso a exponer sus puntos de vista. Tras haber elogiado el magnífico espíritu de disciplina y del sentido del deber, que acababan de dar tan buenos frutos, hizo observar que lo peor aún estaba por llegar, puesto que cada una de las unidades de la Escuadra inglesa había recibido la orden de «ajusticiar» al navío que acababa de hundir al *Hood*. Por lo tanto, ahora se trataba de «vencer o morir»; pero antes de irse a pique, el *Bismarck* haría que le precedieran al fondo del océano, un buen número de buques enemigos.

Con estas palabras, el almirante intentaba evitar que la tripulación se abandonase a una excesiva confianza y que, por el contrario, adoptara una actitud mental más realista. Conducta esta quizá no demasiado afortunada; pues lo cierto es que destruyó el buen espíritu que reinaba, difundiéndose entonces entre la tripulación una sensación de desaliento, que pronto alcanzó a todos los niveles, desde el más alto al más bajo. Por lo que respecta a los oficiales, cuanto más examinaban la situación en que se encontraba el *Bismarck*, más profundo era su pesimismo; los más veteranos, hablando con sus colegas más jóvenes, decían explícitamente que ya no creían en la existencia de un «camino de salida». Los suboficiales, por su parte, se presentaban en sus puestos de servicio con los chalecos salvavidas, aunque estaba prohibido llevarlos sobre el uniforme habitual. Y los marineros empezaron a murmurar, a desconfiar y a cumplir sus tareas con menos entusiasmo y hasta con descuido.

Frente a esta conducta de la tripulación, los oficiales superiores decidieron adoptar una actitud de firmeza. Hablaron con sus hombres, dándoles a entender la diferencia que existe entre el orgullo por el éxito alcanzado y la capacidad de valorar los términos de la situación; con ello lograron elevar un poco la moral.

Como no disponemos del texto de aquel discurso ni de las anotaciones del diario de navegación relacionadas con él, no podemos saber si el tono del mensaje de Lütjens se debió simplemente a una desgraciada elección de las palabras o si, en cambio, exponía con franqueza su personal escepticismo respecto a la situación táctica en la que se encontraba el *Bismarck*. No puede descartarse la idea de que el almirante, que conocía a fondo la situación política alemana, intuyera, de alguna forma, que el fin de Alemania era inevitable y que aún más breve sería la existencia de su navío. Lo cierto es que muy pronto en el *Bismarck* la atmósfera se hizo tensa.

En el transcurso de las treinta horas siguientes, el acorazado continuó navegando a toda velocidad rumbo a la costa francesa, sin que la *Royal Navy* tuviera conocimiento de su posición o de sus intenciones; pero el lunes por la mañana, a las 10,30, el *Bismarck* avistó un hidroavión inglés en un jirón de cielo sereno y abrió fuego contra el aparato. El hidroavión desapareció rápidamente entre las nubes; pero el *Bismarck* –que tal vez hubiera podido evitar su identificación gracias a una segunda chimenea fingida y al hecho de conocer las señales inglesas– había traicionado su identidad y posición al disparar inútilmente contra el aparato.

Desde este momento era obvio que el enemigo atacaría desde el aire, y que los aviones procederían del *Ark Royal*, el portaaviones inglés con base en Gibraltar. El día transcurrió en una sucesión de continuos y rápidos cálculos, a fin de establecer la probable posición del citado portaaviones; finalmente, a las 20,45, sonó la alarma aérea. Los aviones del *Ark Royal* llevaron a cabo dos ataques con torpedos, apareciendo por todas partes, entre las nubes, y lanzándose en picado sobre nosotros. Un torpedo hizo blanco en el centro del buque, pero sin provocar daños; en cambio el segundo averió los timones en forma irreparable, bloqueando el de estribor en un ángulo de 15 grados. A partir de este momento, el *Bismarck* ya no pudo ser gobernado.

Este torpedo, que había estallado junto a los timones, sacudió el buque de tal forma que el casco sufrió una violenta vibración, e incluso en la sala de máquinas, donde yo me encontraba, las planchas del puente volaron por los aires. Poco después, el agua irrumpió en la sala a través de las escotillas de las escaleras del lado izquierdo y nubes de vapor y humo saturaron el recinto, hasta que se consiguió disiparlas mediante la ventilación artificial.

Los compartimientos situados a popa empezaron a inundarse; no obstante, los hombres que en ellos se encontraban pudieron ser salvados en cuanto los carpinteros y el personal de reparaciones lograron abrirse paso hacia aquel lugar. Pero la mar gruesa hacía cabecear el buque de una for-

ma tan violenta, que resultó casi imposible mantener el equilibrio en el agua que se precipitaba a través de la abertura de la puerta estancada.

Entre tanto, se estaban considerando y estudiando todos los posibles sistemas capaces de devolver al navío, aunque fuera temporalmente, su capacidad de maniobra. El comandante del buque, capitán de navío Lindemann, recibía los informes del jefe de máquinas Lehmann, quien se hallaba en contacto ininterrumpido con las escuadras de reparación y de socorro. Reinaba una intensa actividad, todos hablaban y gesticulaban y, en un determinado momento, el propio jefe de máquinas abandonó la cabina, se alejó, se volvió y entonces hizo un gesto de renuncia. No sé con certeza lo que quiso dar a entender, ya que poco después los técnicos lograron poner en funcionamiento el timón auxiliar. Pero el timón averiado no se movía ni un milímetro, y el estado del mar hacía imposible cualquier intento de cortarlo con sierras submarinas. Por otra parte, la idea de cortar el timón por debajo, mediante el empleo de cargas explosivas, fue rechazado a causa de la proximidad de las hélices. Por lo tanto, puesto que el timón averiado era inamovible, todo intento de emplear el auxiliar fue abandonado por considerarle superfluo.

Por otra parte, pese a todos los esfuerzos que se hicieron para intentar dirigir el buque mediante las hélices, no se consiguió ningún resultado positivo, pues se vio que era imposible mantenerlo en ruta hacia el Sudeste. Por lo tanto, fue preciso poner proa, a velocidad reducida, precisamente hacia donde se encontraba el enemigo.

Es natural preguntarse si en aquella noche crucial se hizo todo lo humanamente posible para intentar salvar al *Bismarck*. El navío era de sólida construcción, y tal vez el timón averiado se habría podido arrancar de la popa mediante explosivos y sin dañar las hélices. Pero los oficiales responsables no quisieron correr este riesgo; ni tampoco intentaron colocar un flotador para estabilizar la ruta. Pero cuesta aceptar que, con tres hélices en condiciones de impulsar al *Bismarck* a 28 nudos, no quedara otra alternativa que la de ir derechos hacia el enemigo a velocidad reducida.

En el transcurso de aquella noche, los destructores ingleses aparecieron una vez más, aproximándose para lanzar sus torpedos; mas el fuego de los cañones del *Bismarck* fue tan eficaz que ninguno de los buques atacantes logró hacer blanco ni una sola vez. Pero a las 8,45 se inició un enérgico ataque coordinado de todos los buques ingleses: había empezado el último combate del *Bismarck*. Dos minutos después, el acorazado alemán respondió al fuego de los navíos británicos y su tercera salva centró al *Rodney*. Esta precisión, sin embargo, no podía durar mucho; dada la continua lucha contra el mar y contra un enemigo enormemente superior, que ya atacaba en tres direcciones, el fuego del *Bismarck* forzosamente había de empeorar. Al poco rato de iniciada la batalla, una granada alcanzó el palo mayor, y asimismo la estación de tiro, que se encontraba a la altura del palo de la proa, fue destrozada. A las 9,02 las torres de proa, con su armamento principal, quedaron fuera de combate. Otro proyectil destruyó el puesto director de tiro de proa, y el de popa siguió la misma suerte inmediatamente después, lo que constituyó el fin de las instalaciones de dirección de tiro. Durante cierto tiempo, las torres posteriores siguieron disparando; pero alrededor de las 10 los cañones del *Bismarck* fueron definitivamente reducidos al silencio.

Poco después de comenzar el combate, desde el lugar donde me encontraba, en el centro de la sala de máquinas, me di cuenta de que por los conductos de la ventilación bajaba agua; evidentemente, las salvas enemigas estaban cayendo muy cerca de nuestro buque, inundando los puentes. Tal vez fue una suerte que quienes nos hallábamos abajo no pudiéramos distinguir los cañonazos enemigos de los que disparábamos nosotros; pero al cabo de poco tiempo, empezó a penetrar por los ventiladores un humo rojo amarillento, y tuve que ponerme la careta antigás. Era evidente que, en alguna parte, se había declarado un incendio importante.

El fragor del combate se fue haciendo cada vez más irregular, hasta cesar del todo, dando paso entonces a una serie de esporádicas explosiones; incluso el telégrafo del puente de mando dejó de sonar. Las tres salas de máquinas se hallaban llenas de humo, que procedía de las salas de calderas; pero, afortunadamente, ninguna granada había perforado aún la coraza que protegía dichas máquinas y los generadores eléctricos (aunque la instalación eléctrica de babor había sido alcanzada la mañana del sábado por un proyectil del *Prince of Wales*).

Hacia las 10,15 el jefe de máquinas me ordenó por teléfono: «Prepare el buque para el hundimiento». Esta fue la última orden que recibí a bordo del *Bismarck*. Inmediatamente, toda la instalación para la transmisión de órdenes dejó de funcionar.

En un momento en que hubo más tranquilidad en cubierta, envié a mi mejor suboficial a la sala de máquinas para pedir ulteriores instrucciones; pero sin duda debió morir por el camino, porque ya no regresó. Por lo tanto, me vi obligado a ir personalmente en busca de una respuesta. Tras una última ojeada para comprobar que todos los compartimientos estancos se hallaban abiertos, envié a mis hombres al puente central, ordenando al director de la sala de turbinas (que en aquel momento aún estaba moviéndose lentamente) que conectara las cargas explosivas. Por último, abandoné dicha sala siguiendo las órdenes dadas por el jefe de máquinas.

Los puentes inferiores saltaron por los aires de un modo perfecto, y después reinó una extraña paz, parecida a la de una tarde festiva en un puerto. Sólo rompía el silencio el fragor de las explosiones, bajo cubierta, de las cargas de demolición que habíamos dispuesto. Pude darme cuenta personalmente del resultado del combate observando a mi alrededor. Las lámparas no estaban encendidas, y sólo se veía el resplandor rojizo de numerosos incendios; por todas partes se elevaban penachos de humo.

En popa tropecé con un numeroso grupo de marineros que, sin duda por no haber recibido instrucciones, no tenían idea de lo que debían hacer. Me abrí paso entre el grupo, exhortando a los hombres a la calma y al orden, y fue entonces cuando descubrí que el portillo metálico de la escotilla que llevaba a los puentes superiores había quedado bloqueado y semicerrado, de forma que los hombres que llevaban las caretas antigás y los chalecos salvavidas hinchados, sólo podían salir lentamente y con grandes dificultades. Cuando les hube dado la orden de tirar el ya completamente inútil equipo de combate y de deshinchar los chalecos salvavidas, las operaciones de salida se desarrollaron de una forma mucho más rapida.

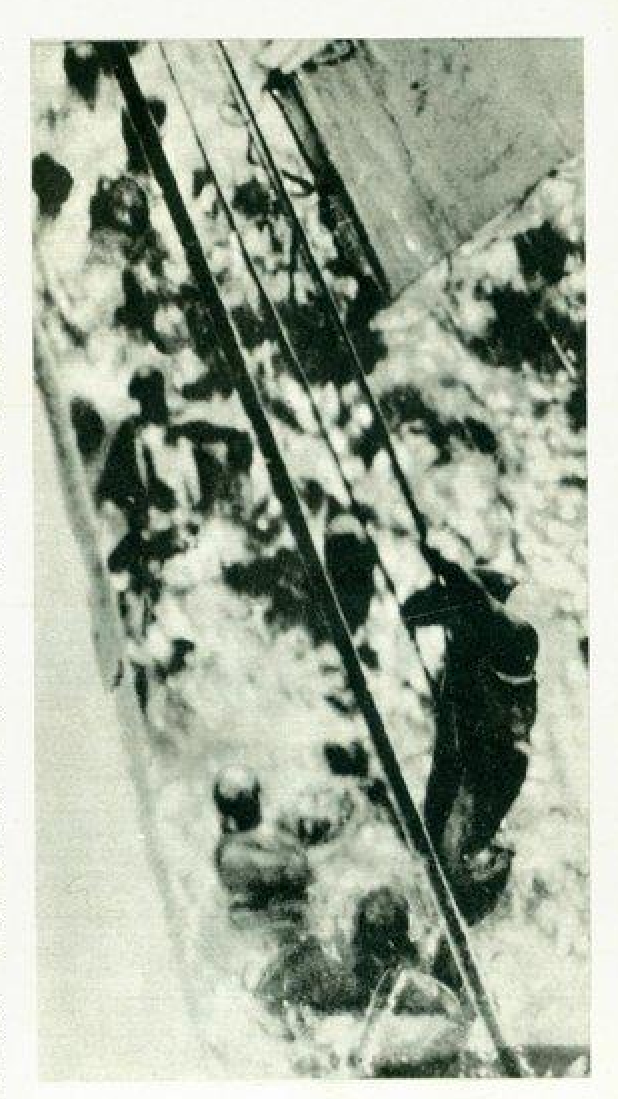
Algunos aspirantes y más de cien suboficiales y marineros se estaban reuniendo entre las dos torres posteriores; pero en el centro del navío flotaba una densa cortina de humo que nos impedía ver lo que sucedía en proa. Sólo el palo mayor surgía entre la espesa humareda. La bandera ondeaba todavía en el mástil de popa y los tubos de los cañones destacaban oscuros, contra el cielo; uno de ellos destrozado por una explosión.

Entre tanto, el buque se iba hundiendo considerablemente y nos dimos cuenta de que acabaría dando la vuelta. En mi calidad de oficial de más alta graduación, ordené a los hombres que tomaran algunas medidas propias de la situación: permanecer cerca del agua, mantener la calma, no desalentarse y ser prudentes en el curso de los interrogatorios a los que les sometería el enemigo si caían prisioneros. Tras un triple *Sieg heil!*, ordené: «¡Abandonad el buque!».

Apenas nos habíamos alejado cuando el navío escoró hacia babor; el trancanil se ocultó bajo la superficie del agua y en cambio emergió la aleta estabilizadora. Tras una dramática pausa, el *Bismarck* dio la vuelta y, observando el casco, vimos que no había sido dañado por los torpedos. Después, lentamente, la proa se levantó y, de popa, el *Bismarck* se hundió en los abismos.

Cuando todavía nos encontrábamos en cubierta habíamos visto un crucero inglés que se aproximaba. Se trataba del *Dorsetshire*, que se acercó a los restos del naufragio y se detuvo para recogernos. Unos 85 hombres de los 400 que se encontraban en el agua fueron puestos a salvo; pero poco después un vigía anunció que había visto el periscopio de un *U-Boot* y el *Dorsetshire* se alejó a toda máquina, dejando en el agua a nuestros compañeros. Por desgracia nuestra, el vigía se había equivocado, pues en aquella zona no había ningún *U-Boot* alemán. Más tarde, el destructor *Maori* recogió otros 25 hombres; diez horas después un *U-Boot* salvó a otros tres y al cabo de dos días otros hombres fueron salvados por un barco meteorológico alemán y por un crucero español.

De los 2200 marineros del *Bismarck*, 115 sobrevivieron; de cien oficiales, solamente dos.



Algunos supervivientes del *Bismarck* son salvados por el *Dorsetshire*, que lo había hundido con sus torpedos tras los ataques de los dos acorazados británicos *Rodney* y *King George V*. *(Keystone)*

G. JUNACK, CAPITÁN DE NAVÍO



Nació en Berlín en agosto de 1909. Estudió hasta 1927 y al año siguiente trabajó en la Siemens-Schuker Werke, de la capital alemana; el mismo año entró en el Politécnico de Berlín, diplomándose en 1932 como *Diplomingineur* (ingeniero diplomado). Ingresó en la Marina de Guerra en 1933 y prestó servicio como teniente de máquinas en la Flotilla Geleit. Después, en 1935, ascendió a capitán de corbeta (de máquinas), pasando luego al acorazado *Bismarck*. Fue prisionero de guerra durante cinco años, en Inglaterra y en Canadá. Desde 1947 a 1956 ocupó el cargo de ingeniero jefe en una fábrica de aceros de Hamburgo. Reemprendió la carrera naval en 1956, con la graduación de capitán de fragata, y ascendió a capitán de navío en 1962. Tras haber prestado servicio en Wilhemshaven como jefe de Estado Mayor logístico, se retiró en 1966.

EL "NUEVO ORDEN"



Un grupo
de polacos
detenidos
por la Gestapo.
(History of the Second World War)

"Una nación que en una época de corrupción racial se consagra a preservar los mejores elementos de su raza se convertirá un día en la dominadora del mundo". Eso había escrito Hitler en "Mein Kampf", y su pronóstico se estaba haciendo realidad. La potencia de la "Wehrmacht" había regalado al dictador alemán un imperio europeo, pero un imperio cuyo destino era dominado por el terror.

DE HITLER

Roger Manvell y Heinrich Fraenkel

Las ambiciones que alimentaba Hitler para la nación alemana tenían su lógica, pero perversa. Lo que de muchacho había aprendido lo expresó después, a mediados de los años veinte, con un lenguaje áspero, polémico y muy poco diplomático en su *Mein Kampf*, siendo gradualmente llevado a la práctica, en las dos décadas que siguieron, cuando el «nuevo orden» empezó a implantarse en toda Europa.

Hitler obtuvo su primera victoria sin necesidad de recurrir a la fuerza, adoptando simplemente una actitud molesta, amoral y alarmante, o recurriendo a sus especiales sistemas de negociación, en lugar de seguir las tradicionales normas de los procedimientos diplomáticos. Dejó tras de sí una estela de políticos profundamente aturdidos, los cuales, en el período del *appeasement*, demostraron su total incapacidad para hacer cualquier cosa que no fuera el puro y simple doblegarse a sus exigencias insaciables.

Sólo cuando todos los demás procedimientos no dieron el resultado apetecido, Hitler recurrió a la guerra. Y entonces quedó tan sorprendido como el resto del mundo cuando Inglaterra y Francia solicitaron, por fin, «ver» sus cartas, desenmascarando de esta forma su *bluff*. Se inició así el período de la «guerra extraña», período durante el cual los Aliados estuvieron a la espera de que estallase la «guerra combatida», que ellos no pensaban iniciar.

En la mente de Hitler, Europa había sido siempre una esfera de influencia alemana, cuyos límites vigentes, totalmente ficticios, no eran más que la manifestación de un reparto arbitrario y hecho con mala intención por los Aliados de 1918. A juicio suyo, a partir de 1938, él se había dedicado, en primer lugar, a una corrección de estas fronteras que permitiera reunir en una nación única y centralizada a todos aquellos por cuyas venas corría pura sangre alemana y, en segundo lugar, a la realización de un complejo sistema de alianzas con los Gobiernos simpatizantes de otros países.

El pacto con Rusia

Estas alianzas correspondían a los intereses de los principales miembros del Eje (Alemania e Italia) y, en menor medida, a los de los miembros menos importantes (Hungría, Bulgaria y Rumania). Al mismo tiempo proporcionaban una temporal cobertura al pacto que von Ribbentrop había estipulado con la URSS. Dicho pacto tenía un matiz muy característico, y dejaba entrever a grandes rasgos, la futura marcha de los acontecimientos:

«Alemania declara que, prescindiendo de las divisiones territoriales que se llevarán a cabo en Europa en el mundo de la paz, sus aspiraciones se concentran en los territorios de África Central.

»Italia declara que, prescindiendo de las divisiones territoriales en Europa, sus aspiraciones se concentran en los territorios de África septentrional y nororiental.

»El Japón declara que sus aspiraciones territoriales se concentran en las áreas de Asia Oriental, situadas al sur del imperio insular del Japón.

»La URSS declara que sus aspiraciones territoriales se concentran al sur de su territorio nacional, en dirección al océano Índico.

»Reservándose la resolución de eventuales cuestiones particulares, las cuatro potencias se comprometen a respetar recíprocamente estas aspiraciones territoriales y a no oponerse a su realización».

Esta era una condición clave en el acuerdo proyectado por Hitler, con objeto de apartar la atención de los rusos de todos aquellos territorios de Europa central por los que Alemania sentía primordial interés. Dejando aparte el hecho de que el plan resulte absurdo o sensato a nuestros ojos, lo cierto es que dejaba entrever cuáles habrían sido los colores de un mapa que representara el mundo soñado por Hitler. La primera fase de la realización de este sueño ya había sido puesta en práctica en el trascurso del año 1941; la segunda etapa estaba a punto de alcanzarse cuando Hitler invadió Rusia.

En la práctica, ya antes de 1941, la administración nazi se organizó según variantes de un mismo esquema general; excepto, naturalmente, en los territorios de anexión directa al Reich. Estos últimos se convirtieron en *Gaue* o distritos, con su *Gauleiter* (gobernador administrativo) nazi.

En cuanto a los territorios ocupados y no incorporados, generalmente se hallaban bajo la dirección de un funcionario civil, el cual debía trabajar en estrecha colaboración con el comandante de las fuerzas de ocupación, con el jefe de las SS y con el de la policía de seguridad (Gestapo). En el caso de que se tratara de territorios de primordial importancia estratégica –por ejemplo, Bélgica, Francia septentrional y Yugoslavia– el mando directo lo ejercía el comandante militar.

El tipo de dominio y de trato reservado a los territorios ocupados más importantes variaba de acuerdo con el *status* que la concepción de Hitler les asignaba en el «nuevo orden». Se crearon muchos «Estados marioneta», como, por ejemplo el protectorado de Bohemia-Moravia y Eslovaquia. En los países que parecían más propicios a «simpatizar» con los alemanes se crearon «gobiernos-marioneta», como lo fueron el del comandante Widkun Quisling en Noruega o el del mariscal Pétain en la Francia de Vichy. El mariscal Pétain inspiraba a Hitler un respeto especial.

Otros países, como Bélgica –cuyo soberano, el rey Leopoldo, capituló en 1940 y era tratado por los alemanes como prisionero de guerra–, mantuvieron su normal administración estatal, pero permaneciendo «sin cabeza», bajo la intervención alemana.

Los criterios en que Hitler se basaba para nombrar ministros y comisarios en territorios ocupados eran, en verdad, arbitrarios: unos eran elegidos por oportunismo; otros, para compensarlos por la «lealtad» demostrada en el pasado; muchos lo eran porque importaba muy poco quién ocupara el cargo, puesto que sus decisiones podían ser anuladas en cualquier momento. No obstante, dadas las circunstancias, algunos de estos nombramientos pueden considerarse como razonables; así, por ejemplo, el del doctor Best, que fue ministro del Reich para Dinamarca, país donde Hitler esperaba poder mantener unas condiciones más o menos «normales». Por otra parte, la elección del brutal y lunático doctor Hans Frank para dominar a los polacos y la de Heydrich –el frío, inteligente y cruel general de las SS– para infundir miedo a los indóciles checos del protectorado de Bohemia-Moravia, tenían en cierto sentido un carácter punitivo. En cambio, nadie logra comprender por que razón fue nombrado ministro del Reich, para los territorios que habrían de ser ocupados en la URSS, un pseudointelectual como Alfred Rosenberg, hombre que carecía totalmente del sentido de la realidad.

El dominio del miedo

A la ocupación de un país por parte del Ejército alemán seguía invariablemente, aunque en distintas proporciones, la anulación de su soberanía nacional. Se alteraban las fronteras, se dividían los Estados y se anexionaban los territorios a Alemania.

Los distritos belgas de Eupen, Malmédy y Moresnet, por ejemplo, fueron anexionados a Alemania en virtud del decreto del 29 de julio de 1940. El 23 de septiembre de 1941, con efecto retroactivo, se concedió la ciudadanía alemana a aquellas familias de raza germánica que, automáticamente, habían adquirido la ciudadanía belga cuando, tras la primera Guerra Mundial, Alemania hubo de ceder a Bélgica los citados distritos.

El nuevo código relativo a la nacionalidad, aplicado por los alemanes, preveía dos grados distintos de ciudadanía. El grado superior *(Bürger)* sólo se concedía a hombres y mujeres de origen alemán, cuya lealtad hacia el régimen fuera indudable; el grado inferior *(Staatsangehörige)*, que asumía caracteres de «asociación» con el Reich, se otorgaba a los «fieles» que no eran de raza germana y a los cuales se les permitía disfrutar de pasaporte alemán. En los territorios anexionados las consecuencias de estas disposiciones resultaron muy duras; los polacos, belgas y franceses que permanecieron en esas zonas dejaron de ser ciudadanos de su país, pero sin convertirse tampoco en conciudadanos de los alemanes; a algunas minorías «consanguíneas» –por ejemplo, los flamencos– se les concedía algunas veces la ciudadanía de segunda clase. Los hebreos, naturalmente, se convirtieron en apátridas y perdieron todos los derechos.

Mientras el régimen de los ocupantes se hacía cada vez más despótico, el peso de los decretos alemanes empezó a dejarse sentir cada vez con



Para Hitler Europa había sido siempre una esfera de influencia alemana, y las fronteras establecidas después de 1918 no eran más que las consecuencias de un reparto arbitrario. Ya en el poder, el *Führer*, a partir de 1938, inició el proceso de rectificación de aquellas fronteras mediante la anexión de los territorios limítrofes. Al mismo tiempo estableció una serie de alianzas con los países amigos, a fin de lograr una distribución de las esferas de influencia y rodearse de un grupo de naciones más o menos adictas a Alemania.

mayor fuerza. Así, poco a poco, los ciudadanos de Francia, Bélgica, Holanda y Noruega –y, por último, incluso de Dinamarca– se encontraron sometidos al código penal nazi y a aquella odiosa forma de gobierno conocida bajo el nombre de Estado-policía.

Para los que jamás han tenido que soportar esta forma de tiranía es difícil comprender cómo se vive en un Estado semejante. En una democracia, la policía representa al propio ciudadano y su misión es protegerle, asegurando que todos, incluso el mismo policía, observen las leyes que el país, democráticamente, se ha dado. Pero en un Estado-policía el ciudadano ya no goza de ninguna protección jurídica válida contra la acción gubernativa, ni conserva ningún derecho para impedir la arbitraria creación de «autoridades», leyes y reglamentos que limiten sus derechos. La policía asume nuevas y secretas funciones; deja de actuar a favor del ciudadano, convirtiéndose tan sólo en intérprete de la voluntad de las autoridades. El dominio de las leyes es sustituido por el dominio del miedo.

Cuando las nuevas autoridades de ocupación entraban en escena, se organizaban en tres ramas, complementarias: la administración estrictamente civil, las fuerzas militares de ocupación de la *Wehrmacht* y la policía secreta, que, en nombre de la «seguridad», se convirtió en la tropa de asalto del terror. Por muy «justa» que fuera la actitud de la administración civil y por muy correcta que resultara la conducta de las fuerzas militares, tras ellas existía el arma final de la «seguridad». Sus representantes podían actuar –y, en efecto, lo hacían– con total independencia, sin previa consulta a sus colegas civiles o militares, los cuales, con frecuencia, no veían con buenos ojos e incluso detestaban, tanto como la misma población ocupada, a ese elemento amenazador que actuaba entre sus filas.

Esa policía secreta, respaldada por las SS, seguía al ejército alemán en su avance; entraba en escena tras la ocupación e, inmediatamente, asumía sus especiales funciones. Este sistema de dominación acabó siendo codificado por Hitler en el tristemente célebre decreto *Nacht und Nebel* (Noche y niebla), de diciembre de 1941; en él se otorgaba a la policía secreta el privilegio de detener «a cualquiera que atente contra la seguridad alemana», lo que daba un amplio margen a la forma arbitraria de actuación.

En flagrante violación de la Convención de La Haya y de las leyes vigentes en los países ocupados, cada día se extendía más una dominación basada en decretos discriminatorios. Estos abusos estaban respaldados por tribunales puestos bajo la jurisdicción del comisario del Reich, quien podía decidir el desarrollo del juicio en procesos de cualquier tipo. Un ciudadano no corría el peligro de tener que comparecer ante diversos tribunales, civiles o militares, o de ser detenido e interrogado en secreto por los agentes de la Gestapo. Tanto los oficiales de las Fuerzas Armadas como de las SS podían imponer multas y otros castigos. Los tribunales existentes en los países ocupados fueron sustituidos, en gran parte, por tribunales dirigidos y dominados por las fuerzas invasoras.

Mostrar la más mínima forma de hostilidad frente a las fuerzas ocupantes, significaba exponerse a la inmediata pérdida de los bienes. La constante amenaza de expropiación se convirtió en un medio de presión política. En Polonia, la expoliación en masa de los bienes de personas completamente inocentes e inofensivas, cuya única cuña consistía en no ser alemanes, fue incluso impuesta por un decreto del 17 de septiembre de 1940. Los polacos resultaban ahora indeseables en las tierras que siempre fueron suyas. Por lo general, todas las poblaciones subyugadas se veían obligadas a pagar muy caro el coste de la ocupación; por ejemplo, a través de la confiscación del oro, de toda la moneda y de los títulos extranjeros, además de tener que ceder a los alemanes todos los créditos en el exterior. Asimismo, mediante la intervención ejercida sobre el empleo de la mano de obra y sobre los niveles de salario, fue posible dirigir las energías de los pueblos sometidos, a fin de que rindieran las máximas ventajas para Alemania. Los trabajadores tuvieron que proporcionarse cartillas o cédulas de trabajo, y el libre movimiento de la mano de obra, entre las distintas actividades productivas, quedó totalmente prohibido. En el Gobierno General de Polonia los hombres comprendidos entre los 18 y los 60 años se vieron sujetos a reglamentos que preveían el reclutamiento para el trabajo. En los Países Bajos, en Noruega, en Francia y en Bélgica se ejercieron presiones para inducir a los trabajadores a trasladarse «voluntariamente» a Alemania; entre las sanciones previstas para los que se rehusaban, figuraba retirarles la indemnización por desempleo o las cartillas de racionamiento.

En los Países Bajos, la prestación fue introducida, en un principio, para ejercer especiales actividades que debían desarrollarse dentro del propio país; pero esta limitación quedó abolida en marzo de 1942, y a partir de entonces las autoridades pudieron obligar a los jóvenes (varones o hembras), entre los 18 y 25 años, a ir a trabajar a Alemania; en Bélgica, este mismo decreto se amplió en octubre de 1942, de forma que comprendía a todos los varones entre los 18 y 50 años y a todas las mujeres entre los 21 y 35 años.

A los hebreos se les prohibió percibir salario alguno, y así las autoridades de ocupación lograron obtener grandes beneficios con la mano de obra que conseguían de los *ghettos*. En gran parte, esa forma de trabajo siguió en vigor después de la invasión de Rusia.

Dinamarca y Polonia: dos casos-límite

Analicemos ahora las condiciones de vida en los casos-límite opuestos de la ocupación nazi: Dinamarca y Polonia.

El pretexto dado por el representante alemán, al producirse la invasión de Dinamarca, fue que la neutralidad del país se hallaba a punto de ser violada por los Aliados. El rey se reunió inmediatamente con los miembros de su Gobierno, y, puesto que la situación era desesperada, se abandonó la idea de intentar cualquier resistencia. El soberano, tras haber protestado formalmente contra la invasión, exhortó a su pueblo a comportarse con corrección y dignidad.

Desde el 9 de abril de 1940 al 29 de agosto de 1943 –en que fue declarada la ley marcial para hacer frente a los desórdenes que ya se habían transformado en franca revuelta– el Gobierno danés continuó ocupándose de los asuntos del país y el rey conservó íntegramente su soberanía formal. En este período no se impusieron a los daneses las leyes alemanas; pero las fuerzas ocupantes ejercieron una presión continua para inducir al Gobierno danés a establecer ciertas normas que ellas deseaban.

Por lo que respecta a los hebreos, el rey Cristián intervino personalmente para oponerse a las presiones que los alemanes estaban ejerciendo para que el país adoptara leyes racistas. El rey se dirigió públicamente a una sinagoga de Copenhague, y es muy conocida su afirmación de que si los alemanes inducían al Parlamento danés a aprobar una legislación antisemita, que el pueblo repudiaba, él sería el primero en ostentar la estrella de David. Así, la mayor parte de los hebreos daneses lograron salvarse. También se hicieron intentonas para inducir a los trabajadores a trasladarse a Alemania; pero no se estableció ninguna forma de reclutamiento. No obstante, la economía del país sufrió un notable empobrecimiento en benficio del Reich.

Polonia conoció un destino muy distinto al de Dinamarca. Extensas zonas fueron incorporadas inmediatamente a Alemania, de modo que estableciceran, una vez más, la unión directa entre el verdadero y propio Reich y Prusia Oriental. Según el acuerdo previamente estipulado con Hitler, Rusia ocupó las regiones orientales. Y de esta manera, rodeado por Rusia y Alemania, quedó un «estado polaco» completamente ficticio (confiado a Hans Frank), al que se dio el nombre de Gobierno General y que en realidad era el último residuo de Polonia.

Este Gobierno General, con capital en Cracovia, se reducía a la cuarta parte de la extensión que Polonia tenía antes de la invasión, y comprendía una tercera parte de la población anterior (unos 35 millones).

En el territorio anexionado, la autoridad administrativa se confió a los *Gauleiter;* mientras que todo lo polaco iba siendo eliminado para favorecer la total «germanización» del país. Se ordenó



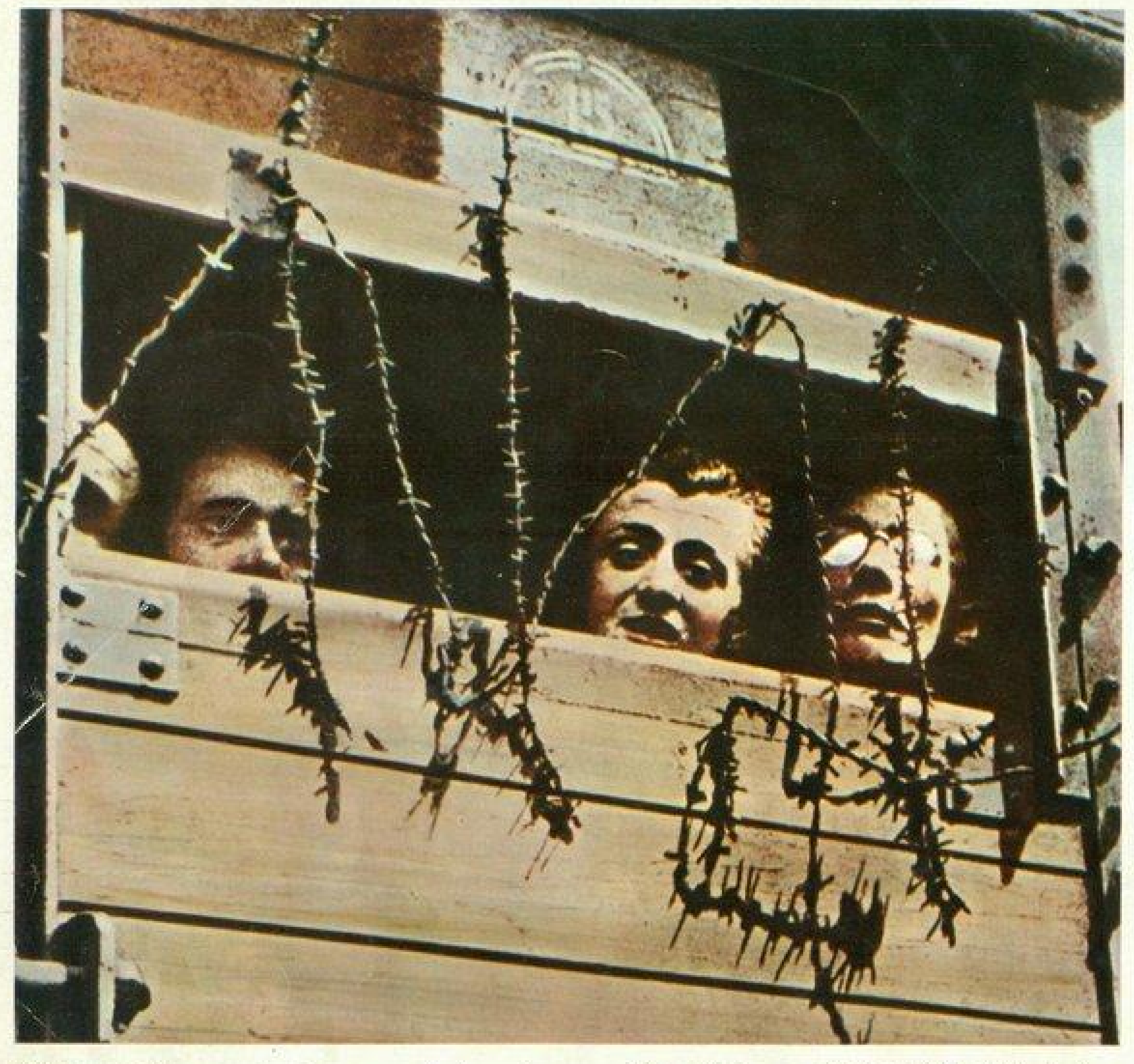
Junio de 1940: fusilamiento de patriotas polacos. Considerado por Hitler como una raza inferior, el pueblo polaco hubo de soportar vejaciones de todo tipo por parte de los alemanes. *(History of the Second World War)*



Abajo, izquierda: bando de movilización fijado por los alemanes en la puerta de una casa polaca. En 1940, unas 250.000 personas de raza germana fueron transferidas a la zona de Polonia anexionada por el Reich, siendo expulsadas de ella unas 500.000, entre hebreos y polacos. *(Foto G M)*



Bajo estas líneas: Dinamarca, 1940: un oficial alemán en conversación con un oficial danés poco después de la ocupación. En los primeros tiempos, Dinamarca conservó su estructura administrativa, sin interferencias por parte alemana. *(Archivo Rizzoli)*



Prisioneros hebreos amontonados en un vagón de ganado. Los judíos, que en un principio debían ser trasladados a otros territorios, se convirtieron muy pronto en un grave problema cuando Hitler inició su campaña de conquista del Este. Fue así como nacieron los proyectos de su eliminación en masa. *(History of the Second World War)*

el reclutamiento de trabajadores y se puso en práctica el plan cuadrienal de Goering; la economía asumió una estructura de guerra y las «leyes de Nuremberg» privaron a los hebreos de todos sus derechos e incluso de la ciudadanía. Los tribunales pasaron a manos alemanas, y desde el mes de noviembre de 1939 la única moneda legal fue el *Reichsmark*.

En virtud de un decreto del 17 de septiembre, los bienes de todos los ciudadanos polacos (excepto los de aquellos que tenían derecho a adquirir la ciudadanía alemana) quedaron sujetos a confiscación para «el bienestar público»; los de los hebreos fueron confiscados automáticamente.

La economía del Gobierno General fue progresivamente estrangulada a consecuencia del esfuerzo al que se la sometó para obligarla a producir, en beneficio exclusivo de Alemania, hierro, acero, carbón, cuero y pieles. Y puesto que Alemania se había convertido en el único cliente, el comercio privado fue desapareciendo poco a poco.

En el plano cultural, la enseñanza acabó siendo sometida a la supervisión directa de una sección del ministro del Reich; naturalmente, regía la más estricta segregación y los niños alemanes frecuentaban escuelas exclusivamente reservadas para ellos. Las universidades fueron cerradas y la sola forma de instrucción superior a la que aún tenían acceso los polacos era una enseñanza técnica que les permitiría convertirse en obreros especializados. Las obras de arte de reconocido valor, tanto si eran de propiedad pública como privada, fueron confiscadas y trasladadas a Alemania. Finalmente, por considerar que tendían a favorecer el desarrollo del movimiento de resistencia, se prohibieron casi todas las formas de reunión social, y, a partir de abril de 1941, incluso fueron prohibidos los bailes.

Genocidio

Hans Frank compartía junto con Himmler la espantosa responsabilidad de los traslados forzosos. Alrededor de 250.000 personas de origen alemán, que vivían en la zona polaca ocupada por los rusos y en los Estados bálticos, fueron transferidas, de acuerdo con la Unión Soviética, a los territorios polacos anexionados al Reich. En consecuencia, 500.000 personas, entre hebreos y eslavos habían de ser enviados al Este para dejar sitio a los alemanes que llegaban. Nunca se sabrá cuántos murieron en esta operación. El propio Himmler se daba perfecta cuenta de lo que todo esto significaba, e hizo referencia a ello en un discurso pronunciado ante los jefes de las SS, que ponían objeciones a la idea de llevar a cabo análogas operaciones en las zonas occidentales de relativa calma.

De esta forma se aplicó en Polonia, por primera vez, la política del genocidio con los hebreos. Pero el genocidio (la exterminación planificada de una raza), como forma más aguda de la «solución final» (el más macabro y siniestro eufemismo de la terminología nazi), si bien se inició mucho antes de junio de 1941, no se convirtió en una política plenamente reconocida hasta el momento en que, con la invasión de los vastos territorios de Rusia, Alemania afrontó el problema de la conquista y la expoliación del Este.

Es cierto que en principio la política nazi respecto a lo judíos consistió tan sólo, en despojarlos de sus bienes y eliminarlos de la comunidad alemana, concentrándolos en los *ghettos* y en campos especiales; pero, en la práctica, el «problema hebreo» se reveló como un obstáculo demasiado grave para la rápida campaña de colonización que Hitler quería llevar a cabo en Oriente, donde en el territorio alemán-polaco vivían unos 2.000.000 de polacos y 3.300.000 judíos. En el Reich sólo quedaban unos 270.000, que permanecieron en el país tras el desesperado éxodo de más de 300.000 de ellos; éxodo que se produjo entre los años 1933 y 1939. En 1940, su aniquilamiento total parecía el único medio para «liberar» a Europa de los hebreos. Y fue así como la parte de Polonia ocupada y anexionada al Reich se convirtió en un centro de exterminio para millones de individuos de esta raza.

Grandes proyectos respecto a Gran Bretaña

El concepto que Hitler tenía de Gran Bretaña y de su lugar en el «nuevo orden europeo» se adaptaba perfectamente a su esquema general. Hitler sentía respeto por este país; opinaba que, en su mayor parte, la sangre inglesa era biológicamente buena, aunque le parecía que en el terreno económico y político el país, en cierta medida, se había entregado a los hebreos. Hitler no quería la guerra con Gran Bretaña, sino una alianza con ella: en su *Mein Kampf* la había definido como «el más precioso aliado del mundo». Por eso se sintió tan profundamente decepcionado cuando Gran Bretaña rechazó todo acuerdo con él y no quiso convertirse en la superaliada de la Alemania nazi.

En consecuencia, los alemanes habían proyectado y desarrollado un plan para la invasión y ocupación de aquella isla recalcitrante. Durante el verano de 1940 se cursaron «órdenes para la organización y funciones del Gobierno Militar en Inglaterra». Estas órdenes convergían en un punto: todos los varones físicamente aptos, en edades comprendidas entre los 17 y los 45 años, serían «internados y expedidos a Europa continental», y el país sería expoliado basándose en los mismos criterios seguidos en Polonia.

Las SS entrarían en acción bajo las órdenes del coronel doctor Franz Six, antiguo rector de la Facultad de Economía de la universidad de Berlín. Six instalaría su puesto de mando en Londres, y se preocuparía de que sus grupos de acción actuaran en la misma retaguardia del Ejército alemán invasor; el plan preveía el traslado de los mandos de estos grupos de acción a Londres, Bristol, Birmingham, Liverpool, Manchester y Edimburgo.

Se sabe que los nombres de muchos eminentes políticos, filósofos y escritores hostiles al nazismo figuraban en una lista de más de 2000 personas que debían ser detenidas inmediatamente. Esta lista, que se iniciaba con el nombre de Churchill, incluía también, los de H. G. Wells, Noël Cowar, Rebeca West, Bertrand Russell, J. B. Priestley y C. P. Snow. Por lo que parece, Gran Bretaña estaba destinada a convertirse en una segunda Polonia; pero la batalla de Inglaterra salvó a los ingleses de semejante destino.

El día 30 de enero, en del discurso pronunciado para conmemorar el aniversario de su subida al poder, Hitler profetizó la caída de Gran Bretaña y de su imperio, un imperio que rivalizaba con el suyo y que se basaba, según sus palabras, en la opresión y la explotación. Después, se crearía una única potencia mundial que garantizaría la paz y la justicia a todos los hombres de la Tierra.

«Estoy convencido de que 1941 será un año crucial para el nuevo orden en Europa. Los acontecimientos de este año sentarán las bases de una verdadera compresión entre los pueblos y, en consecuencia, de una verdadera paz entre las naciones... Aquellos países que aún se enfrentan a nosotros, se darán cuenta un día de que su mayor enemigo es el que tienen dentro de sus fronteras. Y ese día se unirán a nosotros en un frente compacto que se opondrá a la explotación y a la degeneración racial, difundida por los hebreos en todo el mundo».

¿Acaso no había escrito, en el epílogo de *Mein Kampf*: «Una nación que en una época de corrupción racial se consagra a preservar los mejores elementos de su raza se convertirá un día en la dominadora del mundo»?

LA EUROPA OCUPADA



Uno de los primeros emblemas de la Resistencia holandesa: la «V» de los Orange, símbolo de la victoria.
(History of the Second World War)

Holanda, mayo de 1940 - mayo de 1941

Con la conquista de los Balcanes, el hitleriano "Reich de los mil años" alcanzó su apogeo. ¿Cuáles fueron las repercusiones de la presencia alemana en la vida cotidiana de los países europeos? En este capítulo, una escritora, que en aquellos tiempos era aún una colegiala, describe el primer año de ocupación en Holanda, poniendo de relieve el creciente escepticismo de los holandeses respecto a las seguridades que les daban los alemanes, y la resistencia de esa nación a colaborar con Hitler en cuestiones como la persecución de los judíos.

JULIETTE MARRES



En la fotografía superior: el general alemán Christiansen, jefe de la administración militar en Holanda. Tras la huelga comunista de protesta en Amsterdam (25 de febrero de 1941) contra la detención en masa de la población de raza judía, se le confió la misión de mantener el orden de la provincia de Holanda septentrional. Abajo, en la fotografía: Holanda, octubre de 1941. Formaciones de las SS holandesas son revistadas antes de su partida para el frente oriental. La invasión rusa se había iniciado cuatro meses antes. En la página de al lado: Hitler con Arthur Seyss-Inquart (a su derecha) que en el año 1940, después de la invasión de Holanda por las fuerzas de la *Wehrmacht*, fue nombrado comisario del Reich en los Países Bajos. En un segundo plano puede verse a Martin Bormann, secretario del *Führer*, a Himmler, jefe de la Gestapo, y a su primer lugarteniente Heydrich.

(Associated Press) - (Ullstein) - (Fox Photos)

Desde los primeros días de la ocupación de Holanda, algunos sectores de la opinión pública holandesa intentaron llegar a un entendimiento con los alemanes, buscando un «acuerdo activo» mediante el cual los holandeses pudieran estar representados, en cierta medida –aunque fuera inadecuada–, en los organismos que dirigían la vida de su país. En un principio, los jefes de los más importantes partidos políticos –católico, socialista y liberal–, así como los de otros menos importantes, intentaron crear una organización nacional que proporcionara a los holandeses una guía práctica, fiel a sus principios fundamentales y sin entrar en pugna con los alemanes.

Tales políticos se vieron animados por algunos elementos que, en principio, hicieron pensar en una posible actitud tolerante por parte del recién nombrado comisario del Reich, Dr. Arthur Seyss-Inquart. Éste, el día que se hizo cargo del poder (20 de mayo de 1940), afirmó su intención de respetar el carácter nacional holandés y de no obligar a la población a aceptar una ideología contraria a sus principios.

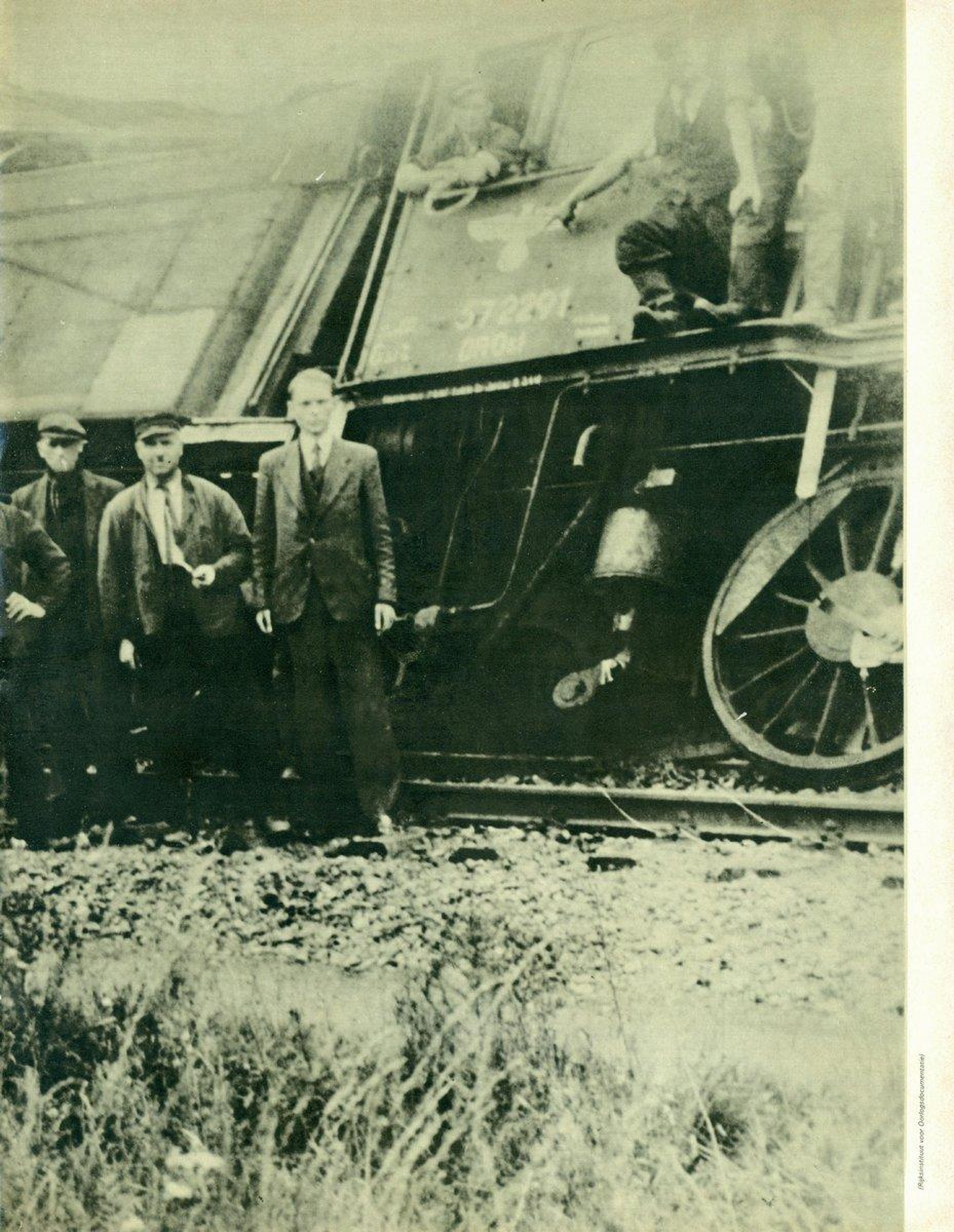
Esa era la situación cuando tres hombres –un profesor católico, un comisario de policía y el gobernador de una provincia– fundaron un nuevo movimiento político al que dieron el nombre de «Unión Holandesa». Aunque contrarios al sistema parlamentario y favorables a una forma autoritaria de gobierno, los fundadores del nuevo partido estaban convencidos de que ni el nazismo ni el fascismo respondían a la mentalidad nacional y que, por lo tanto, los holandeses deberían elaborar, por sí mismos, un tipo de «gobierno fuerte». En espera de crear este nuevo sistema, la «Unión» pretendía constituir una alternativa del Partido nazi holandés, cuya voz, de otra forma, hubiera sido la única en llegar hasta las autoridades alemanas.

Con la esperanza de que desarrollara una eficaz acción instrumental para difundir unos principios semejantes a los fascistas, Seyss-Inquart permitió que la «Unión» continuara sus actividades. Miles de personas se apresuraron entonces a adherirse, aunque casi nadie se tomaba muy en serio el aspecto antidemocrático de las tesis sostenidas por los fundadores del movimiento. Mas, pese a la tolerante actitud de Seyss-Inquart, como los jefes del partido protestaban enérgicamente contra la persecución de los judíos, exigida por los nazis, las relaciones de la «Unión» con las autoridades alemanas no prosperaban. En marzo, el periódico de la «Unión» afirmó en un editorial: «Si, como suponemos,





Holanda 1941: descarrilamiento provocado de un tren. Con la aparición de los movimientos de Resistencia se registraron los primeros actos de sabotaje contra los alemanes y las primeras huelgas. Pero la desorganización e inexperiencia de estos movimientos iniciales comportaron detenciones y duras represalias que paralizaban la acción subversiva.



(Rijksinstituut voor Oorlogsdocumentatie)



Una muchacha holandesa haciendo una fotografía con la máquina oculta en el bolso, mientras su compañera mira «distraidamente» en derredor. La creciente hostilidad hacia los ocupantes favorecía los movimientos de resistencia. *(Rijksinstituut voor Oorlogsdocumentatie)*

los alemanes intentan obligarnos a que nos convirtamos en algo semejante a los nazis, nos resistiremos; nosotros somos pacíficos, pero también obstinados.» El resultado fue que la venta del periódico se prohibió en las calles.

En mayo de 1941, los jefes de la «Unión» se vieron obligados a admitir: «Habíamos esperado poder colaborar pacíficamente con los alemanes; pero ya vemos que es imposible».

Las relaciones empeoran

Pero si en el terreno político los intentos de proteger los intereses de Holanda eran poco fructíferos, en el campo administrativo todo continuaba funcionando como antes, con el resultado de que, para el hombre de la calle, la vida cotidiana transcurría como si nada hubiera ocurrido. Con Seyss-Inquart colaboraban cuatro comisarios generales y, bajo su supervisión, los gabinetes ministeriales holandeses desarrollaron sus actividades en la forma acostumbrada. A nivel local, los consejos municipales también seguían actuando normalmente, y así lo hicieron hasta que fueron disueltos en marzo de 1941; asimismo, en los tribunales todo funcionaba como antes de la guerra, y sólo algunos delitos perpetrados contra las fuerzas de ocupación eran juzgados por tribunales alemanes.

Pero esta atmósfera de cooperación tampoco debía durar mucho. En todo el país se fue operando cierto cambio de forma gradual, pero perfectamente perceptible. La gente empezó a olvidar la sensación de tranquilidad que experimentó al principio frente al correcto comportamiento de los soldados alemanes. Empezó a manifestarse un sentimiento hostil hacia los ocupantes, y las relaciones, lógicamente, fueron empeorando, con la inevitable consecuencia de que Alemania tuvo que aumentar el poder y la influencia del Partido nazi holandés.

Hacia dicho partido, fundado en 1931 por el ingeniero Mussert, los holandeses sentían tal odio que, comparado con él, el que sentían por los nazis alemanes casi podía definirse como sentimiento amistoso. La ambición personal de Mussert era que le concedieran el gobierno de Holanda o de Flandes; pero como la intención de Hitler era anexionar Holanda al Reich alemán, muy pronto tuvo que renunciar a estas esperanzas. Además, Seyss-Inquart, dándose perfecta cuenta de que Mussert y su movimiento eran totalmente antipopulares, escribió a Hitler manifestándole que las capacidades políticas del nazi holandés ni siquiera podían compararse con las de cualquier jefe de distrito alemán. Cuando, en septiembre de 1940, Mussert consiguió ser recibido por Hitler, logró la promesa de que le concederían un cargo oficial; pero esta promesa estaba condicionada, pues dependía de que consiguiera asegurar el apoyo más completo de amplios sectores de la población holandesa. Además, se vio obligado a aceptar la formación de unas SS holandesas, puestas bajo las órdenes directas de Himmler, y a prestar juramento de obediencia al *Führer*.

Durante los primeros meses de la ocupación, el partido logró que se afiliaran 20.000 miembros más; muchos eran oportunistas, que a lo único que aspiraban era a obtener mejores puestos de trabajo o ascender algún grado en la escala social.

Mientras tanto, la población tenía que ir soportando, cada vez con mayor intensidad, prohibiciones, carestías, molestias y restricciones. Los nazis asumieron la dirección del más poderoso de los sindicatos –el socialista–, y sólo los menos importantes (los sindicatos católicos y protestantes) pudieron proseguir sus actividades. Todas las entidades no comerciales fueron puestas bajo la especial vigilancia de un comisario alemán, y las logias masónicas, la Organización Nacional de la Juventud y otros organismos análogos fueron disueltos uno tras otro.

Las industrias holandesas, comprendidos los astilleros y centros siderúrgicos, y las fábricas de cemento, de material de guerra y textiles, trabajaron cada vez más para los alemanes, hasta que, en un momento determinado, una tercera parte de toda la industria llegó a trabajar directamente para ellos. Pero cuando ordenaron oficialmente a las fábricas de armas holandesas que produjeran armamento para el invasor, el ministro de Defensa holandés presentó la dimisión.

Se impusieron severas restricciones a la libertad de los trabajadores para elegir su propio trabajo. Después de la capitulación, como signo de buena voluntad, los alemanes liberaron a todos los prisioneros de guerra holandeses, pero con la condición de que habían de trabajar en Alemania.

El que no aceptaba esta condición no tenía derecho a ser indemnizado por desocupación. Y si alguno, desde Alemania, se atrevía a regresar a la patria, no sólo era privado de la indemnización sino incluso, de la tarjeta de racionamiento.

En mayo de 1941 entró en vigor una disposición totalmente impopular: todos los muchachos y muchachas, en edades comprendidas entre los 18 y 25 años de edad, habían de trabajar durante un año en el Servicio de Trabajo: trabajos agrícolas para los varones y trabajos domésticos para las mujeres.

La prensa estaba sometida asimismo a una severa censura y la mayor parte de los holandeses no le otorgaba el menor crédito, considerándola tan sólo como un portavoz de los alemanes. Algunos diarios los publicaban los nazis holandeses, quienes habían ocupado el lugar de los antiguos directores responsables; en cambio, otros periódicos quedaron en manos del personal directivo de la época anterior a la guerra. La Oficina General de Prensa estaba dirigida por un alemán, Will Hanke, y todas las noticias procedían de la Agencia de Información alemana. Las directivas emanadas por la Oficina de Prensa prohibían la publicación de la menor crítica contra los alemanes, así como noticias relacionadas con la persecución de los judíos, informaciones sobre la familia real holandesa o cualquier referencia al arte inglés o americano.

Otros medios de información se hallaban también rigurosamente vigilados e intervenidos. Estaba prohibida la venta de revistas inglesas y americanas –y hasta de algunas holandesas–; las emisoras de radio del país fueron abolidas y sustituidas por un organismo oficial, dirigido por el tristemente célebre Max Blokzeil; en los cines sólo se proyectaban filmes alemanes, y se prohibió la venta de libros de autores considerados hostiles al nazismo. En los libros escolares eran censurados los párrafos referentes a la familia real holandesa, las frases poco lisonjeras para Alemania en relación con los sucesos de la primera Guerra Mundial e incluso cuestiones tan remotas como la afirmación de que Europa debía su civilización a los romanos.

En 1941, lo mismo que en muchos otros países, en Holanda empeoró la situación alimenticia. Los campesinos recibieron órdenes de entregar a los alemanes la séptima parte de sus cosechas y cultivar más patatas, maíz y nabos. Inútil decir que los agricultores ocultaban grandes cantidades de productos alimenticios, que, más tarde, a través del mercado negro, llegaban a los hogares holandeses; pese a ello, en el país se tenía muchas veces la impresión de que los alemanes no se *llevaban* la séptima parte, sino que les *dejaban* esta séptima



Una hoja de propaganda antialemana muestra a la reina Guillermina exhortando a los holandeses a que no se presenten al trabajo forzado y a practicar la resistencia pasiva contra las fuerzas de ocupación. *(Rijksinstituut voor Oorlogsdocumentatie)*

parte para ellos. Pero, por lo menos, pagaban todo lo que importaban.

Además de la comida, estaban racionados otros productos. Por ejemplo, cualquiera que gastase más gas o electricidad del cupo que tenía asignado, corría el riesgo de ver cortado el suministro tras una primera y única advertencia. Las raciones de combustible se demostraron insuficientes durante el frío invierno de 1940-41.

También los transportes se vieron afectados. Ningún automóvil podía circular después de las 22 horas; para obtener neumáticos había que presentar la correspondiente instancia, y para hacer frente al racionamiento de gasolina, se aplicaba a los automóviles los más extravagantes aparatos con el fin de que pudieran funcionar con leña, carbón, turba o gas.

Toque de queda, tarjetas de identidad y propaganda

El gran número de restricciones y prohibiciones no contribuyó, ciertamente, a detener el creciente sentimiento de hostilidad hacia los alemanes; y aunque muchos hombres de la *Wehrmacht* continuaron mostrándose educados y cordiales y numerosas familias holandesas intentaron adoptar una actitud amistosa con el soldado alojado en su casa, el espectáculo de las tropas en marcha y el resonar de las marciales canciones de guerra hicieron que los holandeses no olvidaran que eran un pueblo derrotado. Por otra parte, la propaganda nazi empleaba, con harta frecuencia, frases de una arrogancia irritante, dificultando con ello la posibilidad de que entre ambas partes se mantuviese un espíritu de colaboración.

Frente a todo esto, los holandeses empezaron a pensar, tímidamente al principio, en la posibilidad de liberar a su país. Pero hay que reconocer que, en aquella época, era preciso ser realmente un optimista empedernido para creer en una próxima victoria aliada. Muchos ni la esperaban siquiera. Otros sí creían en ella; pero la veían muy remota. Con esta situación, las cosas habían de seguir en el plano más normal, y no se debía dar a los alemanes ningún pretexto para devastar el país y emprender una acción contra sus habitantes.



Rotterdam: un grupo de 250 jóvenes holandeses parte para Alemania. En mayo de 1941 entró en vigor una medida preventiva que obligaba a los jóvenes entre 18 y 25 años a prestar un año de actividad en el Servicio de trabajo; ello significaba trabajos agrarios para los chicos y trabajos domésticos para las muchachas. La imposición resultaba bastante gravosa. *(Foto G.M.)*

1940

15 de mayo: las fuerzas holandesas se rinden a los alemanes.

20 de mayo: Seyss-Inquart, *Reichskommissar* para Holanda asume formalmente los poderes asegurando respetar el carácter nacional holandés.

3 de julio: el general Winckelman, comandante en jefe del Ejército holandés es detenido y enviado a Alemania.

septiembre: Mussert, jefe nazi holandés, viene obligado a aceptar la constitución de unas SS holandesas bajo las órdenes directas de Himmler; el *Führer* se niega a darle un reconocimiento oficial condicionándolo al hecho de que se asegure antes el apoyo de amplios sectores de la población holandesa.

1941

febrero: el ex-primer ministro De Geer regresa de Inglaterra a Holanda como un «oscuro ciudadano».

17 de febrero: los comunistas holandeses organizan con éxito una huelga de protesta entre los obreros metalúrgicos de Amsterdam.

22 de febrero: primeros arrestos masivos de judíos en Amsterdam.

24-26 de febrero: al organizar los comunistas una huelga de protesta, la policía alemana entra en acción y la actitud de los ocupantes se endurece.

1 de marzo: disolución de los concejos municipales holandeses.

mayo: nacionalistas holandeses se manifiestan en Eindhoven chocando con la policía.

15 de mayo: aniversario de la conquista alemana. La reina Guillermina en una transmisión radiada al pueblo holandés asegura que los americanos llegarán pronto en su ayuda.

Reducidos así a un estado de impotente obediencia, muchos holandeses, incapaces de desafiar abiertamente a los ocupantes, recurrieron a toda clase de trucos y subterfugios. Por ejemplo, durante la noche, en las paredes aparecían los letreros «OZO» (los Orange vencerán) y la letra «V» (victoria), y los jardincillos delanteros de las casas se llenaban de flores anaranjadas (el color de la casa de Orange). Como gesto de desafío, a los niños recién nacidos les imponían nombres de miembros de la familia real (un alcalde fue destituido por haber dado a su hija el nombre de Juliana) y se hacían circular retratos de la reina y de las princesas recortados de revistas. Las mujeres llevaban brazaletes y alfileres hechos con monedas de plata que ostentaban la efigie de la reina Guillermina.

Cuando en mayo de 1941 la compañía Philips celebró, en Eindhoven, su cincuenta aniversario, los trabajadores convirtieron los festejos en una demostración patriótica: llevando adornos de color anaranjado o rojo, blanco y azul, entonaron el himno nacional *Wilhelmus* y la canción *Oranje boven* (Viva los Orange). Naturalmente, se produjeron violentos encuentros con la policía alemana, seguidos de numerosas detenciones. Sin embargo, se trató de una acción aislada, en gran parte espontánea.

La limitada resistencia organizada que existía en esta fase de la guerra, estaba animada tan sólo por dos grupos separados: los comunistas y un grupo denominado *Orde Dienst* (Servicio de Orden), organizado por un antiguo comandante de la Escuela de Oficiales de complemento.

Los rojos y la resistencia

Desde el primer día de la ocupación, todos los militares del Partido comunista holandés rechazaron la hipótesis, sostenida por sus jefes, según la cual la guerra había sido provocada por los plutócratas franceses e ingleses. En consecuencia, los 2000 miembros de dicho partido formaron el primer núcleo de resistencia organizado.

Su primer paso hacia una resistencia abierta se produjo el 17 de febrero de 1941, cuando las autoridades alemanas quisieron obligar a 3000 obreros metalúrgicos de Amsterdam a ir a Alemania a trabajar. Los comunistas convencieron a los trabajadores para que se declararan en huelga y, con gran sorpresa por parte de todos, los alemanes retiraron su exigencia. Fue esta una capitulación que levantó la moral tanto de los comunistas como de los obreros en general.

Pero esa moral no se mantuvo en alto mucho tiempo; pocos días después, el sábado y el domingo, 22 y 23 de febrero, los alemanes llevaron a cabo, en Amsterdam, las primeras detenciones en masa de judíos: la noticia levantó una oleada de indignación. El lunes 24 los comunistas distribuyeron un manifiesto que exhortaba a la población de Amsterdam a que se declarara en huelga.

El 25 se apostaron en los puntos clave de la red de transportes públicos e industriales, incitando a los hombres que se dirigían al trabajo a regresar a sus casas.

Estos acontecimientos endurecieron de forma considerable la actitud alemana hacia Holanda, y al día siguiente se confió al *Wehrmachtsbehlhaber*, Friedrich Christiansen, la misión de mantener el orden en la provincia de Holanda septentrional.

La policía alemana patrulló por las calles de Amsterdam y de otras ciudades vecinas, a las que se había extendido el paro, disparando contra cualquier grupo que se formase. En Amsterdam murieron nueve personas y 24 resultaron heridas; varios centenares de verdaderos o presuntos organizadores de la huelga fueron detenidos. A continuación, los alcaldes y comisarios de policía de las ciudades donde se había declarado la huelga fueron sustituidos por nazis holandeses.

La actividad del segundo grupo de resistencia, el *Orde Dienst* (OD), se limitaba a organizar a sus hombres y a recoger armas, puesto que el objetivo del grupo consistía en preparar a sus miembros para combatir al lado de los Aliados ante la probable eventualidad de una invasión.

Los miembros de estos primeros grupos de resistencia se preocuparon también de preparar y distribuir hojas en *ciclostyle* de propaganda antialemana, que salían con regularidad todas las semanas o todos los meses. Pero, por lo general, el mayor contacto que tenían los holandeses con el mundo exterior era a través de las emisiones de la BBC y de la diaria transmisión de Radio Orange, en el curso de la cual, muchas veces, podían oír la alentadora voz de la reina Guillermina que les anunciaba la próxima liberación.

JULIETTE MARRES



Nació en Holanda meridional en 1930. A los 21 años se trasladó a Gran Bretaña para aprender el inglés; y el país le gustó tanto que decidió quedarse. En sus primeros años de estancia en Inglaterra, Juliette Marres trabajó como enfermera. Después estudió Ciencias Sociales en la Universidad de Liverpool y, desde entonces, se ha dedicado a actividades sociales.



Otra hoja volante de propaganda holandesa: Hitler aplastado por la «V» de los Orange. Al principio la Resistencia en Holanda se limitó a los escritos clandestinos y a la recogida de informes. *(Rijksinstituut voor Oorlogsdocumentatie)*



LA RESISTENCIA:

Se puede definir como «Resistencia» la lucha llevada a cabo, primero de una manera clandestina y más tarde abiertamente, por aquellos pueblos cuyo territorio nacional había sido ocupado, tras la derrota, por tropas extranjeras. En casi todos los países estas fuerzas ocupantes fueron las alemanas, en algunos las italianas y en Polonia, hasta junio de 1941, también las rusas.

La resistencia fue al mismo tiempo guerra patriótica, lucha ideológica y batalla política. Y como la importancia de estos tres factores variaba según los lugares y los momentos, los métodos de resistencia también difirieron profundamente de un país a otro; a veces fueron diferentes incluso dentro de las fronteras de una misma nación.

Por otra parte, si en casi todos los países la resistencia coincidió con la época de la ocupación, en algunos de ellos se inició antes de que estallara el conflicto mundial –por ejemplo, en 1922 en Italia, en 1934 en la Alemania nazi, en 1938 (con el *Anschluss*) en Austria, en marzo de 1939 en Checoslovaquia–, si bien es cierto que los movimientos de oposición interna que se manifestaron en Italia y Alemania no pueden ser definidos como «Resistencia» si queremos mantener la acepción de esta palabra. Mas pese a sus muchas facetas, todos los movimientos de resistencia europeos tienen un denominador común: la clandestinidad.

Es importante puntualizar que, excepto en los países de Europa oriental y central (donde la lucha se inició muy pronto), la versión falsamente heroica de una población unida en su odio profundo hacia el invasor queda bastante lejos de la verdad histórica. Si se exceptúan unos pocos combatientes clandestinos, que en Albania, Polonia, Yugoslavia y Grecia continuaron luchando después de la derrota del Ejército de su país, la verdad es que la Resistencia tiene un origen mucho menos heroico de lo que la literatura corriente ha hecho creer. En efecto, entre el verano de 1940 y junio de 1941, la actitud de los pueblos europeos osciló entre dos extremos: la resistencia y la colaboración. Y la mayoría aceptó esta última como un hecho consumado.

En una primera fase, la guerra sólo significó, para muchos, el racionamiento de los productos alimenticios y el alejamiento de los seres queridos. Pero más tarde, y tras la depresión de los primeros meses, la gente empezó a darse cuenta también de que su libertad había sido brutalmente atropellada. La población civil empezó a adoptar una actitud de oposición, abandonando el agnosticismo del «esperar a ver» para convertirlo, primero, en una oposición pasiva y, poco después, en una hostilidad activa y organizada. Así, pues, vemos que, en definitiva, la Resistencia dependía de una actitud mental.

El tipo más sencillo de Resistencia consistía en la oposición pasiva, que se manifestaba de muy diversas maneras: desde la reacción individual y

París: un tipógrafo en una imprenta clandestina trabaja para la Resistencia Francesa. *(Babty and Co. Ltd.)*

Jean-Léon Charles

La derrota de sus ejércitos y la ocupación militar no consiguieron transformar a los pueblos europeos en convencidos partidarios del "nuevo orden" hitleriano. Desafiando el poder de la "Wehrmacht", de las SS y de la Gestapo, en Europa empezó a desarrollarse la "Resistencia". Era un nuevo tipo de guerra, sin reglas y, a veces, incluso sin armas.

SUS COMIENZOS

espontánea a su aplicación en gran escala. Se trataba del tipo de oposición que todos podían llevar a cabo sin correr grandes riesgos: el empleado, retrasando deliberadamente el ritmo del trabajo; el obrero, provocando errores y retrasos en el proceso de produccción, aunque sin llegar nunca al sabotaje; los bancos, frenando la inflación provocada por el cambio de las divisas alemanas, impuesto por lo ocupantes. Se trataba, en otras palabras, de adoptar una actitud de desobediencia. Es difícil valorar la eficacia de la resistencia pasiva; más aún, muchas veces incluso es imposible darse cuenta de su existencia. Llevada al extremo, podía desembocar en una huelga parcial o general; pero en estos casos forzosamente ha de existir una organización que dé las instrucciones, y entonces, llegados a este punto, es cuando la Resistencia se convierte en activa.

Una lucha sin armas

La resistencia activa hubo de enfrentarse con muchas dificultades para ponerse en marcha. Se trataba de una lucha sin armas y sin medios, en la que no sólo todo era improvisado, sino que también antes de pensar en conseguir algo era preciso un rudo trabajo para lograr algo. Así, desde el principio, la Resistencia adquirió el aspecto de una guerra psicológica, y la primera forma activa de lucha consistió, casi invariablemente, en la impresión y distribución clandestinas de folletos o periódicos. Esta actividad, en sus primeras fases, produjo un gran número de víctimas en Europa, ya que a la policía alemana le era fácil llegar, a través de la cadena de los distribuidores, hasta los responsables.

La acción psicológica de «hacer correr las consignas» tuvo, indudablemente, consecuencias muy importantes, aunque, como es fácil comprender, no puedan valorarse con toda exactitud. En muchas ocasiones, los canales de distribución de folletos constituyeron la espina dorsal de una red para recoger y transmitir informaciones o para crear un «itinerario de fuga».

Desde el principio de la ocupación, los soldados que quedaron aislados tras el reembarque de Dunkerque fueron escondidos por la población civil, y se les facilitaron trajes de paisano para pasar inadvertidos y no caer prisioneros. Muy pronto, este tipo de ayuda también se extendió a los prisioneros de guerra evadidos y, más tarde, a los primeros pilotos ingleses cuyos aviones eran derribados sobre territorio ocupado. Ya en 1940 se organizaron «itinerarios de fuga» desde Polonia, Hungría y Noruega hasta Suecia; en 1941, dichos itinerarios unían también Holanda, Bélgica y Francia, con África o Gran Bretaña, a través de la zona de Vichy o de España.

Asimismo surgieron, espontáneamente, numerosas redes de información que –siempre que era posible– se ponían en contacto con los servicios de información de Londres, con el *Intelligence Service* y con los gobiernos en el exilio. Con frecuencia, los primeros pasos en este camino fueron muy inciertos, debido a la falta de experiencia y de medios adecuados (por lo que fueron detenidas y ejecutadas muchas personas); pero en 1941, cuando se lanzaron en paracaídas los primeros agentes preparados para ese fin, en unión de sus operadores de radio, la eficacia de estas organizaciones aumentó sensiblemente.

No obstante, las pérdidas continuaron siendo graves, pues por medio del cálculo radiogoniométrico, el servicio de «escucha» alemán lograba localizar la mayoría de las estaciones transmisoras. Se ha dicho que estas redes de información constituían una especie de aviación de la Resistencia; en efecto, si en la aviación un piloto ha de confiar en un núcleo de personal de tierra, en el mundo de la resistencia clandestina un agente necesita también gran número de colaboradores. Todo aquel que, de una forma u otra, estaba vinculado con la Resistencia, era, en efecto, un agente informativo; el guardagujas proporcionaba datos sobre el horario y el destino de los trenes; la señora que, inocentemente, hacía calceta cerca de la ventana contaba los medios de transporte que veía pasar por la calle; el técnico sustraía o copiaba proyectos de instalaciones, el guardián de las esclusas de un canal proporcionaba informes sobre la carga de las balsas; la encargada de una centralita telefónica daba cuenta del resumen de las conversaciones telefónicas que lograba interceptar, etcétera.

Otra forma de acción directa era el sabotaje, que, durante el primer año de guerra, fue desde luego esporádico y desorganizado. También se produjeron atentados contra la vida de algunos colaboracionistas o de soldados aislados; pero como tales actos siempre daban lugar a sangrientas represalias, la población se mostró generalmente reacia a seguir estos métodos. Por ello, algunos grupos de resistencia no quisieron responder al llamamiento del SOE (*Special Operations Executive*, Ejecución de Operaciones Especiales), la organización inglesa encargada de los movimientos clandestinos.

Por último, objetivo fundamental de la Resistencia era formar unidades armadas que, cuando llegase el momento oportuno, pudieran tomar parte en la lucha por la liberación de su país.

Sin embargo, a fines de 1941, en Europa occidental, todos estos planes no pasaban aún de la fase de proyecto y los artífices de la Resistencia buscaban todavía el mejor camino para poder realizar su misión. En cambio, en Polonia y en Europa central, las condiciones geográficas, la agresividad de que habían hecho gala los ocupantes y el amplio apoyo proporcionado por la población civil, permitieron a cierto número de «partisanos» desarrollar en el mismo período una verdadera lucha armada.

Junto a estas organizaciones, dedicadas a una actividad directa –y, muy a menudo, estrechamente relacionados con ellas– aparecieron los llamados «movimientos de resistencia». Estos movimientos reunían (alguna vez bajo una etiqueta política) a personas «no especializadas», que buscaban el encuadramiento y guía de que la ocupación les había privado: partidos políticos, grupos sindicales, asociaciones cívicas, culturales, etc. Y si bien para dichos movimientos el objetivo inmediato era la lucha contra la ocupación enemiga, con frecuencia perseguían también otros fines a más largo plazo. Sin embargo, pese a las diferencias de opinión y de algún que otro roce, durante esta primera fase de la guerra la Resistencia fue, sustancialmente, apolítica (exceptuando, claro está, la actividad desarrollada por los partidos comunistas).

A partir de agosto de 1939, cuando Hitler y Stalin hubieron firmado el pacto de no agresión, los comunistas se encontraron en una posición muy difícil. Durante la llamada «guerra extraña» pusieron a disposición de Moscú sus recursos y su ya muchas veces experimentada organización, saboteando a menudo el esfuerzo bélico aliado. Su actitud «oficial» no experimentó ningún cambio durante los primeros meses que siguieron a la invasión alemana; sus boletines continuaban acusando a «los belicistas anglofranceses» y exhortaban a los trabajadores a reanudar su trabajo. Pero en el interior del país se encontraban totalmente aislados, considerados por sus compatriotas como furibundos partidarios de los nazis. Y lo curioso era que, pese al pacto germano-ruso, también eran perseguidos por las autoridades alemanas de ocupación que, referente a ellos, habían recibido específicas órdenes secretas.

Pero el gran cambio de orientación de los comunistas se produjo cuando, el 22 de junio de 1941, recibieron desde Moscú la orden de adherirse a la Resistencia. A partir de este momento, su actuación adquirió un papel preponderante, sobre todo en Yugoslavia.

En resumen, se puede decir que al empezar el verano de 1941 la Resistencia en Europa se hallaba todavía dispersa y que era de carácter esporádico. No existía ninguna forma de unidad a nivel nacional, ni de cooperación a nivel internacional. En estos momentos la Resistencia necesitaba, por encima de todo, obtener el reconocimiento moral y formal de que era una parte de las fuerzas combatientes; necesitaba contar con medios adecuados para continuar su actividad y, sobre todo, debía recibir órdenes. Los miembros más destacados de la misma se daban cuenta de que, sin ayuda exterior, no podrían actuar de una manera realmente eficaz y, por lo tanto, pronto iban a encontrarse en una situación de total impotencia.

El ataque alemán contra Rusia dio nuevo impulso a la Resistencia, y entonces los Aliados se dieron cuenta, con mayor claridad, de su importante contribución. Cuando en agosto de 1941 Roosevelt y Churchill se encontraron en la ciudad de Argentia (Terranova), el primer ministro inglés añadió, a las directivas estratégicas aliadas, la «ayuda de los grupos de resistencia en todos los países ocupados».

Hasta aquel momento, la Resistencia había sido más bien una esperanza que una realidad.

HOLANDA



La reina Guillermina en Londres durante una de las retransmisiones diarias de Radio Orange. *(Associated Press)*

En principio, la Resistencia holandesa se mantuvo, de una forma sustancialmente autónoma, gracias a la acción de diversos grupos sociales: representantes de las Iglesias, estudiantes, médicos, miembros del movimiento sionista y comunistas. Fueron estos grupos los que organizaron, seis semanas después de la invasión, algunas demostraciones públicas con ocasión del cumpleaños del príncipe Bernardo o por otros motivos patrióticos. En verano de 1940 aparecieron cuatro periódicos clandestinos, que no llegaron a Inglaterra hasta diciembre, puesto que Holanda se encontraba totalmente aislada y los alemanes mantenían una estrecha vigilancia a lo largo de sus costas; por otra parte, debido a la naturaleza llana del país y a la densa red de carreteras, los lanzamientos de paracaidistas eran muy arriesgados. La primera ayuda –ayuda moral, desde luego– llegó en julio, cuando, desde Londres, se empezó a escuchar la voz de Radio Orange. Además, una gran mayoría de holandeses entendían el inglés y, por lo tanto, escuchaban con regularidad las emisiones de la BBC.

Prescindiendo de las redes de información y de la prensa clandestina, la resistencia activa se manifestó por primera vez en febrero de 1941, con una gran huelga en Amsterdam y en las zonas de sus alrededores. Casi toda la clase trabajadora tomó parte en esta manifestación, a la que siguió otra huelga espontánea de los obreros portuarios para protestar del brutal tratamiento infligido públicamente a cuatrocientos judíos que estaban a punto de ser deportados al campo de concentración alemán de Mauthausen.

En realidad, la huelga había sido organizada por las células comunistas, a cuyo nuevo llamamiento, lanzado una semana después, ya no respondieron los obreros. Sin embargo, ello no representó una vuelta a la pasividad, pues la huelga de febrero significó una toma de conciencia destinada a dar frutos unos años más tarde.

FRANCIA

La complejidad de la Resistencia francesa antes de 1942, estuvo estrechamente vinculada a la existencia de una zona del país no ocupada y, teóricamente, libre. Desde luego, la política contemporizadora de Vichy tuvo éxito, como consecuencia sin duda del glorioso pasado de su jefe, el mariscal Pétain, y de la anglofobia que se había difundido en Francia después del ataque inglés a la base naval de Mers-el-Kebir, pero casi todos los franceses sentían el mismo desprecio por los jefes de la Tercera República como por los comunistas que, en aquel momento eran aliados de Alemania.

El llamamiento del general De Gaulle (lanzado desde Londres el 18 de junio de 1940) para continuar la lucha, devolvió el valor a mucha gente en la Francia ocupada y en numerosos territorios de ultramar; pero, en cambio, puso en un amargo dilema a muchos de sus compatriotas, especialmente militares y jefes políticos de la Francia no ocupada. Por fortuna, muchas de estas dudas se disiparon cuando la pasividad del régimen de Vichy degeneró en una abierta colaboración con el Reich; fue entonces cuando los franceses no lograron comprender la benévola actitud de Estados Unidos –que aún no habían entrado en guerra– hacia el mariscal Pétain.

En poco tiempo, durante esta primera fase de la guerra, la Resistencia adquirió muy diversos matices políticos: movimientos gaullistas, movimientos independientes, resistencia alsaciana, grupos a las órdenes directas del SOE, actitudes distintas entre las regiones septentrionales y meridionales, etc.

A pesar de las innumerables diferencias y de los roces que, inevitablemente, se producían, el objetivo común de la Resistencia francesa era sólo uno: combatir contra la potencia ocupante.

Su actividad se desarrollaba, por lo general, en las regiones septentrionales, donde, a partir de 1940, empezaron a circular con regularidad media docena de periódicos, que a su vez promovieron la formación de nuevos movimientos, como por ejemplo, la OCM *(Organisation Civile et Militaire)*.

En París, el 11 de noviembre, se produjeron manifestaciones estudiantiles; en el transcurso de los incidentes a que dieron lugar, algunas personas resultaron heridas o muertas. La Universidad fue clausurada y el rector separado de su cargo. Por su parte, los ferroviarios llevaron a cabo la llamada «batalla de los carteles indicadores», en la que, dirigiendo los trenes por itinerarios erróneos, produjeron la más caótica confusión en la organización de los convoyes alemanes; además, en la primavera de 1941, se declararon algunas huelgas en las regiones industriales del norte del país.

Ya a últimos de 1940 existían numerosas redes de información, que trabajaban de acuerdo con De Gaulle o con el SOE, organización que, en el año 1941, lanzó su primer agente en paracaídas.

En la Francia de Vichy los movimientos de la Resistencia estaban mejor organizados y se enfrentaban con menores riesgos.

Francia: clasificación de las armas parachutadas por los Aliados. Gran Bretaña, que se había convertido en la verdadera patria de toda la Europa ocupada al acoger a los gobiernos y a los soberanos víctimas del expolio, intentó ayudar a los movimientos de Resistencia, primero proveyéndoles de armas y equipos; más tarde enviando agentes adiestrados. *(Archivo Rizzoli)*

ALGUNOS OBJETOS Y APARATOS PARA USO DE ESPÍAS Y SABOTEADORES



1. Radio de recepción-transmisión (británica). 2. Auriculares para aparato de radio. 3. Pistola con silenciador «Weld Rod». 4. Radiotransmisor. 5. Alimentador. 6. Radiorreceptor. 7. Antena exterior para radio. 8. Adaptador para aparato transmisor, receptor o alimentador. 9. Puñal indio. 10. Máquina fotográfica «Kodak» (adaptada para reproducir documentos). 11. Máquina fotográfica «Rega Minox». 12. Detonador alemán (a presión). 13. Detonadores estiliformes de acción retardada (por rotura). 14. Detonador alemán (por tracción). 15. Pistola de gas en forma de estilográfica. 16. Detonador británico (a trampas explosivas; funciona al quitar el objeto bajo el que se coloca). 17. Tubo para medicinas (con el que se disimulaba un detonador). 18. Linterna a dinamo, accionada a mano («Philips»).

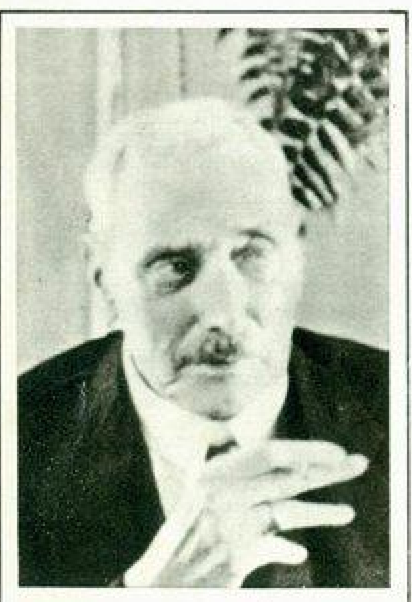
(History of the Second World War)

DINAMARCA

Tras la invasión del 9 de abril de 1940, Dinamarca quedó en una situación política muy especial. A diferencia de Noruega, y siguiendo las normas del Derecho Internacional, el país no se hallaba en guerra con el Reich. Después de una protesta formularia, el rey y el Gobierno habían cedido, aceptando un *modus vivendi* según el cual Alemania garantizaba la independencia danesa. Esta decisión, realista pero ambigua, ejerció una influencia muy directa sobre la actitud del pueblo en relación con las fuerzas ocupantes, y explica la apatía inicial de la opinión pública, que sólo se percató de la realidad y empezó a ver las cosas de distinta manera cuando las exigencias alemanas le hicieron comprender claramente que la llamada independencia no era más que una ilusión. Este proceso, como es natural, requirió cierto tiempo; pero antes de que finalizara el año 1941, en el país ya habían nacido algunos movimientos de oposición y una activísima prensa clandestina.



El rey Haakon de Noruega. Pese a la presencia de Quisling, la población reaccionó pronto contra los ocupantes. (Keystone)



El rey Cristián X de Dinamarca. Los movimientos daneses de Resistencia sólo surgieron a finales de 1941. (Keystone)

Asimismo, en octubre de 1940, a través de una agencia de prensa danesa radicada en Estocolmo, el SOE se puso en contacto con algunos ambientes militares y, a partir de febrero de 1941, estos contactos adquirieron regularidad, lo que proporcionó a los Aliados un precioso material informativo.

Además, la existencia de buenas vías de comunicación, fácilmente accesibles, con Suecia, permitió una constante infiltración y salida de agentes secretos.

NORUEGA

Pese a la presencia de Quisling, el pueblo reaccionó en masa. El hecho de que el rey Haakon y su Gobierno se encontraran en Londres y que el 85 por ciento de la Flota (así como pequeñas unidades del Ejército y de la Aviación) continuara combatiendo, favoreció esta actitud.

A fines de 1940, algunos militares, bajo las órdenes del general Ruge, constituyeron un primer núcleo de organización clandestina. Este organismo, llamado *Milorg* (Organización militar), se propuso, como objetivo a largo plazo, la creación de un ejército secreto, decidiendo evitar toda iniciativa prematura que pudiera comprometer sus posibilidades de intervención cuando llegase la hora X. Pero esta decisión provocó una recíproca desconfianza entre el *Milorg* y el SOE. Este último, siguiendo su programa a corto plazo, en junio de 1940 inició, con sus agentes, una serie de actos de sabotaje y golpes de mano.

La organización noruega desaprobó la incursión efectuada por un *commando* aliado en las islas Lofoten, en marzo de 1941; acción que fue seguida de severísimas represalias por parte de los alemanes.

Así, pues, el *Milorg* no estableció un vínculo de cooperación con el SOE antes de 1943; a pesar de que, durante el primer período de guerra, los contactos con el mundo exterior eran relativamente fáciles dada la gran extensión de la costa noruega. En efecto, entre Noruega y las islas Shetland se estableció, muy pronto, un «servicio» casi regular, al que se llamó «el autobús de las Shetland».

BÉLGICA

El pueblo belga quedó anonadado por la rápida derrota sufrida en mayo de 1940. Por si eso fuera poco, la confusión se había hecho aún más honda ante el desacuerdo manifiesto entre el Gobierno, refugiado en Londres, y el rey Leopoldo III, que prefirió permanecer en el país y compartir la suerte de sus soldados. El correcto comportamiento inicial de las tropas de ocupación, así como la amarga certidumbre, por parte de algunos, de que la victoria alemana era ya indiscutible, fueron los elementos que determinaron la actitud de renuncia y pasividad de los primeros tiempos de la Resistencia. También era muy acusada la influencia negativa del nacionalismo flamenco, movimiento que los alemanes ya habían apoyado durante la primera Guerra Mundial; el ala más intransigente adoptó una postura de abierta colaboración con los alemanes, imitada luego por algunos grupos valones de la región de lengua francesa.

Pero, a fines del verano de 1940, cuando se vio claramente que la guerra continuaba, casi todos los belgas volvieron a sentir sus arraigadas tradiciones patrióticas de 1914-18.

Por otra parte, las fuerzas ocupantes abandonaron muy pronto su política de «corrección»: los impuestos, las requisas, las discriminaciones lingüísticas aplicadas para la liberación de prisioneros de guerra y el hecho de obligar a los judíos a ostentar la estrella amarilla de David, fueron imposiciones muy mal recibidas y que suscitaron la mayor indignación. Poco después empezaron a circular opúsculos y periódicos clandestinos, cuyo número aumentó con el paso del tiempo. Alentada por las transmisiones de la BBC, especialmente preparadas para Bélgica, la gente empezó a pintar en las fachadas de las casas la letra «V», símbolo de la victoria; otras demostraciones patrióticas tuvieron lugar con ocasión del aniversario del armisticio de 1940.

Paralelamente a estas manifestaciones espontáneas, ya en 1940 algunos pequeños grupos belgas empezaron a adoptar una resistencia activa. Nacieron así las primeras redes de información, muchas veces constituidas por pioneros de la Resistencia que ya habían actuado durante la primera Guerra Mundial, pero cuyos anticuados métodos no podían enfrentarse con las nuevas técnicas del contraespionaje alemán, lo que al principio les acarreó graves pérdidas. Sin embargo, con la llegada de agentes especializados y de operadores de radio ingleses, la eficacia de estos grupos aumentó notablemente. A partir de entonces, por lo menos las informaciones más urgentes no tuvieron que transmitirse a través de España, aunque este camino continuó siendo utilizado, de vez en cuando, por parte de algunos elementos que se sentían muy vigilados y por pilotos cuyos aviones habían sido derribados. Tres redes de radio se especializaron en esta actividad.

Otros grupos empezaron a prepararse para una misión más directamente militar: la *Légion Belge* (más tarde llamada *Armée Secrète*, Ejército secreto), compuesta, sobre todo, por militares, tanto en activo como de la reserva; la *Witte Brigade*; el *Front de l'Indépendence* vinculado al Partido comunista, y la *Armée de la Libération*. Estos grupos, que a mediados de 1941 se hallaban todavía en fase de organización, llevaban a cabo muy diversas actividades: sabotaje, prensa clandestina, espionaje, etc. Lógicamente, este eclecticismo no favorecía la seguridad y, en efecto, eran frecuentes las detenciones. Mas, a pesar de los numerosos intentos de coordinación que emprendieron, casi todos los movimientos siguieron siendo independientes.

También debe recordarse la resistencia civil, cuyas actividades, aunque desorganizadas, fueron considerables: ofrecimiento de refugio a los miembros de la Resistencia y a los judíos, la actitud de la universidad, la intransigencia de la magistratura y del clero, la ayuda a los prisioneros y a las familias de las víctimas de las represalias, la negativa de los funcionarios a aplicar los decretos alemanes, y así sucesivamente.

CHECOSLOVAQUIA

En Checoslovaquia, la unificación de las fuerzas morales que habían de animar la posterior Resistencia se produjo inmediatamente después de la crisis de Munich (septiembre de 1938); tanto los partidos independientes de derecha como los comunistas expresaron su voluntad de oponerse a la amenaza nazi. En octubre, sintiéndose en peligro, el presidente Benes abandonó Praga y se refugió en Londres, desde donde se mantuvo en contacto con la oposición.

En marzo de 1939 el Ejército alemán invadió el país, con lo que, a partir de este momento, los patriotas hubieron de actuar en la clandestinidad. Entonces se formaron dos grupos de Resistencia: uno compuesto en su mayoría por oficiales, y el otro por políticos e intelectuales. Tras haber establecido contacto, en agosto de 1939, con el grupo de exiliados dirigido por el presidente Benes, los dos movimientos iniciaron su actividad, distribuyendo opúsculos de propaganda y creando «itinerarios de fuga», que se dirigían a Hungría y a Polonia.

La declaración de guerra por parte de Gran Bretaña y Francia, a primeros de septiembre de 1939, dio motivo a una serie de demostraciones organizadas: huelga de los transportes públicos en Praga, aparición de banderas y gallardetes, masivas manifestaciones estudiantiles, etc. Pero los alemanes reaccionaron con violencia: 1200 estudiantes fueron deportados por la Gestapo y las universidades se cerraron.

Desde aquel momento, los Aliados aseguraron a los checos su apoyo moral y, antes de finalizar el año, reconocieron oficialmente el Comité checo que tenía su sede en Londres. En enero de 1940, en el país ocupado, se fusionaron todos los grupos y movimientos, formando un Comité Central de Resistencia Interna (UVOD); las manifestaciones, la prensa clandestina y la resistencia pasiva se hicieron entonces más enérgicas. En la primavera de 1940 se declararon algunas huelgas en Bohemia y Eslovaquia.

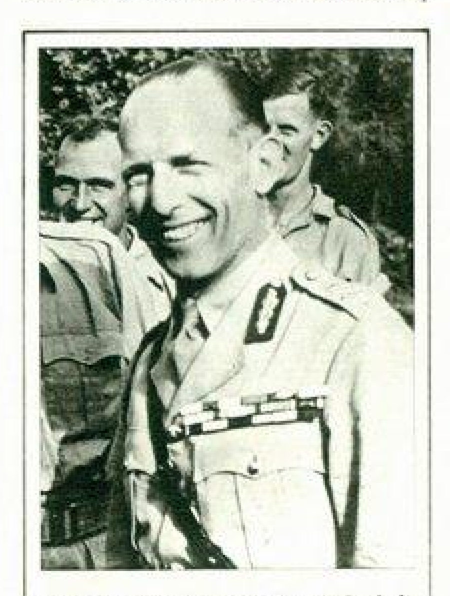
Sin embargo, no existía aún ninguna forma de sabotaje o de guerrilla a gran escala; el Gobierno en el exilio y los jefes clandestinos habían aconsejado a los checos que no fueran impacientes. Consideraban oportuno limitar la actividad de la Resistencia a la formación de redes de información, que, en efecto, proporcionaron valiosos informes. En el período comprendido entre el mes de agosto de 1939 y junio de 1941, la estación de radio «Sparta I», que se hallaba en Bohemia, envió directa-

mente a Londres más de 20.000 radiogramas, y otros 6000 fueron enviados a través de otros países. Gracias a la presencia de un espía en el *Abwehr* (Servicio de Seguridad nazi), tal estación pudo revelar los planes para la invasión de Gran Bretaña e, incluso, la fecha de la ofensiva alemana contra Rusia.

ALBANIA Y GRECIA

Los italianos ocuparon Albania en abril de 1939. Cuando el 28 de octubre de 1940 decidieron atacar a Grecia, pequeños grupos de albaneses llevaron a cabo diversos actos de sabotaje y tendieron emboscadas a las retaguardias italianas. Algunas unidades de soldados albaneses, preparados y encuadrados en las filas del Ejército italiano, fueron enviadas al frente; pero en el momento en que los combates llegaron a un punto muerto, estos hombres desertaron. En abril de 1941, cuando Grecia sucumbió ante el ataque de alemanes e italianos, los griegos ya se habían hecho una composición de lugar. En realidad, la opinión pública ya estaba dividida –como lo estuvo siempre desde 1936– cuando Metaxas impuso al país su dictadura, provocando inmediatamente la formación de un movimiento de Resistencia.

Tras la derrota y la posterior ocupación del país, el rey Jorge y su Gobierno se trasladaron a El Cairo, y



El rey Jorge de Grecia. La apatía de la población griega retardó y paralizó el despertar de una Resistencia organizada y eficiente. (Imperial War Museum)

entonces muchos griegos adoptaron una política de espera que, en algunos casos, se transformó en una verdadera colaboración. La primera Resistencia se manifestó, sobre todo, en los ambientes republicanos (movimiento EDES, del general Zervas) y comunistas (movimiento ELAS); pero tales movimientos, que operaban en completa independencia, nunca fueron tomados en consideración por el Gobierno exiliado.

En los montes, gracias a la labor de algunos agentes lanzados en paracaídas a principios de 1941, actuaban grupos de «partisanos» independientes, en contacto con el SOE de El Cairo. La participación inglesa en la campaña de Grecia permitió al *Intelligence Service* organizar en el país redes de información; pero, en realidad, lo cierto es que todo se hallaba aún en fase embrionaria. La verdadera Resistencia no se organizó hasta 1942.

YUGOSLAVIA

Inmediatamente después de la rápida derrota de abril de 1941, un impenetrable telón cayó entre los Aliados y la Yugoslavia ocupada. De hecho, en Londres, donde se había refugiado el Gobierno del joven rey Pedro, no se supo prácticamente nada de lo que estaba sucediendo en el país hasta el mes de julio del mismo año. Esto dio origen a una serie de trágicos equívocos.

En aquel microcosmos, donde eslovenos, croatas, bosnios, montenegrinos y servios aún estaban inmersos en sus antiguos sueños de soberanía, resultaba casi imposible llegar a averiguar las reacciones de la gente en el tiempo que transcurrió entre los meses de abril y julio de 1941. Especulando con estos desacuerdos étnicos, alemanes e italianos crearon un Estado croata «independiente», poniendo al frente del mismo a uno de sus agentes, Ante Pavelic, jefe del movimiento extremista *Ustacha*. Inmediatamente, los representantes de este movimiento empezaron a perseguir a servios, judíos y a todos aquellos que se les oponían y luchaban por un Estado yugoslavo unitario. De forma análoga se comportaban los húngaros en la Voivodina y los búlgaros en Macedonia. En medio de este caos, los campesinos adoptaron una política de espera, siguiendo en esto las instrucciones de su jefe Macek, que temía provocar represalias. En Belgrado, las fuerzas ocupantes crearon un «gobierno títere» presidido por el general Nedic; en cuanto a la nueva y «libre» Croacia, se apresuró a entrar en la órbita de las potencias del Eje.

Pese a todo ello, en los montes de Servia y Montenegro algunos grupos armados continuaban combatiendo. Por desgracia, estos grupos seguían dos corrientes políticas e ideológicas muy distintas: el primero, el movimiento *Tchetnik*, monárquico y proservio, que los ingleses ya habían apoyado cuando el golpe de Estado de abril de 1941, estaba dirigido por el coronel Draza Mihaïlovic; el otro no era ni más ni menos que el Partido comunista yugoslavo, cuyo secretario general era Yosip Broz (alias Tito). Mihaïlovic era partidario de esperar alguna señal de victoria aliada para lanzarse a la lucha abierta, temiendo que una actividad guerrillera ocasionara la dispersión del movimiento *Tchetnik*. En cambio, Tito, que al principio parecía actuar independientemente de Moscú, fue más audaz y decidido cuando se trató de poner en marcha los planes para una lucha total contra los alemanes ocupantes, lucha que debía estallar simultáneamente en todas partes. Estaba ya perfilándose así una rivalidad que, en los años siguientes, acabaría por transformarse en una verdadera guerra civil.

POLONIA

La indiscutible unanimidad, la espontaneidad y el brío de la Resistencia polaca tienen su razón y su aplicación en las tendencias históricas de un pueblo habituado, desde siglos, a combatir por su libertad de una forma casi ininterrumpida. La actividad clandestina era para los polacos una verdadera vocación; por lo tanto, no fue necesario, como en otros muchos países, un incentivo externo para ponerla en marcha.

La catástrofe se abatió sobre el país el día 1 de septiembre de 1939. Pese a su heroica resistencia, las fuerzas polacas fueron derrotadas, y acabaron siendo aplastadas totalmente cuando, el 17 de septiembre, también las fuerzas soviéticas entraron en liza invadiendo la parte oriental del país. Pero, explotando a fondo las favorables condiciones geográficas –escasas líneas de comunicación, grandes selvas y pantanos–, pequeños grupos armados continuaron combatiendo hasta la primavera de 1940 pese a las graves pérdidas provocadas por una despiadada represión. Con las tropas del III Reich pareció llegar una ola de terror; en muchas localidades, principalmente en Silesia y Pomerania, las SS llevaron a cabo ejecuciones en masa. Los rusos, por su parte, deportaron a más de un millón de personas (especialmente intelectuales y funcionarios públicos), internaron a los fugitivos procedentes del Oeste y trataron a los prisioneros de guerra de una forma brutal. Por lo tanto, los polacos tenían sobrados motivos para considerar como enemigos tanto a los rusos como a los alemanes.

Durante los ocho meses de la «guerra extraña» en Occidente, los combatientes de la Resistencia polaca, contra toda lógica, continuaron alimentando la esperanza de que los Aliados intervendrían en su ayuda. Allí no había ningún Quisling, y asimismo los colaboracionistas eran muy escasos.

Ya en octubre de 1939, según lo previsto en los planes preparados antes de la invasión, el general Sikorski logró ponerse en contacto, desde París, con el núcleo de la Resistencia militar clandestina, al tiempo que la BBC iniciaba sus transmisiones en polaco.

Los alemanes reaccionaron requisando todos los aparatos de radio y deportando a todos los aficionados a la radiodifusión.

Pese a esta ulterior dificultad, el Gobierno polaco en el exilio logró mantener sus contactos y, en diciembre de 1939, asumió la dirección de la Resistencia, que, entre tanto, se había convertido en un movimiento notablemente coordinado. Se creó un mando formado por oficiales de alta graduación, dirigidos por el general Rowecki y por un comisario gubernativo.



Grupos de partisanos polacos, sorprendidos junto a la frontera alemana, son llevados prisioneros a Beuthen. La Resistencia polaca fue muy viva. (Archivo Rizzoli)

En el momento de la invasión de los países occidentales, en mayo de 1940, se puso en práctica un plan de sabotaje a gran escala; pero los alemanes reaccionaron inmediatamente y el movimiento de Resistencia experimentó un grave quebranto. En consecuencia, y muy a su pesar, en junio de 1940 los jefes responsables tuvieron que dar la orden de suspender todas las acciones. Desde este momento, la lucha estuvo dirigida desde Londres, por el Gobierno polaco, y de acuerdo con el SOE.

Pero los sabotajes se reemprendieron a fines de año y se intensificaron en la primavera de 1941, concentrándose en las fábricas y contra las líneas de comunicación, a través de las cuales se transportaban a Alemania víveres y suministros procedentes del Este. Después del lanzamiento en paracaídas de personal especializado, las comunicaciones por radio mejoraron; y este fue el camino por el que llegaron a Occidente casi todas las informaciones sobre los preparativos que los alemanes estaban haciendo en Polonia para lanzar su ofensiva contra la URSS.

LA RESISTENCIA: AYUDA DESDE EL EXTERIOR

Europa, julio de 1940 - julio de 1941

R. H. Barry, general de División

Los primeros intentos para ayudar a los "partisanos" fueron ingenuos, improvisados y, en su mayor parte, ineficaces. No solamente era difícil y peligroso ponerse en contacto con los miembros de la Resistencia, sino que en el interior del país se presentaba el problema de convencer a militares y a políticos, los cuales no llegaban a creer que una Resistencia organizada pudiera afectar al enemigo de forma tan eficaz como las operaciones tradicionales. Sin embargo, en el transcurso de un año, el "Special Operations Executive", con su energía y entusiasmo, logró superar todos estos obstáculos y establecer una provechosa colaboración con unos hombres que podían contribuir a cambiar la marcha de la guerra.

En julio de 1940, era ya evidente que tanto la extensión como los procedimientos de la ocupación alemana en Europa ponían al Gobierno inglés –que a la sazón combatía solo, apoyado únicamente por los países de la *Commonwealth*– frente a un nuevo problema: el de sostener los movimientos civiles de Resistencia. Se trataba de un problema para cuya resolución se habían tomado escasas medidas, puesto que hubo muy pocos militares y civiles que, en tiempos de paz, tuvieran la debida visión para prever la potencial eficacia de este tipo de lucha y que, por lo tanto, hubieran examinado a fondo la cuestión. La consecuencia fue que, cuando estalló la guerra, la organización existente era muy rudimentaria. Estaba constituida por las siguientes secciones:

- *Sección D*, con sede en Londres: se trataba de una parte del Servicio Secreto, con la misión de fomentar y sostener movimientos subversivos en los territorios ocupados o neutrales;
- *MI (R)*, sección del Ministerio de la Guerra, cuya tarea principal era sostener los movimientos de guerrillas y las misiones especiales llevadas a cabo por hombres uniformados;
- *G (R)*, organismo análogo al MI (R), que actuaba exclusivamente en Oriente Medio.

En los primeros meses de guerra, estos organismos no hicieron casi nada. Pese a los esfuerzos para fomentar el descontento en los países neutrales o satélites, la Sección D se encontró casi paralizada a consecuencia del antagonismo básico con que se tropieza en las organizaciones clandestinas y que nace de las opuestas exigencias del Servicio de Información y de las actividades operativas.

El MI (R) había enviado una misión a Polonia en septiembre de 1939 y, a partir de entonces, mantuvo sus principales contactos con el movimiento clandestino polaco a través del Gobierno exiliado en Londres. El G (R), por su parte, se puso en relación con algunos grupos de guerrilleros albaneses y griegos y con otros grupos neutrales de los Balcanes, manteniendo a través del Mediterráneo, con pequeñas embarcaciones, un tráfico clandestino bastante regular.

Pero todo ello era realmente muy poco. Excepto los contactos establecidos en los Balcanes, toda esa actividad parecía cosa de aficionados.

La sucesiva ocupación de Dinamarca, Noruega, Holanda, Bélgica, Luxemburgo y Francia, llevada a cabo entre los meses de abril y junio de 1940, obligó al Gobierno inglés, como ya se ha dicho, a ocuparse seriamente del problema de los movimientos de resistencia. En julio de 1940, fusionando la Sección D y el MI (R), se formó el SOE. La dirección de este organismo fue confiada al ministro de la Guerra Económica, quien, por desgracia, no formaba parte del Gabinete de Guerra, lo que ocasionó muchas de las dificultades con las que el SOE tropezó más tarde. Pero, por lo menos, existía ya una organización debidamente constituida, con la misión de sostener los movimientos subversivos, de resistencia y de guerrilla. La oficina central se instaló en Londres, y, al mismo tiempo, se planteó la constitución de algunos centros con jurisdicción regional: por ejemplo, en Londres para la Europa occidental; en El Cairo para Oriente Medio, y más tarde en Delhi para el Extremo Oriente. También se organizó otro en Estados Unidos.

El problema con que el SOE tenía que enfrentarse no se vio facilitado ciertamente por el hecho de que sus objetivos, por lo menos al principio, fueran muy ambiciosos. Al confiar al ministro Dalton la responsabilidad de la guerra subversiva, el primer ministro británico le había dicho que su misión era la de «hacer arder a Europa». Y el SOE, con el idealismo característico de la inexperiencia, se lanzó al combate imaginando sabotajes en amplia escala, ejércitos clandestinos y poblaciones enteras alzándose contra la potencia ocupante. Por ello, los jefes de Estado Mayor quedaron estupefactos cuando se les presentó un plan para armar y equipar ejércitos clandestinos que, por sí solos, habrían absorbido, en cuanto a los transportes, un equivalente a seis meses de plena actividad por parte de los bombarderos.

Muy pronto, la dura realidad vino a cortar las alas de estas risueñas esperanzas. Los contactos con Europa occidental eran en extremo rudimentarios y, por otra parte, aunque Londres se hallara en relación con los movimientos clandestinos checoslovaco y polaco, y aunque empezaran a acumularse elementos que demostraban la existencia de movimientos análogos en otros países, las dificultades técnicas inherentes al envío de ayuda eran desesperanzadoras. Además, no se conocían normas ni reglamentos o experiencias precedentes en que poder inspirarse. Se trataba de un tipo de guerra nuevo, aún no experimentado, y ésta era precisamente una de las primeras y más graves dificultades con que el SOE hubo de luchar. Por añadidura, la carencia de todo tipo de recursos era desesperada, y sin ellos el SOE no podía hacer absolutamente nada; para obtenerlos era preciso vencer el profundo escepticismo de muchos políticos y militares, demostrándoles, mediante la confrontación de los daños causados al enemigo, que la asignación de medios al SOE era tan ventajosa como el empleo de los mismos en operaciones de tipo convencional. Pero, en realidad, el SOE no podía aún garantizar una empresa de este género; no ejercía el mando directo sobre sus «tropas», e incluso, en la inmensa mayoría de los casos, ni siquiera sabía de qué tropas se trataba. Por lo tanto, el organismo se veía obligado a basarlo todo «en la confianza» y tenía que convencer a los poco dispuestos jefes supremos de que tomaran por aceptables ciertas cosas verdaderamente difíciles de aceptar.

Pero cualesquiera que fuesen las dificultades que obstaculizaban su acción, lo cierto es que al SOE no le faltaban ni energía ni entusiasmo; se empleó a fondo para hacer frente, de una forma adecuada, a los muchos problemas técnicos que presentaba este nuevo tipo de guerra, más fácil y más complejo a un tiempo, por la circunstancia de que la época en que se combatía era de gran progreso científico y técnico. Los problemas principales eran tres: cómo comprobar que existían movimientos de resistencia dignos de este nombre y, en caso afirmativo, cómo establecer contactos con ellos; una vez establecidos los contactos, cómo mantenerlos; por último, superada esta dificultad, cómo hacer llegar los medios necesarios a todos aquellos que en los territorios ocupados estaban dispuestos a combatir. Los problemas primero y tercero exigían la instalación de medios de comunicación; el segundo, la capacidad de transmitir y recibir –con una rapidez aceptable– mensajes, informaciones y órdenes.

Por tierra había comunicaciones, pero eran precarias y lentas. Si se trataba de Europa occidental, casi siempre exigían una larga travesía a través de España para alcanzar Gibraltar; por lo que respecta a Europa oriental, era preciso pasar a través de países neutrales sospechosos y, a veces, potencialmente hostiles. Y si bien se logró organizar y mantener en funcionamiento, durante toda la guerra, cierto número de «itinerarios», desde un principio quedó claro que éste no podía ser el principal medio de comunicación.

Las comunicaciones por mar ofrecían perspectivas algo mejores; a este respecto ya hemos men-

cionado el tráfico de pequeñas embarcaciones a través del Mediterráneo. En Europa occidental existía la posibilidad de establecer conexiones entre Escocia y Noruega, y entre Cornualles y Bretaña, con barcos pesqueros y barcas de motor. Pero la capacidad de esta forma de conexión era, desde luego, limitada, pues las zonas que podía abarcar no eran muy amplias, y, por otra parte, la vigilancia naval alemana aumentaba considerablemente el riesgo de la empresa.

Quedaba, por último, el recurso de las comunicaciones aéreas, que, a primera vista, parecían ofrecer todas las ventajas: rapidez, posibilidad de alcanzar cualquier punto de los territorios ocupados de Europa occidental y menores probabilidades de ser descubiertas e interceptadas. Estas ventajas eran indiscutibles, y en consecuencia la ruta del aire se convirtió en la más importante de las vías de comunicación entre los movimientos de resistencia y su base. Pero, al principio, las dificultades también fueron enormes. El problema capital consistía en la falta de aviones; en una primera fase el SOE hubo de conformarse con una «plaza reservada» en un vuelo especial, que también había de cubrir las necesidades del Servicio Secreto; además, en cualquier momento, el mando de los bombarderos podía asignarles una operación de tipo convencional. Los aviones disponibles eran del tipo *Whitley* y *Wellington*, bastante lentos, de limitada autonomía y reducida capacidad de carga. Polonia y Checoslovaquia, precisamente dos países en los que entonces la Resistencia tenía mucha importancia, no podían alcanzarse con ellos.

Los primeros lanzamientos aéreos en la retaguardia

Y, sin embargo, se dio comienzo a esta misión. A principios de 1941 fueron lanzados en paracaídas algunos grupos de expertos en golpes de mano y otros individuos provistos de aparatos de radio. Por lo general, estos hombres tuvieron que ser lanzados solos y «a ciegas»; es decir, en una zona elegida teóricamente sobre el mapa, y sin saber ni siquiera lo que les esperaba al tomar tierra. Pero se confiaba en que lograrían formar «comités de recepción», sin los cuales, desde luego, el envío de material ni tan siquiera podría intentarse. Ya se vio, durante la campaña de los Balcanes, que los esfuerzos llevados a cabo para estar en contacto con griegos y yugoslavos, tras las líneas alemanas, acabaron generalmente en otros tantos fracasos.

Mas, pese a los numerosos fracasos y reveses sufridos, muy pronto se pudo comprobar que el SOE iba por buen camino; no obstante, también se comprendió que para extender este tipo de comunicaciones era preciso crear y establecer una técnica totalmente nueva. La elección de las zonas de lanzamiento constituía, por sí misma, un intrincado problema que exigía minuciosos acuerdos entre el SOE (el «usuario») y la RAF (el «transportista»). Lógicamente, se imponía que los lugares de lanzamiento elegidos estuvieran cerca de todas aquellas zonas en las que el material o los hombres eran más necesarios. Y, sin embargo, por razones de seguridad, no podían estar en las proximidades de grandes núcleos urbanos; había que tener en cuenta asimismo la situación de las defensas antiaéreas alemanas; por último, como se carecía de ayudas a la navegación, la zona de lanzamiento había de ser fácil de localizar, sólo con la simple lectura del mapa, factor que exigía por parte de la tripulación una habilidad especial. Esa necesidad de confiar exclusivamente en la lectura de los mapas, significaba, también, que la actividad se limitaría a 10 ó 14 días por mes; es decir, los días en que la luz de la luna fuera suficiente. Pero las condiciones meteorológicas podían reducir a veces este precioso período a sólo cinco o seis días.

Una vez elegida la zona de lanzamiento, era preciso asegurarse de que estuviera señalizada de forma reconocible y que el «comité de recepción» se hallara presente en el momento de la llegada del aparato. De acuerdo con la RAF, se organizó la señalización a base de antorchas, y también se estableció un sistema de señales luminosas para asegurar el contacto entre el avión y los hombres de tierra. Aún más complicado era el problema de asegurar que el «comité de recepción» estuviese presente, puesto que la decisión definitiva respecto a las operaciones que habían de efectuarse en una noche determinada, dependía, sobre todo, de las condiciones meteorológicas y, por lo general, no podía establecerse antes del atardecer del día en cuestión. La dificultad se superó asignando a cada zona de lanzamiento una frase de aspecto totalmente inocente, que, al ser leída por la tarde en la BBC, avisaba al «comité de recepción» de que aquella misma noche llegaría un avión a su zona.

Es fácil imaginar los peligros que significaba emplear semejante sistema; mientras se dirigía a la zona preestablecida, el «comité de recepción» podía encontrar cualquier patrulla de vigilancia, y en este caso (al ser detenidos puesto que no obedecían el toque de queda) el avión tenía que regresar sin haber hallado a nadie. También podía suceder que el avión no llegara a su punto de destino a causa de cualquier impedimento; en este caso, sería el «comité de recepción» el que esperaría en vano durante toda la noche. Pero, pese a todas estas dificultades, a mediados de 1941, un discreto número de hombres y cierto material empezaron a ser introducidos en la ocupada Europa continental.

En una fase posterior se adoptó un nuevo tipo de operación aérea, aún más audaz y complicado: sacar personas especialmente importantes de los países ocupados. Para este fin se utilizaba un avión *Lysander*, capaz de aterrizar y despegar en poco espacio y sobre un terreno relativamente accidentado. En lo que respecta a la realización de tales operaciones, era preciso encontrar una persona que eligiera y señalizara las «zonas de recogida» y diera instrucciones a los hombres de tierra, ya que el avión no podía correr el riesgo de permanecer en el campo más de un minuto o dos.

Sin embargo, nada o muy poco se habría conseguido sin la ayuda de un eficiente sistema de comunicaciones de radio clandestinas. Se construyó un aparato radiotransmisor especial, de un peso inferior a 20 kg y disimulado de tal forma que parecía una maleta de *week-end* corriente; se inició también un intenso programa de selección e instrucción de operadores de radio, a fin de conseguir que todos los agentes pudieran ir acompañados de uno de ellos. Con el aumento del número de radiotransmisores en activo, la estación receptora en Inglaterra –que en un principio era la del Servicio Secreto– se encontró sobrecargada de trabajo, y la asignación de las frecuencias se convirtió en un verdadero problema. Y como era evidente que la estación receptora no podía estar constantemente a la escucha en la frecuencia de todas las transmisoras, a cada una de ellas se le asignó cierto «calendario», según el cual se podía transmitir a ciertas horas de determinados días, con la excepción, claro está, de las llamadas de emergencia. Pero estos calendarios tampoco podían seguirse rigurosamente, a causa del riesgo que correría el operador, pues una actividad excesiva o muy regular atraería rápidamente la atención de los medios de localización alemanes. Fue preciso, ante ese peligro, estudiar métodos para que si un aparato transmisor o un operador caían en manos de los alemanes y le obligaban a ponerse en contacto con la estación receptora inglesa, esta última pudiera darse cuenta inmediatamente de lo que había sucedido.

Cuando se comprobó que la posibilidad de enviar material a los grupos de resistencia empezaba a ser efectiva, los dirigentes ingleses comprendieron que también era necesario disponer cuanto antes de elementos especiales para llevar a cabo los actos de sabotaje. A tal fin se crearon diversas escuelas de instrucción: una organización que llegó a ser muy complicada ante la necesidad de mantener separados, por razones de seguridad, a los hombres de los distintos países.

Un nuevo «curriculum vitae»

El último detalle de la preparación de los hombres destinados a operar en la retaguardia enemiga era, tal vez, el más complicado de los problemas. En efecto, cada uno de estos hombres había de tener un «curriculum» ficticio, y además compenetrarse con él tan profundamente que le permitiera sostener con soltura y en forma convincente su falsa personalidad en caso de captura o de interrogatorio. Como es lógico, el «curriculum» ficticio le otorgaba una nueva identidad y, al mismo tiempo, una razón para vivir y trabajar en la zona donde estaba destinado. Para que su falsa historia tuviese la mayor apariencia de verosimilitud, todos los detalles accesorios tenían que ser apropiados: indumentaria (nada le habría traicionado tanto como un par de zapatos *made in England*, por ejemplo, o un traje excesivamente nuevo), tarjeta de identidad y cartilla de racionamiento (un modelo caducado hubiera representado el inmediato arresto), etc. Para falsificar todos estos documentos fue necesario, como puede suponerse, un notable esfuerzo de organización; pero hay que tener en cuenta que, para los hombres dedicados a la arrriesgada aventura de la Resistencia, todas estas cosas eran tan indispensables como el casco de acero y el equipo de campaña para el soldado.

En junio de 1941, a menos de un año de la constitución del SOE, la importancia del problema de la ayuda a la Resistencia era ya evidente: Alemania dominaba toda Europa, excepto la Península Ibérica, Suecia y Suiza, y se sabía que en todos los países ocupados o satélites existía una resistencia potencial. El SOE había establecido algún contacto con casi todos estos movimientos; pero, desde luego, no se puede pensar que en tan corto período de tiempo el sistema que acabamos de describir hubiera alcanzado ya un grado de completa eficacia. Este nuevo método de guerra se hallaba aún en su fase inicial: en realidad, hacía muy poco que había superado el estado de proyecto y muchas de sus actividades se hallaban todavía en fase experimental. Los resultados plenamente conseguidos eran exiguos, y el número de hombres y la cantidad de material lanzados en los territorios ocupados seguían siendo, sin duda alguna, muy modestos. Por todo ello, resultaba evidente que la fase de resistencia a gran escala aún correspondía a un futuro más o menos lejano, si es que se lograba alcanzar alguna vez.

Sin embargo, aunque nadie podía estar seguro todavía de que el sistema llegase a funcionar con total eficacia, ya se habían echado muy sólidos cimientos. A pesar de que incluso se viera seriamente obstaculizado por problemas políticos (existían, por ejemplo, dos clases de franceses: gaullistas y no gaullistas) y a pesar también de la falta de material de todo tipo (especialmente aéreo), el SOE era ya un organismo eficiente. Sus centros operativos regionales de Londres y de El Cairo (este último ya había entrado en contacto con griegos y yugoslavos) estaban afrontando sus problemas, tal vez en una forma un poco ingenua, pero con mucha energía y entusiasmo.

En general, lo que aparecía más claro era la importancia de dos hechos sobresalientes: en primer lugar, que no faltaban hombres (ni mujeres) valientes, de todas las nacionalidades, dispuestos a ofrecerse como voluntarios para prepararse y ser enviados a la retaguardia enemiga; en segundo lugar, que en los territorios ocupados se estaba difundiendo la noticia de que la Resistencia recibiría el auxilio de los ingleses. Así, pues, los hombres de la Resistencia no estaban solos, abandonados a sus escasos recursos: al final del túnel brillaba ya un hilillo de luz...

EL PACTO INCIERTO

Anthony Rhodes



El Pacto ruso-alemán firmado por Molotov el 23 de agosto de 1939; detrás, en pie, Ribbentrop y Stalin. *(United Press)*

Los Aliados occidentales quedaron asombrados al recibir la noticia del pacto germano-soviético, firmado en 1939. En realidad, lo que ocurría era que entonces tanto Hitler como Stalin tenían necesidad de ganar tiempo. Pero en 1940, cuando todo el Occidente europeo cayó en poder de los alemanes, el pacto ya no tuvo ningún valor para éstos. Y entonces los rusos, asustados ante el rápido triunfo germano, se aprestaron a defender apresuradamente Europa oriental. A los veintiún meses de su firma (agosto de 1939), el pacto perdió su razón de ser, y a partir de ese momento, y en una atmósfera cada vez más tensa, pareció inminente un choque entre Alemania y Rusia, choque que muchos habían creído inevitable desde un principio.

La hipocresía, característica común de casi todos los pactos políticos internacionales, tuvo una de sus más rotundas manifestaciones en las relaciones germano-rusas que se desarrollaron entre las dos guerras mundiales. El espectáculo de dos países que durante años se hostigan, estando casi al borde de la guerra, para convertirse después, inesperadamente, en aliados a expensas de cualquier otro, no resulta nada raro. Pero en el período del que nos estamos ocupando, el fin que se perseguía era más importante y, por lo tanto, la perfidia más acusada.

Gracias a los archivos alemanes, de los que los Aliados se apoderaron en 1945, ha sido posible seguir la evolución de las relaciones germano-rusas entre los años 1918 y 1941; por lo menos bajo el punto de vista alemán. Menos accesible es la mayoría de los documentos rusos; pero incluso los que lo son, aparecen tan claramente redactados para demostrar la «buena fe» soviética, que resultan muy poco dignos de crédito. Por su parte, tampoco los Gobiernos francés e inglés han revelado todos los manejos políticos que, en 1939, culminaron con el fracasado intento de establecer una alianza con Rusia. Aquella alianza se estableció más tarde; pero entonces fue más bien impuesta por los acontecimientos que sinceramente deseada por los firmantes.

La historia de las relaciones germano-rusas se inicia en tiempos de la revolución de 1917-18, con el tratado de Brest-Litovsk. Desde el punto de vista militar, Rusia acababa de sufrir a la sazón una completa derrota, en tanto que Alemania era aún poderosísima. A la nación vencida se le impusieron condiciones draconianas, apoderándose Alemania de extensos territorios de la Rusia europea. Pero los nuevos dirigentes rusos no consideraban este episodio como una verdadera derrota, todo lo más como una derrota temporal. ¿Acaso no había anunciado Carlos Marx que la revolución mundial, de la que en aquel momento Rusia era el único exponente, estallaría sobre todo en Alemania y en las sociedades industriales de Occidente? Los síntomas de descontento que ya se percibían en el Ejército, en la Marina y en el pueblo alemán daban a entender que el asunto era cuestión de tiempo. Los errores de Brest-Litovsk serían enmendados entre «compañeros», en un espíritu de «solidaridad internacional». (En realidad, fueron reparados en Versalles, pero por diferente motivo.) Por lo tanto, Lenin decidió resignarse de momento a la humillación del Tratado.

En el transcurso de los meses, su confiada esperanza parecía justificarse cada vez más. El 1 de noviembre de 1918, el periódico *Pravda* afirmaba: «La revolución mundial ha empezado». Ocho días más tarde el Kaiser abdicaba; en Berlín se formó un *soviet* y se eligió un Gobierno provisional formado por seis comisarios del pueblo. Asimismo se convocó en la capital un Congreso de trabajadores y soldados de toda Alemania. Los rusos enviaron una delegación que llevó su fraternal saludo y, con espíritu de camaradería, ofrecieron dos trenes cargados de trigo para hacer frente a la carestía que se dejaba sentir en el país.

Pero ya en este momento surgió la primera dificultad; una dificultad de importancia secundaria, pero sintomática y reveladora de lo que iba a suceder a continuación. Tras ciertas dilaciones el Congreso alemán respondió dando primero las gracias a los comunistas rusos, y explicándoles luego, con turbación, que Estados Unidos se había ofrecido para proporcionarles el trigo suficiente que cubriera todas las necesidades. Este es el primer ejemplo del dilema con que se enfrentó, durante años, el movimiento revolucionario alemán: tener que elegir, en la práctica, entre el Este y el Oeste. Habría sido un gesto quijotesco aceptar el modesto ofrecimiento soviético en lugar del que proporcionaban los ricos graneros de Occidente. Pero hubo más aún. La delegación rusa, que había sido enviada al primer Congreso de la Gran Alemania, fue invitada, cortés pero enérgicamente, a cruzar la frontera y volver a su país.

El principio de la ruptura

Para los comunistas rusos, todo ello indicaba que estos falsos socialistas, nuevos jefes de Alemania (donde los socialdemócratas se hallaban en aplastante mayoría frente a los comunistas), preferían las ventajas materiales del capitalismo a la solidaridad internacional de la revolución proletaria. Este fue el principio de la larga hostilidad entre el movimiento comunista y los partidos socialistas occidentales; hostilidad que culminó, después de 1945, con la liquidación de todos los partidos socialdemocráticos en los Estados satélites de Rusia.

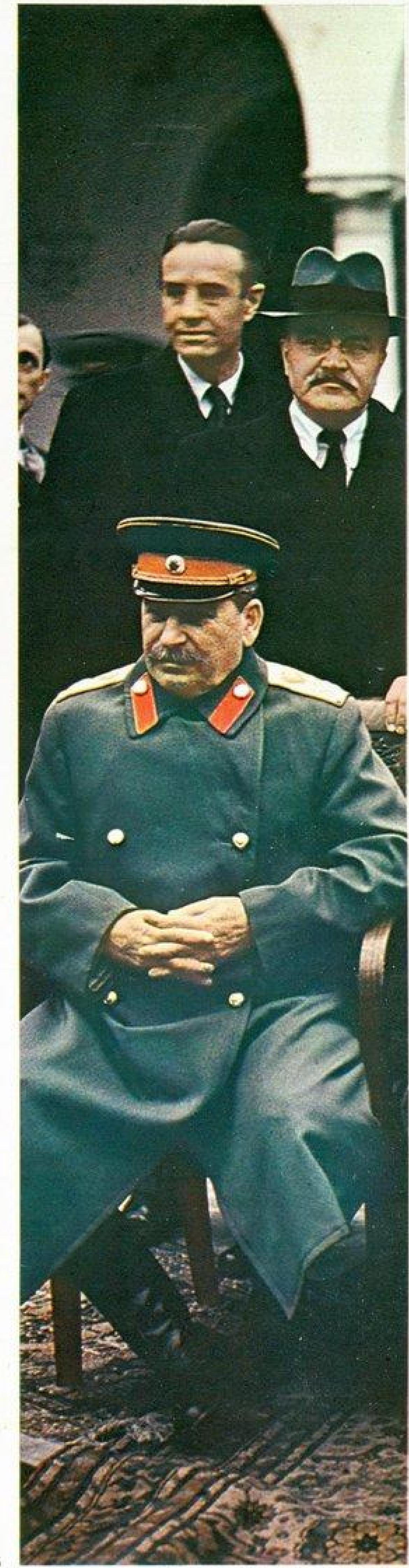
Pero el episodio de 1918 revela que los políticos rusos de entonces no comprendían apenas lo que estaba sucediendo en Alemania. Es cierto que durante la primera Guerra Mundial, muchos trabajadores alemanes habían demostrado claros sentimientos revolucionarios; pero lo que no sabían era que sólo eran favorables a la revolución si ésta significaba la paz. Siendo alemanes, y una vez alcanzada la paz, prefirieron el orden a la revolución. El único grupo verdaderamente marxista era *Spartacusbund*, cuyos jefes, Rosa Luxemburg y Karl Liebknecht, fueron detenidos en 1919 y muertos «cuando intentaban la fuga».

La poca fortuna de los comienzos siguió acompañando a los comunistas alemanes durante toda la década de los años veinte; hasta llegar a su drástica liquidación, por obra de Hitler, en 1934. Su influencia nunca fue tan grande como después pretendieron hacer creer los que querían explotarla como medio de coacción y, desde luego, no hay duda de que grandes estadistas occidentales, como Lloyd George y Colonel House, exageraron su importancia.

Nos encontramos, pues, ante un ejemplo de doblez alemana; es decir, el empleo de una coacción por parte de sus estadistas, en los años que culminaron el pacto de Locarno (1925), como elemento de negociación en sus relaciones con Occidente. De este modo lograron arrancar a los occidentales numerosos créditos y una disminución de las reparaciones de guerra, insinuando que si no obtenían estas concesiones su país «se convertiría en comunista».

Y en este sentido los occidentales les proporcionaron una involuntaria ayuda. La tantas veces aireada cuestión de excluir a la Alemania derrotada de los mercados occidentales, obligó a la industria alemana a dirigir su esfuerzo hacia Oriente, hacia los países industrialmente subdesarrollados de Europa oriental y de Asia. Ni siquiera la Rusia soviética, que entonces tenía una absoluta necesidad de maquinaria para sus ambiciosos programas de desarrollo industrial, podía soslayar las ventajas que reportaba una estrecha vinculación con Alemania en el terreno económico.

En Occidente era casi unánime la creencia de que una aproximación entre Rusia y Alemania sólo podía producirse de dos maneras: una era la vuelta al poder de la derecha alemana, con eliminación de los bolcheviques, y alianza con una derecha que retornase al poder en Rusia; la otra, era la revolución de la izquierda alemana y la consiguiente alianza con los bolcheviques rusos. Pero lo que nadie podía prever era que la derecha alemana pudiera establecer una alianza con la izquierda rusa. Incluso en 1924, después del pacto de Rapallo, el embajador inglés en Berlín afirmaba: «No cabe pensar en una prolongada cooperación entre la derecha alemana y la izquierda rusa». Pero el general von Seeckt sí se daba perfecta cuenta de las ventajas que reportaba tal cooperación. En una carta a un colega le decía: «Puesto que el mantenimiento de las buenas relaciones con Rusia es ahora un objetivo permanente de la



Firmando el pacto con Alemania en 1939, Stalin se había asegurado el tiempo necesario para el rearme del país, además de las ventajas derivadas de la ocupación de Polonia, que representaba un vasto territorio de singular importancia estratégica. *(History of the Second World War)*

política alemana, sería inoportuno oponerse a los nuevos gobernantes rusos» (afirmación que, por proceder de un miembro de la vieja casta militar alemana, era claramente reveladora).

En estas circunstancias, intervino un «tercero en discordia» en las relaciones entre ambas potencias: Polonia. En marzo de 1920, el mariscal Pilsudski invadió la Rusia soviética.

Por su posición geográfica, Polonia (o los territorios que hoy llamamos Polonia) siempre ha sido una pieza fundamental en las relaciones germano-rusas. Pero el intento de invasión de Rusia por parte del mariscal Pilsudski (con la tácita aprobación de los occidentales), acabó en un fracaso; hasta tal punto que, en su contraofensiva, el Ejército ruso llegó a las puertas de Varsovia. En aquel momento los rusos declararon que antes de aceptar la existencia de un Estado polaco, preferirían seguir su marcha, liberando la parte de Prusia cedida a Polonia en Versalles y devolviéndola a Alemania. Y si bien los rusos fueron detenidos en las puertas de Varsovia, su declaración causó impresión en Alemania. Las dos potencias se dieron cuenta entonces de que tenían algo en común: eran contrarias a las distribuciones territoriales establecidas en Versalles.

La intentona polaca ejerció, en las relaciones germano-rusas, un efecto ulterior, aunque menos directo. Reveló a los alemanes, siempre inclinados a admirar el valor militar, que, en poco tiempo y pese a las graves dificultades, Rusia había logrado crear un nuevo Ejército bastante eficiente. La aproximación económica, animada por los magnates de la industria pesada, alcanzó así su paralelo militar o estratégico. El camino hacia Rapallo estaba abierto.

El acuerdo secreto de Rapallo

Las negociaciones que condujeron al acuerdo de Rapallo se articulaban en tres ramas principales: económica, militar y política (en orden cronológico). Pero, las cláusulas más importantes eran las contenidas en los acuerdos militares y políticos; entre las que figuraba el compromiso, por parte del Gobierno alemán, de reconocer al régimen soviético como Gobierno oficial de Rusia y no inmiscuirse en las organizaciones de los emigrados «blancos».

Las negociaciones militares hubieron de llevarse, forzosamente, con gran secreto, puesto que Alemania –desafiando el Tratado de Versalles– ya había empezado a rearmarse. Las de carácter político siguieron con cierto retraso a las militares. Rathenau, que era favorable a una política prooccidental, consideraba que debían limitarse al mínimo indispensable para no suscitar la hostilidad de estas potencias, las cuales habían sugerido convocar una conferencia internacional para discutir, entre otras cosas, la formación de una Sociedad de Naciones (de la que también debería formar parte Alemania). Peros sus objeciones no fueron tomadas en consideración, y la delegación rusa que se dirigía a Génova puntualizó los detalles de lo que más tarde se convertiría en el acuerdo de Rapallo.

Cicerin, comisario ruso de Asuntos Exteriores, estaba sin duda al corriente de las reservas de Rathenau, y supo aprovechar muy hábilmente el temor que los alemanes sentían ante un posible acuerdo anglo-soviético, haciendo a este respecto interesantes propuestas a Lloyd George y a Barthou en cuanto al pago de las deudas que Rusia tenía con Gran Bretaña y Francia. Todo esto fue suficiente para convencer a Rathenau de la oportunidad de un acuerdo con Rusia.

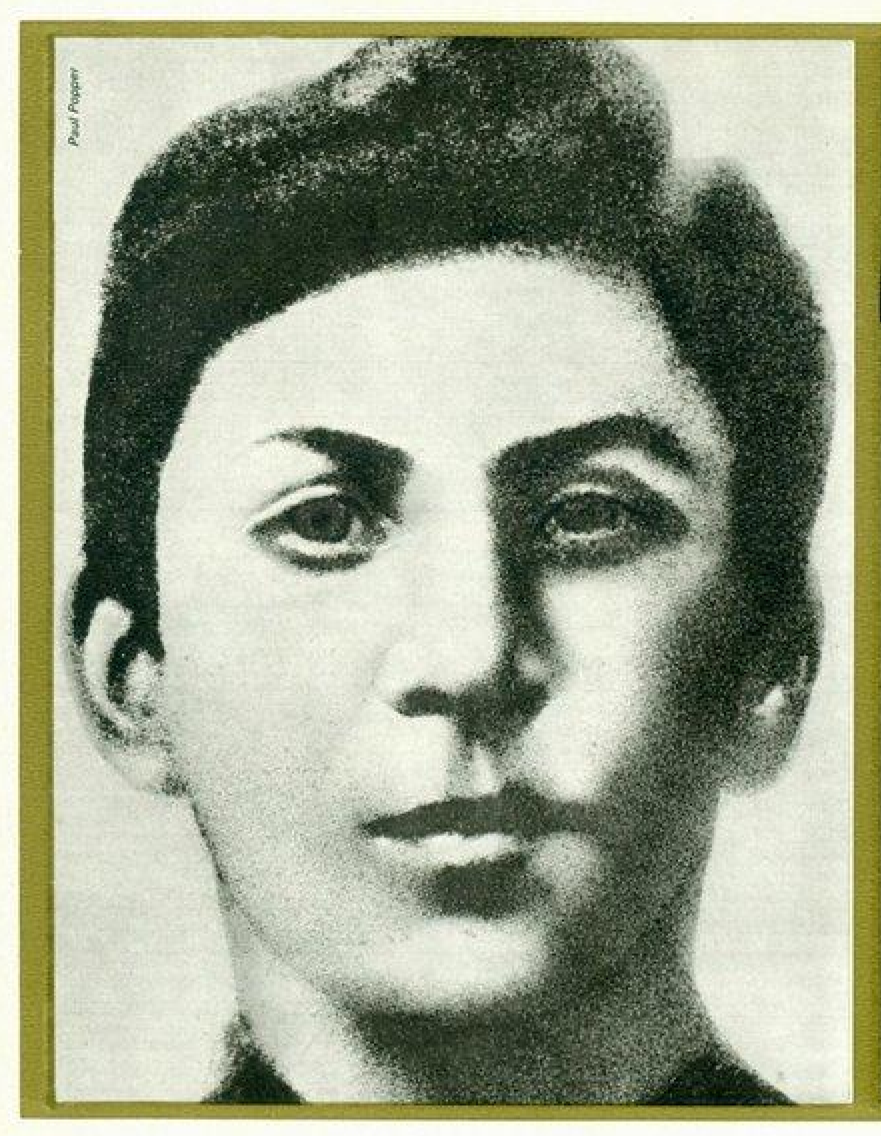
A la una de la madrugada del 16 de abril, un miembro de la delegación soviética telefoneó a la delegación alemana, proponiendo que rusos y alemanes se encontraran por la tarde en Rapallo para firmar el acuerdo discutido en Berlín. Tras alguna duda, los alemanes decidieron aceptar. Así, y en contra del parecer de los occidentales, que creían que las relaciones germano-rusas se llevarían a cabo a través de un consorcio de inspiración occidental, se establecieron relaciones directas entre Alemania y Rusia. Las cláusulas económicas del tratado excluían la posibilidad de que tales relaciones fueran mediatizadas por ningún país occidental.

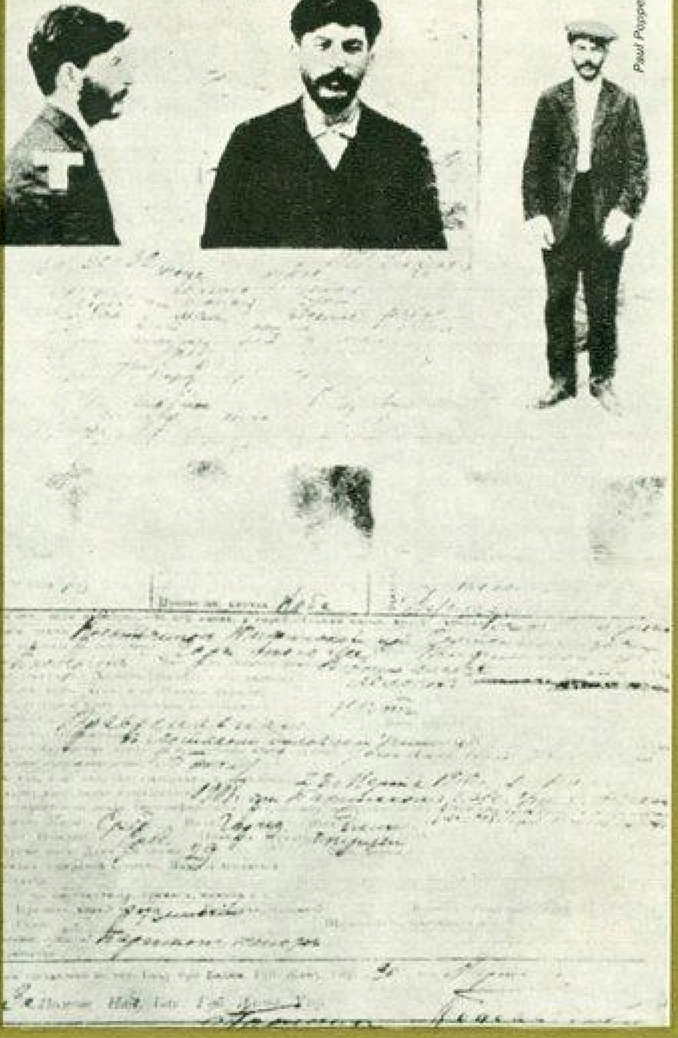
La importancia de este suceso se puede valorar por la violenta energía con que los occidentales protestaron contra este «acuerdo entre bastidores». Hasta aquel momento habían negociado con la Alemania derrotada y con Rusia, por separado y cuando les había parecido oportuno. Pero el acuerdo de Rapallo representaba el nacimiento de una nueva alianza oriental con la que se verían obligados a tratar en condiciones que, desde luego, serían menos favorables.

La conferencia de Génova acabó en una atmósfera de gran desconcierto. El hecho de que el ministro de Asuntos Exteriores alemán asegurara al embajador de Gran Bretaña en Berlín que el tratado de Rapallo no comprendía claúsulas secretas o militares (y que los ingleses lo creyeran o no), tiene poca importancia; lo decisivo era que el equilibrio político europeo acababa de alterarse y que Alemania seguía enfrentando a Oriente y Occidente.

El tratado fue bien acogido en Alemania. Generales de la vieja escuela, como Ludendorff, el industrial Rechberg y Hitler (que entonces empezaba a ser conocido) podían seguir hablando de la necesidad de una cruzada contra el bolchevismo; pero todos los otros partidos, de la extrema derecha a la extrema izquierda, aprobaron el acuerdo.

Las nuevas relaciones germano-rusas fueron puestas a prueba, por primera vez, en Locarno, el año 1925. Los americanos habían propuesto el Plan Dawes, aparentemente para financiar la reconstrucción de Alemania; pero en realidad para reconquistar parte de la influencia que sobre ella





Estas fotografías ilustran tres fases de la vida de Stalin: la primera siendo un muchacho; la segunda reproduce su certificado penal de revolucionario bajo el régimen zarista; en la tercera se le ve (al extremo derecho) con Trotski (a su izquierda) durante los «días de octubre» de la revolución rusa (1917).

habían perdido los occidentales después de Rapallo. El Plan Dawes fue acogido con entusiasmo en Alemania, lo que, naturalmente, no complació al aliado ruso. Stalin lo condenó diciendo que era «la definitiva esclavización de Alemania». Además, inmediatamente después de Locarno, los occidentales invitaron a Alemania a adherirse a la Sociedad de Naciones, organismo que, precisamente por sus repetidas declaraciones de verdadero internacionalismo, era considerado por los soviéticos como un dominio de los anglosajones. Y Alemania entró a formar parte de él en 1926.

La Rusia soviética reaccionó y demostró su desagrado adoptando una actitud amistosa hacia Polonia. Todo lo referente a Polonia siempre había sido como una especie de barómetro en las relaciones germano-rusas, y en esta ocasión dicho barómetro tampoco dejó de funcionar; el 24 de abril de 1926 se firmó en Berlín un nuevo tratado germano-soviético, en virtud del cual si una de las dos partes era atacada «por una o más potencias» la otra «mantendría una política de neutralidad durante el conflicto» y, además, si una de ambas partes era sometida a *boicot* financiero por cualquier coalición de potencias, la otra no se adheriría.

Por lo tanto, quedaba claro que en virtud del Tratado de Rapallo, Alemania dependía militarmente de la Unión Soviética, y por el de Locarno dependía, financieramente, de Occidente. Así, su política de contraponer Oriente a Occidente estaba en todo su apogeo. Stresemann hizo toda clase de esfuerzos para convencer a los occidentales de que Alemania cumplía lealmente las obligaciones que derivaban del Tratado de Versalles, relativas al desarme, y afirmó que ignoraba las cláusulas militares del tratado germano-ruso. Por esta afirmación fue acusado inmediatamente de deslealtad; pero es muy posible que el Estado Mayor alemán las hubiera mantenido en el más absoluto secreto.

Las relaciones empeoran

El año 1926 fue el mejor momento de las buenas relaciones entre Rusia y Alemania. Pero después de esta fecha se inició un gradual declive que se prolongó hasta que Hitler interrumpió toda cordialidad. A partir de 1926 los dos países se dieron cuenta de que su fuerza y su prestigio en el mundo estaban aumentando y que, por lo tanto, ya no tenían necesidad el uno del otro, como en años anteriores. El general von Seeckt, partidario de la amistad germano-rusa, fue separado aquel mismo año del grupo de Ludendorff, cuya aversión por el comunismo era bien conocida.

Fue en este momento –2 de diciembre de 1926– cuando un espectacular incidente reveló a todo el mundo las extrañas relaciones que existían entre Alemania y Rusia. Algunos políticos socialdemócratas alemanes, movidos por resentimientos personales contra el Mando Supremo, revelaron que tres buques cargados de municiones para el Ejército habían llegado a Stettin procedentes de Leningrado. Para esta revelación se eligió un periódico extranjero, el *Manchester Guardian*, y, de esta forma, el mundo occidental llegó a saber que en Rusia se fabricaban aviones, gases y bombas para el Ejército alemán. Otro político socialdemócrata también reveló detalles de cómo se enviaban oficiales alemanes a Rusia, con pasaportes falsos, para que siguieran cursos de instrucción, y cómo se importaba de Rusia material bélico fabricado en aquel país por empresas alemanas. Es sorprendente que los aliados occidentales prestaran entonces tan poca atención a semejantes revelaciones. La verdad es que se hallaban inmersos en la política de Locarno, que consistía en ayudar económicamente a Alemania y favorecer su candidatura en la Sociedad de Naciones; por lo tanto, prefirieron cerrar los ojos a la realidad. Pero hicieron más todavía. El 31 de enero de 1927 el *Allied Military Control*, que seguía en Alemania, fue disuelto y los oficiales regresaron a su patria. Así, las limitaciones previstas por el Tratado de Versalles quedaban formalmente en vigor, pero no existía ningún instrumento para regularlas. Con ello Alemania acababa de recobrar su independencia militar y estaba en condiciones de efectuar secretamente el rearme en el *interior* de sus fronteras. Por lo tanto, uno de los resultados de la decisión aliada fue la de hacer a Alemania más independiente de la Unión Soviética.

Al mismo tiempo, en Rusia, Cicerin, firme mantenedor de la política proalemana, era gradualmente desautorizado y sustituido al fin por Litvinov, famoso por sus tendencias totalmente contrarias. Cuando las potencias occidentales invitaron a Rusia a que enviara delegados para presenciar determinadas deliberaciones de la Sociedad de Naciones, la invitación fue inmediatamente aceptada. A partir de 1927 hasta 1934, el Gobierno soviético fue inducido poco a poco a establecer relaciones cada vez más estrechas con las potencias occidentales. En 1931, la Unión Soviética mejoró incluso sus relaciones con los tradicionales enemigos de Alemania, Francia y Polonia, firmando con ellos pactos de no agresión.

Entre tanto, la crisis económica mundial había alcanzado su punto máximo y en Alemania había seis millones de obreros en paro forzoso. La república de Weimar no se hallaba en condiciones de resolver el problema y el país buscaba, desesperadamente, alguna solución. Fue entonces –como ya se ha dicho en otro lugar– cuando, en las elecciones de septiembre de 1930, Adolf Hitler se aseguró 105 escaños en el Reichstag, que ascendieron a 230 en 1932. A principios de 1933, casi antes de que la nación, estupefacta, se diera cuenta de lo que había ocurrido, Hitler asumió el poder, dando comienzo a la revolución nazi. Este fenómeno fue subvalorado en los países occidentales, cuyos estadistas aún consideraban que una revolución sólo podía proceder de las *izquierdas*; la idea de una revolución de *derechas* era incomprensible.


(Keystone)

Algunos políticos alemanes de derechas, entre los que también figuraban miembros del partido de Hitler, todavía eran favorables a una alianza con Rusia, según la tradicional política de Bismarck. Pero esto sonaba como una herejía en los oídos de Hitler, convencido de que «el bolchevismo, siendo una especie de hebraísmo internacional, habría intoxicado a Alemania con el veneno del internacionalismo». Era asimismo contrario al pacto de Rapallo.

Los nazis se dieron cuenta de que una «cruzada anticomunista», con Alemania como «baluarte contra el bolchevismo», sería vista con simpatía en Occidente. Más tarde, Hitler admitió que había adoptado su política antisoviética casi para exclusivo uso y consumo de los occidentales; sobre todo en el período crítico en que el rearme alemán aún no había sido completado y existía el peligro de que Francia desencadenara contra ella una guerra preventiva. Asimismo, el Pacto Antikomintern con el Japón (1936) y con Italia (1937) se firmó más bien para complacer a los occidentales que para amenaza de Rusia.

No obstante, en los primeros meses que siguieron a la subida de Hitler al poder, hubo, en verdad cierta tendencia a afirmar que las relaciones con la Rusia soviética no se habían alterado. En marzo de 1933 Goering dijo: «Nuestra lucha contra el comunismo en Alemania, no tiene nada que ver con las relaciones germano-rusas, que se mantendrán lo mismo que antes». Y más o menos por esas fechas, el periódico *Izvestia* decía: Pese a su posición contraria al nazismo, los pueblos de la URSS desean vivir en paz con Alemania».



VEINTE AÑOS DE DESCONFIANZA

1921

16 de abril: Alemania y Rusia firman el tratado de Rapallo, por el cual Alemania reconoce el régimen soviético como el Gobierno oficial de Rusia. Además algunas fábricas alemanas se transplantan a suelo ruso para construcción de aviones, submarinos y municiones y parte de las cuales se exportarían después a Alemania. Asimismo se entrenarían tropas germanas en territorio de la URSS.

1925

1 de diciembre: Alemania firma con Bélgica, Francia, Gran Bretaña e Italia el pacto de Locarno, que la acercará a la Europa occidental.

1926

24 de abril: Alemania y Rusia firman un tratado en virtud del cual cada una garantiza la propia neutralidad en el caso de que la otra sea atacada.

Septiembre: Alemania acepta la invitación occidental para entrar a formar parte de la Sociedad de Naciones.

1934

2 de agosto: Hitler sube al poder.

Septiembre: Rusia entra a formar parte de la Sociedad de Naciones.

1936

Julio: estalla la guerra civil española. Rusia ayuda a los republicanos y Alemania a Franco.

25 de noviembre: Alemania firma el pacto Antikomintern con el Japón, ambas naciones declaran querer salvar la civilización occidental del comunismo.

1939

31 de marzo: Gran Bretaña da garantías a Polonia contra una agresión alemana. Termina la contienda española.

17 de abril: Alemania y Rusia inician las negociaciones diplomáticas.

4 de mayo: Rusia sustituye a su ministro de Asuntos Exteriores, Litvinov, de tendencias filooccidentales y judío de raza por Molotov.

15 de agosto: se interrumpen las negociaciones entre Rusia y Occidente.

23 de agosto: Rusia y Alemania firman un pacto de no-agresión que comprende un «memorándum» sobre los repartos territoriales entre ambas naciones.

1 de septiembre: Alemania invade Polonia.

17 de septiembre: Rusia invade Polonia.

1941

22 de junio: Alemania invade Rusia.



Stalin, a las puertas del poder, retratado en compañía de Lenin (1919), durante un congreso del partido. A la muerte de Lenin (1924), le sucedió Stalin. *(Hulton Picture Library)*

Después del cataclismo político que se produjo en Alemania, ambas partes continuaron actuando con cautela, esperando cada una el próximo movimiento de la otra. Además, durante algún tiempo, continuó la instrucción de oficiales especializados en Rusia. Pero muy pronto resultó imposible mantener inalterable esta apariencia. El incendio del Reichstag dio motivo al primer ataque verbal y, a partir de aquel momento, Hitler y Goebbels compitieron para ver quién de los dos desencadenaba diatribas más violentas contra la Unión Soviética. Aunque parezca extraño, la reacción soviética fue relativamente moderada. Pero, cuando el 24 de enero de 1934 Hitler firmó un pacto de amistad con Polonia, se produjo el definitivo abandono de la política de Rapallo por parte de ambos países.

Experimentos en España

En 1936 estalló la guerra civil española y tanto las potencias del Eje como Rusia aprovecharon la ocasión para enviar tropas y experimentar nuevas armas y tácticas militares. Rusia envió, además, funcionarios políticos, agentes de información y expertos en la lucha aérea o con medios acorazados. Estos expertos actuaban en sucesivos turnos de limitada actividad, y habían recibido órdenes severas de evitar cualquier situación en la que pudieran correr el riesgo de caer prisioneros.

Entre los altos oficiales rusos que se beneficiaron de esta experiencia figuraban Rokossovski, Konev y Malinovski, que, más tarde, habían de llegar a mariscales de la Unión Soviética. El experto en carros de combate, Pavlov, tomó parte en la batalla de Guadalajara, y al frente de 70 de estos vehículos se lanzó contra dos divisiones motorizadas italianas, infligiéndoles una completa derrota. En consecuencia, llegó a la conclusión de que la mejor forma de emplear los carros de combate era, como sostenían los franceses, ejerciendo una función de apoyo directo a la infantería, o sea, que, según su criterio, la teoría de la guerra relámpago, con el empleo de fuerzas acorazadas y motorizadas, era errónea. Al regresar a la Unión Soviética, Pavlov expuso su teoría a Voroschilov, quien la acogió entusiasmado.

Los alemanes habían permanecido casi completamente ajenos a aquella batalla; pero, en cambio, la habían observado con la mayor atención, llegando a una conclusión totalmente distinta a la de los rusos.

La política de «no intervención», adoptada por los países occidentales durante la guerra de España; la indecisión de Inglaterra y Francia frente a la aventura etiópica de Mussolini y la militarización hitleriana de Renania, fueron elementos que llevaron a los rusos a considerar, con un cierto pesimismo, una eventual alianza con Occidente. Pero sus temores se confirmaron al producirse el *Anschluss* de Austria y el desmembramiento de Checoslovaquia después de la reunión de Munich. A partir de entonces, en la prensa rusa empezaron a aparecer frases como la siguiente: «Hay poco que elegir entre Alemania y las democracias; tanto una como las otras son naciones imperialistas».

Sin embargo, los rusos siguieron confiando en la posibilidad de llegar a algún acuerdo con los occidentales. Tras la ocupación de Praga por los alemanes, Rusia propuso celebrar, en Bucarest, una conferencia de las potencias contrarias al Eje para coordinar una política defensiva contra Alemania; pero, como se sabe, esta propuesta fue rechazada por Gran Bretaña. No obstante, y al mismo tiempo, los ingleses propusieron que Gran Bretaña, Francia, Rusia y Polonia se pusieran de acuerdo para consultarse entre sí; sólo que entonces fue Polonia la que rechazó el proyecto. A continuación, el 21 de marzo de 1939, Gran Bretaña se comprometió unilateralmente a defender a Polonia en caso de agresión (una vez más, sin previa consulta con la Rusia soviética), por lo que el Gobierno soviético llegó a la conclusión de que Gran Bretaña prefería aliarse con Polonia que no con Rusia y que los acuerdos de Munich pretendían excluir a la URSS de toda intervención.

Gracias al protocolo Hossbach, hoy se sabe que Hitler ya había decidido la guerra un año antes de la conferencia de Munich. Consideraba que el momento más oportuno sería entre 1939-40; Alemania estaría entonces mejor armada y preparada que cualquiera de sus potenciales adversarios. A partir de la citada fecha, occidentales y rusos acelerarían su rearme, y gradualmente, pasaría a su favor la relación de fuerzas. El único problema que Hitler se planteaba en 1937 era: ¿dónde empezamos la guerra? ¿en el Este o en el Oeste? Estaba completamente decidido (y lo dijo muchas veces a sus generales) a evitar el error del Kaiser, que se había visto obligado a combatir en dos frentes. Si atacaba a Occidente, u Occidente le declaraba la guerra (como, efectivamente, sucedió), no quería luchar, al mismo tiempo, con Rusia. En cambio, si declaraba la guerra a Rusia, intentaría neutralizar a Occidente.

Los historiadores no han aclarado todavía quién fue el autor de las proposiciones relativas a un pacto de no agresión germano-ruso. Por lo que parece, los primeros y tímidos intentos se hicieron el 17 de abril de 1939, en el transcurso de una conversación entre Weizsäcker, secretario de Estado en el ministerio de Asuntos Exteriores alemán y el embajador soviético en Berlín. El motivo aparente de este encuentro era la discusión de algunos contratos soviéticos con la industria checoslovaca Skoda. Pero después, el coloquio derivó hacia la posibilidad de mejorar las relaciones entre los dos países. Weizsäcker señaló que «la prensa soviética no compartía totalmente la actitud antialemana de la inglesa y americana», e hizo observar que también la prensa alemana presentaba una actitud de análoga moderación hacia Rusia. Y, por lo que se dice, el embajador soviético hizo entonces esta sibilina declaración:

«La política rusa ha seguido siempre una dirección rectilínea. Las diferencias ideológicas de opinión no han influido nunca en las relaciones entre Italia y Rusia y, por lo tanto, no existe ningún motivo para que hayan de aparecer como un obstáculo en lo que respecta a nuestras relaciones con Alemania. La Rusia soviética no ha explotado la actual tensión existente entre Alemania y las democracias occidentales que nos son hostiles, ni desea hacerlo. Para Rusia no existe ninguna razón por la cual Alemania no pueda vivir, respecto a nosotros, en un plano de normalidad. Y de normales, las relaciones podrían pasar a ser cada vez mejores».

En un discurso pronunciado por Hitler contra Polonia, diez días después, no figuraban los acostumbrados insultos contra la Unión Soviética o el comunismo. Y al cabo de otros quince días, los rusos tomaron la importante y significativa medida de sustituir su comisario de Asuntos Exteriores, el prooccidental Litvinov, por Molotov.

En el transcurso de los tres meses que siguieron, estos contactos experimentales continuaron en secreto; cada bando intentaba descubrir, exactamente, hasta qué punto quería llegar el otro. Oficialmente, Rusia todavía estaba negociando con Francia y Gran Bretaña un tratado de mutua asistencia; pero por ambas partes reinaba una pesada atmósfera de sospecha. El Primer Ministro inglés no sentía el menor entusiasmo ante la perspectiva de una posible alianza, aunque en la Cámara de los Comunes declarara: «Si logramos establecer un método tal que permita asegurarnos la cooperación y el apoyo de la Unión Soviética en la constitución de un frente de paz, nos sentiremos muy satisfechos... nadie puede ser tan tonto como para suponer que aquel inmenso país, con su gran población y sus enormes recursos, sea un elemento despreciable en una situación como la que nos enfrentamos...» Teniendo en cuenta la constante preparación militar de los rusos, el empleo de las palabras «elemento despreciable» demostraba, por lo menos, una absoluta falta del sentido de las proporciones.

El día 24 de mayo de 1939, en la Cámara de los Comunes, hizo la optimista declaración de que con los rusos se había llegado a un acuerdo «sobre puntos esenciales». Y no obstante, el día anterior, Ribbentrop había citado a Weizsäcker en su casa de campo para informarle de que el *Führer* deseaba «establecer relaciones más amistosas entre Alemania y la URSS».

A fines de julio, cuando las conversaciones entre Rusia y los países occidentales se hallaban aún en un punto muerto, se empezaron a percibir los primeros resultados tangibles de las negociaciones ruso-germanas. El 27 de julio, Schnurre, experto economista alemán, invitó a comer a Astachov, jefe de la delegación comercial soviética, y en aquella ocasión descubrió las cartas que los alemanes tenían en la manga. Schnurre preguntó qué podía ofrecer Inglaterra a Rusia. En el mejor de los casos, la participación en una guerra europea contra Alemania; pero, en realidad, nada que representara una ventaja positiva. En cambio, Alemania podía ofrecer a Rusia la neutralidad y la favorable circunstancia de no participar en un posible conflicto europeo. Además, si Moscú lo deseaba, los dos países podrían negociar una entente, sobre puntos de interés común, que, como en el pasado, sería beneficiosa para ambos.

En el transcurso de las conversaciones que se celebraron, Voroschilov, jefe de la delegación soviética, solicitó que, en circunstancias especiales, se permitiera el paso de tropas rusas a través de Polonia y de Rumania, y puso de manifiesto que una alianza militar contra Alemania, sin este permiso, no tendría significación alguna. Pero Occidente no logró convencer ni a Polonia ni a Rumania para que aceptaran este punto (y, por lo que parece, no insistieron mucho). Y de esta forma, el 15 de agosto de 1939 se interrumpieron las negociaciones.

El 25 de septiembre, Winston Churchill informó al Gabinete de Guerra, respecto a la actitud polaca, con estas palabras: «Con los alemanes nos arriesgamos a perder nuestra libertad; con los rusos nuestra alma».

Según su criterio, la petición del mariscal Voroschilov respecto a que Rusia, al convertirse en aliada de Polonia, pudiera ocupar Vilna y Lwow, era perfectamente legítima desde un punto de vista militar. Pero la petición fue rechazada por Polonia.

Stalin con los compañeros de la vieja guardia poco después de la muerte de Lenin. Pueden reconocerse (desde la izquierda), además del dictador, Molotov, Kalinin, Voroschilov y Budenni. *(Archivo Rizzoli)*



Un pacto «afianzado en la sangre»

En agosto de 1939 los dirigentes soviéticos se convencieron de que Occidente, aunque ansiaba impedir la expansión alemana, la consideraba, no obstante, como un mal menor comparada con cualquier posible refuerzo de la potencia soviética en Europa oriental (refuerzo que el paso de tropas rusas a través de Polonia y de Rumania llevaría consigo). Las potencias occidentales creían que si no lograban contener a Hitler por vía diplomática, siempre cabía el recurso de incitarlo a dirigirse contra el Este. Desde luego, no es extraño que semejante comportamiento ofendiera a los políticos soviéticos. Y así, con gran sorpresa de todo el mundo, el 23 de agosto de 1939 se firmó el pacto germano-ruso.

La inversión oficial facilitada por los rusos era que, en el caso de *no* firmar el pacto, se encontrarían en una situación muy crítica; pues estaban en pleno conflicto con los japoneses y no habrían podido contar con ningún apoyo, por parte de Inglaterra o de Francia, si Hitler se decidía a atacar. Firmando el tratado, Stalin no sólo se aseguró un territorio estratégicamente importante, sino también el tiempo necesario para el rearme del país. Winston Churchill afirmaba que, más tarde, cuando ya en plena guerra Inglaterra y Rusia eran aliadas, Stalin le confesó que en 1939 estaba convencido de que si Polonia era atacada, Inglaterra y Francia no intervendrían.

El problema que exigía la más inmediata solución tanto para los políticos alemanes como para los soviéticos, era explicar a sus pueblos las razones de tan repentino cambio. En el momento de firmar el tratado, Ribbentrop había intentado incluir en el preámbulo algunas retorcidas frases referentes a la tradicional amistad ruso-germana; pero Stalin se opuso, arguyendo que el Gobierno soviético no podía presentar a la opinión publica una declaración de amistad ruso-germana cuando, desde hacía seis años, el nazismo estaba lanzando sobre su país «cubos de estiércol».

Pero lo cierto es que maniobras de este tipo son mucho más fáciles de realizar en los Estados totalitarios. De pronto, la prensa alemana cesó en sus ataques contra el judeo-bolchevismo para dar paso a editoriales que celebraban la nueva amistad germano-rusa; por su parte, en la Unión Soviética no se vieron más libros ni artículos, ni se escucharon más dicursos contra el nazismo. Y, mientras tanto, Molotov anunciaba que, tras la destrucción de Polonia, la nueva alianza estaría «afianzada en la sangre».

El pacto reportó grandes ventajas a Rusia. Los rusos no habían olvidado el año 1914, cuando se lanzaron contra Alemania sin disponer aún de suficientes fuerzas movilizadas. Ahora, sus nuevas fronteras se encontraban mucho más al Oeste que las de la guerra anterior; además, en los meses siguientes ocuparon dos tercios de Polonia, las tres repúblicas bálticas, parte de la Carelia finlandesa, la Besarabia y el norte de la Bucovina.

Los veinte meses que habían de transcurrir antes del ataque alemán contra Rusia pueden dividirse en dos fases. En la primera (24 de agosto de 1939 a 4 de junio de 1940), las relaciones entre ambos países daban la impresión de ser extremadamente cordiales, proporcionando Rusia a Alemania muchas materias primas (manganeso, cromo, petróleo, etc.) para su esfuerzo bélico. Durante este período, Molotov felicitó repetidas veces a Alemania por los éxitos militares obtenidos en Occidente, y Rusia dejó de reconocer a los gobiernos de los países invadidos por Alemania. Pero estos mismo éxitos hacían que, para Alemania, el pacto ya no tuviera la misma importancia; es más, tras la derrota de Francia, esta importancia desapareció totalmente. Por lo tanto, después del 4 de junio de 1940, cuando aún el interés militar de Hitler parecía concentrado por completo en las llanuras de Flandes, empezaron a surgir las primeras grietas en la alianza. Y de esta forma se inició la segunda fase de las ya enfriadas relaciones germano-rusas.

Los rusos, que habían echado sus cuentas basándose en una guerra de agotamiento en Occidente, quedaron estupefactos ante la rapidez de la guerra-relámpago, y se vieron en la precisión de reconsiderar sus puntos de vista y adoptar apresuradamente nuevas posiciones. El 18 de junio, Molotov presentó al embajador alemán en Moscú «las más calurosas felicitaciones por las victorias alcanzadas en Occidente»; pero, inmediatamente después, le informó de los que la Unión Soviética pensaba hacer en los Estados bálticos. La presencia de guarniciones soviéticas, ya instaladas en dichos países, no era suficiente; estos Estados habían de ser incorporados rápidamente a la Unión Soviética. Rusia también presionó sobre Rumania, y antes de fines de junio sus tropas marcharon sobre Besarabia y Bucovina septentrionales. Así, alcanzando el Danubio, la Unión Soviética estaba más allá de la línea divisoria, establecida en agosto de 1939, de las esferas de influencia alemanas y rusas. Además, y éste es un hecho de importancia vital, Hitler se daba cuenta de que en aquel momento las tropas rusas se encontraban a poco más de 160 km de los pozos petrolíferos rumanos.

El desacuerdo entre Alemania y Rusia no se manifestó antes del mes de enero del año siguiente; pero, ya el 31 de agosto de 1940, el Arbitraje de Viena, con el que los alemanes impusieron una radical transformación de las fronteras de Hungría, Rumania y Bulgaria, provocó una brusca intervención por parte de Molotov, quien afirmó que este acuerdo contravenía el artículo tercero del pacto de no agresión, según el cual la Unión Soviética había de ser consultada sobre cualquier reorganización territorial en el Este de Europa. Un mes más tarde, la presencia de una misión militar alemana en Rumania (cuyo objetivo aparente era neutralizar en un momento dado los planes ingleses en aquella zona) suscitó nuevas inquietudes en el Kremlin.

En noviembre de 1940, cuando Molotov se trasladó a Berlín, tanto Hitler como Ribbentrop intentaron impresionarle, presentándole el espectáculo de la supuesta desmembración del Imperio Británico, y del rico botín que en Afganistán, en la India y en Extremo Oriente se hallaba dispuesto para un fiel aliado. Sin embargo, parece ser que aquellas risueñas perspectivas le parecieron a Molotov menos halagüeñas que un inmediato y efectivo «reconocimiento de los intereses soviéticos en Finlandia, en Turquía y en los Balcanes», expresión que utilizó para dar a entender que Rusia intentaría dificultar hasta el máximo las condiciones en que habría de producirse un eventual ataque contra ella por parte de Alemania. Molotov dijo que las tropas alemanas habían de ser retiradas de Finlandia, y que la seguridad soviética en el Bósforo sería garantizada mediante un pacto con Bulgaria; además, era preciso que se reconocieran formalmente los intereses soviéticos en el sur de Batum y de Bakú.

Si Alemania hubiera aceptado estas condiciones (la finalidad de las conversaciones era, en efecto, poner a prueba las intenciones de Hitler), un ataque alemán contra Leningrado habría sido muy difícil; el camino hacia Rusia, a través de los Balcanes, estaría cerrado y, por último, la Unión Soviética tendría acceso al Mediterráneo. Una posterior reivindicación de los rusos «en dirección al golfo Pérsico» quitaría a los alemanes una importante fuente de petróleo.

El 17 de enero de 1941, el embajador alemán en Moscú fue informado de que el Gobierno soviético estaba «extremadamente sorprendido» de no haber recibido aún la respuesta referente a aquellas proposiciones; el Gobierno soviético «esperaba una pronta respuesta por parte de Alemania». La realidad era que, no hacía apenas un mes (exactamente el 18 de diciembre de 1940) en Alemania se habían cursado ya las órdenes preliminares de la Operación «Barbarroja».

La confianza en su propio genio militar ya era ilimitada y, después de haber ocupado Yugoslavia, conquistado Grecia y Creta y sojuzgado Bulgaria, Hitler estaba convencido de que tanto él como el Ejército alemán eran invencibles. Su único problema era decidir cuál debía ser el próximo paso: ¿debía dar el golpe de gracia a Inglaterra o atacar a Rusia? Por último, llegó a la conclusión de que invadir Inglaterra por mar sería una empresa mucho más difícil que otra guerra-relámpago en Rusia. Y la atacó no sólo porque, a partir de 1940, ésta no le había complacido en sus continuas exigencias de seguridad, sino también por ser lo que era; es decir, una fuerte potencia militar, «el último aliado potencial de Inglaterra en la Europa continental». Después de derrotar a Rusia, Hitler podría dedicar toda su atención a Inglaterra, lanzando contra aquel pueblo testarudo la fuerza concentrada de su nuevo imperio de 500 millones de almas.

La afirmación de que el ataque a Rusia era un acto de legítima defensa, o sea, que Stalin estaba a punto de atacar a Alemania, era pura y simple propaganda para uso y consumo de la opinión pública alemana y mundial. Stalin no se hallaba aún preparado para afrontar una guerra con Alemania, como lo demostraron los primeros meses de la Operación «Barbarroja» y las terribles pérdidas sufridas por los rusos.

En el libro *Hitler's Table Talk* se revelan algunos de los factores que incitaron a Hitler a atacar Rusia, como, por ejemplo, el informe de que una sola industria soviética estaba produciendo más carros de combate que todas las de Alemania. Era cierto que la Unión Soviética había concentrado sus máximos esfuerzos en la industria pesada; pero actualmente todos los expertos militares están de acuerdo en considerar que, en 1941, aún no se hallaba en condiciones de atacar. Tanto el comunismo soviético como el nacionalsocialismo alemán tendían, por su naturaleza, a extenderse; pero, gracias a sus enormes recursos todavía no utilizados, la Unión Soviética no tenía necesidad, en contra de lo que le sucedía a Alemania, de atacar a sus vecinos. El plan comunista era el de extenderse, como había sucedido entre 1939-1941 (y como sucedería después de 1945), en las direcciones de menor resistencia. La calidad del material bélico soviético era aún baja y la instrucción del Ejército incompleta. Los trabajos de potenciación de las fortificaciones, iniciados a partir de 1939, tampoco habían sido ultimados.

Por lo tanto, en los últimos meses que precedieron al ataque, Stalin hizo todo lo posible para mantenerse en buenas relaciones con Alemania, procurando respetar las cláusulas del pacto ignorando los consejos de algunos embajadores extranjeros, como Stafford Cripps, de que previera el peligro de un inminente ataque alemán.

Todo fue total y deliberadamente ignorado hasta la medianoche del 21 de junio de 1941, cuando el Mando Supremo ruso envió *in extremis* al Ejército la orden febril de estar dispuesto para hacer frente a un ataque en cualquier momento. Poco después, el tren rápido internacional Berlín-Moscú, pasó por Brest-Litovsk, como si la situación fuera perfectamente normal. Pero cuando, tras la breve noche estival del Norte, el cielo empezó a aclararse, las tropas alemanas y las de sus aliados, desplegadas en un frente de millares de kilómetros, esperaron el alba para desencadenar la que sería la última agresión de Hitler.

ANTHONY RHODES

Nacido en 1916, estudió en Rugby y en la *Royal Military Academy* de Woolwich. En el *Trinity College* de Cambridge obtuvo el doctorado *cum laude* en Ciencias Mecánicas y es también licenciado en Letras por la universidad de Ginebra (donde, desde 1946 a 1952, fue profesor ayudante y lector de literatura inglesa). Nombrado oficial de Ingenieros en 1937, prestó servicios durante todo el periodo bélico. A continuación escribió un libro, *Sword of Bone*, sobre la batalla de Dunkerque. Entre 1952-1953 fue *Assistent Master* del Eton College; de 1956 a 1960 trabajó como corresponsal especial del *Daily Telegraph* en los países de la Europa comunista (en 1956 fue testigo ocular de la revolución húngara). Entre sus numerosas publicaciones figuran muchas traducciones del francés, del italiano y del alemán.

TOBRUK RESISTE

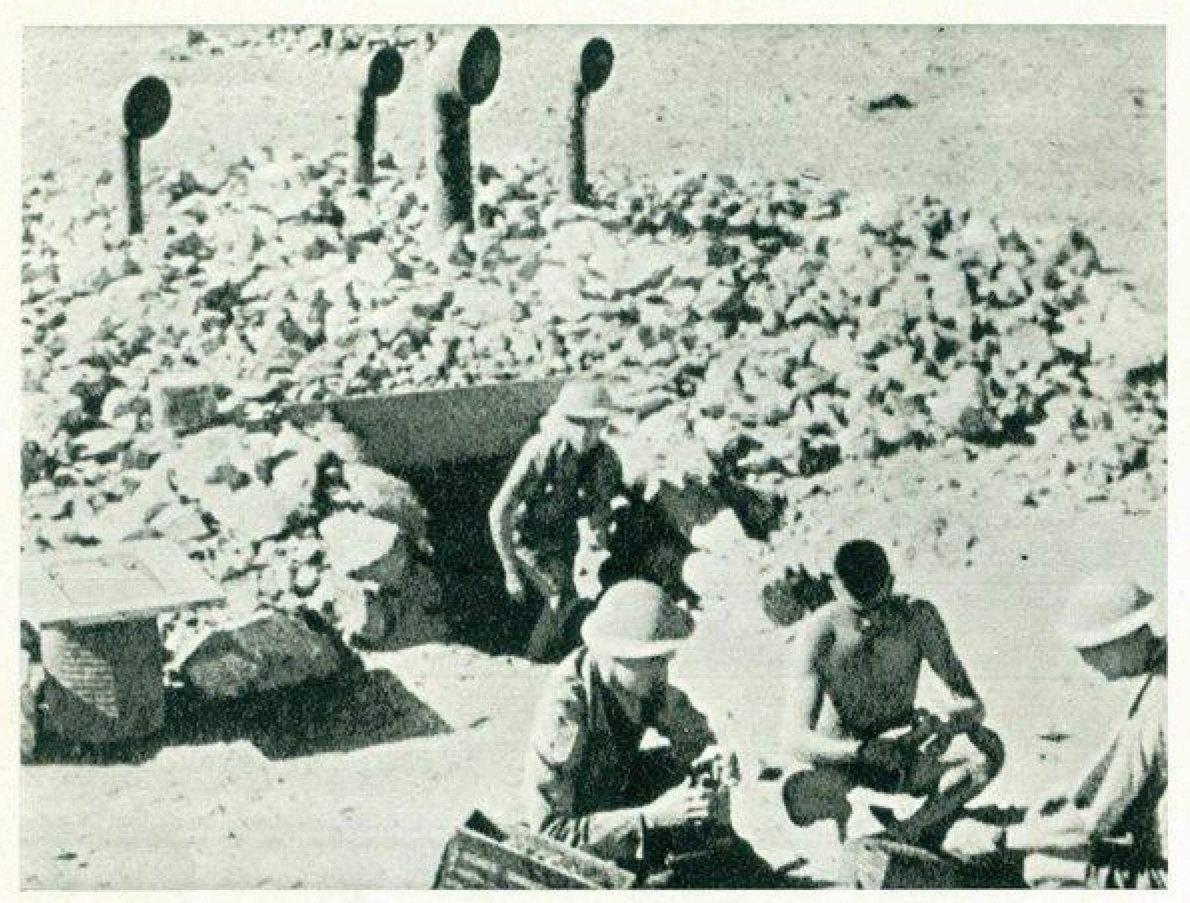
John Foley

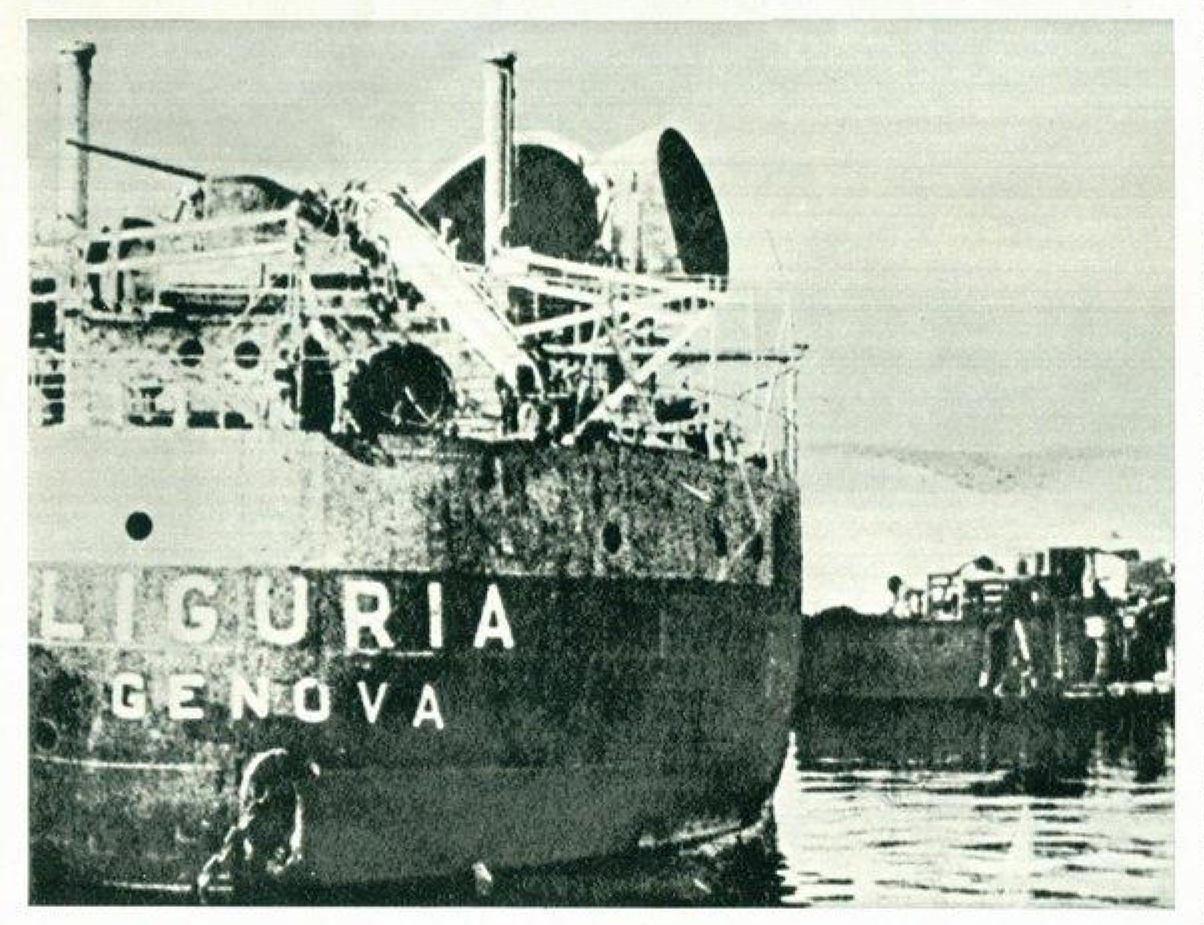
En abril de 1941, el arrollador avance de Rommel por Cirenaica se vio de pronto obstaculizado, en uno de sus flancos, por los ataques de las fuerzas aliadas que resistían en Tobruk y que constituían una continua amenaza para las vías de abastecimiento hacia la frontera egipcia. Gracias al valor y a la habilidad táctica de australianos, ingleses y polacos, que componían la guarnición, y al conjunto heterogéneo de la pequeña flota que luchaba por mantener abierta la ruta de Tobruk, fallaron todos los esfuerzos de Rommel para conquistar la plaza fuerte, y el asedio, se convirtió en leyenda.

Cirenaica, abril-noviembre de 1941



Tobruk estaba amenazada por el entrante de las fuerzas del Eje en Ras el-Madauar; pero Rommel subestimaba la fuerza de las defensas occidentales, cuando, en realidad, el perímetro de Tobruk era más vulnerable a los ataques en su ángulo sudoriental. Los *Stukas* procedentes de las bases aéreas próximas a Tobruk, bombardean las defensas de Fuerte Pilastrino, ocupado por las fuerzas británicas. *(Bapty & Co. Ltd.)*





La defensa de Tobruk fue un verdadero éxito, lo que contribuyó a levantar la moral de los Aliados. Era de esperar que las dificultades propias de este asedio fueran comentadas con mucho «humour» por la propaganda británica. En el original inglés, los pies de grabado de estas fotografías decían: «Nuevos hombres de las cavernas. Las fuerzas del Imperio británico destinadas a la defensa de Tobruk pasan la mayor parte de su tiempo en refugios subterráneos excavados en la dura roca. En esta fotografía se ven algunos de los defensores en una de sus típicas ocupaciones. Observen las bocas de ventilación. La fotografía de abajo nos muestra de dónde proceden; el puerto de Tobruk estaba lleno de restos de barcos británicos y del Eje, y todo lo que fue posible recuperar de estos buques fue aprovechado para las defensas de Tobruk y utilizado también por sus defensores para hacer la vida más agradable. Tobruk desempeña un papel muy importante con vistas a un futuro ataque británico en Libia». Estos hombres, que tan valerosamente defendieron la plaza fuerte asediada, merecen el sobrenombre de «ratas de Tobruk». *(History of the Second World War)-(Keystone)*

Tobruk es un pequeño pero importante puerto de la costa cirenaica. Antes de la guerra, su población era de unos 4.000 habitantes, repartidos en unos pocos centenares de blancos edificios cuyas siluetas se recortaban netamente sobre el terreno árido y rocoso que descendía hacia el muelle.

La importancia de Tobruk consistía en que su puerto era el único seguro y accesible a lo largo de unos 1600 km de faja costera entre Sfax, en Túnez, y Alejandría, en Egipto; exceptuando el todavía más pequeño de Bengasi. Como este último, Tobruk había sido convertido por los italianos en base naval y en una de las principales defensas de Libia por el Este.

Cuando, en abril de 1941, Rommel desencadenó la ofensiva contra la *Western Desert Force,* rompiendo toda resistencia, uno de sus primeros pensamientos fue apoderarse de esta localidad, a fin de eliminar el peligro que representaba y acortar las vías de comunicación para su avance hacia Egipto. No esperaba encontrar grandes dificultades: si las fuerzas de Wavell lo habían arrebatado a los italianos en dos días, Rommel confiaba en no tener que emplear más tiempo en reconquistarlo; tal vez menos.

El relato de sus primeros intentos para expugnar las defensas de Tobruk, al final de su arrollador avance desde Marsa el-Brega, ya ha sido expuesto en un artículo anterior. Ahora, lo que queremos poner de manifiesto es la importancia que tuvo, en su período inicial, la defensa improvisada por la División 9 australiana, reforzada por la Brigada 18 de la División 7 y por lo que quedaba de la Brigada Acorazada 3, además de regimientos de artillería de campaña y antiaéreos. Todas estas unidades, bajo el mando del mayor general Leslie Morshead, desempeñaron un papel casi decisivo en la fase crucial del avance de Rommel.

Guerra de asedio con técnica moderna

Desde aquel momento, Tobruk estuvo en constante estado de asedio. Sin embargo, no fue un asedio como los de Ladysmith y Mafeking, en la guerra de los boers, o el de Lucknow en la revuelta de la India, donde guarniciones aisladas habían sido rodeadas por un enemigo númericamente superior y totalmente incomunicadas. En este caso, gracias a la *Royal Navy*, se pudo mantener un contacto constante entre Tobruk y las fuerzas aliadas, aunque no por esto deba suponerse que la situación fuera más fácil que aquellas otras.

Indiscutiblemente, la salvación de Tobruk dependía de la actividad y eficiencia de su puerto y de la continuidad de los abastecimientos que, llegaban desde Egipto. Y Rommel, dándose cuenta de ello, se dispuso a neutralizarlo, al tiempo que preparaba lo planes para un ataque terrestre.

Desde los días de la ofensiva de Wavell, el Ejército británico en Cirenaica siempre había estado apoyado y abastecido por los barcos del *Inshore Squadron,* una formación naval heterogénea con barcos de todo tipo: destructores, corbetas, cañoneras, motopesqueros y hasta chalanas. En los momentos más críticos de Tobruk, estos barcos, apoyados a veces por la *Mediterranean* y, cuando era posible, por aviones de caza, desafiaban continuamente el peligro de las minas, proyectiles, bombas y torpedos, a lo largo de la costa ocupada por el enemigo, para llevar hombres, armas y abastecimientos (incluso el agua) y toda clase de ayuda a la plaza fuerte asediada.

Cuando empezó el asedio, fue preciso improvisar tanto el abastecimiento por vía marítima como la defensa del perímetro y la protección antiaérea, que debía permitir las operaciones de descarga. Por primera vez entraron en acción los T. L. C. *(Tank landing-craft,* medios de desembarco), embarcaciones provistas de motor diésel que transportaban, en su espacioso casco toda clase de carga, desde los medios acorazados, a bombas, víveres, etc.; se cargaban por medio de rampas abatibles, como los barcos transbordadores de vehículos. Este tipo de buques podía acercarse hasta la misma playa, por lo que en Tobruk eran más prácticos que los de tipo convencional, que forzosamente debían atracar al único muelle y, por lo tanto, estaban mucho más expuestos a los ataques.

Las pérdidas del *Inshore Squadron* fueron grandes, especialmente de día; tanto que, en ocasiones, sus elementos se vieron obligados a navegar sólo en las noches sin luna. Ataques diurnos como los dirigidos contra las corbetas antiaéreas *Auckland* y *Paramatta,* el 24 de junio, mientras escoltaban el petrolero *Pass of Balmaha,* dan la medida

de lo duramente que atacaban las fuerzas del Eje.

Por la noche, los lanchas torpederas alemanas estaban asimismo al acecho para interceptar los convoyes de abastecimiento y, por último, también comparecieron, inevitablemente, los *U-Boot*, poniendo en grave peligro a los T.L.C., a los que cañonearon en superficie y a corta distancia. El 10 de octubre, un T.L.C. (el grupo era de cuatro) atacó al *U-34* y lo hundió. La noche siguiente, otros dos T.L.C., que regresaban de Tobruk, se encontraron frente al *U-75*, mandado por el teniente Eckleman, pero esta vez el comandante del submarino no cometió errores; amparándose a la sombra de la costa, Eckleman pudo aprovechar su superioridad de fuego y hundió a los dos T.L.C.

Asalto en toda regla

Mientras a lo largo de la costa se desarrollaba la batalla aérea y naval, la lucha en tierra era un constante bombardeo y combates de patrulla: Rommel, contrariado por sus primeros fracasos, se preparaba para desencadenar un ataque en toda regla. Se estaba impacientando; pero, desde luego, debía descartarse todo propósito de avance más allá de la frontera hasta que Tobruk no fuese ocupado. Y hasta el 30 de abril no se ultimaron los preparativos.

El ataque empezó con el incesante martilleo de los bombarderos *Stuka* y de la artillería, contra los cuales los defensores de la plaza poco podían hacer. Trataron de rechazar a los bombarderos con toda su defensa antiaérea, mientras la artillería inglesa abría fuego de contrabatería.

Los bombarderos alemanes eran dueños del aire, ya que el escuadrón de *Hurricane* de la RAF fue retirado el 25 de abril por no poder aprovechar el corredor aéreo, pues estaba continuamente bajo el fuego, y porque las pistas habían quedado reducidas a cráteres y las instalaciones y depósitos de carburante eran bombardeados a cada momento.

Cuando los bombarderos se alejaron, la infantería atacante y los carros de combate se dirigieron hacia el sector occidental de la defensa; pero los defensores les acogieron con el fuego incesante de su artillería, con la de los carros y con las armas de la infantería australiana. Fue una encarnizada y dura batalla. Más tarde, al describirla, Rommel afirmó: «Los australianos combatían con gran tenacidad. Incluso los heridos seguían defendiéndose con las armas portátiles, y tomaban parte en la lucha mientras les quedaba aliento. Eran hombres fornidos y valientes, que indudablemente constituían una escogida representación del Imperio Británico, como lo demostraron claramente en la lucha».

Al finalizar el día, alemanes e italianos consiguieron penetrar en las defensas de Tobruk y establecer un entrante, de una profundidad de 3 km, en las posiciones australianas del sector occidental. Este entrante incluía la valiosa colina de Ras-el-Madauar, que dominaba una extensa parte del área defendida.

Al día siguiente, Rommel, siempre decidido a tomar Tobruk, mandó nuevas tropas para ampliar

1 de septiembre de 1941: barcos destrozados y medio hundidos después de ser alcanzados por las bombas durante los ataques aéreos sobre la bahía de Tobruk, plaza conquistada por los ingleses y que después fue objetivo de las fuerzas aéreas italianas y alemanas. (Imperial War Museum)



el entrante; pero, a pesar de que los combates se repitieron sin cesar hasta el 1 de mayo, los atacantes no lograron progresar más.

De todas formas, este entrante constituía una continua amenaza para la guarnición asediada, y si bien siempre hubo una esporádica actividad en los otros sectores del perímetro, a partir del 4 de mayo la defensa de Tobruk se concentró casi enteramente en este sector occidental. Allí se había abierto una brecha en la fuerte defensa exterior de las fortificaciones permanentes, y las fuerzas de ambas partes combatían cara a cara desde las trincheras, construidas de manera improvisada y a toda prisa. Era el punto débil de Tobruk. Sin embargo, los alemanes y los italianos estaban convencidos de que, para tener alguna posibilidad de éxito, el ataque debería desencadenarse en el sector oriental.

Para los defensores de Tobruk cada día que pasaba traía nuevos problemas, que incrementaban los ya normales en la guerra del desierto: el extraño sentido de desorientación, creado por un paisaje uniforme, que impulsaba a veces a caminar en círculo; la elevadísima temperatura que reinaba durante el día, produciendo quemaduras sólo con tocar un carro dejado al sol; la escasez de agua, que a veces era salada, etc. Se acusaba también el problema de la alimentación, más que por falta de víveres por su monotonía ya que todos eran productos enlatados. La falta de pan era casi total, y la cantidad de pulgas, moscas y ratas era enorme.

A todos estos inconvenientes debe añadirse otros, poco común en los anales de la defensa de una plaza. Los aeródromos de donde partían los aviones del Eje para efectuar sus incursiones sobre Tobruk estaban tan cerca, que los defensores podían oír incluso el ruido del encendido de los motores antes de despegar. Dos de estos aeródromos, El-Adem y Acroma, distaban sólo 16 km y algunos de los soldados juraban que, en el aire inmóvil de la noche del desierto, se oía cantar a los enemigos mientras preparaban los aviones que irían a atacarlos.



Este dibujo, descubierto en Tobruk, representa al soldado británico en la guerra. Del uniforme correcto de los principios se llega al mayor abandono. *(History of the Second World War)*



El *Fieseler 156 «Storch»* (Cigüeña), avión alemán de reconocimiento y de enlace. Se empleó mucho en el Norte de África porque podía despegar y aterrizar fácilmente en espacios muy reducidos. *(Archivo Rizzoli)*

Vehículos blindados alemanes durante un ataque nocturno a Tobruk: proyectiles trazadores rasgan la oscuridad de la noche. El asedio fue un fracaso. Tras los primeros reveses, Rommel decidió un ataque en fuerza el 30 de abril; las fuerzas del Eje hundieron las defensas en el sector occidental; Sin embargo la penetración fue detenida por la resistencia británica. *(History of the Second World War)*

Una vez retirados los cazas de la RAF, el 25 de abril, la única defensa contra los bombarderos eran los cañones de la artillería antiaérea, apoyados por los de los barcos fondeados en el puerto. Dos regimientos, dotados de ametralladoras de 7,7 mm y de cañones de 102 mm, arrebatados a los italianos, y otros tres regimientos con cañones antiaéreos ligeros de 40 mm, *Bofors*, resistieron durante todo el asedio.

A pesar de las innumerables incursiones, los artilleros emularon a sus colegas de Malta, manteniendo una fuerte barrera para hacer frente a los audaces ataques alemanes, que a veces se lanzaban en picado a menos de 150 metros de las posiciones defensivas. Por fin, en julio, los bombardeos empezaron a perder intensidad, y se pudo incluso descargar los barcos en pleno día.

El sector occidental, donde se encontraba el entrante de Ras-el-Madauar, tenía sus propios problemas. La configuración rocosa del terreno hacía casi imposible la excavación de auténticas trincheras, y en los días de relativa calma los soldados de ambos bandos debían permanecer en unos surcos poco profundos y sin poder moverse. Un informe alemán sobre las condiciones de vida de aquel período, relata: «Los australianos eran tiradores de excepcional bravura; su rapidez en el disparo era espectacular. Bastaba el menor movimiento en la trinchera, o, por ejemplo, una espalda demasiado levantada, para que nos alcanzara alguno de sus disparos».

Si bien es verdad que en el sector occidental las condiciones eran durísimas, tampoco en los otros dos sectores (meridional y oriental) la situación era muy soportable. En ellos, los soldados debían efectuar continuamente, por la noche, arriesgadas acciones de patrulla. Para llevarlas a cabo los australianos se vestían con pantalones largos,

zapatos con suela de goma, gruesos jerseys y gorros, e iban armados con fusiles automáticos y granadas de mano. Muchas veces su objetivo era una sola posición enemiga. Silenciosamente, en una noche sin luna, caían sobre ella, lanzaban las granadas de mano y vaciaban los cargadores de los fusiles automáticos; después volvían a su trinchera, rápidos y silenciosos como habían llegado.

Los alemanes empleaban a menudo esta misma táctica contra sus adversarios, y cuando una patrulla se encontraba con otra en tierra de nadie, se entablaba un breve y duro combate, que en ocasiones suponía una despiadada lucha cuerpo a cuerpo.

La situación empeora

Pero a medida que pasaba el tiempo, la situación de los asediados empeoraba notablemente; el mismo Rommel se daba cuenta de ello. Por la frecuencia con que citaba a Tobruk, incluso en las cartas familiares, parece que la conquista de este puerto había llegado a ser para él como una obsesión. En el transcurso de los meses de mayo, junio y julio, no hizo otra cosa que intentar tomarlo.

Por otra parte, también Churchill estaba angustiosamente preocupado por la importancia de Tobruk y el papel que debía y podía desempeñar en el conjunto de la campaña de Oriente Medio. En cierta ocasión, al rechazar los defensores uno de los innumerables ataques de las fuerzas del Eje, Churchill telegrafió en estos términos: «Magnífico. Es vital para nosotros que Tobruk y su puerto sean la base para futuras iniciativas».

Más tarde, en agosto, Churchill recibió la petición, por parte del Gobierno australiano, de que las tropas de este dominio fueran retiradas de Tobruk. En respuesta el general Auchinleck ya había sustituido una brigada australiana por otra polaca; pero esta medida se consideraba insuficiente. A principios de septiembre, el primer ministro australiano Fadden estaba firmemente decidido a retirar de Tobruk todas las tropas australianas, alegando que era: «...para darles oportunidad de descansar, consolidar los vínculos de la disciplina, reponer las dotaciones y para dar satisfacción a la opinión pública australiana». El Gobierno australiano declaraba, además, estar preocupado por la disminución de la resistencia física de sus tropas, y por el peligro que dicho debilitamiento pudiera acarrear ante nuevos y más intensos ataques.

No existen pruebas de que fueran las mismas tropas australianas las que solicitaron ser sustituidas. Habían combatido con valor y tenacidad durante cinco meses, en condiciones durísimas, y probablemente habrían soportado por más tiempo la terrible prueba si así se les hubiera exigido. Sin embargo, lo cierto es que, en septiembre, los australianos fueron relevados por la División 70 inglesa, al mando del general R.M. Scobie, quien pasó a ser el comandante de la guarnición.

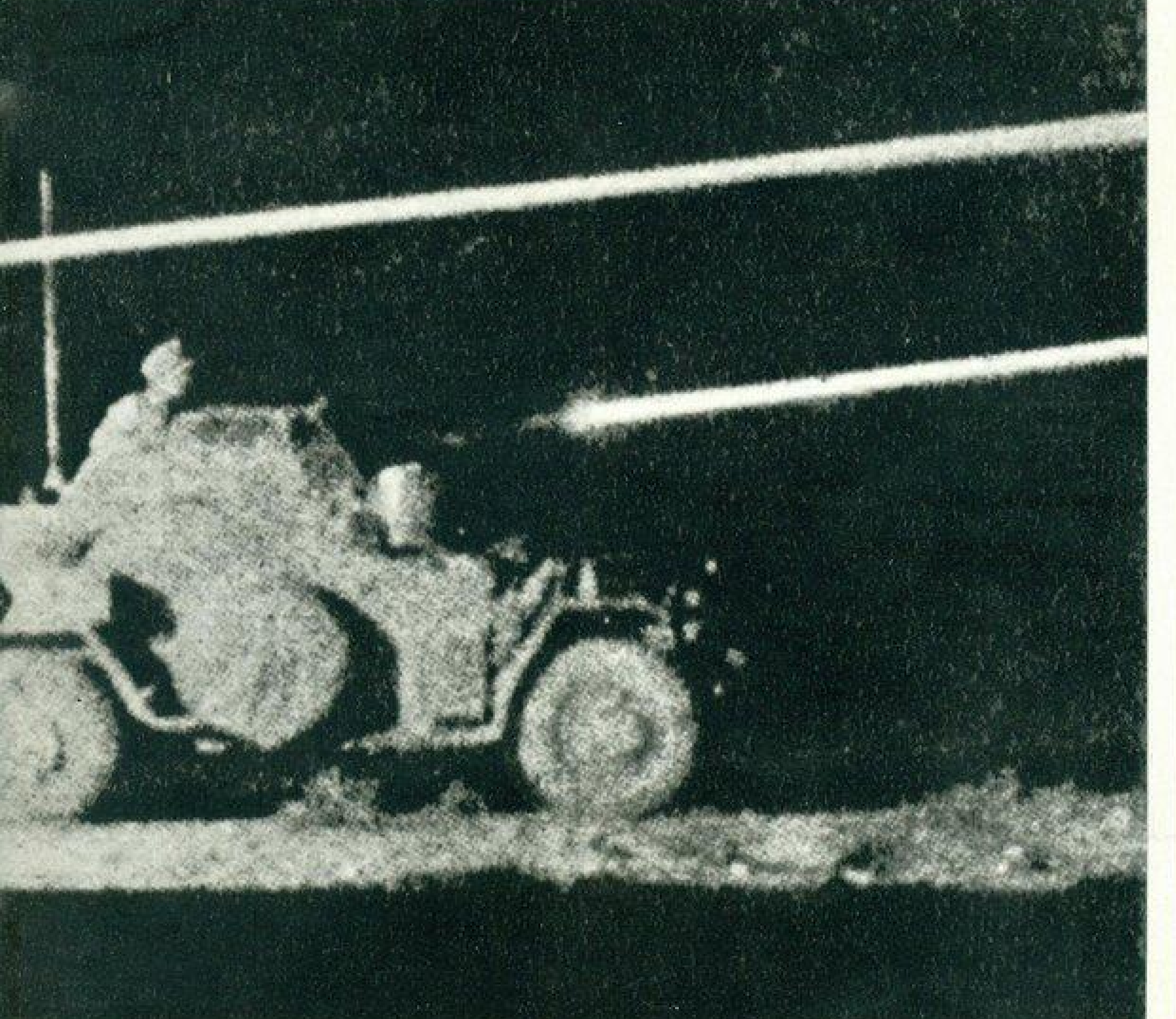
La sustitución no fue tarea fácil. Los buques que transportaban a la División 70 y que debían trasladar a los australianos fueron sometidos, durante la operación, a duros ataques aéreos, que costaron el hundimiento del minador *Latona* y graves daños al destructor *Hero*.

Cuando, a mediados de agosto, llegó la brigada polaca, el general Morshead la destinó al sector meridional, que a la sazón estaba relativamente tranquilo; pero pocas semanas después la mandó, junto con la *Durham Light Infantry* y con el *Black Watch*, a relevar el sector occidental, donde se encontraba el entrante enemigo.

Por entonces el sector ofrecía las evidentes señales de un asedio de cuatro meses. La tierra de nadie, entre las posiciones avanzadas, estaba sembrada de minas, de mecanismos explosivos y de cadáveres sin sepultar de soldados de ambos bandos. Las defensas, si así podía llamárselas, estaban aún en iguales condiciones: trincheras estrechas y poco profundas, en las que sus ocupantes sólo podían estar sentados o de rodillas. En algunos puntos no había más que un pequeño e improvisado parapeto de piedra. Y como en dicho sector las defensas avanzadas estaban al descubierto, era imposible acercarse a ellas de día. Una vez salido



Los generales Morshead (a la izquierda) y Scobie, comandantes de las fuerzas británicas en Tobruk, organizaron la defensa de la ciudad y rechazaron denodadamente los asaltos germano-italianos. (Imperial War Museum)





ESCARAMUZAS DE FRONTERA CON EL AFRIKAKORPS

1941

9-12 de abril: las fuerzas avanzadas de Rommel cercan Tobruk; se inicia el asedio.

25 de abril: los alemanes ocupan el paso de Halfaya, vía de acceso a la ruta oriental de Egipto.

30 de abril-4 de mayo: los alemanes completan la ocupación de Grecia. El primer ataque en gran escala de Rommel contra Tobruk fracasa; sin embargo, logra establecer un entrante en las defensas del perímetro occidental.

12 de mayo: el convoy inglés «Tiger» entra en el puerto de Alejandría con un cargamento de 238 carros de combate destinados a la *Western Desert Force* de Wavell.

15 de mayo: la Operación «Brevity» restablece la posición británica en la frontera egipcia con la conquista del paso de Halfaya; pero inmediatamente después, las fuerzas inglesas son expulsadas de Sollum y del reducto de Capuzzo.

16 de mayo: Halder, en su calidad de jefe del OKH, ordena a Rommel que deje las fuerzas italianas para que continúen el asedio de Tobruk y que él concentre sus tropas en los alrededores de Sollum.

27 de mayo: Rommel reconquista el paso de Halfaya y lo fortifica.

14 de junio: las fuerzas británicas avanzan desde Sidi el-Barrani iniciando la Operación «Battleaxe», con el fin de liberar Tobruk.

15 de junio: las tropas británicas desbordan las defensas alemanas en el paso de Halfaya y llegan hasta el reducto de Capuzzo; pero la hábil táctica defensiva de Rommel y la vulnerabilidad de los carros ingleses hacen que el avance se vea detenido.

17 de junio: el avance de Rommel hacia el paso de Halfaya obliga a las tropas inglesas a retroceder hacia Egipto para evitar su aislamiento.

21 de junio: Churchill decide sustituir a Wavell por Auchinleck en el mando de las fuerzas que operan en Oriente Medio.

22 de junio: Alemania invade Rusia, iniciando la Operación «Barbarroja».



Un bombardero inglés *Bristol «Blenheim»*, alcanzado por la defensa antiaérea en el cielo de Tobruk, se ha precipitado sobre una casa destruyendo en su aparatosa caída las paredes exteriores de la misma. *(Franco Pagliano)*

el sol, los hombres no podían moverse ni recibir refuerzos o provisiones. Realmente, en tales condiciones, la vida habría sido imposible de no haberse establecido uno de aquellos tácitos acuerdos a los que a veces se llega en las guerras: ambos bandos observaban una tregua, no oficial, de dos horas a partir de la puesta del sol.

Otra costumbre, recíprocamente aceptada, era la de alzar una bandera de la Cruz Roja cuando un hombre era alcanzado; entonces el fuego cesaba inmediatamente en aquel punto, y los camilleros podían acercarse sin peligro para recoger el herido. En una o dos ocasiones, en que los heridos fueron más numerosos que de costumbre, se permitió incluso, siempre con la bandera de la Cruz Roja, que salieran las ambulancias.

Pero cuando los polacos relevaron a los australianos en el sector occidental, su primera reacción fue rechazar estos tácitos acuerdos.

Pero el general Kopanski se dio cuenta de que una alteración en las costumbres establecidas despertaría las sospechas de los alemanes, dándoles a entender que se había producido un cambio de unidades, cosa que los defensores de la plaza querían mantener en secreto. Por consiguiente, ordenó a sus comandantes de batallón que continuaran observando la tregua.

Refuerzo de las defensas

Los polacos adoptaron enérgicas medidas para reforzar las posiciones defensivas. Excavando en la roca con instrumentos improvisados se esforzaban en ahondar las trincheras, cosa dificilísima de conseguir y más aún porque se veían obligados a trabajar agachados.

Tras la sustitución de la División 9 australiana por la División 70 inglesa, había en Tobruk tres brigadas de infantería, una acorazada, siete regimientos de artillería, una brigada de artillería antiaérea, un batallón checoslovaco, otro de ametralladoras del regimiento de fusileros de Northumberland, un batallón australiano y algunos batallones neozelandeses con su artillería de apoyo.

Estas eran las fuerzas, con las que el general Scobie pretendía abrirse camino y salir de Tobruk para unirse al Ejército 8 en una ofensiva coordinada: llamada Operación «Crusader».

Entre tanto, también Rommel hacía sus planes. Con la 24.ª *Panzerdivision* (general Neumann-Sylkow) se constituyó una «unidad de asalto de Tobruk», que inició su entrenamiento en las afueras de Acroma, en un terreno que reproducía las defensas de la plaza. En el curso de este entrenamiento se dieron instrucciones especiales para el empleo de cargas de demolición, que deberían usarse para destruir las fuertes estructuras de los refugios. La fecha fijada para el ataque era el 23 de noviembre. Pero, a principios de dicho mes, cayó en poder del Servicio Secreto británico en El Cairo un croquis, que parecía pertenecer al mismo Rommel y en el que figuraban todos los detalles del proyectado ataque a Tobruk.

Muchas fueron las discusiones en el mando de Auchinleck para establecer si el croquis era auténtico o no; y en el caso de que hubiera pertenecido verdaderamente a Rommel, si reflejaba con exactitud sus verdaderas intenciones o si simplemente era un trampa para los ingleses. Por último se llegó a la conclusión de que el plano era fidedigno, y Auchinleck dispuso sus fuerzas en posición de replicar apenas Rommel iniciara el ataque y conseguir así, al menos por una vez, poner la zancadilla al «Zorro del desierto».

Pasaron los días, y el Ejército 8 esperaba, inquieto, que Rommel diese su primer paso. En Londres, Churchill consideró intolerable la espera y cursó las órdenes para que empezara la ofensiva (Operación «Crusader») el 18 de noviembre.

Dentro de la fortaleza asediada, el general Scobie decidió que la guarnición se abriese paso a través de las líneas del enemigo, en el sector oriental, para unirse con las unidades del Ejército 8. La operación debía llevarla a cabo la Brigada de infantería 14, que se hallaba al mando del general de brigada B.H. Chappel, apoyado por los carros de la Brigada Acorazada 32 y las ametralladoras de los fusileros de Northumberland.

La salida estaba prevista para el alba del 22 de noviembre, y tres horas antes los polacos deberían iniciar un ataque diversivo en el sector occidental, precedido de un intenso fuego de artillería. Durante la noche del 21 al 22 los hombres de Tobruk se dirigieron a las bases de partida, establecidas de antemano para el ataque. A lo lejos oían el estruendo de la dura batalla que se estaba desarrollando en la zona de Sidi Razagh, donde el Ejército 8 combatía para aproximarse.

Todos los que estaban esperando la hora cero, ingleses, polacos, checos, neozelandeses y australianos, tenían la esperanza de que el asedio acabaría; pero les esperaba una batalla muy dura. La Operación «Crusader» duraría muchas semanas y el asedio de Tobruk no terminaría hasta el 10 de diciembre, fecha en que, en efecto, fueron restablecidas sólidamente las comunicaciones por tierra entre la guarnición y el grueso del Ejército 8.

JOHN FOLEY

Desde 1936 a 1954 prestó servicio en varios regimientos acorazados. Con el grado de comandante, formó parte del Gabinete de Guerra, y posteriormente dejó el Ejército para ejercer la profesión de escritor. Sus obras literarias son: *Mailed Fist, Bull and Brass, Death of a Regiment, No Need to Go Home* y *The Boiler-plate War*. Colaboró en calidad de consejero militar en *The Army Game*, una serie de comedias por televisión. Además, ha escrito varios cuentos y artículos, algunos de ellos también de tema militar. Actualmente es consejero de relaciones públicas en Londres.

ORIENTACIONES OPERATIVAS DEL EJE EN EL NORTE DE AFRICA

Abril-noviembre de 1941

Giuseppe Mancinelli, general

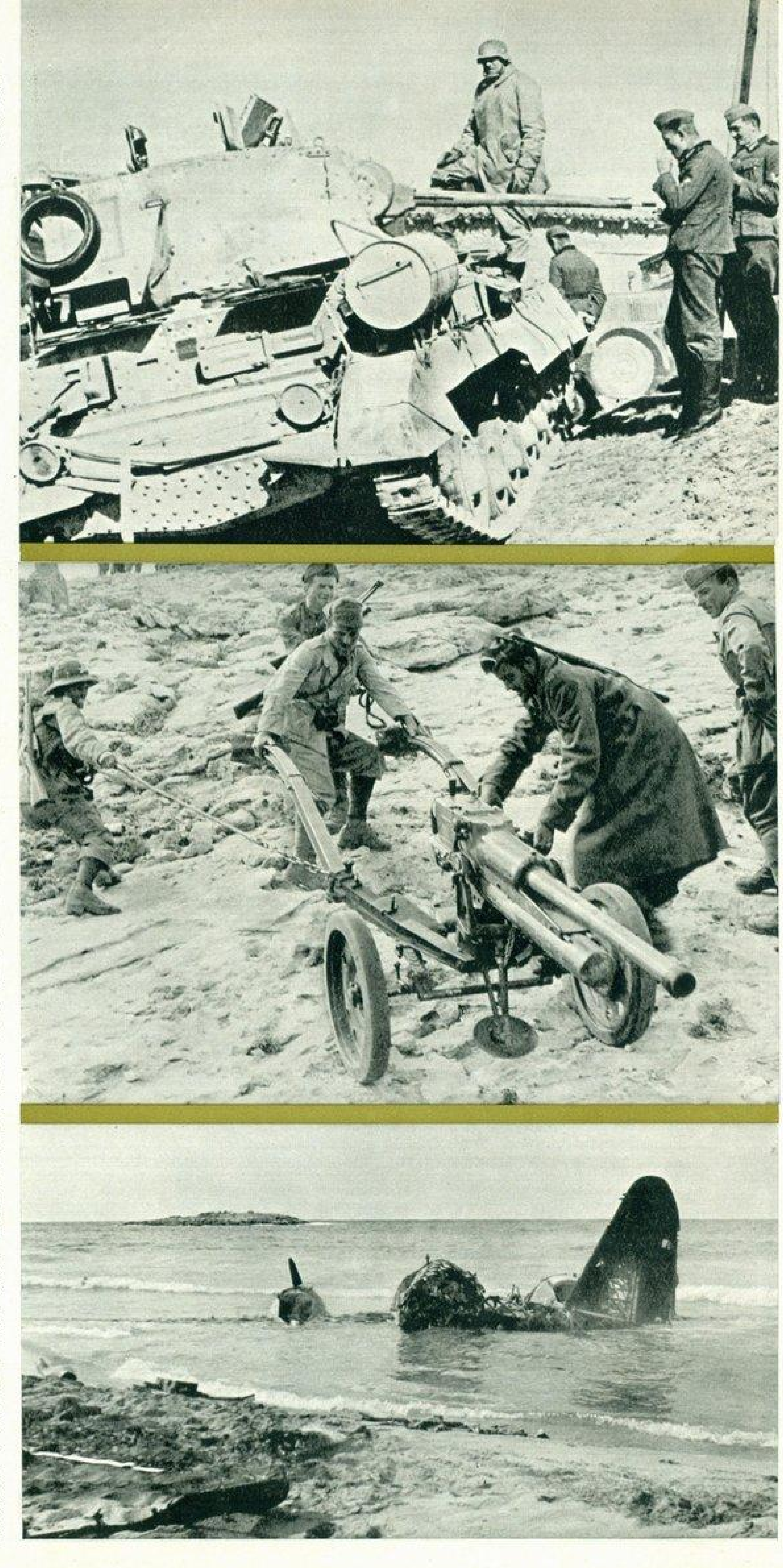
Indudablemente que para la mejor comprensión de los diversos episodios ocurridos en el transcurso de la movimentada lucha sostenida en el escenario norteafricano, ayuda mucho un conocimiento de la situación general y de las condiciones ambientales en que gradualmente se fueron desarrollando aquellos episodios como elementos del primer plano en un cuadro bien equilibrado.

Antes de que se frustrara su intento de un rápido asalto a la plaza de Tobruk, el 13 de abril, Rommel había manifestado el propósito de proseguir, sin descanso, su trepidante marcha hacia delante, por lo menos hasta llegar a Marsa Matruh. Suponía que el adversario, vencido en Cirenaica, se habría retirado hacia la zona del canal de Suez, y por ello se proponía cortar el paso a las fuerzas que, según sus previsiones, enviarían los británicos para restablecer la situación en la frontera de la colonia italiana. Sin embargo, el Mando Supremo consideraba peligroso avanzar más allá de Sollum con las pocas fuerzas disponibles, y por añadidura bajo la grave amenaza de Tobruk, situada detrás del frente; por esta razón sostenía la necesidad de hacer una pausa para reorganizar las agotadas fuerzas que habían llevado a cabo esa excepcional empresa y para preparar racionalmente la reanudación del movimiento ofensivo. En este sentido se cursaron órdenes al general Rommel, sobre quien, por otra parte, la fallida conquista de Tobruk ya había producido un evidente efecto de moderación. También el OKW estaba de acuerdo con esta concesión prudencial, aunque sugería que la pausa fuese lo más breve posible para no ofrecer al adversario, que ya tenía a su favor el dominio indudable de las vías marítimas de abastecimiento, la menor ocasión para reorganizarse. El OKW sugería que, en espera de poder recuperar la iniciativa, era preciso preocuparse en consolidar el frente de Sollum,



Mayo de 1941: posiciones de artillería italiana frente a las defensas de Tobruk. Las tropas italianas en Marmárica dieron pruebas de gran valor a pesar del considerable desgaste experimentado en la guerra del desierto. *(Archivo Rizzoli)*

Un carro inglés puesto fuera de combate durante un encuentro en los alrededores de Tobruk. Un cañón italiano contracarro de 47 mm es emplazado durante un combate con las fuerzas británicas en el frente de Sollum. Restos de un avión británico derribado por la defensa antiaérea italiana en las costas de Cirenaica. (Archivo Rizzoli)



perfeccionar la organización de las fuerzas y de las estructuras logísticas y, sobre todo y ante todo, llegar a estar en condiciones de poder eliminar el reducto de Tobruk.

El día 20 de abril, el nuevo jefe de Estado Mayor del Ejército, general Roatta, después de un profundo examen de la situación en todos sus aspectos y aun reconociendo el factor favorable de la presunta eliminación de la espina de Tobruk, llegaba a la conclusión de que las fuerzas que a la sazón estaban disponibles eran insuficientes para este intento, especialmente la artillería de medio calibre, absolutamente indispensable para conducir a buen término una operación que tenía todas las características de la guerra de asedio. Asimismo resultaría imposible avanzar más allá de la frontera. Rommel se vio en la precisión de tener que rendirse ante la evidencia: los ingleses habían alcanzado un considerable nivel de eficacia y lo estaban mejorando continuamente. Se propuso atacar Tobruk en cuanto se pudiera disponer de toda la División Acorazada 15, que estaba siendo trasladada al frente desde Italia; pero sobre todo había que reforzar la Aviación. Rommel afirmaba que para reanudar el avance en territorio egipcio necesitaba otra división motorizada alemana y las fuerzas y medios correspondientes a las unidades de Cuerpo de Ejército; pero estos refuerzos deberían llegar dentro de un par de meses, más tarde tampoco serían suficientes. El 26 de abril, un limitado ataque inglés sobre la línea fronteriza, aunque fue rechazado, puso de manifiesto lo precario de la situación italiana y la interdependencia de los dos elementos del frente: el situado alrededor de Tobruk y el de la frontera egipcia, pues la caída de uno de ellos pondría irremisiblemente al otro en la imposibilidad de mantenerse.

Fracasada la segunda tentativa de vencer la resistencia de Tobruk (30 de abril al 2 de mayo), el cuadro general de la situación volvió a oscurecerse. En Roma estaban seriamente preocupados. De acuerdo con el OKW se concretó un plan de potenciación de las fuerzas ítalo-alemanas en el Norte de África, que deberían alcanzar la entidad de un Ejército, con tres Cuerpos (dos italianos y uno alemán), cinco divisiones acorazadas (tres italianas y dos alemanas), siete divisiones motorizadas (italianas) y cuatro divisiones no motorizadas «de ocupación» (italianas), complementadas, como es lógico, por las correspondientes tropas y servicios de Ejército. La división acorazada italiana debía reorganizarse sustancialmente para reunir un adecuado nivel de potencia (compatible con las modestas características del carro M de 13 toneladas), y también era preciso que la división de infantería adquiriera mayor capacidad de fuego y un cierto grado de movilidad. Se había previsto, además, disponer grupos de artillería y unidades móviles para la defensa aérea territorial y para la defensa costera. Todo ello, indudablemente, correspondía en teoría al cálculo de lo que se consideraba imprescindible para aquel teatro de operaciones; pero es difícil saber con qué sentido de realismo práctico y con qué empeño de ejecución concreta se elaboraron todos estos planes. Sólo por parte italiana ya implicaba el transporte a las costas africanas de 100.000 hombres, 18.000 vehículos y 850 cañones. Por lo que respecta al material, el que aún quedaba disponible en Italia no llegaba ni a la mitad de las cantidades enumeradas, y, por añadidura, la crítica situación de las comunicaciones marítimas en el Mediterrráneo hacía muy problemático su traslado a la otra orilla. En el transcurso del mes de mayo, sólo se había logrado desembarcar en África lo indispensable para el abastecimiento normal de

las tropas y de la población civil. Por lo tanto, la ejecución de este ambicioso plan habría supuesto no menos de 200 viajes extra, una cifra y una empresa que se hallaban totalmente fuera de la realidad.

Lo cierto es que las fuerzas ítalo-alemanas en África del Norte, nunca llegaron a alcanzar un nivel que fuera ni remotamente comparable al previsto en aquel famoso plan.

Se volvió a recurrir también a la idea de aprovechar las líneas de comunicación con Túnez, mucho más breves y seguras. La naturaleza de las relaciones entre los aliados del Eje, entre sí y con los franceses, era tal que se decidió confiar a los alemanes la misión de llevar a cabo las negociaciones pertinentes. Así se hizo, y el 2 de junio el general Keitel comunicó a Cavallero la noticia de que había conseguido el consentimiento del Gobierno de Vichy para la utilización del puerto de Bizerta. Pero la concesión se refería tan sólo a los abastecimientos, excluyendo por lo tanto el movimiento de hombres y de material; claro que, en la práctica, este exclusivo paso de víveres y otros «abastecimientos» podía disimularse perfectamente y abarcar un campo mucho más amplio. Desgraciadamente, las vicisitudes de la especial situación de Francia, y mucho más las de las colonias, muy pronto dificultaron también esta limitada ayuda a nuestro tráfico con África, que sustancialmente proporcionó bien poco o casi ningún alivio.

La concepción operativa de los altos mandos se fue adaptando armónicamente al estancamiento de la situación logística general. El comandante en jefe del Norte de África, en un informe del día 30 de mayo, juzgaba «desaconsejable» el ataque a viva fuerza a la plaza de Tobruk, cuya defensa se consideraba que iba siendo más fuerte cada día, mientras por nuestra parte las fuerzas aéreas y terrestres eran siempre las mismas. En un informe decía: «...hasta que las fuerzas enemigas no aumentaron de forma tan notable, la situación podía contemplarse con serenidad... Si el enemigo se viera muy reforzado y con intenciones agresivas y a nosotros no nos llegaran refuerzos, o en todo caso no los que necesitamos, la situación se podría invertir y resultar tan peligrosa para nosotros, que nos obligase a levantar el sitio de Tobruk...» Incluso a retirarnos a la zona de Ain-el-Gazala, que por cierto se estaba preparando oportunamente para la defensa.

El día 14 de junio, el general Roatta volvió a analizar profundamente la situación *in loco*, y concretó sus ideas en un informe en el que se exponía y valoraba con claro realismo cada aspecto del problema. Empezaba haciendo un cálculo de las fuerzas que juzgaba necesarias para el asalto a Tobruk y para la defensa de la frontera con Egipto, y de dicho cálculo resultaron cifras muy superiores a las disponibilidades italianas concretas. Para la supuesta ofensiva contra Egipto, que según su criterio se dividiría en tres fases, serían necesarias de 17 a 19 divisiones, de las cuales 6 ó 7 debían ser acorazadas. Sería preciso, además, elevar a un nivel adecuado el potencial aéreo, aunque fuera con la cooperación de las fuerzas destacadas en Sicilia y en Grecia. A la vista de estas conclusiones, afirmaba que no se podía pensar en la ocupación de Tobruk en breve plazo, y que la ofensiva contra Egipto también debía enfocarse como lejana, «para el futuro». Por otra parte, antes de que nosotros estuviéramos debidamente preparados, era de esperar que el adversario intentara una nueva ofensiva. Así, pues, por el momento, el problema no era el del ataque, sino el de la defensa en sus cinco aspectos: frente avanzado (frontera egipcia y Tobruk); organización de posiciones retrasadas, para el caso de un forzado retroceso (líneas de Ain el-Gazala, Derna); guarnición del territorio; defensa antiaérea y costera, y preparación para una eventual amenaza en la frontera tunecina. El informe Roatta recordaba finalmente la situación de los abastecimientos, en la que no se vislumbraba la menor posibilidad de aumento ni mejora, mientras que en el campo inglés sucedía justamente lo contrario. En estas circunstancias parecía imposible buscar en el propio territorio africano fórmulas resolutivas; éstas sólo podían proceder de un cambio radical de la situación general, como, por ejemplo, la neutralización de Gibraltar, la inmovilización de la Escuadra inglesa del Mediterráneo o el fácil acceso a Túnez, acontecimientos todos ellos que excedían los límites de las posibilidades italianas.

Procediendo en este orden de ideas, el día 4 de agosto el Mando Supremo ordenó la fortificación de las posiciones retrasadas, para que pudieran rendir con toda su eficacia en el caso de que se impusiera la evacuación de las líneas actuales frente a la indudable y próxima ofensiva de los ingleses. Se escogió una línea situada un poco al este de Derna, con elementos avanzados a la altura de Ain el-Tmimi; con las fuerzas que se reunieran sería posible realizar un despliegue bastante sólido y disponer además de una importante masa de maniobra. Los movimientos deberían llevarse a cabo disimuladamente, bajo la apariencia de elementos ligeros en el lugar con la misión de realizar una defensa a ultranza y con la protección de retaguardias móviles. El tiempo necesario para la ejecución de toda la operación se calculó en unas tres semanas.

Sin embargo, todas estas órdenes y disposiciones del Mando Supremo se habían cruzado con una carta del mariscal Keitel, con fecha del 3 de agosto. Éste consideraba fuera de lugar querer establecer un plan común de operaciones en el Mediterráneo antes de terminar la campaña de Rusia. No obstante, era evidente que, entre tanto, convenía eliminar Tobruk; pero alcanzar este objetivo era cada día más difícil a causa de la insuficiencia de los refuerzos. Si los ingleses se hubieran adelantado a nuestra maniobra mediante un ataque con fuerzas muy superiores a las nuestras, la retirada de Sollum y de Tobruk se hubiera impuesto forzosamente, aunque tan sólo en un caso extremo, y entonces nuestras fuerzas habrían tenido que concentrarse en posiciones más retrasadas, a la altura de Ain el-Gazala. El pesimismo de esta perspectiva se veía compensado por la confianza de un final más halagüeño: que nuestra próxima ofensiva nos llevaría hacia el canal de Suez. Para ese cometido Alemania enviaría todo un Grupo acorazado, que estaría bajo el mando de Rommel (quedando éste, a su vez, a las órdenes del comandante en jefe italiano).

El general Cavallero se trasladó a África para discutir con el general Bastico (que el 18 de julio sustituyó al general Gariboldi) y con el propio Rommel los puntos de vista italiano y alemán. Al final se llegó al acuerdo de aceptar una solución bastante parecida a la idea alemana: organizar una posición de resistencia situada a la altura de Ain el-Gazala, ya en vías de preparación, estableciendo en ella posiciones defensivas guarnecidas; condicionar la decisión de una retirada tan sólo a la amenaza concreta de un ataque enemigo con fuerzas claramente superiores; intentar la ocupación de Tobruk sólo después de la llegada de las fuerzas y de los medios necesarios (por lo menos otras dos divisiones, artillería de medio y grueso calibre y ayuda de la Aviación y de la Marina), y, sobre todo, condicionar la continuación de la ofensiva hacia Egipto a la previa conquista de Tobruk.

El día 14 de septiembre, Rommel ordenó un reconocimiento ofensivo, con elementos de la División Acorazada. 21 (se trataba de la antigua División Ligera 5, que había cambiado de nombre y de organización), para averiguar el verdadero estado de preparación de la ofensiva adversaria. Las fuerzas avanzadas inglesas se retiraron, sin aceptar combate, a las defensas de Marsa Matruh, y la operación terminó así con un golpe en el vacío. Sin embargo, se constató que al oeste de Marsa Matruh no había señales de preparación para un avance por parte del adversario, de lo cual se podía deducir que la ofensiva no sería inminente y que las fuerzas allí disponibles no eran aún suficientes para tomar la iniciativa.

Y así se llegó al mes de octubre. La evaluación de las fuerzas contendientes, según el comandante en jefe italiano, era la siguiente:

FUERZAS TERRESTRES

Ítalo-alemanas

Cirenaica:	4 divisiones de infantería 2 divisiones de infantería motorizada 3 divisiones acorazadas
Tripolitania:	1 división de infantería elementos varios

Total: 200.000 hombres y 500 carros de combate, de los cuales 200 eran ligeros.

Británicas

Tobruk:	2 divisiones de infantería
Desierto occidental:	4 divisiones de infantería 1 división acorazada varias unidades acorazadas
Zona del Delta:	5 divisiones de infantería 1 división acorazada varias unidades acorazadas

Total: 220.000 hombres, 1200 carros de combate y 800 vehículos acorazados.

FUERZAS AÉREAS

	Ítalo-alemanas	Británicas
Cazas	280 (40 alemanes)	500
Bombarderos	190 (90 alemanes)	350–400
Otros tipos	100	200–250
Total	570 (130 alemanes)	1050–1150

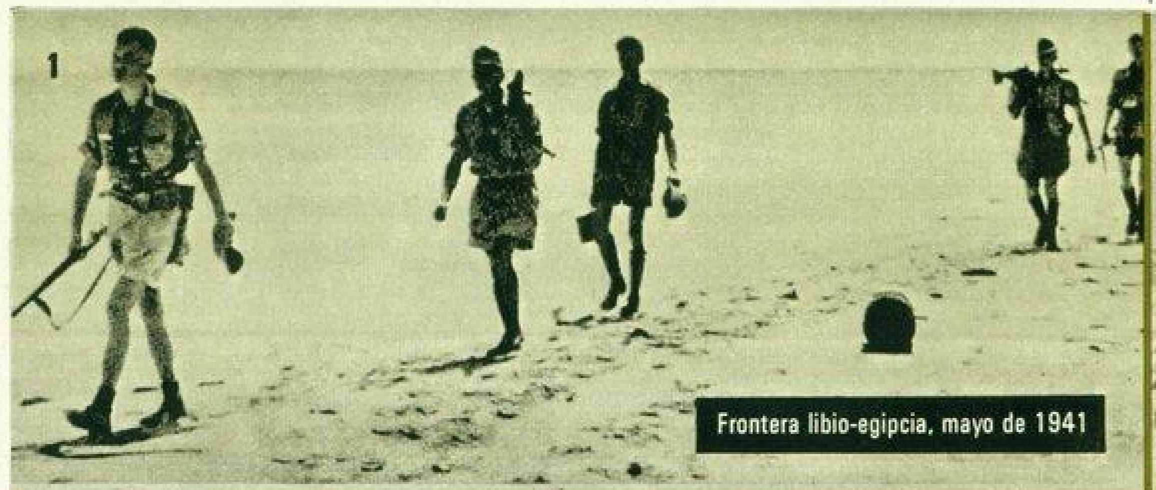
Rommel afirmó entonces que ya había establecido las condiciones requeridas para emprender la operación de Tobruk, y confió en disponer del tiempo necesario para llevarla a término antes que el adversario tomara la iniciativa. El día 11 de octubre se cerró el cerco sobre la plaza asediada, avanzando nuestras líneas alrededor de unos 7 km. Al mismo tiempo se intensificó la acción destructora sobre las posiciones defensivas y el puerto. La fecha del ataque general se estableció entre el 20 de noviembre y el 4 de diciembre, período escogido teniendo en cuenta las posibles noches de luna.

El 22 de octubre, el Mando Supremo llamó la atención sobre los peligros que encerraba aquella situación.

El 11 de noviembre el Mando Supremo insistió en su advertencia: «...si... la acción adversaria sobre el frente de Sollum enfocara hacia objetivos lejanos y se llevase a cabo con fuerzas adecuadas para conseguir resultados decisivos, la contemporaneidad de las dos acciones nos pondría en una crisis tal que seguramente resultaría muy difícil salir de ella en condiciones soportables...». Y concluyó recordando la oportunidad de volver a considerar la fecha de la operación sobre Tobruk.

El día 15 de noviembre, el Mando Supremo subrayó una vez más la necesidad de adelantar los acontecimientos, a fin de no dejarse sorprender por la iniciativa del enemigo. El 18, los reconocimientos aéreos advirtieron la formación de una gran nube de polvo al oeste de Marsa Matruh, producida sin duda por grandes masas de tropa en movimiento. Rommel opinó que se trataba de un simple reconocimiento ofensivo, del que no había por qué preocuparse más de lo necesario. Mientras tanto, el Mando Supremo del Norte de África señalaba que otros reconocimientos aéreos e interceptaciones por radio permitían suponer que era inminente un ataque en dirección al sur del despliegue italiano.

En estas condiciones, tan extremadamente arriesgadas, se tentó la suerte en la batalla de Tobruk. Era el día 19 de noviembre.





OPERACION "BREVITY"

LA LUCHA POR HALFAYA



En un rápido avance, Rommel, partiendo de Tripolitania, había llegado hasta la frontera de Egipto; pero los ingleses no podían permitirle que reforzara sus posiciones en el paso de Halfaya, que constituía una vía de importancia vital. La Operación "Brevity" fue, pues, una tentativa británica por alejar de nuevo a las tropas del Eje de la frontera, y abrir una nueva ruta para las futuras operaciones inglesas en Cirenaica. A pesar del éxito inicial, la Operación se vio muy comprometida, y los alemanes pudieron reconquistar sus posiciones gracias a la concurrencia de muy diversas circunstancias.

1. Una patrulla alemana, perteneciente a la guarnición del paso de Halfaya, regresa después de una incursión efectuada contra las posiciones avanzadas británicas. *(History of the Second World War)*

2. El general inglés Gott, militar de gran experiencia en la guerra del desierto, a quien se le encomendó el mando de las fuerzas destinadas a llevar a cabo la Operación «Brevity» *(Imperial War Museum)*

3. Oficiales italianos y alemanes, en misión de reconocimiento, vigilan, encaramados a un carro de combate italiano, los movimientos de los ingleses. La maniobra de Rommel restableció en poco tiempo las posiciones del Eje. *(History of the Second World War)*

4. La Operación «Brevity» se inició el 15 de mayo de 1941 con el propósito de ocupar Halfaya; pero el contraataque alemán y la consiguiente maniobra de envolvimiento rechazaron a las fuerzas británicas.

Joachim Röseler

Como ya se ha dicho, en abril de 1941 el general Rommel había intentado por dos veces apoderarse de Tobruk. El puerto era una base logística vital que se debía arrebatar a los ingleses, y que él necesitaba urgentemente para poder proseguir las operaciones en Egipto. Había pensado efectuar el ataque en dos frentes: contra el perímetro de Tobruk y hacia la frontera egipcia. Pero esto no lo podía poner en práctica sin recibir antes refuerzos de Italia, tanto en hombres como en material.

A pesar de que a principios de abril habían desembarcado en Trípoli algunos contingentes de la 15.ª *Panzerdivision*, todavía permanecían en Nápoles bastantes unidades, esperando el momento oportuno para ser embarcadas. La *Royal Navy* había logrado destruir muchos convoyes alemanes e italianos, y en un solo encuentro, el 12 de abril, los buques de guerra ingleses echaron a pique los mercantes que conducían todo el material del batallón de transmisiones destinado a la citada 15.ª *Panzerdivision*.

En los planes de Rommel, el paso de Halfaya era muy importante desde el punto de vista estratégico. El terreno escarpado que va de Sollum a Egipto, sólo se podía cruzar por el paso de Sollum, donde la carretera ascendía zigzagueando por las ásperas alturas en dirección a Capuzzo y Bardia, o por el mencionado paso de Halfaya, en la carretera que se internaba directamente en territorio egipcio.

No sorprende, por lo tanto, que ambas partes consideraran de gran importancia la posesión de dichos pasos.

El coronel von Herff, al mando de la 3.ª unidad de exploración de un batallón de infantería ligera motorizada, atacó las columnas inglesas del sector de Capuzzo, y el 25 de abril consiguió ocupar el ambicionado paso de Halfaya.

Pero las fuerzas de que disponía no eran suficientes para proseguir la acción ya que sólo contaba con unos pocos carros de combate que limitaron su actividad al simple refuerzo de las posiciones ocupadas. Por lo tanto, durante algunas semanas, la frontera libio-egipcia sólo fue escenario de acciones de patrulla.

El día 16 de mayo, Rommel recibió del general Halder, jefe de Estado Mayor del Ejército, la orden de asignar exclusivamente a los italianos la misión de vigilar Tobruk, y que él empleara todas las fuerzas y las formaciones disponibles de la *Luftwaffe* en el sector de Sollum. Rommel sabía que Halder estaba muy preocupado por la dispersión de sus fuerzas, especialmente en un momento en que la posibilidad de recibir refuerzos, tanto de tropas como de material, era bastante remota; para compensar en parte esta desventaja se autorizó al general Frölich, comandante en jefe de la *Luftwaffe* en África, que descentralizara sus unidades aéreas.

Por parte inglesa, el general Wavell se encontraba asimismo en una posición difícil. Temía ver aparecer de pronto otra *Panzerdivision*; necesitaba urgentemente armas y municiones, así como también más tropas, ya que había tenido que mandar parte de ellas a Grecia. Fue en aquel preciso momento cuando le llegó la buena noticia de que un gran convoy, el «Tiger», se encontraba ya en el Mediterráneo transportando carros de combate y aviones.

Y puesto que este solo convoy sería suficiente para invertir la situación a favor de los ingleses, se elaboró un rápido plan de operaciones destinado a mejorar la posición británica a lo largo de la frontera. Su nombre convencional fue el de «Brevity» (brevedad).

Wavell confió el mando de las unidades destinadas a la Operación «Brevity» (fuerzas acorazadas e infantería) al general de brigada Gott, hombre de gran experiencia en la lucha del desierto.

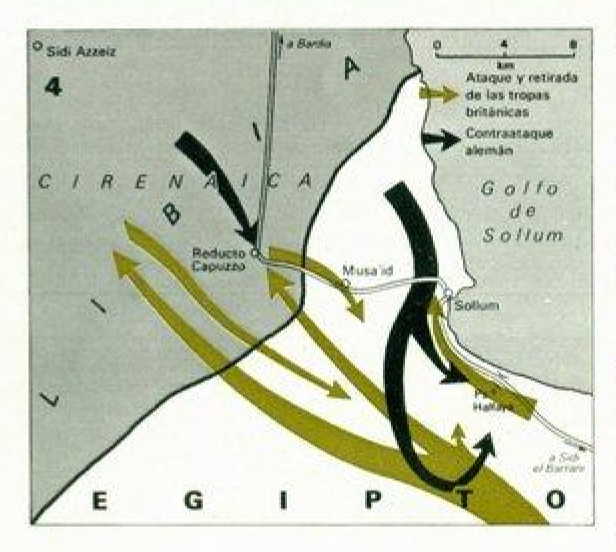
Después de haber obtenido y agrupado todos los carros de combate de que se disponía en aquel momento, el general inglés recibió la orden de apoderarse de las principales organizaciones defensivas situadas en los alrededores de Sollum y Capuzzo, y proceder después en profundidad sobre Tobruk.

Gott dividió sus fuerzas en tres grupos, y con ellos atacó el paso de Halfaya, el reducto de Capuzzo y el flanco izquierdo del enemigo.

El grupo formado por la 22.ª Brigada de Guardias, que operaba con sus carros en el sector central, logró un singular triunfo. Apoyado por algunas unidades del 4.º *Royal Tank Regiment* y por el Batallón II de los *Scots Guards*, batió las posiciones alemanas en el paso de Halfaya. Casi todos los hombres de una compañía del batallón de infantería ligera motorizada alemán, que operaba en aquella zona con un grupo de artillería, cayeron prisioneros.

Las otras unidades del 4.º *Royal Tank Regiment* y el Batallón de infantería ligera *Durham*, avanzaron sobre Capuzzo. También allí, después de duros combates, la defensa cayó en manos de los británicos; pero las graves pérdidas sufridas en esta batalla obligaron a los ingleses a interrumpir su avance, que, según los planes preestablecidos, debería haber progresado hacia el Norte, hasta llegar a Bardia.

Por otra parte, el avance del tercer grupo al mando de Gott, la Brigada Acorazada 7, se dirigió, sin encontrar gran resistencia, hacia la zona del desierto.



Las tropas hindúes de reserva no tuvieron que hacer otra cosa más que transportar a los heridos y los prisioneros.

Las primeras noticias acerca de la ofensiva lanzada por Gott provocaron gran agitación en las filas alemanas. Rommel afirmó que la Operación «Brevity» era una simple tentativa que Wavell se había visto obligado a llevar a cabo para acudir en ayuda de los defensores de Tobruk, que se encontraban en una situación desesperada. No obstante, otras fuentes alemanas hablaron de una ofensiva librada con 100 carros de combate, exagerando enormemente la realidad. El mismo nombre convencional de la Operación ya daba una idea de la limitada importancia de los objetivos que perseguía.

Pero lo cierto es que cuando Gott inició el ataque, Rommel creyó, en realidad, que se trataba de una maniobra mucho más importante de lo que demostró ser más tarde. Preocupado por el avance de los ingleses hacia el Norte y por las pérdidas sufridas por el grupo de Herff, decidió enviar al frente amenazado algunas fuerzas del Regimiento de carros 8, al mando del teniente coronel Cramer, con algunos cañones antiaéreos de 88 mm.

Rommel creyó ver una advertencia en el informe de la agencia Reuter, recibido pocos días antes en Alemania, según el cual todas las tropas alemanas habían sido expulsadas por segunda vez de Egipto. Pero, según parece, este mismo informe también fue interpretado como la noticia anticipada de una ofensiva en gran escala por parte de Wavell.

Entre tanto se llevaron a cabo otras operaciones. Herff contraatacó con el Batallón II del Regimiento de carros 5, infligiendo graves pérdidas a un batallón de infantería ligera británico, que se vio obligado a retirarse de Capuzzo a Musa'id, dejando una vez más el reducto en manos de los alemanes.

En cambio, la noche del 15 de mayo, las fuerzas inglesas que avanzaban a lo largo de la costa consiguieron arrollar a las tropas alemanas e italianas situadas en Sollum, más allá del paso de Halfaya, haciendo más de 100 prisioneros.

Al mismo tiempo la Brigada Acorazada 7 había llegado hasta la zona de Sidi Azzeiz, avanzando por la parte del desierto, y en vista de ello el coronel von Herff se vio obligado a considerar la posibilidad de retirarse sobre la línea Sidi Azzeiz-Bardia.

Pero, con gran sorpresa de los refuerzos que llegaron a las órdenes del coronel Cramer, se pudo comprobar que los ingleses habían decidido suspender la operación.

¿Qué había sucedido? Según parece, el general Gott empezó a preocuparse, y no sin razón, por lo muy expuesta que había quedado la Brigada de Guardias en Capuzzo; dicha brigada corría realmente gran peligro de ser atacada por los carros de combate alemanes en un terreno muy desfavorable. Y en previsión de que tal cosa sucediera, Gott advirtió al mando de la *Western Desert Force* que si esto ocurría, él ordenaría la retirada sobre el paso de Halfaya. Pero el mando de la *Western Desert Force* demostró ser insólitamente lento al estudiar su mensaje y darle una adecuada contestación; y el general Gott no podía tardar demasiado tiempo en decidir si debía retirarse o no. Por lo tanto, decidió la retirada. La orden de repliegue se dio y se llevó a cabo antes de que la tardía contraorden del general Beresford-Peirse llegase a su destino.

De este modo, perseguida enérgicamente por los carros y los cañones de Cramer, también la Brigada Acorazada 7 se fue retirando. En definitiva, exceptuando la transitoria ocupación de Halfaya, el resultado de la Operación «Brevity» fue un fracaso.

En el curso de estos combates los alemanes sufrieron, por lo que se refiere al material, pérdidas considerables; y lo mismo les ocurrió a los ingleses. Por otra parte, aunque Rommel consiguió atenuar un poco las preocupaciones del general Halder respecto al éxito de la Operación, el Alto Mando alemán se enfrentaba todavía con un gran problema: la ruta de los abastecimientos destinados a Rommel, a través de la cual debían pasar cada día, por lo menos, 1500 toneladas de material bélico, artículos alimenticios y agua; todo ello a lo largo de una distancia de 1700 km, desde Trípoli hasta el frente. Para mitigar en parte esta angustiosa situación, los alemanes adoptaron el sistema de recuperar los carros de combate que habían sufrido daños no demasiado graves y efectuar las correspondientes reparaciones en los talleres del *Afrikakorps*.

Después de una inspección efectuada por Rommel en el sector de Bardia, esta operación de recuperar carros averiados se extendió a todo el armamento y equipo que los italianos habían abandonado en el transcurso de la retirada de Graziani. Muchos cañones fueron así reparados y empleados de nuevo para reforzar las defensas alemanas en la frontera egipcia; pero, de improviso, sucedió algo insólito: los italianos descubrieron sus derechos de propiedad. A través de un oficial de enlace alemán, el general Gariboldi envió una protesta a Rommel, informándole de que sólo los italianos debían utilizar los bienes de propiedad italiana.

Rommel, desde luego, no tomó en consideración esta intempestiva exigencia, y los cañones siguieron en manos de los alemanes.

Como el general Halder anotó acertadamente en su diario del 7 de junio de 1941, la campaña de África se reducía a un problema de material y de abastecimientos.

Rommel reconquista Halfaya

Como es natural, en aquel momento, los alemanes estaban preocupados por el hecho de que los ingleses dominasen el paso de Halfaya, ya que Wavell lo podría utilizar como trampolín de lanzamiento para una ofensiva en dirección a Tobruk, o también para una invasión de Libia en gran escala.

No ignorando este peligro, el día 26 de mayo Rommel ordenó a Herff que avanzara nuevamente hacia el mencionado paso con todas las fuerzas disponibles, que a la sazón se componían de tres unidades acorazadas, con un total de cerca de 160 carros de combate.

Sobre el papel, la operación no parecía presentar demasiadas dificultades. Cramer debía avanzar, con el Regimiento de carros 8, hacia el Sur, a partir de Sollum y a través del desierto, para después atacar por la espalda a los defensores de Halfaya.

Su acción se vería apoyada por las piezas de grueso calibre del Regimiento de artillería 33, por una unidad antiaérea, por el Batallón de infantería ligera motorizada XV y por algunos efectivos de la 33 unidad de exploración. El primer batallón del Regimiento de infantería ligera 54, al mando del capitán Wilhelm Bach, tenía que atacar frontalmente.

El plan preveía asimismo un ataque iniciado por el Regimiento de carros 5, con el apoyo de un grupo de artillería, una unidad de artillería italiana y cinco cañones antiaéreos alemanes de 88 mm.

Con todos estos preparativos, los defensores del paso de Halfaya (el 3.º *Coldstream Guards*, con las consiguientes unidades de apoyo de artillería, carros de combate, cañones contracarros y antiaéreos) corrían el riesgo de quedar cercados. Considerando este peligro, Gott ordenó al comandante de los *Coldstream Guards*, el teniente coronel Moubray, que se retirara.

Más tarde, en el transcurso de un intenso combate con fuerzas enemigas muy superiores, los ingleses perdieron 150 hombres, seis carros de combate y muchos cañones.

El 27 de mayo de 1941 el paso de Halfaya quedó de nuevo en manos del *Afrikakorps*, y Rommel se dedicó a preparar los planes con vistas a mejorar sus fortificaciones. Los cañones antiaéreos alemanes de 88 mm, que durante la campaña de Francia de 1940 pudieron ser empleados eficazmente contra los carros de combate, llegaron a África con las primeras tropas alemanas, y aquí se demostró asimismo que podían hacer frente a los carros ingleses *Matilda*, que en la Operación «Brevity» desempeñaron un papel de importancia decisiva. Al establecer las nuevas fortificaciones en la zona del paso de Halfaya, los alemanes de la 15.ª *Panzerdivision* no dudaron en incluirlos en la organización defensiva.

Estos cañones volvieron a desempeñar un importante papel cuando los ingleses, en el transcurso de la Operación «Battleaxe» (hacha de guerra), intentaron reconquistar el paso.

JOACHIM RÖSELER

Nacido en Berlín en 1931, estudió en la Universidad de Friburgo (Selva Negra), bajo la dirección del profesor Gerhard Ritter, famoso autor del estudio *El plan Schlieffen*. Desde mayo de 1960 a junio de 1965, trabajó con el doctor Rohwer en la *Bibliothek für Zeitgeschichte* (Centro de Estudios Históricos). Durante este período escribió una introducción a la obra *Great Military Battles*, dirigida por Cyril Falls para la editorial inglesa Weidenfeld & Nicholson. Actualmente da clases de historia y ciencias políticas en la *Staatliche Ingenieurschule* (Escuela de Ingeniería del Estado) de Bielefeld.





Una columna de carros de combate británicos "Matilda". El combate del paso de Halfaya puso fin a su fama indiscutida de "dominadores de las batallas", pues los cañones antiaéreos alemanes de 88 mm, empleados como armas contracarros, destrozaron fácilmente sus sólidas corazas.

LA ULTIMA OFENSIVA DE WAVELL EN EL DESIERTO

OPERACION "BATTLEAXE"

Los ingleses no escatimaron sacrificios para conseguir que llegara al otro lado del Mediterráneo el convoy "Tiger", de importancia vital y cuyo cargamento proporcionaría a Wavell los recursos necesarios para el Ejército del Nilo. Churchill consideraba fundamental que sus "cachorros de tigre" (como él llamaba a los carros que transportaba el convoy) entraran en acción cuanto antes en una ofensiva lanzada en el desierto, ofensiva que al mismo tiempo demostraría que Wavell estaba a la altura de su papel de comandante en jefe de Oriente Medio. El resultado de todo ello fue la Operación "Battleaxe".

K. J. Macksey,
comandante

Egipto y Libia, mayo-junio de 1941

Las posiciones conquistadas por Rommel en Cirenaica eran de importancia vital para los suministros británicos. La Operación «Battleaxe», lanzada el 14 de junio de 1941 por los ingleses, tenía como objetivo liberar Tobruk. Los comienzos fueron afortunados, ya que los británicos desbordaron las defensas de Halfaya y penetraron en el reducto Capuzzo: más tarde, las tropas del Eje detuvieron su avance obligando a los ingleses a retroceder hacia la frontera egipcia.

El mes de mayo de 1941 había sido terrible para el general sir Archibald Wavell. En cuanto acababa de solucionar un problema se le presentaba otro, más arduo aún que el precedente. Mientras los supervivientes de Grecia reembarcaban en dirección a Creta o para desembarcar en Egipto, fue preciso enviar nuevas fuerzas para sofocar la insurrección del Irak. Y apenas habían logrado recuperar el dominio en este país, cuando la crisis de Siria se manifestaba con toda su urgencia y las tropas aerotransportadas alemanas se lanzaban sobre Creta. Era cierto que la campaña de África Oriental iba por buen camino; pero en cuanto se retiraban tropas de aquel sector, eran inmediatamente absorbidas por las exigencias de otros frentes más al Norte. El único indicio de esperanza estaba en los refuerzos que empezaban a llegar de Gran Bretaña y en la certeza de que grandes cantidades de material bélico estaban ya en camino desde Estados Unidos. No obstante, a fines de mayo, casi nada de lo recibido podía ser utilizado aún.

Afortunadamente, las fuerzas navales británicas que operaban en el Mediterráneo central lograron conservar un relativo dominio del mar. Y así, mientras la lucha en tierra se mantenía transitoriamente equilibrada y el dominio del mar no era absoluto, Churchill tomó una de sus típicas decisiones. Incluso dándose cuenta del riesgo que ello acarreaba, ordenó que un convoy de barcos cargados de carros de combate y de aviones de caza fuera enviado directamente desde Gibraltar a Alejandría, atravesando todo el Mediterráneo.

El convoy fue denominado «Tiger», y su envío se decidió tras la apremiante llamada de Wavell, el 20 de abril: el general en jefe pedía refuerzos inmediatos de medios acorazados para aliviar la situación en el desierto. Y Churchill se arriesgó. Si el convoy resultaba destruido, no serían solamente los barcos con sus cargamentos los que se habrían ido a pique, sino también toda la estrategia inglesa para mantener el paso libre en el Mediterráneo.

Cuando el convoy «Tiger» llegó a Egipto (con la pérdida de un solo barco) y descargó su cargamento de 238 carros y 43 *Hurricane*, el Primer Ministro británico experimentó una sensación de orgullo casi paternal por sus «cachorros de tigre»; y, después de haber arriesgado tanto para hacerlos llegar hasta allí, mostró claramente su deseo de que se les emplease sin más tardanza contra Rommel.

El convoy llegó a Alejandría el 12 de mayo, tres días antes de que tuviera lugar la desafortunada Operación «Brevity», ocho días antes de que los alemanes iniciaran su ataque contra Creta, y quince antes de que Rommel reconquistara el paso de Halfaya. Según los más optimistas, se necesitaban por lo menos cuatro semanas para que los carros recién desembarcados estuvieran en condiciones de afrontar la lucha en el desierto, ya que antes había que montarlos y prepararlos. Por lo tanto, a pesar de los deseos y de las órdenes de Churchill, Wavell no pudo cumplirlas hasta el 7 de junio, y aun entonces los hombres destinados a tripular estos nuevos carros de combate no estaban todavía debidamente preparados. Como ya Wavell había decepcionado, en anteriores ocasiones, las ardientes esperanzas del Primer Ministro, la poca armonía y comprensión que aún existía entre ellos se esfumó ahora por completo.

Hacía ya algunas semanas que el jefe del Estado Mayor del Imperio, general Dill, tenía la sensación de que el Primer Ministro había perdido la confianza en Wavell; por otra parte, en abril, el ministro de Asuntos Exteriores, Anthony Eden, al regresar de su viaje por Oriente Medio, dijo que Wavell daba claras muestras de cansancio. El 19 de mayo, Churchill dijo a Dill que creía oportuno un cambio de misiones entre Wavell y el comandante en jefe de la India, general Auchinleck; pero como entonces estaban en curso importantes operaciones se acordó aplazarlo, ya que aquel no era el mejor momento para una sustitución de esta clase.

El 28 de mayo, Wavell dio al fin las órdenes oportunas para la Operación «Battleaxe»; pero, al mismo tiempo, escribió a Dill exponiendo sus dudas sobre los resultados que cabía esperar de la misma. Los motivos de tales dudas se basaban, de una manera muy razonable, en el conocimiento directo que tenía de los hechos, relacionados tanto con la calidad y eficacia de sus oficiales y soldados, del armamento, del equipo y del plan de operaciones, como con las condiciones en que, según había podido saber, se encontraba el enemigo. Pero, como soldado que era, obedecía las órdenes recibidas. Toda su capacidad de persuasión, aun apoyada por el mismo Dill, no serviría para nada dado el estado de ánimo en que se encontraba el Primer Ministro. Por lo tanto, debía plantearse la batalla.

Puntos débiles en las fuerzas inglesas

El teniente general sir Noel Beresford-Peirse, oficial de Artillería de fuerte personalidad y de ideas ortodoxas, estaba al mando de la *Western Desert Force*. Las tropas en las que más se podía confiar eran: la División de infantería 4 hindú, mandada por el general Messervy; la 22.ª Brigada de infantería de Guardias, motorizada, y la División Acorazada 7, mandada por el general Creagh.

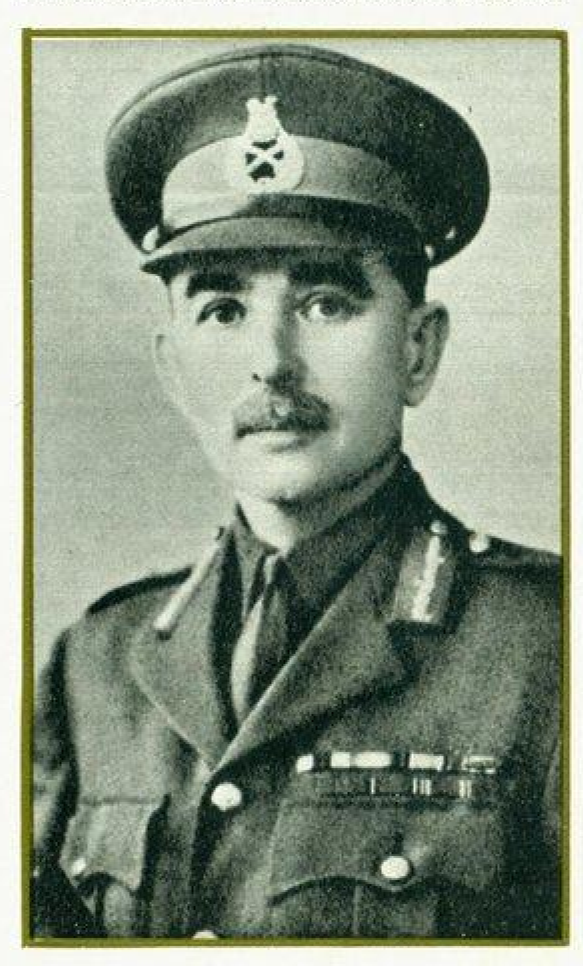
El prestigio de la División Acorazada 7 se basaba, por entonces en la fama que se ganó en febrero, en Beda Fomm. Pero desde aquel momento había permanecido inactiva, y ahora contaba con elementos nuevos que no tenían nada que ver con la famosa unidad de O'Connor. Las unidades de carros de combate eran expertas y ya habían combatido juntas en otras ocasiones; pero a esto se limitaba la semejanza con sus predecesores. Cada una de sus dos brigadas acorazadas estaba formada solamente por dos regimientos de carros, en lugar de los tres orgánicos, lo cual reducía su capacidad para una adecuada flexibilidad en las operaciones. La Brigada Acorazada 4 disponía de los *Matilda*, carros de infantería con una fuerte coraza; pero lentos, ya que sus características los hacían más aptos para la progresión y la ofensiva frontal que para los procedimientos de ataque y defensa en las operaciones bélicas de mucho movimiento. No eran adecuados para una estrecha cooperación con los veloces carros de la Brigada Acorazada 7. Y también esta última tenía sus problemas, ya que a uno de sus regimientos le habían sido asignados los nuevos carros *Crusader*, recién llegados en el convoy «Tiger», y que prácticamente acababan de salir de las fábricas. Se trataba, pues, de máquinas con las que los hombres deberían familiarizarse en muy poco tiempo, por lo que, los que conocían el campo de batallla del desierto, no se sentían muy tranquilos.

En cuanto a la aviación, 105 bombarderos y 98 cazas era todo lo que la RAF podía reunir; o sea, el mínimo indispensable para asegurar una oportuna actividad de incursiones y de cobertura. Por otra parte, el empleo de la aviación al máximo de sus posibilidades se veía obstaculizado por el hecho de que el enlace directo entre las fuerzas de tierra y las aéreas se realizaba solamente a nivel de los mandos de Grandes Unidades. Por lo tanto, y a pesar de que en teoría las fuerzas de Beresford-Peirse parecían imponentes, la realidad era que presentaban muchos puntos débiles. Si además se tiene en cuenta que su organización logística era limitada y que los medios para establecer una estrecha cooperación entre las diversas unidades en el campo de batalla todavía no eran los adecuados, se comprenderá que los motivos del profundo escepticismo de Wavell estaban más que justificados.

Naturalmente, el plan de acción de Beresford-Peirse obedecía al escaso conocimiento que tenía del despliegue alemán y del modo en que Rommel podría plantear la batalla, aunque profetizar en estas cosas nunca se ha considerado una ciencia exacta. Se sabía que Rommel andaba falto de gasolina, armas y equipos; pero también se sabía que estaba fortificando el paso de Halfaya, a través del cual discurría la ruta que llevaba a Cirenaica, y tampoco ignoraba que ya habían aparecido algunos nuevos elementos de la 15.ª *Panzerdivision*. Wavell dispuso que, antes de enfrentarse con las fuerzas enemigas del sector de Tobruk y de lanzarse hacia Derna y El-Mechili, las tropas inglesas debían asegurarse el dominio no sólo de Halfaya sino también de toda la zona comprendida en el perímetro Bardia-Sollum-Capuzzo-Sidi Azzeiz. La guarnición de Tobruk apoyaría estas operaciones en el momento oportuno.

Aunque la mejor manera de poner en práctica los propósitos de Wavell habría sido avanzar con un amplio movimiento envolvente a lo largo del flanco que daba al desierto, hasta Tobruk, sometiendo al mismo tiempo el sector fronterizo mediante un enérgico ataque, el hecho de carecer de suficientes medios de transporte hizo imposible efectuar y sostener tan ambicioso plan. Como siempre sucedía en el desierto, las limitaciones eran las que, en definitiva, dictaban el plan final de toda operación.

Wavell se limitó a ordenar el empleo de todas las unidades que fuera posible alimentar. Así, pues, las unidades de infantería no motorizadas deberían utilizarse en acciones de pequeño radio, mientras que el movimiento envolvente de los carros no se podría lanzar en el desierto más que a una profundidad relativamente limitada. Los únicos elementos de infantería y de artillería que podían acompañarlos eran los motorizados. Teniendo en cuenta este estado de cosas, el plan preveía que la Brigada 11 hindú, apoyada por un escuadrón y medio de carros de infantería de la Brigada Acorazada 4, se lanzaría a un ataque frontal para expulsar al enemigo de Halfaya, mientras el resto de la Brigada Acorazada 4, con la 22.ª Brigada Motorizada de Guardias y con la artillería de la División 4 hindú, efectuaría un pequeño movimiento envolvente a lo largo del flanco del desierto, dirigiéndose primero sobre Capuzzo y después sobre Sollum. En el extremo izquierdo del despliegue, sólo a 13 km de la costa, la Brigada Acorazada 7, con sus veloces carros y protegida por columnas móviles del Grupo de apoyo de la División Acorazada 7, avanzaría rápidamente hacia la altura del Hafid, presentando batalla a los carros enemigos. Más tarde, apenas la infantería se hubiera afianzado en las posiciones de Capuzzo y Sollum, los carros de la Brigada Acorazada 4 se reunirían con los de la 7 en la zona de Hafid-Sidi Azzeiz.

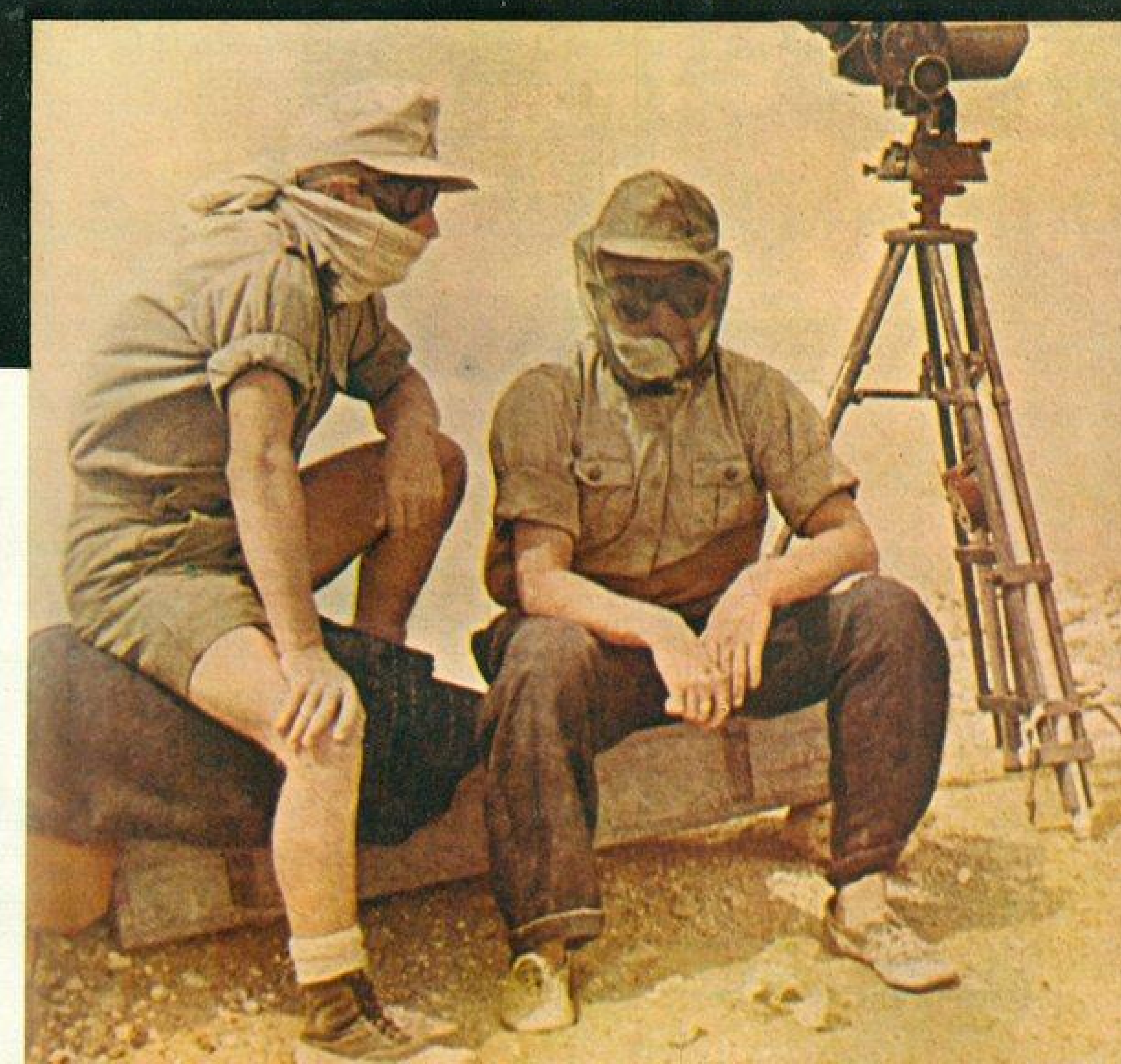


El general británico Creagh, comandante de la División Acorazada 7. Las fuerzas que estaban bajo su mando fueron dispersadas con fulminante rapidez por los *panzer* alemanes y obligadas a retirarse, al romperse el frente, para no quedar aisladas. *(History of the Second World War)*

Este plan constituía un clásico ejemplo de cómo planeaban los ingleses las operaciones con carros de combate: disponían un ataque frontal contra una posición enemiga organizada defensivamente, con la idea de forzar al enemigo a la lucha de carro contra carro. El grupo de apoyo, que actuaba con autonomía para proteger el flanco izquierdo y la retaguardia, no estaba lo bastante cerca para que sus cañones pudieran intervenir en ayuda de los carros, o sea, que este grupo se utilizaba más en plan defensivo que en el previsto al principio, que se basaba en una ofensiva móvil.

Rommel era mucho más preciso. Por fuerza tenía que serlo, pues, al igual que los ingleses, tenía presente su falta de refuerzos y de medios. También debía considerar el hecho de que el Alto Mando italiano intentaba limitar su actividad sobre el territorio de su colonia, y, finalmente, que el grueso de los refuerzos desembarcaba en Trípoli, a más de 1600 km del frente. A mediados de junio, los efectivos alemanes en carros eran de unas 200 unidades, la mitad de las cuales pertenecían a la 15.ª *Panzerdivision*, recién llegada. Esta unidad, reforzada por tres batallones de infantería italianos, defendía la zona de la frontera en la que los ingleses estaban a punto de irrumpir. La División Ligera 5 estaba de reserva, al sur de Tobruk, donde también se encontraba la División Acorazada italiana «Ariete». La *Luftwaffe*, después de la acción contra Creta, no había recibido re-

Cañón alemán de 88 mm de la guarnición de Halfaya. Los cañones de este tipo, antes de asignársele al *Afrikakorps*, fueron utilizados en las campañas de Polonia, de Bélgica y de Francia, habiendo conseguido un número impresionante de blancos, como lo indican los trazos pintados en el tubo del arma. Las tempestades de arena, provocadas por el *ghibli*, hacían muy difícil la vida en el Norte de África. Aquí vemos, en un puesto de observación de la guarnición de Sollum, a dos soldados alemanes, protegidos con máscaras y lentes especiales contra el polvo, mientras esperan pacientemente que pase la tempestad. *(History of the Second World War)*



fuerzos y además ya se estaba desplazando hacia Rusia, de manera que los ataques a Malta también experimentaron una drástica reducción. Contando incluso con los aviones italianos, la *Luftwaffe* sólo podía reunir 74 bombarderos y 130 cazas.

Puesto que la lógica de los datos estadísticos y las órdenes recibidas le impedían atacar, Rommel aplicó su ingenio al problema de la defensa móvil. Creía que la zona de Sollum revestía una importancia vital, y por ello fortificó el paso de Halfaya con todos los elementos que pudo reunir, sobre todo con los famosos cañones antiaéreos de 88 mm, emplazados en plataformas muy profundas, de manera que al nivel del suelo era muy difícil descubrirlos; todas las vías de acceso a la cima del paso se protegieron con concentraciones de este tipo de artillería. En el interior, a lo largo de las rutas que conducían a Capuzzo, a la cota 206 y, especialmente, a la cota 208, Rommel hizo construir blocaos con cañones contracarros y otros cañones de 88 mm, con municiones suficientes para que pudieran seguir combatiendo en el caso de que quedaran aislados. Los carros de la 15.ª *Panzerdivision* formaban una reserva al norte de

Capuzzo. Estas posiciones estaban tan cuidadosamente enmascaradas que los ingleses ignoraban prácticamente su naturaleza e importancia.

Sorprende la fría tranquilidad con que Rommel se preparaba para la defensa. Sabía lo que iba a ocurrir, pues los ingleses fueron constantemente observados mientras hacían sus preparativos; por ello, la noche del 14 de junio, pudo poner muy oportunamente a sus tropas en estado de alarma, en el preciso momento en que los ingleses empezaban a avanzar. No ignoraba que pronto se vería en franca inferioridad numérica en cuanto a carros de combate; pero en el aire la diferencia entre los dos adversarios era mínima. En cuanto a la coraza y a la potencia de fuego, no había mucha diferencia entre los carros de ambas partes, si bien los alemanes tenían un punto a su favor con sus *Mk IV* (aunque sólo unos 30 de ellos participaron en el combate), que montaban un cañón de 75 mm, podían disparar granadas de 6,750 kg de peso a gran distancia, mientras los carros ingleses montaban sólo cañones de 37 mm, de menor alcance.

En conjunto, las fuerzas que iban a enfrentarse estaban bastante equilibradas, por lo que la suerte del encuentro la decidiría la superioridad de un comandante respecto al otro, o el entusiasmo y valor de los combatientes, que en ambos bandos era más o menos el mismo. En el transcurso de los tres días que precedieron al comienzo de las operaciones, la RAF concentró sus ataques contra las vías de abastecimiento de Rommel y contra los aeródromos situados en las zonas más próximas al frente. La tarde del 14 de junio, tres columnas inglesas, protegidas por algunas formaciones de cazas, partieron de Sidi el-Barrani y se aproximaron a un punto situado a unos 40 km de la frontera, maniobra que no pasó inadvertida a los alemanes. Al caer la noche, después de las operaciones de abastecimiento, el avance continuó hasta las primeras luces del alba; entonces, la Brigada 11 hindú lanzó su ataque contra Halfaya, y el resto de las fuerzas de Beresford-Peirse iniciaron su movimiento envolvente a través del desierto.

En Halfaya, al principio, las unidades inglesas lograron ganar terreno entre las posiciones avanzadas del enemigo; pero cuando los *Matilda* y la infantería hindú que los acompañaba se acercaron al talud, a lo largo del camino del litoral, los carros tropezaron con zonas minadas y tuvieron que detenerse, dejando que la infantería avanzara sola en una acción desesperada, hasta que un torrente de fuego la inmovilizó. La infantería que intentaba atacar Halfaya por el interior también se encontró sin ninguna clase de apoyo, ya que, en primer lugar, lo accidentado del terreno impidió a la artillería hipomóvil seguir adelante y tomar parte en el combate, y luego, la formación de carros lanzada temerariamente sola hacia delante, fue muy castigada por el intenso fuego de los cañones contracarros alemanes.

Esto señaló el fin de la batalla de Halfaya, y acabó también con la fama del carro *Matilda*: los proyectiles de los cañones de 88 mm perforaron su coraza con gran facilidad. Los atacantes que sobrevivieron buscaron refugio en hoyos excavados en la arena ardiente, y su única esperanza de lograr reemprender el avance dependía de la suerte de los combates que se estaban desarrollando más al Norte, en el desierto.

Pero ya en sus primeras fases, el avance inglés sobre Capuzzo y las alturas del Hafid se vio seriamente obstaculizado por los alemanes de la cota 206. La posición alemana sólo fue atacada por algunas unidades de la Brigada Acorazada 4, que alcanzó notables éxitos antes de que el enemigo contraatacase y comprometiera la suerte del combate. Durante todo el día, y sin ninguna clase de apoyo, los carros ingleses intentaron vencer la obstinada resistencia de los artilleros y de la infantería alemana; pero sólo al anochecer algunas unidades de carros, apoyadas por infantería y artillería, lograron someter a los defensores de la cota. El precio que los ingleses pagaron por ello fue muy elevado, mientras que los alemanes perdieron únicamente algunos cañones. No obstante, esta acción fue útil para distraer a los alemanes del ataque más importante, que se desarrollaba en el sector central.

Los carros rápidos de la Brigada Acorazada 7 llegaron a las alturas del Hafid poco después de las 9, cuando los *Matilda*, más lentos, de la Brigada Acorazada 4 estaban todavía abriéndose paso trabajosamente hacia Capuzzo. El Hafid era, en realidad, poco más que una colina, cuya cumbre estaba recortada por una serie de escarpaduras poco profundas entre las cuales los alemanes habían emplazado sus cañones. Al no disponer los carros ingleses de cañones capaces de disparar granadas de alto explosivo, tuvieron que subir y bajar por aquellas escarpaduras a fin de acortar las distancias y lograr que sus ametralladoras redujeran a los enardecidos artilleros alemanes. Ninguno de los dos bandos recibió refuerzos, así es que la batalla prosiguió hasta el agotamiento de las fuerzas. Los alemanes fueron gradualmente reducidos al silencio, mientras los ingleses, por su parte, iban perdiendo carros uno tras otro, especialmente los nuevos *Crusader*, que estaban librando su primera batalla. Ya al anochecer hicieron su aparición algunos carros de la División Ligera 5 alemana, procedentes de Sidi Azzeiz; pero los recién llegados limitaron sus esfuerzos a enfrentarse con los carros ingleses en un inútil encuentro a larga distancia.

Rommel: determinación calculada

La manera con que Rommel dirigió la batalla fue extraordinaria por su calculada determinación. Cada movimiento fue cuidadosamente considerado, sin ningún rasgo del precipitado oportunismo de su primera campaña en el desierto. Durante todo el día 15, dejó que las posiciones defensivas debilitaran la violencia de los ataques de los carros ingleses con sus propios medios, y mientras tanto trasladaba la División Ligera 5 de Tobruk a Sidi Azzeiz, para después coordinar su ataque sobre las alturas del Hafid con el del Regimiento de carros 8, de la 15.ª *Panzerdivision*, en la zona comprendida entre las alturas del Hafid y Capuzzo.

Fue en Capuzzo donde se registró el único éxito verdadero de los ingleses el día 15. Después de llegar a esta localidad, poco antes del mediodía, los *Matilda* del Regimiento 2 de la Brigada Acorazada 4 irrumpieron en masa, rechazaron un rápido contraataque alemán y mantuvieron las posiciones ocupadas, mientras la 22.ª Brigada de Guardias se atrincheraba. Antes del anochecer quedó consolidada la posición.

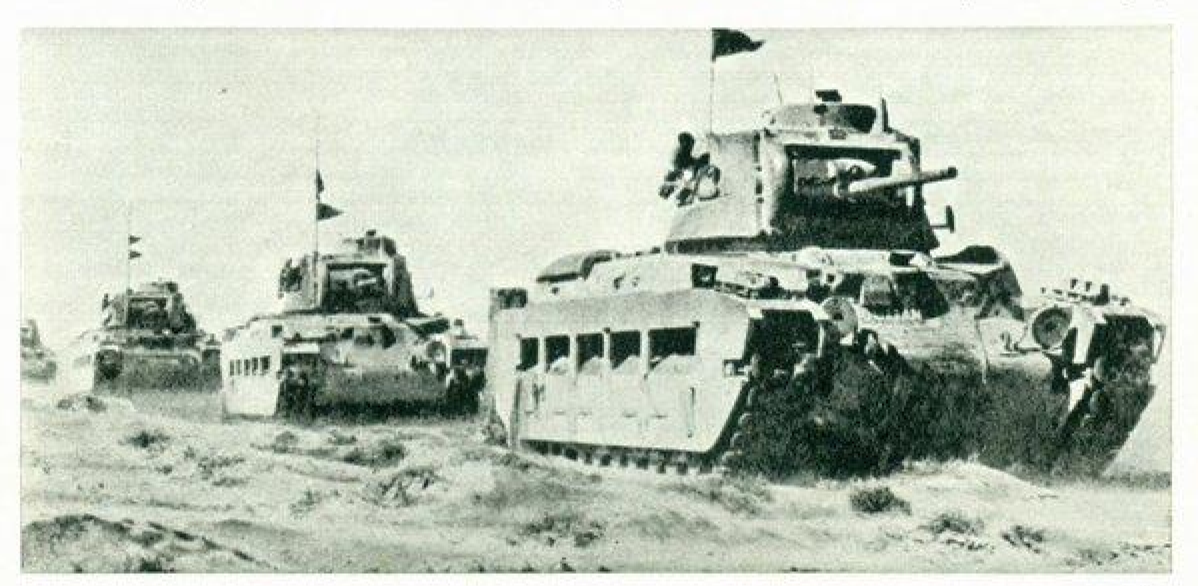




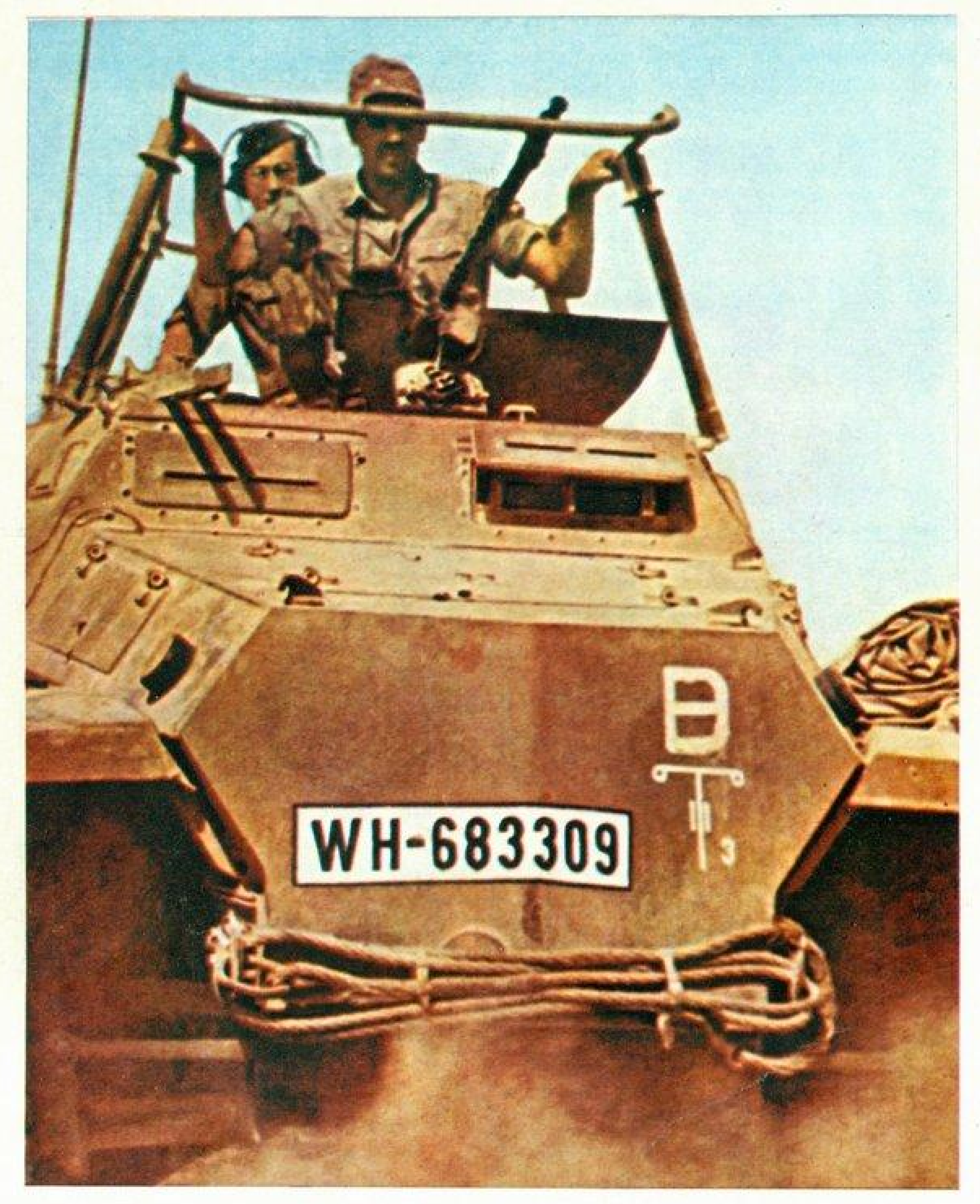
Arriba: el general inglés Messervy (a la derecha) que dio la orden de retirada poniendo fin a la Operación «Battleaxe» el 17 de julio de 1941. Abajo: El Feldmariscal Rommel (a la izquierda) reunido con algunos de sus oficiales. *(Imperial War Museum)*

Al día siguiente, o sea el 16 de junio, la División Acorazada 7 debía concentrar todo su esfuerzo para desalojar al enemigo de las alturas del Hafid, mediante un ataque de los *Matilda*, mientras su Brigada Acorazada 7, con el Grupo de apoyo, se encargaría de rechazar a las fuerzas alemanas, que según sabían los ingleses, avanzaban hacia la vertiente occidental de las alturas. La 22.ª Brigada de Guardias mantendría Capuzzo, tratando al mismo tiempo de desplazarse a través de Musa'id hasta Sollum.

La mañana del día 16, Rommel ordenó al Regimiento de carros 8, reforzado por un batallón de carros de la División Ligera 5, que se lanzara sobre los dos lados de Capuzzo. Se trataba de una maniobra de exploración, pues se suponía que las posiciones inglesas en aquella zona eran muy fuertes. Pero al mismo tiempo, la División Ligera 5 estaba descendiendo del Norte, hacia Sidi Omar, donde debía realizar una conversión hacia el Este para abrirse camino en la retaguardia enemiga y



Los carros ingleses *Matilda*, ideados para un tipo de guerra basado en ataques frontales, demostraron ser totalmente inadecuados para la movilidad de la guerra en el desierto, y además demasiado lentos para cooperar con los carros de exploración. *(History of the Second World War)*



Autoametrallador alemán avanzando en Cirenaica. El contraataque de Rommel fue llevado a cabo con gran habilidad, calculando y sopesando cada detalle. Cuando las posiciones de la defensa hubieron frenado el asalto británico, lanzó al campo de batalla a los *panzer* que rechazaron definitivamente a los atacantes. *(History of the Second World War)*

caer sobre Halfaya. Así, los ingleses se encontrarían empeñados frontalmente en Capuzzo y rodeados por la espalda.

El imprevisto ataque del Regimiento de carros 8 alemán contra Capuzzo obligó a combatir, en aquella zona, a las ya reducidas fuerzas de la Brigada Acorazada 4, impidiéndoles atacar las alturas del Hafid, como estaba previsto en los planes ingleses. Messervy, comandante de la División 4 hindú, insistió en retener a los carros, y Beresford-Peirse, cuyo puesto de mando se encontraba todavía en Sidi el-Barrani, ya que solamente desde allí podía mantenerse en contacto con la RAF, no estaba en situación de poder tomar decisiones. En Capuzzo se trabó una durísima batalla; pero esta vez fueron los alemanes quienes tuvieron que avanzar en terreno descubierto, desafiando el fuego de los cañones ingleses. A las 10,30, de los 80 carros alemanes que a las 5 iniciaron el ataque, solamente 30 podían moverse y combatir. Y entre tanto, las posiciones iniciales permanecían inmutables. Así, pues, para los ingleses la situación había cambiado transitoriamente a su favor.

Otra batalla tuvo lugar cuando la División Ligera 5 atacó al Sur, rodeando la vertiente occidental del Hafid. En este combate la Brigada Acorazada 7 inglesa y su Grupo de apoyo se batieron como una sola fuerza móvil, intentando por todos los medios aprovechar las características del terreno para establecerse rápidamente en posiciones protegidas del fuego enemigo y tratando de entablar combate con los carros alemanes a la distancia más adecuada a sus limitadas posibilidades. Tras duros combates, antes de que oscureciera, el avance alemán fue detenido en Sidi Omar. La ruta trazada en el desierto quedó sembrada de restos de los vehículos destrozados. Pero, antes de que la noche cerrara, aquella confusa situación se aclaró. Ante la presión que siguieron ejerciendo los alemanes, los ingleses se vieron en la precisión de replegarse, y entonces Rommel llegó a la conclusión de que el enemigo se estaba retirando en desorden y que, por lo tanto, podría aislar las unidades inglesas que se encontraban en Capuzzo moviéndose en la dirección Sidi Sulaiman-Halfaya. Sus deducciones parecían confirmarse a través de las comunicaciones radiadas de los ingleses, que lamentaban la falta de refuerzos y la pérdida de carros.

Al día siguiente, 17 de junio, Rommel pensó enviar al Regimiento de carros 8 a converger con la División Ligera 5 para, de esta forma, asestar el golpe de gracia.

El hacha de guerra pierde su filo

Wavell al encontrarse con Beresford-Peirse en Sidi el-Barrani, la tarde del 16 de junio, se enteró de que Messervy y Creagh (en lugar de hacerlo Beresford-Peirse, en quien recaía este deber) estaban coordinando, entre los dos, los movimientos previstos para el día siguiente. La decisión adoptada fue que, durante todo el día 17, la Brigada de Guardias permanecería atrincherada en sus posiciones de Capuzzo; las Brigadas 4 y 7 se reunirían en Sidi Omar, y, después, desencadenarían una batalla de carros concentrando los efectivos de las dos unidades.

Sin embargo, por desgracia para los ingleses, la Brigada Acorazada 7 se encontraba en malas condiciones: las pérdidas ocasionadas por el combate y los daños causados por averías mecánicas redujeron sus efectivos a 25 carros. Por otra parte, la mañana del 17, todavía no se habían efectuado las operaciones de abastecimiento de carburante y de municiones; por este motivo los carros tuvieron que detenerse unos 25 km atrás, al este de la frontera. Así, pues, la Brigada Acorazada 7 no estaba en condiciones de cooperar con los 30 carros de la Brigada 4, que estaban llegando de la zona de Capuzzo.

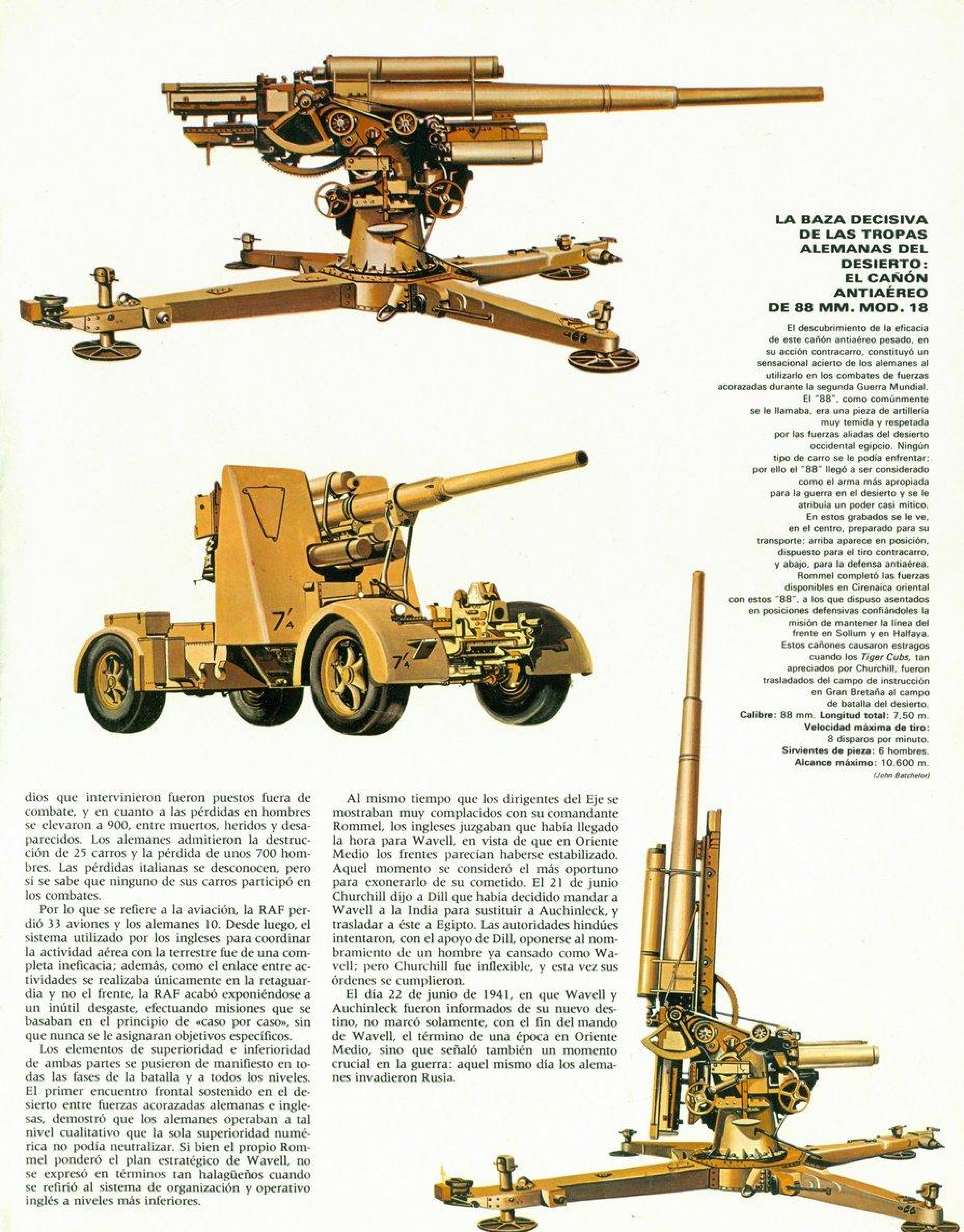
A las 4,30 los ingleses se dieron cuenta de que los carros alemanes que habían combatido en Capuzzo se estaban desplazando a toda velocidad hacia el Sur para unirse a la División Ligera 5. Esta maniobra de los alemanes ponía a Creagh, comandante de la División Acorazada 7, ante una situación inesperada y potencialmente desastrosa. Entonces dicho general, sin preocuparse de usar la clave, pidió por radio a Beresford-Peirse que se reuniera con él, explicándole que se trataba de tomar una decisión muy importante. La conversación, como siempre, fue interceptada por los alemanes, y Rommel la interpretó en todo su significado. A partir de las 9, empezó a presionar con todos los medios de que disponía en el sector de Halfaya. Messervy, dándose cuenta desde Capuzzo de que todas las fuerzas situadas al norte de la frontera pronto quedarían aisladas, dio la orden de retirarse rápidamente hacia Egipto, informando a Creagh por radio (en lengua hindú, por razones de seguridad) de su decisión.

Cuando hacia mediodía Wavell y Beresford-Peirse se reunieron con Creagh, descubrieron que se estaba efectuando una gran retirada en todo el frente; que la batalla que los carros ingleses estaban llevando a cabo al sur de Halfaya era sólo una desesperada tentativa de retrasar el avance enemigo y permitir que la infantería escapara de la tenaza que la estaba envolviendo, y, sobre todo, que la «Battleaxe» se había «embotado» ante los ojos de los dos comandantes superiores, sin que a ninguno de ellos se le hubiese preguntado la decisión que debía tomarse.

Los hombres de la División 4 hindú abandonaban Capuzzo a toda prisa, mientras la 15.ª *Panzerdivision* y la División Ligera 5 intentaban, con todas sus fuerzas, acabar con la tenaz resistencia de los *Matilda* de la Brigada Acorazada 4, que se batían por mantener abierto el único paso todavía utilizable. Se batieron con tanta energía durante seis horas, que Rommel no pudo llegar a Halfaya hasta las 4 de la tarde (en medio del entusiasmo de los soldados que lo guarnecían). Inmediatamente las unidades alemanes se dirigieron hacia el Norte para apoderarse de Capuzzo por la espalda y destruir el grueso de las fuerzas inglesas.

Pero los pájaros volaron antes de que la trampa se cerrase, lo que produjo la natural decepción en los alemanes. Wavell regresó a El Cairo, después de haber comunicado a Dill su pesar por el fracaso de la Operación «Battleaxe».

Las pérdidas de los ingleses en carros de combate fueron gravísimas; casi la mitad de los me-



LA BAZA DECISIVA DE LAS TROPAS ALEMANAS DEL DESIERTO: EL CAÑÓN ANTIAÉREO DE 88 MM. MOD. 18

El descubrimiento de la eficacia de este cañón antiaéreo pesado, en su acción contracarro, constituyó un sensacional acierto de los alemanes al utilizarlo en los combates de fuerzas acorazadas durante la segunda Guerra Mundial. El "88", como comúnmente se le llamaba, era una pieza de artillería muy temida y respetada por las fuerzas aliadas del desierto occidental egipcio. Ningún tipo de carro se le podía enfrentar; por ello el "88" llegó a ser considerado como el arma más apropiada para la guerra en el desierto y se le atribuía un poder casi mítico. En estos grabados se le ve, en el centro, preparado para su transporte; arriba aparece en posición, dispuesto para el tiro contracarro, y abajo, para la defensa antiaérea. Rommel completó las fuerzas disponibles en Cirenaica oriental con estos "88", a los que dispuso asentados en posiciones defensivas confiándoles la misión de mantener la línea del frente en Sollum y en Halfaya. Estos cañones causaron estragos cuando los *Tiger Cubs*, tan apreciados por Churchill, fueron trasladados del campo de instrucción en Gran Bretaña al campo de batalla del desierto.
Calibre: 88 mm. **Longitud total:** 7,50 m. **Velocidad máxima de tiro:** 8 disparos por minuto. **Sirvientes de pieza:** 6 hombres. **Alcance máximo:** 10.600 m.

(John Batchelor)

dios que intervinieron fueron puestos fuera de combate, y en cuanto a las pérdidas en hombres se elevaron a 900, entre muertos, heridos y desaparecidos. Los alemanes admitieron la destrucción de 25 carros y la pérdida de unos 700 hombres. Las pérdidas italianas se desconocen, pero sí se sabe que ninguno de sus carros participó en los combates.

Por lo que se refiere a la aviación, la RAF perdió 33 aviones y los alemanes 10. Desde luego, el sistema utilizado por los ingleses para coordinar la actividad aérea con la terrestre fue de una completa ineficacia; además, como el enlace entre actividades se realizaba únicamente en la retaguardia y no el frente, la RAF acabó exponiéndose a un inútil desgaste, efectuando misiones que se basaban en el principio de «caso por caso», sin que nunca se le asignaran objetivos específicos.

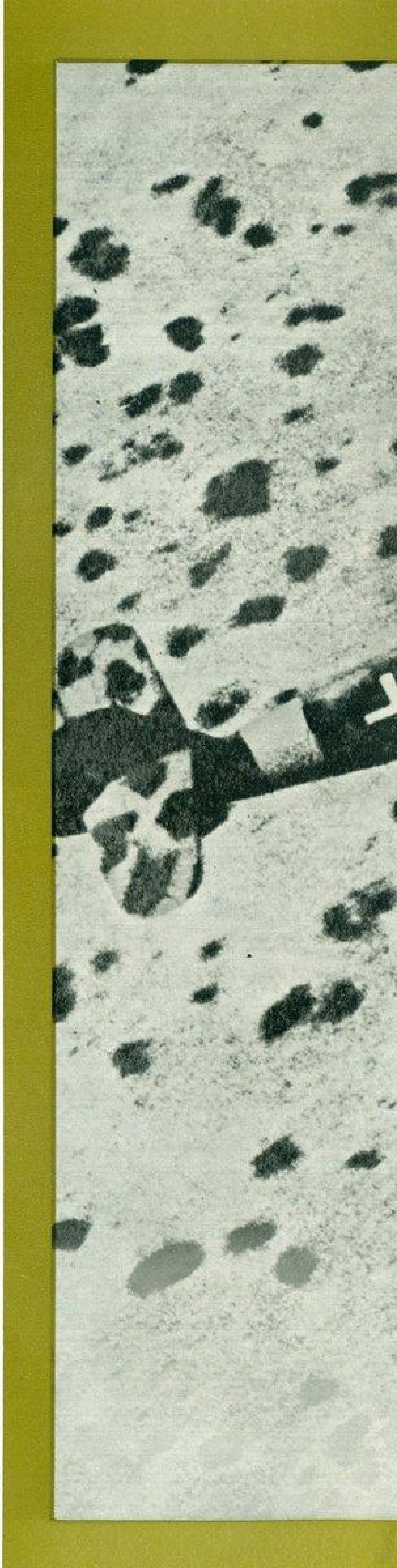
Los elementos de superioridad e inferioridad de ambas partes se pusieron de manifiesto en todas las fases de la batalla y a todos los niveles. El primer encuentro frontal sostenido en el desierto entre fuerzas acorazadas alemanas e inglesas, demostró que los alemanes operaban a tal nivel cualitativo que la sola superioridad numérica no podía neutralizar. Si bien el propio Rommel ponderó el plan estratégico de Wavell, no se expresó en términos tan halagüeños cuando se refirió al sistema de organización y operativo inglés a niveles más inferiores.

Al mismo tiempo que los dirigentes del Eje se mostraban muy complacidos con su comandante Rommel, los ingleses juzgaban que había llegado la hora para Wavell, en vista de que en Oriente Medio los frentes parecían haberse estabilizado. Aquel momento se consideró el más oportuno para exonerarlo de su cometido. El 21 de junio Churchill dijo a Dill que había decidido mandar a Wavell a la India para sustituir a Auchinleck, y trasladar a éste a Egipto. Las autoridades hindúes intentaron, con el apoyo de Dill, oponerse al nombramiento de un hombre ya cansado como Wavell; pero Churchill fue inflexible, y esta vez sus órdenes se cumplieron.

El día 22 de junio de 1941, en que Wavell y Auchinleck fueron informados de su nuevo destino, no marcó solamente, con el fin del mando de Wavell, el término de una época en Oriente Medio, sino que señaló también un momento crucial en la guerra: aquel mismo día los alemanes invadieron Rusia.

LA GUERRA AEREA EN EL DESIERTO

ASHER LEE,
Teniente coronel



El frente aéreo correspondiente al Norte podía considerarse en verano de 1941, y con bastante razón, como un frente secundario. En realidad se le podía considerar de esta manera por el hecho de que había pocas unidades inglesas, italianas y alemanas destacadas en aquel teatro de operaciones. Y ello era así porque los principales intereses estratégicos de los tres contendientes estaban concentrados en otros puntos. Para la RAF, los tres problemas más importantes eran éstos: conseguir que los bombardeos sobre Alemania fueran cada vez más eficaces; mantener fuertes efectivos de cazas para la defensa del territorio inglés, y conseguir que el mando costero de la RAF estuviera preparado para desempeñar un importante papel en la batalla del Atlántico. En este océano los alemanes, con sus submarinos y con los bombarderos de gran autonomía *Focke-Wulf*, amenazaban seriamente las rutas marítimas (de importancia vital) a través de las cuales la marina mercante transportaba a Inglaterra artículos alimenticios, carburantes y materias primas, cosas todas ellas indispensables para un país que en aquel momento seguía combatiendo solo contra Alemania e Italia.

Las fuerzas aéreas inglesas en el Norte de África dependían de un Mando aéreo establecido en Oriente Medio, y sus efectivos, en 1941, se reducían al mínimo. Estaban constituidos por unos 30 escuadrones, con un total algo superior a los 300 aviones, y aunque teóricamente debía haber otros tantos en reserva, en la práctica resultaba que el envío de aparatos, que habían de llegar desde Gran Bretaña (para las sustituciones y los refuerzos), estaba muy por debajo de las necesidades del momento.

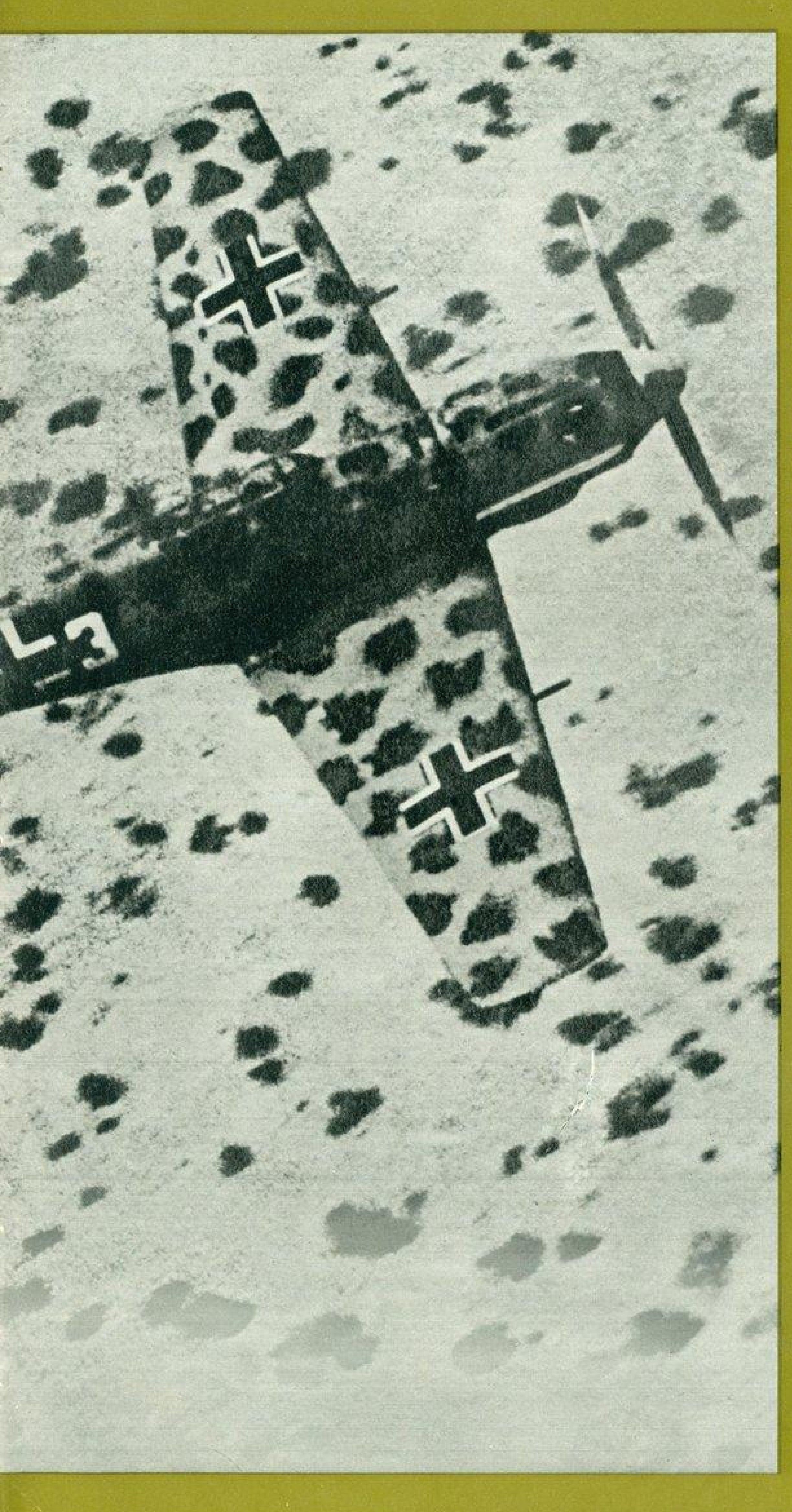
Por otro lado, las reparaciones y el mantenimiento de los aviones en aquel teatro de la guerra se veían obstaculizados por la total ausencia de industrias aeronáuticas locales o de modernas instalaciones para la reparación a gran escala[1].

Los mismos aparatos constituían una variada colección de tipos, casi siempre de modelos anticuados, lo que demostraba claramente que aquel Mando estaba considerado como una especie de «Cenicienta», una manifestación de guerra aérea de poca importancia. Si bien es verdad que, en el transcurso del verano de 1941, los *Gladiator*, los ya superados cazas biplanos, fueron sustituidos gradualmente por *Hurricane* y *P-40 Tomahawk* norteamericanos; en el aspecto técnico, sin embargo, estos aparatos eran también muy inferiores a los nuevos cazas alemanes *Me-109F*. Para poder enfrentarse eficazmente a los nuevos aviones germanos, los *Hurricane* y los *Tomahawk* debían luchar con ellos en condiciones de superioridad numérica que no siempre podían conseguir.

Asimismo habían entrado a formar parte de los escuadrones de bombarderos ingleses algunos bimotores *Wellington*, de gran autonomía, los cuales estaban siendo muy útiles, operando desde Malta, contra los convoyes del Eje y contra objetivos situados en Sicilia; desde Egipto podían operar contra objetivos clave de Cirenaica. No obstante, todavía había también en activo algunos escuadrones de viejos bombarderos *Blenheim*.

Los 300 ó 350 aviones del Mando aéreo de Oriente Medio tenían, pues, una amplia gama de misiones y, por lo general, más de la mitad estaban destacados en Egipto. En el plano geográfico, las misiones del Mando se extendían a los siguientes países: Sudán, Palestina, Jordania, África

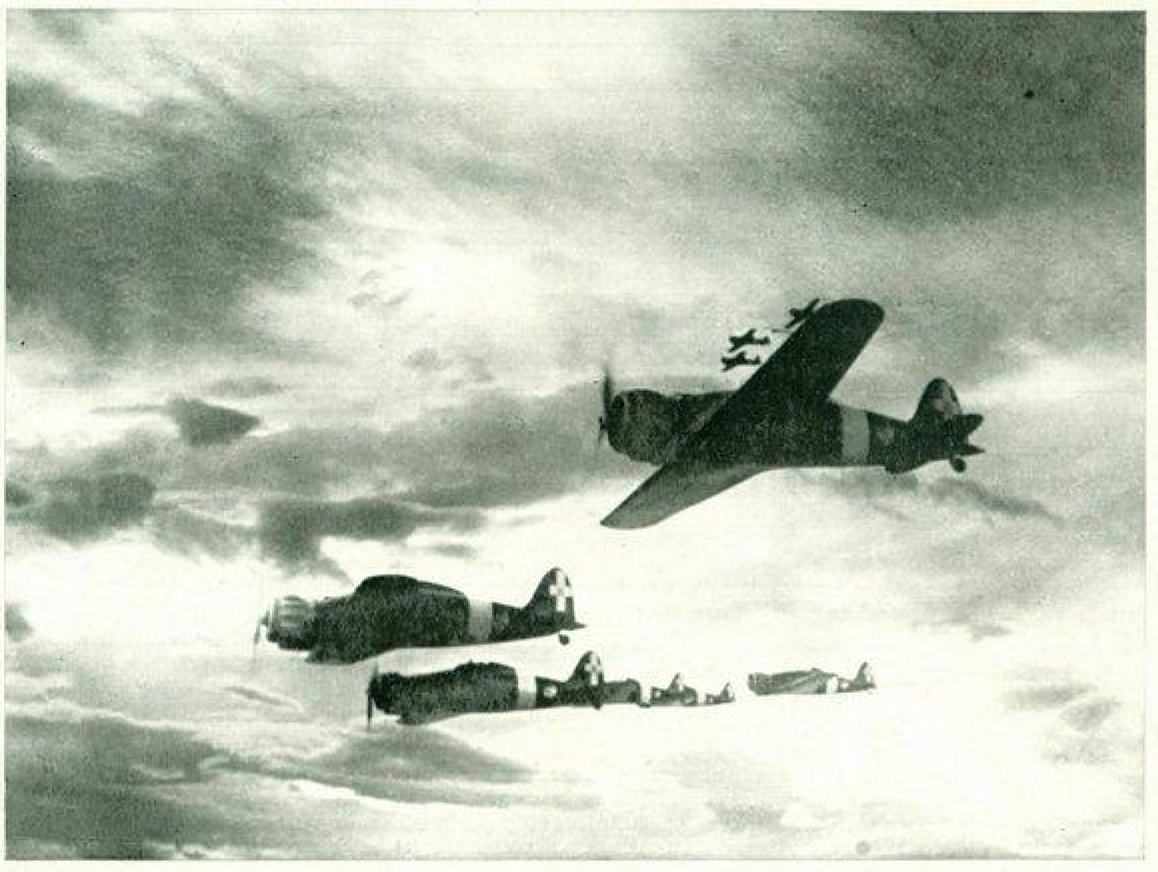
[1] Según una carta enviada el 10 de noviembre de 1940 por Churchill al jefe del Estado Mayor de la RAF, la aviación destacada en Oriente Medio disponía por entonces de 17.000 hombres y 1000 aviones, de los cuales sólo 395 eran eficaces. En otra carta de 5 de abril de 1941 Churchill se lamentaba de que con 26.000 hombres (de los cuales 1175 eran pilotos) y 1044 aviones, la aviación de Oriente Medio no pudiera disponer para el combate más que de 292.



A mediados de 1941 el desierto occidental egipcio, por lo que se refiere a la guerra aérea, era un sector secundario y de escasa actividad. A pesar de las duras batallas sostenidas entre los ejércitos británicos y los del Eje, para arrebatarse el dominio de Egipto y de Cirenaica, las fuerzas aéreas italianas, alemanas e inglesas, destinadas a operar en aquella zona, eran increíblemente escasas. Como muy bien dice el autor, "eran escasas porque los principales intereses estratégicos de los tres contendientes estaban concentrados en otros puntos".

Un *Me-109 E* mimetizado, perteneciente a las reducidas fuerzas aéreas que apoyaban a las tropas de Rommel. La Aviación alemana en Cirenaica estaba constituida por un contingente de unos 200 aviones. *(History of the Second World War)*

Cazas italianos *Macchi 200* en pleno vuelo. El contingente aéreo italiano en Libia estaba formado por la cantidad nada despreciable de unos 300 aviones. *(Archivo Rizzoli)*



Oriental, Irak, Chipre, Turquía, Persia, Yugoslavia, Rumania, Bulgaria y Grecia, sin tener en cuenta, de momento, otros territorios limítrofes. En el curso de la segunda Guerra Mundial rara vez ocurrió que tan pocos aviones de combate tuvieran que operar en un área tan vasta. Hubo que esperar hasta el verano de 1942 para que los modernos cazas *Spitfire* hicieran su aparición en el Mediterráneo e incluso entonces no fueron destinados a operar en el Norte de África, sino que su misión fue única y exclusivamente la defensa de Malta. El Norte de África siguió siendo para la RAF el lugar de destino de todos los aviones de modelos superados, por lo que este frente siempre adoleció de la falta de los tipos que le eran más necesarios: por ejemplo, aviones de transporte de gran autonomía para evacuar en los avances y retiradas a las fuerzas terrestres.

Al iniciarse el año 1941, pareció que iba a ser un año de grandes esperanzas para las fuerzas aéreas inglesas situadas en aquel frente; pero en el transcurso de los seis primeros meses la situación militar y aérea sufrió cambios radicales. En enero la RAF bombardeó los puertos de Derna y Bengasi y los aeródromos más próximos a estas localidades, que por entonces estaban en manos de los italianos; llevando a cabo asimismo una importantísima actividad de reconocimiento para identificar las posiciones enemigas y los campos minados alrededor de Tobruk. Al mismo tiempo, realizó una excelente misión de protección y de apoyo, con sus *Hurricane, Lysander* y *Blenheim*, en el ataque lanzado contra Tobruk por las tropas australianas. Pero, mientras la RAF acosaba a las columnas italianas en retirada y las fuerzas terrestres inglesas avanzaban hacia Cirenaica, en el teatro de operaciones balcánico, y particularmente en Grecia y Creta, surgieron exigencias imprevistas que fueron, además, el preludio de unos meses que conducirían a continuos desastres y desilusiones.

El nuevo comandante en jefe de la RAF para Oriente Medio, general A.W. Tedder, tuvo que poner a prueba todos los recursos de su vivaz inteligencia, e incluso de su humorismo, sardónico, frente a la peligrosa situación que se creó cuando, a principios de marzo, el Ejército y la Aviación alemanes empezaron a penetrar en Bulgaria. El ataque alemán a Yugoslavia se inició el 6 de abril, apoyado por 1200 aviones de la *Luftwaffe*: una fuerza verdaderamente formidable, compuesta por cazas, aviones de reconocimiento, bombarderos en picado y bombarderos bimotores de medio radio, *Junker 88* y *Heinkel 111*.

Por parte italiana, también las fuerzas aéreas en el Norte de África, como las de sus adversarios ingleses, no eran más que restos del potencial aéreo italiano, restos que, además, estaban constituidos por aparatos que ya habían soportado una serie de duras pruebas. A pesar de que en el verano de 1941 la amenaza de bombardeos aliados sobre el territorio peninsular italiano era todavía muy remota, el grueso de las unidades de caza italianas, muchas de las cuales contaban con los modernos *Macchi* de ala baja, permaneció en la península sin intervenir en Libia, y eso que ya entonces este frente aéreo era para Italia el más importante que debía atender[2].

Hasta aquel momento el año 1941 había sido tan desalentador para las Fuerzas Aéreas italianas como el anterior. En los combates que se llevaron a cabo en Cirenaica, al iniciarse el año, a pesar de que contaban con una superioridad nu-



A fin de evitar los ataques de los cazas del Eje, los refuerzos aéreos británicos destinados a Oriente Medio llegaban a través de una ruta que pasaba por Takoradi. Los portaaviones iban a Costa de Oro, y, desde allí, los aparatos se dirigían a las bases de Egipto.

[2] El verdadero número de cazas italianos en Libia durante el primer año de guerra, era el siguiente: 10-6-40: 88 cazas eficaces para el combate (36 *CR-32* y 52 *CR-42*); 8-12-1940: 111 (todos ellos *CR-42*); 28-2-1941: 85 (50 *CR-42* y 35 *G-50*); 2-7-1941: 110 (50 *G-50*, 30 *MC-200* y 30 *CR-42*). Por lo tanto, en el periodo al que se refiere el autor, Italia tenía en Libia 80 cazas monoplanos y 30 biplanos.

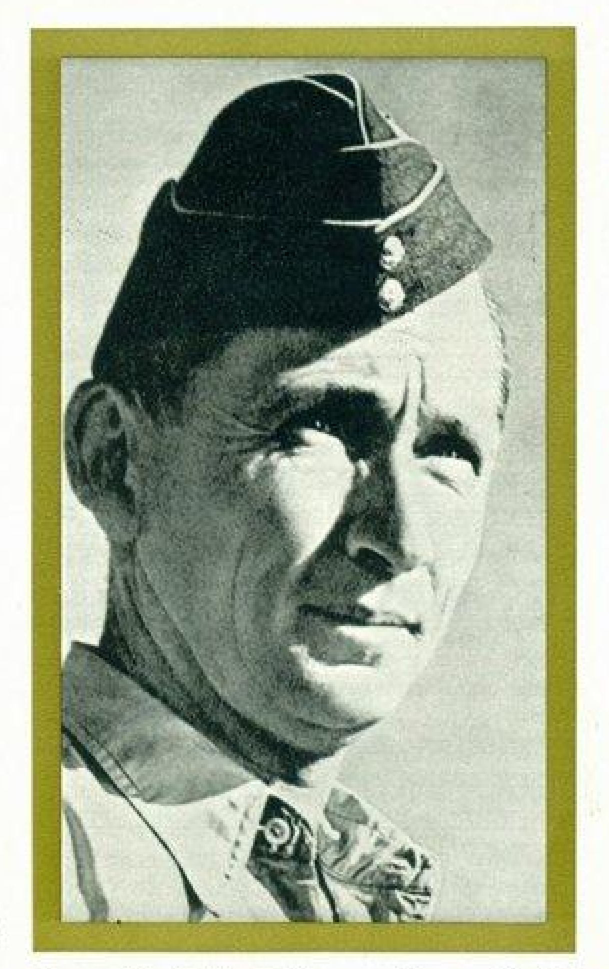
mérica que casi doblaba los medios de que disponía la RAF, no pudieron impedir que los ingleses tomaran la iniciativa y que, más tarde, ejercieran una notable influencia en los campos de batalla. Sus bombarderos *Savoia-S79*, de gran autonomía, consiguieron muy pocos éxitos en los ataques contra las bases de la RAF en Egipto, y asimismo sus biplanos de caza *Fiat CR-42*, que gozaban de mayor capacidad de maniobra, también fueron superados en los combates por los *Hurricane*.

Los únicos que consiguieron algunos éxitos fueron sus aviones torpederos en los ataques contra los convoyes ingleses del Mediterráneo; pero fueron éxitos de importancia secundaria, que no bastaron para animar el triste cuadro general[3].

De los 1500 aviones, o quizá más, que constituían el potencial italiano de primera línea, unos 300 tenían su base en Libia, los cuales, a menudo, podían ser reforzados mediante el envío de nuevos cazas, transportados directamente al norte de África en grandes aviones de transporte *Savoia*[4]. En efecto, una de las grandes ventajas estratégicas de que gozaba la Aviación italiana en el Norte de África era el hecho de que podía efectuar sustituciones y recibir refuerzos de su fuente principal de abastecimiento en Italia. Esta ventaja sin embargo constituía tan sólo un punto más a su favor, pero no una carta decisiva.

Lo que sí hubiera podido resultar decisivo fue la llegada de la *Luftwaffe* al Mediterráneo a fines de 1940, cuando el X *Fliegerkorps*, al mando del general Geissler, fue enviado a Sicilia. En el transcurso de los primeros meses, las operaciones aéreas conjuntas germano-italianas en el Mediterráneo hicieron concebir esperanzas para el futuro. En enero de 1941, como ya se sabe, el crucero inglés *Southampton* fue alcanzado por algunos bombarderos alemanes y hundido, y también fue seriamente averiado el portaaviones *Illustrious*. En los meses de enero y febrero, algunas unidades de la *Luftwaffe* se desplazaron a Tripolitania, llegando después, a lo largo de la costa, hasta las bases avanzadas del golfo de Sirte. Los ataques de la *Luftwaffe* contra Malta causaron grandes destrozos en los docks y en los aeródromos de la isla, facilitando con ello el traslado del ejército de Rommel al Norte de África.

Todas estas acciones hicieron concebir risueñas esperanzas para el futuro de la Aviación del Eje en el Norte de África y en el Mediterráneo. Sin embargo, los planes, las intenciones y la estrategia de la Alemania de Hitler eran tan ambiciosos que estas fuerzas aéreas, destinadas al frente africano, fueron siempre algo así como «los parientes pobres» y se encontraron a cada momento en condiciones de inferioridad, no sólo durante el verano de 1941 sino hasta el fin de la guerra en el Mediterráneo. Nunca llegaron a representar ni un 10 % del potencial operativo de primera línea de la *Luftwaffe*. Por otra parte, las mencionadas fuerzas estuvieron constantemente expuestas a la posibilidad de sufrir nuevas reducciones a causa de las necesidades derivadas de las operaciones aéreas contra Malta.



El general de división, Tedder, comandante en jefe de la RAF en Oriente Medio. *(Keystone)*

Restos de un *Vickers «Wellington»* inglés obligado a aterrizar por la artillería antiaérea del Eje en Tobruk. *(Archivo Rizzoli)*

Exigencias de otros frentes

Durante el verano de 1941, los responsables del desarrollo de los planes concernientes a la Aviación alemana debieron hacer frente a dos exigencias muy importantes. La primera estaba vinculada al nuevo frente aéreo de Rusia, establecido el 22 de junio, cuando la *Wehrmacht* atacó a la Unión Soviética. En una primera fase, este nuevo frente absorbió cerca de los dos tercios de las Fuerzas Aéreas alemanas, y en tanto Rusia no fuera vencida, el teatro oriental de operaciones absorbería inevitablemente un gran porcentaje de la *Luftwaffe*. Un hecho que demuestra lo poco importante que llegó a ser el frente aéreo mediterráneo, en junio de 1941, es la decisión de que la 4.ª *Luftflotte* alemana, que comprendía alrededor de unos 1200 aparatos, entre cazas, aviones de reconocimiento y bombarderos (y que en los meses de marzo y abril había sido trasladada a los Balcanes), pasara íntegramente, en mayo y durante los primeros días de junio, a las bases situadas en Polonia y en Alemania oriental, para agregarse a los efectivos que se preparaban para la Operación «Barbarroja», la gran ofensiva contra la URSS.

La segunda exigencia que debía afrontarse era la defensa de la propia Alemania ante el creciente peligro de una ofensiva de los bombarderos ingleses. Aquel verano, una tercera parte de los cazas bimotores alemanes estaba destinada a la defensa nocturna del tercer Reich, y en consecuencia, los ejércitos germanos que combatían en el campo de batalla se veían privados del importante apoyo de estas unidades de *Messerschmitt 110*. A fines de 1941, cuando Rusia no daba señales de ceder y Estados Unidos entró en guerra junto a

[3] Según informes ingleses, hasta el verano de 1941 los aviones torpederos italianos habían hundido los petroleros *British Science* y *Turbo*, y el buque *Imperial Star*, y causado daños al acorazado *Nelson* y a los cruceros *Kent*, *Liverpool*, *Glasgow*, *Ajax*, *Manchester* y *Phoebe*, así como al minador *Protector*.

[4] **Todos los cazas italianos llegaban a Libia en vuelo directo. Solamente los que se enviaron a África Oriental fueron desmontados y transportados a bordo de los trimotores *S-82*.**



Un caza británico tipo *Hurricane* derribado en el Norte de África. A pesar de que las fuerzas aéreas del Eje eran bastante reducidas, tenían la ventaja de poder ser reforzadas y sustituidos sus aviones por otros procedentes de las bases principales situadas en Sicilia, a muy poca distancia del teatro de operaciones. *(Archivo Rizzoli)*

los Aliados, la posibilidad de que Alemania destinase al frente africano las fuerzas aéreas necesarias era evidentemente muy remota.

Los escasos efectivos alemanes destinados permanentemente al Mediterráneo (unos 350 aviones) se veían obligados a repartir sus esfuerzos entre tres actividades: atacar Malta, destruir los convoyes aliados y proporcionar un adecuado apoyo táctico a las fuerzas terrestres de Rommel. Estas fuerzas aéreas alemanas comprendían de 100 a 150 bombarderos bimotores, *Junker 88* y *Heinkel 111*, igual número de bombarderos en picado *Junker 87*, unos 40 ó 50 bimotores *Messerschmitt 110* y un número parecido de cazas *Messerschmitt 109*.

Al principio, las fuerzas terrestres de Rommel estuvieron apoyadas por unos 200 aviones. Más tarde este apoyo se fue reduciendo cada vez más. No cabe duda de que Rommel fue el primer general alemán que, durante la segunda Guerra Mundial, libró importantísimas batallas terrestres sin un potente apoyo aéreo; y se vio forzado a ello durante todo aquel interminable «vaivén» que fue la guerra del desierto entre 1941 y 1942. (Pero ya en 1943, no fue sólo él quien luchó en estas condiciones, pues también Kleist, Manstein, Kesselring, Bock y otros generales hubieron de resignarse a considerar el eficaz apoyo de la *Luftwaffe* como un lujo raro y precioso, que no era lícito esperar como una cosa normal y corriente).

Prescindiendo incluso de la grave falta de aviones, que ya de por sí era un problema, había que añadir la circunstancia de que los vuelos en las condiciones del desierto presentaban unos riesgos muy particulares. La Aviación alemana no tenía ni una mínima parte de la experiencia que la RAF había demostrado al «tropicalizar» sus motores, adaptándolos a las condiciones propias de aquel clima, y al mismo tiempo conseguir protegerlos de la arena. Estos problemas se manifestaron con particular gravedad en el mantenimiento de los bombarderos *Junker 88* de medio radio, y fue precisamente por esto por lo que los alemanes no desplazaron nunca más de 20 de tales aparatos a sus bases del Norte de África. Tampoco consiguieron poner en funcionamiento las instalaciones de radar, en dicho frente, hasta fines de 1942; por lo tanto, la interceptación de bombarderos ingleses era una cuestión aleatoria. En todas las ocasiones mostraron su inferioridad en cazas interceptadores y de escolta. Sólo la excepcional participación de las unidades de *Me-109F* les consintió lograr un cierto grado de igualdad.

Y la *Luftwaffe* tenía aún otro problema: el abastecimiento de municiones, carburante y piezas de repuesto. Si bien algunos aviones de transporte *Junker 52* y *Savoia 82* efectuaban regularmente vuelos a plena carga desde Italia hasta las bases africanas, su número era limitado a causa de la gran demanda de aviones de este tipo por parte de otros frentes. Como consecuencia de ello, el Mando se vió obligado a disponer que los *Junker 88* cumplieran a menudo las funciones de aviones de carga en servicios de emergencia; esto ocurrió cuando los Aliados concentraron sus esfuerzos en el intento de impedir que los abastecimiento de las fuerzas del Eje llegaran por mar al Norte de África. Si bien es verdad que un gran porcentaje de barcos destinados al transporte de los abastecimiento que se enviaban a Rommel eran hundidos por la Marina y la Aviación inglesas, es indudable también que acumular en esta zona de África abastecimientos suficientes para un largo período habría encontrado graves dificultades, incluso sin la pérdida de algunos barcos.

En otro aspecto aún la guerra aérea en el desierto no tenía, para los aviadores, nada de agradable. Las bases aéreas del Norte de África han sido descritas, muy adecuadamente, como vastas extensiones de polvo y de piedras en verano, y de lúgubres pantanos en invierno. Las diversiones en los aeródromos del desierto eran más bien escasas, sobre todo comparadas con las que existían en otros lugares, como por ejemplo, en los puntos desde los que la RAF libró la batalla de Inglaterra. En el desierto los hombres vivían en condiciones muy incómodas, en pequeñas barracas construidas de cualquier manera, con bidones vacíos de gasolina y cajas de embalaje, y cuyo único adorno estaba constituido por trozos de cortinas remendadas.

La cerveza escaseaba y estaba siempre caliente. Las noches eran muy frías, tanto que, a veces, daba la impresión de que se alcanzaban temperaturas casi árticas; en cambio, durante el día, el sol llegaba a quemar la carne después de haber asado la piel. Cuando llovía, el agua caía torrencialmente, y al cesar la lluvia los aviadores se encontraban en medio de un lodazal, acosados por las irritantes picaduras de los insectos.

Los aviones quedaban bloqueados en las grandes charcas, y los hombres que se esforzaban por sacarlos del fango, se hundían hasta el tobillo en aquellas espesas capas de lodo pegajoso como una masa de harina. Muy a menudo el agua potable debía ser severamente racionada, y el *corned-beef* muchas veces estaba infestado de moscas. Los bruscos cambios de temperatura, la falta de una dieta variada y la existencia de una forma de disentería amíbica, eran factores que incidían en la salud del personal, tanto de vuelo como de tierra. Desde luego, en 1941, el personal de las fuerzas aéreas del desierto vivía en condiciones verdaderamente muy duras. Fue casi un milagro que, a pesar de las adversidades, se pudiera llevar a cabo una intensa actividad operativa.

Además, en el desierto, también los aparatos «sufrían». Muchas veces, después de unas 30 horas tan sólo de funcionamiento, un motor se estropeaba, sus válvulas aparecían gastadas y los cilindros picados por las señales del desgaste. La salobridad del aire deterioraba el revestimiento de los cables, los mandos no respondían y el tren de aterrizaje se bloqueaba. Los neumáticos debían cubrirse cuidadosamente con trapos mojados para impedir que el calor del desierto los quemase, y la gasolina se evaporaba en los depósitos, con el consiguiente peligro de una explosión.

Los pilotos se veían obligados a despegar en medio de nubes de polvo que, al posarse sobre el parabrisas, les impedía toda visibilidad. Algunas veces debían aterrizar en plena tempestad de arena, producida por el *ghibli*, un viento que soplaba a 100 km por hora, lo que hacía desaparecer los puntos de referencia y levantaba alrededor de los campos de vuelo extrañas cortinas de arena, espesas y oscuras. Se encontraba arena en todas partes: en los bidones de gasolina, en las bolsas de las herramientas, en los alimentos y en los vestidos, y, a pesar de todo los hombres luchaban con habilidad y decisión.

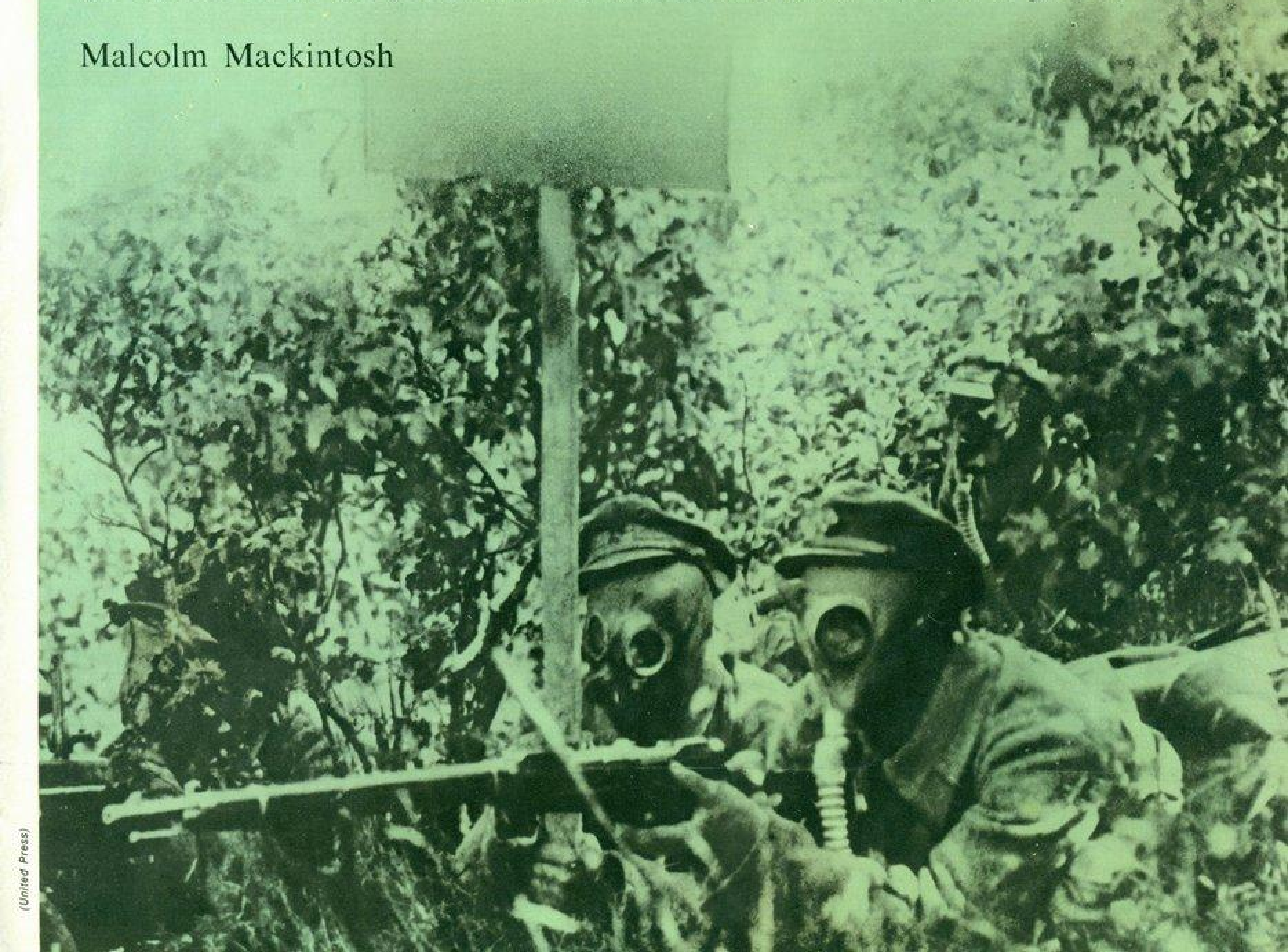
ASHER LEE, TENIENTE CORONEL

Nació en Plymouth. Estudió en la Universidad de Londres y en la Sorbonne de París. En 1939 ingresó en los voluntarios de la Reserva de la RAF, y desde dicho año a 1945 formó parte del Servicio de Información de la Aviación y prestó servicios en las primeras fuerzas aerotransportadas de los Aliados. Ha sido condecorado con la Orden Militar del Imperio Británico y con la Legión del Mérito estadounidense. Entre sus muchas publicaciones deben mencionarse *The German Air Force*, *The Soviet Air Force* y *Blitz on Britain*, así como muchos artículos que escribió para el *Economist*, para el *Daily Telegraph*, para la *RAF Flying Review*, etc. Ha dado clases en varias escuelas militares de Gran Bretaña, Estados Unidos de América, Bélgica y Noruega.

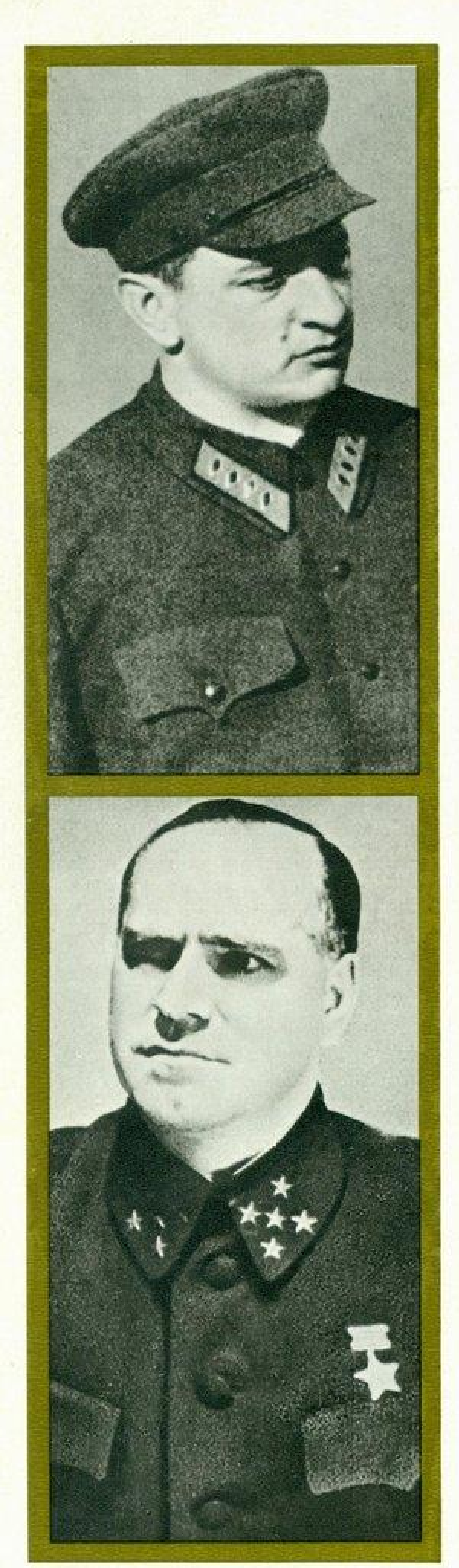
LAS FUERZAS SOVIÉTICAS ANTES DE LA OPERACIÓN "BARBARROJA"

En 1941 la propaganda soviética proclamaba que las fuerzas rusas eran invencibles. Pero la verdad era que las "purgas" de los años treinta habían diezmado los cuadros de oficiales y el Ejército estaba muy lejos de haber completado su programa de modernización. En pocas palabras, y tal como resume el autor de este artículo, "era difícil imaginar condiciones más desfavorables que aquéllas en las que se encontraba el Ejército ruso cuando entró en la guerra".

Malcolm Mackintosh



(United Press)



A la izquierda, arriba: el mariscal soviético Tujachevskij, militar inteligente y de clara visión, impulsó, en los años treinta, la modernización del Ejército ruso. Fue fusilado durante las «purgas» de 1937, acusado de espionaje. Abajo: el general Zukov, jefe del Estado Mayor General, hombre duro e inflexible, pero dotado de un verdadero genio militar. A la derecha: el mariscal Timoshenko, comisario del Pueblo para la Defensa, formó parte con Zukov, del famoso «Ariete de la Caballería», que combatió junto con Stalin durante la guerra civil. Después de la depuración del Ejército, alcanzó los más altos grados. Timoshenko, hombre de notable competencia y férrea voluntad, fue quien organizó la rígida disciplina militar. (Archivo Rizzoli) - (United Press)



El Ejército soviético, que el 22 de junio de 1941 se enfrentaba con la *Wehrmacht*, era un ejército que, en el curso de veintitrés tempestuosos años, había pasado por una larga serie de experiencias doctrinales, de organización y operativas como ninguna otra fuerza armada había experimentado en el transcurso del siglo XX. En los primeros días de la revolución rusa y de la consiguiente guerra civil, los jefes bolcheviques –que habían hecho todo lo posible para destruir el antiguo Ejército imperial– se encontraron ante la desesperada necesidad de contar con unas fuerzas armadas que defendieran el poder recién conquistado. Fue así como, voluntariamente, numerosos miembros del Partido y otros elementos que querían defender el nuevo régimen, formaron el llamado «Ejército rojo de obreros y campesinos».

Mas para poder contar con el número suficiente de hombres, así como la indispensable experiencia militar, Lenin se vio obligado muy pronto a recurrir al reclutamiento. De este modo, los efectivos del Ejército rojo aumentaron hasta superar los cinco millones de hombres; sin embargo, como la gente ya estaba cansada de guerra y sentía además una fuerte hostilidad contra toda forma de disciplina y de estructura militar ortodoxa, la organización fue muy deficiente y las deserciones cosa habitual: muchas unidades se deshacían o se reorganizaban según el estado de ánimo de aquellos soldados-campesinos. En general, el Ejército rojo daba la impresión de una gran horda de hombres indisciplinados y mal vestidos, reunidos a la fuerza en una especie de «masa de choque». Este ejército estaba dirigido por un Estado Mayor formado por militares de carrera, ex-oficiales del Imperio, que habían permanecido en sus puestos dentro del Comisariado de Guerra de Moscú y que cumplían su misión prescindiendo de las ideas políticas personales.

La guerra civil, que en aquellos primeros años enfrentó el Ejército rojo con el blanco, era una guerra de movimientos, en la cual la caballería, tanto la de un bando como la del otro, llevaba a cabo rápidos y enérgicos ataques en territorio enemigo, mientras la infantería sostenía después breves y sangrientos combates, que se prolongaban hasta que una de las dos partes cedía porque se le acababan las municiones o porque la moral de las tropas se desmoronaba. De este modo, en 1919, el Ejército blanco avanzó desde el Cáucaso hasta menos de 150 km de Moscú; más tarde, en el período 1919-21, el Ejército rojo persiguió a los blancos a través de Siberia. Todos estos movimientos, que a la sazón no parecían tener una gran trascendencia, desempeñaron un papel muy importante en la formación de la doctrina militar del Ejército rojo en los veinte años que transcurrieron entre la guerra civil y el mes de junio del año 1941.

En efecto, la primera reorganización del Ejército (en los años veinte), con el fin de transformarlo en una fuerza capaz de cumplir las funciones propias del tiempo de paz, constituyó una clara demostración de este modo de concebir la guerra. Supuso la creación de una fuerza regular de divisiones de caballería, potenciada por otra fuerza encargada de la defensa de las fronteras y por un «ejército territorial», cuyas unidades más importantes –por razones políticas– estaban de guarnición en las ciudades, donde el proletariado industrial podía proporcionar el mayor número posible de soldados. En este período prevalecieron en el Ejército hombres muy expertos en el campo de la guerrilla, pero de escasa instrucción, lo que determinó que los verdaderos especialistas en asuntos militares experimentasen las consecuencias negativas de su origen no proletario. Los responsables del Partido, y hasta algunos jefes militares, creían que, en caso de guerra, el entusiasmo revolucionario daría la victoria al Ejército rojo, pues induciría a los soldados enemigos a no combatir contra las fuerzas proletarias.

Sin embargo, en los años treinta, el proceso de la industrialización soviética –de la que al principio se beneficiaron casi exclusivamente las industrias bélicas– llevó hombres nuevos e ideas nuevas al campo de la planificación estratégica

de la URSS. Así se desarrolló el concepto de un moderno ejército motorizado, que aprovechase plenamente el enorme potencial humano que Rusia podía poner a disposición de sus Fuerzas Armadas.

En cuanto a la organización, el Ejército ruso casi siempre siguió directrices regulares y tradicionales. En 1934, con la distribución de grados entre el personal y la introducción de la unidad de mando, el comisario político, que antes estaba por encima del comandante militar, pasó a una posición de simple consejero. En 1937, los efectivos del Ejército habían alcanzado las 120 divisiones, con un total de 1.750.000 hombres; además, en aquella época, lo más seguro es que ya se hubieran olvidado gran parte de las ideas de la guerra civil y que las teorías militares soviéticas imitaran lo que a la sazón era la más avanzada máquina militar de aquellos tiempos: la *Wehrmacht*.

Pero fue en este momento cuando las «purgas» de Stalin asestaron un rudo golpe a las Fuerzas Armadas. Pocos hechos contribuyeron tanto a la crítica situación del Ejército soviético en 1941 como aquella destrucción sistemática del Alto Mando llevada a cabo por Stalin entre los años 1937-39. Tres de los cinco mariscales de Rusia, 11 vicecomisarios de la defensa, 13 comandantes de Ejército y todos los comandantes militares de distrito con cargo en mayo de 1937 –como también los principales mandos de la Marina y de la Aviación– fueron fusilados o desaparecieron sin dejar huella en este período. En total, durante aquellos dos terribles años, unos 35.000 oficiales fueron destituidos, encarcelados o muertos. Aquella «purga» tuvo incalculables repercusiones negativas sobre la capacidad del Ejército ruso para oponerse a la invasión alemana. En 1939 el Ejército estaba dominado por el terror. En 1941 no existía oficial en servicio que no hubiese visto desaparecer a alguno de sus compañeros y que no supiera que lo mismo podía sucederle también a él en cualquier momento. Tal ambiente no sólo provocó temor, sino también apatía, inercia y deseo de evitar cualquier responsabilidad; resultaba más seguro cumplir las órdenes al pie de la letra que demostrar ideas propias o espíritu de iniciativa.

Pero eso no era todo: entre otras consecuencias, la «guerra de invierno», o sea la guerra contra Finlandia en los años 1939-41, produjo en el Ejército un endurecimiento de la disciplina. Y esta versión soviética del draconiano código disciplinario del antiguo Ejército imperial coincidió con la atmósfera de terror originada por la «purga» staliniana. La preocupación por «atenerse a las órdenes», por observar con el máximo rigor los reglamentos para no correr riesgos, llegó a ser tan fuerte que nadie podía soslayarlo. El resultado fue que en 1941 muchos oficiales y funcionarios políticos descuidaban las necesidades reales de instrucción y preparación militar para ocuparse de los reglamentos que preveían sanciones para un superior que *no castigase a un subordinado culpable de una infracción de las ordenanzas, aunque fuera leve*. Stalin creía en la eficacia de la obediencia absoluta basada en el terror, y aquellos reglamentos, unidos para siempre al nombre del comisario para la Defensa de aquel período, el mariscal Timoshenko, eran una de sus reacciones ante las deficiencias que el Ejército ruso había demostrado en la guerra contra Finlandia.

Otro importantísimo efecto de la «purga» fue que elevó a los grados más altos a algunos componentes del llamado «Ariete de la Caballería», que durante la guerra civil había operado en estrecho contacto con Stalin. En 1919, cuando el Ejército rojo descubrió lo necesario que le era constituir una fuerza de caballería para luchar contra los cosacos de las tropas blancas, la unidad que obtuvo mayores éxitos fue el primer Ejército de Caballería, mandado por un ex sargento mayor de dragones, S. M. Budennij, ayudado por el comisario político K. E. Voroschilov, y que tenía como oficiales de Estado Mayor y comandantes de división a hombres como Timoshenko, G. I. Kulik, E. A. Schadenko, O. I. Gorodovikov, I. R. Apanasenko y G. K. Zukov.

En el período 1937-39, este «Ariete de la Caballería» no sólo salió indemne de la «purga», sino que además entró en la escena política y se apresuró a ocupar en el Ejército los puestos más elevados. Aunque algunos de ellos habían recibido en Alemania (por los años veinte) una preparación para el ejercicio del mando casi perfecta, parece ser que aquellos veteranos de la guerra civil no asimilaron los principios fundamentales del tipo de guerra que los generales alemanes estaban preparando y que Tujachevskij había intuido. Con una especie de retorno al tema de que el entusiasmo revolucionario bastaba para alcanzar la victoria, tan repetido en los días de la guerra civil, los nuevos jefes enseñaron al Ejército que en cualquier guerra sería invencible.

El espíritu ofensivo, admirable, desde luego, en todo ejército, fue llevado mucho más lejos que aquel que había animado a los soldados franceses en 1914, al iniciarse la primera Guerra Mundial, hasta tal punto que al soldado ruso de 1941 se le había inducido a creer que obtendría la victoria casi automáticamente.

Además de este error de evaluación, también fueron responsables de numerosos y graves yerros militares, cargados después sobre las espaldas del mariscal Kulik –es difícil saber con qué fundamento– quien, desde 1937 a 1941, fue jefe de los servicios para la producción y distribución de armamento y equipo. Se dijo que Kulik había privado a la Infantería de las armas automáticas ligeras, que él llamaba «armas de policía», y que suspendió la fabricación de cañones contracarro y antiaéreos. Junto con el general Pávlov, se le acusó también de haber interpretado mal las en-

Una formación de aviones soviéticos en vuelo. La Aviación rusa disponía, en 1941, de 12.000 aparatos y de tres Cuerpos de Ejército aerotransportados. En los años que precedieron a la guerra, experimentó –bajo la dirección del mariscal Tujachevskij– una completa transformación desde el punto de vista técnico. *(Paul Popper)*







RUSIA SE PREPARA PARA LA GUERRA. Arriba: desfile de milicianas en el período de instrucción anterior a la guerra. Los alemanes subestimaron, al principio, el enorme potencial humano y bélico de que Rusia podía disponer en un momento determinado. Abajo: Caballería cosaca en formación de combate. Las tropas cosacas, en otro tiempo fieles defensoras de los zares, combatieron en el Ejército soviético y confirmaron su tradición de valerosos y audaces guerreros. *(Novosti Press Agency) - (Paul Popper)*

señanzas de la guerra civil española de 1936-39. Después de esta última experiencia, los nuevos jefes militares decidieron disolver los Cuerpos de Ejército mecanizados, creados por el mariscal Tujachevskij, distribuyendo los carros de combate entre las divisiones de infantería, según el criterio adoptado por el Ejército francés.

Por otra parte, y a pesar de tantos factores negativos, no se puede negar que, el Ejército ruso estaba consiguiendo considerables progresos en otros campos. Bastará recordar que, según los esquemas convencionales aplicados en la Europa continental, se le estaba reorganizando en ejército de masa, basado en el servicio militar general, con la creación de una reserva y de un buen sistema de adiestramiento. En el período que siguió inmediatamente a la guerra civil, sólo los hijos de obreros y campesinos podían prestar servicio en el Ejército; los que pertenecían a otras categorías sociales estaban obligados a cumplir el deber militar en batallones de trabajadores y en otras unidades no combatientes. Pero en 1939 todas las distinciones de esta clase ya habían sido abolidas y el Ejército soviético se beneficiaba de las posibilidades que la población ofrecía. Cada año, unos 600.000-700.000 jóvenes eran llamados a filas; prestaban servicio durante un período de 2-4 años –según el Arma– y luego pasaban a la «primera reserva», a la que pertenecían por espacio de 10-15 años. El sistema de movilización se basaba en «comisariados militares» regionales, a los cuales se presentaban los reservistas para el período de adiestramiento anual y también en caso de movilización general o parcial.

En junio de 1940, de acuerdo con la reorganización establecida después de la guerra con Finlandia, el Gobierno soviético introdujo de nuevo los grados de general y de almirante, abolidos durante la revolución. El igualmente despreciado término de «oficial» hubo de esperar hasta fines de 1942 para ser reconocido otra vez, rehabilitación extendida también al tradicional uniforme ruso, con charreteras galoneadas en oro y plata. La aparición en el Ejército y en la Marina rusos de generales y almirantes sirvió para subrayar el carácter nacional de las fuerzas Armadas, elevar la moral y aumentar el prestigio de los jefes y de los oficiales de Estado Mayor destinados a dirigir el que, ya en 1940, era el Ejército más numeroso del mundo.

Estas innovaciones formales fueron acompañadas de otras con las que el nuevo comisario de la Defensa, mariscal Timoshenko, intentó obviar las deficiencias militares que la guerra con Finlandia puso de manifiesto. En otoño de 1940 se elaboró una nueva y completa reglamentación de guerra, que no sólo incluía las enseñanzas obtenidas por el Ejército ruso en Finlandia, sino también las adquiridas por los alemanes en las campañas de Polonia y de Francia.

La decisión más importante fue no disolver los Cuerpos de Ejército mecanizados, como se había dispuesto anteriormente. En noviembre de 1940 se dieron órdenes de constituir 22 Cuerpos de Ejército mecanizados, cada uno de ellos formado por dos divisiones de carros de combate y una división motorizada. Al mismo tiempo, a los responsables de la producción bélica y a la NKVD se le ordenó que empezaran a trabajar en la creación de «zonas fortificadas» a lo largo de la nueva frontera occidental soviética, en los Estados bálticos, Polonia oriental y Besarabia. Pero el duro invierno de 1940-41 obligó a los rusos a retrasar el comienzo de estos trabajos.

Por otra parte, la reorganización de 1940 suponía para el Ejército soviético una serie de reformas que para completarlas hubieran sido precisos dos o tres años; pero nada, o muy poco, se hizo para tratar de sincronizar este proceso con la realidad de la situación internacional, de la posición estratégica soviética o con la posibilidad de un ataque alemán. Por añadidura, aquellas reformas eran ordenadas mediante decretos redactados a veces apresuradamente, por lo cual, en ocasiones, se los anulaba pocas semanas más tarde. Por ejemplo, la reorganización del Alto Mando de la defensa aérea se dispuso unos días antes de la invasión, y luego fue inmediatamente anulada. Tampoco se concedía al Ejército el tiempo necesario para estudiar y asimilar estas reformas antes de que las comisiones de inspección llegasen a las guarniciones con el fin de verificar su actuación y castigar los retrasos. Si se piensa que toda esa reorganización se aplicaba a un Ejército cuyos efectivos eran ya de 151 divisiones de infantería, 32 divisiones de caballería y 38 brigadas mecanizadas; a una Aviación de 12.000 aparatos y a una Marina compuesta de 4 escuadras y 3 flotillas, se tendrá una idea de la amplitud de la labor que el Alto Mando soviético había emprendido.

Otro campo en el que la potencia militar rusa había conseguido avanzar algunos pasos era el del armamento. Rusia contaba con una brillante tradición en el campo científico de la Artillería, así como en varios proyectistas de gran ingenio en la construcción de carros de combate y de aviones. Cuando las nuevas industrias bélicas comenzaron a ampliarse –en muchos casos gracias a la ayuda alemana durante el período de colaboración militar ruso-germana–, fue en la Artillería, en las tropas acorazadas y, a menor escala, en la Aviación donde se consiguieron los mejores resultados. En 1931, los rusos pudieron dotar a sus tropas de un obús de 203 mm, de proyecto soviético, de un cañón antiaéreo de 76 mm y de un cañón contracarro de 45 mm; además tenían una reserva de artillería a disposición del Alto Mando,

compuesta de cañones de grueso calibre y largo alcance, así como otras armas especiales.

Durante los años treinta, la industria soviética productora de vehículos acorazados había terminado seis tipos de carros de combate –los *BT-2* y *BT-5*, los *T-28*, *T-35*, *T-37* y *T-38*–; pero, en 1941, en las unidades de primera línea, empezaron a verse dos carros de combate nuevos y muy eficientes. Se trataba del carro medio *T-34* (muy resistente), con un cañón de 76 mm en la torreta, y del más pesado *KV* (Kliment Voroschilov), también con un cañón de 76 mm. Ya en los primeros combates –cerca de Smolensk y en Ucrania, en julio de 1941– ambos demostraron ser capaces de hacer frente a los mejores carros alemanes. Lo malo estaba en que la producción era muy lenta (en 1940 sólo se fabricaron 243 *KV* y 115 *T-34*) y las tripulaciones no habían tenido tiempo de adiestrarse en el manejo de los dos nuevos tipos de vehículos. En junio de 1941, sólo 1475 de ellos habían llegado a sus unidades de destino; no obstante, se considera que por esta fecha, los efectivos rusos en carros de combate de todos los tipos se aproximaban a las 20.000 unidades.

Mas cuando la guerra estalló, cerca del 60 por ciento de los mismos estaban en fase de reparación o de revisión.

Progresos de la técnica aeronáutica

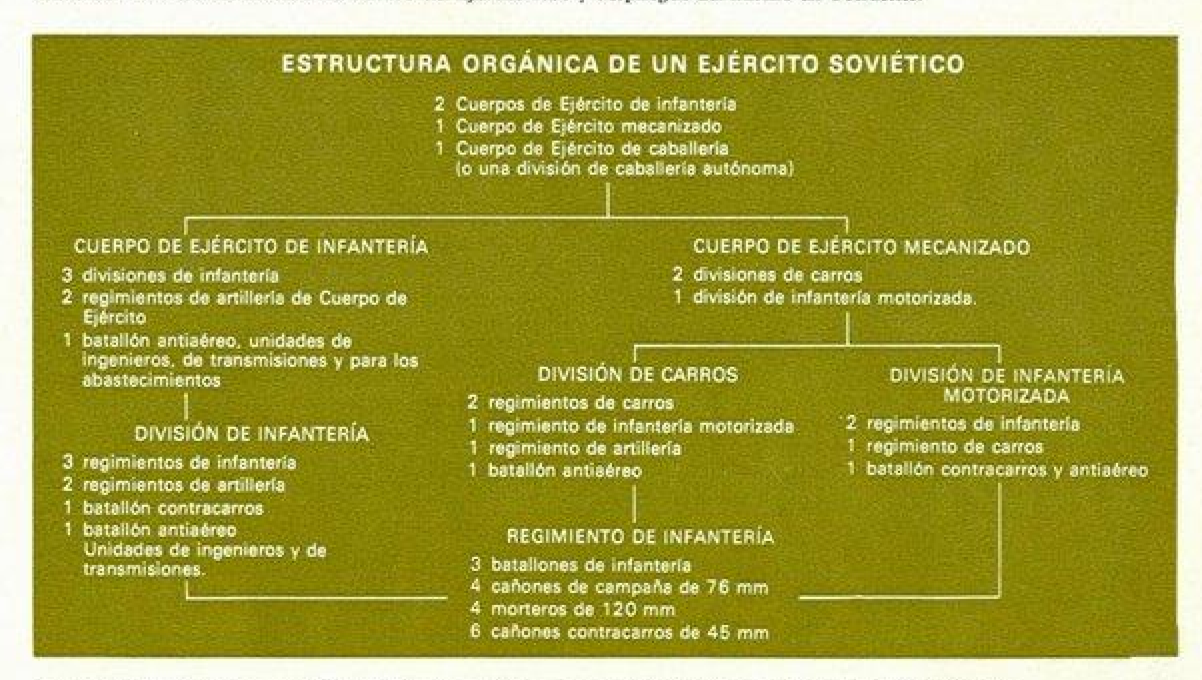
Por lo que concierne a la Aviación, en el transcurso de los años treinta los rusos concentraron sus máximos esfuerzos en la producción de aparatos con motores copiados de algunos occidentales –especialmente del *Hispano Suiza* y del *Wright Cyclone*–; pero también realizaron un enorme trabajo de experimentación bajo la guía de técnicos del prestigio de A. N. Tupolev y del veterano N. N. Polikarpov. Esta labor experimental estaba enfocada hacia la producción de bombarderos de gran autonomía –como el *TB-3* y el *DB-3*– y del caza *I-17* que, con sus cuatro ametralladoras de 7,62 mm y un pequeño cañón de 20, era un aparato muy moderno y con gran potencia de fuego. En 1939, el proyectista Lavockin creó el *LaGG-3*, un caza con estructura de madera, y tras la aparición del *MiG-1* y del *MiG-3* se inició la colaboración del famoso binomio A. I. Mikojan - M. I. Gurevic en el campo de los proyectos aeronáuticos. En 1940 aparecieron algunos ejemplares del *Pe-2*, el bimotor ideado por Petljakov y Tupolev; y aproximadamente en la misma época, A. S. Yakovlev construyó su primer caza de excelente calidad, el *I-26*, conocido como *Yak-1*.

Mientras el ritmo de producción de los antiguos modelos era bastante aceptable –en 1938 alcanzó un total de 4400 aparatos al año–, el de los tipos modernos era muy bajo. Según muchos observadores, el mejor avión construido por los rusos antes de la invasión alemana fue el *Iljuscin Il-2*, el famoso aparato de asalto que, en efecto, después demostró sus magníficas condiciones al enfrentarse con el *Ju-87 Stuka* alemán. Las características más importantes de estos aviones de creación soviética eran su sencillez y la facilidad de maniobra.

Es también interesante recordar que al comienzo y a mediados de los años treinta, los rusos ya experimentaron el empleo de tropas aerotransportadas, bien lanzando paracaidistas o con desembarcos aéreos. Durante las maniobras de 1935, en el distrito militar de Kíev, bombarderos *TB-3* lanzaron 600 hombres y, el mismo año, una división de infantería de 14.000 hombres fue transportada por vía aérea desde la zona de Moscú a Extremo Oriente. En 1937 y 1938 experimentaron varios métodos para lanzar, en paracaídas, vehículos, cañones y carros de combate ligeros; en 1939, el Ejército ruso contaba ya con cuatro brigadas aerotransportadas de 1000 hombres cada una. Dos años después, en mayo de 1941, en los distritos militares de Leningrado, Kíev y Rusia Blanca se crearon sendos Cuerpos de Ejército aerotransportados. También en este caso, la reorganización



Junio de 1941: estructura del Alto Mando del Ejército ruso y despliegue del mismo en Occidente.



Junio de 1941: estructura orgánica del Ejército soviético, cuya unidad básica era el regimiento de infantería.



Una unidad de ametralladoras soviéticas atraviesa un río durante unas maniobras. Su armamento, constituido por ametralladoras de 8 mm, que se remontaban a principios de 1900, todavía se utilizó en junio de 1941. (Paul Popper)



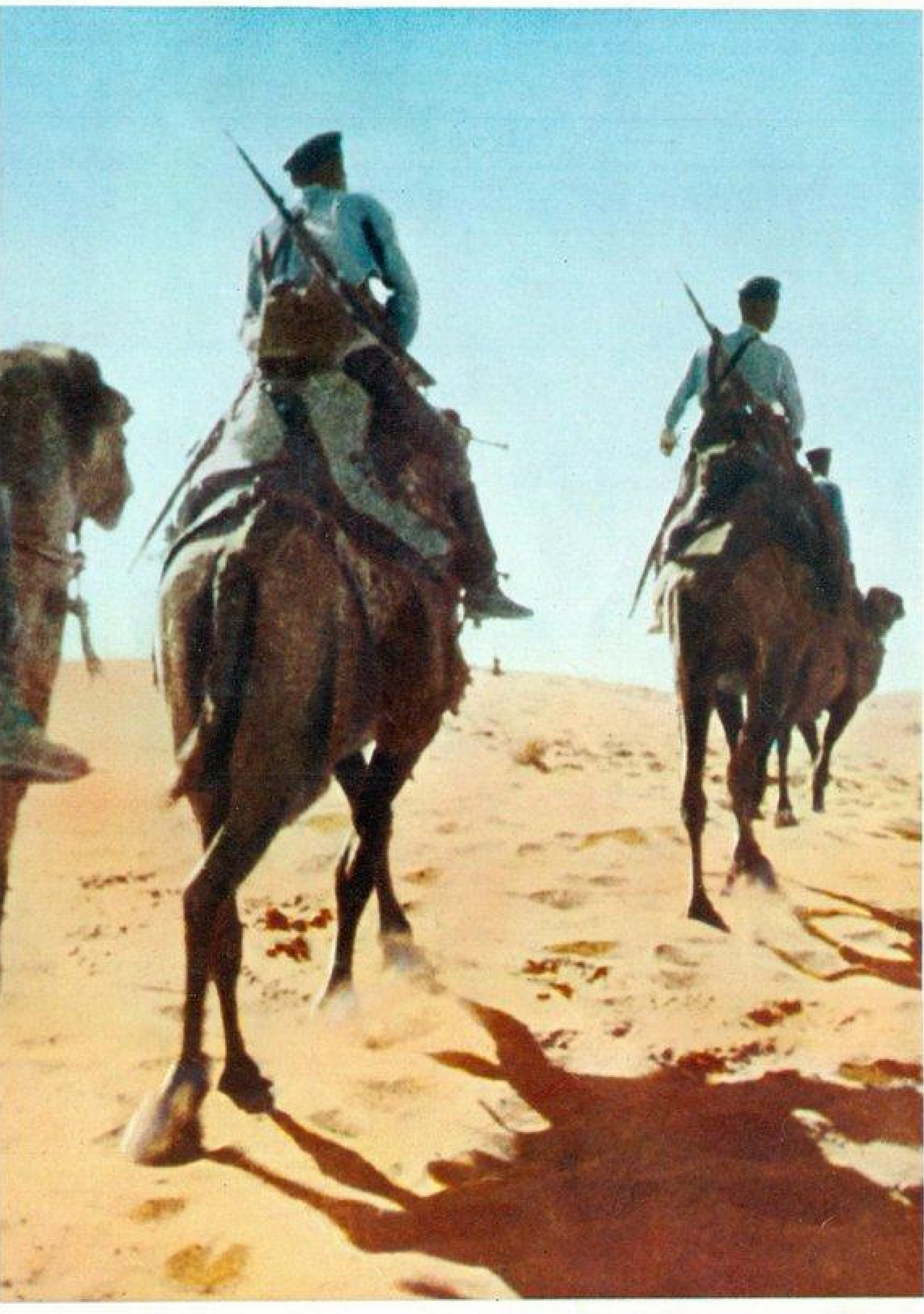


efectuada en el último momento supuso una disminución de la eficacia de aquellas tropas, y por ello, en junio de 1941, tan sólo un tercio de cada uno de estos Cuerpos de Ejército aerotransportados estaba completamente equipado.

En el campo de las armas y de los métodos de guerra experimentales, se deben mencionar los primeros intentos que los rusos realizaron para utilizar la propulsión a reacción, cuya teoría estudió profundamente –en los primeros años del presente siglo– el científico ruso-polaco K. E. Tziolkovskij. En 1934 montaron, bajo las alas de un aparato experimental proyectado por Tupolev –el *I-14*–, seis cohetes con combustible sólido. En enero de 1940 lograron hacer volar un biplano con un autorreactor montado bajo cada una de sus alas; pero la potencia adicional obtenida (10-15 %) no se consideró suficientemente importante como para justificar la producción en serie del nuevo motor. Sin embargo, fue en aquellos primeros trabajos experimentales sobre cohetes donde tuvo su origen un arma eficacísima para el ejército: el mortero múltiple lanzacohetes, conocido por las tropas bajo el sobrenombre de «Katiuska».

También a la Marina soviética –que como el Ejército y la Aviación había sufrido un duro golpe con la «purga» de 1937– le fue asignado un comisariado; pero el comisario nombrado aquel año, P. A. Smirnov, no era muy experto en cuestiones navales y la Marina se mantuvo en una fase de estancamiento hasta que, en 1939, se nombró comisario al enérgico y turbulento N. G. Kuznetsov, comandante de la Escuadra del Pacífico. Firmemente convencido de que la Unión Soviética debía tener en verdad una Marina oceánica, sostenía la necesidad de un plan que previese la construcción de siete cruceros de 8000 toneladas, aun tomando en consideración la posibilidad de adquirir un acorazado en Estados Unidos. El acuerdo naval anglo-soviético de 1937 permitía a los rusos construir dos acorazados con cañones de 406 mm. Pero no se hizo nada a este respecto porque los fondos asignados a la Marina fueron insuficientes, y además porque los astilleros soviéticos estaban completamente anticuados.

En 1941 la Marina de Guerra soviética –que estaba dividida en cuatro Escuadras: del Báltico, del mar Negro, del Norte y del Pacífico– poseía cuatro viejos acorazados, ocho cruceros pesados y tres ligeros, 28 destructores y 109 submarinos. A pesar de la ilusión de Kuznetsov, respecto a una Escuadra oceánica «ofensiva», la doctrina naval rusa se basaba todavía en la necesidad de defender sus costas. En 1940, con la ocupación soviética de los Estados bálticos y de parte de Finlandia, la Marina contó con nuevas bases en el mar Báltico; pero, como en el caso de las fortificaciones terrestres en Rusia occidental, en 1941 se había hecho muy poco para acondicionar estas recién adquiridas bases navales.



Hombres del Cuerpo a camello turcomano en exploración por el desierto. Como en tiempos de los zares, Rusia consideraba a la India británica un enemigo. Pero en junio de 1941, el peligro para la URSS eran los Ejércitos alemanes concentrados en Europa oriental. *(Paul Popper)*

Los nuevos lugartenientes de Stalin

Después de haber esbozado los principales factores que, en 1941, influyeron en el desarrollo del Ejército ruso, vamos a tratar ahora de la organización, del despliegue y de los planes operativos del mismo ante la amenaza alemana. Como en todo lo demás, la decisión final estaba en manos de Stalin; en tiempo de paz, éste la tomaba en su calidad de secretario general del Partido comunista y de presidente del Politburó. El 6 de mayo de 1941, como presidente del Consejo de Comisarios del Pueblo, Stalin asumió también el cargo de jefe del Gobierno.

Oficialmente existía un Consejo Militar Supremo que, bajo la presidencia de Stalin, debía de haber sido el organismo máximo del Estado en lo concerniente a la defensa; pero, como durante las depuraciones del Ejército casi todos sus miembros habían sido ajusticiados o encarcelados, no es muy seguro que este Consejo existiera en 1941. El cargo más alto era el de Comisario del Pueblo para la Defensa, en aquel tiempo ocupado por el mariscal Timoshenko. Éste formaba parte del «Ariete de la Caballería», que gozaba del favor de Stalin, y era hombre muy hábil, de férrea voluntad y de gran resistencia para el trabajo, tanto físico como mental. Oficial de carrera, sin cargos específicos en el Ejército imperial, pertenecía a la vieja escuela y era partidario de una rígida disciplina militar: sostenía que las órdenes debían ser obedecidas de modo absoluto y que había que aplicar castigos durísimos si se las transgredía; según él la actitud indolente o tolerante de los oficiales hacia sus subordinados era una falta gravísima. Pero su esfuerzo por modernizar el Ejército tropezó con una cierta incapacidad para comprender los principios de la guerra moderna y también con el poco tiempo de que dispuso para eliminar las deficiencias demostradas durante la guerra con Finlandia.

En junio de 1941 los colaboradores de Timoshenko eran: L. Z. Mechlis, jefe del Centro Político del Ejército; el mariscal G. I. Kulik, jefe de los servicios logísticos para el armamento y equipo de las tropas; el general A. D. Loktionov, comandante de la Aviación militar rusa, y el mariscal S. M. Budennij, el legendario jefe del primer Ejército de Caballería en los días de la guerra civil. El general G. K. Zukov, amigo y delfín de Timoshenko, era el jefe del Estado Mayor General, cargo en el que había sustituido al general Meretzkov, quien, en febrero de 1941, pasó a dirigir el Centro para el Adiestramiento del Ejército.

Zukov era, sustancialmente, un hombre formado a imagen y semejanza de Timoshenko: duro,

El soldado soviético, adoctrinado por la continua propaganda comunista, se encontró el 22 de junio de 1941 ante una trágica sorpresa. Los alemanes atacaron a los rusos con una energía que en la primera fase los arrolló. Pero la URSS seguía siendo la esperanza de los Aliados. *(Paul Popper)*



Arriba: la tripulación de un carro de combate ligero «BT 7». Las 34 divisiones acorazadas que se enfrentaron con los alemanes en junio de 1941 sólo disponían de menos de la mitad de sus medios orgánicos. Abajo: carros ligeros rusos «BT 7», armados con un cañón de 47 mm. El número de carros de combate soviéticos superaba largamente los cálculos alemanes. Es probable que en junio de 1941 poseyeran unos 20.000; pero el 60 por ciento de ellos no estaba en condiciones de combatir cuando Alemania atacó a Rusia el 22 de junio. En la página siguiente: caballería rusa y unidades de ametralladoras durante un ejercicio. Las fuerzas soviéticas desplegadas a lo largo de la frontera estaban ocupadas en la instrucción, y por ello no preparadas para afrontar una invasión. *(History of the Second World War) - (Paul Popper)*

inflexible, obstinado, y asimismo partidario de una rígida disciplina y muy exigente. Pero tenía la chispa de genio que le faltaba a su protector: supo comprender el significado real de la moderna estrategia bélica aplicada por los alemanes en Polonia y en Francia. Zukov ya había demostrado su capacidad con la victoria que obtuvo, en verano de 1939, en Chalchin Gol, en Mongolia Exterior, cuando el enfrentamiento con los japoneses. Aunque era vanidoso y despiadado e inclinado a usar un lenguaje áspero e injurioso –como la mayor parte de los generales soviéticos–, no hay duda de que consiguió infundir valor a los soldados rusos y guiarlos de un modo que pocos podían igualar.

Los dos colaboradores directos de Zukov eran, en su condición de subjefes de Estado Mayor, los tenientes generales F. N. Vatutin (en la rama operativa) y F. I. Golinov (en el Servicio de Información); dos hombres activos y enérgicos, pero no particularmente aptos para cumplir las funciones que sus cargos les exigían. El jefe del Comité Directivo del Estado Mayor General –general A. M. Vasilevskij– se adaptaba más al cargo que desempeñaba. En realidad, uno de los puntos débiles del Ejército ruso, a principios de 1941, era que el Estado Mayor General se hallaba en manos de oficiales no aptos o que por lo menos no estaban bastante preparados para cumplir sus misiones.

El cuadro aparece más favorable cuando se pasa revista a los oficiales que estaban al mando de las diversas Armas. El coronel general Voronov, jefe de Artillería, era uno de los más brillantes comandantes y un experto en balística. Desgraciadamente, Voronov tuvo que ocupar otro puesto, el de comandante de las Fuerzas Aéreas de defensa, pocos días antes del ataque alemán. No obstante, las ideas y el trabajo de Voronov siguieron siendo provechosos. Los rusos le debían la concepción de la «División de Artillería», una unidad en la que figuraban piezas de todos los calibres y que se hallaba a disposición de los comandantes que operaban en el frente, permitiéndoles ejercer una vigorosa presión en determinados sectores, tanto en operaciones de ruptura como defensivas.

El comandante de las fuerzas acorazadas soviéticas era el general Y. N. Fedorenko, hombre de gran capacidad y muy competente en el proyecto y construcción de carros de combate. En cuanto a las unidades de Transmisiones, de Ingenieros y de Servicios de retaguardia, encargados de los abastecimientos, aunque mal equipadas y anticuadas, en comparación con la Artillería y las fuerzas acorazadas, también estaban dirigidas por oficiales previsores, como los generales I. T. Peresjpkin (Transmisiones), M. P. Vorobev (Ingenieros) y el duro y exigente A. V. Krulev (Abastecimientos).



En lo que concierne a la Aviación, que era sustancialmente parte constitutiva del Ejército, los aparatos de que disponía, como ya se ha dicho, eran numerosos y de magnífica calidad; pero en esta Arma sus jefes eran más bien inexpertos. El Comisario Naval, bajo la dirección del almirante N. G. Kuznetsov, estaba mejorando sus métodos de adiestramiento y los procedimientos de alarma. Y como los hechos demostraron después, la Marina militar fue la primera de las Fuerzas Armadas que tomó medidas eficaces para hacer frente al inminente ataque alemán.

El grueso del Ejército soviético estaba formado por las fuerzas terrestres desplegadas, sobre todo, en la Rusia europea. En cuanto a nivel jerárquico, el mando inmediatamente inferior al Alto Mando del Ejército era el de distrito militar, cuyas tropas estaban organizadas en Ejércitos para los distritos fronterizos y en divisiones para los del interior del país. Los mandos de nivel inferior, hasta el de regimiento inclusive, tenían una sección política al frente de la cual estaba un *Politruk;* en los otros había un comisario de regimiento, de división, de Cuerpo de Ejército o de Ejército. En todas las unidades, hasta el nivel de batallón, había asimismo secciones de seguridad (o secciones especiales), dirigidas por la NKVD; pero la organización de las actividades de espionaje y de información alcanzaba mucho más abajo, hasta las secciones y pelotones, en los que, con frecuencia, simples soldados se veían obligados, bajo la amenaza de represalia contra su familia si se negaban, a actuar como espías respecto a sus compañeros y superiores.

Las fuerzas de tierra estaban apoyadas por unos 12.000 aviones, de los cuales unos 3500 a 4000 se hallaban en Extremo Oriente. El resto comprendía 3200 cazas, 2200 bombarderos y *Sturmovik,* más 600 aparatos de reconocimiento y 2000 de transporte y de enlace. Las Fuerzas Aéreas –organizadas en divisiones de caza, de asalto *(Sturmovik),* de bombardeo y mixtas– dependían, en cuanto a su empleo operativo, del comandante del distrito militar, uno de cuyos colaboradores ostentaba el cargo de comandante de la Aviación del distrito.

Respecto a la defensa aérea, el mando conocido como PVO *Strany* (Defensa Aérea de la Madre Patria) dependía del jefe de Artillería del Ejército, el citado general Voronov, uno de cuyos colaboradores –el teniente general Gromadin– tenía la responsabilidad directa de la defensa aérea. Los distritos de esta defensa se crearon en enero de 1941 y coincidían con los distritos militares. Si bien algunos regimientos de cazas eran empleados como unidades de defensa aérea, jerárquicamente dependían de la Aviación, la cual podía decidir su utilización como unidades tácticas cuando, en el campo de batalla, se crease una situación crítica. Si a esto se añade que durante la guerra muchas unidades de artillería antiaérea fueron empleadas como unidades contracarros –disparaban con puntería directa– resulta evidente que, a pesar de las enseñanzas que debía haber aprendido de los alemanes, el Alto Mando soviético no otorgó a la defensa aérea la prioridad que merecía.

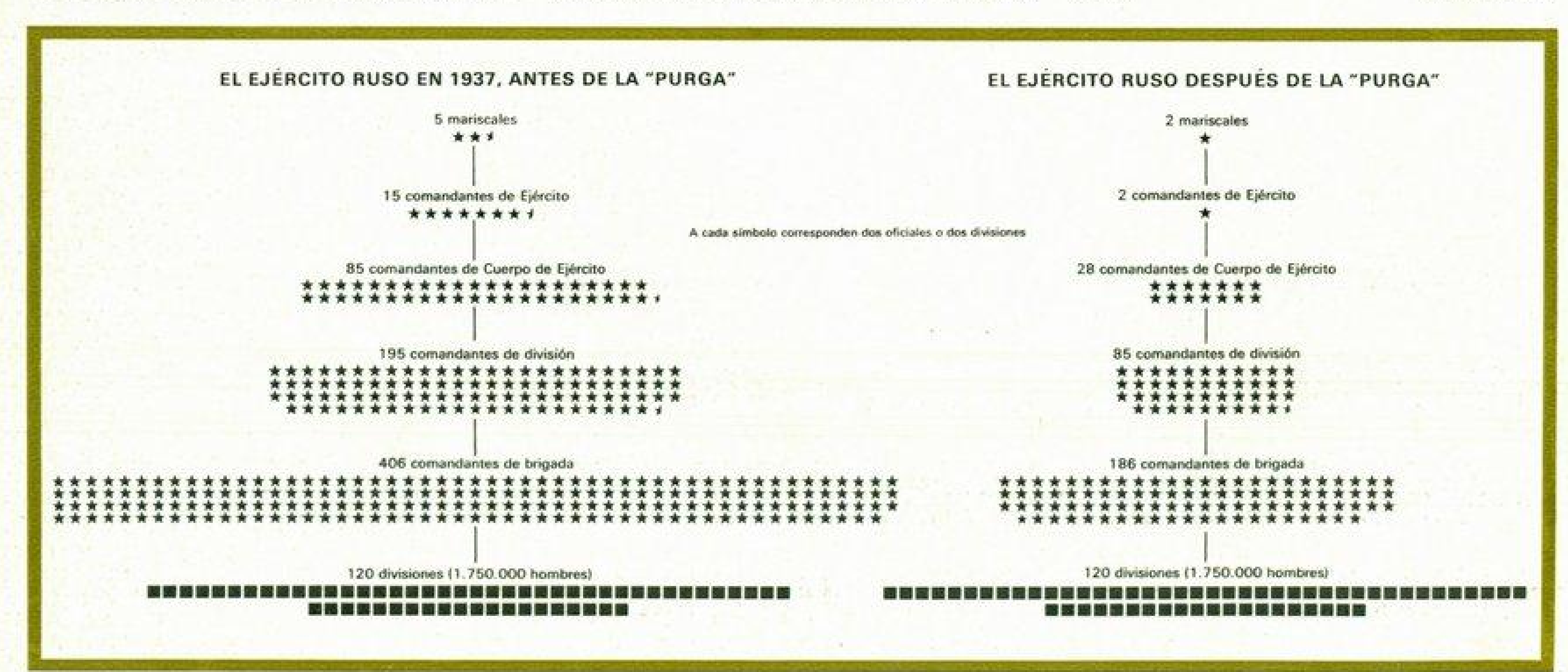
En junio de 1941, los rusos pusieron en campaña un gran ejército, bien adiestrado y apoyado por varios millares de aviones. Aunque no se había ordenado la movilización general, los efectivos habían ido aumentando constantemente, tanto, que hay razones para creer que a mediados de 1941 alcanzaban las 230-240 divisiones, si bien no todas estaban completas. Unas 170 se podían emplear en operaciones bélicas en Rusia occidental. Las mayores ventajas que tenían los rusos eran: el número, el valor y la resistencia física de sus soldados, así como los amplios espacios para maniobrar de que disponían; no menos importante era el hecho de que la mayor parte de los lugares donde se hallaban algunas de sus industrias bélicas no podían ser alcanzados por los bombarderos del enemigo. En el campo táctico, el punto más débil era que sus Fuerzas Armadas estaban sufriendo una radical reorganización y, en todos los niveles, había pocos jefes que hubieran tenido experiencias directas de la guerra moderna, sobre todo en la forma en que la hacían los alemanes. Considerando el cuadro en su conjunto, se diría que el Ejército ruso trabajaba siguiendo una pauta basada en la hipótesis de una probable guerra con Alemania; pero a causa de los equivocados conceptos políticos de Stalin y sus órdenes al Alto Mando, esta pauta era claramente insuficiente para proteger a Rusia en aquel momento crucial de su historia.

Tras la ocupación de parte de Polonia y de los Estados bálticos, el Alto Mando soviético creó, en los distritos occidentales, Ejércitos operativos, que envió a los nuevos territorios ocupados. De los planes militares resultaba que, aparentemente, cada uno de aquellos Ejércitos estaba organizado según la siguiente y nueva estructura: dos Cuerpos de Ejército de infantería, uno motorizado y una o dos divisiones aéreas de apoyo. Basados en este principio, los Ejércitos 8 y 11 comprendían, en sus efectivos, los Cuerpos de Ejército Motorizados III y XII; el Ejército 3 tenía el Cuerpo de Ejército Motorizado XI; el Ejército 10 el VI, y el Ejército 4 el XIV. El distrito militar especial occidental, muy vulnerable, disponía de otro Cuerpo de Ejército motorizado en reserva, el XIII, y el Cuerpo de Ejército de Caballería estaba desplegado en apoyo del Ejército 10. En cada uno de los distritos militares del Báltico y en el de Kíev se estaban formando también otros Ejércitos destinados a apoyar a las fuerzas con misión de cobertura: el Ejército 27 en Letonia nororiental, el Ejército 13 en la Rusia Blanca y el Ejército 18 en Ucrania central.

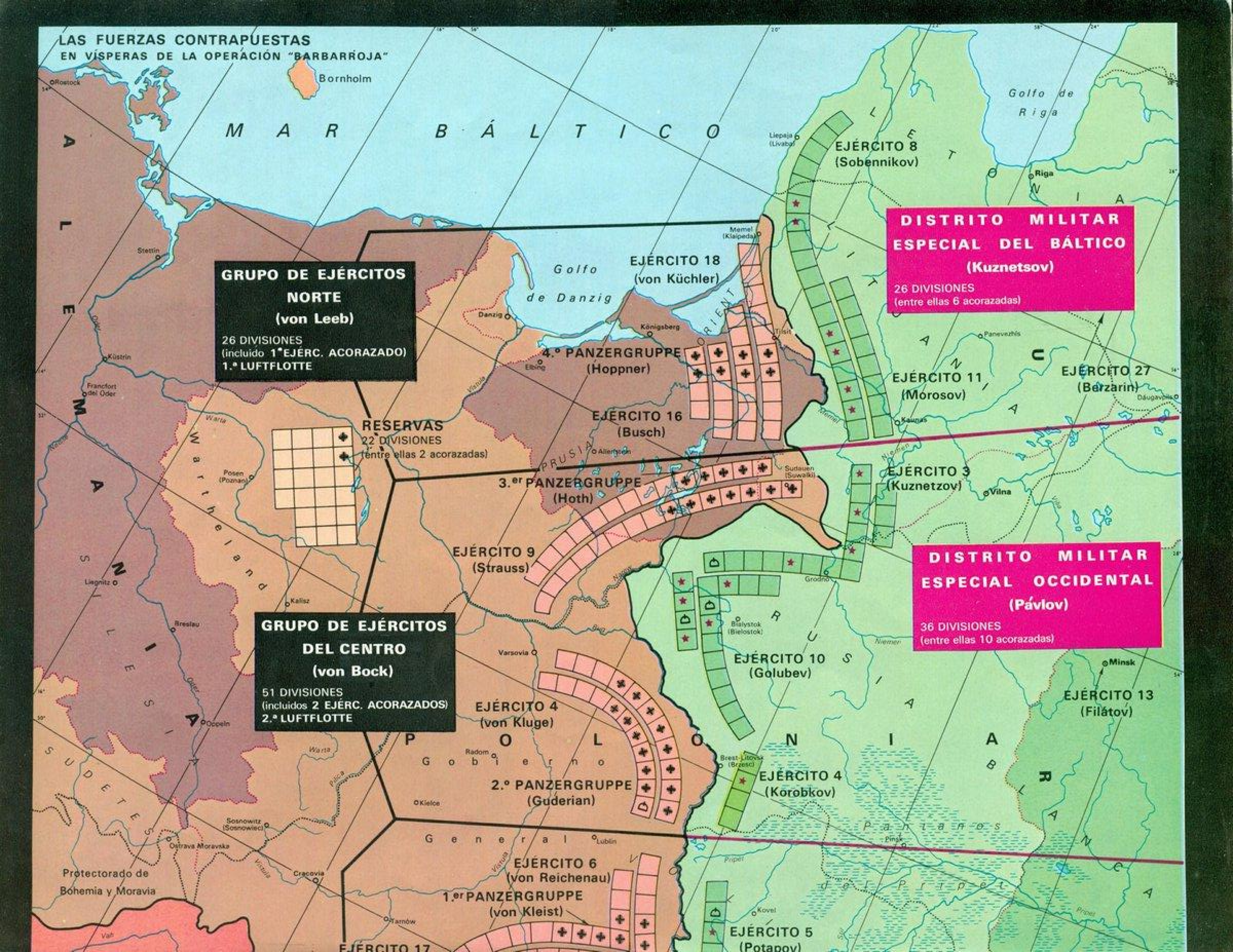
Este era el grueso de las fuerzas de cobertura soviéticas contra Alemania. En el Norte, frente a Finlandia, había otros tres Ejércitos; pero de efectivos menores. El despliegue destinado a enfrentarse con los alemanes en el sector central disponía, en el distrito militar especial occidental, de 20 divisiones de infantería (14.300 hombres cada una), 3 divisiones motorizadas, 10 divisiones de carros de combate y 3 divisiones de caballería. En el distrito militar de Kíev se encontraban unas 30 divisiones de infantería, 6 motorizadas, 16 de carros de combate y 3 de caballería; en el distrito del Báltico: 17 divisiones de infantería, 3 motorizadas y 6 de carros de combate; el distrito militar de Odesa contaba con 9 divisiones de infantería, una motorizada, 2 de carros de combate y 2 de caballería. Para oponerse a los alemanes había 77 divisiones de infantería, 13 motorizadas, 34 de carros de combate y 8 de caballería; pero no todas estaban orgánicamente completas, y la mayor parte de las de carros contaban con menos de la mitad de los *T-34* y *KV* previstos.

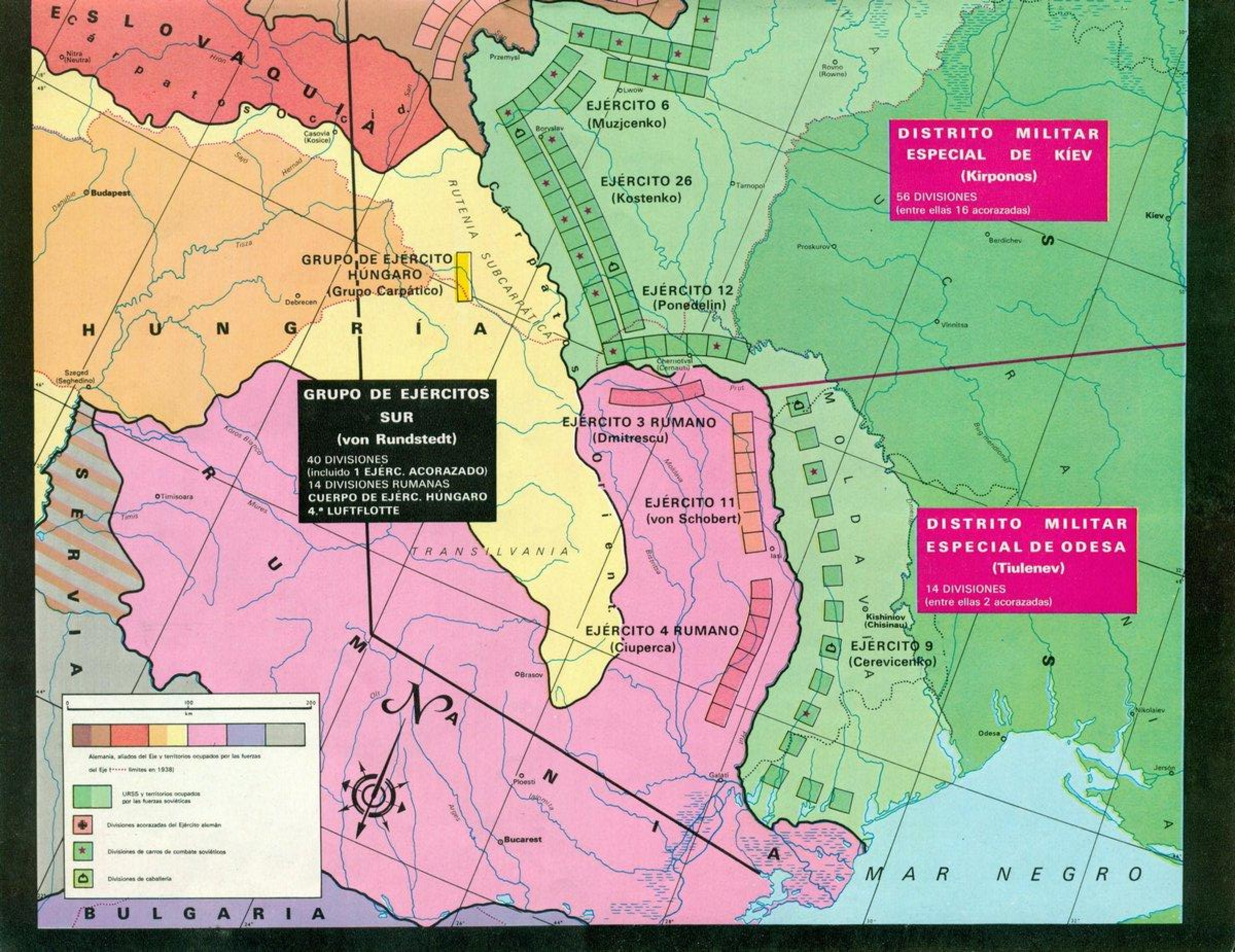
Aparte las deficiencias de armamento, equipo y efectivos, la principal característica negativa de aquellas fuerzas era que, conforme a las órdenes de Stalin, se hallaban situadas de modo que no parecieran una provocación a los ojos de los alemanes (a pesar de que éstos estaban potenciando rápidamente su aparato militar junto a la frontera y realizaban casi cada día actividades de reconocimiento aéreo sobre territorio soviético). Por lo tanto, las unidades más avanzadas de muchos Ejércitos de cobertura soviéticos se encontraban a unos 65 km de distancia de la frontera. Por otra parte, uno de los Ejércitos del distrito militar

Abajo: las «purgas» de 1937 diezmaron los altos mandos del Ejército soviético: quedaron pocos oficiales, atemorizados por la policía secreta y el recuerdo de las depuraciones. Página siguiente: una parada militar en la Plaza Roja de Moscú. Aunque todavía no se había proclamado la movilización general, los efectivos del Ejército iban aumentando cada mes, llegando a alcanzar las 240 divisiones en junio de 1941. *(Hulton Picture Library)*






LAS FUERZAS CONTRAPUESTAS
EN VÍSPERAS DE LA OPERACIÓN "BARBARROJA"
MAR BÁLTICO
Bornholm
Golfo de Riga
Golfo de Danzig
GRUPO DE EJÉRCITOS NORTE (von Leeb)
26 DIVISIONES (incluido 1.° EJÉRC. ACORAZADO) 1.ª LUFTFLOTTE
GRUPO DE EJÉRCITOS DEL CENTRO (von Bock)
51 DIVISIONES (incluidos 2 EJÉRC. ACORAZADOS) 2.ª LUFTFLOTTE
RESERVAS
22 DIVISIONES (entre ellas 2 acorazadas)
DISTRITO MILITAR ESPECIAL DEL BÁLTICO (Kuznetsov)
26 DIVISIONES (entre ellas 6 acorazadas)
DISTRITO MILITAR ESPECIAL OCCIDENTAL (Pávlov)
36 DIVISIONES (entre ellas 10 acorazadas)
EJÉRCITO 18 (von Küchler)
4.° PANZERGRUPPE (Hoppner)
EJÉRCITO 16 (Busch)
3.er PANZERGRUPPE (Hoth)
EJÉRCITO 9 (Strauss)
EJÉRCITO 4 (von Kluge)
2.° PANZERGRUPPE (Guderian)
EJÉRCITO 6 (von Reichenau)
1.er PANZERGRUPPE (von Kleist)
EJÉRCITO 17
EJÉRCITO 8 (Sobennikov)
EJÉRCITO 11 (Morosov)
EJÉRCITO 27 (Berzarin)
EJÉRCITO 3 (Kuznetzov)
EJÉRCITO 10 (Golubev)
EJÉRCITO 13 (Filátov)
EJÉRCITO 4 (Korobkov)
EJÉRCITO 5 (Potapov)
ALEMANIA
SILESIA
SUDETES
POLONIA
RUSIA BLANCA
LITUANIA
LETONIA
PRUSIA ORIENTAL
Gobierno General
Wartheland
Pantanos del Pripet
Protectorado de Bohemia y Moravia
Rostock
Stettin
Küstrin
Francfort del Oder
Liegnitz
Breslau
Oppeln
Posen (Poznan)
Kalisz
Danzig
Elbing
Königsberg
Tilsit
Memel (Klaipeda)
Liepaja (Livava)
Riga
Panevezhis
Kaunas
Daugavpils
Vilna
Minsk
Allenstein
Sudauen (Suwalki)
Grodno
Bialystok (Bielostok)
Brest-Litovsk (Brzesc)
Pinsk
Kovel
Varsovia
Radom
Kielce
Lublin
Tarnów
Cracovia
Sosnowitz (Sosnowiec)
Ostrava Moravska
Oder
Warta
Vistula
Niemen
Pripet
Bug
Pilica
Vah

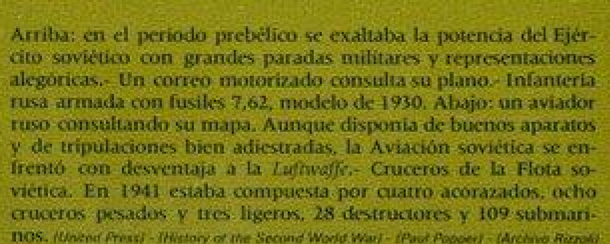


DISTRITO MILITAR ESPECIAL DE KÍEV
(Kirponos)
56 DIVISIONES
(entre ellas 16 acorazadas)
DISTRITO MILITAR ESPECIAL DE ODESA
(Tiulenev)
14 DIVISIONES
(entre ellas 2 acorazadas)
GRUPO DE EJÉRCITOS SUR
(von Rundstedt)
40 DIVISIONES
(incluido 1 EJÉRC. ACORAZADO)
14 DIVISIONES RUMANAS
CUERPO DE EJÉRC. HÚNGARO
4.ª LUFTFLOTTE
GRUPO DE EJÉRCITO HÚNGARO
(Grupo Carpático)
EJÉRCITO 6
(Muzjcenko)
EJÉRCITO 26
(Kostenko)
EJÉRCITO 12
(Ponedelin)
EJÉRCITO 3 RUMANO
(Dmitrescu)
EJÉRCITO 11
(von Schobert)
EJÉRCITO 4 RUMANO
(Ciuperca)
EJÉRCITO 9
(Cerevicenko)
ESLOVAQUIA
HUNGRÍA
RUMANIA
U R S S
MOLDAVIA
SERVIA
BULGARIA
MAR NEGRO
RUTENIA SUBCARPÁTICA
TRANSILVANIA
Cárpatos
Cárpatos Occid.
Cárpatos Orient.
Nitra (Neutra)
Casovia (Kosice)
Budapest
Debrecen
Szeged (Seghedino)
Przemysl
Lwow
Borysłav
Tarnopol
Rovno (Rowne)
Proskurov
Berdichev
Kiev
Vinnitsa
Chernovtsy (Cernauti)
Iasi
Kishiniov (Chisinau)
Odesa
Nikolaiev
Jersón
Galati
Brasov
Ploesti
Bucarest
Timisoara
Prut
Moldava
Bistritsa
Dniester
Bug meridional
Danubio
Tisza
Sajó
Hernad
Hron
San
Körös Blanco
Mures
Timis
Olt
Arges
Ialomita
0
100
200
km
Alemania, aliados del Eje y territorios ocupados por las fuerzas del Eje
límites en 1938
URSS y territorios ocupados por las fuerzas soviéticas
Divisiones acorazadas del Ejército alemán
Divisiones de carros de combate soviéticos
Divisiones de caballería



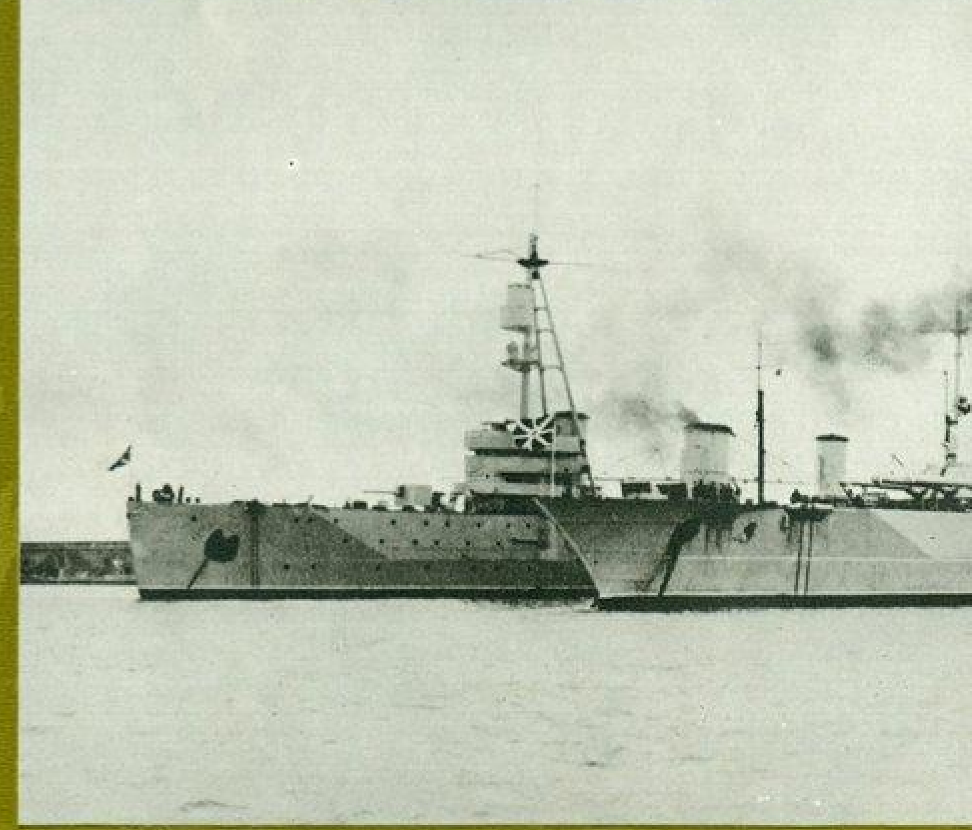


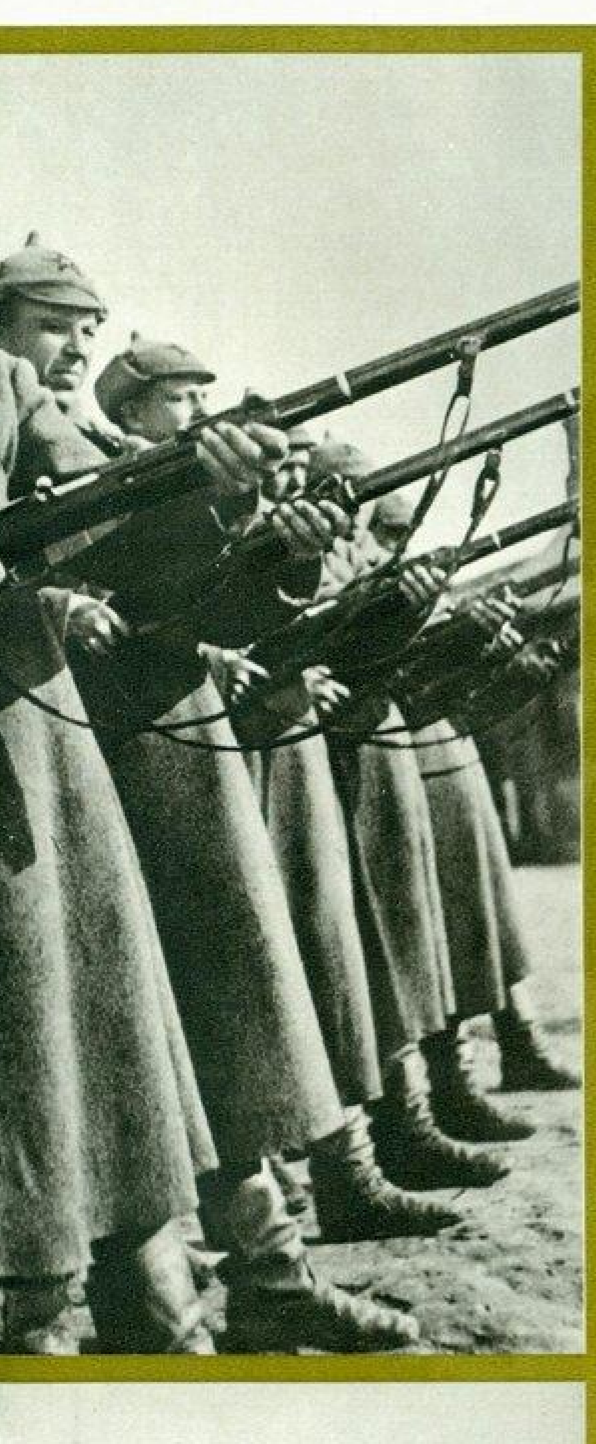


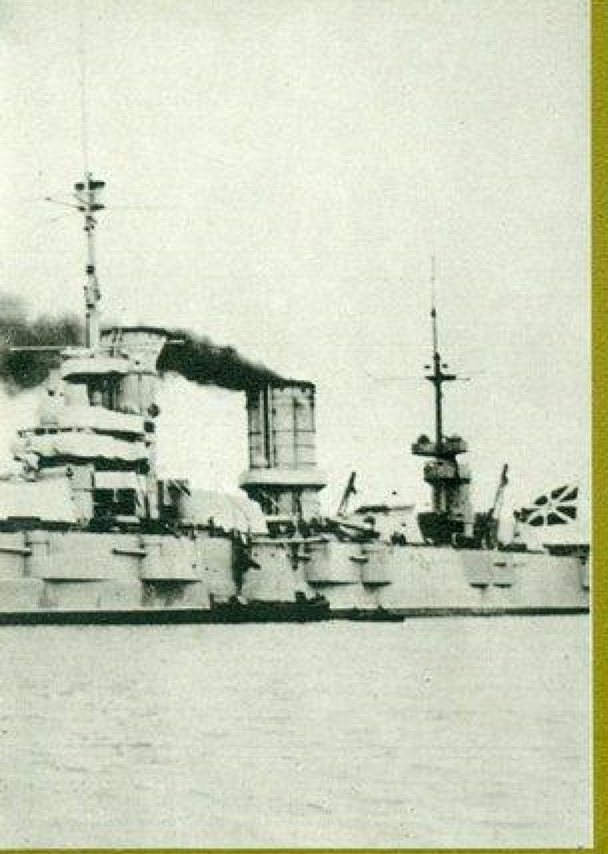


Arriba: en el periodo prebélico se exaltaba la potencia del Ejército soviético con grandes paradas militares y representaciones alegóricas.- Un correo motorizado consulta su plano.- Infantería rusa armada con fusiles 7,62, modelo de 1930. Abajo: un aviador ruso consultando su mapa. Aunque disponía de buenos aparatos y de tripulaciones bien adiestradas, la Aviación soviética se enfrentó con desventaja a la *Luftwaffe*.- Cruceros de la Flota soviética. En 1941 estaba compuesta por cuatro acorazados, ocho cruceros pesados y tres ligeros, 28 destructores y 109 submarinos. *(United Press) - (History of the Second World War) - (Paul Popper) - (Archivo Rizzoli)*









especial occidental, el 10, se hallaba en un territorio que penetraba en la parte de Polonia ocupada por los alemanes, lo que constituía casi una invitación al envolvimiento, pues en la eventualidad de un ataque sus unidades no tendrían espacio para maniobrar en ninguna dirección. En definitiva, el despliegue de aquellos Ejércitos de cobertura era un grave error, pues estaba muy lejos de ser el que hubiera decidido un Alto Mando que se preparase para una guerra defensiva u ofensiva.

Sin embargo, recientes estudios de historia militar soviética han demostrado la existencia –al menos a partir del comienzo de 1941– de planes que preveían el traslado a Occidente de otras tropas, y su reorganización en Ejércitos operativos a lo largo de la frontera occidental rusa que existía antes de 1939. En efecto, el 25 de mayo de 1941, el general M. F. Lukin, que a la sazón mandaba el Ejército 16 en el distrito militar de Trans-Baikal, en Extremo Oriente, recibió la orden de conducirlo, a través de Siberia y de Rusia europea, a un sector situado en las proximidades de Kiev, cubriendo una distancia de unos 6500 km. Al teniente general I. S. Konev, comandante del distrito militar del Cáucaso septentrional, se le ordenó organizar sus tropas sobre una base operativa –creando así el Ejército 19– y llevarlas al mismo sector anterior, en Ucrania. El teniente general P. A. Kurockin recibió órdenes de dirigirse a Moscú para asumir el mando de un nuevo Ejército –el 20–, que debía constituirse con las fuerzas del distrito militar de la capital y desplegarse en la zona de Smolensk. Las tropas de los distritos militares de los Urales y de Oriol serían trasladadas a posiciones más avanzadas, constituyendo respectivamente los Ejércitos 22 y 21. Gracias a esta nueva concentración de fuerzas entre el río Dviná y el mar Negro se creaba una línea defensiva formada por cinco nuevos Ejércitos, que podían ser muy eficaces tanto para la defensa como para una contraofensiva.

Pero también la disposición de este plan resultó completamente equivocada. Del Ejército 16, que salió de Extremo Oriente, sólo una parte del Cuerpo de Ejército Motorizado V pudo llegar a Ucrania antes de fines de junio de 1941; y, por otra parte, únicamente los elementos avanzados del mando del Ejército 19 del general Konev consiguieron alcanzar su destino. En el mejor de los casos, estos movimientos de tropas no se hubieran podido ultimar antes de fin de año.

Teniendo en cuenta las equivocadas hipótesis de Stalin respecto a las intenciones de Hitler, los movimientos de tropas efectuados por los soviéticos inducen a pensar que los Ejércitos de cobertura –a los cuales se les debió dar la alarma por lo menos durante la estación más apta para el desarrollo de operaciones militares, o sea, el verano de 1941– estaban realizando simples actividades de instrucción. Al mismo tiempo, el despliegue estratégico de los Ejércitos de reserva se basaba en la hipótesis de una posible guerra con Alemania en 1942.

Desde el punto de vista soviético, quizás el aspecto más positivo del despliegue de su Ejército era que el servicio secreto alemán no lo conocía con precisión. Los mapas empleados por los alemanes en 1941 demuestran que éstos suponían que las fuerzas de cobertura soviéticas consistían en tres Cuerpos de Ejército de infantería (en lugar de dos) y en cierto número de brigadas de carros de combate: en sustancia, ésta era la vieja organización correspondiente a los años 1938-40. También creían que los nuevos cuerpos motorizados dependían de los distritos militares y no de los comandantes de Ejército. En segundo lugar, parece ser que los alemanes tampoco conocían la existencia de un frente de Ejércitos de reserva, ni habían advertido que el Gobierno soviético preparaba una segunda concentración de fuerzas de orden estratégico. El innato sentido de seguridad militar de los rusos, reforzado por los reglamentos soviéticos, logró que su Ejército se rehiciera cuando la combinación de otros muchos factores determinó la serie de derrotas iniciales.

En conclusión, los datos relativos al periodo que culminó con la invasión alemana de Rusia inducen a pensar que fueron tres los principales factores por los cuales el Ejército soviético afrontó sin la debida preparación la guerra con Alemania. Ante todo, las directrices políticas de Stalin presuponían que Hitler respetaría el tratado ruso-alemán de agosto de 1939, y que con una actitud conciliadora hacia Alemania, la Unión Soviética podría mantenerse ajena al conflicto. Esto condujo no sólo a una actitud mental que inducía a no tomar ninguna precaución y a ignorar deliberadamente todos los indicios que indicaban con la mayor claridad que la amenaza militar germana estaba aumentando, sino también a ordenar específicamente que, a lo largo de las fronteras de Rusia, no se llevara a cabo ninguna concentración ni preparativo militar que pudiera parecer una provocación. En segundo lugar, la propaganda soviética destinada al interior repetía incesantemente que el Ejército ruso era invencible; que cualquier posible invasión sería detenida en la frontera, llevando luego la guerra al territorio del agresor; esto contribuyó a que se aceptase con ligereza la idea de una victoria automática, dando lugar a negligencias y escaso realismo en las actividades preparatorias. En tercer lugar, las «purgas» de los años treinta habían privado al Ejército de millares de jefes bien capacitados, lo que produjo una grave interrupción en los programas de preparación y un abandono de los conceptos realistas, propios de la doctrina militar que prevaleció en la época de Tujachevskij. Hubo un retorno al realismo cuando los jefes soviéticos asimilaron, al fin, por completo las enseñanzas que se desprendían de la pasada guerra contra Finlandia; pero como el Alto Mando del Ejército estaba en manos de antiguos soldados de caballería, muchos de los cuales aún recordaban con placer las grandes cargas de masas de jinetes en los tiempos de la guerra civil, y las tomaban como fuente de inspiración, gran parte de sus conceptos estratégicos y tácticos estaban ya completamente superados en el momento en que empezó la guerra con Alemania.

Por el lado práctico, lo más sensato que se puede decir es, quizá, que los quince meses transcurridos entre el fin de la guerra contra Finlandia y la invasión alemana los emplearon los jefes militares y políticos soviéticos en deshacer la organización existente en 1939, y tratar de sustituirla por una estructura nueva y moderna, según un plan programado y realista. Pero se dedicó tanto tiempo a discutir sobre lo que se debía hacer, que cuando llegó el día de la invasión lo antiguo no había sido cambiado por completo, mientras lo nuevo seguía siendo todavía motivo de discusión. Y el resultado de todo ello fue que el soldado ruso hizo frente a la peor invasión de su país, armado de modo insuficiente; guiado por oficiales inexpertos, que en muchos casos estaban atemorizados por la policía secreta; encuadrado en unidades sólo parcialmente organizadas, y adoctrinado en la idea de que su Ejército era invencible.

A él correspondió la más grave y trágica sorpresa cuando estalló la guerra; y sin embargo en él, en el soldado ruso, no obstante las muchas y evitables desventajas con que fue al campo de batalla, terminó por apoyarse la esperanza en la victoria.

MALCOLM MACKINTOSH

Nacido en 1921, estudió en la Academia de Edimburgo y en la universidad de Glasgow, donde se doctoró con la máxima calificación en historia y en lengua rusa. Durante la segunda Guerra Mundial prestó servicio militar en el Ejército inglés, siendo, a lo largo de dos años, enlace entre éste y el Alto Mando soviético en varios países de Europa sudoriental. Desde 1948 trabaja en Londres, en el *East European Service* (Servicio para Europa oriental) de la BBC, subvencionado por el *Instituto para Estudios Estratégicos*. Es autor de *Strategy and Tactics of Soviet Foreign Policy*, así como de numerosos artículos y ensayos sobre cuestiones soviéticas y chino-soviéticas. En 1967 publicó una historia de las Fuerzas Armadas rusas.


РОДИНА-МАТЬ ЗОВЕТ!
ВОЕННАЯ ПРИСЯГА

LA WEHRMACHT ANTES DE LA OPERACIÓN "BARBARROJA"

John Erickson

El 22 de junio de 1940, en una réplica histórica y deliberada, en el mismo vagón de ferrocarril donde en 1918 Alemania había reconocido su derrota, los representantes de Pétain aceptaron, en el bosque de Compiègne, las condiciones de rendición impuestas a una Francia rota en pedazos. El triunfo de Adolf Hitler era completo, y aquella escena fue la conclusión digna de una espléndida victoria. Exactamente un año después, las Panzerdivisionen *y las formaciones de "Stukas" –que combinando la acción de los carros de combate con la de los bombarderos en picado, se habían lanzado contra los ejércitos aliados y los habían paralizado– se dirigieron hacia Oriente para atacar a la Unión Soviética, llevando a cabo la más grandiosa operación emprendida en el mundo: la Operación "Barbarroja".*

Hitler no ocultó nunca a sus generales que consideraba el pacto germano-ruso como una situación temporal y no permanente en la estrategia de Alemania. En noviembre de 1939, hablando de aquella «amistad» corrosiva, hizo la siguiente observación: «Podremos enfrentarnos con Rusia cuando no tengamos problemas en Occidente» y aseguró que, por el momento, la Unión Soviética «no constituía un peligro». En verano de 1940, Hitler consiguió resolver sus «problemas» occidentales; pero como Inglaterra se negaba a rendirse, su libertad de acción seguía estando en cierto modo limitada. La decisión de atacar a Rusia fue una idea cuya gran envergadura sólo fue igualada por la rapidez: una paradoja, ciertamente, pero quizá no tan desconcertante si se la considera a la luz de la lógica particular del *Führer* y no a la de la lógica estratégica o militar, en el significado convencional del término.

La respuesta soviética a la «Cruzada antibolchevique» alemana fue un llamamiento dirigido al pueblo ruso para que defendiera a la patria gravemente amenazada. En la parte superior del manifiesto puede leerse: «¡La madre patria os llama!» (Babty & Co. Ltd.)

Referencias a Rusia las hubo ya en los discursos de Hitler en la primavera de 1940, antes incluso de que sus ejércitos se dirigieran hacia el Oeste. Cuando, en junio, Stalin envió sus tropas a los Estados bálticos y a Besarabia –aprovechando el momento en que la atención de Alemania estaba totalmente concentrada en la campaña occidental– el problema ruso se hizo más apremiante; pero no llegó a oscurecer aún por entero el horizonte estratégico. El discurso pronunciado por Hitler el 19 de julio en el *Reichstag* dio a entender que sus esperanzas de «un arreglo pacífico» con Gran Bretaña se estaban desvaneciendo. Y, suponiendo que la obstinación demostrada por los ingleses obedecía a la esperanza de que los rusos intervinieran en su favor, empezó a buscar afanosamente pruebas de la doblez de Stalin y de la traición soviética. A mediados de julio Hitler ya había tomado la decisión de atacar a la URSS, según un orden cronológico que hace suponer que la humillación sufrida con Inglaterra fue uno de los elementos que contribuyeron a inclinarle a la guerra contra el Este.

Los primeros planes de ataque

Hitler vio una solución radical del «problema ruso» en un despliegue de todas las fuerzas disponibles, que durase tan sólo de cuatro a seis semanas, seguido de una campaña que debía «liquidar al Ejército ruso» o, «por lo menos», que le permitiera ocupar una parte del territorio soviético lo suficiente extensa como para que fuera imposible cualquier ataque aéreo contra Berlín y las regiones industriales de Silesia; es decir, «poner a los rusos fuera de tiro». A su vez, la *Luftwaffe* podría atacar los más importantes objetivos enemigos. Los «objetivos políticos» proyectados por Hitler eran: crear «un Estado ucraniano», organizar una confederación que comprendiese los Estados bálticos y la Rusia Blanca y engrandecer a Finlandia.

El coronel Kinzel, jefe del Servicio Secreto alemán que se ocupaba del Ejército ruso, afirmó que éste disponía «de 50 a 70 buenas divisiones» y que serían necesarias de 80 a 100 divisiones alemanas para destruirlas. Pero ¿dónde y de qué forma resultaría mejor emplear dichas divisiones? ¿Cuáles debían ser los límites de tiempo y de espacio?

Sobre estos problemas, las discusiones con los oficiales del Alto Mando del Ejército comenzaron a estancarse. Por lo tanto, en esta fase sólo se formularon las directivas de carácter general, las posibles «líneas operativas» de un avance a través de los Estados bálticos y de Finlandia, así como también a través de Ucrania. Se consideraron requisitos indispensables y preliminares la protección de Berlín, de Silesia y de los yacimientos petrolíferos rumanos. Aun limitándose de momento a los proyectos de fondo, este rápido cambio de horizonte produjo instantáneamente problemas de planificación operativos de enorme complejidad y que exigían una verificación muy profunda. Se comprendió que, en otoño de 1940, el ataque era aún una empresa imposible.

El general Halder encargó a la Sección de Operaciones del Estado Mayor General del Ejército la misión de estudiar todas las posibilidades. Pocos días después, el 19 de julio, con el mayor secreto, el general Jodl informó a los oficiales de la «Sección L» (encargada de la defensa nacional) del OKW que el *Führer* había decidido «eliminar» el bolchevismo con una campaña prevista para la primavera de 1941. Acto seguido se produjo una vivísima discusión, en el curso de la cual los estupefactos oficiales responsables de la planificación militar intentaron que Jodl aclarase un poco más el significado y los motivos de aquella decisión. Jodl expuso dos tesis muy al estilo de Hitler:

- el choque con el bolchevismo era, desde todos los puntos de vista, «inevitable»; por lo tanto, resultaba mejor afrontarlo en el momento en que el poderío militar de Alemania se encontraba en su apogeo;
- una guerra en el Este permitiría a la *Luftwaffe* acrecentar ulteriormente su eficacia, poniéndola en condiciones de atacar una vez más –en otoño de 1941– a Inglaterra.

La «Sección L» recibió la orden de empezar a elaborar las directivas concernientes al traslado de unidades terrestres y aéreas a los territorios ocupados en el Este, hasta la frontera rusa. Este fue el comienzo de la operación «Concentración en el Este».

Por su parte, el OKH y el OKW estaban igualmente ocupados en realizar el trabajo que les había sido señalado. A fines de julio se celebró

la conferencia *Berghof*, en la que se estudió con todo detalle el problema ruso. La decisión de actuar tomó forma de acuerdo. Sin embargo, puesto que –como indicaban los informes del OKW– no parecía posible organizar el ataque para el otoño de aquel mismo año (1940), se convino en que el período más favorable sería quizás a fines de la primavera siguiente, o sea, en mayo de 1941. Desde aquel momento, la decisión de continuar los preparativos para la guerra fue «precisa y definitiva». Al mismo tiempo, los aspectos operativos de la campaña cristalizaron en los siguientes puntos:

- avanzar sobre Kíev, a lo largo de una dirección paralela al curso del Dnieper;
- avanzar a través de los Estados bálticos hacia Moscú;
- efectuar una maniobra en tenaza por el Norte y por el Sur;
- lanzar una ofensiva independiente contra los yacimientos petrolíferos soviéticos de Bakú;
- implicar en la campaña, en mayor o menor medida, a Turquía y a Finlandia.

La evaluación de los efectivos alemanes era decididamente alentadora. Suponiendo que se asignasen 7 divisiones a Noruega, 50 a Francia y 3 a Holanda y Bélgica, quedaban aún disponibles 120 divisiones para las operaciones ofensivas en el Este, mientras otras 20 se podían tener como reserva. Pero sería muy difícil que tan enorme movimiento de tropas pasara inadvertido: por ello, la operación tenía que ser cuidadosamente enmascarada, recurriendo a expedientes que dieran la impresión de que la *Wehrmacht* se estaba preparando para atacar Gibraltar, junto con España; o África septentrional y Egipto, unida a Italia, o, incluso, directamente a Gran Bretaña.

Cuando se celebró la conferencia *Berghof*, no sólo se habían dado ya las órdenes oportunas para la concentración de tropas en el Este, sino que incluso habían comenzado ya los trabajos de planificación operativa. El día 29 el general Halder dio instrucciones al general Marcks (comandante del Ejército 18) para que inmediatamente empezara una investigación sobre problemas relacionados con una ofensiva en Rusia.

Halder dio la misma orden al teniente general Feyerabend, quien se puso a trabajar independientemente del general Marcks. Este último presentó a Halder su primer informe detallado el día 1 de agosto. Se trataba de un esquema de las operaciones proyectadas, esquema que preveía la formación de dos «Grupos operativos» que avanzarían hacia Moscú y Kíev. Tras algunas objeciones de Halder, Marcks presentó su plan completo el 5 de agosto. Excluyendo la posibilidad de un ataque soviético –admitía con disgusto que muy difícilmente los rusos harían «semejante regalo» a Alemania–, el plan se basaba en el supuesto de una clara superioridad germana: 110 divisiones de infantería, 24 *Panzerdivisionen* y 12 divisiones motorizadas se enfrentarían con las 96 divisiones de infantería, 23 de caballería y 28 brigadas motomecanizadas de los rusos.

Moscú, objetivo fundamental

El general Marcks insistía en la idea de los «dos golpes», proponiendo tan sólo una limitada acción de flanqueo en el río Dviná y Leningrado, mientras el ala meridional del despliegue, protegida por fuerzas alemanas que operarían desde Moldavia, desencadenarían un vigoroso ataque en dirección a Kíev. Atacando desde Prusia oriental y desde las zonas septentrionales de la llanura polaca, el grueso de la fuerza de choque germana debía eliminar toda oposición soviética en la Rusia Blanca, dirigirse a Moscú y ocuparlo; converger luego hacia el Sur, de modo que se uniera con el ala meridional, y completar la conquista de Ucrania. El avance central, con Moscú como objetivo, sería confiado a unas 38 divisiones de infantería y 17 unidades móviles, reforzadas por el «Grupo de cobertura».

El general Marcks señalaba también la necesidad de una reserva general de unas 40 divisiones, para aprovechar las brechas abiertas en el despliegue enemigo. La operación culminaría con la destrucción del Ejército soviético en un frente «invertido» en Ucrania. Por lo tanto, el enemigo debía ser destruido entre el Dviná y el Dnieper, lo que suponía reconocer que no era posible una «guerra-relámpago» en el territorio ruso.

A pesar de las diversas modificaciones que sufrió el «plan Marcks», fue el documento en el que se basaron todos los trabajos ulteriores de planificación. Por encima de todo revelaba la convicción del OKH respecto a la superior importancia de la ofensiva contra Moscú. Y visto en el conjunto de los planes teórico-militares, este concepto adquiría una importancia crucial (aun considerado independientemente de los beneficios político, económicos y de propaganda que derivarían de la conquista de la capital soviética), pues era en aquel sector donde los alemanes tenían las mayores probabilidades de obligar a combatir al Ejército ruso y a derrotarlo en campo abierto.

Hasta aquel momento, a diferencia de los que hizo antes de la «guerra-relámpago» en Occidente, Hitler no había manifestado directamente su opinión respecto a los planes de las operaciones. En este asunto los estrategas, que desde el punto de vista jerárquico ocupaban una posición mucho más elevada (los del OKW), tenían una importancia relativamente secundaria. La iniciativa estaba en manos del OKH, el Alto Mando del Ejército alemán.

No obstante, si bien en apariencia no había nada que añadir al trabajo realizado por el OKH en su esquema de operaciones, la «Sección L» del OKH también aportó su valiosa colaboración a los preparativos: mientras el Ejército 18 –desplazado al Este– había comenzado ya a almacenar armas y materiales, a partir de agosto se crearon las bases logísticas para el enorme esfuerzo que Alemania iba a afrontar. Se trataba de construir o prolongar carreteras, extender redes telefónicas y telegráficas, preparar cuanto necesitaba en tierra la *Luftwaffe* y solucionar la importantísima cuestión del almacenamiento de armas y provisiones.

El movimiento alemán hacia el Este se inició con la conclusión de un acuerdo (a principios de septiembre) que preveía el envío de una misión militar a Rumania, con instructores para el Ejército de dicho país y especialistas militares para asumir la supervisión de los yacimientos petrolíferos de Ploesti. En octubre también se enviaron algunos contingentes de tropas.

A principios de octubre, cuando el Estado Mayor del Grupo de Ejércitos B se trasladó a Potsdam, el Ejército 12 fue enviado a Cracovia, el 4 a Varsovia y el 18 a Bydgoszcz. Al mismo tiempo, la 1.ª *Luftflotte* fue transferida de Berlín a Köningsberg, y el OKH abandonó Fontainebleau para

1941: REGIMIENTO DE CARROS DE UNA "PANZERDIVISION"

MANDO
batallón de reconocimiento divisionario
carros de combate
motoristas
unidad de transmisiones divisionaria
Aviación (eliminada después de 1941)
servicios divisionarios
REGIMIENTO DE ARTILLERÍA MOTORIZADA
batallón
batallón
batallón de artillería de medio calibre
batallón antiaéreo
REGIMIENTO DE CARROS
batallón
batallón
batallón
compañía de carros medianos Pzkw IV
compañía de carros Pzkw III
compañía de carros Pzkw III
columna regimental para los abastecimientos
BRIGADA DE INFANTERÍA MOTORIZADA
mando de brigada (abolido más tarde)
regimiento de infantería motorizada
regimiento de infantería motorizada
batallón motorista de infantería
batallón
batallón
cía.
cía.
cía.
cía.
cía.
cía.

Total de carros: 150-200 (panzer III y IV) ● Regimiento de carros: 2 ó 3 batallones (sólo 6 *Panzerdivisionen* tenían regimientos de 3 batallones) ● *Panzerdivision* de 1941: 6 ó 9 cías. de carros, 15 cías. de fusiles.

Organización y efectivos de un regimiento-tipo de carros de combate que permiten evaluar la potencia de la *Wehrmacht*.

Este gráfico muestra la reorganización de la *Wehrmacht* en vísperas de la Operación «Barbarroja».

ORGANIZACIÓN DE LA "WEHRMACHT" (FRENTE ORIENTAL)

COMANDANTE SUPREMO DE LAS FUERZAS ARMADAS
(Adolf Hitler)

OKH (ALTO MANDO DEL EJÉRCITO)
comandante en jefe (Feldmariscal von Brauchitsch)
Jefe de Estado Mayor (general Halder)

GRUPO DE EJÉRCITOS NORTE
(Feldmariscal von Leeb)
Ejército 18 (gen. Küchler)
Ejército 16 (gen. Busch)
4.º Panzergruppe (gen. Hoeppner)
Alto Mando del Ejército en Noruega (gen. Dietl)

GRUPO DE EJÉRCITOS DEL CENTRO
(Feldmariscal von Bock)
Ejército 4 (Feldmariscal von Kluge)
Ejército 9 (gen. Strauss)
2.º Panzergruppe (gen. Guderian)
3.º Panzergruppe (gen. Hoth)

GRUPO DE EJÉRCITOS SUR
(Feldmariscal von Rundstedt)
Ejército 11 (gen. von Schobert)
Ejército 17 (gen. von Stülpnagel)
Ejército 6 (Feldmariscal von Reichenau)
1.º Panzergruppe (gen. von Kleist)
Ejército 3 rumano
Ejército 4 rumano



Hitler en el Alto Mando del Ejército alemán: a la izquierda, el mariscal Brauchitsch y, a la derecha, el general Halder. Los jefes de las Grandes Unidades germanas estaban preocupados por las enormes distancias que Rusia presentaba para la «guerra relámpago». Además, ninguno de ellos participaba, al parecer, de la seguridad del «Führer» de que el Ejército ruso sería aplastado en poco tiempo. (Paul Popper)

instalarse en el gran complejo de Zossen. En conjunto, el resultado de aquello que se podía considerar como el preludio de un mayor despliegue de fuerzas hacia el Este fue el siguiente: el Grupo de Ejércitos A (Rundstedt) y el Grupo de Ejércitos D (Witzleben) permanecían en Europa occidental; el Grupo de Ejército C (Leeb) se hallaba en territorio alemán, y el Grupo de Ejércitos B (Bock) ya se había trasladado al Este.

Se necesita más información

Mientras en el Oeste las grandes batallas aéreas alcanzaban su máxima intensidad y el *Führer* seguía posponiendo el plan «León Marino», la «Sección L» del OKW ultimaba el examen de los problemas inherentes a la campaña oriental.

Concebido por el teniente coronel Lossberg, este proyecto preveía que tres Grupos de Ejércitos –«Sur», «Norte» y «Centro»– se dirigirían respectivamente sobre Kíev, Leningrado y Smolensk-Moscú. La diferencia entre los planes del OKH y la evaluación del OKW estaba en que este último consideraba que los tres Grupos de Ejércitos debían avanzar al mismo ritmo, siendo necesario, por lo tanto, que el «Centro» se detuviera en las proximidades de Smolenk hasta que el «Norte» cubriera igual distancia.

En este punto se hacía indispensable disponer de informaciones seguras sobre la entidad y la disposición de las Fuerzas Armadas soviéticas. El 26 de julio el coronel Kinzel presentó un posible esquema de operaciones según el punto de vista ruso, así como un cálculo general del potencial bélico de la URSS. El 4 de septiembre el general Köstring –agregado militar alemán en Moscú y oficial de gran experiencia sobre particularidades de las Fuerzas Armadas soviéticas– discutió con Halder la situación del Ejército ruso y dijo que necesitaría cuatro años para ganar el terreno perdido con las «purgas»; pero también comunicó que la organización de seguridad rusa hacía difícil una acción de espionaje vasta y eficiente.

El Mando alemán decidió entonces superar las barreras de las fronteras soviéticas mediante aviones provistos de dispositivos fotográficos. En septiembre Hitler se había opuesto a la idea de que aparatos de reconocimiento violasen el espacio aéreo de los rusos; pero en octubre se permitió a la unidad de aviones de reconocimiento de gran autonomía del coronel Rowehl que realizara tales misiones. Partiendo de bases situadas en Prusia Oriental, Polonia, Hungría y Rumania, numerosos *Heinkel He-111* y *Dornier Do-215 B2*, de alta cota, comenzaron a sobrevolar, a la mayor altura y lo más rápidamente posible, las líneas defensivas, los puertos, aeródromos y concentraciones de tropas soviéticos. Los primeros informes estuvieron disponibles el mismo mes de octubre. Se trataba de fotografías aéreas muy reveladoras, acompañadas de breves comentarios. Una de las consecuencias inmediatas que se sacó de ellas fue que los cálculos alemanes, relativos a la importancia de las fuerzas rusas dispuestas en el centro del frente previsto, debían ser corregidos y aumentados. En los meses siguientes los aviones germanos observaron zonas cada vez más vastas, registrando los movimientos y concentraciones de tropas, revelando detalles de las defensas fronterizas y señalando con precisión los aeródromos.

Mientras los aparatos de Rowehl realizaban, magistralmente coordinados, aquel espionaje en el Este, Halder ultimó el primer esquema de un plan operativo para la campaña. Las medidas tomadas hasta aquel momento –trabajos logísticos para la concentración en el Este y la decisión de



Hitler con el mariscal Brauchitsch. Los miembros del Alto Mando alemán aceptaron de mala gana las injerencias de Hitler, que modificaban el plan original de un ataque en fuerza contra Moscú, sustituyéndolo a su vez por la invasión de la Rusia septentrional con Leningrado como principal objetivo. *(Keystone)*

aumentar la *Wehrmacht* hasta un total de 180 divisiones– eran al mismo tiempo preparatorias y de precaución, y formaban parte del programa que, según la idea del *Führer*, significaba: «Estar preparados en el Este y en el Oeste».

Precisamente mientras Hitler reflexionaba sobre el más formidable de todos los golpes que iba a asestar, sus planes sufrieron una grave perturbación (finales de octubre de 1940) a causa de la inesperada invasión de Grecia por Italia. También en aquella oportunidad, Hitler y Stalin acordaron que era conveniente un intercambio de opiniones. Con este fin Molotov se trasladaría a Berlín el 12 de noviembre. Las relaciones rusogermanas ya se estaban poniendo tensas, aunque todavía no habían entrado en la fase de brusco empeoramiento.

Las conversaciones con Molotov tuvieron, en cierto sentido, el efecto de cristalizar la situación: si Hitler había confiado verdaderamente en conseguir que Stalin interviniera en la guerra a su lado y contra Gran Bretaña, desde luego tuvo una desilusión; pero si sólo quería poner a prueba las intenciones rusas, sus sospechas se vieron confirmadas cuando las conversaciones llegaron a punto muerto. Así, pues, el período de las incertidumbres, de las posibles soluciones estratégicas había concluido; Hitler estaba ya decidido a seguir el sistema del golpe directo, a tomar en sus manos la iniciativa mediante la pura y simple acción.

Quizá más prosaico, pero de fundamental importancia, fue en esta fase el trabajo preparativo y de organización. El 12 de noviembre Halder examinó las primeras soluciones concernientes al problema de los abastecimientos, elaborados por el intendente general. Para una fuerza de 2.000.000 de hombres, 300.000 caballos y 500.000 vehículos se debía disponer de zonas de abastecimiento, almacenes para las provisiones y depósitos de carburante, así como de talleres para la reparación de los medios motorizados distribuidos sobre un área variable y con una profundidad de 560 a 650 km. Para cada división se almacenaría el doble de la dotación normal de municiones y para las *Panzerdivisionen* la cantidad sería tres veces mayor; a las cifras así calculadas se añadirían dotaciones suficientes para veinte divisiones completas. Algunos depósitos de municiones se situarían en Prusia Oriental y en Polonia, con objeto de poder hacer frente a la eventualidad de un ataque soviético.

El problema siguiente consistía en disponer el movimiento ferroviario de acuerdo con las toneladas de material y del número de hombres que debían ser trasladados, y luego en organizar el transporte propiamente dicho. El 15 de noviembre, durante la segunda reunión, se discutió la manera de someter a una rigurosa organización el asunto de los abastecimientos. ¿Debían ser los *Panzergruppe* independientes como los Ejércitos de infantería o, por el contrario, depender de los Ejércitos? De momento esta última solución pareció preferible.

Las maniobras ayudan a la planificación

A fines de noviembre y comienzos de diciembre, el Estado Mayor General –con oficiales que probablemente después se pondrían al frente de los tres Grupos de Ejércitos– inició unas maniobras que reproducían, en gran escala, los planes de la campaña de Rusia, tanto desde el punto de vista alemán como del soviético. La supuesta actuación de la URSS se basaba en la hipótesis de que el potencial del Ejército ruso alcanzaba 150 divisiones de infantería –de ellas, 15 motorizadas–, 32 divisiones de caballería y 36 brigadas motomecanizadas. Descontando las fuerzas que se encontraban en el extremo oriental de Rusia y en el Cáucaso (frontera ruso-turca), quedarían disponibles para enfrentarse con la *Wehrmacht*, unas 116 divisiones de infantería.

Los alemanes llegaron a la importantísima conclusión de que era vital poder aniquilar la resistencia rusa antes de la línea Kiev-Minsk-Lago Peipus (sustancialmente, la línea Dviná-Dnieper), conclusión que los estudios precedentes ya habían puesto de relieve.

Ultimada la segunda parte de las maniobras –la relativa a la superación de la línea Kiev-Minsk– y verificados los supuestos antes formulados, el día 5 de diciembre, en presencia de Hitler, Halder presentó los resultados a que habían llegado los estudios concernientes a una operación en el Este:

«Las zonas donde está concentrado principalmente el potencial bélico soviético son Ucrania, Moscú y Leningrado. El área de operaciones está claramente dividida en dos zonas, la septentrional y la meridional, por los pantanos del Pripet. En la zona meridional, la red de carreteras es escasa, mientras en el Norte las comunicaciones, tanto ferroviarias como por carretera, son particularmente eficientes en el área Varsovia-Moscú. La zona septentrional está muy definida por tropas soviéticas concentradas a lo largo de la línea de demarcación ruso-germana. El curso del Dnieper y el del Dviná representan las líneas más orientales que deben defender los rusos: al retirarse, dejarán al descubierto sus zonas industriales. El objetivo alemán deber ser: impedir, en el más breve espacio de tiempo, toda concentración de tropas enemigas al oeste de estos ríos, para lo cual se harán avanzar formaciones en cuña de carros de combate (Panzerkeile).

»Una fuerza de asalto particularmente poderosa se dirigirá contra Moscú partiendo de Varsovia. De los tres Grupos de Ejércitos previstos, el septentrional tendrá Leningrado como objetivo principal, y el del meridional será Kiev; de este último Grupo de Ejércitos, uno avanzará desde Lublin, un segundo desde Lwow, y el tercero desde Rumania. Objetivos totales de la operación serán el Volga y la región de Arjánguelsk. Se emplearán 105 divisiones de infantería, 32 Panzerdivisionen y divisiones motorizadas; de éstas, algunos elementos importantes (dos ejércitos) deberán progresar, al principio, en segunda línea».

Hitler declaró que estaba de acuerdo con este esquema, añadiendo tan sólo algunas observaciones personales. Halder concluyó su informe con la advertencia de que el despliegue de las fuerzas para el ataque exigiría ocho semanas, y que desde principios o mediados de abril ya sería completamente imposible enmascararlo. En Europa occidental quedarían 46 divisiones; de las ocho que se hallaban en Noruega, algunas serían empleadas en las operaciones del frente oriental. Aparte de las citadas, sólo se podría disponer de

divisiones en adiestramiento y de algunas otras de paracaidistas.

Aunque Hitler aprobó de modo general el plan, se produjeron algunas inquietantes complicaciones como consecuencia de sus observaciones respecto a la maniobra convergente que el Grupo de Ejércitos del Centro debía efectuar. Y éste fue el principio de su sucesiva –y según muchos observadores, desastrosa– intervención durante las dos semanas siguientes, cuando se completaron las directivas para la operación en el Este, hasta aquel momento denominada Operación «Otto».

El día 5 de diciembre, además de participar en la reunión de cuatro horas para tratar de las proyectadas operaciones militares contra Rusia, Hitler expuso el desarrollo estratégico de sus planes y sus decisiones. Los preparativos para la Operación «Marita» –el ataque contra Grecia– debían continuar; las fuerzas empleadas en los Balcanes se destinarían luego a la guerra contra Rusia; esperaba que Yugoslavia se adhiriese al Eje, lo mismo que consideraba implícita la participación de Rumania y Finlandia en la campaña oriental. Afirmó también que el Ejército ruso era sensiblemente inferior al alemán en armamento, equipo y capacidad del mando; nunca como en aquel momento la situación había sido tan propicia para una campaña contra Rusia. Cuando las tropas germanas alcanzasen el Volga, la campaña terminaría. Y desde la citada línea los alemanes podrían lanzar sus ataques contra los lejanos centros de producción de armamento soviéticos, situados muy al interior del territorio ruso.

La primera semana de diciembre, el OKH terminó el trabajo preparatorio del ataque; entonces el establecido acuerdo respecto al más absoluto secreto iba a terminar. En cuanto hubo examinado los planes de Halder, Hitler ordenó que el trabajo de planificación prosiguiese. Jodl dio instrucciones a la «Sección L» del OKW para que, en colaboración con las Secciones Operativas de las Fuerzas Armadas, lo transformase todo en una directiva del OKW. La primera y la segunda redacción de la misma estuvieron dispuestas el 16 de diciembre. Se las llamó Operación «Fritz» y también «Directiva n. 21». Al día siguiente Jodl las presentó a Hitler para que las aprobase.

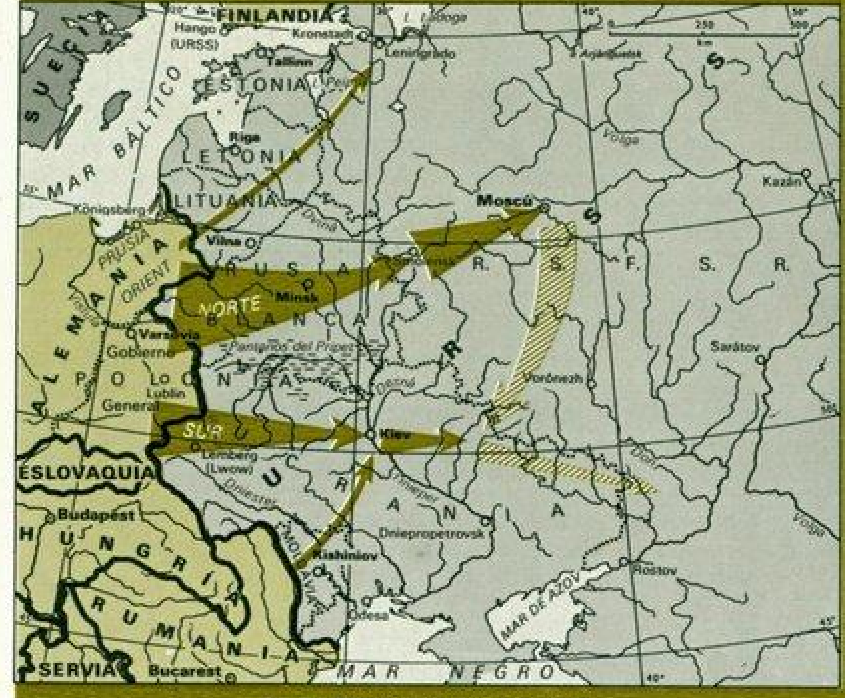
El nuevo plan de Hitler: «Barbarroja»

Pero fue en este momento cuando el *Führer* aportó lo que el diario de guerra del OKW define como «una sustancial modificación» al texto de la directiva; texto sobre el cual se habían puesto de acuerdo el OKW y el OKH, por lo que reflejaba la opinión del Estado Mayor del Ejército. Según esta opinión, el mayor peso de la ofensiva debía caer sobre Moscú, pues era en aquel sector donde los alemanes tendrían la mejor, o quizá la única, posibilidad de obligar al Ejército ruso a empeñarse en una batalla decisiva.

En el curso de la reunión del 5 de diciembre, Hitler ya había anticipado la idea de «destacar» una parte de las fuerzas móviles del Grupo de Ejércitos del Centro para hacerla converger hacia el Norte. En cambio, el 17 de diciembre, se apresuró a tachar la parte del texto que se refería a aquel punto, y asignó al más «meridional de los dos grupos septentrionales» la misión de enviar al Norte las «poderosas fuerzas» de sus unidades móviles después de haber destruido los Ejércitos soviéticos en la Rusia Blanca, de modo que dichas fuerzas pudieran cooperar con el Grupo de Ejércitos Norte –que avanzaría desde Prusia oriental hacia Leningrado– en la eliminación de las tropas rusas presentes en el sector báltico. Sólo después de conseguir este «urgentísimo objetivo» de conquistar Leningrado y Kronstadt se podría iniciar el avance sobre Moscú.

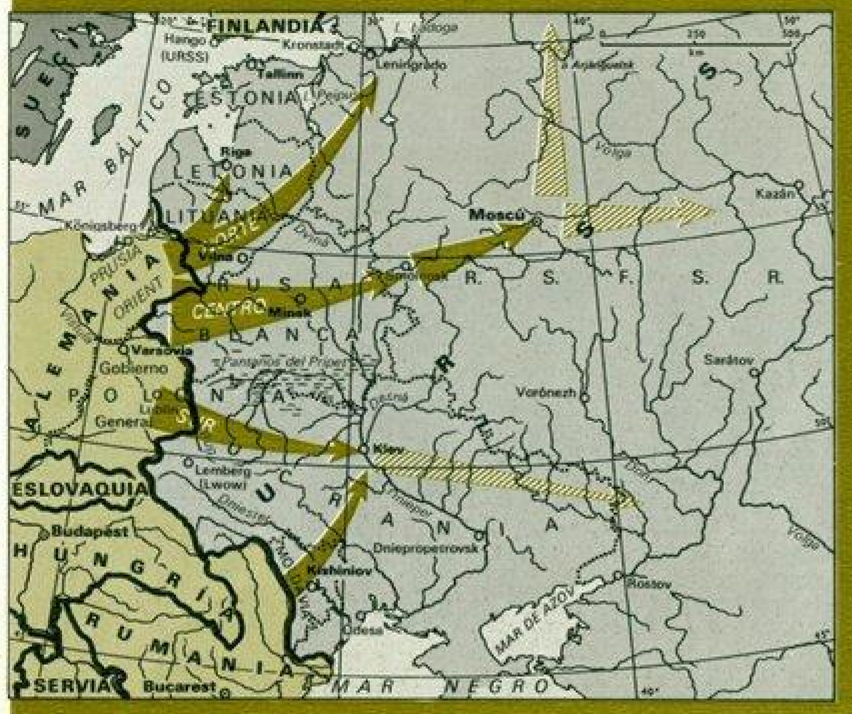
Con ello Hitler demostraba ignorar el principio fundamental en que se inspiraba el plan estratégico elaborado por los militares, sustituyéndolo por una maniobra de diversión. Desde los días del «plan Marcks» hasta las maniobras finales, rea-

LA EVOLUCION DEL PLAN PARA LA CONQUISTA DE RUSIA



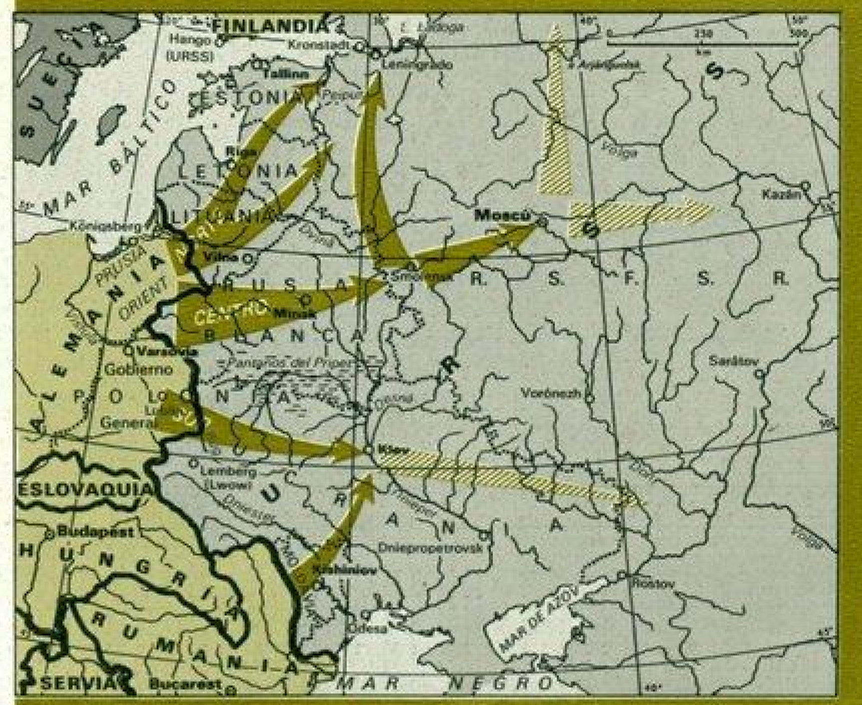
El plan Marcks: 6 de agosto de 1940

1. El plan "Marcks" preveía un avance a través de la Rusia Blanca central, en dirección a Smolensk y coordinado con dos movimientos, también de avance, por el Sur, hacia Kiev. Moscú sería el próximo e importante objetivo. Las acciones desarrolladas en los flancos exteriores de ambos Ejércitos, en las proximidades del Báltico y del mar Negro, serían operaciones diversivas para enmascarar los citados avances al norte y al sur de los pantanos del Pripet.



El plan Halder (OKH): 5 de diciembre de 1940

2. La variación aportada por Halder al plan original se limitaba a añadir, a las dos direcciones de avance, una tercera: Leningrado se convertía en el principal objetivo en el Norte y el ataque a Moscú se potenciaba a expensas del previsto contra Kiev. Los objetivos finales señalaban un ulterior avance desde Arjánguelsk al Volga, el cual se había esbozado de un modo muy vago.



La variante de Hitler ("Barbarroja"): 18 de diciembre de 1940

3. La variación de Hitler al plan: la Operación "Barbarroja". Todo el peso de la invasión se desplazaba decididamente al Norte. Leningrado se convertía en un importantísimo objetivo estratégico. Moscú debía conquistarse en segundo lugar. Y las operaciones en Rusia meridional se limitarían al principio a la ocupación de Ucrania, al oeste de Kiev. Las tres variaciones señalaban como objetivo final el aniquilamiento del Ejército ruso mediante grandes batallas de cerco en los Estados bálticos, Rusia Blanca y Ucrania, a fin de prevenir y evitar la retirada de las tropas rusas al interior de su territorio.

lizadas en diciembre, la idea del «ataque a Moscú», desencadenado por un Grupo de Ejércitos del Centro, notablemente reforzado, era una de las ideas básicas del OKH. Hitler insistió siempre en la necesidad de aniquilar la capacidad combativa del Ejército ruso al oeste de la línea Dviná-Dnieper. Pero, ahora, la decisión de efectuar aquella conversión hacia el Norte significaba, ni más ni menos, que cambiar por completo el esquema de la campaña.

Algunos detalles inducían a creer que, con aquella conversión hacia el Norte, Hitler se proponía conseguir diversos objetivos: por ejemplo, cerrar a los rusos la vía del Báltico y enlazar cuanto antes con los finlandeses. Ante su insistencia, y a despecho de las opiniones del OKH, la modificación se inscribió en la Directiva. Ésta, que había llegado a manos de Hitler con el nombre muy común y modesto de «Fritz» («Otto» según el OKH), salió de ellas, con la denominación de «Barbarroja», de resonancia medieval.

El miércoles, 18 de diciembre de 1940, Adolf Hitler firmó la Directiva –secretísima y de la que sólo se sacaron nueve copias– para el ataque contra la Unión Soviética. Respecto a los cambios que había introducido en el plan, Jodl no hizo nada para remediarlos. Quizás el OKH se quedó aturdido: pero no hubo ningún comentario.

La Directiva «Barbarroja» era larga y compleja. Las fuerzas alemanas debían «derrotar a la Rusia soviética en una rápida campaña», cuyos preparativos estarían terminados el 15 de mayo de 1941. El grueso del Ejército soviético sería aniquilado en la Rusia occidental, impidiéndole retirarse «en la inmensidad del territorio ruso». Objetivo final de la operación era establecer una «línea de defensa contra la Rusia asiática», trazada desde el Volga a Arjánguelsk. «La última área industrial dejada a los rusos en los Urales será eliminada por la *Luftwaffe*».

Rumania y Finlandia eran probables «aliados» y constituirían, respectivamente, eficaces trampolines para los ataques lanzados contra el flanco meridional y contra el septentrional.

La asignación de objetivos

● El Grupo 21 (Noruega) debía asegurar la protección de la región de Petsamo, con sus minas de mineral de hierro, y apoyar después a los finlandeses en un ataque contra la línea ferroviaria que unía Murmansk con el resto del país. La posibilidad de dar mayor importancia a esta operación dependería de la medida en que los suecos permitieran utilizar su red ferroviaria. El grueso del Ejército finlandés, cooperando con las tropas alemanas, inmovilizaría a los rusos «al Oeste o a ambos lados del lago Ladoga», y después atacaría Hanko.

● El Grupo de Ejércitos Sur se lanzaría desde Lublin contra Kíev, con el fin de cercar a las fuerzas soviéticas a lo largo del río Dnieper. Además de proteger Rumania, los grupos germano-rumanos cubrirían el flanco meridional y detendrían a las tropas enemigas hasta que el Grupo de Ejércitos Sur entrara en acción, procedente del Norte.

● A fin de conseguir la máxima concentración de fuerzas contra la Aviación soviética y asegurar el más completo apoyo a las operaciones de tierra, por el momento no se señalaban a la *Luftwaffe* misiones de bombardeo estratégico. La Marina de Guerra alemana debía bloquear el mar Báltico. Como la conquista de Leningrado pondría a la Escuadra soviética en una «situación desesperada», se evitaría a todo trance una batalla naval en gran escala. Todas las órdenes dadas para la ejecución de la Directiva indicarían que se trataba de «medidas de precaución tomadas ante la posibilidad de que Rusia modifique su presente actitud hacia nosotros».

Mientras tanto, los militares trabajaban con evidentes muestras de preocupación, para perfeccionar y rectificar los planes. A mediados de diciembre el problema de los abastecimientos fue cuidadosamente estudiado en el curso de varios ejercicios, que demostraron que su organización había de ser tan eficiente y flexible como la de las unidades combatientes. Los oficiales del Estado Mayor General estudiaron las condiciones climáticas de Rusia, y el general Halder se ocupó del especial equipo invernal de que debía dotarse a las tropas germanas para que hicieran frente al terrible invierno de aquel país. Sin embargo, como se preveía y preparaba «una campaña rápida», este problema se descuidó con excesiva ligereza. Halder también estaba preocupado por la lentitud con que se desarrollaba el tráfico ferroviario. El 19 de diciembre lo definió como «extraordinariamente lento»: doce trenes diarios hacia el Este –cifra destinada a triplicarse en la fase final de los preparativos– era todo cuanto las líneas de ferrocarril existentes en aquel momento podían dar de sí.

La planificación operativa de la campaña, hecha con la brillantez propia del Estado Mayor General alemán, se encontraba ya en un estado muy avanzado. Entre el 13 y el 14 de diciembre Halder informó sobre el esquema de la campaña de Rusia a los oficiales que, con toda probabilidad, formarían parte de los Estados Mayores de los Grupos de Ejércitos y de los Ejércitos. Después, el trabajo de dar forma escrita a las órdenes de despliegue relativas a la Operación «Barbarroja» prosiguió inmediatamente, transformando la «Directiva 21» en una serie de órdenes e instrucciones precisas. La primera redacción de la misma –18 páginas mecanografiadas acompañadas de voluminosos pliegos anejos– terminó el 22 de enero. El 31 estuvo preparada la redacción final de la versión definitiva, completada con seis importantísimos apartados: tres estudios sobre el potencial y la organización de las Fuerzas Armadas soviéticas, un conjunto de informes relativos a las características de las fortificaciones fronterizas rusas, tablas del OKH con disposiciones para la Artillería, los ingenieros, las unidades de pontoneros y de transmisiones, y, por último, instrucciones sobre los abastecimientos. A cada uno de los Grupos de Ejércitos le fueron asignados sus objetivos particulares. En este terreno el OKH intentó llegar a una especie de compromiso entre sus tesis y las modificaciones impuestas por Hitler.

Las órdenes indicaban con especial cuidado la forma de crear los *Schwerpunkte*: en el amplio frente ruso-alemán, aquellos «puntos focales» se fijaban entonces en relación con el flanco septentrional del Grupo de Ejércitos Sur (Ejército 6 y 1.er *Panzergruppe*) y con las dos alas del Grupo de Ejércitos del Centro (Ejército 4 y 2.º *Panzergruppe*, Ejército 9 y 3.er *Panzergruppe*). También se indicaban, aunque de modo más bien esquemático, los objetivos de cada uno de los Ejércitos, señalando la fecha del comienzo de las operaciones de esta manera: «Día X, hora H».

Otras interferencias de Hitler

En el escrito final se mencionaba el intenso trabajo realizado durante el mes de enero, pues el Estado Mayor de cada Ejército había estudiado su propio sector de operaciones. A los tres Grupos de Ejércitos se les asignó un apoyo aéreo: la 4.ª *Luftflotte*, del teniente general Löhr, al Grupo de Ejércitos Sur; la 2.ª *Luftflotte*, del Feldmariscal Kesselring, al Grupo de Ejércitos del Centro, y la 1.ª *Luftflotte*, del teniente general Keller, al Grupo de Ejércitos Norte. El 27 de enero, Halder discutió con el general Bogatsch, de la *Luftwaffe*, la organización y los efectivos de las unidades de reconocimiento aéreo. Diez días después decidió, provisionalmente, el número de unidades antiaéreas para la Operación «Barbarroja»: 52 baterías mixtas y 28 ligeras.

Si bien en los mencionados niveles el trabajo se desarrollaba en un ambiente de cooperación, en las esferas más altas todavía existían dudas y

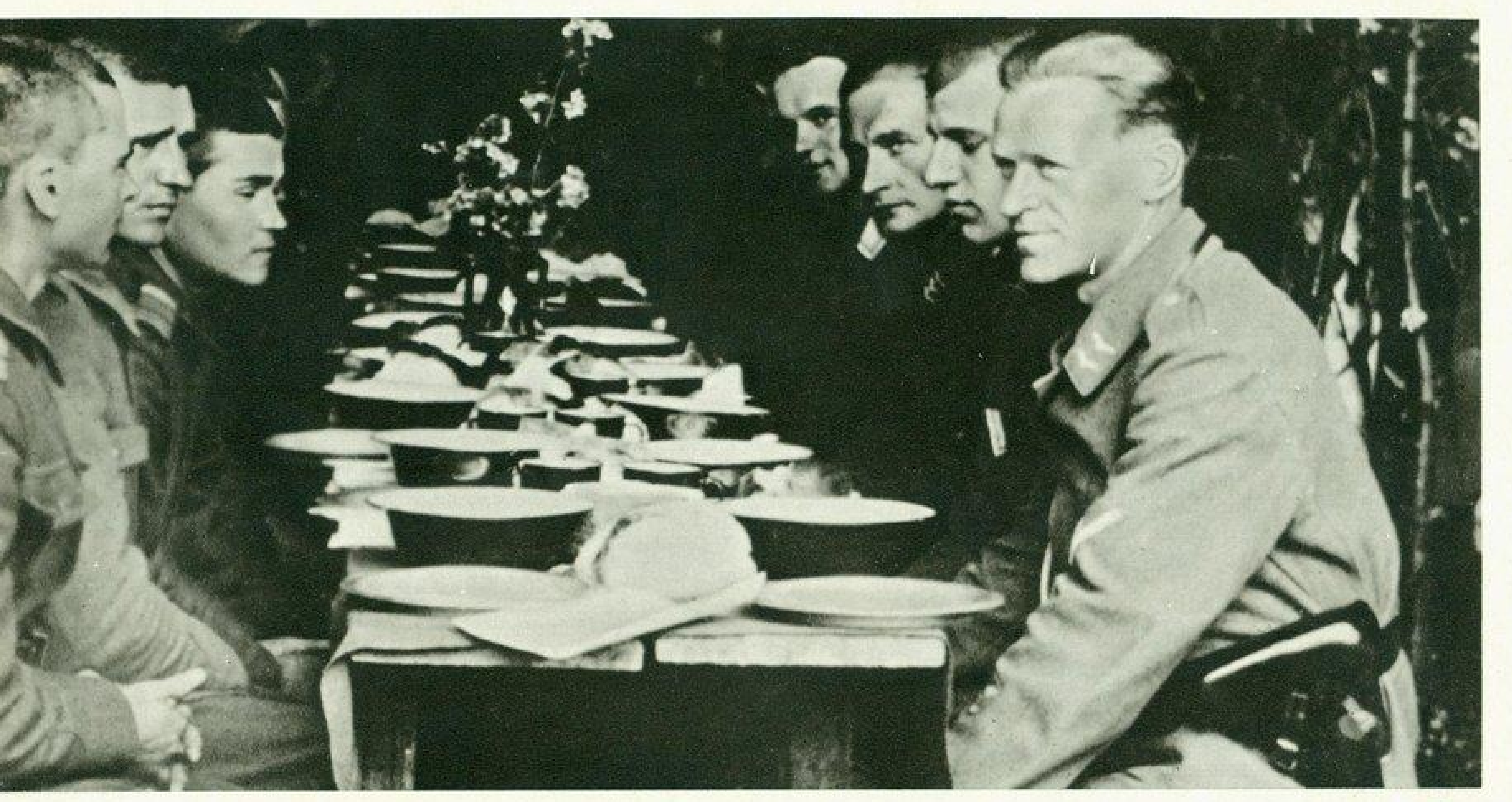


desacuerdos. A principios de enero, Hitler había discutido las líneas generales de sus decisiones sobre el «problema ruso», dando un aspecto racional a su propósito y explicando que se trataba de eliminar la «última esperanza» de Gran Bretaña. También estudió los problemas militares; y aunque se declaró «plenamente de acuerdo» con los planes elaborados por el Estado Mayor General, esto sólo fue un intermedio para ulteriores interferencias.

En el ínterin, Halder había reflexionado, y el 28 de enero expresó ciertos temores respecto al ataque a la URSS: «No estamos hiriendo a los ingleses. Nuestra economía no obtendrá ningún beneficio... No debemos subestimar los riesgos que corremos en Occidente». A su vez, el almirante Raeder dijo a Hitler que la idea le parecía peligrosa; pero lo único que consiguió con ello fue que el *Führer* le excluyese de sus planes secretos.

A pesar de sus dudas, el día 3 de febrero Halder entregó a Hitler un voluminoso conjunto de planes y, en torno a ellos, se inició la discusión. Halder comenzó exponiendo las probables acciones operativas del enemigo: lo más seguro era que el Ejército ruso opusiera 100 divisiones de infantería, 25 de caballería y 30 motorizadas; si bien las divisiones de infantería soviéticas tenían un número relativamente mayor de medios acorazados, no cabía duda de que, en lo concerniente al armamento, equipo y organización del mando las tropas rusas eran netamente inferiores a las germanas. En cuanto a los jefes militares soviéticos, tan sólo el mariscal Timoshenko les merecía respeto.

Los tres Grupos de Ejércitos alemanes tenían órdenes de romper el frente soviético, dividiéndolo en dos partes e impidiendo al enemigo la retirada en masa a las líneas del Dviná y del Dnieper. Los Grupos de Ejércitos del Norte y del Centro debían desencadenar una ofensiva en dirección Nordeste, dirigida hacia el Dviná. La formación acorazada más septentrional avanzaría sobre el lago Peipus, dirigiéndose posteriormente hacia el Este en cooperación con los dos *Panzergruppe*, que marcharían en dirección a Smolensk. El Grupo de Ejércitos Sur operaría en la parte meridional de los pantanos del Pripet, y luego se desplazaría hacia el Dnieper. El «punto focal» de



26 de junio de 1941: oficiales y soldados alemanes comen en Bucarest con miembros del Ejército rumano. Éste atacó a Rusia al mismo tiempo que lo hacían las fuerzas germanas, lanzando sus Ejércitos 3 y 4 contra Ucrania, en dirección a Kiev. (Archivo Rizzoli)

la ofensiva se encontraba al norte del Pripet, y precisamente en aquel sector estaba concentrado el grueso de las reservas. Los Grupos de Ejércitos septentrionales –Norte y Centro– contarían con 50 divisiones de infantería, 13 *Panzerdivisionen* y 9 motorizadas.

El Grupo de Ejércitos Sur dispondría de 30 divisiones de infantería, 5 *Panzerdivisionen* y 3 motorizadas. Las reservas a disposición del OKH se habían fijado en 21 divisiones de infantería, 2 *Panzerdivisionen* y una motorizada.

Hitler declaró que estaba de acuerdo con esta organización y acto seguido propuso sus planes: el cerco completo de los rusos sólo sería posible si no se dejaba abierto ningún «hueco». Apenas intuyesen el plan germano, los rusos intentarían retirarse a una línea situada más al Este: en tal caso, los alemanes deberían conquistar los sectores de Leningrado y del Báltico, sin preocuparse por la presencia de tropas rusas al Este, puesto que en los mencionados sectores se encontraba la base indispensable de abastecimientos para cualquier operación ulterior. Por lo tanto, era preciso «reforzar los flancos», trasladando a los mismos el grueso de las fuerzas; «mantener» el sector central y destruir al enemigo mediante golpes convergentes. El *Führer* examinó después el problema de la defensa de Finlandia y Rumania y de la cooperación de Hungría. También se trató de resolver la cuestión de las unidades antiaéreas. Explicó después en los mapas la situación presente y los futuros movimientos de las tropas germanas hacia el Este: el primer escalón se encontraba ya en su puesto; el segundo sería sensiblemente reforzado a mediados de marzo; el tercero se pondría en movimiento a mediados de abril –cuando el desplazamiento de una gran masa de artillería demostrase que la Operación «Félix», el anunciado ataque contra Gibraltar, había sido sólo una acción diversiva– y el cuarto se dirigiría al Este entre el 25 de abril y el 15 de mayo. En aquel momento, la concentración de tropas alemanas ya no se podría disimular; y como el cuarto escalón comprendería numerosas unidades retiradas de los territorios ocupados en Europa occidental, la Operación «León Marino» se convertiría definitivamente en letra muerta. Una vez más, Hitler declaró que estaba de acuerdo y dijo: «¡Cuando se inicie la Operación "Barbarroja", el mundo contendrá el aliento!»

Pero, por el momento, el Estado Mayor General alemán callaba: Hitler insistía en desplazar el eje de la operación de Moscú a Leningrado y al Báltico, sectores a los que definía como su «principal objetivo», o también a las regiones meridionales, en razón de la riqueza agrícola e industrial de las mismas.

Correspondió al OKH ocuparse de gran número de problemas concernientes a los aliados que Hitler había elegido para la operación «Barbarroja», pues la coalición se resentía del criterio completamente particular con que el *Führer* trataba a todos sus aliados. De momento, los italianos debían ignorar el asunto; y según una instrucción del 5 de marzo, tampoco se informaría a los japoneses.

Los finlandeses se encontraban en una situación de privilegio. Después de los sondeos hechos por los alemanes al final de la primavera de 1940, sobre la posibilidad de una «cooperación» militar entre los dos países, Finlandia se puso al lado de Alemania; pero no con una alianza rígida, sino mediante una «fraternidad militar» *(«Waffenbruderschaft)*, cuyas consecuencias fueron que las tropas alemanas entraron en Finlandia y al Ejército finés se le señaló el objetivo de operar junto al flanco septentrional germano.

En el sur, Rumania se había convertido casi en un satélite de Alemania. Una misión de la *Luftwaffe*, dirigida por el general Speidel, asumió la responsabilidad de la defensa aérea de los yacimientos petrolíferos, y otra misión militar se encargó de preparar al Ejército rumano, a la vez que elaboraba los planes para una ofensiva del mismo dirigida por los alemanes.

El 18 de marzo, movido por un impulso cuyos motivos todavía siguen siendo oscuros, Hitler intervino directamente en los planes relativos al sector sur: en lugar de que el Ejército 12 atacase en el flanco meridional y desde Moldavia avanzara hacia el Nordeste, se debía reforzar con todas las unidades móviles disponibles el Ejército 6 –en el flanco septentrional– y concentrar el máximo esfuerzo ofensivo en el sector situado al norte de la zona de Lublin. El *Führer* suponía que el río Dniester constituía potencialmente una formidable línea defensiva y, por lo tanto, decidió reforzar con el Ejército 6 el ala septentrional, de modo que ésta pudiera destruir las posiciones rusas y alcanzar por la espalda la mencionada línea del río. También parece ser que Hitler estaba preocupado por la necesidad de defender Moldavia de un posible ataque ruso: los planes relativos a esta eventualidad se elaboraron en mayo, bajo el nombre de Operación «Hubertus».

Por aquellos mismos días, Hitler dio a conocer también su «decisión definitiva» de que Hungría no participase en la Operación «Barbarroja»; únicamente Eslovaquia sería utilizada como base logística y aérea para la preparación de las operaciones, y por ello su red de carreteras y de puentes debía mejorarse cuanto antes. Por otra parte, en febrero las tropas germanas habían obtenido permiso de tránsito a través de Bulgaria, asegurando así la posibilidad de alcanzar los puntos vitales para el ataque en los Balcanes y contra Rusia.

Con dos escalones prácticamente situados en el despliegue oriental, a fines de marzo los jefes alemanes estaban ya comprometidos a fondo en la Operación «Barbarroja», y los comandantes de los Grupos de Ejércitos se mantenían en estrecho y continuo contacto con el Estado Mayor General.

Pero pronto aquella «mecánica» militar fue sustituida por una nueva y terrible «fase de planificación»: en efecto, el día 30 de marzo, Hitler reveló lo que significaba su «cruzada contra el bolchevismo». Ante unos 250 oficiales superiores, los comandantes de las Fuerzas Armadas y los jefes supremos elegidos para la Operación explicó –en un discurso que duró dos horas y media– que se iban a enfrentar no sólo con una guerra de conquista, sino también de exterminio. Les anunció que en aquel gigantesco choque de ideología no habría lugar para las virtudes caballerescas, puesto que el bolchevismo era «un crimen social». En el curso de aquella guerra de aniquilamiento, los comisarios bolcheviques y los inte-

lectuales comunistas debían ser eliminados, sin ceder ante ningún escrúpulo personal. Para ello, se proponía otorgar a Heinrich Himmler amplios y autónomos poderes sobre los territorios ocupados en el Este. Y lo cierto era que el 3 de marzo Himmler ya había asumido la responsabilidad de «ciertos trabajos... que derivan de la necesidad de resolver de una vez para siempre el conflicto entre los dos opuestos sistemas políticos».

Hipótesis sobre la estrategia soviética

En el transcurso de la primera semana de abril de 1941 Halder había indicado que «el despliegue de las tropas soviéticas era preocupante» y, teniéndolo en cuenta, no se podía descartar la posibilidad de una ofensiva estratégica por su parte. Pero al cabo de un mes, poco más o menos, aquellos temores fueron desechados y en el estudio de la situación se destacaron los siguientes puntos:

- la estrategia rusa era defensiva: su Ejército estaba comprometido en mantener la posesión de las bases aéreas y navales del Báltico, así como de la orilla meridional del mar Negro; además, protegía Ucrania, las regiones industriales de Leningrado y Moscú;
- a causa de lo precario del sistema de transmisiones y de las vías de comunicación, era improbable que los rusos pudieran cambiar radicalmente el despliegue de fuerzas en breve tiempo. No se había advertido ninguna señal que sugiriese una maniobra de aquella clase y una «ofensiva preventiva era, por lo tanto, improbable»;
- los cambios introducidos en los sistemas soviéticos todavía no habían dado resultados que permitieran aconsejar una estrategia ofensiva. El mando ruso no supo aprovechar, para desencadenar un ataque preventivo, ocasiones más favorables que se presentaron tiempo atrás, lo que hacía poco posible que se decidiera a hacerlo en aquel momento.

Gracias a un intenso movimiento ferroviario, que comenzó en enero y supuso la utilización de un total de 17.000 trenes, se pudieron enviar 25 divisiones al Este antes de fines de febrero; otras siete se enviaron en marzo y trece en abril. La fase final –que alcanzaría el máximo de su intensidad en mayo y comienzos de junio– disponía el traslado de 51 divisiones.

En los últimos días de mayo Halder lanzó un verdadero río de instrucciones respecto a la preparación del ataque; entre los temas que se debían discutir del 4 al 6 de junio figuraban: las operaciones en la frontera, la disposición de contramedidas en el caso de posibles «acciones preventivas» rusas, el movimiento de las *Panzerdivisionen*, la utilización del reconocimiento aéreo, los preparativos para tender puentes en el sector del Grupo de Ejércitos Norte, las instrucciones para las unidades de artillería antiaérea, el cálculo del carburante necesario, las medidas de seguridad necesarias antes del comienzo de las operaciones, los previos acuerdos con los jefes de Ejército sobre inhumaciones y cementerios, etcétera.

Los transportes, la regulación del tráfico y los movimientos finales presentaban también múltiples problemas: aprovisionamiento de las tropas en marcha, cuadros de marcha para los movimientos tácticos, circulación de trenes especiales y elección de las carreteras para el despliegue de los *Panzergruppe*, los cuales se trasladarían a sus posiciones de ataque a partir del 15 de junio. Se dio una pauta para confirmar o anular la operación, cuyo comienzo estaba señalado para el «Día X». El «Día X-7» se fijaría la fecha del «Día X»; a las 12 horas del «Día X-1» se darían las órdenes para el ataque, y a las 20 horas de aquel mismo día terminaría el plazo para poder anular la Operación. El «Día X» era el 22 de junio de 1941.

Todavía más delicada era la preparación de una operación única en su género: la que debían efectuar los «regimientos especiales» en la retaguardia soviética. Se trataba de un conjunto de misiones secretas para las cuales se eligieron las unidades de Brandeburgo, unidades de tropas de asalto y regimientos para servicios especiales. Actuando a una distancia preestablecida dentro de la zona de operaciones, pero tras las líneas rusas, aquellos paracaidistas estaban encargados de crear desorden y confundir, atacando los centros de transmisiones y los puestos de mando soviéticos, o bien, especiales objetivos tácticos, como por ejemplo los puentes. Se lanzarían desde el aire tras las líneas enemigas o se infiltrarían la víspera del ataque.

Además, hacía tiempo que el Servicio de Información alemán trabajaba para crear otro tipo de «regimiento especial», una unidad compuesta por ucranianos anticomunistas –el «regimiento Ruiseñor»–, dedicada a actividades de sabotaje y de perturbación en la retaguardia soviética. Asimismo, en los Estados bálticos, donde los rusos aún no habían establecido por completo su dominio, el Servicio Secreto se mantenía constantemente en contacto con los grupos de la Resistencia, prontos a actuar de acuerdo con los planes germanos.

Los preparativos del último minuto

Había llegado la hora de que, en aquellos 1700 km de inminente frente de batalla, donde se amontonaban soldados y vehículos, se iniciara un despliegue de fuerzas ordenado y definitivo. Al norte y al sur del gran arco que se extendía desde el océano Glacial Ártico hasta el mar Negro, Alemania cerró filas con sus aliados. A fines de mayo el general Heinrichs, jefe del Estado Mayor General finlandés, visitó a Jodl y a Halder, con los cuales discutió los planes de ataque y la parte que en los mismos correspondería a Finlandia. El mariscal Mannerheim mandaría fuerzas exclusivamente finlandesas, en tanto que oficiales alemanes estarían al frente de las tropas mixtas germano-finlandesas. El 12 de junio Hitler y el mariscal Antonescu se entrevistaron en Munich; en el curso de la conversación, el dictador rumano fue puesto al corriente de varios detalles secretos. Mientras tanto, en Rumania, oficiales alemanes ultimaban los planes relativos al ataque germano-rumano.

El día 9 de junio el general Halder se dirigió al Ejército 4 –del Grupo de Ejércitos del Centro– para decidir la forma del ataque por sorpresa en el río Bug. El calendario de la Operación había sido ya aprobado por Hitler el 5 de junio y el Estado Mayor General sometió al examen del OKW el siguiente esquema operativo:

- 22 de junio: previsto «Día X»;
- 21 de junio: transmitir a las 13 horas la palabra convencional DORTMUND para indicar que el ataque se realizaría, o la palabra ALTONA en caso de que debiera ser aplazado;
- 22 de junio: las 3,30 sería la «Hora Cero» u «Hora H». El Ejército alemán comenzaría las operaciones y la *Luftwaffe* sobrevolaría la frontera soviética. Las fuerzas terrestres iniciarían el ataque aun en el caso de que la intervención de la *Luftwaffe* se viera retrasada por las condiciones atmosféricas. Hitler insistió mucho en que el estado del tiempo no debía retrasar el ataque.

Tras una última reunión con los jefes de Estado Mayor, el *Führer* aprobó la elección del 22 como «Día X» y las 3 como «Hora H». Las formaciones acorazadas, mantenidas atrasadas hasta el último momento se dirigieron hacia sus bases de partida. Los carros de combate del 2.° *Panzergruppe*, de Guderian (del Grupo de Ejércitos del Centro), llevaban como señal distintiva táctica la letra «G» pintada en blanco, y los del 1.[er] *Panzergruppe, de* Kleist (del Grupo de Ejércitos Sur), ostentaban una «K» igualmente blanca, pues ambos comandantes habían afirmado que aquellos signos de reconocimiento eran muy útiles. El 17 de junio Guderian fue personalmente a reconocer la configuración del terreno a lo largo del río Bug; éste era el primer obstáculo que, tanto él como el Grupo de Ejércitos del Centro, deberían superar.

Hombres y máquinas estaban cuidadosamente enmascarados y ocultos en los grandes bosques de Augustow. El 19 de junio, en Bielostok se descargaron piezas de artillería y material pesado para puentes. Los hombres del ala septentrional del Grupo de Ejércitos Sur, de von Rundstedt, efectuaron un reconocimiento en el que estudiaron el terreno donde se desarrollaría el ataque desencadenado desde la orilla meridional del Bug; asimismo observaron las fortificaciones soviéticas situadas al otro lado del río y escalonadas en profundidad. Por su parte, el Grupo de Ejércitos Norte proyectó salir, aprovechando la niebla matutina, y atacar las trincheras rusas tras una mínima preparación artillera. Basándose en las informaciones obtenidas, los comandantes de las fuerzas terrestres y de la aviación eligieron los objetivos en la propia zona de operaciones, que a su vez serían objetivos de la *Luftwaffe*. A partir del 19 de junio, los buques de guerra germanos comenzaron a sembrar campos de minas en el mar Báltico y los *U-Boot* se dirigieron a los sectores que les estaban asignados.

A las 13 horas del 21 de junio se informó a los comandantes de que la Operación «Barbarroja» comenzaría según estaba previsto. El mediodía de aquel sábado, desde su puesto de mando subterráneo –*Wolfschanze* (cueva del lobo)–, situado en Rastenburg, Prusia oriental, Hitler escribió a Mussolini para revelarle, al fin, el secreto de la Operación y decirle que había tomado irrevocablemente «la más difícil decisión» de su vida.

«El mundo contendrá el aliento»

Un informe sobre la situación, presentado el 21 de junio, indicaba que, por parte soviética, no había ningún cambio en el despliegue de las fuerzas. Los *Brandenburger* y los regimientos especiales ya estaban cumpliendo sus misiones, en muchos casos vistiendo uniforme militar ruso. Los aviones alemanes, cargados de bombas, realizaban sus últimos vuelos «pacíficos» mientras escrutaban la frontera de la Unión Soviética. Los estrategas de la *Luftwaffe* habían propuesto que, exactamente al alba del 22 de junio, los bombarderos se mantuvieran a gran altura sobre los aeródromos soviéticos, a los que podrían localizar con toda precisión gracias a las fotografías obtenidas durante los vuelos de reconocimiento.

El Ejército del Este mantuvo el más completo silencio por radio. Sólo poco después de medianoche del 21 de junio, los jefes de las Grandes Unidades transmitieron las señales de llamada para pedir que las unidades subordinadas confirmasen que se hallaban dispuestas. La corta noche estival iba a terminar: las piezas de artillería de las divisiones de asalto y de las fuerzas de apoyo estaban preparadas para hacer fuego sobre los objetivos; los carros de combate que dirigían las formaciones acorazadas se hallaban prontos a iniciar la marcha; los soldados de infantería observaban las luces de cola de los aviones de caza germanos y de los *Stukas* que se alejaban en dirección a Oriente, hacia los objetivos que les habían señalado.

Eran las 3 de la madrugada del domingo día 22 de junio de 1941.

JOHN ERICKSON

Cumplió sus deberes militares en el Servicio de Información. Luego enseñó historia y lenguas eslavas en el St. John's College, de Cambridge. Más adelante estudió en el St. Anthony's College, de Oxford, donde se especializó en historia militar de la Unión Soviética. Tuvo acceso a los archivos militares alemanes, caídos en manos de los Aliados, en los que se recopilaban los datos de la guerra con Rusia. Después de enseñar ruso e historia de Europa oriental en la St. Andrew's University, trabajó en la universidad de Manchester. Actualmente es profesor de la universidad de Indiana. Entre sus obras figuran: *The Soviet High Command 1918-1941* (1962), *Stalin's War with Germany 1941-45* y *Modern Eastern Europe* (1700-1966). John Erickson ha escrito también artículos sobre historia y organización militar de la Unión Soviética y ha supervisado la publicación de *The Military Technical Revolution* (1966).

Rusia, 21 de junio de 1941

N. K. Popel,
teniente general

(History of the Second World War)

OPERACION "BARBARROJA" EL ATAQUE



La "Blitzkrieg" sorprendió al Ejército soviético, desplegado en la frontera, con la cruda realidad de una invasión. El general Popel, entonces oficial de dicho Ejército, relata la ansiedad y los temores que caracterizaron las últimas horas de paz en la Europa oriental.

La noche que precedió a la invasión alemana, la del sábado 21 de junio, hubo, como de costumbre, una velada de recreo en los alojamientos del Ejército: actuaba un conjunto de cantos y danzas de las Fuerzas Armadas. Mientras los escuchaba, dirigí una mirada a mi alrededor y, observando la sala, que aparecía abarrotada de hombres, pensé en los acontecimientos de los últimos días.

Los había pasado en una división del Ejército. Hacía tan sólo una semana que nuestra dotación de carros de combate, compuesta por anticuados *T-26*, *BT*, *T-28* y *T-35*, se había reforzado con seis *KV* y diez *T-34*. Y estaba previsto además que, de un momento a otro, el equipo y el armamento de nuestras unidades sería completamente renovado. Después del espectáculo, el comandante del Cuerpo de Ejército, teniente general Dmitrj Ivanovic Rjabishev y yo –según una tradición militar– invitamos a los artistas a cenar. Llegué a casa a las tres de la madrugada, y aunque ya era domingo y por lo tanto había abandonado las obligaciones del sábado, todavía no había podido darme un baño. El agua caliente disipó mi cansancio. Razonaba con toda claridad y mis pensamientos seguían girando en torno al mismo tema. ¿Qué estaría ocurriendo en aquellos momentos en la orilla opuesta del San?

No, no eran suposiciones mías. ¿Cuántas veces, más tarde, al recordar aquella noche, oí frases como ésta: «Me lo decía el corazón» o «Lo presentía»? A mí, desde luego, ni el corazón ni la mente me decían nada. Lo que ocurría era, simplemente, que yo –como muchos oficiales superiores de las unidades de frontera– sabía más de lo que podía explicar. Aquel mismo día, al regresar de la división de Vasilev, había prolongado un poco mi habitual recorrido y me dirigí a Lwow. Hallábase allí el Estado Mayor de un Ejército, al mando del teniente general Muzjcenko. El pretexto de mi visita era aclarar algunos detalles de las últimas maniobras; pero, tanto el general como yo sabíamos que ésta no era la verdadera razón.

«Ahora hablemos un poco de cosas serias», me dijo Muzjcenko.

Le conté la reciente entrevista del general Rjabishev con el coronel Varennikov, jefe de Estado Mayor del Ejército al que pertenecíamos. En dicha entrevista Rjabishev nos había hecho ver sobre el mapa la constante llegada de divisiones alemanas, afirmando que Hitler se preparaba para la guerra. Varennikov, sin embargo, había contestado categóricamente: «Garantizo que no habrá guerra, por lo menos antes de un año; pondría la mano en el fuego en cuanto a esto».

Muchos hechos parecían confirmar la tesis de Rjabishev: no sólo la concentración de fuerzas germanas, sino también las sospechosas violaciones de nuestro espacio aéreo por parte de los aviones alemanes, la creciente audacia de los manejos del Servicio de Información alemán y el recrudecimiento de las sublevaciones nacionalistas de Ucrania. Varennikov, por su parte, confiaba en las declaraciones de la Oficina de Prensa soviética, y creía hallar una explicación a la alarmante concentración de fuerzas alemanas en nuestra frontera en el rumor que circulaba por aquellos días respecto a que los alemanes reclamaban sus divisiones de Francia para un período de descanso. «Pero, ¿qué es lo que han hecho, a fin de cuentas, para necesitar un descanso?», había observado Rjabishev con toda razón. Varennikov quiso reforzar su opinión diciendo que juzgábamos los acontecimientos mundiales basándonos tan sólo en lo que estaba ocurriendo en nuestro frente, sin tener en cuenta para nada lo que ocurría a lo largo de toda la frontera ruso-alemana.

Cuando le dije esto al general Muzjcenko, se levantó de la mesa, se acercó a la pared y separó la cortina que cubría el mapa. «Creo que Rjabishev tiene razón y Varennikov no. Hay una concentración de tropas alemanas en nuestro frente... y ¡qué concentración!». No volvió a sentarse, y empezó a pasear de un lado a otro de la habitación; luego, con un rápido movimiento, corrió de nuevo la cortina y volvió a tapar el mapa.

«Sí, creo que Rjabishev tiene razón. Pero también yo estoy haciendo algo por mi cuenta y riesgo. Como tenían que realizarse los ejercicios de artillería del distrito, he convencido al comandante para que los amplíe a todo el Ejército, y además he dado órdenes de que no se concentre la artillería en un solo punto, sino que los regimientos desplieguen uno a uno y a una distancia eficaz de tiro. Y ahora, entre nosotros: he enviado también a la infantería desde sus barracones a las zonas



22 de junio de 1941: un *Stuka*, el primero de una nutrida formación, sobrevuela la línea fortificada soviética. Al comienzo del ataque contra Rusia, varias oleadas de *Stukas* bombardearon Kíev, alcanzando como objetivos principales el centro de la ciudad, la estación del ferrocarril, las carreteras de acceso, la refinería y los barracones de las tropas. *(History of the Second World War)*

fortificadas. No tengo prisa ninguna por informar de todo esto al Mando; no quiero que se diga que estoy sembrando el pánico».

En ese momento, una llamada decidida e insistente en la puerta del cuarto de baño interrumpió mis reflexiones retrospectivas. «Te llaman al teléfono». Mi mujer me observó en silencio mientras atravesaba la habitación para tomar el receptor: «Camarada comisario de Brigada, habla el oficial de servicio. El comandante del Cuerpo de Ejército le ruega venga inmediatamente al Estado Mayor. Le envío un coche».

Rjabishev me acogió como si no nos hubiésemos separado aún después de la cena. Sin preámbulos, me dijo que hacía apenas un cuarto de hora que el comandante del Ejército, teniente general Kostenko, le había llamado por teléfono para decirle: «Esté preparado y espere órdenes». «No sé lo que ha querido decirme –añadió Rjabishev–; pero, de todos modos, he ordenado que todo el mundo esté preparado y que cada unidad se dirija al sector que tiene asignado».

Todos los oficiales de Estado Mayor, apercibidos ya para la emergencia, se sentaron, teniendo a su lado el breve equipaje.

Toda parecía normal todavía. Ni Rjabishev, ni yo, ni ninguno de los oficiales del Estado Mayor allí presentes podíamos imaginar que aquello significaba la guerra. ¡Era curioso! El día anterior había ido a ver al general Muzjcenko para convencerme de que las suposiciones del comandante y las mías eran acertadas. Tres días antes el mismo Rjabishev, por propia iniciativa, ordenó que alguno de sus regimientos se desplazaran a las zonas de concentración y, a pesar de todo, ni siquiera imaginábamos que la guerra estuviese ya a punto de estallar.

Sabíamos, desde luego, que las unidades del distrito habían sido organizadas y reorganizadas y que, desde hacía dos días, el Estado Mayor se había trasladado de Kíev a Tarnopol. Sin embargo, y pese a todos estos síntomas, y estando además convencidos, desde años atrás de que la guerra con Hitler era inevitable, el hecho de que ahora el conflicto fuera inminente nos parecía una catástrofe que no éramos ni siquiera capaces de concebir. Sin embargo, dentro de ciertos límites, se comprende esta actitud, pues sabíamos que nuestras tropas no estaban preparadas todavía para combatir, que no habíamos finalizado la reorganización de nuestras unidades y, en fin, que no se disponía aún del armamento y equipo necesarios. Nos faltaban los útiles para las reparaciones y las imprescindibles piezas de repuesto. En estas condiciones, ¿cómo se podía pensar en lanzarse a una guerra?

Mas, se pudiese o no, a las 4,30, el jefe del Estado Mayor de nuestro Ejército, Varennikov, el mismo que poco antes hubiera «puesto la mano en el fuego», telefoneó para informar que la artillería alemana acababa de abrir fuego a lo largo de toda la frontera; que Przemysl estaba bajo la acción de los cañones enemigos, situados a poca distancia, y que en algunos puntos los alemanes ya cruzaban la frontera. Pero aún ordenó: «No cedan a la provocación. No disparen contra los aviones alemanes: esperen órdenes».

Justamente en aquellos momentos llegó hasta nosotros el ensordecedor zumbido de los motores. Todos salimos a la carretera. Ya había amanecido. Entonces me asaltó un pensamiento: «Es el 22 de junio, el día más largo del año.» Salía el sol y hacia él volaban, con toda su carga mortífera, los bombarderos alemanes. Sobrevolaron la ciudad y luego descendieron. Las cruces pintadas de negro, que habíamos aprendido a identificar en los manuales, podían distinguirse perfectamente sobre sus alas y también aquellos puntos negros que se desprendían de los aparatos... Bombardearon con precisión: sus blancos fueron la estación de ferrocarril, las carreteras de acceso a la ciudad, la refinería y nuestros alojamientos (el servicio secreto alemán no sabía que habían sido desalojados algunos días antes). Tras haber descargado sus bombas, volaron lentamente sobre la ciudad. ¿Por qué habían de apresurarse? Ni uno de nuestros cazas salió a su encuentro y los cañones antiaéreos no dispararon ni un solo proyectil.

A la primera oleada siguió otra. Esta vez fue bombardeado el centro de la ciudad, comprendidos los pabellones en los que vivían las familias de los oficiales. Rjabishev me tomó de la mano: «¡Vamos!», me dijo. Mientras corríamos, dio una orden al oficial de servicio: «¡Póngame en contacto con la brigada antiaérea!» Cerró la puerta del despacho tras él y me miró a los ojos. Nos conocíamos desde hacía más de un año y nuestra mutua relación podía definirse con estas pocas y precisas palabras: era una relación franca, cordial. No necesitábamos grandes explicaciones para entendernos. Hice un gesto de asentimiento. Y entonces Rjabishev tomó el teléfono, dudó un momento y luego, por fin, dio una orden: «Abran fuego sobre los aviones enemigos».

Permanecimos inmóviles frente a la ventana, y al poco rato pudimos escuchar las explosiones de las granadas antiaéreas que se mezclaban con el fragor de las bombas. Sólo en aquel momento nos dimos cuenta de que la guerra había comenzado.

El bombardeo continuó durante algún tiempo, no mucho. Al parecer nuestra reacción antiaérea no gustó a los pilotos alemanes.

Rjabishev y yo salimos al pasillo. Encontramos allí a los oficiales y a los funcionarios políticos de las oficinas directivas que poco antes cambiaban impresiones acerca de la alarma nocturna que acababa de estropearles el domingo. Ahora estaban silenciosos, preocupados. Nos miraron, esperando que hablásemos... pero nosotros sabíamos casi tan poco como ellos. Ni siquiera habíamos recibido órdenes sobre lo que debíamos hacer.

N. K. POPEL, TENIENTE GENERAL



Al estallar la guerra era primer oficial político del Cuerpo de Ejército Mecanizado VIII del Ejército ruso. Luego, desempeñó sucesivamente el mismo cargo en los Ejércitos 38 y 28. Entre otras acciones, participó en la ofensiva de Stalingrado.

OPERACIÓN "BARBARROJA": EL ATAQUE EN EL CENTRO Y EL SUR

1941

22 de junio: comienza la Operación "Barbarroja". Los Grupos de Ejércitos Norte (Leeb), del Centro (Bock) y Sur (Rundstedt) penetran en territorio soviético, avanzando, respectivamente, sobre Leningrado, Moscú y Kíev. En el Norte y en el centro, el avance no encuentra grandes obstáculos; pero, en el Sur, Rundstedt se encuentra con una encarnizada resistencia.
26 de junio: en el centro, y después de un asedio de cuatro días, cae Brest-Litovsk. Los "panzer" de Manstein (Grupo de Ejércitos Norte) entran en Dáugavpils.
24-30 de junio: el Grupo de Ejércitos del Centro limita la resistencia soviética a las zonas de Bialystok, Novogrudok y Volkovisk.
1 de julio: en el centro, los "panzer" de Guderian cruzan el Beresina. Las unidades de cabeza "panzer" del Grupo de Ejércitos Norte, cruzan el Dviná y avanzan sobre Pskov.
4 de julio: el Grupo de Ejércitos Norte ocupa Ostrov y alcanza la antigua frontera rusa anterior a 1939.
9 de julio: el Grupo de Ejércitos del Centro pone fin a la resistencia soviética en la bolsa de Minsk y conquista Vitebsk.
10-11 de julio: los "panzer" del Grupo de Ejércitos del Centro cruzan el Dnieper. En el Sur, fracasa la contraofensiva lanzada por los rusos contra los Ejércitos 5 y 6; los "panzer" de Kleist llegan a 15 km de Kíev.
15 de julio: la ruptura del frente lleva, en el centro, al cerco y a la caída de Smolensk: 300.000 rusos quedan así entre Orsha y Smolensk.
20 de julio: en el centro, Bock ordena a Guderian cerrar el anillo de Smolensk antes de iniciar cualquier otro avance hacia el Este.
22 de julio: tras un mes de rápidos avances, el Grupo de Ejércitos Norte se ve obligado a detenerse al oeste del lago Ilmen, a causa del agotamiento de sus tropas.
30 de julio: en el Sur, Kleist cerca a las tropas soviéticas concentradas en Umán.
3 de agosto: Kleist y Stülpnagel aíslan, en el Sur, la bolsa de Umán; los brazos de la tenaza se cierran.
5 de agosto: cesa la resistencia soviética en la bolsa de Smolensk: el Grupo de Ejércitos del Centro ha conseguido penetrar a la altura del "puente de tierra" de Smolensk; pero todavía debe hacer frente a algunos encarnizados contraataques rusos. En el Sur, fuerzas rumanas inician el asedio de Odesa, que se prolongará durante 73 días.
12 de agosto: Hitler insiste en la necesidad de romper el frente sudoccidental soviético antes de iniciar el avance en el centro, mientras Guderian se dirije al Sur, hacia Gómel y Starodub. El Grupo de Ejércitos Norte avanza sobre Leningrado desde la cabeza de puente de Luga.
23-30 de agosto: Guderian se dirige al Sur: el comandante en jefe del frente soviético, Eremenko, se prepara, con algún retraso, a prevenir la inminente amenaza a espaldas de Kíev.
25 de agosto: los "panzer" del Grupo de Ejércitos Sur fuerzan el paso del Dnieper en Dniepropetrovsk; queda abierto el camino al brazo meridional del movimiento en tenaza alemán, que intenta cercar a las fuerzas soviéticas concentradas entre Umán y Kíev.
30 de agosto-2 de septiembre: fracasa la contraofensiva lanzada por Eremenko sobre el flanco de Guderian.
12 de septiembre: Kleist se dirige hacia el Norte desde las cabezas de puente de Cherkassi y Kremenchug.
15 de septiembre: los brazos externos del movimiento en tenaza se cierran: las unidades de vanguardia "panzer" de Kleist y Guderian convergen en Lojvitsa, aislando cuatro Ejércitos soviéticos.
17 de septiembre: el STAVKA ordena, con retraso, la retirada de las fuerzas soviéticas de Kíev.
18-27 de septiembre: en el Sur, en la bolsa de Kíev, varias unidades rusas son destruidas o se rinden. Casi dos tercios del potencial del Ejército ruso existente al comienzo de la guerra, ha sido ya eliminado.

AVANCE RÁPIDO SOBRE SMOLENSK

Alfred Philippi,
general de División



La espera había terminado. El Grupo de Ejércitos del Centro, al mando de Bock, avanza hacia la Rusia Blanca, teniendo como principal objetivo Moscú. Los soviéticos combatieron y perdieron la "batalla de las fronteras", tal como habían previsto los alemanes, que, gracias a las hábiles maniobras de cerco llevadas a cabo en Minsk y en Smolensk, capturaron gran número de prisioneros. Pero el camino hacia Moscú era todavía largo y los recursos de Rusia parecían inagotables.



Poco después de las tres de la madrugada del día 22 de junio de 1941, toda la línea del frente alemán, desde los Cárpatos al mar Báltico, tras una breve preparación artillera, avanzó más allá de la línea de demarcación, mientras las formaciones aéreas surcaban el cielo dirigiéndose hacia el interior de Rusia.

Apenas iniciado el ataque, el Grupo de Ejércitos del Centro consiguió importantes éxitos. Casi todos los puentes sobre el río Bug cayeron intactos en manos de los alemanes, pues las unidades enemigas combatían sin cohesión alguna, apoyadas tan sólo por un fuego de artillería a todas luces insuficiente; daba la impresión de que los rusos no habían establecido ningún plan para una verdadera defensa o una retirada en orden. Allí donde las fuerzas soviéticas lograban oponer alguna resistencia local, se veían inmediatamente cercadas: en el aspecto táctico, los alemanes contaron plenamente con el factor sorpresa.

El enemigo sólo opuso una verdadera resistencia en la fortaleza de Brest-Litovsk y en las fortificaciones situadas al norte de la ciudad; no obstante, a los cuatro días de lucha la fortaleza cayó en poder de una división alemana, que retrasó su avance con este fin. El paso principal del río Bug, sobre el ala meridional del Grupo de Ejércitos del Centro, fue bloqueado hasta el 26 de junio, lo que repercutió negativamente sobre el movimiento de las unidades del 2.º *Panzergruppe*, provocando una grave concentración en aquel sector. El plan sobre el paso del río hubo de revisarse por completo y, en los primeros momentos, las tropas de policía encargadas del tráfico, se vieron impotentes para deshacer el atasco: hubo que separar varias unidades motorizadas de la columna y enviarlas al sur del sector de la fortaleza para efectuar el paso sobre puentes improvisados. Los caminos de acceso, construidos sobre terreno pantanoso, eran casi impracticables, por lo que la maniobra provocó nuevos retrasos. No obstante, el general Guderian, comandante del 2.º *Panzergruppe*, hizo que sus carros de combate progresaran sin descanso, de modo que algunas de las unidades más avanzadas alcanzaron en la noche del 23 de junio las carreteras más importantes próximas a Kobrin y Pruhany. Mientras tanto, al norte de Brest-Litovsk, el Ejército 4 penetraba en territorio enemigo en una profundidad de 16 km, y más al Norte, en Alitús, el 3.er *Panzergruppe* conquistaba, intactos, los puentes sobre el Niemen. Grodno capituló el 23 de junio.

Estos primeros éxitos abrieron camino a los ataques de las unidades motorizadas en las dos alas del Grupo de Ejércitos del Centro; ataques que, según los planes previstos, debían desarrollar un amplio movimiento de cerco sobre el enemigo en la zona de Minsk. Desbordadas las fuerzas rusas en la región de Bialystok, serían luego aniquiladas por los dos brazos de la tenaza interna, constituida por fuerzas de los Ejércitos 4 y 9.

Pero el día 23 de junio, el reconocimiento aéreo descubrió a varias columnas enemigas en retirada hacia el Este, en la zona de Bialystok. El hecho era sorprendente. ¿Tan pronto habían conseguido los rusos superar el colapso provocado por la sorpresa inicial? ¿Había logrado el Alto Mando soviético dominar la situación y decidir la retirada de sus tropas hacia el Este a fin de evitar el peligro de un cerco y asegurarse una cierta libertad de movimientos? El general Bock parecía dispuesto a aceptar esta teoría, si bien paralelamente a estos informes, llegaban otros que señalaban la creciente resistencia local de algunas unidades. Mas quizás éstas tenían por objeto cubrir la retirada general que Bock sospechaba.

El general temía que fuertes contingentes de fuerzas enemigas lograsen refugiarse en las zonas pantanosas, a lo largo del Beresina, antes de que en Minsk se cerrase el cerco en torno a ellas. Así, pues, la noche del 23 de junio decidió ordenar a su *Panzergruppe* más avanzado que ocupase inmediatamente los puentes de Polotsk y Vitebsk, sobre el Dviná, con objeto de impedir que el enemigo estableciese un nuevo frente sobre el río. El brazo septentrional del movimiento de tenaza, próximo a Minsk, podría confiarse al Ejército 9. Sin embargo, el OKH, tras un cambio de impresiones, declaró que no veía ningún elemento positivo en este avance aislado y en profundidad y que aquella maniobra del *Panzergruppe* podía más bien acarrear un riesgo inútil. El OKH insistió, por lo tanto, en que lo más conveniente era reunir, tal como establecía el plan original, a los dos *Panzergruppe* en las proximidades de Minsk.

Lo que sucedió más tarde demostró hasta qué punto era acertada esta decisión. El 24 de junio, las unidades avanzadas de los dos *Panzergruppe* alcanzaron Slonin, al Sur, y Vilna, al Norte. Continuando su avance hacia el Este, los Ejércitos 4 y 9 se dirigieron, respectivamente, hacia el Norte y hacia el Sur, empujando a las fuerzas soviéticas a la trampa del cerco. Los rusos combatían en grupos aislados, sin coordinación, como si careciesen de un mando unificado, a veces resistiendo y otras retirándose. Algunas de sus unidades desaparecían en los densos bosques para salir, de pronto, al descubierto y atacar la retaguardia alemana. El resultado fue una sucesión de encuentros locales en los que se combatía de día y de noche con graves pérdidas por ambas partes.

Al mismo tiempo, resultaba un serio problema la formación de una gran bolsa que se extendía desde Bialystok a Minsk. Por ello, el esquema general del plan tuvo que ser modificado rápidamente de acuerdo con el curso de los acontecimientos. El plan antiguo dependía de la rapidez de las fuerzas acorazadas. En sus direcciones de ataque, los carros de combate habían logrado, en efecto, romper el despliegue de las fuerzas soviéticas e interceptar sus vías de comunicación con la retaguardia; pero, precisamente porque el avance continuaba ininterrumpidamente, no fue posible formar un cerco sólido en torno a las bolsas aisladas. Los *Panzergruppe* confiaban que las unidades de infantería se encargarían de ello; mas, pese a todos sus esfuerzos, éstas no pudieron adaptarse al ritmo de avance de las fuerzas acorazadas.

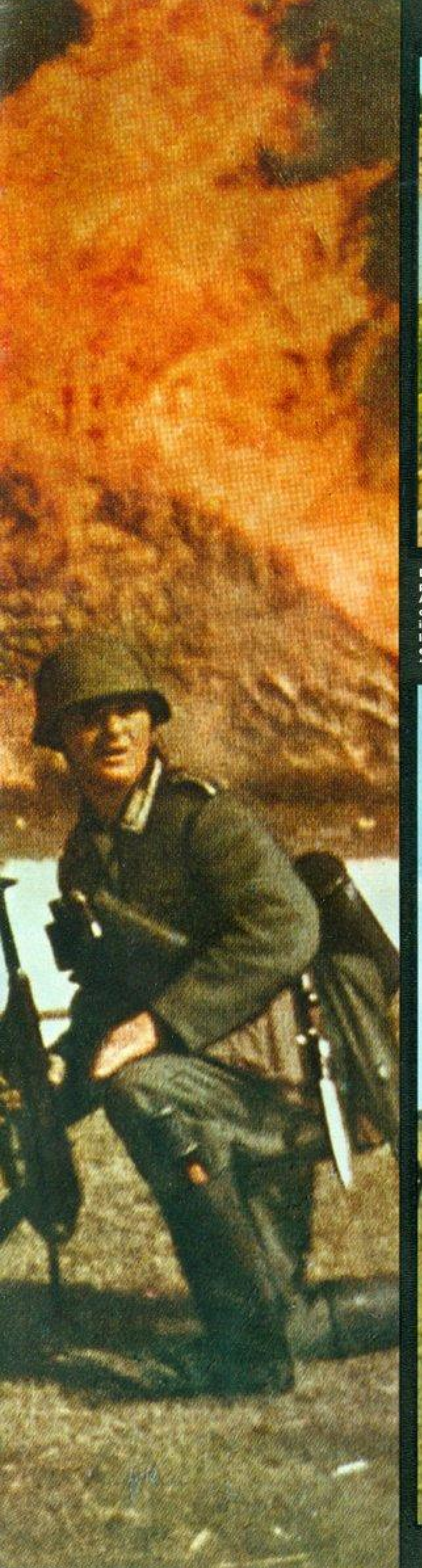
Consecuencia de todo ello fue que las distancias entre la infantería y los carros de combate se iban ensanchando progresivamente, y así, en el sector oriental, el cerco era ya muy sutil. Pronto descubrió el enemigo esos puntos débiles e intentó abrirse paso en fuerza, entre Volkovisk y Slonin. En Volkovisk la tentativa tuvo éxito, y el 2.º *Panzergruppe* se encontró con el flanco izquierdo amenazado. Por otra parte, como el avance de la infantería se hallaba prácticamente detenido por las malas condiciones de las carreteras y por los duros combates desarrollados en los bordes de la bolsa, se manifestaron algunas divergencias entre el impetuoso Guderian y el más cauto Kluge. Bock se inclinó por el criterio de Guderian. Pero el 25 de junio, el propio Hitler expresó sus temores a propósito de la bolsa de Minsk, que le parecía demasiado amplia. El general Bock estaba furioso por esta peligrosa e imprevista desviación de las líneas del plan general; mas, finalmente, aquella misma noche, el OKH logró comunicar con Hitler, recabando de él una orden por la cual los dos *Panzergruppe* deberían ocuparse tan sólo del sector de Minsk.

A su pesar, pues, el 2.º *Panzergruppe* se vio obligado a dejar en Slonin algunas de sus unidades, a fin de que pudieran unirse a la infantería del Ejército 4, cerrando con ello la bolsa que se estaba formando en Volkovisk, todavía más al Este.

El 25 de junio el OKH insistió en la necesidad de aumentar la presión ejercida sobre la bolsa por el Ejército 9 al Norte y por el 4 al Sur. Y así sucedió que, en vez de la única y enorme bolsa prevista en los planes alemanes, se llegaron a crear numerosas bolsas separadas en el transcurso de desesperados combates.

El día 29 de junio las vanguardias del 2.º *Panzergruppe* se unieron, cerca de Minsk, con unidades del 3.er *Panzergruppe*, que había alcanzado aquella zona el día anterior, tras dura lucha. El 28

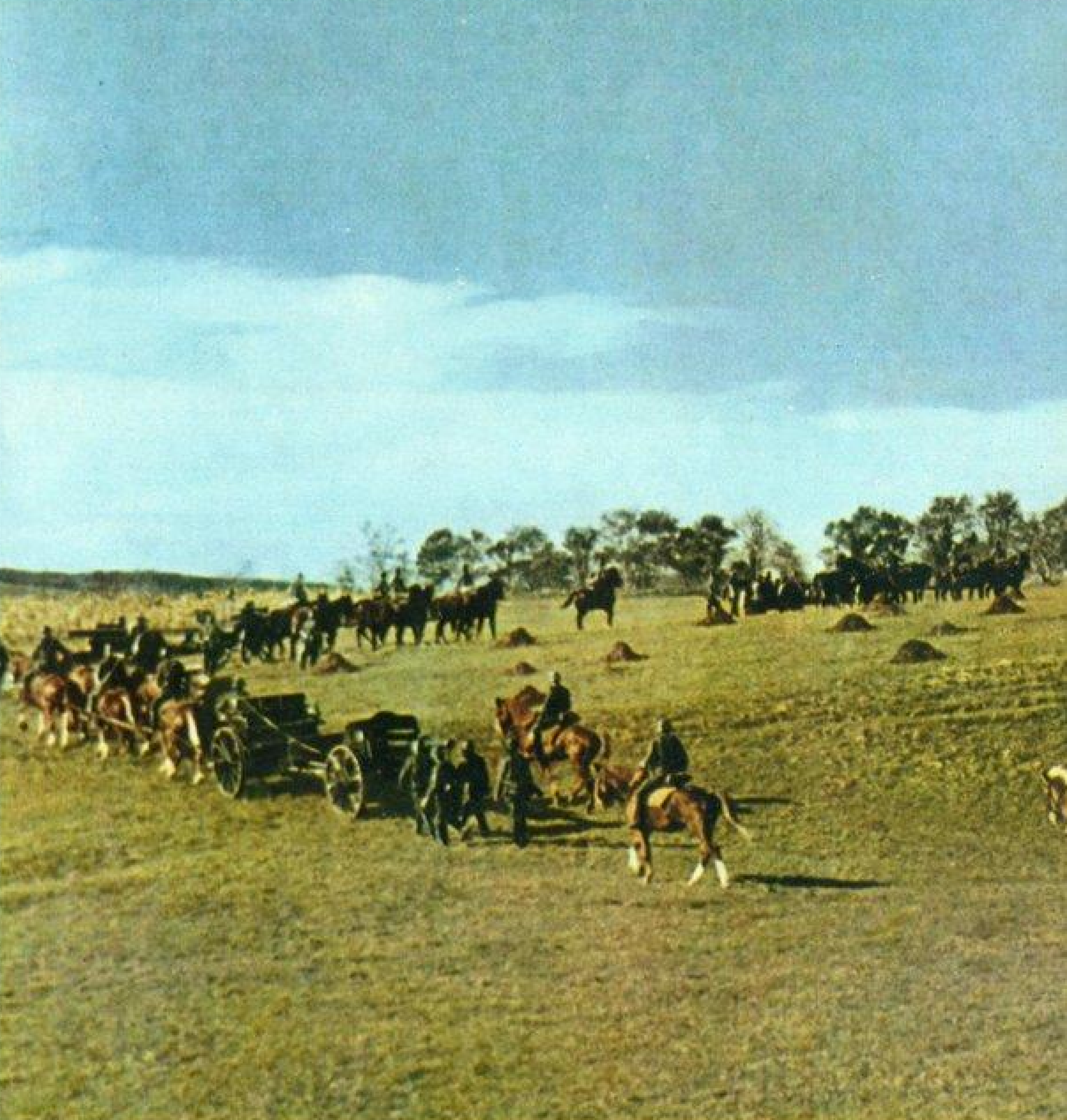


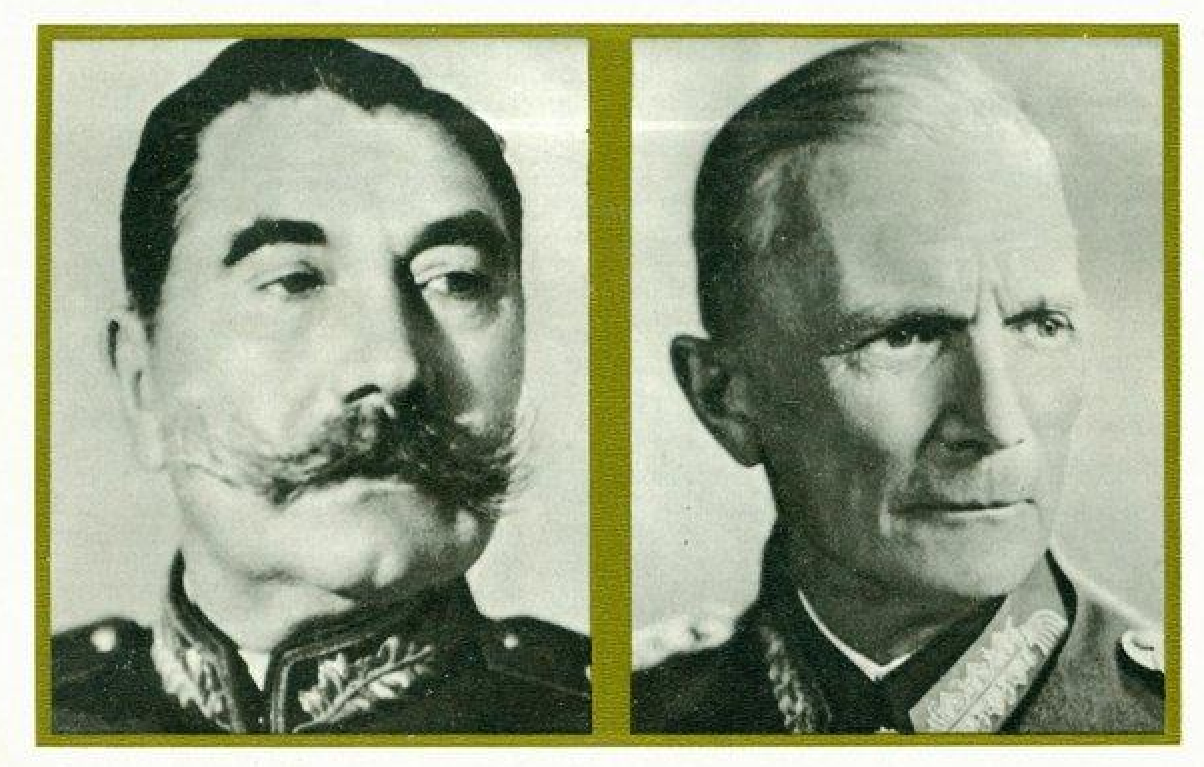




Después de las incursiones aéreas llevadas a cabo por la «Luftwaffe», las puntas de vanguardia de las unidades acorazadas atraviesan las principales ciudades rusas que se encuentran al paso de las direcciones de ataque de los Grupos de Ejércitos, sembrando a su paso la destrucción. Abajo: una columna de artillería alemana hipomóvil se dirige a las posiciones conquistadas por las unidades acorazadas para consolidarlas; arriba: columnas de infantería recorren las amplias llanuras rusas. El éxito del avance alemán en Rusia dependía, en gran parte de la rapidez con que la infantería alemana lograse alcanzar las defensas rusas a través de las cabezas de puente conquistadas por las unidades acorazadas. Luego y siempre lo más rápidamente posible, tenía que reunirse con ellas para eliminar las ya aisladas bolsas de resistencia. El objetivo principal del Ejército alemán era la rápida y oportuna aniquilación del Ejército ruso; objetivo que, en principio, parecía fácil de conseguir, ya que nunca como entonces, los "Panzer" consiguieron tantas victorias.

(History of the Second World War)





El mariscal soviético Budennij, comandante en jefe del frente sudoccidental, depuesto de su cargo después de los reveses sufridos por el Ejército ruso en Kiev. (United Press)

El *Feldmariscal* Bock comandante del Grupo de Ejércitos del Centro alemán, que logró sacar el máximo partido de los éxitos iniciales de sus unidades. (Ullstein)

de junio, los dos *Panzergruppe* consiguieron sus objetivos iniciales; si bien a sus espaldas, los Ejércitos 4 y 9 se hallaban aún empeñados en furiosos combates para reducir a las fuerzas rusas en la bolsa. Pero el día 30 la lucha en torno a Bialystok y Volkovisk podía considerarse casi terminada. Los Ejércitos 3 y 10 soviéticos, que comprendían cerca de 10 divisiones de infantería, 2 de caballería y 6 brigadas acorazadas, habían sido destruidos o desorganizados.

Esta victoria permitió a los alemanes disponer de numerosas unidades de infantería, que inmediatamente fueron a reforzar a los *Panzergruppe* en el gran cerco de Minsk. En el área comprendida entre esta última ciudad y Nóvgorod se hallaban cercados, no sólo los restos de las fuerzas retiradas desde el Oeste, sino también un considerable número de reservas soviéticas: en conjunto 13 divisiones de infantería, 2 de caballería y 4 batallones de carros de combate.

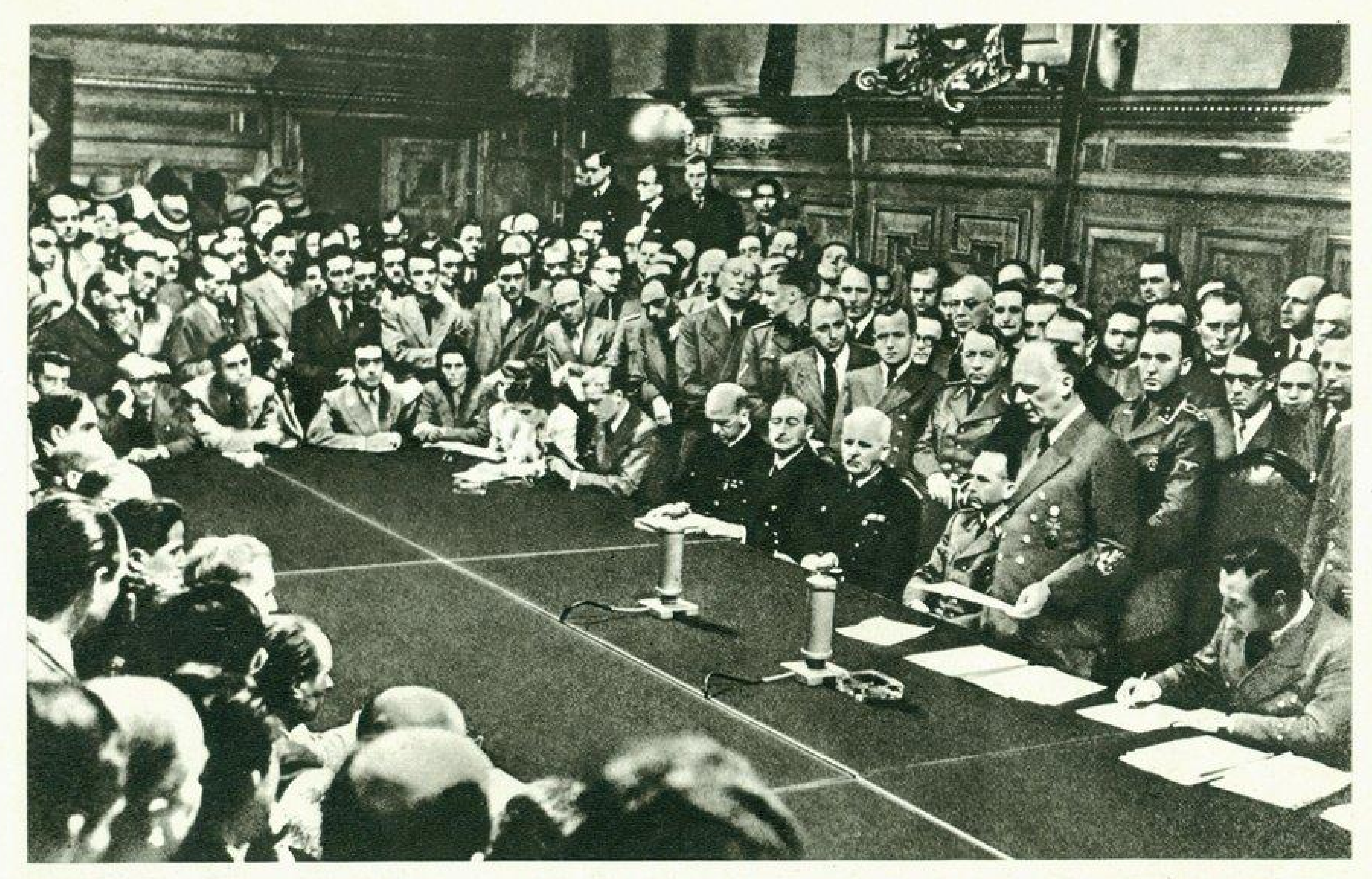
Una vez más, la paciencia de los jefes de las unidades acorazadas alemanas, ansiosos de avanzar a toda prisa, fue puesta a prueba por la lentitud de la infantería. Durante toda una semana, parte de estas fuerzas acorazadas, desplegada en semicírculo a ambos lados de Minsk, tuvo que permanecer inmóvil frente a la bolsa. Por ello hasta el 9 de julio, los Ejércitos 4 y 9 no lograron decidir a su favor la batalla de Minsk.

Ese día el Grupo de Ejércitos del Centro comunicó al OKH los resultados de las operaciones llevadas a cabo. De los cuatro Ejércitos soviéticos, compuestos de 43 divisiones y 6 brigadas, los alemanes habían logrado destruir 22 divisiones de infantería, 3 de caballería, 7 divisiones acorazadas y 6 brigadas motorizadas. En total capturaron 300.000 prisioneros, 2500 carros de combate, 1400 cañones y 250 aviones.

Después de la derrota sufrida en Bialystok y en Minsk, el despliegue de las fuerzas soviéticas presentaba una amplia brecha en su parte central. En un primer momento, algunas tropas rusas se retiraron hacia el Este, atravesando el Dnieper; no obstante, algunos días antes, el OKH llegó a la convicción de que los soviéticos habían decidido no efectuar ninguna retirada general hacia el interior del país. Esta suposición se vio confirmada por los reconocimientos aéreos, que revelaron importantes movimientos de tropas desde la zona de Smolensk *hacia el Oeste*. Parecía probable que el Alto Mando soviético hubiese decidido constituir una nueva línea de defensa a lo largo del Dnieper y del Dviná, así como sobre el territorio comprendido entre los dos ríos. Si en realidad era así, se confirmarían los temores de Bock el día 23 de junio y explicaría también que el general y los comandantes de las unidades acorazadas estuvieran impacientes por lanzarse, sin más demora, hacia el Dnieper y el Dviná y que se mostraran tan reacios a tomar parte en las batallas relacionadas con las maniobras de cerco.

El avance de los carros de combate hacia el Dnieper

El tiempo apremiaba. Cada día perdido por los alemanes en movimientos tácticos, era un día ganado por el Ejército ruso, por cuanto le permitía acumular reservas y organizar nuevas líneas de



22 de junio de 1941: von Ribbentropp, ministro de Asuntos Exteriores del Reich, da cuenta, en una conferencia de Prensa celebrada en la Bundesratssaal, del ataque alemán a la Unión Soviética. El pacto de no agresión firmado en 1939, acababa de ser escandalosamente violado. *(Archivo Rizzoli)*

defensa. Por este motivo los comandantes de las Grandes Unidades habían puesto sus miras, desde el principio, mucho más allá, sobre el Dnieper y el Dviná. Y por lo mismo también habían permitido que el grueso de los dos *Panzergruppe* se dirigiese hacia el Este.

La línea alcanzada a primeros de julio por el Grupo de Ejércitos del Centro, era el punto de partida para un posterior avance. En el ala derecha, un Cuerpo de Ejército del 2.° *Panzergruppe* había atravesado el Beresina y, al no encontrar más que una débil resistencia, pudo alcanzar el Dnieper en las proximidades a Rogachov. Sobre el ala septentrional, otro Cuerpo de Ejército llegó al Beresina, cerca de Borísov, y tras un duro combate consiguió establecer una cabeza de puente en la ruta hacia Smolensk. En Minsk, el Cuerpo de Ejército III todavía esperaba que llegase la infantería para relevarle en el frente del cerco.

En el extremo del ala meridional del Grupo de Ejércitos del Centro, próximo a los pantanos del Pripet, una división de caballería protegía el amplio flanco de las fuerzas en avance con acciones de reconocimiento ofensivo entre los pantanos. El 3.er *Panzergruppe*, con sus Cuerpos de Ejército, estaba avanzando hacia el Dviná en dirección a Polotsk, mientras el ala meridional del Grupo de Ejércitos Norte ya había atravesado el río cerca de Dáugavpils. Tras el 3.er *Panzergruppe*, seguía el Ejército 9, con el aditamento del grueso de su infantería.

A la izquierda: el Grupo de Ejércitos del Centro, al mando del *Feldmariscal* Bock, avanzó por la Rusia Blanca, envolviéndola en una maniobra de cerco en tenaza. Su principal objetivo era Minsk, cuya resistencia cesó el 9 de julio de 1941. Después de haber eliminado las últimas bolsas soviéticas en Minsk, las fuerzas acorazadas atraviesan el Dnieper, dirigiéndose hacia Smolensk, primer objetivo importante del avance hacia Moscú. El 15 de julio se cercó la ciudad, que se rindió poco después: 300.000 rusos quedaron aislados entre Orsha y Smolensk. El avance se detuvo el 22 de julio pues las tropas alemanas estaban demasiado agotadas.

El 26 de junio, von Bock y el comandante en jefe del Ejército, *Feldmariscal* Walter von Brauchitsch, habían discutido acerca de la táctica más oportuna en las sucesivas fases de las operaciones. Ambos jefes estuvieron de acuerdo en la necesidad de no perder tiempo destruyendo al enemigo en torno a Smolensk, y de emprender en seguida el avance hacia Moscú. Brauchitsch aconsejó la fusión de los dos *Panzergruppe* en uno solo, al mando del *Feldmariscal* von Kluge, lo que permitiría utilizar con mayor eficacia las veloces unidades acorazadas al ritmo de las vicisitudes de la batalla. Pero a este respecto Bock albergaba algunos temores, pues conocía el temperamento obstinado de Kluge y de Guderian, que ya habían sido causa de algunos roces entre ellos. No obstante, Brauchitsch desechó esta objeción, considerándola secundaria, y decidió que la nueva estructura orgánica debía entrar en vigor el 3 de julio. En consecuencia, el mando del Ejército 4 cambió de nombre: se le llamó *Panzer-AOK* 4.°; jerárquicamente se colocaba entre el mando del Grupo de Ejércitos del Centro y los mandos del 2.° y 3.er *Panzergruppe*. Las unidades del Ejército 4 pasaron a las órdenes del nuevo Alto Mando del 2.°, dirigido por el general Maximilian von Weichs.

El día 1 de julio, el Grupo de Ejércitos del Centro recibía nuevas órdenes. Para los mandos subordinados las disposiciones eran las siguientes:

- el 3 de julio el Ejército Acorazado 4 debía hallarse dispuesto a «profundizar en dirección a Moscú»;
- en el logro de este objetivo, el 2.° *Panzergruppe* debería conquistar por la fuerza un paso en el Dnieper, en el sector Rogachov-Orsha, y sus unidades avanzadas, moviéndose a lo largo de la dirección señalada por la carretera Minsk-Moscú, ocuparían las alturas de Yelnia, sobre el Desná;
- el 3.er *Panzergruppe* tenía que superar los pantanos del curso superior del Beresina, y, siguiendo el curso del Dviná, entre Polotsk y Vítebsk, adentrarse en las regiones al norte de Smolensk;
- los Ejércitos 2 y 9 deberían seguir a las unidades rápidas con la mayor velocidad posible, enviando a vanguardia destacamentos móviles a fin de apoyar la acción. Para ambos Ejércitos era de importancia vital la rápida ocupación del sector Orsha-Vítebsk;
- la cooperación con la *Luftwaffe* permanecería inmutable. El Ejército 2 y el 2.° *Panzergruppe* estarían apoyados por el II *Fliegerkorps* y el Ejército 9 y 3.er *Panzergruppe* por el VIII.

El 3 de julio, el nuevo Ejército Acorazado chocó con una resistencia tenaz y quedó detenido. En esta ocasión falló el elemento sorpresa. En ambos extremos del frente de ataque, junto a Rogachov, en el Dnieper y en Polotsk, sobre el Dviná, los alemanes establecieron algunas cabezas de puente; mas entre estos dos puntos, sobre el Beresina, los rusos opusieron una resistencia obstinada, mostrándose particularmente activos en la zona cercana a Borísov. Este ímpetu combativo, unido a los informes del servicio de reconocimiento aéreo alemán, que señalaban nuevos movimientos de tropas procedentes de la retaguardia, llevó a los jefes alemanes a la conclusión de que los rusos estaban intentando detener la invasión a lo largo de las barreras de los ríos. Allí, al parecer, iba a frenarse el avance hacia Moscú.

Por ello Bock se vio en la urgente necesidad de tomar una decisión: ¿debía continuar el ataque únicamente con el Ejército Acorazado 4 (lo que le obligaría a emplear las rápidas y vitales unidades acorazadas) o esperar la llegada de los Ejércitos 2 y 9? En el mejor de los casos, las primeras divisiones no llegarían antes de una semana. Los destacamentos avanzados, dotados de artillería y

cuyo envío se había solicitado, podrían ofrecer un ligero anticipo como refuerzos, pero esto no justificaba la grave pérdida de tiempo, pues el factor tiempo volvía a ser, una vez más, el elemento vital.

Bock decidió, al fin, actuar rápidamente. De acuerdo con Kluge, ordenó a las unidades del 2.º *Panzergruppe* que se reagruparan a ambos lados de Moguiliov, con el fin de desencadenar un enérgico ataque en aquella zona y en Borísov.

Aunque la prevista maniobra de reagrupamiento se vio obstaculizada y retrasada a causa de las intensas lluvias, la situación mejoró sensiblemente gracias a un afortunado éxito conseguido por el 3.er *Panzergruppe*. Esta unidad, combatiendo duramente más allá de Polotsk, consiguió envolver las defensas del Dviná y ocupar Vítebsk el día 9 de julio. Fue éste un éxito clave, y los Estados Mayores, tanto del Ejército como del Grupo de Ejércitos, aprovechando la favorable ocasión, decidieron trasladar el esfuerzo principal de la operación al ala septentrional, asignando al 3.er *Panzergruppe* algunas unidades del 2.º Pero este plan tuvo que ser abandonado a causa de las dificultades derivadas del mal tiempo. Afortunadamente, nada ocurrió, pues del 10 al 11 de julio el 2.º *Panzergruppe* logró atravesar el Dnieper a ambos lados de Moguiliov, en Stari Bijov y en Shklov.

Incursión relámpago sobre Smolensk

Aquellos días se desarrollaron encarnizados combates, tanto en el sector meridional como en las proximidades de Vítebsk; pero el 13 de julio, una doble penetración efectuada sobre las dos alas, inició la operación que debía concluir con el cerco de Smolensk. Las unidades avanzadas de las formaciones acorazadas, envolviendo a las fuerzas soviéticas a lo largo de la carretera Orsha-Smolensk, se acercaron a su objetivo con rapidez sorprendente. El 15 de julio, una división del 3.er *Panzergruppe* alcanzó y cortó, en Yártsevo, la carretera nacional Smolensk-Moscú. Al día siguiente, una unidad del 3.er *Panzergruppe*, en audaz incursión, desencadenó un ataque sorpresa contra Smolensk y conquistó la ciudad. Con ello, todas las fuerzas enemigas que se hallaban entre Orsha y Smolensk (casi 300.000 hombres) quedaron aisladas. El siguiente e indispensable paso era proteger a las unidades avanzadas, organizando una defensa más eficaz en el Este.

El 17 de julio el 2.º *Panzergruppe*, que había



Soldados de infantería alemana saltando de un carro blindado en el curso de una operación. La infantería alemana, bien equipada e instruida, consiguió coordinar hábilmente su acción con las unidades *Panzer*. (Bapty C.º Ltd)

dejado el Cuerpo de Ejército XLVII en el Frente meridional de Smolensk, envió al Cuerpo de Ejército XXIV sobre el río Soz, a ambos lados de Krichov. Entre tanto, el 3.er *Panzergruppe* con sus otros dos Cuerpos de Ejército (XXXIX y LVII) formó el brazo septentrional de la maniobra envolvente, que avanzó sobre la línea Yártsevo-Nevel.

Las rápidas unidades acorazadas, todavía más audaces y temerarias de lo que habían demostrado ser en el avance hacia Minsk, recibieron la orden de eliminar a las fuerzas soviéticas que amenazaban las direcciones de ataque de sus carros de combate. Parecía una carrera contra reloj. Las columnas acorazadas habían dejado atrás importantes efectivos soviéticos en las proximidades de Moguilïov y al norte de Vítebsk, además de numerosos grupos a ambos lados del Nevel: en total casi 10 divisiones. Para aniquilar todas estas fuerzas y limpiar la gran bolsa de Smolensk, los alemanes debían aguardar la llegada de los Cuerpos de Ejército de infantería de los Ejércitos 2 y 9.

Sin embargo, la bolsa de Smolensk no había sido totalmente cerrada. Quedaba un pequeño paso abierto en el intrincado valle del Dnieper, por donde el enemigo podía escapar fácilmente hacia el Este. Guderian, que era el responsable de aquel sector, intentó cerrarlo empleando para ello la artillería y la aviación. Y cuando el mando del Grupo de Ejércitos le instó para que llevase a cabo una definitiva conjunción con el 3.er *Panzergruppe*, el general replicó que el número de carros de combate de que disponía era insuficiente. En efecto, más que por cerrar la brecha, Guderian se sentía ansioso por continuar el avance hacia el Este, creando un trampolín de lanzamiento para el avance final hacia Moscú. Pero, cuando el 20 de julio, tras establecer una cabeza de puente más allá del río Desná, Guderian propuso proseguir el avance, Bock hubo de recordarle en términos tajantes cuál era ante todo su deber: cerrar la brecha de Smolensk.

El cierre total no tuvo efecto hasta el 27 de julio y las fuerzas enemigas, cazadas en la trampa, no pudieron ser totalmente aniquiladas hasta el 6 de agosto. En el curso de los combates desarrollados a partir del 10 de julio, los alemanes capturaron 310.000 hombres, 3025 carros de combate y 3120 cañones. El Ejército 16 soviético y parte del 19 y del 20 fueron aniquilados.

La importancia de estas cifras y la tenaz resistencia opuesta por las tropas rusas cercadas, tie-



Soldados alemanes atacan e incendian un tren soviético de transporte de tropas. La rapidez era el elemento primordial de la Operación «Barbarroja», que, al desarrollarse en grandes extensiones de terreno, suponía para el atacante graves problemas logísticos. (Bapty C.° Ltd)

Carros de combate alemanes avanzan, adentrándose en las interminables llanuras rusas. En el frente central, los dos *Panzergruppe* de Bock, una vez rebasadas Brest-Litovsk y Bialystok, penetraron en la Rusia Blanca, dirigiéndose hacia el próximo objetivo: Smolensk. *(History of the Second World War)*

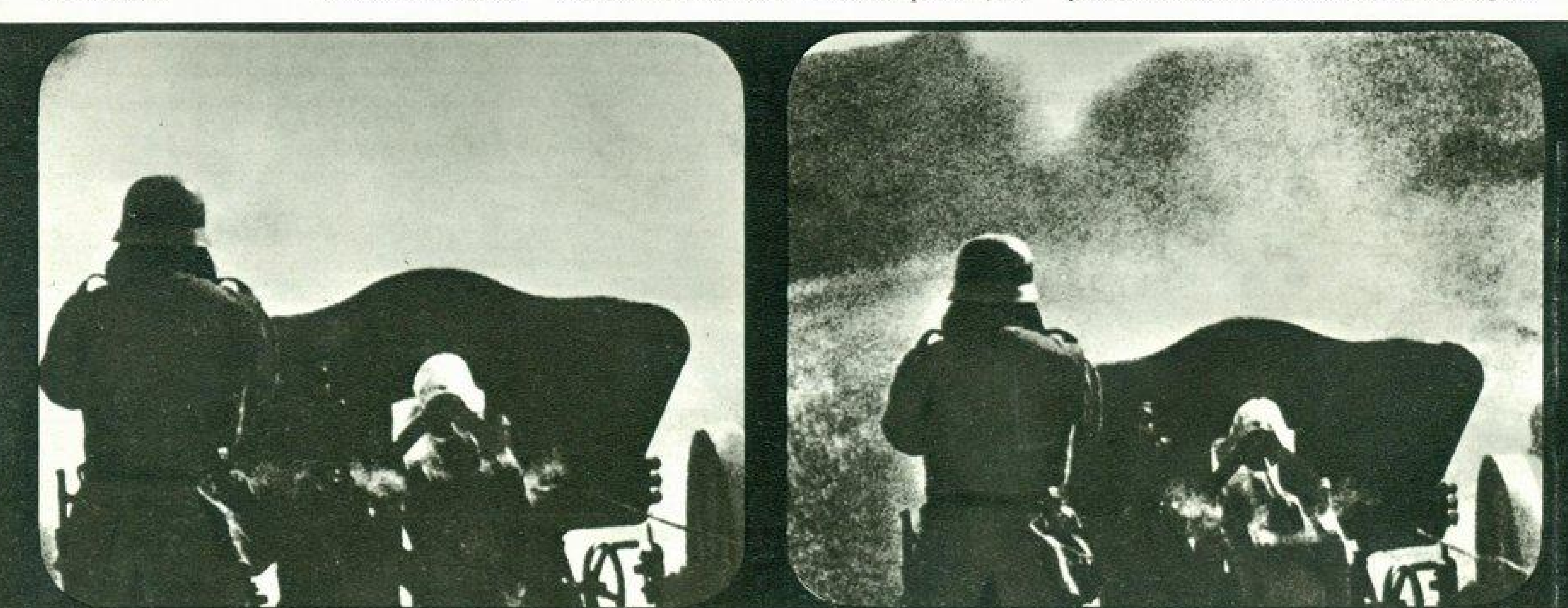
nen su explicación en el hecho de que el paso, tan tardíamente cerrado, no sólo fue utilizado para huir sino también para transportar municiones y abastecimientos, según la estrategia rusa, de la que hablaremos más adelante.

Esta era la situación el día 17 de julio. A lo largo de una amplia curva, a casi 800 km de la línea de partida, se desplegaba el frente, más bien deshilvanado, de las unidades rápidas del Ejército *Panzer*, que se abría paso apoyado por las divisiones de la infantería de los Ejércitos 2 y 9.

El principal objetivo del Grupo de Ejércitos del Centro había sido alcanzado, pues las fuerzas alemanas consiguieron penetrar a través del «istmo» Orsha-Smolensk-Vitebsk. Los rusos estaban derrotados y dispersos en un amplio frente y sus tentativas de formar una nueva línea de defensa a lo largo del Dnieper habían fracasado.

Y a partir de mediados de julio, los Estados Mayores germanos conocían el nuevo orden de batalla de los diversos «frentes» o Grupos de Ejércitos soviéticos; también sabían que el mariscal Timoshenko había asumido el mando general del «frente occidental», en que se oponía al Grupo de Ejércitos del Centro. Y asimismo era evidente que el nuevo comandante en jefe soviético demostraba una firmeza y un espíritu de iniciativa totalmente nuevos. Si la pérdida de seis Ejércitos soviéticos fue, en cierto modo, compensada, tal compensación se basaba en el hecho de que su sacrificio había dado tiempo al Alto Mando ruso para reunir y desplegar en la línea del frente cierto número de fuerzas de refresco (aunque un tanto improvisadas), conseguidas gracias a la inmensa reserva de material humano de que disponía el país. Estas fuerzas estaban ahora entrando en acción, especialmente a lo largo de los amplios flancos del Grupo de Ejércitos del Centro y en los puntos donde éste enlazaba con los otros dos Grupos de Ejército, el septentrional y el meridional.

Pero al Sur, el 15 de julio, el Ejército 21 soviético, procedente del sector de Gómel, atacó a través del Dnieper, cerca de Rogachov; simultáneamente, fuerzas de caballería, surgidas de los pantanos del Pripet, se lanzaban desde Mozir hacia el Norte, en dirección de Bobruisk, sobre el Beresina. Ambos movimientos iban dirigidos contra el flanco meridional del Ejército 2 germano. El ataque de las fuerzas soviéticas fue detenido después



Secuencia del tiro de una pieza contracarro alemana de 50 mm, en acción contra una posición enemiga. De izquierda a derecha: la pieza un momento antes del disparo; el humo provocado por la carga se disipa mientras a lo lejos puede verse el punto de caída; los servidores cargan nuevamente la pieza. *(History of the Second World War)*

de varios días de lucha. Pero tres Cuerpos de Ejército alemanes quedaron empeñados en el sector de modo que el ala meridional del Grupo de Ejércitos del Centro acabó por detenerse, finalmente, en el Dnieper. Esto, unido a los despliegues efectuados en el ala septentrional del grupo de Ejércitos Sur, jugaría más tarde un papel importante en la estrategia del Alto Mando alemán.

En el Norte, donde las divisiones de infantería del Ejército 9 habían alcanzado el Dviná con relativa antelación, y, por lo tanto, era posible mantener un estrecho contacto con el ala derecha del Grupo de Ejércitos Norte, la situación era menos crítica que en el Sur. Cierto que el Ejército 9 tuvo que vencer la resistencia de un ingente número de fuerzas enemigas para apoderarse de la fortaleza de Polotsk; pero también había conseguido destacar oportunamente tres Cuerpos de Ejército que reforzaron los efectivos que combatían en torno a la bolsa de Smolensk. Los grupos enemigos situados en Nevel fueron aniquilados el 24 de julio. Entre tanto, el flanco derecho del 3.er *Panzergruppe* quedaba detenido al sur de Velikie-Luki ante la resistencia del Ejército 22 soviético.

Mientras duraron los combates en torno a la citada bolsa, los jefes soviéticos intentaron desesperadamente liberar a sus compañeros caídos en la trampa, e incluso pretendieron arrebatar a los alemanes estas regiones, tan importantes estratégicamente. Con tal objeto iniciaron una enérgica presión en la parte del frente comprendido entre Yelnia y Belvi. Por aquellos días, la cabeza de puente de Yelnia, sobre el río Desná, se convirtió en un punto clave y costó elevadas pérdidas en hombres y en material. Durante la segunda quincena de julio, el Grupo de Ejércitos del Centro se encontró a la defensiva en varios puntos de los 700 km de frente. Por añadidura, el Estado Mayor alemán debía considerar la grave disminución de su potencial bélico: el desgaste puso fuera de combate entre el 40 y 50 % de las unidades acorazadas y el 20 % de los vehículos motorizados (en cuanto a los carros de combate el porcentaje era del 50 %). También entre la tropa, que combatió sin descanso desde el principio de la ofensiva, empezaban a notarse signos de cansancio. Por su parte, el sistema de abastecimientos sufrió algunas alteraciones imprevistas, principalmente a causa del estado en que se encontraban las líneas férreas. Desde luego, se imponía una tregua. Por lo tanto, se juzgó necesario que la llegada de las divisiones de infantería a la línea del frente fuese seguida de 14 días de descanso. Durante este tiempo las unidades acorazadas, que eran las que más necesitaban del descanso, podrían ser reparadas y puestas nuevamente a punto para las sucesivas operaciones.



15 de julio de 1941. Se cierra el cerco de Smolensk, punto estratégico de gran importancia, y la ciudad se rinde tras una encarnizada batalla entre las tropas alemanas y las soviéticas, que intentaban desesperadamente detener el avance hacia Moscú.
(Archivo Rizzoli)

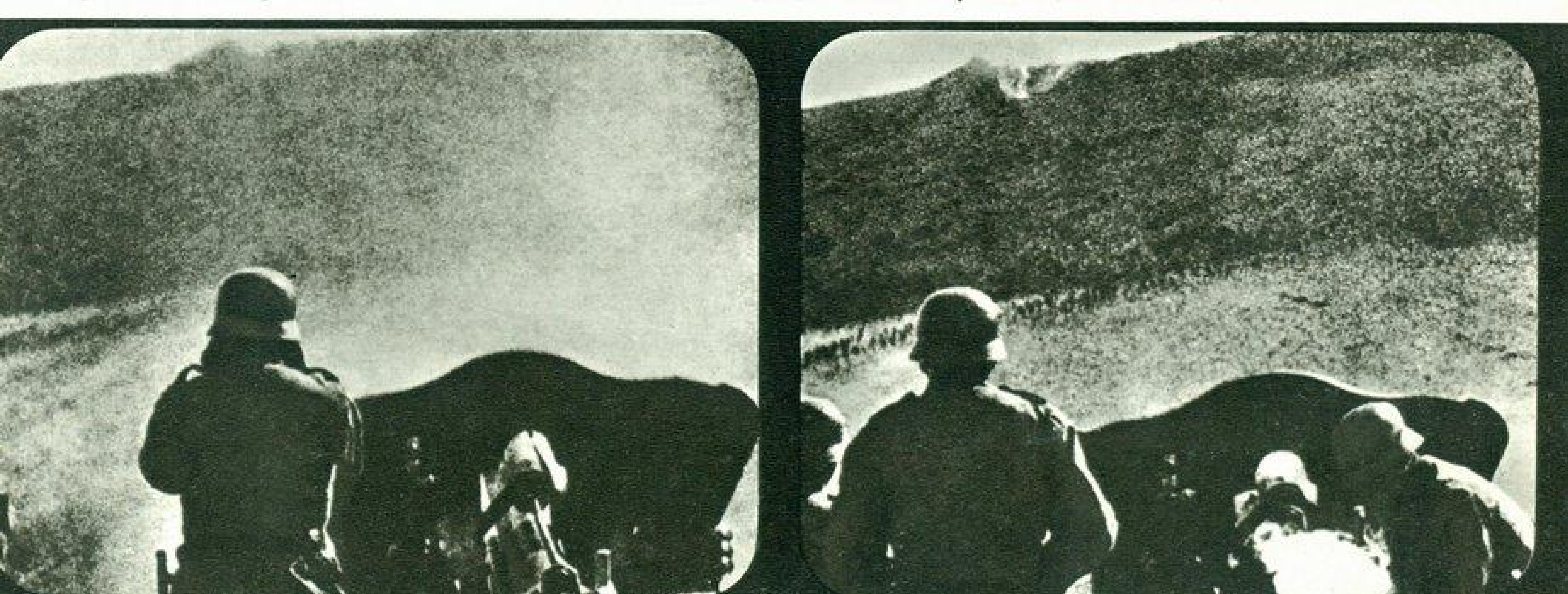
Naturalmente, un período de tregua favorecería al Ejército ruso, ya que le permitiría reconstruir una sólida línea defensiva. Y aunque había sufrido graves pérdidas, y sus unidades de combate actuaban bajo el signo evidente de la improvisación, no por ello podía decirse, ni mucho menos, que estuviera vencido. Tampoco existía duda alguna acerca de los esfuerzos que estaban realizando los rusos para movilizar todo su potencial humano: potencial cuya importancia no se podía ni siquiera valorar.

Los desesperados ataques soviéticos sobre el frente del Grupo de Ejércitos del Centro y la energía y apresuramiento que caracterizaron todos sus movimientos, demostraban claramente que los jefes soviéticos estaban decididos a impedir a toda costa cualquier posterior avance de los alemanes más allá de Smolensk. Sin duda, se habían dado cuenta del peligro que, desde este sector, amenazaba a la capital y a la patria entera. Por su parte, los jefes alemanes sospecharon, no sin razón, que el grueso de las fuerzas rusas se concentraría en este sector. Y allí fue donde decidieron buscar una rápida solución a toda la campaña.

A. PHILIPPI, GENERAL DE DIVISIÓN



Nació en 1903, y en 1924 ingresó en la *Reichswehr* como oficial de infantería. En el transcurso de la segunda Guerra Mundial tomó parte en las campañas de Polonia, de Francia y de los Balcanes. Más tarde prestó servicio en el frente ruso, en unidades combatientes y como miembro del Estado Mayor. Desde otoño de 1944, hasta el final de la contienda, mandó una división de infantería en el frente occidental. Después de la guerra se dedicó al estudio de la historia militar. Entre sus publicaciones más importantes figura *Der Feldzug gegen Sowjetrussland* (La campaña contra la Rusia soviética), aparecida en 1962. Ha revisado también una edición del *Diario de guerra*, del general Halder. Desde 1957 es redactor jefe de la *Wehrwissenschaftlinchen Rundschau* (Revista científica militar).



Ucrania, 22 de junio - 18 de septiembre de 1941

AVANCE RAPIDO



SOBRE KIEV

Mientras el Grupo de Ejércitos Sur, al mando del mariscal Rundstedt avanzaba hacia Ucrania, Hitler detuvo el avance en el sector central, dirigido hacia Moscú, decretando –en contra de la opinión de sus generales– que la capital rusa no debía considerarse como el objetivo militar más importante. El "Führer" estaba obsesionado por los factores económicos; a su juicio, los campos de trigo y las industrias de Ucrania eran mucho más importantes que la caída de la capital soviética. Resultado de esta concepción fue la batalla de Kíev, el mayor desastre militar del Ejército ruso. No obstante, en otoño de 1941, el Ejército soviético seguía todavía en pie.

Geoffrey Jukes

La «batalla de las fronteras» había terminado. Lo que el Ejército ruso necesitaba con más urgencia era precisamente aquello de lo que más carecía: una estrategia basada en la defensa móvil. Sin embargo, el Mando Supremo continuaba impartiendo, a las dispersas unidades, la utópica orden de formar líneas defensivas continuas y de contraatacar a un enemigo cuyo avance era tan rápido que, cuando las órdenes llegaban a su destino, se encontraba ya al este de la línea que los rusos debían defender. Si se exceptúa el fusilamiento de algún que otro general, Stalin no disponía de otro recurso para hacer frente a semejante situación.

La línea Stalin demostró ser tan sólo una quimera. Cierto que algunos de sus sectores resistieron, pero lo cierto es que el Grupo de Ejércitos Sur alemán la franqueó, y el día 9 de julio, el grueso del Ejército 6, con el 1.er *Panzergruppe* del general von Kleist, se hallaba al otro lado de dicha línea.

El 10 de julio, en un intento de coordinar la actividad de sus ejércitos, Stalin nombró tres «comandantes en jefe». El hombre destinado a enfrentarse con el mariscal Rundstedt y el Grupo de

Septiembre de 1941: Kiev en llamas tras los bombardeos efectuados sobre la ciudad por la *Luftwaffe*. (Archivo Rizzoli)



Tropas de asalto alemanas atacan las defensas soviéticas de la «Línea Stalin». Esta línea estaba formada por un sistema de fortificaciones permanentes que corrían a lo largo de la antigua frontera de 1939. Considerada por los rusos como un baluarte inexpugnable, pronto se vio que no era más que una quimera; y así, el 9 de julio de 1941, aunque algunos sectores resistían todavía, los alemanes lograron rebasarla por varios puntos. *(Ullstein) - (History of the Second World War)*

Ejércitos Sur fue el mariscal de la Unión Soviética Semen Michajlovic Budennij. Aunque había demostrado poseer grandes cualidades tácticas, como estratega no merecía la misma confianza: era un hombre de acción, no un pensador; tenía el clásico temperamente «sanguíneo». Sin embargo, para Stalin, el hecho de que Budennij careciera de las características cualidades de un militar de carrera, era más bien un tanto a su favor. Lo importante era que se trataba de un comunista leal. Para mayor seguridad, y con el cargo de «miembro del consejo militar», se nombró al fiel stalinista Nikita Kruschev.

Contrariamente a lo que sucedía a los soviéticos, los problemas alemanes procedían de las victorias logradas. Apenas se plantearon las directrices de la Operación «Barbarroja», el Grupo de Ejércitos Sur dejó de ser considerado como el más importante de los potenciales de la victoria. Su ofensiva debía desarrollarse al sur de los pantanos del Pripet, mientras la concentración más importante del potencial bélico (Grupos de Ejércitos Norte y del Centro, con tres de los cuatro *Panzergruppe*) se hallaba en el Norte. Tan sólo el ala septentrional disponía de fuertes efectivos. Por el contrario, el sector meridional, que abarcaba desde los Cárpatos a la costa del mar Negro, sólo disponía del Ejército 11, al mando del coronel general Ritter von Schobert, con un total de ocho divisiones y de la Brigada Motorizada *SS Adolf Hitler*. Dos Ejércitos rumanos se hallaban también alineados en esta zona, así como un Cuerpo de Ejército húngaro; pero a estas fuerzas, dotadas en su mayoría de armas y material anticuado, únicamente se las empleaba en misiones secundarias.

Los objetivos asignados fueron éstos: el Ejército 6 abriría una brecha para que pasara el 1.er *Panzergruppe* hacia el Dnieper, al sur de Kíev, siguiendo el curso del río hasta llegar a espaldas del frente sudoccidental soviético. El Ejército 17 se dirigiría hacia Vinnitsa, para converger después con el 1.er *Panzergruppe*. Esta maniobra permitiría aniquilar todo el frente sudoccidental y conquistar Ucrania noroccidental. Rumanos y húngaros, junto con el Ejército 11, cubrirían el ala septentrional de cualquier tentativa soviética de envolvimiento y, por último, deberían explotar el éxito previsto avanzando hacia el Este y ocupando Ucrania sudoccidental. El plan era ambicioso y muy preciso. Rundstedt conocía bien su oficio.

Pero los mandos superiores no estaban tan seguros. Ya el 4 de julio Hitler había pronosticado que el problema más difícil de toda la campaña sería decidir, una vez conseguido el hundimiento de la «Línea Stalin», lo que sería más oportuno: si avanzar hacia el Norte o hacia el Sur.

Triple objetivo posible

Los objetivos eran tres: para el Grupo de Ejércitos Norte, Leningrado, ciudad-cuna de la revolución de octubre, ex capital del Imperio ruso, segunda ciudad de la Unión Soviética, importante centro industrial y base de la Escuadra del Báltico. Para el Grupo de Ejércitos del Centro, Moscú, la capital de la nación, también importante centro industrial, ciudad «santa», no sólo del comunismo, sino de toda la Madre Rusia. Y, por último, para el Grupo de Ejércitos Sur, Kíev, tercera ciudad de la Unión Soviética, antiguo centro de la cristiandad eslava cuando Moscú no era más que una aldea.

Kíev, capital de Ucrania, era además una república en que la mayoría de sus habitantes empezaban a demostrar una insólita tendencia a saludar a los soldados alemanes como a sus libertadores. En el aspecto práctico constituía el punto clave de la inmensa región industrial de Járkov, rica en carbón y en petróleo y con gran parte de la industria pesada.

Eran tres buenos objetivos. Y cualquiera de ellos tan importante para la Unión Soviética que, sin duda, ninguno estaría sin defensa. Por lo tanto, atacarlos significaría atacar al grueso del Ejército ruso. Además, ¿no se había apresurado Stalin a ordenar «ni un solo paso atrás»? ¿Acaso, no estaba contribuyendo el Alto Mando soviético (el STAVKA) a apretar el dogal en torno al cuello de su Ejército al insistir en una defensa lineal y en fútiles ataques frontales? Por una ironía del destino, Rundstedt era uno de los generales de mayor prestigio entre los que habían intentado oponerse a la idea de atacar a la Unión Soviética. Hitler tuvo en cuenta, en cierto modo, sus objeciones al subrayar la necesidad de derrotar al Ejército ruso antes de que pudiera retirarse a las amplias llanuras del Dnieper. Por ello, oponiéndose a una retirada estratégica, tanto Stalin como el STAVKA estaba favoreciendo su juego.

El Alto Mando alemán no había preparado ningún plan de operaciones en las llanuras del Pripet, zona que consideraba inadecuada para las maniobras de un Ejército moderno. Por lo tanto, entre el Grupo de Ejércitos Sur y del Centro existía un amplio espacio, y cuando el 1.er *Panzergruppe* dejó de lado al Ejército 5 soviético, éste desplegó en aquella zona pantanosa, constituyendo una amenaza inminente para el flanco septentrional y la retaguardia del Ejército 6 alemán. El 10 de julio Stalin ordenó al Ejército 5 que se dirigiera hacia el Sur, avanzando desde Kórosten hacia Novograd Volinski. Al mismo tiempo, desde Kazatin, el Ejército 6 soviético, atacó por el Noroeste. El objetivo de esta maniobra era apretar, con un movimiento de tenaza, al 1.er *Panzergruppe* al oeste de Kíev, haciendo caer a los alemanes en su propia trampa.

Pero el plan fracasó. Las divisiones alemanas constituyeron frentes defensivos hacia el Norte y el Sur, resistieron tenazmente y, por último, iniciaron el contraataque.

Cuando el brazo meridional de la tenaza rusa quedó roto, el Ejército 5 retrocedió hasta las regiones pantanosas de Kórosten, constituyendo nuevamente una amenaza constante para el flanco izquierdo de Reichenau. Esta circunstancia tendría, más tarde, graves consecuencias. Pero, por el momento, aquel sector del frente quedó más tranquilo.

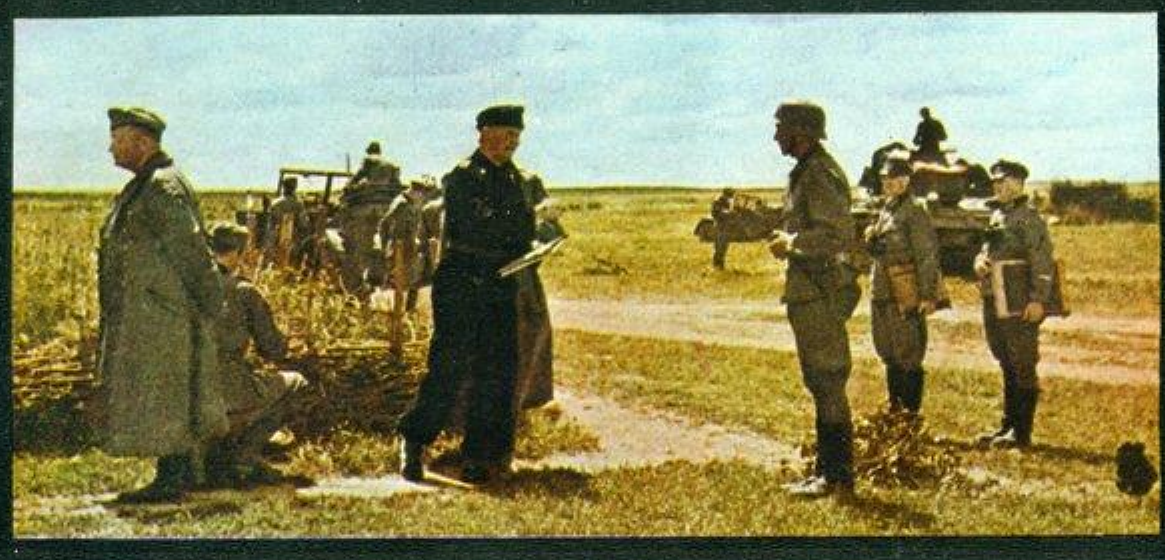
Tras el fracaso de la contraofensiva soviética, Kíev se halló de pronto en un peligro inminente. En efecto, el 11 de julio, la 13.ª y la 14.ª *Panzerdivisionen* del general Kleist alcanzaron el río Irpién, a poco más de 15 km de la capital ucraniana.

Desde luego, no se tuvo en cuenta la posibilidad de tomarla. Aparte de que las *Panzerdivisionen* no eran unidades adecuadas para combatir en las calles de una ciudad, también debía considerarse el hecho de que su número era escaso y que eran muy valiosas para desperdiciarlas en operaciones de esta índole. Por lo tanto, Rundstedt opinó que lo más acertado era crear un peligro de envolvimiento que obligara a las fuerzas soviéticas a retirarse hacia las llanuras rusas, donde la mayor facilidad de movimiento de las tropas alemanas tendría más posibilidades de manifestarse en toda su eficacia. Así, pues, dio al 1.er *Panzergruppe* la siguiente orden: «La posibilidad de un golpe de mano contra Kíev sólo se tendrá en cuenta si el comandante local juzga que la ocasión es favorable». El general Mackensen sondeó entonces el terreno, vio que la cosa no resultaba sencilla y desistió de su intento.

La campaña se presentaba favorable a Alemania. Para que el cuadro fuese todavía más alen-

Entusiasmado por las victorias logradas por Rundstedt en Ucrania, Hitler detiene el avance sobre Moscú, y el plan de la Operación «Barbarroja» se modifica entonces a favor del avance sobre Kíev, punto clave de la industria soviética. Entre tanto, la resistencia rusa se hace cada vez más tenaz y los soldados alemanes se ven obligados a combatir cuerpo a cuerpo contra un adversario que cada día parecía más invencible. *(History of the Second World War)*







HITLER SUSPENDE EL ATAQUE A MOSCÚ. UCRANIA TIENE LA PRIORIDAD

Ucrania, zona de acción del Grupo de Ejércitos Sur, presentaba, con sus inmensas llanuras, grandes oportunidades para la acción táctica de los *Panzergruppe* de Kleist. Al eliminar a las fuerzas soviéticas concentradas en los alrededores de Umán y de Kiev, las unidades acorazadas y la infantería germanas consiguieron el triunfo clamoroso que Hitler exigía. Esta victoria se consiguió empleando una especial táctica de penetración en profundidad, de tal modo que los estrategas soviéticos sólo se dieron cuenta de la trampa cuando ya era demasiado tarde para escapar de ella. Se repetía una vez más lo sucedido en Francia y en Polonia. Las fotografías muestran varios momentos de la campaña: carros de combate avanzando seguidos por la infantería; a la derecha, soldados alemanes de ocupación intentan salvar de las llamas las viviendas de la población civil.

(History of the Second World War)











A la izquierda: comandantes de las unidades de carros de combate alemanes exploran el terreno para descubrir los movimientos de las unidades acorazadas enemigas. A la derecha: dos carros de combate soviéticos, alcanzados de lleno se incendian y grandes columnas de humo se elevan a gran altura. Los medios acorazados fueron los principales protagonistas de la Operación «Barbarroja». (History of the Second World War)

tador, el 10 de julio los rumanos empezaron a avanzar, junto con el Ejército 11 alemán. Los Ejércitos soviéticos 9 y 12, que constituían el frente meridional, se encontraron entonces en crítica situación a causa de la retirada de las Grandes Unidades del frente sudoccidental. El 16 de julio, Budennij ordenó al general Tiulenev, comandante del citado frente meridional, que abandonara sus posiciones, y concentrara todas sus reservas en Umán.

Como quiera que la ofensiva germano-rumana amenazaba Odesa, dos de las divisiones del Ejército 9 soviético, que quedó separado del grueso de las fuerzas del frente meridional, fueron confiadas al general G. P. Sofronov, con la denominación de «Grupo de fuerzas costeras» (y más tarde de «Ejército costero autónomo»). Con tales fuerzas se elaboró un plan para transformar Odesa en un «Tobruk del mar Negro», capaz de resistir el asedio aunque quedase totalmente aislada del frente principal. Entre el 17 y el 18 de julio, el STAVKA ordenó a Budennij que se estableciera con sus fuerzas a lo largo de la línea comprendida entre Biélaia Tsérkov y la desembocadura del Dniester, frente a Odesa, confiando en poder detener de este modo la amenaza de envolvimiento de las alas internas de sus frentes sudoccidental y meridional y establecer la continuidad de la línea del frente. Las fuerzas de Tiulenev, en Umán, actuarían como reservas de empleo inmediato a fin de cerrar las brechas eventuales.

La estrategia alemana y el STAVKA

Por aquel entonces el Mando Supremo soviético llegó a la conclusión de que el principal objetivo alemán era, sin duda alguna, la ciudad de Moscú. Por ello decidió concentrar el grueso de sus fuerzas frente al Grupo de Ejércitos del Centro, considerando que así no sólo aseguraría una adecuada protección frontal a la ciudad, sino que limitaría también la posibilidad de que los alemanes desencadenasen grandes ofensivas al Norte y al Sur. A una defensa enérgica se añadirían, además, contraofensivas dirigidas contra los flancos de las fuerzas alemanas y en sus puntos de unión.

Si las tropas rusas se hubieran hallado en condiciones de llevarlo a cabo, este plan habría sido bastante razonable; sobre todo teniendo en cuenta que las tropas enemigas que avanzaban desde Occidente se encontraban como el que sale del cuello de un embudo: cuanto más avanzaban hacia el Este, más amplio se hacía el frente y mayores eran los espacios que iban abriéndose entre sus unidades. Por añadidura, resultaba inevitable la creación de amplios espacios vacíos entre las *Panzerdivisionen* y las divisiones de infantería motorizadas, que avanzaban a una velocidad de 30 km por hora, y la infantería que avanzaba a pie no más de 5 por hora.

El ataque desencadenado el 10 de julio por los Ejércitos soviéticos 5 y 6 fue un intento de separar la punta avanzada del 1.er *Panzergruppe* del «mango» que representaba el Ejército 6. El Ejército 5 soviético operó en el intervalo existente entre los Grupos de Ejércitos alemanes del Centro y Sur contra el flanco septentrional de los *Panzer* de Kleist, mientras el Ejército 6 ruso debía atacar su flanco meridional. Si bien fracasó, esta operación proporcionó a los alemanes momentos de preocupación; además, su fracaso no anuló del todo la amenaza que suponía el Ejército 5 soviético, que se había limitado a retirarse a sus posiciones de partida. Si esto demostraba algo, ello era, sin duda, que «el oso ruso» todavía estaba pletórico de vida.

El 8 de julio, Hitler expresó el deseo de conquistar Ucrania antes que Moscú y Leningrado, y decidió que, por el momento, en el extremo meridional del Grupo de Ejércitos del Centro, el 2.° *Panzergruppe* debía continuar su avance hacia el Este, de modo que la dirección de Moscú fuese cubierta en caso de que más adelante se hiciera necesario que el citado Grupo de Ejércitos realizara una conversión hacia el Sur. Aquel mismo día Halder le presentó un informe bastante optimista, redactado por el Servicio de Información, según el cual, 89 de las 164 divisiones rusas habían sido ya aniquiladas y de las restantes, 18 se hallaban desplegadas en frentes secundarios; de 11 se desconocía su paradero y sólo 46 se hallaban todavía en situación de combatir. Basándose en este informe, Brauchitsch propuso aprovechar el éxito conseguido en Berdichev dirigiendo las unidades acorazadas de Kleist hacia el Sur, a la retaguardia de los Ejércitos 6 y 12 soviéticos, con el fin de alcanzar una «solución menor».

Hitler, por el contrario, era de la opinión de apoderarse de Kíev y avanzar luego a lo largo de la orilla occidental del Dnieper, para lograr una «gran solución». Brauchitsch objetó que esto no sería posible a causa de las dificultades en los abastecimientos y Hitler convino entonces en que, ante todo, debería comprobarse la consistencia de las fuerzas rusas que se encontraban en la capital de Ucrania. En consecuencia, la solución en aquel sector se dejó, de momento, en manos del experimentado Rundstedt. Éste envió a von Kleist a Kazatin, que cayó en poder de los alemanes el 15 de julio. Esta maniobra interceptó la única línea férrea de la que, por su proximidad, podía servirse el frente sudoccidental soviético, y fue entonces cuando Budennij empezó a replegarse hacia el Dnieper.

Sin embargo, el inoportuno Ejército 5 soviético seguía aún en Kórosten, y su presencia enturbiaba un tanto el prometedor cuadro de Kíev. Este problema debía solucionarse cuanto antes, por lo que fue sometido a Hitler el 17 de julio. Y de aquí salió la «Directiva n.° 33» del OKH, con fecha del 19 de julio, por la que se ordenaba al 2.° *Panzergruppe* y a las unidades de infantería del Ejército 2 que, tras ultimar las operaciones de Smolensk, se dirigiesen hacia el Sudeste para destruir al Ejército 21 soviético (que se encontraba frente al ala derecha del Grupo de Ejércitos del Centro) y que, además, cooperasen con el Grupo de Ejércitos Sur para destruir al Ejército 5. Mientras tanto, el Grupo de Ejércitos Sur debía desencadenar un ataque sobre la retaguardia de los Ejércitos 6 y 12 soviéticos y destruirlos. Las otras fuerzas acorazadas del Grupo de Ejércitos del Centro se dirigían hacia el Noroeste para ayudar al Grupo de Ejércitos Norte, dejando que el avance sobre Moscú lo efectuasen tan sólo las unidades de infantería.

Esta decisión significaba abandonar la idea de realizar operaciones definitivas contra el grueso de las fuerzas soviéticas en el sector central.

Dos días más tarde Hitler, en su primera visita al frente oriental, expuso un nuevo plan. Ante todo, era indispensable apoderarse cuanto antes de Leningrado, a fin de detener las interferencias de la Escuadra soviética del Báltico en el transporte por mar de los minerales de hierro suecos a Alemania. Por lo tanto, el 3.er *Panzergruppe* debía cooperar con el Grupo de Ejércitos Norte, interceptando la línea férrea Leningrado-Moscú. De Moscú ni se preocupaba. El 23 de julio tuvo lugar otra reunión entre Hitler, Brauchitsch y Halder, en el transcurso de la cual Halder informó que las fuerzas del Ejército ruso, que en aquellos momentos se enfrentaban a las tropas alemanas, constaban de 93 divisiones, 13 de ellas acorazadas.

Según parece, ninguno de los asistentes a la reunión hizo el menor comentario acerca del hecho de que, en los quince días transcurridos desde el último informe –durante los cuales la *Wehrmacht* había combatido duramente, consiguiendo notables éxitos–, las fuerzas soviéticas parecían haber redoblado sus efectivos. Mas, por lo que se desprende del diario del propio Hitler, el tesón que los rusos demostraban en la resistencia empezaba a suscitar ciertos temores en el Mando alemán. El propio *Führer* sentía ya la misma inquietud de Brauchitsch con respecto a las amplias maniobras de cerco; después de un mes de combates, empezaba a verse claro que la campaña de Rusia iba a ser muy distinta de lo imaginado.

Aquel día Hitler redactó un suplemento a la «Directiva número 33», en el que se detallaban las futuras misiones de las fuerzas alemanas empeñadas en el frente ruso. El Grupo de Ejércitos Sur debería cruzar el Don y dirigirse hacia el Cáucaso, después de haberse apoderado de la región

industrial de Járkov; Brauchitsch objetó que, dada la situación existente, las instrucciones del nuevo suplemento parecían irrealizables y solicitó que fuesen demoradas hasta que se ultimaran las operaciones en curso; el OKH se negó y entonces se sometió la cuestión al *Führer*. Hitler declaró que no estaba dispuesto a esperar la victoria en una batalla para pensar en la siguiente. Pero pronto se vio que, aunque los objetivos siguieran siendo grandiosos, los medios eran reducidos. Por otra parte, el plan de Hitler ofrecería al enemigo un precioso y largo mes, durante el cual podría reunir nuevas fuerzas y organizar y ocupar nuevas líneas de defensa. Además, la ingente concentración de fuerzas soviéticas ante Moscú constituía una amenaza para los flancos de los otros Grupos de Ejércitos y les obligaría a dispersar sus fuerzas para protegerse de posibles contraataques.

El OKH pidió de nuevo que se revisaran las misiones asignadas al Grupo de Ejércitos del Centro. Era evidente que el objetivo de los soviéticos era resistir hasta el invierno, y si lo conseguían, en la primavera siguiente Alemania tendría que hacer frente a un número de fuerzas mucho mayor. Pero, mientras se discutía todo eso, el mariscal Timoshenko lanzó varios Ejércitos, apenas formados, a una contraofensiva en el sector central, intentando liberar a las fuerzas cercadas en la gran bolsa de Smolenk.

Los ataques rusos fracasaron. No obstante, su rapidez en el ataque y la aparición de gran número de nuevas divisiones agudizaron todavía más las divergencias de opinión en el seno del Alto Mando alemán, provocando una ulterior dispersión de los esfuerzos.

La oposición de Guderian

La primera consecuencia de la apresurada contraofensiva soviética fue una reunión de los comandantes del Ejército, del Grupo de Ejércitos del Centro, en Novy Borísov el día 27 de julio. Guderian llegó convencido de que iba a recibir la orden de continuar su avance hacia Moscú, o por lo menos hacia Briansk; pero se encontró, por el contrario, con un memorándum de Brauchitsch que excluía explícitamente ambas posibilidades, dando prioridad absoluta a la destrucción de las fuerzas soviéticas «en el sector de Gómel», o lo que es lo mismo, del Ejército 5. Una vez más, y por el simple hecho de existir y de encontrarse dicho Ejército tras las fuerzas alemanas, éstas debían mirar hacia atrás, distrayendo su atención de las alentadoras perspectivas que se les abrían.

Guderian quedó anonadado. ¿Era posible que le ocurriese esto a él, al hombre que con su esfuerzo y sus estudios había dado a Alemania aquellas fuerzas con las que conquistara gran parte de Europa? Brauchitsch, naturalmente, tenía en cuenta las dudas expuestas por Hitler respecto a cualquier maniobra de cerco demasiado ambiciosa; pero Guderian no sabía nada de ello. Por lo tanto, no era fácil que pudiera hacerse cargo de todo el alcance de la discusión o de los muchos factores que había que tener en cuenta; pero lo cierto es que abandonó la reunión con el orgullo herido, mitigado sólo por el hecho halagador de que el 2.º *Panzergruppe* había sido rebautizado con el nombre de «Grupo de Ejércitos Guderian», y no ya a las órdenes de Kluge, sino del comandante en jefe del Grupo de Ejércitos del Centro.

Libre ya del freno que le imponía Kluge, Guderian utilizó su nueva libertad para interpretar al revés todas las directrices que le habían sido dadas en Novy Borísov. Estaba convencido de que la amenaza más grave que pesaba sobre el Grupo de Ejércitos del Centro no era el Ejército 5 soviético, sino más bien las fuerzas que se hallaban concentradas en su flanco derecho, al norte de Roslavl, y así continuó creyéndolo «independientemente de cualquier decisión que pueda tomar Hitler».

Esta amenaza advertida por Guderian se concretó en una concentración de fuerzas, que el STAVKA denominó «Grupo de fuerzas del Ejército 28», al mando del teniente general Kacialov, cuyo objetivo era contribuir a la liberación de las fuerzas cercadas en Smolensk. Guderian informó a Bock de que Roslavl debía ser ocupada cuanto antes, haciendo hincapié en el hecho de que la posesión de la ciudad permitiría dominar las rutas que se dirigían hacia el Este, Sur y Sudoeste. Bock aceptó el punto de vista de Guderian y le asignó un mayor número de fuerzas (4 divisiones del Cuerpo de Ejército VII).

El ataque contra Roslavl se desencadenó el 1 de agosto. Y el 3 la ciudad cayó en poder de los alemanes, capturándose 38.000 prisioneros y 200 cañones; dos días después cesó toda resistencia. Se trataba de una brillante y rápida victoria, mas precisamente por lo fácil y por el escaso número de cañones capturados, Guderian debió comprender que su decisión había sido errónea.

Transcurrieron once días, desde el momento en que se tomara la decisión de eliminar el Ejército 5 soviético, sin que se hiciera nada positivo. Ni siquiera el final de la batalla de Smolensk (5 de agosto) –que significó la total eliminación del Ejército 16 y del Cuerpo de Ejército Motorizado XXIII, así como parte de los Ejércitos 19 y 20, capturándose 300.000 prisioneros, 3200 carros de combate y 3100 cañones– pudo compensar este fallo.

Tampoco el episodio de Roslavl contribuyó a aligerar las tareas del Grupo de Ejércitos Sur. Únicamente sirvió para mantener abierta la opción Moscú, situando al 2.º *Panzergruppe* en posición muy avanzada. Quedaban ahora por considerar sus posibles efectos sobre la lucha por la «Ucrania de la orilla derecha».

Hitler había ordenado cerrar la bolsa de Umán el 24 de julio, y aunque Kleist esperaba realizar algo más ambicioso –como, por ejemplo, cercar Kíev por el Sur con un Cuerpo de Ejército, mientras dejaba a los otros dos en la retaguardia de los frentes sudoccidental y meridional soviéticos–, aceptó aparentemente la directiva sin protestar. El 30 de julio, el 1.er *Panzergruppe* atacó a fondo las columnas del Ejército ruso que se retiraban en la bolsa, se desvió luego hacia el Sudoeste y el 3 de agosto enlazó con las unidades avanzadas del Ejército 17 del general von Stülpnagel, en las proximidades de Piervomaisk, cercando a dos Ejércitos soviéticos (el 6 y el 12) y a parte de otro (el 18): un total de 15 divisiones de infantería y 5 divisiones acorazadas. Aunque algunas fuerzas soviéticas lograron salir de la bolsa combatiendo duramente, la resistencia terminó el 8 de agosto. Los alemanes capturaron cerca de 100.000 hombres (entre los que se encontraban los jefes de los dos Ejércitos cercados, generales Muzjcenko y Ponedelin), además de 317 carros de combate y 1100 cañones.

En el extremo meridional del frente, donde todo el peso de las operaciones caía sobre los Ejércitos rumanos 3 y 4, las cosas se desarrollaron con una cierta lentitud, y los escasos éxitos alcanzados se debieron más bien al fruto de los repliegues del Ejército ruso.

El nuevo plan soviético

El STAVKA empezaba a sacar alguna enseñanza práctica de los errores precedentes. Ya no emplearía divisiones semiadiestradas y de modo fragmentario, ni realizaría ataques frontales. Casi todas las nuevas divisiones (10 en el frente sudoccidental, 12 en el meridional y 2 en la reserva) fueron destinadas a la preparación de líneas ofensivas a lo largo de la orilla oriental del Dnieper. Y toda actividad al oeste del río se dedicaría a retardar el avance enemigo, a fin de ganar el mayor tiempo posible para desmantelar las instalaciones industriales.

Por lo que respecta al Ejército, las unidades cercanas no volverían a rendirse en masa. El jefe del Directorio para la propaganda política (comisario del Ejército L. Z. Mechlis) publicó dos directivas. Una de ellas para los comisarios políticos, ordenándoles insistir, sobre todo, en que las unidades aisladas debían abrirse a toda costa una vía de salida y, en caso de que no fuera posible, operar contra la retaguardia enemiga el mayor tiempo posible. La otra directiva exhortaba a los miembros del Partido Comunista y a los de la Liga de la Juventud a dar un buen ejemplo y a proporcionar una *leadership* adecuada. Además, Stalin, convencido como estaba de la imposibilidad de que los militares de carrera se emplearan a fondo en lo que estaban haciendo, decidió igualar en jerarquía a los comisarios políticos con los jefes de su unidad, haciéndoles responsables de la lealtad de los militares profesionales.

Mientras tanto, también Hitler tenía dificultades con sus generales; sobre todo con los del Grupo de Ejércitos del Centro, para quienes Moscú continuaba ejerciendo una atracción fatal. El 4 de agosto se trasladó a Novy Borísov para celebrar una «reunión» un tanto insólita: a fin de no dejarse influir por la postura solidaria de los militares, Hitler prefirió hablar por separado con los comandantes de Ejército, empezando por el representante de Halder, coronel Hensinger, y siguiendo por Bock, Guderian y Hoth.

Todos se mostraron de acuerdo en recomendar el avance sobre Moscú; pero mientras Bock declaraba que podía emprender inmediatamente la acción, los dos comandantes de sus unidades acorazadas sostenían que no todo estaba dispuesto aún. Guderian no estaría preparado antes del 15 de agosto y Hoth necesitaba, por lo menos, cinco días más; los dos aprovecharon la ocasión para insistir en la necesidad de disponer de nuevos motores para los carros de combate.

Aunque un tanto reacio, Hitler prometió trescientos motores para todo el sector del frente oriental, número que el general Guderian, con razón, juzgó insuficiente; pero Hitler no solamente se mostró inflexible en este punto, sino que se negó incluso a proporcionar nuevos carros de combate, alegando que los necesitaba para equipar nuevas unidades acorazadas que se estaban organizando en Alemania.

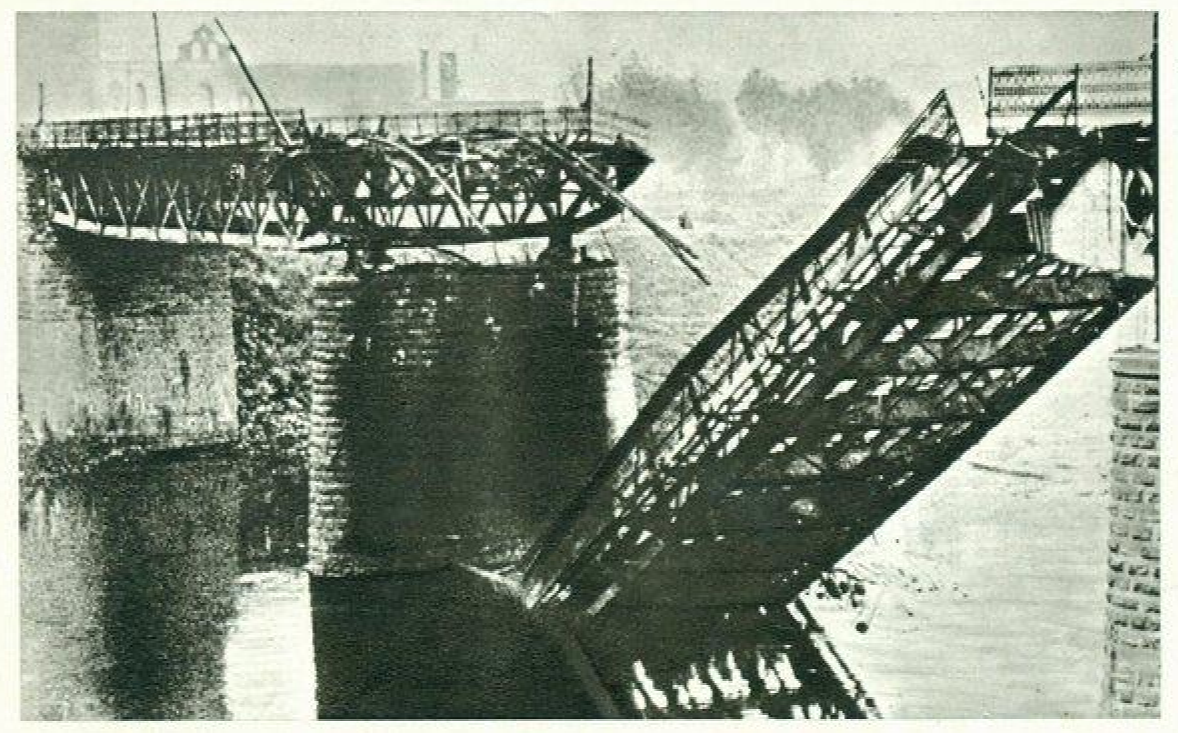
No obstante, Guderian salió de la entrevista decidido a preparar el ataque sobre Moscú a despecho de lo que Hitler pudiera haber previsto. Por su parte, Hitler regresó a su puesto de mando de Rastenburg, en Prusia oriental, convencido de su poca popularidad entre los comandantes del Grupo de Ejércitos del Centro, y eso que aún ignoraba que un grupo de oficiales del Estado Mayor de Bock había proyectado detenerle y deponerle de su cargo en el transcurso de aquella visita. Aquel plan, desde luego, fue anulado; los promotores de la fallida conjura eran oficiales muy allegados a Bock y es muy posible que el propio Bock no ignorase la existencia del complot (uno de los conjurados, Fabian von Schlabrendorff, era su ayudante de campo, y dos años más tarde efectuaría otro intento, que también fracasó, colocando una bomba que no llegó a explotar en el avión de Hitler).

No se alcanza Kíev

Mientras tanto, el Grupo de Ejércitos Sur seguía detenido frente a Kíev. El comandante en jefe del Ejército 6 alemán (Reichenau), fijándose una vez más en la región pantanosa del Pripet, observó que entre él y el Ejército 2 del Grupo de Ejércitos del Centro existía una distancia de 250 km. Una sola división cubría un centenar de kilómetros, y frente a ella se hallaban numerosas divisiones del Ejército 5 soviético. Reichenau había ordenado avanzar, desencadenando un ataque directo contra Kíev; pero, dadas las circunstancias, expuso sus propias objeciones a Rundstedt. El 9 de agosto, como el OKH se negara a definirse en uno u otro sentido, Rundstedt anuló el plan de ofensiva en el sector Kíev-Kórosten y el Ejército 6 pasó a la defensiva.







Casas incendiadas en Zhitomir (Ucrania): las ciudades rusas acusan el paso de las tropas enemigas. Unidades de artillería alemana en acción contra las tropas soviéticas durante la batalla de Zhitomir. Un puente sobre el Dnieper, cerca de Kiev, destruido, aunque no logró detener el avance de las fuerzas alemanas. (Archivo Rizzoli) - (History of the Second World War)

Aquella misma noche el OKH analizó la situación, llegando a una difícil solución de compromiso que tranquilizaría un tanto a los partidarios del ataque a Moscú, sin ceder, sin embargo, a sus pretensiones. Se convino en que, estando el grueso de las fuerzas enemigas desplegado frente al Grupo de Ejércitos del Centro, el objetivo más importante debía ser la destrucción de dichas fuerzas y la ulterior ocupación de Moscú; pero también se convino en que las fuerzas que se enfrentaban a los otros dos Grupos de Ejércitos constituían una amenaza para los flancos del Grupo de Ejércitos del Centro.

Por lo tanto, el ataque contra la ciudad de Moscú debería ir precedido de operaciones de objetivos limitados contra las fuerzas rusas desplegadas al Norte y al Sur.

Suponiendo que la destrucción de estas fuerzas requiriese unas dos semanas, la ofensiva contra la capital podría desencadenarse a fines de agosto. Si se adoptaba este plan, los Grupos de Ejércitos Norte y Sur deberían enfrentarse con el enemigo en un futuro inmediato, sin contar con la colaboración del Grupo de Ejércitos del Centro, aunque sí con la garantía absoluta de que, inmediatamente después de haber aplastado las defensas soviéticas se destacarían nuevas unidades para reforzar a los dos Grupos de Ejércitos.

En cuanto al del Sur, su Ejército 17, entonces disponible, se emplearía en forzar la línea del Dnieper entre Kiev y Kremenchug, fraccionando el grueso de las fuerzas soviéticas que se estaban concentrando sobre la orilla oriental. Forzada la línea del Dnieper, parte del Grupo de Ejércitos Sur realizaría una conversión hacia el Norte para alcanzar la retaguardia del Ejército 5 soviético, destruyéndolo definitivamente.

El 12 de agosto Hitler subrayó de nuevo que la condición indispensable de toda futura operación sería destruir a las fuerzas enemigas que se encontraban en los flancos, en especial las desplegadas a lo largo del flanco derecho del Grupo de Ejércitos del Centro, o sea, las que formaban el frente sudoccidental soviético. Aquel mismo día, Budennij y Kruschev escribieron a Stalin expresando su preocupación.

Habían observado que el Ejército 2 alemán y los *panzer* de Guderian se iban acercando cada vez más a Gómel y a Starodub, por lo que llegaron a la conclusión de que su objetivo era, sin duda alguna, descender rápidamente tras el frente sudoccidental y aislarlo.

Sin embargo, el propio STAVKA ruso no estaba menos obsesionado por Moscú que el Grupo de Ejércitos del Centro alemán, y calculó que el objetivo de la maniobra debía aprovechar la amplia brecha abierta entre el frente de la reserva y el frente central, y que los alemanes se dirigirían hacia el Este para atravesarla, penetrar en Briansk y envolver Moscú por el Sur. Budennij pidió permiso para retirar el Ejército 5 y el XXVII Cuerpo de Ejército autónomo de la región fortificada de Kórosten y, con ambas unidades, formar un frente más hacia el Norte, bloqueando el avance alemán a través de la retaguardia de su frente sudoccidental.

El STAVKA denegó el permiso, y además ordenó que se formase el frente de Briansk con el único objeto de cerrar el hueco entre los frentes centrales y el de la reserva y prevenir cualquier penetración hacia Moscú.

De acuerdo con las informaciones que tenía en aquellos momentos, no puede decirse que la decisión del STAVKA fuese desatinada, aunque resultó un verdadero error.

En efecto, los alemanes estaban tratando de llegar a una decisión definitiva y las previsiones del STAVKA, según las cuales su objetivo era Moscú, resultaron erróneas.

El 15 de agosto Hitler tuvo que desistir de su pretensión de que el Grupo de Ejércitos del Centro continuase la ofensiva hacia la capital tan sólo con la infantería; por ello ordenó que se interrumpiera el avance y que el Grupo de Ejércitos

del Centro organizara una línea defensiva que los rusos no pudieran envolver, que pudiese mantenerse sin un apoyo aéreo importante y que resultara, sobre todo, «económica» en el empleo de infantería. Tres días más tarde, Brauchitsch hacía una última y desesperada tentativa a favor de la operación Moscú, afirmando que, en aquel sector, el invierno llegaría hacia mediados de octubre, cinco semanas antes que en Ucrania, y sosteniendo que una concentración de todo el potencial bélico sobre Moscú permitiría su conquista antes de que empeorasen las condiciones atmosféricas.

Pero Hitler rechazó enérgicamente la tesis de Brauchitsch exponiendo la suya propia. Repitió que las columnas acorazadas, al alejarse de la infantería y operar de forma excesivamente autónoma, sólo habían conseguido cercos parciales, de los que el enemigo pudo huir fácilmente. El 21 de agosto su negativa tomó el carácter oficial de una directiva, que exponía, en términos inequívocos, los objetivos que debían alcanzarse antes de que comenzara el invierno.

Dado el modo de ser de Hitler, la nueva directiva no contenía ningún elemento nuevo o sorprendente; pero esta vez no había escapatoria para los generales del Grupo de Ejércitos del Centro. La directiva puntualizaba que ocupar Moscú antes del invierno no debía constituir un objetivo principal. En el Sur, se daba prioridad a la ocupación de Crimea y de la zona industrial y carbonífera de la cuenca del Doniets, así como a la interrupción de las líneas a través de las cuales llegaba a Rusia el petróleo del Cáucaso. En el Norte, los objetivos más importantes serían apoderarse de Leningrado y enlazar con el Ejército finés.

La ocupación de Crimea era asimismo de vital importancia para salvaguardar el suministro de petróleo procedente de Rumania.

Ya vimos como el consejo militar del frente sudoccidental soviético se hallaba en apuros desde el 12 de agosto. El 18, el general Zukov observó que la actividad de las tropas alemanas ante la capital había disminuido. Y al comprobar que otro tanto sucedía en el frente central, empezó a preguntarse el motivo. Además, también hacía algunos días que las fuerzas de Guderian –que había pasado al sector meridional– efectuaban sondeos en torno a Starodub. Así pues, Zukov se encontraba ante una situación vaga, inconsistente, y las informaciones de que disponía eran incompletas. Esto, en realidad, no le importaba mucho; a lo largo de su carrera militar tendría ocasión de demostrar su rara habilidad para adivinar el pensamiento del enemigo. Y gracias a esta habilidad y a su capacidad para disponer sus unidades del modo más oportuno, iba a convertirse en el general más capacitado y más famoso del Ejército ruso.

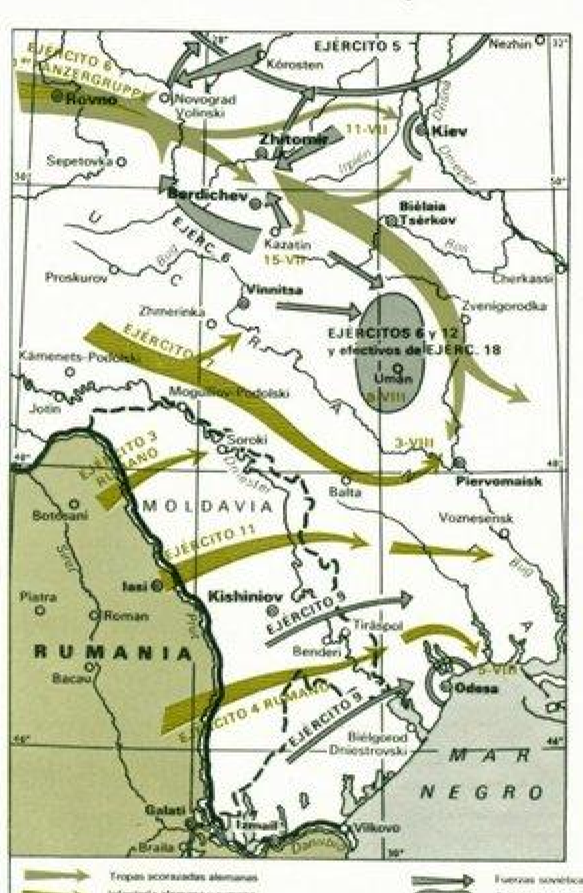
Sin embargo, en aquellos momentos no tenía autoridad suficiente para indicar al STAVKA lo que tenía que hacer. Debía limitarse a prevenir y a sugerir. Por lo tanto, el día 18 comunicó que tenía la impresión de que los alemanes estaban reagrupándose para iniciar una ofensiva hacia el Sur, a retaguardia de Kíev y del frente sudoccidental, sugiriendo la conveniencia de formar un poderoso despliegue de fuerzas en el sector de Briansk que atacase el flanco de Guderian cuando éste pasase ante él. El STAVKA aceptó su sugerencia y confirmó haber previsto ya el peligro. El 19 de agosto, accedió, por fin, a la petición de Budennij permitiéndole retirar todas sus fuerzas más allá del Dnieper y ordenando que en Kíev quedase tan sólo el Ejército 27. Después del repliegue, estas fuerzas (el Ejército 5 y uno nuevo, el 40) deberían desplegarse hacia el Norte, a fin de defender Chernígov, Konotop y Járkov. Hasta ese momento, por lo tanto, las cosas iban bien: las intenciones del enemigo habían sido adivinadas y se tomaron todas las medidas para hacer frente a Guderian, ya fuese frontalmente o sobre su flanco. Pero esto significaba también que Budennij no tenía ya más recursos: sus unidades, muy mermadas a causa de los duros combates, estaban agotadas. Todo dependía, pues, de Eremenko, jefe del sector de Briansk.

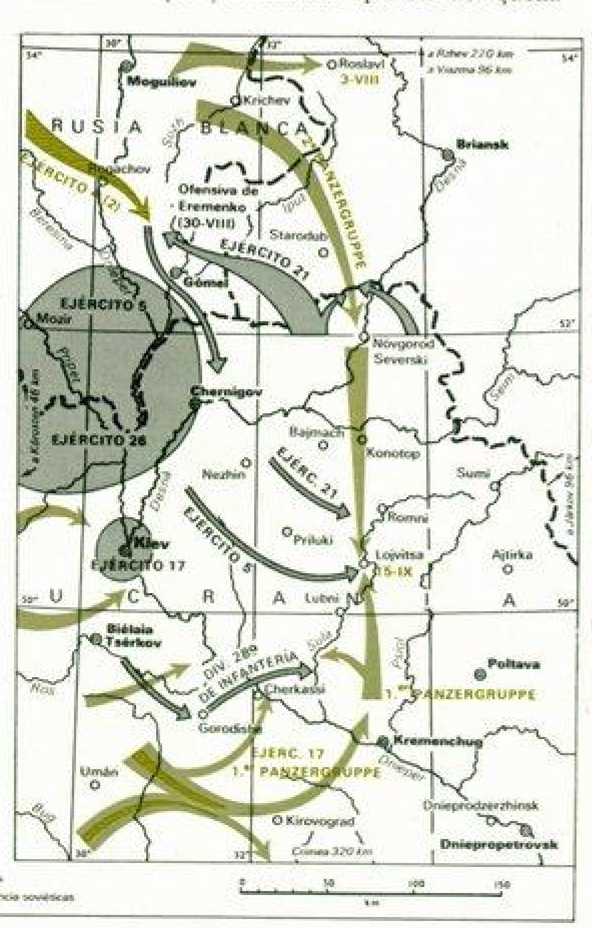


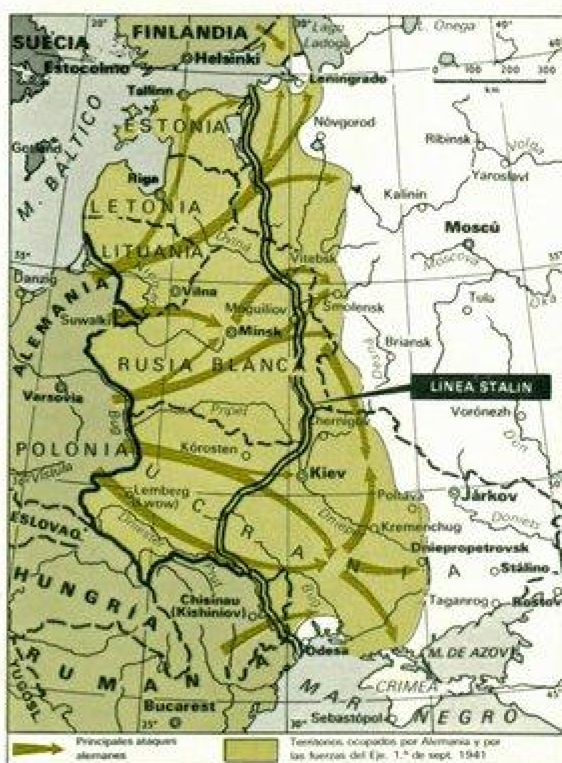
En las proximidades de Kíev se desencadena una terrible batalla. Pero, una vez más, las tropas rusas serán derrotadas por las potentes fuerzas alemanas. *(Archivo Rizzoli)*

Eremenko ataca a los «Panzer»

El 24 de agosto, Stalin habló por teléfono con Eremenko y le ofreció dos brigadas más y varios batallones de carros de combate, así como algunas baterías y numerosas fuerzas aéreas, «con la condición de que prometiera derrotar de una vez por







Rebasada la «Línea Stalin», las fuerzas alemanas empiezan a penetrar en el corazón de Rusia. Las batallas de Umán y de Kíev, en las que los rusos perdieron más de 665.000 hombres abrieron a las tropas alemanas las amplias y fértiles zonas de Ucrania. Pero lejos de estar totalmente aniquilado, el Ejército soviético estaba adquiriendo nuevas fuerzas.



Tropas motorizadas alemanas entran en Kíev el 18 de septiembre de 1941. Las tropas soviéticas intentaron escapar de la trampa abandonando la ciudad; pero por desgracia era ya demasiado tarde: la tenaza alemana se había cerrado a su alrededor. (Archivo Rizzoli)

todas a Guderian». Entonces entró en escena el jefe del Estado Mayor General, mariscal Shiaposcnikov, quien resucitó la primitiva idea del STAVKA, según la cual era probable que Guderian intentase actuar en ángulo recto y pasara al norte de Briansk, avanzando hacia Moscú. Y con esto estableció un fatal equívoco en las instrucciones dadas a Eremenko, presentándose la posibilidad de que el frente de Briansk pudiese ser aislado sin haber cumplido la misión para la que fue establecido ni la que posteriormente se le asignó. Por querer contar con ambas posibilidades, Eremenko mantuvo en retaguardia a su unidad más potente (el Ejército 50) para proteger las direcciones de acceso a Moscú, no interviniendo para nada en la operación de detener a Guderian. De este modo la cautela de Shiaposcnikov perjudicó el éxito de la contraofensiva una semana antes de que se iniciara.

Eremenko disponía, sin embargo, de unas fuerzas formidables para atacar hacia el Oeste, pues reunía dos ejércitos (el 13 y el 21), toda la reserva de aviones del Alto Mando y las unidades de apoyo aéreo de los frentes centrales. No obstante, la Aviación rusa estaba tan maltrecha después de las pérdidas sufridas en la primera fase de la campaña, que estas formaciones apenas alcanzaban un total de 460 aviones. La ofensiva soviética se desencadenó el 30 de agosto, cuando las tropas de Eremenko avanzaron para atacar el flanco de Guderian. Pese a todos sus esfuerzos, los rusos no hicieron demasiada mella y hacia el Norte y el Oeste el Ejército 2 alemán empezó a rechazar al Ejército 21 ruso. Este retrocedió hasta alcanzar al Ejército 40, que pronto cedió, retirándose a su vez hacia el Sudeste. De este modo, el Ejército 21 quedó casi totalmente aislado del resto del frente de Briansk, después que el enemigo logró efectuar en él profundas penetraciones sobre ambos flancos.

Habiendo perdido todo contacto con su Alto Mando y estando las tropas alemanas infiltrándose a través de las brechas abiertas, el Ejército 21 no podía hacer más que retirarse.

Sin duda el STAVKA había asignado al frente de Briansk una misión demasiado pesada; pero, habiéndolo hecho, se mostraba ahora bastante reacia a admitir que Eremenko no saliera airoso de su cometido.

Pero cuando al fin se vio claro que la contraofensiva estaba resultando inútil, el STAVKA, en lugar de renunciar a la empresa, decidió emplear en ella nuevas fuerzas. El mariscal Shiaposcnikov ordenó a Budennij que pusiera a su disposición el Cuerpo de Ejército de Caballería II. Para el antiguo revolucionario esto fue la gota que colmó el vaso: trató de explicar a su superior que aquélla era la única reserva de que disponía a lo largo de todo el arco Dniepropetrovsk-Járkov, una distancia de casi 200 km. Pero Shiaposcnikov insistió, y entonces Budennij, exasperado, acató la orden, pero rogó que se informara a Stalin. Al día siguiente, el consejo militar del frente sudoccidental (Budennij, Kruschev y Pokrovsky) se pusieron al habla directamente con Stalin, solicitando permiso para retirar sus fuerzas hacia el Este, advirtiendo que todo el frente corría peligro de ser cercado.

Stalin consultó inmediatamente con el comandante del frente sudoccidental, general Kirponos, quien dijo estar convencido de la absoluta necesidad de que su frente abandonase el saliente de Kíev para establecerse a unos 250 km más al Este. Pero Stalin rechazó esta solución, ordenando a Kirponos que conservara la ciudad a toda costa.

Como Budennij insistiese en la idea de retirarse, Stalin le relevó del mando, nombrando en su lugar al mariscal Timoshenko, quien, entre todos los militares de la vieja escuela, era el que mejor se estaba conduciendo. Pero ya era demasiado tarde: la situación era gravísima. El espacio que aún seguía abierto entre Guderian y Kleist no llegaba a los 100 km, y los *Panzergruppe* de ambos se estaban aproximando a una velocidad muy superior a la que las fuerzas soviéticas cercadas podrían sostener para alcanzar tan estrecho corredor. Además, quizás obedeciendo órdenes de Stalin, Shiaposcnikov seguía sin permitirles este movimiento. El 4 de septiembre, el jefe del Estado Mayor de Kirponos le hizo ver una vez más los peligros que encerraba aquella situación, diciendo: «El principio de la catástrofe es sólo ya cuestión de un par de días». Shiaposcnikov consideró esta afirmación demasiado «alarmista», aconsejándole que conservara la calma y recordando que las órdenes de Stalin seguían siendo conservar Kíev.

Pero lejos de ser «alarmista», la citada afirmación resultó ser más bien optimista. En efecto, avanzando con la 3.ª *Panzerdivision*, al frente del 2.° *Panzergruppe*, Guderian enlazaba, el 15 de septiembre, con los carros de combate de Kleist. Cuatro ejércitos soviéticos (el 5, el 21, el 26 y el 37) quedaron así cercados. Por su parte, el frente sudoccidental también iba a ser aislado muy pronto y su sistema de comunicaciones caería en el caos más completo; el propio Timoshenko, al ordenar al día siguiente a las fuerzas que se encontraban al este del cordón alemán, que mantuviesen abierto el pasillo, ignoraba que ya no existía ningún pasillo. Entonces, desafiando las órdenes de Stalin, Timoshenko y Kruschev decidieron abandonar Kíev, enviando un oficial del Estado Mayor a Priluki con objeto de comunicar verbalmente la orden a Kirponos. Pero éste se negó a aceptarla como válida, insistiendo en pedir una aclaración al STAVKA, con lo que se perdió un tiempo precioso para la evacuación de la ciudad.

Y mientras en Moscú Stalin y Shiaposcnikov discutían la cuestión, el cerco alemán se iba consolidando cada vez más. Fue sólo al día siguiente (17 de septiembre), a las 23,40 horas, cuando el STAVKA autorizó la evacuación de la capital ucraniana. Dos noches enteras, que hubieran podido aprovecharse para sacar de la trampa a las fuerzas rusas se perdieron inútilmente. Y así, lo que hubiera podido ser una grave derrota, se convirtió, por las dudas de Stalin, en una verdadera catástrofe.

Kíev, teatro de la tragedia

En el transcurso de la noche del 17 al 18 de septiembre, Kirponos ordenó a todos sus ejércitos que se abrieran paso a la fuerza. El Ejército 21 debía atacar en dirección a Romni, donde el Cuerpo de Ejército de Caballería II (que Budennij puso a su disposición una semana antes) estaba intentando abrir una brecha en el despliegue alemán; el Ejército 5, seguido por el 37, debería dirigirse hacia Lojvitsa, punto de conjunción del 1.er y 2.° *Panzergruppe*; por último, el Ejército 26, procuraría abrirse un camino de salida a través de Lubni. Pero ese intento de ruptura estaba condenado al fracaso desde un principio. El Ejército 37, que defendía la zona urbana de Kíev, perdió todo contacto, de modo que, al no recibir órdenes, siguió combatiendo durante dos días para acabar rindiéndose en la ciudad. Y en el transcurso de pocas horas, Kirponos perdió también el contacto con sus otros tres ejércitos y con el STAVKA.

El frente sudoccidental no existía ya más que de nombre: bajo el mando de Kirponos, sólo restaba la División de infantería 289 y todo su Estado Mayor; pero durante la noche, también esta unidad se dispersó y, cuando logró alcanzar Gorodishe, sólo quedaban 3000 hombres, entre ellos el propio Kirponos. Aquel mismo día quedaron sitiados en el bosquecillo de Shiumejkovo, y sólo un puñado de oficiales consiguió alcanzar dos días después el río Sula. Pero fue para descubrir que los alemanes se les habían adelantado, por lo que únicamente algunos lograron deslizarse sin ser vistos entre las filas germanas. Entre los supervivientes no figuraba ninguno de los miembros del consejo del Frente sudoccidental: los tres (Kirponos, Burminstenko y Tupikov) habían muerto en la acción.

La mayor catástrofe

En el sector oriental del cerco, el Ejército ruso seguía ocupando sus posiciones con la esperanza (cada vez más débil) de que los sitiados dieran alguna señal de vida. Pronto empezaron a llegar pequeños grupos de evadidos. El general Bagramjan llegó con 50 hombres. El general Kuznetsov, jefe del Ejército 21, trajo consigo a los supervivientes de su unidad: en total 500 soldados. El general Kostenko apenas había podido salvar a unos cuantos del Ejército 26. El comandante de brigada Borísov alcanzó las posiciones soviéticas con 4000 soldados de caballería ligera. El comisario superior del Batallón «Gorban» logró salvar del cerco a 52 agentes de transmisiones del Estado Mayor. Aún llegaron otros destacamentos, pero todos con muy pocos hombres.

Entre muertos y prisioneros, quedaban atrás más de 500.000 hombres, cifra que representaba algo más de los dos tercios de los efectivos que había en el frente sudoccidental al principio de la campaña. Por la importancia de las pérdidas, se trataba de la mayor catástrofe de la historia rusa, y quizá del mundo entero; mas sus consecuencias no resultarían a la larga tan decisivas como las de otras batallas aparentemente menos importantes.

La victoria del Grupo de Ejércitos mandado por Rundstedt fue la mayor de las logradas por los ejércitos alemanes. Por lo que respecta a Guderian, se trataba para él de la más espléndida confirmación de sus teorías sobre la estrategia bélica basada en las fuerzas acorazadas. Pronto podría comprobar la exactitud de estas ideas en la acción contra Moscú, viendo si la preocupación de los rusos por su capital era lo bastante profunda como para defenderla de forma más eficaz que con Kíev.

Pero ésta sería la más comprometida de todas las pruebas. Por otra parte, la estación propicia para el desarrollo de la ofensiva alemana estaba llegando a su fin. En el sector meridional se había perdido mucho tiempo. Quizá demasiado.

GEOFREY JUKES
Nacido en 1928, en el año 1953 entró en la Administración pública y, de 1956 a 1965, permaneció adscrito al Ministerio de Defensa como experto en cuestiones soviéticas, ocupándose particularmente de historia y estrategia militar. En 1965 fue trasladado al Ministerio de Asuntos Exteriores para estudiar los problemas del desarme. Es miembro del Comité consultivo de cuestiones soviéticas del Institute of Strategic Studies.

Estados bálticos, junio-septiembre de 1941

AVANCE RÁPIDO SOBRE LENINGRADO

OPERACIÓN "BARBARROJA"

Walther Charles de Beaulieu, general

Al iniciarse la Operación "Barbarroja", ningún Grupo de Ejércitos se enfrentó con una misión tan importante como el Grupo de Ejércitos Norte, de von Leeb: en efecto, los otros dos Grupos no debían cubrir distancias tan grandes y con escasas fuerzas acorazadas para efectuar el ataque. No obstante, Leeb consiguió brillantes resultados en brevísimo tiempo y sólo se detuvo teniendo ya a la vista el objetivo final. El general De Beaulieu, ex jefe de Estado Mayor del Ejército Acorazado 4, describe la marcha del Grupo de Ejércitos Norte desde Prusia Oriental hasta los suburbios de Leningrado.

Unidades de infantería alemana avanzan por el accidentado terreno del norte de Rusia. El éxito de la operación dependía, en gran parte, de la rapidez de la infantería, la cual, marchando a los flancos del 4.º *Panzergruppe*, del general Hoeppner, debía consolidar las posiciones conquistadas por las fuerzas acorazadas y no dejar zonas al descubierto a los lados de las mismas. *(History of the Second World War)*

La orden «Barbarroja», dada el 31 de enero de 1941 por el OKH, asignó al Grupo de Ejércitos Norte la siguiente misión: «Destruir las fuerzas enemigas situadas en el sector del Báltico y, mediante la ocupación de los puertos de este mar, de Leningrado y Kronstadt, arrebatar sus bases a la Escuadra rusa. El OKH se ocupará de asegurar la conveniente cooperación con las potentes y rápidas fuerzas del Grupo de Ejércitos del Centro».

Al Grupo de Ejércitos Norte se le había mantenido deliberadamente más débil que los otros; el constante envío de refuerzos se hizo necesario a causa de que la distancia que separaba al frente de los principales objetivos –más de 800 km– se veía aumentada en más del 50 por ciento por la extensión del mismo hacia el Norte, hasta el golfo de Finlandia. La orden relativa a la operación mencionaba explícitamente el «posible envío de refuerzos» para responder a las ideas estratégicas de Hitler, el cual no se cansaba en insistir sobre la importancia de la conquista de Leningrado. Pero aquella redistribución de las fuerzas disponibles dependería del curso de los acontecimientos en otros sectores. Y como el plan ofensivo del OKH se concentraba contra Moscú, desde el principio, el plan de Hitler estuvo en franca contradicción con el del OKH en cuanto a los tiempos en que se debían efectuar los ataques contra los dos principales objetivos: Moscú y Leningrado.

Para el desarrollo de las operaciones, el Grupo de Ejércitos Norte disponía de dos Ejércitos de infantería y de un Grupo acorazado, que comprendían las siguientes fuerzas:

- Ejército 16 (capitán general Busch): ocho divisiones de infantería;
- Ejército 18 (capitán general von Küchler): siete divisiones de infantería;
- 4.º *Panzergruppe* (capitán general Hoeppner): tres *Panzerdivisionen*, tres divisiones de infantería motorizada y dos divisiones de infantería;
- reserva del Grupo de Ejércitos: tres divisiones de infantería, las cuales debían seguir y apoyar al Ejército 16.

Los efectivos totales del Grupo de Ejércitos Norte sumaban, por lo tanto, 20 divisiones de infantería, tres *Panzerdivisionen* y tres divisiones de infantería motorizada.

Estos efectivos se elevaban a algo más de la mitad de los que tenía el Grupo de Ejércitos del Centro (que disponía de 47 divisiones). Si además se tienen en cuenta las grandes distancias que debía cubrir, la situación del Grupo de Ejércitos Norte aparece aún más crítica, pues sólo poco más de un tercio de sus efectivos estaba constituido por unidades móviles. Esta relativa inferioridad se reflejaba también en la importancia de las reservas asignadas por el OKH a los diversos Grupos de Ejércitos: mientras el del Centro podía contar con seis divisiones de reserva, el Grupo Norte solamente disponía de tres.

Por otra parte, el comandante en jefe del Grupo de Ejércitos Norte, *Feldmariscal* von Leeb, debía enfrentarse con un despliegue enemigo muy diferente del que se enfrentaba a los otros dos Grupos. En efecto, ante Bock y Rundstedt, las fuerzas rusas estaban desplegadas en un frente amplio, pero poco profundo y con una importante concentración en el gran saliente de Bialystok, que para el Grupo de Ejércitos del Centro constituía una verdadera invitación a efectuar una amplia maniobra de cerco. En el Norte, por el contrario, el despliegue ruso en los países bálticos (recién ocupados) era mucho más corto, pero enormemente más profundo. Las reservas se extendían hasta el territorio que antaño formara parte del imperio ruso, y además había una gran concentración de carros de combate al este de Pskov. En ningún punto parecía posible, por lo tanto, aplicar una estrategia de cerco. En apariencia, semejante despliegue de un enemigo todavía no suficientemente preparado debía haber permitido a los alemanes penetrar en profundidad y romper el frente en varias partes; pero para este tipo de maniobra era imprescindible contar con una gran superioridad de rapidez y de movilidad: después de cada acción parcial, los atacantes deberían desencadenar un nuevo y rápido golpe en profundidad. Y para ello era indispensable poseer unidades «rápidas» o altamente móviles y saber utilizarlas con gran habilidad.

Leeb decidió colocar sus unidades acorazadas, relativamente débiles, en el centro de su despliegue –al mando del general Hoeppner– y mantener el *Panzergruppe* bajo sus órdenes directas; esto último era contrario a lo que se hacía en los demás Grupos de Ejércitos. Pensaba utilizar la rapidez del mismo –muy superior a la marcha de la lenta infantería– para avanzar lo más posible en profundidad a lo largo de la línea Dáugavpils-Pskov-Leningrado. El éxito de esta maniobra era incierto; todo dependía del factor sorpresa, así como de la resistencia y de la reacción de los rusos. Pero después de los primeros y rápidos éxitos, el comandante en jefe concibió la ofensiva principal del Grupo de Ejércitos Norte como un movimiento en cuña, con el *Panzergruppe* en el vértice y la infantería a los lados. El ápice de la cuña debía mantener su empuje el mayor tiempo posible, con objeto de avanzar mucho en dirección a Leningrado. Toda la potencia ofensiva del *Panzergruppe* se concentraría en el vértice y no se permitiría la menor dispersión. Todas las medidas de seguridad, en los flancos o en otros lugares, se confiaban a la infantería. Ésta debería desencadenar sus ataques principales en los flancos y sobre las zonas más próximas al vértice, y debía aprovechar la velocidad del *Panzergruppe* para ganar terreno lo más pronto posible.

El Ejército 16, que ocupaba el ala meridional, atacaría en dirección a Dáugavpils. El Ejército 18 debía ocupar la región báltica, llevando su esfuerzo principal en su flanco derecho, y además trataría de cercar las fuerzas enemigas mediante un avance hacia el Este.

Leeb confiaba en un rápido éxito, y esta certeza se hace evidente en su primera y fundamental orden del 5 de mayo de 1941 a su Grupo de Ejércitos. En la misma se cita a Leningrado como objetivo final de la operación; el primer objetivo intermedio del *Panzergruppe* era el río Dviná, a unos 300 km de distancia, y el segundo, la zona de Ostrov-Pskov, 250 km más adelante. El principio de avanzar a toda costa, en el que se basaba la operación, se manifiesta en las terminantes palabras de la orden: «¡Adelante! No detenerse jamás por ningún motivo. No permitir que el enemigo, después de retroceder, consolide sus nuevas posiciones». Dio esta misma orden al 4.º *Panzergruppe*, y éste, desde luego, supo cumplirla.

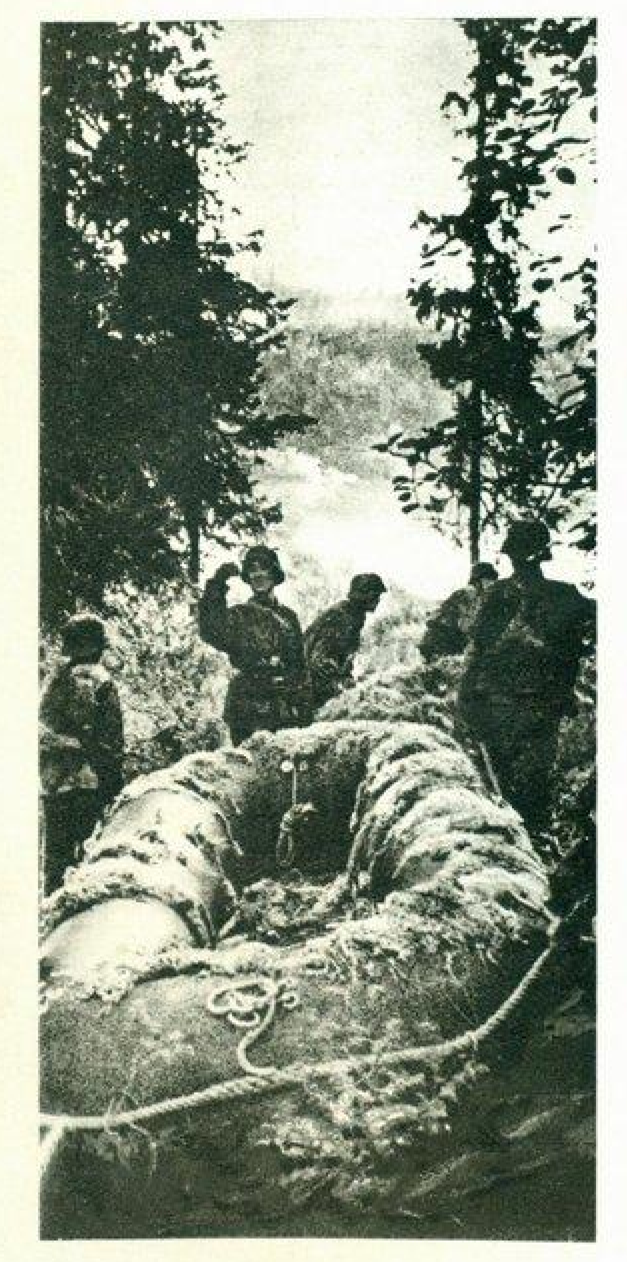
El Grupo de Ejércitos Norte desencadenó la ofensiva principal en el sector central de su frente, al norte de Prusia Oriental y en dirección al río Dviná, en las proximidades de Dáugavpils. El *Panzergruppe* constituiría la punta avanzada, y la infantería, al tiempo que aprovechaba plenamente todos los éxitos, se encargaría también de destruir los principales núcleos de resistencia rusa en los flancos, hasta Kaunas (objetivo del Ejército 16) y Riga (objetivo del Ejército 18).

Las instrucciones dadas al 4.º *Panzergruppe* decían textualmente: «El 4.º *Panzergruppe* creará las condiciones preliminares para un amplio y rápido ataque contra Leningrado. Para alcanzar el objetivo final es indispensable avanzar, en la medida que lo permitan el tiempo y el lugar, aprovechando toda ocasión, no concediendo al enemigo tiempo para crear nuevas posiciones defensivas».

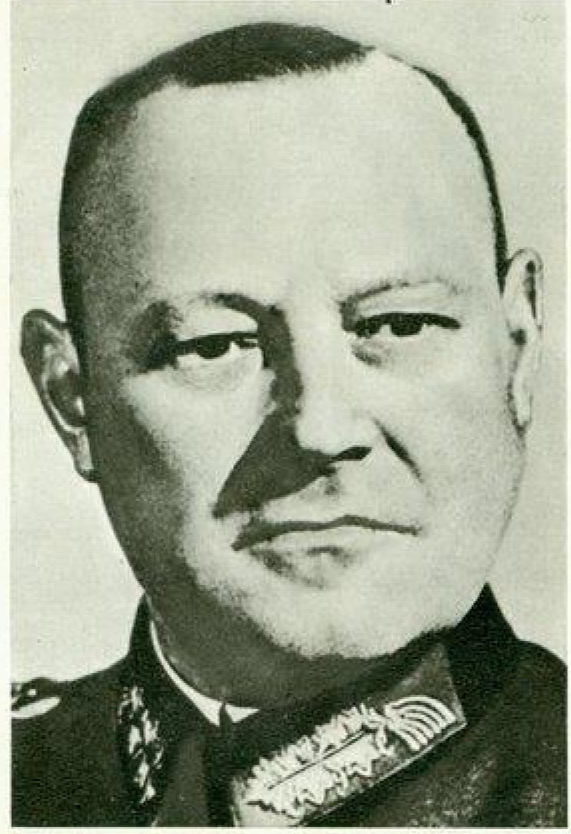
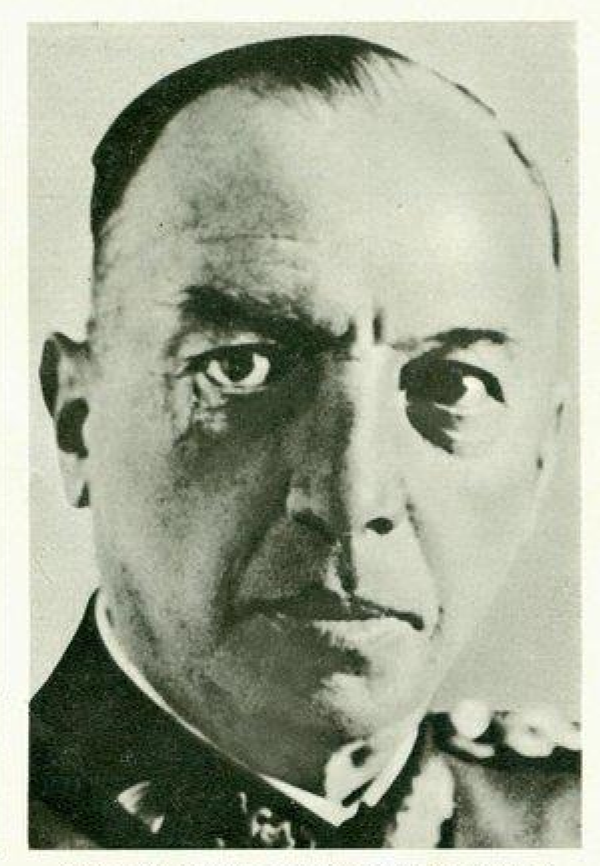
El «rápido» golpe del *Panzergruppe* –rápido en comparación con el de la infantería que le segui-



El *Feldmariscal* alemán von Leeb, comandante en jefe del Grupo de Ejércitos Norte, disponía de una fuerza constituida por dos Ejércitos de infantería y un *Panzergruppe*, cuyos efectivos totales sumaban poco más de la mitad de los que tenía el Grupo de Ejércitos del Centro. *(United Press)*



Soldados alemanes del Grupo de Ejércitos Norte arrastran fatigosamente un bote neumático. El objetivo principal de la ofensiva alemana en Rusia septentrional era ocupar Leningrado, y con ello privar a la Escuadra soviética de sus bases en el mar Báltico. *(History of the Second World War)*

LOS GENERALES A LAS ÓRDENES DE VON LEEB
De izquierda a derecha: el general Busch, comandante del Ejército 16; el general Hoeppner, comandante del 4.º *Panzergruppe*, y el general von Küchler, comandante del Ejército 18 alemán. *(Imperial War Museum) - (Keystone) - (Associated Press)*

ría–, para conseguir los objetivos que tenía asignados, debía aprovechar hasta el máximo la ventaja de la sorpresa. Dáugavpils, con dos puentes que salvaban el obstáculo del río, era su primer objetivo, y su conquista se confió, por la derecha, al LVI *Panzerkorps*. Esta gran unidad se encontraba en condiciones ideales para desencadenar el ataque desde su posición al norte del río Memel: la distancia que debía recorrer era más pequeña y las carreteras mucho mejores. Por la izquierda, el XLI *Panzerkorps* aseguraría la libertad de movimientos por medio de un ataque dirigido hacia el Norte; después realizaría una conversión hacia el Nordeste y avanzaría sobre el Dviná. El general Hoeppner se reservó el derecho de modificar esta directiva según lo aconsejase la marcha de la acción, pues el elemento de mayor importancia era siempre la rapidez.

Junto con las otras unidades del Grupo de Ejércitos, el 4.º *Panzergruppe* atravesó la frontera de Prusia Oriental a las 3,05 horas del 22 de junio de 1941. Encontró resistencia activa tan sólo en las proximidades de Taurage, por lo que al fin de aquella primera jornada las vanguardias del LVI *Panzerkorps* habían avanzado unos 60 km en la dirección principal. Al principio, en ningún sector aparecieron señales de serias reacciones rusas; pero al día siguiente los reconocimientos aéreos alemanes informaron que fuertes columnas motorizadas enemigas se dirigían hacia el Norte, desde el sector situado al noroeste de Vilna al importante nudo de carreteras de Kedainiai.

Este punto era el objetivo de la 8.ª *Panzerdivision*, la más avanzada del LVI *Panzerkorps*. ¿Se empeñaría una batalla? Según algunos informes, la columna soviética disponía de 200 a 350 carros de combate; por lo tanto, no era posible limitarse a desbordarla: había que hacerle frente. Pero si la 8.ª *Panzerdivision* se veía obligada a empeñarse en combate, esto retrasaría la llegada de las tropas alemanas a aquel importante nudo de carreteras, lo que a su vez pondría en peligro el intento de un avance en profundidad basado en la sorpresa. ¿Cuáles eran las intenciones soviéticas? Aquella misma tarde las unidades acorazadas que avanzaban desde el Oeste llegaron a un punto situado a 10 km de Kedainiai sin entrar en contacto con las fuerzas rusas. Más adelante se supo que estas últimas habían cruzado Kedainiai y proseguido hacia el Noroeste. En las primeras horas de la tarde, las unidades soviéticas más avanzadas atacaron a la 6.ª *Panzerdivision* (del XLI *Panzerkorps*) en Raseiniai, unos 60 km más al Oeste.

Para las tropas alemanas que avanzaban hacia Dáugavpils aquello fue una magnífica oportunidad, que aprovecharon a fondo. La tarde del 23 de junio, el comandante del 4.º *Panzergruppe* ordenó al LVI *Panzerkorps* que continuara la ofensiva y confió al XLI *Panzerkorps* la misión de destruir al enemigo tan afortunadamente evitado y que resultó ser la División Acorazada 2 soviética. Entre el 24 y el 26 de junio dicha división fue cercada y aniquilada por el citado *Panzerkorps* al nordeste de Raseiniai. Según un mensaje de radio interceptado, ni uno solo de los 200 carros de combate consiguió escapar de la trampa.

Entonces el LVI *Panzerkorps* se apresuró a aprovechar este éxito. En las primeras horas de la tarde del 24 de junio, su 7.ª *Panzerdivision* alcanzó la carretera principal que unía Kaunas con Dáugavpils, en las proximidades de Ukmerge, y avanzó por ella sin detenerse. Persiguiendo a una columna soviética en retirada, un grupo de combate especial entró en Dáugavpils en las primeras horas de la mañana del 26 de junio y, venciendo la obstinada resistencia enemiga, se apoderó de los dos puentes. En las horas que siguieron, este grupo se encontró en una situación crítica; pero pronto acudieron en su socorro los carros de combate de la 8.ª *Panzerdivision*. Se rechazaron algunos contraataques soviéticos y, aquella misma tarde, dentro de la ciudad, los últimos defensores fueron aniquilados.

Así, pues, el formidable obstáculo del río Dviná había sido salvado con increíble rapidez, aunque era de esperar que los rusos lanzaran otros contraataques. Entre tanto, advirtiendo la debilidad de las fuerzas soviéticas en el Dviná, el general Hoeppner lanzó al ataque su XLI *Panzerkorps* en un amplio sector del curso del río, aguas abajo de Dáugavpils. El 30 de junio, los alemanes establecieron cabezas de puente en las proximidades de Livani y Jekabpils, y la tarde del 1 de julio, después de aniquilar una débil resistencia rusa, ya habían constituido una amplia cabeza de puente de 30 km de profundidad. Aseguraron después los abastecimientos a los dos *Panzerkorps*, y, a pesar de las distancias cada vez mayores y de los enérgicos contraataques lanzados por los rusos en Dáugavpils, el día 2 de julio, todo estaba dispuesto para lanzarse contra el segundo objetivo: la zona de Ostrov-Pskov.

La mañana del 2 de julio, el *Panzergruppe* emprendió de nuevo el avance hacia el Nordeste. El 4 de julio, en el ala septentrional, la 1.ª *Panzerdivision* ocupó Ostrov, y la 6.ª, después de duros combates, hundió las potentes fortificaciones soviéticas a ambos lados de la carretera Dáugavpils-Ostrov, unos 30 km al sur de esta última. Y la tarde de aquel mismo día, todavía más al Sur, las tres divisiones rápidas del LVI *Panzerkorps* alcanzaron, en muchos puntos, la antigua frontera ruso-letona.

Lanzando fuerzas rápidas en una dirección imprevista (el mando soviético suponía que el ataque principal se desencadenaría a lo largo de la carretera que se dirigía a Ostrov y pasaba por Riézekne), los alemanes obtuvieron un éxito que pareció superar el conseguido en el Dviná. Por parte rusa, la sorpresa fue tal que los carros de combate, concentrados y prontos a entrar en acción al este de Pskov, no se movieron hasta el 4 de julio, cuando lanzaron un temerario contraataque en Ostrov. En el ínterin, la 1.ª *Panzerdivision* había recibido refuerzos y todos los ataques rusos de los días 5 y 6 fueron rechazados. No menos de 140 carros soviéticos quedaron en el campo de batalla, y los alemanes prosiguieron su marcha hacia Pskov.

Aquella brillante ofensiva que permitió a los alemanes entrar incluso en el territorio de la antigua Rusia imperial, sólo tuvo un serio contratiempo. Al otro lado de la anterior frontera, el LVI *Panzerkorps* se encontró con un terreno tan pantanoso e impenetrable que la idea de un ulterior avance hacia Opochka tuvo que ser abandonada, por lo que el grueso de la unidad se dirigió hacia el Norte, en dirección a Ostrov. En tal situación, esto suponía una pérdida de tiempo y debilitamiento temporal de la acción ofensiva, y, sobre todo, reveló a los alemanes un hecho muy importante: un terreno poco apto es un elemento que reduce en gran manera la eficacia de los carros de combate.

El día 7 de julio, el principal problema que el mando del Grupo de Ejércitos Norte tuvo que afrontar fue el de elegir la manera más adecuada de aprovechar la imprevista rapidez del avance

del *Panzergruppe* hacia la zona de Pskov. A partir de la mañana del 4 de julio, el grueso de la infantería había comenzado a atravesar el Dviná sobre un amplio frente. Pero si el *Panzergruppe* continuaba avanzando a la misma velocidad, muy pronto se encontraría demasiado lejos y sólo podría contar con sus propias fuerzas: cuanto más adelante llegase, más al descubierto estarían sus flancos. Mas, por otra parte, las fuerzas soviéticas se estaban retirando con tal confusión que era lógico permitirse cierta audacia –o incluso temeridad–; por lo cual el general Hoeppner llegó a la conclusión de que el avance rápido podía continuar sin interrupción hasta Leningrado, con la esperanza de que la capacidad combativa de su *Panzergruppe* sería suficiente para lanzar un ataque por sorpresa contra los suburbios de la ciudad.

A través de bosques y pantanos

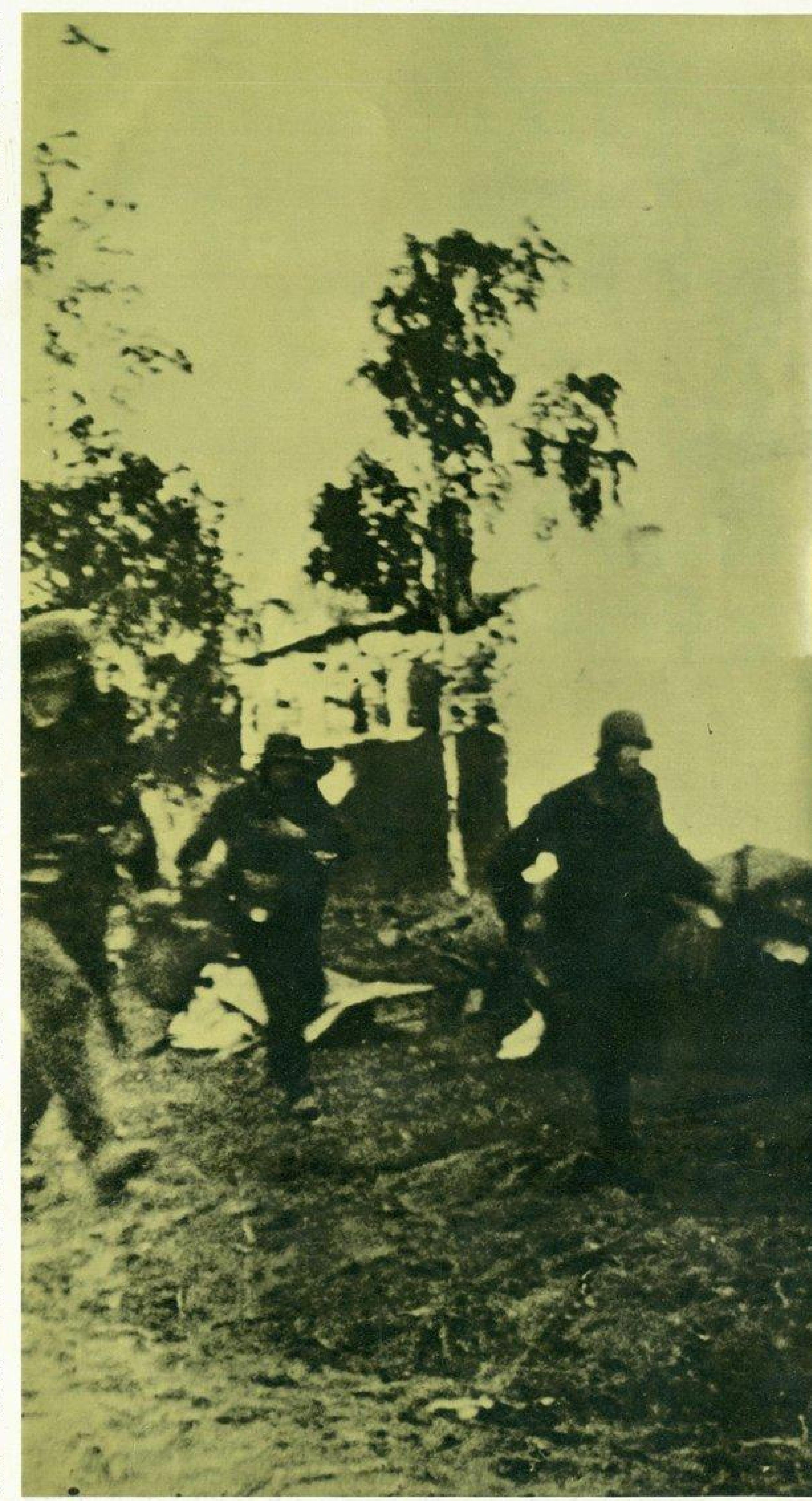
Por lo tanto, aquel día, ambos *Panzerkorps* avanzaban rápidamente por las dos únicas carreteras que conducían a Leningrado: por la derecha, el LVI *Panzerkorps* se dirigía de Ostrov a Pórojov, Nóvgorod y Chudovo; por la izquierda, el XLI *Panzerkorps* avanzaba desde Pskov hacia Luga y Kingisepp. Pero el terreno dificultaba la marcha de los carros de combate y además la resistencia soviética se iba haciendo cada vez más tenaz. En la región cubierta de bosques y pantanos que los alemanes habían alcanzado, pequeños grupos rusos podrían detener divisiones enteras, pues a éstas no les sería posible desplegar allí en orden de combate. Así, pues, en aquel lugar las fuerzas acorazadas germanas no podían valerse de su indiscutible superioridad, por lo que su ritmo de avance se redujo hasta ser sustancialmente igual al de la infantería. Con ello las posibilidades de un rápido éxito basado en la sorpresa se desvanecieron. ¿Qué se podía hacer entonces?

Reinhardt, el general que mandaba el XLI *Panzerkorps*, propuso dirigir las fuerzas hacia el Norte, a lo largo del curso bajo del río Luga, con objeto de alcanzar los terrenos más practicables del litoral meridional del golfo de Finlandia. Esto ofrecía a las unidades acorazadas buenas posibilidades de llegar a Leningrado sin encontrar obstáculos demasiado serios, a la vez que las ponía en condiciones de emplear toda su potencia de fuego y movilidad. Pero a esta proposición de transferir todas las unidades acorazadas a otro sector se le podían oponer dos objeciones:

- sería muy difícil llegar a la zona en cuestión, pues era preciso recorrer más de 1600 km de terrenos arenosos y pantanosos con bosques impenetrables;
- adoptar esta solución significaría contravenir la orden fundamental dada por el OKH, que era avanzar hacia Leningrado por el Sudeste, vía Nóvgorod.

A pesar de todo, el general Hoeppner decidió enviar el XLI *Panzerkorps* a lo largo del curso bajo del Luga. Antes de abandonar la idea de alcanzar el objetivo mediante un rápido golpe en profundidad, había que intentarlo todo. Esperar la llegada de la infantería supondría una grave pérdida de tiempo, lo que favorecería al Ejército ruso precisamente en un momento en que se encontraba en graves dificultades. Un avance rápido a través de Nóvgorod ni siquiera se podía tomar en consideración, teniendo en cuenta la distribución de las tropas soviéticas y la naturaleza del terreno. Además, la necesidad de proteger en el Vólojov el flanco descubierto pondría en peligro la eficacia de las unidades acorazadas alemanas.

Desde luego, era una decisión difícil de tomar, pero no imposible; más adelante Leeb se mostró de acuerdo con ella. La tarde del 14 de julio, el XLI *Panzerkorps* alcanzó el bajo Luga y, después



15 de septiembre de 1941: el Grupo de Ejércitos Norte completa el cerco de Leningrado. Comenzó así un asedio que duró 900 interminables días. *(Associated Press)*



OPERACIÓN "BARBARROJA": ATAQUE AL NORTE

1941

22 de junio: el Grupo de Ejércitos Norte invade Rusia, dirigiéndose hacia Leningrado.

26 de junio: el Grupo de Ejércitos Norte ocupa Dáugavpils y los puentes sobre el Dviná.

29 de junio: las fuerzas de Dietl avanzan sobre Murmansk; pero son detenidas en el río Litsa.

9 de julio: el Grupo de Ejércitos del Centro aniquila la bolsa de resistencia rusa de Minsk.

10 de julio: el Ejército de Carelia, de Mannerheim, invade la URSS desde Finlandia y se dirige al Sudeste para ocupar el istmo de Carelia.

13-16 de julio: las unidades avanzadas del Grupo de Ejércitos Norte alcanzan el río Luga. El Grupo de Ejércitos del Centro ocupa Smolensk. El Ejército de Mannerheim alcanza la orilla septentrional del lago Ladoga.

3-4 de agosto: el Grupo de Ejércitos Sur liquida la bolsa de Umán. Mannerheim se prepara para la conquista del istmo de Carelia.

8 de agosto: el Grupo de Ejércitos Norte comienza a avanzar a partir de las cabezas de puente sobre el Luga.

16 de agosto: el Grupo de Ejércitos Norte alcanza Nóvgorod y atraviesa el río Vóljov.

27 de agosto: a pesar de los éxitos obtenidos, Mannerheim rehúsa iniciar una colaboración directa con el Grupo de Ejércitos Norte.

15 de septiembre: el Grupo de Ejércitos Sur cierra la tenaza en torno a la bolsa de Kíev. El Grupo de Ejércitos Norte completa el cerco de Leningrado: ha comenzado el asedio.

23-24 de octubre: el frente finlandés meridional se estabiliza. El Grupo de Ejércitos Sur entra en Járkov.

7 de noviembre: el avance finlandés se detiene en todos los frentes.

28 de noviembre: el Grupo de Ejércitos Sur se retira de Rostov a consecuencia de los duros contraataques soviéticos: los alemanes habían ocupado la ciudad durante ocho días.

de arrollar una débil resistencia, estableció dos cabezas de puente en el río, cerca de Sabsk y Porechie. Mejorada la carretera de acceso y tras recibir abastecimientos, el comandante de la unidad juzgó que estaba preparado para el ataque final contra Leningrado, que distaba de aquel punto unos 100 km. Hay que señalar el hecho de que el *Panzerkorps* se había visto obligado a dejar una división –la 269– sobre la carretera principal que conducía a Leningrado, donde, a unos 40 km al sur de la ciudad de Luga había encontrado una encarnizada resistencia enemiga. Al mismo tiempo, al Sur, el avance del LVI *Panzerkorps* fue detenido frente a Soltsí, 150 km al oeste del lago Ilmen. El general Hoeppner, que en su condición de comandante del *Panzergruppe* estaba interesado en aquella zona tan sólo desde el punto de vista defensivo, pidió a Leeb que le enviase la infantería para ocuparla.

Mientras la rapidez del avance del 4.º *Panzergruppe* había superado las más risueñas previsiones, en el ala derecha –la correspondiente al Ejército 16– las operaciones no se desarrollaron de acuerdo con los planes previstos. Esto no sólo era consecuencia de una mayor resistencia soviética, sino también de diversos cambios en la organización y de la transferencia de tropas al Grupo de Ejércitos del Centro ordenada por el OKH. Dado que algunas grandes unidades del mencionado Grupo de Ejércitos del Centro habían sido transferidas hacia el Sur para reforzar considerablemente a otras grandes unidades, empeñadas en los violentos combates que se desarrollaban en torno a la bolsa de Bialystok y Minsk, se había hecho necesario reforzar su ofensiva hacia el Este en aquel sector, con el fin de poder aprovechar en forma adecuada la ocasión favorable que se les ofrecía. En efecto, a principios de julio, la reserva del Grupo de Ejércitos, –dos divisiones de infantería del Cuerpo de Ejército XXIII– fue incorporada al Ejército 9 del Grupo de Ejércitos del Centro. Además, a causa de la insistencia del OKH, el Cuerpo de Ejército L, del Grupo de Ejércitos del Centro, se transfirió a la zona que estaba a espaldas del ala meridional del Ejército 16. Después de esto, gran parte del cuerpo de Ejército II, del Ejército 16, se vio envuelto en una batalla que se libró en los alrededores de Nevel, zona intermedia entre los sectores correspondientes al Grupo de Ejércitos Norte y del Centro, si bien al principio el límite de ambos sectores se fijó unos 20 km más al Sur.

Ningún apoyo para los «Panzer»

Aquella maniobra favoreció al Grupo de Ejércitos del Centro, pero debilitó en la misma proporción al Grupo de Ejércitos Norte, puesto que a mediados de julio el centro de gravedad del Ejército 16 estaba claramente desplazado sobre su ala meridional. Sólo dos de sus Cuerpos de Ejército –el XXVIII y el X– prosiguieron el avance; pero ambos se hallaban muy distanciados. El 14 de julio, el Cuerpo de Ejército X –que por haber alcanzado el sector al este de Ostrov era el más próximo al grupo *Panzer*– tuvo que dirigirse al Sudeste para socorrer al Cuerpo de Ejército XXVIII, cercado por los rusos en la zona de Novorzhev. Se supuso que aquella acción duraría tan sólo algunos días; pero en el momento crítico, cuando las puntas de vanguardia del *Panzergruppe*, se encontraban en el bajo Luga, no llegó la esperada infantería del Ejército 16 para apoyar a las unidades acorazadas, por lo que entre el *Panzergruppe* y el Ejército 16 quedó un amplio espacio vacío.

Esta era la causa de que el esquema operativo creado por el Grupo de Ejércitos Norte para su Ejército 16 no se hubiera realizado. Hay que tener presente que el objetivo había sido cooperar en la ofensiva central contra Moscú. Y era muy dudoso que, en las nuevas circunstancias, fuera todavía factible un ataque llevado con velocidad progresiva por el *Panzergruppe*; lo más cierto es que resultaba una necesidad ineludible la presencia de la infantería en pos de las unidades acorazadas. Para un inmediato futuro, el Ejército 16 no podría prestar ninguna contribución efectiva. ¿Le sería posible al 18? En Estonia, el avance proseguía de modo satisfactorio; si las fuerzas que operaban en aquel sector podían seguir adelante con efectivos reducidos, los Cuerpos de Ejército I y XXXVIII, que se encontraban al sur del lago Peipus, se podrían transferir al *Panzergruppe*. Una victoria decisiva en el frente de Leningrado decidiría también la suerte de todas las fuerzas soviéticas situadas en Estonia, y aun más a Occidente. El Cuerpo de Ejército I, que se encontraba al sur de Pskov, fue enviado al Este, en dirección al lago Ilmen, y al Cuerpo de Ejército XXXVIII se le envió hacia el Norte, a lo largo de la orilla oriental del lago Peipus, en dirección a Narva. Ambos fueron puestos de inmediato bajo las órdenes del *Panzergruppe*.

Aunque a mediados de julio la posibilidad de proseguir con ritmo rápido la ofensiva resultaba ya bastante dudosa a los ojos del Mando del Grupo de Ejércitos, después de todo no se podía excluir que un audaz golpe de mano quizá tuviera éxito. Pero, a causa de que las operaciones de abastecimiento –y sobre todo la reconstrucción de la carretera principal que se dirigía hacia el Norte, labor en la que los técnicos del *Panzergruppe* concentraban todos sus esfuerzos– exigían cierto tiempo, la aprobación por parte del Grupo de Ejércitos Norte no era, de momento, un asunto urgente. Como fecha provisional para ello se fijó el día 22 de julio.

Pero en la segunda mitad de julio, la actitud del Grupo de Ejércitos Norte respecto a una ofensiva rápida contra Leningrado se hizo cada vez más vacilante. Tras las desagradables experiencias sufridas por el Grupo de Ejércitos del Centro, el Alto Mando exhortó a no comprometer excesivamente a las unidades rápidas. Esto se relacionaba también con los cambios que se habían producido en el Alto Mando soviético hacía poco: en Nóvgorod se encontraba el mariscal Voroschilov, y en consecuencia era de esperar un reforzamiento de la defensa rusa, así como el empleo de tropas de refresco y el desencadenamiento de alguna contraofensiva.

El *Panzergruppe* se resentía de la creciente cautela del Grupo de Ejércitos. El movimiento hacia el Norte del LVI *Panzerkorps*, solicitado por el *Panzergruppe* y aprobado por el mando del Grupo de Ejércitos, se vio condicionado a la ejecución de progresos satisfactorios en el flanco meridional. El Cuerpo de Ejército I, que en aquellos momentos estaba llegando, debía aniquilar las fuerzas enemigas que todavía resistían al este de Pórjov, dirigirse luego hacia el Norte para atravesar el río Shel por Soltsí y avanzar con los *Panzer* hacia el lago Ilmen. Esta maniobra sólo tuvo un éxito parcial. Soltsí cayó el 22 de julio ante el ataque combinado de las dos unidades; pero el avance posterior de éstas fue detenido a unos 20 km al oeste del lago Ilmen. Después de un mes de continuos combates y de marchas forzadas –a menudo con unas temperaturas tórridas–, las tropas alemanas, y en especial la infantería, estaban exhaustas.

Retraso del avance sobre Leningrado

Pero el Grupo de Ejércitos Norte todavía no había abandonado, de modo explícito y definitivo, la idea de un avance rápido; aunque en la práctica, los sucesivos aplazamientos vinieron a significar lo mismo –primero, en efecto, se aplazó para el día 26, después para el día 28–. De hecho se esperaba ya de un momento a otro que llegase la vanguardia de la infantería del Ejército 16. Esta actitud del Grupo de Ejércitos Norte se afirmó todavía más porque el Alto Mando presionaba de nuevo para inducirlo a reforzar con tropas acorazadas el ala derecha –o sea, el avance a través de Nóvgorod– con objeto de complacer los deseos de Hitler. En realidad, reinaban el desacuerdo y la confusión. El grueso del XLI *Panzerkorps* debía ser retirado del bajo curso del Luga y unirse al ala derecha; en este caso la unidad dispondría de una sola *Panzerdivision*. Leeb era partidario de dejar al *Panzerkorps* en el bajo Luga, pues creía que la importancia de este punto era vital en la situación existente, y así lo solicitó (los hechos demostraron después que su opinión era acertada). Pero se rechazó su petición.

Leeb se sentía cada vez más inclinado a tener a su alcance algunas unidades del LVI *Panzerkorps*, a fin de estar siempre a punto de aprovechar un eventual éxito «en la derecha». Una ofensiva llevada con rápida progresión sólo por el *Panzergruppe*, sin ningún apoyo, no podría romper el despliegue soviético. Eran necesarios, por lo menos, otros dos Cuerpos de Ejército de infantería del Ejército 16, sobre todo para reforzar el ala derecha. Ahora que los combates en las zonas de Nevel y de Novorzhev habían terminado felizmente, esto parecía posible. El 21 de julio, unidades avanzadas de infantería empezaron a dirigirse al Norte, y se preveía su llegada al sector del lago Ilmen para los primeros días de agosto. Nació así el nuevo plan de un ataque por parte del Grupo de Ejércitos Norte sobre Leningrado, el cual se desencadenaría siguiendo una nueva dirección.

El mando del *Panzergruppe* se sintió desilusionado al conocer este proyecto, pues significaba

A la derecha: soldados de infantería motorizada alemana descansan durante un alto. La rapidez requerida por la operación puso a dura prueba la resistencia de las tropas germanas, que llegaron a las proximidades de Leningrado después de dos meses y medio de duros e ininterrumpidos combates. (History of the Second World War) - (Bapty & Co. Ltd.)



el fin de la pretendida conquista de Leningrado mediante un ataque por sorpresa. Para los que habían combatido con tanto valor y encarnizamiento por ejecutarlo, representó un amargo desengaño. Pero, en realidad, la idea de un avance rápido ya había muerto el 14 de julio. Desde aquel día, el XLI *Panzerkorps* estaba detenido en las dos cabezas de puente que, debiendo servir tan sólo para romper inmediatamente el frente ruso, no estaban preparadas para una larga defensa. Al principio, como fueron atacados por sorpresa, los soviéticos no tenían fuerzas en aquella zona; pero muy pronto la situación cambió. Y el resultado fue que para defender aquellas dos cabezas de puente los alemanes sufrieron pérdidas bastante elevadas. En la orilla opuesta del río, ante los ojos de las tropas que debían haber pasado en seguida al ataque, las defensas rusas se fortalecieron día tras día. Las fuerzas acorazadas querían lanzarse hacia delante rápidamente, y habían demostrado de forma fehaciente que eran capaces de hacerlo; pero se les ordenó que esperasen por espacio de ¡tres semanas y media!

El mando del Grupo de Ejércitos no había previsto, ni mucho menos deseado, una detención tan larga. Sin embargo, el inesperado espacio abierto en el despliegue del Ejército 16 aumentó la inquietud, e indujo a adoptar una solución más lenta, pero más segura, con la participación de la infantería.

Para el siguiente ataque el despliegue se completó con otro mando, el del Cuerpo de Ejército XXVIII, y con cuatro divisiones y media de infantería del Ejército 16. Éste desplazó su puesto de mando avanzado hacia la derecha, a fin de coordinar mejor el ataque a través de Nóvgorod. Bajo su mando se encontraban el Cuerpo de Ejército I, con tres divisiones y media de infantería, y el Cuerpo de Ejército XXVIII, con dos divisiones de infantería y una división de infantería motorizada. Esta última actuaría como reserva móvil para todo el Grupo de Ejércitos. Por la izquierda del Ejército 16, el 4.º *Panzergruppe* debía atacar fraccionadamente: el LVI *Panzerkorps* avanzaría, junto con dos divisiones de infantería y una división motorizada, a caballo de la carretera Luga-Leningrado; el XLI *Panzerkorps*, seguido de idénticas unidades, partiría de las cabezas de puente sobre el Luga, unos 100 km al Nordeste. El objetivo de ambos era Krasnogvardeisk. El ataque en la zona del Luga chocaría, sin duda, con ingentes fuerzas enemigas y el terreno era poco favorable para los atacantes.

Había que eliminar todo núcleo de resistencia soviético en la carretera principal, puesto que era la única ruta hacia Leningrado que se hallaba completamente utilizable y que era apta para el tráfico de los transportes de abastecimientos. Desgraciadamente, más adelante atravesaba un espeso bosque, que se extendía hasta el sur de Krasnogvardeisk. El general Hoeppner esperaba que el XLI *Panzerkorps* podría intervenir en su ayuda desde el Norte. Basando su apreciación en la favorable configuración del terreno en todo el sector en el que se realizaría el ataque, se esperaba que dicha gran unidad podría conseguir un franco éxito. No obstante, el ataque no permitiría que la vanguardia ofensiva avanzase mucho en profundidad, puesto que ambos flancos estaban al descubierto. En ellos sería necesaria una fuerte protección, especialmente en el sector Norte, donde las fuerzas soviéticas (constituidas por soldados estonios situados en la costa del golfo de Finlandia) se estaban retirando hacia Leningrado.

Por fortuna, los intentos del general Hoeppner de mantener en contacto sus grandes unidades motorizadas habían tenido éxito, por lo menos en un aspecto. En el transcurso del intercambio de impresiones que sostuvo el Estado Mayor del Grupo de Ejércitos Norte, el día 2 de agosto, sobre las futuras operaciones, y en presencia del comandante en jefe von Brauchitsch, la 8.ª *Panzerdivision* se puso a las órdenes del general Hoeppner; a la sazón esta unidad estaba dispuesta a entrar en acción junto con el XLI *Panzerkorps*. Como los preparativos en el ala derecha no habían terminado aún, la fecha del ataque se fijó para el día 8 de agosto.

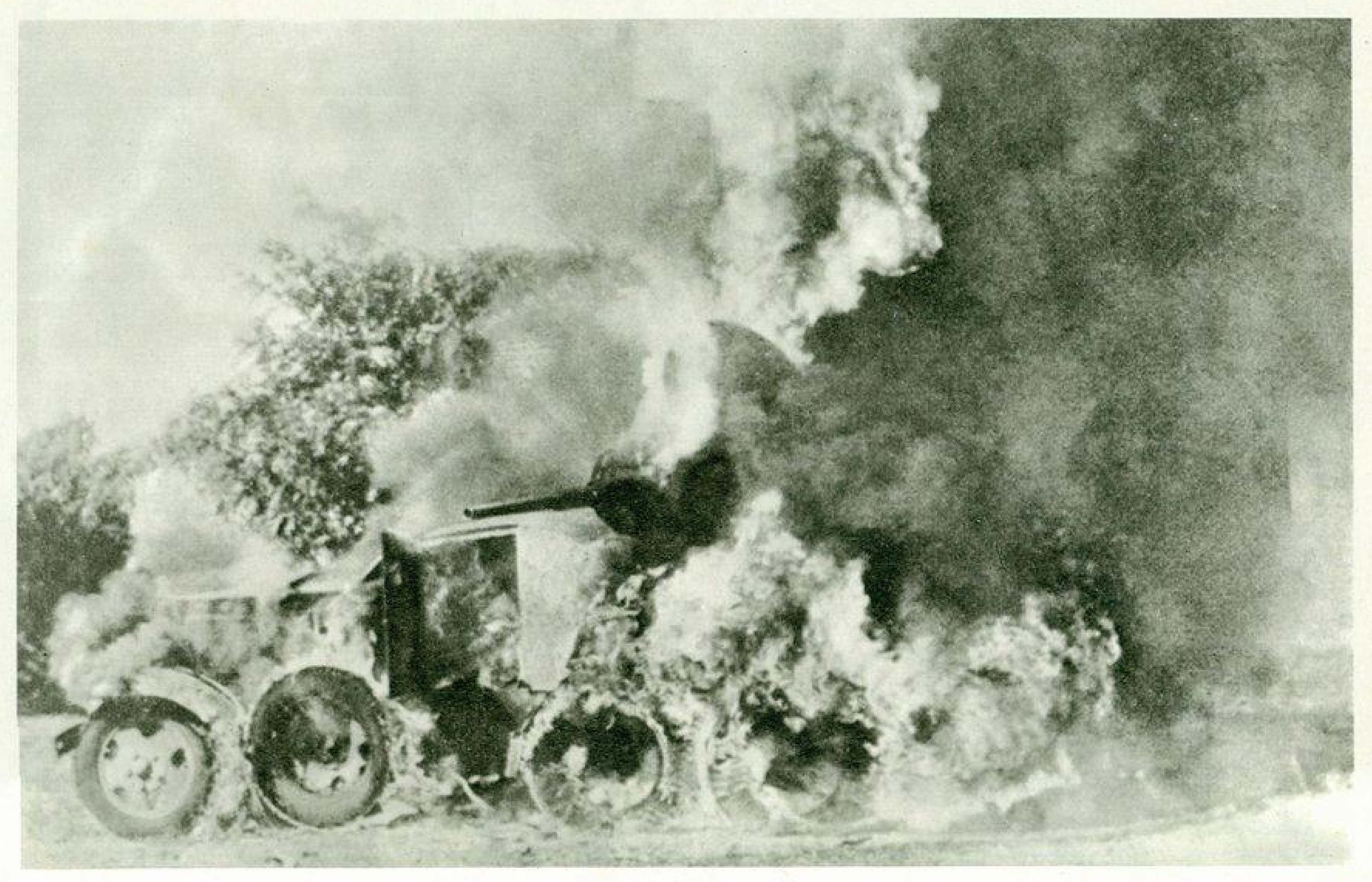
En las primeras horas del citado día, bajo una lluvia torrencial, las divisiones germanas salieron de las cabezas de puente del Luga. Del apoyo aéreo prometido no se vio ni muestra. Los rusos opusieron una enérgica resistencia, en especial frente a la cabeza de puente situada más a la izquierda, donde las tropas atacantes tuvieron que soportar un intensísimo fuego de artillería y contraataques inesperadamente rápidos. Al caer la noche, los alemanes sólo habían conseguido leves progresos en el ala derecha; mientras que en el ala izquierda, en la parte frontal en la cabeza de puente, habían sido rechazados todos los ataques con graves pérdidas de las dos divisiones empeñadas en la lucha. En vista de ello no parecía lógico pensar en más intentos: al contrario, posiblemente los alemanes se verían obligados a adoptar una táctica defensiva. Sin embargo, a continuación de un vivo intercambio de impresiones entre los miembros del mando del *Panzergruppe* y del *Panzerkorps*, se decidió reanudar el ataque al día siguiente. Y así se hizo.

En el ala derecha el ataque obtuvo el éxito esperado; pero en la izquierda, la resistencia soviética seguía siendo muy obstinada, si bien los contraataques habían perdido vigor. En el transcurso de los dos días siguientes, las fuerzas germanas entraron en el bosque y lo rebasaron, alcanzado de nuevo terreno abierto; por lo menos en aquel sector los rusos habían sido derrotados. En el centro y en la izquierda, los combates continuaron encarnizados hasta el 12 de agosto, fecha en que, al fin, triunfaron los alemanes. Entonces las tres divisiones motorizadas del XLI *Panzerkorps* se dirigieron hacia el Este, en dirección a Leningrado; y la División de infantería 1, que había participado en los combates de la cabeza de puente de la izquierda, se dirigió al Noroeste, hacia Narva, para ayudar a su Cuerpo de Ejército XXXVIII, en aquellos momentos duramente empeñado.

Después se supo que la durísima resistencia opuesta por los rusos frente a la cabeza de puente de la izquierda obedecía a que habían decidido lanzar aquel mismo día –8 de agosto– un enérgico ataque con el fin de eliminarla. Esta era la razón de que los soviéticos contaran con tantas municiones y con otros muchos abastecimientos, y de que hubieran demostrado estar en condiciones de desencadenar inmediatos y rápidos contraataques. Por fortuna el general Hoeppner se había negado a retrasar su ataque hasta el día 10, como se le indicaba en una orden dada en el último momento.

Después de llegar a campo abierto, la 8.ª *Panzerdivision* fue a reforzar al XLI *Panzerkorps*, mientras sus cuatro divisiones motorizadas se dirigían rápidamente hacia Leningrado, el LVI *Panzerkorps* no había alcanzado ningún éxito. Tras un

El 22 de junio de 1941 el Grupo de Ejércitos Norte invadió Rusia y avanzó hacia Leningrado. La operación, realizada por las veloces fuerzas acorazadas dispuestas en forma de cuña y cuyos flancos protegía la infantería, obtuvo una serie de fáciles éxitos en sus primeras fases. El 4 de julio las fuerzas alemanas se encontraban en las proximidades de Ostrov. Pero en este punto la carrera de los carros de combate germanos empezó a sufrir un progresivo descenso. La configuración del terreno, pantanoso y con abundantes bosques, no era el campo más adecuado para el movimiento de las grandes masas de acero de los *Panzer*. El 28 de agosto alcanzaron los suburbios de Leningrado, en las proximidades de Isora, a menos de 20 km del centro de la ciudad. Al mismo tiempo, por el Norte, las tropas finlandesas convergían también sobre Leningrado, si bien el día 1 de septiembre detuvieron el avance frente a las antiguas fortificaciones de la ciudad.



Carros de combate soviéticos destruidos y presa de las llamas en la carretera de Leningrado. La resistencia rusa, imprevisiblemente tenaz, retardó muchísimo el avance de las poderosas fuerzas alemanas. *(History of the Second World War)*

avance inicial, las dos divisiones de infantería fueron detenidas ante una nueva y bien fortificada línea defensiva soviética, al sur del Luga. La División Motorizada 3 le protegía el flanco derecho, pero el Cuerpo de Ejército XXVIII aún no había llegado del Sur. La noche del 11 de agosto, fecha en que puso la 8.ª *Panzerdivision* a disposición del XLI *Panzerkorps*, el comandante del *Panzergruppe* decidió retirar la División de infantería motorizada 3 de aquel frente y enviarla en apoyo del flanco, donde la maniobra se desarrollaba con éxito. Así, el LVI *Panzerkorps*, solo, no podía sino efectuar modestos progresos.

Únicamente un enérgico ataque desencadenado en la retaguardia del Cuerpo de Ejército XXXI ruso, que defendía el sector del Luga, podía llegar a conseguir buenos resultados. El ataque sería realizado desde el Norte, por unidades del XLI *Panzerkorps*.

Una «bomba» para el «Panzergruppe»

Como queda dicho, se dio orden de retirar la División 3. El 15 de agosto, el Estado Mayor del LVI *Panzerkorps* fue sustituido, en el frente, por el Estado Mayor del Cuerpo de Ejército L y se trasladó a una posición adecuada, tras el ala donde se iba a desencadenar la ofensiva.

El general Hoeppner esperaba que, si las cosas marchaban bien, se le asignaría también la citada División 3.

Aquel mismo día, 15 de agosto, von Leeb visitó el *Panzergruppe* y dijo al comandante que aprobaba su decisión de reforzar la División de infantería motorizada, lo que era bastante extraño, pues su primer regimiento apenas estaba disponible. Pero aún fue más sorprendente la orden impartida después por el mando del Grupo de Ejércitos, que llegó mediada la tarde al *Panzergruppe*: según dicha orden, el Estado Mayor del LVI *Panzerkorps*, con la División de infantería motorizada 3, debía unirse inmediatamente al Ejército 16; la otra división motorizada del Cuerpo de Ejército ya había sido enviada al mismo destino por el Grupo de Ejércitos.

El diario de operaciones del *Panzergruppe* dice que la noticia causó el efecto de una bomba, y prosigue:

«Por segunda vez, el Grupo de Ejércitos ha impedido al *Panzergruppe* alcanzar su objetivo. La primera ocasión fue el 18 de julio, cuando hubo de suspender las operaciones inmediatamente después de la conquista de dos cabezas de puente en el río Luga. En esta ocasión, después de haber hundido las líneas enemigas, se le impide aprovechar el éxito conseguido».

Los ánimos estaban agitados, cosa que no puede sorprender. Aquella misma mañana, Leeb ni siquiera había mencionado la posibilidad de una decisión semejante. En realidad, lo que había sucedido era que, cuando regresó al Mando, se encontró con muy malas noticias sobre el Cuerpo de Ejército X, que en aquellos momentos combatía en el sector de Stáraia Russa, al sur del lago Ilmen. Aquellas malas nuevas le obligaron, con «gran pesar» por su parte, a ordenar el envío de los necesarios refuerzos a dicha Gran Unidad. Desde luego, gracias a las disposiciones tomadas, la posición de Stáraia Russa fue reconquistada poco después.

Pero también es cierto que, frente a Leningrado, se notaba la falta de las dos divisiones. El mando soviético gozó así de una «tregua» de casi tres semanas, y el Grupo de Ejércitos Norte se vio obligado a organizar un nuevo ataque, en el que sufrió todas las consecuencias de tan grave pérdida de tiempo.

El ataque del 10 de agosto, como se encontró frente a una eficaz defensa soviética en profundidad, al principio obtuvo escasos resultados. Pero el 16, Nóvgorod capituló y al otro lado del río Vóljov se estableció una cabeza de puente. Y como el grueso de las fuerzas rusas había huido hacia el Este a través del río, las tropas germanas empezaron a avanzar con mayor rapidez por la carretera que conducía al Norte. El 20 de agosto cayó Chudovo; pero, al mismo tiempo, sucedía que la necesaria cobertura del flanco oriental, a lo largo del Vóljov, había absorbido todos los efectivos del Cuerpo de Ejército I. Sólo el Cuerpo de Ejército XXVIII estaba todavía realizando apreciables progresos, con su ala derecha, sobre la carretera Chudovo-Leningrado. El 28 de agosto alcanzó Liuban, a sólo 80 km de la meta señalada.

En aquel momento, las unidades de vanguardia del XXXIX *Panzerkorps* llegaron al frente, después de ser segregadas del 3.er *Panzergruppe* y para que se unieran, conforme a lo impuesto por Hitler, al ala derecha del Grupo de Ejércitos Norte. Como al sudeste de Leningrado el terreno se presentaba muy difícil, la División de infantería motorizada 18 –que conducía el ataque– hubo de ser desplazada muy pronto al Este, con objeto de cubrir el flanco en el río Vóljov. En cambio, la 12.ª *Panzerdivision*, que estaba desplegada en vanguardia, no tuvo muchas dificultades en alcanzar, el 28 de agosto, los suburbios de Leningrado, en las cercanías de Isora y a menos de 20 km del centro de la ciudad. Pero en este punto tuvo que detenerse, pues sus reducidos efectivos no le permitían continuar el avance. La División de infantería motorizada 20, que la seguía, se dirigió hacia el río Nevá, a fin de cubrir el flanco situado al norte del lago Ladoga. En cuanto al *Panzerkorps*, que se hallaba en el límite de la resistencia, se encontró expuesto a la creciente presión ejercida por los soviéticos desde el Este, a través del Vóljov.

El XLI *Panzerkorps*, que avanzaba por el Sudoeste, después de haber roto las primeras defen-



Soldados soviéticos colocan defensas contracarros en torno a la cercada ciudad de Leningrado. *(Archivo Rizzoli)*

sas rusas encontró muy poca oposición, y entre el 20-21 de agosto alcanzó la línea Krasnogvardeisk-Krásnoie Seló, en un frente de 5 a 15 km de amplitud; pero hubo de detenerse por falta de abastecimientos. En aquella fase crítica, se reunieron todas las unidades que se pudieron llevar al frente y a los flancos del XLI *Panzerkorps* y se lanzaron apresuradamente a un ataque contra la retaguardia de las fuerzas soviéticas en los alrededores de Luga.

Se hubieran podido ocupar las ciudades de Krasnogvardeisk y Krásnoie Seló; pero en aquel momento era más oportuno limpiar la gran carretera que procedía de Luga a fin de facilitar el avance del Cuerpo de Ejército L.

El 21 de agosto, las unidades reagrupadas y puestas bajo el mando de la 8.ª *Panzerdivision* dejaron el sector al sur de Krasnogvardeisk y se dirigieron al mediodía. La resistencia enemiga, ligera al principio, pero gradualmente creciente, no impidió a estas fuerzas enlazar, el 31 de agosto, con el Cuerpo de Ejército L, a unos 2 km al norte de Luga. Tanto el mando del Grupo de Ejércitos como el del *Panzergruppe* lanzaron entonces un suspiro de alivio. El Cuerpo de Ejército XLI soviético se vio obligado a retirarse a través de los grandes pantanos que se encontraban al este de la carretera y, en el transcurso de la primera quincena de septiembre, fue aniquilado en la bolsa de Luga, donde 20.000 rusos cayeron prisioneros.

Gracias a este éxito se podía iniciar finalmente el asedio de Leningrado. Leeb preveía atacar por el Sudeste con el XXXIX *Panzerkorps* y el Cuerpo de Ejército XXVIII; por el Sur y por el Sudoeste, con el 4.º *Panzergruppe*; y en el ala septentrional con un Cuerpo de Ejército de infantería, el XXXVIII, compuesto de tres divisiones. Más al Norte, el Cuerpo de Ejército XVI debía liquidar los restos de las fuerzas soviético-estonias. En cuanto a Estonia, todas las tropas rusas allí desplazadas habían sido eliminadas a fines de agosto.

La acción comenzó el 9 de septiembre. El día 11, el XLI *Panzerkorps* conquistó, mediante un violento ataque, la meseta de Duderhof, desde la cual se dominaba la ciudad. El 15, el ala derecha del Cuerpo de Ejército XXXVIII se apoderó de Uritsk y alcanzó, al oeste de la ciudad, el litoral del golfo de Finlandia. Dos días después, el cerco de Leningrado en el sector sudoccidental se completó con la ocupación de Tsarskoie Seló. En el frente sudoriental, donde las únicas fuerzas disponibles para la ofensiva eran las del Cuerpo de Ejército XXVIII –el más probado de todos– no se registraron avances significativos, puesto que el XXXIX *Panzerkorps* no pudo tomar parte en las operaciones por tener que hacer frente a una fuerza enemiga que le atacaba. Su situación, empeñado como estaba en un terreno difícil e intrincado, llegó a ser tan sumamente apurada que Leeb se vio obligado a enviar en su ayuda a la 8.ª *Panzerdivision*, retirándola del sector sudoccidental, donde la ofensiva se desarrollaba mucho más felizmente.

Mientras en torno a Leningrado las líneas del frente se iban consolidando, el «ángulo de Vóljov» continuó siendo durante algún tiempo, motivo de preocupaciones para Leeb. Y en los otros sectores, el Grupo de Ejércitos Norte se vio obligado a suspender las operaciones el 17 de septiembre, porque todas las fuerzas acorazadas –exceptuando el XXXIX *Panzerkorps*– hubieron de ser retiradas para sostener la ofensiva de Moscú.

La campaña de Leningrado es particularmente significativa en el siguiente aspecto: un *Panzergruppe*, encuadrado en un Grupo de Ejércitos, tiene la posibilidad de desencadenar el ataque principal en dirección al objetivo y cumplir la misión que se le ha confiado, a pesar de las dificultades inevitablemente unidas a cualquier tipo de guerra. Al examinar esta campaña aparecen todas las posibilidades y todas las limitaciones, la potencia y las debilidades de los carros de combate. Por enésima vez, ellos consiguieron los primeros éxitos; éxitos que permitieron mantener un alto grado de movilidad y aseguraron la victoria.

La ofensiva inicial –en la que las vanguardias del *Panzergruppe* cubrieron más de 70 km en tres semanas y alcanzaron el bajo curso del Luga, a 100 km de Leningrado– demuestra qué insustituible misión cumplieron los carros de combate en los planes del *Feldmariscal* von Leeb. Las victorias obtenidas en Dáugavpils, Ostrov y Pskov se basaron en el factor sorpresa, estrechamente vinculado al empleo de medios veloces; asimismo, las batallas de carros de Raseiniai y Ostrov se ganaron gracias a la inteligente concentración de una superior potencia de fuego contra un enemigo desplegado en profundidad.

El éxito obtenido por los carros de combate fue aprovechado después, a lo largo de los flancos de la brecha abierta, por la infantería, la cual, con sus admirables marchas forzadas permitió que el avance alemán se mantuviera en una elevada progresión.

¿Se podría continuar la ofensiva rápida en los 100 km que entonces todavía faltaban para llegar a Leningrado? El general Hoeppner consideraba que ello era posible en cualquier circunstancia; pero estaba convencido de que para conseguir un éxito completo era preciso emplear todas sus divisiones motorizadas, seis en conjunto, lo que hubiera significado abandonar la ofensiva en el lago Ilmen. Mientras esperaba la llegada de algunas unidades del Ejército 16, la actividad del Cuerpo de Ejército I debía ser puramente defensiva. En aquel momento no había que temer contraataques soviéticos en gran escala, pues con toda probabilidad los rusos continuarían retirándose al otro lado de los ríos Lobat y Vóljov. El contraataque soviético en Stáraia Russa no se realizó hasta cuatro semanas más tarde, cuando el comandante soviético tuvo el tiempo necesario, como ya se ha dicho, para aprovechar el hueco abierto por la ausencia del ala septentrional del Ejército 16.

Hacia el 2 de julio, un ataque por el sudoeste, a cargo del 4.º *Panzergruppe*, probablemente hubiera permitido ocupar por sorpresa Leningrado. En la ciudad, las autoridades no habían preparado todavía una eficiente organización defensiva. Y aun en el caso de que no hubiesen podido conquistarla, las fuerzas germanas la habrían asediado mes y medio antes.

En los terrenos favorables que se extendían al Sur de la ciudad, los carros de combate alemanes eran totalmente superiores; además, el cinturón de tupidos bosques y de pantanos que cubría la zona meridional y sudoriental del frente, los protegía de cualquier ataque soviético por sorpresa; por otra parte tampoco el mando ruso disponía de las tropas necesarias para poder desencadenar tales ataques.

El motivo de que la ofensiva final no se lanzara en julio fue la interferencia del Mando Supremo –es decir, de Hitler– en las operaciones del Grupo de Ejércitos Norte. El más claro ejemplo de aquella interferencia fue la decisión de transferir el principal punto de ataque por parte del Ejército 16, desde el Norte –según estaba previsto inicialmente– al Sur, con objeto de apoyar las operaciones del Grupo de Ejércitos del Centro. Con ello, los planes del Grupo de Ejércitos Norte, basados en rápidos avances, quedaron deshechos. Otras muchas interferencias en los planes por parte del Mando Supremo, obedecieron sobre todo al incesante cambio de ideas de Hitler: un ejemplo sintomático de ello lo contituyen sus vacilaciones a propósito del empleo del 3.er *Panzergruppe*.

Hay, sin embargo, otro elemento que explica la actitud irresoluta y la sumisión al OKH que demostró el mando del Grupo de Ejércitos Norte en las últimas fases de la campaña. Leeb era íntimo amigo del jefe del Estado Mayor General, general Halder, y estaba muy bien informado respecto a la prevista ofensiva principal contra Moscú: con espíritu altruista aceptó las peticiones de Halder, de las cuales Hitler no debía saber nada. Entre ellas figuraba la de avanzar hacia el Este, desde la zona del lago Ilmen hasta las alturas del Valdai, avance del cual la acción de Stáraia Russa fue una acción preliminar y al que se destinó el LVI *Panzerkorps*, con el resultado de que no pudo participar en la batalla de Leningrado. Por lo tanto, la actitud de «desmovilización» asumida por el Grupo de Ejércitos Norte frente a Leningrado debe considerarse como el fruto de unos cambios realizados en la estrategia general. La ciudad únicamente tenía que ser asediada, y las fuerzas alemanas disponibles eran capaces de hacerlo.

La Operación «Leningrado» jamás gozó de un total interés por parte del OKH. Dicha operación se realizaba al mismo tiempo y paralelamente que la Operación «Moscú»; pero su importancia era secundaria respecto a esta última. Al Grupo de Ejércitos Norte nunca se le permitió compensar las pérdidas sufridas pidiendo ayuda al Grupo de Ejércitos del Centro. En tales condiciones, el Mando del Grupo Norte se vio constantemente obligado, con objeto de salvar la campaña de Leningrado, a satisfacer los deseos de Hitler. Esta es la explicación, por ejemplo, de haber consentido –desde luego injustificadamente– que se diera más importancia al ala derecha. El ala derecha era a todas luces superflua. El mando ruso no tuvo jamás la menor intención de ceder Leningrado. ¿Por qué, entonces, las fuerzas alemanas se aventuraron en una zona difícil y que sus mismas operaciones hacían más difícil todavía? El plan relativo a aquel sector se elaboró sobre el mapa; pero las decisiones se deben tomar de acuerdo con la marcha de los combates y, en aquel caso particular, de acuerdo con la naturaleza del terreno. Una de las víctimas de tales errores de evaluación fue el XXXIX *Panzerkorps*: aunque asignado a la ofensiva de Leningrado, no llegó a tomar parte en ella. Otra circunstancia demuestra los riesgos que entrañaba el ataque a través de Nóvgorod desde el punto de vista de los abastecimientos: en efecto, en el momento de mayor necesidad, cuando al mencionado *Panzerkorps* se le concedió el apoyo de la 8.ª *Panzerdivision*, la dirección a través de la cual recibía los abastecimientos tuvo que ser desplazada para que coincidiera con la del 4.º *Panzergruppe*, que corría a través de Luga.

Una irrupción soviética por el río Vóljov, al norte de Nóvgorod, había interrumpido aquella vía vital. Este hecho demuestra lo peligroso e inútil que fue emplear un *Panzergruppe* en la directriz de Nóvgorod.

La lección que se puede aprender de cuanto sucedió en Leningrado es que las órdenes han de partir de la línea del frente a la cual las mismas conciernen. Y esto es válido, de un modo muy particular, para las operaciones realizadas con fuerzas acorazadas, en las cuales la situación y las ocasiones favorables cambian con extrema rapidez. Tanto la una como las otras no pueden ser correctamente evaluadas en la retaguardia, tal como se hacía en tiempos pasados en las batallas de infantería. Una exacta valoración de los hechos en la línea del frente era condición esencial si se quería que la ofensiva contra Leningrado tuviera éxito.



WALTHER C. DE BEAULIEU, GENERAL

Nacido en 1898, combatió en las dos guerras mundiales. Fue oficial del Estado Mayor General en las unidades alemanas de carros desde su creación. En 1935 se le nombró jefe de Estado Mayor del general Guderian y mandó la 2.ª *Panzerdivision*, constituida aquel mismo año. Más tarde enseñó táctica en la Academia Militar. Al estallar la guerra era oficial del Estado Mayor del capitán general Hoeppner, y durante el avance hacia Leningrado prestó servicios en el 4.º *Panzergruppe*. En 1943, en el frente oriental, estuvo al mando de una división. Después del atentado contra Hitler, del 20 de julio de 1944, se le ordenó regresar a Alemania y fue exonerado. Una vez terminada la guerra, se ocupó en la investigación histórica. Entre sus publicaciones figura una estudio (1961) sobre el avance del 4.º *Panzergruppe* hacia Leningrado.



OPERACIÓN "BARBARROJA"

EL FRENTE FINLANDÉS

A. F. Upton

Si se considera lo amarga que fue la derrota que les infligieron los rusos en la "guerra de invierno" de 1939-40, no sorprende que los finlandeses se alinearan junto a Alemania en la Operación "Barbarroja". Pero este ataque finlandés no se llevó a cabo con el mismo espíritu que animó la "guerra de invierno": dificultada por una decidida defensa soviética y debilitada por la actitud apática de sus jefes, la ofensiva desplegada por los finlandeses en Rusia noroccidental se detuvo en el inverno de 1941.

OPERACIONES SIMULTÁNEAS EN EL FRENTE FINLANDÉS

A pesar del tratado de paz firmado en Moscú en marzo de 1940, al final de la «guerra de invierno», los jefes militares finlandeses estaban convencidos de que Rusia, más pronto o más tarde, atacaría de nuevo, a fin de acabar con la independencia de su país. La política de presión y de perturbación ejercida por la URSS respecto a Finlandia, no hizo sino afirmar su seguridad. Por esto, cuando en agosto de 1940 Alemania pidió en secreto a Finlandia que permitiera el paso de sus tropas situadas en el norte de Noruega, y al mismo tiempo propuso venderle armas, los finlandeses se apresuraron a aceptar ambas cosas. Aprovechando el acuerdo de tránsito, las fuerzas germanas establecieron un sistema de bases en Finlandia septentrional.

Hitler obró así impulsado por dos buenos motivos: situar sus tropas de manera que pudieran apoderarse en brevísimo tiempo de los importantes yacimientos de níquel, enclavados en el norte de Finlandia, cuando esto fuera necesario (Operación «Reno»), y preparar las bases para un posible ataque alemán contra Murmansk y su línea ferroviaria (Operación «Zorro plateado»).

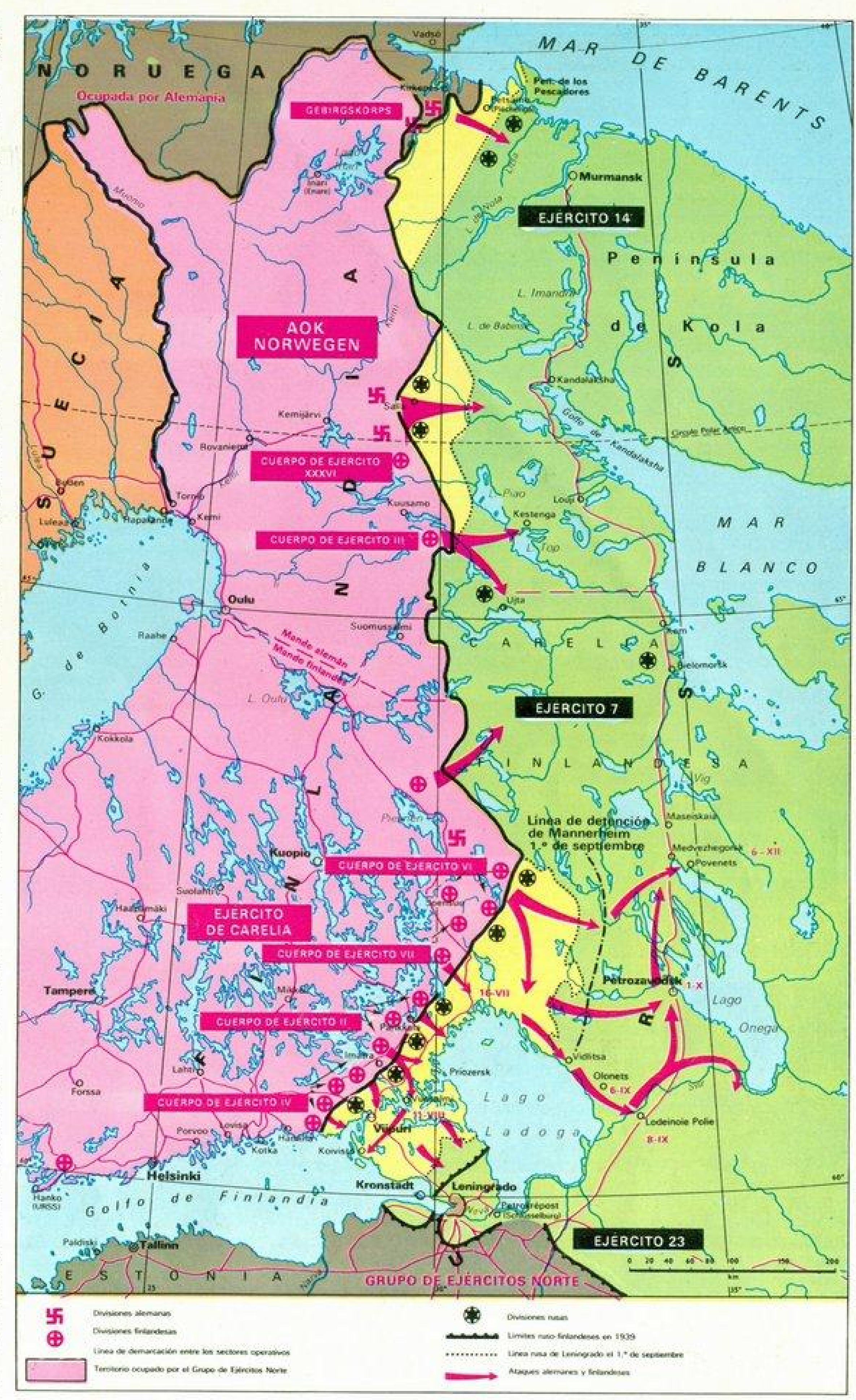
El plan definitivo de los alemanes para las operaciones en aquella zona preveía el envío de tropas a Finlandia septentrional poco antes de que comenzara la Operación «Barbarroja»; por su parte, los finlandeses –avisados con anticipación– cooperarían al desarrollo de la Operación «Zorro plateado» y amenazarían Leningrado desde el Norte.

Las tropas alemanas empezaron a llegar a Finlandia el 8 de junio de 1941, y la movilización general finlandesa se inició el 16 del mismo mes. Como el 22 de junio aún no había concluido la concentración de las tropas, al principio el gobierno finés adoptó, respecto al plan de invasión de Rusia, una actitud ambigua. Sin embargo, las actividades germanas en el país provocaron, el día 2 del citado mes, una serie de incursiones aéreas rusas sobre territorio finlandés, y esto proporcionó a la pequeña nación el pretexto para entrar en la guerra.

A partir de marzo de 1940, las Fuerzas Armadas finlandesas habían sido reorganizadas. Un año más tarde, el Ejército comprendía 16 divisiones de infantería, con tres brigadas de tropas escogidas: la brigada de caballería y dos brigadas *Jäger*[1].

La artillería de campaña fue notablemente reforzada y dotada de las necesarias municiones; se crearon varias unidades de carros de combate con material capturado a los rusos durante la «guerra de invierno», y además se adoptaron los aparatos de radio para las transmisiones. La Aviación fue también reforzada y modernizada, aunque en proporción modesta. Sin embargo, el grueso del Ejército seguía dependiendo de los caballos para el transporte de la artillería y de los abastecimientos, de los teléfonos de campaña y de las estafetas para el enlace; contaba con poca artillería pesada y no disponía de ningún bombardero pesado, factores éstos que limitaban su capacidad ofensiva. Para la campaña de 1941, Finlandia movilizó más de 400.000 hombres.

Al comienzo de las hostilidades, finales de junio de 1941, el frente germano-finlandés estaba dividido en dos partes por una línea que iba de Oulu al Este. Al norte de dicha línea, dirigía las operaciones el AOK (Armeeoberkommando, Mando Supremo del Ejército) noruego, bajo las órdenes del general von Falkenhorst. A orillas del océano Glacial Ártico, frente a Murmansk, estaba desplegado el *Gebirgskorps* (Cuerpo de Ejército de montaña) de Dietl, con dos divisiones de montaña; en el centro se hallaba el Cuerpo de Ejército XXXVI, con la División 169, la *Panzerdivision* «SS» y la División 6 finlandesa, la cual se apoyaba sobre Rovaniemi; el ala derecha se hallaba cubierta por el Cuerpo de Ejército III finlandés, con una sola división. Al sur de la mencionada línea, el mariscal Mannerheim mandaba 13 divisiones y tres brigadas, a las que se unió casi inmediatamente la División 163 alemana. El grueso de estas fuerzas se hallaba en el sector de frontera del sudeste.



Los rusos cubrían las vías de acceso a Leningrado con el Ejército 23, al mando del general Gerasimov. El Ejército 7, a las órdenes del general Meretzkov, cubría la frontera desde el lago Ladoga a Ujta, con tres divisiones en primera línea y dos en reserva. En el Norte, el Ejército 14 protegía los accesos a Murmansk y al mar Blanco, con cuatro divisiones y una división acorazada de reserva. Además, en la base rusa de Hanko, en Finlandia occidental, había una guarnición de 27.000 hombres, que fijó a una división finlandesa entera.

(1) *Jäger:* cazadores. Tropas escogidas, que pertenecían a la infantería ligera.

Como las operaciones se iniciaron después del 22 de junio, no hubo sorpresa y los rusos pudieron ocupar las posiciones defensivas previstas.

En el sector del general Falkenhorst, las operaciones se veían con dificultades a causa de ciertos problemas relacionados con los abastecimientos y con las vías de comunicación. Tres eran las líneas de acceso a través de la frontera: por el litoral del océano Glacial Ártico; por medio del ferrocarril Kemijärvi-Kandalaksha, cuyo trazado aún estaba incompleto, y por las carreteras, apenas utilizables, que comunicaban Louji con Kem. Estas tres vías de acceso estaban separadas entre sí por inmensas extensiones de terrenos salvajes e impenetrables. Por el lado finlandés de la frontera, las comunicaciones transversales eran pésimas; en cambio los rusos tenían la ventaja de que a sus espaldas se hallaba la línea ferroviaria de Murmansk, con ramificaciones y carreteras que conducían al frente. Además, la naturaleza del terreno favorecía la defensa. Con una superioridad de tres a dos tan sólo, los atacantes debían repartir sus fuerzas entre tres sectores separados y que muy difícilmente podían ayudarse entre sí. A los soviéticos, gracias a su mejor sistema de comunicaciones, les era posible concentrar sus fuerzas en los puntos vitales con mayor rapidez. El resultado fue que los ataques lanzados por los finlandeses y los alemanes, después de un avance inicial, a la larga acababan siendo detenidos.

A partir del 29 de junio, las fuerzas de Dietl lanzaron tres ataques sucesivos hacia Murmansk. Pero como no consiguieron apoderarse de la península de los Pescadores, situada a sus espaldas, y a causa también del total dominio del mar por parte de los rusos, en septiembre se detuvieron y se atrincheraron a orillas del río Litsa. El cuerpo de Ejército XXXVI, atacando a lo largo de la línea ferroviaria que procedía de Kemijärvi, logró arrojar a los rusos del sector de Salla; pero luego también fue detenido. A la derecha del despliegue, el Cuerpo de Ejército III finlandés se encontró inmovilizado, a comienzos de septiembre, poco antes de llegar a Ujta, que era el primero de los objetivos importantes; su segundo ataque, apoyado por unidades alemanas, se detuvo en noviembre cerca de Kestenga. Los estrategas germanos y sus consejeros finlandeses habían subestimado las dificultades naturales y la fuerza del enemigo, por lo que no lograron alcanzar ningún objetivo.

Los planes de Mannerheim obedecían a dos consideraciones: una política y otra militar. La nación deseaba que reconquistara los territorios perdidos en 1940; por su parte, él deseaba llegar más lejos, a la Carelia soviética, hasta alcanzar la línea-río Svir-lago Onega-lago Segozero, con objeto de crear una zona de soporte, con un frente poco amplio y por lo tanto más difícil de defender. Se le había asegurado que, una vez hubiera cercado Leningrado, los alemanes subirían desde el Sur para unirse con sus tropas en el río Svir. El frente de Mannerheim estaba prácticamente partido en dos por el lago Ladoga y los recursos de que disponía no le permitían atacar en los dos sectores a la vez. Por lo tanto, de acuerdo con las peticiones germanas y con su personal deseo de no aproximarse a Leningrado hasta que los alemanes hubieran avanzado mucho más, decidió iniciar las operaciones al norte del lago; con este fin, el 28 de junio creó el Ejército de Carelia, a las órdenes del general Heinrichs.

El plan preveía que las fuerzas finlandesas descendieran hacia el Ladoga, en dirección Norte-Oeste, aprisionaran contra el lago a los defensores rusos y después limpiasen el sector Norte hasta la frontera de 1939. El ataque comenzó el 10 de julio: los finlandeses disponían de una superioridad numérica de dos a uno, y los rusos cometieron el error táctico de resistir obstinadamente a lo largo de las líneas defensivas de la frontera, sin contar con reservas para hacer frente a un eventual hundimiento. Las fuerzas finlandesas llegaron al Ladoga el 16 de julio, rompieron el frente ruso y luego avanzaron rápidamente hacia el Sudeste por la orilla del lago, hasta la posición ocupada por Tuulus.



Una ametralladora de las tropas finlandesas en acción durante la batalla de Kiviniemi (agosto de 1941). (Archivo Rizzoli)

Al sur del punto de ruptura, a pesar de la encarnizada resistencia, el resto de las fuerzas soviéticas fue empujado hacia la orilla del lago. A fines de julio, una división de refresco, procedente de Carelia, intentó ayudarlas; pero fracasó. El 7 de agosto varias unidades de las dos divisiones rusas estaban cercadas; siete días después, tres divisiones finlandesas trataron de aniquilarlas, pero los soviéticos realizaron una hábil maniobra de repliegue y casi todos consiguieron embarcar y ponerse a salvo. Habían combatido bien a pesar de su inferioridad, y los finlandeses, al perseguirlos, fueron lentos y torpes.

El flanco izquierdo del Ejército de Carelia tampoco hizo mucho más. En aquel sector, la ofensiva, en la cual la División 163 alemana desempeñó un importantísimo papel, fue detenida a fines de julio, cuando los atacantes se hallaban a menos de la mitad de camino de sus objetivos. Los rusos realizaron con extraordinaria habilidad una acción retardadora, que continuó durante todo el mes de agosto. El 25 de este mes, los finlandeses lanzaron el último ataque: gracias a un brillante avance por el flanco, a través de un terreno casi impracticable, el 1 de septiembre alcanzaron la línea donde Mannerheim había dispuesto que sus tropas se detuvieran. Los rusos demostraron la importancia que concedían a aquel sector empleando por primera vez los carros de combate *T-34*, contra los cuales los cañones finlandeses no podían hacer nada. Al Ejército de Carelia le quedaban entonces muy pocos días para preparar la segunda fase de su avance.

Los planes de Mannerheim para reconquistar el istmo de Carelia preveían la aproximación indirecta. En una primera fase, su ala izquierda ocuparía la zona al norte del río Vuoksi, rodearía Viipuri y se dirigiría al golfo de Finlandia para interrumpir las líneas de comunicación entre las fuerzas rusas y Leningrado. En la segunda fase, un ataque contra Viipuri inmovilizaría a los soviéticos hasta que la trampa se cerrase por completo a su espalda. Este tipo de maniobra le permitiría emplear la artillería pesada en ambos ataques, baza de significativa importancia, pues los rusos se encontraban fuertemente preparados para la defensa.

El 31 de julio, dos divisiones finlandesas iniciaron el ataque con eficaz apoyo artillero. Al principio, los progresos fueron limitados; pero el 4 de agosto, cuando intervino una nueva división, la ofensiva adquirió tal vigor que muy pronto los rusos estuvieron completamente cercados a orillas del lago Ladoga. No obstante, una vez más, una brillante acción de retaguardia permitió al mando ruso embarcar y evacuar a la mayor parte de las fuerzas. Tras rechazar enérgicamente, el 11 de agosto, un contraataque ruso, los finlandeses avanzaron hacia el río Vuoksi, que alcanzaron y atravesaron al día siguiente, y formaron una cabeza de puente en Vuosalmi. El territorio al norte del río quedó limpio de enemigos el 23 de agosto.

La segunda fase debía iniciarse el 22 de aquel mismo mes; pero antes los rusos comenzaron a retirarse, con la evidente intención de abandonar Viipuri para escapar de la amenaza que desde Vuosalmi se cernía sobre la retaguardia. Los finlandeses iniciaron el ataque el 23 de agosto, e inmediatamente los rusos contraatacaron con dos divisiones e interrumpieron la retirada de Viipuri. Fueron necesarios dos días para acabar con los ataques rusos y poder continuar el avance. Mientras tanto, varias unidades finlandesas cruzaron el golfo de Viipuri y establecieron una cabeza de puente al sudeste de la ciudad. El 27 de agosto, la carretera principal y la línea ferroviaria a Leningrado estaban interceptadas, y tres divisiones soviéticas se encontraron con que sólo disponían de una ruta de 7 km de anchura por la que retirarse.

La detención frente a Leningrado

En aquel momento, Mannerheim dejó escapar la ocasión favorable. En lugar de emplear las tres divisiones de que disponía para cerrar y reforzar el cerco, prefirió lanzarlas a un rápido avance hacia la antigua frontera de 1939. La consecuencia de este error fue que el 29 de agosto un contraataque ruso ensanchó la brecha, y dos de las tres divisiones en peligro de ser cercadas pudieron huir; al mismo tiempo, casi todos los hombres de la tercera división consiguieron retirarse a la isla de Koivisto. Sin embargo, lo cierto es que los rusos habían sufrido una grave derrota.

Los finlandeses persiguieron al enemigo hasta más allá de la frontera de 1939 sin encontrar re-

sistencia organizada. Mannerheim ordenó detenerse frente a las antiguas fortificaciones de Leningrado, en las cuales los supervivientes buscaron refugio. Por lo tanto, el día 1 de septiembre las tropas finlandesas habían alcanzado casi todos sus objetivos; el 9 consiguieron el resto. El día anterior los alemanes habían logrado aislar Leningrado. Sólo un cortísimo y alentador espacio los separaba de los victoriosos finlandeses, que se encontraban más al Norte.

La operación siguiente parecía obvia. En efecto, el 22 de agosto el OKW pidió a Mannerheim que tomara parte en un ataque contra Leningrado, avanzando hacia el Sur y a espaldas de la ciudad, uniéndose luego con los alemanes en el Nevá. Mannerheim tardó cinco días en dar una respuesta, al cabo de los cuales comunicó que estaba dispuesto a efectuar tan sólo acciones demostrativas en el istmo y, que, en cambio, deseaba lanzar un nuevo ataque al norte del Ladoga a fin de converger con las fuerzas germanas en el Svir, según se acordó al principio. Para explicar su actitud, Mannerheim adujo dos motivos: uno político (el Gobierno y el pueblo finlandeses no deseaban tomar parte en un ataque contra Leningrado) y otro militar (sin artillería pesada y sin bombarderos en picado no podría destruir las fortificaciones rusas). El OKW no quedó satisfecho con aquellas explicaciones y el 4 de septiembre, Keitel y Jodl fueron al puesto de mando de Mannerheim para convencerle; pero el mariscal finlandés mantuvo su negativa.

No hay duda de que se trató de una decisión política. Ciertamente que existía un cinturón de fortificaciones de hormigón; pero las defendían soldados rusos derrotados y desorganizados. Es casi seguro que, en la segunda semana de septiembre, un ataque por el flanco oriental, combinado con una enérgica presión germana, habría aislado Leningrado del lago Ladoga y marcado su suerte. La decisión de Mannerheim fue, por lo tanto, uno de los históricos momentos críticos de la campaña oriental. Los jefes militares finlandeses opinaron que su pueblo no estaba interesado en Leningrado y que intervenir en su ocupación significaría comprometerse demasiado.

El Ejército de Carelia, descansado y reorganizado, estaba dispuesto para la segunda fase de la ofensiva, con cinco divisiones, tres brigadas selectas y la División alemana 163 de reserva. Frente a él se encontraba el Ejército 7 ruso, articulado en un Cuerpo de Ejército septentrional y otro meridional, cada uno formado por dos divisiones aproximadamente. Los finlandeses concentraron el fuego de su artillería contra la orilla del lago Ladoga, mientras una columna motorizada esperaba el momento de entrar en combate. El ataque del 3 de septiembre constituyó un éxito. Las defensas rusas fueron destruidas; el 5 de dicho mes las fuerzas finesas iniciaron el avance, el 6 conquistaron Olonets, el 7 llegaron al Svir y el 8 interrumpieron la línea ferroviaria de Murmansk a Lodeinoie Polie. Los finlandeses se establecieron rápidamente a lo largo del río Svir y formaron algunas cabezas de puente en la orilla meridional.

El día 2 de septiembre, el ala izquierda del Ejército finlandés inició el ataque a lo largo de la principal línea férrea hacia Petrozavodsk, capital de la Carelia soviética. El día 12 del mismo mes, varias unidades del frente del Svir, que no eran necesarias en aquel sector, pudieron dirigirse al Norte y formar un frente común contra la ciudad. Los rusos, que habían evacuado la población y las fábricas con bastante anticipación, combatieron con mucha habilidad y tenacidad, por lo que hasta el día 1 de octubre Petrozavodsk no cayó en poder de los atacantes.

Al comprender, después de aquellas dos batallas, que los ataques frontales eran con frecuencia tan sangrientos como infructuosos, los finlandeses resolvieron el problema utilizando su habilidad para moverse a través de bosques y pantanos: en efecto, enviando columnas a lo largo de los flancos, obligaban a los rusos –que disponían de pocas reservas– a retirarse o a dejarse cercar. No obstante, la moral de las tropas soviéticas se mantenía alta. Su División 3, rodeada en las proximidades de Olonets, rompió el cerco y, con una eficaz maniobra retardadora, alcanzó la zona al sur de Petrozavodsk; allí fue cercada de nuevo, pero también consiguió liberarse. Luego, a través de los bosques, llegó hasta el río Svir y lo atravesó, poniéndose así a salvo después de cinco semanas de ininterrumpidos combates.

A comienzos de octubre, en el ala izquierda, los finlandeses habían recuperado por completo el dominio de la región al norte del Svir. Mannerheim quería establecer una fuerte cabeza de puente en la parte oriental del curso del río, y para conseguirlo se libró una batalla que duró del 6 al 23 de octubre, después de la cual el frente se estabilizó. El desarrollo de aquellos combates ofreció dos importantes características. En primer lugar, varias unidades finlandesas se rebelaron y no quisieron atravesar el río; y aunque se consiguió convencerlas de que entraran de nuevo en acción, el episodio constituyó una clara prueba de que los soldados finlandeses consideraban inútil y absurdo todo avance ulterior. En segundo lugar, tropas finlandesas se encontraron con una nueva división siberiana, la 114, y hubieron de recurrir a todas sus energías para neutralizar los contraataques. Y esto fue un inquietante presagio de lo que harían más tarde los siberianos ante Moscú.

El Ejército de Carelia debía entonces reforzar su flanco septentrional según la más breve línea defendible entre Maselskaia y Medvezhegorsk, en el extremo norte del lago Onega. La operación estuvo condicionada por la desfavorable naturaleza del terreno, las adversas condiciones atmosféricas (había comenzado el invierno), el cansancio de los soldados, las deficientes líneas de comunicación, así como por una resistencia que se iba haciendo más tenaz a medida que los soldados rusos se retiraban.

Los finlandeses enviaron a aquel sector una sola división, procedente del istmo de Carelia. El general Heinrichs decidió no detener la ofensiva, para reorganizar sus tropas, prefiriendo aprovechar la fuerza impulsora del avance. Pero con ello los ataques resultaron improvisados y con frecuencia poco coordinados. La decisión de Heinrichs fue quizás un grave error: un ataque bien preparado y llevado a cabo por tropas frescas o descansadas tal vez hubiera alcanzado más pronto el objetivo.

Durante las últimas semanas de octubre, los finlandeses continuaron avanzando fatigosamente por el Sur y por el Oeste; pero el 7 de noviembre fueron detenidos en todos los sectores. Y cuando el 21 del mencionado mes se pudo reemprender el avance general, se produjeron graves incidentes: numerosas unidades, y hasta un batallón selecto *Jäger*, se negaron a combatir o combatieron sin ímpetu. No obstante, el avance prosiguió, y a fines de noviembre alcanzaron Maselskaia –sin conseguir conquistarla– y arrojaron a los rusos de las vías de acceso a Medvezhegorsk. Pero la ofensiva se detuvo de nuevo.

Por fin las tropas se reagruparon, la artillería estuvo concentrada y los carros de combate desplegados en primera línea. El 5 de diciembre, a 30° bajo cero, los finlandeses lanzaron su ofensiva final, el frío era tan intenso que las torretas de los carros de combate estaban bloqueadas por el hielo. Y a pesar de combatir en condiciones tan desfavorables consiguieron derrumbar las defensas rusas; el día 6 se apoderaron de Medvezhegorsk y avanzaron hasta Povenets, en el canal del mar Blanco, donde Mannerheim ordenó la suspensión de las operaciones. Dos divisiones rusas fueron cercadas al sur de Medvezhegorsk y aniquiladas por completo; al parecer se trató, por parte de los soviéticos, de un sacrificio deliberado, cuyo fin era retardar un posible avance hacia Bielomorsk. El 12 de diciembre, terminadas las operaciones de limpieza de la zona, los finlandeses se establecieron a la defensiva, y así permanecieron durante todo el resto de la guerra.

Los objetivos que Mannerheim se fijó al principio se habían alcanzado; y, por lo mismo, comenzó a fortificar sus líneas y a desmovilizar parte de las tropas. La campaña costó a Finlandia alrededor de 25.000 muertos y más de 50.000 heridos. Las pérdidas soviéticas se desconocen; el número de rusos prisioneros fue de 47.000.



El general alemán Dietl (izquierda), comandante del *Gebirgskorps* conversa con el mariscal Mannerheim, jefe del Ejército finlandés. *(History of the Second World War)*

Mannerheim proyectó una ulterior operación contra Bielomorsk para principios de 1942, y expuso el plan a los alemanes. Como condición previa les exigió la devolución de las dos divisiones finlandesas que en aquellos momentos se encontraban a disposición de Falkenhorst, así como la de las tropas situadas en el istmo de Carelia, cosas ambas que los alemanes podrían cumplir cuando se apoderasen de Leningrado. El mando alemán deseaba aceptar el plan; pero cuando en noviembre se examinaron los detalles, Mannerheim advirtió que sus condiciones no serían satisfechas y decidió valerse de este punto como pretexto para no comprometerse en sucesivas acciones. Y en efecto, la participación activa de Finlandia en la guerra cesó, y no volvió a iniciar operaciones de cierta importancia hasta junio de 1944.

AVANCE RÁPIDO SOBRE JÁRKOV

Geoffrey Jukes



La gran victoria de Rundstedt fue el preludio de la invasión de Ucrania, invasión que prosiguió sin detenerse hasta alcanzar Járkov, cuarta ciudad de la URSS. Pero se había perdido un tiempo precioso; y, con la llegada del invierno, la despreciativa evaluación del Ejército ruso –sobre la cual se forjó la Operación "Barbarroja"– se vio que era errónea. Hitler se equivocó totalmente en sus apreciaciones; cierto que la puerta había sido "derribada" en Smolensk, en Kíev y en Járkov; pero el Ejército ruso y la URSS no habían sido ni aniquilados ni derrotados por la guerra relámpago germana, como el "Führer" prometiera en los primeros tiempos.

A fines de septiembre, la gran batalla por Ucrania occidental había terminado. Los escasos restos de cuatro Ejércitos soviéticos lograron abrirse camino a través del cerco germano y se unieron a otras maltrechas unidades para constituir, al menos en teoría, nuevas divisiones.

También los alemanes, victoriosos, estaban extenuados. Guderian –cuyo 2.º *Panzergruppe* cerró la trampa con su audaz avance hacia el Sur– se desplazó para proseguir la ofensiva contra Moscú. En Ucrania quedaron solamente el 1.er *Panzergruppe* de Kleist, reducido a unos 300 carros de combate; los Ejércitos de infantería 6, 11 y 17; los dos Ejércitos rumanos 3 y 4; el Cuerpo de Ejército húngaro; tres divisiones del Cuerpo Expedicionario italiano (CSIR) y la división ligera eslovaca.

Por aquellos días comenzaron a caer las primeras lluvias otoñales, y todavía debían llevar a cabo la segunda parte de su misión: la ocupación de la zona industrial de Ucrania oriental. La perspectiva no era ciertamente alentadora. Asimismo, para los exhaustos soldados rusos de los frentes meridional y sudoccidental, la situación se perfilaba muy sombría. La zona que debían defender era de importancia vital para la Unión Soviética, pues producía el 60 % del carbón, el 30 % del hierro y el 20 % del acero. En Ucrania se encontraban las tres cuartas partes de las instalaciones hidroeléctricas de la nación; dos tercios de las fábricas de productos químicos, de gran utilidad para las ne-

cesidades bélicas, y tres quintos de la red ferroviaria. Por el extremo oriental de Ucrania cruzaban también las principales vías de distribución del petróleo procedente del Cáucaso. Por lo tanto, la caída de toda esta zona en manos de los alemanes reduciría gravemente la potencia del Ejército ruso, aislaría el Cáucaso y haría que fueran más persuasivos los argumentos con que Alemania trataba de convencer a Turquía para que entrara a su lado en la guerra. A los rusos les era a todas luces indispensable ganar tiempo, de otro modo su potencial ventaja en cuanto al número de hombres no se traduciría jamás en resultados prácticos: necesitaban tiempo para desmantelar las instalaciones de las zonas que no podían defender y para volver a montarlas luego en diferentes localidades; tiempo para destruir todo lo que no podían transportar, no sólo las máquinas que los alemanes utilizarían, sino también los edificios, a fin de que no les sirvieran para resguardarse de los rigores del invierno; tiempo para reorganizar los Ejércitos dispersos, víctimas de las derrotas del verano y de la ineptitud de sus jefes.

Para oponerse a los seis Ejércitos alemanes y rumanos del Grupo de Ejércitos Sur, el comandante del frente sudoccidental soviético, mariscal Timoshenko, contaba con siete Ejércitos. Hasta el 16 de octubre, uno de los Ejércitos rumanos, el 4, estuvo empeñado en el asedio de Odesa, y, desde fines de septiembre, el Ejército 11 alemán intervino en la invasión de Crimea, donde se le unió el citado Ejército 4 rumano cuando los rusos evacuaron Odesa. Por lo tanto, en realidad, eran siete Ejércitos soviéticos contra cinco del Eje.

Sin embargo, estas cifras no reflejaban la verdadera situación. Aun orgánicamente al completo, un Ejército soviético era mucho más reducido que su adversario alemán, y los Ejércitos de Timoshenko se hallaban entonces muy lejos de estar al completo. En la parte central del despliegue, el Ejército 38 del general Feklenko reunía dos divisiones de infantería, una división acorazada y un «regimiento mixto» de 7000 hombres. Pero, mientras una de las divisiones de infantería estaba completa, la otra contaba a duras penas con un tercio de los efectivos previstos y disponía tan sólo de cuatro cañones de campaña; en la división acorazada había un solo carro de combate.

Por su parte, el STAVKA ya no podía seguir agrupando hombres para lanzarlos a imprudentes contraofensivas. Estaba seriamente comprometido en el centro, donde se esperaba de un día a otro la ofensiva germana contra Moscú. El frente meridional había recibido orden de limitar su actividad a una defensa decidida, y el 27 de septiembre se ordenó lo mismo al frente sudoccidental. Al mismo tiempo, se empezó a preparar un cinturón de fortificaciones en las direcciones de acceso a Járkov y en la cuenca del Don.

El plan alemán era sumamente sencillo. El 1.er *Panzergruppe* debía lanzarse fuera de la cabeza de puente, en los ríos Dnieper y Samara, entre Dniepropetrovsk y Stalinogorsk, y dirigirse al Sur, hacia la costa del mar de Azov; avanzaría a espaldas de los Ejércitos soviéticos 9, 12 y 18, que constituían el frente meridional. Kleist ya pensó en una maniobra de este género, pero en más vasta escala, durante la campaña de Ucrania occidental. Ahora, por fin, podría lanzar sus 300 carros de combate a través de la retaguardia soviética.

Para unas fuerzas de esta entidad se trataba ciertamente de un plan ambicioso; pero no temerario. Los tres Ejércitos soviéticos tenían en conjunto menos de los dos tercios de los carros de combate de Kleist, y además andaban escasos de armas contracarros. Si el plan tenía éxito, unos 100.000 soldados rusos se verían cogidos entre los *Panzer* y la infantería del Ejército 11 del general von Manstein, que había aplazado su proyectada invasión de Crimea para poder tomar parte en la Operación «Azov».

Los oficiales superiores enviados por el STAVKA no tuvieron tiempo de organizar el cinturón de fortificaciones defensivas, pues el 30 de septiembre, el 1.er *Panzergruppe* inició el ataque y se dirigió directamente sobre la ruta principal de los abastecimientos soviéticos: la línea ferroviaria Járkov-Zaporozhe. A pesar de los esfuerzos de un tren blindado soviético, la línea fue alcanzada e interrumpida la tarde del día siguiente; esta acción no era ciertamente un buen augurio para el frente meridional.

Muy pronto, el rápido desarrollo de la situación hizo creer que no habría más tropas soviéticas para enviar al sector situado al sur de la brecha. El ataque germano acababa de dividir el ala derecha del Ejército 12 soviético, por lo que entre los *Panzer* y la costa no había prácticamente ningún obstáculo. El día 5 de octubre, el comandante del frente meridional, general en jefe Cerevicenko, decidió desplazar su despliegue 45 grados hacia el Este, tomando como eje la costa, a fin de oponer a los alemanes un nuevo frente. Esta maniobra significaba abandonar una vasta extensión de territorio –comprendido el gran centro de Zaporozhe–; pero, al menos, alimentaba la esperanza de evitar un nuevo cerco.

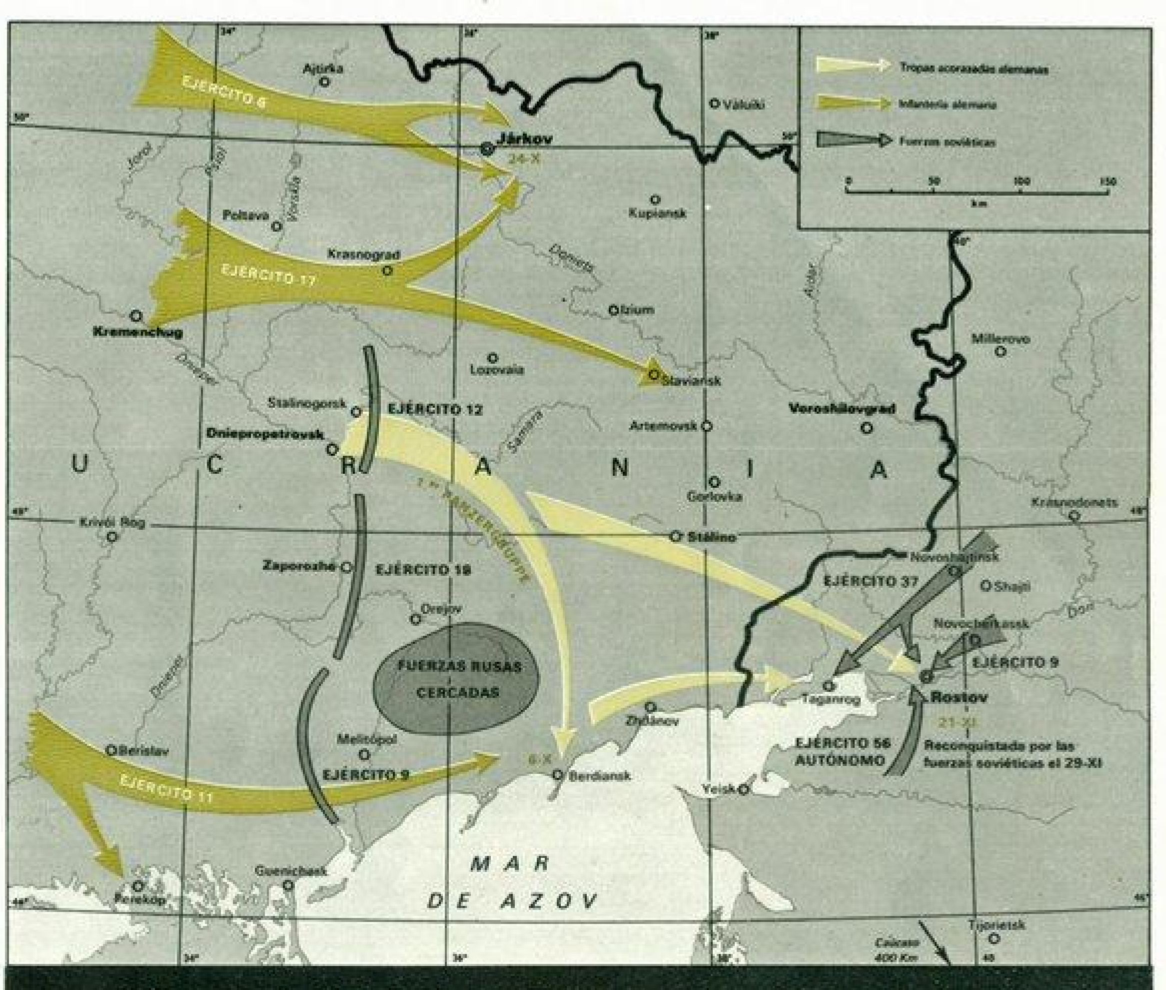
Desgraciadamente esta decisión se tomó demasiado tarde. Mientras los Ejércitos 12 y 18 trataban de organizar las defensas a lo largo de la nueva línea, el 1.er *Panzergruppe* atacó en el punto de unión de ambas unidades y consiguió romper el frente; el 6 de octubre, sus unidades avanzadas enlazaron con las vanguardias del Ejército 9 de Manstein. Por lo tanto, el cerco se había cerrado. Los Ejércitos 9 y 18 rusos se hallaban encerrados en la zona de estepas comprendida entre Orejov y el pequeño puerto de Berdiansk.

Más de 100.000 prisioneros

En el interior de la bolsa la resistencia soviética seguía siendo encarnizada; pero, a causa de la pérdida de los mandos, no estaba lo bastante coordinada. Algunas unidades del flanco derecho del Ejército 9 lograron abrir una brecha de escape y parte del Ejército 18, luchando con la fuerza de la desesperación, abrió un corredor por el que pudo llegar a Stálino. No obstante, una vez finalizados los combates, cuando hicieron inventario del botín, los alemanes comprobaron que habían capturado 212 carros de combate, alrededor de 700 cañones y 106.000 hombres. Con excesivo optimismo llegaron a la conclusión de que habían dispersado o destruido cuatro Ejércitos rusos, y en consecuencia empezaron a retirar tropas de aquel sector, confiando al 1.er *Panzergruppe* (en aquellos momentos reducido en sustancia a un Ejército de carros) la misión de continuar la ofensiva contra Rostov.

Al parecer, el Grupo de Ejércitos Sur tenía demasiada confianza en sí mismo. De los cuatro Ejércitos rusos que creía haber «dispersado o destruido», dos de ellos, el 6 y 12, si bien se hallaban muy quebrantados, estaban muy lejos de haber sido aniquilados. Y de los dos Ejércitos cercados –el 9 y el 18–, varias unidades habían huido, como ya se ha dicho, y se estaban reorganizando. Todavía más grave para los alemanes era el hecho de que el STAVKA no intentase seriamente taponar las brechas: estaba cambiando espacio por tiempo y proyectando ya una eventual contraofensiva.

En aquel momento crítico –con Moscú, Leningrado y Járkov seriamente amenazadas y el Ejército obligado a una retirada general, aunque no sin resistencia– la reacción del STAVKA consistió en ordenar la retirada sobre un frente más limitado, con la exclusiva finalidad de obtener para la reserva un mínimo de diez divisiones de infantería y dos Cuerpos de Ejército de Caballería. Estas unidades, que estuvieron disponibles a fines de octubre, formaron un nuevo Ejército –el 37– y fueron concentrados en torno a Krasnodonets, al nordeste de Rostov. Desde allí, el nuevo Ejército



Después de la conquista de Járkov, el 24 de octubre de 1941, Ucrania meridional, con sus grandes riquezas, parecía destinada a caer en manos de los alemanes en muy poco tiempo. El Ejército soviético daba la impresión de estar definitivamente vencido. Pero la siguiente operación, la reconquista de Rostov, el día 29 de noviembre y después de ocho días de ocupación alemana, fue la primera derrota de las fuerzas germanas, que se vieron obligadas a pasar a la defensiva acosadas por un ejército que había preparado el contraataque y al que pocos días antes consideraban aniquilado.

debía lanzar una contraofensiva contra los flancos de cualquier fuerza que intentara cercar Rostov. Desde luego, al STAVKA quizá se le podían reprochar muchas cosas, pero no ciertamente la de perder la sangre fría.

Y sin embargo, la situación era tan angustiosa que hubiera sido comprensible la pérdida del dominio de los nervios. En el frente sudoccidental, los tres Ejércitos soviéticos desplegados ante Járkov –21, 38 y 40– se hallaban un poco mejor que sus vecinos situados más al Sur; pero la ciudad estaba prácticamente indefensa.

Noventa mil ciudadanos de Járkov se presentaron voluntarios para entrar en las milicias. Pero la única manera de poder armarlos fue enviar grupos de soldados a recorrer los campos de batalla para recoger las armas de los muertos. De este modo, en medio de una gravísima escasez y con una angustiosa improvisación, los soldados del frente sudoccidental y la población de la cuarta ciudad de la Unión Soviética esperaban que los alemanes pusieran las cartas sobre la mesa.

«Un presagio de catástrofe»

El Grupo de Ejércitos Sur seguía avanzando; pero no como en los primeros días de la campaña: aquellas rápidas ofensivas del verano ya eran tan sólo un bello recuerdo. Los Ejércitos 6 y 17 se abrían camino entre el fango, continuamente hostigados por las retaguardias soviéticas. Muchos días el transporte en vehículos de ruedas era casi imposible, y ambos contendientes utilizaban caballos y bueyes para transportar armas y equipos.

La situación era eficazmente aprovechada por la Aviación soviética, que concentraba sus ataques contra los cuadrúpedos. En un solo día, el 11 de octubre, y en un solo Cuerpo de Ejército, los aviones rusos mataron 238 caballos y 196 hombres. Pero los comandantes del frente sudoccidental no podían sentirse satisfechos por el simple hecho de haber retardado hasta aquel momento el ritmo de progresión de los alemanes; pues las condiciones atmosféricas también obstaculizaban los movimientos de sus tropas, y no en menor escala que los de sus enemigos. No obstante, como el objetivo de los soviéticos era aminorar el ritmo de las operaciones, el mal tiempo representaba para ellos un inconveniente menos grave que para los alemanes.

Y en efecto, la combinación de los esfuerzos del frente sudoccidental con las condiciones atmosféricas consiguió retardar el ritmo del avance alemán de los 20-25 km al día, que se hacían en junio, a 2-3 km diarios a mediados de octubre. Como Popel observó más tarde: «Los rusos no tenían grandes motivos para alegrarse. Los alemanes aunque lentamente, avanzaban; en cambio nosotros nos retirábamos. Sin embargo, la reducción de la velocidad de progresión prevista en los planes del Estado Mayor General alemán constituyó un presagio de la catástrofe que amenazaba a las fuerzas germanas empeñadas en Rusia».

Rundstedt estaba firmemente convencido de que las grandes ciudades debían ser rodeadas y cercadas, en lugar de atacarlas frontalmente. Había aplicado esta teoría en el caso de Kíev y obtuvo un brillante éxito; pero en aquella ocasión no era posible efectuar una amplia maniobra envolvente en torno a Járkov, pues las formaciones acorazadas se hallaban lejos. Por lo tanto, era conveniente fingir una acción de cerco, ya que esto induciría al Ejército ruso a abandonar la ciudad. El ala izquierda del Ejército 17 ocupó una cabeza de puente en el río Uda, a unos 7 km al sur de la urbe, y el Ejército 6 envió varias unidades de exploración al norte y sur de la misma. El STAVKA reaccionó inmediatamente, y en aquella ocasión Stalin no se empeñó en ordenar que los defensores resistieran a ultranza: dejando en Járkov tan sólo algunas unidades de retaguardia, el grueso de las fuerzas se retiró.

Rundstedt había logrado su objetivo; pero tuvo que contentarse únicamente con la ciudad y renunciar a la atractiva idea de un gran colapso de tropas rusas. El Ejército 6 entró en Járkov el 24 de octubre, y en seguida el avance germano continuó; pero se había convertido ya en una marcha lenta y fatigosa en pos de las fuerzas soviéticas, que se retiraban lentamente y en buen orden. A principios de diciembre, el avance alemán se detuvo por completo.

Más al Sur, donde el Ejército Acorazado 1 presionaba contra el frente meridional soviético, las condiciones atmosféricas eran más favorables y los *Panzer* podían actuar con mayor libertad. Pero su marcha era menos espectacular que de costumbre, lo que obedecía principalmente a que los rusos habían asimilado las duras lecciones sufridas en junio y julio y, en consecuencia, mejoraron mucho sus tácticas defensivas.

Retardar la marcha de los «Panzer»

En los primeros días de la guerra, los comandantes soviéticos utilizaron defensas lineales, a lo largo de las cuales se distribuían las fuerzas de una manera relativamente uniforme. Pero aquel tipo de despliegue era muy vulnerable frente a los intentos de ruptura que los carros de combate efectuaban en un solo punto, y se corría el riesgo de quedar aprisionado entre la infantería (de frente) y los carros (por la espalda). El Ejército 9 ruso, encargado de la defensa de Rostov, no fue el único en buscar otros métodos defensivos más eficaces; pero la forma en que resolvió el problema está mejor documentada en esta unidad que en las otras. La solución que encontró consistía en construir cuatro cinturones defensivos, uno a continuación de otro, todos con campos de tiro que se cruzaban en los intervalos de las fortificaciones construidas. Los sirvientes de los cañones de campaña y contracarros y los de las ametralladoras disponían de abrigos subterráneos. Para fraccionar el esfuerzo del enemigo, entre las obras verdaderas había muchas que eran falsas. Las trincheras de la infantería eran muy estrechas, para que no se hundiesen bajo el peso de los carros y los soldados pudieran mantenerse en la posición tras el paso de los vehículos.

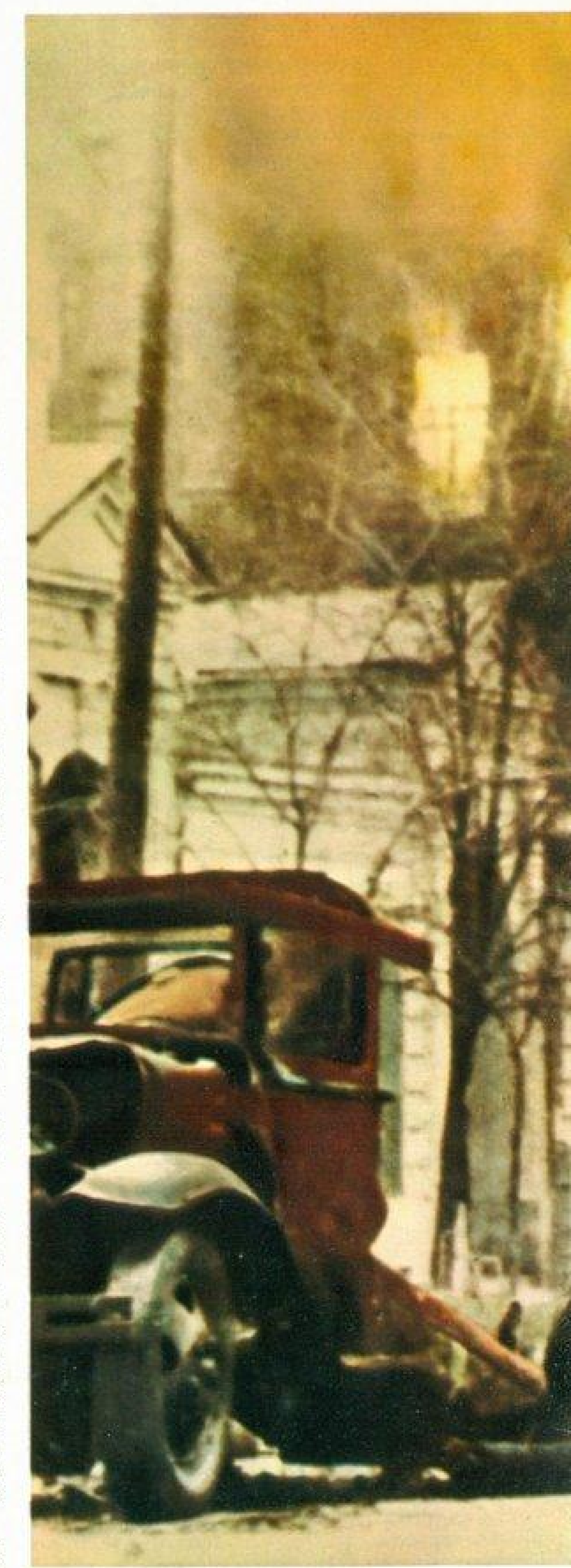
Para retardar hasta el máximo la marcha de los carros de combate, las orillas de los ríos y la base de las elevaciones del terreno fueron socavadas en los puntos donde era más probable que el enemigo pasara; en los lugares donde no había obstáculos naturales, se crearon artificiales, especialmente en los flancos de las unidades. La escasez de minas no permitía minar todas las direcciones de acceso; pero se hizo en los nudos de carreteras.

El resultado final fue la creación de cuatro sistemas defensivos, cada uno con una profundidad de 2 km, dotados de buenos campos de tiro frontales y de diversos obstáculos para disminuir la marcha de los carros de combate. Entre un sistema defensivo y el siguiente se extendían muchos kilómetros de terreno abierto; el correspondiente al Ejército 9, por ejemplo, tenía una profundidad total (desde la primera línea a la retaguardia) de casi 80 km.

El día 1 de noviembre, cuando el citado Ejército 8 soviético tuvo que hacer frente a la furiosa ofensiva del Ejército Acorazado 1 contra Rostov, sólo tres de los cuatro cinturones defensivos estaban terminados. A pesar de ello, el nuevo sistema demostró ser eficaz. Los alemanes tenían un gran empeño en derrumbar el frente; pero no era menor la decisión de los rusos en detenerlos. La batalla se transformó muy pronto en una serie de violentísimos encuentros desarrollados entre el fango y el hielo de aquel principio de invierno. El 12 del mismo mes de noviembre, el Ejército Acorazado 1 pudo registrar un avance de unos 7 km en el curso de la jornada.

El día 14 los alemanes llegaron a la orilla meridional del río Tuzlov, próximo al litoral, en una zona que no pertenecía al sector asignado al Ejército 9 ruso y que estaba defendida por otro, el Ejército Autónomo 56, constituido apresuradamente. Allí Rundstedt se detuvo para dedicar dos días a una evaluación de la marcha de la campaña, puesto que, evidentemente, el principal ataque contra Rostov no se estaba desarrollando según los planes. Además, las unidades del flanco septentrional de Rundstedt empezaban a darse cuenta en aquellos momentos de la existencia del Ejército 37 –que se estaba formando al norte y nordeste de Rostov–, y este descubrimiento no tenía nada de tranquilizador.

El primitivo plan alemán hubo de ser abandonado. Rundstedt ordenó que se dejara atrás una fuerza de cobertura, con la misión de neutralizar un eventual contraataque del Ejército 37, y rea-



grupó el grueso del Ejército Acorazado 1 en la línea del Tuzlov, frente al Ejército Autónomo 56. Como la maniobra de cerco había fallado, el Grupo de Ejércitos Sur intentaría esta vez un ataque frontal.

La concentración de las fuerzas germanas se llevó a término con admirable rapidez, y la ofensiva a lo largo de la costa comenzó el 17 de noviembre. Arrolló las líneas enemigas con una facilidad y una eficacia que recordaban las batallas del verano y, después de tan sólo dos días de lucha las tropas alemanas llegaron a la periferia septentrional de Rostov. Pero precisamente el mismo día que se inició la ofensiva, las fuerzas dejadas atrás para proteger el sector Norte comunicaron una alarmante noticia: se encontraban sometidas a un ataque sistemático.

La suerte cambia de campo

Ocurría que por fin, el Ejército 37 soviético había recibido orden de avanzar; y por primera vez en el curso de la segunda Guerra Mundial, las fuerzas alemanas tuvieron que hacer frente a un ataque enemigo preparado e iniciado después de un adecuado estudio estratégico.

Durante dos días, las fuerzas alemanas que se encontraban en el sector Norte resistieron, y el Ejército Acorazado 1 continuó penetrando en Rostov. Pero el día 19, precisamente mientras se procedía a limpiar los suburbios septentrionales de la ciudad, la División SS *Viking* comenzó a ceder terreno en el Nordeste. Se produjo entonces una situación bastante paradójica: en tanto que el día 21 Rostov caía bajo la presión del III *Panzerkorps*, las fuerzas de cobertura, situadas al Norte, continuaban retrocediendo, así que, por primera vez en la guerra, un comandante soviético pudo considerar la posibilidad de cercar a un gran contingente alemán.

A los grupos de asalto del Ejército 37 ruso se habían unido, durante la batalla, varias unidades del Ejército 9. Éstas se hallaban muy próximas a la línea del río Tuzlov, por lo que amenazaban el flanco y la retaguardia germanos. Como habían perdido la iniciativa en los flancos septentrional y nororiental, los alemanes no podían intentar

Panzer alemanes entran en Rostov. La ciudad, fuertemente defendida, cayó el 21 de noviembre de 1941, después de 21 días de esforzada resistencia. Pero un eficaz contraataque soviético consiguió arrancarla de manos del enemigo el día 29 del mismo mes de noviembre. (Associated Press)





Contraataque soviético en una calle de Rostov. La operación para la reconquista comenzó la noche del 27 al 28 de noviembre y corrió a cargo de los Ejércitos 56, 37 y 9, desplegados en torno a la ciudad. *(United Press)*

derrumbar el frente en aquellos sectores. Tampoco les era posible obligar a los rusos a retirarse al sur de Rostov, porque todos los puentes habían sido destruidos y además el Ejército Autónomo 56 resistía firmemente.

El comandante del frente meridional, general en jefe Cerevicenko, se daba perfecta cuenta de las posibilidades que ofrecía la situación, y tanto él como el STAVKA sintieron la tentación de emular la maniobra realizada por Kleist a principios de octubre, cuando alcanzó la costa en un rápido avance a espaldas del grueso de las fuerzas enemigas. Pero el Ejército ruso no disponía aún de suficientes tropas móviles, y sus divisiones de infantería, especialmente las correspondientes al Ejército 9, no estaban al completo. Por lo tanto, se decidió jugar sobre seguro y disponerse a reconquistar Rostov, y luego lanzar una contraofensiva a lo largo de la costa en dirección a Taganrog.

El despliegue de las tropas soviéticas en torno a Rostov fue rápidamente ultimado. En tres grupos, el Ejército Autónomo 56 atacaría el sector meridional, a la vez que el Ejército 37 entraría en acción por el Noroeste y varias unidades del Ejército 9 lo harían por el Nordeste.

La operación comenzó la noche del 27 al 28 de noviembre. Una compañía del Regimiento motorizado de infantería 33 cruzó la superficie helada del Don y estableció una pequeña cabeza de puente en la plaza del Teatro de la ciudad; dos batallones de la milicia de Rostov, que efectuaron también el cruce, ocuparon el cementerio y las dos carreteras de acceso. Las fuerzas atacantes sólo podían llevar consigo armas ligeras, pues la capa de hielo no era lo bastante gruesa para soportar el peso de los cañones y de los carros de combate. No obstante, las dos precarias cabezas de puente se mantuvieron toda la noche, y a la mañana siguiente llegaron nuevas tropas. Al mismo tiempo se lanzó un violento ataque en todo el frente del río Tuzlov. Empeñando todas sus reservas, el Ejército Acorazado 1 alemán consiguió mantener abierto un corredor y Rostov fue abandonada precipitadamente, antes de que el Ejército 37 ruso llegase a la ciudad. Los alemanes la habían conquistado el 21 de noviembre y sólo la tuvieron en su poder durante ocho días.

Como ingentes fuerzas soviéticas fueran lanzadas en su persecución, Rundstedt decidió que sus tropas retrocediesen a una línea más fácilmente defendible, la del río Mius, lo que significaba abandonar Taganrog. Suponiendo que Hitler se opondría a la idea de aquella retirada, no la comunicó al Mando Supremo sino cuando la maniobra estaba ya en plena realización. El *Führer* le ordenó inmediatamente anular la orden de retroceder y resistir a cualquier precio, ante lo cual Rundstedt presentó la dimisión. Hitler la aceptó. Y así, el más eminente de los militares alemanes abandonó el frente oriental para no volver.

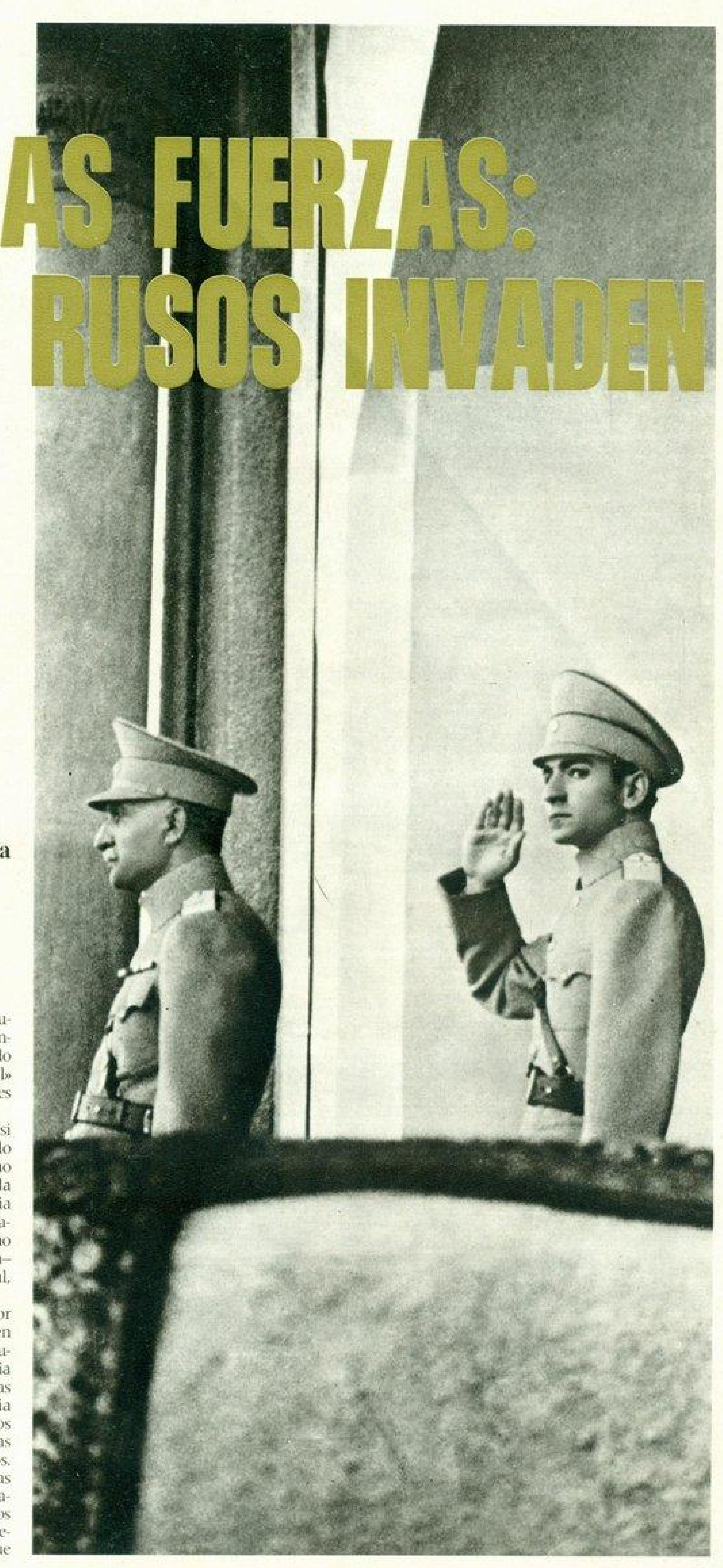
El día 1 de diciembre, el OKH hizo un nuevo estudio, actualizado, sobre el potencial del Ejército ruso. El documento revelaba cosas que entrañaban muy malos auspicios. A pesar de las brillantes victorias del verano, a pesar de que los Ejércitos alemanes se encontraban frente a Moscú y Leningrado, a pesar de que los campos de concentración estaban llenos de prisioneros rusos, el OKH consideraba que el enemigo disponía aún de 200 divisiones de infantería, 35 divisiones de caballería y 40 brigadas acorazadas.

En pocas palabras, el Ejército ruso tenía, en aquel momento, un potencial bélico dos veces superior al calculado por el OKH cuando, el 23 de julio, Brauchitsch presentó a Hitler su informe sobre la situación. Además, sus procedimientos tácticos habían mejorado notablemente.

En el transcurso de los fríos meses que se avecinaban eran de esperar vigorosas ofensivas soviéticas, así como también una intensificación de las actividades partisanas y asimismo las de sabotaje. Sería un invierno realmente duro para el Ejército alemán.

UNIÓN DE LAS FUERZAS: INGLESES Y RUSOS INVADEN PERSIA

H. Stafford Northcote



Siria, Irak y Persia eran las tres rutas clave para llegar a los yacimientos petrolíferos de Oriente Medio. A mediados de junio de 1941, se impidió la intervención de las fuerzas del Eje en Irak y a continuación los Aliados invadieron la Siria de Vichy. Pero cuando se inició la Operación "Barbarroja", Persia era todavía una zona peligrosa para los Aliados, y por ello el primer acto de cooperación militar de la URSS con Occidente procuró neutralizar este peligro.

Al estallar la segunda Guerra Mundial, Persia se declaró neutral. Y el sha Reza, que había conseguido anular las interferencias rusas e inglesas en los asuntos internos del país, firmando al mismo tiempo importantes acuerdos de «ayuda comercial» con Alemania, anunció su intención de mantener relaciones amistosas con *todas* las grandes potencias.

La invasión anglo-soviética de Persia, en agosto de 1941, si bien representó una clara violación de la soberanía de un Estado neutral, no fue ciertamente una sorpresa para nadie, y mucho menos para el mismo sha. Durante más de un siglo, con la sola excepción de los veinte años de reinado de este monarca, Persia se había visto atropellada por los opuestos intereses de Inglaterra y de Rusia. Pero cuando tales intereses coincidieron –como sucedió en el momento en que Hitler atacó a la Unión Soviética– la posición estratégica de Persia asumió una importancia vital, tanto para los Aliados como para el Eje.

Por una parte o por otra, la invasión era inevitable: o bien por iniciativa de Rusia y de Gran Bretaña, recién aliadas; o bien por decisión de los alemanes, que atravesarían el Cáucaso y ocuparían el país, con lo que podrían amenazar la retaguardia soviética y situar sus fuerzas a caballo de las rutas británicas hacia la India, Australia y Extremo Oriente. Además, la potencia beligerante que consiguiera apoderarse de los pozos petrolíferos de Persia y del vecino Irak se aseguraría las mayores reservas de carburante del mundo, después de las de Estados Unidos.

Las proposiciones aliadas para una «ocupación pacífica» de las zonas clave del territorio persa fueron, naturalmente, rechazadas por el sha; pues semejante «benévola neutralidad» hacia los Aliados suscitaría la cólera del Eje en el momento en que Alemania parecía triunfar en todos los frentes. También hay que

tener presente que la chispa que provocó la subida al poder del sha fue un movimiento de rebelión contra la ocupación militar del país por parte de Rusia y de Gran Bretaña. En efecto, en 1921, el general Reza Kan decidió poner fin al dominio extranjero y marchó sobre la capital, derribó al vacilante gobierno del momento y, convertido en ministro de la Guerra y después en Primer Ministro, comenzó a transformar Persia en un Estado ordenado e independiente.

Saludado como salvador del país, en 1925 se le eligió para ocupar el trono, después de que una asamblea constituyente depuso al último representante de la antigua dinastía de los Cagiari. Una vez en el trono, aplicó con gran energía un programa de reformas y de modernización, todavía no igualado en la historia de Oriente Medio y que realizó sin la menor ayuda de empréstitos extranjeros. Pero, al aceptar la presencia de técnicos alemanes en el país, el sha, inocentemente, permitió que numerosos agentes nazis ocuparan puestos importantes en los ferrocarriles, correos y telégrafos. Al mismo tiempo, el hecho de que las Fuerzas Armadas hubieran sido reorganizadas por los alemanes proporcionaba posibilidades de subversión a los filonazis.

Temeroso de Rusia, desconfiando de Gran Bretaña y, en los últimos momentos, inquieto por las intenciones de Alemania, el sha Reza se encontró pronto ante una situación insostenible. Así, aunque las peticiones aliadas, presentadas en agosto de 1941, de que Persia expulsase a los ciudadanos alemanes eran tan irrazonables como ilegales, la tentativa del sha de contemporizar proporcionó una «justificación» oficial para la invasión. Acusado por los Aliados de germanófilo y considerado por la propaganda alemana como títere del bando contrario, el viejo patriota continuó esforzándose para que el país no volviera a los antiguos e infaustos días, insistiendo incansablemente en proclamar la neutralidad del mismo. Por último decidió que si era inevitable una invasión aliada, ordenaría una resistencia puramente simbólica, a fin de salvar a Persia de un inútil derramamiento de sangre y evitar al mismo tiempo que Alemania pudiera acusarla de haber colaborado con los Aliados y tomara represalias.

Rusia invade el Norte

La invasión anglo-soviética de Persia se había previsto para el 22 de agosto de 1941; pero no se realizó hasta la noche del 24 al 25, pues los planes rusos no estuvieron ultimados a tiempo. A la hora cero, una columna motorizada del general Novikov avanzó a través de la provincia de Azerbaiján y ocupó Maku y Khoi, así como varias localidades en torno al lago de Urmia, no muy distantes de la frontera turco-persa; después de dejar algunos destacamentos para patrullar el Kurdistán septentrional, se dirigió hacia Ardebil y Täbriz, esta última la «segunda ciudad» de Persia. Otra columna, avanzando a lo largo de la orilla del Caspio, 320 km más al Este, ocupó el importante puerto de Bändär Pählavi y, luego de atravesar las provincias de Gilan y de Mazanderan, llegó a Qazvin, a unos 160 km de Teherán, donde ambas columnas debían converger y unirse después a las fuerzas inglesas que avanzaban por el Sur.

El 25 de agosto la Aviación soviética bombardeó Täbriz, Resht y Qazvin, produciendo numerosas víctimas entre la población civil. Los suburbios de Teherán fueron asimismo bombardeados el día 26; en cambio, en el centro de la capital sólo se arrojaron octavillas que exhortaban a la población a deponer al sha.

La primera instrucción que dio Churchill a propósito de la invasión fue que, como la palabra «Irán» –nombre oficial que ya entonces ostentaba el país– tenía un sonido muy semejante a Irak, para evitar malos entendidos los servicios de comunicación aliados deberían emplear el antiguo nombre de Persia.

El 22 de julio de 1941, el general Wavell dio órdenes al general E. P. Quinan para que preparase la *Irak Force*, que debía ocupar las refinerías de Abadán y los yacimientos petrolíferos de Ahvaz, ciudad situada en el golfo Pérsico, así como los de Kermanshah, unos 500 km más al Norte. Además, las fuerzas inglesas deberían apoderarse de Bändär Shahpur, estación término meridional del ferrocarril transiranio.

Como los ingleses no sabían todavía que el sha sólo intentaba oponer una resistencia simbólica, el hecho de que las fuerzas de Quinan fueran escasas y estuvieran exhaustas y de que el área a cubrir fuera inmensa, dio al proyectado avance británico las características de un fantástico juego de azar. En Shua'iba se unieron a la División 8 hindú el 13.º de lanceros, la Brigada de infantería 24 hindú, y el 1.er Escuadrón Guide. La Brigada Acorazada 9 cruzó una vez más el desierto para unirse con la *Irak Force* en Khanaqin, adonde llegó también la Brigada de infantería 21 hindú, procedente de Siria. Del mando del Oriente Medio fue separada la División 5 hindú, y se mantuvo la 6 pronta a partir en cuanto fuera necesaria su participación.

El avance inglés se realizaría a lo largo de dos direcciones. El general de división G. O. Harvey, comandante de la División 8 hindú, dirigiría la invasión desde Persia meridional a Basora, atravesando el Shatt-al-Arab; a su vez, el general de división W. J. Slim llevaría a cabo un ataque contra Kermanshah, desencadenado a través del desfiladero de Pa-yi-Tagh.

A las 21 horas del día 24 de agosto de 1941, dos batallones de fusileros de la Brigada de infantería 24 hindú, del comandante R. H. Fleming, embarcaron en Makil (Basora) en pequeñas lanchas y se dejaron arrastrar silenciosamente por la corriente del Shatt-al-Arab, a lo largo de 80 km, con el fin de llegar a la isla donde se encontraba la refinería de Abadán. Pero este plan, que preveía un ataque al alba, fracasó porque varias embarcaciones sobrecargadas encallaron en bancos de arena y además por la inesperada, aunque legítima, presencia de dos buques mercantes extranjeros que se hallaban precisamente en el muelle elegido para el desembarco. En la confusión que se originó, la que debía ser la primera oleada, desembarcó en segundo lugar, bajo el fuego de los centinelas persas apostados en los muelles y en los techos de la refinería.

Menos accidentado fue el avance del segundo batallón, que se acercó a la zona de la refinería a través de los barrios residenciales europeos. La valerosa resistencia opuesta por las tropas persas duró del alba al atardecer y retrasó la unión de los dos batallones hasta las 20 horas. En el transcurso de todo aquel día de lucha ininterrumpida, con el riesgo de que la refinería saltase por los aires en cualquier momento, el personal civil, tanto ingleses como persas, empleado en las instalaciones petrolíferas, continuó trabajando como si a su alrededor no ocurriera nada insólito.

A las cuatro de aquel mismo día, en la otra orilla del río Karun –que separa Abadán del resto de Persia– los cuarteles de la Marina de Khorrämshähr fueron atacados por una compañía del regimiento beluchi, desembarcada del buque de guerra *Falmouth* y del buque artillado *Yarra*, cuya artillería hizo saltar por los aires varias cañoneras persas, con considerables pérdidas de vidas humanas. Al mismo tiempo, la ciudad y el fuerte de Khorrämshähr fueron atacados por el 1/II y el 2/III de fusileros *Gurkha*, de la Brigada de infantería 18 hindú, mandada por el general de brigada R. G. Lochner, y el 5/V de infantería ligera *Mahratta*, de la Brigada 24. Estas unidades, junto con una batería de artillería de campaña y un escuadrón de lanceros, se desplazaron desde Makil, efectuando un rápido avance a través del desierto.

Los cañones y los morteros de la infantería inglesa bombardearon el fuerte y la estación de radio. Después de duros combates, la ciudad y el mando naval capitularon.

Un moderno caso de piratería

En las primeras horas del 25 de agosto, el buque armado australiano *Kanimbia*, que llevaba a bordo al mayor W. E. Maxwell y dos compañías del 310.º Regimiento beluchi, dejó las aguas del golfo Pérsico y se adentró en la bahía de Bändär Shahpur, precedido de numerosos remolcadores, barcas de vela y embarcaciones fluviales de la *Royal Navy*. De repente, la unidad dobló un promontorio y se encontró frente a tres buques mercantes italianos y otros cinco alemanes, que se encontraban fondeados en la rada. El buque alemán *Hohenfels* dio la alarma; pero ya era demasiado tarde para impedir que los marineros australianos y los soldados del regimiento beluchi se apoderasen de los buques del Eje en una rápida acción de abordaje. Sólo un barco, indendiado por su propia tripulación, escapó de la captura. A las 7,15 horas desembarcó la primera compañía beluchi, la cual cumplió tan rápidamente su misión que cuando una hora más tarde desembarcó la segunda los ingleses ya eran dueños de Bändär Shahpur.

Mientras en Bändär Shahpur, Korrämshähr y Abadán ocurrían estos casos modernos de «piratería de alta mar», seis *Vickers* de la RAF transportaban una compañía beluchi desde Shua'iba a unos 160 km más al interior del país, donde ocupó los campos petrolíferos de Häft Kel y de Masjid-i-Sulaiman. A las 3,30 horas del 25 de agosto, la Brigada de infantería 25 hindú destacó el 1/V de infantería ligera *Mahratta* y el 2/11 regimiento *Sikh* para cercar varias unidades persas en las cercanías de Kasr Shaikh y conquistar una importante cabeza de puente al norte de Khorrämshähr. Después de un ataque frontal lanzado por el *Sikh* y de un encuentro con autoametralladoras enemigos, a mediodía fue ocupada la ciudad.

Se esperaba que los persas opondrían dura resistencia en Ahvaz, la «capital meridional». El 26 de agosto un escuadrón de aparatos *Blenheim* de la RAF bombardeó el aeródromo, poniendo fuera de combate numerosos aviones. Y los días 26 y 27 de aquel mismo mes, varias embarcaciones fluviales de la *Royal Navy* remontaron el río Karun, poco profundo, hasta unos 40 km, transportando 800 soldados y armamento pesado. Con las primeras luces del día 28, la Brigada 18 y la 25 –una por la orilla derecha del río y la otra por la izquierda– cubrieron esos 40 Km que aún faltaban para alcanzar las posiciones persas de Ahvaz, y ya se disponían a cercar la ciudad cuando llegó la orden de «alto el fuego» dada por el sha.

Mientras aquella serie de rápidas ofensivas aseguraba a los ingleses el dominio del sur de Persia, una penetración todavía más profunda se estaba iniciando a unos 500 km al Nordeste, realizada por tropas que avanzaban desde el centro petrolífero irakí de Khanaqin, situado en las proximidades de la frontera persa. Esta fase de la invasión fue proyectada por el general de brigada J. A. Aizlewood, comandante de la Brigada Acorazada 2 hindú, cuyas fuerzas se hallaban sensiblemente reducidas. Sin embargo, sus efectivos fueron reforzados por la infantería autotransportada del 1/V de fusileros *Gurkha*. Podía contar además con otras fuerzas procedentes de Oriente Medio, como el *Warwickshire Yeomanry* y algunos elementos de la Brigada Acorazada 9.

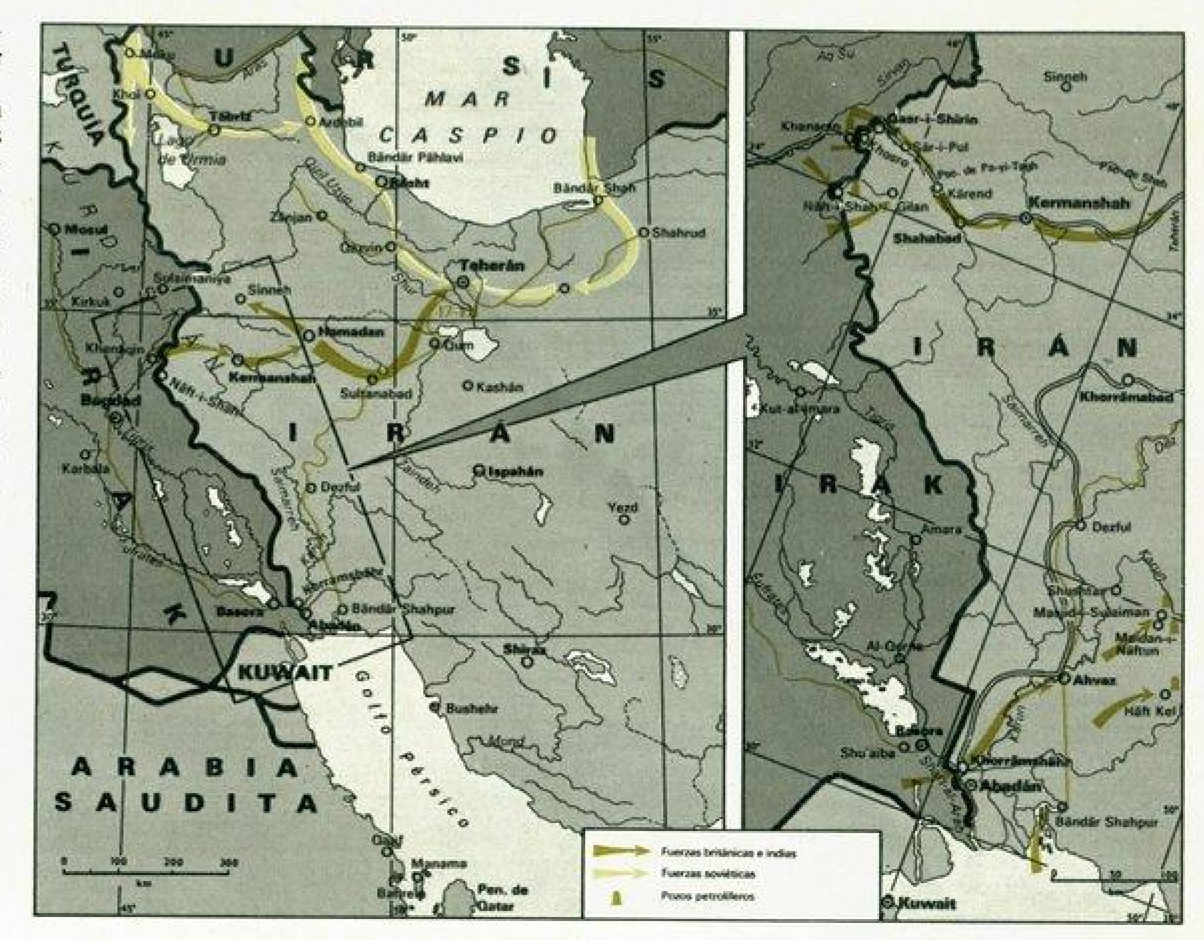
Para asumir el mando general de la operación, el 24 de agosto se llamó al general Slim, quien aprobó el plan de Aizlewood sin introducir ninguna modificación; también se reclamó a Siria la Brigada de infantería 21 hindú, mandada por el general C. J. Weld y constituida tan sólo por dos batallones.

Despertados por el ruido a las cinco de la mañana del 25 de agosto, los gendarmes y los funcionarios de la aduana persa de Khosrovi se enteraron de que su puesto fronterizo se hallaba en manos de los fusileros *Gurkha*. Qasr-i-Shirin estaba cercada por el 14/XX de húsares, con sus carros de combate *MK VII*; el 4/XIII de fusileros de la *Frontier Force* y el 2/IV de fusileros *Gurkha*

ocupaban el pueblo. La columna se puso en movimiento a las 8,30 y después de siete horas de marcha entró en Sār-i-Pul.

Mientras tanto, con las primeras luces del alba del 25 de agosto, el 2/VII de fusileros *Gurkha*, tras vencer una débil resistencia y recorrer rápidamente la distancia que le separaba del campo petrolífero de Nāft-i-Shah, se apoderó del mismo. Por su parte, el *Warwickshire Yeomanry* había alcanzado una localidad situada más allá del desfiladero de Pa-yi-Tagh, a unos 40 km al sur de Sār-i-Pul, y, tras ocupar la carretera principal, entró en la ciudad de Gilan a las 12 horas. Pero los posteriores intentos de avance fueron contenidos por los persas, situados en una altura que dominaba la parte sudoccidental de la ciudad. Los bombardeos ingleses continuaron, y a la mañana siguiente los reconocimientos aéreos revelaron que el enemigo se había retirado al amparo de la oscuridad, por lo que a mediodía el avance continuó.

Mientras las columnas de vanguardia se dirigían a Shahabad, la Brigada de infantería 21 hindú cruzaba el peligroso desfiladero de Pa-yi-Tagh. En este lugar había importantes contingentes de tropas de montaña persas, bien armadas y equipadas, que defendían el angosto paso; se preveía que su resistencia sería dura y obstinada. Pero antes de que a los hombres del *Gurkha* les ordenaran emprender la ascensión, los aviones de reconocimiento de la RAF localizaron varias casamatas del adversario, y al mediodía y durante las primeras horas de la tarde del 26 de agosto, los *Blenheim* bombardearon estos objetivos con notable precisión. Al día siguiente se descubrió que los persas, temiendo indudablemente que su vía de escape estuviera en peligro, se habían retirado durante la noche.



Persia, importantísima ruta de abastecimientos entre el golfo Pérsico y el mar Caspio y país rico en petróleo, era una presa muy codiciada por las grandes potencias occidentales. Gran Bretaña, que desde 1921, año en que perdió su influencia sobre este país, ya no podía aprovecharse de las riquezas del mismo, volvía constantemente sus ojos con nostalgia hacia esa nación a la que antaño dominara. Cuando Alemania atacó a Rusia, ésta e Inglaterra no dejaron escapar tan magnífico pretexto para invadir y ocupar Persia, iniciando las operaciones el 25 de agosto de 1941 a las que Irán opuso una simbólica resistencia.

El sha ordena el «alto el fuego»

Después de encontrar varias patrullas de la Brigada Acorazada 9 en Kārend, la Brigada 21 llegó a Shahabad y, junto con las otras tropas de Slim, avanzó más de 20 km hacia el Este, hasta Zabiri. En este lugar el *Warwickshire Yeomanry* cayó en una emboscada y los persas mantuvieron la carretera bajo el fuego de su artillería hasta el anochecer, pues los cañones ligeros ingleses poco podían hacer frente a la moderna artillería pesada iraní de 155 mm.

Kermanshah estaba entonces a la vista: la carretera se extendía recta a través del valle llegando hasta las colinas que se alzaban al fondo. Se sabía que más adelante las fuerzas de Slim encontrarían dos divisiones y una brigada de caballería persas, por lo que los ingleses habían preparado un ataque para el día siguiente; pero éste no se realizó, ya que a las 8,30 del 28 de agosto, el general Mukadan –comandante de las tropas persas en aquella región– recibió orden del sha de poner fin a la resistencia.

Una vez conseguido el triunfo no se perdió el tiempo y se siguió adelante, pues Qazvin –la zona elegida por ingleses y rusos para encontrarse– era una cadena montañosa que se hallaba a más de 300 km de distancia, y las noticias que se recibían revelaban que las tropas soviéticas estaban avanzando más allá de los límites del área de ocupación que les correspondía. El 30 de agosto, las unidades del general de brigada Aizlewood atravesaron el paso de Shah –a más de 2000 metros de altitud– y se dirigieron a Hamadan, importante centro comercial. Asimismo, un pequeño contingente constituido por el 1/V de fusileros *Gurkha* y el Regimiento 15, transportado en camiones ligeros y vehículos blindados, marchó a toda velocidad hacia Sinneh, a 160 km al Nordeste. El coronel J. O. Pocok, comandante de aquella columna motorizada, precedía velozmente en su automóvil al resto de las tropas, y llegó a Sinneh a medianoche del 31 de agosto. Su presencia coincidió con el retorno del comandante ruso que, con tres vehículos acorazados y cuatro camiones cargados de soldados, estaba distribuyendo en toda la zona fotografías de Stalin y otro material de propaganda soviética. Después de un cambio de saludos, la columna rusa se retiró hacia su puesto de mando, a unos 200 km de distancia.

En el ínterin, Slim había transferido su puesto de mando a una posición avanzada, precisamente a Sultanabad (Arak) –importante centro ferroviario, a poco más de 200 km de Teherán–, dispuesto a marchar sobre la capital si las discrepancias que, según se decía, habían surgido entre el sha y los diplomáticos aliados (el embajador soviético Smirnov y el delegado inglés sir Reader Bullard) no se resolvían por vía amistosa.

Las entrevistas comenzaron la mañana del 25 de agosto, al iniciar los Aliados la invasión; y aunque el 28 de aquel mismo mes el sha ordenó a sus tropas suspender la simbólica resistencia, el día 30 tuvo que ser declarada la ley marcial en Teherán porque algunos altos oficiales del Ejército y de la Aviación amenazaban rebelarse si las hostilidades no se reemprendían inmediatamente.

El sha nombró un primer ministro mejor visto por los Aliados; pero hizo arrestar al general Ahmad Nakhchevan, nuevo ministro de la Guerra, culpable de haber permitido que las tropas persas se dispersaran después del «alto el fuego», abandonando sus armas a tribus rebeldes y a agitadores comunistas, pues precisamente uno de los principales objetivos del reinado de aquel monarca había sido mantener sofocados a todos aquellos elementos subversivos. Al mismo tiempo, seguía intentando contemporizar respecto al asunto de la expulsión del país de los ciudadanos de las potencias del Eje.

El hijo del sha asume el poder

Los acontecimientos amenazaban precipitarse. Wavell se desplazó por vía aérea desde la India a Teherán para discutir la situación con el comandante en jefe soviético y con los diplomáticos aliados. El 10 de septiembre, ambas naciones, Gran Bretaña y Rusia, presentaron un ultimátum que exigía la expulsión de todos los ciudadanos de los países del Eje en el plazo de 48 horas; pero como esto era obviamente imposible los Aliados decidieron ocupar la capital.

Los desacuerdos surgidos entre el sha y algunos miembros del Parlamento, que no aprobaban su conducta –entre los cuales figuraba Mossadeq, político notoriamente adverso tanto al emperador como a los ingleses–, indujeron al soberano a abdicar en favor de su hijo, el príncipe Mohamed Reza Pahlevi, quien había realizado parte de sus estudios en Europa.

El 17 de septiembre las tropas soviéticas y británicas entraron en Teherán, donde el general de brigada Aizlewood y el contingente motorizado de la *Household Cavalry* fueron recibidos por el general de división W. A. K. Fraser, agregado militar británico en la capital persa. También Slim llegó a la ciudad para tener algunas conversaciones con su colega soviético: en el transcurso de las mismas, ambas partes tomaron algunos acuerdos respecto a las funciones de vigilancia que la Brigada 21 hindú y la Brigada Acorazada 9 debían cumplir a lo largo de las líneas de comunicación inglesas que atravesaban el país, y que en aquellos momentos estaban amenazadas por tribus de kurdos y lurios; asimismo se trató de la construcción de defensas en Persia noroccidental contra una posible invasión alemana a través del Cáucaso o de Anatolia.

Aunque ambigua desde el punto de vista moral, la rápida acción aliada no solamente frustró los planes alemanes de subversión en Irak, Siria y Persia, sino que también aseguró para la causa aliada dos importantísimos elementos: el petróleo y las vías de comunicación a través de Oriente Medio.

Solamente a través de territorio iraní, a lo largo de la dirección golfo Pérsico-mar Caspio, Inglaterra y los Estados Unidos hicieron llegar a Rusia, en el transcurso de la guerra, un total de 5 millones de toneladas de armas, municiones y aviones.

14 agosto 1941

LA CARTA ATLÁNTICA

En agosto de 1941, el presidente Franklin D. Roosevelt y el primer ministro Winston S. Churchill se encontraron por vez primera, después de ocupar sus altos cargos, a bordo de un buque inglés en aguas de Terranova. Entre otros asuntos, los dos grandes estadistas acordaron redactar una declaración de los principios fundamentales que debían regir el mundo de la posguerra, declaración que muy pronto se hizo famosa con el nombre de «Carta del Atlántico». Para evitar que Roosevelt se viera obligado a someterla al examen del Senado de los Estados Unidos de América, cuya aprobación era necesaria, el documento se llamó «Declaración» en lugar de Tratado. He aquí el texto del mismo, que Roosevelt leyó al Congreso dos semanas después de su encuentro con el Primer Ministro inglés.



Churchill y Roosevelt en el transcurso de la entrevista que sostuvieron, en agosto de 1941, a bordo del buque de guerra « Potomac » a lo largo de las costas de Argentina. Ambos estadistas estudiaron todos los problemas inherentes a la redacción de la « Carta del Atlántico ». (Imperial War Museum)

Hace más de una semana he tenido muchas e importantes conversaciones con el Primer Ministro inglés. Por motivos de seguridad de los buques americanos, británicos y canadienses, así como de sus tripulaciones, no ha sido posible dar la adecuada información sobre dichas entrevistas hasta este momento.

Al terminar las conferencias, el «Premier» británico y el Presidente han hecho pública una declaración. Y con objeto de que el Congreso la conozca y sea incluida en el Acta, voy a leer su texto:

«El Presidente de los Estados Unidos y el Primer Ministro de Gran Bretaña, mister Churchill, representante del Gobierno de Su Majestad británica, se han reunido.

»Ambos se hallaban acompañados de funcionarios de los respectivos gobiernos, entre los cuales figuraban también altos oficiales del Ejército, de la Marina y de la Aviación.

»Se ha examinado ampliamente el problema de la distribución de armamento y municiones de guerra, según prevé la *Ley de Préstamos y Arriendos*, a las Fuerzas Armadas de los Estados Unidos y de todos aquellos países que se hallan activamente empeñados en rechazar la agresión.

»Ha estado presente en dichas entrevistas lord Beaverbrook, ministro de Abastecimientos del Gobierno inglés. En breve plazo vendrá a Washington para examinar diversos detalles ulteriores con los correspondientes funcionarios del Gobierno de los Estados Unidos. En las conversaciones que se mantengan se examinarán también los problemas inherentes a los suministros destinados a la Unión Soviética.

»El Presidente y el Primer Ministro han sostenido numerosas conversaciones. Ambos están de acuerdo en que la civilización se halla amenazada por la política de dominación militar, mediante conquista, a la que se ha lanzado el Gobierno hitleriano de Alemania y otros gobiernos a él asociados; también han puesto de relieve las medidas que sus respectivos países están tomando para hacer frente a este peligro.

»Han acordado la siguiente declaración conjunta:

»"Declaración conjunta del presidente de los Estados Unidos de América y del Primer Ministro mister Churchill, representante del Gobierno de Su Majestad británica, quienes, encontrándose reunidos, consideran justo dar a conocer algunos principios comunes de las políticas nacionales de sus respectivos países, principios en los que basan su esperanza de un futuro mejor para el mundo.

»"Primero: sus países no aspiran a ningún engrandecimiento territorial ni de otra clase.

»"Segundo: no desean que se produzca ningún cambio territorial que no esté conforme con las aspiraciones libremente expresadas de los pueblos interesados.

»"Tercero: respetan el derecho de todos los pueblos a elegir la forma de gobierno bajo la cual quieren vivir, y aspiran a que aquellos que están privados por la fuerza de esta libertad, recuperen el derecho a la soberanía y al autogobierno.

»"Cuarto: se esforzarán, con el debido respeto a las obligaciones que actualmente tienen contraídas, en asegurar a todos los Estados, grandes o pequeños, vencedores o vencidos, el acceso –en paridad de condiciones– a los intercambios comerciales y al disfrute de las materias primas de las que tengan necesidad para su bienestar económico.

»"Quinto: desean conseguir la más completa colaboración de las naciones en el campo económico, siendo uno de sus objetivos asegurar a todos el más elevado nivel de trabajo, el progreso económico y la seguridad social.

»"Sexto: después de la eliminación definitiva de la tiranía nazi, esperan ver establecida una paz que asegure a todas las naciones la posibilidad de vivir en plena tranquilidad dentro de sus respectivas fronteras y a los hombres de todos los continentes el derecho a vivir su vida libres del temor y de las necesidades más elementales.

»"Séptimo: una paz de esta clase debe permitir a todo aquel que lo desee atravesar los mares y los océanos sin impedimentos de ninguna clase.

»"Octavo: ambos estadistas creen que todas las naciones del mundo, por motivos tanto materiales como morales, deben abandonar el empleo de la fuerza.

»"Porque ninguna paz futura podrá ser garantizada mientras subsista el empleo de armamentos terrestres, navales o aéreos por parte de naciones que amenacen, o puedan amenazar, con una agresión a otros países, y en espera de que se establezca un más amplio y permanente sistema de seguridad general, los dos estadistas consideran que el desarme de tales naciones es indispensable. Además, acordarán y alentarán la adopción de todas aquellas medidas que entrañen la posibilidad de aliviar a los pueblos amantes de la paz del enorme gasto que supone la fabricación de armamentos.

»"Franklin D. Roosevelt Winston S. Churchill"».

El Congreso y el Presidente han basado hasta ahora en la *Ley de Préstamos y Arriendos* la política nacional de ayuda americana a las democracias, que tanto en el Este como en el Oeste están combatiendo contra las dictaduras; las conversaciones que se han celebrado en el transcurso de las mencionadas entrevistas representan un indudable paso adelante en la tarea de acrecentar la eficacia de esa ayuda.

Además, el Primer Ministro y yo estamos preparando conversaciones con la Unión Soviética, con objeto de ayudarla a defenderse del ataque realizado por Alemania, el más potente agresor del mundo moderno.

Por último, en este momento, la presente declaración de principios ofrece una meta que es muy justo que nuestra civilización intente alcanzar. La misma queda definida con tal claridad, que resulta difícil oponerse a uno cualquiera de sus principales aspectos sin admitir, automáticamente, que se está dispuesto a aceptar un compromiso con el nazismo o una paz mundial que asegure a éste el dominio sobre gran número de países conquistados. Una paz semejante sería un verdadero regalo para el nazismo: le permitiría fortalecerse –en armamento, como es natural– para una nueva guerra que tendría como objetivo la extensión del poder germano en Europa, en Asia e incluso en el mismo continente americano.

No creo que sea necesario insistir una vez más en la absoluta falta de confianza que merece la palabra, dicha o escrita, del Gobierno nazi.

Es también superfluo que subraye el hecho de que esta declaración de principios incluye, necesariamente, el derecho que todo el mundo tiene a la libertad de religión y de información. Ninguna sociedad, en un mundo organizado sobre la base de los principios enunciados en este escrito, podría sobrevivir sin estas libertades, las cuales no son sino partes de la libertad total y completa por la que ahora luchamos.

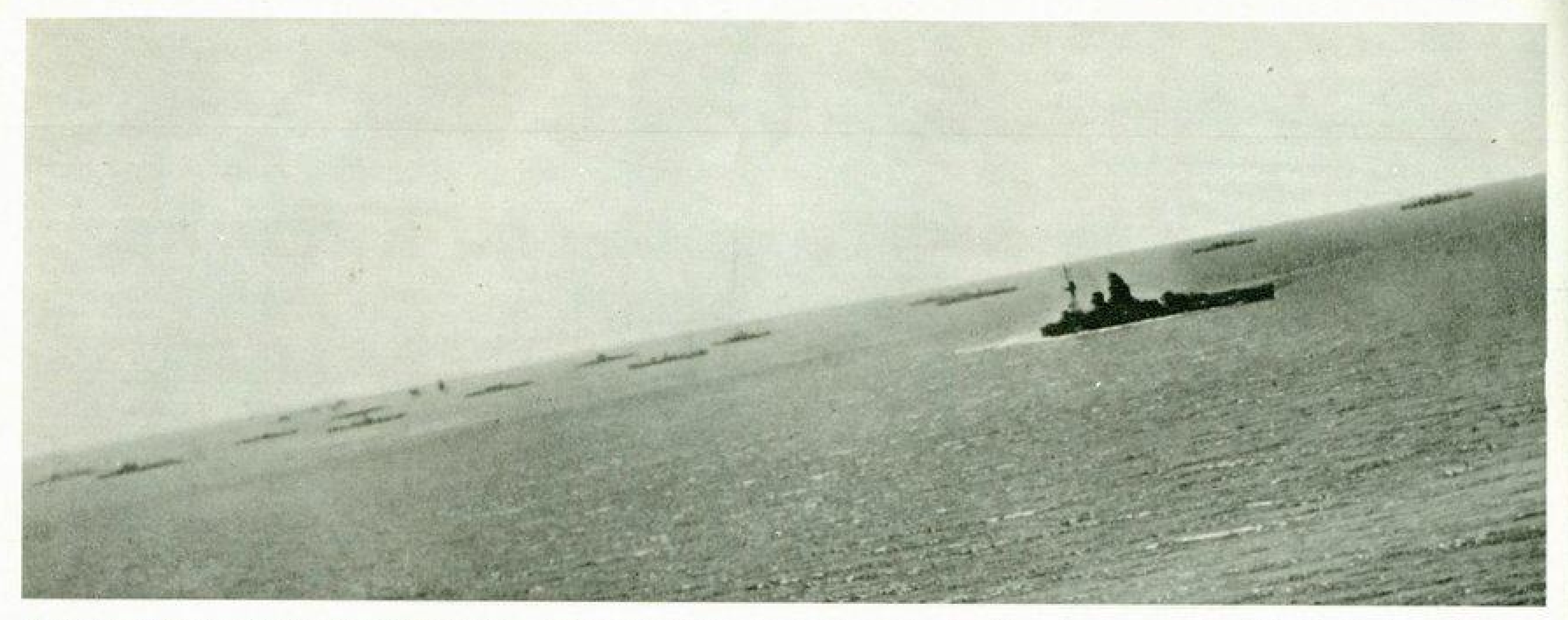
LA PRUEBA DE FUEGO PARA LA "ROYAL NAVY"

David Woodward

Después de los éxitos iniciales contra la Escuadra italiana, la intensísima actividad en el Mediterráneo comenzó a debilitar los efectivos navales de Gran Bretaña, hasta tal punto que en 1941 las pérdidas inglesas llegaron a ser inquietantes.



25 de noviembre de 1941: el acorazado británico «Barham» se hunde después de ser alcanzado por el «U-331».



El acorazado inglés *Nelson*, fotografiado el 27 de septiembre de 1941 mientras viraba en su intento de librarse del ataque aéreo del comandante italiano A. Buri. (En esta acción el *Nelson* fue alcanzado y averiado). Aquel día, seis tripulaciones del Grupo 36 de aviones torpederos se sacrificaron para atacar al convoy inglés. En segundo plano se ven los buques que componían el citado convoy y los otros navíos de escolta. (Foto F. P.)

Como ya hemos recordado en otra parte, la evacuación de Creta terminó el día 1 de junio. La *Mediterranean Fleet* había salido bastante maltrecha de la operación, pues al almirante Cunningham sólo le quedaban, en condiciones de hacerse a la mar, dos acorazados (*Queen Elizabeth* y *Valiant*), dos cruceros, un crucero antiaéreo (con una proa provisional) y 17 destructores. Estos efectivos eran tan modestos que, durante algún tiempo, el *Queen Elizabeth* y el *Valiant* tuvieron que permanecer en el puerto de Alejandría por falta de las necesarias unidades de escolta. Además, la flota tenía pocas municiones –especialmente antiaéreas– y carecía por completo de protección aérea.

Y en estas condiciones Cunningham hubo de hacer frente a una nueva misión. La inesperada crisis de Siria puso en peligro los abastecimientos de petróleo procedentes de Persia y de Irak, de los cuales dependían las fuerzas inglesas de Oriente Medio. Se vislumbraba también la posibilidad de que el Eje consiguiese abrir un segundo frente contra El Cairo y el canal de Suez, y que lanzara una ofensiva hacia el Sur, desde Siria, simultáneamente a un ataque hacia el Este desencadenado por Rommel desde Libia. Después de sus victorias en Grecia y en Creta, parecía que no había motivo alguno para dudar de que los alemanes continuarían avanzando con el mismo ritmo a través de los Balcanes y de Oriente Medio.

La Francia de Vichy no estaba en condiciones, ni en Siria ni en ningún otro lugar, de hacer frente a la supremacía alemana, incluso suponiendo que quisiera hacerlo. En consecuencia, aunque la insurrección de Rashid Alí en Irak había sido sofocada antes del 31 de mayo, el Gobierno inglés decidió ocupar Siria. En esta operación la *Royal Navy* debería apoyar a las tropas que combatían en tierra con acciones de bombardeo, y además le correspondería enfrentarse con una pequeña formación de destructores franceses y un submarino. Todas las unidades francesas se batieron muy bien, demostrando ser un enemigo mucho más duro de lo que se había supuesto al principio.

Los buques de guerra franceses se retiran

Los destructores franceses, mayores, más veloces y mejor armados que los ingleses, pusieron en bastantes aprietos a sus enemigos antes de ceder frente a su superioridad numérica. Los buques galos dañaron seriamente el destructor inglés *Janus* y alcanzaron otro; pero, finalmente, se vieron obligados a retirarse a Francia al aparecer otros buques ingleses más grandes y poderosos. También la *Luftwaffe* intervino, averiando otros dos destructores británicos; sin embargo, aun careciendo de protección aérea, los buques ingleses consiguieron efectuar acciones de hostigamiento contra los franceses con bombarderos costeros, efectuados por lo general al amanecer. Una complicación más era el hecho de que ambas partes empleaban el mismo tipo de bombardero, el *Glenn Martin* americano (llamado *Maryland* por los ingleses), por lo que se hacía muy difícil distinguir los aviones propios de los enemigos.

Al acabar la campaña, el 10 de julio, Siria y Líbano estaban en manos de los ingleses, y se había eliminado temporalmente la posibilidad de que los alemanes se abriesen camino hacia el golfo Pérsico; pero sólo temporalmente, pues ya habían comenzado con pleno éxito la ofensiva contra Rusia, precisamente mientras estaba en curso la campaña de Siria. Leningrado, Moscú y el Cáucaso se encontraban amenazados, siendo así posible que los alemanes pudieran abrirse camino hacia Oriente Medio.

Mientras que en la parte oriental del Mare Nostrum se neutralizaban varios intentos alemanes, en el extremo occidental del Mediterráneo el almirante Somerville, con la Fuerza H, estaba escoltando una vez más un convoy rumbo a Malta, donde se temía un desembarco aéreo por parte del Eje. El viaje de este convoy, constituido por seis buques mercantes y un transporte de tropas y conocido como Operación «Substance», duró del 21 al 27 de julio. Para reforzar la Fuerza H, la *Home Fleet* había enviado el acorazado *Nelson* y los cruceros *Edimburgh*, *Manchester* y *Arethusa*. La operación tuvo un comienzo poco afortunado, pues el transporte de tropas *Leinster* encalló viéndose obligado a detenerse en Gibraltar para su reparación. El resto del convoy continuó viaje, mientras Cunningham con sus navíos se desplazaba de forma ostensible por la zona oriental del Mediterráneo para atraer la atención de los italianos, que ahora, después de las pérdidas sufridas por los ingleses durante la evacuación de Grecia y de Creta, eran comparativamente mucho más fuertes.

No obstante, el intento de Cunningham de «atraer la atención sobre sí» no impidió que los italianos atacaran a la Fuerza H desde el aire. Un torpedo averió gravemente el crucero *Manchester*, que se vio forzado a regresar a Gibraltar. También los destructores *Firedrake* y *Fearless* sufrieron daños; los de este último tan graves que el buque tuvo que ser hundido. El *Manchester* fue alcanzado por una patrulla de torpederos *S-79* que formaba parte de la escuadrilla 283, en la que se encontraban los tenientes Cipriani, Di Bella y Pandolfi. Sobre el *Fearless* hicieron blanco dos *S-79* pertenecientes a la escuadrilla 280 en la que actuaban el capitán Moioli y el teniente Rivoli. El *Firedrake* fue averiado a su vez por una patrulla de bombarderos de altura mandada por el teniente coronel Liberi. Pero, a excepción del *Fearless*, los ingleses no sufrieron más pérdidas, y todos los buques mercantes que salieron de Gran Bretaña (menos el *Leinster*) llegaron a Malta, si bien el mercante *Sydney Star* resultó averiado en alta mar por una lancha torpedera italiana. En el mismo período, siete mercantes sin carga consiguieron alejarse de la isla de Malta y llegar sanos y salvos a Gibraltar.

En cuanto el convoy «Substance» estuvo en Malta, las embarcaciones de asalto italianas atacaron de nuevo, empleando un tipo de lancha más pequeña y muy veloz a la que los ingleses denominaban EMB (*Explosive Motor Boat*, lancha explosiva). Esta embarcación, con un solo hombre agazapado en la popa, se dirigía hacia el blanco, y cuando lo alcanzaba se dividía en dos partes: la parte anterior, que contenía la carga explosiva, se hundía junto al buque atacado y, al alcanzar una profundidad determinada, estallaba; la parte posterior se transformaba en una balsa de salvamento para el hombre que la tripulaba. Este medio de asalto había conseguido su primer éxito en marzo, en la bahía de Suda (Creta), averiando tan gravemente el crucero *York* que quedó definitivamente fuera de combate.

Un grupo de estas lanchas, que formaba parte de la 10.ª Flotilla MAS, iba ahora a lanzarse al ataque del Grand Harbour, en Malta. Precedería a los EMB otro medio de asalto –dos hombres rana montados sobre un torpedo–, cuya misión era abrir brecha en una de las redes que cerraban la entrada de la rada a fin de que las lanchas pudieran entrar. Esta acción fue totalmente desafortunada. El 25 de julio los italianos llevaron a cabo un reconocimiento aéreo para descubrir qué buques estaban fondeados en el Grand Harbour y determinar su exacta posición. Por desgracia, el avión de reconocimiento, aunque fuertemente protegido por cazas italianos, fue derribado por la RAF, y en consecuencia la flotilla de lanchas tuvo que atacar a ciegas. Por su parte, el torpedo humano se retrasó un poco respecto al horario establecido, y los dos hombres que lo conducían tuvieron que hacerlo estallar en cuanto llegaron a la red, aun sabiendo que ello significaba su muerte segura. La explosión destruyó, en efecto, la red; pero derribó también un puente giratorio que, al caer, obstruyó casi por completo la brecha. Y así, cuan-

do las seis lanchas explosivas se lanzaron hacia la que suponían una vía de entrada a la rada, la encontraron obstruida por los restos del puente. Mientras tanto, tras haber seguido con el radar los movimientos italianos, los cañones de pequeño calibre de la defensa abrieron un intenso fuego, que destruyó todas las lanchas y mató a los tripulantes. Dos docenas largas de marinos italianos, capitanes y tenientes de fragata y de navío, testifican un heroísmo suicida que en nada tiene que envidiar a las conocidas hazañas bélicas de los combatientes japoneses.

Después de esta acción desafortunada, la 10.ª Flotilla MAS concentró la actividad de sus hombres-rana y de sus torpedos humanos contra los buques mercantes que hacían la ruta de Gibraltar.

Una operación limitada, pero clásica en el campo de la estrategia bélica basada en el empleo de minas, tuvo efecto entre el 17 y el 30 de agosto, cuando el minador rápido *Manxman*, que podía alcanzar los 40 nudos, llegó a Inglaterra, se camufló de destructor francés, izó la bandera tricolor y con su tripulación vestida con uniformes franceses sembró un campo de minas ante Livorno, regresando luego a su base. Afortunadamente para los italianos, las minas se descubrieron muy pronto y no causaron ningún daño; pero mientras el *Manxman* las iba sembrando, la Fuerza H navegaba al largo de Cerdeña para atraer la atención de los italianos. El grueso de la Escuadra italiana se hizo entonces a la mar, incluso los acorazados *Vittorio Veneto* y *Littorio*, a los que se acababa de reparar después de los daños que las dos unidades sufrieron en Tarento y en Matapán.

Naturalmente, la siembra de campos de minas no era más que una parte del plan general, encaminado a obstaculizar las comunicaciones entre Italia y Libia. El elemento clave de este plan continuaba siendo Malta, la isla que al mismo tiempo era base de aviones, de unidades de superficie (cuando las había disponibles) y, lo que era más importante, de submarinos.

Los ataques de los submarinos contra los convoyes

La campaña que en el Mediterráneo llevaron a cabo los submarinos ingleses, holandeses y polacos contra los buques enemigos encargados del transporte de abastecimientos, constituyó una nueva y, en cierto modo, insospechada faceta de la historia de los submarinos en el cuadro general de la Marina de Guerra inglesa. En ella, el arma submarina, siempre había merecido una atención secundaria. En conjunto esta especialidad había atraído a oficiales y marinos de cualidades magníficas pero en una cantidad a todas luces insuficiente a los gastos de construcción, experimentación y desarrollo. Durante la primera Guerra Mundial su principal función fue vigilar los puertos enemigos, aunque a veces también lanzaron esporádicos ataques contra las unidades de guerra adversarias. Sólo durante un breve período operaron contra los buques de transporte de tropas y los mercantes enemigos en el Báltico y en el mar de Mármara.

Entre las dos guerras, y durante los primeros meses de la segunda conflagración, pareció que la actividad de los submarinos ingleses seguiría la misma línea; pero resultó que entre 1940 y 1942, en el Mediterráneo, Gran Bretaña era la potencia más débil, y sus submarinos asumieron el papel que en este caso les correspondía. En este sector las potencias del Eje ofrecían una serie infinita de blancos, generalmente bien protegidos, pero blancos de ataque al fin de cuentas. Ante la falta de aviones y de unidades de superficie, dependía de ellos en gran parte que se pudieran interceptar los convoyes que abastecían las fuerzas de Rommel.



Un destructor inglés se sitúa junto al portaaviones *Ark Royal* para salvar a la tripulación. (United Press)

Sin embargo, también había pocos submarinos, y esta deficiencia numérica, unida al hecho de que la distancia entre Italia y el Norte de África era bastante corta, no permitió al principio obtener resultados decisivos. De todos modos poco a poco fue aumentando el número de buques del Eje hundidos: en marzo de 1941, el diez por ciento de los abastecimientos del Eje procedente de Europa acabó en el fondo del mar; y en el mes de noviembre del mismo año sólo el veinte por ciento de los barcos mercantes enemigos consiguió superar el bloqueo. Fue ése el mes precisamente en que, con los combates en las proximidades de Sidi Rezegh, dio comienzo en el desierto una segunda ofensiva a gran escala –la Operación «Crusader»–, y en el que al final del asedio enemigo a Tobruk siguió un avance británico a través de los territorios de Cirenaica.

A lo largo de todo este período las pérdidas sufridas en el mar por el Eje pusieron en peligro la misma supervivencia de sus fuerzas en territorio africano. Desde junio a septiembre italianos y alemanes perdieron un total de 270.000 toneladas de barcos mercantes, y en octubre y noviembre perdieron 125.000 más. Ya en septiembre, la situación se consideraba tan «catastrófica» que los oficiales alemanes de enlace con las fuerzas italianas pidieron con urgencia la vuelta de la *Luftwaffe* a Sicilia. Por esas mismas fechas, más o menos, las fuerzas del Eje recibieron también cierto número de submarinos alemanes como refuerzo.

Era evidente que en el frente del Mediterráneo iba a estallar una gran crisis; pero antes de que tal cosa ocurriese partió de Gibraltar otro convoy con dirección a Malta (en una operación conocida como «Halberd»). Para escoltar este convoy se reunió una gran formación naval, a las órdenes de Somerville, en la que figuraban los grandes acorazados *Nelson*, *Rodney* y *Prince of Wales*, el portaaviones *Ark Royal*, cinco cruceros y 18 destructores. El convoy estaba constituido por nueve buques mercantes, que podían desarrollar una velocidad de 15 nudos y sumaban un total de 81.000 toneladas.

Los planes para un convoy especial

Las medidas tomadas para la salida de este convoy dan una clara idea de lo complicada que



El día 13 de noviembre de 1941 el portaaviones *Ark Royal*, de regreso a Gibraltar, es torpedeado por el submarino *U-81*. (Imperial War Museum)

resultaba una operación de este tipo. Ante todo se concentraron submarinos frente a los puertos de los que se suponía que saldrían unidades de la Escuadra italiana en cuanto ésta tuviera conocimiento de que el convoy se dirigía a Malta. Asimismo fue preciso organizar la protección Aérea; además de los aviones del *Ark Royal*, la RAF proporcionaría patrullas de reconocimiento antisubmarino, y cuando el portaaviones invirtiese su rumbo, los cazas con base en Malta completarían la escolta aérea. Pero no se trataba ciertamente de fuerzas ingentes; quizá como mejor se ponga de manifiesto esta escasez de aviones que se sentía en Malta en aquel período sea considerando que, tras realizar los máximos esfuerzos para concentrar en aquel punto crucial a los aviones procedentes de Oriente Medio y poniendo en servicio todos los aviones disponibles, los ingleses solamente consiguieron reunir, en total, 22 *Beaufighter* y 5 *Blenheim*; es decir, 27 cazas de gran autonomía.[1]

Además, se tenía que hacer todo lo posible para distraer la atención del enemigo. Con este fin, el acorazado *Nelson* salió de Gibraltar, se alejó del Mediterráneo y se dirigió, lo más ostensiblemente posible, hacia el Atlántico; se difundió también el rumor de que un convoy que se dirigía a Freetown se había detenido en Gibraltar, a fin de que los informadores del Eje creyeran que éste era el verdadero motivo de los insólitos movimientos de buques que pudieran observarse desde el Peñón. A este respecto conviene recordar que las entradas y salidas del puerto de Gibraltar las controlaban perfectamente los agentes del Eje que operaban en Algeciras, de tal modo que aunque los movimientos de buques se desarrollasen durante la noche, a la mañana siguiente se advertía bien a las claras los buques que habían zarpado del Peñón y los que habían atracado en el mismo.

Sea como fuere, lo cierto es que cuando finalmente partieron los buques que componían el convoy (comenzando por los mercantes la noche del 24 de septiembre), los planes ideados por Somerville para distraer al enemigo habían funcionado a las mil maravillas. El día 25 algunos agentes informadores del Eje notificaron a *Supermarina* que el *Nelson*, el *Ark Royal*, dos cruceros y doce destructores habían salido de Gibraltar dirigiéndose hacia el Este; y al día siguiente, un avión de la Francia de Vichy comunicó que había avistado otro convoy, aparentemente escoltado por un portaaviones, frente a Argel. Mientras tanto, los acorazados *Rodney* y *Prince of Wales* habían entrado en el Mediterráneo, cruzando el estrecho de Gibraltar durante la noche de tal forma que no pudieron ser avistados por los informadores del Eje. Además, las formaciones inglesas seguían rutas diferentes, por lo que *Supermarina* llegó a la falsa conclusión de que los convoyes estaban escoltados tan sólo por una o dos grandes unidades de guerra inglesas.

Así, pues, la tarde del 26 de septiembre, los acorazados italianos *Littorio* y *Vittorio Veneto*, con cuatro cruceros y nueve destructores, recibieron la orden de reunirse, al día siguiente, al sudeste de Cerdeña. Los italianos también habían examinado la posibilidad de que se hicieran a la mar sus tres acorazados más pequeños, *Cavour*, *Doria* y *Duilio*; pero al final decidieron no hacerlo, pues consideraban que el *Littorio* y el *Vittorio Veneto* bastaban –según sus informes– para enfrentarse con las dos unidades inglesas. La escasez de carburante era tan grande que deseaban hacer el mayor ahorro posible.

No obstante, al mismo tiempo que se disponía esta acción, *Supermarina* ordenó al almirante Iachino que atacase a las fuerzas inglesas tan sólo si la superioridad de su propia formación era decisiva; además, debería mantenerse dentro del radio de acción de los cazas italianos que tenían su base en Cerdeña.

Iachino solicitó que, durante la mañana del 27 se efectuase un reconocimiento aéreo; pero, al no tenerlo, decidió dirigirse hacia la que él consideraba como la posición más probable del convoy inglés. En el mar había una espesa niebla; no obstante, captando las comunicaciones inglesas, los italianos se dieron cuenta con asombro de que, en vez de un acorazado enemigo contra los dos italianos, el convoy estaba escoltado por tres grandes unidades inglesas. Además, al carecer de portaaviones, la Escuadra italiana no tenía ni aviones de reconocimiento ni cazas que la pudiesen proteger de los aviones torpederos del *Ark Royal*, que por cierto ya se habían lanzado en su busca. Afortunadamente para Iachino, no consiguieron localizar a la Escuadra italiana.

Casi al mismo tiempo un avión italiano, con base en tierra, avistó al *Nelson* y lo torpedeó, reduciendo la velocidad del navío a 15 nudos. El ataque lo realizó un *S-84* del Escuadrón 36, el jefe de cuya dotación era el comandante Arduino Buri. En la acción cayeron seis de los atacantes entre los cuales se encontraba el coronel Seidl. El almirante Somerville decidió entonces mandar al *Nelson* hacia el Sur, para que escoltase de cerca al convoy que navegaba al largo de la costa tunecina, mientras el resto de la Escuadra, al mando del vicealmirante A. T. B. Curteis, se dirigía hacia los buques italianos. Una vez más la niebla salvó a Iachino, cuya formación desapareció pronto de la vista de los aviones de reconocimiento ingleses; las dos partes habían perdido el contacto. La *Supermarina* ordenó entonces a Iachino que durante la noche se mantuviera en alta mar, al este de Cerdeña, y estuviese preparado para atacar con las primeras luces del alba.

Pero de madrugada las grandes unidades inglesas invirtieron su rumbo para volver a Gibraltar, mientras el convoy seguía navegando hacia Malta. Aquella misma tarde, cuando estaba oscureciendo, lo atacaron aviones torpederos enemigos, alcanzando al mercante *Imperial Star* (el ataque a este mercante lo realizó un *S-79* de la escuadrilla 278, al mando del capitán Magagnoli. Inmediatamente después tres mercantes del mismo convoy fueron hundidos por los torpederos italianos mientras intentaban guarecerse en Gibraltar; fueron éstos el *Empire Guillemot*, el *Empire Pelikan*, y el *Empire Defender*), que hubo de ser hundido; pero el resto del convoy consiguió llegar a Malta el 28 de septiembre, entrando en la Grand Harbour junto con los cruceros, con las guardias de honor formadas en cubierta y al son de las bandas de música. Desembarcó un total de 50.000 toneladas de material, lo que significaba que, a excepción del carburante y del forraje, Malta tendría abastecimientos suficientes para resistir hasta mayo de 1942. El «Halberd» fue el último gran convoy que llegó a Malta hasta el siguiente mes de marzo. Durante su regreso a Gibraltar, la escolta del convoy fue atacada inútilmente por tres submarinos italianos a uno de los cuales hundieron los dos cazas británicos *Gurkha* y *Legion*.

Los italianos, que se habían visto enormemente obstaculizados por la escasez de aviones de reconocimiento, prepararon mientras tanto cierto número de lanchas pesqueras, camufladas de embarcaciones neutrales y dotadas de potentes instalaciones de radio. Estas embarcaciones surcaban el Mediterráneo occidental (llegando hasta Gibraltar) y comunicaban los movimientos de los buques ingleses que, a cuanto parece, jamás descubrieron su verdadera identidad, pues, aunque se las avistaba con frecuencia, no se detuvo nunca a ninguna de ellas.

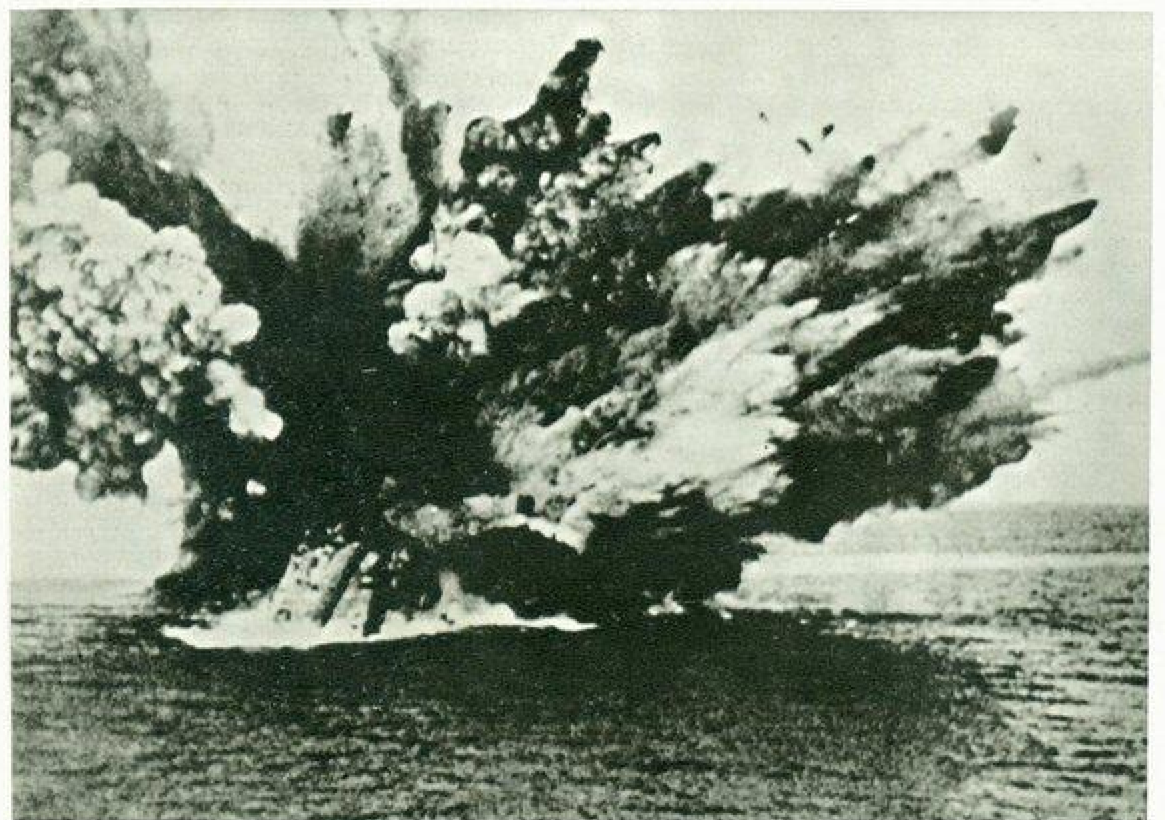
Ayuda desde Berlín

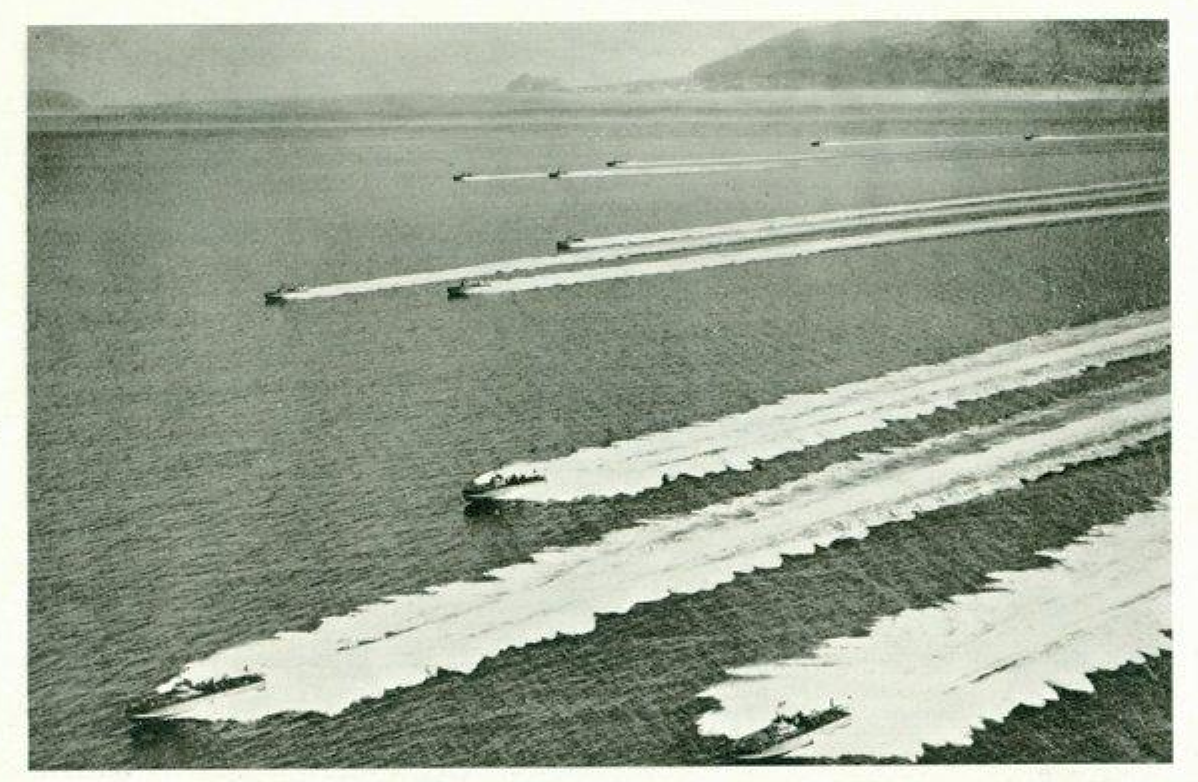
Mientras tanto, con la llegada del otoño, los dos ejércitos que combatían en el desierto occidental egipcio estaban proyectando nuevas ofensivas. Los ingleses pensaban liberar Tobruk del asedio y ocupar Cirenaica una vez más; mientras que el principal objetivo de Rommel era la conquista de aquella ciudad. Pensaba comenzar la ofensiva en noviembre; pero a mediados de septiembre –como ya se ha dicho– el ritmo con que los submarinos y aviones ingleses hundían a los buques mercantes alemanes era tan elevado que Rommel advirtió a Berlín que, si no se mejoraba la situación, ni siquiera se podría pensar en un ataque.

Aunque de mala gana, Berlín decidió intervenir en ayuda de los italianos. Hitler tenía poco

(1) Sin embargo, a éstos se deben añadir los 100 cazas monomotores tipo *Hurricane*, que a la sazón tenían su base en Malta y que podían operar en el canal de Sicilia.

25 de noviembre de 1941: el fin del *Barham*. El acorazado británico, alcanzado de lleno por tres torpedos lanzados por el submarino *U-331*, escoró rápidamente, y cuando ya descansaba sobre un costado estalló con gran violencia y se fue a pique. En el hundimiento perdieron la vida 56 oficiales y 812 hombres de la tripulación. (Alfredo Zennaro)





Flotillas de MAS en navegación. De estas unidades de lanchas torpederas surgieron, durante la segunda Guerra Mundial, los llamados medios de asalto de la Marina italiana. Dichas embarcaciones de asalto dependían, al principio, de la 1.ª Flotilla MAS, de la que fueron separadas el 15 de marzo de 1941, adoptando entonces el nombre de cobertura de 10.ª flotilla. Abajo: una ametralladora en posición antiaérea en la popa de un MAS. (Archivo Rizzoli)



tiempo y pocos deseos de ocuparse del sector del Mediterráneo, y desde luego el material que podía asignarle era muy escaso, pues ya empezaba a darse cuenta de que la campaña de Rusia se prolongaría mucho más de lo calculado. La decisión definitiva de ayudar a Rommel se tomó cuando, el 18 de septiembre, el submarino *Upholder* atacó a un convoy de tres grandes buques italianos que transportaban tropas, hundiendo a dos de ellos, el *Neptunia* y el *Oceania*, ambos de 19.000 toneladas y repletos de soldados alemanes. Fue admirable el sentido de la disciplina que demostraron en aquella ocasión los soldados germanos: todos ellos ocuparon sus puestos en las lanchas de salvamento llevando sobre sí los pesados capotes militares, los cascos de acero, las armas y todo el equipo.

La primera medida que se adoptó para reforzar la posición del Eje en el desierto fue la de destinar a la protección de las rutas entre Grecia y Cirenaica al famoso X *Fliegerkorps*, cuyos bombarderos se habían empleado ya para atacar las bases inglesas en Egipto. Tras este primer paso, también se trasladó a Sicilia el II *Fliegerkorps*, y al mismo tiempo se envió al Mediterráneo cierto número de *U-Boot* (al este y al oeste del Estrecho): 10 al sector oriental y 15 alrededor de Gibraltar, lo que contrarió no poco al almirante Doenitz, quien ostentaba el mando de todos los *U-Boot*, convencido como estaba de que sus submarinos debían combatir la batalla del Atlántico. Pese a lo cual se asignaron. Además, se mandarían hacia el Sur, por ferrocarril, algunos *E-Boot* (lanchas torpederas) y dragaminas en cuanto el Báltico empezara a helarse y estas unidades dejasen de ser necesarias en aquel sector.

La llegada de estos refuerzos y la actividad de los hombres-rana italianos iban a cambiar la situación de la lucha por la supremacía en el Mediterráneo entre los días 13 de noviembre y 19 de diciembre.

Para hacer frente a este reto, los ingleses fortalecieron sus medios de ataque a los convoyes italianos, enviando ante todo aviones provistos de radar de largo alcance y trasladando después a Malta una pequeña formación de cruceros y destructores. Esta fue la famosa Fuerza K, que tuvo una existencia breve pero muy intensa. Estaba constituida por los cruceros *Aurora* y *Penelope*, armados con cañones de 152 mm, y por los destructores *Lance* y *Lively*; la mandaba el capitán de navío W. G. Agnew, a bordo del *Aurora*. La formación consiguió su primer éxito en las primeras horas de la mañana del día 9 de noviembre.

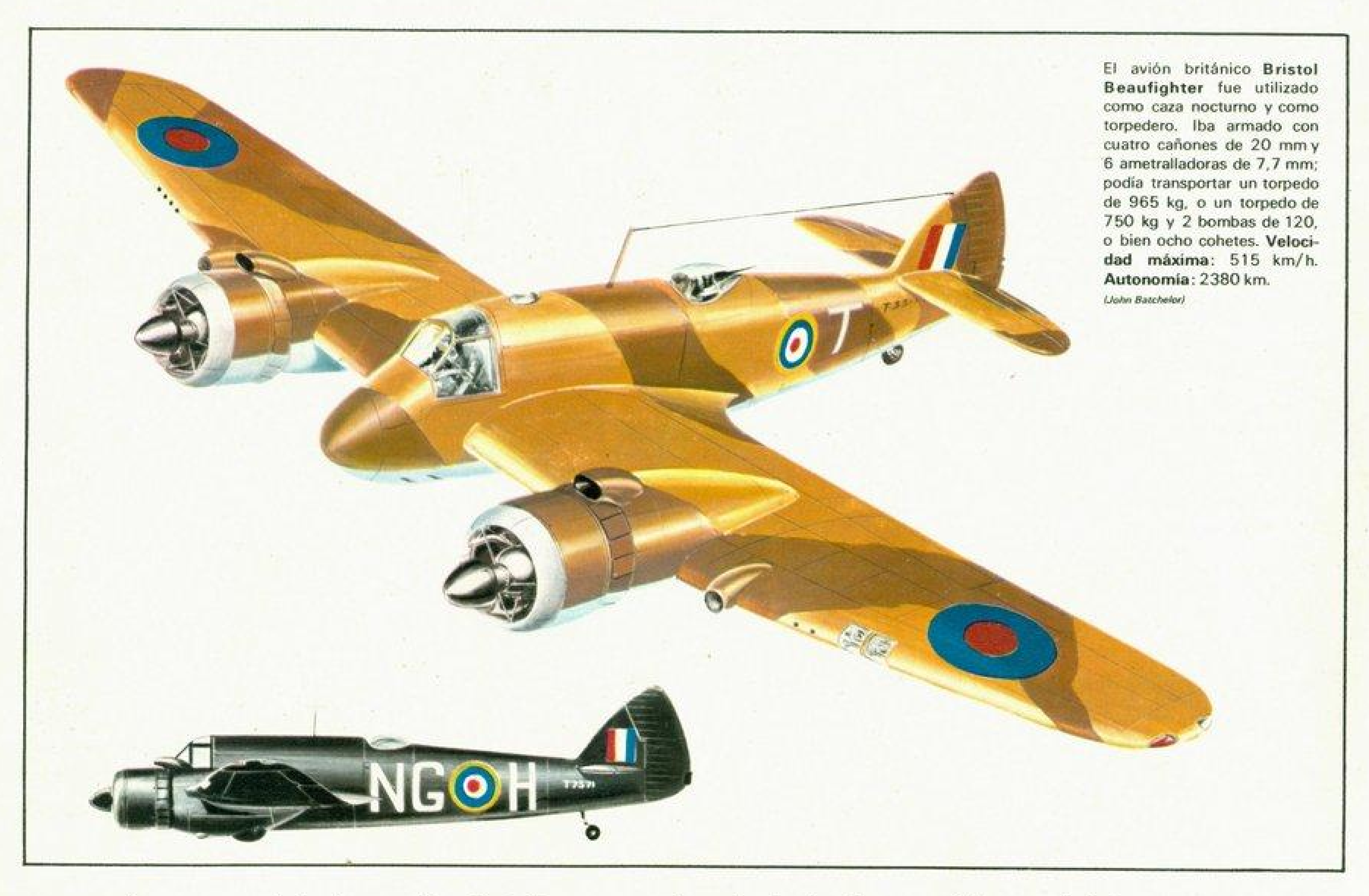
La tarde anterior un avión *Maryland* de la RAF, en vuelo de reconocimiento, había avistado a un convoy enemigo, formado por seis mercantes y cuatro destructores, a la altura del cabo Spartivento navegando rumbo a Libia. La Fuerza K salió inmediatamente de Malta y, poco después de medianoche, avistó el convoy y abrió fuego. Logró hundir inmediatamente un destructor y poner a otro fuera de combate (este último lo hundió más tarde el *Upholder*). La Fuerza K desfiló después a lo largo de la columna de mercantes enemigos, destruyéndolos a cañonazos uno tras otro.

Los italianos, que carecían de radar, se vieron atacados por sorpresa, y parece ser que ni siquiera intentaron huir, aunque sabían que no muy lejos, por el lado opuesto al del ataque inglés, navegaban dos cruceros italianos, el *Trento* y el *Trieste*, que montaban cañones de 203 mm y estaban acompañados de cuatro destructores: en conjunto, una formación mucho más poderosa que la Fuerza K. Según parece, los italianos no disponían de un sistema adecuado de reconocimiento nocturno: en efecto, cuando las unidades de escolta vieron acercarse a los dos cruceros de la Fuerza K, no abrieron fuero creyendo que se trataba del *Trento* y del *Trieste*. Estos últimos, al ver el resplandor de los cañonazos y las explosiones se dirigieron hacia el lugar del combate; pero cuando llegaron los ingleses ya se habían alejado.

Apenas de vuelta a la base el almirante italiano, a quien se había confiado el mando de los cruceros, fue exonerado de su cargo. Mas, como observa el capitán de navío, Bragadin, historiador oficial italiano, aquella batalla se había perdido mucho antes de que se iniciase, por cuanto que los italianos no habían conseguido asegurar a sus unidades de guerra ni el tipo de municiones ni el sistema de comunicaciones y adiestramiento, indispensables para una batalla nocturna.

Sin embargo, tras este éxito de la *Royal Navy* en el Mediterráneo, se produjeron una serie de desastres sin precedentes en el Atlántico y en Extremo Oriente.

El día 10 de noviembre, el *Ark Royal* y su escolta entraron en el Mediterráneo para llevar a Malta otro contingente de aviones; del portaaviones despegaron 37 *Hurricane*, 34 de los cuales llegaron felizmente a la isla. Pero cuando el *Ark Royal* volvía a Gibraltar y estaba ya casi a la vista del Peñón, uno de los *U-Boot*, el U-81, lo torpedeó. El navío escoró de forma amenazadora; no obstante, de momento pareció posible remolcarlo hasta Gibraltar. Llegaron, en efecto, los remolcadores y se devolvió a su nivel normal la presión de las calderas. Pero después, a las 2,15 del día siguiente (14 de noviembre), unas doce horas después del torpedeamiento, estalló un incendio en la sala de máquinas; como los tubos que unían la caja de humos con la chimenea estaban llenos de agua, las llamas procedentes de las calderas no pudieron encontrar una salida. El fuego inutilizó las bombas de agua, y la inclinación aumentó progresivamente hasta que, hacia las seis, el inmenso buque («como un niño dormido», escribió un testigo ocular) se inclinó hasta volcarse y se hundió. La pérdida del *Ark Royal* cambió por completo la situación, no sólo en el Mediterráneo, sino también en Extremo Oriente; pues en otoño de 1941, cuando en este sector la situación empezó a hacerse crítica, los ingleses habían decidido enviar el *Ark Royal* lo más al Este posible en



El avión británico **Bristol Beaufighter** fue utilizado como caza nocturno y como torpedero. Iba armado con cuatro cañones de 20 mm y 6 ametralladoras de 7,7 mm; podía transportar un torpedo de 965 kg, o un torpedo de 750 kg y 2 bombas de 120, o bien ocho cohetes. **Velocidad máxima:** 515 km/h. **Autonomía:** 2380 km.
(John Batchelor)

cuanto concluyesen unos trabajos de reparación y de revisión. En el mismo período, el nuevo portaaviones *Indomitable*, que había de sustituir al *Ark Royal* en el Mediterráneo, encalló frente a Jamaica, sufriendo averías graves. Y fue así como, más tarde, sin la protección de un portaaviones, el *Prince of Wales* y el *Repulse* se perdieron al largo de Malasia.

El 18 de noviembre comenzó la Operación «Crusader» (la ofensiva inglesa en el desierto occidental), y dos días después se atacó a otro convoy del Eje, torpedeando a los dos cruceros de escolta, el *Trieste* y otra unidad con cañones de 152 mm, el *Luigi di Savoia Duca degli Abruzzi*, el primero de los cuales fue averiado por el submarino *Utmost* y el segundo por *Swordfish* de la aviación naval. El convoy se vio obligado a regresar a puerto.

La pérdida del «Barham»

En el mar continuaba la serie de reveses para el Eje. El 24 de noviembre el crucero *Penelope*, de la Fuerza K, hundió a dos mercantes alemanes que se dirigían a Bengasi desde El Pireo. Pero los ingleses pagaron a muy alto precio este éxito relativo. En efecto, para apoyar las diversas formaciones ligeras (comprendida la Fuerza K), Cunningham ordenó que los acorazados se hicieran a la mar. La tarde del día 25 tres torpedos lanzados por el *U-331* alcanzaron al acorazado *Barham*. La unidad escoró rápidamente, y cuando ya estaba volcada hizo explosión con gran violencia (su hundimiento procuró una de las secuencias más dramáticas e impresionantes filmadas durante la guerra).

El 29 y el 30 de noviembre unos *Blenheim* de la RAF, con base en Malta, hundieron a un mercante cargado de abastecimientos y averiaron a otros dos. En las primeras horas de la mañana del 1 de diciembre la Fuerza K hundió a un crucero auxiliar italiano y, navegando a toda máquina, alcanzó una zona a 400 millas de distancia, donde dio el golpe de gracia a un buque cisterna, averiado por la RAF, y hundió también a un destructor de la escolta. En total se hundieron 14 mercantes del Eje durante el mes de noviembre, y ocho en diciembre.

La siguiente victoria inglesa la alcanzaron cuatro destructores, tres ingleses (*Sikh, Maori* y *Legion*) y uno holandés *(Isaac Sweers)*, que navegaban desde Gibraltar a Alejandría para reforzar la Escuadra de Cunningham. El oficial de mayor antigüedad, que ostentaba el mando de la formación, el comandante G. H. Stokes, al saber que dos cruceros ligeros italianos navegaban hacia Trípoli se dirigió hacia el cabo Bon para interceptarlos. Dichos cruceros para salvar, protegidos por la oscuridad, la parte del trayecto que se consideraba más peligrosa, invirtieron temporalmente su rumbo. Y, por la casi increíble fatalidad que durante esta fase de la guerra pesó sobre todos los movimientos de los buques italianos, esta maniobra hizo que los destructores pudieran interceptar y atacar fácilmente a los dos navíos: el *Alberico da Barbiano* y el *Alberto da Giussano*. Ambos cruceros se incendiaron rápidamente y se hundieron, pues iban cargados de bidones de gasolina, dispuestos en la cubierta y en todos los rincones en que fue posible meterlos. El Eje había decidido correr ese riesgo porque las pérdidas de buques cisterna y de otras unidades, dedicadas al transporte de abastecimientos, desde Italia a Libia, eran tan graves que parecía que ya no existiera ninguna otra manera de proporcionar gasolina a los carros de combate y a los aviones que operaban en Libia. El ataque se produjo con tanta rapidez, que un corresponsal de guerra que se hallaba a bordo del destructor holandés no tuvo ni tiempo de despertarse.

Además de los convoyes que llegaban al Norte de África directamente desde Italia, también se enviaban otros desde los puertos griegos. Por ello se destinaron tres cruceros ingleses (*Naiad, Euryalus* y *Galatea*) para vigilar aquel sector; pero los italianos erróneamente convencidos de que los acorazados ingleses se habían hecho a la mar, decidieron regresar al puerto. No habiendo encontrado nada los cruceros ingleses pusieron proa hacia Alejandría y justamente cuando hacia la medianoche del 14 de diciembre estaban para embocar la rada, uno de ellos; el *Galatea*, fue torpedeado y hundido por el *U-557*.

Por otra parte, el submarino inglés *Urge* torpedeó y averió gravemente el acorazado *Vittorio Veneto*, que ya no pudo entrar de nuevo en acción hasta pasado un año.

La tarde del día siguiente, 15 de diciembre, el almirante Vian, con el *Naiad* y el *Euryalus*, el crucero antiaéreo *Carlisle* y ocho destructores, salió de Alejandría para escoltar hasta Malta al mercante *Breconshire*. El *Breconshire*, que muy pronto se revelaría como casi indispensable para la defensa de Malta, transportaba entonces el combustible necesario para las unidades de superficie que allí tenían su base. Mientras este convoy navegaba de Este a Oeste, un convoy italiano lo hacía de Norte a Sur, de Tarento a Trípoli. Las rutas de los dos se cruzaron a la entrada del golfo sírtico, y la confusa batalla que se produjo se conoce como la primera batalla de Sirte.

La escolta italiana era mucho más fuerte que la formación de Vian, pues la constituían el *Littorio*, que enarbolaba la insignia del almirante Iachino, los acorazados *Doria* y *Cesare*, dos cruceros con cañones de 203 mm y 10 destructores. También debía haber formado parte de esta escolta el *Vittorio Veneto*, pero había sido torpedeado justamente cuando navegaba para unirse al resto de la formación frente a las costas de Tarento. Además, seguían a poca distancia el acorazado *Duilio*, tres cruceros con cañones de 152 mm y 11 destructores. En conjunto, los italianos contaban, práctica-

mente, con una flota completa: 4 acorazados, 5 cruceros y 21 destructores; los ingleses oponían 4 cruceros (los dos de Vian más el *Aurora* y el *Penelope*, procedentes de Malta) y 12 destructores. Una vez más Cunningham no pudo utilizar sus dos acorazados, pues no tenía más destructores para escoltarlos.

La idea que los italianos tenían de la situación era un tanto confusa por el hecho de que el reconocimiento aéreo había confundido el *Breconshire* con un acorazado; por otra parte, el comandante del *U-Boot* que acababa de hundir el *Barham* comunicó, por error, el hundimiento de un crucero. Iachino, por lo tanto, tenía todas las razones para creer que Cunningham conservaba aún intactos sus tres acorazados. Vian, atacado continuamente desde el aire, decidió poner rumbo a Malta, sabiendo que al norte de donde se encontraba se estaba acercando una gran formación italiana y que, probablemente, otra se encontraba en las proximidades.

La Escuadra inglesa paralizada

Poco antes del amanecer el *Naiad* avistó los mástiles de la formación principal de Iachino en dirección Noroeste, y a una distancia de 17 millas los italianos abrieron fuego.

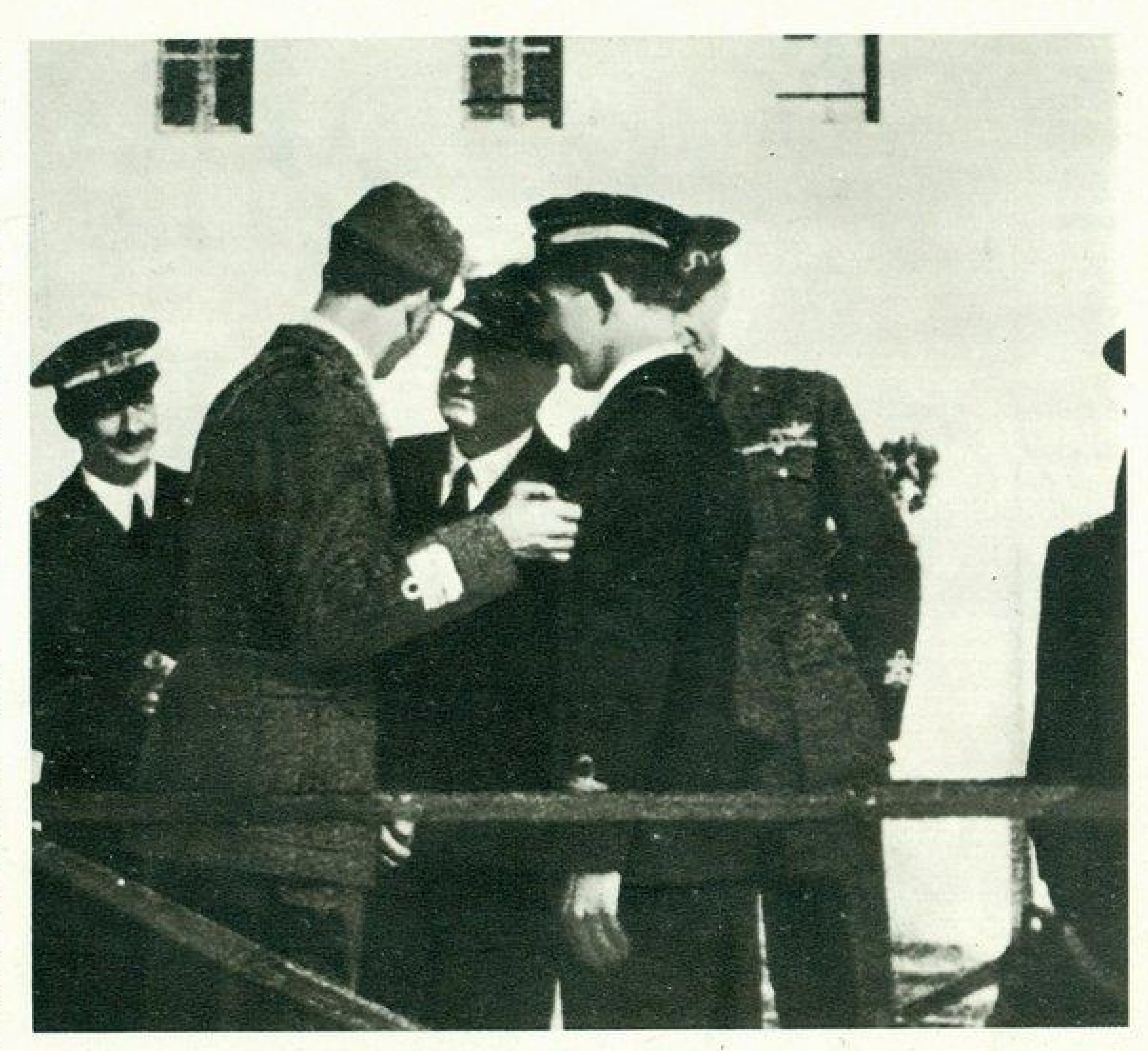
Vian ordenó que el *Breconshire* se alejase hacia el Sur acompañado de dos destructores, y él se dirigió hacia el enemigo con sus 4 cruceros y 10 destructores. Desde luego, no se trataba de llevar a cabo una operación tipo «muerte o gloria», sino de confundir al enemigo, lo que permitiría que el *Breconshire* se alejase con su valiosa carga de combustible.

Pero no sólo los italianos fueron víctimas de la confusión. En la oscuridad, y a consecuencia de la división de sus fuerzas, el mismo Vian acabó perdiendo el contacto con casi todas sus unidades. Las volvió a encontrar más tarde; pero mientras tanto los buques de guerra italianos habían desaparecido, por lo que Vian decidió ir en busca del convoy italiano frente a Bengasi. Tampoco lo encontró, y al final Cunningham le llamó desde Alejandría. El *Breconshire* y su escolta –que ahora comprendía también la Fuerza K– llegó felizmente a Malta la tarde del 18 de diciembre. Tras haberse abastecido de combustible, la Fuerza K (a la que se habían agregado el *Neptune*, el *Aurora*, el *Penelope* y cuatro destructores) salió de nuevo para continuar la búsqueda del convoy italiano que, según se creía, aún no había llegado a Trípoli.

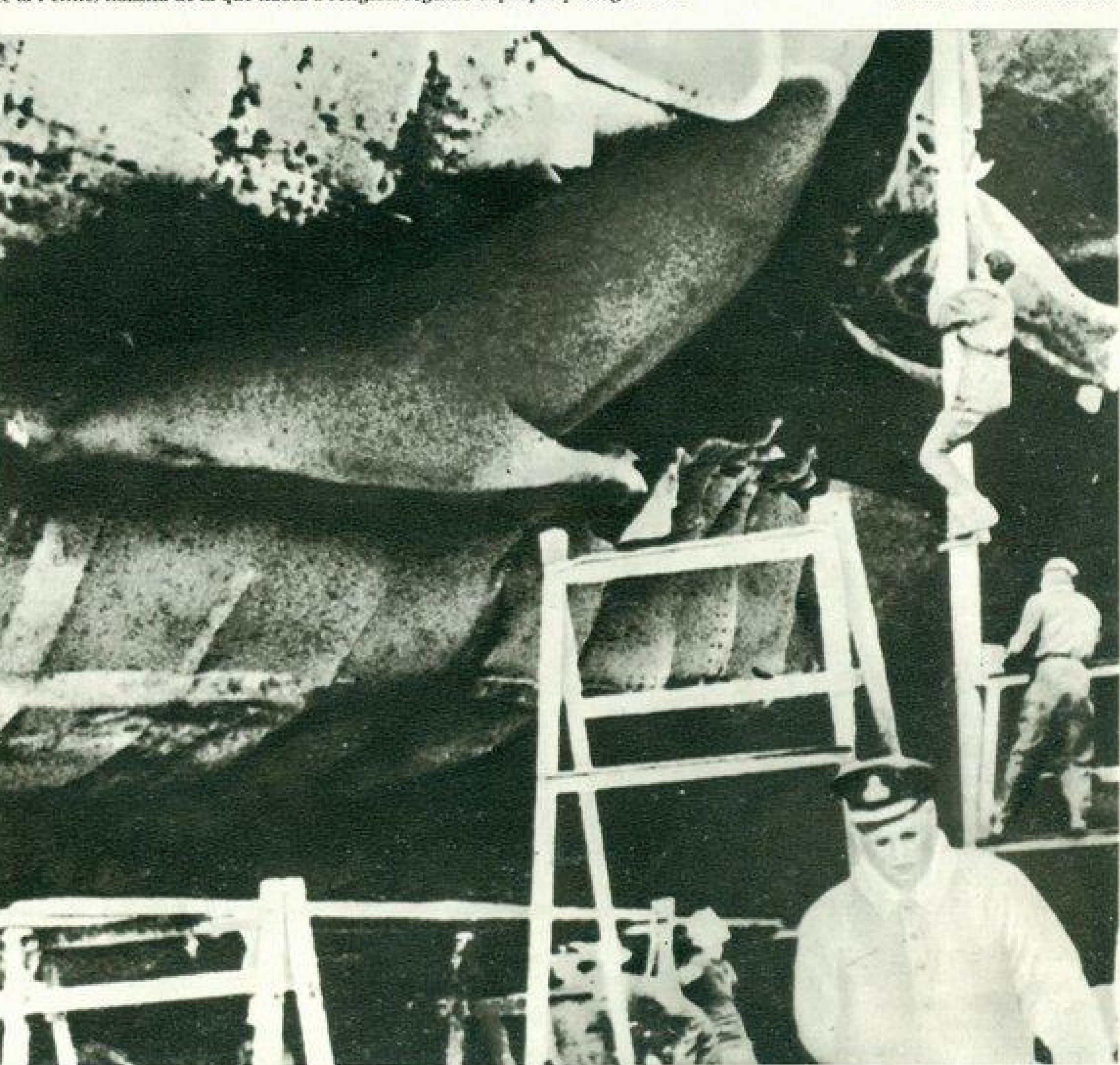
Esta salida señaló el comienzo de veinticuatro horas de desastres para la *Royal Navy*.

A unas 17 millas de Trípoli las unidades inglesas se internaron en un campo de minas: el *Neptune* y el destructor *Kandahar* se hundieron, y el *Aurora* y el *Penelope* sufrieron daños considerables. Aquella misma noche seis hombres-rana italianos, con tres torpedos de marcha lenta, desembarcaron de un submarino aproximadamente a milla y media de distancia de los obstáculos flotantes que protegían la entrada a la rada de Alejandría y las atravesaron cuando fueron abiertas para permitir el paso de algunos destructores. Los hombres-rana cruzaron las redes puestas en torno a los acorazados *Queen Elizabeth* y *Valiant*, colocando cargas explosivas debajo de sus cascos; lo mismo hicieron con el buque cisterna *Sagona*. Cuando las cargas estallaron, los dos acorazados sufrieron desperfectos tan graves que estuvieron fuera de combate durante muchos meses.

Todos los hombres-rana fueron capturados. Mas, tiempo después, su jefe, el teniente de navío Durand de la Penne, fue condecorado con la medalla de oro al valor militar. Como detalle curioso cabe decir que quien le colocó la condecoración sobre el pecho fue el contraalmirante inglés C. E. Morgan (por aquel entonces Italia había pasado a ser aliada de Gran Bretaña), quien, como capitán de navío, estaba al mando del *Valiant* la noche en que de la Penne puso al acorazado fuera de combate.

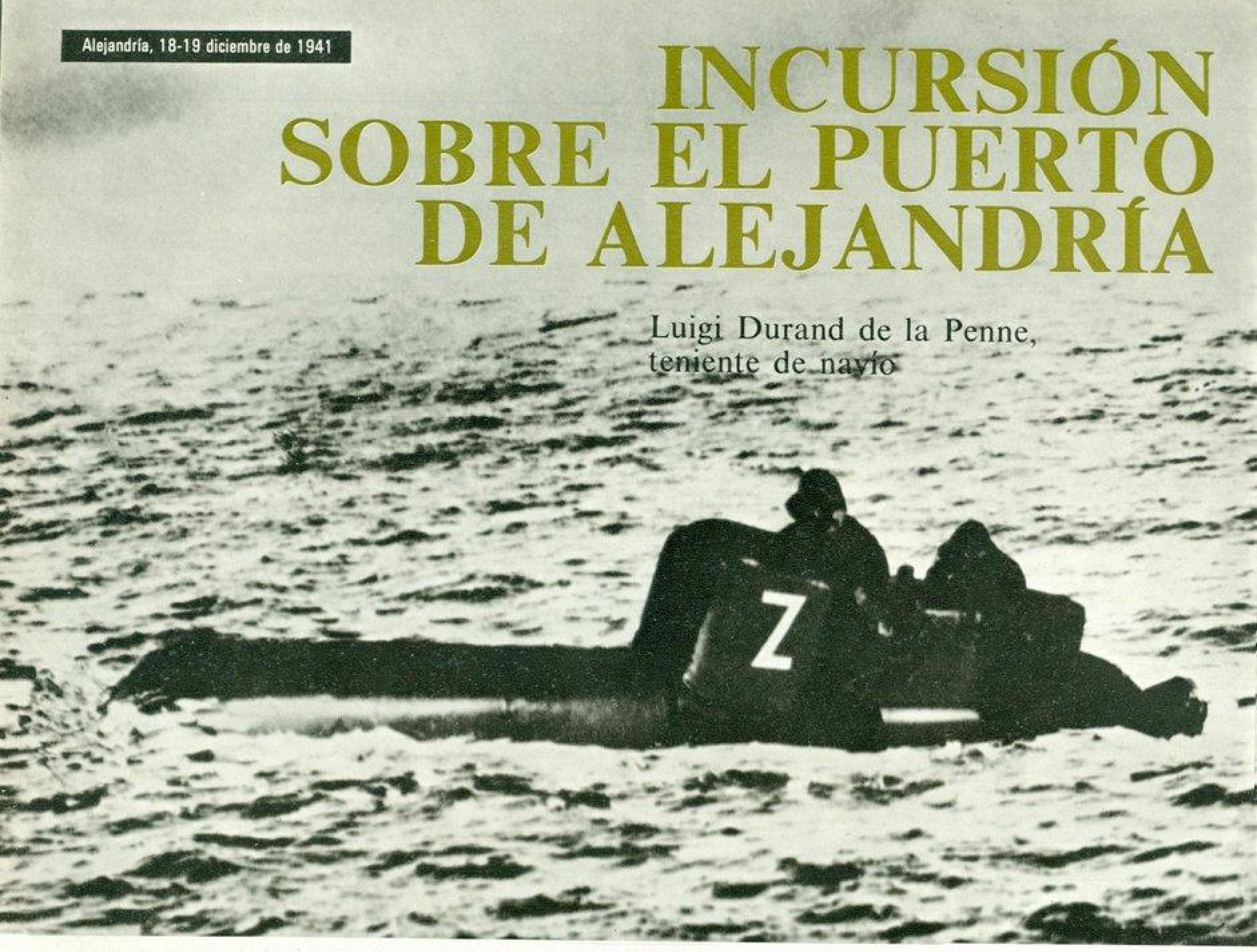


En la ceremonia de la entrega de la condecoración al teniente de navío Durand de la Penne (Tarento, 1945), el capitán de navío Morgan, que antaño fuera comandante del *Valiant*, pidió al príncipe Humberto de Saboya poder prender personalmente la medalla en el pecho del oficial. Abajo: el boquete provocado en la quilla del *Valiant* por la carga que colocó Luigi Durand de la Penne, hazaña de la que habla a renglón seguido el propio protagonista. (Archivo Rizzoli - Associated Press)



INCURSIÓN SOBRE EL PUERTO DE ALEJANDRÍA

Luigi Durand de la Penne,
teniente de navío



«De acuerdo con mis compañeros, decido realizar la navegación en superficie y avanzar en formación hacia las obstrucciones del puerto. A las 20,30, aproximadamente (estamos a 18 de diciembre de 1941), abandonamos el submarino *Sciré*. Junto con el cabo buzo Emilio Bianchi monto en el cilindro de proa, y realizamos la maniobra de desenganche del aparato. Mi traje hace agua, pero el respirador funciona bien. A los pocos minutos llega Marceglia y, un poco más tarde, se nos une Martellotta, que ha encontrado algunas dificultades para extraer su aparato.

»El mar está en calma; no hay viento. La temperatura del agua es de 18°. No se ve la costa en la oscuridad de la noche. Navegamos en formación, sin respiradores; con Marceglia a mi izquierda y Martellotta a la derecha vigilamos la zona de proa, mientras los segundos tripulantes vigilan la de popa. Avanzamos lentamente, y al cabo de una hora avistamos una escollera y luego la mole del palacio real. Unas dos horas más tarde estamos junto a Ras el-Tin, y como nos hemos anticipado al horario, abrimos los tubos portavíveres y tomamos un piscolabis.

»De repente se enciende el faro de Ras el-Tin, que nos ilumina de lleno desde 500 metros de distancia, y decido alejarme sumergido. Alrededor de las 23 nos aproximamos al muelle exterior, y por una nueva ruta me dirijo a la embocadura del puerto. Veinticinco minutos después avistamos a proa las obstrucciones y oímos el estallido de una bomba.

»Ordeno que los segundos se pongan los respiradores y navegamos con los aparatos hundidos de popa; sólo el primer hombre lleva la cabeza fuera y va sin respirador. Veo encenderse las luces que delimitan los canales navegables fuera del puerto y pienso que va a entrar o salir alguna unidad. Si se intenta el paso de la obstrucción durante la entrada (o salida) de algún buque se corre el riesgo de chocar o de ser descubiertos desde a bordo; pero, en compensación, durante el paso del buque la lancha de vigilancia se alejaría. Por otra parte, el peligro de ser visto es un tanto relativo. Así, pues, decido entrar junto con la unidad.

»Veo hacia popa unas siluetas oscuras que se aproximan: son tres destructores. Pienso pasarles por la proa. Continúo la misma ruta sin respirador y con la cabeza fuera. Paso a pocos centímetros del primero, hasta el punto que temo ser embestido. Aumento la velocidad y entro en el puerto junto con el segundo destructor. El tercero ha permanecido parado a poca distancia de mí; pero consigo dar la vuelta a su popa sin ser descubierto. En el transcurso de la maniobra he perdido el contacto con los otros dos aparatos.

»Me dirijo hacia el rompeolas y empiezo a bordearlo a medio metro de distancia a fin de aprovecharme de su sombra. Después de pasar junto a dos cruceros amarrados, llego cerca del *Lorraine*, y finalmente percibo la masa oscura de mi objetivo: el acorazado *Valiant*. A unos 500 metros encuentro un tipo de obstrucción desconocido. Intento levantar la red, pero no lo consigo. Es preciso actuar de prisa, porque mis condiciones físicas, a causa del frío, están llegando al límite de su resistencia. Por lo tanto, decido saltar la obstrucción por la superficie.

»Al hacerlo, el cable y la red quedan aprisionados en la abrazadera y en la hélice del aparato y hago mucho ruido. Por fin consigo liberarlo y, vuelto a bordo, me dirijo hacia la chimenea del buque. Son cerca de las 2 del día 19 y me encuentro a 30 metros del acorazado. Me pongo el respirador, me sumerjo a siete metros y me aproximo. Poco después choco contra la carena. El frío ha entorpecido mis manos y no consigo parar el motor, por lo que el aparato gira y me aleja, parándose en el fondo, a 17 metros. Debo volver a la superficie para restablecer la ruta e intentar de nuevo el ataque. Trato de poner en marcha el aparato sin lograrlo. Entonces llamo a Bianchi y le digo que compruebe si la hélice está libre. Tras algunos minutos de espera voy yo mismo para ayudarle; pero Bianchi ha desaparecido: supongo que se habrá desvanecido y salido a flote. Y como no puedo dejarlo a flote, porque su eventual hallazgo revelaría nuestra presencia, asciendo a la superficie; mas no encuentro rastro de él. A bordo del buque inglés reina la más absoluta calma, y decido llevar el aparato bajo su casco. Vuelvo al fondo y descubro que un cable de acero ha quedado prendido en la hélice y no me es posible sacarlo. Por lo tanto he de arrastrar el aparato por el fondo. Después de haberlo aligerado, lo empujo con las dos manos y consigo moverlo algunos centímetros. Estoy sudando, y los cristales empañados de la máscara no me dejan ver nada. Para limpiarlos anego la máscara; pero después no logro hacer salir el agua que se ha metido en ella y me

Arriba: La embarcación de asalto SLC-Z, del teniente de navío Durand de la Penne. Los SLC (*siluri a lenta corsa*, torpedo de marcha lenta) llamados también «maiali», eran torpedos especiales, modificados para que pudieran montar en ellos dos hombres provistos de aparatos respiradores: su velocidad era de 2,3 nudos, con una autonomía de 15 millas; llevaban una carga de unos 220 kg de explosivo. Al lado: un SLC a punto de sumergirse. El teniente de navío Durand de la Penne, comandante del grupo que la noche del 18 al 19 de diciembre llevó a cabo el ataque contra el puerto de Alejandría; él mismo aplicó una carga explosiva en la quilla del acorazado británico *Valiant*, que quedó seriamente averiado.
(Archivo Rizzoli - Associated Press)

A fines de 1941 el Eje sentía la urgente necesidad de hacer algo para mejorar su situación aeronaval en el Mediterráneo, donde el predominio británico era indiscutible. Se llegó así a la decisión de asestar un golpe, en el mismo puerto de Alejandría, a los mayores buques de la "Mediterranean Fleet", allí fondeados. La empresa la llevó a cabo un grupo de seis intrépidos hombres-rana de la Marina italiana, a las órdenes de un joven patricio genovés, el teniente de navío Luigi Durand de la Penne, acompañado por los capitanes Vincenzo Martellotta y Antonio Marceglia. Del sobrio relato oficial del comandante, se desprenden los dramáticos detalles de aquella empresa excepcional.

veo obligado a beberla. Finalmente, logro verificar la ruta, que resulta exacta. Vuelvo a empujar para arrastrar el aparato. Me atormenta la sed y la duda de si podré realizar mi trabajo en la carena. Cada vez más a menudo me veo obligado a pararme; los últimos metros son los más duros. Al fin choco con la cabeza contra el casco y realizo una inspección para comprobar la posición en que me encuentro; como la juzgo favorable, vuelvo al aparato, pongo inmediatamente en marcha las espoletas y lo arrastro de nuevo, estando ya al borde de mis fuerzas. Cubro de fango el tablero para evitar que posibles reflejos puedan revelar la posición, hundo completamente el aparato y, finalmente, vuelvo a la superficie, ascendiendo a lo largo del casco.

»Apenas en la superficie me quito el respirador y lo hundo. Estoy bajo la torre de proa, y nado para alejarme; pero a los diez minutos me llaman desde el buque. Como no hago caso, me iluminan con los proyectores y me disparan una ráfaga de ametralladora. Vuelvo entonces hacia el barco y me dirijo a la boya de proa, donde encuentro a Bianchi; me dice que se había desvanecido y ha vuelto en sí en la superficie. Yo le comunico que el aparato está colocado y las espoletas en marcha.

»Desde el buque nos hablan con sarcasmo, pues creen que nuestra misión ha fracasado. Dentro de un par de horas tendrán distinta opinión de los italianos... Son las 3,30 aproximadamente; poco después se aproxima una lancha con dos hombres armados que nos ordenan alzar las manos. Me niego a hacerlo y no insisten. Luego nos quitan los relojes y comprueban si estamos armados. Nos llevan a bordo, a la cámara de oficiales, donde permanecemos bajo la vigilancia de unos infantes de marina que nos hacen gestos amenazadores. Un oficial nos pregunta quiénes somos y de dónde venimos. Yo entrego mis documentos y luego, junto con Bianchi, con quien me prohíben hablar, se me lleva de nuevo a la lancha, que esta vez se dirije hacia Ras el-Tin. Allí hacen entrar a Bianchi en una barraca, de la que sale poco después haciéndome señas de que no ha dicho nada.

»Cuando faltan diez minutos para la explosión solicito hablar con el comandante. Al estar en su presencia le digo que dentro de pocos minutos se producirá la explosión, que no hay nada que hacer, pero que todavía puede poner a salvo la tripulación. El comandante vuelve a preguntarme dónde he puesto la carga, y como sigo sin contestar me conduce de nuevo a la celda. Cuando llego, Bianchi ya no está allí: por lo visto los ingleses lo han trasladado a otro lugar. A los pocos minutos sobreviene la explosión. El navío experimenta una fuerte sacudida, se apagan las luces y el local queda invadido por el humo. El acorazado empieza a escorar hacia la izquierda. Entonces abro un ojo de buey que se halla muy próximo al agua; pero es demasiado estrecho para que yo pueda pasar por él. Vuelvo a ascender por la escalera, y como encuentro el portillo abierto me dirijo a popa. El comandante está dando órdenes para salvar el buque. Desde allí veo al *Queen Elizabeth*, a unos 500 metros de nosotros. Toda su tripulación está en proa. Al cabo de unos pocos segundos también se produce una explosión en aquel acorazado.

El ataque al «Queen Elizabeth» y al petrolero

El capitán Marceglia procedió a la localización de su propio objetivo, y él y su segundo lograron colocarse al lado derecho del buque. A las 3 se sumergieron para proceder a la aplicación de la carga, y a las 3,25 concluyó la operación y pusieron en marcha las espoletas al tiempo. A las 4,30 echaron pie a tierra en una pequeña playa cercana, abandonaron el equipo especial y trataron de salir del puerto. Los dos doblaron sus bocamangas y dieron la vuelta al cuello de la guerrera para esconder los distintivos. Pasaron el día siguiente vagabundeando por la ciudad, y luego se trasladaron a Rosetta, donde al fin fueron detenidos por la ronda egipcia y conducidos a un puesto de policía. Entregados por último a las autoridades inglesas, pasaron a un campo de prisioneros.

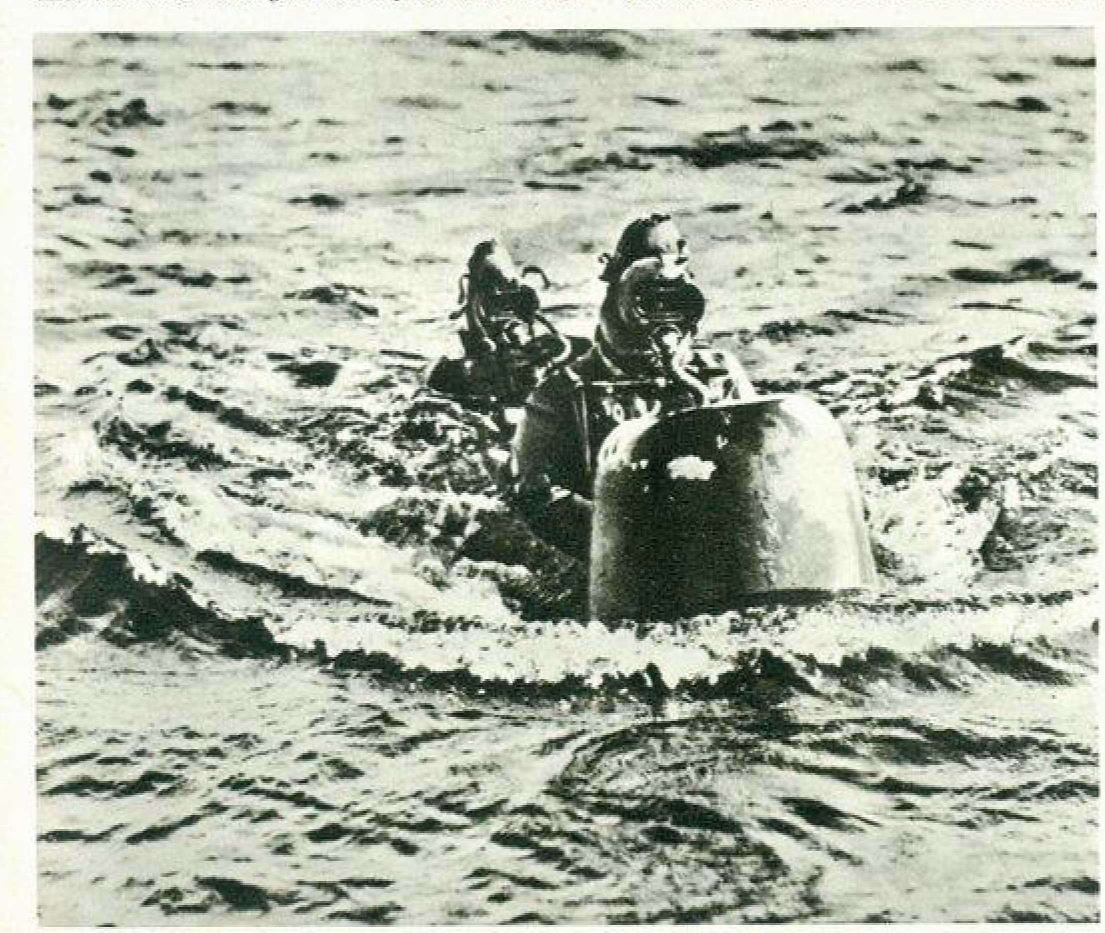
Casi igual, es la historia del capitán Martellotta. En el momento del cruce con los destructores, a la entrada del puerto, también él perdió el contacto con los otros aparatos. Entonces fue en busca de su portaaviones; pero se dio cuenta de que no estaba en el puerto. En consecuencia se dirigió hacia los petroleros, escogiendo como blanco uno de 16.000 toneladas. Se vio forzado a trabajar en la superficie, sin máscara, porque experimentaba fuertes trastornos en el estómago; su segundo, el buzo Mario Marino, descendió para aplicar las cargas y las espoletas se pusieron en marcha. Eran las 2,55. Durante la operación otro petrolero se puso al lado del primero ¡tanto mejor, pues saltarían juntos!

Luego se alejaron, hundieron el aparato y alcanzaron a nado el muelle. En una barrera fueron detenidos por la policía egipcia, que los entregó a un oficial de Infantería de Marina inglés. Eran las 5,45. Poco después Martellotta y su segundo escucharon, con breves intervalos, tres sordas explosiones.

Todo había funcionado a la perfección.

LUIGI DURAND DE LA PENNE

Nacido en Génova en 1914, durante la segunda Guerra Mundial fue piloto en los medios de asalto y tomó parte en los ataques submarinos realizados en aguas de Gibraltar. Más tarde mandó el grupo de asalto que, en la noche del 18 al 19 de diciembre de 1941, llevó a cabo la acción en el puerto de Alejandría, donde fue hecho prisionero. Condecorado con la medalla de oro al valor militar, Durand de la Penne logró también dos ascensos por méritos excepcionales. Después de la guerra ha sido diputado en el Parlamento, separándose en 1961 de la DC.







OBJETIVO ROMMEL: LA INCURSIÓN DE KEYES

Michael Mason

El mes de noviembre de 1941 señaló un período crucial en la guerra del desierto: los dos adversarios estaban reuniendo sus fuerzas para decidir a quién correspondía la supremacía en Cirenaica y en Egipto. Los ingleses asestaron el primer golpe al lanzar la Operación «Crusader»; pero sólo pocas horas antes había tenido lugar uno de los episodios más audaces y dramáticos de la guerra: la incursión de un comando para capturar a Rommel. El fracaso de la operación y el sacrificio de los hombres que la intentaron fueron la trágica consecuencia del trabajo imperfecto desarrollado por el Servicio de Información. La concesión, a título póstumo, de la «Victoria Cross» al jefe de la patrulla fue una pobre compensación.

En otoño de 1941, y en el desierto occidental egipcio, los dos contendientes estaban preparados para lanzarse a la ofensiva. A lo largo de la frontera egipcia el Ejército 8 inglés, a las órdenes del general Cunningham, se disponía a llevar a la práctica los planes elaborados por el nuevo comandante en jefe de Oriente Medio, general Auchinleck, con el propósito de poner fin al asedio de Tobruk. La fecha fijada para la ofensiva era el 18 de noviembre. En el otro extremo del desierto, el general Rommel proyectaba atacar Tobruk el 23 del mismo mes, siete días después de la fecha elegida por Auchinleck.

A fin de apoyar el avance del Ejército 8, los ingleses prepararon algunas acciones para desorganizar las comunicaciones en la retaguardia enemiga y crear un estado de confusión que obligase a alemanes e italianos a vigilarla constantemente. La misma noche en que se desencadenaría la ofensiva, unidades del SAS (*Special Air Service*, Servicio Aéreo Especial) se lanzarían en paracaídas tras las líneas enemigas para poner fuera de combate a los aviones del Eje que se encontrasen en tierra. Pero el plan más ambicioso y más audaz de todos era el de desembarcar algunos comandos detrás de las líneas alemanas, con objeto de destruir el puesto de mando de Rommel y capturar al propio general.

La patrulla se reúne

A principios de octubre, seis oficiales y 53 hombres, entre suboficiales y tropa, del 11.º comando escocés, a las órdenes del teniente coronel Geoffrey Keyes, pasaron a depender del mando operativo del Ejército 8. Formaban parte de la *Layforce*, reducida ya al mínimo, porque sus unidades habían sido parcialmente disueltas para hacer frente a la carencia de personal combatiente en el mismo Ejército 8.

El trabajo preliminar de investigación para la incursión de Keyes lo realizó el capitán J. H. Haselden, figura ya legendaria en el desierto. Desembarcado el 10 de octubre en una playa próxima a Hamma, junto con un árabe de la *Libyan Arab Force*, Haselden dedicó algunos días a la observación de la región circundante, regresando el 27 del mismo mes. Mientras tanto, en otra playa cerca de Alejandría, Keyes y sus hombres se adiestraban en las técnicas de desembarco y elaboraban el plan final de la incursión.

Ya desde el principio la opinión del coronel Laycock, jefe de la *Layforce*, sobre las posibilidades de éxito de la incursión fue pesimista.

El capitán Haselden volvió a la zona de desembarco (esta vez lanzado en paracaídas), y el 10 de noviembre, la patrulla destinada a llevar a efecto la acción embarcó en los submarinos *Torbay* y *Talisman*. Dos días después de haber dejado Alejandría, Laycock y Keyes explicaron a los hombres el plan, subrayando que el objetivo principal era capturar a Rommel. En el *Torbay* se encontraban, además de Keyes, otros dos oficiales del comando y 25 soldados, entre ellos un palestino en calidad de intérprete y dos guías senusis. Keyes llevaba consigo una carta de Seyed Idris, en la que el jefe de los senusis –que se encontraba exiliado en Egipto– daba instrucciones a sus súbditos para que le prestasen toda la ayuda posible.

El día 13 de noviembre Haselden llegó a casa del Mudir de Slonta (un árabe anglófilo), pidió un caballo y, acompañado por un guía árabe, se dirigió a Hamma, desde donde debía guiar a los hombres del comando hacia el interior. Aquel mismo día el *Torbay* y el *Talisman* llegaron frente a la costa. Hasta aquel momento todo se había desarrollado según los planes; únicamente el tiempo había empeorado. El mar estaba agitado y las condiciones eran muy distintas de aquellas en las que se habían desarrollado los ejercicios en la pacífica playa de Alejandría. Al oscurecer el *Torbay* se acercó a la costa y allí, pese a las malas condiciones atmosféricas, pudo ver la señal luminosa intermitente lanzada por Haselden.

Las condiciones se hicieron aún más desfavorables para un desembarco; no obstante, se lanzó uno de los botes plegables para efectuar un reconocimiento. Luego se hicieron pasar a través de la escotilla delantera los botes neumáticos y se cargó el material, cubierto con envolturas a prueba de agua.

Mientras tanto el *Talisman* permanecía en observación frente a la costa, y el coronel Laycock ya estaba a punto de aplazar el desembarco cuando captó la señal de que había llegado la patrulla del *Torbay*; y aunque ya sólo quedaban tres horas y media de oscuridad, decidió arriesgarse. El mar arrojó al *Talisman* contra un bajío y siete embarcaciones y once hombres cayeron al agua. Cuando terminaron las operaciones de rescate, la luna ya estaba muy alta en el cielo y el oficial que mandaba el submarino decidió retirarse; así, sólo cuatro botes del *Talisman* alcanzaron la playa. Entre ellos figuraba el del coronel Laycock.

Pero el equipo con el que Keyes contaba para llevar a cabo su misión había quedado muy reducido: la mitad de los efectivos previstos, lo cual imponía una rápida modificación de los planes. En un principio, la operación tenía cuatro objetivos: atacar la villa de Rommel y el puesto de mando retrasado alemán; sabotear el puesto de mando italiano en Cirene, interrumpiendo las líneas telefónicas y telegráficas; hacer una incursión en las oficinas del Servicio Secreto italiano en Apollonia, e interrumpir las líneas de enlace entre El-Faidia y Lamluda. Keyes decidió entonces renunciar a los ataques contra Cirene y Apollonia y concentrar sus esfuerzos sobre el puesto de mando alemán y sobre la «villa de Rommel».

El guía árabe deserta

Alcanzaron la cima del primer talud, unos 800 metros hacia el interior, alrededor de las 21 horas del 15 de noviembre. A medianoche el guía árabe abandonó la patrulla, pues temía aproximarse demasiado a un enemigo cuyo modo de tratar a los «traidores» y a los «descontentos» árabes era muy duro. Desde aquel momento, Keyes sólo contaría para orientarse con un mapa mediocre y un compás; las condiciones atmosféricas reducían casi a cero la posibilidad de orientarse observando las estrellas.

Poco antes de apuntar el día los hombres del comando se dispersaron por entre la maleza para estar a cubierto y descansar, pues estaban agotados. En el transcurso de aquella jornada un grupo de árabes se acercó a Keyes, y uno de ellos aceptó guiarlos hasta el puesto de mando de Rommel a cambio de una compensación de 1000 liras. Cuando se hizo de noche, los hombres se pusieron de nuevo en marcha hacia Beda Littoria, donde se hallaban el puesto de mando retrasado y la «villa de Rommel». Después de dos horas y media de camino llegaron a una gruta que, según los árabes, distaba unos 8 km de Beda Littoria y que a Keyes le pareció buen sitio para pasar la noche.

A la mañana siguiente Keyes salió de reconocimiento con un pequeño grupo para preparar el ataque final; pero la lluvia torrencial le obligó a volver a la gruta, enviando a un muchacho árabe para que observase la naturaleza del terreno. Los informes del muchacho le permitieron trazar un mapa del enlace existente entre el puesto de mando y la villa, a la vez que entre éstos y el parque de automóviles.

Aquella misma tarde Keyes resumió brevemente el desarrollo de la operación, especificando qué hombres deberían entrar en la casa, quiénes habían de inutilizar la instalación eléctrica y quiénes vigilar la carretera que conducía al puesto de mando y sabotear los automóviles. La contraseña era *Island-Arran* (del nombre de la primera base del comando). A las 18 horas de aquella tarde los hombres se pusieron en marcha, con las caras ennegrecidas y con zapatos de tenis para hacer el menor ruido. Keyes se concedió seis horas de tiempo para alcanzar el objetivo. Después de la última detención, a unos 500 m de Beda Littoria, prosiguieron su marcha a lo largo del sendero

que conducía a la parte posterior del poblado. Cuando los hombres del comando llegaron a la plaza, los guías, convencidos sin duda de que ya se habían ganado su dinero, rehusaron ir más adelante y quedaron allí a esperar la vuelta de la patrulla.

Poco después ocurrió un incidente que puso a dura prueba los nervios de los ingleses. Mientras Keyes y el sargento Terry se adelantaban para echar una ojeada al edificio principal, un hombre del grupo que quedó atrás, tropezó con un bote de hojalata y a causa del ruido que se produjo todos los perros del poblado comenzaron a ladrar. Dos oficiales italianos salieron de una barraca próxima para ver lo que ocurría y se encontraron con la patrulla inglesa; pero el intérprete palestino tradujo su pregunta al alemán y el capitán Robin Campbell, a quien Keyes había confiado temporalmente el mando, respondió con suficiente arrogancia para convencerlos de que se trataba de una patrulla alemana. Los dos oficiales volvieron satisfechos a su barraca.

Entre tanto, Keyes había cortado la red metálica que rodeaba el jardín de la villa. Como supuso el muchacho árabe, la lluvia había inducido a la guardia a abandonar la tienda y a refugiarse en la casa, por lo que en la entrada del paseo había un solo centinela. Keyes se le aproximó y lo mató sin hacer el menor ruido. Hizo entonces la señal convenida y la patrulla se adelantó para el ataque final, llevando consigo una cantidad de explosivos suficiente para destruir el puesto de mando y la central eléctrica vecina.

Keyes condujo a sus hombres hacia la parte posterior del edificio; pero una vez allí descubrió que la puerta trasera estaba bloqueada y las ventanas, muy altas, cerradas con fuertes postigos. Así, pues, se vio obligado a lanzar el ataque por la puerta principal. Cuando llegaron a ella, Campbell llamó y, en alemán, solicitó entrar; la puerta se abrió y apareció un alemán con un pesado capote y casco de acero, y sin perder tiempo, Keyes le metió la pistola entre las costillas. Pero como el hombre logró desasirse y empezó a gritar, Campbell no tuvo otra alternativa que disparar sobre él. Y como ya no se podía contar con el factor sorpresa, Keyes ordenó a sus hombres que se apresurasen a entrar.

Se encontraron en un gran patio, con una escalera a la derecha que conducía al piso superior. Numerosas puertas se abrían a este patio, y de una de ellas, situada a la izquierda, se filtraba una rendija de luz. Allí, al cabo de unos instantes, se organizaría una verdadera carnicería.

Ráfagas de metralleta y granadas de mano

Un hombre descendió ruidosamente por la escalera de piedra y, apenas llegó a ponerse a tiro, el sargento Terry lo abatió con una ráfaga de metralleta. Del jardín llegó otro hombre con una linterna: alguien lo derribó también de un disparo. Keyes abrió de par en par las puertas que daban al patio, hasta llegar a una habitación en la que se hallaban unos diez alemanes. Después de haber disparado una ráfaga en el interior, volvió a cerrar con violencia la puerta, esperando que Campbell quitase el seguro de una granada de mano defensiva; entonces volvió a abrir la puerta a fin de que Campbell pudiera arrojar la bomba dentro; pero, antes de que lograse volver a cerrarla, desde el interior partió un tiro y una bala dio a Keyes justamente encima del corazón. Cayó al suelo mortalmente herido. En seguida estalló la bomba; en la estancia se apagaron las luces y sobrevino un silencio de muerte.

Campbell arrastró el cuerpo de Keyes al jardín y volvió a entrar. En la oscuridad reinaba un profundo silencio, quebrado tan sólo por algunos gemidos que procedían de la habitación donde había estallado la granada. No oyendo ya ningún ruido que denunciase la presencia de enemigos en el interior del edificio, Campbell volvió a salir para reunirse con el grupo que se había quedado atrás, en funciones de cobertura. Pero recordó demasiado tarde las órdenes que aquellos hombres habían recibido, y fue alcanzado por una descarga disparada por uno de sus propios compañeros, hiriéndole en una pierna.

Como la patrulla no contaba ya con oficiales, Campbell ordenó al sargento Terry que colocase algunas cargas de explosivo para que saltara la casa entera, y que se ocupase después de la retirada. Se descubrió entonces que la lluvia había mojado las mechas, inutilizándolas, y todo lo que se pudo hacer fue lanzar una granada en el tubo de ventilación del generador principal, a fin de inutilizar el sistema de iluminación.

Después de haber lanzado otras granadas en el parque de automóviles, los supervivientes se alejaron, abandonando a Campbell, ya que sería imposible transportarle hasta la playa. El sargento Terry hizo caminar a la patrulla todo el día, y al caer la tarde alcanzaron la playa, donde esperaba el coronel Laycock. La segunda patrulla, que debía hacer saltar el poste próximo a Cirene, no había dado señales de vida; luego se supo que logró cumplir su misión con éxito, pero que todos los hombres habían sido capturados. Al anochecer el coronel Laycock vio al *Torbay* completamente emergido, muy cerca de la costa, y con ello pareció que así, por lo menos, una parte de la retirada concluiría felizmente. Mas con gran desilusión de todos aquellos hombres, las señales hechas por Laycock quedaron sin respuesta y el *Torbay* no envió ningún bote. Evidentemente, las señales no fueron entendidas. Transcurrió la noche y pareció bien claro que la evacuación debería dejarse para la noche siguiente; los 22 supervivientes se retiraron a un *wadi* próximo para pasar el día.

Allí, hacia el mediodía del 19 de noviembre, fueron atacados por una patrulla de árabes y más tarde por soldados italianos. Laycock ordenó a sus hombres dividirse en grupos, explicándoles que podían escoger entre las siguientes alternativas: intentar alcanzar el *Long Range Desert Group*, en el sector de Slonta; volver a la playa, esperando que cualquier submarino los recogiese, o esconderse en los *wadi* próximos a Cirene con la esperanza de que el avance del Ejército 8 llegase más tarde o más temprano para ponerlos a salvo. Sin embargo, cualquiera que fuera la alternativa escogida, todos ellos fueron capturados, a excepción del coronel Laycock y del sargento Terry, quienes, cuarenta y un días después de haberse alejado de la playa, encontraron en Cirene las vanguardias del Ejército 8.

¿Qué se logró con la incursión contra Rommel? A juzgar por las apariencias, muy poco. Las pérdidas inglesas fueron muy superiores a las alemanas, y además el objetivo fundamental no se había conseguido. El fracaso se debe atribuir, sobre todo, a la insuficiencia de las informaciones preliminares recogidas.

En efecto, Rommel sólo de vez en cuando utilizaba el puesto de mando de Beda Littoria. Y precisamente aquellos días se encontraba donde hubiera sido lógico imaginar que se encontraría un general como él y en la fase preparatoria de una ofensiva inminente: en su puesto de mando avanzado de Ain el-Gazala. Cuando aparecía por Beda Littoria, con los oficiales de su Estado Mayor, en el poblado se le reservaba una casa que en la zona se conocía como «Rommel-Haus»; y de este hecho circunstancial las fuentes informativas árabes habían sacado la conclusión de que Rommel residía en ella regularmente. El haber puesto tanta confianza en informes de fuente árabe –notoriamente poco fidedignas– fue uno de los errores decisivos de la operación.

Un fracaso, pero también una inyección de confianza

En principio los alemanes pensaron que el objetivo de la incursión había sido sustraer importantes documentos que se conservaban en el primer piso de la «prefectura»; pero cuando comprendieron cuál había sido el verdadero objetivo no tuvieron reparo en admitir que, de haber estallado todas las cargas explosivas colocadas en el edificio, éste habría saltado por los aires, matando a cuantos en él se encontraban.

Los efectos secundarios de la incursión presentan muchos aspectos difícilmente valorables. Como contribución al plan general, destinado a crear confusión y nerviosismo tras las líneas alemanas, no cabe duda de que tuvo cierto éxito.

En lo concerniente a la ejecución del proyecto, es difícil imaginar de qué modo hubiera podido hacerse mejor en aquellas circunstancias. La inexactitud de las informaciones preliminares y las condiciones atmosféricas, inesperadamente desfavorables, no podían imputarse a los hombres del comando; y respecto de las críticas según las cuales el elemento sorpresa había sido anulado por el disparo de Campbell, no se debe olvidar que la situación no le ofrecía otra alternativa.

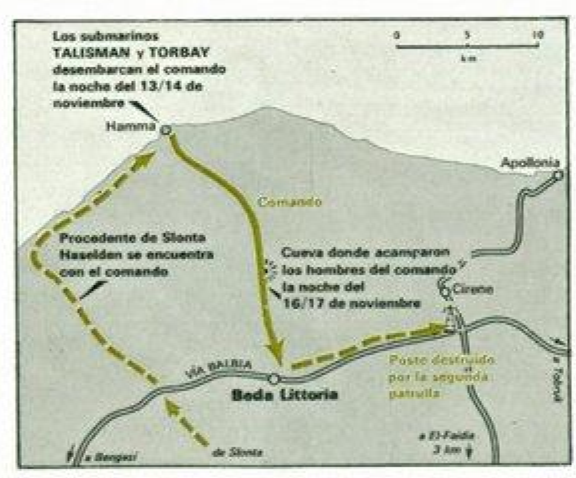
También se dijo que Keyes se opuso a un riesgo inútil al disparar desde un patio iluminado hacia una habitación; no obstante, todos los informes parecen demostrar que el patio estaba muy débilmente alumbrado por una sola bombilla mientras que, por el contrario, la habitación estaba totalmente iluminada. Un plan que tuviese como objetivo la muerte del comandante enemigo era una cosa tan audaz como nueva, y por estos motivos se hubiera podido acabar con éxito.

Rommel quedó muy impresionado ante la audacia de la incursión, y lo demuestra el hecho de que envió a su propio capellán a celebrar, con todos los honores militares, el funeral del teniente coronel Keyes y de los cuatro soldados alemanes muertos en aquella acción.

A Keyes se le concedió, a título póstumo, la *Victoria Cross*.







El teniente coronel Geoffrey Keyes (a la izquierda) y el coronel Laycock (a la derecha), jefes de la audaz incursión de comandos cuyo objetivo era la captura o la eliminación del «zorro del desierto». La villa de Rommel, objetivo principal de la incursión de Keyes, estaba situada en la retaguardia alemana de Cirenaica. La incursión, efectuada la noche del 17 al 18 de noviembre de 1941, basándose en informaciones inexactas y dificultada por el mal tiempo, no tuvo éxito. *(History of the Second World War) - (Keystone)*

OPERACION "CRUSADER": AUCHINLECK RECONQUISTA CIRENAICA

sir Geoffrey Evans, general

En noviembre de 1941 el Ejército británico a las órdenes de Auchinleck –las fuerzas más potentes hasta entonces desplegadas en el desierto occidental– estaba ya en condiciones de desafiar la supremacía del Eje en Cirenaica. Tras semanas de esforzada lucha cuerpo a cuerpo contra las unidades acorazadas de Rommel, el Ejército 8 puso al "Afrikakorps" ante la alternativa de retirarse o sucumbir: y Rommel se retiró.

(History of the Second World War)


Cirenaica, noviembre de 1941 - enero de 1942



Una formación de aviones de caza tipo *Hurricane*, pertenecientes a la *Desert Air Force*. La Aviación británica en el Norte de África había sido notablemente reforzada en verano de 1941; sin embargo, no desempeñó un papel muy importante en el transcurso de la Operación «Crusader», quizá porque las condiciones atmosféricas fueron adversas y limitaron de manera muy sensible la eficacia y el alcance de sus acciones. *(History of the Second World War)*

Como se sabe, tras el fracaso de la Operación «Battleaxe», en Oriente Medio hubo un cambio de mando: el general Wavell fue sustituido por el general Auchinleck, prestigioso oficial del Ejército hindú conocido por el sobrenombre de *Auk*.

Había participado en la campaña de Noruega, en su última fase de la fallida operación de Narvik, y al regresar a Inglaterra se le nombró comandante del Cuerpo de Ejército V, confiándosele el mando meridional. En enero de 1941 volvió a la India en calidad de comandante en jefe; y a fines de junio del mismo año dejó su cargo para ir a Egipto y asumir la pesada responsabilidad de aquel importante teatro de operaciones.

Desde el día de su llegada a El Cairo el general Auchinleck se vio sometido a incesantes presiones políticas para que lanzara cuanto antes una ofensiva en el desierto occidental; tuvo que recurrir a toda su energía para resistir hasta que consideró que la situación, aunque presentando todavía bastantes riesgos, ofrecía razonables probabilidades de éxito.

Churchill delinea los problemas

El primer telegrama que envió el Primer Ministro, el día 1 de julio, fue un presagio de lo que sucedería a continuación:

«Asume usted el mando en un momento de crisis. Cuando esté al corriente de la situación le corresponderá decidir si hay que reanudar la ofensiva y, en caso afirmativo, en qué momento. Debería tener en cuenta la situación de Tobruk, el hecho de que el enemigo está enviando refuerzos a Libia y el simultáneo empeño alemán en la invasión de Rusia. Debería considerar también los grandes peligros que entraña el estancamiento de las operaciones en Siria y la necesidad de aclarar la situación en uno o en ambos frentes. Usted decidirá si se pueden coordinar estas operaciones y cómo hay que hacerlo. Naturalmente, no dejará de advertir la urgencia de estos problemas. Esperamos que nos comunique algo en cuanto le sea posible».

El general Auchinleck, junto con los dos comandantes en jefe, se apresuró a examinar este inmenso y complejo problema, y llegó a la conclusión de que la fecha más próxima en que sería posible iniciar una ofensiva en el desierto occidental sería la primera quincena de noviembre. Y no se apartó mucho de esta primera decisión, pues la fecha definitiva fue el 18 del mismo mes.

Para facilitar la preparación de los planes operativos se creó el mando del Ejército 8, que se confió al general Cunningham, quien ya había dirigido una brillante campaña en el África Oriental italiana. A la inminente operación se le dio el nombre convencional de «Crusader».

Lo que se trataba de hacer

En septiembre de 1941 las fuerzas del Eje se hallaban distribuidas entre la frontera y Yébel el-Akhdar. Las organizaciones defensivas de la frontera estaban guarnecidas por una división italiana apoyada por contingentes alemanes; entre la frontera y Tobruk se encontraban dos *Panzerdivisionen* alemanas y tres divisiones italianas, todas ellas empeñadas en el asedio de la ciudad. En Yébel el-Akhdar había una división acorazada y dos divisiones motorizadas italianas. Ese conjunto de fuerzas, calculado en 400 carros de combate, representaba el más duro de los obstáculos que los ingleses deberían superar.

Para la inminente campaña, el Ejército 8 del general Cunningham debería reunir dos Cuerpos de Ejército (XIII y XXX), un grupo de brigadas autónomo (el 29 hindú) y la guarnición de Tobruk; una división permanecería en reserva. El Cuerpo de Ejército XIII, mandado por el teniente general Godwin-Austen, comprendía una división neozelandesa, la División 4 hindú y una brigada de carros (130 carros de combate de diversos tipos). El Cuerpo de Ejército XXX, mandado por el teniente general Norrie, constaba de la División Acorazada 7, además de la Brigada Acorazada 4, la División 1 sudafricana y la Brigada 22 de Guardias; en total, reuniría 500 carros de combate. La guarnición de Tobruk, al mando del teniente general Scobie, comprendía la División 70, las brigadas polacas «Cárpatos» y la 32.ª Brigada de carros de combate (130 carros). La división de reserva era la 2 sudafricana.

Al Ejército 8 se le había asignado la misión de conquistar Cirenaica; por lo tanto, su objetivo inmediato debía ser la destrucción de las fuerzas acorazadas alemanas. Una vez alcanzado este objetivo, Tobruk, Bengasi y toda Cirenaica caerían automáticamente. Para ello se encargó al general Cunningham que estudiara dos planes: el primero preveía un avance hacia el Oeste, hasta Bengasi, pasando por Gialo (lo que suponía la interrupción de las rutas de abastecimientos del Eje); el segundo, un avance del grueso de las fuerzas directamente sobre Tobruk, unido a acciones diversivas a lo largo de la dirección meridional.

Descartó de inmediato el primer plan; entre otras razones porque, en caso de seguirlo, Rommel no se vería obligado a recurrir a sus fuerzas acorazadas y, disponiendo *in loco* de los abastecimientos necesarios, podría prescindir de Bengasi durante algún tiempo, mientras que, por el contrario, la ruta de los abastecimientos del Ejército 8 sería larga y vulnerable.

El segundo plan era más aceptable, pues si se lanzaba la ofensiva principal en dirección a Tobruk, Rommel no podría ignorarlo, como no podría ignorar la posible liberación del reducto que durante tanto tiempo había sido para él como una espina en el costado. Así, en septiembre, Cunningham presentó su propio plan, cuyos puntos esenciales eran:

- El Cuerpo de Ejército XXX cruzaría la frontera por el sector no defendido, al sur de Sidi Omar, en un punto comprendido entre esta localidad y el fuerte Magdalena, y proseguiría después hacia el Noroeste, dirigiéndose a Gabr Saleh y empeñando a las fuerzas acorazadas enemigas. Así, el citado Cuerpo de Ejército se encontraría en una posición adecuada para proseguir tanto hacia el Norte como hacia el Noroeste, según las reacciones de Rommel.
- Al mismo tiempo, el Cuerpo de Ejército XIII debía contener a las fuerzas enemigas de la frontera, entre Sidi Omar y la costa, y envolverlas después por el Sur. Avanzaría luego hacia Tobruk, eliminando por el camino toda resistencia enemiga que encontrase entre Bardia y el fortín.
- Para proteger los flancos en contacto y la retaguardia de los dos Cuerpos de Ejército se situaría entre ellos una fuerza acorazada; esta parte del plan se cambió posteriormente, pues la misión de proteger el flanco izquierdo del Cuerpo de Ejército XIII se asignó al Cuerpo de Ejército XXX.
- En cuanto a la guarnición de Tobruk, se decidió que el general Scobie no trataría de salir hasta que las *Panzerdivisionen* fueran destruidas, o que por lo menos no estuvieran en condiciones de atacarlo. Se estableció, además, que cuando comenzasen las operaciones la guarnición pasaría bajo el mando de Norrie, y que los objetivos tácticos serían apoderarse de los macizos montañosos en El-Duda y en Sidi Rezegh, al sudeste de Tobruk, pues entre ambas elevaciones pasaba la línea de comunicación directa hacia el Este, vital para las fuerzas del Eje.
- Finalmente, la *Oasis Force*, constituida por el Grupo de Brigadas indias y el 6.º Regimiento de carros sudafricanos, se apoderaría de Gialo, protegería el campo de aterrizaje 125 y efectuaría ataques demostrativos hacia el Oeste, para dar la impresión de un avance en aquella dirección.

Poder asegurar los abastecimientos adecuados para estas ingentes fuerzas significaba someter a una dura prueba todo el aparato logístico: se preveía que tan sólo para la primera semana se necesitarían más de 30.000 toneladas de materiales de primera necesidad. Por consiguiente, se decidió apoyar la operación con tres bases avanzadas: una junto a Sidi el-Barrani, otra cerca de la estación ferroviaria de Mis Heifa y la tercera en Giarabub.

El 3 de octubre el general Auchinleck aprobó el plan estudiado por Cunningham, y los preparativos para ponerlo en práctica empezaron inmediatamente.

El escenario está preparado

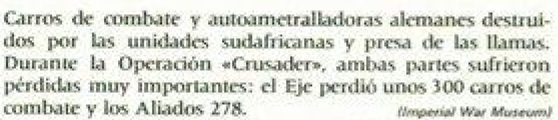
A mediados de noviembre el escenario estaba preparado para la batalla y los dos adversarios

dispuestos a atacar. Por una parte, los ingleses se disponían a lanzar su mayor ofensiva en el desierto occidental; por otra, las fuerzas del Eje estaban casi preparadas para lanzar un ataque masivo contra Tobruk. ¿Quién asestaría el primer golpe?

La noche del 15 de noviembre el «Premier» inglés envió al general Auchinleck un mensaje en su estilo característico:

«Por encargo del rey expreso a todos los hombres del Ejército y de la RAF que combaten en el desierto occidental, así como a la «Mediterranean Fleet», la confianza de Su Majestad en que cumplirán con su deber en la importantísima batalla que les espera. Por primera vez las tropas inglesas e imperiales harán frente a los alemanes con armas modernas de todo tipo. Esta batalla habrá de influir en todo el curso de la guerra. Es éste el momento de asestar el golpe más duro con vistas a la victoria final, la patria y la libertad. La «Desert Army» tiene la posibilidad de añadir a la historia una página digna de compararse con las de Blenheim y Waterloo. Los ojos de todo el mundo están fijos en vosotros. Nuestros corazones están con vosotros. ¡Que Dios proteja a quien tiene razón!




Carros de combate y autoametralladoras alemanes destruidos por las unidades sudafricanas y presa de las llamas. Durante la Operación «Crusader», ambas partes sufrieron pérdidas muy importantes: el Eje perdió unos 300 carros de combate y los Aliados 278. (Imperial War Museum)

Poco después de las seis de la mañana del día 18 de noviembre de 1941, unos 450 carros de la División Acorazada 7, junto con el grupo de apoyo formado por infantería motorizada y artillería, se pusieron en movimiento dirigiéndose hacia Gabr Saleh, a poco más de 50 km al oeste de Sidi Omar. Alrededor de las 17,30 de aquel día, dos brigadas ya habían alcanzado el objetivo previsto para la jornada, mientras otra las seguía a pocos kilómetros de distancia. Todo lo que se había visto del enemigo durante el avance eran unos autoametralladoras que se retiraron inmediatamente. Tampoco dio señales de vida la *Luftwaffe*, pues sus aeródromos estaban inservibles a causa de la lluvia torrencial.

La noche pasó rápidamente y al amanecer, todavía sin reacción por parte del enemigo, el general Gott, comandante de la División Acorazada 7, ordenó que la Brigada Acorazada 22 avanzase hacia el oeste de Bir el-Gobi (donde Gott consideraba, con razón, que se encontraba la División «Ariete»), mientras la Brigada Acorazada 7 proseguiría su carrera hacia Sidi Rezegh. La Brigada Acorazada 4 debería proteger el flanco derecho de las fuerzas que avanzaban y el flanco izquierdo del Cuerpo de Ejército XIII en el momento en que éste llegase.

Hacia mediodía, la Brigada Acorazada 22 entró en combate. Esta unidad era completamente inexperta en operaciones en el desierto: había llegado a Egipto a principios de octubre; por lo tanto, dispuso de poco tiempo para una adecuada preparación, y además, el tipo de carro que tenía en dotación, el último modelo de *Crusader*, sufría frecuentes averías.

La División «Ariete» no cedió terreno, y la Brigada 22 se vio obligada a retroceder después de una batalla que puede definirse como inútil: al atardecer la citada brigada había perdido 40 de sus 136 carros de combate, mientras que los italianos sólo sacrificaron 34 carros y 12 piezas de artillería.

Pero la Brigada Acorazada 7 tuvo una jornada muy favorable. Tras ponerse en movimiento, hacia el mediodía, con el heterogéno conjunto de sus carros de combate de los modelos más diversos, llegó rápidamente a Sidi Rezegh, rompiendo una ligera cortina de cobertura del enemigo que se interponía en su camino; el avance fue tan rápido que el 6.º *Royal Tank Regiment* conquistó por sorpresa el aeropuerto, apoderándose de 19 aviones italianos y haciendo unos 80 prisioneros. La Brigada 7 se encontraba ya a sólo 15 km del perímetro de Tobruk, por lo que se tenían las más risueñas esperanzas.

Dificultades en el flanco derecho

Sin embargo, la situación no era tan buena en el flanco derecho, donde la Brigada 4 quedó rezagada en Gabr Saleh. A media tarde el cielo se cubrió inesperadamente de *Stukas*, y cuando cesó su bombardeo aparecieron 80 ó 90 carros de combate de la 21.ª *Panzerdivision*, a las órdenes del coronel Stephan. Por fin se producía un claro signo de que Rommel no ignoraba la inminencia del ataque inglés.

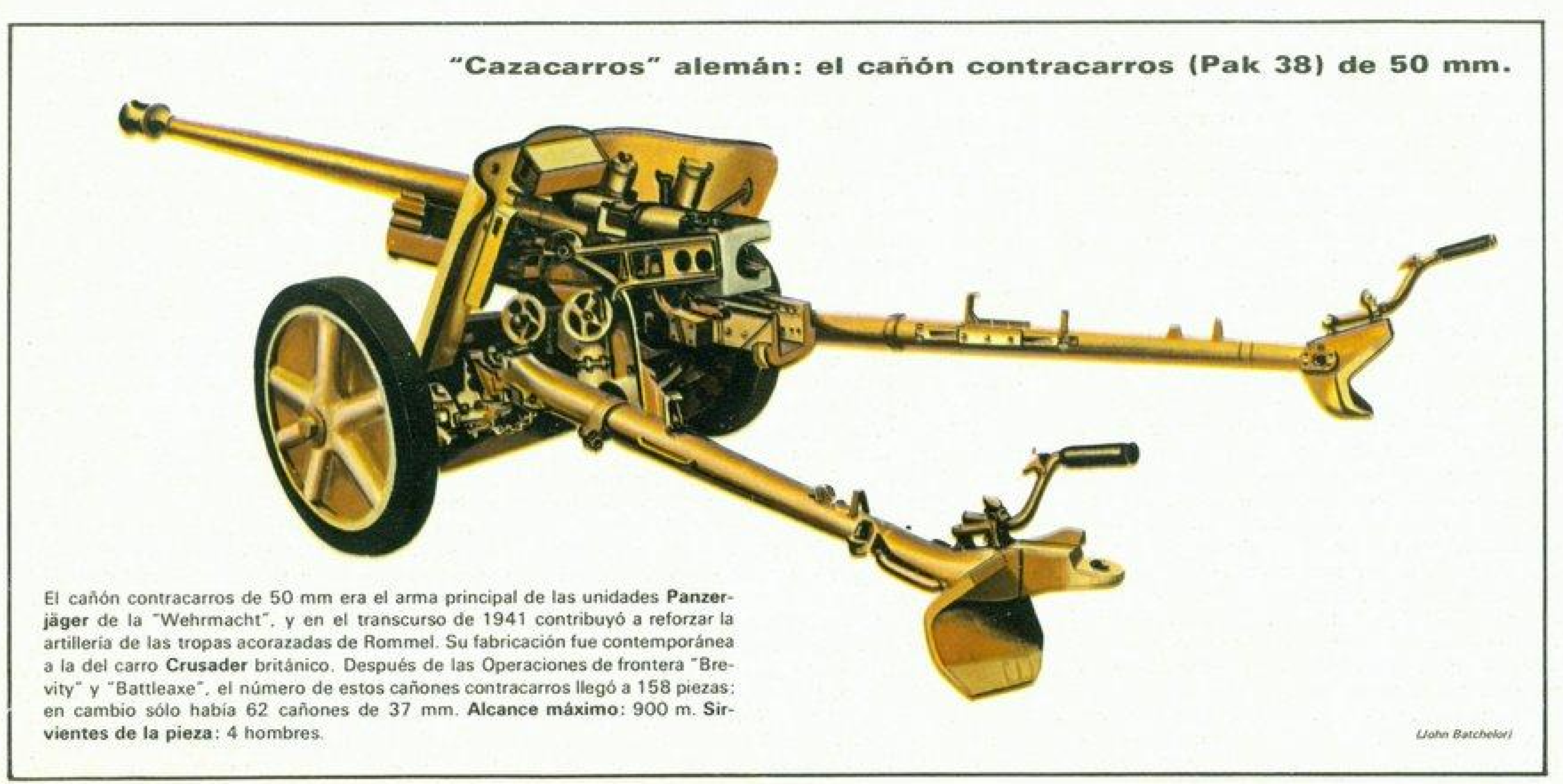
La acción alemana se concentró sobre el 8.º de húsares, y cuando al atardecer cesó el combate, este regimiento había perdido 20 de sus carros. Los efectivos de la Brigada Acorazada 4, que al iniciarse la operación sumaban 164 carros de combate, quedaron reducidos a 98; luego, la Agrupación Stephan, cuyas pérdidas fueron insignificantes, se retiró.

Aunque los combates en los flancos no habían sido decisivos, la parte central del despliegue consiguió un notable éxito, por lo que se la reforzó con dos batallones del grupo de apoyo, un regimiento de cañones contracarros y otro de artillería de campaña, que recibieron la orden de unirse a la Brigada Acorazada 7 en Sidi Rezegh. También la División 1 sudafricana se desplazó hacia el Norte, en dirección a Bir el-Gobi, para sustituir a la Brigada Acorazada 22 en el cometido de vigilar a la División «Ariete».

Mientras tanto, durante esta fase de escaramu-



Cañón inglés de 25 libras en acción contra las fuerzas del Eje que cercaban Tobruk. Este cañón, creado primordialmente como pieza de campaña por su largo alcance, estaba dotado asimismo de aparatos de puntería y municiones para el tiro contracarros. (History of the Second World War)



"Cazacarros" alemán: el cañón contracarros (Pak 38) de 50 mm.

El cañón contracarros de 50 mm era el arma principal de las unidades **Panzerjäger** de la "Wehrmacht", y en el transcurso de 1941 contribuyó a reforzar la artillería de las tropas acorazadas de Rommel. Su fabricación fue contemporánea a la del carro **Crusader** británico. Después de las Operaciones de frontera "Brevity" y "Battleaxe", el número de estos cañones contracarros llegó a 158 piezas; en cambio sólo había 62 cañones de 37 mm. **Alcance máximo**: 900 m. **Sirvientes de la pieza**: 4 hombres.

(John Batchelor)

zas entre el Cuerpo de Ejército XXX y las pocas fuerzas del Eje que hasta el momento habían aparecido, el Cuerpo de Ejército XIII efectuaba los primeros pasos de la maniobra encaminada a envolver, por el Sur, las defensas fronterizas, enviando elementos de la Brigada 7 hindú a vigilar las posiciones de Sidi Omar.

Como también este movimiento prosperó, el 19 de noviembre las operaciones concluyeron con un éxito aparentemente fácil para los ingleses, que parecían haber alcanzado resultados muy satisfactorios a un precio extraordinariamente bajo.

Sin embargo, en el mensaje que el general Auchinleck envió aquel mismo día a Londres no faltan algunos signos de incertidumbre: «Parece como si el enemigo no se hubiera dado cuenta de la oportunidad y de la fuerza con que hemos lanzado el ataque. Aunque necesitamos una comprobación, los elementos que poseemos parecen indicar que el enemigo trata de retirarse a la zona Bardia-Sollum. En tanto no sepamos hasta dónde han llegado nuestras fuerzas acorazadas no será posible prever el ulterior desarrollo de la batalla. En lo que concierne hasta la fecha estoy satisfecho de la situación...»

Pero la cortina que había ocultado todos los preparativos se estaba levantando, y la satisfacción del general Auchinleck se esfumaría muy pronto.

Una mirada a la otra vertiente permitió descubrir los motivos de la inactividad de Rommel. Éste se personó en su puesto de mando el 18 de noviembre, pocas horas antes de que llegase la noticia del avance inglés, y ante los partes mandados por sus unidades avanzadas sacó la conclusión de que se trataba simplemente de un reconocimiento en fuerza, por lo que se opuso firmemente a abandonar los preparativos para el ataque contra Tobruk.

Por otra parte, el general Cruewell, comandante del DAK *(Deutsches Afrikakorps)* –que no hay que confundir con el Ejército del desierto bajo el mando de Rommel–, formado por la 15.ª y la 21.ª

Patrulla de exploración alemana. Rommel tenía mucha confianza en la capacidad combativa y en la rapidez de movimientos de sus disciplinadas tropas; su imaginación, unida al empuje de sus soldados, constituían el más serio obstáculo que los Aliados habrían de superar a lo largo de la campaña del desierto africano. *(History of the Second World War)*

Panzerdivisionen, afirmaba que importantes fuerzas inglesas se habían movido en dirección a Sidi Azzeiz. Pero Cruewell no sabía que estas «ingentes fuerzas» no eran más que el 3.er *Royal Tank Regiment* que, tras perseguir a los autoametralladoras alemanes en dirección a Sidi Azzeiz, se había retirado aquella misma tarde hacia Gabr Saleh. Para eliminar esta unidad y obtener la aprobación de Rommel, Cruewell envió la 15.ª *Panzerdivision* en dirección Este y lanzó apresuradamente a la 21.ª hacia Sidi Omar, para impedir que el enemigo pudiera huir hacia el Sur.

Así, Cruewell se lanzó a la caza de esta formación fantasma, y no dio cuenta del error cometido hasta unas horas después; pero cuando lo comprendió supo reaccionar rápidamente: en efecto, Rommel le había dado órdenes de atacar al día siguiente con ambas *Panzerdivisionen*, envió en seguida a la 15.ª hacia Gabr Saleh para que entrara en combate con el enemigo.

Las informaciones disponibles hacían pensar que las fuerzas del Eje estaban efectuando un desplazamiento general hacia el Oeste. El general Gott, tras examinar personalmente la situación en Sidi Rezegh, creyó que si la División 70 del general Scobie intentaba salir en aquel momento de Tobruk podría unirse al Grupo de apoyo, y aconsejó que la operación se efectuase durante la mañana del 21 de noviembre.

Naturalmente, este movimiento constituía una modificación radical del plan primitivo, que no preveía ningún intento de salida hasta que se hubiese derrotado por completo a las fuerzas acorazadas enemigas.

Como se habían interceptado varios mensajes referentes a los movimientos de las unidades acorazadas alemanas, el combate entre carros parecía ya inminente. Se advirtió entonces al general Norrie para que se preparase a hacer frente a un ataque en fuerza que el enemigo lanzaría probablemente contra la Brigada Acorazada 4 hacia el mediodía del día 20; la confianza en un resultado favorable era tanta que aquella misma tarde el general Cunningham dio su aprobación para que la guarnición de Tobruk efectuase su salida al amanecer el 21 de noviembre. A fin de prevenir la amenaza que Cruewell constituía para el flanco derecho de la División Acorazada 7, la Brigada Acorazada 22 recibió órdenes de unirse a la Acorazada 4; mas, a causa de algunas dificultades en el abastecimiento de carburante, no pudo llegar al campo de batalla hasta el atardecer, cuando ya se llevaban dos horas de combate y habían sido destruidos 26 carros ingleses.

La batalla de Sidi Rezegh

Rommel estaba ya convencido de que se enfrentaba a una gran ofensiva inglesa, y consideraba que la amenaza más grave podía constituirla un eventual éxito enemigo en Sidi Rezegh. Para cambiar la situación, la noche del 20 de noviembre ordenó al general Cruewell que trasladase sus *Panzerdivisionen* hacia el Noroeste y que lanzase un ataque concentrado sobre Sidi Rezegh en las primeras horas del día siguiente.

Antes del amanecer se pusieron en movimiento las *Panzerdivisionen*; pero pronto fueron descubiertas por las Brigadas Acorazadas 4 y 22 inglesas, que se preparaban para atacar. Como de costumbre, los alemanes supieron aprovechar con gran habilidad sus medios contracarros (el excepcional cañón antiaéreo de 88 mm y el cañón contracarros de 50 mm), medios que constituían una grave amenaza para los carros de combate ingleses, y en especial para los *Stuart*. El fuego alemán, los retrasos en el abastecimiento de carburante y el terreno accidentado redujeron la eficacia del ataque inglés, por lo que los alemanes consiguieron rechazarlo.

La salida de los defensores de Tobruk empezó aquella misma mañana y, a pesar de una resistencia inesperadamente tenaz, antes del atardecer la División 70 consiguió crear un saliente de unos 4000 metros cuadrados y capturar gran número de prisioneros.

En Sidi Rezegh, de acuerdo con el plan original que preveía la cooperación entre el Cuerpo de Ejército XXX y la guarnición de Tobruk; la Brigada Acorazada 7 y el Grupo de apoyo habían recibido órdenes de ocupar la parte del talud que dominaba Trig Capuzzo, interrumpiendo así la línea de abastecimientos del Eje hacia el Este. El ataque debía comenzar a las 8,30 del 21 de noviembre; pero media hora antes de que empezase llegó la noticia de que grandes columnas de carros de combate enemigos se estaban acercando por el Sudeste. En efecto, llegaban las dos formidables *Panzerdivisionen* 15.ª y 21.ª.

Con esta amenaza a su espalda, el comandante de brigada Davy, que mandaba la Brigada Acorazada 7 y era responsable de las operaciones en Sidi Rezegh, no tuvo otra alternativa que hacer frente a los carros de combate alemanes con dos de sus regimientos, encargando al Grupo de apoyo el cometido de batirse por el talud.

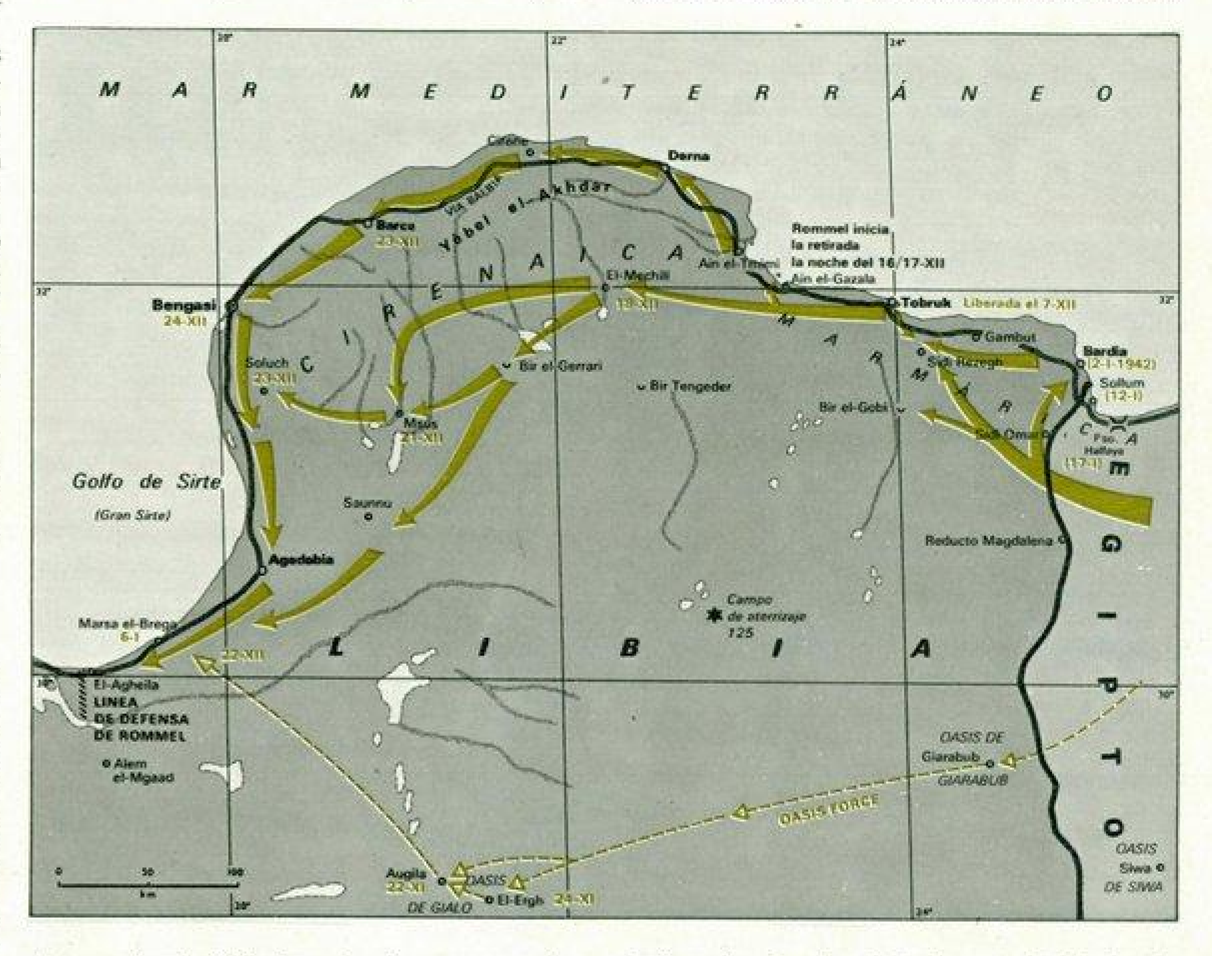
Se creó así una situación que no había sido posible prever. Cabría decir que aquello parecía un *sandwich* americano de muchas capas. Al Norte, la guarnición de Tobruk estaba efectuando una salida, atacando a alemanes e italianos, los cuales, a su vez, hacían frente por el Sur a la Brigada Acorazada 7; en medio se encontraba dicha Brigada, que atacaba hacia el Norte y al mismo tiempo intentaba rechazar a las *Panzerdivisionen* de Cruewell, hostigadas también por las Brigadas Acorazadas 4 y 22 inglesas. Las dos partes estaban formando rápidamente una maraña cada vez más confusa. Así, en un infierno de polvo y de confusión, comenzó una batalla que había de durar varios días.

Durante toda la jornada se combatió encarnizadamente. Antes del atardecer el Batallón I del *King's Royal Rifle Corps* y una compañía del Batallón II de la *Rifle Brigade* habían conquistado sus objetivos en el talud; pero cuando el 6.º *Royal Tank Regiment* avanzó para intentar la conjunción con la guarnición de Tobruk, en las proximidades de El-Duda, se vio obligado a retroceder con graves pérdidas. En el Sur se contuvo al ataque alemán, pero también con grandes pérdidas, tanto en hombres como en carros de combate: de los 141 carros con los que la Brigada Acorazada 7 comenzó la operación, sólo 28 estaban en condiciones de combatir al día siguiente. En cuanto a la salida de Tobruk, el general Scobie, al darse cuenta de que por el momento no podría recibir ayuda, decidió suspender la operación.

Sin embargo, en el puesto de mando del Ejército 8 la situación aún se consideraba favorable, pues se esperaba que las Brigadas Acorazadas 4 y 22 conseguirían atacar el flanco y la retaguardia de Cruewell; por lo tanto, el general Cunningham ordenó que el Cuerpo de Ejército XIII avanzara. Siguiendo estas órdenes, la División neozelandesa dejó la zona situada al oeste de Sidi Omar para dirigirse hacia el Norte. Al atardecer, la Brigada 6 neozelandesa se encontraba al oeste de Sidi Azzeiz, la Brigada 5 cerca del Reducto de Capuzzo y la Brigada 4 en el talud al oeste de Bardia. Mientras tanto la División 4 hindú, al mando del general Messervy, se preparaba para ocupar Sidi Omar.

En Sidi Rezegh la mañana del 22 de noviembre fue relativamente tranquila; pero por la tarde se reanudaron los combates con mayor intensidad. La Brigada 5 sudafricana, llegada el día anterior, recibió la orden de apoderarse de la parte meridional del talud, fracasando en su empeño. Entonces volvieron a luchar las unidades acorazadas.

El ataque alemán comenzó con una acción de la 21.ª *Panzerdivision*, haciéndole frente la Brigada Acorazada 22, junto con lo que quedaba de la Brigada Acorazada 7 y el Grupo de apoyo. La arena levantada por el viento y el humo provocado por las explosiones oscurecían tanto el campo de batalla que cuando llegó la Brigada Acorazada 4 no pudo prestar ninguna ayuda, puesto que no conseguía distinguir cuál de los combatientes era el enemigo. Ambas partes sufrieron pérdidas consi-



La Operación «Crusader», iniciada por Auchinleck el 18 de noviembre con el fin de liberar Tobruk y destruir las fuerzas acorazadas del Eje, no encontró a Rommel desprevenido. Tras los primeros éxitos británicos, la situación pareció volverse a favor del Eje; sin embargo, poco después, los ingleses consiguieron la ventaja y el 7 de diciembre Rommel decidió replegarse sobre nuevas líneas defensivas; el 6 de enero de 1942 consiguió concentrar todas sus fuerzas tras la zona comprendida entre Marsa el-Brega y Alem el-Mgaad. Por el momento, el Ejército 8 británico había vencido.

derables; pero los ingleses salieron peor librados, y antes del atardecer tuvieron que retirarse.

Victoria nocturna de los «Panzer»

La 15.ª *Panzerdivision*, que se había mantenido al Este, recibió la orden de efectuar un amplio movimiento envolvente para alcanzar el campo de batalla por el Sur; pero, mientras estaba llevando a cabo esta operación, le llegó una petición de ayuda por parte de la 21.ª *Panzerdivision* y se encaminó directamente al lugar del combate. Por el camino se encontró con la Brigada Acorazada 4 inglesa, que estaba preparando el campamento para pasar la noche. Ambas partes quedaron de pronto sorprendidas; pero luego, a la luz de los cohetes de iluminación, los carros de combate y la infantería alemanes se lanzaron contra el campamento, apoderándose de numerosos carros de combate, autoametralladoras, cañones y muchos prisioneros.

En el frente del Cuerpo de Ejército XIII las operaciones se desarrollaron de forma satisfactoria. La Brigada de infantería 7 hindú había ocupado gran parte de Sidi Omar, si bien con grandes pérdidas, y la División neozelandesa conquistó el fortín de Capuzzo.

Pero a medianoche los diversos puestos de mando británicos –del Ejército 8, del Cuerpo de Ejército XXX y de la División Acorazada 7– aún no estaban al corriente de la peligrosa situación en que se encontraban las fuerzas acorazadas. Como no había llegado ningún parte, el general Cunningham persistió en la idea de romper el asedio de Tobruk, ordenando al Cuerpo de Ejército XIII que avanzase hacia la ciudad con la División neozelandesa. El cometido del Cuerpo de Ejército XXX seguía siendo el mismo: concentrar todos los esfuerzos para destruir las fuerzas acorazadas del Eje.

Pero Rommel también había decidido eliminar a las fuerzas acorazadas británicas, y dio orden al general Cruewell para que a la mañana siguiente atacase con el DAK en dirección a Bir el-Gobi, mientras la División Acorazada «Ariete» avanzaría hacia el Norte. Cruewell modificó en parte este plan, mandando todas sus fuerzas acorazadas hacia el Sudeste para que, atacando en dirección Noroeste, actuasen como un potente martillo, empujando a los ingleses hacia el yunque constituido por las otras unidades del DAK, desplegadas al Norte.

La mañana del 23 de noviembre el puesto de mando del Ejército 8 se dio cuenta, por fin, de que las fuerzas acorazadas inglesas no se encontraban en buena situación. No se sabía nada de la suerte que corriera la Brigada Acorazada 7, y era obvio que la 4 y la 22 no contarían con más de 50 carros de combate.

Aquella misma mañana, mientras visitaba el puesto de mando del Cuerpo de Ejército XIII, el general Cunningham decidió confiar al general Godwin-Austen la dirección de las operaciones que la infantería efectuaría contra Tobruk el 24 de noviembre.

Mientras tanto, Cruewell estaba actuando con mucha energía. A las siete, moviéndose en una densa neblina, la 15.ª *Panzerdivision* se preparaba para reunirse con la División «Ariete», cuando, de forma totalmente inesperada, se encontró con algunos elementos del Grupo de apoyo inglés y con unidades de transporte de la Brigada 5 sudafricana. Se produjo un confuso combate. Hacia mediodía llegó el 5.º *Panzerregiment* de la 21.ª *Panzerdivision*, y a las 15 horas los alemanes lanzaron un ataque contra los sudafricanos, que de momento resistieron con ardor. Los carros de combate supervivientes de la Brigada Acorazada 22 hicieron todo lo posible para ayudarles; pero todo fue inútil. Al atardecer, la Brigada 5 sudafricana dejaba de existir.

El 22 de noviembre el general Cunningham estaba preocupado por las pérdidas sufridas en carros de combate; pero al día siguiente su preocupación creció. Al parecer, en lo que se refería a estos vehículos, ya no gozaba de la superioridad numérica con la que había comenzado la ofensiva, y si Rommel aislaba a sus fuerzas al oeste de las alamabradas de la frontera, no podría impedir que las fuerzas del Eje avanzasen en Egipto. Se imponía tomar una decisión de la mayor importancia. ¿Debía continuar la maniobra ofensiva o, por el contrario, tratar de eludir el combate? Tratándose de una decisión que sólo el comandante en jefe podía tomar, Cunningham rogó al general Auchinleck que se trasladase a su puesto de mando.

Los acontecimientos de aquella tarde señalaron un cambio decisivo en la batalla. Cuando el general Auchinleck llegó y escuchó un relato sumario de la situación, tomó al instante la firme decisión de continuar la ofensiva, asumiendo la plena responsabilidad. Sobre esta base, el general Cunningham dio nuevas instrucciones, que se pueden resumir así: el Cuerpo de Ejército XXX se reorganizaría y recuperaría su plena eficacia, continuando su misión de proteger a la División neozelandesa; a partir de medianoche, el general Godwin-Austen asumiría la dirección de todas las operaciones contra las fuerzas del Eje concentradas alrededor de Tobruk; además, pasarían bajo su mando las tropas que se encontraban al norte de una línea que iba de Este a Oeste, pasando a través de Sidi Azzeiz, así como la División 4 hindú, en cuanto estuviese disponible.

La carrera de Rommel hacia la frontera

Según el relato del general Bayerlein, hecho después de la guerra, los generales Rommel y Cruewell se reunieron en las primeras horas de la mañana del 24 de noviembre. Cruewell presentó un informe de los combates que habían tenido lugar alrededor de Sidi Rezegh; en su opinión, a pesar de que parte de las fuerzas inglesas habían conseguido huir, la derrota del enemigo era prácticamente completa; por consiguiente, pidió que se le permitiese continuar las operaciones contra las unidades dispersas hasta conseguir su completa destrucción.

Sin embargo, Rommel había ideado un plan completamente nuevo y muy audaz, y todo lo que Cruewell le dijo no hizo más que reforzar en él la convicción de que iba por buen camino. En su opinión, el Cuerpo de Ejército XXX había quedado deshecho, o, por lo menos, no estaría en condiciones de combatir durante algún tiempo; asimismo, después de que sus planes se habían visto tan alterados, el Ejército 8 se encontraría probablemente en un estado de confusión e incertidumbre. Por otra parte, las tropas alemanas situadas a lo largo de la frontera estaban en graves dificultades y necesitaban ayuda. Considerando, pues, todas estas circunstancias, expuso sus planes, que se adaptaban muy bien a su carácter enérgico y combativo: «La mayor parte de las fuerzas enemigas



LOS ÚLTIMOS CARROS LLEGADOS AL DESIERTO

En noviembre de 1941 llegó al teatro de operaciones del desierto occidental egipcio la "segunda generación" de carros de combate de infantería y de reconocimiento británicos, junto con el carro ligero americano "Stuart". Estos carros, utilizados en la Operación "Crusader", no siempre obtuvieron resultados satisfactorios. Los Aliados debieron aprender, al precio de pérdidas elevadísimas, los procedimientos tácticos de las "Panzerdivisionen": en efecto, los carros alemanes, aunque más antiguos, eran superiores en eficacia.

Carro de infantería MK 3

El *Valentine* debía sustituir al *Matilda;* pero no era lo suficientemente veloz para competir con los carros de combate alemanes.
Armamento: un cañón de 37 mm; una ametralladora Besa de 7,92 mm.
Coraza: 65 mm (máx.)

Batería motorizada italiana destruida por el fuego de contrabatería de los británicos situados al sur de la localidad de Aín el-Gazala. (Imperial War Museum)



que se dirigían a Tobruk han sido destruidas: ahora nos dirigimos hacia el Este, atacando a los neozelandeses y a los hindúes, antes de que consigan unirse a los restos de la fuerza principal, para efectuar un nuevo ataque combinado contra Tobruk. Al mismo tiempo, ocuparemos Habata y Magdalena, cortándoles los abastecimientos. Un elemento esencial del éxito es la rapidez: hemos de aprovechar al máximo el estado de *shock* en que la derrota ha dejado al enemigo y lanzarnos hacia Sidi Omar lo más rápidamente posible y con todas nuestras fuerzas».

A mediodía, Rommel dejó a sus espaldas un pequeño contingente y, rechazando toda sugerencia, condujo personalmente a la 21.ª *Panzerdivision* en la «carrera hacia las alambradas». En su rápida dirección de avance, cruzó o rozó numerosos puestos de mando ingleses, desde el del Cuerpo de Ejército XXX a muchos otros más retrasados, provocando la mayor confusión.

Rommel llegó a las «alambradas» a las 17 horas, y en seguida impartió las órdenes para el día siguiente: la 21.ª *Panzerdivision*, tras cruzar la frontera y desviarse hacia el Noroeste, en dirección a Sollum, atacaría hacia el Oeste; mientras tanto, la 15.ª *Panzerdivision* se dirigiría al Norte, a caballo de la frontera; las Divisiones «Ariete» y «Trieste» se encaminarían hacia el Este, al Reducto de Capuzzo. Estas instrucciones tuvieron que modificarse, en parte, a causa de la lentitud del avance de

OPERACIÓN "CRUSADER"
Diez días de combates

1 18-19 DE NOVIEMBRE DE 1941: SE INICIA LA OPERACIÓN "CRUSADER"

El plan británico preveía el ataque a las posiciones de frontera alemanas, en la zona de Halfaya-Sollum, con las fuerzas del Cuerpo de Ejército XIII, del general Godwin-Austen; mientras tanto, el Cuerpo de Ejército XXX, del general Norrie, se dirigiría directamente sobre Tobruk para liberarla del asedio. La División 70, del general Scobie –de guarnición en Tobruk– se hallaba dispuesta a salir del perímetro y romper las líneas del cerco a la altura del Cuerpo de Ejército XXI. El ataque inglés tuvo un buen comienzo: la Brigada Acorazada 7 avanzó hasta llegar a unos 15 km del perímetro de la plaza, ocupando el aeródromo de Sidi Rezegh. Sin embargo, por los flancos, la Brigada Acorazada 22 fue detenida por una encarnizada resistencia de la División italiana *Ariete*, y simultáneamente un contraataque de la Agrupación Stephan, de la 21.ª *Panzerdivision*, detenía el avance de la Brigada Acorazada 4. Las dos *Panzerdivisionen* del *Afrikakorps* estaban desplegadas entre Bardia y Gambut, ambas a las órdenes del general Cruewell. En esta fase, la mayor preocupación de Rommel era todavía el ataque a Tobruk; y la primera reacción alemana ante la penetración inglesa en el sector central obedeció a la iniciativa de Cruewell y no a la de Rommel. Fue Cruewell quien dio comienzo a una contramaniobra por parte de las fuerzas del Eje.

2 20-22 DE NOVIEMBRE: SE INICIAN LOS COMBATES

Cruewell había lanzado ya el DAK en una rápida carrera hacia Sidi-Azzeiz; pero entonces Rommel, percatándose de que se estaba desencadenando una ofensiva aliada en toda regla, le ordenó que se dirigiera contra la Brigada Acorazada 7 en Sidi Rezegh. La guarnición de Tobruk ya había comenzado su acción de ruptura, creando un saliente en las unidades atacantes, dificultado desde luego por la tenaz defensa enemiga. La esperanza de una conjunción de la Brigada Acorazada 7 y de la guarnición de Tobruk fue desapareciendo a medida que el DAK empezó a aproximarse desde el Sudeste. Así se dio principio a la que puede definirse como la más confusa y extraordinaria batalla que jamás se trabara en el desierto. Rommel tuvo un buen comienzo, persiguiendo un objetivo concreto y preciso: en efecto, el Ejército 8 se vio obligado a detenerse en el sector central. La guarnición de Tobruk, a su vez, no tuvo otra alternativa que suspender la acción de ruptura. Si bien se contuvo el ataque de Cruewell desde el Sudeste, esto sólo se consiguió tras haber perdido la Brigada Acorazada 7 más de 100 carros de combate del total de los 140 que poseía. Continuando su avance a la derecha, la División neozelandesa de Freyberg desbordó las guarniciones de frontera alemanas.

3 22 DE NOVIEMBRE: LAS UNIDADES BRITÁNICAS SON RECHAZADAS

Por la tarde se rechazó la Brigada 5 sudafricana después de haber intentado apoderarse del extremo meridional del talud de Sidi Rezegh; al mismo tiempo, la 21.ª *Panzerdivision* reanudaba los combates contra las fuerzas acorazadas. El ataque alemán obligó entonces a la Brigada Acorazada 22 a replegarse sobre las posiciones de la unidad sudafricana, cuando la Brigada Acorazada 4 demostró no estar en condiciones de prestarle ayuda. Aquella noche, la 15.ª *Panzerdivision* sorprendió a la Brigada Acorazada 4, aniquilándola.

4 23 de NOVIEMBRE: LA 15.ª "PANZERDIVISION" DESORGANIZA A LA BRIGADA 5 SUDAFRICANA

Cruewell continuó desarrollando su acción de mando con energía, pese a que todo su puesto de mando operativo había caído prisionero. Cuando la 15.ª *Panzerdivision* se puso en marcha en dirección Sudoeste, para reunirse con la División *Ariete*, se encontró con las unidades de transporte de la Brigada 5 sudafricana y se empeñó en combate con ella. Hacia mediodía, el 5.º Regimiento de carros de la citada 15.ª *Panzerdivision* llegó al lugar del combate para reforzar el despliegue alemán. La Brigada Acorazada 22 prestó toda la ayuda posible, pero fue en vano: al caer la tarde, la Brigada 5 sudafricana había perdido los dos tercios de sus hombres y todo su armamento, y, prácticamente, dejó de existir como unidad combatiente. En el transcurso de los dos días de combates, el Cuerpo de Ejército XXX experimentó graves pérdidas; pero en el flanco oriental, el Cuerpo de Ejército XIII había realizado notables progresos, apoderándose de gran parte del talud de Sidi Rezegh y llegando a 10 km del aeródromo. Pero ya por entonces Rommel estaba ultimando un plan que pretendía desbaratar todo el despliegue del Ejército 8. Era la "carrera hacia la frontera".

5 24-28 DE NOVIEMBRE: FRACASA EL PLAN DE ROMMEL

Una de las consecuencias de la "carrera hacia la frontera" fue ocasionar una enorme confusión, no sólo entre las fuerzas aliadas, sino también entre las del Eje. Pero, fuera como fuera, no logró detener la ofensiva aliada: Rommel no pudo impedir que el cerco de Tobruk se debilitara. Los violentos contraataques alemanes, desencadenados entre el 29 de noviembre y el 1 de diciembre, todavía lograron restablecer la anterior situación. No obstante, el ritmo que le impuso el enemigo obligó a Rommel a abandonar el asedio y retirarse de Tobruk.

la División «Ariete», recibiendo la 15.ª *Panzerdivision* la orden de atacar la zona que se extendía entre Sidi Omar y Sidi Azzeiz.

Para las fuerzas del Eje fueron unos días de golpes audaces, retrasos, confusión y fracasos. La 15.ª *Panzerdivision* quedó detenida entre Sidi Omar y Sidi Azzeiz por dificultades en los abastecimientos; la 21.ª *Panzerdivision*, privada de sus unidades acorazadas, permaneció en Halfaya, y la marcha de la División «Ariete» se retrasó aún más a causa de una escaramuza con la Brigada 1 sudafricana, poco después de salir de Bir el-Gobi.

Por otra parte, los ingleses empezaban, por fin, a recibir buenas noticias: la División neozelandesa había tomado Gambut, arrebatando así el aeródromo a los cazas alemanes, y estaba atacando Belhamed, en el sector oriental del frente de Tobruk. Mucho más al Sur, la *Oasis Force* conquistada Augila y Gialo, el 22 y el 24 de noviembre, respectivamente; por desgracia, la falta de gasolina y la actividad enemiga le habían impedido avanzar más.

Ritchie asume el mando

Continuar la ofensiva no fue la única decisión difícil e importante que el general Auchinleck hubo de tomar en aquella ocasión. Hubo otra, que le desagradaba de manera especial, que fue la de sustituir al general Cunningham en el mando del Ejército 8. Auchinleck había llegado a la conclusión de que Cunningham pensaba más en la defensa que en el ataque, por lo que dejó de confiar en él.

Surgió entonces el problema de quién podría sustituirle. Auchinleck necesitaba a alguien que razonase como él y que conociese los detalles de la operación. Los dos comandantes de los Cuerpos de Ejército estaban muy ocupados en la campaña, y la elección de uno de ellos podría repercutir negativamente en el desarrollo de los combates. Por lo tanto, prefirió elegir a su segundo jefe de Estado Mayor, el general Ritchie, aunque era más joven y de grado inferior. Ritchie, de 44 años de edad, asumió el mando del Ejército 8 el 26 de noviembre.

Aquel mismo día, por la tarde, la División neozelandesa conquistó Belhamed y Sidi Rezegh, y la División 70 de guarnición en Tobruk se había apoderado de El-Duda.

Dándose cuenta de que sus correrías no habían inducido a los ingleses a abandonar la idea de romper el asedio de Tobruk, el 28 de noviembre Rommel, trasladó de nuevo hacia el Oeste a sus *Panzerdivisionen* y a la División «Ariete». Así, las fuerzas de ambas partes llegaron a estar tan cerca, que el comandante de la 21.ª *Panzerdivision*, general von Ravenstein, acabó en el puesto de mando del Regimiento 21 neozelandés, donde se le hizo prisionero. Por su parte, la División Acorazada 7, privada de la Brigada Acorazada 7, que regresaba a Egipto, trató de interceptar las unidades enemigas y alcanzar con continuos ataques su flanco meridional.

Aquella noche, mientras la batalla aún no se había resuelto, los ingleses rompieron por primera vez (aunque por corto tiempo) el asedio de Tobruk: el mando del Cuerpo de Ejército XIII entró en el cinturón defensivo de la ciudad y el general Godwin-Austen envió este enigmático y bastante prematuro mensaje «¡Tobruk está libre como yo!»

Entre el 29 de noviembre y el 1 de diciembre tuvieron lugar violentos combates cerca de El-Duda, Sidi Rezegh y Belhamed. La División neozelandesa, reducida ya a sólo dos débiles brigadas, resistió valerosamente los ataques de Cruewell para reconquistar la zona vital al sur de Tobruk; pero el 1 de diciembre las Brigadas 4 y 6 sufrieron pérdidas tan graves que el general Freyberg llegó a la conclusión de que no quedaba otra alternativa que retirarse. Por lo tanto, los alemanes habían conseguido cerrar de nuevo el anillo en torno a Tobruk.

A pesar de los graves contratiempos sufridos durante aquellos dos días, el general Ritchie estaba decidido a no dar tregua a las exhaustas tropas de Rommel. Después de la necesaria reorganización, pensó atacar El-Adem, otro punto neurálgico de la red de comunicaciones del Eje, y a pocos kilómetros de distancia del perímetro de Tobruk. La misión se encomendó al Cuerpo de Ejército XXX. En Tobruk la situación era optimista, y el general Godwin-Austen afirmaba estar en condiciones no sólo de defender el perímetro, sino también de atacar. Mientras tanto, estaban llegando a Egipto nuevas unidades, entre ellas la División Acorazada 1.

Pero al mismo tiempo, Rommel, estaba aún pensando en una ofensiva. Se hallaba muy preocupado porque sabía que los ingleses estaban concentrando tropas en Bir el-Gobi. Sin embargo, consideraba improbable que se lanzase un ataque en aquella dirección. Así, pues, dejando el grueso de sus fuerzas acorazadas y móviles al sudeste de Tobruk, en una posición que les permitiría hacer frente a un ataque lanzado desde Bir-el Gobi o desplazarse hacia el Este, Rommel envió dos columnas para que restablecieran el enlace con sus guarniciones de frontera. Pero ambas columnas fueron descubiertas por la Aviación y destruidas.

Otro intento alemán de reconquistar El-Duda fracasó el 4 de diciembre; ello indujo a Rommel, temeroso de que el Cuerpo de Ejército XXX amenazase sus flancos, a deducir que su siguiente maniobra fuera la destrucción de las fuerzas inglesas de Bir el-Gobi. Decidió hacerlo el 5 de diciembre, con las *Panzerdivisionen* y las Divisiones «Ariete» y «Trieste», aunque ello significaba dejar descubierta una parte del frente de Tobruk.

Con este fin dio orden de que se abandonase el sector oriental del perímetro, y aquella misma noche las fuerzas que lo guarnecían empezaron a retirarse. Pero sus planes no pudieron cumplirse, pues los italianos no consiguieron situar en línea a sus unidades acorazadas, y, en consecuencia, la operación hubo de anularse.

El día siguiente, 5 de diciembre, el talud que dominaba el límite septentrional del aeródromo de Bir el-Gobi ofreció un sorprendente espectáculo a los ingleses. Como para un desfile se hallaba desplegada una vasta y oscura masa de vehículos de todos los tipos, aparentemente a punto de atacar. Sin embargo, tampoco esta vez, en parte porque la División «Ariete» no llegó y en parte porque el comandante de la 15.ª *Panzerdivision* estaba herido de muerte, pudo efectuarse el ataque. A la mañana siguiente, teniendo en cuenta sus comprobaciones personales así como el análisis de la situación que le hizo Cruewell y la escasez de las reservas de gasolina y de municiones, el general Rommel decidió que la única esperanza de salir de aquella situación, sin pérdidas demasiado graves, consistía en retirarse.

Así, el 7 de diciembre, después de tres semanas de durísimos combates y tras ocho meses de asedio, las fuerzas alemanas e italianas se vieron obligadas a abandonar el cerco de Tobruk. La guarnición fue liberada. El Ejército 8 había conseguido una victoria para los Aliados precisamente el día en que los japoneses desembarcaban en Malasia y lanzaban su ataque contra Pearl Harbor.

Rommel decidió retirarse a Ain el-Gazala, donde había organizaciones defensivas preparadas de antemano; y realizó la maniobra con tanta habilidad que el Cuerpo de Ejército XXX, lanzado en su persecución, no consiguió obstaculizarlo.

Rommel decide retirarse

El 9 de diciembre el general Ritchie reorganizó su mando, confiando al general Godwin-Austen la dirección de las futuras operaciones en Cirenaica. Dicho general consideró que en Ain el-Gazala se le presentaba una buena ocasión para decidir definitivamente el resultado de la campaña. Para ello elaboró el siguiente plan: en la costa, frente a Ain el-Gazala, las fuerzas inglesas se limitarían a hacer frente al enemigo; en el centro, la brigada polaca se desplazaría hacia el Noroeste; al Sur, finalmente, la División 4 india atacaría en dirección Oeste, mientras el grupo de apoyo contendría al enemigo a su izquierda.

El día 15 de diciembre comenzó el ataque. A la derecha y en el centro se obtuvieron algunos éxitos; pero la División 4 india fue detenida por los decididos contraataques de las unidades acorazadas enemigas. La Brigada Acorazada 4, que debía cubrir una distancia de más de 110 km, lo hizo a través de un terreno muy accidentado, por lo que el consumo de gasolina fue tan elevado que cuando la unidad llegó al lugar señalado las reservas de carburante se habían reducido peligrosamente. Y al día siguiente, después de abastecerse, tampoco pudo participar en la batalla, limitándose a amenazar la línea de retirada de las fuerzas del Eje.

Aquel día, en su parte al Alto Mando, Rommel escribió: «Después de cuatro semanas de ininterrumpida y dura batalla, aunque no faltan actos individuales de gran valor, la capacidad de combate de las tropas se está debilitando». Y proseguía afirmando que la retirada de la noche del 16 al 17 de diciembre era totalmente necesaria para evitar que su ejército se viese cercado y destruido. Aquella noche, pues, empezó la retirada hacia Agedabia y El-Agheila.

A partir de entonces, hasta el 6 de enero de 1942, la campaña no fue más que una sucesión de esfuerzos efectuados por el Cuerpo de Ejército XIII para aislar al enemigo, a los que Rommel reaccionaba tan eficazmente que para aquella fecha ya había conseguido concentrar todas sus fuerzas tras las sólidas posiciones comprendidas entre Marsa el-Brega y Alem el-Mgaad.

La Operación «Crusader» había terminado; tan sólo faltaba la eliminación definitiva de las guarniciones de frontera y la ocupación de Bardia, que se llevó a cabo once días después.

En vez de la breve campaña prevista, la lucha fue larga y dura, y las pérdidas tan elevadas que, al final, ambos contendientes estaban al borde del completo agotamiento. Antes de reemprender la lucha, unos y otros necesitaban urgentemente una pausa para rehacerse.

No hay duda de que el armamento y el equipo de los ingleses presentaban algunas deficiencias. Las tripulaciones de los carros de combate, por ejemplo, se encontraban en desventaja, no sólo por la poca confianza que les merecían algunos tipos de sus vehículos, sino también por las deficiencias del cañón de 37 mm del que estaban dotados; el cañón contracarro, también de 37 mm, era asimismo ineficaz, por lo que a menudo se tuvo que recurrir a los cañones de campaña. No obstante, a pesar de estas desventajas, oficiales y soldados de todos los regimientos, se batieron desde el principio al fin con magnífico espíritu, mereciendo el sincero elogio del propio Rommel.

En conjunto –en gran medida gracias a la dirección excepcional de Auchinleck– los ingleses consiguieron una victoria; pero no se trataba de una victoria decisiva. Se había conquistado Cirenaica, mas las fuerzas del Eje no habían sido destruidas y Rommel, a pesar de su retirada, se preparaba ya para combatir en cuanto se presentara la ocasión. ¿Cuándo llegaría ese día? Mucho antes de lo que todos, excepto Rommel, suponían.



SIR GEOFFREY EVANS, GENERAL

Sirvió en la División 4 hindú desde 1939 a 1942, y en otras unidades, destacadas en Birmania, desde 1943 a 1945. Después de tomar parte en las campañas del Norte de África y de Etiopía, durante la Operación «Crusader» se le asignó el mando de un batallón del *Royal Sussex Regiment*. Ocupó, durante algún tiempo, el cargo de comandante de la Academia Militar de Quetta, con el grado de general de brigada, y fue jefe de Estado Mayor del Cuerpo de Ejército IV en Birmania. En las últimas fases de la batalla de Imphal mandó la División 5 hindú. En 1944 ostentó el mando de la División 7 india en la campaña de Birmania. Tras la rendición del Japón se le nombró comandante de las fuerzas aliadas terrestres en Siam, cargo que ostentó desde 1945 a 1946. Es autor de *The Desert and the Jungle* (Kimber, 1959); *Imphal* (1962) y *The Johnnies* (Cassell, 1964), y ha escrito artículos y ensayos para numerosas revistas.



Cirenaica, diciembre de 1941 - enero de 1942

OPERACION "CRUSADER": LAS FASES FINALES

K. J. Macksey, comandante

La Operación "Crusader" parecía haber dado buen fruto: los Aliados habían reconquistado Cirenaica, si bien su victoria no era más que una repetición de lo ocurrido en febrero de 1941, cuando los italianos se vieron obligados a replegarse hasta Beda Fomm. Con su retirada al oeste de El-Agheila, Rommel salvó el "Afrikakorps" y las fuerzas del Eje que operaban en el desierto; pero el precio que pagó por ello fueron las guarniciones de Bardia, Halfaya y Sollum.





Por fin, el 17 de diciembre, por primera vez desde que los Ejércitos ingleses y los del Eje se habían empeñado en la Operación «Crusader», los signos que, sobre los planos, indicaban la marcha de los combates, empezaron a disponerse con cierta lógica.

El laberinto de símbolos y de flechas que hasta entonces se habían entrecruzado de forma casi indescifrable, dio paso por fin a un alineamiento en el que aparecían dos frentes definidos con toda claridad.

Al oeste de Ain el-Gazala las fuerzas inglesas hostigaban al enemigo en retirada; al este, en el interior de los perímetros defensivos aislados de Bardia y de Halfaya, las guarniciones del Eje permanecían impotentes en la retaguardia inglesa, esperando que llegase alguien para liberarlas; pero sabiendo, por otra parte, que su destino era el de ser cercadas por completo, como sucede inevitablemente a todas las fuerzas no móviles que combaten en un desierto.

Estas guarniciones fronterizas constituían una espina en el costado de las fuerzas británicas, y, por consiguiente, se las debía eliminar cuanto antes para que quedaran disponibles las unidades que las rodeaban y para asegurar al mismo tiempo las vías de comunicación que pasaban por aquellas cercanías.

La eliminación de estos núcleos era importante; pero no esencial, como lo era la destrucción de las tropas del Eje que se estaban retirando a toda prisa hacia Agedabia. Otro caso como el de Beda Fomm, con la eliminación de Rommel, podría hacer que cayera en manos británicas, como un fruto maduro, el resto de la costa de África septentrional. Mas Rommel, que era un apasionado de la historia, no tenía la menor intención de permitir que aquel episodio se repitiera en su caso.

Desde luego, aunque estaba decidido a contener el avance enemigo entre Derna y El-Mechilí, mientras fuera posible, no pensaba quedarse en aquella línea en cuanto cayese esta última localidad: cuando tal cosa ocurriera evacuaría el saliente de Bengasi, obligando al enemigo a pagar el precio más alto posible por esta concesión, y destruyendo, al mismo tiempo, todas las instalaciones del puerto.

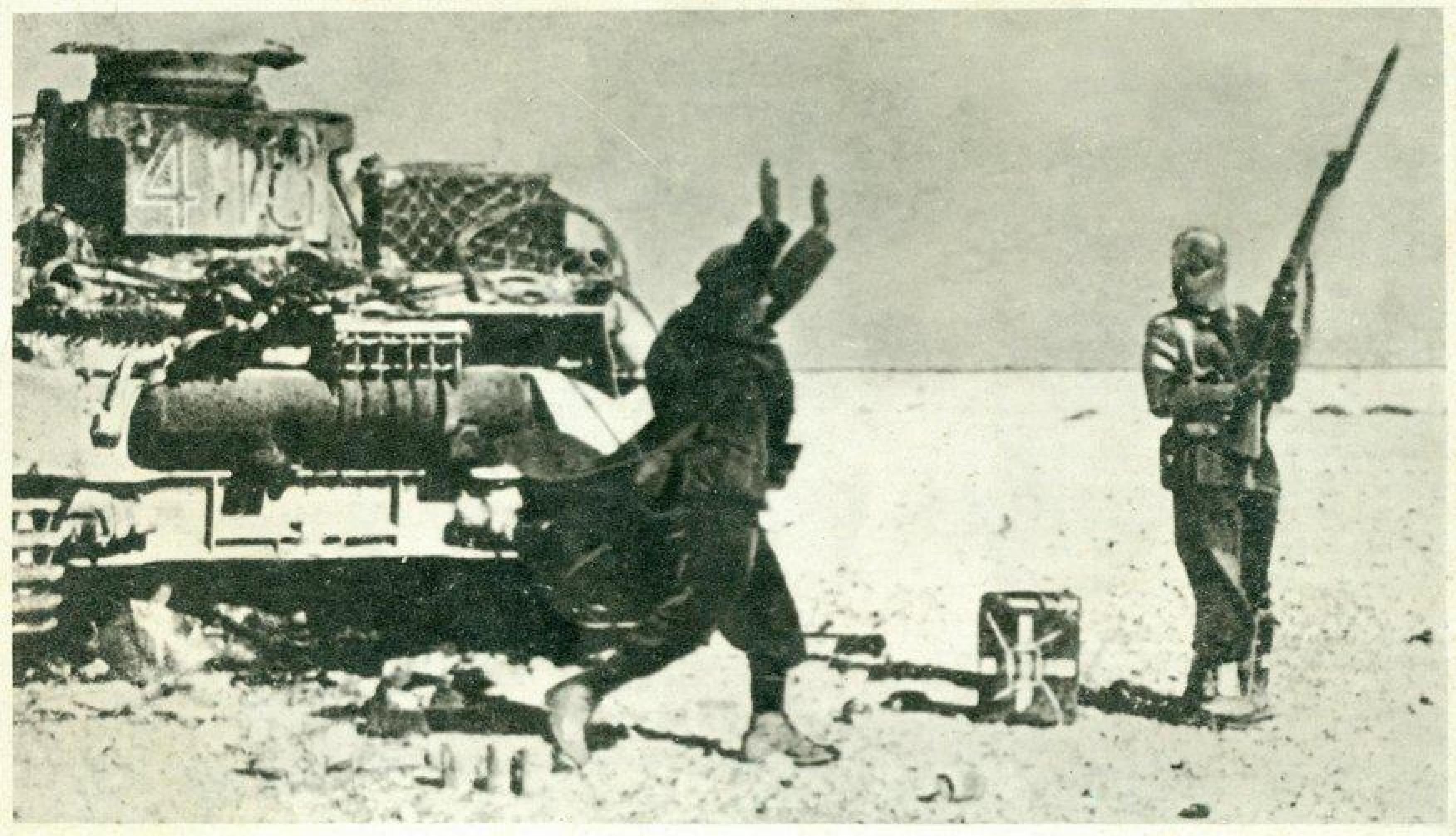
Pensaba reorganizar sus fuerzas detrás de Marsa el-Brega; mientras tanto, mantendría empeñadas a las unidades británicas, empleando para ello fuertes destacamentos móviles.

La persecución inglesa presentó, en su ejecución, algunos signos de incertidumbre: en una primera fase, los ingleses se contentaron con seguir al enemigo (esperando que se produciría una serie de duros combates de retaguardia); pero después, al llegar a El-Mechilí y darse cuenta de

Un carrista inglés abandona un *Crusader* en llamas: la fase de movimiento de la Operación «Crusader» terminó con una sensación de inseguridad por parte de los ingleses. A consecuencia de la caída de Bardia (2 de enero de 1942), los ingleses capturaron unos 8000 soldados, entre alemanes e italianos, y 35 cañones. Los Aliados perdieron 450 hombres. *(History of the Second World War)*

pronto de que los alemanes maniobraban demasiado rápidamente para que se les pudiera alcanzar, se dejaron llevar por una prisa irreflexiva. Se dieron cuenta, entonces, de que un rápido avance, desarrollado fuera de las carreteras para dirigirse directamente sobre Beda Fomm, podría aislar al enemigo; no obstante, el 18 de diciembre las únicas tropas que podrían emplearse en una aventura de este tipo estaban ocupadas en otras muchas actividades, lo que demuestra hasta qué punto la rápida retirada de Rommel había sorprendido al general Ritchie.

Con creciente excitación, columnas formadas a toda prisa se lanzaron desde Derna y El-Mechilí hacia Bengasi, por la carretera costera que corría hacia el Sur. Pero muy pronto, la falta de gasolina y de otros medios retrasó el avance y limitó la entidad de cada columna. Intervino también otro elemento para entorpecer aquella actividad: en efecto, las condiciones atmosféricas desfavorables y una imprevista disminución del número de



Un miembro de la tripulación de un carro de combate inmovilizado, se rinde. El *Feldmariscal* Rommel se retiró para salvar los *Panzer*; sin embargo, muchos de ellos no llegaron a El-Agheila. *(History of the Second World War)*

bombarderos de mediana autonomía disponibles (disminución provocada por averías mecánicas) redujeron la eficacia de los ataques aéreos contra las columnas enemigas en retirada.

Las fases finales del repliegue de las fuerzas del Eje se caracterizaron por dos episodios muy sintomáticos.

El 19 de diciembre, de un solo avión de transporte se descargaron 22 carros de combate destinados a la 15.ª *Panzerdivision*; eran los primeros refuerzos que les llegaban a los alemanes desde que había empezado la ofensiva inglesa; al mismo tiempo, se desembarcaban otros 23 carros de combate en Trípoli.

En vísperas de Navidad, mientras los ingleses se estaban acercando al puerto de Bengasi, cuyos muelles, antes tan animados, se hallaban ahora reducidos a un montón de ruinas por efecto de una hábil y minuciosa obra de demolición, y cuando la *Oasis Force* salió de Gialo para dirigirse hacia Agedabia, se trabó una batalla en las proximidades de Beda Fomm.

En esta zona, el 23 de diciembre, los *Coldstream Guards*, que estaban efectuando ataques limitados para valorar la consistencia del enemigo hacia el Oeste, se vieron atacados por la reconstituida 15.ª *Panzerdivision* y tuvieron que retroceder hasta donde se hallaban sus carros de apoyo. El 27 de diciembre, cuando la Brigada Acorazada 22 intentó envolver por el Sur a las fuerzas acorazadas del general Cruewell, concentradas en Agedabia, los alemanes reaccionaron con violencia, lanzándose hacia delante con 60 carros de combate y envolviendo a la brigada inglesa, que había quedado algo expuesta; al final del combate, quedaban en el campo de batalla 37 carros ingleses y tan sólo 7 alemanes.

Tres días más tarde se produjo otro caso de este «ejemplo de oportunidad»: esta vez, por el contrario el resultado fue de 23 a 7 a favor de las fuerzas armadas del Eje.

En consecuencia, la Brigada Acorazada 22 inglesa dejó de existir, bajo todos los aspectos, como unidad en condiciones de combatir, y Rommel pudo reconstituir sus unidades con toda tranquilidad.

Por lo tanto, después del resultado desfavorable de estos últimos combates, la fase de movimiento planeada para la Operación «Crusader» concluyó con una nota de inquietud que puso en guardia a las fuerzas británicas.

En la guerra de posiciones, los ingleses afirmaron su superioridad en la zona de la frontera. Aquí se encontraban dos guarniciones enemigas: una, en Bardia, estaba constituida por 8800 hombres, entre soldados italianos de infantería y tropas alemanas de los servicios logísticos, todos al mando del mayor general alemán Schmitt; la otra se hallaba en Sollum-Halfaya, y constaba de 6300 soldados alemanes e italianos, mandados por el general de brigada De Giorgi.

Ambas guarniciones adolecían de una gran escasez de abastecimientos y, sobre todo, de agua, que los convoyes marítimos, como es lógico, no podían transportar; pero las dos, bloqueando las carreteras procedentes de Egipto, contribuían a obstaculizar el flujo de abastecimientos hacia las tropas inglesas. Por lo tanto, era necesario eliminarlas rápidamente.

El teniente general Norrie, después del fracaso de los anteriores intentos llevados a cabo por la inexperta División 2 sudafricana, recibió la orden de llevar a cabo esta misión con el Cuerpo de Ejército XXX y con el menor número de pérdidas posible.

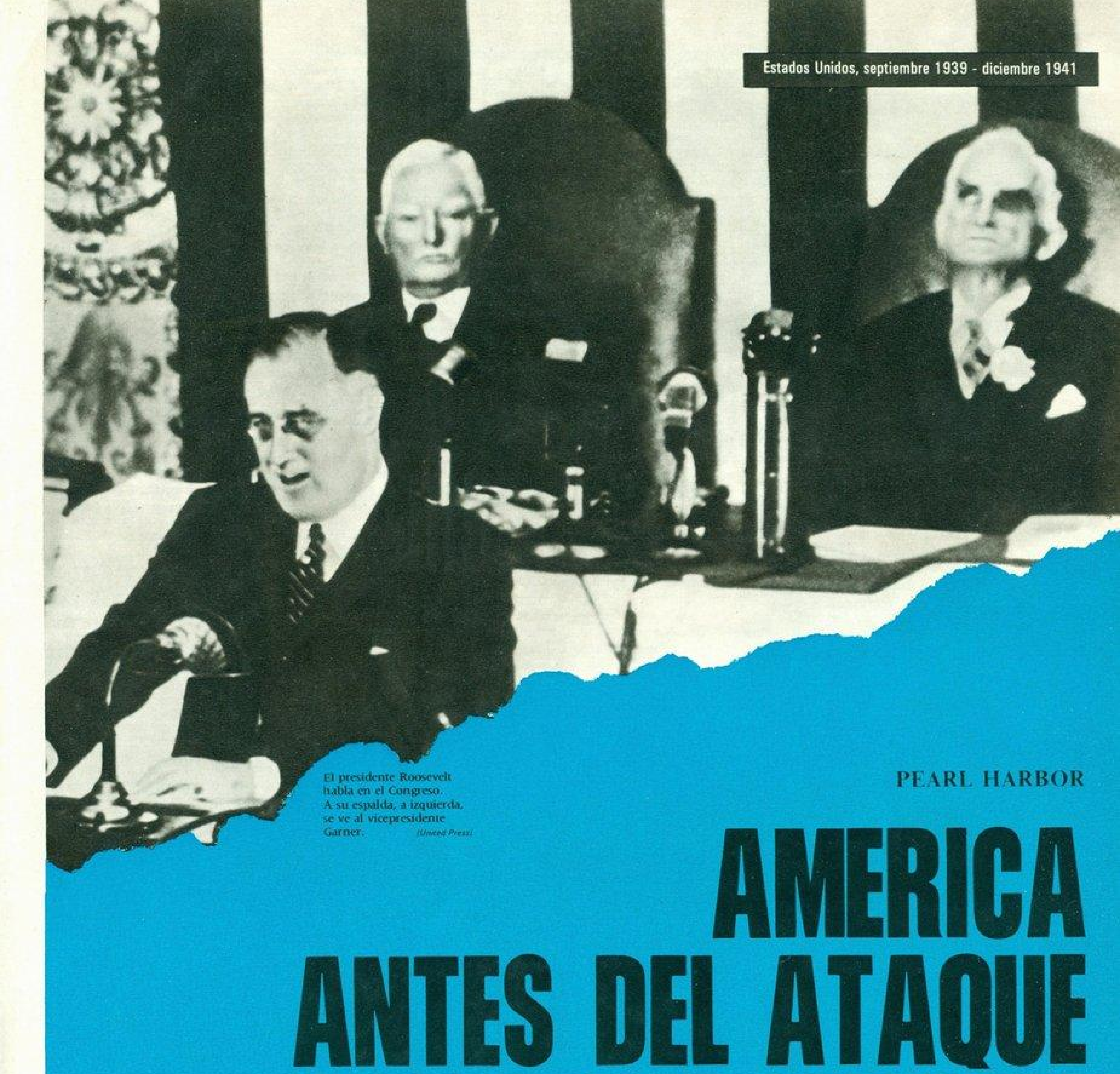
El día 31 de diciembre, apoyadas por los bombarderos medios (cosa que perturbó las mentes más ortodoxas del Ministerio del Aire y las indujo a mandar un telegrama en que manifestaban su sorpresa), por el fuego del crucero *Ajax* y del cañonero *Aphis*, por un denso fuego de artillería y por una brigada de carros de combate del tipo *Valentine* y *Matilda*, las Brigadas 3 y 4 sudafricanas se prepararon para abrir una brecha en los campos minados, en las alambradas y en los fosos contracarro que protegían el sector sudoccidental del perímetro de Bardia. Sin embargo, aquí terminaba la semejanza con los ataques anteriores: éste se efectuaría de noche, conducido por la primera brigada de carros; la experiencia que aquellos hombres habían acumulado en ataques nocturnos realizados repetidas veces durante las fases anteriores de la Operación «Crusader» les convenció de la posibilidad de emplear con éxito casi seguro los carros de combate en la oscuridad.

Atacaron antes del amanecer, consiguiendo abrir una brecha de notables dimensiones. Se esperaba poder aprovechar dicha brecha en el transcurso del día; pero un enérgico contraataque alemán anuló casi por completo el trabajo y las ventajas conseguidas durante la noche. Entonces, el comandante de los carros de combate británicos, general de brigada K. R. B. Watkins, decidió esperar a que llegara la noche siguiente. Y así, lanzándose hacia la parte central de la brecha abierta la noche anterior, consiguió realizar un avance decisivo, y adelantando con la infantería en un terreno iluminado por las llamas que brotaban por doquier de los depósitos incendiados y por los cohetes lanzados por los aviones de la Marina, invadió el reducto.

La madrugada del día 2 de enero se presentaron dos parlamentarios para tratar de la rendición, y poco después los ingleses capturaban 8000 prisioneros y 35 cañones. Las pérdidas totales de los atacantes ascendían tan sólo a 450 bajas. Con ello, las fuerzas acorazadas británicas habían adoptado, por primera vez, un esquema de ataque que sería aplicado muchas veces en el futuro durante los combates del frente africano.

Para inducir a la rendición a la guarnición de Halfaya, sometida a una verdadera lluvia de granadas, bombas y octavillas de propaganda, no fue necesario un ataque en gran escala. El 12 de enero se cerró un estrecho asedio en torno a Sollum. Y el día 17, hambrientos y sedientos, aturdidos por los bombardeos y engañados sin duda por las octavillas de propaganda, los restos de la guarnición pidieron que se negociase un alto el fuego.

Se había expulsado, por fin, a las fuerzas del Eje de Egipto y de Cirenaica.



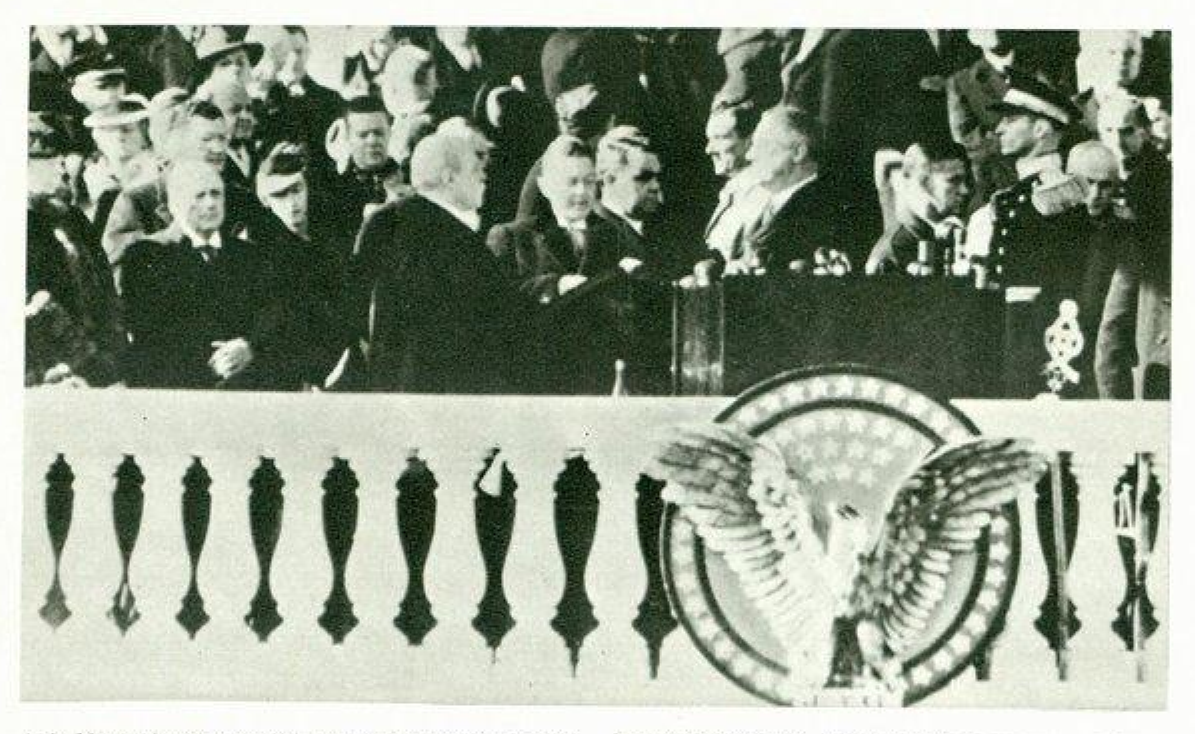
El presidente Roosevelt habla en el Congreso. A su espalda, a izquierda, se ve al vicepresidente Garner. *(United Press)*

PEARL HARBOR

AMERICA ANTES DEL ATAQUE

David Elstein

Es posible que, desde un principio, la intención de Norteamérica, de mantenerse al margen del conflicto, fuera una actitud puramente circunstancial. No obstante, en junio de 1940, después de la caída de Francia, sólo un quince por ciento de los americanos estaba dispuesto a entrar en la guerra. Por otra parte, a medida que el dominio alemán en Europa iba ejerciendo mayor presión sobre Gran Bretaña, Roosevelt se sentía cada vez más obligado a intervenir en su ayuda. Fue preciso un ataque por sorpresa contra un punto vital para arrancar al pueblo americano de su obstinada posición de neutralidad e inducirlo a una participación activa en la contienda.



9 de febrero de 1941: Roosevelt presta juramento al iniciar su tercer mandato presidencial. Un mes más tarde (11 de marzo) se promulgaría la ley de «Préstamos y arriendos» para ayudar a Gran Bretaña y a las pequeñas naciones en guerra contra Alemania. (Fox Photos)

Cuando en septiembre de 1939 estalló la guerra en Europa, los sondeos en la opinión pública americana demostraron que la inmensa mayoría de los ciudadanos simpatizaba con los Aliados; pero, al mismo tiempo, también revelaron que existía una unánime y firme oposición a tomar parte activa en la lucha contra Alemania. Por entonces, estos dos sentimientos no eran todavía incompatibles; mas, a partir de junio de 1940, sí lo fueron. Desde el momento de la caída de Francia hasta fines de 1941, Estados Unidos se encontraron frente a este angustioso dilema: seguir observando a Hitler mientras aplastaba a toda Europa, o unirse a los que se le enfrentaban. Pero fueron factores ajenos a dicha situación los que resolvieron el dilema.

A fines de 1940 Estados Unidos ya estaban sólidamente comprometidos a apoyar la causa aliada, y se consideraba como muy probable que este compromiso llevara el país a la guerra. Sin embargo, para asegurar el consentimiento de la opinión pública, el presidente Roosevelt tuvo que prometer que no enviaría tropas americanas a combatir en Europa. Y a pesar de que a los más íntimos colaboradores de Roosevelt este compromiso les pareciera completamente falto de lógica, no tuvieron el valor de afirmar en público lo que admitían en privado: es decir, que sin la intervención armada de Norteamérica, Gran Bretaña no podría ganar la guerra. Pero antes que correr el riesgo de perder la confianza de la opinión pública, Roosevelt pensó que lo mejor que podía hacer era asegurarse el apoyo del país siguiendo una política basada en toda clase de ayuda, mas excluyendo la guerra.

En 1941, Roosevelt puso en práctica esta política, siendo cada vez más inminente la posibilidad de un conflicto con Alemania. Pero la Constitución le prohibía declarar formalmente la guerra. Y en efecto, fue el Japón, aliado de Alemania, el que acabó por provocar a Estados Unidos, obligando a este país a afrontar su responsabilidad frente al mundo.

El aislacionismo era tan antiguo como la misma historia americana. Había sido expresamente formulado como principio inspirador de la política exterior estadounidense por Jorge Washington, y reafirmado después por Jefferson y Monroe. Tanto en su significado general como en el particular, el aislacionismo expresaba la postura de una nación, que había conquistado recientemente la independencia, con respecto a sus progenitores europeos. En líneas generales, para los americanos Europa era el símbolo de la corrupción y de la decadencia, y no estaban interesados en lo más mínimo en la política de predominio perseguida por los países europeos.

Esta mezcla de desprecio moral y de autosuficiencia política se tradujo en una rigurosa abstención respecto a lo que se había dado en llamar «nudo de alianzas», tanto si estas alianzas tenían miras defensivas como agresivas. Incluso la tan traída y llevada doctrina Monroe, que, con su línea de demarcación hemisférica entre el virtuoso Nuevo Mundo y el amoral Viejo Continente, era el revés de la medalla aislacionista, no fue nunca reconocida formalmente por el Congreso. Surgió más bien de las esferas de la convicción moral, y en seguida fue aceptada por los americanos como parte natural del orden de las cosas.

Sólo a la luz de dicha experiencia, que acompañó al nacimiento de esta actitud, es posible comprender la postura adoptada por Estados Unidos respecto a los asuntos internacionales en la primera mitad del siglo XX.

El temor a comprometerse en cuestiones internacionales era tan fuerte que, en 1935, el Senado rechazó la idea de que los Estados Unidos reconocieran el Tribunal Internacional, y, cuando aquel mismo año, Italia invadió Etiopía, aun imponiendo un embargo «moral» sobre algunas exportaciones, el Gobierno evitó, en lo posible, cooperar abiertamente con la Sociedad de las Naciones.

Y, a pesar de todo, en 1917 Estados Unidos entraron en la primera Guerra Mundial; pero las consecuencias de esta «salida» al exterior fueron totalmente opuestas a lo que habría sido lógico esperar. Con la sincera convicción de que aquel conflicto sería «la guerra que pondría fin a las guerras», los americanos fueron al campo de batalla animados por la sana intención de enderezar el mundo; pero los mismos acontecimientos de la guerra, las negociaciones de paz y el Tratado de Versalles los habían defraudado profundamente. En consecuencia, cuando en 1920 el Senado no quiso ratificar la adhesión americana a la Sociedad de las Naciones, el principio de la seguridad colectiva sufrió un golpe del que no se recuperó en veinte años.

La lección aprendida entre los años 1917-1919, el nacionalismo económico y la incapacidad de los países europeos para mantener su palabra respecto a las deudas de guerra, fueron elementos que parecían confirmar las tesis sostenidas por los políticos de Washington, según las cuales Estados Unidos debían inhibirse completamente de los problemas europeos. La expresión más extremista de esta postura mental partió del bloque aislacionista del Congreso, que impuso las restrictivas leyes de neutralidad.

Las presiones para la adopción de estas leyes surgieron a causa de una encuesta, promovida por el Senado, sobre la industria de las municiones; encuesta en la que algunos afirmaron que, en 1917, Estados Unidos habían entrado en la guerra para proteger los intereses de banqueros y fabricantes de armas. Basándose en esta idea, el Senado ejerció presiones para que se adoptaran leyes que impidieran la repetición de lo supuestamente sucedido en 1917. Y así, la *Neutrality Act* de 1935 puso el veto a la exportación de toda clase de material bélico a países beligerantes (en 1936 se añadió la prohibición de conceder préstamos a los países en guerra).

No obstante, en 1937, la *Neutrality Act* fue enmendada en el sentido de incorporar el principio de «cash and carry» (paga y llévatelo), en virtud del cual los beligerantes podían adquirir mercancías en América; pero sólo en el caso de pagarla al contado y transportar lo adquirido en sus propios barcos. Esta era la lógica conclusión a la que había llegado el Congreso en su preocupación por impedir, en lo posible, su relación con países beligerantes sin perjudicar, por otra parte, la economía americana. El «New York Herald Tribune» definió desdeñosamente la nueva ley como «una norma para preservar a Estados Unidos de una intervención en la guerra de 1914-1918».

Entre tanto, Roosevelt estaba cada vez más preocupado por la difusión de la violencia en el mundo y por la postura negativa de América frente a aquel fenómeno. En su intento de acabar con la tendencia de buscar en la guerra la solución a los problemas políticos, propuso un plan ambicioso: convocar una conferencia mundial para definir los principios básicos en los que deberían fundarse las relaciones internacionales, y hacer posible con ello una revisión de lo que él llamaba «injusticias» del arreglo llevado a cabo en Versalles. Para preparar el terreno, el 5 de octubre de 1937 pronunció en Chicago un importante discurso político, en el curso del cual pareció asumir un explícito compromiso respecto a la seguridad colectiva. Sus palabras, en general, fueron bien acogidas por la prensa y por la opinión pública americana; pero una significativa minoría se estremeció al considerar lo que podría implicar aquel explícito compromiso, y en consecuencia empezó a protestar enérgicamente. De hecho, Roosevelt había pensado en la posibilidad de aplicar sanciones a los países agresores. Pero cuando se dio cuenta de que había provocado un avispero, abandonó a toda prisa esta posición, negando, una semana después de su discurso, que se estuviera pensando en aplicar sanciones contra el Japón.

En definitiva, Roosevelt, con sus contradicciones, en lugar de llevar a la opinión pública a una gradual evolución de ideas, sólo logró dejar perplejo al electorado y enojar a su secretario de Estado, Cordell Hull, quien se apresuró a impugnar la idea de la conferencia mundial, a la que Roosevelt se vio obligado a renunciar.

Al finalizar el año, la conferencia de Bruselas, que habría tenido que resolver la disputa chino-japonesa, terminó sin haber logrado ningún resultado; aunque, en realidad, a causa de que Estados Unidos no tomaban siquiera en consideración la idea de adoptar medidas concretas contra el Japón, puede decirse que la conferencia nunca empezó. Ni siquiera el hundimiento deliberado del cañonero estadounidense *Panay*, por aviones japoneses, el 12 de diciembre de 1937, logró empujar al Gobierno norteamericano a tomar las medidas adecuadas.

Decidido, pues, a no asumir el papel de mediador, Roosevelt rechazó incluso la idea de que un delegado americano estuviera presente en alguna conferencia.

Las medidas tomadas durante el transcurso del año 1938 se relacionaban exclusivamente con la defensa de su hemisferio.

El 18 de agosto, en Kingston, Canadá, Roosevelt garantizó el apoyo americano a este país, y, en noviembre, anunció un aumento de 300 millones de dólares para los gastos de la defensa.

Como es natural, mientras se preocupaba de la defensa propia, Roosevelt se daba perfecta cuenta de que todo el aparato bélico que estaba preparando podría ser utilizado para ayudar a Gran Bretaña y a Francia en el caso de un eventual ataque por parte de Alemania. Y esperaba lograr que los americanos tuvieran un único objetivo: dar a los países democráticos la máxima ayuda sin dejar de mantenerse neutrales.

Esto significaba armar de nuevo a las democracias en tiempos de paz y enmendar la legislación relativa a la neutralidad. En el transcurso del año 1939, tanto Roosevelt como su secretario de Estado pronunciaron numerosos discursos, en los que advertían de los peligros relacionados con el hecho de no modificar la citada legislación. En enero, por ejemplo, el Presidente se dirigió al Congreso en un mensaje en el que, entre otras cosas, afirmaba: «Hemos visto que cuando intentamos encuadrar la neutralidad en un conjunto legislativo, las leyes a que éste da lugar pueden dar paso a muchas injusticias, beneficiando al agresor y perjudicando a la víctima». Y añadió con sutileza: «El llamar la atención sobre estos hechos no significa que el Congreso o el Presidente tengan la más remota intención de tomar parte en otra guerra en suelo europeo».

Pero los esfuerzos de Roosevelt para movilizar la opinión pública fueron anulados por un incidente al parecer sin importancia: el 23 de enero de 1939, durante un vuelo de pruebas secreto, un nuevo tipo de bombardero americano se estrelló cuando llevaba a bordo un oficial francés. Este suceso puso de relieve, por primera vez, los esfuerzos clandestinos (aunque perfectamente legales) de Roosevelt para ayudar a los países democráticos. A pesar de que la opinión pública estaba de acuerdo con la idea de vender aviones de guerra a Francia y a Gran Bretaña, el incidente provocó en el Congreso una actitud de desconfianza y, en consecuencia, Roosevelt no logró que se votara la enmienda de la *Neutrality Act*.

Cuando Roosevelt decidió aceptar el acuerdo de vender armas por el sistema de «cash and carry», solución que en el fondo no era de su agrado (ya que favorecía al Japón en el Pacífico), el Senado rehusó examinar su propuesta. El 18 de julio, en un último intento, el Presidente convocó a los jefes de grupo del Senado y les expuso los motivos por los que consideraba de importancia vital revocar el embargo de armas, y les pidió que apoyaran su demanda. Entonces el vicepresidente Garner resumió con estas palabras la actitud adoptada por los senadores: «Hay que mirar las cosas de frente: Vd. no tiene los votos necesarios, y esto es todo».

Pero, por una ironía del destino, dio aquel día su primer paso por el camino que le habría de alejar de su aislamiento: el senador Vanderberg, uno de los más destacados defensores del aislacionismo, pidió que Estados Unidos advirtieran al Japón que el tratado comercial de 1911, por el cual las relaciones entre los dos países se asentaron sobre una base preferencial, sería considerado como extinguido por Estados Unidos a causa de la persistente política de agresión llevada a cabo por los japoneses en China y en Extremo Oriente.

Roosevelt ya había pensado en una acción de este tipo; pero hasta aquel momento no pudo hacer otra cosa que aprobar las repetidas protestas del Departamento de Estado dirigidas al Japón. Finalmente se recurrió, en forma explícita, a la amenaza de sanciones económicas; si bien se requeriría mucho tiempo para que dichas sanciones, aun en la forma más limitada, pudieran ser aplicadas.

1939: América mantiene la neutralidad

Si el Gobierno norteamericano estaba dispuesto a demostrar cierta firmeza en el Pacífico, su reacción, cuando estalló la guerra en Europa, consti-

Septiembre de 1941: cañón antiaéreo de la Artillería de costa expuesto en el Grand Central Palace de Nueva York, junto con otros medios de defensa. Con esta exposición, el Gobierno americano trataba de preparar al pueblo para la eventualidad de una guerra. *(Archivo Rizzoli)*



tuyó una clara demostración de que la visión del mundo, que hasta entonces había mantenido, era completamente errónea. Su primer paso fue proponer una nueva ley sobre la neutralidad que excluyera cualquier forma de «embargo» de armas. Seis semanas más tarde, el Congreso aceptó los puntos principales de dicha ley: el embargo sobre las armas fue anulado, y por lo tanto, desde aquel momento, los Aliados podían contar libremente con los grandes recursos americanos. No obstante, todas las cláusulas que habrían podido ofrecer un pretexto para la entrada en la guerra fueron cuidadosamente revisadas a fin de evitar cualquier «escapatoria». El abastecimiento de armas se planteó sobre la base del «cash and carry»; se prohibió a los ciudadanos americanos viajar en buques pertenecientes a las naciones beligerantes, y también se prohibió a los navíos americanos navegar en aguas consideradas como zonas de guerra. A pesar de que todo ello significaba un avance con respecto al ciego aislacionismo de los años anteriores, la ley de 1939 reafirmaba la intención fundamental de atenerse escrupulosamente a una neutralidad rígidamente definida, una neutralidad que renunciaba, en términos explícitos, a los derechos de los países neutrales que todo el mundo reconocía. El «error» de Woodrow Wilson de entrar en guerra para defender la libertad de los mares no se repetiría.

El siguiente paso fue persuadir a todos los demás países del continente americano, excepto Canadá, para que aceptaran, en principio, la doctrina de Monroe. La Declaración de Panamá, del 3 de octubre de 1939, estableció, alrededor de todas las Américas, un cinturón de unas 300 millas, que los países beligerantes no podrían violar.

La intención fundamental del Gobierno estadounidense fue firmemente expresada por Roosevelt apenas estalló la guerra: «Espero que los Estados Unidos se mantendrán ajenos a esta guerra. Creo que lo harán. Y afirmo y repito que todo el esfuerzo de nuestro Gobierno estará dirigido a este fin».

Eso, en apariencia, podía parecer una rendición a las tesis aislacionistas; sin embargo, es difícil imaginar que Roosevelt pudiera decir algo distinto. Un sondeo de la opinión pública, efectuado inmediatamente después de estallar la guerra, reveló que el 30 % de los norteamericanos deseaba una completa neutralidad y un embargo total; mientras que otro 37 % quería la neutralidad, pero aprobaba la venta de armas sobre la base de «cash and carry». En otras palabras, dos tercios del país eran partidarios de observar una rígida neutralidad. Sólo un pequeño porcentaje de las personas interrogadas se declaró a favor de Hitler, cosa muy lógica en aquel país.

Una vez adoptada la posición de neutralidad, Roosevelt y sus consejeros no pudieron hacer otra cosa que esperar, aunque intentaran, sin ellos mismos estar muy convencidos, preparar las bases para lo que luego se llamó una paz «moral». Sin embargo, el plan concebido para crear una organización de países neutrales fracasó a causa de las objeciones presentadas por algunos de dichos países, los cuales, desde un punto de vista más real, dieron a entender que aquel plan era un proyecto puramente romántico.

La verdad pura y simple era que mientras la política exterior de Estados Unidos se basara en consideraciones de tipo moral y legal, que excluían cualquier posibilidad de amenazar con una intervención armada, dicha política estaría condenada al fracaso. La influencia moral de un país es directamente proporcional a la medida en que dicho país esté dispuesto a usar la fuerza. Roosevelt podía condenar la agresión cuanto quisiera; pero mientras la tradición del aislacionismo prohibiera toda intervención activa y las leyes sobre la neutralidad no establecieran ninguna distinción entre agresor y víctima, Rusia y Alemania podrían invadir Finlandia, Dinamarca y Noruega con la mayor tranquilidad.

No obstante, la ofensiva que en mayo de 1940 desencadenó Hitler contra Occidente, trastornó por completo los cálculos de los americanos. Roosevelt ya no podía creer que los Aliados vencerían con su simple ayuda material, y al mismo tiempo, el país no podía dejar de sentirse amenazado. Incluso se difundió el rumor de que las fuerzas alemanas cruzarían el Atlántico.

El presidente pidió inmediatamente al Congreso mil millones de dólares para modernizar el Ejército y aumentar la producción de aviones. Y entonces el Congreso le concedió mil quinientos millones. El 31 de mayo, mientras se estaba desarrollando la evacuación de Dunkerque, Roosevelt dirigió otra llamada al Congreso: «Los acontecimientos casi increíbles de las dos últimas semanas... obligan necesariamente a una ampliación de nuestro programa militar... mientras exista la posibilidad de que no sólo uno o dos continentes, sino todos los continentes, se puedan ver envueltos en una guerra a escala mundial, una razonable actitud de precaución impone que el aparato militar americano ofrezca más garantías de seguridad». Frente a esta demanda, el Congreso aprobó la concesión de otros mil millones de dólares para el Ejército y casi 700 millones de dólares para la Marina. En octubre, las cantidades destinadas para la defensa ascendían ya a un total de más de 17.000 millones de dólares.

No obstante, de momento se pudo hacer muy poco para aliviar la triste situación en que se encontraban los Aliados. Roosevelt se esforzó repetidamente en convencer a Mussolini para que no entrara en la guerra; pero, en cambio, rechazó la sugerencia de quienes sostenían que, para dar mayor fuerza a sus argumentos, debía mandar la *American Atlantic Fleet* al Mediterráneo. A las demandas francesas e inglesas de que Estados Unidos entrasen en la guerra, o al menos declarasen la no beligerancia (estado intermedio entre neutralidad y beligerancia), siempre respondió negativamente: un abandono del rígido concepto americano de neutralidad quedaba fuera de toda discusión.

Fue en este momento cuando Churchill formuló una serie de peticiones, la más importante de las cuales era la de 40 a 50 destructores; entre otras cosas, el Primer Ministro británico también sugirió que continuasen los envíos de abastecimientos americanos, incluso en el caso de que se agotaran las reservas financieras de Gran Bretaña. Roosevelt se comprometió a enviar los exiguos excedentes disponibles, a pesar de que el envío de semejantes abastecimientos reportaría numerosos obstáculos de orden jurídico. Sin embargo, la demanda referente a los destructores fue rechazada, ya que al Gobierno estadounidense no le agradó la idea de tener que pedir al Congreso la autorización para el envío de unas unidades que, aunque ya no eran modernas, estaban todavía en servicio activo y parecían indispensables para la defensa del país.

Y con todo, estaba claro que la opinión pública americana ya estaba movilizada, y como la moral de los Aliados era tan baja, Roosevelt no podía dejar de asumir decididamente la iniciativa.

El 10 de junio de 1940, día en que Italia entró en la guerra, Roosevelt pronunció un importante discurso en Charlottesville (Virginia); dejándose llevar por su indignación personal, expuso en términos extremadamente duros la «puñalada por la espalda» que había dado Mussolini. Pero todavía fue más importante el paso que dio poco después en favor de los Aliados, comprometiéndose en un programa de rearme en gran escala.

Churchill se apresuró a pedir que el compromiso anunciado por el presidente americano se mantuviera. Y formuló de nuevo su urgente demanda de los destructores. Pero, aunque los mismos consejeros de Roosevelt hubieran aprobado el préstamo (cosa que no hicieron), la petición inglesa ha-

Louisiana, agosto 1941: en el curso de unos ejercicios anfibios, un carro americano de 13 toneladas alcanza la playa desde el límite de flotación de los medios de desembarco. En esta ocasión marineros y *marines* mostraron su grado de adiestramiento ante los observadores de las Fuerzas Armadas. (Archivo Rizzoli)



bría caído en el vacío, puesto que en aquel momento el presidente se veía muy obstaculizado por un debate de la oposición, que acabó, por cierto, con una nueva disposición aislacionista.

Parecía, pues, que no quedaba ninguna posibilidad de vencer este obstáculo, a no ser que se pudiera conseguir que el Congreso cambiara de modo de pensar. Llegadas las cosas a este punto, una organización americana, simpatizante con los ingleses, el *Century Club*, puso de manifiesto que la cesión en préstamo de los destructores podría ser más benévolamente considerada por el Congreso si los ingleses dieran, a cambio de los buques, algunas de sus bases situadas en el hemisferio occidental.

El asunto de los destructores tuvo una importancia extraordinaria. En primer lugar, puso de relieve que Estados Unidos acababan de adoptar una actitud de no beligerancia; la «neutralidad» ya sólo impedía una intervención armada. En segundo lugar, la decisión fue aprobada por una gran mayoría de la opinión pública, y por lo tanto pudo ser explotada como argumento polémico por los partidos políticos.

Lo que indujo a los americanos a aceptar esta interpretación más bien libre del concepto de neutralidad, fue, indudablemente, la conquista de Francia por los alemanes. Las humillantes derrotas sufridas por los Aliados, hicieron que el pueblo americano se diera cuenta de que los únicos obstáculos que separaban a Alemania de Estados Unidos eran el Atlántico y una Gran Bretaña mal armada y amenazada de cerca por el enemigo. Las repercusiones de los triunfos alemanes fueron inmediatas y sorprendentes, y la popularidad de Roosevelt aumentó súbitamente. Y Roosevelt, ante la crisis europea, decidió prescindir de la tradición y presentarse a los electores para que le confiaran un tercer mandato presidencial.

Con el fin de acelerar el apoyo de los partidos a su política exterior, el 19 de junio Roosevelt nombró a dos eminentes republicanos, Stimson y Knox, para ocupar los cargos de ministro de la Guerra y ministro de Marina. Ambos eran partidarios de los Aliados, y Stimson pronto convenció a Roosevelt para introducir el servicio militar, incluso en tiempos de paz. Los aislacionistas opusieron una enérgica resistencia; pero, gracias a la aprobación de Willkie, a mediados de septiembre el Congreso aprobó el *Selective Service Bill*. En nombre de la defensa del hemisferio, Estados Unidos había dado otro paso hacia su intervención en Europa.

Desaparece el aislacionismo

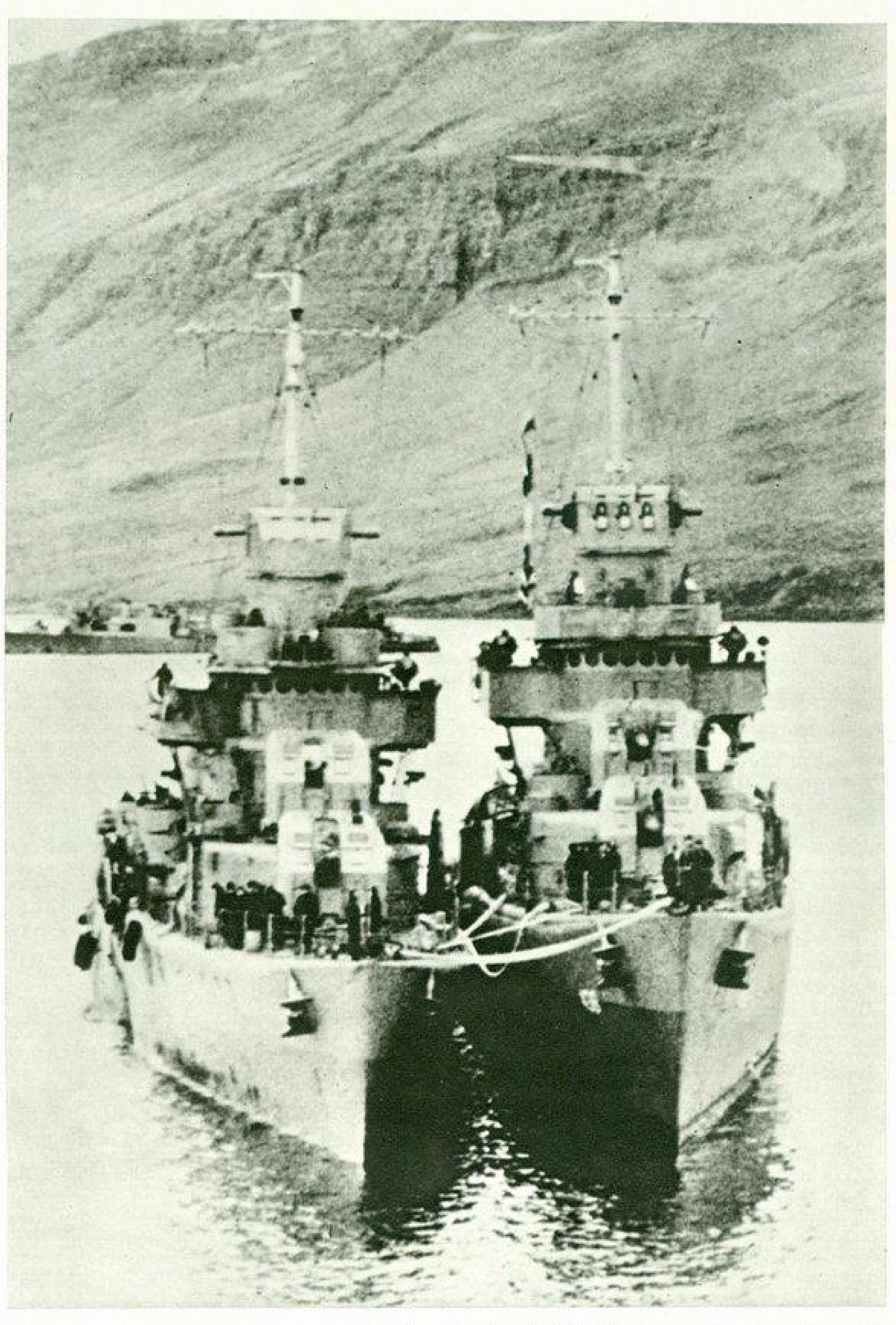
Naturalmente, en todo el país, y especialmente entre las personas de origen alemán o irlandés, todavía latían los sentimientos aislacionistas, y las filas de los que se oponían a una política de intervención se veían reforzadas por los pacifistas liberales y por los neofascistas y comunistas. Los aislacionistas formaron su propia organización: el comité «America First» (Primero América); pero, por estar sostenida casi exclusivamente por algunos ambientes conservadores de Chicago, dicha organización no logró influir en la opinión pública. No obstante, no podía negarse el fundamento de la principal acusación hecha al Gobierno por los miembros del «America First», según la cual, identificándose con los Aliados y cambiando las leyes sobre la neutralidad, América se vería inevitablemente arrastrada a la guerra.

No escapó a Roosevelt la lógica de este razonamiento; y muchos miembros de su Gabinete estaban tan convencidos de ello que, a partir de junio de 1940, lo que se preguntaban no era «si» América entraría en la guerra, sino «cuándo». Pero este problema no podía discutirse públicamente: la contradictoria opinión pública norteamericana quería ayudar a Gran Bretaña, pero no quería entrar en la guerra.

Para Roosevelt se trataba de un dilema terrible: no podía entrar en guerra hasta que Alemania o Japón descargaran un golpe contra Estados Unidos. Por otra parte, si no hacía honor al compromiso de neutralidad no era seguro que pudiera obtener un tercer mandato presidencial, en el curso del cual podría prestar a Gran Bretaña la máxima ayuda posible. Paradójicamente, en noviembre de 1940, Roosevelt fue elegido por tercera vez para que actuase en los límites de la más estricta neutralidad, permaneciendo fiel a un programa cuya base era mantener a América fuera de la guerra.

La más apremiante necesidad en el programa de ayuda era mantener abiertas las vías de comunicación. Se asignó prioridad absoluta a los víveres, y Stimson y Knox pidieron que se recurriera a la confiscación de los barcos alemanes e italianos, que se hallasen en puertos americanos, para cubrir las bajas que las fuerzas del Eje causaban a la Marina Mercante de Gran Bretaña. Pero eso no era más que una solución temporal. Las medidas que podrían salvar a Gran Bretaña eran que Estados Unidos le proporcionara cuanto necesitase sin preocuparse por el pago, y que la Marina de Guerra estadounidense pusiera a disposición de los convoyes las escoltas adecuadas.

La idea del *Lend Lease* (Préstamo y Arriendo) se desarrolló a partir de una serie de esquemas sugeridos por varios miembros del Gabinete, y el propio Roosevelt representó un papel principal en la formulación definitiva del programa. El 17 de diciembre de 1940, en el transcurso de una de

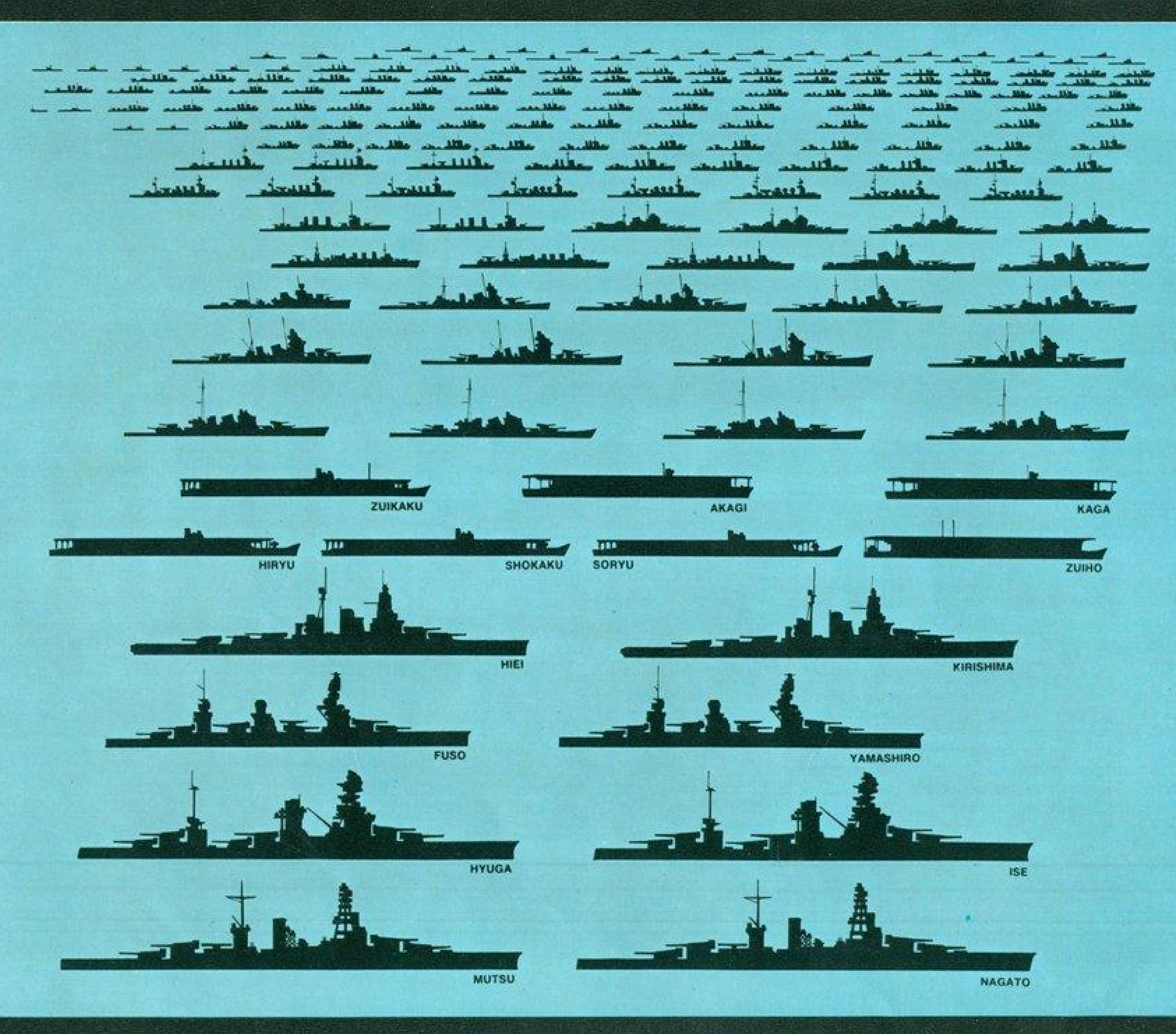


Octubre de 1941: el destructor norteamericano *Kearny* (a la izquierda) asistido por otro destructor. El *Kearny* tras haber lanzado algunas cargas de profundidad contra un *U-Boot*, fue a su vez torpedeado. El incidente lo empleó Roosevelt como argumento decisivo para convencer al Congreso de que revocara la *Neutrality Act*. La revocación fue aprobada finalmente el 13 de noviembre de 1941 aunque con una exigua mayoría. (Keystone)

COMPARACIÓN DE LAS FUERZAS

Cuando Japón atacó Pearl Harbor, en diciembre de 1941, poseía la tercera Marina del mundo. Bajo ciertos puntos de vista, su Marina era semejante a la alemana: joven, segura de sí misma e inspirada en una tradición de agresividad que se remontaba a la destrucción de la Flota rusa en Tsushima, en 1905. En el Pacífico, la Marina japonesa contaba con una ligera superioridad cuantitativa sobre la Marina norteamericana, si bien su Flota de combate estaba próxima al límite de edad: todos los acorazados japoneses en servicio en diciembre de 1941 habían sido fletados o proyectados durante la primera Guerra Mundial. Los portaaviones estaban bien adiestrados y equipados, y su importancia bélica estaba muy clara en la doctrina de guerra japonesa. En el ataque contra Pearl Harbor se emplearon los seis portaaviones de Escuadra existentes; al ZUIHO, que apoyaba la ofensiva por el sector meridional, se unieron dos de los portaaviones más pequeños (que no figuran aquí), el RYUJO y el HOSHO. El almirante Yamamoto, comandante en jefe, había predicho que con tal fuerza naval, Japón podría conseguir muchos éxitos iniciales, pero que, a largo plazo, el potencial industrial japonés no podría competir con el aliado. Japón no tenía, además, suficientes cruceros para controlar un tan vasto campo de operaciones.

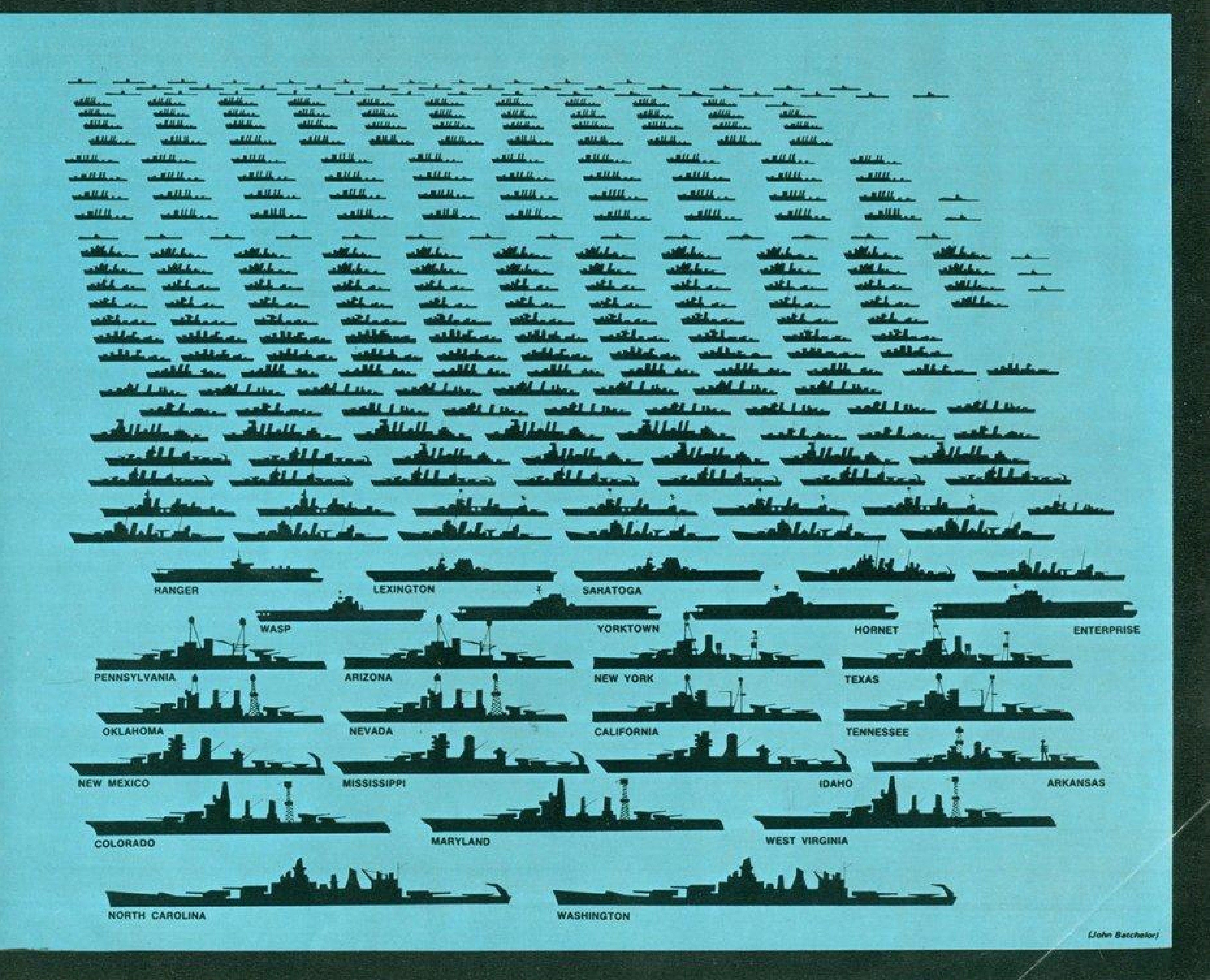
LA SITUACIÓN JAPONESA



NAVALES ANTES DE PEARL HARBOR

Pearl Harbor sorprendió a la Marina norteamericana en una fase de transición: aunque fuese la segunda del mundo, se resentía de la gravosa necesidad de mantener armadas dos Flotas independientes, una en el Pacífico y otra en el Atlántico. En mayo de 1940 se había tomado la decisión de constituir una "Marina de los dos Océanos", superior a cualquier enemigo potencial existente en un lado o en otro del continente americano: consecuentemente, se había ordenado la construcción de 1.325.000 toneladas de buques de guerra. Pero, en diciembre de 1941, aún no había ninguno a punto, y la Flota americana del Pacífico era no solamente algo inferior a la japonesa sino que, como aquélla, estaba próxima al límite de edad, habiendo sido los acorazados que se hallaban en Pearl Harbor proyectados o construidos antes de la primera Guerra Mundial. Así, la idea japonesa de arriesgarse a dar un golpe de mano para eliminar a las mayores unidades navales norteamericanas del Pacífico era racional, aunque no podía esperarse que su efecto fuese permanente. Los americanos, como los japoneses, habían comprendido la importancia de los portaaviones, y estaban construyendo algunos nuevos. De hecho, a los portaaviones norteamericanos correspondió, en 1941-1942, el honor de frenar la serie de victorias japonesas.

LA SITUACIÓN NORTEAMERICANA



(John Batchelor)

sus más brillantes ruedas de prensa, Roosevelt explicó a la nación lo que era esa nueva ley (véase página 306, vol. I).

Las palabras del presidente causaron una profunda impresión en los americanos. Los sondeos de la opinión pública revelaron entonces que, aceptando el riesgo propuesto por Roosevelt, el 70 % del electorado estaba incluso dispuesto a correr el peligro de la guerra para ayudar a Gran Bretaña. Pero también era aún considerable el número de los que se oponían a ello, y asimismo el *Lend Lease* tenía que superar todavía el obstáculo del Congreso. Transcurrieron dos largos meses de debates antes de que el Congreso aprobase, finalmente, el *Lend Lease* con una amplia y reconfortable mayoría.

El «Lend Lease»: una nueva «Carta Magna»

Churchill saludó el *Lend Lease* como «una nueva Carta Magna», y el propio Roosevelt lo definió como un compromiso en pro de la seguridad colectiva. Pero, aun constituyendo uno de los episodios cruciales de la guerra, la aprobación del *Lend Lease* no determinó, todavía, un cambio repentino en la política exterior norteamericana.

Para el pueblo americano, la nueva ley fue simplemente, un paso más en el lento proceso de abandono del aislacionismo. Por otra parte, el *Lend Lease*, por sí mismo, no podía asegurar la victoria a los Aliados. Llegó demasiado tarde para salvar a Grecia, e incluso el primer libramiento de siete mil millones de dólares (aprobado el 27 de marzo) no influyó para nada en la batalla del Atlántico. La industria norteamericana reaccionó un tanto lentamente y, además, seguía existiendo el problema de garantizar que las mercancías llegaran a su destino. El asunto de la escolta a los convoyes era una cuestión muy vidriosa, que Roosevelt deseaba ansiosamente soslayar.

El presidente estaba dispuesto a comprometerse en cierto grado, y, en este sentido, tomó numerosas medidas para aliviar la situación de los ingleses. Consiguió la autorización del Congreso para incautarse de los buques italianos y alemanes que se hallaban en puertos americanos; el límite de las aguas neutrales se amplió hasta abarcar toda Groenlandia (que al fin los Estados Unidos tomaron bajo su protección), y poco a poco, Norteamérica acabó por ocuparse también por completo de los abastecimientos destinados a las tropas inglesas que operaban en Egipto.

Pero su actitud con respecto al problema de los convoyes suscitaba un vivo descontento en muchos de los miembros de su Gabinete, hasta tal punto que uno de sus más estrechos colaboradores, Harry Hopkins, observó con amargura que Roosevelt parecía más propenso a seguir la opinión pública que a guiarla.

Sin embargo, no fue tan sólo la falta de un completo apoyo por parte de la opinión lo que convenció a Roosevelt, sino también algunas consideraciones estratégicas a largo plazo que desaconsejaban un enfrentamiento con Alemania en el Atlántico. Norteamérica sabía que la amenazaba un peligro muy directo, y ese peligro era el Japón, cuya política de expansión no podría contenerse ya por mucho tiempo. Por lo tanto era muy conveniente, por una parte, evitar un choque directo entre Alemania y Estados Unidos para no inducir al Japón a entrar en la guerra de acuerdo con los términos del Pacto Tripartito. Por otra parte, ello significaba que la *Pacific Fleet* debería quedar en reserva contra el Japón, y no se podría emplear para reforzar las formaciones navales del Atlántico.

La invasión de Rusia, en junio de 1941, alteró todos estos cálculos. No obstante, el hecho ofreció a Gran Bretaña un período de tregua, permitiendo a Churchill y Roosevelt tener su primer encuentro. Esta primera entrevista, en el aspecto militar, no produjo efectos importantes; el único resultado concreto fue el documento preparado, como si se tratase de una especie de reflexión, por los dos estadistas: la Carta del Atlántico. (véase pág. 272, vol. II). Este documento era, en realidad, una nueva insistencia en las anacrónicas referencias a las cuestiones morales que siempre habían preocupado a los políticos norteamericanos.

Y, sin embargo, precisamente en aquel momento, la invasión de Rusia estaba minando los fundamentos de esta vieja concepción. ¿Cómo podía Norteamérica seguir predicando sus ideales y, al mismo tiempo, ayudar (aunque con muchas aprensiones) a la mayor potencia totalitaria del mundo, y aprobar, si bien con repugnancia, la invasión anglosoviética de Persia? El ataque a Rusia subrayó, una vez más, la urgente necesidad de que los EE.UU. entraran en la guerra.

Pero entonces, cuando la solución más evidente parecía ser la de atacar a Hitler en un momento en que todos sus recursos estaban volcados en Rusia, la nación americana era víctima de una «recaída» en el aislacionismo. El período de reclutamiento estaba acabando, y debía renovarse. El Senado aprobó una prórroga de 18 meses; pero en la Cámara de Representantes la oposición fue bastante viva y los principales exponentes aislacionistas hablaron de «gigantescos complots». Cuando, finalmente, el 12 de agosto, la Cámara aprobó la ley, el resultado de la votación fue de 203 votos favorables y 202 contrarios.

Bajo muchos aspectos, ésta fue la última y vigorosa acción de los aislacionistas; pero no cabe duda de que constituyó una demostración muy reveladora. En efecto, sólo pocos meses antes de Pearl Harbor, por un único voto de diferencia no se llegó a disolver la mayor parte de las fuerzas estadounidenses...

Una gran amenaza: el Japón

La consecuencia más importante de la invasión de Rusia por Alemania fue que el Japón quedó totalmente libre para su ansiada expansión por Asia sudoriental. Sería precisamente en esta zona donde Norteamérica descubriría el verdadero significado de la seguridad colectiva. El Japón amenazaba los intereses ingleses, holandeses y americanos; y estos intereses eran tan interdependientes que un ataque directo contra cualquiera de ellos provocaría –casi con toda seguridad– una guerra entre Norteamérica y Japón. La amenaza japonesa llegó a ser tan intensa, que el Gobierno norteamericano se encontró ante la inquietante perspectiva de tener que combatir contra el Japón, manteniendo al mismo tiempo relaciones pacíficas con Hitler, quien, en realidad, era entonces el verdadero enemigo.

La política atlántica de Roosevelt adquirió, pues, un ritmo mucho más enérgico. A partir de julio se iniciaron los preparativos para la ocupación de Islandia, lo que permitiría a los ingleses destinar sus tropas a otras operaciones. Este acto, decididamente provocativo, suscitó las más enérgicas protestas del almirante Raeder, induciéndole incluso a pedir permiso a Hitler para atacar a los barcos de transporte norteamericanos. Pero Hitler no lo consintió.

El siguiente paso de Roosevelt fue organizar la protección de los convoyes hasta Islandia; si bien, una vez más, perdió la sangre fría en el último momento y decidió no proteger a los buques ingleses. Sin embargo, poco después, un incidente entre un destructor norteamericano y un *U-Boot* le proporcionó el pretexto para extender la protección americana a todos los mercantes que navegasen en las llamadas «aguas defensivas» de Estados Unidos. Aunque el incidente fue provocado por el destructor, Roosevelt anunció la decisión de adoptar la política de «disparar a vista». Pero ni siquiera esta jugada hizo mucho efecto, pues Hitler siguió ordenando a sus unidades que evitaran, en lo posible, todo incidente con los norteamericanos.

Cada día era más evidente que las leyes de neutralidad iban siendo relegadas. En su intento de revocar la *Neutrality Act* de 1939, el Gobierno expuso la tesis de que ésta fue ideada y aprobada para evitar todo conflicto, pero que las circunstancias demostraban su fracaso. Naturalmente, esta interpretación de los hechos no respondía a la verdad, pues la *Neutrality Act* había evitado, efectivamente muchos choques directos.

En el Congreso, el debate sobre dicha revocación fue muy acalorado. Mientras estaba en pleno desarrollo, el destructor americano *Kearny* fue torpedeado, y, una vez más, Roosevelt aprovechó la ocasión para vencer la resistencia de los aislacionistas. «La Historia atestiguará quién ha disparado primero», afirmó. Se trataba, desde luego, de una deliberada alteración de los hechos, pues el *Kearny* fue atacado únicamente porque lanzó sus cargas sin haber sido hostigado. Pero, finalmente, el 13 de noviembre, el Congreso aprobó la renovación, si bien la mayoría fue muy exigua.

La revocación de la *Neutrality Act* y las órdenes de Roosevelt de «disparar a la vista» eran motivos más que suficientes para que Alemania declarara la guerra a Estados Unidos. Pero Hitler prefirió adoptar una actitud de completa corrección, y ordenó a la Marina que sus unidades se defendieran, pero que no fueran las primeras en disparar. Si América estaba combatiendo en una guerra no declarada, Hitler estaba haciendo todo lo posible por mantenerse fuera de esa guerra. Y lo consiguió durante otro mes.

Entre tanto la amenaza de guerra en Extremo Oriente parecía cada vez más inminente. Los movimientos de tropas japonesas en la Indochina francesa obligaron a Estados Unidos a congelar los fondos japoneses en América, mientras la prohibición de exportar petróleo al Japón paralizaba casi por completo los intercambios comerciales entre los dos países. Estas drásticas medidas económicas forzosamente empujarían al Japón en una dirección o en otra. Muchos de los miembros del Gobierno japonés eran partidarios de apoderarse por la fuerza de las materias primas que el país necesitaba; y a este respecto, el secretario de Estado americano, Cordell Hull, sentía justificados temores.

En un intento de contener la presión que ejercían sus colegas militares, el Primer Ministro japonés, príncipe Konoye, se dirigió varias veces a Roosevelt, proponiéndole un encuentro personal a fin de resolver las diferencias existentes entre los dos países. Pero Roosevelt contestó que le parecía inútil una reunión de este tipo mientras el Japón continuara su política expansionista.

En octubre se produjo un episodio muy significativo: el príncipe Konoye fue sustituido por el antiguo ministro de la Guerra, Tojo, de clara tendencia belicista. Y aunque el nuevo gobierno aún esperó el resultado de otra serie de conversaciones diplomáticas antes de empezar las operaciones militares, en aquellos momentos la Marina de Guerra japonesa ya estaba efectuando los preparativos para el ataque a Pearl Harbor: en caso de resultar infructuosas las negociaciones, por lo menos servirían para enmascarar un ataque por sorpresa.

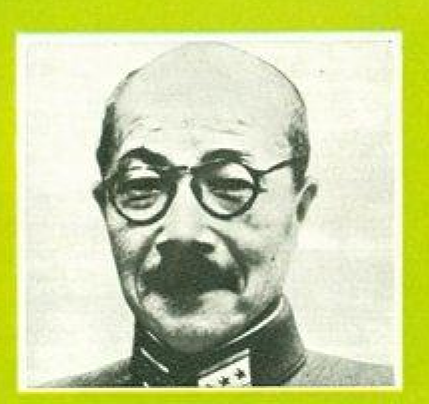
Esperando el ataque

Si bien ambas partes presentaron, alternativamente, distintos planes, los japoneses no podían pensar en satisfacer las exigencias norteamericanas. La única esperanza consistía en alcanzar un limitado *modus vivendi*. Pero las reacciones chinas ante semejante proposición, así como los acelerados movimientos de tropas niponas y el hecho de saber que el 29 de noviembre era la fecha límite fijada por los japoneses para empezar las hostilidades, convencieron a Hull de que debía renunciar a la idea de cualquier *modus vivendi*. El 26 de noviembre presentó un plan de paz basado en diez puntos, plan que resultaba completamente inaceptable para los japoneses. Y desde aquel momento, a pesar de la acción diplomática extrema de Roosevelt, ya sólo se trató de saber cuándo empezaría la guerra.

LOS PLANES

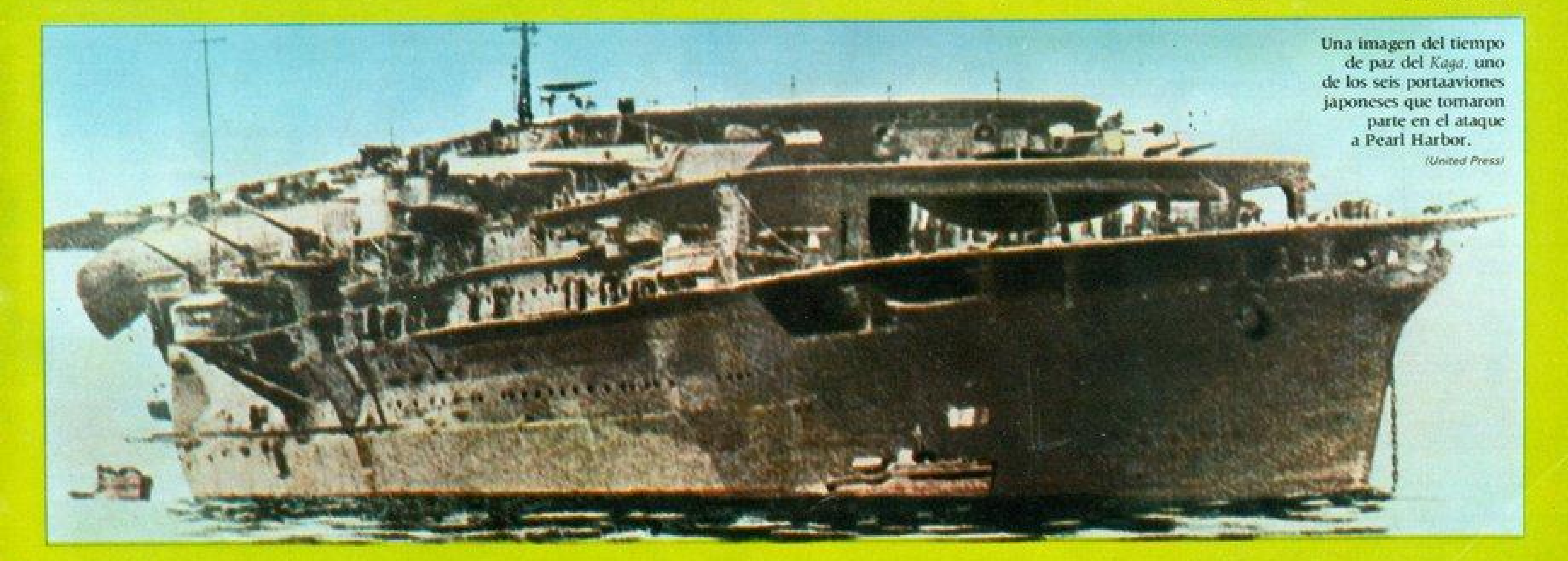
Christopher Hart

El objetivo final de la estrategia del Japón era conseguir el dominio en Extremo Oriente. La guerra con China empezó mucho antes de que estallase el conflicto europeo, y esta guerra fomentó en gran manera la rivalidad con los Estados Unidos. Pero, al contrario de lo que había ocurrido con Hitler, en este caso no cabía ninguna posibilidad de "appeasement" entre Japón y Norteamérica: "A partir de 1931 Japón ya se había adentrado en un camino que únicamente podía conducir a una guerra con las potencias occidentales; pero al final dejó de caminar... y empezó a avanzar a grandes saltos".

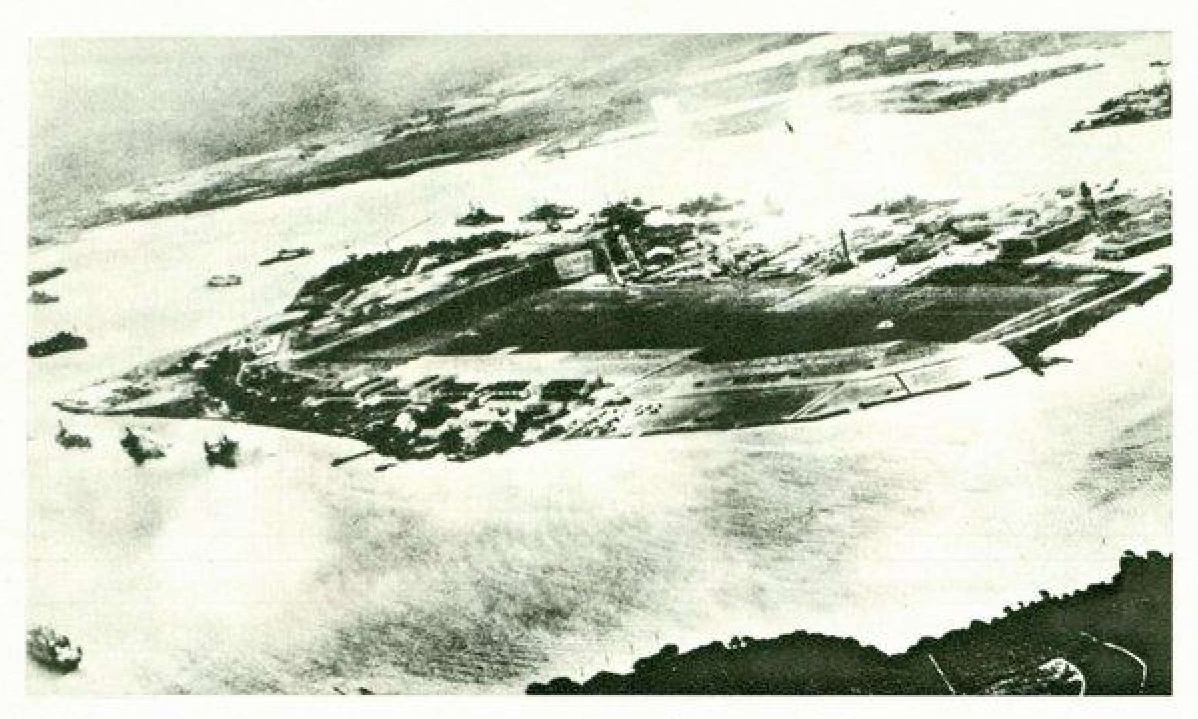




Arriba: el general japonés Hideki Tojo, nombrado Primer Ministro el 17 de octubre de 1941. Abajo: el almirante Yamamoto, comandante en jefe de la Flota nipona. *(Black Star)-(Ullstein)*



Una imagen del tiempo de paz del *Kaga*, uno de los seis portaaviones japoneses que tomaron parte en el ataque a Pearl Harbor. *(United Press)*



La isla Ford durante el ataque japonés. Son claramente visibles los buques estadounidenses al fondo, en la rada, y un avión japonés atacante. Además, pueden advertirse explosiones al otro lado de la isla. *(US Navy)*

Para los japoneses, las arrolladoras victorias conseguidas por los alemanes, en el transcurso de la primavera de 1940, ofrecían una magnífica ocasión. Francia y Holanda, dos de las tres potencias coloniales que constituían un obstáculo para su expansión en Extremo Oriente, acababan de ser barridas por la guerra relámpago hitleriana. La tercera, Gran Bretaña, parecía estar muy cerca de la derrota. Por lo tanto, aquél era el momento de adueñarse de las posesiones de los tres citados países (Malasia, Birmania, Indochina francesa e Indias holandesas). La posesión de estos territorios aseguraría a los japoneses el suministro de petróleo, y sería además una excelente base para completar la conquista de China. Los japoneses sentarían así las bases de aquel «orden nuevo» asiático, con el que liberarían a los pueblos de Asia del dominio europeo.

En este objetivo a largo plazo se basaba todo el pensamiento estratégico japonés. Desde julio de 1937, los ejércitos nipones combatían en China, y hasta el momento los éxitos conseguidos eran más bien escasos. Estados Unidos ayudaba a Chiang Kai-Chek en la medida necesaria para mantener viva la resistencia china, y, al mismo tiempo, estaban en condiciones de ejercer, en cualquier momento, una abrumadora presión económica sobre el Japón, interrumpiendo los suministros de petróleo.

En 1940, los japoneses se enfrentaron con la necesidad de arriesgar el todo por el todo. Acelerando su esfuerzo militar en China, corrían el riesgo de que Estados Unidos impusieran un *embargo* total del petróleo. Esto obligaría al Japón a adueñarse de los yacimientos petrolíferos de las Indias holandesas. Por otra parte, si se decidían a organizar un ataque en gran escala contra China, lo primero que deberían hacer era cortar sus vías de abastecimiento, lo que exigía adueñarse de las bases aéreas de la Indochina francesa. Y un ataque de este tipo contra las colonias francesas y holandesas entrañaba el grave riesgo de una intervención directa de Estados Unidos en la guerra entre China y Japón. Así, pues, para los japoneses se trataba de escoger entre resignarse a un prolongado e infructuoso compromiso militar con China o aventurarse a la arriesgada empresa de adueñarse de todo el Extremo Oriente, aunque esto significara la guerra con Norteamérica.

Desde luego, dada la situación política que imperaba en 1940, el hecho de que se aprovechara de la «magnífica ocasión» no podía sorprender. En el transcurso de los años treinta, algunos oficiales del Ejército, alentados por grupos extremistas, habían conseguido tal influencia sobre los políticos que consiguieron poder elegir a su gusto el ministro de la Guerra. El 16 de julio de 1940, el Ejército derribó al Gobierno del moderado almirante Yonai, poniendo en su lugar al príncipe Konoye.

El 27 de julio señaló un paso más en el camino trazado: la Conferencia de Solidaridad –un organismo político muy activo, compuesto por oficiales del Ejército y de la Marina, y también por algunos políticos– proclamó la existencia de una «esfera de co-prosperidad de la gran Asia oriental», en la que abundaban las materias primas de fundamental importancia y que comprendía las Indias holandesas, Malasia, Birmania y las islas Filipinas.

Como primer paso se decidió ejercer una presión diplomática –especialmente sobre los holandeses– con el fin de asegurar al Japón la intervención en aquellos territorios. Y, dándose cuenta de que con ello sería muy probable una guerra con Gran Bretaña y Norteamérica, los promotores de la iniciativa subrayaron la necesidad de tomar inmediatamente las medidas adecuadas para reorganizar la economía japonesa y prepararla para que pudiera afrontar una guerra de este tipo.

Las primeras escaramuzas en el frente diplomático resultaron muy alentadoras. El 29 de agosto, los franceses aceptaron la petición japonesa de establecer tropas y unidades aéreas en Indochina septentrional. Por otra parte, los ingleses, bajo la enérgica presión japonesa, se vieron obligados a cortar la carretera de Birmania (principal vía de suministros a China) y a retirar sus guarniciones de Shanghai y de Tientsin.

En cuanto a la amenaza constituida por Estados Unidos, el ministro de Asuntos Exteriores japonés, Matsuoka, consideraba que podía neutralizarse aliándose con Alemania y con Italia. Y con este fin, el 27 de septiembre de 1940 se firmó el Pacto Tripartito, que salvaguardaba al Japón de cualquier eventual agresión por parte de potencias que aún no estuvieran empeñadas en la guerra europea o en la que mantenía contra China en aquellos momentos.

Pero los éxitos diplomáticos japoneses no pasaron de aquí. Holanda, alentada por Estados Unidos, no quiso doblegarse a las peticiones japonesas respecto al abastecimiento masivo de petróleo sobre la base de un contrato a largo plazo. Por su parte, el 18 de octubre, los ingleses volvieron a abrir la carretera de Birmania, y a fines de mes iniciaron, con holandeses y australianos, una serie de conversaciones militares sobre la defensa mutua de los tres países. En diciembre, los norteamericanos prometieron a China un préstamo de cien millones de dólares y además una fuerza aérea constituida por voluntarios; más tarde, en el mes de enero, empezaron a tomar parte en las conversaciones y en los preparativos de defensa organizados por ingleses, holandeses y australianos. Pero quizá lo más significativo fue que la firma del Pacto Tripartito no ejerció sobre Estados Unidos el efecto que se esperaba; más bien todo lo contrario: el hecho de que Japón se aliase con Alemania, país que seguía una flagrante política de agresión, reforzó en los americanos la decisión de resistir todas las exigencias japonesas.

La línea política preferida por los nipones seguía siendo la de la expansión a través de la diplomacia, sobre todo porque sus preparativos militares, con vistas a una guerra con las potencias occidentales, estaban aún muy atrasados. En efecto, solamente en otoño de 1940 quedaron ultimados algunos estudios preliminares con vistas a este fin; pero incluso después de la puesta a punto de tales estudios sería preciso que transcurriera mucho tiempo antes que el Japón estuviese preparado, tanto en el terreno económico como en el militar, para emprender una guerra en gran escala. Por lo tanto, el Gobierno japonés intentó convencer a los franceses para que le permitieran establecer bases aéreas y navales en Indochina meridional (además de las ya existentes, o en fase de instalación, en Indochina septentrional). Al mismo tiempo, se envió a Washington un nuevo embajador, Nomura, quien trataría de resolver las divergencias que existían entre Japón y Estados Unidos mediante negociaciones directas con Cordell Hull.

En sus proposiciones, presentadas el 11 de mayo de 1941, solicitaban a Estados Unidos que suspendiera la ayuda a China y que reanudara los normales intercambios comerciales con Japón. Estas primeras proposiciones fueron juzgadas como inaceptables por parte americana; no obstante, las negociaciones prosiguieron, pues, por una parte, Japón no estaba aún preparado para la guerra, como ya se ha dicho, y por otra Cordell Hull no quería proporcionar a los japoneses un *casus belli*.

Más provechosa fue la gestión de Matsuoka para mantener a Rusia fuera de un posible conficto nipón-americano. En efecto, el 13 de abril de 1941 firmó con el gobierno soviético un pacto de no agresión, acuerdo que ambas partes respetaron hasta el último momento. Pero el efecto de este pacto quedó anulado a consecuencia del ataque que Alemania desencadenó contra Rusia el 22 de junio. No obstante, este elemento ofreció a la «Conferencia de Solidaridad» unas posibilidades muy prometedoras. Matsuoka solicitó entonces un ataque contra el tradicional enemigo ruso –en flagrante contradicción con lo estipulado en el pacto de no agresión que él mismo acababa de firmar–, apoyado por otros ataques contra Singapur y ulteriores ofensivas en gran escala contra Chiang Kai-Chek. Pero los círculos militares eran partidarios de una ofensiva hacia el Sur, puesto que la invasión alemana había alejado el peligro de que Rusia pudiese atacar al Japón por la espalda. A este respecto, sin embargo, el Primer Ministro Konoye y el jefe de Estado Mayor de la Marina, almirante Nagano, temían la reacción norteamericana si el Japón invadía el sector meridional.

Por fin, el día 2 de julio de 1941 se llegó a un compromiso: en presencia del Emperador, la «Conferencia de Solidaridad» decidió reforzar el Ejército de Manchuria (renunciando, de momento, a atacar a Rusia) y ocupar algunas bases en Indochina meridional, como movimiento preliminar a un posterior avance de este sector. Una eventual guerra con Gran Bretaña y con los Estados Unidos de Norteamérica no se «rechazaba» a la sazón, aunque en el terreno diplomático se hicieran todos los esfuerzos para evitarla. No obstante, y precisamente con la intención de hacer

un gesto conciliador hacia Estados Unidos, el 18 de julio Matsuoka fue sustituido por el menos belicoso almirante Toyoda. Pero, tan sólo un día después, este efecto conciliador quedó por completo anulado por un ultimátum japonés dirigido a Francia, en el que se exigían bases aéreas, terrestres y navales en la Indochina meridional, bases que, a buen seguro, pondrían a Singapur en el radio de acción de los bombarderos de la Aviación japonesa.

Hacía meses que los estrategas norteamericanos discutían la política a adoptar respecto al Japón. Una corriente sostenía que dicho país estaba dispuesto a ir a la guerra, y que sería muy conveniente que los Estados Unidos se decidieran cuanto antes a imponerle drásticas sanciones económicas. La tesis opuesta afirmaba que los japoneses aún dudaban, y que las sanciones le lanzarían definitivamente a una política de agresión. Pero el citado ultimátum dirigido a Francia pareció poner fin a todas las dudas que pudieran existir.

El 24 de julio, los franceses aceptaron las exigencias del Japón. El día 26, el presidente Roosevelt reaccionó congelando todos los bienes japoneses en Estados Unidos, y Gran Bretaña y Holanda se apresuraron a seguir el ejemplo. De esta forma, Japón tuvo que enfrentarse con una total interrupción de todas las importaciones de petróleo y de otras muchas materias primas indispensables. Si los Estados Unidos hubiesen adoptado una actitud menos intransigente, el Japón no hubiera tenido que recurrir a la alternativa de adueñarse por la fuerza del sector meridional. Las reservas de petróleo de que disponían entonces los japoneses no les permitían en modo alguno sostener una guerra de vastas proporciones. Del nivel máximo de 83 millones de hectolitros de 1939, habían bajado a 65 millones de hectolitros a mediados de 1941: si Japón entraba en guerra contra Gran Bretaña y Estados Unidos, unas reservas de esta entidad se agotarían en menos de año y medio. Ni siquiera la guerra con China hubiera podido llevarse a término antes de que se agotasen dichas reservas. El 90 % de la cantidad total que el Japón necesitaba, lo importaba de Norteamérica y de las Indias holandesas; por lo tanto, la congelación de los bienes japoneses amenazaba ahora con detener este flujo vital.

Incluso la producción interior había disminuido mucho desde que, en 1939, los Estados Unidos interrumpieran toda clase de ayuda y de asistencia técnica.

El Emperador fue entonces informado de la crítica situación. El 31 de julio, el jefe de Estado Mayor de la Marina, almirante Nagano, comunicó al soberano que el Japón era «como un pez en un estanque que se va secando gradualmente». A mediados de 1940, los japoneses aún tenían la posibilidad de decidir en un sentido o en otro en cuanto a la intención de asegurarse el dominio de Extremo Oriente; pero ahora, en julio de 1941, ya no quedaba ninguna esperanza de elección. Si el Japón quería seguir existiendo como una gran potencia debía procurarse por todos los medios los necesarios suministros de petróleo. Y si no quería que su posición en el mundo dependiera exclusivamente de los Estados Unidos, debería adueñarse, por la fuerza, del sector meridional.

En el Japón no se iniciaron los preparativos para una guerra de gran escala hasta el otoño de 1940. Antes de finalizar el año se había organizado un tipo especial de adiestramiento tropical para preparar una invasión del sudeste de Asia. Y en julio de 1941 se preparó un esquema completo sobre el que más tarde se basaría todo el plan de invasión. Pero la decisión norteamericana de congelar los bienes japoneses hizo que fuera totalmente necesario modificar estos planes; de tal manera que, a partir de entonces, el objetivo principal para los japoneses fue sólo uno: el petróleo.

«Una sola alternativa: atacar»

Pero apoderarse de los campos petrolíferos no sería suficiente: en efecto, después el preciado líquido debía ser transportado sin riesgo al Japón. Para conquistar Sumatra, Borneo y Java –cuya producción de petróleo superaba los 106 millones de hectolitros al año–, más las colonias inglesas y americanas que flanqueaban la ruta que une dichas islas con el archipiélago nipón, los japoneses deberían emplear casi todos sus efectivos de la Marina de guerra y de la Aviación, y además unas 15 divisiones del Ejército. Los estrategas de la Marina juzgaron que realizar esta operación requeriría, por lo menos un tiempo no inferior a seis meses.

Por su parte, los estrategas del Ejército llegaron a sus conclusiones el 9 de agosto. Criticando la tesis de los que proponían un ataque contra Rusia y una intensificación del esfuerzo bélico en China, insistían en el siguiente punto: no cabía más alternativa que apoderarse de los yacimientos petrolíferos del sector meridional. La operación debía organizarse a fines de 1941, pues en 1942 las reservas de petróleo descenderían demasiado. La actitud de los jefes supremos del Ejército y de la Marina respecto a las negociaciones con Estados Unidos era clara: si Japón podía obtener lo que necesitaba mediante un acuerdo pacífico, las negociaciones debían continuar; pero apenas se descubriera que Estados Unidos únicamente se limitaban a ganar tiempo, se interrumpirían en seguida. Los políticos, como Konoye, juzgaban muy peligroso este comportamiento. Y en su deseo de librarse de los militares extremistas, Konoye solicitó, el 28 de agosto, una entrevista personal con Roosevelt, como esperando convencer al Emperador para que aprobara un acuerdo pacífico antes de que el Ejército pudiera poner en práctica una solución que fuera el exacto reflejo de su propia opinión. Konoye lo intentó aun sabiendo que corría el riesgo de ser asesinado por los extremistas en el caso de que su intento triunfara. Pero Cordell Hull aconsejó a Roosevelt que rechazara la petición japonesa, explicándole que Konoye era políticamente demasiado débil para hacer respetar en el Japón los términos de un acuerdo, aun admitiendo que fuese posible llegar a ello. Por lo tanto, y como ya se ha dicho, este intento no cuajó.



Una formación en vuelo de aviones japoneses. La Aviación nipona, que había recibido un notable impulso en el período anterior a la guerra, comprendía varios tipos de aviones entre los cuales los más empleados eran los cazas *Zeke*, los bombarderos en picado *Val* y los aviones torpederos *Kate* (nombres convencionales asignados por los norteamericanos). (Archivo Rizzoli)

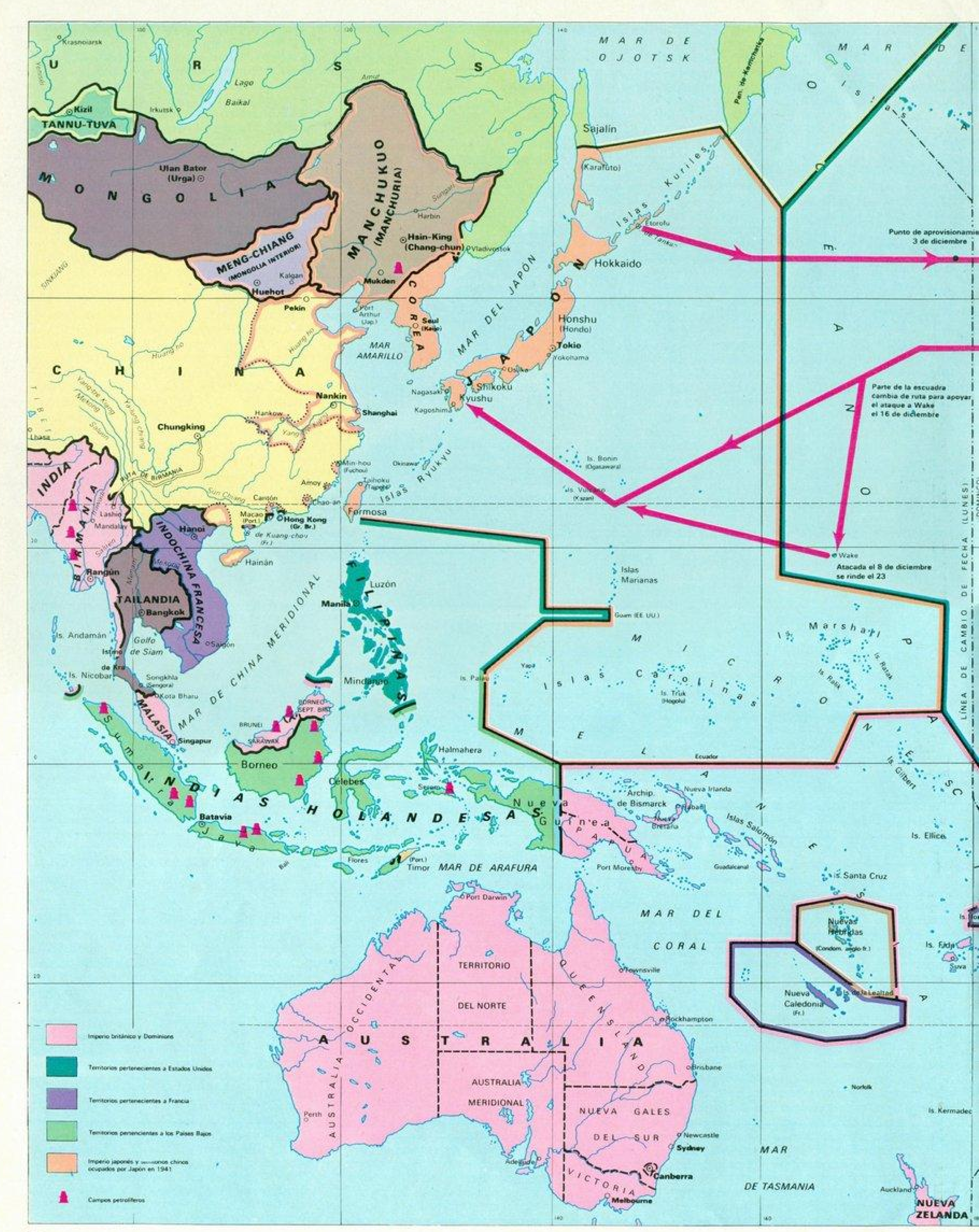
Cuando el día 3 de septiembre llegó la respuesta negativa de Roosevelt, la «Conferencia de Solidaridad» ya había establecido un rígido plan de acción para eventuales negociaciones: la decisión de hacer o no hacer la guerra contra Estados Unidos se tomaría a mediados de octubre. El 5 de septiembre, en el curso de una importante reunión, los jefes de Estado Mayor trataron de convencer al Emperador de que, en adelante, tan sólo una acción drástica podía salvar el país. El Emperador, que se mostraba reacio a lanzarse a la guerra, expresó sus dudas sobre las posibilidades que tenía el Japón de llegar a conquistar el sector meridional, y además recordó, muy sabiamente, a sus consejeros militares, que no habían conseguido derrotar a China en los plazos previstos. Al día siguiente, se celebró otra reunión, y en una intervención casi sin precedentes, el soberano abandonó su habitual reserva para insistir en su deseo de paz. Esta declaración constituyó un verdadero *shock* para los políticos; pero aun así, el plan de acción del 3 de septiembre fue aprobado.

No obstante, a Konoye se le permitió que tratara de llegar a un acuerdo antes de que se cumpliera el plazo improrrogable; pero él se dio cuenta inmediatamente de que cualquier tipo de negociación con Estados Unidos sería inútil si Japón no daba alguna señal de que estaba dispuesto a poner fin a la guerra contra China. A este respecto, el ministro de la Guerra, general Hideki Tojo, no estaba dispuesto a tirar por la ventana los frutos de cuatro años de lucha, e hizo notar que, en aquel momento, una retirada repercutiría la difusión del comunismo en Asia y animaría a los americanos a pedir otras concesiones.

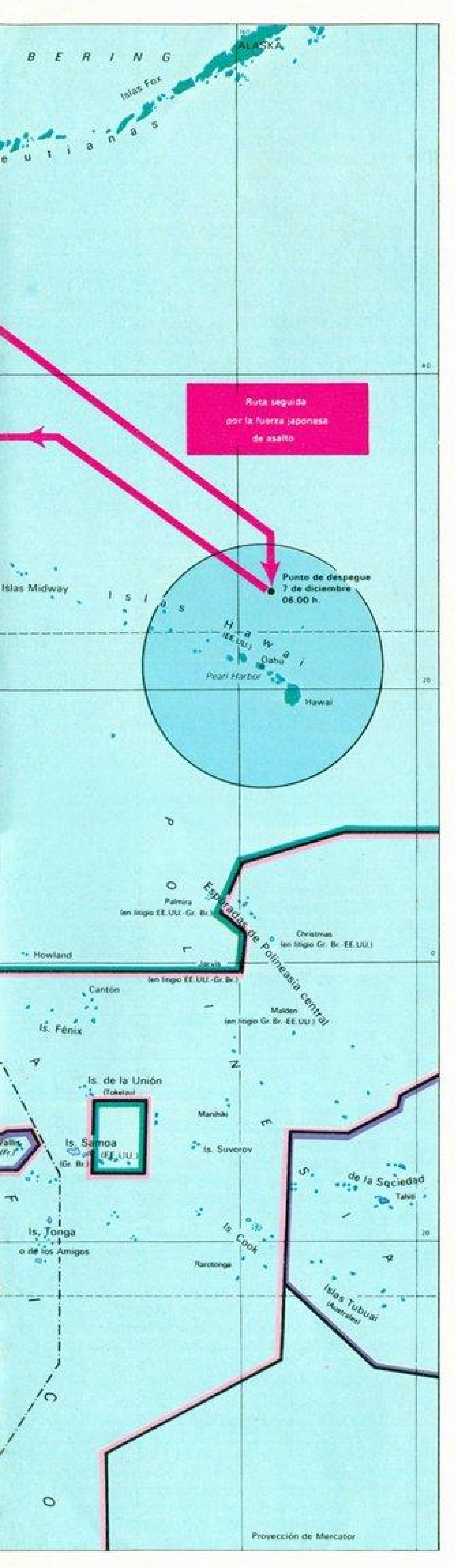
El 14 de octubre, Konoye solicitó por última vez a Tojo que aprobara una retirada. Pero Tojo fue inflexible, insistiendo en el hecho de que si Konoye no era capaz de tomar una decisión sobre el asunto de la guerra, debía dimitir. Y así fue. Dos días más tarde, Konoye presentó su dimisión, y el 17 de octubre era sustituido por Tojo.

Y, sin embargo, tampoco Tojo estaba del todo decidido a tomar la decisión fatal. Durante más de quince días tuvo reunida, casi ininterrumpidamente, la «Conferencia de Solidaridad», pasando revista a todos los aspectos de la política japonesa. El 5 de noviembre, en el curso de otra conferencia a la que asistía el Emperador, se produjo otra crisis. Los políticos más veteranos sostenían la necesidad de negociar y el Ejército quería la guerra. Y, una vez más, la decisión fue aplazada: Tojo prorrogó el último plazo para llegar a un acuerdo hasta el 25 de noviembre. Pero por entonces los preparativos para la guerra estaban llegando ya a una fase tan crítica y avanzada que muy pronto sería imposible mantener ambas posibilidades.

La falta de petróleo hacía que fuera indispensable iniciar las operaciones militares en diciembre de 1941, y además imponía a los japoneses una estrategia muy precisa. En efecto, era absolutamente necesario que los campos petrolíferos del sector meridional cayeran intactos en manos



Imperio británico y Dominios
Territorios pertenecientes a Estados Unidos
Territorios pertenecientes a Francia
Territorios pertenecientes a los Países Bajos
Imperio japonés y territorios chinos ocupados por Japón en 1941
Campos petrolíferos
Punto de aprovisionamiento 3 de diciembre
Parte de la escuadra cambia de ruta para apoyar el ataque a Wake el 16 de diciembre
Atacada el 8 de diciembre se rinde el 23
MAR DE OJOTSK
MAR DEL JAPÓN
MAR AMARILLO
MAR DE CHINA MERIDIONAL
MAR DE ARAFURA
MAR DEL CORAL
MAR DE TASMANIA
OCÉANO PACÍFICO
MONGOLIA
MANCHUKUO (MANCHURIA)
MENG-CHIANG (MONGOLIA INTERIOR)
TANNU-TUVA
CHINA
COREA
JAPÓN
INDIA
BIRMANIA
TAILANDIA
INDOCHINA FRANCESA
FILIPINAS
MALASIA
INDIAS HOLANDESAS
AUSTRALIA
NUEVA ZELANDA
MICRONESIA
MELANESIA
Hokkaido
Honshu (Hondo)
Shikoku
Kyushu
Tokio
Sajalín
Islas Kuriles
Islas Marianas
Islas Carolinas
Is. Marshall
Wake
Nueva Guinea
Borneo
Sumatra
Java
Celebes
TERRITORIO DEL NORTE
AUSTRALIA MERIDIONAL
NUEVA GALES DEL SUR
QUEENSLAND
VICTORIA
AUSTRALIA OCCIDENTAL
Canberra
Sydney
Melbourne



japonesas, y el petróleo (junto con otras materias primas, como por ejemplo el caucho, el estaño y la bauxita) debería ser trasladado al Japón con la seguridad que no se correría ningún riesgo durante la travesía. Pero he aquí que, amenazando peligrosamente las líneas de comunicación japonesas estaban las bases inglesas de Singapur, en el extremo meridional de la península de Malaca, y las bases norteamericanas situadas en las islas Filipinas.

En otoño de 1941, el Ejército y la Marina japoneses examinaron cuatro sistemas alternativos para neutralizar la doble amenaza de la base inglesa de Singapur y de las americanas de Filipinas. El primero consistía en apoderarse de las productoras de petróleo, y atacar después Malasia y Filipinas; pero este plan daría a los americanos y a los ingleses demasiado tiempo para preparar su defensa. El segundo preveía una serie de ataques en «sentido horario»: contra las Filipinas, después contra las islas productoras de petróleo y, finalmente, contra Malasia; pero también así los ingleses dispondrían de demasiado tiempo. De análoga manera, la tercera alternativa (un avance en sentido anti-horario) relegaba a último lugar a la *Pacific Fleet* y a las bases de bombarderos de la isla de Luzón, con lo que las vías de comunicación japonesas se verían expuestas a ataques enemigos.

Por lo tanto, a mediados de agosto, el Ejército y la Marina decidieron escoger la cuarta alternativa: un ataque sorpresa coordinado contra Filipinas y Malasia, seguido de sucesivos ataques contra las Indias holandesas y Birmania. De este modo se eliminarían las potenciales amenazas antes de conquistar Borneo, Java y Sumatra, las fuentes del tan ansiado petróleo.

Entre tanto, el Estado Mayor de la Flota, bajo la guía de su comandante en jefe, el almirante Yamamoto, elaboraba por su parte un perfeccionamiento de esta operación estratégica. La idea era prevenir, de forma aún más contundente, la posible intervención americana en la guerra, atacando a la *American Pacific Fleet* en su misma base de Pearl Harbor, situada en la isla de Oahu, del archipiélago de Hawai y a 3400 millas del Japón.

Por una ironía del destino, el Estado Mayor de Yamamoto estaba siendo alentado en su trabajo por una anterior iniciativa del almirante norteamericano Yarnell, quien, en 1932, había efectuado un ataque análogo, pero naturalmente simulado, en el curso de unos ejercicios realizados por la flota estadounidense. Otra confirmación indirecta de la validez de su idea, se la habían proporcionado los ingleses, cuyo ataque contra la Escuadra italiana en Tarento, en noviembre de 1941, a base de aviones torpederos embarcados en portaaviones, convenció a los japoneses de que los torpedos también podían utilizarse con toda eficacia en aguas poco profundas, como eran realmente las de Pearl Harbor, cuyo fondo no era superior a los 12 metros. Así, pues, desde el mes de diciembre de 1940, el Estado Mayor de Yamamoto estaba trabajando en el más absoluto secreto en la elaboración de este plan de ataque. En abril de 1941, el citado plan había llegado ya a una fase lo suficientemente avanzada para permitir que, en mayo, se iniciaran algunas pruebas de lanzamiento de torpedos.

A fines de agosto, el plan de ataque a Pearl Harbor fue comunicado al Estado Mayor General de la Marina. De momento encontró una violenta oposición, en particular por parte del jefe de Estado Mayor de la Marina, almirante Nagano, quien lo juzgó tan arriesgado como inútil. Sostuvo que si la Flota norteamericana se atrevía a entrar en las aguas territoriales japonesas, primero podría ser debilitada con ataques de las fuerzas ligeras y, más tarde, destruida en una batalla a gran escala. A principios de septiembre, el plan fue ensayado en el curso de unos ejercicios, y entonces se ganó otro adversario: el comandante de los portaaviones, almirante Nagumo, quien finalmente llegó a la conclusión de que la operación le costaría dos de sus seis portaaviones.

Pero a pesar de tanta oposición, Yamamoto siguió patrocinando su plan, negándose a asegurar una adecuada protección a las operaciones del sector meridional si dicho plan no se ponía en práctica. Consideraba que la única esperanza del Japón estaba en asegurarse un éxito rápido; incluso tuvo que recurrir a la amenaza de dimitir para que Nagano aceptase su estrategia: y esta estrategia consistía en debilitar a la Flota americana antes de que pudiese intervenir en las operaciones del sector meridional.

Por fin, el día 3 de noviembre el plan fue aprobado. Preveía la aproximación, a través del oscuro y neblinoso Pacífico septentrional, hasta un punto de lanzamiento situado al norte de la isla de Oahu: desde allí, un domingo por la mañana, los aviones japoneses emprenderían el vuelo para atacar Pearl Harbor. No se llevaría a cabo ningún intento de desembarco de tropas en la isla de Oahu, pues los japoneses no podían dedicar a una operación de este tipo el suficiente número de buques que la misma requería; ni tampoco podía arriesgarse a perder la indiscutible ventaja del factor sorpresa, cosa que ocurriría en el caso del desembarco.

Si el bajo nivel de las reservas de petróleo limitaba el plazo de maniobra del Japón, la adopción del plan «Pearl Harbor» reducía aún más dicho plazo. Las condiciones atmósfericas favorables podían preverse únicamente para la primera decena de diciembre, y se consideraba un día, en particular, como el más adecuado: el 8 de diciembre, un domingo al que correspondía la fase lunar más propicia para llevar a cabo la aproximación a Pearl Harbor. Este sería, pues, el «día X». Y a medida que este día se acercaba, las tentativas de negociación iban perdiendo más y más su significado.

Lo que hacía que aún fuera más increíble aquella situación era la circunstancia de que el Servicio Secreto de la Marina de Guerra norteamericana había descifrado los códigos japoneses, y por lo tanto conocía el contenido de todos los mensajes enviados desde Tokio al embajador japonés en Washington. Cordell Hull, secretario de Estado, estaba perfectamente al corriente del último plazo que Tojo había señalado para la ruptura de hostilidades (plazo prorrogado después hasta el 29 de noviembre); pero pudo hacer muy poco, o casi nada, para impedir que se produjera finalmente la ruptura anunciada por el general japonés.

Japón presentó todavía dos propuestas. La primera, el 7 de noviembre, estaba formulada en términos bastante duros e implicaba la ocupación de una parte de China hasta 1966. No obtuvo respuesta alguna. Con la segunda, más moderada, Japón se comprometía a no ocupar las islas productoras de petróleo si Estados Uni-

7 de diciembre de 1941: el Imperio japonés estaba preparado para emprender la guerra que le hubiera concedido el dominio absoluto de Extremo Oriente. Sus territorios en las islas Marshall, Marianas y Carolinas amenazaban Wake, a oriente, y Guam y las Filipinas, a occidente –todas posesiones norteamericanas–. Otro objetivo de primordial importancia lo constituían las Indias holandesas en el sudoeste. Desde sus bases en la Indochina francesa, Japón estaba además dispuesto a invadir Tailandia y Malasia. El petróleo y el caucho de las Indias británicas y holandesas –el sector meridional en los planes de guerra japoneses– fueron los motivos económicos de la guerra del Pacífico. El puerto británico de Hong-Kong estaba también amenazado por el control nipón del continente. El plan japonés consistía en un ataque por sorpresa al sector meridional y en su defensa de los contraataques aliados para reconquistarlo. Los jefes militares consideraban que los recursos japoneses bastarían para mantener la posesión de los territorios ocupados. La parte más dramática del plan japonés fue el ataque aéreo a la Flota americana del Pacífico, fondeada en Pearl Harbor, en la isla de Oahu (Hawai); mediante el éxito de esta operación Japón se proponía conseguir el control del Pacífico.

dos no se interferían en su guerra con China y se comprometían además a suministrar petróleo al Japón hasta que este último consiguiera procurárselo en las Indias holandesas. Por su parte, Japón prometía una retirada gradual de sus tropas de Indochina.

Tras haber estudiado durante algunos días esta propuesta, el 26 de noviembre Cordell Hull envió una firme réplica en la que solicitaba la retirada de China de las tropas japonesas. Desde este momento, las negociaciones quedaron prácticamente interrumpidas, y el Japón concentró entonces sus esfuerzos diplomáticos en asegurarse el prometido apoyo de Alemania e Italia en el caso de una guerra con Gran Bretaña o Estados Unidos.

El día 27 de noviembre, Konoye y algunos políticos de la antigua escuela apremiaron a la «Conferencia de Solidaridad» para que aprobara la iniciación de ulteriores negociaciones; pero no obstante, el 29 la «conferencia» se decidió por la guerra, y el 1 de diciembre, en una reunión en presencia del Emperador (quien permaneció silencioso), se confirmó plenamente esta decisión.

Al día siguiente, las Fuerzas Armadas japonesas recibieron la orden de prepararse para entrar en campaña el 8 de diciembre.

AMÉRICA ENTRA EN GUERRA

1940

27 de julio: Japón proclama la creación de la "esfera de co-prosperidad de la gran Asia" –el "nuevo orden" de Oriente.

29 de agosto: Francia y Gran Bretaña acceden a las peticiones japonesas relativas a la concesión de bases en Indochina septentrional y al cierre de la carretera de Birmania.

27 de septiembre: Japón firma el Pacto Tripartito, uniéndose a las potencias del Eje.

18 de octubre: Gran Bretaña vuelve a abrir la carretera de Birmania.

1941

13 de abril: Japón firma un pacto de no agresión con la URSS.

22 de junio: Alemania invade la URSS; el Mando Supremo del Ejército japonés insiste en la idea de una expansión por el Sur.

24 de julio: Francia cede a las peticiones japonesas de bases aéreas de Indochina meridional, bases que colocarían Singapur en el radio de acción de los bombarderos japoneses.

26 de julio: Roosevelt decide, como represalia, la congelación de todos los bienes japoneses en América. Japón se ve obligado a buscar su supremacía en el Pacífico para evitar que su posición en la escena mundial sea fijada por Estados Unidos.

16-17 de octubre: el moderado Konoye es sustituido por el agresivo Tojo en el cargo de jefe de Gobierno japonés.

3 de noviembre: se aprueba el plan del almirante Yamamoto para eliminar la Flota estadounidense en el Pacífico, mediante un ataque aéreo.

5 de noviembre: se dan las directivas japonesas de guerra relativas a un avance general en el Pacífico occidental hasta un determinado perímetro defensivo, y al ataque contra la Flota estadounidense en Pearl Harbor.

26 de noviembre: Estados Unidos pide la retirada de las fuerzas japonesas de China, lo que representa el fin de las esperanzas de un arreglo pacífico con el Japón. La formación del portaaviones del almirante Nagumo inicia su viaje hacia Pearl Harbor.

7 de diciembre: Pearl Harbor sufre una incursión por parte de las fuerzas de asalto de Nagumo, pero los portaaviones *Enterprise* y *Lexington* consiguen escapar al ataque.

8 de diciembre: Gran Bretaña, Estados Unidos y el Gobierno de Holanda declaran la guerra al Japón.

11 de diciembre: Alemania e Italia declaran la guerra a Estados Unidos.

Las órdenes efectivas de acción ya habían sido impartidas el 5 de noviembre, y preveían tres fases distintas. La primera comprendía el ataque contra Pearl Harbor y las operaciones en el sector meridional. Debía formarse un perímetro defensivo que, partiendo de las islas Kuriles y tocando Wake, las islas Marshall, las Gilbert, las Bismarck y Nueva Guinea, llegase hasta Timor, Java, Sumatra y Borneo. Después se consolidaría este perímetro defensivo, para aprovechar todos sus recursos. Y, por último, se rechazarían todas las acciones enemigas. Los japoneses esperaban apoderarse, en breve plazo, de los recursos del sector meridional, luego atrincherarse en el interior de éste y forzar a Gran Bretaña y a Estados Unidos a aceptar una paz de compromiso.

En efecto, la escala de las operaciones japonesas sería más vasta en el espacio, y en cierto sentido también en el tiempo, de lo que nunca lo fuera en las anteriores guerras sostenidas por este país. Sobre una superficie cuya extensión casi llegaba a alcanzar un cuarto de la circunferencia terrestre, se lanzarían seis operaciones, casi simultáneamente, sobre ambos lados de la línea internacional que determina el cambio de fecha. El ataque estaba previsto para las 8 horas del día 7 de diciembre, en Oahu, cuando serían las 13,30 en Washington, las 18,30 en Londres y las 3,30, ya del 8 de diciembre, en Tokio.

Para ser más exactos, debemos decir que la tentativa japonesa de asegurarse el dominio de todo el Extremo Oriente, se iniciaría en realidad a las 2,15 horas del 8 de diciembre (hora de Tokio), cuando las tropas japonesas desembarcaran en la costa nordeste de Malasia, precisamente en Kota Bharu, con el fin de apoderarse del cercano aeródromo inglés. Luego, a las 3,25 horas (7,55 del 7 de diciembre, hora local), los aparatos de los portaaviones japoneses iniciarían su ataque sobre la bahía de Pearl Harbor. A las 4 se iniciarían los desembarcos en Sengora y Pattani, en el istmo de Kra, en Tailandia. Todos estos lugares se convertirían después en las principales bases de abastecimiento para las tropas empeñadas en la campaña de Malasia.

A partir de este momento, el desarrollo de las operaciones dependería del éxito de los ataques iniciados. Si la operación de Pearl Harbor conseguía, como se esperaba, un franco éxito, a las 5,30 (6,30 en Manila) los aviones japoneses alzarían el vuelo desde sus bases de Formosa para intentar destruir las fuerzas aéreas americanas apostadas en las islas Filipinas, antes de que se iniciaran los desembarcos de tropas japonesas en las isla de Luzón. Asimismo, si los primeros ataques lanzados en Malasia alcanzaban un resultado positivo, a las 8,30 (8, hora local) comenzaría la invasión del territorio de Hong-Kong, antigua colonia de la Corona inglesa. Seguirían inmediatamente acciones limitadas para ocupar las islas de Guam, Wake y Gilbert.

El potencial japonés en tierra, mar y aire

El punto principal de las operaciones sería el intento de asegurarse una inmediata superioridad aérea, destruyendo los aviones enemigos que estuvieran en tierra y ocupando los aeródromos. Para ello era necesario recurrir al factor sorpresa; se preveían particulares dificultades en Filipinas, donde, por el hecho de salir el sol cinco horas más tarde que en Oahu, los americanos ya habrían sido advertidos del ataque contra Pearl Harbor, teniendo, por lo tanto, tiempo suficiente para prepararse y hacer frente a la agresión.

Si los ataques iniciales conseguían neutralizar todo el potencial aéreo y naval del enemigo, se ocuparían las bases necesarias para sostener el ulterior desarrollo de las operaciones. Los japoneses creían que la resistencia enemiga no se prolongaría demasiado: en su opinión, Manila caería al cabo de 50 días, Singapur al cabo de 100 y las Indias holandesas poco más de unos 150 días después de iniciado el ataque.

La división de los objetivos para el desarrollo de estas operaciones había sido claramente definida. Las operaciones en el sector meridional se confiaron al Ejército del Sur, mandado por el conde Terauchi. Sólo 11 de las 51 divisiones operativas del Ejército japonés se utilizarían en dicho sector (ya que 38 eran necesarias en China y a lo largo de la frontera con Rusia). El Ejército 14, al mando del teniente general Homma, y con el apoyo aéreo de la 5.ª Fuerza Aérea, ocuparía las Filipinas. Dicho Ejército estaba formado por dos divisiones –la 16 y la 48–, por la Brigada Autónoma 65 y por la Agrupación 56.

El Ejército 15, del teniente general Iida, constituido por la División 33 y por casi toda la 55, debía invadir Birmania y Tailandia. Con una operación a la que se había dado prioridad absoluta, el Ejército 25 del general Yamashita ocuparía Malasia. Hong-Kong quedó asignada a la División 38 (que dependía del mando en China), mientras que las operaciones en las islas del Pacífico las llevarían a cabo fuerzas de la Marina y lo que restaba de la División 55. Las operaciones en Malasia serían apoyadas por 350-450 aviones del Ejército.

En aquel tiempo, las divisiones japonesas eran algo diferentes entre sí en cuanto a la cantidad y composición de sus efectivos, ya que el Ejército estaba atravesando una fase de reorganización. Las antiguas formaciones de 12 batallones, con más de 20.000 hombres y con medios de transporte animal, fueron sustituidas por divisiones más compactas de nueve batallones, con un total de 12.000-15.000 hombres y dotadas de medios motorizados. El armamento de la infantería –y de modo particular los morteros– era bueno. Además, los soldados japoneses eran tenaces y sobrios y estaban animados por un valor que llegaba al fanatismo, prefiriendo la muerte a la captura. Al no poder contar con un fuerte apoyo de artillería, los japoneses adoptaron el sistema de atacar de noche, infiltrándose entre las posiciones enemigas y aislándolas mediante la ocupación de todas las carreteras. Los problemas logísticos eran bastante sencillos gracias, en su gran parte, a la extremada sobriedad de los soldados japoneses, que podían vivir días y días con un poco de agua y unos puñados de arroz hervido.

Las unidades del Ejército meridional contaban con un número limitado de carros de combate, ligeros y medios; con 700 aviones del Ejército y otros 480 de la Marina, con base en tierra, dotados de excepcional autonomía y conducidos por pilotos expertos. Los cazas *A6M (Zero)* eran los mejores aviones de combate en el teatro de operaciones del Pacífico. Podían escoltar a los bombarderos bimotores *G3M* y *G4M* durante todo su vuelo desde Formosa a Manila y retorno (1450 km); sin escolta, los bombarderos alcanzaban Singapur desde los aeródromos situados en Indochina meridional, a una distancia de unos 1.100 km. Cerca de un centenar de *G3M* llegaron a estos aeródromos a fines de octubre, y a comienzos de diciembre se unieron a ellos 27 *G4M*, más pesados, los cuales habían recibido órdenes explícitas de atacar y hundir a toda costa al acorazado *Prince of Wales* y al crucero de batalla *Repulse*, llegados a Singapur el día 2 de diciembre.

La Marina estaba organizada en grupos repartidos según los objetivos. Yamamoto mandaba el «cuerpo principal» de la Flota combinada, que comprendía dos acorazados con cañones de 406 mm y otros cuatro con cañones de 356 mm, a los que se añadiría muy pronto el *Yamato* que, con sus cañones de 460 mm, era el acorazado más potente del mundo.

La formación de asalto de los portaaviones que debía atacar Pearl Harbor estaba al mando del almirante Nagumo. Su escolta la formaban dos acorazados, dos cruceros pesados, un crucero ligero, 16 destructores y tres submarinos. Los seis portaaviones, en tres parejas iguales, eran el *Akagi* y el *Kaga*, el *Hiryu* y el *Soryu*, y los modernísimos *Shokaku* y *Zuikaku*, entrados en servicio, respectivamente, en agosto y en septiembre de 1941. Todos, a excepción del *Kaga*, podían alcanzar una velocidad máxima superior a los 30 nudos, y cada uno embarcaba de 63 a 75 aviones: en total 423. Los japoneses tenían además otros cuatro portaaviones más pequeños, de los cuales dos se destinaban al adiestramiento y otros dos estaban asignados a las operaciones en el sector meridional (al que estaban también asignados, para proteger los convoyes de tropas las siguientes unidades: dos acorazados con cañones de 356 mm, 11 cruceros con cañones de 203 mm, 7 cruceros ligeros, 40 destructores y 18 submarinos).

A principios de diciembre de 1941 se iniciaron las operaciones en el sector meridional. El día 4, a las 5,30 horas, 19 buques de transporte, con 26.000 hombres a bordo, partieron de la isla de Hainán y se dirigieron a Sengora, Pattani y Kota Bharu, en las costas de Tailandia y en Malasia. Al día siguiente partieron otros siete buques hacia las costas tailandesas, mientras la División de los Guardias Imperiales se preparaba para avanzar, desde Indochina, hacia Tailandia y Malasia para la labor de apoyo a los desembarcos.

En Formosa, los aviones estaban a punto para despegar rumbo a Filipinas apenas llegara la noticia del éxito del ataque contra Pearl Harbor. En dicha isla, así como en Okinawa y en las islas Palau, el Ejército 14 estaba dispuesto a desembarcar, tras los ataques aéreos, en los puntos preestablecidos. En China, la División 38 se puso en movimiento hacia Hong-Kong, en tanto que en las islas japonesas del Pacífico otras fuerzas se preparaban para atacar Guam, Wake y las islas Gilbert. El Mando del Ejército meridional ya había impartido las órdenes preliminares a sus fuerzas el día 15 de noviembre; las órdenes definitivas, que designaban el 8 de diciembre como «día X», fueron impartidas directamente desde Tokio, el 2 de diciembre, a la totalidad de las fuerzas japonesas.

Y, mientras tanto, los portaaviones de Nagumo navegaban ya hacia Pearl Harbor. El 22 de noviembre se habían reunido en la bahía de Tankan (en las remotas islas Kuriles), donde embarcaron en cubierta reservas de carburante, bombas perforantes para el bombardeo a gran altura y unos torpedos especiales provistos de aletas estabilizadoras de madera, especialmente proyectados para ser empleados en aguas poco profundas. Precediendo a la formación de portaaviones, zarpó del Japón una «fuerza de expedición avanzada», compuesta por 27 submarinos, con el encargo de patrullar el acceso a Pearl Harbor. Cinco de ellos trasportaban submarinos de bolsillo, que deberían torpedear los buques americanos fondeados en el puerto. Submarinos, cruceros y destructores disponían de torpedos de 610 mm, con propulsión a oxígeno líquido, que eran los más potentes del mundo.

La formación de Nagumo se pone en movimiento

El 25 de noviembre, Yamamoto impartió las órdenes ejecutivas para el ataque. La formación de Nagumo debía zarpar al día siguiente, efectuar las operaciones de abastecimiento el 3 de diciembre, atravesar la línea internacional del cambio de fecha, y, por último, dirigirse hacia el Sudeste. Debía tener sumo cuidado en eludir cualquier buque en alta mar. Los navíos americanos, holandeses e ingleses que encontraran serían inmediatamente hundidos, y los de otros países abordados y capturados para impedir que enviaran mensajes. La formación mantendría el más riguroso silencio por radio; en cambio, todas las demás unidades de la Flota imperial, que se encontraban diseminadas en las aguas territoriales japonesas, intensificarían hasta el máximo sus mensajes radiados, de manera que confundieran los servicios de escucha del enemigo.





Negociaciones de última hora, mientras crece la tensión en el Extremo Oriente; el enviado japonés Kuruso (a la derecha) se dirige a la Casa Blanca en compañía del secretario de Estado americano Cordell Hull. El príncipe Konoye, último Primer Ministro japonés de tendencias pacifistas, fue sustituido el 17 de octubre de 1941 por el agresivo general Tojo que le había forzado a presentar la dimisión para llevar a cabo sus planes. *(Keystone)*

Si Nagumo fuera descubierto por los americanos antes del 6 de diciembre, la operación se suspendería; si eso ocurría algo después, le correspondería al propio Nagumo tomar una decisión. Y si, de improviso, las negociaciones con Norteamérica ofrecieran la posibilidad de un acuerdo, la formación se detendría en espera de órdenes.

El ataque se efectuaría en dos oleadas. La primera, de 140 bombarderos y 50 cazas *Zero*, emprendería el vuelo a las 6 horas (hora local), a 275 millas al norte de Pearl Harbor. Sus objetivos eran los cinco aeródromos (los japoneses ignoraban la existencia del sexto), la base de hidroaviones situada en Kaneohe y los acorazados y portaaviones fondeados a lo largo de la isla Ford.

Si, por cualquier motivo, las unidades enemigas no estuvieran en el puerto, los bombarderos llegarían hasta 150 millas al sur de Oahu para buscarlas. En la segunda oleada, atacarían 213 aviones, mientras otros 30 desarrollarían una actividad de reconocimiento por encima de las unidades japonesas, y otros 40 permanecerían en reserva. Después del ataque, toda la formación de Nagumo debía volver inmediatamente hacia las aguas territoriales japonesas, deteniéndose únicamente en un punto establecido de antemano, donde unos buques de apoyo la abastecieran de combustible.

Mientras la formación (acompañada de sus buques de apoyo) avanzaba hacia el Este a moderada velocidad (13 nudos), el cielo permaneció cubierto y el mar borrascoso. El 4 de diciembre las condiciones atmósfericas mejoraron y, tras repostar, los buques cruzaron la línea internacional del cambio de fecha para dirigirse hacia el Sudeste, a una velocidad de 25 nudos y dejando atrás los buques de apoyo.

A medida que se aproximaban al punto de lanzamiento, escuchando las emisiones de la radio norteamericana, los japoneses se convencieron de que en el sector de las Hawai todo estaba tranquilo, y que los vuelos de reconocimiento americanos efectuados desde Oahu se limitaban al sector Sudoeste. Por los informes transmitidos por un espía desde Oahu, se supo que en el puerto se encontraban ocho acorazados, pero no los portaaviones *Enterprise* y *Lexington*. La ausencia de los portaaviones era un hecho desalentador; pero los japoneses llegaron a la conclusión de que el hundimiento de los acorazados constituiría, de todos modos, un resultado más que suficiente.

A las 21 horas del 6 de diciembre, la formación de Nagumo alcanzó el punto desde el cual debía dirigirse hacia el Sudeste. La noche era oscura y las nubes descendían a menos de 2.000 metros cuando, en el trinquete del *Akagi*, se izó la misma bandera de combate que el almirante Togo llevó en su buque insignia, en la histórica batalla de Tsushima, el año 1905. Entre tanto, más hacia el sur los submarinos de bolsillo iniciaban su peligrosa entrada en la rada de Pearl Harbor.

A las cinco horas del día 7 de diciembre fueron catapultados, desde los cruceros, dos hidroaviones de reconocimiento, con objeto de explorar las rutas de Pearl Harbor y de Lahaida. Su misión principal era buscar –una búsqueda que luego resultó infructuosa– los dos portaaviones norteamericanos que, según los informes, se hallaban fuera de la bahía.

A las 6,15, la primera oleada de aviones atacantes se dispuso en formación y se dirigió hacia el Sur; cada hombre sabía perfectamente cuál era su deber y el objetivo señalado, y todos estaban decididos a demostrar a los norteamericanos que el valor de los japoneses era desde luego insuperable.

Sólo un pequeño detalle empañaría el brillante éxito de la operación. Los japoneses habían querido proporcionar al Gobierno americano una especie de advertencia del comienzo de las hostilidades, remitiendo una nota, en 14 párrafos, a las 13, hora de Washington (7,30 hora de Pearl Harbor). En el decimocuarto párrafo se declaraba que las negociaciones habían concluido, y como se creía que los americanos no tendrían tiempo de estudiarlo, no darían la alarma a sus fuerzas antes del comienzo del ataque (13,25, hora de Washington). En cambio no se preocuparon en absoluto de advertir a los ingleses.

Pero este intento de última hora, de respetar las leyes internacionales, fracasó a causa de que el personal de la embajada japonesa en Washington no consiguió mecanografiar a tiempo la nota. Los descifradores norteamericanos fueron mucho más rápidos que los japoneses en comunicar el contenido de la nota a Cordell Hull y al presidente Roosevelt. Y así, cuando el embajador Nomura fue a visitar a Hull, ya era demasiado tarde.

CRISTOPHER HART

Nació en 1936, y desde muy joven se interesó por los problemas de la estrategia naval y aérea. Después de doctorarse en la universidad de Londres, se dedicó al estudio de dichos problemas en amplia escala. Ello le llevó a trabajar para sir Basil Liddell Hart en temas sobre la estrategia de la guerra del Pacífico. Actualmente ha ampliado el campo de sus conocimientos, incluyendo la historia contemporánea y los problemas estratégicos de la era nuclear. Sus distracciones favoritas son los proyectos industriales y los viajes; actualmente, divide su tiempo entre Londres y las islas Normandas.



PEARL HARBOR: EL ATAQUE



Donald Macintyre, capitán de navío

El ataque aéreo contra Pearl Harbor fue un acto de destrucción total y sistemática. Nunca, hasta entonces, una fuerza aérea había aniquilado prácticamente una flota enemiga en una sola acción. No obstante, el éxito japonés no fue completo: dos portaaviones americanos de la "Pacific Fleet" escaparon del desastre, y más tarde, en el transcurso de los meses que siguieron, desarrollarían una actividad de importancia fundamental. Así y todo, se trató de un triunfo indiscutible: transcurriría mucho tiempo, después de Pearl Harbor, antes de que los norteamericanos estuvieran de nuevo en condiciones de desafiar la supremacía de la Marina de Guerra del Japón.

Según el plan original de guerra japonés, el avance hacia el Sur, siguiendo unas directrices que permitieran ocupar Tailandia, Malasia, Filipinas y las Indias holandesas, debería ser apoyado por toda la Marina de Guerra imperial. La *Pacific Fleet* estadounidense, que, como era de prever, se apresuraría para llega a las Filipinas a fin de socorrer a los países atacados, hubiera sido hostigada por aviones y submarinos, con base en las islas Marshall y Carolinas, antes de entablar batalla con la superior Flota japonesa.

Sin embargo, como ya se ha visto, a comienzos de 1941, el comandante en jefe de la Flota japonesa, almirante Yamamoto, consideró este plan con ciertas reservas. A diferencia del grupo militar del general Tojo, Yamamoto se percató claramente de que, si bien, gracias a su excelente preparación, el aparato bélico japonés era capaz de lograr un franco éxito en las fases iniciales, el inmenso potencial industrial de Estados Unidos frenaría muy pronto la expansión nipona. Y, cuando llegase este momento, sólo sería posible negociar una paz de compromiso en el caso de que el Japón estuviera ya tan firmemente instalado en el nuevo imperio recién conquistado que la empresa de «desterrarlo» pareciera imposible a los Aliados occidentales. Con este fin era necesario asegurarse un periodo de tiempo de completa libertad de acción, destruyendo para ello la *Pacific Fleet*.

Habiendo advertido, desde hacía tiempo, el papel decisivo que los portaaviones podían desempeñar en la estrategia naval, se convenció de que los seis de que disponía constituían un elemento idóneo. Entonces, el contraalmirante Takijiro Onishi, jefe del Estado Mayor de la 11.ª Fuerza Aérea, recibió la orden de estudiar la posibilidad de un ataque aéreo sobre Pearl Harbor con aviones embarcados. Onishi llamó a su lado a un héroe de la guerra de China, el general de brigada Minoru Genda. Y, trabajando en el más absoluto secreto, a fines de mayo de 1941, habían ultimado un estudio del que se desprendía que la operación ofrecía las mayores probabilidades de éxito; siempre, claro está, que se emplearan los seis portaaviones de la Flota y se consiguiera mantener el más absoluto secreto en torno a los preparativos.

En un principio, al ser sometido al jefe del Estado Mayor de la Marina, el plan fue rechazado, alegándose que los portaaviones eran necesarios para apoyar el avance hacia el Sur, y que, además, si la operación dependía totalmente del factor sorpresa, resultaba muy arriesgado realizar la travesía de 3400 millas. No obstante, confiando en que las objeciones serían superadas, Yamamoto dio órdenes a los grupos de portaaviones para que prepararan un programa especial de adiestramiento basado en el ataque por torpedos, en el bombardeo en picado y en el bombardeo a gran altura sobre blancos situados en espacios muy reducidos. Exceptuando un limitado número de oficiales de Estado Mayor, los cuales, junto con Genda, ultimaron el plan detallado, nadie estaba al corriente de la finalidad de estos ejercicios.

A los técnicos de la principal base naval de Yokosuka se les confió la tarea de preparar los torpedos aéreos de un modo especial, a fin de que, aun siendo lanzados desde una cota superior a la normal, entraran en el agua en posición horizontal y no se sumergieran demasiado al comienzo de su recorrido. Desde luego, no se reveló a nadie la finalidad de esta adaptación. En septiembre, dichos torpedos, provisto de especiales aletas estabilizadoras, se experimentaron con el más completo éxito, empezando su producción en serie.

El día 16 de octubre, cuando cayó el gobierno presidido por Konoye, quien fue sustituido por el agresivo general Tojo, Washington se apresuró a enviar al almirante Kimmel y al general Short a las islas Hawai, lo que indicaba claramente que la situación era grave. No obstante, los políticos americanos creían que el primer movimiento japonés sería un ataque contra los territorios marítimos de Rusia; el detalle de que, en julio, hubiera prevalecido el criterio de la Marina imperial en el largo debate mantenido con el Ejército, en cuanto a los planes de guerra, y que luego los japoneses decidieran una ofensiva hacia el Sur, no llamó la atención del Servicio de Información norteamericano.

La posibilidad de un ataque aéreo había sido considerada tan sólo de una manera muy superficial, y los ejercicios con unidades de la Marina se efectuaron a un ritmo intermitente y con el espíritu propio de tiempos de paz. Y, ciertamente, los resultados no habían sido brillantes. A partir de agosto empezaron a llegar a Hawai algunas instalaciones de radar móviles, bastante primitivas, que el mando local situó en diversos puntos a lo largo de la costa de Oahu. Aquellas intalaciones sufrían frecuentes averías, y padecían de lo que se podría llamar «trastornos de crecimiento».

A juicio de los comandantes de la Marina, tanto de Washington como de Hawai, la nueva situación era más bien inquietante. Y aunque se consideraba que un ataque del Japón probablemente se produciría contra Rusia, tampoco se descartaba la posibilidad de un ataque contra Estados Unidos o Gran Bretaña. Por ello, la *Pacific Fleet* recibió la orden de tomar «oportunas precauciones, comprendidos aquellos despliegues preventivos que no descubran nuestras intenciones estratégicas y no constituyan acciones provocativas contra el Japón».

En caso de acciones hostiles por parte de los japoneses contra la navegación mercante estadounidense, todos los buques que se encontraran en el Pacífico occidental deberían dirigirse inmediatamente a puertos amigos. Asimismo, habiendo recibido órdenes de «adoptar todas las medidas de precaución de ejecución práctica» para la seguridad de los aeródromos de Wake y Midway, Kimmel envió a ambas islas refuerzos de *marines*, convoyes de municiones y de otros materiales y aviones de reconocimiento. Se tomaron también especiales medidas de precaución con el fin de impedir que submarinos japoneses pudieran efectuar ataques por sorpresa en las zonas donde se estaban realizando maniobras.

Pero, por lo que parece, nadie pensó en la posibilidad de un ataque aéreo contra Pearl Harbor.

Objetivo: Pearl Harbor

Casi al mismo tiempo, a bordo del portaaviones japonés *Akagi*, buque insignia del vicealmirante Chuichi Nagumo, comandante de la fuerza de asalto de portaaviones rápidos, y ante los ojos de los oficiales pilotos y del mismo Yamamoto les dio la asombrosa noticia de que el objetivo de su misión sería la base naval americana situada en aquella bahía. Y a partir de entonces la actividad de adiestramiento se reemprendió con un ritmo y un entusiasmo mucho mayores. El 1 de noviembre, el comandante en jefe impartió la orden ejecutiva, fijando que el domingo 7 de diciembre sería el día decisivo. Dos días después, el almirante Nagano fue convencido, al fin, para que diera también su asentimiento.

Entre el 10 y el 18 de noviembre, solas o por parejas, la unidades de la fuerza de asalto de Nagumo –seis portaaviones, dos acorazados, tres cruceros, 9 destructores y 8 petroleros– salieron furtivamente de sus fondeaderos y, siguiendo rutas tortuosas, se dirigieron hacia un punto secreto de encuentro: la desierta bahía de Tankan, en Etorofu, la mayor de las islas Kuriles. Todas las unidades recibieron la orden de mantener el más riguroso silencio por radio.

En Hawai y en Washington no faltaron indicios que señalaban la inminencia de alguna importante operación japonesa. El día 1 de noviembre, los centros de desciframiento informaron que todos los códigos de llamada por radio de las unidades japonesas habían sido cambiados. En realidad, este detalle no era muy importante, pues, por lo general, de vez en cuando dichos códigos se cambiaban. Pero el cambio ulterior, que se produjo tan sólo un mes más tarde, no podía ser otra cosa que un síntoma, grave por demás para los americanos, de que los japoneses estaban preparándose para actuar.

En el transcurso del mes de noviembre, el centro de desciframiento de los mensajes radiados consiguió identificar de nuevo cierto número de unidades; pero, en cambio, había perdido todo contacto con los portaaviones japoneses. Basándose en el hecho de que las hipótesis formuladas en análogas ocasiones habían demostrado ser exactas, los americanos llegaron a la conclusión de que dichos buques debían encontrarse en las aguas territoriales japonesas.



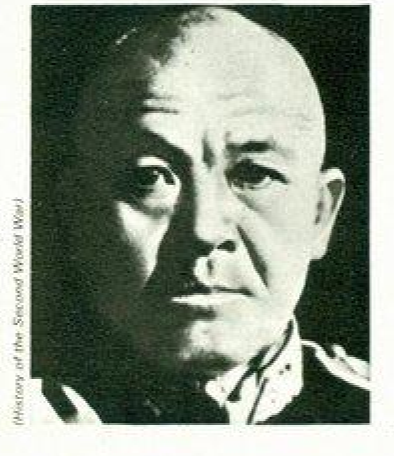
Almirante Kimmel, comandante de la Flota estadounidense en Pearl Harbor.



General Short, comandante de las fuerzas terrestres americanas en Pearl Harbor



Almirante Nagano, jefe de Estado Mayor de la Marina japonesa.



Almirante Nagumo, comandante de la formación de los portaaviones japoneses.

(History of the Second World War)

Pero de otra fuente de información llegaban muy diversas noticias. Se trataba de informaciones que, de haberse examinado conjuntamente con los resultados obtenidos por las otras unidades adscritas al centro de desciframiento, hubieran podido ser valoradas en toda su siniestra importancia. Desde el 5 de noviembre en adelante, una serie de mensajes dirigidos a los representantes japoneses en Washington, advertían que el 25 de noviembre era la fecha tope del plazo improrrogable para lograr un resultado positivo en las negociaciones. El 22, Tokio aplazó aún el vencimiento hasta el 29; pero después de esta fecha, «cualquier cosa sucedería automáticamente». La última semana de noviembre ya se podía considerar que las negociaciones habían fracasado definitivamente; y, en consecuencia, cabía esperar que la guerra estallara de un momento a otro. Pero como los norteamericanos habían decidido no ser los primeros en abrir el fuego (e incluso, no iniciar movimientos que pudieran ser provocativos), la elección del tiempo y del lugar quedaba en manos de los japoneses.

El 24 de noviembre, los marinos norteamericanos en el extranjero recibieron la siguiente advertencia: «Es posible un movimiento agresivo, basado en la sorpresa, en cualquier dirección, comprendidas las Filipinas y Guam.» Tres días después, un mensaje enviado por el jefe de operaciones navales, empezaba con esta inquietante frase: «Este despacho debe ser considerado como una advertencia previa de guerra»; y proseguía citando los posibles objetivos japoneses. Pero el mensaje no mencionaba las islas Hawai, ni tampoco Wake y Midway. Y precisamente el día antes del envío de este despacho, los navíos del almirante Nagumo habían salido de las frías aguas de la bahía de Tankan para dar comienzo a su misión. Uno tras otro, todos los buques se fueron alejando hasta desaparecer en el tempestuoso mar septentrional, apuntando hacia el Este, a lo largo del paralelo 43 y lejos de todas las rutas normales de navegación.

A bordo de aquellos portaaviones reinaba una atmósfera de gran excitación. Pocas horas antes, todos, excepto los privilegiados que ya estaban «al corriente», habían sido informados de la naturaleza de la misión a la que estaban destinados: descargar un golpe mortal contra las fuerzas navales de un país que se interponía entre el Japón y su glorioso destino. Por todas partes podía advertirse una sensación de gozosa espera; excepto quizá en el puente de mando del buque insignia, donde Nagumo estaba pensando en los grandes riesgos de aquella operación, a la que él había acabado por dar su consentimiento, después de muchas vacilaciones y tan sólo ante la insistencia de los oficiales de Aviación de su Estado Mayor y sobre todo de su comandante en jefe, el almirante Yamamoto.

Un objetivo confiado

Unas 3000 millas más al Sudeste, inmersa en su maravilloso clima y del todo ignorante de cuanto iba a suceder, resplandecía Pearl Harbor. Los únicos síntomas aparentes del peligro de guerra eran algunos movimientos de soldados y de camiones del Ejército: en efecto, las tropas del general Short se dirigían a sus puestos para «la señal de alarma n.º 1» (expresión que significaba precauciones contra la posibilidad de sabotajes por parte de la población local japonesa). En las unidades navales, en las que, desde hacía algún tiempo, se habían instalado un limitado servicio de alarma, ante cuyo aviso algunos cañones antiaéreos estaban siempre a punto de entrar en acción, no se tomó ninguna ulterior medida de precaución. Los portaaviones *Enterprise* y *Lexington* estaban en alta mar, transportando aviones de caza a Wake y a Midway. Todas las demás unidades de la Escuadra permanecían, normalmente, en el mar y volvían a Pearl Harbor para el fin de semana.

Durante los primeros días de diciembre, el servicio de desciframiento reveló que todos los funcionarios diplomáticos y consulares japoneses habían recibido la orden de destruir sus claves secretas, así como todos los documentos reservados. Aun constituyendo un claro indicio de la inminencia de la guerra, ello no indicaba, ciertamente, que Pearl Harbor fuera un posible objetivo japonés. En cambio, sí lo era una serie de informaciones interceptadas, procedentes del cónsul japonés en Honolulú y relativas a la localización de unidades de la *Pacific Fleet:* sin embargo, e inexplicablemente, no se dio al hecho ninguna importancia particular. Otro importante síntoma era el hecho de que el servicio de interceptación de mensajes hubiera perdido el contacto con los portaaviones japoneses; pero, como hemos señalado, los americanos lo interpretaron de forma equivocada, llegando a la conclusión de que estos buques se hallaban pacíficamente fondeados en las aguas territoriales japonesas. Por lo tanto, no se ordenó ningún vuelo de exploración de amplio radio, ni se introdujo ningún cambio al programa de adiestramiento de la flota, según el cual ésta entraría regularmente en el puerto cada fin de semana para conceder a la tripulación el reposo y las diversiones merecidas.

Pero la razón que, por encima de cualquier otra, indujo a los norteamericanos a no tomar en consideración la posibilidad de un ataque contra Pearl Harbor, era la existencia de claros indicios de que, más al Sur, los japoneses estaban a punto de iniciar una colosal operación anfibia. El 6 de diciembre, algunos aviones de reconocimiento ingleses y americanos habían descubierto convoyes japoneses de tropas navegando por el golfo de Siam; y los comandantes americanos ni siquiera podían imaginar que los japoneses tuvieran recursos –o audacia– para organizar en otro sector una operación simultánea que exigiera el empleo de todos sus portaaviones.

En cambio, así sucedía. Unos miles de millas al noroeste de las islas Hawai, los portaaviones japoneses habían conseguido avanzar sin ser descubiertos. El día 1 de diciembre llegó la tan esperada señal que confirmaba la operación (*Niitaka Yama Nobore:* escalar el monte Niitaka), es decir, el anuncio de que, al final, se habían decidido romper las hostilidades. Al día siguiente mejoraron un tanto las condiciones atmosféricas, se llenaron los depósitos de los buques de guerra y, por la tarde, la formación se dirigió hacia el Sudeste, a un punto situado a unas 500 millas al Norte de Pearl Harbor y al cual esperaban llegar la tarde del día 6. Ahora la decisión final de lanzar el ataque estaba en manos de Nagumo, quien debería basarse en los mensajes enviados, en el último minuto, por el agente japonés en Honolulú, relativos a la presencia en el puerto de la *American Pacific Fleet*.

Entre tanto, los americanos estaban interceptando y descifrando los mensajes en clave «purple», que indicaban la decisión japonesa de rechazar el ultimátum americano del 6 de noviembre. Y casi en el mismo momento (tarde del día 6, hora de Hawai), a bordo de los portaaviones japoneses se estaba desarrollando la ceremonia de consagración a la inminente batalla. Todos los hombres de la tripulación se habían reunido en cubierta, donde se pronunciaron inflamados discursos patrióticos; en el palo mayor del *Akagi* se izó la histórica bandera del almirante Togo, que 36 años antes llevara éste en la batalla de Tsushima. Cuando, por fin, aquellos hombres, conmovidos y excitados, volvieron a sus puestos, la formación se dirigió hacia el Sur, para alcanzar a toda velocidad la posición elegida para el despegue de los aviones.

Mientras tanto, en Washington, y más exactamente en la estación de radio de Bainbridge Island, se interceptaba otro importantísimo mensaje en clave que fue descifrado y traducido. En él se daban intrucciones al embajador japonés para que presentara al Secretario de Estado americano la comunicación oficial de la ruptura de las negociaciones; y debía hacerlo exactamente a las 13 horas del día 7 de diciembre (hora de Washington). A las 9,15 el mensaje llegó al almirante Stark, jefe de las operaciones navales, y luego pasaron otros 35 minutos antes de que el Secretario de Estado lo viera. A ambos se les ocurrió advertir que las 13 horas coincidirían, aproximadamente, con la salida del sol en Honolulú. Y, sin embargo, transcurrieron otros 70 minutos de inactividad antes de que el general Marshall, como jefe del Estado Mayor General, de regreso de su habitual paseo matutino, viera el mensaje. Marshall propuso inmediatamente a Stark que transmitiera un especial aviso de guerra a todas las Fuerzas Armadas. Mas, como Stark no aprobaba la idea, Marshall preparó un mensaje perso-

nal a los comandantes del Ejército, concluyendo con estas palabras: «Sea cual sea el significado exacto que pueda tener esta indicación relativa a la hora, no lo sabemos; no obstante, manténganse alerta». El mensaje fue entregado para su traducción cifrada y enviado a las 12 horas. Pero mucho antes de que llegase a Pearl Harbour, el estadillo de las bombas y de los torpedos japoneses hicieron que dicho mensaje fuera totalmente inútil.

En aquel momento (6,30 hora de Hawai) ya se había lanzado al ataque la primera oleada de aviones japoneses: 50 bombarderos con una bomba de 800 kg cada uno, capaz de perforar la más robusta coraza; otros 70 provistos de un torpedo, y 51 bombarderos en picado, con una bomba de 250 kg, más 43 cazas *Zero*, cuya misión era escoltar a los bombarderos y atacar en vuelo rasante.

El almirante Nagumo dio la orden definitiva acosado por dudas y vacilaciones, ya que el informe de la agencia japonesa confirmaba la ausencia de los portaaviones *Lexington* y *Enterprise*. Pero los ocho imponentes acorazados y los numerosos cruceros y destructores que los acompañaban eran, de todos modos, una presa lo suficientemente codiciable para hacer que se decidiera.

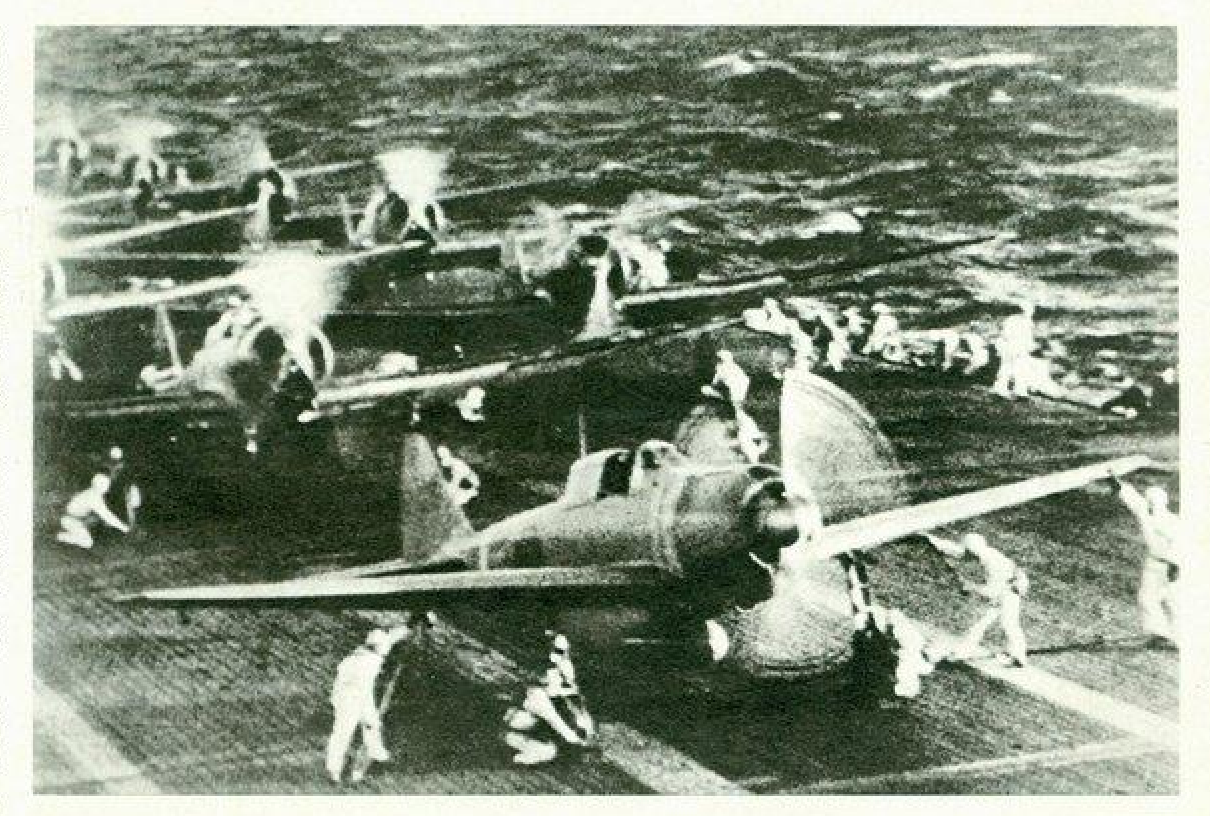
Por otra parte, a lo largo de Pearl Harbor ya estaban desarrollándose las primeras acciones de guerra. El dragaminas estadounidense *Condor*, en misión habitual de dragado, advirtió al destructor *Ward*, en servicio de patrulla, que había divisado un periscopio; no obstante, no se transmitió ninguna señal de alarma a la estación del puerto. Después de haber sido inútilmente buscado durante más de dos horas por el *Ward*, el periscopio fue nuevamente divisado por un hidroavión, que señaló su posición con bombas fumígenas. Así, el destructor pudo entrar en contacto con el enemigo: se trataba de un submarino de bolsillo japonés, que, a las 6,45 horas fue hundido con cargas de profundidad y algunos cañonazos. La noticia de este incidente llegó con cierto retraso (a las 7,12 horas) al almirante Kimmel. Y a las 7,50, mientras Kimmel se dirigía a toda prisa a su despacho, una explosión sobre la isla Ford, que se encuentra en medio de la bahía, constituyó la primera indicación de que Pearl Harbor estaba sufriendo un ataque aéreo.

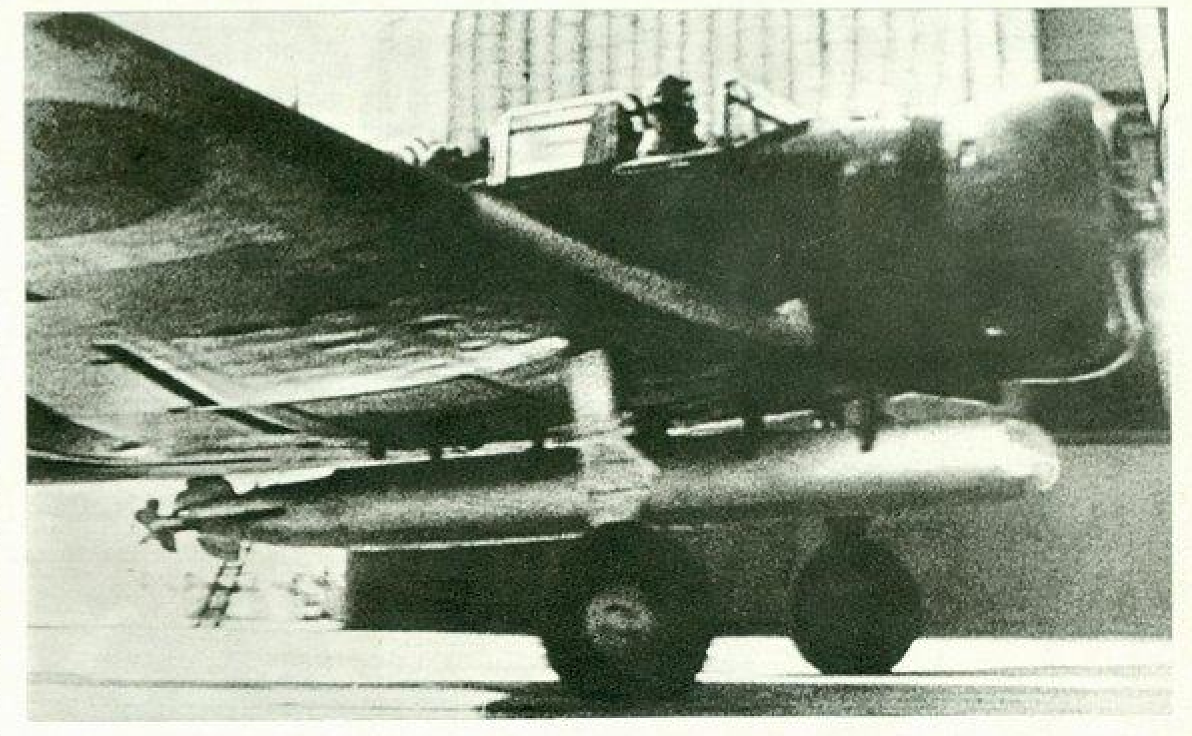
En efecto, desde las 6,15 la primera oleada de aviones japoneses volaba hacia el Sur, guiada por el comandante Mitsuo Fuchida, quien pilotaba el bombardero que iba en cabeza. Un par de operadores de radar, que se ejercitaban en el manejo de la estación móvil de Opana, vieron aparecer los aviones en la pantalla, a una distancia de 220 km, y, por curiosidad, calcularon la dirección en la que se aproximaban; el centro de información, recibido el mensaje del descubrimiento, les contestó que, con toda probabilidad, se trataba de una escuadrilla de «Fortalezas volantes» que llegaba del continente.

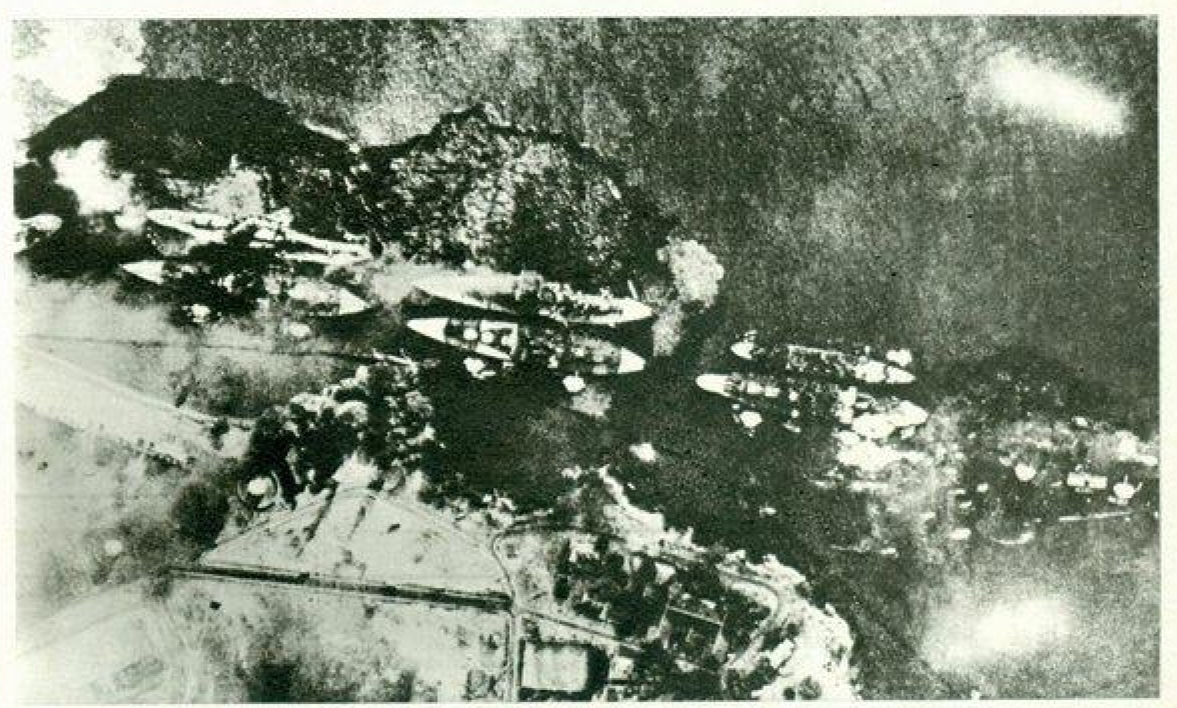
Fuchida condujo sus aviones a lo largo de la costa occidental de Oahu, bajo las miradas perezosamente curiosas de las numerosas familias que vivían junto a la playa, y que los confundieron con aviones propios. A las 7,50 Fuchida vio, al fin, más allá de la llanura central de la isla, la bahía de Pearl Harbor.

Evidentemente, el enemigo iba a ser atacado por sorpresa. Y entonces dio la orden de atacar.

Después de haber repetido infinitas veces aquella maniobra en el curso de los constantes ejerci-

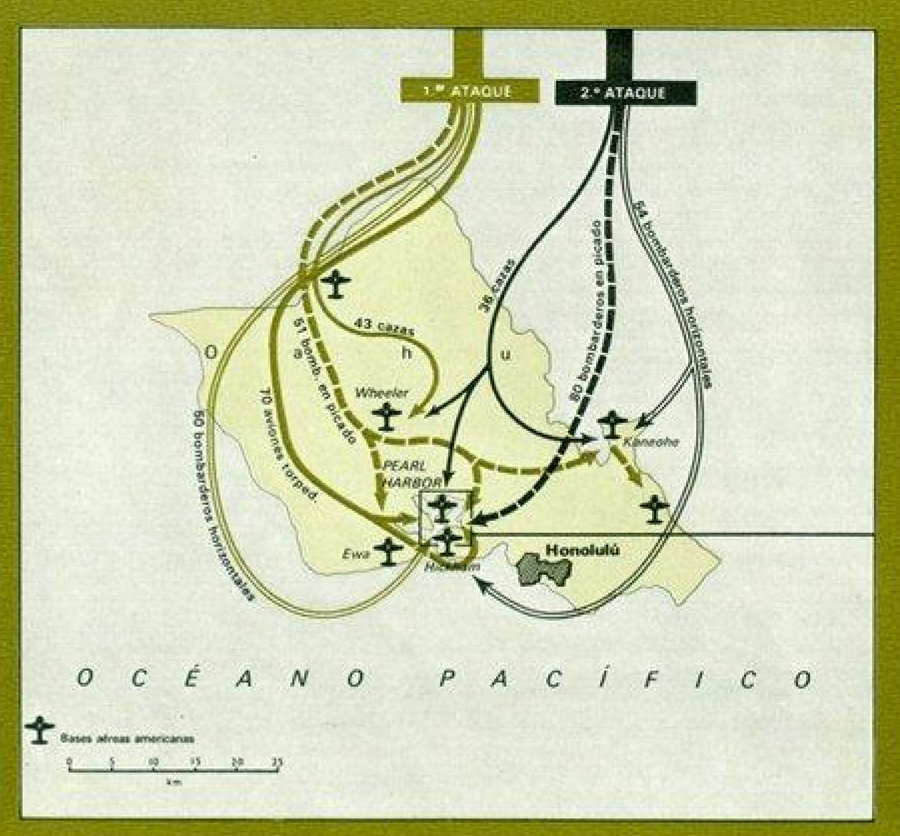


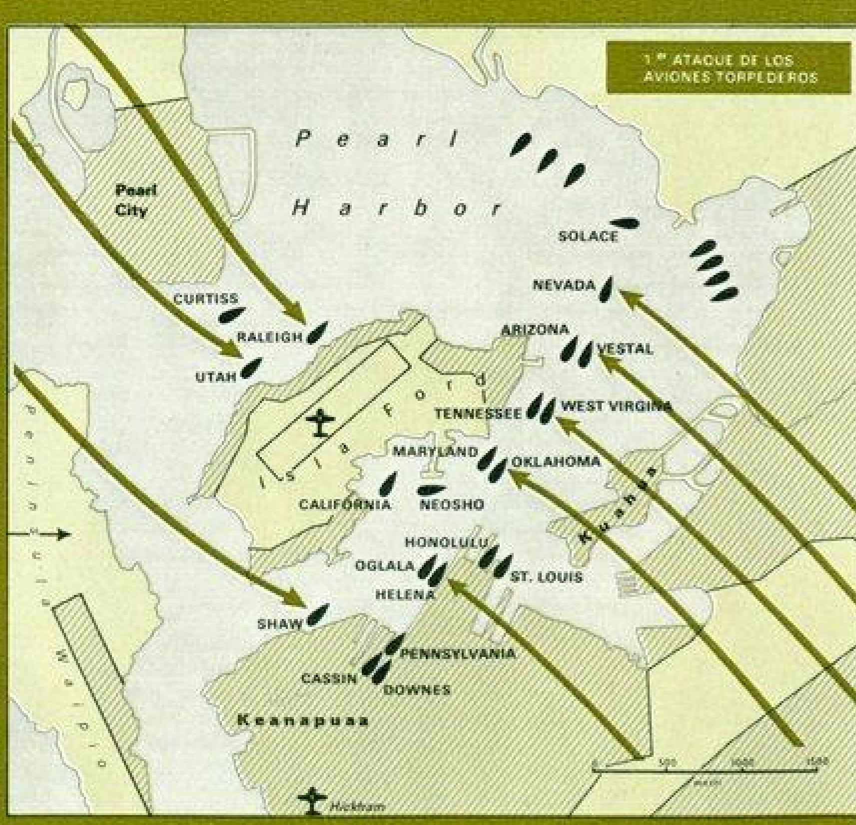




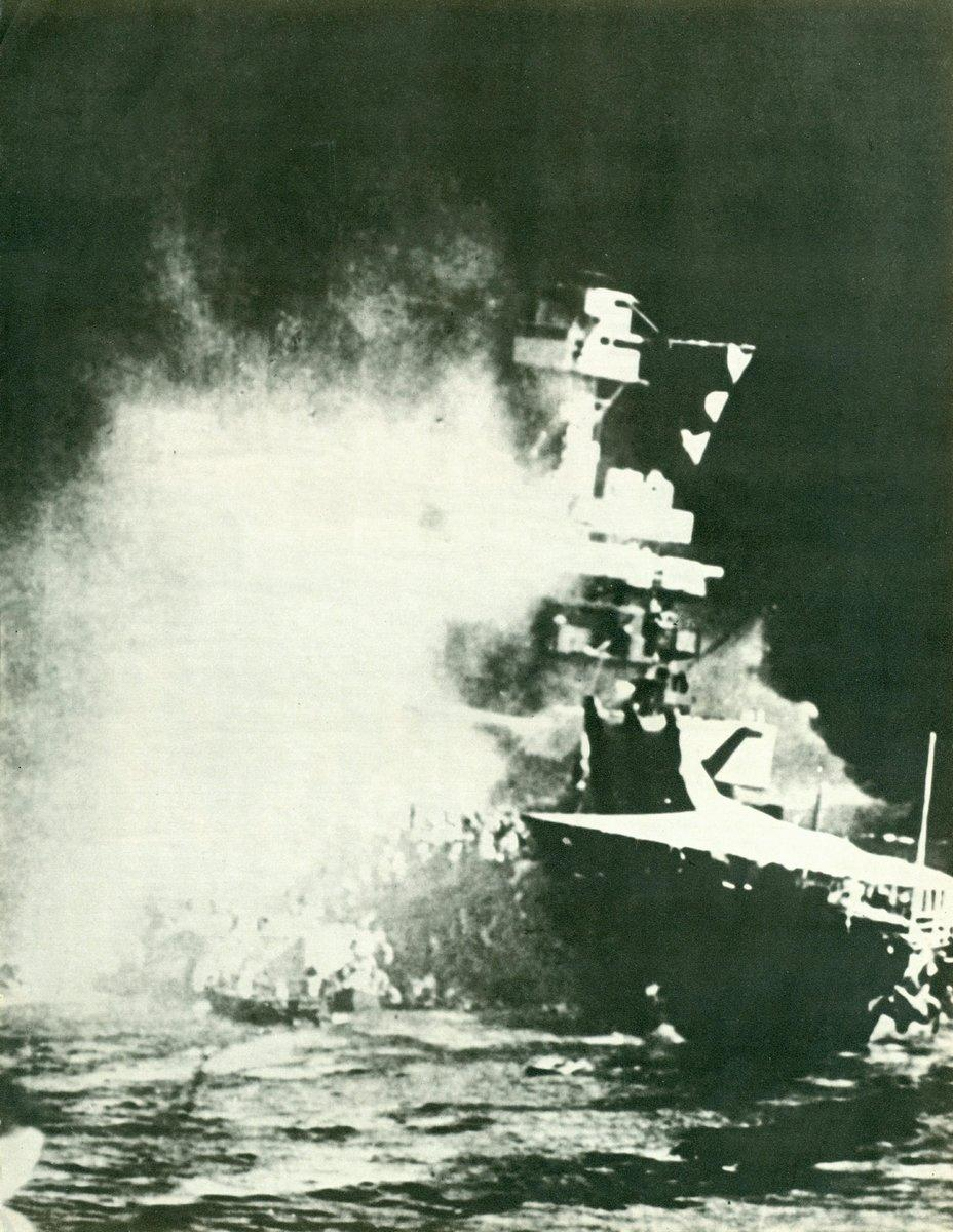
Arriba: unos cazas *Zero* sobre la cubierta de vuelo de uno de los portaaviones de Nagumo. En medio: un avión torpedero *Kate* se prepara a despegar. El 7 de diciembre de 1941, 384 aviones entre aviones torpederos, bombarderos en picado, bombarderos horizontales y cazas atacaron Pearl Harbor destruyendo la *Pacific Fleet*. Abajo: los acorazados americanos abarloados por parejas constituyeron para los atacantes japoneses un fácil blanco. Estos esperaban que también los dos grandes portaaviones, el *Lexington* y el *Enterprise* se encontrasen en el puerto. Casualmente, sin embargo, no estaban presentes en la rada, ya que habían salido con una misión a la isla Wake y a las Midway, y pudieron así sustraerse al ataque. (US Navy)

El acorazado *Arizona* alcanzado por una bomba que, después de haber perforado la cubierta, estalló en los pañoles de municiones de proa, se hunde presa de las llamas en Pearl Harbor. Más de 1.000 hombres quedaron atrapados bajo cubierta sin ninguna posibilidad de salvación. Las pérdidas sufridas por los americanos fueron muy elevadas.
(US Navy)





El ataque aéreo japonés se efectuó en dos oleadas sucesivas. Durante la primera los aviones torpederos se lanzaron sobre la rada de la isla Ford donde estaban fondeados los buques estadounidenses, mientras los cazas *Zero* atacaban los aeródromos de Wheeler, Kaneohe, Ewa y Hickham. Durante la segunda oleada, bombarderos horizontales y en picado provocaron daños aún mayores. Pero entonces los japoneses encontraron una cierta reacción por parte de las baterías antiaéreas. Sin embargo, con las exiguas pérdidas de nueve cazas, quince bombarderos en picado y cinco aviones torpederos, los japoneses consiguieron neutralizar la Flota americana del Pacífico. A la derecha: el acorazado estadounidense *California* se hunde lentamente, mientras los supervivientes de la tripulación se ponen a salvo descolgándose desde el puente en llamas.
(History of the Second World War)





MODELOS DE LA AVIACIÓN NAVAL JAPONESA

MITSUBISHI A 6M2 Zero-sen (Zeke)

En diciembre de 1941, en el frente del Pacífico este caza era superior a cualquier otro caza aliado. Ligero y manejable tenía una notable potencia de fuego y podía emplearse también como cazabombardero. **Velocidad máxima**: 565 km/h. **Autonomía máxima**: unos 2.000 km. **Armamento**: dos pequeños cañones de 20 mm y dos ametralladoras de 7,7 mm.

AICHI D3A2 (Val)

Los *Val* fueron los bombarderos en picado empleados por los japoneses en Pearl Harbor. Se derivaban de un tipo alemán análogo de antes de la guerra, y eran los primeros monoplanos metálicos japoneses con ala baja. **Velocidad máxima**: 430 km/h. **Autonomía máxima**: 1560 km. **Carga de bombas**: 370 kg.

NAKAJIMA B5N2 (Kate)

Cuando el Japón entró en guerra los *Kate* eran sus principales aviones torpederos: podían emplearse también como bombarderos horizontales. **Velocidad máxima**: 380 km/h. **Autonomía máxima**: 2.250 km. **Carga bélica**: un torpedo de 800 kg.

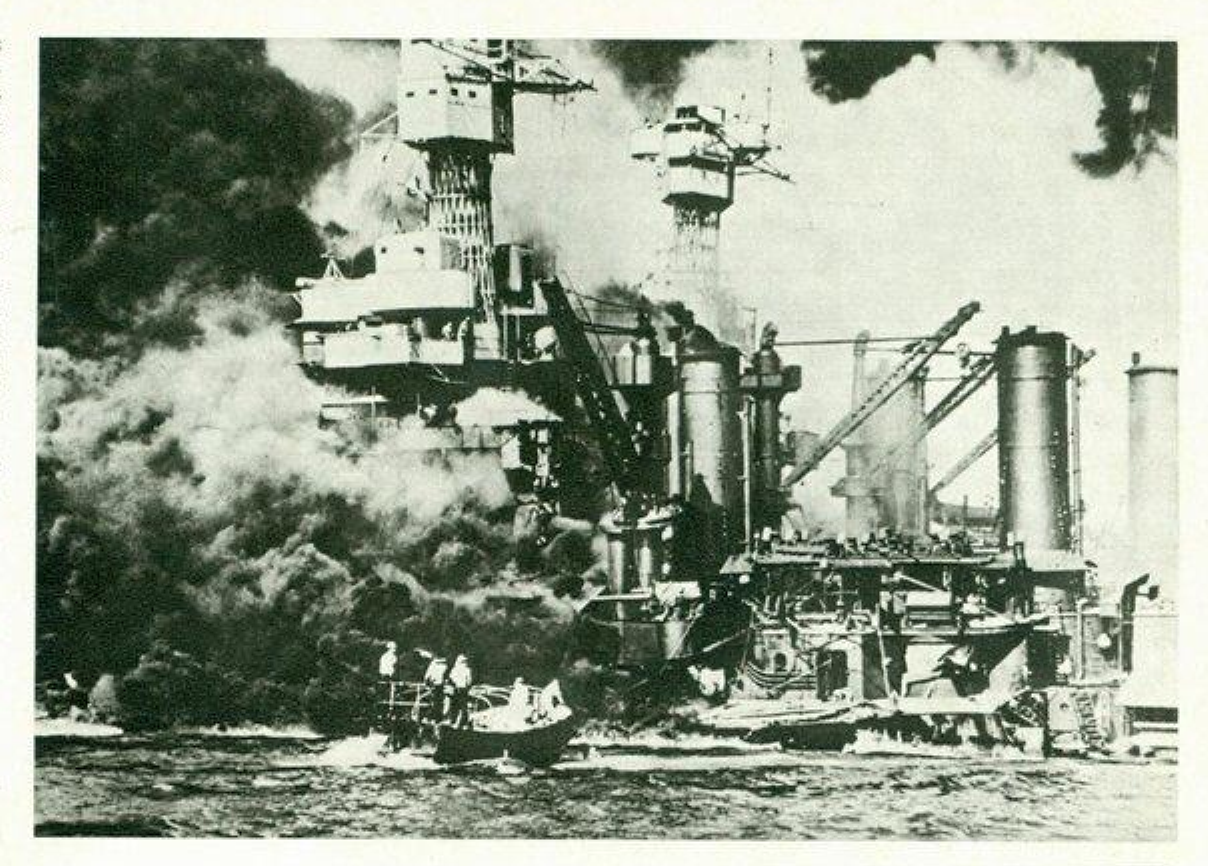
(John Batchelor)

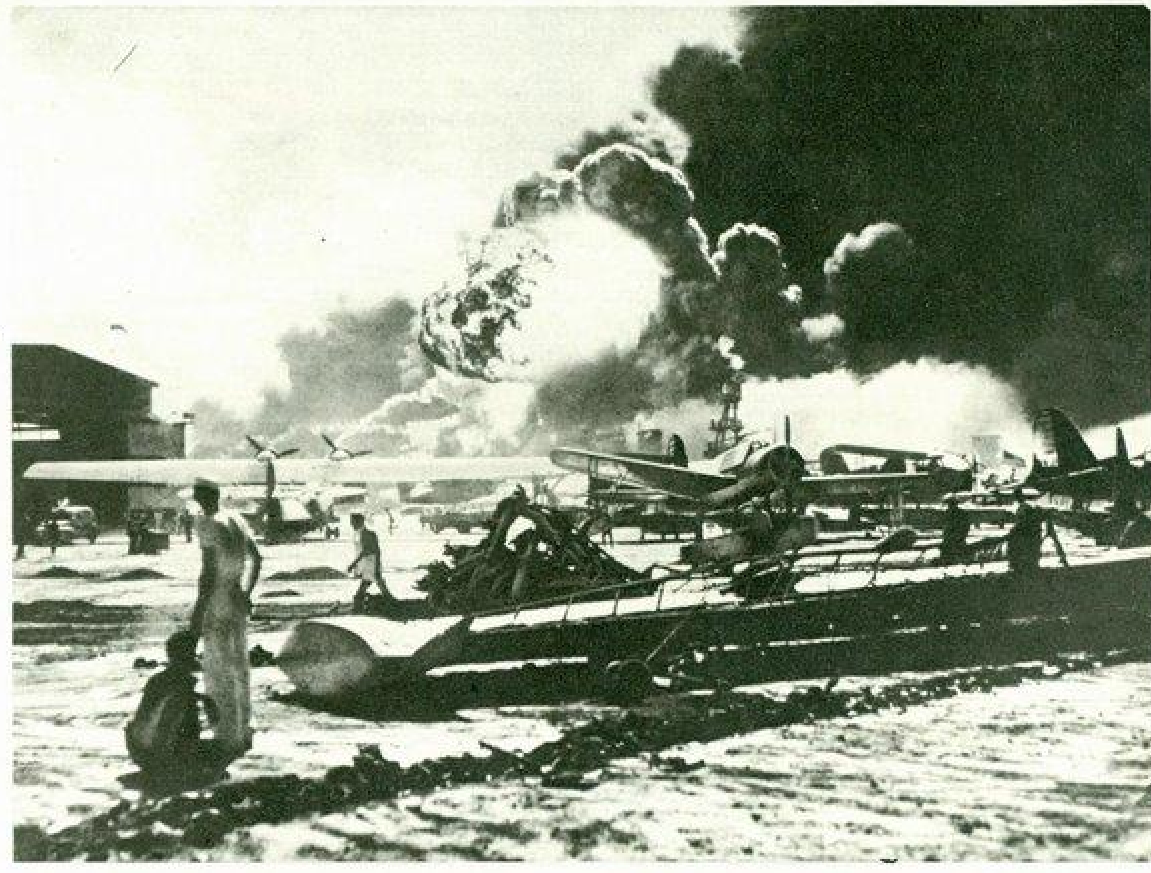
cios, y de haber estudiado con todo detalle las cartas geográficas y las maquetas de Pearl Harbour, cada piloto japonés sabía exactamente lo que debía hacer. Mientras los escuadrones de bombarderos en picado se dividían en escuadrillas para atacar simultáneamente los diversos aeródromos, los bombarderos horizontales se dispusieron en sus rutas de aproximación previstas (permitiendo a los apuntadores observar con extrema exactitud) y los aviones torpederos iniciaron a su vez el largo picado que debía situarlos en la posición de lanzamiento entre los acorazados. Pocos minutos antes de las ocho, acompañadas por el zumbido de los aviones, lanzados en picado casi vertical, las bombas empezaron a estallar entre los aviones americanos, que se hallaban dispuestos en los aeródromos ala contra ala, como para una revista. Al mismo tiempo, a bordo de los acorazados, los hombres del turno de guardia, que estaban preparándose para la ceremonia de izar bandera, vieron a los aviones torpederos lanzarse a baja altura y lanzar sus torpedos; aterrados, no pudieron hacer otra cosa que observar las sutiles estelas de los torpedos que se dirigían hacia sus buques inmóviles e indefensos. Ni un solo cañón había tenido tiempo todavía de abrir fuego y ni un solo caza americano había despegado.

La sorpresa total, conseguida por los atacantes en los aeródromos, eliminó toda posibilidad de una defensa eficaz por parte de los cazas americanos. En la rada, cinco de los siete acorazados –*West Virginia, Arizona, Nevada, Oklahoma* y *California*– fueron alcanzados por los torpedos en los primeros minutos del ataque; sólo el *Maryland* y el *Tennessee*, que se encontraban fondeados en puntos más lejanos, así como el *Pennsylvania*, buque insignia, que se hallaba en el dique seco, se libraron de momento de los torpedos. Otras unidades torpedeadas fueron el viejo acorazado *Utah* y los cruceros ligeros *Raleigh* y *Helena*.

Ahora bien, pese a las violentas sacudidas provocadas por las explosiones de los torpedos y de las bombas, y a la enorme confusión que el inesperado ataque produjo, casi todas las tripulaciones americanas entraron en acción con rapidez y eficiencia, abatiendo alguno de los aviones atacantes. Los equipos de reparación se esforzaron al máximo para reducir las consecuencias de la inundación de algunos compartimientos, inundando en cambio otros para que los buques no escoraran; repararon asimismo los aparatos eléctricos, las tuberías de aguas, las líneas de comunicación y lucharon esforzadamente contra los incendios. Un acorazado, el *Nevada*, consiguió incluso ponerse en movimiento y dirigirse hacia la salida del puerto. Pero, entre tanto, por encima del humo, y en aquel primer momento casi increíble de total ausencia de cazas y de un esporádico fuego de artillería, los bombarderos de altura de Fuchida elegían sus blancos y apuntaban con fría precisión. Una bomba perforó los 13 cm de la coraza de una torre del *Tennessee* y estalló en su interior; otra, después de haber atravesado la cubierta del *Arizona*, hizo explosión en los depósitos de proa, y parte del buque voló por los aires. Asimismo el *Maryland* y el *California* sufrieron daños.

Cuando a las 8,25 horas se retiró la primera oleada de aviones japoneses, concediendo a los atacados una breve tregua, casi todos los aviones estadounidenses habían sido averiados o destruidos; el acorazado *West Virginia* era presa de las llamas y estaba hundiéndose; el *Arizona* ya se había hundido, con más de 1000 hombres atrapados bajo cubierta. El *Oklahoma* había volcado, recostándose en el fondo, con la quilla fuera del agua; el *Tennesee*, con una torre destruida, estaba ardiendo; por último, el *California* había sufrido daños tan graves que, a pesar de los esfuerzos de su tripulación, acabó por hundirse. Más lejos, todo lo que se podía percibir del *Utah* era su quilla herrumbrosa. El *Raleigh*, hundido a consecuencia de la inundación de unos compartimentos y de la contrainundación de otros, se mantenía a flote aún gracias a sus cables de amarre.





Arriba: El acorazado americano *West Virginia*, abarloado al *Tennessee*, se hunde en un mar de fuego. Abajo: el incendio de los buques estadounidenses visto desde la base para hidroaviones de la isla Ford. Sobre la pista permanecen algunos hidroaviones *Klingfisher* y *Catalina*. El ataque por sorpresa perpetrado por los aviones nipones excluyó toda posibilidad de una eficaz defensa por parte de la desprevenida Aviación americana.

(Archivo Rizzoli)-(US Navy)

Mientras ocurría todo eso, un submarino de bolsillo japonés consiguió penetrar en la bahía, aprovechando la circunstancia de que la barrera que defendía la entrada del puerto había quedado negligentemente abierta después de la entrada de los dragaminas. En una pausa de los ataques aéreos, este submarino fue divisado mientras lanzaba un torpedo contra un buque de apoyo. El torpedo erró el blanco y estalló en la orilla, sin causar daños. Luego el submarino fue atacado y hundido con cargas de profundidad. De los otros tres submarinos de bolsillo, dos desaparecieron sin dejar rastro, el tercero embarrancó en la playa y su tripulación fue hecha prisionera.

La segunda oleada de aviones japoneses –54 bombarderos, 80 bombarderos en picado y 36 cazas, al mando del comandante Shimazaki, del portaaviones *Zuikaku*– había despegado una hora después de la primera. Esta segunda oleada se encontró con una defensa más eficaz, y, por lo tanto, sus resultados no fueron tan brillantes. Como durante la breve tregua entre los dos ataques los cañones antiaéreos recibieron la adecuada provisión de municiones y los hombres destinados a servir las piezas habían sido reorganizados y reforzados en número, se consiguió abatir algunos bombarderos en picado. De todos modos, la segunda oleada consiguió averiar al *Pennsylva-*

Pearl Harbor algunas horas después del ataque japonés: en el puerto afloran restos de buques y los incendios están todavia en pleno desarrollo. *(Archivo Rizzoli)*

nia, destruir dos destructores que se encontraban a su lado en el dique seco, hacer saltar por los aires otro destructor y obligar al *Nevada*, que, como se ha dicho, intentaba alcanzar la salida del puerto, a que se encallara antes de conseguirlo.

De improviso, a las 10 horas, todo cesó. El zumbido de los aviones dejó de oírse de pronto, dejando tras ellos un extraño silencio, roto únicamente por el crepitar de las llamas de los incendios y por los gritos angustiados de los hombres que los combatían.

Con la irrisoria pérdida de nueve cazas, quince bombarderos en picado y cinco aviones torpederos de los 384 aparatos que intervinieron en el ataque, la Marina Imperial japonesa acababa de poner fuera de combate a todos los buques de línea de la *Pacific Fleet*.

Al preocupado Nagumo el éxito le parecía tan milagrosamente completo, o casi completo, y el precio pagado por él tan exiguo, que cuando Fuchida y algunos comandantes de escuadrón le pidieron que organizara un segundo ataque, consideró que eso sería como lanzar un reto a la fortuna. Por lo tanto, ignoró su sugerencia y ordenó a la formación que se alejara en dirección Noroeste, para alcanzar a los otros navíos y dirigirse después al Japón.

Esta decisión fue un grave error. Pero hay que reconocer que Nagumo no era el único en aquel tiempo que no se daba cuenta de que el armamento tradicional, como eran los grandes cañones de los acorazados, ya no constituía el medio más eficaz para asegurarse el dominio de los mares. Sobre las vastas extensiones del Pacífico, sólo los portaaviones tenían los «brazos largos» y eran capaces de buscar y de atacar a la flota enemiga donde quiera que estuviera. Desde luego, un segundo ataque habría proporcionado una victoria mucho más completa, pues el *Enterprise* estaba regresando en aquellos momentos a Pearl Harbor y muy difícilmente hubiera podido sobrevivir a un ataque aéreo en masa. Asimismo, también las instalaciones de la base y sus grandes depósitos de petróleo, con los tanques repletos de carburante, estaban aún intactos y virtualmente indefensos. Destruyéndolos, la base naval habría quedado totalmente inservible durante muchos meses, obligando a los restos de la *Pacific Fleet* a retirarse hacia la base más próxima, en la costa occidental de América, y por lo tanto fuera de la inminente zona de operaciones en el Pacífico.

De este modo, el audaz y bien preparado ataque de Yamamoto no alcanzó todos los resultados que se esperaban, si bien el golpe descargado sobre la Marina de Guerra de los Estados Unidos había sido muy duro. Sin embargo, tuvo un efecto indirecto mucho más decisivo aún y es que indujo al pueblo americano a entrar en la guerra.

DONALD MACINTYRE, CAP. DE NAVÍO



Dejó la *Royal Navy* en 1954 por haber alcanzado el límite de edad, después de una carrera transcurrida en parte en la Aviación de la Marina y luego, durante muchos años, al mando de pequeñas unidades y de destructores. Durante la segunda Guerra Mundial se mostró hábil y valeroso comandante de fuerzas de escolta en la batalla del Atlántico, ganándose algunas recompensas al valor. Nos ha descrito sus experiencias en *U-Boat Killer*, mientras en *Jutland* ha suministrado una nueva versión de una de las más grandes batallas navales de todos los tiempos. En *Narvik* ha narrado los detalles de algunos combates furiosos librados sobre el mar. Se ha cuidado parcialmente de la serie *Batsford Battles (la batalla del Atlántico, la lucha por el Mediterráneo y la batalla por el Pacífico)*. De entre sus publicaciones citaremos *Rodney* y *Wings of Neptune* (Peter Davies). El capitán de navío Donald Macintyre ha colaborado en la serie de transmisiones de la televisión inglesa *Sea War*, y ha sido consultor naval de la película *El motín de la Bounty*.

UNA VICTORIA JAPONESA

HUNDIMIENTO DE LA "FUERZA Z"

David Mason

10 de diciembre de 1941: el acorazado británico *Prince of Wales*, alcanzado por los bombarderos japoneses, se hunde frente a Kuantan, en las costas de Malasia *(Keystone)*

Después de la virtual destrucción de la flota estadounidense, las únicas unidades de guerra que quedaron en el Pacífico para enfrentarse con la Marina japonesa fueron el crucero de batalla "Repulse" y el acorazado "Prince of Wales", de la "Fuerza Z", con base en Singapur. Ya se había podido comprobar –sobre todo en Tarento y

La tarde del 2 de diciembre de 1941, dos potentes unidades de guerra inglesa, el crucero de batalla *Repulse* y el acorazado *Prince of Wales*, protegidos por una pequeña escolta de destructores, hacían su entrada en la rada de Singapur, recibidos con gran júbilo por parte de la población.

Para los habitantes de la colonia y para los militares de la guarnición, la llegada de la «Fuerza Z» –como se denominaba convencionalmente a aquella formación naval– suponía un gran alivio. Los grandes navíos constituían un símbolo, no sólo de la presencia británica en una zona cada día más amenazada por los japoneses, sino que, además, su armamento reforzaría en gran medida las baterías costeras, provistas de cañones de 381 mm y que constituían la defensa principal de Singapur.

Sin embargo, por mucho que se agradeciese su llegada, la decisión de asignarlos a esta importante base se había visto entorpecida por infinitos contratiempos, y en los meses que precedieron a su envío menudearon las polémicas y el choque de distintos pareceres.

Churchill fue el primero en poner sobre el tapete la cuestión del envío de una fuerza naval británica a Extremo Oriente, en un memorándum que presentó al primer Lord del Mar el 25 de agosto de 1941. Desde que asumió el cargo de Primer Ministro, la cuestión japonesa siempre había inquietado a Churchill, suscitando en él «siniestros presentimientos»; ahora era ya tan acuciante que justificaba la atención del *Premier* británico.

También el Almirantazgo, al seguir de cerca el alarmante desarrollo de la situación en Extremo Oriente, había hecho sus planes para el envío de una escuadra en los meses siguientes.

Sin embargo, no estaba de acuerdo con Churchill en lo relativo a la composición y situación de la flota. Churchill era partidario de enviar una pequeña formación, compuesta de las mejores unidades disponibles, con base en Singapur y destinada a ejercer un efecto «disuasivo» sobre la actividad naval japonesa; sobre todo tenía gran confianza en el nuevo tipo de acorazado *King George V*, al que pertenecía el *Prince of Wales*. Pero el Almirantazgo, lejos de compartir esta teoría de Churchill, insistía en atenerse a su plan original, que preveía el envío en fases sucesivas de una flota mucho más potente, que tuviera como base no Singapur, sino Ceilán.

En vista de que ninguna de las dos partes estaba dispuesta a ceder, pasaron algunas semanas antes de que se tomara una decisión, hasta que, al fin, Churchill logró salirse con la suya: el *Repulse* y el *Prince of Wales* fueron enviados a enfrentarse, solos, con cualquier eventualidad que pudiese surgir en la inestable situación de Extremo Oriente. En Singapur esta decisión fue acogida con entusiasmo, y se la juzgó bastante satisfactoria. Sin embargo, algunos continuaron viendo las cosas por su lado pesimista y criticando la composición de la flota, principalmente su falta de equilibrio, pues carecía de la mínima protección de destructores que cabía exigir. Por otra parte, la «Fuerza Z» debía incluir también un nuevo portaaviones, el *Indomitable*; pero a consecuencia de las averías sufridas en las Indias Occidentales durante el período de las últimas pruebas de navegación, el buque tuvo que ser sometido a varias reparaciones, cuyos trabajos no habían terminado todavía. Por último, la RAF no disponía de ningún caza moderno en Malasia.

Una formidable fuerza de combate

Así y todo, los dos buques de línea solos ya constituían una formidable fuerza de combate. Se trataba en muchos aspectos de dos unidades completamente distintas: el *Prince of Wales* representaba la última novedad en lo que se refería a los acorazados modernos, mientras el *Repulse*, crucero de batalla, era uno de los supervivientes de la generación anterior de buques de guerra. Terminado en 1916, su construcción respondía a la concepción coetánea de los buques de línea, cuando la aviación no representaba todavía una fuerza de combate digna de tenerse en cuenta. Por ello, y pese a dos intentos de modernización realizados en años anteriores, en 1941 su coraza horizontal, indispensable para proteger a las grandes unidades de los ataques aéreos, seguía siendo bastante deficiente. El buque, que desplazaba 33.250 toneladas, estaba aún en condiciones de desarrollar una velocidad de 29 nudos y su armamento consistía en 6 cañones de 381 mm, 12 de 102 mm y 8 tubos lanzatorpedos; su defensa antiaérea no era muy adecuada, y la componían 8 cañones de 102 mm, que podían lograr un fuerte ángulo de elevación, algunas ametralladoras y otros cañones antiaéreos ligeros. Se asignó el mando de la unidad al capitán de navío William Tennant (más tarde almirante), hombre muy admirado por cuantos estaban a sus órdenes.

El *Prince of Wales*, terminado en 1941 en los astilleros de Mersey, estaba dotado de una potente coraza. Era un poco más lento y más pesado que el *Repulse* (su velocidad máxima era de 28,5 nudos y desplazaba 35.000 toneladas), pero su potencia de fuego era excepcional; montaba 10 cañones de 356 mm, dispuestos de una manera hasta entonces nunca adoptada en la Marina británica: dos torres principales de 4 cañones cada una, a popa y a proa, más una torre doble situada sobre la cuádruple de proa. Según el proyecto original, debía montar 12 piezas de 356 mm; pero dos de ellas tuvieron que ser sacrificadas en beneficio de la coraza. El armamento se completaba con 16 cañones de 133 mm, 60 cañones antiaéreos ligeros, de 37 mm, y otras armas de pequeño calibre. El mando lo ostentaba el capitán de navío John Leach.

Ya en la rada de Singapur pronto se puso de relieve la diferencia entre ambos buques. El *Prince of Wales*, al que se daba los sobrenombres de «Insumergible» y «Yate de Churchill» era, bajo todos los aspectos, el navío «de prestigio», punto de reunión de autoridades y visitantes. El *Repulse*, en cambio, era el buque «anónimo». Ni siquiera se había anunciado su llegada a Singapur; era un absurdo intento de ocultar al enemigo su presencia, impidiendo así que pudiera averiguar que el *Prince of Wales* únicamente iba acompañado de esta unidad: no sólo se negó a la tripulación el permiso para bajar a tierra, sino que incluso se le prohibió escribir a sus familiares para evitar que revelaran la zona en que se hallaban.

Esta situación, el inútil intento de ocultar al enemigo la entidad de las fuerzas, se resumió en una noticia de la BBC que decía: «El *Prince of Wales* y otras unidades de línea han llegado a Singapur».

Los dos navíos iban escoltados por cuatro destructores. Dos de ellos, el *Express* y el *Electra*, eran dos excelentes buques de la *Home Fleet*, mientras que el australiano *Vampire* y el británico *Tenedos* habían sustituido, en el último momento, a otros dos destructores (el propio *Tenedos* quedó muy pronto fuera de la formación a causa de que su provisión de combustible era insuficiente para las operaciones a que estaba destinado).

A la cabeza de esta *Eastern Fleet* británica se hallaba el almirante Tom Phillips, subjefe de Estado Mayor de la Marina, oficial excepcionalmente dotado y muy bien preparado, quien, a causa de su corta estatura, era conocido entre sus hombres con el apodo de *«Almirante Tom Thumb»* (Pulgada). También él formaba parte del grupo de oficiales que consideraba con pesimismo la situación de la «Fuerza Z». Mientras en la rada de Singapur se celebraban aún las ceremonias de bienvenida a los dos buques, Phillips tuvo ocasión de valorar la situación de un modo bastante realista, al darse cuenta de que las posibilidades que tenía de llevar a cabo la misión que se le había encomendado, se estaban desvaneciendo rápidamente. El 3 de diciembre manifestó su intención de destacar al *Repulse* y dos destructores a Port Darwin; en apariencia como viaje de adiestramiento pero en realidad para comprobar las posibilidades de utilizar dicho puerto como base. Las tres unidades zarparon el 5 de diciembre; pero al día siguiente se recibió en Singapur la noticia de que una formación de desembarco japonesa navegaba al largo de la costa meridional de Indochina, y los navíos recibieron la orden de regresar apresuradamente.

Las preocupaciones por la seguridad de la «Fuerza Z» iban en aumento, e incluso en Londres se sentía más inquietud por la suerte que pudieran correr las dos unidades inglesas que por el papel que iban a representar en la protección de los intereses aliados en Extremo Oriente. El Almirantazgo sugirió a Phillips que zarpara en dirección Este, para intentar reunirse con la *Asiatic Fleet* estadounidense. El propio Churchill, que evidentemente parecía haber perdido toda su antigua confianza, también indicó: «La posición de los navíos ingleses debe mantenerse en secreto». Phillips decidió, por último, trasladarse a Manila en avión para cambiar impresiones con el almirante americano Hart y llegar a un acuerdo con él en relación a la futura estrategia naval en el Pacífico.

Pero poco después, como un rayo que cruzara un cielo sereno, llegó la noticia del ataque japonés a Pearl Harbor, Hong-Kong, Filipinas, Tailandia y Malasia. Y todos los planes se derrumbaron.

En el momento en que Extremo Oriente se veía envuelto de pronto en una lucha de diversos frentes, Phillips se encontró solo para decidir el empleo más adecuado de sus unidades y para salvar lo insalvable en aquella situación que se presentaba desesperada. Quizás lo mejor hubiera sido retirarse inmediatamente hacia Australia o hacia el océano Índico; pero, a menos de recibir órdenes concretas, no era previsible que la *Royal Navy* decidiera esquivar la batalla. El almirante Phillips examinó a fondo el asunto y, a bordo del *Prince of Wales*, discutió con sus oficiales las diversas alternativas.

De Kota Bharu, en Malasia, y más al Norte, en Sengora, en Tailandia, llegaban noticias de desembarcos japoneses. Phillips pensó que lo mejor que podía hacer la «Fuerza Z» era zarpar hacia el Norte y atacar al enemigo en el momento de efectuar su desembarco, logrando así interrumpir la llegada de abastecimientos y de material y dando a las fuerzas que defendían la costa la posibilidad de rechazar a los invasores hacia el mar. El plan era audaz y sus riesgos bastante grandes; mas, como quiera que no se había señalado todavía la presencia de unidades japonesas en aquel sector, las probabilidades de éxito eran bastante razonables.

Sin embargo, deberían cumplirse dos condiciones indispensables. La Escuadra tendría pocas probabilidades de desencadenar un ataque eficaz (esto es, llegar a Sengora e iniciar los bombardeos) si los preparativos no se llevaban a cabo en el más estricto secreto; en segundo lugar, aun admitiendo que lograsen iniciar el ataque valiéndose del elemento sorpresa, las unidades, para cumplir su misión sin ser demasiado hostigadas por los aviones enemigos, necesitarían el apoyo, por escaso que fuera, de los cazas de la RAF con base en Singapur. Para hacer frente a estas dos exigencias, Phillips solicitó que se ayudara a la «Fuerza Z» con vuelos de reconocimiento al norte del rumbo previsto y con cierta protección de los cazas una vez se hallase en Sengora. A las 17,35 del día 8 de diciembre de 1941, las unidades inglesas salieron de la rada de Singapur y se dirigieron al encuentro del enemigo.

El mensaje del capitán Tennant, fijado en el tablón de anuncios de la cámara de oficiales del *Repulse*, poco después de la salida, nos informa con bastante exactitud acerca del estado de ánimo que reinaba al iniciarse aquella operación. El escrito empezaba con estas palabras: «Vamos en busca de grandes dificultades y creo que las encontraremos: podemos enfrentarnos con submarinos, destructores, aviones o unidades de superficie. Nos disponemos a avanzar hacia el Norte para ver qué es lo que podemos conseguir o bien lo que podemos destruir. La tarea será dura». En una segunda comunicación, a la mañana siguiente, Tennant fue algo más explícito sobre el verdadero objetivo de la misión. «Nos dirijimos hacia la costa nororiental de Malasia, y esta tarde, de anochecida, llegaremos allí. Mañana, al amanecer, estaremos frente a Sengora y Pat-

en Creta– la vulnerabilidad de los grandes buques de guerra frente a los ataques aéreos. La "Royal Navy" británica iba a sufrir ahora un golpe tan duro que difícilmente podría olvidar; mas la pérdida de las dos grandes unidades sirvió para que el mundo se diera cuenta de que se iniciaba una nueva fase en las técnicas bélicas.

El crucero de batalla británico *Repulse*, que, con el *Prince of Wales*, integraba la «Fuerza Z» enviada por el Alto Mando inglés a Singapur el 2 de diciembre de 1941. *(Archivo Rizzoli)*



Sobre estas líneas: el capitán de navío W. G. Tennant, comandante del *Repulse*. «Vamos en busca de grandes dificultades y creo que las encontraremos», escribió en su primer comunicado poco tiempo después de haber salido de Singapur. *(Paul Popper)*

tani, donde se están desarrollando los desembarcos japoneses».

Pero aquella jornada debía terminar con un desengaño: la misma tarde se recibió un mensaje en el *Prince of Wales* desde Singapur, en el que se comunicaba que no se podría proporcionar la cobertura de cazas sobre Sengora. Así, pues, una de las exigencias fundamentales de Phillips no se cumpliría. Mas, como quiera que, en aquella fase el factor sorpresa estaba todavía de su parte, el almirante inglés decidió deguir adelante. Por suerte, durante todo el día, bajas y densas formaciones de nubes, acompañadas de lluvia y de chaparrones, proporcionaron a los ingleses una protección ideal contra los vuelos de reconocimiento japoneses; de modo que, hacia el atardecer, cuando sólo se necesitaba una hora más de cobertura, parecía que el elemento sorpresa estaba asegurado.

Pero, de repente, la lluvia cesó. Se disipó la niebla y desaparecieron las nubes, descubriendo sobre los navíos ingleses un espléndido cielo azul, despejado y limpio, en el que solamente destacaba la reluciente silueta, a gran altura de un avión misterioso. Después de observarlo con los gemelos, los oficiales consultaron los manuales para la identificación de los aviones. Y pronto dieron con la ilustración buscada. Se trataba, en efecto, de un avión de reconocimiento japonés. Luego apareció otro, y más tarde otro más, y pronto se vio claramente que la segunda exigencia requerida por Phillips, el factor sorpresa había fallado también.

Dadas las circunstancias, lo único que podía hacerse era suspender la operación; por ello el almirante inglés se apresuró a dar las órdenes oportunas. En realidad aunque los hombres de a bordo lo ignorasen, su presencia ya había sido advertida antes, aquella misma tarde, por un submarino japonés, y si la formación hubiera continuado navegando hasta Sengora, se habría encontrado sin duda con un recibimiento «muy caluroso».

Prosiguieron, pues, su ruta durante una hora más hasta que, aprovechando la oscuridad, Phillips ordenó invertir el rumbo de la Escuadra y dirigirse nuevamen-

te a su base. Durante cuatro horas navegaron en dirección Sur, siendo entonces su único objetivo alcanzar Singapur lo antes posible. Pero, hacia la medianoche, se recibió un nuevo mensaje en que se señalaba otro objetivo. El mensaje decía: «Desembarcos enemigos en Kuantan: Latitud 3° 50' Norte».

Phillips se dio cuenta en seguida de que si tales desembarcos tenían éxito, la ruta de los abastecimientos que, a través de la península de Malasia, llegaba a las fuerzas que guarnecían el sector septentrional, quedaría interceptada. Por lo tanto, la «Fuerza Z» tenía ahora la oportunidad de representar un papel decisivo en la defensa de Malasia: un ataque desencadenado contra las fuerzas de desembarco enemigas podría constituir un factor decisivo en el fracaso de la ofensiva japonesa. Esta vez, además, el factor sorpresa quedaría asegurado por cuanto, habiendo seguido hasta el anochecer un rumbo ininterrumpido hacia el Norte, Phillips daba por descontado que los japoneses le supondrían navegando todavía hacia Sengora.

Quedaba aún en pie la cuestión de la posible cobertura aérea, y en este aspecto Phillips se halló ante el dilema de tomar una difícil decisión: ¿sacrificaría el factor sorpresa rompiendo el silencio por radio para solicitar la ayuda del apoyo aéreo, descubriendo así al enemigo sus propias intenciones, o, por el contrario, sería conveniente mantener el silencio y confiar en que el Estado Mayor de Singapur previera sus reacciones ante el mensaje recibido y enviase automáticamente los cazas disponibles para apoyarle? Si él se hubiese encontrado en Singapur, habría previsto que el mensaje induciría al oficial que lo recibiera a cambiar de rumbo y a dirigirse a Kuantan y, en consecuencia, enviaría los cazas disponibles para apoyarle en el momento de su llegada a la zona del objetivo. El almirante Phillips era, desde luego, un oficial de Estado Mayor de un carácter extraordinario, y decidió confiar en que la inteligencia de sus colegas de tierra les impulsaría al mismo razonamiento que él hubiese seguido de hallarse en su lugar. Por lo tanto, observó el más absoluto silencio.

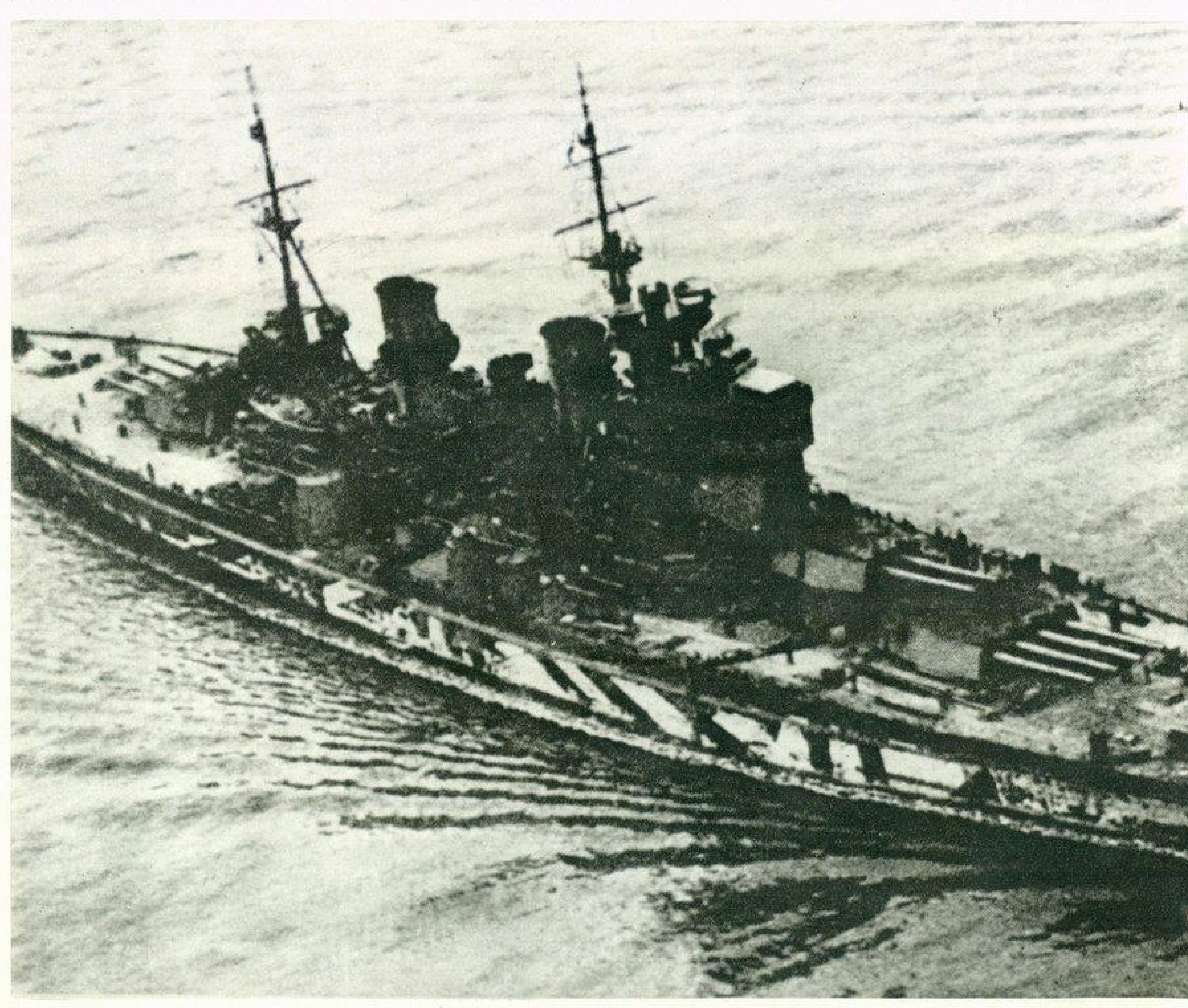
Desgraciadamente los oficiales de Singapur no estuvieron a la altura de las optimistas previsiones de Phillips. Habiéndose olvidado por completo de que su informe había comprometido a la «Fuerza Z», ni siquiera se les ocurrió la idea de enviar aviones de caza en su ayuda.

Phillips y sus unidades llegaron frente a las costas de Kuantan en las primeras horas del día siguiente, dispuestos a abrir fuego cuanto antes contra los invasores japoneses. Más, en lugar de la febril actividad de una invasión, del fragor del combate y del pulular de las lanchas de desembarco, sólo encontraron, aguardándoles, el risueño paisaje de cualquier mañana de diciembre en tiempos de paz. Las playas bordeadas de palmeras estaban desiertas y en las islas situadas a lo largo de la costa no se veía el menor rastro de tropas japonesas. Todo estaba completamente tranquilo.

Phillips ignoraba que, poco antes del amanecer, otro submarino japonés había señalado su posición después de haber sido casi abordado por las unidades inglesas. El submarino lanzó cinco torpedos contra los buques enemigos; pero ninguno había dado en el blanco; luego, al no poder desarrollar la misma velocidad que la formación adversaria, acabó por perder el contacto con ella. No obstante, a consecuencia de la señalización del submarino, una nutrida formación de bombarderos japoneses se había lanzado ya contra la «Fuerza Z».

Cierto que el mensaje recibido la noche anterior desde Singapur estaba basado en informaciones erróneas; mas para salir de dudas, Phillips envió al destructor *Express* que se acercase a la costa y averiguase lo que ocurría. Poco después el comandante del *Express* comunicó: «Todo está tan tranquilo como en una lluviosa tarde de domingo». El almirante Phillips decidió entonces dirigirse de nuevo hacia el Norte para averiguar lo que significaba la presencia de un remolcador que arrastraba algunas barcazas y que había sido avistado unas horas antes. Media hora más tarde los buques ingleses abandonaron el nuevo rumbo para volver al anterior; fue entonces cuando se recibió el aviso de que el destructor *Tenedos* –que por falta de combustible había tenido que separarse de la Escuadra

El acorazado *Prince of Wales*, llamado también el «Insumergible», intervino en el combate contra el *Bismarck* y más tarde llevó a Churchill a Terranova para la famosa entrevista con el presidente Roosevelt, de la que surgió la Carta del Atlántico. *(Archivo Rizzoli)*



la noche anterior para regresar a Singapur– estaba siendo atacado por los bombarderos enemigos. Aumentando la velocidad a 25 nudos, las unidades se lanzaron con ímpetu mar adentro, con la intención de regresar a su base; pero a las 11,07 horas apareció a lo lejos, en el horizonte, una mancha oscura e inconfundible que enturbiaba la pureza del cielo matutino.

La mancha se hizo cada vez mayor y precisa, y pronto fue posible distinguir con toda claridad que se trataba de una formación de aviones, sobre cuya identidad no cabía la menor duda.

El primer ataque japonés

A las 11,07 horas, los altavoces del *Repulse* dieron la alarma: «¡Aviones enemigos a la vista. Todos a sus puestos de combate!» De todos los rincones del buque empezaron a salir hombres que se dirigían a sus respectivos puestos; la maniobra se desarrolló rápida y silenciosamente, gracias a la larga y cuidadosa preparación de la marinería y porque casi todos los hombres llevaban calzado de gimnasia, con suela de goma. Con la vista fija en el cielo, observando a los bombarderos que iban llegando a gran altura, los ingleses pudieron contar unos nueve aviones alineados en perfecta formación. A las 11,19 en punto todos los cañones antiaéreos del *Repulse* abrieron fuego, seguidos luego por los del *Prince of Wales*, a los que se unieron también, pocos segundos más tarde los de los destructores. Toda la Escuadra lanzó al aire una auténtica y espesa barrera de proyectiles, a través de la cual se verían obligados a avanzar los aviones japoneses si querían llevar a término su ataque. Y, en efecto, los aviones afrontaron la barrera y la franquearon sin desviarse un ápice de su rumbo.



La tripulación del *Repulse* se dio cuenta en seguida de que el primer blanco iban a ser ellos. Cuando los bombarderos japoneses sobrevolaron el veterano navío, bajo la carlinga de cada aparato se vio claramente la silueta de la única bomba que iban a lanzar y cuyas dimensiones se hacían cada vez más grandes a medida que se acercaban al buque. Ocho bombas caídas junto a la borda levantaron grandes columnas de agua pero otra dio en el blanco, alcanzando el cobertizo del avión de reconocimiento que el *Repulse* llevaba a bordo, perforándolo y haciendo explotar el aparato sobre el puente inferior. Cuando los aviones ya se alejaban, el grupo contra incendios se precipitó hacia aquel lugar para tratar de sofocar las llamas, retirar los cadáveres y transportar los heridos a la enfermería. Diez minutos más tarde el fuego había sido sofocado y el *Repulse* pudo navegar de nuevo a 25 nudos y sin haber perdido aún su eficacia combativa.

Siguieron entonces unos 20 minutos de calma. Pero a las 11,44 fue avistada una nueva formación de aviones japoneses; esta vez eran 16 ó 17 bombarderos, procedentes del Norte y divididos en pequeños grupos. Cuando estuvieron más cerca, los hombres del *Prince of Wales* comprendieron que esta vez había llegado su turno. Bajo cada aparato podía distinguirse la amenazadora silueta de un torpedo y, una vez más, y pese al nutrido fuego de todos los cañones antiaéreos, los ingleses vieron a los pilotos japoneses proseguir impertérritos su camino a través de su barrera de fuego. Cuando los aviones que se habían lanzado en picado recuperaron su línea de vuelo, a una altura de unos 150 metros tan sólo, los torpedos se separaron, se hundieron en el agua y se dirigieron apresuradamente y con precisión hacia el buque, dejando tras ellos una estela de espuma blanca en perfecta línea recta.

Un brusco y terrible estremecimiento sacudió entonces todo el casco del *Prince of Wales*, cuando dos torpedos, que alcanzaron al buque por la popa, partieron la coraza y explotaron. Tras un brusco movimiento el buque perdió velocidad, desviándose de su rumbo, y poco después comenzó a escorar peligrosamente. Aquel primer impacto le había herido en su «talón de Aquiles» –la popa–, provocando graves daños. La explosión bloqueó el árbol de la hélice externa de babor; bajo la acción de su formidable potencia de impulso, el árbol se dobló y abrió en el flanco de la nave un amplio boquete, por el cual empezó a entrar el agua en gran cantidad. Mientras la sala de máquinas se inundaba rápidamente, los técnicos hicieron todo lo posible para dominar la situación; pero pronto descubrieron que la explosión no sólo había inutilizado los mecanismos de mando y de transmisión, sino también las instalaciones de radio, el radar e incluso los generadores de algunos cañones antiaéreos pesados.

Desde el *Repulse*, Tennant, observando el buque insignia, vio izar en su mastelero la señal de «perdido gobierno»; pero no tuvo tiempo de intentar el menor socorro, por cuanto al mediodía su buque era atacado de nuevo por los bombarderos y por los aviones torpederos japoneses. Mientras hacían cuanto estaba en su mano por reducir al enemigo, tratando de poner en práctica todas las enseñanzas adquiridas para conseguir un fuego antiaéreo que resultase más eficaz que el anterior, la tripulación del *Repulse*, ya al límite de sus fuerzas, se preguntaba qué nuevo desastre caería sobre ellos.

Las bombas comenzaron a caer en racimos, cada vez más nutridos, pero milagrosamente ninguna de ellas dio en el blanco. Todas cayeron al mar, a pocos metros del buque, y al hacer explosión levantaban enormes columnas de agua que inundaban la cubierta y calaban hasta los huesos a los hombres que servían los cañones. Luego, a toda velocidad, se vieron llegar los torpedos, marcando su recta trayectoria con una estela sutil y espumeante. En cuanto Tennant, desde el puente, pudo distinguir sus estelas, hizo virar el buque a fin de darles la popa, ordenando con fría calma: «Treinta grados a babor. Treinta grados a estribor. De nuevo treinta a babor». A medida que los hombres obedecían sus órdenes, el pesado buque se balanceaba y se inclinaba, haciendo perder el equilibrio a los marineros; luego se enderezaba de nuevo para volver a inclinarse, sorteando de este modo los torpedos como si fuera una ligera canoa deportiva. A las 12,14 los aviones japoneses habían soltado toda su carga, bombas y torpedos, y Tennant pudo comunicar a Phillips, por medio de señales ópticas: «Gracias a Dios, hasta este momento hemos podido esquivar 19 torpedos».

La maniobra efectuada por el *Repulse* para evitar los torpedos llevó al navío a una posición muy al sur del *Prince of Wales*; pero apenas se dio cuenta Tennant de que el buque insignia estaba todavía en peligro, cambió el rumbo y se le acercó a velocidad moderada, para intentar prestarle alguna ayuda. También tomó la iniciativa de ponerse en contacto con Singapur a fin de avisar por primera vez, que la «Fuerza Z» estaba siendo atacada.

Pero, casi en seguida, a gran altura en el cielo, aparecieron nuevas formaciones de bombarderos y, esta vez, ambos buques sufrieron un ataque preciso y contundente. Los atacantes lograron alcanzar cuatro veces al *Prince of Wales* con sus torpedos; uno de ellos dio nuevamente a popa, esta vez a babor, y alcanzado en ambos costados, el buque pareció enderezarse de su anterior inclinación, balanceado por la nueva masa de agua que afluía al interior del casco. Sin embargo, ahora el navío se inclinaba hacia popa de manera más profunda y visible.

También el *Repulse* fue torpedeado otra vez, y como los proyectiles procedían ahora de diversas direcciones, el capitán Tennant, intentando evitar una serie de ellos, no pudo hacer otra cosa que presentar a otra serie el flanco del *Repulse* en toda su longitud. Un torpedo hizo blanco en un punto situado a unos 29 metros hacia la

EMPIEZAN LAS INVASIONES JAPONESAS

1941

8 de diciembre: cuatro horas después del ataque aéreo a Pearl Harbor, las fuerzas japonesas destacadas en China atacan la colonia británica de Hong-Kong. El almirante Phillips, comandante de la "Fuerza Z", zarpa de Singapur con el *Repulse* y el *Prince of Wales*, dirigiéndose hacia el Norte para atacar al enemigo durante las operaciones de desembarco en Kota Bharu. El objetivo era interceptar la llegada de abastecimientos y de material de las tropas atacantes, dando así a las fuerzas que defendían la costa la posibilidad de rechazar al enemigo hasta el mar.

8-9 de diciembre: en Malasia los japoneses toman la iniciativa y la mantienen; las tropas británicas se repliegan desde Jitra a Alor Star. La "Fuerza Z" se ve obligada a abandonar su rumbo hacia el Norte, pero es avistada por un submarino enemigo que señala su posición.

10 de diciembre: el *Repulse* y el *Prince of Wales* son hundidos en el curso de los sucesivos ataques aéreos japoneses. La falta de una eficaz cobertura aérea, por parte de los ingleses, es la causa principal del desastre.

12 de diciembre: las fuerzas británicas inician la evacuación del perímetro defensivo de Hong-Kong en tierra firme.

17 de diciembre: en Malasia las fuerzas británicas se retiran sobre el río Perak.

18-19 de diciembre: grandes contingentes de tropas japonesas desembarcan en la isla de Hong-Kong, estableciendo varias cabezas de puente.

25 de diciembre: se rinde la guarnición británica de Hong-Kong.

26 de diciembre: en Malasia las defensas británicas sobre el río Perak son arrolladas por los japoneses, que avanzan al sur de Ipoh.

1942

7 de enero: los japoneses rompen las defensas británicas sobre el río Slim; el centro de Malasia queda abierto a la invasión japonesa.

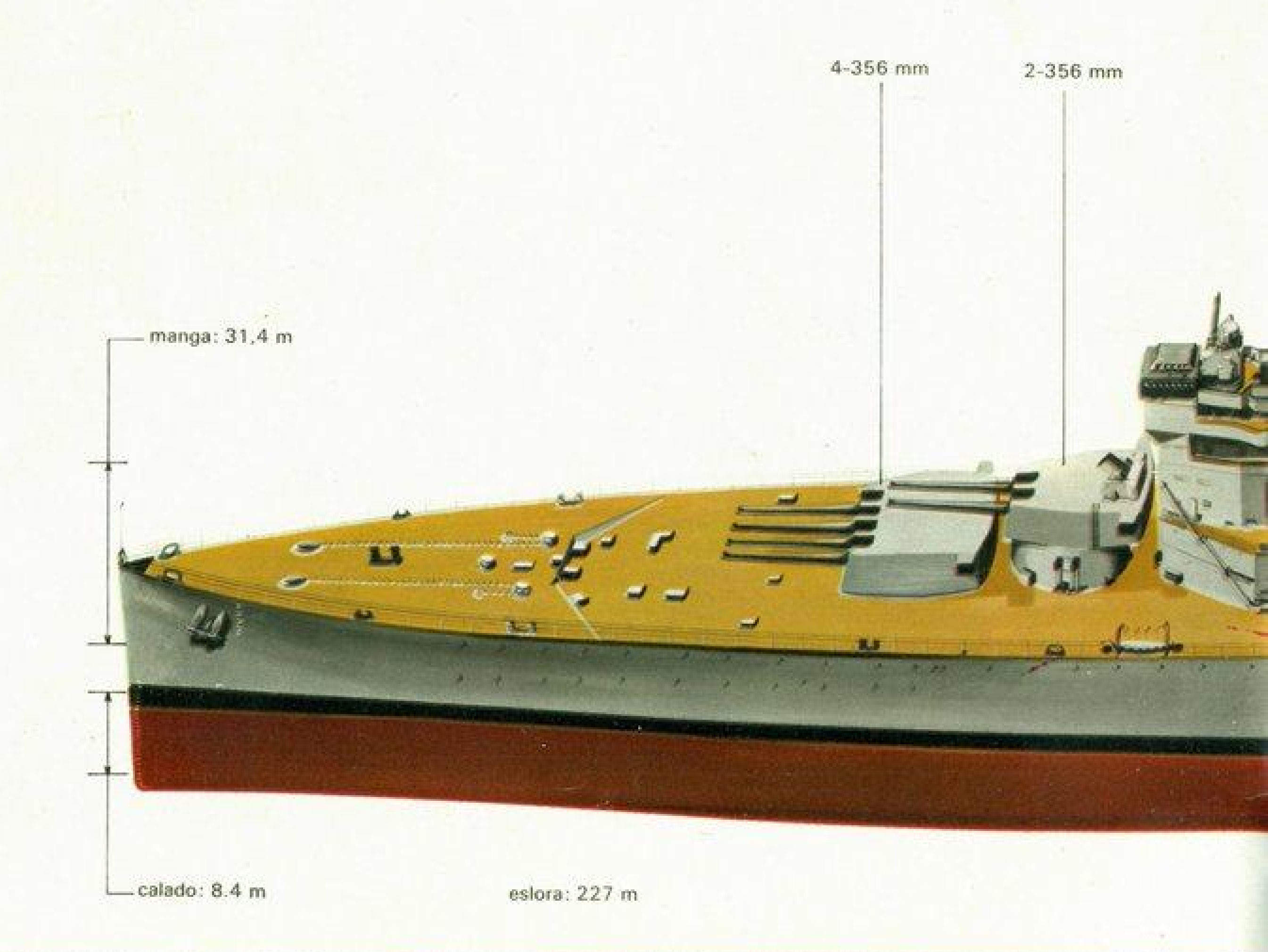
11 de enero: las tropas japonesas entran en Kuala Lumpur. Se inicia el avance japonés a lo largo de la costa occidental de Malasia.

30-31 de enero: las fuerzas británicas se retiran a la isla de Singapur.

7 de febrero: los japoneses desembarcan en Singapur y establecen allí varias cabezas de puente.

15 de febrero: la guarnición de Singapur se rinde.

El **Prince of Wales** representaba el más moderno tipo de acorazado británico. Su construcción comenzó en 1939 y terminó en 1941; pertenecía a la clase **King George V** (KGV). Su armamento principal constituía una novedad en la Marina inglesa: dos torres cuádruples de 356 mm, a proa y a popa, y otra doble superpuesta a la de proa. En el primitivo proyecto estaba prevista otra torre doble a popa; pero luego fue suprimida para permitir un aumento en el espesor de la coraza. **Eslora:** 227 m. **Manga:** 31,4 m. **Calado:** 8,4 m. **Desplazamiento:** 35.000 t. **Coraza:** cinturón de 11/14 a 36/38 cm; protección horizontal de 12,7/15 cm a 30 cm; en las torres de los cañones principales, de 23 a 40 cm. **Velocidad:** 28,5 nudos. **Armamento:** 10-356 mm, 16-133 mm, 60-40 a.a. **Aviones:** 4. **Tripulación:** 1612 hombres.



2-381 mm
2-381 mm
3-102 mm
8 (pom-pom) (40 mm)
manga: 27,5 m
calado: 8,1 m
eslora: 232 m
1-102 a.a

8 pom-pom (40 mm)
hangar para cuatro aviones Walrus
4-356 mm
pequeño cañón Bofors de 40 mm
catapulta
torreta múltiple de 133 mm
torreta múltiple de 133 mm

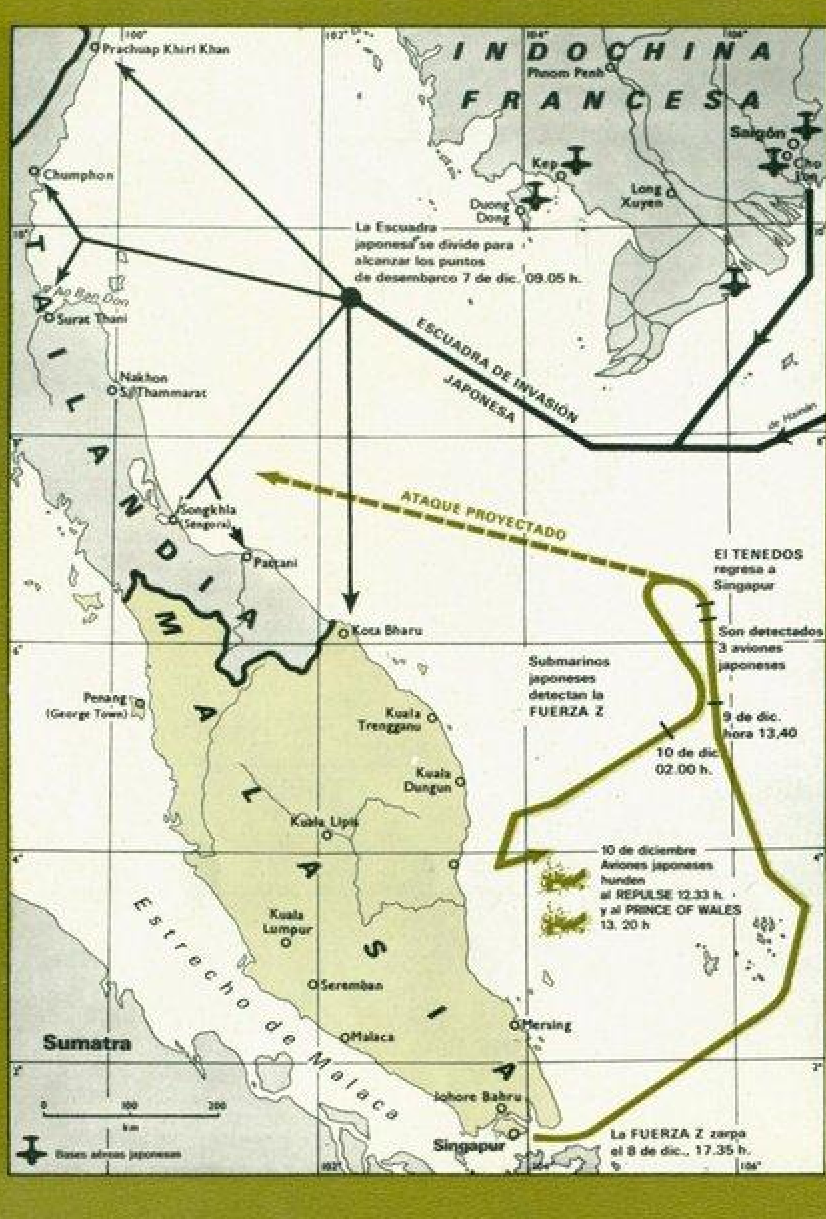
(John Batchelor)



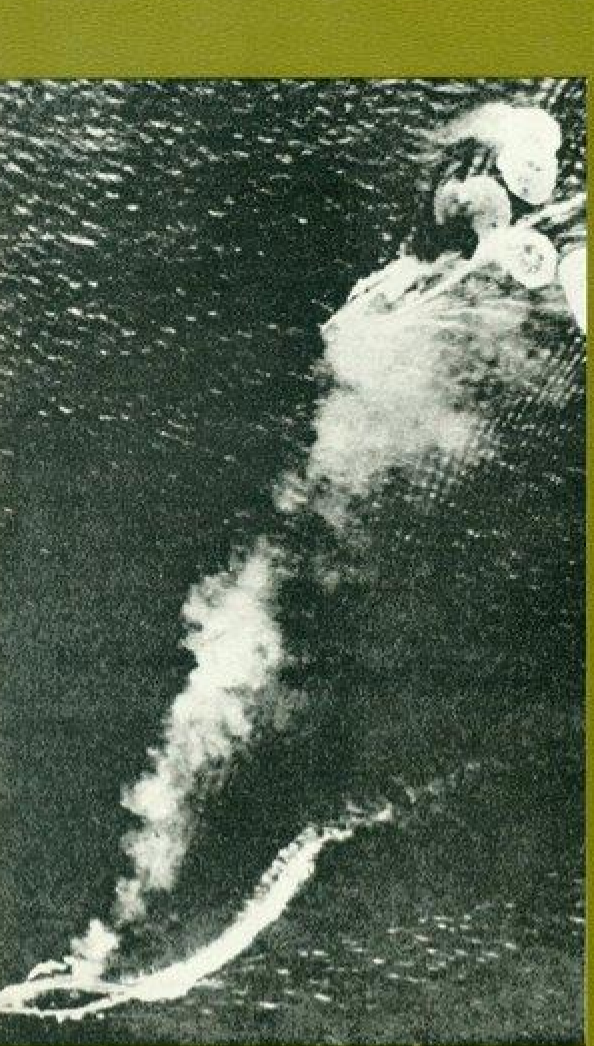
El **Repulse,** veterano de la primera Guerra Mundial, entró en servicio en 1916. Era gemelo del **Renown,** que, como se sabe, formaba parte de la "Fuerza H" en el Mediterráneo. Igual que el **Renown** (y como el infortunado **Hood**) era un crucero de batalla, algo deficiente en cuanto a protección horizontal, lo que significaba que, en caso de un ataque aéreo, sólo podía confiar en la suerte. **Eslora:** 232 m. **Manga:** 27,5 m. **Calado:** 8,1 m. **Desplazamiento:** 33.250 t, y a plena carga, 36.800. **Velocidad:** 29 nudos. **Coraza:** cinturón de 7,6 cm a 23 cm; protección horizontal de 6 a 10,2 cm; en las torres de los cañones principales de 17,8 a 28 cm. **Armamento:** 6-381 mm, 12-102 mm, 8-102 mm a. a.; 4-47 mm; 16-40 mm a.a.; 8 tubos lanzatorpedos de superficie. **Aviones:** 4. **Tripulación:** 1309 hombres.

popa del puente de mando; y a éste siguieron otros, tres a la izquierda y uno a la derecha. El *Repulse* empezó a escorar y Tennant, que conocía a fondo su navío, se dio cuenta en seguida de que no podría sobrevivir a los siguientes impactos y ordenó sin vacilación: «Preparen los chalecos salvavidas». Y después: «Todos los hombres al puente. Prepárense a abandonar el buque».

Inmediatamente los hombres empezaron a abandonar la cubierta inferior para reunirse, en la superior a toda prisa pero en buen orden. Los que habían sido heridos en el transcurso del primer ataque fueron transportados desde la enfermería por sus compañeros. Después llegó la orden definitiva: «Abandonen el buque». Entonces los marineros empezaron a lanzarse al mar: unos arrojándose desde cubierta; otros dejándose deslizar a lo largo del costado, ahora ya muy inclinado,



El rápido fin de la «Fuerza Z», el famoso «elemento disuasivo» que resultó un rotundo fracaso. La insistencia de Churchill para que se enviara a Extremo Oriente una pequeña formación naval, significó que la «Fuerza Z» debería enfrentarse con un enemigo que no estaba dispuesto a dejarse impresionar por grandes buques de guerra privados de un eficaz apoyo aéreo. Esta falta de previsión y de intuición estratégica fue causa de que se perdieran dos importantes unidades y parte de su tripulación.





El almirante sir Thomas Phillips, quien perdió la vida a bordo de su buque insignia *Prince of Wales*. (Paul Popper)

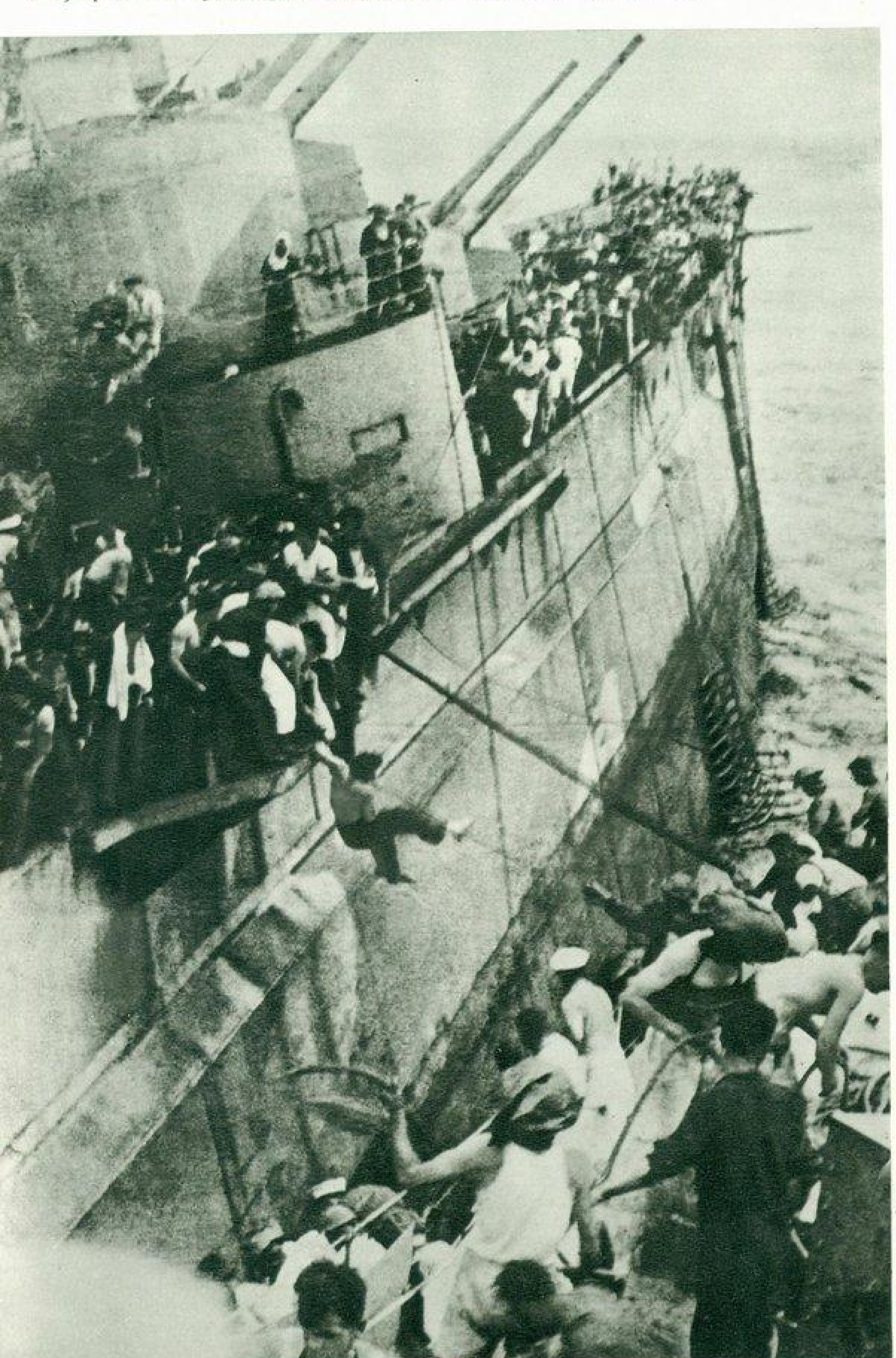
A la izquierda: el *Repulse* fotografiado desde uno de los bombarderos japoneses de la primera oleada, es alcanzado en el hangar de su avión de reconocimiento. A su alrededor pueden verse las columnas de agua levantadas por la explosión de las bombas. A la derecha: la tripulación del *Repulse* se pone a salvo en un destructor de la escolta. En las dos unidades torpedeadas, la disciplina fue admirable en el transcurso de las maniobras de salvamento: 796 hombres del *Repulse* y 1285 del *Prince of Wales* pudieron salvarse. Pero, desde entonces, los japoneses gozaron del dominio en todo el Pacífico. (Imperial War Museum)

del navío. Durante toda la operación no se faltó ni un solo momento a la disciplina. Es verdad que un muchacho intentó «colarse» entre la fila de hombres que esperaban turno para alcanzar la cubierta; pero cuando un oficial le tocó el hombro, diciéndole con calma: «Despacio, despacio; todos vamos al mismo sitio», el joven dominó sus nervios y volvió a su puesto.

«Como el campanario de una iglesia»

Algunos lograron ponerse a salvo de una manera un tanto espectacular; pero hubo muchas víctimas. Un marinero se arrojó desde la torre de control de los dispositivos de defensa (unos 50 metros sobre el nivel del agua) y se alejó a nado del buque; otro intentó seguir su ejemplo, mas no logró el impulso suficiente y se estrelló sobre la cubierta. Un tercero equivocó la dirección y cayó en la chimenea. Un oficial se lanzó desde el estribo del puente, pero el buque se hallaba ya tan inclinado que no logró llegar al agua, sino que cayó dentro del boquete abierto por un torpedo, yendo a parar a las entrañas, ya totalmente inundadas, del navío. Algunos fusileros de marina corrieron a popa, creyendo que allí sería más fácil salvarse por ser la parte del navío más sumergida en el agua; pero fueron atrapados entre las palas de las hélices, que por una fatal casualidad giraban todavía.

A las 12,33 el *Repulse* alzó su proa fuera del agua («como el campanario de una iglesia», diría más tarde un superviviente) y se deslizó hacia el fondo, hundiéndose y arrastrando consigo a muchos marineros que pretendían alejarse a nado.



En el *Prince of Wales* la catástrofe se desarrollaba más lentamente. Una vez hundido el *Repulse*, los aparatos de bombardeo horizontal continuaron su ataque, logrando nuevos blancos. Resultaba cada vez más evidente que incluso el buque insignia tenía pocas probabilidades de sobrevivir. Poco después de las 13 horas, el comandante Leach ordenó al destructor *Express* que se acercase al *Prince of Wales* para tomar a bordo a los heridos, así como a todos los hombres cuya actividad en el navío ya no era necesaria. Durante casi veinte minutos el *Express* permaneció en tan peligrosa posición, con la mole del gran acorazado amenazando echársele encima de un momento a otro, mientras 1500 hombres saltaban a su cubierta descendiendo a lo largo de los cables y de las redes echadas entre ambos navíos para acelerar la operación. Más tarde, a las 13,20, el *Prince of Wales* se inclinó pavorosamente hacia babor y se hundió. Mientras el acorazado desaparecía en el abismo, el almirante Phillips y el comandante Leach se hallaban juntos en el puente. Leach hizo un gesto de saludo con la mano al último grupo de oficiales que se iba alejando: «Adiós, gracias. Buena suerte. Dios os bendiga». Después las espumantes aguas se cerraron sobre los dos altos jefes.

Y entonces los bombarderos se alejaron.

Al poco tiempo apareció un escuadrón de cazas *Brewster Buffalo*, que acudía procedente de Singapur, después de las llamadas enviadas por Tennant. Llegaban desde luego demasiado tarde para intentar siquiera un ataque eficaz contra los japoneses, pero a tiempo para ayudar a las operaciones de salvamento efectuadas por los destructores. El capitán Vigors, jefe del escuadrón, ha dejado un relato de lo que pudo ver en aquella ocasión:

«Tuve el privilegio de hallarme en el primer avión que alcanzó a los hombres del *Prince of Wales* y del *Repulse* después del hundimiento de ambas unidades. Digo el privilegio porque, durante la hora que siguió, fui testigo de una nueva demostración de este indomable valor que ha hecho tan famosa a la *Royal Navy*.

»Incluso para ojos tan inexpertos como los míos, resultaba clarísimo que los tres destructores necesitarían horas enteras para salvar al centenar de hombres que se agarraban a los pequeños restos flotantes, nadando para mantenerse a flote en las aguas cubiertas por una viscosa capa de aceite. Por añadidura, pesaba sobre todos la amenaza de nuevos bombardeos o de ser ametrallados por los japoneses. Ninguno de aquellos hombres podía dejar de darse cuenta de ello. Y, sin embargo, mientras se sostenían apenas sobre el agua, todos hacían señales de saludo con las manos, levantando el pulgar como para pedirme un lugar en el aparato... Ello me conmovió profundamente, pues en aquellos hombres esto era sobrehumano. Me descubro ante ellos porque en aquellos marineros pude descubrir el espíritu con que se vence en la guerra».

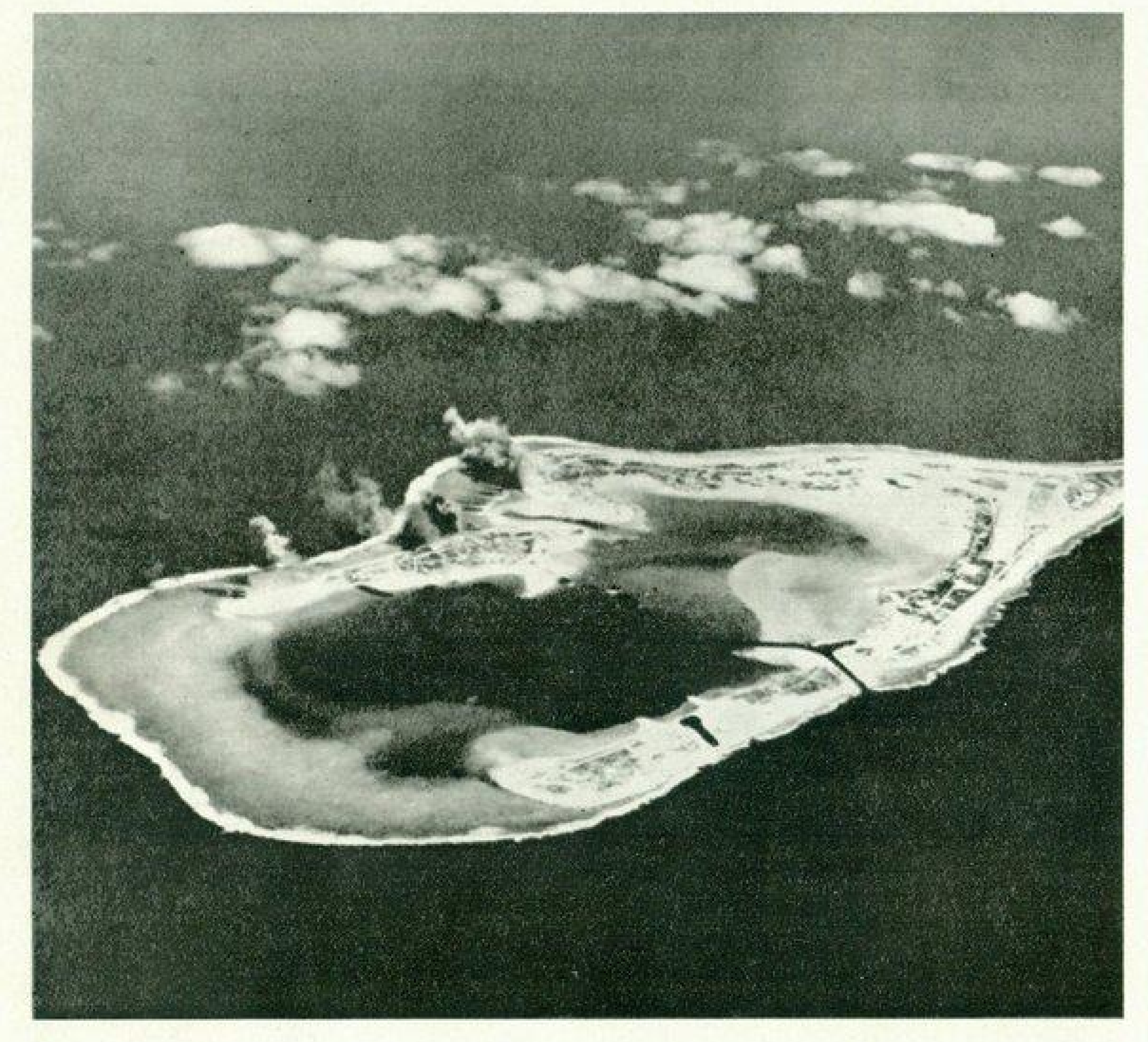
A la mañana siguiente, en Londres, sonó el teléfono en la mesilla de Churchill. Era el primer Lord del Mar. «Señor Primer Ministro –anunció– debo informarle que el *Prince of Wales* y el *Repulse* han sido hundidos por los japoneses: suponemos que fue un ataque aéreo. Ha muerto Tom Phillips».

Acerca de lo ocurrido, escribió más tarde Churchill: «Abrumado por la terrible noticia me revolvía sin descanso en el lecho. Ni en el océano Pacífico ni en el Índico disponíamos ya de ninguna gran unidad de guerra, inglesa o americana, a excepción de las que escaparon al desastre de Pearl Harbor y que, a toda prisa, se retiraban hacia California. Sobre toda aquella inmensa extensión de agua dominaba el Japón de una manera indiscutible, mientras nosotros nos hallábamos débiles e inermes».

La pérdida del *Prince of Wales* y del *Repulse* no sólo significó que los Aliados ya no tenían una verdadera fuerza naval en Extremo Oriente, sino que descargó además un durísimo golpe sobre las orgullosas tradiciones de la *Royal Navy*, demostrando de una vez para siempre que los grandes buques de guerra ya no podían combatir si no estaban protegidos por un masivo apoyo aéreo. Desde este punto de vista la pérdida, aun siendo un auténtico desastre, tendría un efecto saludable: el de una posible renovación de los planes estratégicos, obligando a todos a tomar conciencia de que se iniciaba una nueva fase en las técnicas de la guerra naval.

Fue así, pues, como por falta de previsión y de la debida intuición estratégica se perdieron dos grandes navíos de guerra; y asimismo 513 hombres de los 1309 que constituían la tripulación del *Repulse* y 327 de los 1612 de los del *Prince of Wales*.

LA LUCHA POR EL ATOLÓN DE WAKE



Robert D. Heinl jr., coronel

El atolón de Wake era de una importancia capital en la estrategia americana. La isla, situada al norte de las Marshall y al este de las islas Marianas y de las Bonin, constituía un serio obstáculo a la expansión japonesa. En diciembre de 1941 la reducida guarnición de *marines* americanos consiguió infligir a los japoneses pérdidas muy superiores a lo que era posible prever, teniendo en cuenta sus exiguos efectivos: rechazó el único ataque anfibio frustrado durante el curso del conflicto en el Pacífico y, por primera vez, después de la guerra ruso-japonesa de 1904-1905, se echó a pique una unidad de guerra nipona.

Pacífico occidental - diciembre de 1941

El almirante Kimmel, desafortunado comandante de la *Pacific Fleet* en Pearl Harbor, había predicho que, al estallar la guerra, una de las primeras operaciones japonesas estaría dirigida contra el atolón de Wake; y, actuando en consecuencia, las primeras tropas defensivas habían empezado a llegar allí en agosto de 1941. No obstante, en noviembre, cuando ya todas las armas de la defensa estaban en sus respectivos emplazamientos, había menos de 400 *marines* para utilizarlas. Además de disponer únicamente de un tercio de la guarnición prevista, el atolón de Wake carecía de otras muchas cosas. Parte de las instalaciones de tiro no habían llegado todavía. Los radares destinados al islote se hallaban aún en Pearl Harbor a la espera de ser embarcados. Tampoco había minas, ni alambre de espino, ni cobertizos para proteger a los aviones.

El 4 de diciembre, sin embargo, llegaron los cazas. Doce nuevos *Grumman Wildcat*, del 211º Escuadrón de *marines* (VMF-211), procedentes del portaaviones *Enterprise*, aterrizaron en la isla.

Con los recién llegados el total de *marines* presentes, entre fuerzas de tierra y de aviación, se elevó a 449. El mando de la defensa de tierra fue asignado al comandante James P. S. Devereux, y al frente del VMF-211 se hallaba el comandante Paul S. Putnam. El comandante del atolón, a quien el 28 de noviembre sustituyera Devereux, era el capitán de fragata W. S. Cunningham.

Wake no era la única base del Pacífico en donde se estaban realizando preparativos de guerra. En efecto, un día antes de que Putnam condujera sus aparatos *Wildcat* a Wake, el contraalmirante japonés Kajioka, cuya insignia ondeaba en el crucero *Yubari*, llevó una formación de cruceros, destructores, unidades de transporte y submarinos, frente a Roi-Namur, en la gran laguna de Kwajalein, donde fondeó. La misión de Kajioka era apoderarse del atolón de Wake, apoyado por la 24 escuadrilla de aviones con base en tierra. Cuando las posiciones americanas hubieran sido convenientemente bombardeadas, Kajioka desembarcaría para ocupar el islote.

A las 6,50 del día 8 de diciembre llegó a Wake, desde Hawai, un informe que decía que los japoneses estaban atacando Pearl Harbor y el aeródromo de Hickham. Pocos minutos después sonó la alarma para los *marines*: los soldados se precipitaron fuera con sus cascos y fusiles, mientras los vehículos blindados se dirigían a sus posiciones, brincando sobre el terreno coralino.

Hacia mediodía cayó sobre el atolón de Wake un intenso aguacero. Mientras los *Wildcat* realizaban su vuelo de reconocimiento hacia el Norte, 36 bombarderos japoneses llegaron procedentes del Sur. El primero en divisarlos fue el oficial que mandaba una batería antiaérea, quien, por medio de un teléfono de campaña, dio a sus hombres la orden de abrir fuego inmediatamente.

La máxima violencia del ataque se centró en la pista de aterrizaje. Siete cazas americanos fueron incendiados o quedaron destruidos. El fuego acabó con las ya escasas reservas de material, piezas de repuesto y manuales de instrucción de los defensores. Las instalaciones de radio para el enlace tierra-aire quedaron asimismo inutilizadas. De los 55 hombres, entre oficiales y tropa, que se encontraban en tierra en el momento del ataque, el VMF-211 registró 23 muertos (incluidos 3 pilotos) y 11 heridos. Más tarde un piloto japonés escribió: «Todos los pilotos sonreíamos satisfechos. Cada uno de nuestros aviones inclinaba sus alas como diciendo: "¡Banzai!"» Y tenían razón al sentirse satisfechos, pues su éxito podía considerarse casi completo. Dos tercios de los cazas disponibles en el atolón de Wake acababan de ser destruidos, las instalaciones militares americanas experimentaron muy graves daños, y en cambio ellos estaban de regreso a sus bases sin haber sufrido ninguna pérdida.

Metódicos en extremo, los bombarderos japoneses volvieron al día siguiente, hacia las 11,45; pero esta vez los pilotos nipones no tuvieron ocasión de sonreír demasiado. Antes de que sus aviones pudieran descargar las bombas, los cuatro cazas de Putnam que aún estaban en condiciones de volar, cayeron de improviso sobre las formaciones enemigas. Un bombardero fue alcanzado y abatido: luego las baterías abrieron intenso fuego. Otro bombardero se desintegró y los otros se alejaron dejando una estela de humo. No obstante, y a pesar del fuego antiaéreo, los bombarderos japoneses atacaron de nuevo el atolón, causando incendios y destrozos; pero esta vez sólo 14 de ellos pudieron regresar a duras penas a su base.

Aunque la defensa antiaérea y los cazas americanos siguieron combatiendo con gran eficacia (otros tres bombarderos nipones fueron derribados el tercer día), el almirante Kajioka se sentía satisfecho por los daños causados hasta aquel momento de las defensas de Wake. El reconocimien-

to aéreo descubrió muchos edificios destruidos, explosiones, grandes incendios e innumerables cráteres: todo parecía haber sido arrasado. Así, pues, el 9 de diciembre la formación naval japonesa se hizo a la mar para ocupar el atolón. Llegadas al mismo antes del amanecer del día 11 de diciembre, las fuerzas japonesas ocuparon sus puestos en las lanchas de desembarco, y al despuntar el día el buque insignia de Kajioka, otros dos cruceros y seis destructores iniciaron el bombardeo. Acercándose cada vez más a la costa, los japoneses lanzaron sobre Wake una gran cantidad de proyectiles, sin que se produjera reacción alguna por parte americana.

A las 6,15, tras un bombardeo que duró 45 minutos, el comandante Devereux juzgó que había llegado el momento; los japoneses ya se habían adentrado lo suficiente en el campo de acción de sus cañones y, sin esperar más, dio la orden de abrir fuego. La primera en hacer blanco fue la batería de Peacock Point. El buque insignia de Kajioka resultó alcanzado en la línea de flotación por dos proyectiles de 127 mm, que perforaron el casco y explotaron. Y mientras por los boquetes abiertos empezaba a salir fuego y humo, otra salva alcanzó al navío un poco más a popa que la anterior. Perdiendo velocidad, el crucero *Yubari* se alejó del lugar protegido por una cortina de humo que un destructor trazó oportunamente a su alrededor.

En el otro extremo del atolón, la batería de 127 mm de la isla Wilkes seguía los movimientos de los tres destructores. Después de ser alcanzado el *Yubari*, estas unidades se acercaron disparando hacia la costa. Cerca de la escollera el *Hayate*, que iba al frente del pequeño grupo, quedó situado paralelamente a la costa. Y a menos de 4000 metros, como se hallaba, el costado de la unidad japonesa presentaba un blanco verdaderamente tentador para una batería cuyos telémetros habían sido destruidos durante el bombardeo. Calculando a ojo la distancia, el jefe de la batería ordenó abrir fuego; a la tercera salva el *Hayate* fue sacudido por una violenta explosión, y apenas disipados el humo y la cortina de agua provocados por la misma, los artilleros americanos pudieron comprobar que el buque había quedado fuera de combate y se hundía rápidamente. Sin embargo, la tripulación logró vararlo. Fue aquel el primer buque de guerra japonés destruido en el recién iniciado conflicto. Luego, naturalmente, tras la recuperación norteamericana se hundirían muchísimos más; hasta la total destrucción de la soberbia Flota Imperial.

La batería abrió fuego de nuevo sobre el segundo buque de la formación, que asimismo fue alcanzado por una cortina de humo. Los artilleros americanos lograron alcanzar todavía a otros cruceros, a un transporte que se apresuraba a izar a bordo algunos lanchones y a dos destructores más. Alrededor de las 7 Kajioka se vio obligado a retirarse.

Llegó entonces el momento de que interviniera la aviación. Los cuatro cazas de Putnam habían despegado al amanecer para interceptar la llegada de posibles aviones de escolta de las unidades atacantes; estos cazas llevaban incluso bombas por si se daba el caso de que los cazas japoneses no intervinieran. Al ver a Kajioka en franca retirada, Putnam dirigió su *Wildcat* en un arriesgado vuelo en picado a través del intenso fuego de barreras y atacó a dos cruceros. Apenas descargadas las bombas, los pilotos se dirigieron a Wake para repostar. La segunda oleada fue aún más fructífera. El capitán Henry T. Elrod alcanzó el destructor *Kisaragi*, que llevaba sobre su cubierta numerosas cargas de profundidad. Al ser alcanzado, la explosión que se produjo pareció que iba a arrancar de cuajo las alas del *Grumman Wildcat* de Elrod; luego el *Kisaragi* desapareció en un instante bajo las aguas.

Los cañones y los pocos aviones que aún quedaban en la base de Wake habían conseguido rechazar un ataque anfibio, hundir dos buques de guerra, averiar otros siete y causar a los japoneses la pérdida de casi 700 hombres (casi todos ellos resultaron muertos). Los *marines* tuvieron tan sólo cuatro heridos; pero, en cambio, tuvieron que lamentar una pérdida muy sensible: dos de los valiosos aparatos *Wildcat*, tras haber sido alcanzados por el fuego enemigo, se vieron obligados a realizar un aterrizaje forzoso y quedaron inutilizados.

Los días que siguieron a este ataque fueron casi todos iguales para los defensores de Wake. Cada día sufrían una nueva incursión aérea; pero los cazas contrarrestaban todos los ataques y los cañones no dejaron de responder al fuego enemigo, aun cuando quedaban únicamente en servicio una central de tiro y un telémetro de cota. Según el propio Putnam, alrededor de la maltrecha pista de aterrizaje los técnicos «realizaron en aquella ocasión un trabajo verdaderamente excepcional, casi milagroso. Con una abrumadora falta de material y pese a la total carencia del equipo más indispensable, consiguieron realizar todos los trabajos de reparación y de sustitución». Otro informe decía a este respecto: «Hubo que desmontar y reconstruir casi todos los motores..., realmente faltó muy poco para que fuesen de nuevo *creados de la nada*.»

No obstante, los recursos del atolón de Wake se estaban agotando. El 17 de diciembre su comandante informó a Pearl Harbor que más de la mitad de los medios de transporte y del utillaje de reparaciones había sido destruido, que la gasolina se estaba agotando, que todas las oficinas y almacenes se hallaban arrasados y que la moral de la población civil era muy baja.

Pero, entre tanto, de Pearl Harbor había salido una formación, al mando del contraalmirante F. J. Fletcher, destinada a socorrer a la guarnición de Wake; comprendía el portaaviones *Saratoga*, que llevaba a bordo un considerable número de aviones y un nuevo escuadrón para Wake tres cruceros armados con cañones de 203 mm y nueve destructores. La navegación sin embargo, de estas unidades era bastante lenta a causa de que el único buque de apoyo que las acompañaba era un viejo navío de la primera Guerra Mundial, que sólo podía desarrollar una velocidad máxima de 12 nudos. El 22 de diciembre la formación de socorro se hallaba a 515 millas del atolón; mas por desgracia, al efectuar las operaciones de abastecimiento, Fletcher navegó un día entero en dirección Norte, en lugar de hacerlo hacia el Oeste, camino de su objetivo. El 23 después de rectificar su rumbo en dirección a Wake, la formación se encontraba a 425 millas de la isla; pero entonces era ya demasiado tarde para actuar y se ordenó a Fletcher que volviera atrás. El Alto Mando ignoraba que al este de Wake se encontraban en aquellos momentos cuatro cruceros japoneses sin apoyo aéreo (como lo estuvieron el *Repulse* y el *Prince of Wales*, pero las unidades japonesas tuvieron más suerte que las inglesas), los cuales habrían constituido un magnífico objetivo para los aparatos del portaaviones *Saratoga*. Si los americanos hubieran tenido conocimiento de este hecho, demostrando entonces un poco más de decisión, en lugar de estar tan preocupados por los abastecimientos, no cabe duda que la historia del atolón de Wake habría sido muy distinta.

El 21 de diciembre Kajioka zarpó nuevamente de Roi. Esta vez tenía a su disposición nuevos cruceros y destructores, así como un batallón de tropas de desembarco, llegado apresuradamente de Saipán. Disponía, además, de dos portaaviones: el *Soryu* y el *Hiryu*. Las fuerzas de desembarco iban a bordo de dos viejos destructores, cuya misión era alcanzar las costas de Wake a cualquier precio. Los japoneses tenían a su favor otro factor importantísimo: Kajioka sabía que la guarnición de la isla no disponía ya de ningún avión, puesto que el último fue derribado el 22 de diciembre durante una desesperada lucha con los aparatos *Zero* y los bombarderos en picado de los portaaviones.

El día 23, inmediatamente después de la medianoche y en medio de una violenta tempestad, los japoneses se dispusieron en perfecta formación frente a la costa meridional de Wake. Algunos de los medios de desembarco debían flanquear el rápido avance de los destructores hasta las playas; por otra parte, cierto número de hombres penetraría entonces en la laguna con lanchas neumáticas para infiltrarse después entre las líneas enemigas. A una señal convenida, todos se dirigieron hacia la costa y los destructores vararon en ella.

De pronto un reflector iluminó la superficie del mar y las ametralladoras abrieron fuego. El único cañón americano que podía disparar sobre los destructores varados en la playa se encontraba muy cerca de la pista; y aunque sus servidores eran una curiosa mezcla de *marines* y civiles, lograron hacerlo funcionar, y quince granadas cayeron sobre el destructor más próximo. Mientras los soldados japoneses intentaban ponerse a salvo, el buque de defensores pudo ver a muchos soldados japoneses que saltaban a tierra desde el otro buque, así como desde algunas de las lanchas de desembarco alineadas en la playa.

Al amanecer habían desembarcado por lo menos 1000 japoneses, los cuales, combatiendo entre la maleza y los arrecifes del extremo meridional de la isla, lograron llegar hasta el aeródromo y ocuparlo; pero se vieron forzados a detener su avance ante el perímetro defendido por los sobrevivientes del escuadrón 211 que, según una tradición de su cuerpo, después de la pérdida de su último avión se habían reorganizado en una pequeña unidad de infantería. Al norte de la pista, Devereux defendía un frente algo precario que atravesaba el otro extremo de la isla; pero era difícil saber cuánto tiempo podría resistir, con aquel reducido grupo de 40 hombres, al ímpetu de centenares de japoneses. Entre tanto, el sol ya había salido y los bombarderos en picado y los cruceros comenzaron a bombardear la isla, con lo que la situación de los norteamericanos se hizo más angustiosa todavía.

Devereux se dirigió a Cunningham (que por razones desconocidas no había informado a los *marines* que una formación naval iba en ayuda de la guarnición de la isla) para averiguar si por lo menos sería posible esperar la llegada de alguna ayuda. Como la respuesta fue negativa. Devereux informó de la gravedad de la situación, y en consecuencia Cunningham decidió la rendición. Tristemente, enarbolando una bandera blanca, Devereux se encaminó hacia las líneas japonesas.

No disponiendo ya de radar, con sólo la mitad de los hombres precisos para poder utilizar los cañones y privado de toda infantería de reserva, el atolón de Wake no podía hacer otra cosa que rendirse cuando sus cazas ya no estuvieron en condiciones de disputarle al enemigo el dominio del espacio aéreo. Pero el hecho de que este puñado de *marines* lograse resistir más de dos semanas, hundiendo nueve buques japoneses, derribando 21 aviones y combatiendo hasta el último instante con fusiles y bayonetas, tuvo por lo menos la virtud de infundir valor y decisión a todos los norteamericanos. Fue, en efecto, un envidiable ejemplo que dieron, no sólo al resto de las Fuerzas Armadas de los Estados Unidos sino a toda la nación, en unos momentos cruciales en los que todo parecía irremisiblemente perdido, y se combatía sin esperanza y sin fe, agobiados todos bajo el signo inexorable de la fatalidad.

Ya en 1942 y en el transcurso de una conferencia de prensa, al comentar un periodista el hecho de que en otros sectores norteamericanos no había sido tan brillante como en Wake, preguntó al comandante en jefe de los *marines* cómo podía explicar la intrépida y tenaz resistencia ofrecida en el atolón.

La respuesta fue rápida y enérgica como un disparo: «Y bien: ¿qué otra cosa podía esperarse de los *marines*?»

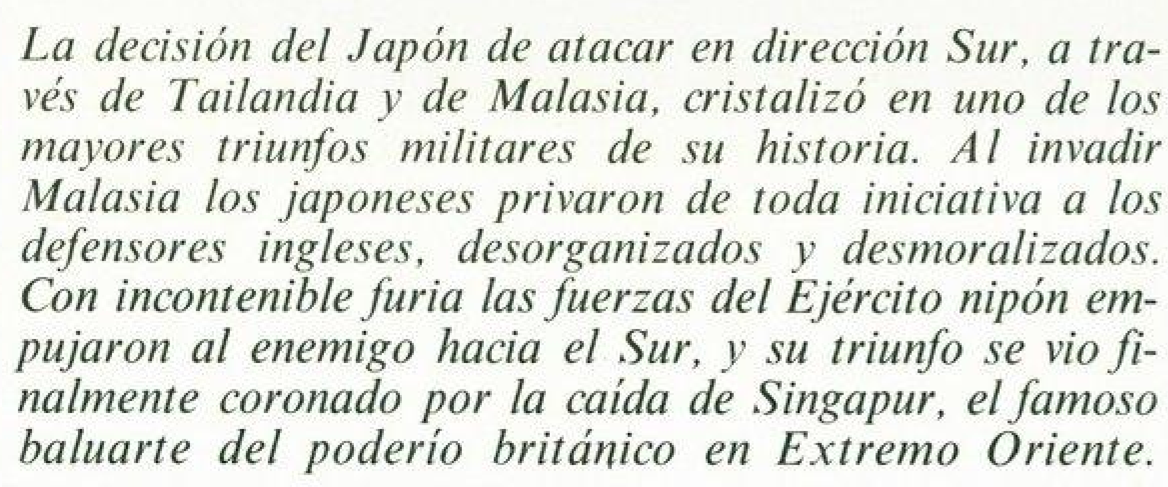
LA CONQUISTA DE MALASIA

UNA NUEVA VICTORIA JAPONESA

Arthur Swinson
(con la colaboración del comandante Tokuji Morimoto y de Mutsuya Nagao)



El general japonés Yamashita, comandante del Ejército 25, a quien se debió la victoria del Ejército nipón en Malasia. Miembro de la organización extremista «Koda-ha» (grupo del Emperador) que en el año 1932 intentó un golpe de Estado estaba muy bien considerado por sus colegas y superiores. (Rijksinstituut voor Oorlogsdocumentatie)



La decisión del Japón de atacar en dirección Sur, a través de Tailandia y de Malasia, cristalizó en uno de los mayores triunfos militares de su historia. Al invadir Malasia los japoneses privaron de toda iniciativa a los defensores ingleses, desorganizados y desmoralizados. Con incontenible furia las fuerzas del Ejército nipón empujaron al enemigo hacia el Sur, y su triunfo se vio finalmente coronado por la caída de Singapur, el famoso baluarte del poderío británico en Extremo Oriente.

La tarde del 2 de diciembre de 1941 los oficiales del Estado Mayor del Ejército 25 japonés y el teniente coronel Kera, responsable del transporte de tropas por vía marítima, escrutaban el horizonte desde su puesto de mando en Samah, puerto de la isla de Hainán. Esperaban la llegada de 20 transportes destinados a embarcar las tropas que habían de tomar parte en la invasión de Tailandia y de Malasia. A las 12 de la mañana del día 3, todos los barcos estaban ya en el puerto y pudo empezar la operación de embarque de las unidades del Ejército 25 y de la 3ª División aérea. El día 4, tras algunos pequeños contratiempos, todo quedó embarcado y colocado en perfecto orden: hombres, equipo, armas, municiones y víveres. La operación podía comenzar.

En aquellos momentos Japón todavía no había declarado la guerra a Inglaterra ni a Estados Unidos. Sin embargo, a menos que los americanos hicieran algunas concesiones *in extremis*, ya se sabía que las hostilidades comenzarían a primeras horas del día 8 de diciembre. Los comandantes de las grandes unidades tenían libertad absoluta en cuanto a decidir el momento oportuno para lanzar sus fuerzas al ataque; lo importante era que los objetivos se alcanzasen en la fecha señalada. Por ello, Yamashita, comandante del Ejército, embarcó sus tropas el 4 de diciembre, mientras las restantes fuerzas partían entre el 5 y el 6. No era necesaria ninguna declaración de guerra oficial.

Yamashita recibió órdenes definitivas la tarde del día 2 de diciembre. Eran las siguientes:

- Queda establecido de antemano que todas las operaciones militares se iniciarán el día 8 de diciembre.
- El Ejército 25 deberá cooperar con la Marina de Guerra en la fase inicial de las operaciones militares, cuyo objetivo principal será la ocupación de Malasia.
- El comandante del Ejército 25 dará comienzo a las operaciones siguiendo las órdenes recibidas con anterioridad. Sin embargo, si las negociaciones en curso con Estados Unidos terminaran con buen éxito antes de la fecha indicada, el ataque quedaría automáticamente en suspenso.

Malasia una meta ambicionada

En aquellos momentos, cuando el bloqueo americano se había hecho más intenso, Malasia constituía para el Japón la meta más ambiciona-

da. No sólo por su importantísima producción de caucho y de estaño, sino también porque en el extremo meridional de la península se encontraba la isla de Singapur, base naval de Gran Bretaña y punto clave de su poderío en Extremo Oriente. Por extraño que pueda parecer, hacía apenas tres meses que el Alto Mando japonés se ocupaba en los planes para la conquista de Singapur, y sólo en enero de 1941 empezó el Ejército a estudiar los problemas relacionados con una guerra tropical y con la lucha en la jungla. Por aquel entonces había en Formosa una pequeña organización, llamada «Sección de Investigación del Ejército de Taiwán», a cuyo frente se encontraba el coronel Masanobu Tsuji, un hombrecillo prepotente y entrometido, que les era antipático a la mayoría de los oficiales que estaban a sus órdenes porque le consideraban un «arrivista».

Tras una consulta con sus oficiales, Tsuji llegó a tres conclusiones principales en relación con los objetivos:

- La plaza fuerte de Singapur era sólida y resistente frente al mar; pero estaba prácticamente indefensa por tierra, hacia la provincia de Johore.
- Las noticias dadas por los periódicos referentes al potencial bélico de la RAF en aviones de caza no respondían a una realidad efectiva, sino que habían sido exageradas con miras a una simple propaganda.
- El Ejército inglés de Malasia disponía de cinco o seis divisiones, con un total de unos 80.000 hombres. Probablemente el porcentaje de tropas europeas era inferior a un 50 %.

En cuanto a la modalidad táctica adecuada, existían grandes divergencias de opinión. El Estado Mayor de la Marina proponía que los desembarcos fueran precedidos por un intenso bombardeo de las defensas costeras y por duros ataques contra las bases aéreas, afirmando que de no seguirse este procedimiento, sus unidades de guerra estarían expuestas al ataque de los aviones enemigos. El Ejército, por su parte, se inclinaba más por el factor sorpresa. Los altos jefes estaban convencidos de que los ingleses no moverían un dedo antes de la declaración oficial de guerra, lo que significaba que no se lanzarían a ninguna operación aérea en gran escala antes del amanecer del día 8 de diciembre. Y en aquellos momentos la 3ª División aérea japonesa estaría ya en plena acción; y, gracias a la superioridad numérica de aviones y a su calidad, asegurarse el control absoluto del espacio aéreo sería cuestión de horas.

En esta discusión entraban también otros factores. Nishimura, el oficial encargado de la previsión meteorológica, había pronosticado que del 6 al 7 de diciembre soplarían vientos moderados; pero que, a partir del día 8, el monzón del Nordeste aumentaría en tal forma que el mar estaría cada vez más encrespado a lo largo de toda la costa.

Se superan las objeciones de la Marina

Pese a todos estos argumentos, el Estado Mayor de la Marina no cedía; continuaba afirmando que sus unidades de guerra estarían expuestas a riesgos inútiles y que había que llegar a una solución de compromiso. Cuando la discusión parecía haber llegado a un punto muerto, pidió la palabra el vicealmirante Jisaburo Ozawa, comandante de la fuerza combinada: «Creo que la Marina debe aceptar la proposición del Ejército, aun a riesgo de ser aniquilada». Con ello quedó zanjada la discusión.

Pero el Ejército 25 carecía todavía de comandante, y hasta el 5 de noviembre no fue nombrado el teniente general Yamashita, militar de gran prestigio dentro del Ejército (muchos oficiales le consideraban el mejor soldado del Japón), pero que tenía también muchos enemigos. No obstante, y por fortuna para él, Yamashita estaba en buenas relaciones con dos de sus tres comandantes de división: con el teniente general Matsui, jefe de la División 5, y con el teniente general Renya Mutaguchi, jefe de la División 18. La División 5 era una unidad muy experimentada, que en el transcurso de la guerra con China había adquirido mucha práctica en las operaciones de desembarco; estaba además mecanizada y se la consideraba como una de las mejores divisiones del Ejército japonés. La División 18, aunque con menos experiencia y no disponiendo apenas de medios de transporte, gozaba asimismo de una insólita reputación.

La tercera unidad era la División de «Guardias Imperiales», compuesta por hombres cuya estatura era superior a la talla media del Ejército y que se lucían en todas las ceremonias oficiales. Pero no tenía experiencia en el combate.

Las tres divisiones de infantería estaban apoyadas por dos regimientos de artillería pesada (además de la propia artillería orgánica) y por la 3ª Brigada de carros de combate. En total, los efectivos del Ejército 25 sumaban 60.000 hombres; la 3ª División aérea disponía de 459 aviones, a los que se sumaron otros 159 de la Marina. La fuerza naval del sector meridional, del vicealmirante Ozawa, comprendía un crucero de batalla, 10 destructores y 5 submarinos.

El Ejército se puso en marcha la madrugada del día 4 de diciembre.

Las defensas de Malasia

Desde 1931, año de la invasión de Manchuria, los ingleses contaban con la posibilidad de una ofensiva japonesa contra Malasia; y si bien las defensas de Singapur fueron reforzadas al año siguiente, no fue hasta 1937 que los altos jefes militares se dieron cuenta de que el destino de la base estaba estrechamente vinculado al de la citada península. Este año, el general W. G. S. Dobbie a la sazón comandante de Malasia, empezó a estudiar el problema de las defensas desde este nuevo punto de vista, considerando la posibilidad de desembarcos enemigos en la costa oriental.

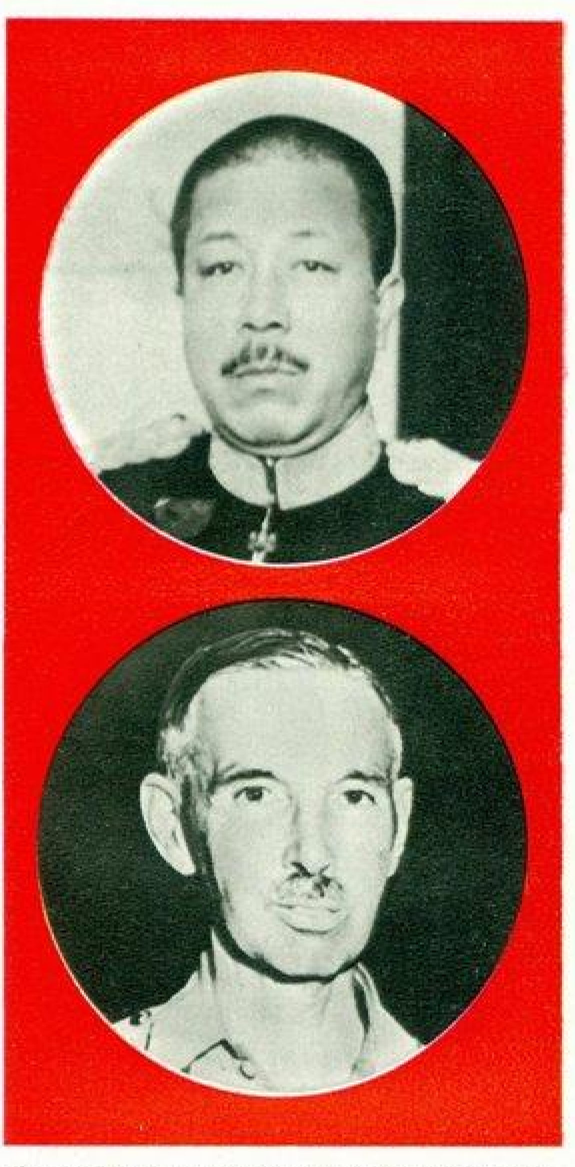
Dobbie preparó una valoración de la situación desde el punto de vista japonés, expresando su opinión de que, como movimiento preliminar, el Japón intentaría apoderarse de algunas bases aéreas en Tailandia. Señaló, incluso, como posibles puntos de desembarco, Sengora, Pattani y Kota Bharu. De todo ello se desprendía claramente que la seguridad de Singapur dependía en gran parte de Malasia septentrional y de Johore y que, por lo tanto, debía ser este sector el que tuviera prioridad en el envío de refuerzos. Mas, después de largas discusiones, el Gobierno inglés se limitó a reforzar la guarnición de Malasia con el envío de un batallón y a destinar 60.000 libras esterlinas (unos 10 millones de pesetas) para la realización de obras defensivas.

Estos trabajos se iniciaron en 1939, cuando ya el Japón había extendido su actividad bélica a la China meridional, y mucho antes de que hubieran terminado Gran Bretaña ya estaba en guerra con Alemania. Ante esta nueva y peligrosa situación, los comandantes de la fuerzas de Tierra, Mar y Aire de Singapur, a requerimiento de los jefes de Estado Mayor de Londres, presentaron su primera valoración conjunta. Su hipótesis de fondo era que, a falta de una eficaz fuerza naval, el elemento primordial de la defensa debía ser la fuerza aérea.

Respecto a la RAF, su misión debía consistir en rechazar a las fuerzas de asalto que llegasen por mar, impidiendo todo intento de desembarco y destruyéndolas en el caso de que lo realizasen. La RAF dispondría de 200 aviones, número que se iría incrementando hasta reunir 31 escuadrones, con un total de 566 aparatos. Se suponía que una fuerza de esta envergadura podría hacer frente, no sólo a cualquier ataque eventual en Tailandia, sino incluso a los desembarcos. Por lo tanto, el Ejército podía quedar reducido a 23 batallones.

Pero, antes de que esta valoración se pudiera poner en práctica o fuese simplemente asimilada, el teniente general de Aviación sir Robert Brooke-Popham asumió el cargo de comandante en jefe de Extremo Oriente, y el 7 de diciembre envió su propio informe a los jefes de Estado Mayor. En su opinión, la política más oportuna sería la de potenciar de tal forma las defensas inglesas, que los japoneses comprendieran la inutilidad de una agresión.

Una de las cosas que más preocupaba a Brooke-Popham y a Percival, aparte del escaso número de fuerzas de que disponían, era la situación en Sengora. Si realmente se quería arrebatar la iniciativa al enemigo, debería ocuparse aquel punto antes de que los japoneses llegasen a él; con este fin se elaboró un nuevo plan que fue denominado «Matador». Pero el 17 de septiembre, el Estado Mayor arguyó que su política era la de evitar a toda costa la guerra con el Japón, y que, por lo tanto, la idea de entrar en Tailandia antes de que ésta hubiera sido atacada, no podía tomarse en consideración. La situación general no podía ser más desconsoladora para el mando del Extremo Oriente.



El general Matsui, comandante de la División 5 japonesa. Debajo: el general Percival, comandante de las fuerzas británicas en Malasia. (Paul Popper) - (Keystone)

El 6 de diciembre, a las doce del mediodía, un *Hudson* de la base de Kota Bharu avistó al primer convoy japonés. Doce horas más tarde, y pese a que el reconocimiento aéreo se vio obstaculizado por un violento temporal, nuevos vuelos confirmaron que un convoy de 22 buques, fuertemente escoltado, navegaba hacia el Oeste. La ruta del convoy daba a entender que se adentraría en el golfo de Siam, alejándose de este modo del sector vigilado por los ingleses.

Durante toda la noche del 6 al 7 la visibilidad fue nula, y sólo a las 17.30 del día 7, casi treinta horas después de la primera localización, los avio-

nes ingleses lograron avistar un buque de transporte, escoltado por un crucero, que navegaba rumbo a Sengora. Una hora más tarde, al norte de Pattani, se localizaron cuatro unidades de guerra que navegaban hacia el Sur, paralelamente a la costa.

Obligados a respetar la decisión política de evitar cualquier provocación, los comandantes ingleses no podían efectuar ningún movimiento. Pero, poco después de medianoche, se disiparon ya todas las dudas acerca de las intenciones de los japoneses: el general de brigada Key, comandante de la Brigada de infantería 8 hindú, que estaba desplegada a la defensiva en las playas al nordeste de Kota Bharu, informó que tres transportes habían fondeado a dos millas de la costa y que algunas unidades de escolta de la Marina de Guerra japonesa estaban desembarcando. El mando aéreo ordenó entonces que los aviones de la RAF, de la base de Kota Bharu, atacasen sin demora y que los aviones torpederos despegaran. La guerra en Malasia había comenzado.

Confusión en Kota Bharu

Las tropas japonesas que se hallaban frente a Kota Bharu pertenecían a la «fuerza Takumi» y, según su comandante, habían llegado a sus puestos a las 23 horas. A las 23,40 los buques echaron el ancla; pero, como habían sido arrastrados por una corriente que descendía a lo largo de la costa, se encontraban ahora casi a 2000 metros más al sur del punto previsto; esto es, frente a las posiciones de Key y no al norte de las mismas. A medianoche empezó el desembarco; las olas alcanzaban casi dos metros de altura, lo cual dificultó mucho la operación. Transcurrió una hora larga antes de que cada hombre que formaba la primera oleada de desembarco ocupara su puesto; el último en unirse a ellos fue el coronel Nasu, comandante del Regimiento 56. Después de dirigir a Takumi un «hasta la vista», ordenó que sus lanchas se dirigieran hacia la costa. Todo esto sucedía a la una de la madrugada. Una vez las otras lanchas del convoy le hubieron indicado que todo estaba dispuesto, Takumi ordenó hacer la señal convenida, a la que los buques contestaron: «Recibido».

Las lanchas de desembarco tenían que regresar a los buques para recoger la segunda oleada; pero como pasara el tiempo sin recibir ninguna noticia, Takumi empezó a preguntarse qué podía haber sucedido. Poco antes de las dos llegaron algunos aviones de la RAF, que bombardearon el convoy; el buque en el que se encontraba Takumi —el *Awajisan Maru*— fue alcanzado por una bomba, que mató a 50 hombres e inició un incendio a bordo. Por fin, a las 2,05 regresaron las lanchas y Takumi recibió un mensaje del coronel Nasu: «Hora 1,30. Desembarco efectuado, pero nos enfrentamos con muchos obstáculos. Envíe segunda oleada de desembarco».

Takumi se apresuró a dar las órdenes oportunas; pero casi inmediatamente el jefe de las unidades de guerra de la escolta se puso en contacto con él (seguramente por radio-teléfono); el oficial estaba muy preocupado por... las «atenciones» de que eran objeto por parte de la RAF, y sugirió que fuesen suspendidos los desembarcos y que la formación se retirase. Pero la tercera y última oleada debía salir alrededor de las 6, y Takumi insistió en que, hasta ese momento, había que correr todos los riesgos.

Aunque a regañadientes, los buques de guerra accedieron a quedarse. Pero unos instantes después Takumi se vio obligado a abandonar el averiado *Awajisan Maru* y transbordar su puesto de mando a una lancha. Mientras se iba alejando, su barco fue presa de las llamas. Un hombre tal vez menos valeroso posiblemente hubiera llegado a la conclusión de que los dioses le eran adversos; pero Takumi no perdió la serenidad y ordenó que la lancha se dirigiera a tierra sin más demora.

Dándose cuenta de que si permanecían más tiempo allí serían exterminados hasta el último hombre, dio la orden de avanzar. Los oficiales se lanzaron hacia delante seguidos por sus soldados. Pronto las tropas atacantes empezaron a rodear las posiciones enemigas y a excavar un paso en la arena con el fin de cruzar la alambrada de espinos. Lanzaban también granadas de mano.



Patrulla japonesa en acción en una estación de ferrocarril en Malasia. Los soldados nipones, muy bien instruidos y dotados además de armamento y equipo ligeros, apenas desembarcados lograron anular la estática defensa de las fuerzas británicas. (Imperial War Museum)

Los japoneses arrollan las defensas

La Brigada de infantería 8 hindú estaba formada por los Batallones 2/X *Beluchi*, el 3/XVII *Dogras* y el 1/XIII de fusileros de la *Frontier Force*, apoyados por el Grupo de Artillería de Montaña 21. Como los *Beluchi* ocupaban una posición costera situada a unos 25 km más al Sur y la *Frontier Force* había avanzado casi 3 km hacia el interior, a fin de cubrir el aeropuerto, el peso del ataque recayó por entero en el 3/XVII *Dogras*. La unidad se batió bien, infligiendo a los japoneses graves pérdidas; pero hacia las 3,45, dos de sus posiciones centrales cayeron en poder del enemigo. Durante todo el día, y pese a que los *Dogras* lograron resistir en algunos sectores, la situación en la costa se fue haciendo cada vez más crítica, pues un contraataque lanzado por los fusileros de la *Frontier Force* fracasó. Entre tanto el aeródromo fue bombardeado y ametrallado por los aviones japoneses, que causaron graves daños a las instalaciones y a los aparatos. A las 9 con la noticia de que habían sido avistados a lo largo de la costa otros buques de transporte de tropas, el general de brigada Key fue autorizado para retirar sus fuerzas. Así, a pesar de haber perdido el 15 % de sus efectivos (unos 850 hombres), los japoneses habían alcanzado su primer objetivo.

El 8 de diciembre trajo para los Aliados otra fatal noticia: la del ataque a Pearl Harbor. Se supo además que los japoneses habían desembarcado en Tailandia (en Sengora y en Pattani) y que se preparaban para avanzar hacia el Sur. La 3ª División aérea japonesa, rápidamente establecida en Sengora, empezó a lanzar sus ataques aéreos contra Malasia septentrional. Al no encontrar más que una débil resistencia por parte de los cazas y de la artillería antiaérea inglesa, infligió pérdidas irreparables a la RAF, cuyos aviones fueron sorprendidos en tierra y destruidos. Al anochecer, los efectivos de la RAF en Malasia septentrional habían quedado reducidos de 110 a 50 aparatos. Desde aquel instante los japoneses disfrutaron de una absoluta superioridad.

La División 5 japonesa había recibido la orden de lanzarse hacia el Sur y destruir las fuerzas inglesas que se suponía desplazadas en Jitra; para ello seguiría dos caminos: el de Sengora a Alor Star y el de Pattani a Kroh. Jitra era sumamente importante para ambos bandos, pues protegía el aeródromo de Alor Star y otros de menor importancia, situados más al Sur. Estaba defendida por la División 11 hindú, mandada por el general D.M. Murray-Lyon, y aunque instruida con miras a una rápida penetración en Tailandia, de acuerdo con la Operación «Matador», esta unidad fue llamada con toda urgencia para asumir una tarea puramente defensiva.

El plan de Murray-Lyon preveía situar la Brigada 15 a caballo de la carretera y la Brigada 6 a la izquierda, quedando en reserva la 28. Su error principal fue pretender cerrar todas las posibles vías de aproximación, incluso las menos probables, dispersando de este modo a sus hombres a lo largo de un frente excesivamente amplio y, por lo tanto, demasiado débil. La Brigada 15 debía defender un arco de 6 km, que comprendía trechos de jungla, arrozales y plantaciones de caucho; todavía más inverosímil era la misión de la Brigada 6, a la que se le ordenó vigilar un frente de 18 km que llegaba hasta el mar.

Para que la situación fuera todavía más difícil, Murray-Lyon se vio privado de su reserva divisionaria. Las tropas destinadas a la defensa de Jitra, en el Norte, eran las del 1/XIV *Punjab*, de la Brigada 15, las cuales fueron atacadas, a las 9 de la mañana del 11 de diciembre, por la unidad de reconocimiento japonesa del teniente coronel Saeki, apoyado por diez carros de combate. Cuando el enemigo hubo tomado algunas posiciones, el general de brigada Garret decidió retirar todo el batallón sobre la posición intermedia de Nangka, casi 3 km al norte de la posición de Jitra, con la misión de resistir toda la noche. Pero mientras las fuerzas inglesas estaban replegándose bajo una lluvia torrencial, Saeki atacó con sus carros de combate y con la infantería motorizada, sorprendiendo a la desprevenida retaguardia de la columna y destruyéndola.

Más tarde los ingleses trataron de justificar esta derrota pretextando que los cañones de la 2.ª Batería contracarro se hallaban aún en posición de arrastre y, por lo tanto, no pudieron ser utilizados. Pero la versión japonesa es bien distinta; Tsuji, que había tomado parte en la batalla, describe así aquellos momentos. «Diez cañones, con sus bocas apuntando sobre nosotros, se hallaban alineados en el camino; pero junto a ellos no pudimos ver a ningún sirviente. Según parece, los soldados enemigos, huyendo de la lluvia, se habían refugiado bajo los árboles de caucho... Esta pequeña negligencia les costó una aplastante derrota...»

Murray-Lyon acabó por convencerse de que, si al día siguiente no lograba llevar su división hacia un lugar en que pudiese apoyarse en un obstáculo sería completamente destruido, por lo que solicitó al mando del Cuerpo de Ejército III permiso para retirarse. De momento Percival, que se encontraba con el general Heath, comandante del Cuerpo de Ejército, se negó a concedérselo; pero luego recapacitó y concedió a Murray-Lyon la facultad de decidir por sí mismo. En consecuencia, éste ordenó que, a partir de medianoche, la División 11 abandonase Jitra, dirigiéndose hacia la orilla meridional del Sungei Kedah, en Alor Star. Esta posición se encontraba casi a 25 km a retaguardia y la incesante lluvia torrencial hacía muy dificultosa la marcha. Después de una encarnizada acción de retaguardia, a las 4,30 quedó temporalmente roto el contacto con los japoneses.

La batalla de Jitra supuso para los ingleses un desastre de grandes proporciones, y también un deshonor. Según los japoneses, sólo emplearon en la acción, aparte los carros de combate, 581 soldados, y sus pérdidas no llegaron a 50 hombres. Las pérdidas inglesas, por el contrario, se contaban por millares; la Brigada 15 quedó reducida a las tres cuartas partes de sus efectivos y la Brigada 28 perdió más de 700 hombres. Las pérdidas en cañones, equipo y material diverso fueron considerables, y en cuanto a la moral de las tropas los efectos desastrosos. Los japoneses, naturalmente, se sentían eufóricos. Aquellos soldados que, desde que desembarcaran, habían tenido que contentarse con raciones muy exiguas, encontraron de pronto víveres y tabaco en abundancia. Además de los medios de transporte, los nipones se apoderaron de la gasolina necesaria para ponerlos en marcha y de grandes depósitos de municiones para los cañones capturados. Ya el 10 de noviembre, Yamashita había escrito en su Diario: «Si las fuerzas inglesas que defienden Malasia incluyen tropas hindúes, la cosa será más fácil». Y los informes que ahora recibía de sus comandantes de división, corroboraban estas palabras.

Pero los japoneses no sabían que las unidades hindúes con las que estaban enfrentándose en aquellos momentos sólo habían sido parcialmente instruidas, y que en aquel primer encuentro quedaron desconcertadas. Por lo tanto, no podía considerárselas como representativas del Ejército de la India. Era ésta una lección que los nipones no aprenderían hasta dos años más tarde.

Sin duda alguna, la batalla de Jitra fue la batalla clave de la campaña de Malasia: la derrota sufrida en ella llevó inevitablemente a los ingleses al desastre final. Desde aquel momento ya no hubo tiempo para reclutar refuerzos, ni para organizar la defensa de Johore y de Singapur, ni siquiera para que las fuerzas recién desembarcadas pudieran aclimatarse. Las fuerzas inglesas e hindúes no recobraban su sangre fría; cuanto más se retiraban, más baja era su moral. Su destino estaba marcado, y empezaban a darse cuenta de ello.

Los días 14 y 15 se libró un combate en Gürün, el 16 fue evacuada la isla de Penang, y aquel mismo día Murray-Lyon retiró todas sus fuerzas más allá del río Krian. El Ejército sabía que no podía contar ya con ninguna clase de cobertura aérea, e incluso había perdido toda esperanza de ver llegar nuevos carros de combate que les ayudaran a salir de aquella situación. El 17 de septiembre Percival decidió establecerse a lo largo de la línea del río Perak y asignar la Brigada 12 a la División de Murray-Lyon. La Brigada 15 absorbió los restos de la 6, integrando así una unidad más bien heterogénea.

Al día siguiente, en Singapur, Duff Cooper presidía una reunión de los comandantes de las grandes unidades; en ella se decidió advertir a los jefes de Estado Mayor que la situación era grave y que la RAF necesitaba cuatro nuevos escuadrones de cazas y otros cuatro de bombarderos, y el Ejército cuatro brigadas de infantería. La estrategia de Percival, basada en la idea de contener el avance japonés lo más al Norte posible, fue aceptada. Pero los japoneses tenían ahora en campaña dos divisiones, y no estaban dispuestos a dejarse detener. El 26 de diciembre cruzaban el río Perak sin encontrar resistencia, y Yamashita ordenó al 4.º Regimiento de «Guardias Imperiales» que avanzara sobre Ipoh. Los japoneses se sentían tan confiados, que Nishimura, comandante de la División de «Guardias Imperiales», llegó incluso a establecer que la ejecución del plan se realizara según el esquema-tipo, con el empleo de un tercio de las tropas en un ataque frontal, mientras que con los otros dos tercios iniciaría el envolvimiento de los flancos y posterior avance sobre la debilitada retaguardia enemiga.

Una y otra vez esta táctica resultó altamente eficaz, sobre todo a causa del agotamiento de las tropas inglesas. El general Paris, que acababa de sustituir a Murray-Lyon, estaba muy preocupado. Noche tras noche sus soldados tenían que retirarse y cavar nuevas posiciones defensivas, mientras de día eran ametrallados por los aviones y atacados desde tierra. Percival puso entonces todas sus esperanzas en una fuerte línea defensiva establecida en Kampar (Sungai); pero el 2 de enero, después de tres días de combates ininterrumpidos, los japoneses la envolvieron y obligaron a las fuerzas británicas a replegarse al otro lado del río Slim. Y allí, el 7 de enero, desencadenaron un nuevo ataque que resultó desastroso para los ingleses: al término del combate la Brigada 12 prácticamente había dejado de existir, mientras la Brigada 28 quedaba reducida a un tercio de sus efectivos.

La derrota junto al río Slim significaba que los caminos hacia el centro de Malasia quedaban abiertos al enemigo y que la defensa de Johore estaba seriamente comprometida.

El 8 de enero Wavell llegó a Singapur y se dirigió a Segamat, donde asistió a la reunión en la que se discutieron las medidas de coordinación entre el Cuerpo de Ejército III y los australianos y la defensa de Johore.

Pero, fuesen cuales fueran las decisiones tomadas, muy pronto quedaron superadas, pues la ofensiva japonesa iba adquiriendo mayor impulso cada día. Mientras Wavell estaba aún en la reunión, el 5.º Regimiento de «Guardias Imperiales» japonés alcanzaba Ipoh; al mismo tiempo Yamashita daba instrucciones a fin de que el resto de la División 18 de Mutaguchi desembarcara en Endau para amenazar la dirección de retirada de los ingleses en Johore septentrional. Entre tanto, la División 5 japonesa proseguía su avance, llegando el 11 de enero a Kuala Lumpur.

Bennett opinaba que la mejor manera de detener al enemigo era haciéndole caer en una serie de emboscadas, y en efecto, con esta táctica consiguió al principio algunos éxitos. Pero los japoneses continuaban acumulando nuevas fuerzas, y la noche del 11 de enero el general Matsui asumió, personalmente, el mando de las operaciones. Aunque de momento no realizó grandes progresos, la División de «Guardias Imperiales» empezó a avanzar a lo largo de la costa, efectuando nuevos desembarcos, de modo que Bennett comprendió muy pronto que sus líneas de comunicación estaban seriamente amenazadas. El gene-



CARROS DE COMBATE LIGEROS JAPONESES: SUPERADOS PERO INVENCIBLES

Carro de combate ligero tipo 95 (1935)

Participó, junto con el tipo "94", en las operaciones de Malasia y en el Pacífico; prestó servicio hasta 1943. Era un típico proyecto japonés de carro de combate ligero, que resultaba incómodo para la tripulación y cuya coraza era muy ligera. **Peso**: 10 t. **Tripulación**: 3 hombres; **Coraza**: 14 mm (máx.). **Armamento**: un cañón de 37 mm, una ametralladora de 7,7 mm en la parte posterior de la torreta y otra en el casco. **Velocidad**: alrededor de 45 km/h. **Municiones**: 130 proyectiles de 37 mm, 2970 cartuchos para ametralladora. **Motor**: Mitsubishi Diesel de 110 CV. **Radio de acción**: 160 km.

Carro de combate medio, tipo 94 (1934)

Se utilizó solamente en China, después de las actuaciones poco satisfactorias de su predecesor, el tipo 89 B. El "94" se utilizó también en Malasia y en Birmania, y estuvo en servicio hasta 1942. **Peso**: 15 t. **Tripulación**: 5 hombres. **Coraza**: 17 mm (máx.) **Armamento**: un cañón de 57 mm; una ametralladora de 7,7 mm en la parte posterior de la torreta y otra en el casco. **Velocidad**: alrededor de 45 km/h. **Municiones**: 100 proyectiles de 57 mm; 2750 cartuchos para ametralladora. **Motor**: Mitsubishi Diesel, de 160 CV, refrigerado por aire. **Radio de acción**: 160 km.

(John Batchelor)

ral Nishimura cruzó sin ninguna dificultad el Sungei Muar, y entonces la *West Force* no tuvo más remedio que retirarse.

El 19 de enero Wavell supo que no se había trazado ningún plan específico para la retirada sobre la isla de Singapur, ni tampoco para su defensa. Por ello envió a Churchill un mensaje advirtiéndole de que, a su juicio, una vez perdido Johore, la base no podría defenderse de ninguna manera. Al mismo tiempo telegrafió a Percival indicándole que pensara en la forma de retirarse de tierra firme... manteniendo al mismo tiempo la resistencia en la isla. Al día siguiente Percival comunicó su plan, que preveía la retirada de sus fuerzas en tres columnas y la formación de una cabeza de puente que cubriese el paso a través de Johore Bahru.

El 29 de enero, Wavell fue de nuevo a Singapur, donde descubrió que, a pesar de sus instrucciones, no se había hecho nada para reforzar la defensa septentrional de la isla. Instó a Percival para que no perdiese más tiempo, y sus instrucciones fueron reforzadas por un telegrama de los jefes de Estado Mayor de Londres. Por su parte, Churchill envió a Wavell un mensaje personal, no dejándole ninguna duda acerca de lo que se debía hacer: «Quiero dejar bien sentado que espero sea defendido cada palmo de tierra, que todo elemento útil salte en pedazos antes de caer en manos del enemigo y que la idea de la rendición no debe, en ningún momento, cruzar por su mente, a menos que los combates se estén ya desarrollando entre las ruinas de la ciudad».

El día 24 Percival dictó las disposiciones pertinentes para la retirada sobre la isla, y cuatro días más tarde ordenó a sus comandantes que ejecutaran la maniobra la noche del 30 al 31 de enero.

Entre tanto los refuerzos iban llegando a Singapur: el 22 de enero lo hicieron 7000 hombres de la Brigada de infantería 44 hindú y otras unidades, y dos días más tarde 1900 australianos y el grueso de la División 18 inglesa. Estos soldados sin embargo, no constituyeron un esfuerzo muy eficaz; en su mayoría no estaban suficientemente instruidos, y, por añadidura, al llegar a tierra se vieron envueltos en una atmósfera tan densa de confusionismo y desesperación que desanimó al más intrépido.

La situación seguía empeorando. La mañana del 30 de enero los australianos de la *West Force* se retiraron del mojón nº 23 de la carretera principal, mientras el grueso del Cuerpo de Ejército III se volcaba sobre la carretera elevada. Alrededor de las 5,30 del día 31 todas las fuerzas inglesas se habían retirado a la isla y se iniciaban los preparativos para volar la carretera elevada. El mismo día Percival asumió el mando efectivo, calculando que disponía aún de 85.000 hombres, incluidas las tropas de los servicios. Pero ninguna de las unidades estaba completa y además, en la mayoría de los casos, sus efectivos eran elementos sin instrucción. Algunas unidades apenas disponían de armas y la moral era muy baja en toda la guarnición.

La tarde del citado 31, mientras Percival se afanaba en su intento de organizar la defensa de Singapur, el general Yamashita tomaba tranquilamente un vaso de *sake* con sus comandantes de división y de regimiento, celebrando con ellos los éxitos logrados. Era lógico que Yamashita estuviera satisfecho; y, sin embargo, su diario refleja un estado de ánimo muy distinto. Temía, y quizá no sin razón, que Tole le quitara el mando en cuanto Singapur hubiera caído; además, sus relaciones con Terauchi, comandante del sector meridional, seguían siendo tensas.

Como el 4 de febrero se completaron los reconocimientos para atravesar el estrecho de Johore, Yamashita, tras una concienzuda discusión acerca del plan con su jefe de Estado Mayor Suzuki, convocó a todos sus comandantes para las 11 del día 6 de febrero, impartiéndoles las órdenes pertinentes. Según éstas, la noche del 7 de febrero algunas unidades de la división de Nishimura efectuarían un ataque diversivo al Este, desembarcando en la isla de Ubin; y el día 8, al amanecer, las Divisiones 5 y 18 cruzarían el brazo de mar que separaba tierra firme del extremo occidental de la isla de Singapur. Apenas estas fuerzas lograran penetrar en el interior, la División de «Guardias Imperiales» las seguiría.

La noche anterior, la Brigada 22 australiana, que vigilaba el sector occidental, había enviado una patrulla de reconocimiento, la cual informó haber observado cierta actividad cerca del estuario del río; pero por no ser posible remontarlo, no podía asegurar si había allí algún medio de desembarco enemigo, aunque era casi seguro que se estaban concentrando algunas lanchas. Aun no pudiendo verificar el informe de la patrulla, la artillería inglesa comenzó a bombardear la zona señalada; pero es dudoso que tales bombardeos causaran daños de importancia en las filas niponas.

Por su parte, el fuego de la artillería japonesa aumentaba continuamente y otro tanto ocurría con los ataques aéreos a los sectores descompuestos, y así, cuando a las 22,30 fueron avistados los medios de desembarco japoneses, transcurrió algún tiempo antes de que la artillería entrase en acción. Por añadidura, al hacerlo su fuego fue muy imperfecto, y algunas de sus unidades de infantería más avanzadas quedaron sin la menor protección. En cambio, las ametralladoras infligieron un serio castigo a la primera oleada de desembarco, y sólo cejaron en su empeño cuando se les agotaron las municiones. En algunos puntos los japoneses tuvieron que hacer tres intentos antes de poder tomar tierra; no obstante, al aumentar el número de las fuerzas desembarcadas, consiguieron muy pronto una ventaja absoluta. A medianoche los australianos se vieron atacados de frente y por la retaguardia, y hacia las tres la Brigada 22 recibió la orden de retroceder hasta la línea defensiva preparada de antemano.

Al amanecer del día 9 todas las unidades de infantería de las Divisiones 5 y 18 japonesas, y parte de su artillería, habían desembarcado ya en la isla de Singapur.

Al caer la tarde Yamashita cruzó el estrecho con los oficiales de su Estado Mayor, instalando su puesto de mando en una plantación de caucho, al norte del aeródromo de Tangah.

Los japoneses prosiguieron su avance hacia el Sudeste, haciendo retroceder a los ingleses hacia la ciudad de Singapur, en la cual un millón de personas de la población civil estaban sufriendo bombardeos ininterrumpidos, mientras empezaba a manifestarse cierta preocupación por las reservas de víveres y de agua.

Las tropas niponas alcanzaron pronto el aeródromo de Tangah, donde comprobaron, con gran sorpresa, que en las pistas habían quedado abandonados varios aparatos en perfectas condiciones de vuelo. «En los barracones –escribiría más tarde Tsuji– encontramos todavía pan fresco y restos de comida en las mesas, y por todas partes podían verse ropas y maletas». Los japoneses esperaban ahora que los ingleses concentrarían su resistencia en la colina de Bukit Timah, a unos 3 km al noroeste de la ciudad; y, basándose en esta hipótesis, se decidió que las Divisiones 5 y 18 atacarían durante la noche del día 10. Puesto que el fuego de la artillería inglesa había alcanzado una gran intensidad, los japoneses preveían una batalla larga y desesperada.

Pero, en realidad, las fuerzas inglesas estaban tan desorganizadas que no sólo fallaron sus planes de contraataque, sino que, en un determinado momento, un batallón de los *Argyll and Southerland Highlanders* quedó casi aislado entre la vanguardia japonesa y los depósitos de Bukit Timah. En medio de una confusión indescriptible se perdió la posición.

El 10 de febrero Wavell se dirigió por última vez a la isla y aquella misma noche, de regreso a Java, informó a Churchill: «La batalla de Singapur no marcha bien... La moral de los soldados no es buena o, por lo menos, no como yo quisiera que fuese... He dado orden categórica de no rendirse y de que los soldados sigan combatiendo hasta el último aliento».

Sin embargo, las órdenes de Wavell no impidieron que en Singapur se empezara a pensar en la posibilidad de una rendición. El 13 de febrero los ingleses estaban encerrados en un perímetro que no alcanzaba los 50 km. Los soldados ya no confiaban en sus jefes. Su moral se había hundido por completo. La ciudad estaba llena de desertores que buscaban encondrijo en las tabernas, saliendo por la noche para saquear los almacenes o las casas particulares. Por todas partes se veían fugitivos. Pero lo más grave era que los bombardeos habían dañado los depósitos de agua, así como la red hidráulica, y no había ninguna esperanza de ponerla nuevamente en funcionamiento.

Percival se negaba a considerar desesperada la situación y el día 13, por la tarde, durante una reunión, dio orden de seguir resistiendo. Sin embargo, en un mensaje enviado a Wavell, expresaba sus dudas de poder resistir tan sólo otros dos días, y añadía que prolongar aquel derramamiento de sangre no serviría para nada. A lo que Wavell respondió: «Hay que seguir infligiendo las máximas pérdidas al enemigo y durante el mayor tiempo posible, aunque sea peleando casa por casa. Mantener ocupado al enemigo en este sector puede ser de vital importancia en otros frentes. Me doy cuenta de su situación, pero considero esencial que continúe la lucha».

Mas sostener un combate casa por casa tan sólo es posible en una ciudad deshabitada, en la que previamente se haya evacuado a toda la población civil; pero en Singapur, sus habitantes no podían hacer otra cosa que permanecer donde estaban.

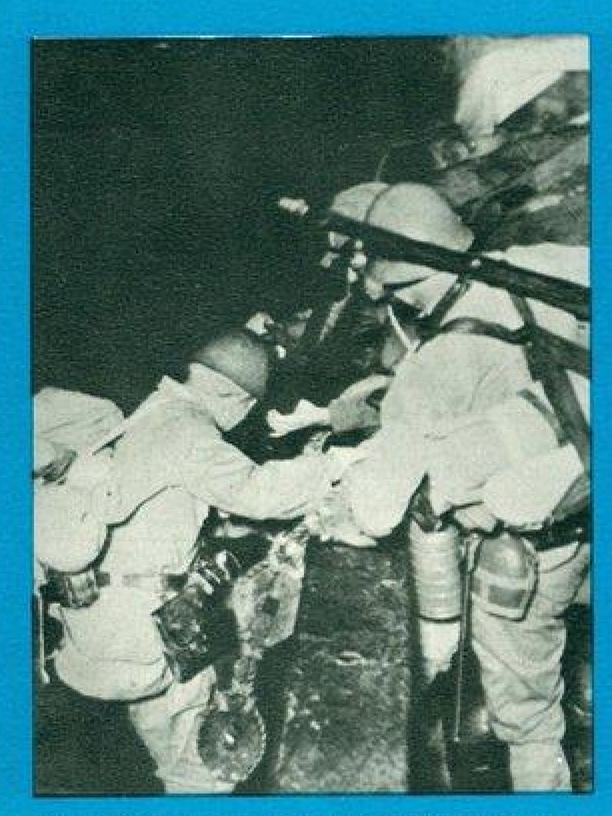
También Yamashita tenía sus preocupaciones. Sus comandantes de división acababan de informarle de que las reservas de municiones y de víveres estaban a punto de agotarse. Además, y eso era más grave, su sistema de abastecimiento, ya sobrecargado, había quedado roto y si los combates se prolongaban otros tres días, se produciría una situación casi insostenible. La única esperanza era, pues, seguir ejerciendo la máxima presión posible, para hacer creer que sus reservas de municiones eran ilimitadas, y, mediante este ardid, inducir a los ingleses a pedir la rendición.

Y el truco dio buen resultado. A las 11 del día 15 un centinela de la División 18 japonesa, de guardia en la carretera de Bukit Timah, comunicó que a través de los árboles se veía una bandera blanca. Acudió un oficial y confirmó la veracidad de sus palabras: por medio de sus prismáticos de campaña pudo distinguir claramente una pequeña bandera blanca ondeando sobre el edificio de la Radio. Un poco más tarde, salía de la ciudad un coche con pabellón de parlamento, y el teniente coronel Sugita, oficial del Estado Mayor del Ejército 25, salió a su encuentro.

Tras un breve coloquio que tuvo lugar en la carretera, los parlamentarios ingleses declararon estar dispuestos a negociar las condiciones de la rendición, por lo que fueron escoltados a través de las líneas japonesas. La noticia llegó a Yamashita hacia las dos de la tarde. Él mismo la describe así: «Me puse en guardia ante el temor de un engaño y exigí que el propio comandante inglés se personara ante mí». La delegación inglesa regresó a la ciudad, y a las 17,15 llegó Percival, acompañado por dos oficiales de su Estado Mayor y de un intérprete, el mayor Wild.

Los dos comandantes se encontraron frente a frente en un local del edificio Ford, en Bukit Timah, y después de las presentaciones de rigor, se estrecharon la mano y se sentaron cada uno a

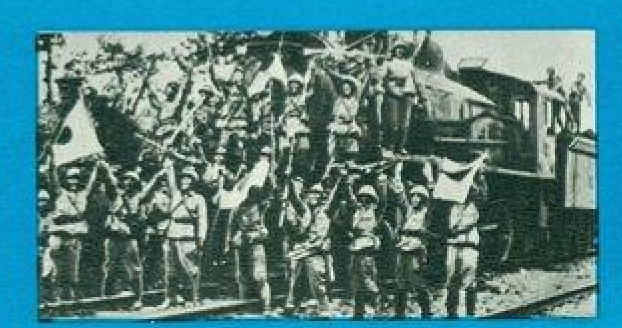
MALASIA: OTRA AMARGA DERROTA



Tropas japonesas ocupan sus puestos en los medios de desembarco al iniciar la invasión de Malasia. *(Sado-Opera Mundi)*



Japoneses en acción durante la batalla por la conquista de la ciudadela de Malaca. *(Rijksinstituut voor Oorlogsdocumentatie)*



Soldados nipones celebrando la victoria después de la rendición de Singapur. *(Sado-Opera Mundi)*



El general Yamashita en las calles de Singapur después de su rápida victoria. *(Keystone)*

Las DIVISIONES 5 y 18 japonesas desembarcan el 8 de diciembre de 1941

La fuerza Takumi desembarca el 8 de diciembre de 1941

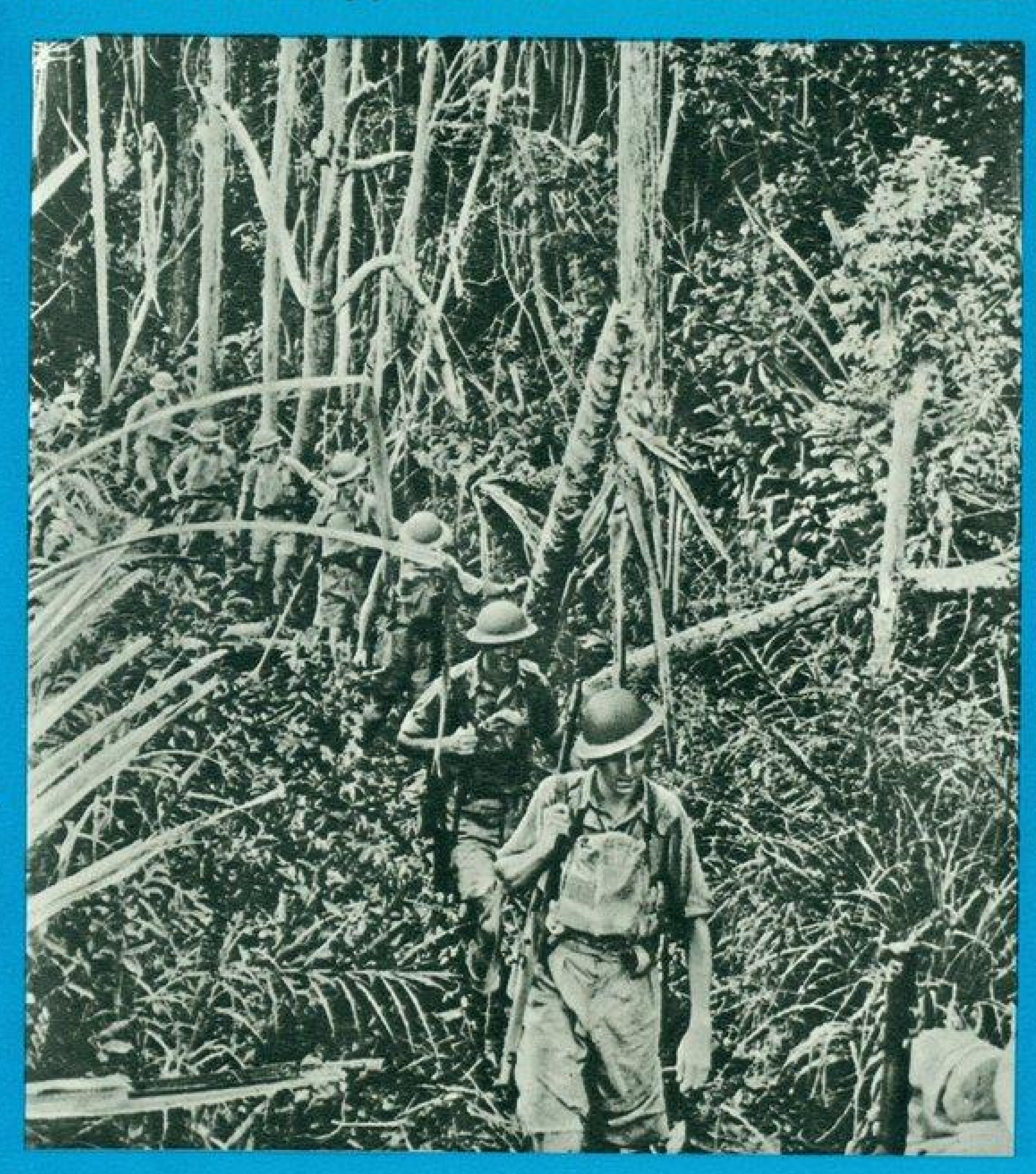
31 de enero de 1942. Las fuerzas británicas completan la retirada a Singapur

Carreteras
Ferrocarril
Ataque japonés

Cuando el 8 de diciembre de 1941, las divisiones de Yamashita desembarcaron en el istmo de Kra y en Kota Bharu, las fuerzas británicas destacadas en Malasia estaban preparándose para invadir Tailandia, a fin de prevenir un eventual ataque japonés. Esta situación, que recuerda en cierto modo lo ocurrido en Bélgica en 1940, cuando el Cuerpo Expedicionario británico se vio obligado, ante la rápida ofensiva enemiga a replegarse varias veces, terminó con una serie de derrotas que desembocaron en la pérdida de toda Malasia. Las fuerzas británicas sólo contaban con el apoyo aéreo de la RAF; pero incluso éste quedó pronto eliminado ante la superioridad de las fuerzas aéreas enemigas. Los japoneses, que también dominaban el mar, podían recibir refuerzos continuamente y efectuar nuevos desembarcos a lo largo de la costa. Además, sus soldados, aparte de tener mayor experiencia en la guerra de la jungla, disponían de un armamento y un equipo más ligeros, lo que les permitía una mayor movilidad. Las tropas británicas, constantemente acosadas, tuvieron que retirarse, cediendo terreno y experimentando graves pérdidas. La fuerza del avance japonés, al que se unía la acción de la Marina, las empujó inexorablemente a lo largo de la costa occidental, hacia el extremo de la península de Malasia. A los 58 días de efectuado el primer desembarco, el Ejército de Yamashita había obligado a las fuerzas inglesas a efectuar una retirada de casi 500 kilómetros.

EN EXTREMO ORIENTE

"La jungla tropical de Malasia constituye una barrera impenetrable a la invasión", decía, textualmente, el pie original de esta fotografía inglesa. Y nada más lejos de la verdad, como los japoneses no tardaron en demostrar. Pero lo cierto es que el Mando británico en Malasia había llegado a considerar la jungla como una segunda "línea Maginot" que le brindaba la Naturaleza. Cuando al fin se pudo constatar la rápida y profunda penetración japonesa, se produjo una gran confusión y un vago sentimiento de desmoralización. La campaña terminó con una derrota aplastante, principalmente por no haber prevenido la construcción de las adecuadas defensas frente a una invasión procedente del Norte. Pero, ¿cuál era el origen del éxito japonés? Un oficial británico trata de explicarlo así: "He aquí cómo sucedieron las cosas. Antes de la guerra solíamos estudiar los movimientos a seguir sobre los mapas geográficos. Nuestro coronel o nuestro general de brigada decía: 'Bien, aquí está la jungla y aquí hay un pantano... Tenemos que rodear esta zona y seguir la carretera en este otro sector'. Así, de un modo tan sencillo y sobre el papel, basábamos nuestra estrategia en esta clase de maniobras. Seguíamos la carretera por cualquier punto. Al otro día, en efecto, pasábamos por un pantano sin hundirnos más que hasta el tobillo. Pero casi todos los pantanos pueden cruzarse avanzando sobre las raíces de las plantas sin peligro de hundirse. Y es lo que, conocedores del terreno, han hecho los japoneses". *(De "The War", a cargo de Desmond Flower y James Reeves. Michael Joseph Ltd.)*



un lado de la mesa. Según una versión japonesa, la escena se desarrolló así:

– *Respóndame concisamente. ¿Desea rendirse usted sin condiciones?*

– *Sí.*

– *¿Tienen prisioneros de guerra japoneses?*

– *Ninguno.*

– *¿Y civiles japoneses?*

– *No. Todos han sido evacuados a la India.*

– *Muy bien. Ahora, sírvase firmar esta declaración de rendición.*

Percival leyó casi la mitad del documento, luego preguntó:

– *¿Están dispuestos a esperar hasta mañana por la mañana?*

Yamashita respondió impaciente:

– *Si no firma ahora, seguiremos combatiendo. Lo que quiero saber es: ¿se rinde sin condiciones, sí o no?*

Percival palideció y empezó a hablar en voz baja con el intérprete; pero Yamashita le interrumpió y señalándole con el dedo repitió:

– *¿Sí o no?*

Percival miró al intérprete. Luego dijo:

– *Sí.*

– *Muy bien. Las hostilidades cesarán a las 22.00, hora japonesa.*

Percival solicitó entonces que las fuerzas japonesas no entraran en la ciudad antes de la mañana del día siguiente, ya que necesitaba algún tiempo para comunicar a sus unidades y a la población civil la noticia de la rendición. Yamashita aceptó, y entonces se desarrolló este diálogo:

– *¿Cuál será la suerte de los paisanos y de los soldados ingleses? ¿Puede garantizarme su integridad?*

– *Sí. Puede estar tranquilo. Se lo garantizo.*

La rendición se firmó a las 18.30, poniendo fin a una de las más desastrosas campañas de la historia militar inglesa. Había durado 73 días.

Las pérdidas inglesas, australianas e hindúes, sumaron casi 9000 muertos o heridos y 130.000 prisioneros; las pérdidas japonesas ascendieron a 9824, de las cuales 3000 fueron muertos. Percival pasó tres años prisionero en los campos de concentración japoneses, Yamashita fue llamado inmediatamente después de la victoriosa campaña; pero la amenaza de Tojo no se cumplió, y al final de la guerra se hallaba al frente de las tropas japonesas que operaban en Filipinas.

En febrero de 1946 fue juzgado por un tribunal militar aliado por sus «crímenes de guerra» y condenado a muerte, siendo ejecutado el 23 de febrero. Poco antes de morir, escribió:

«Creo haber cumplido con mi deber lo mejor que he sabido durante el curso de toda la guerra. Ahora, cuando estoy a punto de morir, afirmo que no he cometido ningún acto del que pueda avergonzarme ante Dios. Ruego a los oficiales americanos que me han defendido, que me recuerden».

Hoy día los historiadores militares japoneses atribuyen la fácil conquista de Malasia y de Singapur a la temeridad que más tarde demostraron los jefes japoneses en Imphal y Kohuma, durante la ofensiva de Birmania en 1940. Estaban convencidos de que las fuerzas inglesas en Extremo Oriente eran débiles y no podrían hacer frente a las japonesas.

Más adelante, sin embargo, deberían sufrir una dura lección.



ARTHUR SWINSON

Desde su infancia se interesó por la historia militar. Prestó servicio en el Ejército británico desde septiembre de 1939 hasta 1946; primero sirvió en infantería y luego pasó al Estado Mayor. Destinado al Ejército de la India, luchó en Assam, Birmania y Malasia. En 1949 ingresó en la BBC, donde trabajó durante doce años como guionista y director. Ha escrito unas 300 obras teatrales, documentales y filmes. Entre sus más importantes producciones figuran: *The bridge of Estaban* y *Conflict at Kalamadi*, y entre sus obras de tema militar: *Six minutes to sunset*, *Kohima* y *North West Frontier*. Ha viajado mucho por Europa y por Oriente. Es miembro de la *Royal Central Asian Society*.

UNA NUEVA VICTORIA JAPONESA

CONQUISTA DE HONG-KONG



Keith Hindell

Hong-Kong, la más importante base inglesa en China, era un objetivo natural del ataque sorpresa desencadenado por los japoneses en diciembre de 1941. Más tarde, cuando empezó el asedio, las frágiles defensas de la plaza y los desorganizados contraataques ingleses constituyeron un pobre obstáculo para los fines de la estrategia japonesa.



Diciembre de 1941: soldados japoneses irrumpiendo en Hong-Kong. (Imperial War Museum)

La colonia inglesa de Hong-Kong, en la costa de China meridional, estaba constituida por la isla del mismo nombre y por un *hinterland* llamado *New territories* (Territorios nuevos). La isla, que se halla a poco más de un km de la costa, es la primitiva colonia. Después de la cesión inicial, en 1842, Gran Bretaña se fue anexionando, en parte por las armas y en parte por medios diplomáticos, una franja de tierra firme que se extiende a lo largo de casi 35 kilómetros hacia el Norte. La población se concentra principalmente en sus dos ciudades: Victoria, en la costa septentrional de la isla, y Kowloon, en el extremo meridional de la tierra firme.

En 1940 los jefes del Estado Mayor británicos llegaron a la conclusión de que Hong-Kong no era más que un puesto avanzado, de escasa o de ninguna importancia estratégica, del que, sin embargo Gran Bretaña no podía retirarse por cuestión de prestigio; la única razón de que se le defendiera era impedir que los barcos enemigos tuvieran acceso al puerto. El plan de defensa preveía la concentración de todas las fuerzas en la isla; pero, cuando en noviembre de 1941 la guarnición fue reforzada, llegando a tener de cuatro a seis batallones, su comandante, el general C. M. Maltby, hubo de modificar estos planes.

En lugar de conservar en tierra firme una modesta fuerza de cobertura, Maltby desplegó tres batallones de infantería y dieciséis de sus veintiocho cañones de campaña a lo largo de la *Gindrinkers' Line*, línea defensiva de unos 16 km de longitud, que se extendía a través del sector meridional. Desde el punto de vista de una defensa por tiempo ilimitado, la línea era demasiado extensa para ser defendida por una sola brigada de infantería; además, tenía poca profundidad, pues la posición más avanzada sobre la Smugglers Ridge (Cima de los contrabandistas) distaba apenas 1500 metros del mar. Pese a su aparente fragilidad, Maltby sostenía que la línea podría contener un ataque japonés durante unos siete días. Al desplegar la mitad de sus fuerzas en tierra firme, el general británico pretendía impedir que la artillería enemiga bombardease Kowloon y la isla durante la fase crítica en que los ingleses procedieran a demoler los edificios e instalaciones más importantes, a hundir los buques y juncos y a activar el traslado de los almacenes y de los talleres. Después, en cuanto pudiera, retiraría todas sus unidades a la isla, preparándose para iniciar una defensa estática a lo largo del perímetro.

Los japoneses prepararon el ataque a Hong-Kong desde una base situada en China meridional, que ocupaban desde hacía tres años. La operación fue confiada a una gran unidad, que comprendía nueve batallones de infantería y 17 de artillería; estos últimos disponían de cañones de montaña y contracarros, cañones pesados con afuste de campaña y otros con afuste de asedio, así como numerosos morteros. En total, sus efectivos sumaban unos 20.000 hombres, casi el doble de los que podían reunir los defensores. Estas unidades estaban apoyadas por seis escuadrones de bombarderos, cazas y aviones de reconocimiento, y asimismo por una pequeña formación naval, cuya misión era bloquear la colonia, impidiendo la llegada de refuerzos o cualquier intento de fuga.

A las 7,30 del día 8 de diciembre –cuatro horas después del ataque a Pearl Harbor– las tropas japonesas cruzaron la frontera y avanzaron hasta que el Sham Chum, cuyos puentes habían sido volados, les obligó a detenerse momentáneamente. Pero, en seguida, algunas unidades de pontoneros, ejecutando a la perfección, en el terreno práctico, todas las enseñanzas teóricas aprendidas en el transcurso de su largo adiestramiento, establecieron nuevos puentes provisionales. Aquellos hombres trabajaron rápida y eficazmente, a pesar del intenso fuego de la brigada hindú a la que se había confiado la cobertura del sector. Casi al mismo tiempo, una formación de aviones japoneses atacó el aeropuerto de Kaitak, destruyendo los cinco anticuados aparatos ingleses que allí había. A partir de este momento, la Aviación japonesa no encontró ninguna oposición aérea, pudiendo bombardear con toda tranquilidad las posiciones inútilmente defendidas por los ingleses.

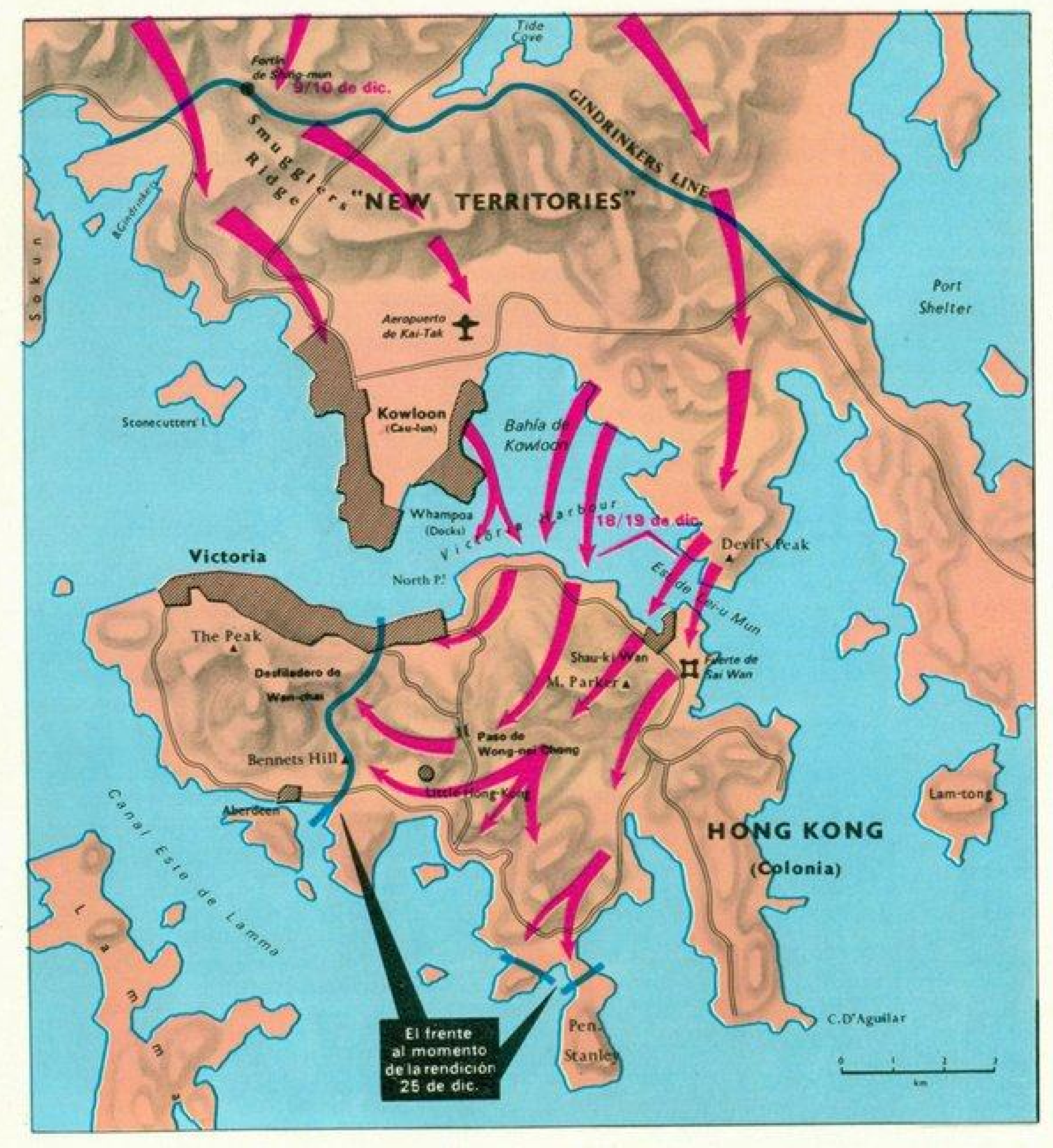
En los días sucesivos las fuerzas niponas avanzaron casi 25 km, superando escarpadas vertientes recubiertas de bosques, hasta llegar a la vista de la *Gindrinkers' Line*. La segunda noche un regimiento japonés atacó por sorpresa a una compañía británica que guarnecía el fortín de Shing-mun, apoderándose de él tras un duro combate. Este fortín, que debía constituir el punto de mayor resistencia de la línea, estaba formado por cinco casamatas unidas entre sí por trincheras y galerías y rodeadas de alambradas. Su importancia era vital, pues dominaba casi toda la parte oriental de la línea defensiva. Este indudable éxito, que hay que atribuir exclusivamente a la iniciativa personal del comandante del regimiento japonés, no figuraba en los planos de operaciones de las tropas niponas, y por ello, cuando el oficial informó a su superior del logro conseguido, recibió, con amargo estupor por su parte, la orden de retirarse inmediatamente del fortín. Pero el oficial, con una obstinación un tanto suicida, se negó a hacerlo; mas, por fortuna, al día siguiente, recibió autorización oficial para conservar y mantenerse en la posición conquistada. Al tener noticia de que el fortín había caído en manos del enemigo, el general Wallis, comandante de la brigada inglesa *Mainland*, solicitó de los *Royal Scots* que reconquistaran la posición, prometiendo todo el apoyo preciso por parte de la artillería y de la infantería. Pero el jefe de los *Royal Scots* replicó que su compañía de reserva, diezmada por la malaria, no estaba en condiciones de llevar a cabo tal acción, por lo que Wallis comunicó al general Maltby que «no había insistido en la necesidad de un contraataque porque le parecía inútil obligar a un comandante de batallón a seguir un plan en el que ni él mismo tenía la menor confianza».

Las tropas inglesas abandonan el continente

La pérdida del fortín de Shing-mun determinó la rápida evacuación de la franja de tierra firme. El mando inglés quedó sorprendido y un tanto desconcertado ante aquel ataque tan rápido y tan bien preparado, y no se hallaba en condiciones de poder proporcionar un apoyo inmediato a las fuerzas empeñadas ni de organizar ningún contraataque eficaz. Por lo tanto, al día siguiente, el general Maltby decidió evacuar lo antes posible la franja de tierra del continente.

Con objeto de cubrir la evacuación de los hombres y del material, los *Royal Scots* abandonaron las *Gindrinkers' Line* para dirigirse a Kowloon. Pero apenas habían tenido tiempo de ocupar sus nuevas posiciones cuando los japoneses atacaron en fuerza; las pérdidas fueron muy importantes, sobre todo entre los oficiales; no obstante, lograron impedir una derrota total y, gracias a su resistencia, la línea se estabilizó, permitiendo a los ingleses ganar un tiempo precioso para llevar a cabo la retirada.

Aquella misma tarde (era ya el cuarto día de la guerra) se llevaron a cabo los trabajos masivos de demolición. Los depósitos de combustible y los astilleros de Kowloon fueron destruidos; los cañones situados en la Stonecutters' Island (Isla de los Picapedreros) saltaron hechos pedazos, y todos los buques surtos en el puerto fueron hundidos. A causa de esta intensa labor de demolición, sólo los *Royal Scots* y la artillería pudieron ser evacuados por el camino más corto, que era el que pasaba a través de Kowloon. Los



La seguridad de la colonia británica de Hong-Kong dependía, principalmente, de la *Gindrinkers' Line*, línea defensiva que se extendía a lo largo de casi 16 kilómetros a través de la zona meridional de tierra firme, y que se hallaba defendida por fuerzas más bien escasas y muy debilitadas. Los defensores, muy inferiores en número a las tropas japonesas, se vieron obligados a replegarse a la isla de Hong-Kong; pero sin lograr impedir que los nipones cruzaran el estrecho de Lei-u Mun. Sin refuerzos, la guarnición no tenía esperanza alguna de salvarse y la defensa de la línea, ordenada por «razones de prestigio», muy pronto fue quebrantada. Los soldados japoneses habían logrado otra fácil victoria.

otros dos batallones de infantería (el II del 14º *Punjab* y el V del 7º *Rajaputana*) tuvieron que retirarse a la península de Devil's Peak, situada en el ángulo sudoriental de tierra firme. Afortunadamente para la posterior defensa de la isla, esta operación se llevó a cabo sin sufrir demasiadas pérdidas. Cuando el batallón *Punjab* abandonó la zona del continente, el V del 7º *Rajaputana* se atrincheró en la península y, ayudado por el fuego de la artillería desplegada en la isla, rechazó un potente ataque de las fuerzas japonesas. De todos modos, Maltby decidió no prolongar más la defensa de la citada península.

En las primeras horas de la mañana del sexto día de combate, el destructor *Thracian* y el barco de pasaje *Victoria* embarcaron hombres y cañones, dejando tan sólo atrás a los mulos, pues los bombarderos japoneses habían hundido las embarcaciones destinadas a transportarlos. Como maniobra táctica, realizada en pleno ataque enemigo, la retirada fue un éxito. El único contratiempo se produjo cuando una lancha, que transportaba explosivos, se acercó, de noche, al *Victoria*; los centinelas, al ver una embarcación sin ninguna luz que se aproximaba, dispararon contra ella, y la lancha saltó en pedazos por el aire. El solo error grave fue dejar que centenares de juncos y de sampanes cayeran en poder de los japoneses, pues éstos los podrían utilizar como medio de desembarco. Por otra parte, los ingleses no pudieron contener el avance japonés tanto tiempo como habían previsto en sus planes; en efecto, el general Maltby esperaba que la defensa de tierra firme duraría, por lo menos, otros tres días más.

No cabe duda de que la retirada sorprendió a los japoneses. Apenas había terminado la operación, el comandante japonés, teniente general Taikaishi Sakai, envió un mensaje exigiendo la rendición de la isla, amenazando, si no se accedía a ello, con un fuerte bombardeo aéreo y de la artillería. Como el gobernador, sir Mark Young, rechazó la petición, los japoneses iniciaron en seguida el ataque sistemático de las defensas de la costa septentrional. Los defensores se dieron cuenta de que los japoneses contaban con una buena dotación de artillería para demoler las fortificaciones de cemento armado de la isla; no obstante, ahora, Maltby disponía de algunos días más para preparar y completar su defensa.

La isla de Hong-Kong mide casi 14 km de longitud por 5 de anchura, y en su parte central está cruzada, de Oeste a Este, por una cadena de escarpadas colinas que se inicia con el The Peak, que domina la ciudad de Victoria, y termina en el monte Parker, a espaldas de la pequeña ciudad de Shau-ki-Wan. Esta cadena de colinas (nunca inferior a 200 m de altura ni superior a los 600) está cruzada a su vez por una carretera que pasa a través del Wong-nei-Chong; otra carretera de cierta importancia es la que corre a lo largo de la costa.

Las defensas de la isla consistían en un sistema de fortines y casamatas, con un armamento de 26 cañones de costa y 56 ametralladoras que batían todas las playas donde eran factibles los desembarcos.

El general Maltby no disponía ni de radar ni de aviones de reconocimiento y, convencido de que el ataque principal llegaría por mar, desplegó todas sus fuerzas en torno a la isla. Los cañones de costa se confiaron a un regimiento de soldados hindúes, el *Hong-Kong and Singapore*



Carros de combate japoneses avanzan en dirección a Hong-Kong. El ataque desencadenado por las fuerzas japonesas, desde las bases de China meridional, lo llevaron a efecto 20.000 hombres. *(Archivo Rizzoli)*

Royal Artillery, y las casamatas al I Batallón del Regimiento *Middlesex*; los seis batallones de infantería se reagruparon en dos brigadas: la oriental y la occidental. En la costa septentrional se hallaban los dos regimientos hindúes, *Punjab* y *Rajaputana*, mientras las costas meridionales y sudorientales estaban defendidas por dos regimientos canadienses. Estos últimos se limitaban a una simple actividad de guarnición, pues ninguno de ellos había recibido una verdadera y adecuada instrucción para el combate. Los *Royal Scots* y las cuatro compañías del cuerpo de voluntarios constituían la reserva de las obras fortificadas. Un hecho bastante sorprendente es que estas reservas estaban situadas en la parte occidental de la isla, y no en el sector nororiental, donde la amenaza de invasión era más patente. Así ocurrió que, cuando se disponían a iniciar el movimiento para alcanzar sus respectivas posiciones, los defensores se vieron seriamente obstaculizados por el intenso y preciso fuego de la artillería enemiga. Dos noches después de la retirada a la isla, los reflectores de Shau-ki-Wan descubrieron algunas pequeñas embarcaciones en el brazo de mar del estrecho de Lei-u Mun; entonces, la batería de cañones de 152 mm que batía el estrecho abrió fuego, y, con la ayuda de algunas ametralladoras, neutralizó rápidamente lo que más tarde resultó ser un audaz ataque por parte de dos compañías de infantería japonesa, que intentaban desembarcar utilizando lanchas de goma y balsas construidas con bidones de gasolina.

Durante los preparativos para la defensa, Maltby tuvo que preocuparse también de la posible reacción de la población china. Muchos de ellos, se habían refugiado en Hong-Kong huyendo de la guerra que se desarrollaba entre su país y el Japón y, por lo tanto, no tenían ningún motivo para desear la vistoria japonesa; no obstante, los nipones consiguieron reclutar a muchos chinos como espías y saboteadores, los cuales crearon bastantes preocupaciones haciendo circular falsos rumores, provocando incendios y saqueando almacenes y casas, sobre todo después de las incursiones aéreas sobre Victoria. Durante los combates que se entablaron por la posesión de la isla, algunas asociaciones secretas nacionalistas chinas cooperaron con la policía para mantener el orden e impedir los saqueos.

Los saboteadores se mostraron muy hábiles en atacar a las unidades militares aisladas y en informar a los japoneses de la situación de las posiciones inglesas. El reflector de Shau-ki-Wan, por ejemplo, fue atacado dos veces durante el período de relativa calma que precedió a los desembarcos nipones en la isla; y un puesto de observación, situado en la cima de una colina, fue asimismo engañado tres veces por unas falsas señales luminosas dirigidas a Kowloon. Pero aún mucho más grave fue el hecho de que casi todos los conductores de los camiones militares, enrolados en el mismo Hong-Kong, desertaron apenas empezaron los combates.

Esperanzas infundadas

El día 17 de diciembre décimo día de hostilidades, los japoneses exigieron la rendición por segunda vez. Y el gobernador volvió a negarse, empleando en esta ocasión términos mucho más duros que la primera. El general Maltby y otros oficiales se sintieron bastante animados ante esta segunda petición, pues creían que podía suponer un primer signo de debilidad por parte de los japoneses, que tal vez empezaban a pensar que el desembarco les iba a resultar difícil y muy costoso. También creían posible que los japoneses se sintieran amenazados por un ejército chino, que, según se decía, estaba en marcha para liberar a Hong-Kong.

En realidad, ambas hipótesis eran infundadas, y los japoneses continuaron sometiendo a la defensa a un bombardeo masivo, ultimando, al mismo tiempo, los preparativos para una invasión en gran escala. Por aquel entonces, casi todas las casamatas y los reflectores situados a lo largo de la costa septentrional estaban ya inservibles.

El 18 de diciembre los nipones empezaron a concentrar tropas y pequeñas embarcaciones en la península de Devil's Peak, y entonces ya no cupo la menor duda de que el sector nororiental iba a ser atacado. El fuerte de Sai Wan, maciza construcción de cemento armado situada sobre una colina desde la que se dominaba el estrecho de Lei-u Mun, fue bombardeado por aviones en picado, y aquella misma noche, antes de que saliera la luna, seis batallones japoneses cruzaron la rada sin ser vistos y desembarcaron en seis lugares distintos, situados entre North Point y el estrecho. Apenas descubierto el intento de invasión, los soldados del batallón *Rajaputana* opusieron una encarnizada resistencia; pero, al fin, al ser atacados por fuerzas muy superiores, se vieron obligados a replegarse.

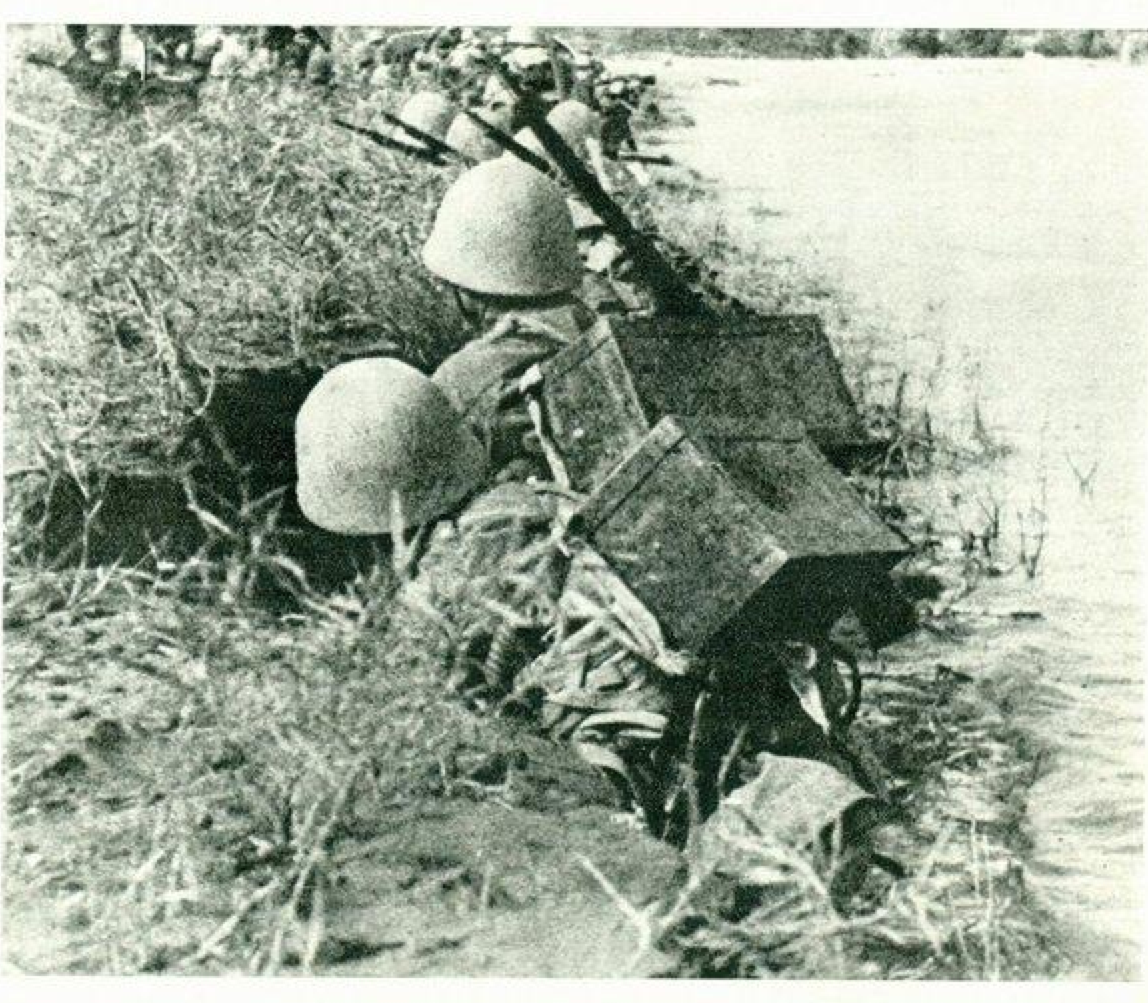
En la punta del estrecho la resistencia fue casi nula, tanto que muchos soldados ingleses no se dieron cuenta del desembarco enemigo hasta que oyeron a los japoneses ordenarles que abandonaran sus literas. En Lei-u Mun y Sai Wan las guarniciones fueron capturadas sin lucha, lo que no libró a algunos prisioneros de una muerte horrible. Veinte voluntarios de Hong-Kong, hechos prisioneros en Sai Wan, fueron heridos brutalmente con las bayonetas antes de ser arrojados desde lo alto de los muros del fuerte; pero dos de ellos, dados por muertos y abandonados, consiguieron alejarse a rastras y salvar la vida milagrosamente. A la mañana siguiente, en Shau-ki Wan las tropas niponas se apoderaron de un puesto de socorro avanzado capturando a unas veinte personas entre personal sanitario, ayudantes y conductores; tras obligarles a abandonar el edificio fueron ajusticiados en el acto. Dos hombres, aun gravemente heridos, lograron salvarse sobreviviendo a su cautiverio, y al terminar la guerra pudieron comparecer ante un tribunal para dar testimonio de aquel crimen.

En medio de la confusión que produjeron las primeras noticias acerca de la invasión, los ingleses trataron de organizar algunos contraataques. Una compañía de *Royal Rifles of Canada* fue enviada a la colina de Sai Wan; pero se extravió en la oscuridad y su ataque se produjo demasiado tarde, pues aunque logró llegar hasta los muros del fuerte, no pudo penetrar en él. Algo más al Oeste, varias compañías se lanzaron también al ataque, a fin de rechazar a los japoneses de la cima de las colinas; mas su acción no fue lo suficientemente coordinada y fracasaron.

Las noticias que llegaron al general Maltby, a la mañana siguiente, indicaban que los japoneses se habían establecido sólidamente en el sector nororiental de la isla. En la costa septentrional, algunos destacamentos aislados del batallón *Rajaputana* y de voluntarios de Hong-Kong siguieron resistiendo; pero la verdad era que ya se habían perdido 5 km de costa, y, en el interior, una zona que llegaba hasta la cima de las colinas. La pérdida más grave fue la del importantísimo paso de Wong-nei-Chong, porque significaba que con ello las fuerzas inglesas corrían el peligro de quedar divididas.

Los combates más duros se registraron al día siguiente del desembarco. Durante la mañana los ingleses organizaron dos ataques para tratar de reconquistar el paso de Wong-nei-Chong; ambos ataques se llevaron a cabo con gran energía, pero no obtuvieron ningún resultado positivo. A media mañana, el mando de la brigada occidental, situado cerca del paso, fue cercado por los japoneses, y tras sostener una última conversación telefónica con Maltby, el general Tom Lawson, que la mandaba, se lanzó al ataque al frente de sus tropas, pereciendo casi en seguida en el intento de romper el cerco. Por la tarde Maltby organizó una nueva acción ofensiva general, de Oeste a Este, cuyo objetivo era una vez más el paso de Wong-nei-Chong: dos companías atacaron el citado paso y otras dos lo hicieron más al Norte. Pero los japoneses resistieron duramente, y aunque ambas partes sufrieron grandes pérdidas las posiciones apenas variaron.

Punta Victoria: infantes japoneses en plena acción. En el transcurso del victorioso avance nipón sobre la isla de Hong-Kong, murieron casi 4500 soldados ingleses y otros 6500 cayeron prisioneros. (Archivo Rizzoli)



El general Sakai pasa revista a las tropas formadas en las calles de Hong-Kong durante los festejos celebrados con motivo de la victoria japonesa. La campaña para la conquista de la isla sólo duró 18 días y finalizó en el «Peninsula Hotel» con la rendición sin condiciones de la guarnición británica el día 25 de diciembre de 1941. *(Imperial War Museum)*

Los ingleses siguieron atacando durante todo el día y toda la noche; mas por desgracia sus ataques no estaban lo suficientemente coordinados, para conseguir sus fines, ya que la avalancha nipona los cogió completamente desprevenidos.

No obstante, al Oeste lograron detener algo el avance enemigo; pero, en cambio, al Sur los japoneses adelantaban rápidamente, logrando alcanzar la cima de las colinas y desde allí dominar la carretera de la costa meridional. Por la mañana habían ocupado un sector en forma de cuña, cuya base correspondía al tramo de costa septentrional donde desembarcaron y cuyas caras laterales, perfectamente desplegadas, ejercían una presión continua contra las fuerzas inglesas, ya casi divididas y hundidas moral y materialmente.

En los días que siguieron la cuña penetró cada vez con más fuerza en profundidad, obligando a los defensores a retirarse a las penínsulas de Victoria y de Stanley.

La guarnición inglesa dividida en dos

A medida que aumentaba la presión japonesa las fuerzas inglesas parecían más exhaustas y desorganizadas. Todas sus unidades habían sufrido grandes pérdidas; muchas de ellas se hallaban completamente cercadas y sólo unos pocos supervivientes lograban alcanzar de nuevo las líneas defensivas británicas.

La organización en batallones resultó muy precaria, siendo necesario recurrir a unidades improvisadas; en un determinado momento, para defender la Bennet's Hill, próxima a Aberdeen, se reunieron treinta y cuatro granaderos canadienses, catorce aviadores, diez marineros y cuarenta y tres voluntarios.

Muchas veces los defensores no dejaban de combatir incluso sabiendo que sus posiciones ya no eran defensibles y que la situación general era caótica; pero el heroísmo y la obstinación no podían compensar la falta de coordinación. El 21 de diciembre se lanzaron dos nuevos ataques con la esperanza de reconquistar el paso de Wong-nei-Chong, el primero de ellos por el Oeste, a cargo de una compañía de *Royal Scots*, y fue rechazado con grandes pérdidas, la misma suerte le cupo al segundo.

Sin embargo, en las últimas horas de aquella misma tarde una pequeña unidad móvil, procedente del Sur, llegó cerca del objetivo: si los dos ataques se hubieran llevado a cabo simultáneamente, tal vez hubiera sido posible conseguir, por lo menos, un éxito temporal.

En el transcurso de los días, el agua y las municiones empezaron a escasear. La brigada occidental podía abastecerse en el depósito de Little Hong-Kong, pero sólo de noche, a causa de la proximidad de las tropas japonesas. El agua escasea siempre en Hong-Kong, incluso en tiempos de paz, y los japoneses de dieron cuenta en seguida de lo vulnerable que podría ser la guarnición en este aspecto y decidieron inutilizarlos. Hacia el 22 de diciembre casi todos los depósitos ya se habían perdido, y los que todavía quedaban en poder de los ingleses, en Aberdeen, estaban inutilizados; en Victoria no se disponía de la menor reserva.

La mañana del día de Navidad los defensores quedaron cercados en dos sectores. El grueso de las fuerzas estaba desplegado a lo largo de una línea que cruzaba la garganta del Wang-Chai, teniendo a sus espaldas unos 8 km de terreno, y lo que quedaba de la brigada oriental defendía un frente de casi 600 metros a través de la península de Stanley.

Ambos sectores habían sufrido ataques en fuerza durante la noche, y sus defensores se vieron obligados a retroceder todavía más. Luego, a las 9 los japoneses enviaron al general Maltby dos prisioneros ingleses con bandera de tregua para parlamentar. Estos afirmaron haber visto, a su paso por la isla, un número «increíble» de cañones y soldados enemigos, por lo que se juzgaba inútil continuar la lucha. El general Maltby convocó entonces al gobernador y al Consejo de Defensa para examinar la situación. Sólo quedaban ocho cañones de campaña disponibles, la guarnición de la península de Stanley había quedado totalmente aislada y los contactos por radio estaban interrumpidos.

A pesar de todo, el Consejo de Defensa decidió que «no había que pensar en la rendición», por lo que el general Maltby empezó a preparar un nuevo contraataque; pero otro avance japonés, en las primeras horas de la tarde, le hizo desistir. A las 15,15 se informó al Gobernador que «nuevos ataques supondrían el exterminio de toda la guarnición y el riesgo de terribles represalias en la población civil; por lo demás, estaba claro que ningún contraataque podría ya influir en el desenlace final».

En el *Peninsula Hotel*, y después de 18 días de terrible lucha, sir Mark Young se rindió sin condiciones al teniente general Taikaishi Saki.

Casi 4500 soldados ingleses e hindúes habían muerto, y más de 8500 vivirían en cautiverio durante tres años y medio.

Más tarde se supo que los japoneses habían perdido unos 2750 hombres.

No puede decirse, ciertamente, que los ingleses, al dejarse llevar por «razones de prestigio», hubieran alcanzado resultados muy satisfactorios.

KEITH HINDELL



Nacido en 1933, se diplomó en Historia y en política americana en Oxford. Entre 1953-54 prestó servicio militar, como oficial de artillería, en Hong-Kong y estuvo de guarnición en el fuerte Sai Wan escenario de algunos de los más sangrientos episodios del asedio. Aprovechando sus horas libres, exploró los antiguos fuertes y campos de batalla, encontrando todavía viejos cañones ingleses y japoneses de grueso calibre. Tras su periodo en Oxford, trabajó en la Universidad de Illinois, en el campo de la planificación política y económica. Actualmente se ocupa de la realización de documentales para la B.B.C.



EL ASEDIO DE LENINGRADO

Alan Wikes

(Ullstein)

Casi 4000 habitantes de Leningrado murieron de hambre el día de Navidad de 1941. Durante cuatro interminables meses, el hielo y el cerco de los "Panzer" germanos habían aislado la ciudad del resto de Rusia; mientras tanto, los alemanes la habían sometido a un intenso bombardeo aéreo y de artillería. Los alimentos llegaron a ser tan escasos durante aquel durísimo primer invierno de asedio, que muchas personas, arrastradas por la desesperación, llegaron a comer grasa lubricante. Y sin embargo, a pesar del frío y del hambre, Leningrado consiguió resistir con inquebrantable firmeza, no solamente aquel invierno, sino durante 900 días.

El día 1 de septiembre de 1941 cayó la primera bomba alemana sobre Leningrado. Estaba empezando el otoño, morían las primeras hojas, y aquel día, después de un magnífico verano, también la ciudad comenzó a morir.

Leningrado se halla situada en el punto en que el río Nevá desemboca en el golfo de Finlandia. El río une el golfo con el lago Ladoga, unos 50 km más al Este, y mientras las aguas no se hielan constituyen una de las principales vías de abastecimiento de la ciudad.

Los alemanes habían descartado la idea de tomarla por asalto. Hitler decía a sus generales que, una vez cercada, Leningrado «caería como una hoja muerta». El bombardeo de la artillería y de la Aviación debilitaría la voluntad de resistencia de sus habitantes, determinando su rendición, lo que a su vez proporcionaría ventajas morales y estratégicas para la posterior conquista de Moscú.

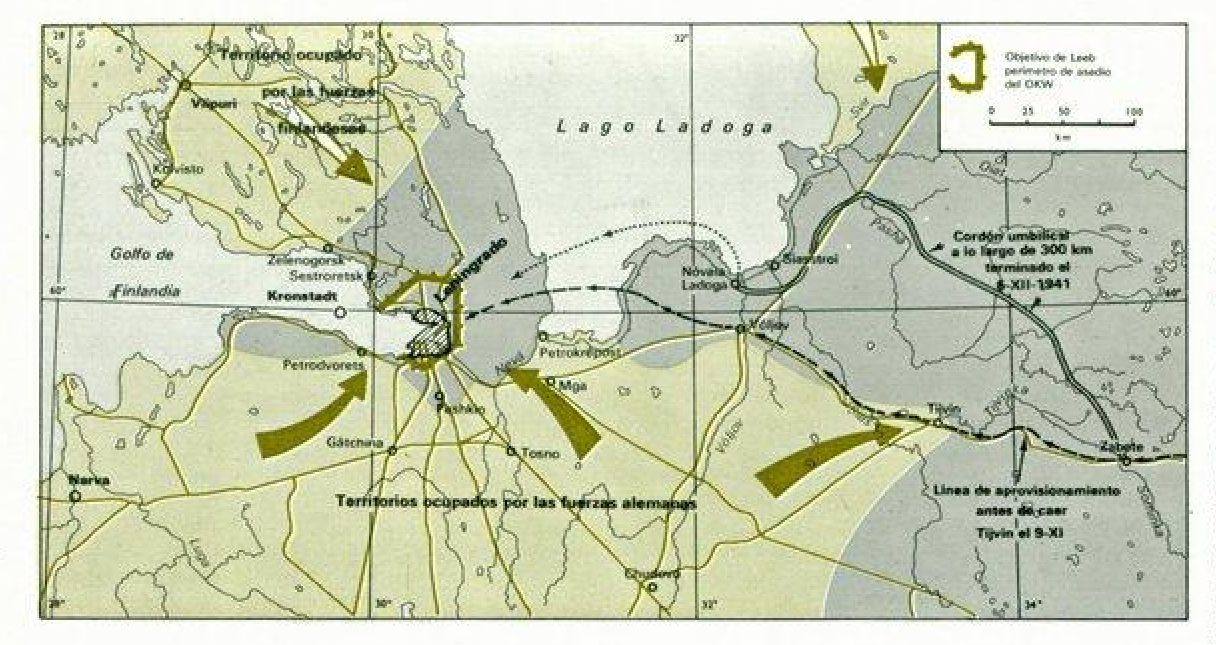
Cierto. Pero los habitantes de Leningrado tenían una opinión diferente acerca de la idea alemana de un «hecho consumado», y cuando las octavillas lanzadas por los aviones les anunciaron que iban a morir de hambre, permanecieron impasibles.

En la ciudad regía la ley marcial desde junio, cuando se aproximaron los Ejércitos alemanes, y todos los poderes locales se habían conferido al comandante de la guarnición, teniente general Popov, quien cooperaba con Zdanov, jefe del comité local del Partido, y asimismo con P. Popkov, jefe del ejecutivo del *Soviet*. A su vez, todos ellos estaban sometidos a las órdenes superiores procedentes de Moscú.

Zdanov, al que se puede definir como el Churchill de Leningrado, comunicó a la población:

«Ha llegado el momento de poner a prueba vuestras dotes bolcheviques, de que os preparéis para defender Leningrado sin malgastar palabras. Hemos de lograr una estrecha cooperación entre los accesos a la ciudad y la ciudad misma. Lo que tenemos que hacer es enseñar a la gente, en el menor tiempo posible, los métodos de combate más importantes e indispensables: disparar, lanzar granadas de mano, combatir en las calles, cavar trincheras, avanzar arrastrándose, etc. Hemos de alistar a los jóvenes en batallones de trabajo para que lleven a cabo actividades auxiliares. Se ha de conseguir que nadie se limite a hacer de espectador y que en el mínimo tiempo posible se efectúe el mismo tipo de movilización de los trabajadores que se llevó a cabo en 1918 y en 1919. Hemos de combatir toda tendencia a la ineficacia y a la autocomplacencia. El enemigo está a las puertas de la ciudad. Es una cuestión de vida o muerte».

Estas palabras se pronunciaron a fines de agosto de 1941, cuando parecía que el objetivo del enemigo era asaltar la ciudad. Pero, al comprobar que había cambiado de idea, Zdanov fue igualmente enérgico y apasionado al comunicar a los habitantes de Leningrado que ahora tendrían que prepararse para hacer frente a un



«El enemigo está a las puertas de Leningrado. La ciudad está en peligro». El 1 de septiembre de 1941 cayó la primera bomba sobre Leningrado y el 8 de septiembre los alemanes se encontraban a unos 15 km de la ciudad, pero Hitler, impaciente por apoderarse de Moscú, había decidido que se considerase a Leningrado como un sector de operaciones secundario. El 9 de noviembre los alemanes ocuparon la estación terminal de Tijvin, cortando de esta forma el último débil flujo de abastecimientos que llegaban a la ciudad. La situación de Leningrado era desesperada: el hambre y el frío cosechaban un número incalculable de víctimas. El 6 de diciembre hubo, no obstante, un destello de luz y de esperanza para los leningradenses: el cordón umbilical que debía unir Leningrado y Zabote a través del lago Ladoga se había completado. Afluían los abastecimientos, pero demasiado lentamente para poder representar la salvación.

asedio. El 8 de septiembre los carros de combate alemanes estaban a menos de 16 km de la ciudad, y las comunicaciones terrestres con el resto de Rusia habían quedado completamente interrumpidas. Las líneas de abastecimiento se reducían al tráfico aéreo y fluvial, e incluso estas últimas eran hostilizadas por alemanes y finlandeses.

Los alemanes seguían bombardeando con su artillería de largo alcance, con bombas incendiarias y rompedoras; pero el bombardeo era más insistente que intenso. En septiembre, se alcanzaron numerosos objetivos industriales –como una de las instalaciones hidroeléctricas que suministraban fluido a la ciudad– y durante casi todo el asedio –que duró 900 días– no cesaron los ataques aéreos y la acción de la artillería.

Sin embargo, como los londinenses, los habitantes de Leningrado llegaron a acostumbrarse a todo ello y aprendieron a permanecer indiferentes. Con lo único que no podían mostrarse indiferentes era con el hambre, que pronto empezó a dejarse sentir con la ferocidad de un enemigo invisible.

Al comenzar el asedio, la población de Leningrado era de unos 2.500.000 habitantes; pero, al iniciarse la invasión, 100.000 refugiados y todos los elementos de la Escuadra del Báltico pasaron a depender también de los recursos de la ciudad. La Escuadra no podía moverse, porque tenía que defender la ciudad por el Oeste, y los refugiados no podían evacuarse porque las líneas alemanas formaban una barrera infranqueable. Las autoridades locales se vieron obligadas a asumir la responsabilidad de encargarse de esta carga adicional en un momento en que la mayor parte del territorio productivo de la Unión Soviética había caído ya en manos enemigas.

Los productos alimenticios que existían en Leningrado el día 12 de septiembre eran: harina para 35 días, cereales para 30, carne para 33 días, grasas para 45 y azúcar para 60 días. Además de que estas reservas de provisiones iban siendo reducidas de forma progresiva a causa de los ataques de la aviación enemiga, la ciudad no disponía de medios de transporte fluviales para enviar en busca de alimentos a lo largo del río o través del lago Ladoga hasta la estación terminal de Tijvin, la cual por su parte caería pronto en poder de los alemanes.

Toda esperanza de salvación era pues, como ya hizo notar Zdanov, «imposible hasta que las fuerzas nazis no fueran vencidas y expulsadas de la madre patria».

Algún caso de ineficacia y de favoritismo

También en los días que precedieron al comienzo del asedio, las órdenes procedentes de Moscú, donde por ignorancia no se tenían en cuenta las condiciones existentes en Leningrado, provocaron cierta desorganización en el tráfico ferroviario, que podría haber asegurado mayor cantidad de alimentos para la ciudad.

Naturalmente, en todas las regiones no ocupadas de Rusia se estableció el racionamiento y, en teoría, a personas de diferentes categorías se les asignaban distintas cantidades de alimentos: los soldados y los trabajadores manuales se llevaban la parte del león, con cerca de un kilo y medio de carne al mes; mientras que a los empleados les correspondía algo menos de un kilo, y a las personas que no efectuaban ningún trabajo, apenas medio kilo. Con criterios análogos se repartían los cereales, las grasas y el azúcar.

Como es natural, la cantidad asignada dependía de que el género alimenticio en cuestión estuviese disponible; pero, al comienzo del asedio de Leningrado, los responsables locales no consiguieron intuir que la situación iba a durar tanto tiempo. Algunos restaurantes continuaron proporcionando géneros alimenticios «ración extra», y en septiembre se llegó a registrar un ligero aumento de raciones de azúcar y de grasas (aumento forzosamente de breve duración). El 7 de septiembre, durante una incursión aérea, fue alcanzado un depósito que contenía unas 2500 toneladas de azúcar; afortunadamente, este azúcar luego se «recuperó», en el sentido de que la melaza solidificada e incrustada de ceniza se transformó en caramelos.

Tampoco en otras cuestiones demostraron gran sagacidad las autoridades locales. A los ciudadanos de Leningrado no se les dijo nunca de qué cantidad exacta de alimentos se disponía; en vez de hacerlo, se dedicaban a utilizar con fines de propaganda antialemana los sucesos más baladíes; por ejemplo, el bombardeo de dos molinos constituyó un pretexto para justificar la falta de harina, cuando en realidad los daños habían sido insignificantes. Se redujo el número de tiendas que distribuían alimentos, obligando a la población a formar largas colas que duraban horas, y también esto se justificaba atribuyéndolo a la actividad enemiga.

Tampoco faltaron desagradables casos de favoritismo: en los primeros días del asedio, por ejemplo, en los comedores de algunos establecimientos se servían a los funcionarios de grado superior alimentos más abundantes o de mejor calidad que los destinados a los obreros.

Sin embargo, ninguna de estas faltas tuvo graves repercusiones en el ánimo de la población. En esto los rusos son algo parecidos a los ingleses: se quejan, refunfuñan, pero se resignan ante los acontecimientos.

En el transcurso de los meses de octubre y noviembre las reservas de alimentos disminuyeron progresivamente. El frío era cada vez más intenso. La falta de carburante hizo que desaparecieran los autobuses de las calles y el número de los tranvías se redujo en relación a la cantidad de carbón disponible para producir electricidad. Se prohibió todo tipo de calefacción eléctrica, tanto en las casas particulares como en las de vecindad, y se interrumpieron las conexiones telefónicas. Se utilizaron de nuevo viejas estufas de leña, desechadas desde hacía mucho tiempo, y cuando también empezó a escasear la leña para alimentarlas, se destrozaron y desmontaron muebles y entarimados, a fin de gozar, por lo menos, de algunas horas de alivio del frío intenso. El petróleo para alumbrado se racionó primero y después desapareció por completo. Al ir empeorando la situación en cuanto a las reservas de carburante, desapareció todo medio de transporte.

Mas para el hambre no había alivio posible. Bajo los pesados abrigos, los estómagos se hinchaban a consecuencia de la desnutrición; en tanto que, a causa del consumo no compensado de energías, desaparecía todo resto de grasa y las caras huesudas se cubrían de arrugas; los ojos ardían sobre la piel delgada y gris; caían los dientes de las encías arrugadas y las piernas se cubrían de llagas horribles. Bajo intensas nevadas los ciudadanos iban cada día al trabajo en carros arrastrados por animales, pasando junto a edificios bombardeados y abandonados, o hacían cola para obtener raciones de pan de las que a veces carecían las tiendas. Se dedicaban con afán a cazar los pocos gatos, perros y ratas que aún no habían muerto de hambre, y comían después su carne cruda o asada sobre los tizones todavía humeantes de algún edificio quemado por las bombas.

Puesto que, en la práctica, toda la carne y los sucedáneos de la misma que llegaban a la ciudad, gracias al precario puente aéreo o a las pocas embarcaciones que lograban atravesar el lago, se destinaban a las tropas de primera línea, la esperanza de poder comer algo dependía de las disponibilidades de pan. Y como ya a fines de septiembre las reservas de harina se habían reducido casi a cero, quedaba claro que pronto tampoco habría pan.

Se pidió a los dietólogos que trabajaban en los hospitales, en las escuelas y en las fábricas, que prepararan alguna sustancia que pudiera sustituir al pan, pero su cometido era prácticamente desesperado. En teoría la cosa era sencilla; lo malo era que los materiales necesarios para crear el sucedáneo eran tan escasos como la misma harina. Los horneros, a los que se dio libertad de aplicar recursos propios, ya preparaban grandes panes que sólo contenían el 50 % de harina: el resto estaba constituido por avena, cebada, semillas de soja y malta; pero también la malta, que se había retirado de las fábricas de cerveza, y la avena, que era el alimento de los caballos en el frente, estaban ya casi agotadas.

Para sustituir la avena sustraída a los caballos se ideó una mezcla compuesta por ramas de plantas tiernas, molidas y cocidas, adicionadas con tortas de orujo, sal y turba. A los caballos no les gustaba esta mezcla y, como es de suponer, no les beneficiaba demasiado. Lo mismo les ocurría a los hombres. De todos modos, la cantidad disponible de ramas tiernas en la zona forestal aún no dañada por los combates era del todo insufi-

ciente para alimentar a casi tres millones de personas.

Las únicas sustancias disponibles en grandes cantidades y aparentemente inútiles eran la celulosa, que en un principio se pensaba transformar en material de embalaje para las bombas, y las semillas de algodón, con la pelusa aún pegada, que debía haber servido de combustible para las calderas de los buques. De cualquier forma, el valor nutritivo de ambas sustancias era muy exiguo y, por otra parte, las semillas de algodón contenían cierta cantidad de rafinosa, de efectos tóxicos.

El jefe del instituto científico, V. I. Sharkov, le dijo a Lazutin –secretario del Partido en la ciudad– que un trabajo adecuado de experimentación podría hacer comestibles, con el tiempo, ambas sustancias; pero que los experimentos necesarios sólo podrían efectuarse si las autoridades ponían a disposición del instituto una cantidad suficiente de energía eléctrica.

«Durante siete días proporcionaremos al instituto energía eléctrica en cantidad ilimitada», le respondió Lazutin. «En este período tendréis que llevar a cabo los experimentos, y el resultado ha de ser positivo. Leningrado depende de vosotros.»

Comienza una desesperada búsqueda de alimento

Mientras en los laboratorios Sharkov y sus ayudantes trabajaban sin descanso, Lazutin creó unos equipos, formados por mujeres, niños, inválidos y enfermos, cuyo cometido era buscar alimentos. Se hurgó en todos los rincones de los almacenes, en las bodegas de los barcos, en vagones de ferrocarril y en los establecimientos de géneros alimenticios. Se limpiaron minuciosamente todos los molinos, para cribar el polvo obtenido y recoger algo de harina, y se sacudió escrupulosamente todo saco que hubiese contenido harina. Se recuperó malta en las grietas de las paredes y de debajo de las amasaderas. Unas 2000 toneladas de tripas de oveja, encontradas inesperadamente; cierta cantidad de pescado destinada a una fábrica de cola; aceite lubricante para máquinas y una partida de semillas de lino se elaboraron y convirtieron en salchichas, empanadas y buñuelos. Mediante una draga se recuperó del lecho del Nevá, donde estaba ya germinando, una carga de trigo que se encontraba en una gabarra hundida y, mezclado con glumas de arroz, cacao y cascabillo, se distribuyó para que lo cocieran los que conseguían agenciarse combustible para ello. Con la levadura se preparaban sopas, y con el jabón gelatina. Los caballos que se desplomaban muertos de hambre, se descuartizaban en el mismo lugar y su carne, mezclada con salitre, pimienta, ajo y polvo de cuero, se vendía después en forma de salchichas. Las algas marinas se transformaban en caldo y las entrañas de gatos y ovejas, cocidas y aromatizadas con clavo, se servían como sucedáneo de la leche.

Se estudiaron y aprovecharon todas las fuentes de nutrición posibles y hasta las más inimaginables; el empapelado, por ejemplo, se arrancaba de las paredes, y la mezcla de harina y cola, ya seca, que había servido como engrudo, se utilizaba para hacer pan.

El equipo de Sharkov, en el plazo establecido, consiguió producir harina de celulosa, y demostró también que la cocción, a alta temperatura, destruía la rafinosa de las semillas de algodón. Antes de terminar noviembre, la fábrica de cerveza, con una instalación para la hidrólisis del alcohol, empezó a producir celulosa comestible; pero, mientras tanto, las reservas de grasa vegetal utilizadas para untar los moldes en que se cocía el pan habían descendido a un nivel peligrosamente bajo. También este problema se resolvió produciendo una grasa compuesta de aceite de semillas de girasol, jabón y agua. Así, durante cierto tiempo, la gente pudo alimentarse –aunque este término resulta sin duda muy eufemístico– con un revoltijo de productos de desecho que, combinados en la ración, producían tan sólo una décima parte de la cantidad de calorías absorbidas normalmente, y eso en un momento en que el trabajo era enorme.

En efecto, aunque en las fábricas se interrumpía a menudo la producción por falta de energía, había una demanda incesante de mano de obra para construir defensas, despejar escombros, transportar los escasos abastecimientos que llegaban al puerto o al aeropuerto, eliminar los desechos de las alcantarillas y sepultar a los numerosos muertos. Más tarde, además, se tendría que trabajar en la construcción de la carretera destinada a convertirse en un verdadero cordón umbilical para la ciudad asediada.

En las fábricas, los obreros comían la grasa de los cojinetes de bolas de las máquinas y bebían el aceite lubricante de las latas; a menudo, y puesto que muchos de ellos eran viejos, ya que los jóvenes estaban en el frente, algunos se desplomaban muertos al suelo mientras caminaban o incluso estando parados. Miles de personas morían también por las calles o en las casas, y sus cuerpos se transportaban en trineos hasta los campos destinados a las sepulturas en masa, fuera de la ciudad. Cuando ya no se encontraban brazos para cavar las fosas, se empleaban cargas explosivas, y la nieve se amontonaba sobre aquellos cuerpos ya reducidos prácticamente a esqueletos.

El sistema de alcantarillado dejó de funcionar al comienzo del asedio, después de los primeros bombardeos, y la reparación de las conducciones y de las instalaciones de bombeo y filtrado no se consideró de importancia primordial. Las inmundicias se quemaban o se amontonaban en las casas, donde se helaban, y en este estado no podían considerarse, por el momento, como peligrosas fuentes de infección. No obstante, se ordenó cavar un cierto número de pozos para recogerlas, y para este trabajo se reclutó a mujeres y niños. A veces las personas encargadas de esa labor estaban tan agotadas que se desplomaban súbitamente, muertas, en la fosa recién excavada, donde se las sepultaba junto con el contenido de los carros que habían arrastrado dificultosamente por las calles de la ciudad. «Cuando esto sucedía –escribió una mujer que había asistido a estos patéticos episodios– muchas personas se metían inmediatamente en medio de aquella suciedad para buscar a tientas la cartilla de racionamiento de la persona muerta, no porque la quisieran ro-



Durante el asedio de Leningrado, que comenzó el 1 de septiembre de 1941, murieron de hambre unas 632.000 personas. No obstante, los habitantes, a quienes se asignaba una décima parte de las calorías necesarias para vivir, resistieron impávidos y sin cesiones el asedio que duró tres años. (Imperial War Museum)

EL COMIENZO DE UNA EPOPEYA

1941

1 de septiembre: artillería alemana de gran alcance comienza el bombardeo de Leningrado.

8 de septiembre: carros de combate alemanes aíslan la ciudad del resto de Rusia.

9 de noviembre: los alemanes ocupan la estación terminal de Tijvin.

6 de diciembre: se abre al tráfico una carretera de 300 km de longitud entre Leningrado y Zabote; los trabajos duran 27 días, al precio de millares de muertos. Pero como cordón umbilical es un fracaso; en efecto, la distancia máxima que llegaba a cubrir un camión en un día era de unos 30 km.

9 de diciembre: las fuerzas soviéticas a las órdenes del general Meretskov reconquistan Tijvin. Se repara la línea férrea y llegan los abastecimientos desesperadamente necesitados en Leningrado.

25 de diciembre: a pesar de la llegada de abastecimientos, el día de Navidad mueren de hambre 3.700 leningradenses, con lo que la cifra total de muertos sólo en el mes de diciembre alcanza los 52.000. En Moscú, el *Presidium* del *Soviet* Supremo instituye una medalla al valor por la defensa de Leningrado.

bar, sino porque comprendían que una cartilla de racionamiento entregada a las autoridades significaba un aumento, aunque infinitesimal, de las raciones de comida de todos. A tales miserias nos veíamos obligados».

Pero, aparte las miserias de este tipo, se ambicionaba y deseaba el duro trabajo manual: se consideraba en cierto modo vergonzoso ser simplemente personas «de carga», incapaces de trabajar y de vivir del propio esfuerzo, y consumiendo una ración que se podía destinar a otra persona más útil a la colectividad. Aunque, claro está, el principal estímulo para buscar trabajo, y cuanto más difícil mejor, era el hecho de que la tabla de las raciones asignaba el máximo al que más trabajaba.

«Como una cámara de tortura medieval»

A los enfermos y heridos se les retiraba del frente con todos los medios disponibles. El más corriente era un carro arrastrado por hombres de la población civil. De vez en cuando un convoy de camiones (que solían averiarse por la mala calidad del carburante empleado) conseguía llegar hasta la ciudad, transportando centenares de heridos necesitados de cuidados médicos. En los hospitales eran pocos los enfermos que aún tenían energías suficientes para descargar a los heridos de los camiones. Un estudiante de medicina escribió:

«En una ocasión se necesitaron siete horas para transportar doscientos soldados moribundos de la calle a los pisos superiores del hospital. El mismo hospital recordaba las cámaras de tortura medievales. En los dormitorios la temperatura solía oscilar alrededor de −1° C. Sobre los pacientes, que yacían completamente vestidos, se amontonaban abrigos y mantas, y a veces hasta colchones. Las paredes estaban cubiertas por una delgada capa de hielo y durante la noche el agua se helaba en las jarras. Las sábanas estaban muy sucias, pues no había agua para lavarlas. El único medicamento disponible era el bromuro de sodio, y los médicos lo recetaban a los pacientes con los nombres más diversos. Agotados por el hambre, el frío y el trabajo, médicos y enfermeros a duras penas se tenían en pie».

En las calles la gente moría sin la humillación de la suciedad; pero moría de todas formas. Sólo en noviembre 11.000 personas murieron de inanición; y si bien el hambre se definía como «distrofia alimenticia», el eufemismo no lo hacía ciertamente más soportable. Y fue hacia mediados de noviembre, cuando el problema de alimentar a la población se hizo todavía más dramático.

Los abastecimientos que hasta entonces habían llegado a la ciudad por el Nevá sufrieron una disminución radical, pues las tempestades de viento y de nieve helaron la superficie del lago Ladoga, impidiendo la navegación de las gabarras; pero en cambio no lo helaron bastante como para permitir que lo cruzaran los medios de transporte corrientes. Ello supuso una ulterior reducción de 1000 toneladas al día del volumen total de productos alimenticios disponibles. Además, no había aviones para crear un puente aéreo que compensase la reducción de los transportes a través del lago.

El 9 de noviembre la estación terminal de Tijvin cayó también en manos alemanas, y desde aquel momento el punto más avanzado al que podían llegar los trenes que transportaban abastecimientos fue Zabote, 100 km al este de Tijvin y a más de 300 km de Leningrado.

En aquel momento, Zdanov –y, en realidad, todos los habitantes de Leningrado, que sabían que Tijvin había caído y que podían ver con sus propios ojos que el lago ya no era navegable– debió de pensar que se había perdido toda esperanza. Sin embargo, no existe ningún indicio que permita suponer que en aquellos días la opinión pública intentase ejercer presión alguna sobre las autoridades para que la ciudad se rindiera. Los periódicos, que continuaban publicándose aunque con alguna irregularidad, incitaban incansablemente a la población a formar equipos de trabajo.

Hubo incluso algunas débiles manifestaciones de júbilo cuando las autoridades comunicaron que habían decidido hacer frente a la nueva situación, iniciando los trabajos de construcción de una nueva carretera para el transporte de los abastecimientos. Esta carretera uniría Nóvaia Ladoga, en el extremo oriental del lago, con Zabote; a causa del trazado tortuoso impuesto por la necesidad de alejarla de las líneas alemanas, tendría unos 300 km de longitud y atravesaría una región cubierta de bosques en la que no había más que unos estrechos senderos.

Naturalmente, la carretera habría de construirse sin la ayuda del equipo mecánico adecuado y bajo el hostigamiento de la artillería alemana; pero todos confiaban en que sería un verdadero cordón umbilical para la ciudad. Por ello todos acudieron para cooperar; se puso a los paisanos bajo el mando de unidades de ingenieros del Ejército soviético y comenzó el trabajo.

La *Leningradskaia Pravda* publicó entonces el siguiente mensaje de Zdanov: «Nosotros no ocultamos nunca nada al pueblo. El Partido dice siempre la verdad, por amarga que pueda ser. Mientras dure el asedio no se podrá esperar mejora alguna en la situación alimentaria». No se trataba de ninguna novedad para la población que, después de la caída de Tijvin, había visto cómo sus raciones se reducían todavía más; pero entre los dos tipos de muerte –por hambre o por rendición– aceptaban la primera. La propaganda soviética los había convencido de que los planes enemigos preveían la eliminación total de la población civil con métodos que comprendían la tortura, por

El espectáculo de alguien –hombre, mujer o niño–, arrastrando un trineo con un cadáver extendido y cubierto con una manta o un pedazo de tela se había hecho parte integrante del paisaje invernal de Leningrado. No era raro ver a alguno desplomarse muerto de hambre en la calle cubierta de nieve. Y los transeúntes se quitaban el sombrero murmurando algunas palabras de condolencia, pero a veces ni siquiera se paraban, porque, dadas sus propias condiciones, no podían aportar una ayuda. *(Novosti Press Agency)*



parte de las SS, del primer medio millón de ciudadanos capturados, «para alentar la megalomanía de Hitler y del Ejército alemán, que ha entrado ya en fase de desmoronamiento». (El Ejército alemán, desde luego, estaba muy lejos de encontrarse en fase de desmoronamiento; aunque sí estaba sufriendo inesperados reveses).

Un cordón umbilical de 300 km

No se conocen los datos correspondientes al número de personas que trabajaron en la construcción de la carretera de Zabote; pero sin duda fueron muchos millares, al menos a juzgar por los miles que murieron durante los trabajos. Los cuerpos de los que se desplomaban en sus puestos de trabajo acabaron por utilizarse como parte del firme de la carretera.

Los que allí trabajaban eran alimentados como los soldados, con las raciones más altas previstas, que en aquella fase estaban muy por debajo de las 1000 calorías diarias por persona. Sin embargo, esta cantidad, increíblemente baja, mantuvo con vida a un número suficiente de personas para que los trabajos de construcción concluyeran en 27 días.

Mas, como puede suponerse, se trataba de una carretera sólo de nombre. Buena parte de su trazado discurría entre murallas de hielo y de nieve, y el firme estaba constituido por troncos de árboles, derribados a centenares, por los últimos golpes de hombres que caían después de ellos. En algunos puntos tenía la anchura de un sendero, y no permitía el paso simultáneo de dos camiones. El día 6 de diciembre este cordón umbilical entró en funciones. Los que habían trabajado en su construcción y lograron sobrevivir volvieron a la ciudad, donde encontraron esperándoles lo que podría considerarse como una manifestación de júbilo. La noticia de que un convoy de camiones cargados de abastecimientos había salido de Zabote hizo que resonaran los aplausos, conmovedores en su debilidad.

Sin embargo, aquellos hombres que habían construido la carretera y habían consumido sus últimas energías y lo que quedaba de su espíritu humano, se daban cuenta claramente de que aquella ruta no podría nunca cumplir su fin. Y su convicción resultó completamente fundada. Los camiones comprobaron que la vía era impracticable a causa de las pendientes excesivas, de la anchura insuficiente y de su trazado demasiado tortuoso. Las continuas averías les obligaban a detenerse, y como la incesante tormenta de nieve los sepultaba rápidamente, tenían que desenterrarlos y empujarlos durante kilómetros y kilómetros hasta el punto en que la fuerza de los motores volviera a ser suficiente para ponerlos en movimiento. La distancia máxima que un camión conseguía cubrir en un día era de 30 km.

Como «cordón umbilical» eficaz la carretera fue un rotundo fracaso; pero poco después, cuando un silencio siniestro había sustituido a las músicas triunfales, se produjo un nuevo acontecimiento. Mas esta vez se trató de un hecho que fue el gozne sobre el que se movió y comenzó a abrirse la puerta de la salvación: las tropas soviéticas, a las órdenes del general Meretzkov, reconquistaron Tijvin y rechazaron a los alemanes hasta las orillas del río Vóljov, que, como el Nevá, es un emisario del lago Ladoga.

Ahora, aunque el asedio de Leningrado durase muchos meses, se empezaba a vislumbrar una esperanza. En la ciudad no había ya energías suficientes para alegrarse; pero aun así parece ser que el 10 de diciembre se empezó a respirar una atmósfera nueva. Era como si la gente ya no esperase tan sólo sobrevivir un día más, sino que empezara a mirar más allá, hacia el momento en que el lento y terrible desangramiento cesaría y la vida comenzaría de nuevo a correr por sus venas.

Una vez reconquistado Tijvin había que hacer dos cosas con la máxima urgencia: reconstruir los puentes ferroviarios de la línea Tijvin-Vóljov-Leningrado –destruidos durante los combates– y, al mismo tiempo, completar una pista sobre la superficie helada del lago Ladoga.

Todos los técnicos y obreros especializados que fue posible reunir se pusieron a trabajar; los turnos eran cortos, pero la actividad no se interrumpía ni un momento. Una semana después los primeros camiones procedentes de Leningrado entraron en Tijvin, para enlazar con la línea férrea recién reparada; y entonces, a la ciudad asediada comenzaron a llegar, gota a gota, los primeros abastecimientos.

La ruta sobre la superficie helada del lago presentaba un problema completamente distinto. Se trataba de una dificultad que sólo las condiciones atmosféricas podían resolver. La formación de la capa de hielo, que en los últimos días de octubre y en los primeros de noviembre había interrumpido el tráfico de las gabarras, continuó durante muchas semanas; pero, como si se tratase de una maldición, dicha capa seguía siendo demasiado delgada para permitir el paso de vehículos de transporte. Para soportar el peso de camiones con una carga de una tonelada, una capa de hielo ha de tener un espesor uniforme de 20 cm, y este espesor no se alcanzó hasta la última semana de noviembre. Por fin, el día 26 empezó a avanzar sobre el lago un lento convoy de ocho camiones, muy distanciados uno de otro. Al día siguiente volvieron con 33 toneladas de alimentos. Desde luego era poca cosa, pues para mantener con vida a Leningrado se necesitaban 1000 toneladas al día; pero por lo menos constituía un signo positivo de esperanza, casi un símbolo. Y el flujo continuó, a veces reduciéndose a 19 toneladas, a veces alcanzando y superando las 100.

Pero entonces ocurrió una nueva desgracia. La temperatura aumentó ligeramente y la superficie helada se hizo poco firme. Numerosos trineos arrastrados por caballos se hundieron en puntos especialmente débiles, y en consecuencia se decidió que en aquellas condiciones no se podía correr el riesgo de pasar con camiones.

Pero entretanto se había terminado el camino a través del bosque, haciendo posible, aunque no sin enormes dificultades, llevar a la ciudad algunas provisiones. Tres días después llegó la noticia de que el general Meretzkov había reconquistado Tijvin.

El 25 de diciembre el Presidium del Soviet Supremo instituyó una medalla al valor para la defensa de Leningrado, mercancía ciertamente no comestible, pero que servía para reforzar el espíritu de inquebrantable decisión, tan esencial para la ciudad.

Precisamente ese 25 de diciembre fue un día de los más luctuosos: 3700 personas murieron de hambre, con lo que se elevaba a 52.000 la cifra total de muertos el citado mes. Pero estos datos se refieren tan sólo a los cuerpos encontrados y registrados. Otros miles de personas morían sin dejar rastro: muchos se alejaban de sus casas para no volver más; o morían durante el sueño, rodeados de familiares que tampoco podían apenas moverse; o quedaban sepultados por la nieve y se les encontraba después, como cuerpos anónimos congelados, en primavera, en la época del deshielo. Al final de la guerra el número total de muertos durante el asedio de Leningrado ascendía a 632.000. Pero en realidad es muy probable que las víctimas llegaran al millón.

Aunque el final del año no significó, en absoluto, el final del martirio, por aquellos días fue posible, por fin, evacuar a algunos de los enfermos más graves. A unos se los llevaron los aviones y camiones que salían de la ciudad en busca de abastecimientos; otros se fueron, o intentaron irse, atravesando el lago helado, a 160 km de la ciudad. Para muchos era ya demasiado tarde, y la muerte los alcanzó antes de que pudiesen llegar a la lejana orilla. La salida de toda persona, fuese cual fuese la forma en que se iba, contribuía a reducir la necesidad de víveres y, aunque en teoría se estableció una rígida reglamentación de los permisos para abandonar Leningrado, en la práctica toda salida, autorizada o no, se acogía con satisfacción: en efecto, suponía una boca menos que alimentar.

Entre tanto, la necesidad siempre creciente de trabajadores retrasaba la labor de reconstrucción de carreteras y puentes, así como el transporte de los abastecimientos por el lago. Dirigiéndose a los que mantenían esta actividad Zdanov dijo:

«Queridos compañeros, la carretera sobre el lago helado, que es de importancia vital para nosotros, continúa funcionando mal. Diariamente sólo nos proporciona un tercio de los abastecimientos indispensables para satisfacer, aun en forma reducida, la necesidad de alimentos y de gasolina de los habitantes de Leningrado y de los soldados, y eso que las necesidades se han reducido al mínimo absoluto. Ello significa que los abastecimientos destinados a nuestra ciudad y al frente están siempre pendientes de un hilo y que tanto los soldados como los paisanos pasan increíbles privaciones. Todo ello resulta intolerable si se considera que estos abastecimientos están al alcance de la mano. Por lo tanto, depende de vosotros, los que trabajáis en esta carretera, y solamente de vosotros, la posibilidad de mejorar rápidamente la situación y de satisfacer las necesidades de Leningrado y del frente. Dedicaos al trabajo como debería hacer todo buen patriota soviético, con lealtad, poniendo en ello el corazón, sin escatimar energías...»

Alguien podría pensar que esta exhortación se acogió con amargas carcajadas, pues nadie tenía ya energías que escatimar; pero los hechos demostraron que Zdanov conocía profundamente la naturaleza humana. En efecto, la reconvención y la vigorosa y escueta llamada dieron sus resultados. Los conductores de los camiones averiados se dedicaron a otros trabajos mientras esperaban reemprender sus viajes; se organizó una especie de competición para ver qué conductores conseguían hacer tres trayectos en un día; se idearon las estratagemas más geniales para poner remedio a las grietas que se abrían de improviso en el hielo; se marcaron itinerarios alternantes, máquinas quitanieve que habían sido abandonadas como inservibles se pusieron de nuevo en servicio adaptándoles piezas de recambio sacadas de camiones que habían sido reducidos a chatarra. Toda esta energía y este entusiasmo fueron el fruto de cincuenta gramos más de pan al día, de una distribución de carne de lata y de la llamada de Zdanov, así como del nuevo rayito de luz que empezaba a vislumbrarse en el fondo de aquel túnel de muerte.

El épico viaje hacia quella luz comenzó con el nuevo año. A lo largo de 1942 la muerte y la evacuación redujeron la población a menos de 1.000.000 de personas; pero ya en primavera se habían acumulado reservas suficientes para que los niños pudieran hacer tres comidas razonablemente nutritivas al día. No obstante, sus recuerdos se habían alimentado tan sólo del deseo de comida. Uno de ellos diría años después: «Veía a mis padres morir, sabía perfectamente que estaban muriendo de hambre; pero yo deseaba su pan más que su supervivencia, y ellos lo sabían. He aquí lo que recuerdo del asedio: un sentimiento que te hacía desear que tus padres murieran porque querías su pan».

Esta fue la amarga herencia de recuerdos del asedio de Leningrado.

ALAN WYKES

Escritor profesional; autor, hasta la fecha, de 18 libros sobre los temas más variados: obras dramáticas, un viaje aéreo sobre el Atlántico, herpetología, enfermedades venéreas, el Támesis, competiciones náuticas, literatura americana y el juego. Por complejo que sea el tema elegido, se esfuerza por ordenarlo primero en su mente y después en la de sus lectores. Afirma que nadie le ha dicho aún que no lo ha conseguido; pero reconoce que ello puede deberse a cierta gentileza intrínseca en la naturaleza humana.

LA BATALLA POR MOSCU: versión alemana

Hitler se había salido con la suya logrando impedir a sus jefes militares mantener el impulso de la ofensiva central contra Moscú, mientras en los Estados bálticos y en Ucrania se conseguían victorias y avances espectaculares, pero en modo alguno decisivos. Cuando finalmente se impartió la orden de completar la Operación "Barbarroja" con la conquista de Moscú, ya era demasiado tarde para aquel año: la Operación "Tifón" se hundió en el fango y se extinguió lentamente por cansancio. Esta es la explicación alemana sobre las causas del fracaso ante las mismas puertas de Moscú.

Desde finales de julio de 1941 el Grupo de Ejército del Centro había mantenido un frente de más de 800 km, desde Glujov al distrito de Toropets. Los soldados alemanes habían estado combatiendo hasta el 22 de junio y sólo de vez en cuando se les había podido conceder brevísimos permisos. La capacidad combativa de las divisiones de Infantería se había reducido a un tercio, aunque la moral de los hombres no se había resentido. En las divisiones motorizadas que habían sostenido el peso mayor de los combates las pérdidas habían sido especialmente graves, sobre todo en camiones y otros materiales de motorización. El abastecimiento de piezas de repuesto era insuficiente; además, el gran desgaste lo había provocado el hecho de que se habían «prestado» unidades completas de medios acorazados a los otros Grupos de Ejércitos para realizar operaciones secundarias a centenares de kilómetros de sus bases. Era, pues, dudoso que su movilidad fuera suficiente para la nueva operación que implicaría un avance de, por lo menos, 500 km.

Aunque las batallas defensivas combatidas durante la pausa de dos meses habían absorbido casi tantos abastecimientos y refuerzos como los que requiere una gran operación ofensiva, el problema de los abastecimientos se había aliviado en cierta medida por las líneas férreas, que funcionaban eficazmente hasta Gómel, Roslavl, Smolensk y Toropets. De un modo u otro los depósitos de material en las proximidades de la línea del frente se habían ido llenando. Para que estas reservas bastasen durante el avance hacia Moscú sería necesario que dicho avance se desarrollase según los planes.

En lo que concierne al despliegue soviético, se vislumbraba cada vez mejor que se habían valorado muy por bajo las fuerzas del enemigo en hombres y materiales, y sus dotes de resistencia. El 11 de agosto de 1941 el general Halder escribió en su diario de guerra: «Al estallar la guerra calculábamos que el enemigo disponía de unas 200 divisiones. Hasta hoy ya hemos contado 360. Es verdad que sus armas y su equipo son inferiores a los nuestros, y que se las hace maniobrar inadecuadamente; pero están aquí.

»Y apenas destruimos una docena, en seguida los rusos las sustituyen con otra de divisiones frescas. Además, ganan tiempo por el hecho de encontrarse próximos a las fuentes de abastecimientos, en tanto que nosotros nos alejamos cada vez más de las nuestras».

2 de octubre de 1941: se ha desencadenado la Operación «Tifón». Las fuerzas de tres Ejércitos acorazados avanzan en dirección a Moscú, pero el «general invierno» amenaza ya a la *Wehrmacht*. (Ullstein)

Mientras tanto, el enemigo había logrado reconstruir frente al Grupo de Ejércitos del Centro una línea de defensa compacta y creado con sorprendente energía posiciones «erizo», posiciones defensivas como la de Yelnia. Aunque algunas de estas fortificaciones estaban todavía en fase de construcción, para poder reemprender el avance, el Grupo de Ejércitos del Centro se encontraba una vez más ante la necesidad de efectuar una penetración en gran escala.

En Pochep y Toropets, concentrados de modo especial a lo largo de la carretera Smolensk-Moscú, habíamos localizado seis Ejércitos rusos con 55 divisiones, a las órdenes del mariscal Timoshenko. En Pochep-Glujov el general Eremenko estaba constituyendo un nuevo frente con una treintena de divisiones agrupadas en tres Ejércitos. Más atrás, se pensaba que 10-15 divisiones, que constituían la reserva operativa, estaban distribuidas en los sectores de Kaluga, Viazma, Gzatsk, Rzhev y al oeste de Moscú. En comparación con el dispositivo soviético en los dos flancos septentrional y meridional, el orden de batalla en el sector central aparecía especialmente concentrado, confirmando así el fundamento de las tesis de los jefes de la *Wehrmacht* según las cuales nos encontraríamos con el grueso de las fuerzas enemigas sobre la carretera hacia Moscú y que era en aquel sector donde se decidiría la suerte de la campaña.

En cuanto al plan de operaciones, el OKH y el Grupo de Ejércitos del Centro estaban sustancialmente de acuerdo. Se concentraron dos unidades de fuerzas acorazadas a uno y a otro lado de Smolensk bajo las órdenes del general Hoeppner (4° *Panzergruppe*) y del general Hoth (3.er *Panzergruppe*), mientras una tercera formación (2° *Panzergruppe*), a las órdenes de Guderian, se trasladó, por razones de fuerza mayor, al sector de Glujov. Desde el punto de vista estratégico, el ataque del 2° *Panzergruppe* –desde Glujov hacia Oriol– representaba una solución de circunstancias, puesto que habría ganado eficacia de desencadenarlo más al Norte, a lo largo de una dirección más breve cuyo objetivo fuese Tula, en el sector del Ejército 2.

Dada la mayor distancia que tenía que cubrir en territorio enemigo, a Guderian se le concedió una anticipación de dos días, lo que significaba que debería partir cuarenta y ocho horas antes hacia el teatro principal de las operaciones.

El 24 de septiembre se discutió el plan de operaciones en el puesto de mando del Grupo de Ejércitos del Centro, en Smolensk. Las decisiones tomadas en aquella reunión se incluyeron en las órdenes impartidas el día 26 a los diversos Grupos de Ejércitos.

El plan alemán para la Operación «Tifón»

El Ejército 4 de Kluge, con el 4° *Panzergruppe*, debía romper el frente enemigo sobre la línea de la carretera Roslavl-Moscú, mientras el Ejército 9 (Strauss) lo haría en el lado septentrional de la carretera Smolensk-Moscú. Los dos Ejércitos deberían realizar después una conversión respectivamente hacia el Norte y hacia el Sur con el grueso de sus fuerzas para cercar al enemigo y converger en las proximidades de Viazma. Otras unidades que avanzarían en dirección Noroeste protegerían a las tropas que habían formado la bolsa y los flancos de ésta de eventuales contraataques enemigos. Más al Sur, en una acción independiente, el Ejército 2 debía romper la línea del río Desná al norte de Briansk y avanzar en dirección de Sujínichi. Atacando la línea Oriol-Briansk el 2° *Panzergruppe* debía envolver desde el sur las posiciones rusas en el Desná y, cooperando con los flancos de los dos Grupos atacantes, contener y destruir las fuerzas enemigas en torno a Briansk. El objetivo final del 2° *Panzergruppe* sería el de perseguir al enemigo en retirada en dirección a Tula.

Para proteger los flancos que se irían progresivamente alargando en los lados meridional y septentrional, las unidades del ala izquierda del Grupo de Ejércitos Sur avanzarían en dirección a Oboyán, mientras las del ala derecha del Grupo de Ejércitos Norte se extenderían hacia los lagos de la zona de Ostáshkov. La operación recibió el nombre convencional de «Tifón».

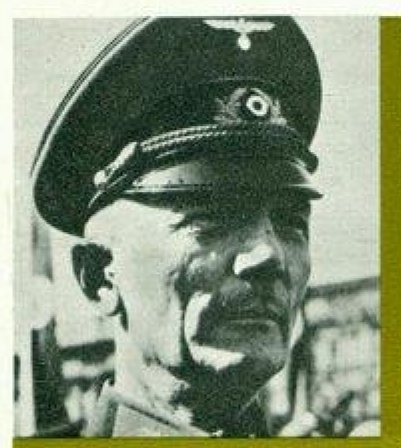
Las fuerzas de que disponía el Grupo de Ejércitos del Centro consistían en 44 divisiones de Infantería, 14 *Panzerdivisionen*, 8 de Infantería motorizada y una división de Caballería. Se confió a seis divisiones la misión de limpieza de la retaguardia, asignando a la operación el II y VIII *Fliegerkorps* de la 2ª *Luftflotte* (del mariscal Kesselring) con la misión principal de destruir la Aviación soviética. Ante los retrasos en el transporte y reagrupamiento de unidades decidió que el 2° *Panzergruppe* atacaría el 30 de septiembre, mientras que la ofensiva general se desencadenaría el 2 de octubre.

Con el regalo de un sol espléndido, la ofensiva se inició según los planes previstos, infligiendo al enemigo una sorpresa táctica. El 7 de octubre, tras un violento combate, las unidades avanzadas del 4.° y del 3.er *Panzergruppe* cerraron el cerco alrededor del grueso de seis Ejércitos soviéticos (los 30, 19, 29, 24, 43 y 32) en el sector de Viazma. Al mismo tiempo, más al Sur, con el impetuoso impulso típico de Guderian, el 2.° *Panzergruppe* avanzó hacia Oriol, destacando algunas de sus unidades hacia Briansk, que cayó el 6 de

octubre. Cuando el 9 se efectuó la conjunción con el Ejército 2, otros dos Ejércitos soviéticos (los 3 y 13) quedaron cercados al sur de la ciudad, mientras al norte se iniciaba el cerco del 50.

Mientras otras unidades aniquilaban al enemigo envuelto en las bolsas, las alas del Ejército 2 y del 4 se lanzaron hacia delante a través de la ancha brecha que se había creado en dirección a Sujínichi y Yujnov, mientras el Ejército 9 se aseguraba la posibilidad de un cómodo avance hacia Rzhev. Estos grandes éxitos hicieron renacer la esperanza en oficiales y soldados. Después de haber conferenciado con el comandante supremo, el 7 de octubre Bock dispuso nuevas órdenes. A la 2.ª *Panzerarmee* (término de nuevo cuño) se le asignó la ciudad de Tula; debería avanzar en un amplio frente a lo largo del río Moscova, hasta alcanzar los suburbios meridionales de Moscú. El ala derecha del Ejército 4 avanzaría sobre la línea Kaluga-Medin, el 4º *Panzergruppe* hacia los puentes del río Protva en Maloyaroslavets y Borovsk y por la carretera hacia Mozhaisk, donde debería liberarse rápidamente de las defensas enemigas que se suponían presentes en la zona.

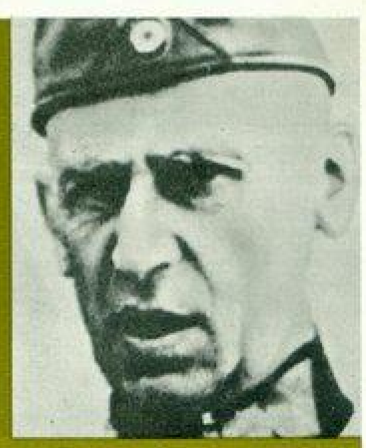
Brauchitsch proyectó para el Ejército 9 (que comprendía el 3er *Panzergruppe*) un avance oblicuo sobre la línea Gzhatsk-Rzhev hacia Kalinin; debería neutralizar así la presión que el enemigo estaba ejerciendo sobre los flancos de los Grupos de Ejércitos del Centro y Norte. Bock habría preferido realizar un rápido avance sobre Moscú con todas las fuerzas móviles disponibles comprendido el 3er *Panzergruppe*, que quería lanzar cuanto antes por la línea más breve en la brecha abierta entre la capital y la presa del Volga limitando al Ejército 9 la cooperación con el Grupo de Ejércitos Norte. Aun haciendo notar que una amenaza inmediata sobre Moscú habría reducido automáticamente la presión enemiga sobre el flanco septentrional, Bock acabó aceptando las directivas de Brauchitsch.



Feldmariscal von Bock, jefe del Grupo de Ejércitos del Centro, que tenía la orden de conquistar la capital soviética. (Keystone)



General Guderian, comandante del 2.º *Panzergruppe*: cuando se le ordenó avanzar era, por desgracia, demasiado tarde. (Camera Press)



General Hoth, comandante del 3.er *Panzergruppe*, con cuyas fuerzas consiguió atenazar a seis Ejércitos soviéticos. (Keystone)

El optimismo que animaba entonces a los jefes del Ejército alemán queda claramente expresado en la frase escrita el 8 de octubre por Halder: «Para salvar Moscú el enemigo intentará hacer afluir allí refuerzos, especialmente del Norte. Pero fuerzas de este género tan heterogéneas y reunidas en un momento de emergencia, no podrán hacer frente a las nuestras, indudablemente superiores; bastará que nuestra estrategia sea buena (y que el tiempo no sea demasiado malo) para que nuestras unidades puedan atacar victoriosamente Moscú».

«Detenidos por el fango, no por los rusos»

Pero justamente a punto de iniciarse la persecución del enemigo, derrotado en un amplio frente, las condiciones atmosféricas empeoraron de improviso: el 8 de octubre comenzó a caer una lluvia torrencial que obstaculizó cualquier movimiento. Ya no era, pues, el caso de pensar en una persecución «hasta el último aliento». Hacia mediados de mes el ala derecha del Ejército 4 sólo había alcanzado la zona al este de Kaluga y su ala izquierda la línea Borovsk-Mozhaisk, mientras el Ejército 9 había alcanzado el Volga en las proximidades de Kalinin y Rzhev. No obstante, desde el 2 de octubre se habían cubierto dos tercios de la distancia a Moscú.

Un período de tiempo bueno nos había permitido llevar nuestras unidades casi completas, hasta las puertas de la capital. Nos detuvieron las adversas condiciones atmosféricas, no el Ejército ruso.

Más crítica era la situación en el ala derecha, donde el grueso de las fuerzas de Guderian estaba empeñado en combates que se desarrollaban a ambos lados de la bolsa de Briansk. También a él le detuvieron las condiciones atmosféricas adversas, la carencia de carburantes y otras dificultades en los abastecimientos. Asimismo la resistencia opuesta por una Brigada acorazada soviética recientemente llegada al frente se demostraba irreductible, tanto que hacia la mitad del mes las puntas avanzadas de nuestra *Panzerarmee*, ya debilitadas, no habían logrado avanzar más allá de Mtsensk.

Un agente de enlace alemán supera el obstáculo de algunos árboles arrancados que obstruyen su camino. La única carretera asfaltada hacia Moscú era la que provenía de Smolensk; todas las demás, de piso natural, que se transformaban en aguazales donde se hundían hombres, caballos y vehículos, se habían hecho impracticables. Este estado de cosas repercutió negativamente en la capacidad combativa de las tropas, así como en la eficiencia de las columnas de abastecimientos. (Sado - Opera Mundi)

El aniquilamiento de la bolsa de Briansk duró hasta que el 20 de octubre, y por nuestro propósito de economizar tropas, fueron muchos los enemigos que lograron refugiarse en los bosques y que más tarde, como partisanos, pondrían en grave peligro nuestras líneas de abastecimientos. Los combates en torno a Viazma se concluyeron el 14 de octubre con un completo éxito.

Bock anunció la gran victoria alcanzada en la primera fase de la ofensiva el 19 de octubre: habíamos capturado 673.000 prisioneros, 1.242 carros de combate y 5.412 cañones de los tipos más diversos. La destrucción de ocho Ejércitos soviéticos con un total de 86 divisiones (13 de ellas acorazadas) podría considerarse ciertamente la más grave derrota de nuestros adversarios en aquella campaña.

Alentado por la victoria de Viazma y esperando ardientemente que el dios del tiempo respondería cuanto antes con un breve período de hielo moderado, suficiente para consolidar el piso de las carreteras y darnos, por consiguiente, mayor libertad de movimientos, el OKH impartió nuevas órdenes el 14 de octubre: la 2ª *Panzerarmee* debería atacar Moscú por el sur y el este, el Ejército 4 y el 2º *Panzergruppe* por el oeste y el noroeste. Este objetivo concordaba con el plan de Bock; pero no se podía decir lo mismo del hecho de que las órdenes continuasen hablando de cooperación entre las alas de los Grupos de Ejércitos del Norte y Centro a fin de llevar a cabo un desplazamiento hacia Vishni Volochok, dado que esta ofensiva tendía a aligerar la creciente tensión ejercida por el enemigo en un sector problemático, pero no crucial; y, en efecto, Bock pensaba que la maniobra propuesta implicaba una peligrosa dispersión de sus fuerzas.

Teniendo en cuenta todos los elementos que concurrían en la situación, opinaba que sería mucho más oportuno emplear el 3er *Panzergruppe* para reforzar su despliegue ante Moscú, dejando al Ejército 9 la misión de defender su flanco septentrional. También estaba preocupado por la suerte de su flanco meridional, donde se estaba abriendo un espacio entre el flanco septentrional del Grupo de Ejércitos Sur (en las proximidades de Biélgorod) y el flanco del Ejército 2 que estaba perdiendo terreno. Si una unidad enemiga consiguiese penetrar en aquel espacio se aseguraría nuevamente una notable libertad de movimientos y podría constituir un grave peligro; y aunque los soviéticos parecían tranquilos en aquel sector, no pasaría mucho tiempo antes de que se diesen cuenta de la favorable ocasión y la aprovechasen de modo adecuado. En el flanco meridional se efectuó entonces un reagrupamiento de unidades: las fuerzas del Ejército 2 que habían quedado disponibles en Briansk fueron trasladadas a la 2ª *Panzerarmee* y el Ejército 2 asumió el mando de las fuerzas de la 2ª *Panzerarmee* dejadas atrás al Sur de Oriol, con la orden de avanzar según la dirección Kursk-Yeliets para proteger el flanco meridional.

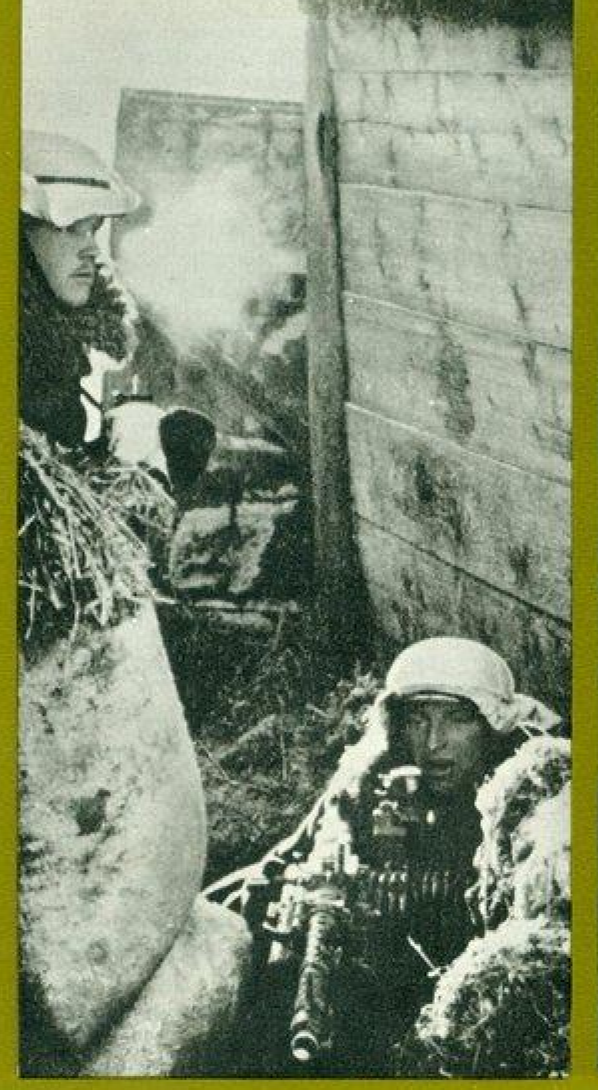
Simultáneamente con estas órdenes del OKH llegó otra de Hitler disponiendo que la «capitulación de Moscú era inaceptable, en la forma que fuese e incluso si la ofrecía voluntariamente la parte enemiga».

Una cosa es cierta: para los soviéticos el empeoramiento de las condiciones atmosféricas fue un verdadero regalo de la providencia. A fines de 1941 el tiempo estaba de su parte y una vez más volvían a ponerse en movimiento, aunque sólo fuera localmente y en contraataques como los de Mtsensk, Kaluga y ahora, Kalinin.

De cualquier modo, en Moscú eran bastante escasas las esperanzas de una posible mejora de la situación: el 16 de octubre el Gobierno soviético y el cuerpo diplomático fueron evacuados a Kuibishev, en el Volga. Stalin permaneció, sin embargo, en el Kremlin y el 11 de octubre procla-

Carros de combate alemanes *Mark III*, mimetizados, avanzan en dirección a Moscú. Los primeros hielos de noviembre permitieron reemprender la ofensiva, pero el descenso de la temperatura bloqueó el mecanismo de los medios acorazados averiándolos totalmente. (Ullstein)



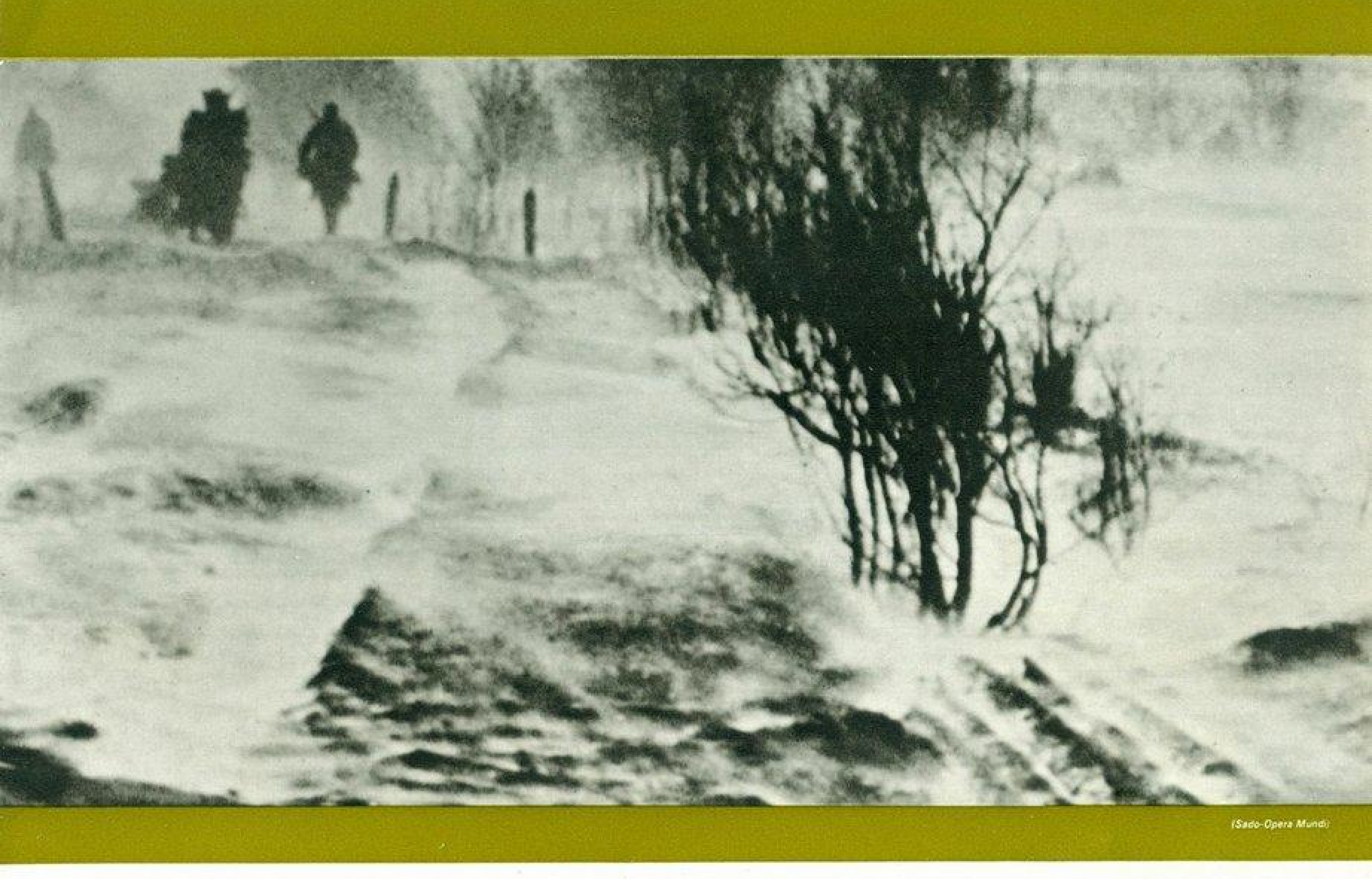






LA OPERACIÓN "TIFÓN" AGONIZA

La moral de las tropas alemanas en esta fase de la ofensiva estaba cediendo de manera alarmante. El frío abrió en sus filas huecos mayores que los provocados por el fuego enemigo. A fines de noviembre von Bock se percató de que no se había quebrantado la resistencia soviética y que proseguir la ofensiva implicaría el peligro de perder todas las fuerzas empeñadas. Arriba, a la izquierda: ametralladora pesada alemana en posición entre dos edificios de una granja colectiva soviética al sur de Livani. Arriba: infantería alemana avanzando fatigosamente en una tempestad de nieve. Desprovistas del equipo apropiado, las tropas alemanas, con sus uniformes raídos y gastados, impropios para el invierno ruso, experimentaban una peligrosa disminución de su vigor físico y de su capacidad combativa.
A la izquierda, abajo: infantería alemana en una trinchera excavada en la nieve, en espera de avanzar. Bloqueados por el fango y paralizados por el hielo, los *Panzer* habían perdido su glorioso papel de protagonistas, y las únicas posibilidades de llegar a Moscú dependían ahora de la infantería.
A finales de noviembre el avance del Ejército 2 sobre la línea Tim-Yeliets-Yefriémov señaló el límite de lo posible para hombres y máquinas.


(Sado-Opera Mundi)

mó el estado de sitio. En conjunto dejaron la ciudad un millón de personas. El mundo esperaba en un estado de ánimo de gran agitación la caída de Moscú. ¿No eran capaces los alemanes incluso de lo imposible? ¿Qué comandante abandonaría un objetivo tan vital, distante sólo dos días de marcha de sus líneas, en tanto que existiera la mínima posibilidad de éxito?

En vez de traer el hielo tan esperado, la segunda mitad de octubre fue ante todo una «estación de fango». Las dificultades que creó a las tropas combatientes, sorprendiendo a todos y superando las previsiones más pesimistas, fueron en verdad desastrosas.

La única carretera asfaltada era la de Smolensk-Moscú, y tampoco podía resistir el desgaste impuesto por la enorme concentración de tráfico. Todo lo que podían hacer los ingenieros y la División de Infantería completa encargada de proveer el mantenimiento de la carretera era rellenar con guijarros los cráteres abiertos por las bombas soviéticas. Las demás carreteras eran de piso natural y se transformaron en lagos de fango en los que hombres y caballos se hundían hasta las rodillas y los vehículos hasta el cubo de las ruedas.

Las pérdidas en caballos y camiones fueron terroríficas. Pronto los medios de transporte motorizados se hicieron inservibles. Los únicos medios capaces de continuar en aquel mar de fango fueron los carros recuperados y los *panye* locales. Por todas partes las divisiones estaban combatiendo a centenares de kilómetros de distancia. Las unidades de primera línea eran improvisadas y muchas estaban desprovistas de cañones contracarros capaces de neutralizar a los *T-34* soviéticos cada vez más numerosos. Los vehículos enviados en misión de reconocimiento no lograban volver a su puesto de mando, con lo que las comunicaciones quedaban interrumpidas, las unidades se desorientaban y hasta se dispersaban por carencia de control, siendo imposible además ejercer una adecuada guía táctica y estratégica. El apoyo aéreo se había reducido al mínimo y el carburante disponible no era suficiente ni siquiera para los medios de transporte todavía capaces de moverse.

La llegada de aquel frío invierno trajo grandes sufrimientos a los soldados. Los uniformes estaban tan gastados que apenas protegían contra el frío cada vez más intenso de las noches, mientras la dispersión de las unidades en extensos territorios hacía imposible el abastecimiento de la manera habitual.

Numerosos puntos a favor de los soviéticos

El enemigo, por el contrario, conocía muy bien las características meteorológicas de su tierra y estaba, por consiguiente, preparado para afrontarlas. Se encontraban en su elemento natural. No tenía líneas de abastecimiento que corriesen el riesgo de ser interrumpidas y sus fuentes de aprovisionamiento estaban bastante próximas al frente. Disponía de cadenas antifango y sus carros de combate eran más aptos para operar sobre terrenos diversos.

Combatiendo no menos contra la naturaleza que contra el enemigo el Ejército 4 alcanzó lenta y fatigosamente el río Oká, al norte de Aleksin, el río Nara por encima de Siérpujov y la línea Naro-Fominsk-Volokolamsk. También el Ejército 9 tras duros combates en torno a Kalinin, charnela de la defensa soviética, logró formar un frente defensivo al norte de Rzhev y a establecer contacto en las cercanías de Ostashkov con el ala meridional del Grupo de Ejércitos Norte. El 25 de octubre Bock escribía en su diario:

«La resistencia en el frente del Ejército 4 se está haciendo más dura. El enemigo ha traído al frente fuerzas frescas procedentes de Siberia y el Cáucaso y está efectuando contraataques a ambos lados de las carreteras que de Moscú se dirigen hacia el Sudoeste. La mitad meridional del Ejército 4, hasta ahora privada de buena parte de su artillería a causa de la impracticabilidad de las carreteras, está forzada a mantenerse a la defensiva. En el flanco septentrional del Ejército, el ala izquierda del 4º Panzergruppe está realizando algunos progresos en dirección a Volokolamsk... Cerca de Kalinin se registran nuevos y violentos ataques por parte de los rusos, que en el lado occidental de la ciudad están presionando en dirección sudeste a este lado del Volga.

»Pero si se razona en términos generales todo esto no significa nada. Son la dispersión del Grupo de Ejércitos y las espantosas condiciones atmosféricas las que nos han conducido a un punto muerto. Los rusos están ganando tiempo para reconstituir las divisiones dispersas y fortalecer las líneas defensivas, y son ellos los que controlan las líneas férreas y las carreteras que se dirigen a Moscú. Es, ciertamente, una situación bastante delicada».

Finalmente, el 24 de octubre, la 2ª *Panzerarmee* volvió a ponerse en movimiento, desde Mtsensk. Las memorias de Guderian dicen a este respecto:

«La única carretera existente entre Oriol y Tula y por la cual se debería efectuar esta maniobra era totalmente incapaz de soportar un tráfico pesado y, a los pocos días, estaba del todo intransitable. Además, los rusos, maestros en la estrategia de la tierra quemada, en el curso de su retirada habían hecho saltar todos los puentes; en algunos puntos habían establecido grandes campos de minas a ambos lados de la carretera. Prácticamente hubo que pavimentar kilómetros y kilómetros de carretera con troncos de árbol para hacer avanzar los escasos refuerzos y abastecimientos de que se disponía. Nuestra capacidad combativa dependía menos del número de soldados y la cantidad de medios acorazados disponibles que de la posibilidad de abastecer de carburante a estos últimos. Casi todos los carros de combate todavía utilizables... se reunieron para formar, con el Regimiento de Infantería «Gross Deutschland» que había llegado por entonces, una vanguardia que se puso finalmente en movimiento hacia Tula».



(History of the Second World War)



Cañones rusos abandonados durante la retirada soviética. En octubre, en la primera fase de la ofensiva contra Moscú, las fuerzas alemanas hicieron 673.000 prisioneros y capturaron 1242 carros de combate y 5412 cañones. Fueron destruidos ocho Ejércitos soviéticos. Pero, a medida que progresaba la segunda fase de la Operación "Tifón", las puntas de penetración de las unidades acorazadas alemanas se vieron gradualmente quebrantadas y detenidas por el empeoramiento de las condiciones atmosféricas y por la resistencia soviética, que cada vez se hacía más firme. En la foto encuadrada: un carro de combate soviético *T-34* destruido. Por aquel tiempo el Ejército ruso recibía aún muy pocos ejemplares de este carro de combate, que por lo mismo debía emplearse individualmente o en pequeñas unidades; de esta manera las escuadras alemanas de cazadores de carros se veían facilitadas en su misión, la cual, sin embargo, bien pronto se hizo más difícil.

A comienzos de noviembre los comandantes del Ejército alemán se encontraron con que tenían que escoger entre dos alternativas: continuar la ofensiva o abandonarla cuando la meta ya estaba tan próxima. Se trataba de una decisión difícil y sopesar el pro y el contra implicaba una terrible responsabilidad.

Aun antes del comienzo de la ofensiva contra Moscú, comienzo que Hitler, con sus fatales interferencias, había retardado tanto, el OKH y el Grupo de Ejércitos del Centro se habían percatado perfectamente de que en el camino hacia Moscú no podrían permitirse ninguna parada intermedia: o se ocupaba Moscú, alcanzando una línea que permitiera resistir el invierno ruso, o habría que retirar el frente a las posiciones del 2 de octubre. Cuanto más nos acercásemos a Moscú, tanto más expuesta sería nuestra situación.

A comienzos de noviembre, la temperatura descendió finalmente a bajo cero, solidificando el piso de las carreteras y permitiendo mayor movilidad a los transportes. Se procedió entonces a una valoración de la capacidad combativa de nuestras fuerzas y se llegó a la conclusión de que, por lo menos desde el punto de vista numérico, la situación era mejor de lo que hubiéramos podido esperar después de aquella terrible «estación del fango». Naturalmente, el número de nuestras fuerzas había disminuido, pero las divisiones de Infantería (la gran mayoría) contaban todavía con un 65 % de sus efectivos iniciales, aunque la Infantería de las *Panzerdivisionen* se había reducido al 50 % y el número de carros de combate al 35 %. Más grave, sin embargo, era el hecho de que la moral de las tropas había salido un tanto debilitada de aquella dura prueba. Por el contrario, la reorganización de los Grupos de Ejércitos soviéticos decidida el 10 de octubre y el nombramiento del general Zukov como comandante del «Frente occidental» (a ambos lados de Moscú), y del general Konev como comandante del «Frente de Kalinin» habían infundido a las fuerzas soviéticas un nuevo espíritu de iniciativa. Su resistencia se estaba haciendo cada vez más encarnizada. Alrededor de Moscú y en el interior de la ciudad se estaba construyendo febrilmente un sistema de defensa y para rellenar los vacíos abiertos en el frente y en la retaguardia, se estaban constituyendo a toda prisa con la población civil numerosas unidades militares improvisadas.

Pese a todas las dudas y dificultades, los oficiales superiores compartían la tesis de Bock en cuanto a la oportunidad de reemprender la ofensiva apenas se hubiesen reagrupado las divisiones –y especialmente la artillería– y se hubiesen reparado las líneas férreas. Los jefes tenían fe en que, aunque casi exhaustas, las tropas darían una vez más lo mejor de sí mismas, con tal de que continuasen sintiéndose superiores al adversario.

Bock, siempre favorable a la idea de un ataque único concentrado sobre Moscú, y los generales del Ejército se convencieron de que deberían aprovechar esta última posibilidad de gozar de cierta libertad (aunque efímera) para sostener el esfuerzo supremo. En sus decisiones tenía notable peso la convicción de que la caída de Moscú sería un acontecimiento de enorme importancia política. Además, nadie por parte alemana tenía la mínima duda de que para Hitler cualquier vacilación respecto a este empujón final, o como alternativa, la idea de una posible retirada de Smolensk estaban fuera de discusión.

El nuevo plan alemán contemplaba objetivos menos lejanos: al Norte, el canal de Moscú; al Sur, el río Moscova; objetivos limitados para los cuales las reservas de materiales disponibles durarían hasta mediado el mes.

- La 2ª *Panzerarmee*, simulando un ataque contra Tula, debería ante todo ocupar Kolomna a orillas del Moscova y con sus propios medios proteger su flanco amenazado al Este, pues el Ejército 2 en aquellos momentos se encontraba aún demasiado retrasado.
- El Ejército 4 debía desencadenar un ataque frontal, pero sólo su ala septentrional, con el 4º *Panzergruppe* –en colaboración con el 3ª *Panzergruppe*– se lanzaría hacia el canal de Moscú.
- El Ejército 9 debía proteger su flanco derecho y con su ala derecha avanzar hasta la presa del Volga, al sudeste de Kalinin.

Una vez alcanzados estos objetivos se llevarían a efecto otros movimientos para completar el cerco de Moscú. Las fechas para los ataques serían respectivamente, el 15 de noviembre para el Ejército 9 y el 3.er *Panzergruppe*, y el 17 de noviembre para el 4.º *Panzergruppe* además de la 2.ª *Panzerarmee*.

«Combatientes duros y salvajes»

La ofensiva comenzó de acuerdo con el plan en una atmósfera límpida y gélida; pero tras los primeros éxitos, el termómetro descendió rápidamente a –20° C, y así el súbito comienzo de un durísimo invierno paralizó a hombres y animales, deteniendo la ofensiva. La batalla se redujo a combates locales con un enemigo que hacía frente a los ataques alemanes con tropas frescas formadas por combatientes duros y salvajes, y la ofensiva se transformó en un avance metro a metro. «De las 34 divisiones frescas que han hecho afluir de Siberia, 21 se enfrentan con el Grupo de Ejércitos del Centro» escribió el 18 de noviembre Bock en su diario. La Aviación soviética, entre tanto, que operaba desde las bases próximas, se mostró una vez más muy activa, mientras la *Luftwaffe* parecía paralizada por el frío o la carencia de carburante. Se registraban ya temperaturas de –30° C, y la moral de las tropas alemanas descendía con una rapidez alarmante. Con el paso de los días la situación general parecía cada vez más precaria.

Mas el tradicional valor del Ejército alemán no decayó en esta batalla contra las fuerzas de la naturaleza y sus empresas fueron espléndidas. Hacia finales de noviembre el ala derecha del Ejército 9 había alcanzado el Volga entre Kalinin y la presa, mientras el 3er *Panzergruppe* avanzando entre Klin e Istra, había alcanzado el canal de Moscú al sur de Dmitrov. El 27 de noviembre la 2ª *Panzerdivision* estaba a sólo 30 km de Moscú y las centelleantes torres del Kremlin hacían guiños a los invasores. El día 29 la 7ª *Panzerdivision* logró establecer una cabeza de puente al otro lado del Volga, al sur de Dmitrov; pero contraatacada frontalmente y por los flancos, no pudo dar un paso más.

En el ala meridional la 2ª *Panzerarmee*, empeñada en un ataque que acabó llevándola sobre la línea Gorlovo-Mijáilov, tuvo ante todo que preocuparse de proteger su flanco oriental. Lo único que quedaba para un ataque hacia el Norte era la 17ª *Panzerdivision*, que el 25 de noviembre logró abrirse camino hasta Kashira. Allí permaneció durante dos días, atacada por todas partes, hasta que el 27 de noviembre Guderian pidió ayuda en forma de un ataque del Ejército 4 a través del río Oká. No pudiendo satisfacer su demanda, el Grupo de Ejércitos le ordenó suspender el ataque hacia el Norte y, en su lugar, consolidar las posiciones en su flanco occidental, en la proximidad de Tula. Mientras tanto el Ejército 2 había avanzado, encontrando únicamente una débil resistencia, hasta la línea defensiva Tim-Yeliets-Yefriémov. Estas posiciones señalaban el límite de lo posible.

Todo ello significaba que la ofensiva de Moscú se había concluido con un claro fracaso. El 29 de noviembre Bock comunicó al jefe del Estado Mayor General: «Si no logramos hacer que se derrumbe el frente noroccidental de Moscú dentro de pocos días, se deberá abandonar la ofensiva. No conduciría sino a un absurdo encuentro frontal con el enemigo que, por lo que parece, dispone todavía de ingentes reservas de hombres y de material». El 1º de diciembre informó por escrito al OKH:



«Tras más sangrientas batallas la ofensiva nos aseguraría únicamente progresos limitados sobre el terreno, destruyendo sólo una parte de las fuerzas enemigas; pero es sumamente improbable que pudiera convertirse en un éxito estratégico. La idea de que el enemigo que se enfrenta al Grupo de Ejércitos estaba a punto de derrumbarse era, como lo han demostrado ampliamente los combates de las últimas dos semanas, vana ilusión. Permanecer a las puertas de Moscú, cuyo sistema ferroviario y de carreteras la une con casi todas las regiones orientales de Rusia, significaría correr con la responsabilidad de una lucha defensiva contra un enemigo numéricamente muy superior. *Cualquier acción ofensiva ulterior parece absurda y sin objetivo, especialmente teniendo en cuenta que se está aproximando cada vez más el momento en que los soldados estarán exhaustos*».

Habrían de pasar otros días aciagos, como los del 4 y 5 de diciembre, antes de que el Alto Man-



Una columna de abastecimientos alemana dificultada por el fango. Las líneas de abastecimientos alemanas, situadas a gran distancia de la zona de operaciones, estaban amenazadas por la actividad de las tropas soviéticas y corrían el riesgo de ser interrumpidas. *(Archivo Rizzoli)*

do se convenciese de ello. El 5 de diciembre aprobó, finalmente, la propuesta de Bock de retirar el 3.er y el 4.º *Panzergruppe* de sus posiciones avanzadas a la línea de Istra-Klin, y la 2.ª *Panzerarmee* tras el Don y el sector de Ciat. Los Ejércitos 4 y 9 ya se habían situado en posiciones defensivas. El mando soviético aprovechó inmediatamente el éxito conseguido desencadenando un contraataque que se abatió sobre el Grupo de Ejércitos del Centro en su momento de mayor debilidad, cuando sus 67 divisiones estaban desplegadas en línea sobre un frente de cerca de 1000 km, sin reservas, con salientes expuestos y sin tiempo suficiente para reagruparse.

Ya nadie podía hacerse ilusiones sobre la cantidad de los peligros provocados por el fracaso de la ofensiva alemana contra Moscú. Sólo Hitler dudaba todavía, y fue necesaria toda la fuerza persuasiva de los comandantes militares para inducirle a establecer el 8 de diciembre, la «Directiva n.º 39» que aprobaba el paso de una defensa «en frentes que consintiesen en ahorrar energías y que serían determinados por el comandante supremo del Ejército».

Moral y físicamente tanto von Brauchitsch como von Bock eran hombres destruidos y poco después se vieron exonerados de sus cargos.

Hitler había proclamado que el objetivo político de su guerra de agresión era la eliminación de la Rusia soviética como potencia en Europa continental. Con este objetivo había ordenado a sus Fuerzas Armadas destruir la potencia militar soviética. *Tanto el objetivo como la orden eran la fiel expresión de las ilusiones de una personalidad demoníaca obsesionada por su propia omnipotencia.*

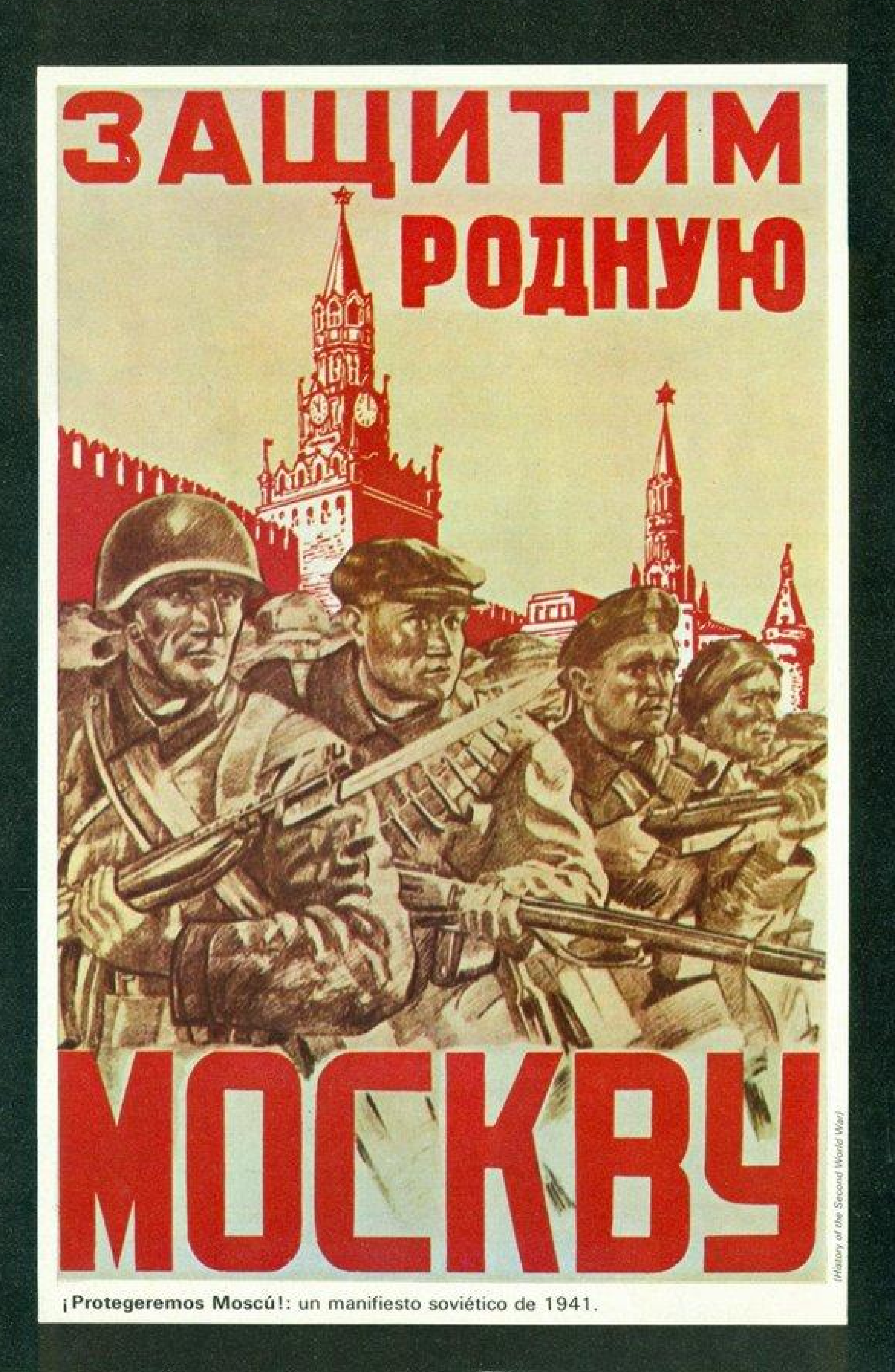
Si se hubieran adoptado los planes dispuestos por los jefes militares, la ofensiva alemana contra Moscú se habría lanzado al comienzo de septiembre a más tardar: cuatro semanas antes de cuando ocurrió. Es evidente que si la operación se hubiese iniciado con un buen anticipo, la segunda fase se habría concluido con la ocupación de Moscú, y, por consiguiente, con cómodos cuarteles de invierno para la *Wehrmacht*. Es verdad que también en tal caso hubiera sido posible un contraataque ruso, pero nosotros podríamos haberlo afrontado desde posiciones defensivas predispuestas con todo cuidado. Y ciertamente habrían sido más cómodas las soluciones al problema de los abastecimientos.

Y un cambio tan radical en la situación también habría podido facilitar a un verdadero estadista nuevas posibilidades de proponer una solución política del conflicto.

EL VEREDICTO RUSO: "HITLER FUE DERROTADO POR SU ESTRATEGIA EQUIVOCADA Y POR NUESTRA RESISTENCIA"

"La heroica resistencia del pueblo soviético no fue tomada en consideración por la estrategia de Hitler".
"La heroica batalla por Moscú constituyó un jaque decisivo para la *Blitzkrieg* alemana".
"Se han esfumado las oportunidades de Hitler para una rápida conquista de la Unión Soviética".
"La derrota a las puertas de Moscú obligó a la *Wehrmacht* a establecerse defensivamente para el invierno".
"La fortuna militar se está volviendo a favor del frente oriental".

HE AQUI ALGUNOS SLOGANS DE LA PROPAGANDA SOVIETICA



¡Protegeremos Moscú!: un manifiesto soviético de 1941.

La versión soviética de la batalla por Moscú ofrece una interpretación sustancialmente diferente de la proporcionada por los alemanes. Es cierto que los Ejércitos rusos habían quedado diezmados durante la retirada, pero la *Wehrmacht* había tenido que pagar un precio muy alto por sus éxitos. Además, el grueso de las fuerzas alemanas no llegó jamás a Moscú y el barro era un obstáculo tanto para los rusos, dedicados a sus operaciones defensivas, como para la ofensiva alemana. Pero la extraordinaria tenacidad soviética obligó al enemigo a poner en juego todas sus reservas y a iniciar el repliegue en todo el frente.

LA BATALLA POR MOSCU: versión soviética

D. Proektor, coronel

La batalla por Moscú ha de considerarse como uno de los acontecimientos más importantes de la segunda Guerra Mundial. Al planificar su ataque contra la Unión Soviética, el Alto Mando alemán esperaba derrumbar la resistencia en pocas semanas y ocupar Moscú. En el Plan «Barbarroja», se declaraba con referencia a la ocupación de Moscú: «Significará una victoria decisiva tanto desde el punto de vista político como económico, y privará a los rusos de su nudo de comunicaciones ferroviarias más importante».

El ataque por sorpresa lanzado el 22 de junio de 1941 por la *Wehrmacht* –en un momento en que el Ejército soviético aún no estaba completamente preparado para una defensa eficaz– colocó a las fuerzas rusas en una situación muy difícil. Este período se caracterizó por una experiencia inadecuada de guerra y por una dotación insuficiente de armas y de equipo modernos. En otoño de 1941 el desarrollo de la situación bélica en el frente oriental continuó siendo desfavorable para la Unión Soviética. Sólo en las tres primeras semanas de la invasión el enemigo puso fuera de combate a 28 divisiones y más de 70 sufrieron pérdidas del 50 % o más en hombres, armamento y equipo.

Sin embargo, ni las derrotas militares ni las graves pérdidas lograron quebrantar la voluntad del pueblo soviético ni su fe en una victoria final sobre el enemigo. También los alemanes sufrieron pérdidas graves en el frente oriental: hacia la mitad de julio las fuerzas alemanas atacantes ya habían perdido más de 100.000 hombres, el 50 % de sus carros de combate y 1284 aviones.

Los alemanes mantuvieron sólidamente la iniciativa estratégica durante los meses de verano de 1941. El frente se estaba aproximando inexorablemente a la capital soviética. Pero en la batalla de Smolensk el Ejército ruso contuvo el avance enemigo durante dos meses, y este episodio modificó radicalmente la marcha de la campaña. El Alto Mando alemán se vio obligado a efectuar un reagrupamiento parcial de sus fuerzas y a suspender temporalmente la ofensiva en el sector central (el de Moscú). La creciente resistencia del Ejército ruso frenó la ofensiva alemana contra Moscú. Sólo a comienzos de septiembre decidió Hitler que había llegado el momento de dirigirse hacia la capital. El Estado Mayor General alemán consideraba la ofensiva contra Moscú como «la última batalla de la campaña oriental». El plan de operaciones recibió el nombre convencional de «Tifón».

El golpe lo debía asestar el Grupo de Ejércitos del Centro bajo el mando del *Feldmariscal* von Bock: su cometido era el de desmembrar las defensas soviéticas lanzando al ataque tres potentes unidades acorazadas en dirección Norte y Noroeste por los sectores de Dujóvschina, Roslavl y Glujov, cercar y destruir las fuerzas de los Frentes rusos occidental y de Briansk en las zonas de Viazma y de Briansk; en fin romper el frente, hacia Moscú.

Los alemanes concentraron para el «golpe final» el grueso de las fuerzas disponibles en su frente oriental: 1.000.000 de hombres, 77 divisiones –entre ellas 14 *Panzerdivisionen* y 8 divisiones motorizadas– 1700 carros de combate y cañones de asalto, 19.500 cañones y morteros, 950 aviones de combate. Se transfirió el 4.º *Panzergruppe* de la zona de Leningrado al frente de Moscú. De Ucrania llegó la 2ª *Panzerarmee* del expertísimo Guderian. El general Hoth atacó por el flanco septentrional con su 3er *Panzergruppe*. Casi la mitad de los soldados, cañones y morteros alemanes disponibles en aquel momento en el frente rusoalemán estaban concentrados en el sector de Moscú, y lo mismo sucedía con las tres cuartas partes de los carros de combate y con un tercio de la *Luftwaffe*.

Frente al Grupo de Ejércitos del Centro estaban desplegadas las fuerzas del Frente occidental (al mando del general I. S. Konev), del Frente de la reserva (mariscal de la Unión Soviética S. M. Budennij) y del Frente de Briansk (general A. I. Eremenko).

El número de divisiones desplegadas por las dos partes era aproximadamente igual. Las divisiones de Infantería del Ejército ruso, sin embargo, tenía de 5000 a 6000 hombres cada una, mientras que las alemanas tenían de 13.000 a 15.000. Los alemanes gozaban de una superioridad numérica de dos a uno en lo referente a carros de combate y artillería, y de casi tres a uno en cuestión de aviones.

Hitler y su Estado Mayor General habían «condenado» a Moscú con notable anticipación. Ya el 8 de julio de 1941 el jefe de Estado Mayor del OKH Malder, había escrito en su diario: «Es decisión inamovible del *Führer* demoler Moscú y Leningrado hasta sus cimientos, de forma que no nos tengamos ya que preocupar en absoluto de la población de estas ciudades, que de otro modo debería ser alimentada durante todo el invierno. El cometido de destruir las ciudades lo debe cumplir la Aviación. En ningún caso han de usarse para tal fin los carros de combate. Se tratará de una catástrofe nacional que privará de sus centros no sólo al bolchevismo, sino también al nacionalismo moscovita».

El 12 de octubre el Mando Superior alemán impartió al Grupo de Ejércitos del Centro la orden siguiente: «El *Führer* ha confirmado su decisión de que no se acepte una eventual rendición de Moscú, ni siquiera si la pide el enemigo... Hay que abrir fuego contra cualquiera que intente abandonar la ciudad a través de nuestras líneas, para detenerlo y hacerlo volver atrás. Será muy conveniente dejar abiertas pequeñas brechas para que la población civil pueda abandonar en masa la ciudad y buscar refugio en regiones más interiores de Rusia. También con las otras ciudades debe seguirse la regla siguiente: antes de ocuparlas hay que destruirlas con el fuego de la artillería y las incursiones aéreas para inducir a los habitantes a huir...»

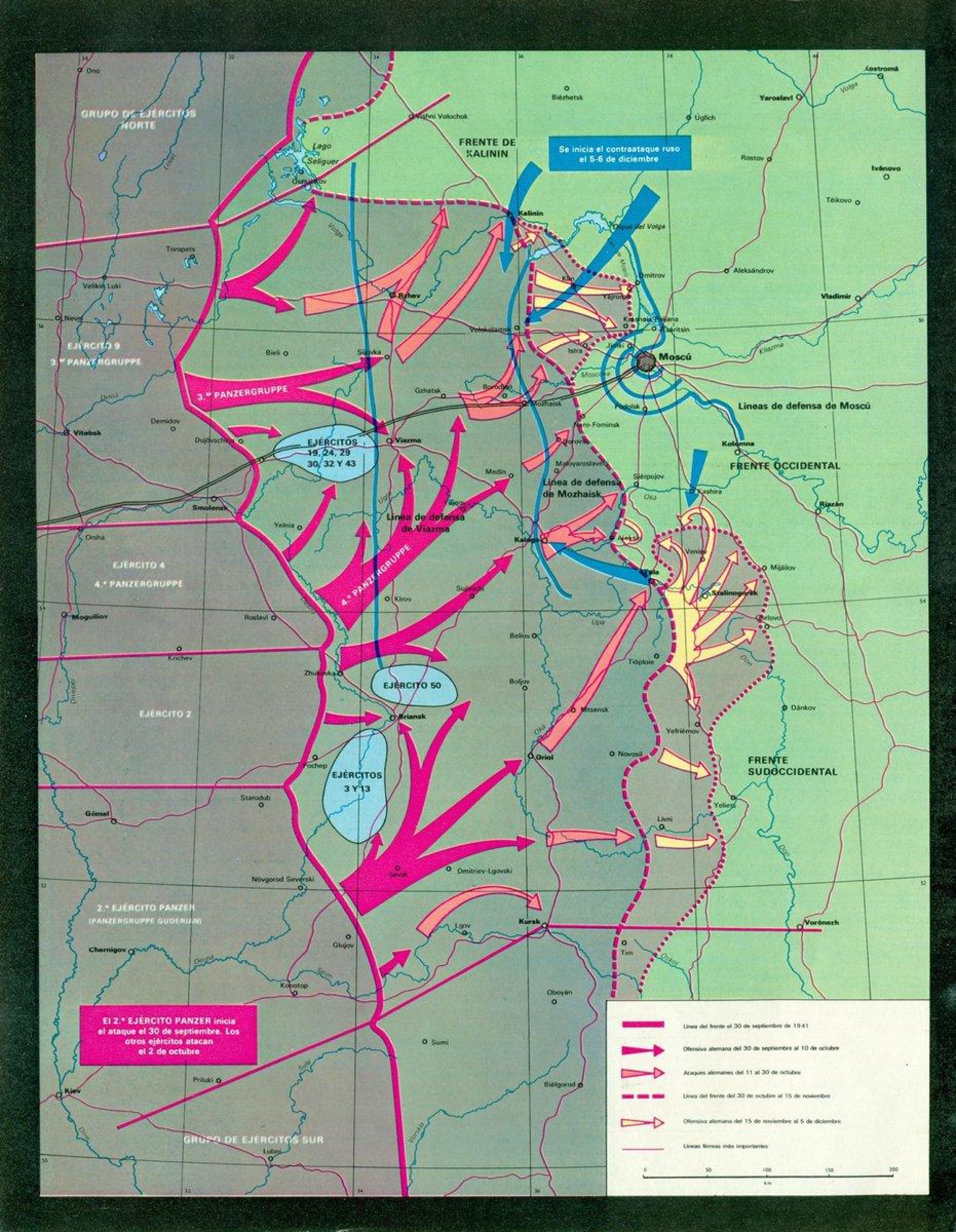
Sería totalmente irresponsable arriesgar vidas de soldados alemanes para salvar ciudades rusas de los incendios, o alimentar a sus poblaciones a costa de Alemania. Cuantos más civiles de las ciudades soviéticas se dirijan hacia las regiones del interior de Rusia tanto mayor será el caos que ello ocasionará y tanto más fácil resultará administrar los territorios orientales ocupados y explotados a conciencia.

«Todos los caminos hacia Moscú están abiertos»

El ataque de la *Wehrmacht* contra Moscú comenzó antes del amanecer del 2 de octubre de 1941. Las fuerzas soviéticas se encontraron en seguida en una situación crítica. En el sistema defensivo se pusieron de manifiesto algunos puntos débiles. La Infantería y la Caballería organizaron contraataques sin un apoyo adecuado por parte de la Artillería o de la Aviación. El grueso de las fuerzas de los Frentes soviéticos occidental y de la reserva –Ejércitos 19, 24, 30 y 32– se encontró cercado en las proximidades de Viazma. Como escribió en sus memorias el mariscal G. K. Zukov: «Antes de la tarde del 7 de octubre todos los caminos de acceso a Moscú estaban prácticamente abiertos».

En esta situación extremadamente crítica las fuerzas soviéticas que combatían en la bolsa mantuvieron ocupadas a 28 divisiones alemanas durante más de una semana. El mariscal A. M. Vasilevskij anota: «Este hecho tuvo gran importancia estratégica, pues permitió que el mando soviético tomara medidas urgentes para organizar nuevas defensas en la línea de Mozhaisk, en la que se establecieron apresuradamente fuerzas procedentes del ala derecha del Frente occidental, de otros Frentes y de las regiones más alejadas del país».

Siguiendo las órdenes del STAVKA empezaron a disponerse a toda prisa en la nueva línea fuerzas procedentes del ala derecha del Frente occidental, de los Frentes noroccidental y sudoccidental, así como divisiones llegadas del Extremo Oriente, de la región del Volga, de Siberia y del Kazakistán y brigadas de carros de combate y regimientos de Artillería sacados de la reserva. No se podía ciertamente afirmar que todas estas unidades estuvieran bien instruidas y equipadas. De todas formas, fue posible agrupar con suficiente rapidez 14 divisiones de Infantería, 16 brigadas de carros de combate, 40 regimientos de Artillería y otras unidades. El Estado Mayor del Mando Supremo del Ejército ruso reunió las fuerzas que combatían cerca de Moscú en un único Frente occidental mandado por el teniente general Zukov y la llamada línea defensiva de Mozhaisk se convirtió en la principal barrera para la defensa de Moscú. El nuevo comandante del Frente


GRUPO DE EJÉRCITOS NORTE
Se inicia el contraataque ruso el 5-6 de diciembre
FRENTE DE KALININ
EJÉRCITO 9
3.ª PANZERGRUPPE
3.ª PANZERGRUPPE
EJÉRCITOS 19, 24, 29 30, 32 Y 43
Línea de defensa de Viazma
Línea de defensa de Mozhaisk
Líneas de defensa de Moscú
FRENTE OCCIDENTAL
EJÉRCITO 4
4.ª PANZERGRUPPE
4.ª PANZERGRUPPE
EJÉRCITO 50
EJÉRCITO 2
EJÉRCITOS 3 Y 13
FRENTE SUDOCCIDENTAL
2.º EJÉRCITO PANZER
(PANZERGRUPPE GUDERIAN)
GRUPO DE EJÉRCITOS SUR
El 2.º EJÉRCITO PANZER inicia el ataque el 30 de septiembre. Los otros ejércitos atacan el 2 de octubre
Dno
Lago Seliguer
Ostashkov
Vishni Volochok
Biézhetsk
Úglich
Yaroslavl
Kostromá
Rostov
Ivánovo
Téikovo
Kalinin
Dique del Volga
Toropets
Velikie Luki
Nevel
Rzhev
Klin
Dmitrov
Yájroma
Aleksándrov
Vladímir
Volokolamsk
Krasnaia Poliana
Istra
Moscú
Sichovka
Bieli
Gzhatsk
Borodino
Mozhaisk
Podolsk
Vitebsk
Demidov
Dujóvschina
Viazma
Naro-Fominsk
Borovsk
Kolomna
Maloyaroslavets
Medin
Serpujov
Kashira
Riazán
Smolensk
Yelnia
Orsha
Kaluga
Aleksin
Venev
Tula
Mijáilov
Stalinogorsk
Moguiliov
Roslavl
Kirov
Sujinichi
Bogoroditsk
Beliov
Krichev
Tióploie
Zhukovka
Boljov
Briansk
Mtsensk
Dánkov
Yefriémov
Pochep
Oriol
Novosil
Starodub
Yelets
Gómel
Livni
Sevsk
Dmítriev-Lgovski
Nóvgorod Severski
Kursk
Lgov
Voronezh
Chernígov
Glujov
Tim
Konotop
Oboyán
Sumi
Priluki
Kiev
Biélgorod
Lubni
Volga
Moscova
Oka
Upa
Don
Desna
Dniéper
Sula
Vorskla
Klíazma
Línea del frente el 30 de septiembre de 1941
Ofensiva alemana del 30 de septiembre al 10 de octubre
Ataques alemanes del 11 al 30 de octubre
Línea del frente del 30 de octubre al 15 de noviembre
Ofensiva alemana del 15 de noviembre al 5 de diciembre
Líneas férreas más importantes
0
50
100
150
200
km

EL ASEDIO DE LA CAPITAL SOVIETICA

Al comenzar la ofensiva alemana contra Moscú los seis Ejércitos de Timoshenko estaban desplegados en la línea defensiva de Viazma, prontos a defender la línea Rzhev-Viazma-Briansk. Pero la Operación "Tifón" se inició con otro desastre para el Ejército ruso: la batalla de Viazma-Briansk (7 de octubre) se reveló como una de las clásicas victorias alemanas obtenidas con una maniobra de cerco en tenaza. Unos 750.000 soldados soviéticos quedaron embolsados. El Ejército ruso se replegó a la línea Kalinin-Kaluga-Oriol, mientras el STAVKA reorganizaba las fuerzas para la defensa de Moscú constituyendo un frente occidental al mando del mariscal Zukov. Su exacta valoración de los límites de la *Wehrmacht* y la creación de posiciones erizo en Tula y en el Volga evitaron el cerco previsto de la capital. Moscú se encontraba en el centro de un triple sistema de líneas de defensa, pero, a pesar de ello, las puntas avanzadas de la 2.ª *Panzerdivision* llegaron a unos 30 km de Moscú y el 5 de diciembre alcanzaron sus suburbios. El día siguiente, mientras la *Wehrmacht* se aproximaba cada vez más a la capital desde el Norte, el Ejército ruso pasó a la contraofensiva. El Grupo de Ejércitos del Centro se vio obligado a replegarse para evitar la derrota.

1941

26 de septiembre: se ordena la Operación "Tifón": la ofensiva alemana para conquistar Moscú.

2 de octubre: la ofensiva para la conquista de Moscú se inicia en óptimas condiciones atmosféricas.

7 de octubre: unidades avanzadas alemanas cierran el cerco en torno a las bolsas de resistencia de Viazma y Briansk.

8 de octubre: comienzan las lluvias torrenciales. La "estación del fango" detiene a las unidades móviles alemanas.

14 de octubre: cesa la resistencia en la bolsa de Viazma.

19 de octubre: Stalin proclama el estado de asedio para la ciudad de Moscú.

20 de octubre: cesa la resistencia en la bolsa de Briansk, pero muchas fuerzas soviéticas logran huir de la trampa.

20-25 de octubre: la ofensiva alemana sufre una fase de detención gracias a la encarnizada resistencia soviética y a las dificultades de recibir refuerzos y abastecimientos. Se ordena avanzar sobre objetivos más limitados para salvaguardar la línea del frente alemán.

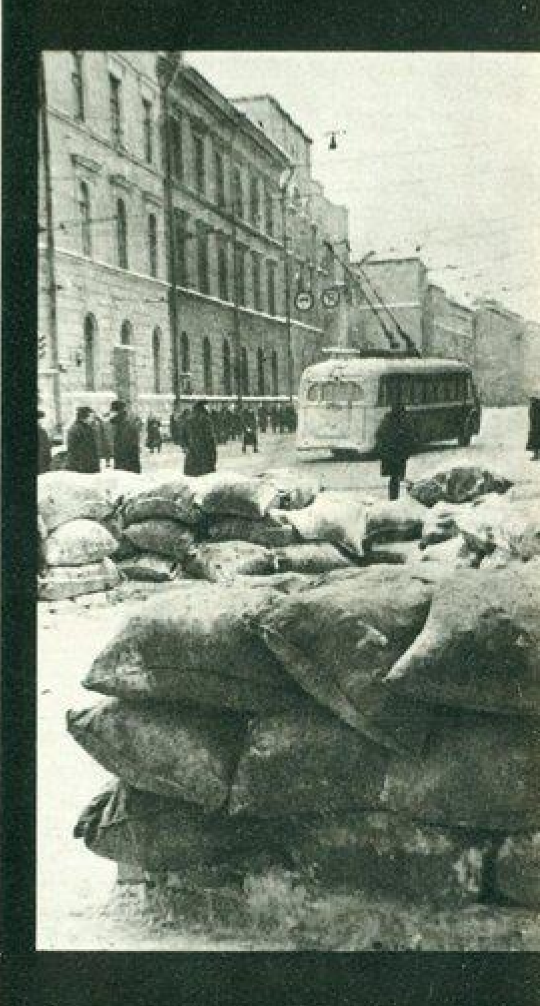
15 de noviembre: tras un éxito inicial, la segunda fase de la ofensiva contra Moscú se paraliza a causa de la temperatura, que llega a −20º C, y de la inquebrantable resistencia soviética.

27 de noviembre: se encuentran a sólo 30 km de Moscú algunas unidades acorazadas avanzadas, pero las detiene un feroz contraataque soviético. Unidades de punta alemanas alcanzan Kashira, al sur de Moscú.

5 de diciembre: luego de largas discusiones Hitler accede a que se detenga la ofensiva durante aquel invierno. El Grupo de Ejércitos del Centro comienza a retirarse a posiciones defensivas más sólidas.

6 de diciembre: comienzo de la contraofensiva soviética.

Escuadras de trabajo soviéticas colocaron barricadas en las calles de Moscú. *(Archivo Rizzoli)*



Posiciones defensivas en las calles de Moscú. La ciudad, dividida en dos sectores, fue dotada de tres anillos concéntricos de posiciones defensivas muy organizadas. Además, por todas partes surgían obstáculos contracarros y otras posiciones aisladas, lo que hacía de la ciudad una verdadera y propia fortaleza.

(Novosti Press Agency)

era un experto jefe militar. Así le describe el mariscal K. K. Rokossovskij: «En mi opinión, Zukov es un hombre dotado de gran fuerza de voluntad y de firmeza, inteligente y seguro, exigente, tenaz y que va siempre derecho hacia el objetivo. No hay duda de que estas dotes son indispensables para un gran jefe militar, y G. K. Kukov las tiene».

Así, después del grave desastre de Viazma, se estaba constituyendo apresuradamente un nuevo frente defensivo y se formaban nuevos Ejércitos. El Ejército 16 del general K. K. Rokossovskij defendía el sector de Volokolamsk; el Ejército 5 del general D. D. Leljushenko, Mozhaisk, el Ejército 43 del general K. D. Golubev, Maloyaroslavets, y el Ejército 49 del general K. G. Zacharkin, Kaluga. La defensa del sector Naro-Fominsk se confió al Ejército 33 del general M. G. Efremov.

Los combates en la línea defensiva de Mozhaisk comenzaron el 10 de octubre. Encontrándose en notable inferioridad numérica, las unidades soviéticas intentaron oponer una encarnizada resistencia para ganar tiempo y permitir que llegasen unidades de refresco. Las batallas se transformaron en enfrentamientos feroces. En el histórico campo de batalla de Borodinó, donde en 1812 se había desarrollado la famosa batalla contra la *Grande Armée* de Napoleón, la División de Infantería 32 mandada por el coronel V. I. Polosuchin resistió durante cinco días a los repetidos ataques de una potente unidad acorazada alemana, mientras que la División 316 del general I. V. Panfilov oponía una resistencia inquebrantable alrededor de Volokolamsk. Las fuerzas soviéticas estaban agotando a los atacantes infligiéndoles graves pérdidas. A pesar de todo, gracias a la superioridad numérica de la que aún gozaba, el Grupo de Ejércitos del Centro consiguió rebasar la línea defensiva de Mozhaisk por muchos puntos, y Kalinin, Mozhaisk, Volokolamsk y Kaluga cayeron en sus manos. La situación era ya amenazadora.

Las divisiones soviéticas que llegaban a la línea defensiva de Mozhaisk en número cada vez mayor hacían frente a las Divisiones alemanas con gran arrojo y tenacidad. A costa de esfuerzos inauditos, consiguieron por fin detener el avance enemigo a finales de octubre y primeros de noviembre. Los ejércitos alemanes, que durante el mes de octubre se habían lanzado hacia delante consiguiendo a lo largo de algunas direcciones hasta 265 km, se vieron obligadas a colocarse a la defensiva a 70 ó 100 km de Moscú. Hubo después una pausa. El Alto Mando soviético había ganado un tiempo valiosísimo para reforzar ulteriormente las vías de acceso a la capital.

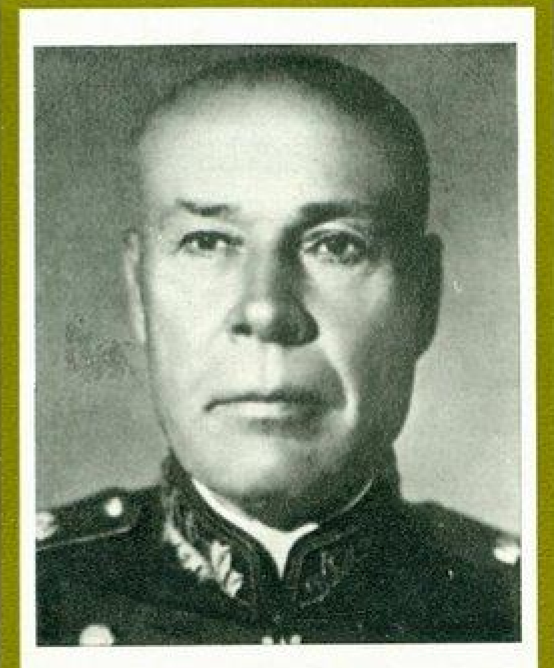
El fracaso de la ofensiva contra Moscú constituyó una gran sorpresa para Hitler. El 13 de noviembre Halder y los jefes de Estado Mayor de todos los Grupos de Ejército llegaron a Orsha, localidad en la que se encontraba el puesto de mando del Grupo de Ejércitos del Centro.

La única pregunta de Halder a los presentes fue: «¿Y ahora qué?». Los Ejércitos del frente oriental ¿tendrían que atrincheranse hasta la primavera o podrían continuar la ofensiva contra Moscú?

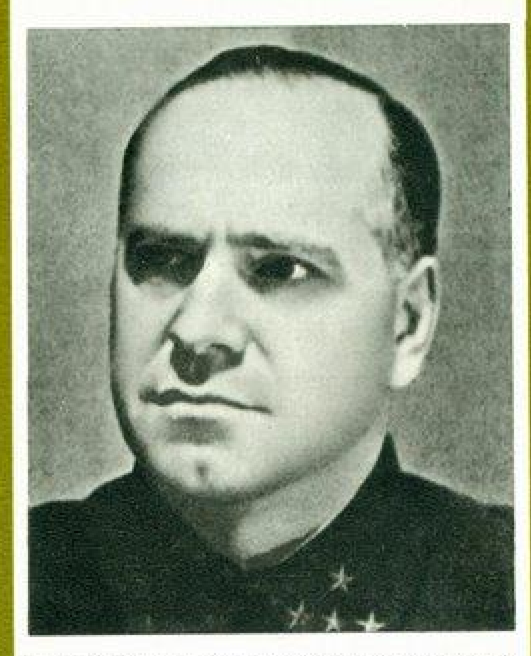
El primero en tomar la palabra fue el jefe de Estado Mayor del *Feldmariscal* von Rundstedt, general von Sodenstern. En nombre del Grupo de Ejércitos Sur pidió que se detuviese la ofensiva en Ucrania y que las fuerzas que combatían en aquel sector pudiesen colocarse a la defensiva. Después de todo, sus tropas se encontraban muy al Este; habían alcanzado el Don frente a Rostov y estaban a unos 350 km al este del Grupo de Ejércitos del Centro.

El jefe de Estado Mayor del *Feldmariscal* von Leeb, general Brennecke, era de la misma opinión. El Grupo de Ejércitos Norte estaba ya tan debilitado que ni siquiera se podía pensar en la posibilidad de continuar la ofensiva hacia Leningrado. Sus fuerzas habían pasado a la defensiva desde hacía ya tiempo.

El jefe de Estado Mayor de Bock, general Greiffenberg, refirió después: «El *Feldmariscal* considera que la conquista de Moscú constituye una necesidad tanto desde el punto de vista militar como desde el psicológico. Hemos de tener en cuenta la peligrosa situación en que nos encontraríamos si la operación fracasase» continuó «pero sería aún peor permanecer inmóviles, en campo abierto, con nieve y frío, a sólo 50 km de nuestro atrayente objetivo».



Mariscal Timoshenko: cuando se desencadenó la Operación «Tifón» para la conquista de Moscú sus unidades sufrieron el primer choque. *(Central Press)*



Mariscal Zukov, comandante del Frente occidental, responsable de la defensa de Moscú. *(Novosti Press Agency)*



General Eremenko, comandante del Frente de Briansk, que tuvo que afrontar el primer choque de los *Panzer*. *(History of the Second World War)*

Se decidió emprender una segunda ofensiva contra la capital tan pronto como fuera posible. Los generales se dirigieron a los soldados con palabras llenas de confianza en la inminente y definitiva victoria para el *Führer* y para las armas alemanas. El comandante del 4º *Panzergruppe* escribió en su orden para la ofensiva: «El tiempo de espera ha concluido. Podemos atacar de nuevo. Se eliminará la última resistencia rusa a las puertas de Moscú. Hemos de... completar la campaña este año. Nuestro *Panzergruppe* tiene el privilegio de asestar el golpe decisivo. Para ello es necesario que cada hombre recurra a todas sus fuerzas y a todo su espíritu combativo, así como a la firme voluntad de aniquilar al enemigo».

Pese a la pausa de las operaciones militares ante Moscú, la posición soviética seguía siendo muy difícil. Los alemanes habían ocupado ya un territorio en el que vivía cerca del 40 % de la población del país y en el que se producía el 69 % del hierro, el 58 % del acero y el 60 % del aluminio. La producción industrial bruta había disminuido en 1,2 entre junio y noviembre de 1941. Combatir en estas condiciones era increíblemente difícil.

Aun así, se habían conseguido los primeros éxitos. En el Norte y en el Sur, en Rostov y en Tijvin, fuerzas soviéticas habían pasado a la contraofensiva, haciendo retroceder a los alemanes y estableciendo después un sólido frente defensivo. La pausa que se había producido ante Moscú había permitido al STAVKA reforzar el Frente occidental con divisiones frescas de Infantería y de Caballería y con nuevas brigadas de carros de combate. En la primera mitad de noviembre el Frente occidental recibió otros 100.000 hombres, 300 carros de combate y 2000 cañones.

Pero ¿qué ocurría mientras tanto en la capital?

Moscú: una ciudad-fortaleza

El 22 de junio, ante el peligro de incursiones aéreas, se había declarado en la ciudad el «estado de emergencia», y se anclaron sobre ella, en el cielo, globos cautivos. Por las calles marchaba la milicia: Moscú había formado 12 divisiones. Aquí y allá se podían ver pintores y encaladores mimetizando edificios, plazas y calles. Desde arriba el teatro Bolshoi parecía un grupo de casas pequeñas, y casi todos los mayores edificios se «transformaron» en parques y jardines. Por la noche la ciudad se sumergía en la oscuridad más completa. Los moscovitas aprendieron con gran interés los procedimientos para la extinción de los incendios, pues los periódicos, murales y documentales especiales que se proyectaban en todos los cines los iniciaron en los secretos de este trabajo especializado. Cada grupo de casas constituyó un equipo antiincendio formado por voluntarios, y los escaparates de las tiendas cubiertos de tablas o de filas de saquitos de arena, estaban irreconocibles. Los habitantes de la ciudad observaban con inquietud los cañones antiaéreos que podían verse en plazas y puentes en las proximidades de edificios más importantes. Unos 25 batallones de «destructores» de la milicia patrullaban día y noche los suburbios, preparados para «liquidar» a posibles paracaidistas enemigos.

La primera incursión aérea de la *Luftwaffe* sobre Moscú tuvo lugar exactamente después del comienzo de la guerra, en la noche del 21-22 de Julio. El eficiente trabajo de organización de defensas antiaéreas dio enseguida sus frutos: se abatieron 22 aviones. En las semanas siguientes aumentó la actividad de la *Luftwaffe*. Cuando se



Arriba: caballería cosaca atacando a la retaguardia del Grupo de ejércitos del Centro. Las tropas cosacas, haciendo honor a su legendaria fama, dieron pruebas de gran valor militar y de audacia en los duros combates de los bosques rusos. A la derecha: tropas siberianas perfectamente equipadas contra los rigores del helado invierno ruso. Vemos una unidad dotada de fusiles contracarros dirigiéndose a través del bosque nevado hacia la zona de operaciones del frente soviético. (Novosti Press Agency)

declararon los primeros incendios los habitantes de Moscú los combatieron con gran arrojo demostrando mucho heroísmo. Los soldados que estaban de guardia en el aeropuerto central, mandados por el comandante de la guardia, Korobcilkin, dominaron un gran incendio que había estallado en el aeropuerto, y ello mientras aún duraba el bombardeo.

Moscú resistió la prueba a la que la sometió la *Luftwaffe:* de los 4212 aviones alemanes que tomaron parte en 36 incursiones entre junio y septiembre de 1941 sólo 120 consiguieron llegar a la ciudad.

Al mismo tiempo los moscovitas se dedicaron con gran ánimo a la construcción de posiciones defensivas en las carreteras de acceso a la ciudad. Ante todo, construyeron la llamada línea defensiva de Viazma en la retaguardia del Frente occidental; después, el 16 de julio, el comité para la defensa del Estado decidió la construcción de la línea de defensa de Mozhaisk. Esta línea, situada en las carreteras de acceso más cercanas a la capital fue el fruto de los esfuerzos de 100.000 moscovitas, de los que dos tercios eran mujeres, mientras que más de 250.000 habitantes de Moscú y su distrito contribuyeron a construir las líneas de defensa de Podolsk y Kuntzevo. Además, los moscovitas construyeron una línea defensiva a lo largo de los suburbios septentrionales y orientales de la capital, una línea cuyos reductos más importantes estaban situados en la zona de los grandes depósitos de Jimki y de Tsáritsin. Se construyeron líneas defensivas no sólo en las carreteras de acceso a Moscú sino también en el interior de la misma ciudad. Ésta se dividió para el combate en dos sectores, septentrional y meridional, cada uno de ellos dotado de tres anillos concéntricos de posiciones defensivas –el primero a lo largo de la circunvalación, el segundo sobre la circunvalación Sadovoe y el tercero sobre la circunvalación Boulevard.

Los moscovitas cavaron 785 km de fosos contracarros y 445 km de parapetos, construyeron 381 km de barreras contracarros y más de 30.000 posiciones para tiradores aislados –refugios y casamatas de todo tipo– y colocaron más de 1300 km de alambradas. En los bosques del distrito de Moscú se levantaron más de 1530 km de barreras de madera. La ciudad se había transformado en una fortaleza. A pesar de que 800 grandes industrias habían sido evacuadas y se habían trasladado los dos tercios de las máquinas herramienta, a pesar de las dificultades creadas por la falta de equipo, combustible, energía eléctrica y materias primas, los moscovitas se pusieron a fabricar cohetes, cañones de campaña de diversos tipos, morteros y armas de pequeño calibre. Durante el período de la defensa de Moscú sus fábricas y talleres repararon y enviaron al frente 263 cañones, 1700 morteros, 15.000 fusiles y 2000 camiones. Todos vivían, trabajaban y combatían animados por un solo pensamiento: «La derrota del enemigo debe empezar frente a Moscú».

Muchos moscovitas se convirtieron en partisanos. En los bosques se habían preparado ya bases con víveres, medicinas, armas y municiones. Se dedicó atención especial a la formación de pequeños grupos de partisanos, muchos de los cuales se constituyeron en la misma ciudad; por



«Soldado del Ejército ruso ¡Sálvanos!» reza el cartel de propaganda; y, en efecto, la batalla de Moscú se libró por la supervivencia de Rusia. *(History of the Second World War)*

ejemplo, en el distrito Timirjazervskij de Moscú se formaron tres grupos de 48 hombres, en el distrito Leningradskij cinco grupos y en el distrito Proletarskij dos. Estos grupos partisanos, armados de fusiles y granadas de mano, bien abrigados y con algunas provisiones, se enviaban a la retaguardia de las fuerzas alemanas. En el territorio de la región de Moscú se batieron contra los invasores más de 40 destacamentos partisanos, constituidos por unos 10.000 «vengadores». En la región de Tula operaban más de 30 destacamentos. De esta forma se volvieron a utilizar las formas de combate que el pueblo ruso había empleado con éxito en tiempos de la invasión napoleónica de 1812.

El ex-jefe de Estado Mayor del Ejército 20, general Sandalov, describe así las defensas de Moscú:

«En cuanto empezó a amanecer me dirigí hacia el Estado Mayor del Ejército, en Jimki. Cuando el automóvil llegó a la carretera de Leningrado pude admirar los resultados del gigantesco trabajo realizado en las obras de defensa por los soldados de la zona defensiva de Moscú y por centenares de miles de trabajadores de la ciudad. Las diversas barreras contracarros preparadas en las calles, la potente línea defensiva que ceñía los suburbios de la ciudad y el canal de Moscú estaban preparados para acoger debidamente al enemigo. Las líneas defensivas estaban erizadas de barras metálicas y de densas alambradas. Ante ellas se habían sembrado campos de minas».

Se proclama el estado de emergencia

Como ya se ha dicho, la grave situación que se creó en el frente después del eficaz comienzo de la ofensiva alemana contra Moscú impuso la adopción de medidas de emergencia. El 19 de octubre se publicó un decreto del comité de defensa del Estado. En él se declaraba que la defensa de la capital en líneas situadas a 100-120 km al oeste se había confiado al comandante del Frente occidental, teniente general G. K. Zukov, y la responsabilidad de la defensa de Moscú a lo largo de sus direcciones de acceso, al comandante de la guarnición de Moscú, teniente general P. A. Artemev.

Con el fin de garantizar la seguridad de la retaguardia de las líneas defensivas de Moscú y de las fuerzas que la defendían, así como para impedir cualquier actividad subversiva por parte de espías, saboteadores y otros agentes alemanes, el comité para la defensa del Estado decretaba:

- La aplicación del estado de emergencia en la ciudad de Moscú y en las regiones circundantes a partir del 20 de octubre de 1941.
- La prohibición de circular por las calles desde la medianoche a las 5 de la madrugada para personas y medios de transporte.
- El arresto inmediato y la presentación ante un juez del tribunal militar de todo el que altérase el orden público, así como el fusilamiento inmediato de provocadores, espías y todo agente enemigo que instigase a violar el orden público reinante.

El comité para la defensa del Estado lanzó una llamada a todos los trabajadores de la capital para que mantuvieran el orden y la calma.

Toda la nación contribuyó a la defensa de Moscú. Un flujo ininterrumpido de trenes llevó tropas, armas y equipo militar desde las regiones centrales del país, desde los Urales y Siberia, desde la región del Volga, desde Asia central; cada día llegaban a los tres Frentes del sector de Moscú de 100 a 120 trenes cargados con todo lo que podía resultar necesario. A título de comparación, es interesante observar que en los días críticos de la batalla por Moscú el Grupo de Ejércitos del Centro alemán consiguió que llegaran a la primera línea sólo 23 trenes al día en vez de los 70 necesarios.

El STAVKA estaba convenientemente informado sobre la nueva ofensiva que el enemigo iba a lanzar. Al general Zukov se le confió la misión de impedir que envolviesen Moscú por los flancos; al mismo tiempo, los Frentes de Kalinin y el sudoccidental tenían que defender firmemente sus posiciones para mantener ocupadas a ingentes fuerzas alemanas, impidiendo así su utilización contra Moscú.

Para la segunda ofensiva contra Moscú el Alto Mando alemán asignó al Grupo de Ejércitos del Centro 51 Divisiones, 13 de ellas *Panzer* y 7 motorizadas. Una potente fuerza acorazada formada por los *Panzergruppe* 3.° y 4.° se dirigía hacia la ciudad por el noroeste y la 2.ª *Panzerarmee* por el sudoeste. El Ejército 4 del *Feldmariscal* von Kluge atacaría por el oeste, mientras que los Ejércitos 9 y 2 tenían la misión de cubrir los flancos de este «ariete» formado por unidades acorazadas y de infantería.

A mediados de noviembre el Frente occidental soviético disponía de un número de Divisiones mayor que el desplegado por el Grupo de Ejércitos del Centro alemán pero sus filas estaban aún menos completas que las alemanas y tenían una potencia de fuego menor. Los alemanes continuaban siendo superiores por 2,5 en cañones y morteros y 1,5 en carros de combate. En cambio, las fuerzas aéreas soviéticas eran superiores a las alemanas en 1,5.

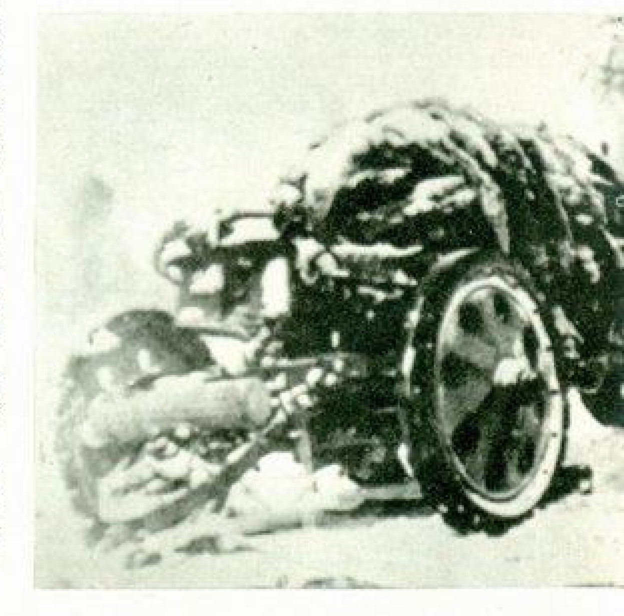
Tras concentrar el grueso de sus fuerzas a lo largo de las carreteras más importantes que conducían a Moscú, el Grupo de Ejércitos del Centro reemprendió la ofensiva contra la capital soviética el 15 y el 16 de noviembre.

Estallaron de nuevo batallas sangrientas. Trabajosamente y con lentitud, sufriendo graves pérdidas, las fuerzas alemanas se abrían camino hacia Moscú, considerando la conquista de la ciudad como su objetivo final. Pero las posiciones de artillería y las defensas contracarros soviéticas, escalonadas en profundidad, les impidieron romper el frente. Las divisiones soviéticas se retiraron lentamente y en perfecto orden a líneas ya preparadas y defendidas por la artillería; el mando del Frente y su Estado Mayor (cuyo comandante era el general V. D. Sokolovskij) conducían a sus fuerzas con gran habilidad. Los alemanes encontraban en todas partes una resistencia tenaz y heroica. En la carretera principal de Volokolamsk la División de Infantería 316 del Ejército 16 rechazó un potente ataque enemigo y durante una batalla de cuatro horas cerca del nudo ferroviario de Dubosekovo un grupo de 28 soldados de esta División, usando fusiles contracarros y cócteles Molotov destruía 18 carros de combate enemigos, impidiendo el derrumbamiento de la línea. A todos los hombres que tomaron parte en este combate, y de los cuales murieron 23, se les concedió la más alta condecoración al valor militar: el título de héroe de la Unión Soviética.

La brigada de carros de combate mandada por el general M. E. Katukov consiguió destruir en sólo cinco días cerca de Volokolamsk más de 30 carros enemigos con hábiles emboscadas.

En el ala izquierda del Frente occidental la 2.ª *Panzerarmee* de Guderian había llegado ya al importante centro industrial y ferroviario de Tula a finales de octubre. Sus numerosos intentos de conquistar la ciudad habían sido neutralizados con éxito por las tropas del Ejército 50 del general I. V. Boldin y por destacamentos formados por los trabajadores de Tula. Guderian intentó envolver esta ciudad; pero los defensores rechazaron una vez más los ataques alemanes. Empleando con éxito los cañones antiaéreos contra los medios acorazados alemanes, la ciudad resistió, convirtiéndose en el reducto meridional del Frente occidental. Guderian decidió entonces dejar parte de sus fuerzas para que le cubrieran los flancos y lanzarse hacia el Norte con el grueso de sus fuerzas acorazadas para aparecer por el este de Moscú y unirse a los 2.° y 3.er *Panzergruppe*, que en aquel momento presionaban por el Noroeste.

De esta forma se creó una situación crítica. A finales de noviembre las fuerzas alemanas que combatían contra el sector septentrional del Frente occidental habían alcanzado el canal de Moscú y el pueblo de Krásnaia Poliana, a sólo 29 km de la capital, y sus unidades más avanzadas habían llegado aún más cerca. En el centro del Frente los alemanes habían alcanzado el pueblo de Burtsevo, a 40 km de Moscú, y en el sur Kashira, a 110 km. Así, el frente defensivo soviético estaba arqueado, y en algunos sectores se había debilitado mucho; el derrumbamiento parecía inevitable.



El general alemán Blumentritt, que fue jefe de Estado Mayor del Ejército 4 durante la ofensiva de Moscú, escribió después: «Al aumentar las dificultades el ritmo de la ofensiva de los dos *Panzergruppe* disminuyó, aunque continuaron avanzando. Empleando en la batalla sus últimas reservas, consiguieron conquistar Klin y llegar al canal de Moscú. En este sector unidades rusas frescas atacaron repentinamente su flanco septentrional.

»En los últimos días de noviembre nuestras unidades avanzadas que atacaban en dirección a Moscú llegaron a Ozeretzky, y algunas patrullas de exploración de nuestras unidades de carros de combate consiguieron incluso penetrar en los suburbios occidentales de Moscú, pero la fuerza ofensiva de nuestros dos *Panzergruppe* se había agotado ya completamente».

El mariscal G. K. Zukov valoró así el estado de las fuerzas alemanas en la fase final de su ofensiva: «Desplegando sus fuerzas de asalto sobre un frente tan amplio y efectuando numerosos ataques con sus puntas acorazadas, el enemigo extendió tanto sus fuerzas en la batalla por Moscú que cuando tuvo que hacer frente a los últimos combates en las proximidades inmediatas de la capital habían perdido ya toda capacidad de efectuar una rotura. El Mando Superior alemán no había previsto que la batalla de Moscú supondría pérdidas tan considerables como las que acabaron sufriendo los grupos de asalto de sus unidades elegidas, y no pudo compensar estas pérdidas ni reforzar las unidades que operaban en el sector de Moscú.

Al norte de Moscú, donde la situación era especialmente amenazadora, el mando del Frente occidental había empezado ya el 30 de noviembre a emplear en combate algunas unidades del 1.er Ejército de asalto. La vanguardia constituida por la Brigada de Infantería 50 del teniente coronel V. V. Rjabov, prosiguió directamente su marcha provocando la confusión en las unidades de la 7.ª *Panzerdivision* del general von Manteuffel que estaban atravesando el canal de Moscú. Los alemanes comenzaron de inmediato a establecerse defensivamente. Un poco más al Sur, donde el enemigo había alcanzado el punto más cercano a Moscú, algunas unidades de otro Ejército fresco –el 20–, que el Alto Mando había destacado de la reserva se lanzaron a la batalla en los primeros días de diciembre obligando y consiguiendo con sus contraataques que la 1.ª *Panzerdivision* se estableciese defensivamente.

Así la obstinada resistencia presentada por los Ejércitos 16 y 30 y el empleo de dos Ejércitos frescos (el 1.º de asalto y el 20) provocaron un cambio sustancial de la situación en las vías de acceso a Moscú. Las fuerzas alemanas que constituían el ala más fuerte del movimiento envolvente (la septentrional) se encontraron bloqueadas por todas partes. Al sur de Moscú un contraataque lanzado por el Cuerpo de Ejército de Caballería II del general B. A. Belov, que se había trasladado al sector de Kashira, consiguió rechazar a las unidades acorazadas de Guderain que estaban atacando en dirección Norte.

En los veinte días de la segunda ofensiva las pérdidas alemanas ascendieron a unos 155.000 hombres (muertos, heridos y congelados), unos 800 carros de combate y 300 cañones y morteros, y, al no disponer de reservas, el Grupo de Ejércitos del Centro se vio obligado a renunciar a todo intento posterior de conquistar Moscú».

En la capital persistía la atmósfera de tensión propia de una ciudad asediada. La situación se había hecho muy difícil en cuanto a los alimentos y bienes de consumo, obligando a las autoridades a racionar muchos víveres, las prendas de vestir, el calzado, etc. También el carburante escaseaba y se redujeron los servicios públicos de todo tipo.

Los periódicos soviéticos publicaron interesantes extractos del diario de una doctora moscovita E. Sacharova:

«14 de noviembre. Hoy la alarma ha sonado dos veces, y mientras ululaban las sirenas y se desarrollaba la batalla aérea en toda su intensidad, los cristales de las ventanas de la clínica vibraban terriblemente por el fuego de los cañones de largo alcance. Cuando los pacientes empezaron a abandonar la clínica tuvieron que esperar en el vestíbulo porque por el aire volaban muchos cascotes.

»Esta noche a las 9,30 han anunciado otra incursión aérea. El aullar de las sirenas provoca en el ánimo una profunda confusión. En una palabra las incursiones aéreas se hacen más frecuentes cada día, agitando cada vez más la vida de la gente. Yo no consigo acostumbrarme al ruido de la sirena. La gente está cambiando de forma muy extraña. Los parientes más próximos se hablan de la muerte de sus seres queridos con indiferencia, limitándose a mencionar el hecho; pero la reacción verdadera viene después, más tarde. Un período que no deberá repetirse; suceden cosas terribles. Hitler debe de haber nacido de la unión del diablo con una bruja. Debe ser así con seguridad... ¡Cuántos sufrimientos ha impuesto a la gente ese loco maníaco!»

La resistencia tenaz del Ejército ruso en los meses de octubre y noviembre constituyó la base para una contraofensiva frente a Moscú. A principios de diciembre la relación de fuerzas entre las dos partes había cambiado algo. Los alemanes eran aún superiores en carros de combate y artillería pero Hitler ya no tenía reservas de hombres. En cambio, el Alto Mando del Ejército ruso disponía en la reserva estratégica, de 28 divisiones de Infantería y de Caballería. Una parte selecta de las mismas se envió a Moscú, donde el STAVKA se proponía arrancarle al enemigo la iniciativa estratégica mediante un golpe decisivo. Los pilotos soviéticos se aseguraban cada vez más el control del cielo. Entre el 15 de noviembre y el 5 de diciembre la *Luftwaffe* efectuó cerca de 4500 misiones, y la Aviación soviética 16.000.

El objetivo inmediato de la contraofensiva era el de aniquilar las fuerzas de asalto enemigas que habían avanzado por los flancos del Frente. El desarrollo posterior de las operaciones se dictaría a través de las órdenes dadas durante la misma contraofensiva y que dependería de cómo había evolucionado la situación.

Los preparativos para la contraofensiva –en la que se pensaban emplear los tres Frentes (occidental, de Kalinin y sudoccidental)– comenzaron mientras aún se estaban desarrollando las batallas defensivas.

El mariscal Zukov recuerda: «En la noche del 4 de diciembre el Supremo (Stalin) me telefoneó preguntándome: 'Aparte de lo que os hemos enviado ya ¿de que otra forma podemos ayudar al Frente?'

»Yo respondí que teníamos que poder contar con el apoyo de las fuerzas aéreas de la reserva del Alto Mando y de la defensa aérea interna, y con que nos enviasen por lo menos 200 carros de combate con las tripulaciones correspondientes. El Frente disponía de un número insignificante y sin tales medios no se podría lanzar una contraofensiva rápida. 'No hay carros de combate, no os podemos mandar ni uno' dijo Stalin. 'En cambio, tendréis los aviones. Me pondré de acuerdo para ello con el Estado Mayor General. Telefonearé en seguida. Recordad que el Frente de Kalinin pasa a la ofensiva el 5 de diciembre y que hará lo mismo el 6 de diciembre el grupo operativo del ala derecha del Frente sudoccidental en el sector de Yeliets'».

En aquellos días la temperatura era muy rígida. El grueso manto de nieve hacía muy difícil concentrar las fuerzas, reagruparlas y mandarlas a las bases de partida, pero se superaron todas las dificultades, y en la mañana del 6 de diciembre todas las fuerzas estaban preparadas para comenzar la contraofensiva.

Mientras tanto, la relación de fuerzas en el frente ruso-alemán había cambiado. El 1 de diciembre el Ejército germano, incluidas las fuerzas de los aliados de Hitler, ascendía a 5.000.000 de hombres, 35.000 cañones y morteros, 1400 carros de combate y unos 2500 aviones, mientras que el Ejército ruso tenía poco más de 4.000.000 de hombres, 32.000 cañones y morteros, unos 2000 carros de combate y 3700 aviones. Con otras palabras, mientras en octubre la superioridad alemana en artillería era de 2 a 1, ahora había desaparecido casi por completo. En cuanto a carros

Una columna de abastecimientos alemana destruida en la carretera hacia Klin. Las pérdidas alemanas durante la ofensiva por Moscú sumaron 155.000 hombres (entre muertos, heridos y congelados), unos 800 carros de combate y 300 entre cañones y morteros. (United Press)





Soldados soviéticos de la reserva preparados para partir al frente. *(Novosti Press Agency)*

de combate y aviones el Ejército ruso había llegado a superar al enemigo, asegurándose una ventaja de tres a dos.

El plan para la contraofensiva de Moscú preveía operaciones simultáneas en los tres Frentes. Su objetivo inmediato era la destrucción de los ya débiles grupos de asalto alemanes. El Frente de Kalinin debía atacar la retaguardia de las fuerzas desplegadas ante el Frente occidental, este último tenía que aniquilar al enemigo al noroeste y al sur de Moscú; el Frente sudoccidental de Timoshenko debía oponerse a los alemanes en el sector de Yeliets y ayudar al Frente occidental, aniquilando al enemigo en Tula.

Además de los dos Ejércitos frescos (el 1.º de asalto y el 20) que el STAVKA había mandado, el frente occidental se encontró reforzado por la llegada del Ejército 10 del general L. I. Golikov, que desplegó al Sur de Moscú contra el flanco del Ejército de Guderian. Los nuevos Ejércitos de la reserva desempeñarían el papel más importante en la contraofensiva. Asimismo el STAVKA concedió al Frente occidental seis Brigadas acorazadas y otras unidades.

A comienzos de diciembre los alemanes tenían ante Moscú más de 800.000 hombres, unos 10.000 cañones y morteros, cerca de 1000 carros de combate y más de 600 aviones. Las fuerzas soviéticas comprendían 719.000 hombres, más de 5700 cañones y morteros, 720 carros de combate y 1170 aviones.

La contraofensiva de los Frentes occidental y de Kalinin comenzó el 5-6 de diciembre. Desde el principio las operaciones militares adquirieron un carácter de gran violencia y las fuerzas de los generales I. I. Maslennikov, V. A. Jushevic y D. D. Leljushenko rebasaron las defensas alemanas, consiguiendo pronto interrumpir la línea ferroviaria Kalinin-Moscú. Las unidades de K. K. Rokossovskij y V. I. Kuznetsov rechazaron a las tropas de asalto alemanas, haciéndolas retroceder de Yájroma y de Krásnaia Poliana. Al sur de Moscú las divisiones de los generales B. A. Belov y F. I. Golikov atacaron la 2.ª *Panzerarmee* de Guderian ejerciendo sobre ella una presión irresistible. En su retirada, que hubieron de hacer en forma precipitada, los alemanes abandonaron armas y equipo, heridos y hombres congelados.

Los generales alemanes trataron de inducir a los soldados a que mantuvieran sus posiciones. Hitler ordenó: «El prestigio personal de sus comandantes y de todos los oficiales ha de obligar a las tropas a resistir fanáticamente en sus posiciones actuales, sin preocuparse de las brechas abiertas por el enemigo en los flancos y en la retaguardia. Sólo si los oficiales saben conducir así a sus soldados podremos ganar el tiempo necesario para que lleguen los refuerzos que he ordenado que se manden desde la patria y desde Occidente». Pero los Frentes occidental, de Kalinin y sudoccidental estaban ya haciendo retroceder cada vez más al Grupo de Ejércitos del Centro. Los alemanes se estaban retirando en un frente de unos 800 km, dejando a sus espaldas miles de muertos y heridos, armas, equipo y vehículos. Las fuerzas soviéticas liberaban una ciudad tras otra: reconquistando Kalinin, Klin, Volokolamsk y Kaluga avanzaron de 100 a 250 km. Las fuerzas de asalto alemanas que habían atacado en dirección a Moscú estaban abiertamente derrotadas.

A comienzos de enero de 1942 la contraofensiva estratégica en el sector occidental soviético se detuvo. Las fuerzas de los Frentes occidental, de Kalinin y sudoccidental, atacando a pesar de las difíciles condiciones de un invierno especialmente frío y nevoso, habían derrotado ante Moscú a 38 divisiones enemigas. Las *Panzerarmee* de la *Wehrmacht* habían sufrido una grave derrota.

Aquella prolongada, tensa y dramática lucha no sólo había salvado la capital de la Unión Soviética, el centro histórico del Estado, sino que había respondido también a un interrogante estratégico fundamental: Hitler no pudo conseguir una «victoria relámpago» contra la Unión Soviética en 1941. Al pie de las murallas de Moscú se destruyó el mito de la invencibilidad del Ejército alemán y fracasó por completo la doctrina de la guerra-relámpago.

Así los planes de Hitler, que preveían la conquista de la Unión Soviética en 1941 mediante «una breve campaña», habían fallado y los jefes del tercer Reich se encontraban ante la necesidad de sostener una larga guerra.

El grueso de las Fuerzas Armadas alemanas estaba combatiendo en el frente oriental, de forma que Hitler y sus generales se vieron obligados a cambiar su estrategia de guerra y a revisar todas sus valoraciones económico-militares. Entre diciembre de 1941 y abril de 1942 el Estado Mayor General alemán tendría que enviar al frente ruso-alemán unos refuerzos de 40 nuevas divisiones, con un total de unos 800.000 hombres, y el alejamiento de Europa de fuerzas tan considerables eliminó toda posibilidad de resucitar la Operación «León Marino» para la invasión de Gran Bretaña.

Valorando los resultados de la victoria obtenida por el Ejército ruso a las puertas de Moscú, Winston Churchill escribió que aquel Ejército lejos de haber sido derrotado, estaba combatiendo mejor que nunca, y que en el año siguiente su fuerza numérica aumentaría indudablemente. Había llegado el invierno. Una guerra prolongada era ya inevitable. Todos los Estados antinazistas, grandes y pequeños se alegraban de este primer fracaso de la guerra-relámpago alemana. Como el Ejército alemán estaba combatiendo una lucha mortal en Oriente, la amenaza de una invasión de Inglaterra había desaparecido. Churchill concluyó que nadie podía prever la duración de esta lucha.

Después de la derrota de Moscú Hitler destituyó a casi todos los generales que habían ocupado los cargos más elevados en el frente oriental, incluyendo al comandante de los Grupos de Ejércitos: Bock, Leeb y Rundstedt; en total 35 oficiales de alta graduación.

La derrota sufrida ante Moscú demostró de forma convincente lo equivocada que había estado la estrategia de Hitler al valorar la capacidad de resistencia de las Fuerzas Armadas soviéticas y cuánto había subestimado el patriotismo del pueblo soviético. El mariscal Zukov subrayó: «A pesar de su esmerada preparación, en la guerra con la Unión Soviética los nazistas hubieron de afrontar gran número de circunstancias importantes e imprevisibles. Nunca habían pensado, por ejemplo, que en la Unión Soviética tendrían que combatir en dos frentes: por una parte, contra el Ejército, por otra, contra potentes fuerzas partisanas, formadas por 'vengadores nacionales' que operaban con gran eficacia en su retaguardia, bajo la dirección de numerosas organizaciones clandestinas del partido. Tampoco habían previsto los nazis que ya en 1941 sus fuerzas estarían tan agotadas y desangradas que tendrían que pasar a la defensiva, perdiendo la iniciativa en los ataques, sin haber alcanzado ninguno de sus objetivos estratégicos».

Tras la derrota ante Moscú las relaciones entre Alemania y sus aliados se complicaron notablemente. Los jefes alemanes pedían a los países vasallos cada vez más soldados, materias primas y alimentos, imponiendo una pesada carga a los aliados de Hitler, los cuales aun antes de estos acontecimientos habían tenido que soportar graves pérdidas, minando la base de sus propias economías. Se explica así el crecer de un sentimiento de descontento ante la guerra y de resistencia pasiva a las imposiciones alemanas.

Después de la batalla por Moscú el Ejército alemán se vio obligado a permanecer a la defensiva durante todo el invierno y la primavera siguiente, y no consiguió ya organizar ninguna ofensiva simultánea en todo el frente estratégico ruso-alemán.

La victoria a las puertas de Moscú constituyó un nuevo incentivo para reforzar la coalición antihitleriana y una cooperación más estrecha entre las grandes potencias que combatían contra el bloque del Eje. En los países europeos ocupados se desarrollaron movimientos de resistencia. Los partisanos soviéticos comenzaron a asestar golpes cada vez más duros contra los invasores. Comenzaba a amenecer sobre Europa.

D. M. PROEKTOR, CORONEL

Es un estudioso de la historia militar soviética –enseña actualmente en la Academia militar de Frunze– que combatió contra los alemanes en la segunda Guerra Mundial. Licenciado en historia, ha escrito: *La guerra en Europa, 1939-1941* y *A través del Paso de Dukla*; ha publicado además numerosos artículos de historia militar. Ha formado parte del equipo de historiadores que se encargó de la publicación de los siguientes trabajos: *Historia de la gran guerra patriótica: 1941-1945*, vol. I-IV; *Historia Mundial*, vol. X; *Las lecciones de la historia son irrefutables*; y *La guerra ruso-japonesa*.

(History of the Second World War)

Gran Bretaña, Francia y Noruega, junio de 1940 - diciembre de 1941

Peter Young,
general de brigada

LAS PRIMERAS INCURSIONES DE LOS "COMANDOS"

A fines de 1941 la situación de los Aliados atravesaba su fase más desfavorable: en todos los frentes de batalla los ejércitos del Eje mantenían o mejoraban sus posiciones. Pero a partir de las primeras semanas después de la conquista de Europa occidental, en 1940, Gran Bretaña había comenzado a hostigar a los alemanes en el continente mediante incursiones de comandos, cuya acción se basaba en la regla de "ataca y desaparece". A pesar del escepticismo, e incluso de la hostilidad de Whitehall, el valor estratégico de los éxitos obtenidos por los comandos en las islas Lofoten y en Vaags fue, proporcionalmente, muy superior a los daños que en realidad causaron. En efecto, el Alto Mando alemán se vio desde entonces obligado a dedicar a simples actividades de guarnición y a la defensa de la costa unidades muy valiosas, que, por lo tanto, no pudieron participar en las batallas decisivas del frente oriental.

LAS PRIMERAS INCURSIONES

1940

23-24 de junio: primera incursión británica en la costa francesa, cerca de Boulogne.

14-15 de julio: fracasa una incursión de comandos en Guernsey.

1941

4 de marzo: la primera incursión en gran escala, cuyo objetivo era las islas Lofoten, consigue un éxito completo al sorprender a los alemanes.

22 de junio: Alemania invade Rusia. Urge instigar constantemente a los alemanes en el Oeste para distraer parte de las fuerzas que podrían luchar en el frente oriental.

25 de agosto-3 de septiembre: fuerzas aliadas desembarcan en Spitzbergen: inutilizan las minas de carbón y evacuan la población rusa y noruega.

2 de octubre: se inicia la ofensiva alemana para la conquista de Moscú.

10 de octubre: Mountbatten sustituye a Keyes como jefe de las operaciones combinadas.

5-6 de diciembre: la ofensiva alemana contra Moscú entra en un compás de espera: comienza la contraofensiva soviética.

7 de diciembre: Pearl Harbor. Japón y Estados Unidos entran en guerra.

27 de diciembre: la gran operación de comando contra la isla de Vaags sorprende totalmente a las defensas costeras.

Después de la caída de Francia, en 1940, los medios de que disponía Gran Bretaña para responder a los ataques del Eje eran a todas luces insuficientes: el mando de bombarderos de la RAF empezaba a reunir sus efectivos: las *Home Forces* –unidades del Ejército territorial británico– no podían pensar aún en pasar a la ofensiva, y se limitaban a trabajar día y noche en preparar obras de defensa para el caso de que Hitler decidiera poner en práctica el plan de invasión.

En estas circunstancias fue cuando Churchill y sus consejeros decidieron adoptar la activa táctica de las incursiones, que condujo a la formación de los comandos.

El interés del Primer Ministro por esta idea se revela en una anotación suya del 18 de junio de 1940: «..De las unidades existentes se deberían destacar unos 20.000 hombres, por lo menos, a fin de formar con ellos unas fuerzas especiales de asalto, verdaderos "leopardos" preparados para saltar sobre cualquier pequeño contingente de desembarco procedente del mar o del cielo».

Por una afortunada casualidad, un hábil y experto oficial, el teniente coronel Dudley Clarke, estaba examinando por su cuenta y desde hacía tiempo el mismo problema. Clarke estaba convencido de que fuerzas ligeras, móviles y decididas podían efectuar incursiones o actuar tras las líneas del enemigo con resultados muy superiores a su fuerza numérica. ¿Acaso los guerrilleros españoles de la época de Napoleón no habían obligado a los franceses a emplear decenas de miles de hombres para defender su retaguardia?

Clarke expuso su idea al general sir John Dill, quien se mostró completamente de acuerdo, y sin dilación alguna la sometió al juicio de Churchill el día 5 de junio.

El sentido común moderó en esta ocasión el conocido carácter batallador de Churchill, quien estableció que las fuerzas de incursión no recibirían en dotación armas que fuesen esenciales para las *Home Forces*; ello significaba que la calidad de los hombres enrolados tendría que compensar la posible falta de armas adecuadas, lo que constituía por sí mismo un elemento suficiente para neutralizar muchas dificultades, haciendo que los hombres de los comandos fuesen no sólo voluntarios, sino también individuos seleccionados.

Las *Home Forces* no se vieron demasiado afectadas por esta decisión, ya que se sacaron muy pocos hombres de cada unidad o destacamento. Por ejemplo, a la División 4, que había combatido en Francia y en Bélgica, tan sólo se le pidió que proporcionara un contingente de tres oficiales y 46 soldados. Afortunadamente, había elementos de primer orden en las compañías autónomas, que se habían formado retirando hombres de los batallones territoriales para operar en Noruega (donde, en realidad, no se las había empleado en incursiones, sino en combates normales de infantería); con hombres pertenecientes a estas compañías se constituyeron los comandos 1 y 2. En total se formaron –todos ellos en junio de 1940– doce comandos compuestos por soldados ingleses; sólo uno (el n.º 10) se formó con soldados aliados (belgas, holandeses, franceses, noruegos y hasta alemanes), y no entró en acción hasta el mes de enero de 1942.

Ciertamente que en 1940 había en Inglaterra algunos batallones de infantería de primer orden; pero sería erróneo considerar que, seleccionando algunos de estos batallones para dedicarlo a las incursiones se habrían obtenido resultados análogos a los conseguidos formando destacamentos especiales de comandos. Con guerra relámpago o sin ella, el Ejército británico aún se resentía demasiado de la influencia de los métodos de adiestramiento de la primera Guerra Mundial, métodos que no tenían en cuenta las características especiales del segundo conflicto. Por otra parte, a diferencia de lo que ocurría en Egipto y en la India, el número de soldados alistados de largo tiempo en los batallones territoriales era muy bajo en Gran Bretaña: con frecuencia no pasaba del 25 %, mientras que el resto de los batallones estaba compuesto por reservistas o jóvenes reclutas. Asimismo, en los batallones territoriales había causado una impresión grave y negativa la decisión de dividirlos en dos para proporcionar los cuadros a las nuevas unidades.

Otro aspecto de la cuestión era que la edad media de los oficiales oscilaba alrededor de los 45-48 años, y ésta era una edad demasiado avanzada para hombres que tendrían que preparar, dirigir e incluso tomar parte activa en incursiones peligrosas. Por lo tanto, era indispensable contar con hombres, ideas y métodos nuevos, si se deseaba que la táctica de las incursiones diese resultados positivos. Las palabras clave en el campo práctico debían ser «velocidad» y «sorpresa», y se tenían que abolir los lentos avances en orden de combates por tierra de nadie.

Los primeros comandos

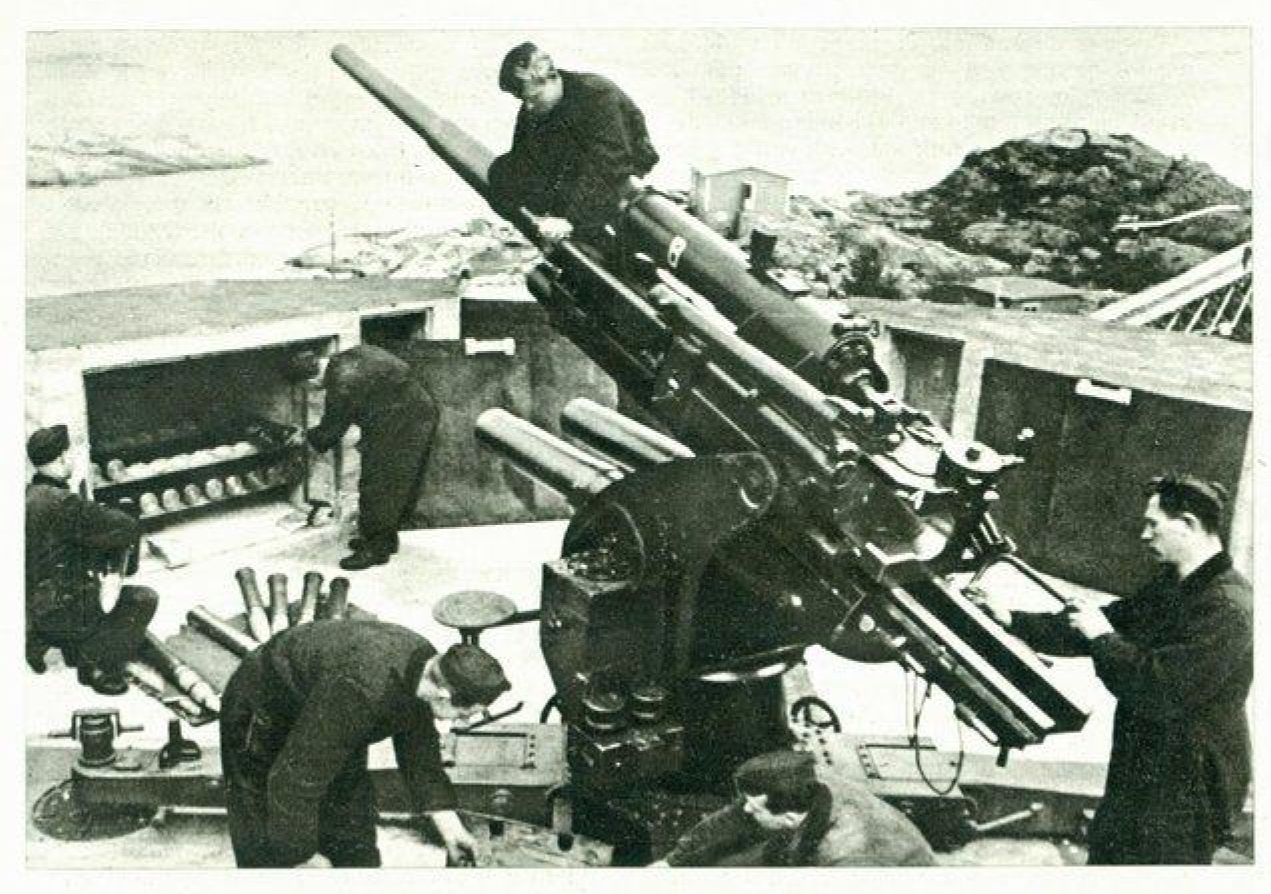
El término «comando» era completamente nuevo en el Ejército inglés, si bien estas unidades ya se habían empleado en otras guerras. Durante la guerra anglo-bóer (1899-1902), la unidad base de las fuerzas bóers fue el comando, y más tarde, tras la caída de Pretoria, cuando los tenaces bóers recurrieron a la táctica de la guerrilla, la palabra comando se hizo familiar. Winston Churchill, quien por cierto fue hecho prisionero en aquellos tiempos por uno de tales comandos, consideró que este nombre se adaptaba muy bien a los «leopardos» que quería crear. Sin embargo, fue Dudley Clarke quien más insistió en la conveniencia de adoptar dicho nombre.

La formación de los comandos se llevó a cabo con sorprendente rapidez. Primero se seleccionaron oficiales superiores de una generación más joven que la que, en 1940, ocupaba los puestos de mando en el Ejército inglés; después se les dejó en completa libertad para elegir a los oficiales que estarían bajo sus órdenes.

El Ministerio de la Guerra había enviado con anterioridad, a todos los puestos de mando del Reino Unido, una circular en la que se solicitaban voluntarios para un servicio especial de carácter arriesgado, sin precisar más. Se exigían soldados perfectamente adiestrados, de constitución robusta, que supieran nadar y no se mareasen. «Valor, resistencia física, espíritu de iniciativa, ingenio, dinamismo, precisión en el tiro, confianza en sus propias capacidades y un espíritu bélico agresivo»: éstos eran los requisitos necesarios. Por si fuera poco, se advertía a los potenciales voluntarios que tendrían que «acostumbrarse a un horario más largo, a mayor cantidad de trabajo, a un descanso menor que los demás soldados, y a hacerse experto en todos los aspectos militares de la exploración: capacidad de proceder furtivamente y de observar y de referir todo lo que pasase en los alrededores; de moverse en cualquier tipo de terreno de día y de noche, silenciosamente y sin dejarse ver. Y finalmente, a vivir fuera del país durante un período de tiempo considerable».

Los oficiales escogidos se lanzaron entonces a una vertiginosa labor para seleccionar a sus propios hombres. Indudablemente, los métodos de selección, como las fuentes que proporcionaban los voluntarios, fueron muy diversos. Muchos grupos se formaron casi exclusivamente con territoriales, otros se seleccionaron de la Brigada de Guardias. Resulta difícil describir la composición de una unidad típica. Una de ellas, el Grupo H del comando nº 3, estaba compuesta por hombres procedentes de la División 4, que había combatido en las filas del BEF (*British Expeditionary Force*, Cuerpo Expedicionario birtánico) en Francia y Bélgica, y aunque tal vez se la pueda considerar como un poco excepcional, esta unidad puede servir para dar una idea del tipo de hombres que los oficiales buscaban.

Casi todos los componentes del Grupo H habían estado en Dunkerque. Pocos eran los soldados de reemplazo: la mayor parte eran reservistas que





Una posición de artillería antiaérea costera alemana en Noruega. Las primeras incursiones británicas de «comandos» se realizaron contra algunos puntos del litoral noruego, a fin de hostigar a los alemanes y obligarles a emplear mayor cantidad de fuerzas en la vigilancia de aquellas costas. A la derecha: un centinela alemán en las obras de defensa del puerto de la isla de Guernsey. En este lugar, la noche del 14 al 15 de julio de 1940, se produjo la segunda acción operativa de las «comandos» que concluiría con un rotundo fracaso. *(Archivo Rizzoli)*

permanecieron siete años bajo las armas y a los que se había vuelto a llamar en 1939. Gran número de ellos prestó servicio en la India o en Palestina y, por lo general, se hallaban aún en plena juventud, pues el promedio de edad oscilaba alrededor de los 26 años. En conjunto formaban un buen grupo de «duros». Por ejemplo, el sirviente de morteros Eaton era un experto en lucha libre y además había sido policía; Albert Durling participó en muchos combates de boxeo en el Ejército de la India. Predominaban los tiradores escogidos, los boxeadores y los futbolistas. Aunque el reglamento era bastante «generoso» respecto al nombramiento de suboficiales, los oficiales de esta fuerza prefirieron esperar, para poder elegir como suboficiales a los hombres que tuvieran una actuación más destacada.

Muchos eran los regimientos representados en los comandos. Sólo en el citado Grupo H había hombres de los de *Bedfordshire* y *Hertfordshire*, fusileros de *Lancashire*, *East Surrey*, Infantería Ligera *Duke of Cornwall*, *Black Watch* y *Northamptonshire*, artilleros, ingenieros y personal de varios Servicios.

En el soldado inglés está muy arraigado el espíritu del regimiento; pero, afortunadamente, ello no suscitó ningún problema serio en el Grupo H. Entre los hombres no existían rivalidades, sino tan sólo un sano espíritu de emulación. Si los fusileros de *Lancashire* estaban siempre dispuestos a vanagloriarse de sus predecesores, que en Gallipoli habían conquistado «seis *Victorias Cross* antes del desayuno» (precisamente en el mismo tipo de operaciones para las que estaban adiestrados ahora), los otros no lo estaban menos a rebatirles su presunción.

Con hombres como aquellos, que en su mayor parte habían pasado ya siete u ocho años bajo las armas, el problema de la disciplina prácticamente no existía. Se albergaban en casas particulares, en lugar de hacerlo en cuarteles, privilegio que nadie se atrevía a tomar demasiado a la ligera por temor al único castigo que podían imponerles. En efecto, RTU (*Returned to Unit*, devuelto a su unidad) fue desde el principio una sigla muy temida por todo soldado de los comandos; los pequeños castigos y las fastidiosas sanciones estaban «pasadas de moda». No cabe duda de que algunos grupos pasaron por una fase del tipo de «Oeste salvaje», debido quizás a la arbitrariedad de los métodos de selección; pero ya se sabe que toda organización tiene sus «dificultades de crecimiento». En los comandos, estas dificultades se superaron gracias a una intensa dedicación y con un profundo deseo de perfeccionamiento. Casi todos aquellos hombres habían entrado en los comandos animados por el mismo espíritu de Geoffrey Appleyard, un hombre que antes de morir ganaría dos condecoraciones al valor: una DSO *(Distinguished Service Order)* y una MC *(Military Cross)* con una barra. Sus palabras son harto elocuentes: «Es el mejor trabajo que se puede hacer en el Ejército, una labor que, si se hace bien, puede resultar enormemente útil... Nada de burocracia; nada de papelotes. Sólo simples operaciones cuyo éxito depende principalmente del individuo y de los hombres que se han elegido para llevar a cabo juntos el trabajo... Es algo revolucionario».

La primera incursión

El Primer Ministro había manifestado su deseo de que Clarke organizase lo antes posible una incursión más allá del canal de la Mancha. Una operación ofensiva, incluso a escala reducida, demostraría al mundo que el Ejército británico estaba todavía en pie; pero la empresa no era fácil. Se contaba con los hombres –aunque no del todo adiestrados aún–; pero no se disponía de lanchas de desembarco. El mejor medio disponible era una embarcación especial de la RAF, veloz y bien acondicionada, pero que al carecer de coraza protectora estaba muy lejos de ser el medio ideal.

Además había pocos objetivos importantes y de los que se tuviese los datos suficientes. El Servicio de Información inglés se estaba preparando desde hacía tiempo para una larga lucha en el frente occidental; pero disponía de pocas noticias detalladas respecto a las posiciones alemanas a lo largo de las costas europeas. Y por añadidura, en aquel crítico período, no había en el país más que 40 fusiles ametralladores...

A pesar de todas estas dificultades, la primera incursión de los comandos se llevó a cabo a las tres semanas de haberse creado este tipo de unidades. En efecto, la noche del 23 al 24 de junio, el comandante (después general de brigada) Ronnie Tod y 120 hombres, entre oficiales y soldados de la 11.ª Compañía autónoma, se hicieron a la mar a bordo de cuatro embarcaciones de la RAF para desembarcar en la costa francesa, cerca de Boulogne. Los esfuerzos por mantener en secreto la operación fueron tan eficaces que el comandante estuvo a punto de ser atacado, en pleno canal de la Mancha, por algunos *Spitfire* de la RAF que los tomaron por embarcaciones alemanas en misión de reconocimiento. Afortunadamente, después de descender a baja altura, los cazas ingleses se fueron sin atacar. El desembarco sólo dio lugar a una breve escaramuza con el enemigo. El mismo Dudley Clarke, que tomaba parte en la incursión en calidad de observador, resultó herido por una bala que se le llevó un trozo de oreja. Así, el primero que concibió la idea de crear los comandos fue también su primer herido en la primera acción.

Más tarde, el 2 de julio de 1940, Churchill escribió: «Si los alemanes han conseguido desembarcar unos centenares de hombres en los islotes de Jersey y Guernsey, nosotros tendríamos que elaborar planes para desembarcar secretamente, de noche, y matar o capturar a los invasores. Se trata de una misión para la que los comandos son especialmente adecuados». Los reconocimientos revelaron que la guarnición alemana ascendía a 469 hombres, y que casi todos estaban concentrados en St. Peter Port; pero otros guarnecían nidos de ametralladoras a lo largo de la costa.

La incursión se efectuó la noche del 14 al 15 de julio, y corrió a cargo de unos 100 hombres de la 11ª compañía autónoma, mandados por el comandante Tod, y unos 40 del comando nº 3, a las órdenes del teniente coronel Durnford-Slater. Los primeros tenían como objetivo el aeropuerto, los segundos una posición enemiga en Jerbourg Point que después resultó que no existía. Al no encontrar enemigo alguno a quien atacar, Durnford-Slater se vio obligado a retirarse con las manos vacías; pero, por lo menos, había desembarcado en el lugar exacto.

La compañía autónoma fue aún menos afortunada. Dos de sus lanchas se averiaron durante el viaje, otra chocó contra un escollo y la cuarta

equivocó el rumbo y acabó dirigiéndose a Sark. Los alemanes que se encontraban en el aeropuerto de Guernsey no se vieron así molestados en lo más mínimo.

El Primer Ministro quedó algo contrariado. «Tratemos de que no se repitan fallos estúpidos como el de Guernsey» escribió. «Hemos de evitar poner en agitación estas costas con incursiones tipo "alfilerazo"».

Nadie podía negar, desde luego, que las incursiones habían de ser eficaces y que era preciso conseguir con ellas resultados tangibles contra objetivos dignos de este nombre; pero, examinando la cuestión *a posteriori*, se advierte inmediatamente que la idea de «poner en agitación la costa dominada por el enemigo con incursiones del tipo "alfilerazo"» no era mala en absoluto. Así, los alemanes se vieron obligados a destinar muchos más hombres a la defensa costera, y las unidades encargadas de vigilar el canal no se podrían emplear en África septentrional, en los Balcanes o en Rusia. Y, en efecto, poco después se comprobó que habían reforzado la guarnición en todos aquellos puntos donde los comandos habían hecho su aparición.

En julio de 1940 se nombró jefe de las operaciones combinadas al almirante sir Roger Keyes, héroe de la incursión contra Zeebrugge en 1918. A pesar de sus 68 años de edad, Keyes era un hombre activo y agresivo. Estaba decidido a proyectar incursiones dignas de este nombre, y, disponiendo de unos 4000 voluntarios escogidos, consideraba que lo podría hacer. Sin embargo, vio frustradas sus esperanzas desde el principio. Los ministerios correspondientes a los tres Ejércitos, que tenían que proporcionarle los medios de desembarco y las unidades de apoyo, armas, refuerzos y cobertura de aviones de caza, no estaban fácilmente dispuestos, en un momento en que todo escaseaba, a desprenderse de este material. Tras ver fracasar sus esfuerzos, sir Roger Keyes llegó gradualmente a la idea de mantener inactivas a sus tropas, hasta el día en que las autoridades, exasperadas al ver a 4000 hombres escogidos dedicados... a no hacer nada durante tanto tiempo, le permitieran, por fin, efectuar una incursión realmente importante.

Por otra parte, no era tan fácil encontrar un buen objetivo. Se tomaron en consideración las Azores, pero luego se descartaron. Se estableció entonces como objetivo la isla de Pantelaria. Sin embargo, aun suponiendo que la operación saliese bien, el desembarco de los comandos en dicha isla sería tan poco útil para los ingleses como lo fuera para los alemanes la ocupación de las islas Normandas.

Oposición a los comandos

Los comandos se preparaban constantemente para las misiones que les esperaban; mas pronto comprendieron que el Ministerio de la Guerra y las *Home Forces* los consideraban con muy poca simpatía. Esto no tardó mucho en llegar a oídos del Primer Ministro, quien, el 25 de agosto de 1940, escribió a Anthony Eden:

«Estoy enterado de que se discute la existencia misma de los comandos. Se ha dicho que "se suspenda el reclutamiento", pues también su futuro está en discusión. Por lo tanto he decidido escribirle para hacerle saber que estoy profundamente convencido de que los alemanes han tenido razón, tanto en la última guerra como en ésta, en emplear fuerzas de asalto... No faltarán ciertamente las ocasiones para emplear estas unidades en operaciones colaterales, operaciones cuyo éxito dependerá de la realización de desembarcos por sorpresa de fuerzas ligeras y bien preparadas, acostumbradas a operar con jaurías de sabuesos en vez de maniobrar de forma lenta y pesada, como las unidades regulares... Son, pues, numerosos los motivos que tenemos para incrementar las fuerzas de asalto, es decir, los comandos».

Pero la oposición persistía. Los prejuicios, que nunca faltan en las unidades tradicionales de las diversas Armas y en sus especialidades, son difíciles de superar, y no faltaban jefes que se preguntaban: «¿Qué puede hacer un comando que no pueda hacer mi batallón?».

En otoño de 1940, mientras en el aire la RAF derrotaba a la *Luftwaffe* consiguiendo la primera victoria de Gran Bretaña en la guerra, los comandos siguieron sus interminables ejercicios. Se trataba de entrenamientos increíblemente variados y nuevos para el Ejército regular de entonces; pero hasta el adiestramiento más insólito acaba por cansar, y más aún si pasan meses y meses, como ocurría, sin entrar en acción.

Como el resto de las *Home Forces*, los comandos se mantuvieron preparados para rechazar la invasión en el transcurso de aquella noche de septiembre, en que alguien había hecho circular la palabra clave «Cromwell», que significaba que era inminente un desembarco enemigo. Después, en otoño, dentro del esquema de la «política de las grandes incursiones» de Keyes, se concentró todo el contingente, primero en los campos de Inveraray, aún no terminados, y después en la isla de Arran.

Sin embargo, una vez más, todo acabó como una especie de pompa de jabón. Pues al final, después de larguísimas conversaciones, infinitos planes, interminables ejercicios y hasta un discurso del almirante (que exhortó a sus hombres a que «mantuvieran brillantes las puntas de las lanzas»), se dispersó a los comandos en nuevas bases: la mayor parte acabó a orillas de Clyde, donde permanecería durante los 18 meses siguientes. Al mismo tiempo, la *Layforce*, formada por los comandos 7, 8 y 11, a las órdenes del teniente coronel Robert Laycock, partía para Oriente Medio, donde operaría en Siria, Tobruk y Creta.

Los hombres de los comandos se resintieron de este prolongado período de frustración e inactividad. Algunos recurrieron a su derecho de volver voluntariamente a las unidades que habían dejado, otros desahogaron su desilusión con actos de indisciplina. El general de brigada Charles Haydon, un hombre que procedía de los Guardias irlandeses y que en aquel momento mandaba la brigada denominada de «servicios especiales», no tardó en darse cuenta de lo que ocurría y trató de remediarlo.

«Los continuos aplazamientos de una acción esperada con ansia –dijo– han sido la causa de que el gran entusiasmo inicial desapareciera, o por lo menos disminuyera sensiblemente. Se manifiesta un creciente sentimiento de impaciencia... Ello se debe en parte a estos aplazamientos, y en parte a esta especie de perpetuo «adelante y atrás", de Herodes a Pilatos, y viceversa, al que se está sometiendo a los soldados». Les correspondía a los oficiales remediar esta situación, y él prodigó sensatos consejos al respecto. El remedio consistía en experimentar nuevos procedimientos tácticos y en perfeccionar los que ya se estaban aplicando. Entre éstos se debían contar las técnicas de asalto en costas acantiladas del tipo de las que practican ahora los *marines*, y la adquisición de una habilidad especial para conducir toda clase de embarcaciones, ya se tratase de canoas, *dories* o medios de desembarco.

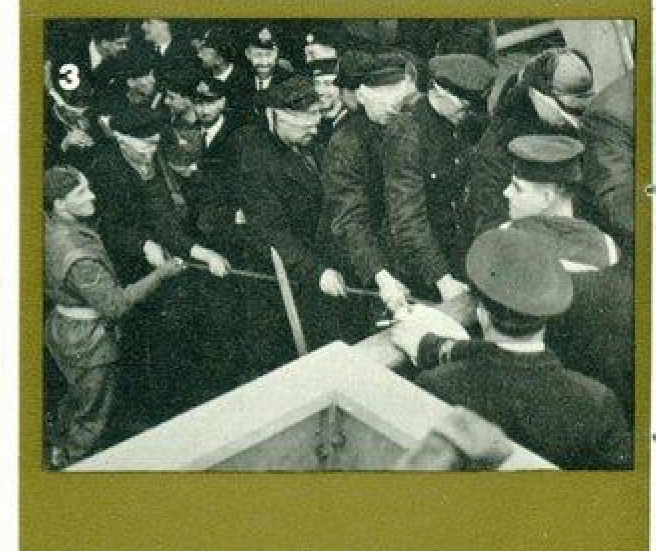
Hombre dotado de un gran espíritu persuasivo, Haydon era un amante de la disciplina sin ser un rígido pedante; destacaba de forma especial en la actividad de adiestramiento, y su brillante capacidad profesional hacía de él un comandante ideal para los audaces hombres de los comandos de aquel primer período.

La organización de los comandos sufrió entonces dos importantes modificaciones. En el momento de su constitución, cada unidad comprendía 10 grupos de 50 hombres cada uno. Evidentemente, no era una estructura acertada; pues, considerado como unidad independiente, el grupo resultaba demasiado débil, poco más fuerte que una sección. Además, diez unidades subordinadas son demasiadas para que cualquier mando pueda maniobrarlas de forma tácticamente eficaz y, por otra parte, tampoco sería posible proporcionarles a todas el mismo nivel de adiestramiento. En octubre de 1940 se había decidido una primera reorganización, que condujo a resultados aún peores, pues los comandos se agruparon por parejas en batallones de servicios especiales, y la elección de las unidades que había que reunir se efectuaba por sorteo. Pero, afortunadamente, esta disposición inadecuada tuvo vida breve, y en febrero-marzo de 1941 se reorganizaron por última vez. Desde entonces cada comando estuvo formado por cinco grupos de tres oficiales y 62 soldados cada uno y por un grupo dotado de armas pesadas y constituido por unos 40 hombres. Fue sin duda alguna una notable mejora, aunque no faltó quien hiciera observar que una fuerza de 65 hombres era bastante limitada para un grupo al que se exigiría que hiciera lo que, por lo general, hacía una compañía de infantería de 120 hombres.









La segunda reorganización señaló la conclusión de una fase especial en la evolución de los comandos; pues, gracias a la reducción del número de oficiales de 30 a 18, los comandantes, que habían dispuesto de nueve meses para decidir si las selecciones efectuadas en 1940 eran acertadas, tuvieron una ocasión ideal para quedarse tan sólo con los mejores oficiales.

Y en esta fase, precisamente cuando la situación de los comandos estaba atravesando el periodo más desfavorable, se organizó por fin una incursión en gran escala.

Objetivo: las islas Lofoten

Los objetivos se encontraban en las islas Lofoten, a unas 850 millas al nordeste de Scapa Flow, donde se reunieron las fuerzas destinadas a participar en la incursión.

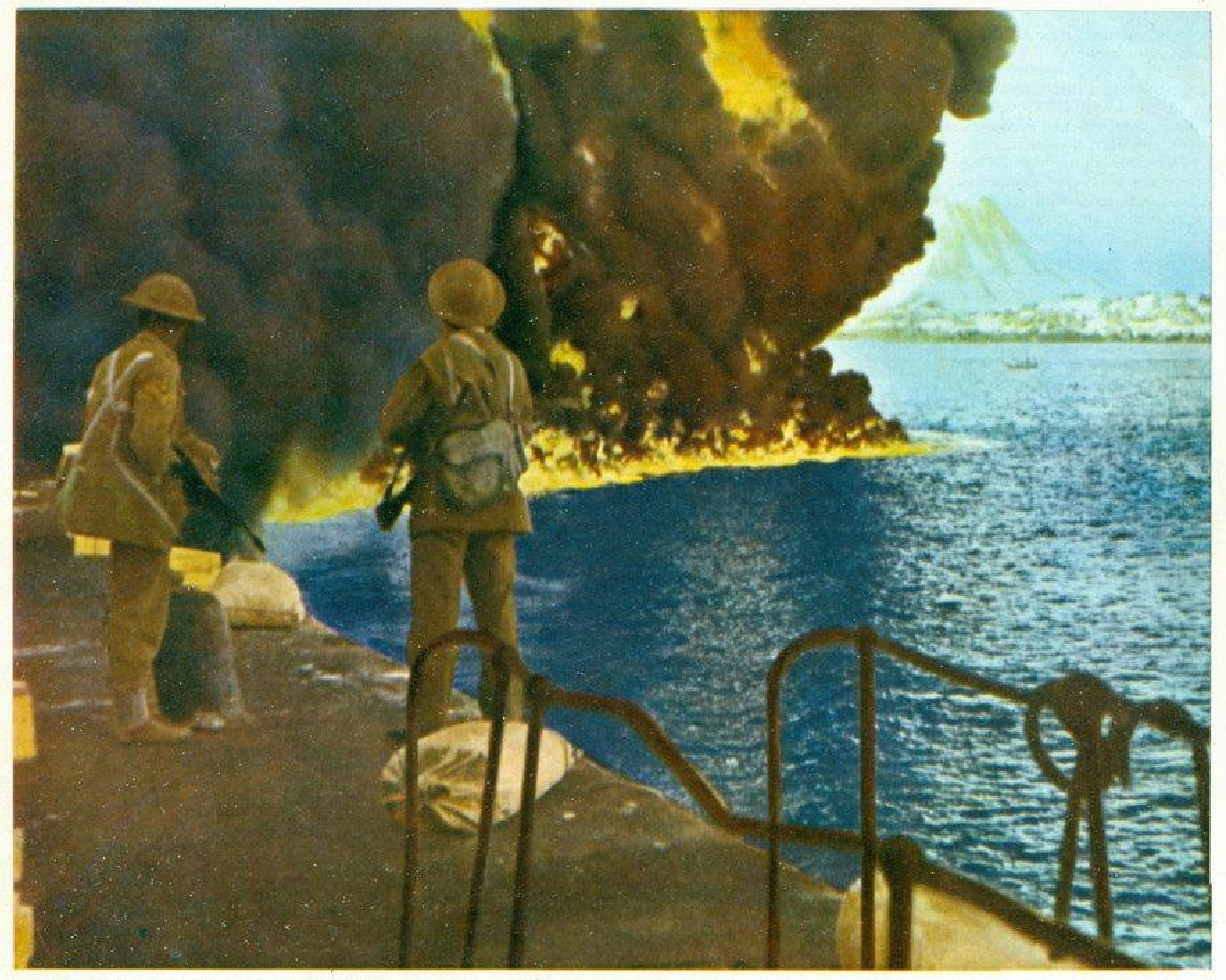
En aquel periodo los alemanes recibían de las fábricas noruegas grandes cantidades de aceite de bacalao y de arenques, del que extraían después nitroglicerina para fabricar explosivos y vitamina A y D para los soldados; al mismo tiempo se exportaban a Alemania grandes cantidades de pescado fresco o congelado. La destrucción de las fábricas en las que se obtenía el aceite constituía el objetivo principal de la expedición; el secundario era destruir los buques de transporte alemanes. Además, se preveían, como resultados colaterales, el alistamiento de nuevos reclutas para las fuerzas libres noruegas y la detención de los colaboracionistas.

La fuerza, mandada por el general de brigada Haydon, estaba compuesta por dos comandos de 250 hombres cada uno, apoyados por algunos destacamentos de ingenieros especializados en demolición y por unos cuantos noruegos que servirían de guías e intérpretes. Las tropas se embarcaron en dos transbordadores holandeses, transformados para la ocasión en buques de desembarco. Informaciones muy detalladas indicaban la presencia de destacamentos alemanes, de unos 20 hombres, en varias de las islas, mientras que Stamsund y Svolvær parecían desguarnecidas por completo. Las guarniciones importantes más próximas se encontraban en Narvik y Bodö. En enero se habían avistado algunos *U-Boot* en Narvik, y se sabía que los convoyes costeros iban escoltados por lanchas pesqueras armadas; pero en todo el sector no se había señalado la presencia de ningún buque de guerra. En cuanto a posibles ataques aéreos, no había mucho que temer, ya que en aquella estación todos los aeródromos situados al norte de Trondheim estaban helados.

Una fuerza de cobertura, a las órdenes del comandante en jefe de la *Home Fleet*, y que com-

La incursión contra las islas Lofoten fue un éxito: los desembarcos se realizaron en excelentes condiciones y no encontraron resistencia. 1. Una embarcación de desembarco británica, cargada de tropas, se dirige a tierra. 2. Algunos depósitos de carburante en llamas en Stamsund. 3. Marineros alemanes, colaboracionistas noruegos y personal de Aviación de servicio en tierra, hechos prisioneros en el transcurso de la incursión, son trasladados con los ojos vendados a un buque que los llevaría a Inglaterra. 4. Un soldado británico herido es conducido a una embarcación de desembarco. En el curso de las operaciones de los comandos en Noruega, se unieron a las fuerzas británicas muchos voluntarios noruegos, que luego combatieron con los Aliados en diversos teatros de operaciones. *(Imperial War Museum)*





Depósitos de carburantes en llamas en el puerto de Stamsund (islas Lofoten). La incursión, realizada el 14 de marzo, sorprendió completamente a los alemanes y logró todos sus objetivos. *(Imperial War Museum)*

prendía los acorazados *Nelson* y *King George V*, los cruceros *Nigeria* y *Dido* y cinco destructores, garantizaría una navegación tranquila. El submarino *Sunfish* debía asegurar que el desembarco se efectuase sin interferencias.

El 4 de marzo, de madrugada, partieron todas las unidades de desembarco, y era ya plenamente de día cuando llegaron a las proximidades de sus objetivos. La sorpresa fue completa. Una salva disparada por el destructor *Legion* alarmó a los soldados apiñados en sus lanchas de desembarco; pero pronto se dieron cuenta de que se había tratado simplemente de una advertencia a la flotilla pesquera noruega para que entrase en el puerto, cosa que hizo inmediatamente mientras los pesqueros izaban su bandera nacional.

El desembarco no encontró en ninguna parte ni la más ligera resistencia. En Svolvær el comando nº 4 capturó a más de 200 alemanes que estaban trabajando en la construcción de un aeródromo y que no opusieron resistencia. Pronto se localizaron las fábricas y se colocaron las cargas explosivas mientras los hombres de los comandos mantenían a la población civil alejada de los edificios que se estaban demoliendo.

Todos los trabajos de demolición se llevaron a cabo con completo éxito, y se calculó que se incendiaron más de 36.000 hectolitros de aceite y gasolina. Las fábricas destruidas fueron dieciocho. Durnford-Slater se preguntó cómo lo tomarían los propietarios, y comunicó sus preocupaciones al capitán Linge, miembro noruego del comando, que después se convertiría en héroe nacional. Con su estilo característico, Linge respondió: «No se preocupe. Si son buenos noruegos se lo tomarán bien. Si no lo son ¿por qué tener con ellos tantos escrúpulos?»

También se capturaron once buques, con un tonelaje superior a las 20.000 toneladas, y se envió una lancha pesquera a Inglaterra. Los voluntarios noruegos reunidos ascendían a 314.

La prensa británica no dejó de dar la máxima publicidad a este éxito; pues, por primera vez, los alemanes se habían visto completamente sorprendidos por los ingleses.

Pero los objetivos potenciales continuaban siendo difíciles de descubrir. Una pequeña incursión a la costa francesa, cerca de Ambleteuse, efectuada el 27-28 de julio por un oficial y 16 soldados del comando nº 12, consiguió un éxito parcial; pero ya no se llevó a cabo otra incursión en gran escala hasta agosto de 1941. Y aunque no se había confiado a los comandos, constituyó un capítulo importante de las operaciones combinadas.

El 22 de junio de 1941, como se sabe, los alemanes invadieron Rusia, y en julio Gran Bretaña, la URSS y Noruega firmaron un acuerdo en virtud del cual los tres países se comprometían a tomar las medidas inmediatas para impedir que el carbón de las Spitzbergen cayese en manos alemanas. Y como no se consideraba prudente mantener una guarnición en dichas islas, se impuso inutilizar las minas.

El archipiélago de las Spitzbergen se encuentra a 370 millas del punto más septentrional de Noruega, país al que pertenecen. Los ricos yacimientos de carbón de la mayor de las islas, Spitzbergen occidental, habían sido explotados desde 1931 por una empresa rusa, que empleaba 2000 trabajadores soviéticos con una población total de unas 2800 personas.

La fuerza seleccionada para esta operación estaba constituida por los destacamentos de infantería ligera *Edmonton* y *Saskatoon*, al mando del general de brigada A. G. Potts, y por algunos destacamentos de ingenieros compuestos por ingleses y noruegos. La escolta naval estaba al mando del contraalmirante P. L. Vian, quien, como se recordará, se había distinguido en 1940 capturando al *Altmark*.

El desembarco se efectuó el 25 de agosto y, una vez más, la incursión inglesa no encontró resistencia alguna. Se tomaron medidas para evacuar a los rusos a su patria y a los noruegos al Reino Unido. Los equipos encargados de los trabajos de demolición procedieron a llevarse o a destruir las partes esenciales de la maquinaria y el sistema de

cintas transportadoras, por el que el carbón llegaba a los muelles. Se incendiaron unas 540.000 toneladas de carbón y 12.500 hectolitros de nafta, gasolina y grasa.

El buque de transporte que llevó a Rusia a los ciudadanos soviéticos volvió con 200 oficiales y soldados franceses que habían huido de los campos de concentración alemanes y que ahora deseaban luchar con el general De Gaulle. Nos complace poder hacer constar que se sintieron profundamente impresionados por la acogida que recibieron por parte de los ingleses. Uno de ellos escribió: «Cada momento nos reservaba nuevas pruebas de un afecto hacia nosotros que iba mucho más allá de la simple hermandad de armas. Aquellos de entre nosotros que no habían tenido ocasión de apreciar la cortesía inglesa, pudieron darse cuenta entonces de cómo se manifiesta, tanto en los gestos más insignificantes como en la ayuda más generosa. Acabábamos de llegar cuando algunos oficiales ingleses y canadienses llamaron a la puerta de nuestras cabinas para ofrecer uno de sus uniformes a cada oficial a fin de que, por lo menos pudieran estar presentables».

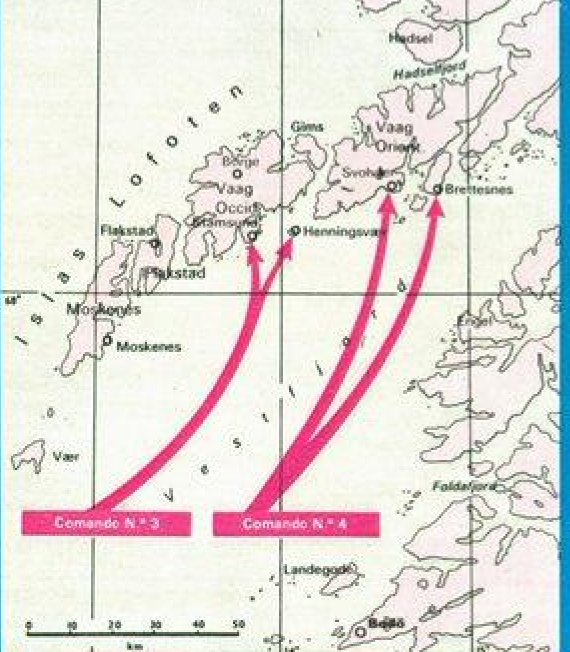
Mientras los ingleses se encontraban en la isla, las dos emisoras de radio continuaron emitiendo, como siempre, boletines meteorológicos. Así los alemanes no sospecharon nada; además, como los ingleses habían señalado la presencia de bancos de niebla (completamente imaginarios), los aviones germanos ni siquiera efectuaron vuelos de reconocimientos sobre las islas. Estas estratagemas tuvieron un éxito completo, y cuando los alemanes tuvieron noticias de la Operación «Gauntlet» (Guante) las fuerzas inglesas ya habían vuelto felizmente a sus bases. Se volaron ya dos emisoras de radio antes de abandonar la isla, y los hombres que habían efectuado la incursión pudieron oír, durante el viaje de vuelta la noche del 3 al 4 de septiembre, cómo la emisora de radio alemana de Tromsö llamaba inútilmente a las Spitzbergen.

SE CREAN LOS "COMANDOS"

En las primeras operaciones combinadas de cierta importancia, que los comandos llevaron a cabo contra las islas Lofoten, Sptizbergen y Vaags, en el transcurso del año 1941, se alcanzaron todos los objetivos estratégicos que los ingleses perseguían.

Abajo, a la izquierda: la incursión contra las islas Lofoten del 4 de marzo de 1941, la realizaron dos comandos, de 250 hombres cada uno, a las órdenes del general Haydon. En el curso de la acción se destruyeron 36.000 hectolitros de carburante y de aceite de pescado; además se capturaron 11 buques alemanes y se hicieron prisioneros 216 soldados y 60 noruegos sospechosos de colaboracionismo.

La incursión en la isla de Vaags, que se efectuó el 27 de diciembre de 1941, la llevó a cabo una unidad de asalto compuesta por 51 oficiales y 525 hombres, entre suboficiales y soldados al mando del contraalmirante Burrough y del general Haydon. La operación causó una profunda impresión a Hitler, quien se convenció de que Noruega era la zona en la que se decidiría la suerte del conflicto.





Mountbatten infunde nueva energía

El almirante Keyes, que raras veces estuvo de acuerdo con los jefes de Estado Mayor, tampoco estaba en buenas relaciones con el Gobierno. Siendo miembro del Parlamento, antes de renunciar a la misión que se le había encomendado quiso lanzar una andanada:

«Después de haber sido durante quince meses jefe de las operaciones combinadas y de haber visto frustrados todos mis intentos de emprender una acción ofensiva eficaz, me veo obligado a compartir plenamente las observaciones del Primer Ministro sobre la eficacia del poder negativo que, en Whitehall, regula el aparato bélico».

Tal vez Keyes subestimaba los resultados conseguidos en el sector de las operaciones combinadas en el transcurso de aquel largo período. Nadie puede poner en duda su deseo de combatir. Pero si en lugar de poner su atención en objetivos poco provechosos, como Pantelaria, la hubiera concentrado en las costas de Europa noroccidental, al final quizás habría tenido más elementos para juzgar los esfuerzos realizados.

Lord Louis Mountbatten, a quien se nombró sucesor de Keyes, se había ganado merecido renombre al mando del destructor *Kelly*. Él aportó a su nueva actividad una notable carga de energía, imaginación y coraje. Por ser primo del rey Jorge VI y por haber sido elegido personalmente por el Primer Ministro, pudo iniciar su trabajo sin tener que superar molestos obstáculos. Mountbatten pensaba organizar incursiones que debilitasen realmente al enemigo.

Un tipo muy diferente de incursión

La infructuosa incursión de 88 oficiales y soldados del comando nº 9 a Houlgate, en la costa francesa, la noche del 23-24 de noviembre, sólo sirvió para demostrar «que aún no se había comprendido la necesidad de establecer y mantener contactos adecuados entre tierra y barco». Por algo el nuevo comandante de las operaciones combinadas había sido un experto en el campo de las comunicaciones, y era natural que dedicase a este problema una atención especial.

Aún no habían pasado dos meses desde que el mando se le confiase a Mountbatten cuando se organizó un tipo de operación muy distinta.

El 27 de diciembre de 1941 una unidad inglesa efectuó una incursión contra el pequeño puerto de Sönd Vaags, que se encuentra en el Ulvesund, parte del angosto paso denominado Indreled y que se extiende a lo largo de un extenso tramo de la costa noruega. Por el Indreled se desarrollaba gran parte del tráfico costero alemán.

En el extremo septentrional de la isla de Vaags, allí donde la cadena de islas presenta una brecha, se abre una amplia bahía, en las que los buques alemanes solían reagruparse, esperando la ocasión propicia para alcanzar el mar abierto y doblar la tempestuosa península de Statlander. El fondeadero estaba protegido por una batería situada en la pequeña isla de Maal. Otra batería de dos cañones, en la isla de Rugsund, cubría el acceso a través del Vaagsfiord. Se creía que la guarnición local ascendía a 150 hombres.

La fuerza inglesa estaba a las órdenes del contraalmirante H. M. Burrough y del general de brigada J. C. Haydon. Las unidades navales de escolta eran el crucero *Kenya* (armado con cañones de 152 mm) y los destructores *Chiddingfold, Offa, Onslow* y *Oribi*.

El submarino *Tuna* haría las veces de radiofaro frente a la desembocadura del Vaagsfiord, mientras las embarcaciones de asalto *Prince Charles* y *Prince Leopold* transportaría las tropas. La unidad de asalto, compuesta por 51 oficiales y 525 suboficiales y soldados, comprendía el comando n.º 3 además de elementos del comando n.º 2; el n.º 4 proporcionó un destacamento del servicio sanitario y el n.º 6 un equipo especializado en trabajos de demolición. El capitán Linge y 20 de sus soldados noruegos hacían de guías y de intérpretes; se agregaron también a la fuerza del comando numerosos oficiales de una oficina de información del Ministerio de la Guerra, así como un pequeño grupo compuesto por corresponsales de guerra y fotógrafos.

La RAF proporcionó 10 aparatos *Hampden*, que lanzarían bombas fumígenas de fósforo en los dos puntos principales del desembarco y bombardearían los aeródromos más próximos (Herdla, Stavanger y Trondheim).

La finalidad estratégica de la incursión era hostigar a los alemanes para que emplearan más fuerzas en la vigilancia de las costas noruegas. Y la finalidad táctica era destruir la guarnición, las fábricas de aceite de pescado y los buques mercantes alemanes.

La llegada frente a Vaags

El viaje de Scapa Flow a Sollumvoe fue algo difícil; había mar gruesa, y las olas, empujadas por el fuerte viento, barrían la cubierta de los buques. La tempestad produjo tantos desperfectos que fue preciso retrasar un día la operación.

La navegación del *Kenya*, la unidad que transportaba el comando, fue tan precisa que los buques llegaron a la posición donde se hallaba el *Tuna* con menos de un minuto de retraso respecto al horario previsto. Aún era de noche, y los soldados, cuando se reunieron en cubierta, pudieron ver las luces que brillaban en tierra. Los faros de Hardenoes y Bergsholmene funcionaban, aunque con luminosidad reducida: era evidente que, como en Lofoten, la sorpresa era completa.

En el momento en que se lanzaban al agua los medios de desembarco llegaron los *Hampden*, suscitando la inmediata reacción de los cañones antiaéreos ligeros alemanes. A las 8,42 las lanchas empezaron a remontar el fiordo, dirigiéndose hacia sus objetivos.

Apuntaba ya el alba cuando la flotilla dobló la punta, quedando a la vista de la isla de Maal. En aquel momento todo dependía del *Kenya*. ¿Conseguiría el crucero mantener ocupada la batería mientras los medios de desembarco, dotados tan sólo de una coraza muy delgada, se dirigían lentamente hacia las bocas de los cuatro cañones alemanes?

El «Kenya» abre el fuego

A las 8,48 el *Kenya*, que estaba aún avanzando lentamente, lanzó algunos cohetes de iluminación, que se encendieron precisamente encima de la isla, haciendo visible el objetivo. Medio minuto después comenzó el bombardeo: se vieron barracones militares saltar por los aires; la isla desapareció poco a poco en medio de una nube de humo, y en aquel momento entraron también en acción los destructores *Onslow* y *Offa*. A las 8,56 la batería de Rugsund, que ya había sido bombardeada, abrió un fuego lento e impreciso sobre el *Kenya*; pero pronto fue reducida al silencio. Y si la batería de Maal llegó a disparar, en los comandos nadie se dio cuenta.

A las 8,57 Durnford-Slater ordenó que se suspendiera el fuego.

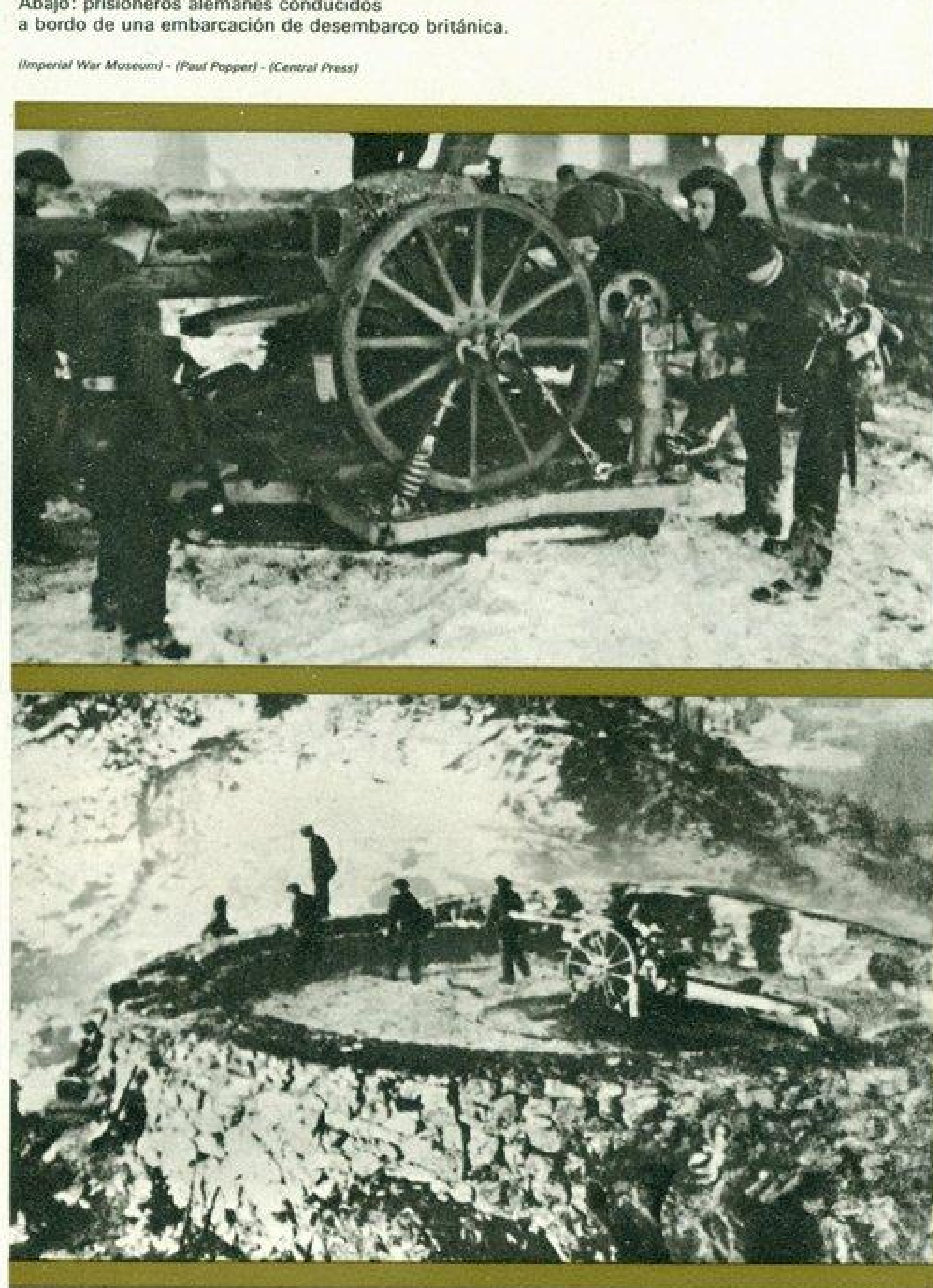
En aquel momento hacía ya siete minutos que los medios de desembarco se encontraban a tiro de la batería, tiempo suficiente para hundirlos si los cañones hubieran entrado en acción; pero la oposición que encontraron los comandos se redujo a un par de ametralladoras que lanzaban sus ráfagas desde el montículo que dominaba el punto de desembarco del segundo grupo y que no fueron lo suficientemente precisas para impedir al comandante Churchill, erguido en la proa de su embarcación que entonara con su gaita *The March of the Cameron Men*. Los soldados ingleses respondieron eficazmente con sus *Bren* al fuego alemán.

Los *Hampden* continuaban dando pasadas, envolviendo los dos principales puntos de desembarco en la densa nube de humo levantada por sus bombas fumígenas de 25 kg. De pronto, el único cañón antiaéreo ligero de la isla de Maal empezó a disparar furiosamente; uno de los aviones fue alcanzado y dejó caer, involuntariamente, una de sus bombas de fósforo sobre un medio de desembarco, poniendo fuera de combate a muchos hombres del 4.° grupo. Pero, mientras tanto, una vez alcanzada la costa, los comandos avanzaban ya hacia el interior.

Los hombres del 2.° grupo alcanzaron los suburbios de Vaags antes de que los alemanes llegaran a sus puestos de combate, y el teniente Lloyd (4.° grupo) capturó en una emboscada una patrulla enemiga. A continuación se desarrolló el combate más encarnizado de todo el día. El núcleo de las fuerzas alemanas estaba constituido por una sección mandada por el *Oberleutnant* Bremer, quien, advertido de la alarma, había tomado posiciones en una casamata y en las casas del

"De casa en casa, de puerta en puerta, los 'comandos' continuaban avanzando, pagando cada paso adelante con la pérdida de un oficial o de un suboficial". Durante esta incursión la resistencia alemana se reveló inesperadamente dura; no obstante, no significó un serio obstáculo en la consecución de los fines previstos en el plan, que se alcanzaron con éxito: destrucción de las baterías de defensa costera alemanas, de los depósitos de municiones y de las fábricas y eliminación casi total de la guarnición. A la derecha: una fábrica de aceite de pescado presa de las llamas. Debajo y en el centro: puestos de artillería de costa alemana capturados por los "comandos" en la isla de Maal. Abajo: prisioneros alemanes conducidos a bordo de una embarcación de desembarco británica.

(Imperial War Museum) - (Paul Popper) - (Central Press)









El almirante inglés sir Roger Keyes, nombrado en julio de 1940 comandante en jefe de las operaciones combinadas. Al cabo de 15 meses dimitió de su cargo a causa de las continuas desavenencias con el jefe del Estado Mayor general respecto a la elección de los objetivos. *(Fox Photos)*



Lord Louis Mountbatten, sucesor de Keyes en el mando de las operaciones combinadas. Hombre de gran prestigio y energía, imprimió una nueva orientación a las operaciones de los "comandos". La afortunada incursión de Vaags, dirigida por él, no fue sino el preludio de una serie de enérgicos golpes desencadenados contra la línea costera de la "fortaleza Europa" hitleriana *(Keystone)*

extremo meridional de la ciudad. Bremer murió durante el primer asalto; pero los dos sargentos, Lebranz y Passow, continuaron la lucha. Gracias a la encarnizada resistencia presentada por esta sección, que soportó el mayor peso del ataque, el comandante del puerto, subteniente de navío Sebelin, tuvo tiempo de improvisar una segunda línea de defensa, apoyada en el «Ulvesund Hotel», con marineros empleados y todos los hombres que consiguió reunir. Hasta el capellán combatió, y cayó.

Pero, de casa en casa, de puerta en puerta, de pared en pared, los comandos continuaban avanzando, pagando cada paso adelante con la pérdida de un oficial o de un suboficial. El capitán Giles (3.er grupo) desalojó a los alemanes de una casa; pero fue mortalmente herido cuando se asomaba por la puerta posterior. El capitán Forrester (4.º grupo) cayó muerto atacando el «Hagen Hotel»; y allí encontró también la muerte el capitán noruego Martin Linge. Los dos grupos avanzados se encontraron de pronto con un solo oficial ileso. El ataque parecía haber perdido ímpetu; pero, de pronto, el cabo White, del regimiento *Queen's Own Royal West Kent*, mostrándose plenamente a la altura de la situación y aprovechando la cobertura ofrecida por el fuego del único mortero de 76 mm disponible, dirigió el ataque contra el «Ulvesund Hotel».

En 8 minutos acabó todo

En la isla de Maal se alcanzaron todos los objetivos. Las posiciones artilleras cayeron en manos inglesas antes de que apareciese el primer alemán. El sargento Herbert, más tarde condecorado por su valor, y dos hombres de su sección descubrieron al comandante de la batería, capitán Batziger, y a casi todos sus hombres sentados tranquilamente en su *bunker*, esperando que terminara la «incursión aérea»; los artilleros de las piezas antiaéreas intentaron oponer resistencia, pero después de un breve combate se vieron obligados a rendirse. En ocho minutos acabó todo, y el comandante Churchill pudo enviar al capitán Ronald (5.º grupo) a su segundo objetivo: la fábrica de Mortenes, donde los equipos especializados que se encargaban de la demolición se pusieron a trabajar inmediatamente.

En Vaags, por el contrario, habían caído numerosos oficiales y suboficiales y las cosas se iban poniendo mal para los comandos. Como las radios de los dos grupos avanzados estaban inservibles, pasó algún tiempo antes de que los demás se dieran cuenta de que el asalto inicial había perdido su empuje. A las 10,20 horas, Durnford-Slater comunicó por señales al general Haydon que la situación era incierta en el extremo septentrional de la isla, y poco después se puso en contacto con él para pedirle que se le enviase, como apoyo, la unidad de reserva que aún se hallaba en las lanchas, lo que se cumplió casi en seguida. El coronel decidió también que confluyera en Vaags el 2.º grupo, que estaba operando en Hollevik, y le pidió a su segundo jefe que enviara a todos los hombres que no fuesen indispensables en Maal. A las 10,30 el coronel se lanzó adelante en reconocimiento, subiendo con paso decidido la calle, pistola en mano, y lanzando al ataque las reservas a medida que llegaban.

El triunfo de Vaags: los resultados

Dar los detalles de un combate desarrollado en las calles, con ataques de casa en casa, es en extremo difícil, pues no es posible encontrar tan sólo dos testigos que den la misma versión de lo que ocurrió exactamente. A mí me correspondió conducir a 18 hombres del 6.º grupo desde Maal a Vaags para reforzar el 2.º grupo; fuimos la última reserva que llegó a la ciudad. Mientras tanto, se había conquistado el «Hagen Hotel»; pero todas las reservas estaban ya empeñadas, el intenso fuego de fusilería no parecía disminuir en intensidad y se diría que los diversos grupos se habían fragmentado en pequeñas patrullas. Nos encontrábamos aproximadamente a un tercio de la calle que cruzaba la población, en un frente estrecho, entre un montículo completamente desprovisto de vegetación y un fiordo helado, y yo tuve la impresión de que el ataque había llegado a un punto muerto. Me parecía que la única dirección de avance posible dada la situación momentánea era la fila irregular de fábricas alineadas a lo largo de la costa.

El coronel me dio permiso para intentar un avance por este camino. Y quiso la suerte que el teniente Denis O'Flaherty, con una pequeña patrulla del 2.º grupo, hubiese echado ya a los alemanes de la primera fábrica; así, nuestra «línea de partida» estaba asegurada. Avanzamos furtivamente entre aquellos edificios altos y oscuros y, después de colocar en posición un fusil ametrallador *Bren* para que nos cubriese con su fuego, nos precipitamos dentro de un almacén, donde hicimos cuatro prisioneros. Habíamos atravesado el trecho descubierto con tanta rapidez que no habían tenido tiempo de disparar ni un solo tiro. Parecía que las cosas iban bien. Pero precisamente en aquel momento cayeron dos de nuestros hombres, y, como suele suceder cuando se combate en las calles, no teníamos ni la más remota idea de dónde procedían los disparos.

Cuando nos lanzamos nuevamente adelante, hacia un depósito, no sabíamos si el edificio estaba ocupado o no. Creo que en él sólo había dos alemanes; pero lo cierto es que los defensores no estaban dispuestos a rendirse: después de acogernos con un nutrido lanzamiento de granadas de mano, se retiraron a un local más interior. Al estallar nuestras bombas entré en el primer local. Reinaba en él la oscuridad más completa. Inesperadamente me dispararon dos tiros que, por fortura, no me dieron. Yo respondí al fuego y me retiré; cuando poco después O'Flaherty y Sherington intentaron desalojar al enemigo, ambos fueron gravemente heridos. Decidimos entonces incendiar el edificio, y al hacerse la atmósfera irrespirable en el interior, los alemanes salieron; pero yo había dejado un fusil ametrallador *Bren* vigilando la puerta...

Creo que aquella mañana en Vaags se desarrollaron por lo menos una docena de combates de este tipo. En el que yo participé puede servir como ejemplo de todos los demás.

A las 11,45, aproximadamente, el coronel, que no se había alejado ni un momento de la zona del combate y que resultó levemente herido por una granada de mano, ordenó la suspensión del fuego y volvió a su puesto de mando.

Mientras tanto nos habíamos apoderado de casi todas las fábricas de aceite pesado, y quedaban con vida muy pocos soldados de la guarnición alemana. Los equipos encargados de las demoliciones colocaron cargas de explosivos ya preparadas, y a las 13 horas las unidades avanzadas se retiraron. A las 14,45 el último hombre había regresado a bordo.

Las pérdidas sufridas por los ingleses ascendieron a 20 muertos y 57 heridos, además de numerosos aviones abatidos. Las pérdidas alemanas no se conocen con precisión; pero se capturaron 98 prisioneros, y se destruyeron cuatro cañones de campaña, un cañón antiaéreo y un carro de combate. En esta operación la *Royal Navy* hundió buques por un total de 16.000 toneladas de desplazamiento.

Así acabó la primera de las tres grandes incursiones lanzadas en el período en que lord Louis Mountbatten tuvo el mando de las operaciones combinadas.

El resultado de la incursión de Vaags puede valorarse en toda su importancia si se tienen en cuenta las repercusiones que tuvo sobre el principal adversario de Gran Bretaña. El *Führer* exigió que se le pusiera al corriente, lo antes posible, de los detalles de la incursión, y ya el 29 de diciembre tenía en su mesa un parte redactado por el OKW.

«Si los ingleses son lo suficientemente inteligentes –dijo Hitler– atacarán Noruega septentrional en más puntos. Mediante un ataque masivo de unidades de guerra y de tropas intentarán suplantarnos en aquel sector, ocupar Narvik y ejercer así cierta presión sobre Suecia y Finlandia. Todo ello podría tener una importancia decisiva en el desarrollo de la guerra».

Pronto se pusieron en camino 12.000 hombres para completar las filas de las divisiones de Falkenhorst, en Noruega. Y a éstos les siguieron otros 18.000, destinados a formar batallones de fortaleza; asimismo se constituyó una nueva división acorazada para apoyar a los defensores. Con el tiempo, y seguramente para rechazar otra posible incursión, las fuerzas destacadas en Noruega siguieron incrementándose, hasta el punto de que en 1944 los efectivos alemanes llegaron a un total de 372.000 hombres.

Si bien posteriormente se llevaron a cabo otras muchas e importantes acciones, como la de Bruneval, es preciso reconocer que entre los factores que contribuyeron a determinar este resultado tan favorable para los Aliados, uno de los más decisivos había sido la «significativa empresa de Vaags».

PETER YOUNG, GENERAL DE BRIGADA



Nacido en 1915, estudió en la «Monmouth School» y en el «Trinity College» de Oxford. Nombrado oficial en 1937, prestó servicio durante toda la segunda Guerra Mundial, distinguiéndose brillantemente en numerosas ocasiones. Herido durante la acción de Dunkerque, se ofreció luego voluntario para los servicios especiales y pasó más de cuatro años en el comando n.º 3, tomando parte en importantes incursiones, como la de las islas Lofoten y la de Dieppe. Al terminar la guerra mandaba la 1.ª Brigada de comandos. En 1946 estudió en la Escuela de Guerra de Camberley; de 1953 a 1956 mandó el 9.º Regimiento de la Legión árabe. Actualmente es jefe de la Sección de historia militar de la Real Academia de Sandhurst. Ha escrito numerosos libros y artículos.



UNA NUEVA ESTIRPE DE SOLDADOS

Además del adiestramiento normal a que eran sometidos los soldados del Ejército británico, los miembros pertenecientes a las unidades "comandos" debían seguir un entrenamiento especial que los preparaba para un nuevo tipo de acción bélica: los rápidos golpes de mano contra las fuerzas enemigas. Estos hombres debían distinguirse por su valor, resistencia física, espíritu de iniciativa e ingenio, dinamismo y precisión en el tiro, ya que estaban destinados a llevar a cabo breves pero peligrosas acciones en territorios ocupados por las fuerzas del Eje. A la izquierda: emblema de los "comandos"



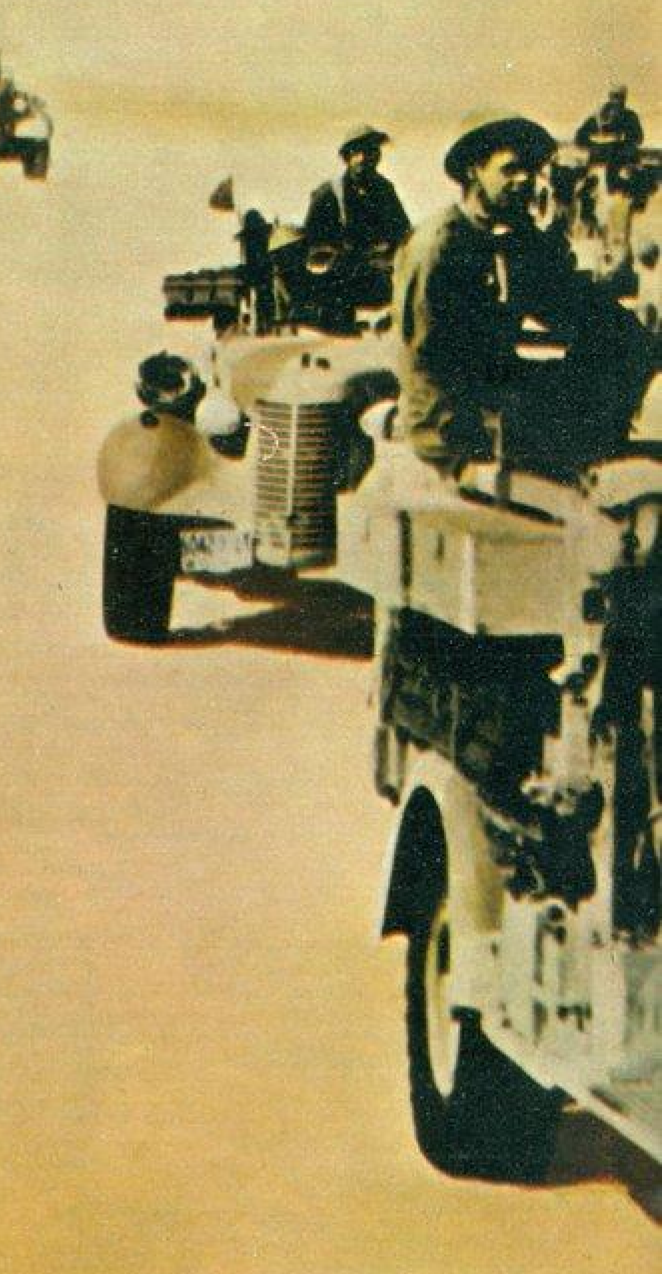
Las nuevas empresas exigían nuevos métodos. Arriba: una unidad de "comandos" en un ejercicio de desembarco efectuado bajo la protección de una cortina de humo. A la derecha: un ejercicio de ataque realizado en condiciones extremadamente reales: una carga que simula la explosión de un proyectil estalla mientras los soldados atraviesan un curso de agua. *(History of the Second World War)*



Arriba: el bautismo de fuego. En una fase avanzada del entrenamiento, una ametralladora dispara con munición de guerra, levantando la arena a pocos pasos de los soldados de un "comando" que está avanzando. Abajo: algunos elementos se adiestran en "eliminar" por sorpresa y sin hacer uso de las armas de fuego a un centinela, representado por un compañero. *(History of the Second World War)*



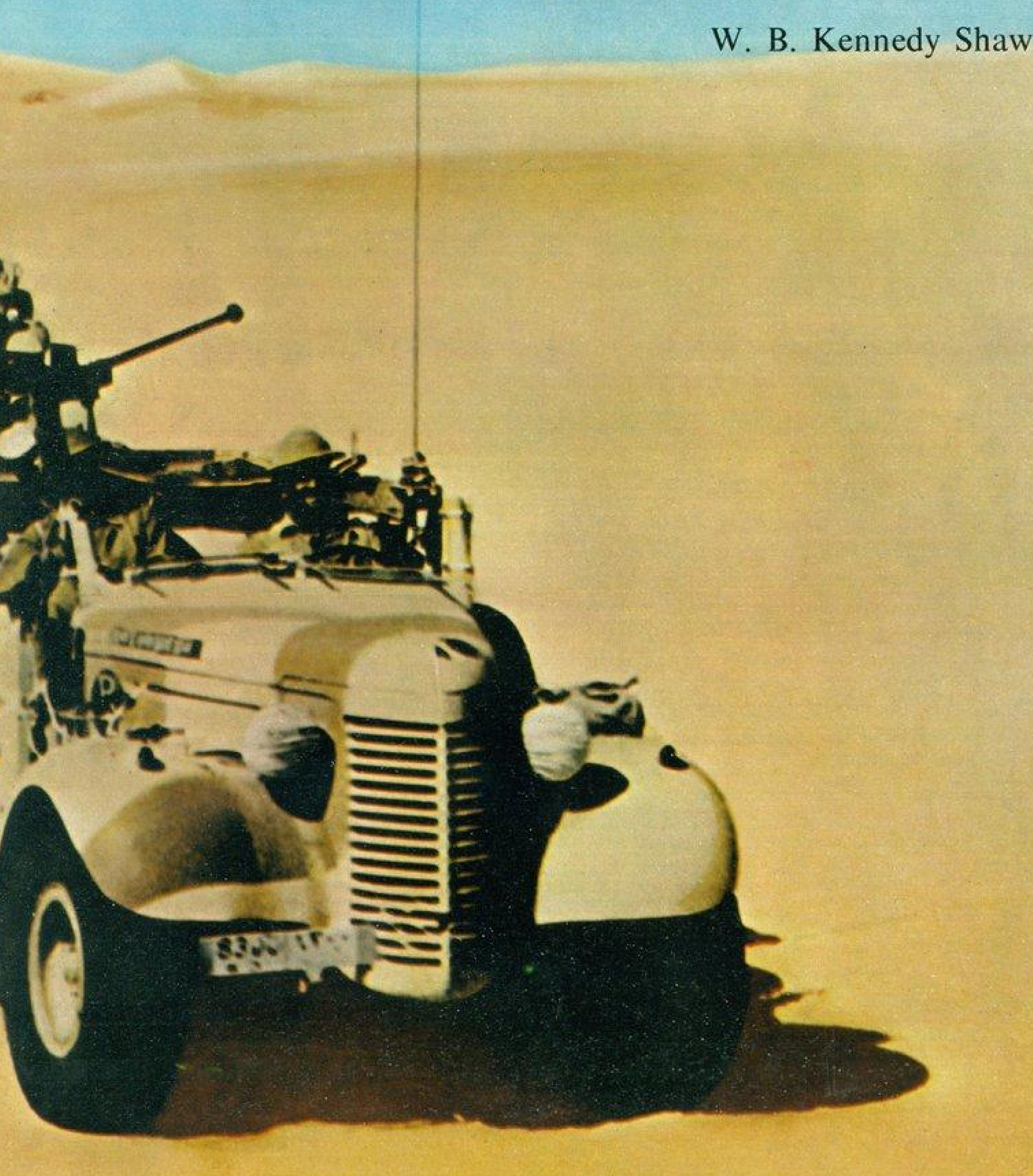
Las unidades autónomas no constituían una novedad absoluta para el Ejército de Gran Bretaña: en efecto, durante la primera Guerra Mundial T. E. Lawrence ya organizó a los árabes en la lucha contra los turcos, y en el desierto occidental las patrullas motorizadas ligeras habían avanzado y retrocedido por entre los oasis en camiones *Ford,* modelo T, modificados. Esta breve tradición de unidades heterodoxas, empeñadas en actividades de exploración y hostigamiento, fue mantenida durante la segunda Guerra Mundial por el LRDG *(Long Range Desert Group,* Grupo de gran radio de acción en el desierto) y por el SAS (*Special Air Service,* Servicio aéreo especial). Unas cuantas incursiones afortunadas fueron suficientes para demostrar la enorme importancia y eficacia de sus acciones.



Una patrulla del *Long Range Desert Group* (LRDG). Estos grupos autónomos del desierto, creados en 1940 por el comandante británico Bagnold, si bien desarrollaron principalmente una actividad de exploración a distancia, a menudo consiguieron crear, también en el campo enemigo, confusión y alarma. Esto obligó al Eje a emplear considerables fuerzas para salvaguardar sus líneas de abastecimientos. *(Imperial War Museum)*

LAS UNIDADES AUTÓNOMAS DEL DESIERTO

W. B. Kennedy Shaw, comandante



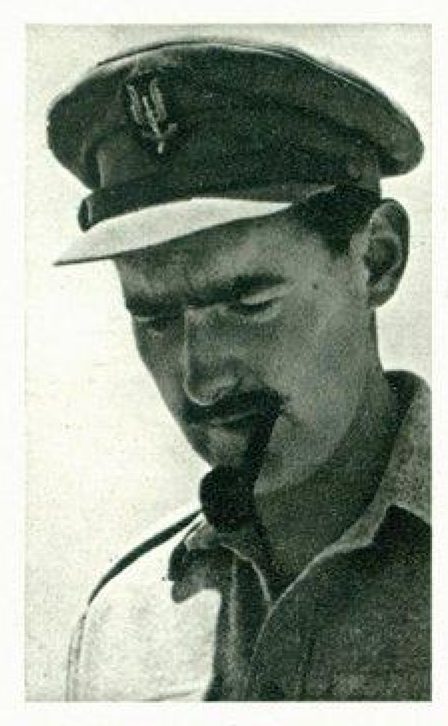


Aunque los historiadores militares no estén de acuerdo sobre su validez y pongan en duda la utilidad que pueda tener el hecho de distraer hombres y material de operaciones convencionales para asignarlos a unidades autónomas, no cabe duda de que éstas ocupan ya un puesto importante en la reciente historia militar inglesa. Casi siempre estas actividades han tenido su origen en la mente de un hombre. En 1915 fue T. E. Lawrence quien pensó contrarrestar la fuerza de los turcos con el Ejército árabe, y en 1943 Wingate tuvo la idea de los *Chindits*, mientras que en 1941 David Stirling creó el *Special Air Service*. Asimismo, en 1940 el comandante R. A. Bagnold ideó el *Long Range Desert Group*.

En las dos guerras mundiales el desierto que se extiende al oeste del delta del Nilo y al sur del Mediterráneo fue un disputado campo de batalla, y en ambas contiendas sus características topográficas impusieron las mismas y notables limitaciones a los movimientos de las fuerzas empeñadas. En la primera Guerra Mundial, la necesidad de los adecuados abastecimientos de forraje y de agua obligó a aquellas unidades, que utilizaban caballos y camellos, a operar en un radio de acción situado a pocos kilómetros de la costa. En la segunda, aunque la gasolina ya había ocupado el lugar del forraje, se evidenciaron las mismas limitaciones. Pero en ambas guerras hubo una excepción, representada por el empleo de medios de transporte motorizados a algunos centenares de kilómetros hacia el interior: en la primera Guerra Mundial, por parte de las patrullas motorizadas ligeras; y en la segunda, por parte del LRDG.

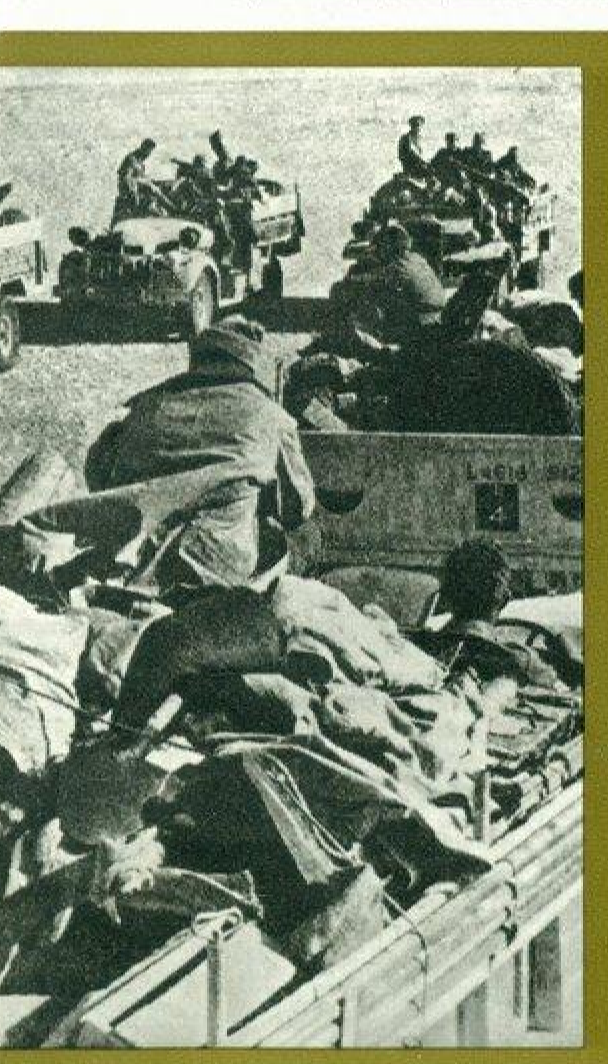
Si se exceptúa una faja de territorio de unos 40 km de anchura, situada en la zona de colinas de Cirenaica, el Yébel el-Akhdar, donde se registra una media anual de unos 50 cm de lluvia –suficiente para permitir la vida de la población instalada en aquel lugar de manera estable–, la zona de desierto occidental, a lo largo de la cual el Eje y los Aliados combatieron sus batallas «pendulares», tiene tan sólo de 8 a 16 km de anchura. La cantidad de lluvia que en ella cae (quizás 15 cm al año) basta tan sólo para que unos pocos árabes nómadas puedan apacentar sus rebaños; hay también algunas fuentes, pero a menudo de agua salobre. Las comunicaciones a lo largo de la costa son buenas: una carretera siempre practicable corre de Alejandría a Trípoli, flanqueada a lo largo de un breve tramo por una línea férrea.

En el interior se extiende el gran desierto libio, el desierto más árido y yermo del mundo, que cubre una superficie casi igual a la de la península india. En él se encuentran algunos oasis esparcidos, ricos en agua (que se extrae de pozos artesianos) y en torno a los cuales se agrupa casi toda la población. Pero allí no existe prácticamente la



Arriba: el comandante británico David Stirling, de los *Scots Guards*, creó en 1941 el *Special Air Service* (SAS). Stirling llevaba a cabo sus misiones solo o con pocos hombres, y en el curso de estas acciones logró destruir en tierra unos 200 aviones. A la izquierda y debajo: dos patrullas del *Long Range Desert Group* descansando en pleno desierto. Durante estos descansos se acostumbraba establecer los enlaces por radio y escuchar los noticiarios transmitidos desde radio Londres.

(Imperial War Museum) - (History of the Second World War)



lluvia: quizá se registre tan sólo un breve chaparrón una vez cada veinte años. Es tan árido y pobre, que difícilmente lo podría imaginar una persona habituada a vivir en un clima nórdico. Al no existir la lluvia, tampoco existe casi ninguno de los puntos de referencia naturales con los cuales un europeo, con un mapa en la mano, encuentra su camino: cursos de agua, lagos, cadenas montañosas, bosques y valles; ni siquiera hay los puntos de referencia «artificiales» –carreteras, ciudades, pueblos, líneas férreas y canales–, cuya existencia también depende, más o menos directamente, de la presencia del agua. Miles de años de calor, de frío, de viento y de tempestades de arena han forjado el paisaje desértico, nivelando las configuraciones de las eras geológicas pretéritas y transformándolas en llanuras infinitas de arena y guijarros, sobre los que un camión puede manejarse en cualquier dirección sin demasiadas dificultades.

Las primeras «patrullas del desierto» inglesas

En 1916, como en 1940, Egipto se encontraba frente a la amenaza de una invasión desde Occidente. En 1916 los invasores eran árabes procedentes de Cirenaica, secuaces de la secta de los senudis, equipados y alentados por los turcos y mandados por oficiales turcos y alemanes. Los italianos, que en aquella guerra eran aliados de Gran Bretaña, estaban conquistando Libia y eran, por consiguiente, hostiles a los senusis. A orillas del Mediterráneo la caballería inglesa derrotó a los árabes, mientras la amenaza de una invasión de estos últimos a través de los oasis fue eficazmente neutralizada por las patrullas motorizadas. Empleando camiones *Ford* modelos «T», con neumáticos estrechos (los de 89 mm se definían como «medida super»), los ingleses cubrían amplias zonas de desierto entre los oasis, demostrando (aun estando dotados tan sólo de simples condensadores colocados sobre los radiadores y de brújulas solares primitivas) lo que se podía hacer en estos desiertos con apropiados medios de transporte motorizados.

¿Cuál era la amenaza de invasión de Egipto en 1940? Como ya se ha dicho en otro lugar, cuando en junio de aquel año Italia declaró la guerra, disponía de numerosas divisiones en Tripolitania y en Cirenaica, todas ellas situadas en posiciones desde las cuales se podía alcanzar fácilmente la frontera egipcia. Las fuerzas inglesas disponibles en aquel momento eran tan inferiores, tanto en número como en equipo, que la amenaza contra Egipto era muy grave. Por otra parte, en el interior del desierto la situación era totalmente desconocida. En muchos oasis del interior de Libia, el más importante de los cuales era el de Cufra, los italianos tenían pequeñas guarniciones, con aeródromos y depósitos de reserva. Y desde estas bases podrían operar en dos direcciones.

- Desde Yébel el-Auenat, 250 km al sudeste de Cufra, una unidad equipada de modo adecuado, mandada por un jefe decidido y apoyada por la Aviación, podría alcanzar Wadi Halfa, a orillas del Nilo, donde sin duda podría sorprender, totalmente desprevenidos, a los defensores. Wadi Halfa era un punto de importancia vital para el sistema de comunicaciones inglés entre El Cairo y Jartum. En él las embarcaciones de transporte se encontraban con el ferrocarril, y allí se hallaba una base de apoyo para los aviones. Las operaciones contra el África Oriental italiana se organizaron desde el Sudán, y puesto que la Marina de Guerra italiana podía cerrar el mar Rojo en cualquier momento, era indispensable mantener abierta la línea del Nilo. Un ataque por sorpresa desencadenado con decisión desde Libia por los italianos podría tener como consecuencia el hundimiento de todas las embarcaciones de transporte y de las gabarras; asimismo sería posible inutilizar las instalaciones portuarias y las oficinas del ferrocarril, y destruir además todos los depósitos. Igualmente expuesta a un ataque por sorpresa desde Occidente estaba la presa de Assuán, esencial para la irrigación de las tierras del delta del Nilo.
- Al sur de Cufra, en la antigua ruta caravanera que va directamente al lago Chad, se extendía la provincia del Chad, perteneciente al África Ecuatorial francesa. Francia había caído en junio, y los franceses que se encontraban en África mantenían una actitud incierta. Algunos estaban a favor de Pétain y otros eran partidarios de De Gaulle; una fuerza italiana que se hubiera lanzado hacia el Sur, desde Cufra, habría podido convencer o vencer a los dudosos, aniquilando, incluso antes de que resurgiese, el espíritu de la Francia Libre. Además, apoderándose de Fort Lamy, los italianos estarían en situación de poder interrumpir la ruta a lo largo de la cual, cerrado el Mediterráneo, los refuerzos de aviones llegaban a Egipto desde el África occidental, vía Jartum y Wadi Halfa.

Pero lo cierto es que los italianos no llevaron a cabo ninguno de estos proyectos. Y sin embargo, en aquella fase de la guerra, lo más prudente era partir de una suposición contraria.

¿Y de qué modo podrían descubrir los ingleses lo que estaban haciendo los italianos? El reconocimiento aéreo no iba a ser de gran ayuda. La RAF no tenía entonces aviones suficientes para destinarlos a una misión de este género; y, aunque los hubiera tenido, las distancias eran superiores a su autonomía de vuelo. Por otra parte, habría sido más fácil encontrar una aguja en un pajar que localizar una columna enemiga en aquel inmenso desierto. Por lo tanto, se llegó a la conclusión de que las informaciones debían obtenerse en tierra.

Exploraciones a escala reducida

Llegados a este punto, debemos volver atrás unos quince años. Como ya se ha dicho, durante la primera Guerra Mundial las patrullas motorizadas demostraron las grandes posibilidades que se ofrecían con el empleo de vehículos motorizados en el desierto; no obstante, al acabar la guerra, aquellas patrullas fueron disueltas y disminuyó mucho el interés por los viajes de exploración en el interior. Sin embargo, a mediados de la década de los años veinte, renació cierta curiosidad a este respecto entre los oficiales del Ejército destinados en Egipto. El jefe de este grupo era R. A. Bagnold, quien a la sazón ostentaba el grado de comandante de Transmisiones. Los nuevos exploradores comenzaron a actuar a escala reducida: primero con simples giras de fin de semana por los alrededores de El Cairo, y luego lanzándose más allá, hasta el Sinaí, Transjordania y el oasis de Siwa. En 1929 algunos ya habían penetrado en el gran mar de arena, y en los diez años siguientes las expediciones se transformaron en verdaderas exploraciones a gran escala, que cubrían distancias del orden de 800-1000 km, al Sur hacia el Sudán noroccidental, y al Oeste hasta los límites de la Libia italiana y del África Ecuatorial francesa.

En el curso de estos viajes en automóvil se asimilaron tres enseñanzas muy importantes. En primer lugar cómo moverse en el desierto basándose en brújulas goniométricas y en el cálculo de poligonales construidas mediante taquímetros y reguladas sobre puntos astronómicos fijos. En segundo lugar, cómo vivir en el desierto, qué ropa llevar, qué comer y qué cantidad mínima de agua beber. Por último, cómo lograr que se moviesen vehículos de ruedas sobre mares de arena, plataformas rocosas y planicies de guijarros.

En octubre de 1939, Bagnold, aunque destinado al Ejército destacado en África Oriental, se encontraba en Egipto, pues el buque en que viajaba fue averiado en el Mediterráneo y tuvo que detenerse en Alejandría para las reparaciones necesarias. Cuando Italia era todavía neutral, Bagnold ya había tramitado, cerca de las competentes

autoridades militares, una propuesta relativa a la constitución de un pequeño grupo destinado a operar en el desierto; pero fue en junio de 1940, rotas ya las hostilidades, cuando la propuesta llegó al general Wavell. Seis semanas después el LRDG estaba en plena actividad.

Durante algunos meses se actuó bajo el signo de la improvisación, puesto que las fuerzas inglesas en Egipto andaban escasas de todo. Cuando el LRDG hubo reunido las armas necesarias, en El Cairo quedaron tan sólo tres ametralladoras; por otra parte, como los ingleses no poseían ningún vehículo adecuado, los primeros camiones de la unidad recién creada se compraron en la misma ciudad o se pidieron al Ejército egipcio. Estos camiones se modificaron basándose en las experiencias adquiridas en los años anteriores a la guerra: se les pusieron ballestas más resistentes, se les quitó la cabina y las puertas y se colocaron condensadores sobre los radiadores.

Del grupo que Bagnold había reunido antes de la guerra, tres o cuatro hombres permanecían aún en Oriente Medio o en África, los cuales fueron reclamados inmediatamente para prestar servicio en calidad de oficiales. Las primeras tres patrullas se constituyeron con soldados procedentes de la división neozelandesa y más tarde, cuando se fortaleció la unidad, llegaron numerosos voluntarios de la brigada de Guardias de los *Yeomanry* y de la unidad rhodesiana.

Las primeras patrullas contaron con un considerable número de hombres; pero, finalmente, la estructura tipo era de un oficial y unos quince soldados con una dotación de cinco vehículos. De los hombres, cuatro eran especialistas: un radiotelegrafista, un «navegante» (que comprobaba la ruta), un mecánico ajustador y un sanitario; los otros eran conductores y sirvientes de las armas.

Pero sin un sistema adecuado de enlace, una patrulla era un elemento inútil, por cuanto no podía recibir órdenes ni transmitir informaciones. Para dar una idea de la entidad de los problemas relacionados con las comunicaciones, bastará indicar la distancia en kilómetros de su puesto de mando de grupo de diez distintas patrullas en un día cualquiera de 1942: 0,0, 190, 190, 415, 500, 960, 1000 y 1120.

Aquellos hombres llevaban una vida dura. No podían disponer de alimentos frescos; toda su comida estaba constituida por géneros enlatados, y las raciones de agua no alcanzaban los 3,5 litros diarios, cantidad suficiente en invierno, pero que desde luego resultaba muy escasa en pleno verano, sobre todo en aquel clima.

Desde el punto de vista de la navegación, como también desde el de la táctica, es exacto el parangón que tan a menudo se establece entre el mar y el desierto. La ausencia de puntos de referencia obliga al navegante en alta mar a confiar en el sol, las estrellas, la brújula y la corredera para localizar su propia posición, en el desierto, casi igualmente desprovisto de los característicos elementos reconocibles (elementos que, incluso cuando existen, rara vez aparecen señalados en los mapas), el «navegante» debía recurrir a los mismos medios. El método empleado por las patrullas del LRDG se basaba en el uso de una brújula goniométrica y en el cálculo de poligonales, construidas mediante las indicaciones proporcionadas por el taquímetro; los datos así obtenidos se confrontaban con los conseguidos, por la noche, mediante la observación de las estrellas y, cuando las condiciones lo permitían, por la posición del sol al mediodía. En los camiones la brújula goniométrica proporcionaba directamente el efectivo ángulo de la dirección seguida y no se resentía por el magnetismo del vehículo. Empleando estos métodos, un «navegante» experto del desierto podía llegar al objetivo, dentro de un radio de 3 km, tras una marcha de 160 km.

De antemano se excluyó la posibilidad de proveer de la adecuada coraza a los camiones, de 1,5 toneladas empleados por el LRDG, a causa del peso suplementario que esto habría implicado. Afortunadamente, gracias a las armas de que estaban dotados –al principio fusiles ametralladores *Lewis* y fusiles contracarros *Boyes*; luego ametralladores *Browning*, *Vickers K* y *Vickers* de 12,7 mm–, tenían una elevada potencia de fuego. En un principio cada patrulla disponía de un cañón contracarro *Bofors*, de 37 mm, montado en la parte posterior del camión; más tarde, este tipo de cañón se sustituyó con las ametralladoras *Breda*, de 20 mm, capturadas a los italianos. La autonomía operativa normal era, en cuanto a distancia, de 1750 km, y de tres semanas en cuanto a las reservas de víveres y de agua; esta autonomía pudo aumentarse muy pronto con el establecimiento, en zonas avanzadas, de depósitos de gasolina.

Para que la unidad pudiera operar con éxito era indispensable que contara con una base segura, donde los hombres pudieran reposar y refrescarse, se repararan los camiones y los equipos, y en la que fuera posible instalar un puesto de mando fijo para el enlace por radio. Los puestos de Siwa y Cufra (y, a continuación, los de Zella y Hon) respondían perfectamente a estas exigencias. Para liberar un camión hundido en la arena se empleaban esteras de cañamazo y planchas de acero con perfil de canalón, colocadas ante las ruedas anteriores y posteriores; era una operación a la que los hombres de las patrullas se veían obligados a recurrir muy a menudo.

En aras de la verdad histórica, vale la pena recordar el origen de aquellas planchas de acero con que estaban dotados millares de vehículos de transporte en el desierto occidental.

En 1926, mientras preparaba su segundo viaje al Sinaí, Bagnold trabajaba por encontrar algún dispositivo que le permitiera atravesar los pequeños regatos de agua que en un viaje precedente le habían creado algunas dificultades.

El fue realmente su inventor.

En agosto de 1940 los preparativos ya estaban ultimados y la unidad se hallaba dispuesta para entrar en acción. Y puesto que Cufra era la base ideal desde la que los italianos podrían operar contra el valle del Nilo o la provincia del Chad, dos patrullas se lanzaron a reconocer todas las direcciones que, en sentido radial, partían desde aquel oasis. Para alcanzar dicho objetivo, atravesaron un inmenso mar de arena (aproximadamente una extensión semejante a la de Irlanda), cubierto por cadenas paralelas de dunas cuya altura era de 100-120 metros. Del examen de las pistas y del correo oficial interceptado a consecuencia de la captura de un pequeño convoy destinado al transporte de abastecimientos, se dedujo claramente que, en aquel momento, los italianos no estaban ni siquiera pensando en la posibilidad de lanzar una ofensiva.

Esta actitud pasiva por parte del enemigo aseguraba al LRDG la posibilidad de adoptar una táctica más agresiva, táctica que se tradujo muy pronto en pequeñas incursiones contra la guarnición italiana de Yébel el-Auenat y contra un puesto avanzado del oasis de Gialo. Tales incursiones, efectuadas por vehículos no acorazados y a una distancia de 800 o más km de sus bases, lógicamente no podían ser otra cosa que «alfilerazos» breves y molestos, y los daños materiales que se causaban al enemigo eran desde luego de muy pequeña cuantía. Sin embargo, se adaptaban muy bien al cuadro de la política del general Wavell: engañar al enemigo y hacerle salir de la carretera.

La primera incursión: el enemigo desprevenido

En enero de 1941 el LRDG se dispuso a llevar a cabo el plan más ambicioso intentado hasta aquel momento. Un destacamento de 75 hombres y 25 camiones salió de El Cairo para atacar el oasis de Murzuch, importante posición italiana en Libia sudoccidental. Este ataque implicaba un viaje de 2400 km a través de mares de arena. Condición indispensable era evitar que la columna fuera descubierta mientras estaba todavía en marcha y para ello se tomaron todas las medidas imaginables. Y en efecto, en aquel viaje de 17 días los ingleses encontraron en su camino tan sólo a tres árabes. Cuando Murzuch se hallaba todavía a dos jornadas de marcha, se efectuó la conjunción con un grupo simbólico de soldados de la Francia Libre, los cuales, llevando consigo reservas de gasolina, habían atravesado el desierto hasta alcanzar la cima septentrional de las montañas del Tibesti. Aunque se trataba únicamente de cinco hombres, esta patrulla, que se puso en movimiento a consecuencia de los acuerdos establecidos con los franceses de Fort Lamy, partidarios de De Gaulle, representaba el primer núcleo del movimiento de la Francia Libre que participaba en una acción bélica contra el Eje después de la caída de Francia.

El ataque contra Murzuch sorprendió totalmente a los italianos. Se incendió el fuerte con granadas de mortero y se incendiaron también tres aviones que se hallaban en el interior del hangar. Las pérdidas inglesas fueron dos muertos y tres heridos.

El éxito alcanzado en Murzuch indujo a los franceses a apoyar con mayores bríos su idea de un ataque contra Cufra. El coronel D'Ornano, comandante de las fuerzas del Chad, había sido una de las dos víctimas de la incursión contra Murzuch y su puesto lo cubrió el general Leclerc. Para el ataque contra Cufra Leclerc disponía tan sólo de 100 soldados franceses y 330 indígenas; sin embargo el problema más grave no era éste, sino la escasez de armas y de medios de transporte; debería contentarse con lo que lograse encontrar o improvisar sobre el terreno. Faya, la base más próxima, estaba a casi 1000 km al sur de Cufra, mientras la localidad más cercana, donde sería posible encontrar agua, era Tekro, que distaba unos 650 km. Pese a tantas dificultades, Leclerc logró superar todos los obstáculos y el día 1 de marzo de 1941 consiguió que la guarnición italiana de Cufra se rindiera.

Las patrullas del LRDG que habían llevado a término la incursión contra Murzuch fueron asignadas a Leclerc para que efectuara el ataque contra Cufra; pero el 31 de enero una de ellas, que se lanzó a una misión de exploración a un centenar de kilómetros al sur del oasis, se enzarzó en un breve combate con la compañía sahariana motorizada italiana, combate en el que llevó la peor parte. Estos destacamentos italianos correspondían al LRDG en cuanto a las misiones que llevaban a cabo, pero no en cuanto a su importancia. La patrulla inglesa perdió cuatro hombres (uno muerto y tres prisioneros, incluido Clayton, el comandante de la patrulla). Fue ésta una de las pocas ocasiones en que los italianos lograron asegurarse una eficaz cooperación aire-tierra entre sus tres bombarderos coloniales *Ghibli* y el destacamento. Después de este incidente las patrullas del LRDG no tomaron parte en el ataque contra Cufra y regresaron a El Cairo, tras haber recorrido en seis semanas 7200 km.

Inmediatamente después de la caída de Cufra, los franceses retiraron poco a poco sus fuerzas para preparar un avance en el Fezzan y, en abril de 1941, el dominio del oasis lo asumió un batallón del LRDG. En los siguientes veinte meses Cufra demostró ser una excelente base para el LRDG, el *Special Air Service* y la *Sudan Defence Force* (Fuerza de defensa sudanesa) en todas sus operaciones contra el descubierto flanco meridional del enemigo, que actuaba a lo largo de la costa.

No obstante, el problema de los abastecimientos continuaba siendo muy grave. A excepción del agua, todo lo que necesitaba en el oasis debía llegar de Wadi Halfa, a orillas del Nilo, y esto significaba un angustioso viaje de más de 200 km en el que los convoyes de la *Sudan Defence Force* empleaban cerca de tres semanas.

El traslado desde El Cairo significó también que los talleres para la reparación del armamen-

TRIPLE DUELO EN EL DESIERTO

Arriba: carros de combate alemanes «Mark III» en lucha contra la infantería aliada. Gran parte de los éxitos alemanes en los combates invernales se puede atribuir a la indudable superioridad de sus carros de combate. Rommel siempre sostuvo la validez de la utilización, en el campo táctico, de los carros como la más eficaz fuerza de choque contra las defensas de la infantería; en cambio, los Aliados empezaban a darse cuenta entonces de la necesidad de disponer de carros de combate perfectos desde el punto de vista mecánico. En el centro: un cañón alemán de 88 mm, dispara contra un carro de combate «Matilda» cerca de Marsa el-Brega. Durante mucho tiempo, los «Matilda» fueron un temible adversario a causa de su fuerte coraza; pero los alemanes disponían de dos excelentes armas contra ellos: el cañón de 88 mm, con su doble empleo antiaéreo y contracarros, y el cañón de 50 mm; ambos lograban superar fácilmente los medios acorazados británicos. Más tarde, los Aliados fabricaron carros de combate superiores a los «Matilda»; pero el cañón alemán de 88 mm fue siempre, hasta el fin de la guerra, un arma insuperable. Abajo: sirvientes de cañones de 25 libras británicos disparan contra ametralladores y carristas alemanes en la zona de Acroma. Una artillería de «brazo largo» puede ser un elemento decisivo y en este aspecto los ingleses eran superiores. No era agradable estar expuesto al tiro de estos cañones de 25 libras, que, por su largo alcance, difícilmente podían ser contrarrestados.

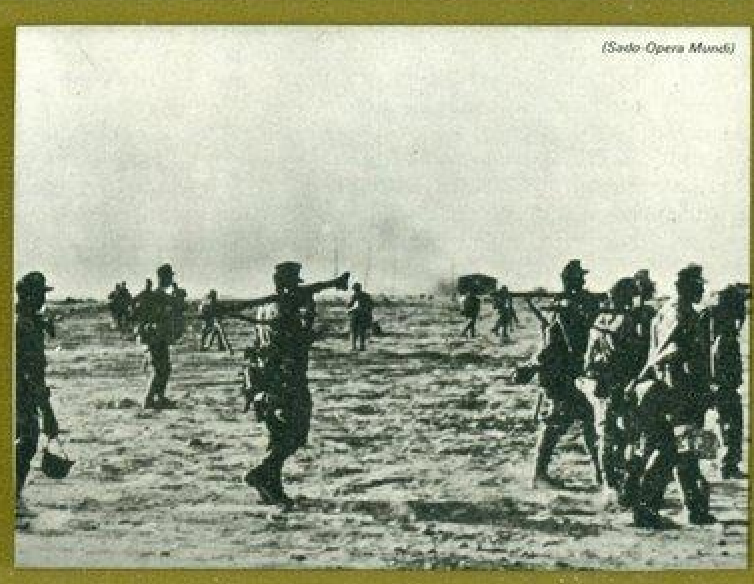














Camión Chevrolet de 1,5 toneladas
Los primeros y raros ejemplares de este camión, que constituían la dotación básica de las patrullas del LRDG, se compraron en El Cairo o se pidieron al Ejército egipcio. No se hizo jamás el menor intento para unificarlos: cada vehículo se modificó de acuerdo con lo que su comandante creía más conveniente. Se les dotó de una elevada potencia de fuego, empleando al principio fusiles ametralladores *Lewis* y fusiles contracarros *Doyes*, y luego ametralladoras *Browning*, *Vickers K* y *Vickers* de 12,7 mm. Los primeros camiones montaron también un cañón *Bofors* contracarro de 37 mm, colocado en la parte posterior; pero luego se le sustituyó por la ametralladora *Breda* italiana, de 20 mm, botín de guerra. El radio de acción normal de estos vehículos era de 1100 millas (1760 km), llevando consigo el equivalente de tres semanas de abastecimientos en comida y agua.

to, que estaban en la ciudad, ya no podrían ser utilizados y, por tal motivo, al LRDG se le asignó una sección de taller ligero de campaña.

En los primeros tiempos la carencia de gasolina obligó a las patrullas a limitarse a guarnecer los oasis vecinos de Tazerbo y El-Zighen; pero ya a fines de junio llegó a Cufra la *Sudan Defence Force*, y, disponiendo de mayor cantidad de carburante, el LRDG pudo ampliar su radio de acción. Se ocupó de una manera especial en reconocer el terreno (para valorar la viabilidad) en la zona situada al sur de Agedabia y del golfo de Sirte, teniendo presente la posibilidad de un avance inglés hacia Trípoli. El trabajo de comprobar la viabilidad –o sea, el grado en que el terreno permitía el movimiento de los carros de combate, de los medios de transporte o la preparación de pistas de aterrizaje– fue al que las patrullas dedicaron su máximo esfuerzo.

Durante la primavera y el verano de 1941, mientras un escuadrón se encontraba en Cufra, el otro estaba en Siwa. A este último se le empleó en varias misiones: operar contra la guarnición italiana de Giarabub, vigilar los movimientos de fuerzas enemigas en la vertiente meridional del Yébel el-Akhdar, abrir fuego contra convoyes enemigos apenas se presentase la ocasión, verificar la viabilidad del terreno en aquella zona, hacer de guía a otras unidades, etc. Se dedicó mucho tiempo al transporte (desde y por las zonas de colinas de Cirenaica) de agentes secretos, de los abastecimientos correspondientes y de las radios con las cuales se mantenían en contacto con El Cairo; así como al envío a la retaguardia de los soldados fugitivos de los campos de concentración enemigos y de los tripulantes de aviones abatidos y que, lanzándose en paracaídas, encontraron refugio entre árabes anglófilos.

En los primeros días de noviembre de 1941 el batallón de Cufra se trasladó a Siwa, donde la unidad se reagrupó en espera de la inminente ofensiva inglesa (Operación «Crusader») contra las posiciones del Eje a lo largo de la frontera egipcia. En estas operaciones la misión del LRDG fue la de no perder de vista los movimientos de las fuerzas enemigas en el interior y atacar apenas se presentase la ocasión. Las patrullas operaron en una amplia zona, atacando a las columnas motorizadas a lo largo de las carreteras costeras, al oeste de Trípoli y al sur de Bengasi, y retirándose a posiciones ocultas durante el día para volver de improviso al caer la noche; pero siempre en un punto bastante lejano al del día anterior.

Las patrullas del LRDG tendieron además emboscadas a columnas motorizadas enemigas que marchaban a lo largo de las pistas de la vertiente meridional del Yébel el-Akhdar, e incluso lograron apoderarse de un fortín en el desierto. Más al Oeste, en las cercanías de El-Agheila una patrulla neozelandesa formó una columna motorizada a cuya cabeza iba un autocarro italiano capturado; durante la noche la columna avanzaba kilómetros y kilómetros a lo largo de la carretera de la costa, disparando contra los hombres y los medios de transporte que les salían al encuentro.

Los compañeros del desierto: LRDG y SAS

Fue en noviembre de 1941 cuando el SAS y el LRDG operaron juntos por primera vez. Al mando del SAS se hallaba el comandante David Stirling, que formó parte de las *Scots Guards* al comienzo de la guerra y después fue trasladado a Oriente Medio con el comando n.º 8; cuando esta unidad fue disuelta, propuso al general Wavell constituir otra que pudiera operar a retaguardia de las líneas enemigas, destruyendo aviones, vehículos, depósitos y líneas telefónicas. Wavell aceptó la sugerencia y decidió formar una unidad que comprendiese, en su primera fase, seis oficiales y 60 hombres. Durante meses la nueva unidad se adiestró en el lanzamiento en paracaídas, en trabajos de demolición y en prolongadas marchas sobre terrenos muy accidentados, de día y de noche y a las temperaturas más dispares. En noviembre el SAS estuvo en situación de emprender su primera operación.

El plan preveía que la noche del 16 de noviembre, en vísperas de la Operación «Crusader», sus hombres se lanzaran en paracaídas en el sector de Ain el-Gazala para atacar los aeródromos enemigos. Pero aquella noche las condiciones atmosféricas eran prohibitivas: lluvia torrencial, fuerte viento y mínima visibilidad. En consecuencia, los aviones de la RAF no lograron localizar los objetivos y los hombres del SAS fueron lanzados muy lejos de los mismos: un avión de transporte *Bombay*, que había perdido su ruta, acabó aterrizando en una pista alemana, donde fue capturado con todos los hombres de su tripulación. En resumen, la operación fue un fracaso rotundo.

Una patrulla del LRDG estaba esperando al sur de Ain el-Gazala para recoger a los paracaidistas, después del ataque, y devolverlos a Siwa; pero sólo 22 hombres llegaron al lugar de la cita.

El 25 de noviembre, una columna rápida, al mando del general de brigada Reid, salió de Gia-

Al lado: Un soldado de LRDG apunta su fusil ametrallador *Lewis*, montado en el camión en posición antiaérea. Las primeras incursiones de las unidades autónomas del desierto las llevaron a cabo unos pocos elementos y consistían en rápidas acciones ofensivas realizadas a 800 km o más de la base, con el fin de desviar y confundir al enemigo. Los medios empleados eran camiones «Chevrolet 20», adaptados de acuerdo con las necesidades del momento. Abajo: Unidad del *Special Air Service* en sus «jeeps». El 16 de noviembre de 1941 los hombres del SAS se lanzaron en paracaídas en el sector de Ain el-Gazala para desencadenar un ataque contra los aeródromos del Eje. Una patrulla del LRDG debía apoyar su acción en tierra y transportarlos luego a Siwa. Pero sólo 22 hombres alcanzaron el lugar de la cita. La incursión fracasó a causa de las malas condiciones atmosféricas, que impidieron a la RAF localizar con nitidez los objetivos.

(Bapty C.° Ltd.)





rabub, 130 km al Este, y consiguió apoderarse del oasis de Gialo, ocupado por los italianos. Entonces Stirling, decidido a que no fracasase la segunda prueba, llevó a Gialo los restos del SAS con la intención de cooperar con Reid, y un día o dos después llegó un escuadrón del LRDG para efectuar incursiones al Norte y al Oeste.

Entre las dos unidades se inició entonces una colaboración que se prolongó con óptimos resultados durante muchos meses, hasta que el SAS obtuvo medios de transporte propios. En el transcurso de los meses de noviembre y diciembre, desde Gialo se lanzaron incursiones contra aeródromos del Eje situados a lo largo de la costa, en el curso de las cuales el SAS afirmó haber destruido en tierra unos 100 aviones enemigos. Por la noche una patrulla motorizada del LRDG conducía a los elementos del SAS a una distancia del objetivo que podía recorrerse a pie. Y entonces, amparados por la oscuridad, aquellos hombres llegaban a las pistas de aterrizaje y colocaban en los aviones cargas provistas de dispositivos de explosión retardada. Antes del alba alcanzaban de nuevo a los hombres del LRDG, y al despuntar el día la patrulla estaba ya a salvo, bastante lejos y en pleno desierto para no temer eventuales reconocimientos enemigos.

Casi siempre salían airosos de su misión; pero un día la patrulla fue interceptada por cazas alemanes y todos los camiones, a excepción de uno, fueron destruidos y los hombres tuvieron que dispersarse. Aunque sólo hubo una víctima, los supervivientes, sin agua y sin alimentos, se vieron obligados a caminar más de 300 km para ponerse a salvo en Gialo.

El LRDG era, sobre todo, un grupo dedicado a acciones de exploración; y, en efecto, llevó a cabo esta misión tanto en el período que ya hemos descrito como, en medida mucho mayor, durante los sucesivos meses de la campaña del Norte de África. Pero también desempeñaba otro papel, quizá no menos importante que el primero: infligir pérdidas al enemigo y «crear un clima de alarma y desaliento». Todos los comandantes enemigos miraban a su espalda con aprensión, temiendo siempre por la seguridad de sus vías de comunicación; no hay duda de que estos ataques desencadenados por el LRDG y el SAS, y completamente imprevisibles en cuanto a tiempo y lugar, obligaron al Alto Mando del Eje, en su intento de neutralizarlos, a distraer muchos hombres, medios de transporte y aviones de las operaciones principales que se desarrollaban a lo largo de la costa.

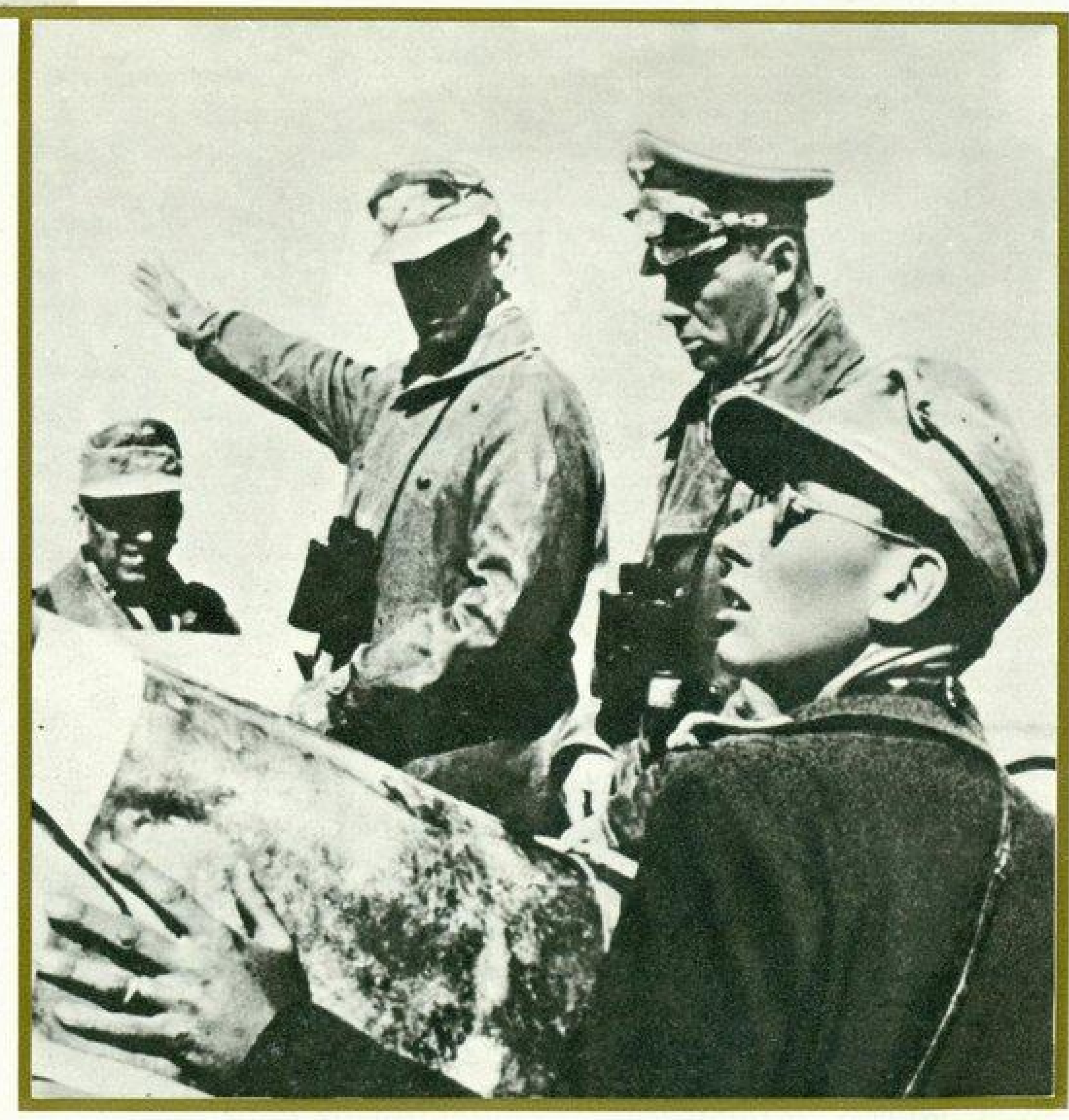


W. B. KENNEDY SHAW, COMANDANTE

Nacido en 1901, estudió en Radley y en Oxford. Mientras prestaba el servicio militar en el *Sudan Forest Department*, en los años 1924-29, participó en la primera expedición por el desierto, con Douglas Newbold: un viaje en camello de 3200 km. De 1930 a 1935 trabajó en excavaciones arqueológicas en Egipto y en Palestina. En 1930 y en 1932 acompañó al general de brigada Bagnold, fundador del LRDG, en algunas expediciones con vehículos por el desierto libio. Prestó servicio en el LRDG desde el momento de su constitución (1940) hasta el fin de la campaña de África, y en 1943-44 fue consejero para asuntos árabes de la administración militar inglesa de Tripolitania. Entre 1944-45 combatió en la Brigada SAS. Se le concedieron dos condecoraciones al valor en 1941 y 1943. Ha publicado un libro (*Long Range Desert Group*, 1945) y numerosos artículos sobre exploración del desierto libio.

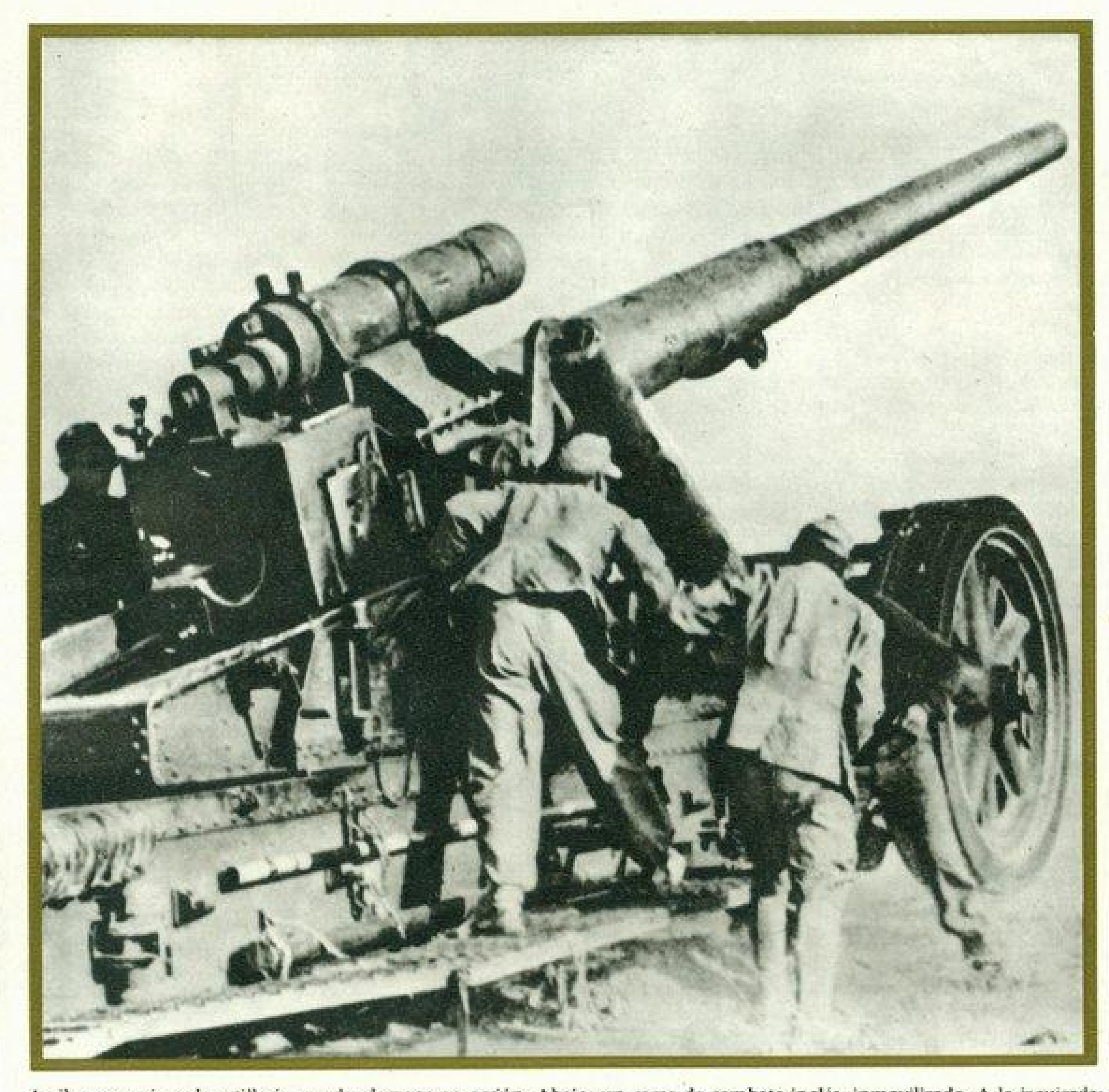


ROMMEL RECUPERA LA INICIATIVA



ALFRED GAUSE,
teniente general

A mediados de enero de 1942 las unidades de vanguardia de Auchinleck habían alcanzado el golfo de Sirte, y Cirenaica parecía ya perdida para las exhaustas unidades acorazadas del Eje. Pero, en realidad, lo que sucedía era que se estaba repitiendo el esquema de la guerra en el desierto: mientras las fuerzas de Rommel se replegaban hacia sus bases de Tripolitania, el Ejército británico se alejaba cada vez más de las suyas en Egipto. Todavía no habían transcurrido dos semanas desde que la Operación "Crusader" perdiera su impulso en El-Agheila cuando Rommel atacaba ya las posiciones avanzadas inglesas, obligando al Ejército 8 a volver sobre sus pasos y por carreteras un tanto precarias, hacia la frontera egipcia. De nuevo triunfaba el "Zorro del desierto". He aquí el relato del avance de Rommel hasta Ain el-Gazala, narrado por el hombre que estuvo a su lado en calidad de jefe de Estado Mayor.



Arriba: una pieza de artillería pesada alemana en acción. Abajo: un carro de combate inglés, inmovilizado. A la izquierda: Rommel con algunos oficiales del Estado Mayor del «Afrikakorps». Cuando el jefe del Estado Mayor General italiano, Ugo Cavallero, retiró a Rommel su autoridad sobre los Cuerpos de Ejército italianos X y XXI, sólo apoyaron al DAK el Cuerpo de Ejército XX y la División Ligera 90 alemana. *(Ullstein) - (Sado-Opera Mundi) - (Rijksinstituut voor Oorlogsdocumentatie)*



En los últimos días de 1941 y primeros de 1942 había mejorado la situación de las fuerzas del Eje en el teatro de operaciones del Norte de África. En el transcurso de los últimos diez días de diciembre se consiguió neutralizar más eficazmente la aviación enemiga, gracias a haberse agregado dos *Gruppen* de caza a las unidades del *Fliegerführer Afrika* (comandante operativo de la *Luftwaffe* en África septentrional) y completado los efectivos de las unidades alemanas de bombarderos en picado *(Stukas)* y de cazas pesados. En cambio, el potencial aéreo británico se había reducido como consecuencia del envío de fuerzas a Extremo Oriente, medida muy necesaria después de la entrada del Japón en guerra (el 7 de diciembre) y tras los éxitos logrados por la Escuadra japonesa el siguiente día 10.

La *Luftwaffe* seguía atacando a Malta con éxito creciente. En el mar los ingleses habían perdido el portaaviones *Ark Royal* y el acorazado *Barham*, mientras en Alejandría, el 19 de diciembre de 1941, los dos acorazados que le quedaban al almirante Cunningham, el *Queen Elizabeth* y el *Valiant*, quedaban fuera de combate por obra de algunos medios de asalto de la Marina italiana. Al día siguiente tres cruceros y cuatro destructores con base en Malta se habían adentrado en un campo de minas, sufriendo graves averías, y poco después otro crucero inglés fue echado a pique por un *U-Boot*. Por aquellos días, los únicos buques de guerra de que podían disponer los ingleses, entre Gibraltar y Alejandría, eran tres cruceros y algunos destructores y submarinos.

El mejoramiento de la situación en el mar y en el aire implicó asimismo una notable mejora en los transportes alemanes, mejora que empezó a manifestarse durante la segunda quincena de diciembre. En septiembre de 1941 las pérdidas de buques mercantes por parte del Eje ascendieron a 92.000 toneladas; pero en enero de 1942 esta cifra descendió a 40.000. Por consiguiente, los alemanes pudieron compensar los vacíos provocados por las graves pérdidas sufridas en el transcurso de la campaña de invierno. Desde el inicio de las operaciones en el Norte de África hasta febrero de 1942 el famoso *Afrikakorps* había perdido el 33 % de sus efectivos y los italianos el 44 %; tales pérdidas se registraron principalmente en el período que finalizó en diciembre de 1941. En los combates murieron los comandantes de dos divisiones alemanas; otro comandante en jefe de división cayó prisionero y otro más halló la muerte frente a Tobruk en abril de 1941. Asimismo se había perdido más del 80 % de los medios acorazados y del 40 % de los cañones. Pero también los ingleses perdieron más de 17.000 hombres y una gran cantidad de material. En resumen, se trataba de una repetición de la situación del verano de 1941: una carrera para ver quién sería el primero en volver a completar las filas de las propias unidades.

Sin embargo, en esta ocasión las fuerzas acorazadas alemanas e italianas tenían dos bazas a su favor: las líneas de abastecimientos que terminaban en Trípoli eran más cortas y, gracias a los ataques contra Malta, los convoyes que atravesaban el Mediterráneo estaban mejor protegidos. Sangre fresca fluía a las venas de aquellas unidades, tan desgastadas ya por las largas batallas sostenidas: el número de carros de combate a disposición de Rommel ascendió a 120 y, al mismo tiempo, la mayor disponibilidad de carburante permitía de nuevo emprender operaciones de mayor radio de acción. No obstante, todo ese flujo de abastecimientos debía pasar todavía a través del puerto de Trípoli, puesto que por razones políticas Hitler había rechazado la proposición de Rommel de enviar parte de los mismos por la ruta más breve y más segura que era la de Túnez.

Tras haber alcanzado el golfo de Sirte en El-Agheila, los ingleses creyeron haber infligido tal derrota a las fuerzas acorazadas del Eje que ya no podrían llevar a cabo ninguna actividad efectiva en un futuro inmediato. Quizá fueron los

informes optimistas enviados por Auchinleck a Churchill los que indujeron a la agencia Reuter a comunicar desde El Cairo, el día 26 de diciembre, la siguiente noticia: «Los restos del *Afrikakorps* y del Ejército italiano están en retirada a lo largo del golfo de Sirte, por la carretera que conduce a Trípoli. Nuestro objetivo principal –destrucción de las tropas enemigas en el desierto– se ha conseguido. Las fuerzas acorazadas alemanas han quedado deshechas y los pocos carros de combate alemanes supervivientes están intentando, presas del pánico, llegar a Trípoli».

Esto podría explicar por qué a principios de enero, tras haber concluido su ofensiva, los ingleses no llevaron a cabo ningún esfuerzo especial para guarnecer el frente con fuerzas adecuadas, sino que, en lugar de ello, se abandonaron a una sensación de seguridad que los indujo a situar sus unidades en una amplia zona comprendida entre Bengasi, Derna, Tobruk y la frontera egipcia, en vez de reunirlas para intentar un ulterior avance hacia el Oeste.

Después de haber completado las filas de sus unidades y de haber recibido refuerzos, los contingentes acorazados alemanes se desplegaron en una línea de unos 200 km, entre Marada y Marsa el-Brega, estableciendo un cierto número de puntos de apoyo muy distanciados entre sí. El Cuerpo de Ejército XXI italiano –que se componía de tres divisiones– ocupaba el sector septentrional, y el Cuerpo de Ejército X, también italiano (con dos divisiones) guarnecía el meridional. Los extremos de la línea defensiva, situados en el oasis de Marada y a lo largo de la vía Balbia, se reforzaron con elementos de la División de Infantería Ligera 90 alemana, mientras el *Afrikakorps* y el Cuerpo de Ejército XX italiano (motorizado) se situaban detrás del ala septentrional y de la parte central del frente, dispuestos a emprender operaciones móviles.

Aunque era muy difícil que la parte meridional de la línea defensiva, guarnecida por las unidades acorazadas alemanas, pudiera ser envuelta, las fuerzas germanas no bastaban para ocupar toda la longitud de la línea con la eficiente profundidad y densidad necesarias para poder rechazar un fuerte ataque frontal. Por tal motivo Rommel decidió no esperar a que fuese el enemigo el que tomase la iniciativa atacando Marsa el-Brega; por el contrario, juzgó que debía ser él quien desencadenara un ataque por sorpresa contra los elementos avanzados del Ejército inglés, mientras éste estaba todavía disperso en una amplia zona. Con ello esperaba mejorar a su favor el equilibrio de las fuerzas, retardar el comienzo de otro ataque inglés y ganar tiempo en espera de que llegasen más refuerzos. Adoptando medidas rigurosísimas para engañar al enemigo y dentro del máximo secreto (manteniendo incluso en la ignorancia de sus planes a los comandantes de las Grandes Unidades), aceleró sus preparativos para iniciar un avance que deberían desencadenar dos grupos de asalto: uno de ellos maniobrando al norte del Uadi el-Faregh, y el otro por la vía Balbia. Ambos deberían cercar a las fuerzas enemigas desplegadas a lo largo del ala septentrional del frente o derrotarlas después de haberlas rebasado.

EL SEGUNDO TRIUNFO DE ROMMEL

1941

15-17 de diciembre: Rommel decide evacuar Cirenaica para salvar las fuerzas del Eje.

18-19 de diciembre: los dos últimos acorazados disponibles de la *Mediterranean Fleet*, el *Valiant* y el *Queen Elizabeth*, son puestos fuera de combate, en el puerto de Alejandría, por embarcaciones de asalto de la Marina italiana. Llegan a Trípoli los primeros refuerzos de carros de combate para el *Afrikakorps*.

1942

6 de enero: se detiene en la localidad de El-Agheila el avance de Auchinleck y se estabiliza el frente del desierto.

17 de enero: se rinden las últimas guarniciones aisladas del Eje.

21 de enero: Rommel lanza una acción de reconocimiento en fuerza que sorprende a los ingleses y obliga a sus puestos avanzados a retroceder.

22 de enero: las fuerzas de Rommel conquistan Agedabia y se preparan para avanzar sobre Msus.

25 de enero: Rommel conquista Msus y ejerce una fuerte presión sobre el Ejército 8, a la sazón ya desorganizado.

27 de enero: Rommel realiza una conversión al oeste de Msus para aislar Bengasi.

29 de enero: Rommel conquista Bengasi.

31 de enero: Rommel realiza una doble maniobra de cerco al este para liberar Cirenaica.

5 de febrero: Rommel se ve obligado a interrumpir el avance y el frente se estabiliza en Ain el-Gazala.

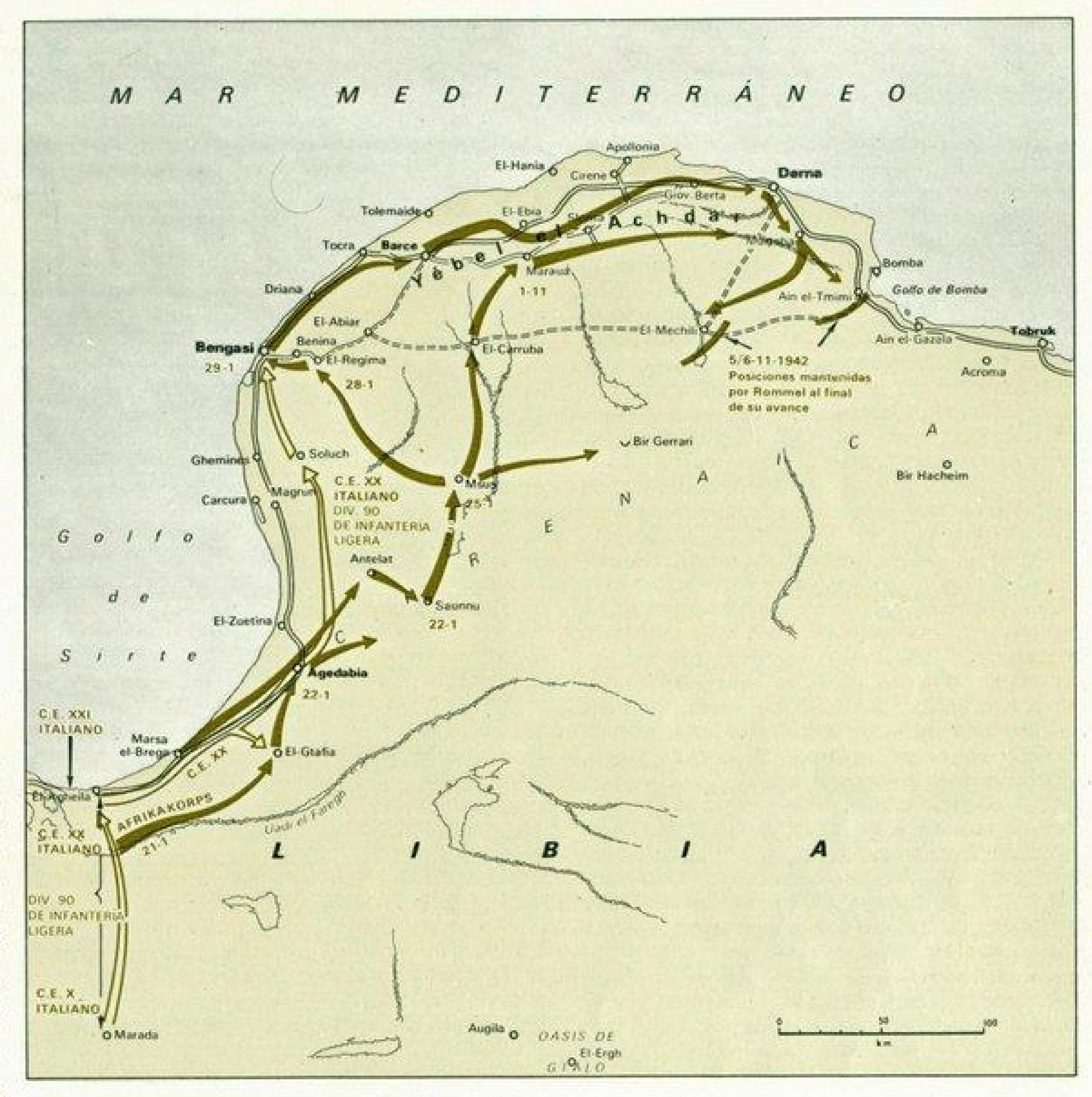
Rommel ataca y acosa

El ataque comenzó a las 8,30 del día 21 de enero: el *Afrikakorps* se puso en marcha a lo largo del Uadi el-Faregh, y los carros de combate del Cuerpo de Ejército XX (motorizado) italiano y algunas unidades de la División Ligera 90 lo hicieron por la vía Balbia. La naturaleza del terreno –escarpadas dunas de arena al Sur y aguazales salobres al Norte– impidió que el ataque se desarrollase de acuerdo con los tiempos previstos; por ello, al fin de la jornada Rommel se vio forzado a admitir que, si bien las fuerzas enemigas desplegadas en el frente sobre la dirección del ataque demostraron ser más débiles de lo previsto, habían logrado no obstante replegarse hacia el Norte y reunirse con otras unidades más fuertes situadas alrededor de Agedabia.

Así, pues, el 22 de enero, Rommel decidió lanzar ambos grupos de asalto más allá de Agedabia, a fin de alcanzar la zona Antelat-Saunnu y cortar la retirada a las ingentes fuerzas enemigas (dos



El 21 de enero de 1942 Rommel desencadenó en Cirenaica su segunda ofensiva, que en sus principales líneas repetía la de marzo-abril de 1941. Todo comenzó con un ataque contra los puestos avanzados británicos, ataque que arrebató al Ejército 8 toda esperanza de invadir Tripolitania. Ignorando las directivas de Mando Supremo italiano, Rommel desencadenó contra el adversario rápidos golpes, y logró así, en dos semanas, reconquistar la zona de Cirenaica occidental.



divisiones acorazadas inglesas) que acababan de ser localizadas al este de Agedabia: después se cercaría al enemigo y se le aniquilaría con ataques concéntricos.

Aunque parecía que los ingleses habían sido sorprendidos por los ataques alemanes, sus comandantes no demostraban aún ninguna reacción apreciable. A las 11 horas del día 22 de enero un grupo de combate capturó Agedabia (cuyas defensas resultaron bastante débiles), y Rommel, que había dirigido el ataque personalmente, ordenó que en seguida se emprendiera la persecución del enemigo en dirección a Antelat y Saunnu. Antelat se alcanzó a las 15,30 horas y Saunnu fue ocupada a las 19,30, tras un breve combate. A los elementos del *Afrikakorps* que alcanzaron Agedabia por la tarde se les ordenó proseguir rápidamente hacia Antelat, con la misión de impedir que los ingleses lograran abrirse un paso hacia el Norte, desde el sector situado al este de Agedabia.

Los movimientos de tropas continuaron durante la noche del 22 de enero, y al este de Agedabia las unidades acorazadas alemanas entraron en contacto con el enemigo, el cual, aun siendo netamente superior, fue sorprendido y tuvo que retroceder. Sin embargo, las fuerzas alemanas no eran lo suficientemente numerosas para poder estrechar un rígido cerco en torno a las unidades enemigas. Por otra parte, a pesar de la dureza de los combates y de las grandes pérdidas infligidas al enemigo, tanto en armas como en equipo, los alemanes lograron impedir que fuertes contingentes de tropas inglesas consiguieran huir hacia el Nordeste; en efecto, el día 24, tras un fuerte ataque concéntrico alemán, se capturó gran cantidad de material bélico, pero en la bolsa formada no se halló a casi ningún soldado enemigo. La huida se vio confirmada después porque, aquel mismo día las unidades enviadas en exploración revelaron que en el exterior de la bolsa, en el área Antelat-Sunnun-Msus, se hallaban fuertes contingentes británicos y numerosos depósitos de víveres y de material bélico. En consecuencia, el día 25 las fuerzas del *Afrikakorps* se dirigieron a aquella zona, y tras un fácil avance contra un enemigo que evitaba el contacto y ya estaba parcialmente en fuga, fue posible alcanzar Msus a las 11 horas. El Cuerpo de Ejército XIII inglés estaba derrotado, de tal modo que al llegar la noche ya no existía prácticamente como unidad en condiciones de combatir; además, los contingentes que huían en dirección Norte y Nordeste habían abandonado la mayor parte de sus armas y equipo. El día 26 las fuerzas del *Afrikakorps* suspendieron la persecución desde Msus, ya que la escasez de carburante imponía la máxima limitación a las operaciones. Además, un ulterior avance hacia El-Mechili pondría en peligro las comunicaciones entre la retaguardia alemana y Bengasi, donde no se había aclarado todavía la situación, si bien el 25 de enero, mientras avanzaban hacia el Norte para cubrir el flanco del ataque contra Agedabia, el Cuerpo de Ejército XX (motorizado) italiano y la División Ligera 90 no habían encontrado la menor resistencia. En aquel momento Rommel decidió despejar la situación en Bengasi.

El OKW y el Mando Supremo italiano se encontraron entonces frente a un hecho consumado: el contraataque desencadenado por Rommel el 21 de enero estaba en completo desacuerdo con las tesis de los jefes italianos. En Roma se había aceptado ya la idea de la pérdida de Cirenaica, y por ello querían que las fuerzas del Eje se limitasen a mantener la línea defensiva de Marsa el-Brega; como máximo se podría efectuar alguna breve acción ofensiva con objetivos estrictamente limitados, pero siempre seguida de un repliegue a las posiciones de partida. Se temía que operaciones más ambiciosas pudieran desembocar en ulteriores reveses y quizá, por añadidura, llegar incluso a la pérdida de Tripolitania.

Con estas ideas en su mente fue como el jefe del Estado Mayor en el Mando Supremo italiano, conde Cavallero, apoyado por Kesselring, intentó influir en las decisiones de Rommel, quien el 23 de enero recibió a los dos altos oficiales en su puesto de mando táctico de Agedabia. Cavallero se expresó enérgicamente contra cualquier intento de avance más allá de Agedabia. Rechazó incluso la proposición de trasladar hacia delante, al extremo oriental de Cirenaica, la línea defensiva, aduciendo las mismas razones que ya en diciembre de 1941 habían impulsado a Rommel a abandonar la línea de Ain el-Gazala para retirarse a El-Agheila. Pero en aquel tiempo Rommel estaba convencido de que no podía defender Cirenaica por su extremo oriental con fuerzas numéricamente inferiores, por cuanto un enemigo que dispusiera de más fuerzas siempre podría –lanzándose a fondo en dirección a El-Mechili y avanzando después sobre Agedabia– envolver y destruir a las fuerzas alemanas e italianas situadas en Cirenaica. En el mes de diciembre de 1941 Rommel, en efecto, no tenía a su disposición ni fuerzas ni reservas de carburante suficientes para neutralizar una eventual operación de esta clase.

En cambio, a finales de enero de 1942 la situación era distinta. Después de las derrotas y de las graves pérdidas sufridas en armas y en equipos por algunas unidades del Ejército 8 inglés, Rommel estaba convencido de que no existía ningún peligro dentro de un futuro inmediato. Así, pues,

Puesto alemán para un solo tirador, al sur de Ain el-Tmimi, donde Rommel decidió retirar las columnas del DAK y del Cuerpo de Ejército XX italiano. *(United Press)*



Tras los primeros y sorprendentes éxitos, las unidades ligeras motorizadas alemanas persiguen al Ejército 8, que se retira hacia el Este cediendo cada vez más terreno. Rommel, que había dirigido personalmente el avance, decidió, el 5 de febrero, suspender la ofensiva para evitar inútiles riesgos y hacerse fuerte en los límites orientales de Cirenaica, desde donde desencadenaría después ulteriores ataques contra las fuerzas británicas, las cuales no parecían estar ya en condiciones de hacerle frente. *(History of the Second World War)*

no pudiendo aceptar el plan Cavallero como un feliz esquema para la conclusión de la guerra en el Norte de África, sostuvo la validez de su decisión en cuanto a aprovechar las perspectivas de victoria dentro de los límites que le permitía la relativa fuerza de las unidades que tenía a su disposición, dirigiendo sus miras a objetivos razonables, de tal modo que se evitase el riesgo de otro revés. Teniendo en cuenta la disposición de las fuerzas enemigas y la persistente insuficiencia de los abastecimientos que éstas recibían (la carretera costera de Sollum había estado abierta únicamente algunos días y el puerto de Bengasi estaba inutilizable), no quería de ninguna manera dejar que se le escapase la posibilidad de sacar partido de los puntos débiles que se manifestaban en el Ejército 8 inglés. Pero Cavallero deseaba evitar a toda costa arriesgar Tripolitania y por ello insistió en su punto de vista sobre la situación, retirando incluso a Rommel el derecho de ejercer su autoridad sobre los Cuerpos de Ejército X y XXI italianos. En efecto, estas grandes unidades, que ya se habían concentrado en El-Agheila, dispuestas para avanzar después sobre Agedabia, recibieron la orden de mantenerse a la defensiva en una línea que pasaba por Marsa el-Brega, y ejercer una acción de apoyo respecto de las grandes unidades alemanas. Por consiguiente, Rommel se vio obligado a continuar la lucha por Cirenaica contando tan sólo con el *Afrikakorps*, la División Ligera 90 alemana y el Cuerpo de Ejército XX (motorizado) italiano.

El siguiente objetivo de Rommel era Bengasi; la ciudad parecía estar todavía total y sólidamente en manos del enemigo, que había situado puestos avanzados en El-Regima, Soluch y Ghemines. Los movimientos que se llevaban a cabo entre Bengasi y Derna daban a entender que los ingleses estaban evacuando esta última ciudad o, por lo menos, que trataban de poner a salvo el material y el equipo; a pesar de ello, Rommel siguió esperando que con una rápida maniobra sería posible aniquilar considerables fuerzas enemigas. Ejército XX italiano deberían avanzar frontalmente desde el Sur, hacia Soluch y Ghemines, de modo que el enemigo tuviera que ceder; al mismo tiempo, un grupo de asalto ligero, que mandaría él en persona, llevaría a cabo un rapidísimo avance hacia el Este, a través de un terreno difícil, formado por colinas y arena, para interceptar la retirada del enemigo de Bengasi. Simultáneamente, atacando desde el sector Msus-Bir el-Mellez y en dirección a Bir Gerrari, otras unidades del *Afrikakorps* simularían la continuación de la ofensiva en dirección a El-Mechilí.

La noche del 27 de enero el grupo de asalto se puso en movimiento desde la zona situada al oeste de Msus; avanzó en medio de violentas tempestades de arena, lluvias torrenciales y ráfagas de viento, a través de un terreno fangoso y de *uadis* surcados por profundas roderas. Alcanzada El-Regima a la mañana siguiente y ocupada la localidad por la tarde, el grupo continuó su avance hacia el Oeste en dirección a Benina. Un intento de ocupar Bengasi a base de una incursión por sorpresa fue rechazado aquella misma noche por el intenso fuego de la defensa; y, mientras tanto, por el Sur se estaban aproximando a la ciudad numerosas fuerzas enemigas. Rommel utilizó al grupo de asalto para bloquear las vías de acceso septentrionales y orientales, decidiendo esperar la llegada de elementos del Cuerpo de Ejército XX italiano y de la División Ligera 90 antes de obligar al enemigo a la rendición.

Aquella misma noche llegó una directiva en la que Mussolini decía que aprobaba la decisión de tomar Bengasi, siempre que la situación se desarrollase de modo favorable. La ciudad fue ocupada el día 29; pero en el transcurso de la noche anterior gran parte de la guarnición había logrado huir hacia el Este, infiltrándose entre las espaciadas posiciones que las cercaban. En manos de los atacantes cayeron más de mil prisioneros y 300 vehículos; pero más tarde en un simulado ataque contra Bir Gerrari el *Afrikakorps* no logró establecer de nuevo contacto con el enemigo.

Tras la conquista de Bengasi se difundió la idea de que el Ejército 8 británico tenía la intención de evacuar Cirenaica, retirándose a una zona al oeste de Tobruk. Rommel suponía que la retaguardia enemiga no opondría resistencia antes de llegar a Ain el-Gazala, donde los ingleses podrían emplear las fuerzas que todavía tenían situadas en Marmárica. Por consiguiente, decidió proseguir su carrera hasta el golfo de Bomba, limitando sus movimientos a las dos carreteras que atravesaban la Cirenaica septentrional, pues la carencia de carburante, que de nuevo se dejaba sentir alarmantemente, anulaba la posibilidad de que el *Afrikakorps* avanzase por la ruta de caravanas que, partiendo de Msus y pasando por El-Mechilí, alcanzaba Ain el-Tmimi.

En las primeras horas del 31 de enero, dos columnas, cada una de ellas de entidad de brigada, partieron, respectivamente, de El-Carruba hacia Maragua y de Bengasi hacia Barca, en dirección al Este. Cuando la columna septentrional alcanzó D'Annunzio (a 30 km al este de Barca), tuvo que continuar hacia Maraua, puesto que la carretera principal había sido obstruida en varios puntos. El día 1 de febrero, pese a la tenaz resistencia opuesta por la retaguardia enemiga, Maraua cayó en manos de alemanes. Aquella noche, las unidades que avanzaban hacia Derna desbarataron las fuertes retaguardias británicas en la zona de De Martino, desde donde el avance tornó a desarrollarse a lo largo de ambas carreteras, hacia Martuba y Derna. Los incendios, visibles en lontananza, en dirección Este, indicaban que el enemigo en retirada estaba destruyendo los depósitos de víveres y de material bélico. El día 2 de febrero la columna septentrional conquistó Giov. Berta; pero se vio forzada a detenerse, que alcanzó la ruta caravanera El-Mechilí-Derna en punto situado al oeste de Martuba.

Puesto que las fuerzas británicas habían evacuado Derna el 3 de febrero, el avance alemán prosiguió a través de Martuba, en dirección a Ain el-Tmimi. Después de haber opuesto una breve resistencia en el paso El-Tmimi, los ingleses se retiraron todavía un poco más en dirección Sudeste durante la noche del día 3; sin embargo, el posterior reconocimiento indicó que parecían dispuestos a establecerse defensivamente en las antiguas posiciones italianas y alemanas de Ain el-Gazala. Y como por aquellos días se habían intensificado la exploración terrestre y la actividad aérea por parte de los ingleses, las columnas avanzadas alemanas se dispusieron a la defensiva en un punto situado a 24 km, al noroeste de Ain el-Gazala, hacia el cual comenzaron a afluir casi de inmediato ingentes fuerzas inglesas dotadas de artillería.

El día 5 de febrero, Rommel, que había conducido personalmente el avance, se convenció de que aquel momento era el más oportuno para detenerse. Como no deseaba exponer a sus fuerzas a un grave revés, decidió retirar ambas columnas a la zona situada al sur de Ain el-Tmimi, asegurándoles una adecuada protección en su flanco; el día 6 trasladó también el *Afrikakorps*, la División Ligera 90 y el Cuerpo de Ejército XX italiano a El-Mechilí. Rommel había decidido establecerse en el límite oriental de Cirenaica y emplear esta posición como punto de partida para futuras operaciones contra el enemigo (el cual ya no parecía estar en condiciones de empeñarse seriamente en un combate) y salvaguardar su flanco meridional con fuerzas móviles. Incluso ocupó, con un pequeño destacamento, el oasis de Gialo (a 450 km al sudoeste de Ain el-Gazala). De nuevo Rommel solicitó poder emplear los Cuerpos de Ejército italianos X y XXI, pero pasaron bastantes semanas antes de que el Mando Supremo italiano hiciera caso de su petición.

La campaña de invierno concluyó con la reconquista de Cirenaica, que costó elevadísimas pérdidas en hombres y el consumo de todas las reservas de carburante. Entre los días 21 de enero y 5 de febrero, aun disponiendo de muy limitados recursos, Rommel había asestado rápidos y fuertes golpes a un adversario hasta entonces victorioso, y logró reconquistar más de 500 km de territorio.

Los ingleses, además de haberse visto obligados a abandonar Cirenaica, habían experimentado graves pérdidas tanto en hombres como en material: en el conjunto de la campaña de invierno sus pérdidas ascendieron a unos 10.000 hombres, entre muertos y heridos; 12.000 prisioneros; más de 1600 carros de combate y otros vehículos acorazados; 2500 camiones y más de 300 aviones.

La principal preocupación del Eje continuó siendo la protección de los convoyes de abastecimientos y el flujo de materiales a las diversas unidades. Se consiguió poner de nuevo en actividad el puerto de Bengasi, lo cual significó para algunos de los abastecimientos una sensible reducción del trayecto que luego debían recorrer por vía terrestre. Asimismo, gracias al botín capturado en Cirenaica, fue posible completar la motorización de muchas unidades mediante el empleo de los camiones ingleses. Las reservas de municiones de artillería del Eje, en la zona de Bengasi, que fueron abandonadas durante la retirada por falta de tiempo y de medios de transporte, y que se habían dejado inservibles quitándoles espoletas y cebos, pudieron ser recuperadas y se hicieron utilizables de nuevo.

Las unidades acorazadas alemanas recibieron el notable apoyo de los aparatos de la *Luftwaffe*, cuyos ataques, según lo dispuesto por el comandante en jefe del sector sur (Kesselring), habían 180 aviones. En cuanto al potencial operativo de la aviación italiana en África, se elevó a 190 aparatos. El incremento de las misiones de vuelo de los cazas alemanes e italianos en el transcurso de los primeros días del contraataque obligó virtualmente a la RAF a limitar su propia actividad a vuelos nocturnos y esporádicos, reduciendo, por lo tanto, su eficacia. Asimismo, el fortalecimiento de las escoltas aéreas proporcionadas a los convoyes por la 2.ª *Luftflotte* hizo que mejorara la situación de los transportes por vía marítima.

El hecho de que las operaciones acabaran en febrero permitió, a las fuerzas alemanas e italianas, iniciar la reconstitución de sus reservas. Una vez consolidadas las posiciones del Eje a lo largo de la frontera de Cirenaica, el Mando Supremo italiano permitió de nuevo que los Cuerpos de Ejército X y XXI pasasen a depender del Mando de las Fuerzas Armadas alemanas, lo que se llevó a efecto entre marzo y abril.

ALFRED GAUSE, TENIENTE GENERAL



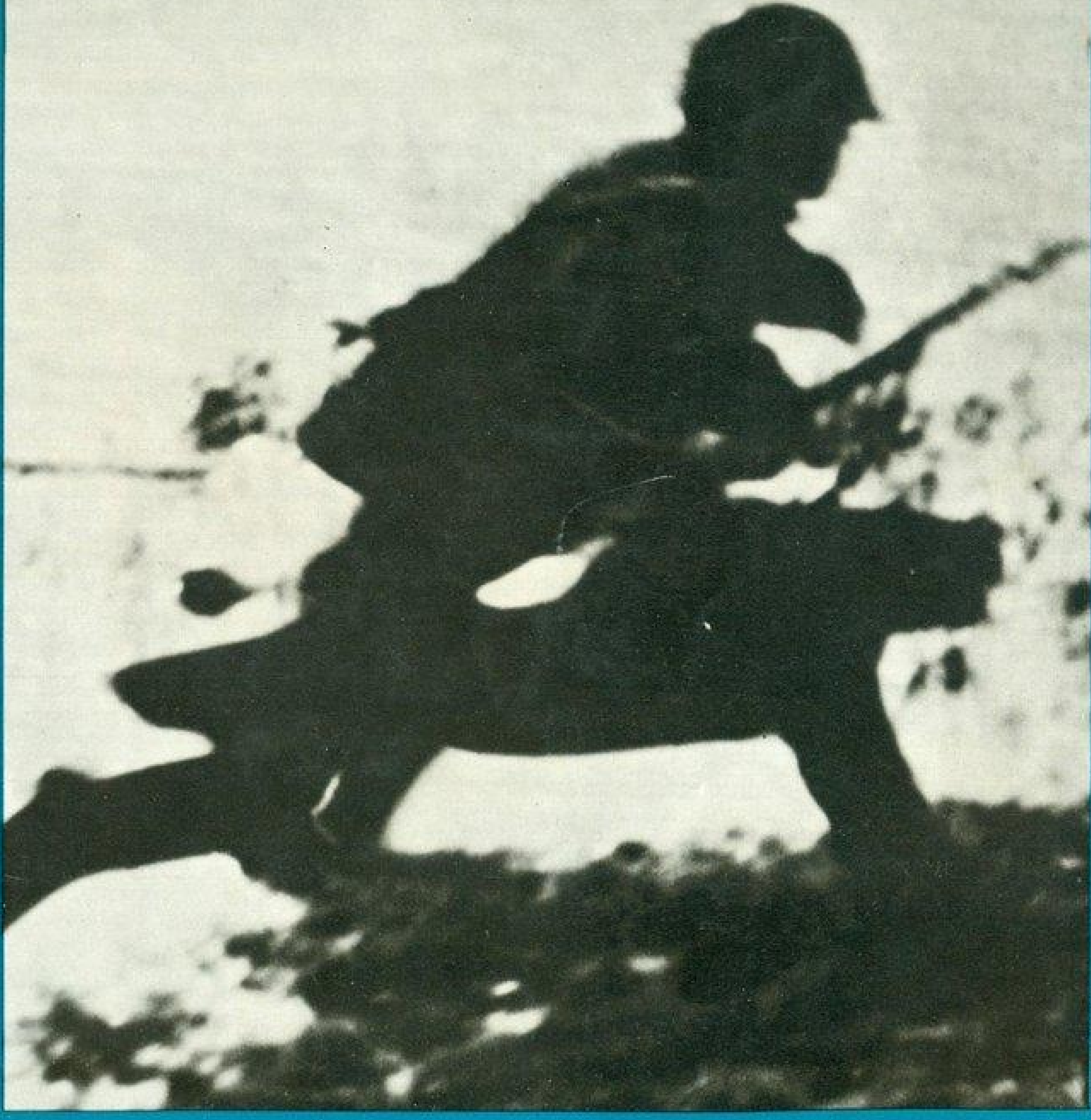
Nacido en 1896, entró en el Ejército alemán en 1914, y combatió en el frente occidental durante toda la primera Guerra Mundial. A partir de 1937, en calidad de oficial de Estado Mayor, prestó sus servicios en el mando de la oficina de Operaciones del OKW. Durante la campaña de Francia, en 1940, fue jefe de Estado Mayor del Cuerpo de Ejército X; a continuación, también como jefe de Estado Mayor del Cuerpo de Ejército XXXVIII, colaboró en la preparación del plan de operaciones «León Marino», la proyectada invasión de Gran Bretaña. En junio de 1941, ya con el grado de general de división, fue oficial de enlace con el Alto Mando italiano en África septentrional y poco después se le nombró jefe de Estado Mayor del citado Grupo de Ejércitos. En Italia y en Francia colaboró en los preparativos para la resistencia ante la invasión aliada. También colaboró en la preparación del plan para la ofensiva de las Ardenas (1944), en la que tomó parte personalmente; su último cargo fue el de comandante del Cuerpo de Ejército II, en Courland; allí fue hecho prisionero por los rusos, que lo retuvieron cautivo durante diez años.

Unión Soviética, diciembre de 1941 - marzo de 1942

LA RECUPERACION RUSA

John Erickson

En el transcurso de los seis meses anteriores a diciembre de 1941 el Ejército ruso sufrió grandes pérdidas, mayores que las de cualquier otro a lo largo de la historia. A pesar de ello, sus fuerzas estaban aún en condiciones de combatir y, como el invierno paralizaba a la *Wehrmacht,* mal equipada para aquel clima y desplegada en un frente demasiado extenso, Stalin, que ostentaba el cargo de Jefe supremo de los Ejércitos, ordenó a sus generales que atacaran. Para marzo del año siguiente los alemanes se vieron obligados a retroceder frente a Moscú, y sus esperanzas de una conclusión rápida de la campaña parecieron desvanecerse definitivamente; no obstante, la contraofensiva soviética, lanzada simultáneamente contra los tres Grupos de Ejércitos alemanes, también acabó por detenerse.



Soldado soviético en un contraataque a la bayoneta a orillas del lago Ilmen. La gran contraofensiva rusa comenzó, simultáneamente en todos los frentes, el día 7 de enero de 1942.

(Novosti Press Agency)



Moscú: desfile de unidades de mujeres voluntarias; como puede verse, sólo la mitad de ellas llevan fusiles. A medida que pasaba el tiempo, el pueblo ruso reaccionaba, cada vez más estrechamente unido, ante la agresión, pues resultaba claro que la lucha contra Alemania era cuestión de vida o muerte. *(Novosti Press Agency)*

Finalizaba el mes de noviembre de 1941. Después de poco más de 150 días de guerra, a todos (a los mismos rusos, a sus nuevos aliados y a su formidable enemigo) les parecía que la Unión Soviética estaba siendo aniquilada. Había perdido extensiones de territorio, recursos agrícolas e industriales de importancia vital y unas vías de comunicación esenciales. La pérdida en hombres, armamento y equipo eran asimismo cuantiosas, en tanto que la esperanza de poder utilizar fuerzas de refresco se iban esfumando cada vez más.

Grandes fábricas caían una tras otra en manos del enemigo o dejaban de producir a medida que los equipos especializados procedían a su desmantelamiento y traslado al Este en una caótica evacuación industrial. Y mientras las maquinarias se desplazaban hacia Oriente, los hombres, encuadrados a toda prisa en las unidades de reserva o agrupados en divisiones en el Extremo Oriente soviético, se dirigían hacia Occidente.

Parecía que toda Rusia, palpitante ahora al borde del desastre, se encaminaba hacia el Este o se amontonaba en el perímetro, peligrosamente reducido, que rodeaba Moscú. En efecto, Stalin, que había abandonado drásticamente su perniciosa prodigalidad anterior en cuanto a las reservas, estaba dosificando minuciosamente, uno por uno, regimiento y batallones con miras a la lucha por la capital soviética.

Stalin apuntaba en su agenda personal, todas las unidades, armas y equipo disponibles en Moscú, o en movimiento hacia la capital y literalmente media todas las posibilidades de supervivencia de la ciudad moscovita. Hasta su periferia avanzaban pequeños trenes locales que llevaban unidades de *opolchenie* (reserva territorial o cuerpo popular de voluntarios): paisanos apenas instruidos y mal equipados, transformados de la noche a la mañana en soldados de tan singular milicia. Se les daba una breve lección sobre táctica, se les proporcionaba un fusil o algún «cóctel Molotov» y se los lanzaba inmediatamente contra divisiones alemanas de primera calidad.

En otros puntos del perímetro había divisiones soviéticas terriblemente reducidas: de la División de carros 108 quedaban tan sólo 2000 hombres y 30 carros ligeros; la División de fusileros 299 no contaba más que con 800 hombres; la Brigada de carros 25 sólo tenía 50 hombres y cuatro carros ligeros. Cuando muchos moscovitas, algunos de ellos altos funcionarios, huían de la ciudad después de la primera gran penetración alemana, Stalin permaneció en Moscú; aunque parece ser que sus nervios de acero fallaron un tanto el 19 de noviembre, cuando la Operación «Tifón» derrumbó las líneas rusas. En aquel momento Stalin telefoneó al general Zukov para preguntarle: «¿Cree usted que podremos defender Moscú?» Stalin estaba, como él mismo confesó más tarde «desalentado» y ordenó al famoso general que respondiera «abiertamente, a estilo comunista». Zukov consideraba que la defensa sería posible contando con dos Ejércitos intactos y con 200 carros de combate. Stalin respondió que disponía de los ejércitos, pero no de los carros. Y efectivamente, se desplegaron dos Ejércitos: el Ejército 1 de rotura al Norte, en Yájroma, y el 10, con 80.000 hombres, al sur de Riazán.

Los hombres podían reunirse, pero los carros de combate no podían sacarse de la nada.

Desde agosto, cuando empezaron a trasladarse hacia el Este las instalaciones industriales, la producción bélica entró en una fase de desastroso declive. De los casi 2000 aviones producidos en julio se descendió en noviembre a 627; y en cuanto a la producción de municiones de artillería se descendió a poco más de 3.000.000 de granadas.

A la pérdida de las instalaciones y de las fábricas en toda Rusia occidental y meridional se unía una reducción de la mano de obra, que en septiembre sumaba algo menos de 20 millones de obreros, lo que significaba una grave disminución, en detrimento de la industria soviética, respecto a los 31 millones de 1940.

Aunque no todo estaba perdido, el balance de la situación en noviembre de 1941 era desastroso en muchos aspectos. Los Ejércitos alemanes del frente oriental habían capturado a unos 35 millones de ciudadanos soviéticos, desbarataron el complejo industrial del centro (Moscú), aislaron a la población y los recursos del sector noroccidental (Leningrado) y acabaron por apoderarse del segundo Estado de la Unión Soviética en cuanto a extensión: Ucrania.

El poderoso parque de carros de combate soviético de junio de 1941 (que oscilaba alrededor de los 19.000 ó 20.000 vehículos, aunque muchos de ellos eran carros de combate ligeros, con cañones «adecuados tan sólo para disparar a los pájaros», según la expresión de un comandante soviético) había quedado anulado por las pérdidas en combate y por las averías mecánicas, con frecuencia no demasiado graves, pero que acababan conduciendo al abandono de los carros o bien a la detención forzosa de columnas enteras.

Los Cuerpos de Ejército acorazados y los mecanizados desaparecieron de la organización militar soviética: la brigada se convirtió entonces en la mayor unidad táctica. El día 1 de diciembre de 1941 el Ejército ruso contaba exactamente con 1984 carros de combate, de los que unos 700 estaban concentrados o diseminados a lo largo del «eje de Moscú». En la segunda mitad de noviembre, como ya se ha dicho, Stalin tuvo que negarle al general Zukov sus 200 carros para defender la capital, si bien en el mismo mes se enviaron al frente occidental 300 carros de combate nuevos. La calidad no representaba un problema: el *T-34* había demostrado ser una magnífica máquina; pero se necesitaban muchos más de los 2996 producidos en 1941.

Mientras los medios acorazados soviéticos sufrían esta primera y terrible sangría, la Aviación pasaba su prueba del fuego. Al iniciarse la campaña, los cazas y bombarderos alemanes sorprendieron a los aviones soviéticos concentrados en los aeródromos de los distritos militares fronterizos: hacia el mediodía del 22 de junio, ocho horas después del comienzo de las operaciones, la Aviación soviética había perdido 1200 avio-

nes, de los cuales 800 fueron destruidos o incendiados en tierra.

Sin embargo, a principios de septiembre ya se estaban debilitando los primeros efectos de la ofensiva alemana, y entonces la Aviación rusa empezó a actuar con mayor eficacia. Durante los combates de Kíev, los comandantes de las fuerzas acorazadas alemanas pusieron de relieve en sus informes los ataques aéreos lanzados por los soviéticos con los *Sturmovik Il-2* y con los *Pe-2*, apoyados por cazas *Yak* y *Mig*. Empezaron a afluir refuerzos aéreos desde el Extremo Oriente soviético, y al mismo tiempo la aviación rusa encontró un jefe idóneo en el general Novikov, comandante de la aviación del distrito de Leningrado, quien asumió el mando de las malparadas divisiones aéreas soviéticas y tras un corto período de preparación, las llevó a combatir de nuevo en el otoño de 1941.

A fines de julio la *Luftwaffe* lanzó sus primeros ataques en una ofensiva aérea dirigida contra Moscú; pero los refuerzos masivos de grupos de cazas de PVO (Defensa Aérea) y de baterías antiaéreas neutralizaron en gran parte estas incursiones. No obstante, la magnitud de las pérdidas infligidas a la Aviación soviética creó un gigantesco vacío en sus filas, precisamente en el momento en que las instalaciones aeronáuticas y sus obreros se transferían apresuradamente a las zonas orientales.

Salvados por los artilleros

Además de carros de combate y de aviones, en manos alemanas cayeron numerosas piezas de artillería soviéticas. La pérdida de estos cañones era grave; pero más grave aún era la pérdida de suboficiales instruidos y de oficiales. Los cañones, especialmente el cañón contracarros de 45 mm, había demostrado ser un acierto por su proyecto y por su eficacia, y el *Katiuska*, el lanzacohetes múltiple, ya reveló sus formidables cualidades en los combates en torno a Smolensk.

No obstante, en la nueva situación era completamente imposible mantener la vieja organización de la Artillería o persistir en utilizarla con los métodos anteriores al mes de junio. Por lo tanto, el coronel general Voronov, jefe de Artillería del Ejército ruso, se dedicó a reorganizar de la forma más drástica posible las fuerzas que le quedaban. A cada división de fusileros se le quitó un regimiento de artillería, y con los cañones así reunidos se constituyeron nuevas unidades de «reserva para el Alto Mando», las cuales podían someterse a un mando centralizado y emplearse en los sectores más amenazados. Este improvisado recurso obtuvo un gran éxito, pues, a pesar de las terribles pérdidas, el mando soviético pudo lograr una superioridad local de artillería en numerosos puntos.

Otra rápida reacción fue distribuir la mayor cantidad posible de morteros: el mortero era un arma muy sencilla, que requería poco personal y que podía hacerse móvil montándolo sobre un camión o sobre un afuste de ruedas si se trataba de los morteros pesados de 120 mm. Los *Katiuska* se montaban sobre armones y requerían menos preparación por parte de los sirvientes. De todas las piezas de artillería el cañón contracarros era el primero en el orden de precedencia de la artillería; puesto que se disponía de muy pocos medios acorazados para oponer un carro de combate a otro, el mando soviético exigía muchísimo, en cantidad y calidad, a ese tipo de cañón. Voronov colocó a sus artilleros en primera línea, disparando preferentemente con puntería directa, lo que permitía una mejor utilización de las piezas, de los artilleros y de las municiones disponibles. Las armas más pesadas se concentraban y empleaban como «reservas del Alto Mando», adaptándolas a las necesidades de la situación. Desde luego, si hubo una medida que contribuyera a evitar la destrucción completa del Ejército ruso, no cabe la menor duda de que fue ésta.

En noviembre, los efectivos del Ejército ruso habían descendido al nivel más bajo de toda la guerra: poco más de 2.250.000 hombres. En el transcurso de aquel verano y de aquel otoño terribles, el alud del poderoso avance alemán había hecho desaparecer de tres a cinco millones de soldados soviéticos, entre muertos, prisioneros y desaparecidos.

Según los documentos germanos, los prisioneros capturados en 1941 fueron 3.335.000. Los informes alemanes dan cifras realmente enormes en las diversas operaciones: 100.000 hombres capturados en Smolensk (agosto); 665.000 en la gran bolsa al este de Kíev (septiembre); 663.000 en la operación de Viazma-Briansk (octubre). Los rusos han desmentido la cifra de Kíev: según los datos soviéticos, el total de las fuerzas del frente sudoccidental era de 677.085 hombres, entre oficiales y soldados, de los que 150.541 consiguieron romper el cerco o evitarlo, y con los cuales luego se constituyeron los Ejércitos 38 y 40. De ello se deduciría una pérdida total media de 500.000 hombres por parte soviética en la citada batalla. Razonamientos análogos oponen los rusos para desvirtuar, o por lo menos paliar, las otras informaciones alemanas. Pero, sea como fuere, lo cierto es que los Ejércitos rusos salieron muy malparados en todo el frente germano-soviético. Las pérdidas en oficiales subalternos y superiores fueron asombrosas; en agosto el comandante del Ejército 8, que combatía en el frente noroccidental, informaba sobre pérdidas del 100 % en comandantes de regimiento, jefes de Estado Mayor de regimiento y comandantes de batallón.

No obstante, ya a principios de diciembre el Ejército ruso había vuelto a reunir una fuerza de 4.190.000 hombres: las informaciones alemanas del día 1 de diciembre calculaban los efectivos soviéticos en 265 divisiones de fusileros, 40 divisiones de caballería y 50 brigadas de carros de combate; con 200 divisiones de fusileros y 40 brigadas de carros desplegados efectivamente en el frente. Entre el 5 y el 6 de diciembre, cuando comenzó la contraofensiva soviética, la fuerza del Ejército ruso en este «eje estratégico occidental» (frente de Kalinin, frente occidental y a la derecha del frente sudoccidental) ascendía a unos 718.000 hombres, 7985 cañones y morteros, 721 carros de combate y 1170 aviones; llevándose la mejor parte el frente occidental con 558.800 hombres, 642 carros de combate y 199 aviones. Las divisiones de fusileros habían sido drásticamente reducidas, tanto por las pérdidas como por la revisión de las plantillas de guerra.

Las unidades de Guardias –divisiones formales con elementos escogidos, que se habían distinguido en el combate y que recibieron la denominación de «guardias» –contaban con poco más de 11.000 hombres: la Directiva n.º 308, del 18 de septiembre de 1941, estableció esta nueva distinción para las unidades soviéticas, y la División de fusileros 100, condecorada con la orden de Lenin, se convirtió en la primera división de fusileros de Guardias del Ejército rojo. La primera unidad de carros de combate de Guardias era la brigada del coronel Katukov, que había atacado con éxito a las unidades acorazadas de Guderian al sur de Mtsensk.

La misión de reunir las unidades de reserva y de instruir los refuerzos se confió a la «Administración central de reclutamiento para las fuerzas del Ejército», que por lo general cumplió su cometido durante los meses de octubre y noviembre, en la zona de los Urales, creando aquellas unidades de refresco que el Mando alemán no creía que pudieran formarse. Las reservas que Stalin concentró efectivamente en el sector de Moscú equivalían (según los cálculos del mariscal Rotmistrov) a 30 brigadas de fusileros, con nueve Ejércitos de reserva igualmente en proceso de constitución.

Asimismo, durante el verano y el otoño, a las mismas puertas de Moscú, se puso en práctica otro método para reforzar el Ejército y llenar los huecos abiertos en sus filas: la utilización de las unidades de la milicia territorial *(opolchenie)* como fuerzas de primera línea. Pero, como ya se ha dicho, ello suponía enfrentar a los inexpertos paisanos con los preparadísimos veteranos de la *Wehrmacht*. No obstante, los batallones de territoriales procedentes de Moscú fueron enviados a cerrar las brechas abiertas en la línea defensiva del frente. Y, desde luego, muy pocos volvieron.

Hubo además otra fuerza, un ejército fantasma, que acabó viéndose envuelto en algunos de los más sangrientos combates de aquella guerra y con el que Stalin trató de obstaculizar el avance de los Ejércitos alemanes: los partisanos soviéticos. Los primeros preparativos para una guerra partisana se efectuaron en la década de los años treinta; pero mucho antes de 1941 esta iniciativa había sido completamente abandonada, por lo que ante la nueva situación el movimiento partisano tuvo que improvisarse.

El primer «manifiesto» fue prácticamente una copia, palabra por palabra, del llamamiento a la acción de guerrilla de la guerra civil de 1917. Fueron soldados del Ejército regular, restos de divisio-





(Novosti Press Agency)

Izquierda: muchachas rusas colocan espoletas a las granadas en una fábrica de material de guerra. Derecha: una operaria trabaja en una cadena de montaje de morteros pesados para el Ejército. A menudo las fábricas rusas mantenían su actividad durante las veinticuatro horas del día, a fin de hacer frente a las crecientes necesidades de las Fuerzas Armadas.



nes fragmentadas, aislados de sus compañeros en la retaguardia alemana, quienes formaron los primeros núcleos de estos combatientes. A partir de julio el Partido comunista decidió formar «organizaciones clandestinas» y grupos partisanos en potencia: la NKVD facilitó muchos oficiales para que organizaran «grupos de hostigamiento» y en las zonas aún no ocupadas por el Ejército alemán se formaron «batallones de gastadores», de 100 a 200 hombres, destinados en principio a cometidos no muy diferentes de los de la Guardia Nacional en Gran Bretaña, pero que después se emplearon para constituir «destacamentos» partisanos con oficiales de la NKVD.

No obstante, en los primeros meses de 1941 poco o nada se hizo en cuanto a una verdadera resistencia. Stalin empezaba a comprender que lo más importante era la pérdida de la «presencia», la retirada material del Partido y de los órganos de gobierno soviéticos, aquel gran influjo del poder comunista que, una vez perdido de vista, podía caer en el olvido. Los casos en que esto había sucedido eran demasiados para que el asunto no se considerase preocupante. Por lo tanto, el movimiento partisano, aunque de momento no tenía –ni lo tendría durante algún tiempo– importancia militar, podía devolver a las zonas ocupadas por los alemanes el concepto y hasta la sustancia del poder soviético. Y por este lado lo consiguió.

La dirección de la guerra en manos de Stalin

La derrota de la *Wehrmacht* en su ofensiva contra Moscú y los reveses que sufrió en Tijvin, al Norte, y en Rostov, al Sur, señalaron el comienzo de un cambio radical en la marcha de las operaciones. En efecto, la Unión Soviética demostró la suficiente capacidad de resistencia para asegurar una relativa recuperación después del choque inicial causado por la ofensiva alemana.

En general, Stalin dirigió a su país en la guerra de la misma manera aproximadamente que dominado en tiempos de paz: con una acción directiva despótica y rígidamente centralizada, de la que él era el jefe. Este sistema supuso de inmediato una fuerza enorme; pero, al mismo tiempo, hizo que el método resultase bastante vulnerable: cualquier falta de arriba –o del «centro», como lo definían los mensajes y las conversaciones telefónicas de la época– provocaría el bloqueo de todo el sistema y lo alteraría violentamente. Esta rigidez extremada redujo, como es natural, la rapidez de las reacciones, y en cambio, la guerra relámpago, con su estrategia de gran velocidad, no admitía titubeos. El Ejército ruso se vio perjudicado desde el principio por la escasez e ineficacia de los enlaces; las «unidades de enlace-radio del Alto Mando» eran escasas y muchas veces el «centro» no podía efectuar sus comunicaciones más urgentes. Sin embargo, antes de septiembre, el «centro» quedó enlazado por radio de alta frecuencia con todos los puestos de mando, y Stalin podía ponerse en contacto, cuando lo deseaba, con los altos mandos e impartir instrucciones, elogios o amonestaciones.

Pero aun así, la amplitud y la velocidad de los acontecimientos bélicos amenazaba con arrollar al Mando soviético. Por ejemplo, la tarde del 5 de octubre de 1941 el «centro» recibió la grave noticia de que medios acorazados alemanes avanzaban sobre Yujnov. El avance lo detectó una patrulla de cazas soviéticos durante uno de sus vuelos habituales; pero, como los aviones no disponían de máquinas fotográficas, la información de los pilotos no se tomó en consideración, e incluso se sometió al comandante de la patrulla, acusado de «alarmismo», un proceso de investigación por parte de la NKVD. La insistencia en emplear la táctica de la «defensa lineal», que diseminaba los Ejércitos y las divisiones, colocándolas a lo largo de una determinada línea, produjo también gran confusión en los proyectos y en las intenciones soviéticas. Por otra parte, la tendencia a permanecer aferrados tenazmente a determinadas líneas y la falta de órdenes del «centro» para adoptar una táctica distinta fue la causa que determinó el cerco de grandes unidades soviéticas. La organización que puso en estos aprietos a las Fuerzas Armadas y a la nación en general estaba dirigida por Stalin, que ejercía diversas



KV-2

Cañón de asalto sobre un casco de la primera versión del carro KV-1. No tuvo éxito a causa de su excesiva altura y de lo burdo de su adaptación.
Peso: 52 t.
Radio de acción en carretera: 250 km.
Coraza: 110 mm. (Máx.).
Tripulación: Seis hombres.
Armamento: una pieza de 152 mm; tres ametralladoras de 7,62 mm.

funciones. La Unión Soviética comenzó la guerra sin que se hubiese designado ningún comandante en jefe y sin ninguna «organización de altos mandos»; luego, en pocas semanas, y sustituyendo al mariscal Timoshenko, Stalin se convirtió en Comisario del Pueblo para la Defensa y en «comandante supremo». Stalin era también presidente del Comité para la Defensa del Estado, el GKO *(Gosudarstvennij Komitet Oboronij)*, una especie de directorio civil, y miembro (en realidad jefe *de facto*) del STAVKA, el Alto Mando Soviético, al que correspondía la dirección de las operaciones militares.

El STAVKA era al mismo tiempo un lugar y un grupo de personas; es decir, la sala operativa del Kremlin y un grupo de mando permanente, con «miembros fijos» (Stalin, Voroshilov, Timoshenko, Budennij, Zukov y Chapochnikov). Estaban además los representantes «de las Armas y de los Servicios», que figuraban en calidad de agregados: Fedorenko por las unidades acorazadas, Peresjkin por el Servicio de comunicaciones y Chrulev como jefe de los Servicios de retaguardia, departamento creado en agosto de 1941. El Estado Mayor General Soviético estaba al servicio del STAVKA para elaborar planes y preparar órdenes, así como para enviar al citado STAVKA los informes sobre la situación, recogidos sistemáticamente de todos los frentes extendidos sobre el territorio ruso, a fin de que los examinase.

Los fracasos no se perdonan

Mientras Stalin vigilaba a sus comandantes desde el «centro», los comisarios-centinelas vigilaban a los comandantes en el frente, y allí donde esto no bastaba la NKVD de Beria tenía la última palabra. A causa de los reveses sufridos, Stalin trató sin la menor piedad a sus altos oficiales (la mayor parte de los cuales no hicieron más que seguir las indicaciones que el dictador les diera o bien sufrían las consecuencias de no haber recibido verdaderas órdenes). Y a las condenas a muerte o a la degradación de estos oficiales soviéticos se les dio intencionadamente la mayor publicidad para escarmentar a los demás y evitar otro fracaso en el futuro.

El GKO, Comité de la Defensa del Estado, funcionaba como Gabinete de guerra de la Unión Soviética, y le correspondía encargarse de la movilización total del país. Precisamente de acuerdo con sus instrucciones se declaró en Moscú el estado de sitio. A través de sus «plenipotenciarios», el GKO dirigía también la organización de los abastecimientos de Leningrado; asimismo, el «Soviet de la evacuación», cuyo cometido era trasladar al Este las instalaciones industriales y los obreros, actuaba bajo la égida del GKO. Su presidente, como ya se ha dicho, era el propio Stalin y figuraban como componentes Molotov, Malenkov, Beria, Kaganovich y Voznesenskij, junto con otros especialistas.

A veces el personal (y los cometidos) del GKO y del STAVKA se entremezclaban en operaciones de defensa más amplias. Fue así como se ideó la estrategia para la supervivencia. El traslado y la instalación de la industria de guerra en el Este fue una empresa colosal: los primeros desplazamientos se ordenaron a principios de junio; pero en agosto y septiembre se agregó a dicho desplazamiento el difícil cometido de trasladar toda la industria de Ucrania a lugares inaccesibles para los alemanes. Precisamente mientras esta enorme masa de maquinaria se desplazaba hacia los Urales y Siberia, el GKO, en su sesión del 9 de noviembre, asumió la responsabilidad de establecer las cifras de la producción industrial para 1942: no menos de 22.000 aviones y unos 25.000 carros de combate.

Voznesenskij recibió de Stalin el encargo de enviar al «centro» una parte semanal sobre la producción bélica, a fin de que el GKO pudiese mantenerse bien informado sobre la marcha de la misma. Malenkov se encargó de «localizar los defectos» de la industria aeronáutica; Molotov vigilaba la producción de carros de combate, y Kaganovich dirigía los transportes, especialmente el tráfico ferroviario. Beria, con sus tropas de la NKVD, garantizaba la seguridad.

El Comité para la Defensa del Estado tenía el mando de toda Rusia. A niveles inferiores, y en los centros más importantes, se organizaron pequeños «comités de defensa», como en Leningrado (que era un caso muy especial), Tula, Sebastópol, Murmansk, Rostov y, hacia el Este, hasta Stalingrado. El comité urbano de defensa solía estar compuesto por agentes del Partido, del Ejército y de la NKVD; su autoridad cubría un amplio campo: desde la movilización de la población local y la dirección de los transportes hasta la supervisión de las reservas alimentarias o la regulación del racionamiento.

La autoridad de los comités de defensa emanaba del mismo GKO; pero éste, por lo general, no ejercía ninguna vigilancia sobre sus actividades directas. En este aspecto Leningrado era una excepción, pues allí el GKO actuaba directamente a causa de la complejidad y de la magnitud de los problemas que la ciudad planteaba y, porque tal era la voluntad de Stalin. El GKO gobernaba por medio de decretos, intervenciones directas y «plenipotenciarios». Donde la coordinación fallaba o no se intentaba siquiera, se recurría a una movilización drástica o a órdenes perentorias. Las «autoridades» mantenían claras formalidades legales; pero actuaban casi sin freno alguno al efectuar la movilización de emergencia. La población estaba abrumada por un montón de obligaciones: formación en la milicia, adiestramiento en las unidades de reserva, mantenimiento del ritmo de la producción, construcción de fortificaciones y toda una serie de deberes paramilitares que cumplir.

Todo el inmenso movimiento hacia la «guerra patriótica» fue acompañado por el intento de identificar al «partido» con la «patria». Eso era una especie de mecha de combustión lenta, y tuvo que pasar algún tiempo antes de que prendiese fuego a todas las cargas del nacionalismo ruso; sin embargo, el clima de la resistencia ya había empezado a echar raíces profundas, pues a pesar de toda la desesperación y de la ira contra las «autoridades» por sus fracasos, cada vez se hacía más evidente lo que significaría para los rusos el «nuevo orden» alemán.

En su discurso de noviembre, con motivo del aniversario de la revolución, el mismo Stalin había puntualizado la cuestión: «Si (los alemanes) quieren una guerra de exterminio, la tendrán». Ésta era la realidad, terrible y sin paliativos, tal como empezaban a verla los rusos: la supervivencia o el exterminio.

Con gran parte de la estructura estatal desmoronada, y frente al colapso y la confusión, el Ejército ruso, a pesar de todos sus fracasos y no obstante la pérdida de la consideración pública, fue

ocupando cada vez más claramente (entre finales de otoño de 1941 y la primavera de 1942) la posición de un «Estado dentro del Estado». Poco a poco, como consecuencia de toda la contracción estatal, el Ejército comenzaba a asumir el poder. Y éste era un proceso que Stalin vigilaba con la mayor atención.

Los «supercomisarios», hombres como Bulganin (afecto al frente occidental) o Lee Mechlis (jefe de la administración política del Ejército ruso) tenían también el encargo de vigilar, y por ello informaban a Stalin constantemente: Mechlis, en particular, no sentía simpatía alguna por los militares de profesión y no dejaba pasar ocasión alguna para denigrarlos. Instaba a los comandantes de las grandes unidades y hasta los amenazaba, para que comenzaran los ataques aun antes de prepararlos.

Belov, comandante del Cuerpo de Ejército de Caballería II, se encontró en una situación difícil cuando sus divisiones se trasladaron a Kasira, al sur de Moscú. Los funcionarios locales le esperaban ansiosamente con una larga serie de preguntas: ¿Debía evacuarse la población? ¿había que inutilizar por completo la central eléctrica? ¿podía defenderse la ciudad? Belov contaba con pocas horas para «organizar» Kasira: se evacuaría a las mujeres, a los niños y a los viejos a la otra orilla del río Oka; la central eléctrica podía continuar funcionando hasta el último momento; se organizaría en la ciudad un rudimentario sistema defensivo, y se echaría arena y ceniza en la carretera, al otro lado del puente, para que pudieran transitar por ella camiones y caballos. Las autoridades de la ciudad se encargarían de proporcionar herraduras para los caballos y el batallón de zapadores comenzaría en seguida a levantar barricadas y pozos de tirador. Estos eran los cometidos de los comandantes de Ejército y de Cuerpo de Ejército.

El 29 de noviembre el general Zukov informó por teléfono a Stalin sobre la situación general: las columnas avanzadas alemanas estaban a 35 km de Moscú por el Norte y a 60 km por el Sur. Zukov solicitó que se asignase al Ejército 1 de rotura (en el Norte) y al Ejército 10 (en el Sur) la misión de atacar a las unidades de asalto alemanas, obligarlas a detenerse y luego hacerlas retroceder lejos de la capital. Stalin interrogó detalladamente a Zukov sobre el potencial de las fuerzas alemanas y sobre su opinión según la cual la *Wehrmacht* no estaba en condiciones de aumentar su fuerza.

De esto último Zukov estaba seguro. El 30 de noviembre el Mando del frente occidental elaboró los planes de ataque (correspondientes al Ejército 1 de asalto y al Ejército 10), fijándose entre el 3 y el 4 de diciembre la fecha del comienzo del contraataque (que después se aplazó hasta el 6 de diciembre). Stalin aprobó los planes sin modificaciones. La mañana del 2 de diciembre el dictador ruso telefoneó a Zukov para preguntar: ¿Qué valoración da el mando del frente (el occidental) sobre el enemigo y sus posibilidades?» Zukov repitió su opinión: el enemigo estaba completamente «agotado». Y lo curioso es que la valoración que el Grupo de Ejércitos del Centro alemán daba del Ejército ruso el 2 de diciembre era idéntica: afirmaba que los rusos estaban en plena crisis y totalmente «agotados».

Sin embargo, las fuerzas alemanas habían sufrido ya un revés muy serio, un anuncio de lo que le ocurriría al Grupo de Ejércitos del Centro cuando el mariscal Timoshenko consiguiera echar a los alemanes de Rostov con una operación muy hábil. Asimismo, en Tijvin, en el Noroeste, a través de la estepa cubierta de nieve, los batallones de fusileros soviéticos, con el apoyo de los carros *T-34*, combatieron con ímpetu salvaje para recuperar el amasijo de ruinas a que había quedado reducida la ciudad y para rechazar hasta el Vóljov a las unidades alemanas, evitando así el enorme cerco de Leningrado por medio de un enlace entre alemanes y finlandeses.

Entre el 5 y 6 de diciembre de 1941 los Ejércitos del frente de Kalinin, del occidental y del sudoccidental, se lanzaron al ataque en todo el frente, que se extendía a lo largo de 800 km, desde Kalinin hasta Yeliets. Por primera vez el Ejército ruso empezaba a saborear el éxito mientras se lanzaba contra los soldados de la *Wehrmacht*, inadecuadamente vestidos, atormentados por el hielo e impresionados por la primera derrota que experimentaban las tropas alemanas. La 3.ª *Panzerdivision* se hallaba en grave peligro en la bolsa de Klin, ya que a sus espaldas tenía tan sólo una carretera helada, que pasaba por la misma Klin, llena de heridos alemanes, armas y material pesado: el día 13 de diciembre las fuerzas soviéticas habían envuelto Klin y Kalinin, aplastando las «fortificaciones» alemanas; no obstante, la 3.ª *Panzerdivision* consiguió escabullirse hacia el Oeste, hasta la línea del río Lama. Pero eso, en realidad, no fue un éxito, pues lo cierto era que se había cortado la punta septentrional de la penetración hacia Moscú. Al Sur, Zukov, cuyo objetivo era la 2.ª *Panzerdivision* de Guderian, atacaba con los Ejércitos 50, 49 y 10; los que habían sido los defensores de Tula pasaron a ser los atacantes y efectuaron salidas hacia el Noroeste, el Norte y el Nordeste para inmovilizar a las divisiones alemanas, mientras la caballería de Belov y el Ejército 10 de Golikov les cortaban la retirada.

Una semana después del comienzo de la contraofensiva el *Sovinformburo* proclamaba, en su comunicado, que el intento de envolver a Moscú había fracasado y anunciaba los primeros resultados de la contraofensiva soviética; mientras tanto, la prensa aclamaba unánimemente la aparición de una nueva *élite* de comandantes soviéticos, los generales Zukov, Rokossovskij, V. I. Kuznetsov, Golikov, Boldin, Govorov, Leljushenko, A. A. Vlasov y Belov.

Después de los éxitos soviéticos de la primera semana de diciembre, cuando las fuerzas rusas del ala Norte y del ala Sur vieron por primera



vez el derrumbamiento de la cohesión y de la disciplina alemanas, el avance soviético continuó hasta mediados de mes, llegando a Kalinin, Klin, Istra y Yeliets. No obstante, esto significaba un esfuerzo inmenso para las reservas soviéticas, aunque los comandantes alemanes tuvieron la impresión de que la marea de hombres y de máquinas que se les echaba encima no tenía fin. Pero la realidad era que, después de los violentos combates defensivos, los almacenes soviéticos estaban agotándose; la escasez de camiones para el transporte de las municiones y del carburante era grave, y las unidades móviles, de importancia decisiva, contaban con muy pocos carros de combate.

Los rusos estaban lanzando una rápida ofensiva, y la velocidad había de ser el remedio para la escasez y debilidad de sus fuerzas. El general Zukov exigía una «ofensiva sin tregua», a fin de penetrar hasta la retaguardia alemana lo más rápidamente posible: en las directivas que impartía a los comandantes de las unidades prohibía «categóricamente» los ataques frontales contra las retaguardias y los reductos alemanes, que debían dejarse atrás o bien cercarse. Pero las fuerzas alemanas (y eso era lo que más había llamado la atención de Stalin), expertas y tenaces, aunque azotadas por el frío, resistían y combatían hasta el último momento en posiciones aisladas, en sectores separados y a lo largo de líneas de resistencia improvisadas, y todo eso mucho antes de que Hitler diera la orden de «resistir a toda costa». No obstante, el Mando soviético esperaba desorganizar primero y abatir después a todo el Grupo de Ejércitos del Centro.

Stalin concertaba ya sus planes para potenciar la contraofensiva soviética que se iba a desarrollar al oeste de Moscú, la cual debería ser una gigantesca irrupción en varios frentes para abatir a los Grupos de Ejércitos Norte, Centro y Sur. El ataque contra el Grupo de Ejércitos Norte se discutió el 11 de diciembre, considerándose la prioridad de una operación destinada a romper el cerco de

Diciembre de 1941: «Era una retirada que implicaba a todo el Ejército alemán desplegado ante Moscú. Tres Ejércitos estaban retrocediendo, alejándose así de la importante y ambicionada presa». La *Wehrmacht* ya no combatía para alcanzar los objetivos previstos en la Operación «Barbarroja», cuya meta era la conquista de Moscú; ahora la *Wehrmacht* se batía para sobrevivir. *(Novosti Press Agency)*

Leningrado. La reconquista de Tijvin mejoró la situación de los abastecimientos, pero sólo en el extremo del frente.

La nueva operación estratégica requería que el Ejército 54 (frente de Leningrado) se desplazara de las orillas meridionales del lago Ladoga para unirse al Ejército 4 del frente de Vóljov, dividiendo así a las fuerzas alemanas que dominaban el sector terrestre del cerco; al mismo tiempo, el ala derecha del frente noroccidental avanzaría a lo largo de la costa inferior del lago Ilmen, lanzándose después hacia el Noroeste, en dirección a Luga, mientras el ala izquierda del frente Vóljov

se dirigiría hacia Nóvgorod. Esta operación cortaría la retirada y las líneas de abastecimiento del Grupo de Ejércitos Norte. Las órdenes para el frente de Vóljov se impartieron el 17 de diciembre y al día siguiente el teniente general P. A. Kurockin recibió las directivas del STAVKA para el frente noroccidental, que indicaban un cometido de alcance aún mayor. En efecto, mientras su ala derecha atacase por el Noroeste, su ala izquierda debería efectuar una profunda penetración hasta la retaguardia del Grupo de Ejércitos del Centro, avanzando por Andreapol-Toropets y después hacia Rudniá, al oeste de Smolensk. Stalin se proponía alcanzar así a dos Grupos de Ejércitos, el Norte y el Centro, con dos golpes divergentes en un mismo frente.

Los frentes meridional y sudoccidental atacarían al Grupo de Ejércitos Sur, liberando la región del Donbáss, mientras que el frente del Cáucaso, con el apoyo de la escuadra del mar Negro, atacaría en Crimea, donde tropas soviéticas, fusileros de marina y la población civil defendían el último reducto que quedaba: la gran base naval de Sebastópol.

Para un país tan duramente castigado y para un Ejército exhausto, la contraofensiva de diciembre que detuvo a los alemanes ante Moscú, fue desde luego un gran éxito. Los brazos de la tenaza del ataque alemán al norte y sur de Moscú se habían abierto y el peligro inmediato para la ciudad estaba más lejos. Pero a Stalin esto no le bastaba: quería desquitarse de casi todas las pérdidas con un solo golpe, grandioso y decisivo.

La tarde del lunes 5 de enero de 1942 fue el momento de la determinación irrevocable: el dictador ruso decidió, formal y definitivamente, que se efectuase un ataque «total» en todos los frentes soviéticos contra los tres Grupos de Ejércitos alemanes; esta decisión fue confirmada durante una sesión plenaria del STAVKA, en presencia de miembros del GKO, del jefe del Estado Mayor General, del segundo jefe y de Voznesenskij. Cuando Chapochnikov hubo expuesto las líneas generales de la principales operaciones estratégicas (liberación de Leningrado, ofensiva contra el Grupo de Ejércitos Norte, ataque al Grupo de Ejércitos del Centro, liberación del Donbáss y asalto a Crimea) Stalin pidió que se hicieran «observaciones». El general Zukov tenía bastante que hacer: el «eje occidental» (dirigido contra el Grupo de Ejércitos del Centro) presentaba realmente perspectivas favorables, porque allí el enemigo estaba bastante desorganizado; mas para que los frentes soviéticos del centro pudiesen efectuar ulteriores operaciones ofensivas de tanta envergadura se necesitarían más refuerzos, en tanto que los ataques en fuerza próximos a Leningrado y hacia el Sudoeste pondrían a las fuerzas soviéticas frente a defensas bien preparadas, contra las que se precisaba abundante artillería pesada, de la que precisamente no se disponía. El resultado no podía ser más que un desgaste de las fuerzas soviéticas. Por ello, el general Zukov propuso reforzar en el centro el «eje occidental» y mantener de momento una actitud prudente en los flancos. Voznesenskij estaba también de acuerdo con la tesis de Zukov, y subrayó el hecho de que la producción bélica del momento no estaba en condiciones de proporcionar armamento y equipo en las proporciones que estas operaciones gigantescas requerirían.

Stalin escuchó y después confirmó su decisión: el ataque en todo el frente se efectuaría de todos modos. Atacar en aquel momento en una escala tan amplia podía significar reducir a la *Wehrmacht* a una masa informe, debilitándola tanto que a los alemanes no les quedase ninguna posibilidad de pasar a la ofensiva en primavera. El mariscal Timoshenko apoyaba a Stalin; Beria y Malenkov también. Las «dificultades» previstas por Voznesenskij podrían superarse. En realidad, las directivas del STAVKA para llevar a cabo esta extensa ofensiva ya se habían enviado a los puestos de mando de los frentes (los comandantes de los frentes de Vóljov y noroccidental las habían recibido el 17 y 18 de diciembre); así, pues, en la sesión de enero, Stalin no estaba formulando un plan, sino confirmando sus propósitos.

Durante seis agitadas semanas, en las que el Grupo de Ejércitos del Centro alemán luchó para cerrar la gran brecha abierta en su flanco meridional y parar el gran ataque lanzado contra su retaguardia desde el Norte, los ambiciosos planes de Stalin parecieron encontrar plena justificación. Pero luego, al ampliarse la contraofensiva soviética, todas las fuerzas disponibles se dispersaron en múltiples ataques, muchos de los cuales asestaron duros golpes al enemigo, mas ninguno fue decisivo.

Todo esto dio la razón a Zukov, a Chapochnikov y al punto de vista realista de los militares soviéticos. Cuarenta y ocho horas después de la reunión del STAVKA se iniciaron las nuevas ofensivas de acuerdo con las órdenes de Stalin. El día 7 de enero, el flanco derecho de Kurockin (Ejército 11, frente noroccidental) avanzó a lo largo de la orilla meridional del lago Ilmen, dejó atrás el reducto alemán de Stáraia Russa y prosiguió su marcha hacia el Norte; aquel mismo día, el frente de Vóljov pasó a la ofensiva, con Mechlis incitando a los comandantes a emprender una acción que se revelaría totalmente prematura. También en este frente de Vóljov, como en el noroccidental, hubo que luchar con muchas dificul-

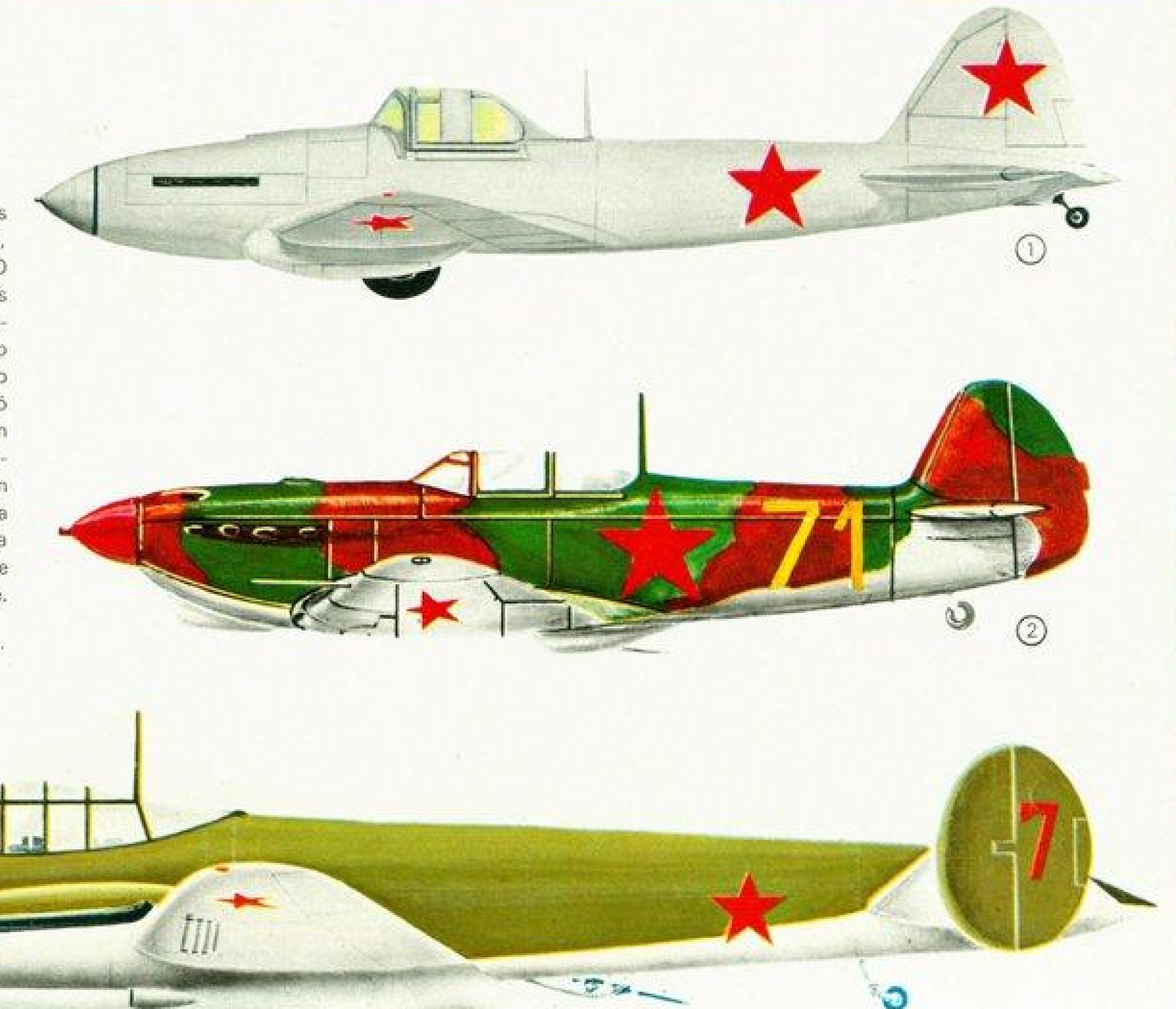




Arriba, a la izquierda: puestos de tirador aislados protegen las posiciones avanzadas soviéticas en la línea defensiva de Mozhaisk. A la derecha: soldados alemanes de infantería apostados en una trinchera en el transcurso de la contraofensiva soviética. En primera línea, la táctica que más se empleaba era precisamente la guerra de trincheras, a causa del hielo que bloqueaba y paralizaba la acción de los medios acorazados. Abajo: tropas soviéticas capturan algunos soldados alemanes de la División *Totenkopf*, de las SS, en una trinchera próxima a Stáraia Russa. A pesar de los intentos de ocuparla por asalto (a mediados de enero de 1941), la ciudad permaneció en manos alemanas, lo que fue un síntoma del primer debilitamiento de las fuerzas soviéticas.
(Novosti Press Agency) - (Sado Opera Mundi) - (History of the Second World War)

NUEVOS AVIONES PARA LA AVIACION SOVIETICA

En junio de 1941, durante las primeras ocho horas de la Operación "Barbarroja", la Aviación soviética perdió más de 1200 aviones. Pero, a toda prisa, y desde las zonas orientales, se enviaron grandes refuerzos; por ello, ya en septiembre, bajo la dirección del general Novikov, su nuevo comandante, la Aviación soviética empezó a recuperarse. Los nuevos aviones eran iguales e incluso superiores a los alemanes del antiguo tipo; pero su producción sufrió un notable descenso en la primera fase de la guerra, a consecuencia de la ofensiva aérea alemana y del traslado de las industrias aeronáuticas hacia el Este.



(John Batchelor) - (Alfredo Fitelli)

❶ Sturmovik IL-2

Este avión de asalto y de apoyo inmediato (llamado por los alemanes *Stormovitz*) fue quizá el aparato más famoso de la Aviación soviética: para ellos representaba lo que los *Stukas* para la *Luftwaffe*. Se mostró extraordinariamente eficaz en los ataques contra objetivos muy precisos en tierra, con sus proyectiles cohetes. **Velocidad máxima:** 415 km/h. **Tripulación:** dos hombres. **Armamento:** dos pequeños cañones de 20 mm, una ametralladora de 12,7 mm y dos de 7,62 mm; además 400 kg de bombas u ocho cohetes de 25 kg.

❷ Yakovlev Yak-1M

Fue el primer aparato de caza soviético de tipo moderno y el primero también de los célebres cazas proyectados por Yakovlev. **Velocidad máxima:** 585 km/h. **Autonomía:** 700 km. **Armamento:** un pequeño cañón de 20 mm, dos ametralladoras de 7,62 mm y seis cohetes.

❸ Petljakov Pe-2

Proyectado como bombardero ligero, el **Pe-2** fue utilizado en las más diversas misiones. Contaba con una buena autonomía y un armamento muy apto para el apoyo inmediato; también se utilizó como caza nocturno. **Velocidad máxima:** 540 km/h. **Autonomía:** 1900 km. **Tripulación:** dos hombres. **Armamento:** una ametralladora de 12,7 mm, cuatro de 7,62 mm y 1000 kg de bombas.

tades para el desplazamiento de los hombres y de los abastecimientos.

A la izquierda de Kurockin, dos Ejércitos de rotura, el del general Purkajev y el del coronel general Eremenko, atacaron el 9 de enero. El Ejército de Eremenko, cuya misión era efectuar el profundo ataque contra la retaguardia del Grupo de Ejércitos del Centro, era una unidad potente; pero había agotado sus reservas de víveres aun antes de que empezara el ataque; no podrían contar con abastecimientos hasta que se apoderasen de la base logística alemana de Totopets. Las fuerzas de Purjakev se desplazaron rápidamente hacia el Oeste, hasta que se encontraron ante una fuerte resistencia alemana en Jolm y mientras Eremenko cortaba hacia el Sudoeste, más allá del Dviná occidental, y hacia el Sur, en dirección a Demidov.

Mientras los hachazos de Eremenko se abrían camino hacia Vítebsk, a través de la retaguardia del Grupo de Ejércitos del Centro, en el frente de Kalinin, del general Konev, se combatía para aislar al ala septentrional de los alemanes, envolviendo al Ejército 9 a lo largo de la línea Rzhev-Sichovka-Viazma. Al norte de Rzhev, los Ejércitos 39 y 29 rusos (frente de Kalinin) rompieron las líneas alemanas (en el sector del Cuerpo de Ejército XXIII) y Konev hizo pasar por la brecha al Cuerpo de Ejército de Caballería XI de Gorin. Con Gorin en vanguardia, las unidades soviéticas se desplazaron hacia el oeste de Rzhev y se dirigieron a Viazma. Mientras toda el ala septentrional soviética se dirigía hacia el Oeste, también el general Zukov, por el Sur, avanzaba rápidamente hacia Viazma, lanzando sus unidades móviles a través de la gran brecha abierta ente la 2.ª *Panzerdivision* y el Ejército 4; por dicha brecha entró también la caballería de Belov, que se dirigió hacia Yujnov y hacia la ruta de abastecimientos del Ejército 4. Belov se encaminaba, pues, hacia Viazma: el Ejército 10 de Golikov había cercado a la guarnición alemana de Sujínichi, punto que hacía de perno para el ala sur, más o menos como pasó a serlo Rzhev en el Norte.

Estos intentos soviéticos de estrangular al Grupo de Ejércitos del Centro eran muy peligrosos, por lo que, mientras tanto, Zukov trató de mantener ocupadas a las fuerzas alemanas en el centro de su frente a fin de impedir que reforzaran los flancos que él intentaba romper. El ritmo de avance era rápido en el Norte, pero lento en el centro. A mediados de enero el esfuerzo ya resultaba excesivo para los recursos soviéticos y, no obstante, aún se debía hacer frente a múltiples situaciones de urgencia: era más o menos la situación que Zukov había imaginado a principios de mes.

Derroche de los recursos soviéticos

Pero Stalin eligió precisamente este momento para efectuar un nuevo despliegue de varios de los Ejércitos clave.

En el frente noroccidental, el general Kurockin se hallaba como quien tiene un tigre agarrado por la cola: Stáraia Russa permanecía en manos

alemanas a pesar de todos los intentos de ocuparla por asalto, y en el centro del frente el general ruso había cercado a siete divisiones del Cuerpo de Ejército II (Ejército 16) en Demiansk, que debía eliminarse antes de que el frente avanzara hacia el Oeste. El frente noroccidental quedó repentinamente dividido en dos cuando los Ejércitos de asalto del flanco izquierdo (el 3 y el 4) pasaron bajo el mando del frente de Kalinin. Mas esto no resolvía el problema de la bolsa de Demiansk: las divisiones alemanas estaban cercadas, pero inmovilizaban a muchas fuerzas soviéticas. Por su parte, la *Luftwaffe* abastecía la bolsa con su primer puente aéreo en gran escala.

Stalin decidió entonces retirar el Ejército 1 de rotura del general Kuznetsov del ala derecha de Zukov y enviarlo al Noroeste. Esta solución era, a todas luces, desacertada: Zukov perdía con ello un Ejército, y en cambio pasó bastante tiempo antes de que esta unidad se pusiera al mando de Kurockin. Existía además el problema de romper la línea de resistencia alemana en Sujinichi. Stalin proponía hacerlo retirando también al Ejército 16 de Rokossovskij del ala derecha de Zukov para mandarlo al Sur. Estos movimientos se llevaron a cabo por orden personal de Stalin, y no logró cambiarlos ninguna protesta por parte de Zukov. Así se inició la primera y fatal debilitación de las fuerzas ofensivas soviéticas; fue una «dispersión de Ejércitos» que privó a la acción soviética de su ya limitada potencia. Las instrucciones del STAVKA, respecto a continuar avanzando y ocupar Briansk, significaron una ulterior dispersión de los esfuerzos y de las tropas, que disminuyó el golpe del avance en dirección Sur, sobre Viazma.

Las pérdidas en batalla agotaban también las fuerzas del Ejército ruso, especialmente a finales de enero: el frente de Kalinin, empeñado en dos operaciones de gran envergadura sobre los ejes de Rzhev-Sichovca-Viazma y de Toropets-Rudniá-Smolensk, tan sólo disponía a últimos de mes de 35 carros de combate; los regimientos de artillería de la «reserva del Alto Mando» no contaban más que con media docena de cañones y los efectivos de una división de fusileros habían descendido a 3000 ó 3700 hombres. El Ejército 4 de rotura de Eremenko, cuyo ímpetu se extinguiría poco después (cuando los contraataques alemanes detuvieron el ala septentrional), pagó su éxito con pérdidas muy graves en hombres; por ejemplo, su División de fusileros 249, compuesta por 8000 hombres veintiún días antes quedó reducida a 1400. Además, el apoyo aéreo empezaba a resultar insuficiente, pues, al no disponer de aeródromos avanzados, los soldados del Ejército soviético se encontraban ahora fuera del radio de acción de sus aviones.

No obstante, el avance hacia Viazma continuó. La caballería de Belov avanzaba desde el Sudoeste y la de Gorin descendía por el Norte. Desde el Este se aproximaba el Ejército 33 de Efremov. El 27 de enero por la tarde las puntas avanzadas de Gorin se hallaban sobre la carretera de Minsk, al oeste de Viazma, y las divisiones de caballería de Belov estaban en la otra parte de la carretera Roslavl-Maloyaroslavets; pero la trampa alemana se cerró sólidamente a sus espaldas y Belov no pudo hacer avanzar a su artillería. El 18 de enero por la noche 452 paracaidistas soviéticos se lanzaron sobre Zelanie, a unos 40 km al sur de Viazma. Durante las cuatro noches siguientes se lanzaron 1500 más. Y a fines de enero Zukov ordenó que todo el Cuerpo de Ejército de paracaidistas IV, del mayor general Levasciov, se lanzase en la zona situada inmediatamente al sur de Viazma, donde operaban Belov y Efremov. Pero antes de que Levasciov pudiera despegar, los bombarderos de la *Luftwaffe* sorprendieron a sus aviones de transporte, mal protegidos en sus aeródromos, y el Cuerpo de Ejército IV fue pulverizado en su propio terreno; sólo la Brigada de paracaidistas 8 consiguió partir, y entre el 27 de enero y el 2 de febrero se lanzaron 2323 hombres, aunque pocos más de la mitad lograron reagruparse como unidad orgánica una vez en tierra. Más de 1000 paracaidistas soviéticos quedaron diseminados en un amplio terreno pantanoso, cerca de Viazma.

El ataque sobre esta ciudad, efectuado por unidades soviéticas cansadas, mal equipadas y notablemente reducidas, empezaba a perder ímpetu: potentes refuerzos alemanes detenían los avances procedentes del Sur y del Este. Las divisiones de Efremov estaban diezmadas. Belov, no pudiendo entrar en Viazma, recibió la orden de efectuar un avance hacia Dorogobuzh. Por su parte, Gorin no podía eliminar Viazma sin ayuda. Y si bien era cierto que el Grupo de Ejércitos del Centro alemán estaba ya medio cercado, se daba el caso de que los que lo cercaban estaban a punto de ser envueltos a su vez por las fuerzas alemanas que rodeaban sus sectores, acorralando y aislando a las unidades soviéticas alrededor de Viazma. En Rzhev el general alemán Kodel efectuó un avance rápido y violento hacia el Norte, y consiguió aislar a los Ejércitos 39 y 29 de sus retaguardias, bloqueando su línea de retirada.

A pesar de los contraataques, a lo largo del frente alemán quedaban puntas y penetraciones rusas peligrosas y profundas. El Grupo de Ejércitos del Centro se tambaleó durante enero y febrero; y, mientras tanto, el Grupo de Ejércitos Sur combatía tenazmente para contener los ataques de Timoshenko más allá del Doniets, en la bolsa de penetración de Izium, que profundizaba unos 100 km en el interior de las posiciones alemanas y proporcionaba al Ejército ruso un trampolín de lanzamiento para descargar un ataque sobre Járkov o Dniepropetrovsk. A lo largo del perímetro septentrional de esta bolsa, si el dispositivo alemán cedía en Balakleia, las divisiones soviéticas podrían dirigirse hacia Járkov; en el Sur, si las tropas soviéticas lograban superar la resistencia alemana en Slaviansk, Timoshenko avanzaría sobre Dniepropetrovsk y Zaporozhe, amenazando las líneas de abastecimiento del Grupo de Ejércitos Sur. Si éstas caían en manos rusas, el citado Grupo de Ejércitos Sur, al este del Dnieper y en Crimea, quedaría estrangulado.

Los combates continuaron durante 70 días en aquel terreno azotado por el viento y por la nieve; pero las divisiones de fusileros y de caballería de Timoshenko no consiguieron hundir las defensas alemanas. En el otro extremo del frente ruso-alemán, en torno al río Vóljov, Meretzkov intentó durante todo el mes de enero abrir una brecha en las defensas germanas: después del fracasado ataque del 7 de enero, el día 13 reanudó la ofensiva, en la que participó también, en el flanco derecho, el Ejército 54 de Fedjuninskij. Pero, después de poco más de 72 horas, el Ejército 54 había agotado todas sus municiones y tuvo que detenerse. Meretzkov concentró entonces todos sus esfuerzos para tratar de abrir una brecha en las líneas enemigas que permitiera a sus tropas avanzar sobre Liuban.

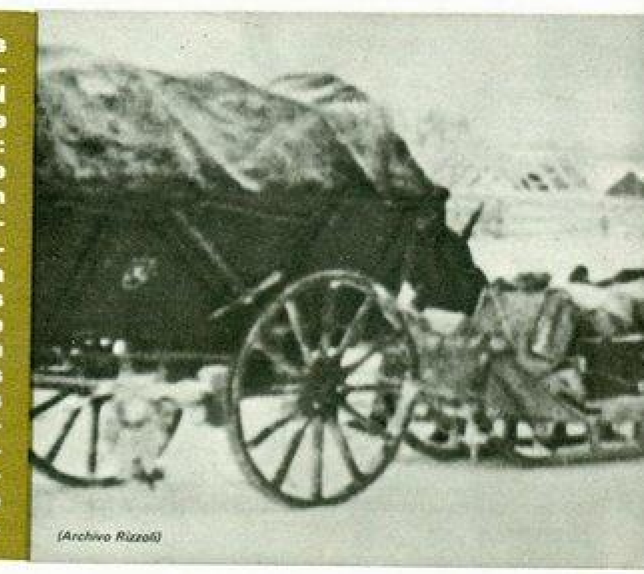
La recuperación de la «Wehrmacht»

A fines de enero, en la orilla occidental del Vóljov, las unidades de asalto soviéticas acabaron por abrir una brecha de 20 km en las defensas del adversario; se trata de un pasillo estrecho, peligrosamente estrecho, que las tropas rusas trataron de ampliar en el curso de combates encarnizados. Mientras tanto Meretzkov conducía a través de este pasillo al Cuerpo de Ejército de Caballería 13, seguido por el grueso de las fuerzas del Ejército 2 de rotura. La caballería, los batallones de esquiadores y los carros de combate soviéticos irrumpieron hacia el Oeste, y después se dirigieron hacia el Noroeste, en dirección a Liuban, penetrando profundamente en el sector del Ejército 18 alemán. Pero el «pasillo» no se dejaba ensanchar («ni un solo metro», según expresión del propio Meretzkov) y, por otra parte, al sur de Liuban, en Krasnaia Gorka, las unidades soviéticas chocaron con una fuerte resistencia alemana. Durante todo el mes de febrero el Ejército 2 de rotura siguió presionando para abrirse camino hacia delante; también el Ejército 54 reemprendió sus ataques, avanzando hacia Liuban desde el Nordeste. Pero en marzo les llegó el turno de atacar a los alemanes. Y, en efecto, atacaron enérgicamente cerrando el pasillo que comunicaba al Ejército 2 de rotura con su retaguardia. La bolsa de Vóljov estaba por fin «cerrada», y Vlasov, a quien poco antes se había aclamado como uno de los defensores de Moscú, estaba ahora perdido con todo su Ejército 2.

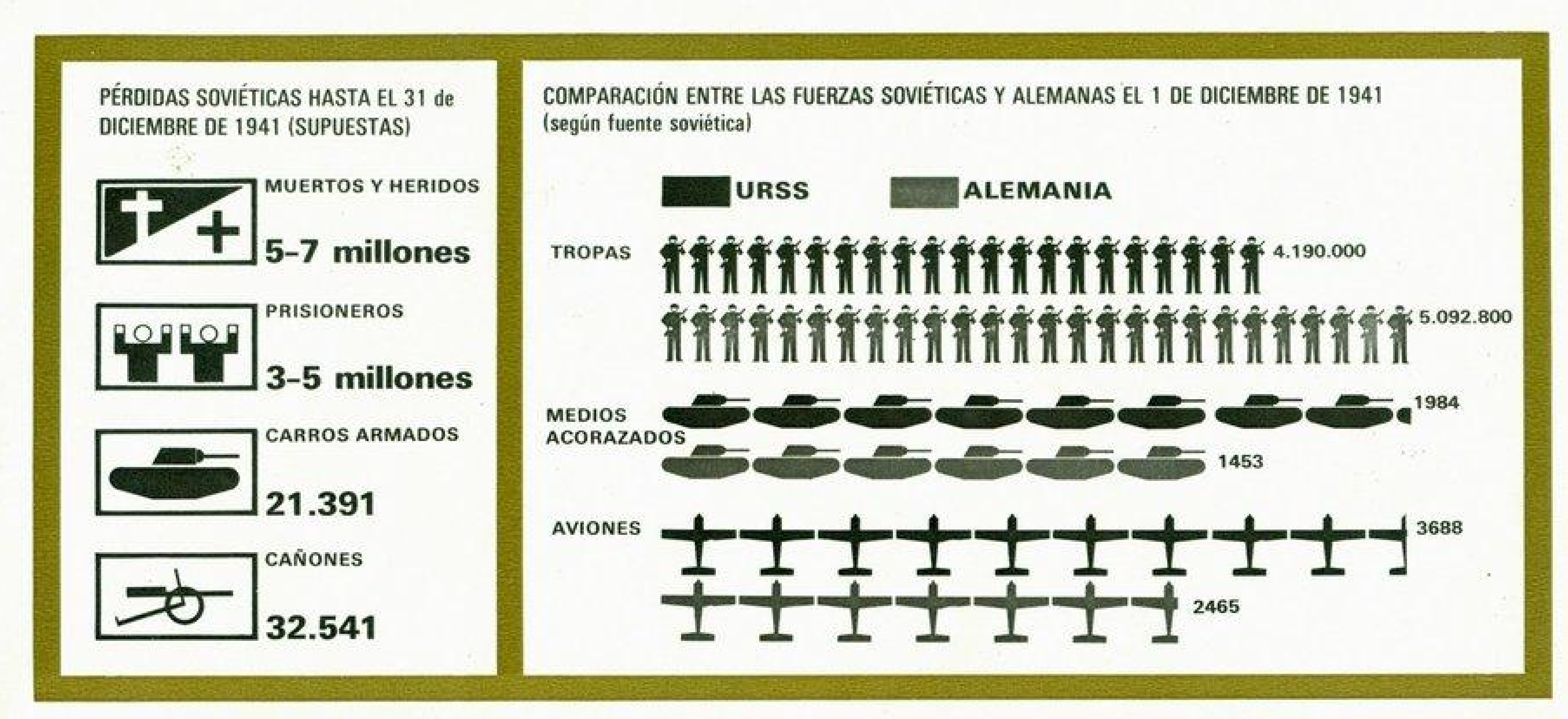
A fines de febrero la gran contraofensiva rusa estaba prácticamente agotada. Al Sur, las unidades soviéticas todavía ganaban terreno; pero la ofensiva ya no podía continuar. En Rzhev, en el ala septentrional del Grupo de Ejércitos del Cen-



A la izquierda: soldados alemanes tratan de despejar el camino para el paso de los carros de combate. A la derecha: una columna alemana de carros y de trineos con municiones y abastecimientos, se dirige a través de la estepa hacia la zona de operaciones del frente. Las líneas de abastecimientos se veían obstaculizadas por las malas condiciones de las carreteras y por los largos recorridos que separaban los centros logísticos de las fuerzas que luchaban en primera línea.



(Archivo Rizzoli)



Antes de que diera comienzo la Operación «Barbarroja», los agentes del Servicio Secreto alemán habían calculado que el Ejército ruso disponía de alrededor de 2.500.000 hombres, 18.000 carros de combate, 22.000 cañones y 14.000 aviones. El día 1 de diciembre de 1941, la mayor parte de estos efectivos habían sido destruidos o aniquilados; no obstante, la Unión Soviética estaba a punto de pasar al contraataque, demostrando con ello disponer de unas reservas aparentemente inagotables y echando por tierra todos los cálculos previstos por los alemanes. A pesar de las pérdidas experimentadas (665.000 hombres en Kiev, otros tantos en el sector Viazma-Briansk y 300.000 en Minsk), al iniciarse la contraofensiva los rusos contaban con ventaja numérica en todos los campos, excepto en el del potencial humano. Por ello, paisanos y milicianos lucharon para llenar los huecos que se produjeron en las filas del Ejército. Aunque no existen datos oficiales sobre las pérdidas humanas sufridas por los rusos, se pueden calcular, más o menos, entre los 5 y 7 millones, incluidos los heridos.

tro, el frente alemán se consolidó de nuevo a principios de mes. Nueve divisiones alemanas (procedentes de Europa occidental, donde Stalin quería que los británicos abriesen un «segundo frente») avanzaban hacia el Norte para cerrar la brecha entre los Grupos de Ejércitos Norte y del Centro. En el ala derecha del Grupo de Ejércitos del Centro, el flanco no cedía a pesar de todas las brechas abiertas en las líneas germanas.

A fines de marzo el STAVKA dio a Zukov nuevas directivas: debía llevar sus Ejércitos más al Oeste, sobre una línea situada no muy lejos de Smolensk, y era preciso apoderarse de Viazma, Rzhev y Briansk a comienzos de abril. Pero nada de esto quedaba ya dentro de las posibilidades del agotado Ejército ruso.

Después de rechazar a los alemanes ante Moscú y de los espectaculares éxitos obtenidos en diciembre, aquellos eran días duros, amargos y decepcionantes para los rusos: su Ejército estaba exhausto y los abastecimientos de armas, equipo y municiones se habían reducido alarmantemente. Las fuerzas rusas no sólo estaban cansadas, sino también desalentadas; cosa comprensible después de una propaganda excesiva.

Como estratega Stalin había demostrado ser un inepto. La contraofensiva soviética fue inconcluyente: ninguno de los tres Grupos de Ejércitos enemigos fue destruido ni puesto fuera de combate, y su capacidad de maniobra, aunque había disminuido gravemente en alguna ocasión, no se vio básicamente afectada. Sin embargo, una apreciación efectuada exclusivamente desde el punto de vista militar no puede dar una idea exacta de lo que fue el ataque invernal soviético. Sus efectos generales fueron muy amplios y de alcance considerable. En efecto, el mito de la invulnerabilidad de la *Wehrmacht*, alimentado por sus fáciles victorias en Europa occidental y en los Balcanes, se derrumbaba a los ojos del mundo entero, amigos y enemigos. Los japoneses, que se agitaban en las fronteras orientales de la Unión Soviética, no tardaron mucho en comprenderlo. El Ejército ruso no era una fuerza desorganizada y débil, sino un enemigo formidable y decidido. Los alemanes podían afirmar que todavía estaban en condiciones de vencerlo; pero también habían aprendido a respetarlo y a temerlo.

Se calculaba que, atacando en un frente de 1600 km de longitud, el Ejército ruso había destruido 50 divisiones germanas: en algunos sectores los alemanes se habían visto obligados a retroceder de 80 a 320 km. Las regiones de Moscú y de Tula fueron liberadas, y los rusos penetraron en las regiones de Kalinin, Smolensk, Oriol y Kursk, expulsando parcialmente a las fuerzas enemigas. Sin embargo, la cuestión más importante era saber si este éxito parcial convencería a Stalin, así como a Malenkov, Beria y a otros de sus «consejeros», de que la guerra no se podía ganar con una sola «campaña de aniquilamiento», y mucho menos en 1942. A pesar del revés sufrido, el Ejército alemán todavía sería capaz de montar otra gran ofensiva en la próxima primavera.

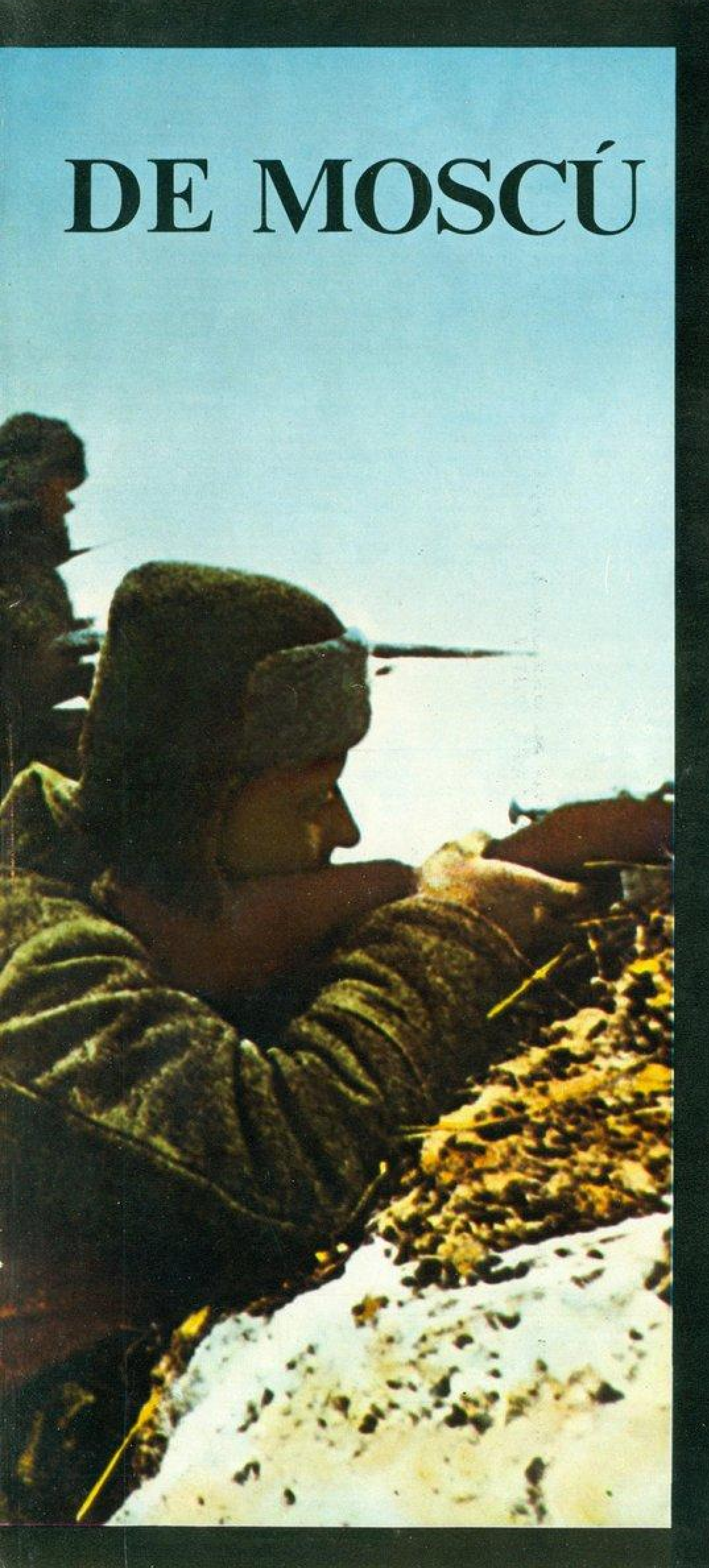
A fines de marzo el Estado Mayor General soviético presentó a Stalin una valoración estratégica de la situación, con una comparación de las fuerzas combatientes: el mariscal Chapochnikov y el teniente general Vasilevskij insistieron enérgicamente en que se adoptase una defensa estratégica. Eran consejos prudentes, desde el punto de vista militar, como los que habían dado en la sesión del STAVKA del 5 de enero; pero acabaron siguiendo la misma suerte que los que diera el general Zukov antes de la ofensiva rusa.



LA CONTRAOFENSIVA



(Novosti Press Agency)



DE MOSCÚ

Unión Soviética, diciembre de 1941-marzo de 1942

EL PUNTO DE VISTA SOVIÉTICO

G. K. Zukov, mariscal

El primer gran contraataque ruso se lanzó en el frente occidental, en el sector que protegía a Moscú. Su efecto sobre las exhaustas tropas alemanas y sus ya desgastadas dotaciones fue enorme: en total éstas perdieron más de 500.000 hombres, 1300 carros, 2500 cañones, más de 15.000 vehículos y mucho equipo de todos los tipos. Cuando el agotamiento de las reservas detuvo finalmente las operaciones rusas, las fuerzas alemanas habían sido rechazadas de Moscú en una profundidad que oscilaba entre los 150 y los 290 km.
El punto de vista soviético sobre esta acción decisiva lo expone en este capítulo el mariscal G. K. Zukov, el hombre que la había proyectado.

Cuando se estudia el paso dado, de la defensa a la ofensiva, por las fuerzas soviéticas frente a Moscú, es preciso recordar la particular situación en que se hallaba el sector estratégico occidental en los primeros días de diciembre de 1941. Las fuerzas alemanas que se lanzaron al ataque al noroeste de Moscú y en torno a Tula –con el fin de despedazar los flancos del frente occidental para después cercar y tomar la capital– estaban ya física y moralmente exhaustas; además, su frente era muy extenso. Por otra parte, al enemigo no le quedaban ya reservas, y por añadidura nuestros guerrilleros se mostraban cada vez más activos a sus espaldas: su ofensiva ya no podía triunfar, aunque atacase nuestras defensas.

Sin embargo, la situación era todavía crítica para los defensores. También éstos habían sufrido graves pérdidas y no lograron detener por completo al enemigo, el cual se encontraba en algunos puntos a 30 km de Moscú. Era preciso detenerlo a toda costa. Por ello, la contraofensiva se concibió durante la batalla defensiva y se realizó a últimos de noviembre y principios de diciembre, mediante contraataques desencadenados por las fuerzas del Ejército Soviético sobre los flancos del frente occidental.

Hasta los últimos días de noviembre ni el STAVKA ni los frentes, en particular el occidental, tuvieron ningún plan para una contraofensiva, pues todos los esfuerzos se habían concentrado en detener a las fuerzas enemigas, profundamente introducidas en nuestras defensas.

El 29 de noviembre telefoneé a Stalin, le di cuenta de la situación y le pedí que ordenase el traslado del Ejército 1 de rotura y del 10 desde el Mando de la reserva al frente occidental, de manera que se pudiese presionar duramente a los alemanes, detenerlos y luego rechazarlos de Moscú. Stalin me escuchó con atención y después preguntó: «¿Está seguro de que el enemigo está en crisis y no puede poner en acción alguna potente unidad de refresco?» Respondí que el enemigo estaba exhausto, pero que mis fuerzas no podían eliminar los peligrosos salientes sin contar con refuerzos. Si los salientes no se eliminaban ahora, los alemanes estarían en condiciones de consolidarlos con las reservas procedentes de los Grupos de Ejércitos Sur y Norte, y nuestra posición sería entonces más difícil.

Stalin contestó que consultaría con el Estado Mayor General, por lo que mi jefe de Estado Mayor, general Sokolovskij, telefoneó a este organismo y expuso las buenas razones por las que los Ejércitos en cuestión deberían ser transferidos a nosotros en cuanto fuera posible. Aquella misma noche se nos comunicó que el STAVKA había aprobado el traslado, y además el del Ejército 20; al mismo tiempo se nos ordenó presentar un plan para el empleo de los mismos.

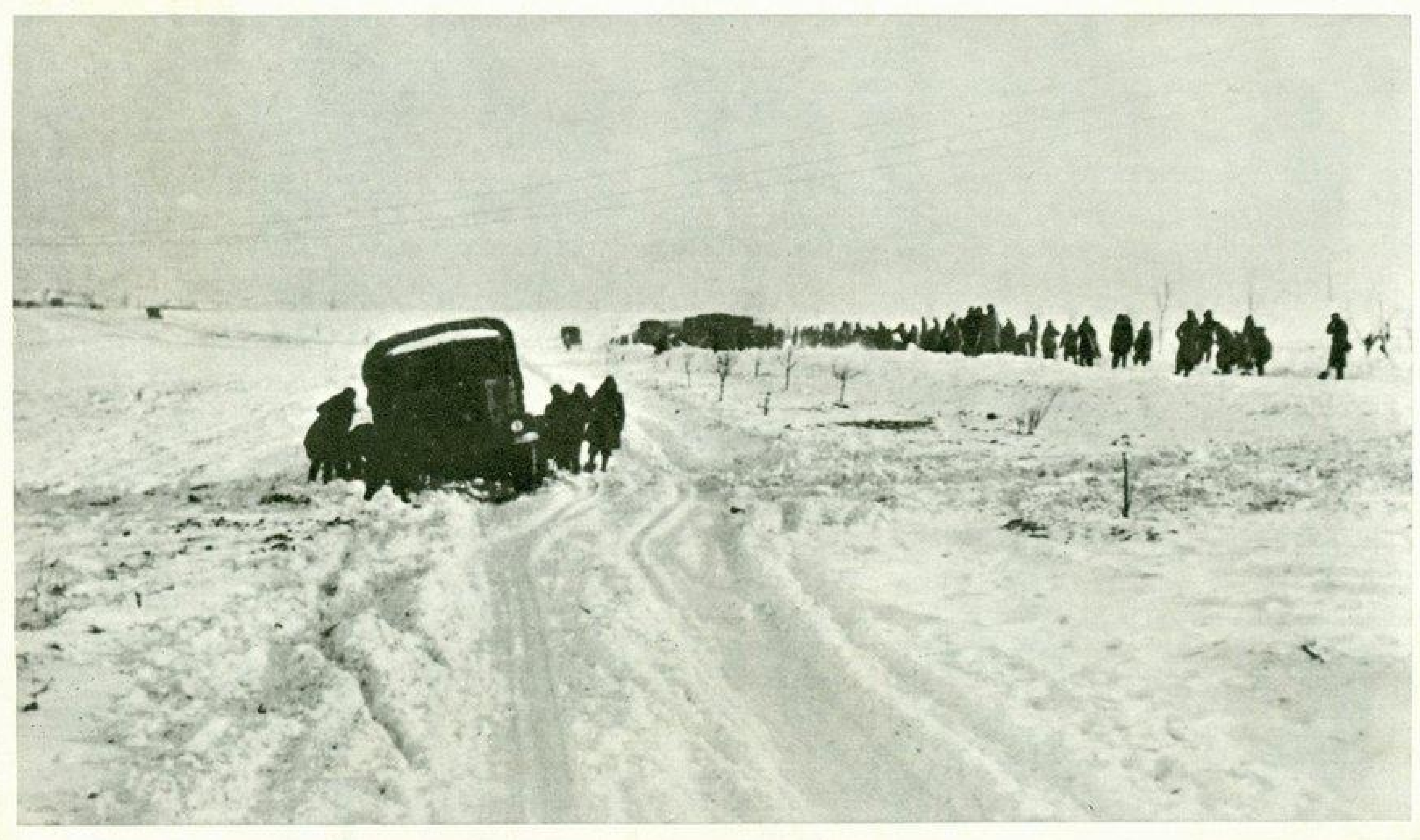
El 30 de noviembre, poco antes del alba, Stalin me telefoneó para preguntarme qué pensaba el Consejo militar sobre la idea de organizar una contraofensiva en todo el frente. Le respondí que nuestras reservas en hombres y en material no eran todavía suficientes, pero que quizá nuestros contraataques por los flancos podrían desembocar en una contraofensiva. Trabajamos en el plan todo el día, y la conclusión fue que podíamos comenzarla entre el 3 y el 4 de diciembre, con los nuevos Ejércitos desplegados en los flancos: el ala derecha trataría de destruir las fuerzas enemigas que tenía enfrente, atacando en Klin, en Solnechnogorsk y hacia Istra; el ala izquierda debía derrotar a los alemanes atacando el flanco y la retaguardia de Guderian, en Uslóvaia y Bogoroditsk. En el centro, la contraofensiva se iniciaría un día después y sus objetivos se limitarían a inmovilizar a las fuerzas enemigas para que no pudieran ser empleadas en otros sectores. Pero antes de desencadenar la contraofensiva era preciso detener el avance alemán al nordeste de Moscú y hacia Kashira, empleando para ello fuerzas ya disponibles y los elementos de vanguardia de los nuevos Ejércitos según fuesen llegando. Por último, a causa del esfuerzo que nos costó contener la penetración enemiga en Naro-Fominsk, tuvimos que retrasar el comienzo de la contraofensiva para el 6 de diciembre.

Nuestro plan se expuso en un mapa y se envió al STAVKA, con una nota explicativa. Stalin lo firmó sin introducir modificaciones. De esta manera asignamos detalladamente a cada uno de los Ejércitos sus respectivas misiones; las principales operaciones ofensivas se confiaron al Ejército 1 de rotura y a los Ejércitos 16, 20 y 30 en el ala norte, y a los Ejércitos 10 y 50 y al Grupo operativo del general Belov, en el ala meridional. La operación de «enlace» corría a cargo de los cuatro Ejércitos del centro, bastante débiles (5, 33, 43, y 49). El objetivo inmediato era eliminar la amenaza sobre Moscú, y las operaciones ulteriores dependerían del desarrollo de la situación, ya que, a pesar de contar con nuevos Ejércitos, sólo teníamos cierta superioridad en aviones, pero no en carros de combate y en artillería.

Stalin telefoneó de nuevo; me parece recordar que fue la mañana del 2 de diciembre, y yo comprendí que el STAVKA estaba pensando en ulteriores operaciones. Más tarde, el mismo día, me dijo que el frente de Kalinin y el ala derecha del frente sudoccidental habían recibido la orden de atacar en apoyo de nuestra ofensiva. A últimas horas del 4 de diciembre me telefoneó otra vez y preguntó: «¿Qué otra ayuda podemos prestaros?» Yo sabía que no podía pedir mucho, pero consideré que lo que nos hacía más falta era el apoyo de los aviones de la reserva del Mando y de las fuerzas de defensa aérea, y que también sería muy conveniente poder contar, por lo menos, con 200 carros de combate para una rápida evolución de la ofensiva. En el frente había poquísimos carros.

«No hay carros, no podemos daros ninguno –respondió Stalin–. Pero tendréis los aviones. Telefonearé inmediatamente al Estado Mayor General. Recordad que el frente de Kalinin desencadenará su ofensiva el 5 de diciembre y que el grupo operativo del ala derecha del frente sudoccidental comenzará la suya el 6, desde la zona de Yeliets.»

Soldados italianos del CSIR, en Ucrania, intentando hacer avanzar una columna de camiones obstaculizada por la nieve. Los soldados italianos disponían de equipos y de vehículos que, aun siendo mejores que los empleados en Albania, no eran adecuados para el invierno ruso. *(Archivo Rizzoli)*



UN INVIERNO DE DUROS COMBATES

La contraofensiva rusa, desencadenada para alejar a los alemanes de Moscú, se inició a principios de diciembre de 1941, con una serie de ataques lanzados por las fuerzas soviéticas sobre los flancos del frente occidental. Para la *Wehrmacht*, que ya había sido puesta a prueba por los rigores del hielo, esta contraofensiva soviética representó un duro enfrentamiento. El Ejército ruso había tomado la iniciativa en los campos de batalla y sus contraataques, aunque mal dirigidos a veces, tuvieron siempre un peso decisivo.



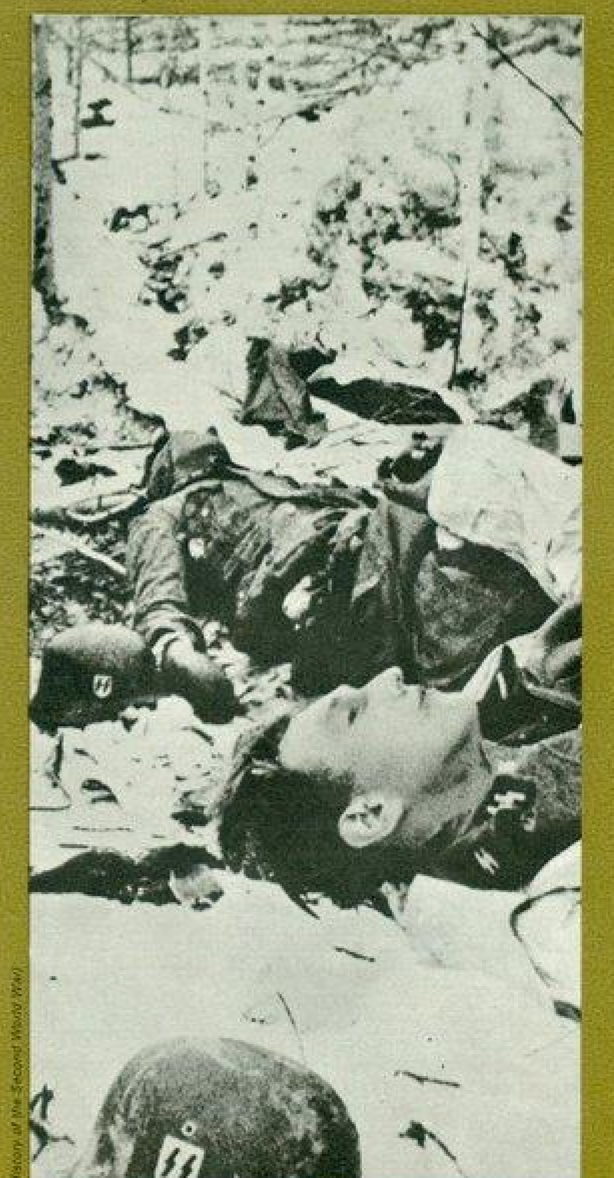
(Imperial War Museum)

Arriba: soldados rusos durante la batalla de Mozhaisk, librada el 20 de enero de 1942. Los soldados sin el uniforme mimético blanco pertenecían a batallones de castigo, enviados al frente con las unidades de primera línea. Al destacar sobre el blanco de la nieve atraían sobre sí el fuego enemigo, dejando a los otros soldados libertad de movimiento y de maniobra durante los ataques.



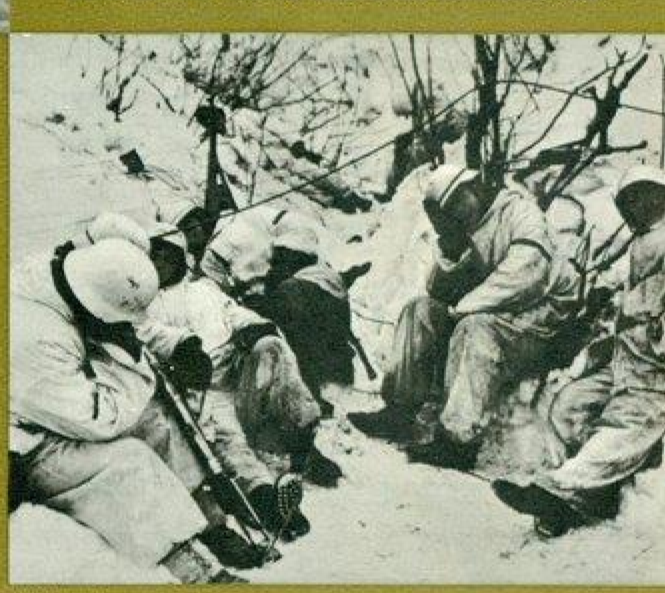
(Novosti Press Agency)

Izquierda: soldados rusos avanzan protegidos por carros de combate. La contraofensiva rusa en el frente implicaba una gran dispersión de las fuerzas acorazadas, por lo que los comandantes se vieron obligados a limitar el alcance de las operaciones. Esta exigencia se transformó en una inesperada ventaja para las fuerzas alemanas acosadas, sobre las que disminuía la presión.



(History of the Second World War)

A la izquierda: soldados de las SS muertos en el curso de un ataque soviético. Las divisiones de las «Waffen SS» combatían junto a las fuerzas regulares, con misiones especiales.



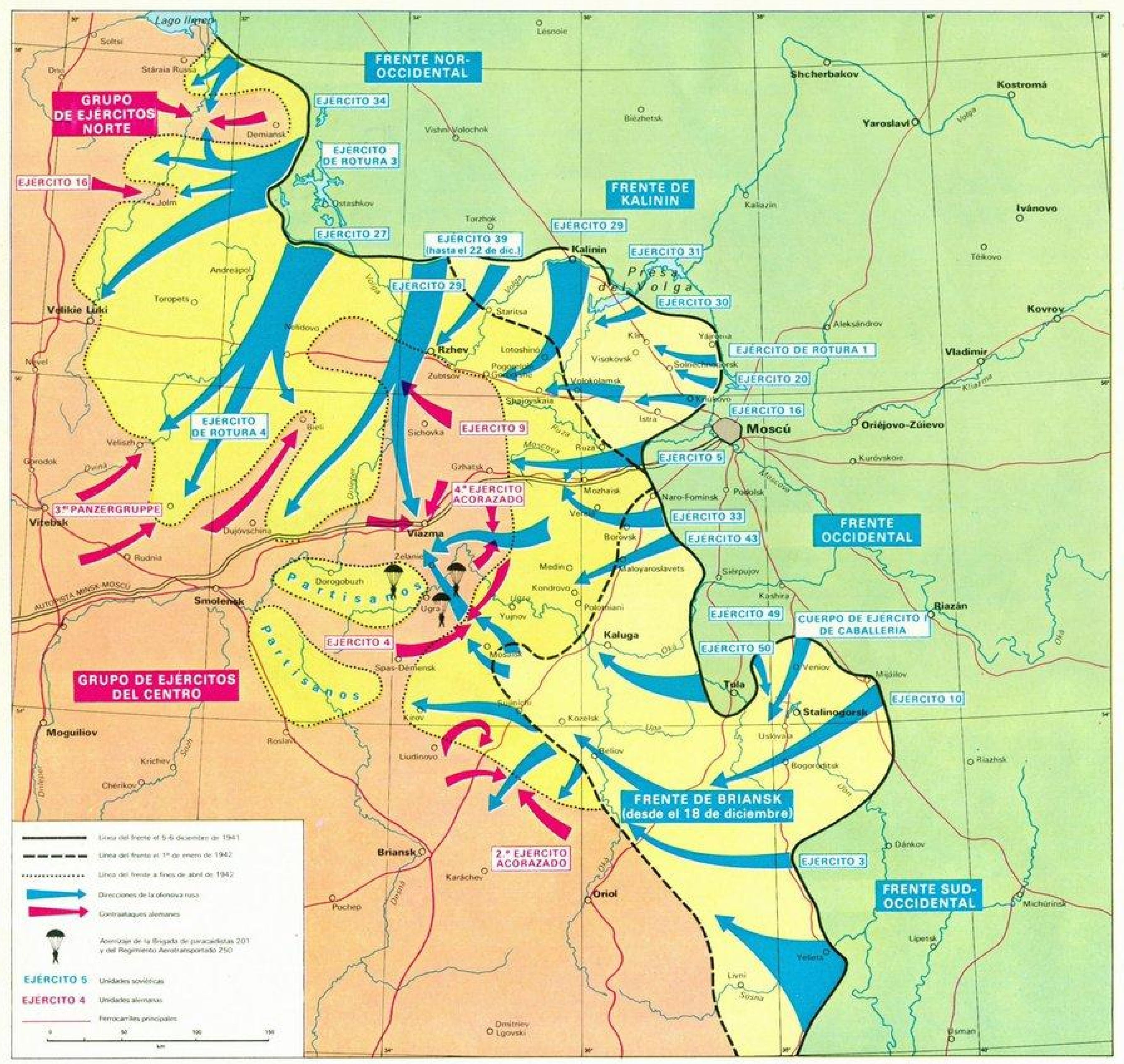
(Bibliotek für Zeitgeschichte)

A la derecha: un grupo de soldados alemanes exhaustos. Este destacamento, provisto de equipo mimetizado, calzaba aún botas claveteadas, lo que ocasionó muchos casos de congelación en hombres de la «Wehrmacht».

Abajo: soldados rusos, caídos en la batalla de Joim, son amontonados porque el terreno helado no permitía darles sepultura.



(Bundesarchiv)



Cuando, a fines de noviembre y principios de diciembre, organizamos la resistencia y pasamos después a la forma más activa –el contraataque–, no nos dábamos cuenta de las proporciones que tomaría nuestra ofensiva. Nos proponíamos alcanzar una profundidad de 60 km al Norte y de unos 100 al Sur; pero durante los contraataques de principios de diciembre comprendimos que el enemigo estaba tan exhausto que no sólo no podía continuar su ofensiva, sino que ni siquiera estaba en condiciones de organizar una defensa eficaz. Y cuando comenzó a retirarse por ambas alas, especialmente por la izquierda, nuestro mando del frente aumentó la fuerza de sus ataques, tanto frontalmente como en profundidad, de modo que el 5 y el 6 de diciembre la contraofensiva fue del todo efectiva. Que yo recuerde, no hubo una orden especial o una directiva general: las misiones de combate, fueran inmediatas o sucesivas, se asignaron en una serie de directivas aisladas, emitidas por el Mando del frente, por lo que la ofensiva no tuvo en realidad un principio muy definido, sino que se desarrolló a base de contraataques, del incremento de los ataques aéreos, del empleo en combate de unidades de todas las Armas, etc.

Aunque no contábamos con la superioridad numérica, teníamos a nuestro favor una gran ventaja, la alta moral de nuestras tropas, que les daba renovada energía. Esto era el resultado de una extensa labor política de partido, realizada por los comandantes y por los oficiales políticos a todos los niveles, desde los Estados Mayores a las secciones.

A este cambio psicológico obedeció, sobre todo la superación de las enormes dificultades de la contraofensiva y de la misma ofensiva general, y creo por ello que sería muy conveniente que los historiadores militares prestasen más atención a la influencia del factor psicológico sobre el curso de las operaciones militares, especialmente en los momentos críticos y decisivos.

La contraofensiva soviética, lanzada para aliviar la presión alemana sobre Moscú, comenzó entre el 5 y el 6 de diciembre de 1941. Se inició con una serie de ataques cuyo objetivo era eliminar los salientes alemanes en torno a Klin y Stalinogorsk. Al principio, los alemanes, cansados y ateridos por el frío, creyeron que el enemigo disponía de una fuente inagotable de hombres y de medios; pero, en realidad, el esfuerzo era excesivo para los recursos soviéticos de entonces. Sin embargo, Stalin, obsesionado por los éxitos iniciales, impuso que la ofensiva tuviese objetivos más amplios: grandes ataques por la retaguardia del enemigo deberían aislar y destruir los Grupos de Ejércitos alemanes. Y eso era demasiado para el Ejército ruso; por ello sus ataques se debilitaron y disminuyó su fuerza de penetración. Cuando se extinguió la ofensiva, los alemanes no se habían retirado del triángulo Rzhev-Viazma-Gzhatsk y en cambio el potencial del Ejército ruso se hallaba gravemente disminuido. No obstante, un hecho resultaba muy claro: la amenaza de cerco y caída de Moscú se había desvanecido.

La contraofensiva del frente occidental empezó el 6 de diciembre, al norte y al sur de Moscú, después de una preparación concentrada por parte de la Aviación y de la artillería. En la batalla que siguió mantuvimos siempre la iniciativa. Las tropas del frente de Kalinin, que empezaron su ofensiva un día antes, penetraron el día 6 en las defensas enemigas. El Ejército 1 de rotura y parte del Ejército 30 alcanzaron Klin el día 13, la cercaron y, tras durísimos combates, expulsaron a los alemanes dos días depués.

El Ejército 20 alcanzó Solnechnogorsk la noche del 9 de diciembre y el 12 expulsó de allí al enemigo. El Ejército 16 liberó Kriúkovo el 8 de diciembre y desarrolló su ataque hacia la presa de Istra. En el ala izquierda, en la zona de Tula, el Ejército 50 inició su acción el 3 de diciembre, apoyando los ataques del Cuerpo Reforzado de Caballería del general Belov, y juntos derrotaron a los *panzer* de Guderian, cuya 3.ª y 17.ª *Panzerdivision* y División Motorizada 29 se retiraron hacia Veniov, dejando cerca de 70 carros en el campo de batalla. En este punto nuestro éxito se vio favorecido por el hecho de que desencadenamos el ataque en un momento en que el Ejército 2 *Panzer* había extendido demasiado su propio frente, al intentar envolver Tula desde el Sur, y no contaba con reservas. Nuestro Ejército 10 entró en batalla el día 6 de diciembre, cerca de Mijáilov, donde los alemanes querían mantenerse a toda costa para cubrir la retirada del flanco del citado Ejército 2 *Panzer*.

A partir del día 8 los ataques del Ejército 50 amenazaban la línea de retirada alemana de Veniov y Mijáilov. Y como Guderian se encontraba cercado en profundidad por los flancos y no estaba en condiciones de detener las fuerzas que le atacaban, llevó a cabo una apresurada retirada hacia Uslóvaia, Bogoroditsk y Sujínichi. En diez días de combate nuestra ala izquierda infligió a la 2.ª *Panzerdivision* una grave derrota y avanzó 130 km. El día 12 de diciembre comunicamos al Mando Supremo que, en ambos flancos, las fuerzas alemanas habían sido derrotadas y se retiraban precipitadamente.

El concepto operativo en el que se basaron las ulteriores operaciones del frente occidental, tal como se refleja en sus directivas del 13 al 24 de diciembre, consideraba un rápido cambio de posiciones hacia delante desde el ala derecha a la línea Zubtsov-Gzhatsk, y luego del ala izquierda a la línea Polotniani-Zavod-Kozelsk. En aquel momento, las fuerzas del centro se encontraban escalonadas en la línea Mozhaisk-Maloyaroslavets. Por lo tanto, la idea era crear una situación en la que nuestras fuerzas, desplegadas en las alas y proyectadas hacia delante, pudiesen fijar las premisas para cercar al grueso de las fuerzas del Grupo de Ejércitos del Centro alemán.

A veces se me ha preguntado por qué nuestros ejércitos centrales desempeñaron un papel tan limitado. La respuesta es que, durante las operaciones defensivas lo más importante era reforzar las fuerzas situadas en las alas, a las cuales se trasladó todo lo que se pudo de los ejércitos del centro. Además, una vez comenzada la contraofensiva, estos ejércitos del centro no recibieron ni un solo soldado, ni una pieza de artillería o ametralladora como refuerzo. Por consiguiente, no estando en condiciones de asestar golpes concentrados, debieron esperar el desarrollo de los acontecimientos; sólo cuando las alas del enemigo iniciaron su apresurada retirada hacia los ríos Lama y Ruza, presionadas también por los Ejércitos 10 y 50, se presentó la ocasión de hacer maniobrar a los Ejércitos 33, 43 y 49, incluso a trueque de efectuar un cambio de despliegue. La lentitud y la poca eficacia de su ofensiva se explica también por el hecho de que no contaban con carros de combate y de que su artillería era insuficiente. Así, pues, todos los esfuerzos del frente se concentraron en los flancos, de forma que se pudiera batir al grueso de las fuerzas enemigas, se avanzase sobre los flancos hasta el máximo y se pusiera en situación difícil a las fuerzas enemigas del centro.

Contribuyeron notablemente al éxito de nuestra contraofensiva los aviones del frente, de las fuerzas de la defensa aérea y de la Aviación de gran autonomía. Los aviadores lucharon con habilidad y valor y, gracias a sus esfuerzos coordinados, por primera vez desde el comienzo de la Operación «Barbarroja» se arrancó la iniciativa al enemigo. Las fuerzas aéreas nos procuraron un apoyo sistemático a las fuerzas de tierra y atacaron posiciones de artillería, unidades de carros de combate y puestos de mando; asimismo, cuando los ejércitos alemanes empezaron a retirarse, sus columnas fueron incesantemente atacadas desde el aire, de manera que todas las carreteras que conducían al Oeste estaban sembradas de armas, equipos, camiones y demás pertrechos alemanes abandonados.

Nos servimos de las fuerzas aéreas según un criterio centralizado, concentrado cerca de las tres cuartas partes de las mismas para sostener a nuestros ejércitos del ala derecha. El resto, así como también tres divisiones aéreas cedidas por la reserva del Alto Mando, prestó un apoyo activo al ala izquierda. El comandante de la Aviación de nuestro frente, mayor general S. A. Chudjakov, dirigía las operaciones desde su puesto de mando en Perchuskovo, situado al lado del mío. Siempre estuvo con nosotros, lo mismo durante la batalla defensiva como durante la ofensiva; conocía magníficamente su trabajo y estaba en condiciones de conseguir que las operaciones aéreas se desarrollaran en el lugar donde era necesario y exactamente en el momento requerido. Otros comandantes de aviación se distinguieron en esta campaña; entre ellos el teniente general I. F. Petrov, que mandaba el Grupo aéreo operativo.

También me preguntan a veces cómo fue que tanto el Estado Mayor como el puesto de mando estuvieran en Perchuskovo, tan próximos a la línea del frente, sobre todo a fines de noviembre y a principios de diciembre. Desde luego, es verdad que todos los Estados Mayores estaban muy cerca de la línea de combate, contrariamente a la práctica normal que garantiza la seguridad del mando y de los oficiales de Estado Mayor. Pero este hecho tiene su origen en las características particulares de la situación. A este respecto, recuerdo que el día 2 de diciembre, cuando el enemigo rompió el punto de contacto entre nuestros Ejércitos 5 y 33, una unidad alemana bastante potente, quizás un regimiento reforzado, se adelantó hasta el puesto de mando del frente y se trabó un combate en el bosque de abedules donde estábamos acuartelados, en el que participaron incluso nuestros oficiales de Estado Mayor. Rechazamos a los alemanes y los derrotamos; pero, aunque esto sólo ocurriera una vez, indica en qué condiciones debían operar los Estados Mayores. Y sin embargo nunca se nos ocurrió, ni siquiera en los momentos más críticos de la batalla defensiva, trasladar hacia la retaguardia el Estado Mayor.

Pero, ¿por qué era así? Pues, porque los oficiales inferiores y los soldados lo habrían sabido en seguida, y entonces ¿qué habrían pensado de nosotros? El puesto de mando del frente exigía que ellos hiciesen lo que parecía imposible: se les ordenaba resistir hasta la muerte; centenares, millares de activistas, comisarios políticos y hombres del Partido les explicaban que Moscú estaba a sus espaldas y que no era posible retirarse. Los nuestros hacían todo lo que era humanamente posible, incluso más de lo posible, para cumplir las órdenes. ¡Y en un momento semejante el Mando no podía eludir el peligro y marcharse a otro sitio! Naturalmente, su puesto no era la línea de fuego; pero era allí donde debía estar para cumplir su misión, para proporcionar a las tropas una guía firme y segura.

Además, el Consejo Militar calculaba que el ataque principal del enemigo no se produciría en aquel sector. Y, por otra parte, Perchuskovo estaba muy bien situado en lo que respecta a comunicaciones. La proximidad de la capital y la utilización de todas las redes civiles y militares permitía mantener rápidos contactos telefónicos y telegráficos con el STAVKA, con el Mando y con todos los ejércitos del frente; además había vías de comunicación indirectas de reserva para casos de emergencia. Si hubiera sido necesario, el Estado Mayor General del frente o el Mando podían ponerse directamente en comunicación con cualquier división.

La experiencia de la guerra ha demostrado la necesidad y la utilidad de la labor desarrollada por los comandantes, entre sus tropas y en todos los niveles, antes de que se inicie una batalla o un combate. Pero cuando los combates empiezan y mientras están en curso, los comandantes deben estar en sus puestos de mando y dirigir desde allí sus fuerzas. Y de acuerdo con estos principios actuamos durante la batalla ante Moscú. Durante las operaciones defensivas, la gran extensión del frente (más de 600 kilómetros) y la situación tensa y complicada que imperaba, me impedían abandonar mi puesto de mando, donde confluían simultáneamente todos los datos e informaciones sobre la actividad de las fuerzas enemigas, así como de las nuestras y de las de los frentes adyacentes. También se mantenían en él contactos continuos con el STAVKA y con el Estado Mayor General.

No obstante, una vez, en el curso de la contraofensiva, tuve que trasladarme al Ejército 16 para entrevistarme con Rokossovskij, y otra al 43 para ver a Golubev, y asimismo al 49 para hablar con Zacharkin. Me vi en la precisión de hacerlo, sobre

1941

5-6 de diciembre: el Ejército ruso pasa a la ofensiva; de principio (frente de Kalinin y frente occidental) para desbaratar el ataque sobre Moscú.

8-9 de diciembre: Japón ataca a Tailandia, Malasia y Hong-Kong.

13 de diciembre: Moscú se salva del ataque del Grupo de Ejércitos del Centro, pero Stalin ordena extender la ofensiva a todo el frente germano-soviético.

15-17 de diciembre: Rommel decide evacuar Cirenaica para salvar a las fuerzas del Eje.

17-18 de diciembre: Stalin ordena a los frentes de Vóljov y noroccidental que inicien la ofensiva contra el Grupo de Ejércitos Norte.

25 de diciembre: se rinde Hong-Kong a los japoneses.

26-30 de diciembre: unidades del Ejército ruso desembarcan en la península de Kerch para liberar Sebastópol del asedio.

1942

5 de enero: Stalin ordena una ofensiva general a lo largo de todo el frente, rehusando concentrar los esfuerzos contra el Grupo de Ejércitos del Centro.

17 de enero: se rinden las últimas guarniciones de Rommel en Cirenaica.

9-25 de enero: los frentes noroccidental, de Vóljov y de Kalinin profundizan en la retaguardia alemana; pero sus esfuerzos resultan dispersos y sus objetivos se hallan demasiado lejos en profundidad. La resistencia alemana es cada vez más fuerte.

21 de enero: Rommel sorprende a los puestos avanzados aliados y comienza la reconquista de Cirenaica.

Enero-febrero: la ofensiva soviética sigue logrando éxitos limitados en el Centro y en el Norte, pero fracasa en el sector sur. A primeros de marzo, todos los frentes soviéticos han agotado su capacidad combativa; la ofensiva ha terminado.

САМООТВЕРЖЕННЫМ ТРУДОМ
ОБЕСПЕЧИМ КРАСНУЮ АРМИЮ
И ВОЕННО-МОРСКОЙ ФЛОТ
ВСЕМ НЕОБХОДИМЫМ
ДЛЯ ПОБЕДЫ НАД ВРАГОМ!

НАРОД И АРМИЯ
НЕПОБЕДИМЫ!

PUEBLO Y EJÉRCITO: ¡INVENCIBLES!

Arriba: un manifiesto ruso exalta la movilización total de la nación: el Pueblo y el Ejército se han fundido en una sola máquina bélica. Una vez comprendida la verdadera naturaleza de la "liberación nazi" estas llamadas al nacionalismo, más aún que al comunismo, causaron un fuerte impacto sobre la población. Debajo: pasquín de propaganda alemana destinado a avivar el sentimiento de nacionalidad ucraniano. Se pide al pueblo que requiera la protección del Ejército alemán contra los "lacayos bolcheviques y hebreos de Stalin". Pero este llamamiento para iniciar una nueva era en la historia de Ucrania, libre por fin del yugo soviético, no podía tener mucho éxito, pues las secciones alemanas de exterminio ya habían iniciado su labor, aniquilando cualquier tipo de resistencia y eliminando todo sentimiento de nacionalismo en los pueblos de las regiones orientales, cuyos habitantes estaban considerados como "seres inferiores".

SATANÁS, ARROJA LA MÁSCARA



todo, para ayudarles a mejorar la coordinación con sus vecinos, para ponerlos en guardia contra los ataques frontales y para inducir a nuestras fuerzas a dejar atrás los núcleos de resistencia del enemigo y perseguir a los que se retiraban. Incluso dicté una directiva especial, una semana después del comienzo de la contraofensiva, en la que, entre otras cosas, decía:

La persecución debe desarrollarse a gran velocidad y no hay que perder el contacto con el enemigo. Se utilizarán fuertes destacamentos guías para apoderarse de los nudos de carreteras y de los lugares angostos, y para desorganizar la marcha del enemigo y su despliegue.

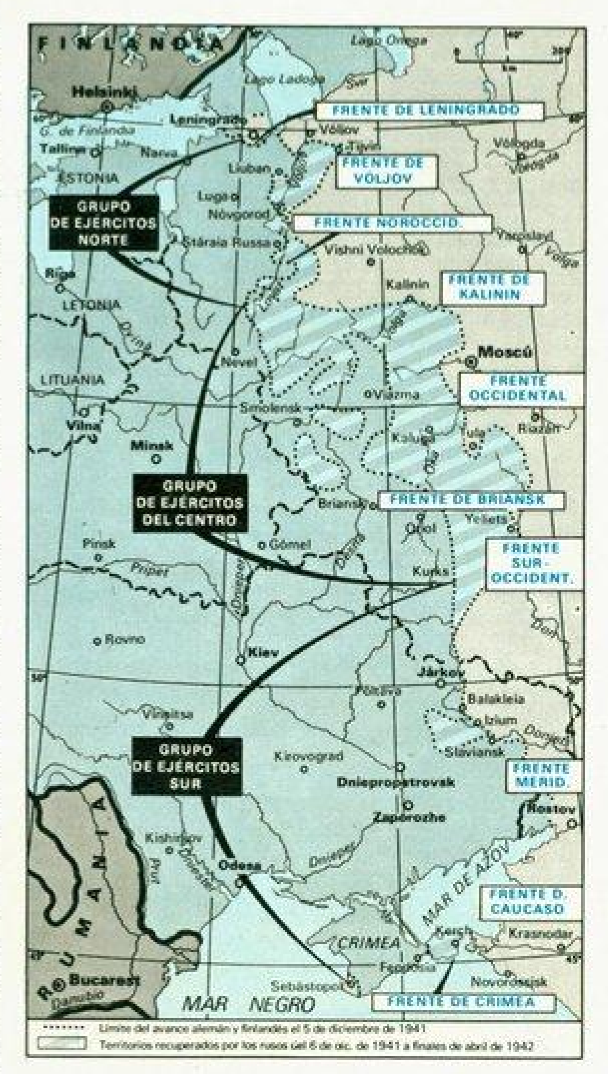
Prohibo categóricamente los ataques frontales contra las posiciones fortificadas enemigas. Los escalones de vanguardia deben rebasarlos sin la menor duda y dejar que los destruyan los escalones sucesivos.

Estas cláusulas fueron la consecuencia de los primeros días de las operaciones ofensivas; pues, en ciertos casos los grupos de asalto se empeñaron en ataques frontales largos y sangrientos. Por ejemplo, el avance del Ejército 30 y del Ejército 1 de rotura, en la zona de Klin, sufrió un notable retraso por esta razón.

Por aquellos días se notaba entre nuestras fuerzas un extraordinario impulso ofensivo y una exaltación moral y política excepcional: los soldados soviéticos habían comprobado, al fin, que el Ejército alemán se tambaleaba y se retiraba ante sus ataques. A pesar de ello, era preciso recordar que todavía les faltaba la suficiente experiencia de combate y que muchos de nuestros comandantes carecían de habilidad, especialmente en la organización de operaciones ofensivas. Incluso algunos de ellos, mientras estaban atacando, no tenían confianza en sus posibilidades y a menudo temían verse envueltos a su vez. Por ello, en algunas ocasiones, se hacía avanzar a las unidades con extremada cautela por las brechas que se formaban en la línea del frente. Desde luego, no era una ciencia fácilmente adquirible la de derrotar a un enemigo fuerte y con tanta experiencia. Además, nuestra penuria en aquel tiempo de unidades acorazadas móviles, capaces de romper las defensas y lanzarse adelante con toda rapidez, se sentía muy agudamente. Debíamos mandar sobre el eje de retirada del enemigo fuerzas de esquiadores y de caballería y tropas aerotransportadas. También allí, en la retaguardia de las fuerzas alemanas en retirada, los partisanos soviéticos iniciaron una lucha activa, coordinando sus actuaciones con los consejos militares de los frentes y complicando en gran manera la situación de los alemanes. Como es natural, la caballería y los esquiadores no podían suplir enteramente nuestra falta de medios acorazados; a pesar de ello, combatieron heroicamente e infligieron graves daños al adversario. Durante la batalla por Moscú se distinguieron también, en muchas ocasiones los marineros que constituían las brigadas de fusileros de marina. El frente occidental contaba con seis de estas brigadas, además del primer destacamento de marineros de Moscú y de una batería independiente de morteros de marina dotada con artillería de cohetes.

El día 1 de enero de 1942 la situación estratégica era la siguiente:

- En el ala derecha del frente occidental, el Ejército 1 de rotura y los Ejércitos 20 y 16 atacaban encarnizadamente la bien organizada defensa alemana en los ríos Lama y Ruza (el Ejército 30 había sido trasladado al frente de Kalinin por orden del STAVKA). En el centro del mismo frente occidental, los Ejércitos 5, 33, 43 y 49 desarrollaban la ofensiva desde la línea de los ríos Ruza, Nara y Oká hacia Mozhaisk, Borovsk, Maloyaroslavets y Kondrovo, superando la resistencia enemiga. Mi ala izquierda del frente occidental –los Ejércitos 50 y 10 y el Grupo del general Belov– perseguía al enemigo en la dirección de Yujnov, Mosalsk y Kirov.
- El frente de Kalinin atacaba en la dirección general de Staritsa y Rzhev, y el ala izquierda del mismo, siempre en colaboración con el ala derecha del frente occidental, combatía en la línea del río Lama, enfrentándose con una encarnizada resistencia alemana.
- Las fuerzas del frente de Briansk, de reciente formación, luchaban en la línea del río Oká, permaneciendo un tanto retrasadas respecto del ala izquierda del frente occidental.



La contraofensiva soviética, iniciada en diciembre de 1941 y extendida a todos los frentes en enero de 1942, condujo a la reconquista de Rostov y a liberar a Moscú del cerco a que estaba sometida. Pero en marzo de 1942, se debilitó el impulso con que se había desencadenado esta acción y las tropas soviéticas se vieron forzadas a ponerse de nuevo a la defensiva. Asimismo, Leningrado seguía estando asediado y Rusia Blanca y Ucrania permanecían en poder de la *Wehrmacht*.

En esta situación, los Ejércitos del ala izquierda del frente occidental, que habían penetrado profundamente en las posiciones alemanas, se encontraban en la mejor situación para llevar a cabo con éxito la ofensiva; mas para ello se necesitaban unidades de refresco, y lo cierto era que el frente ya no tenía reservas. Se las pedimos al STAVKA y nos las negaron.

Al finalizar la primera fase de la contraofensiva nos parecía que, para los tres frentes del Mando occidental (Kalinin, frente occidental y frente de Briansk), la segunda fase debería consistir en continuar la operación (después de haber recibido los necesarios abastecimientos) hasta que se completase la ofensiva; esto es, hasta que los tres frentes recuperaran las posiciones que ocupaban antes de que los alemanes lanzasen su Operación «Tifón».

Si hubiéramos podido obtener del STAVKA otros cuatro ejércitos (uno para cada uno de los frentes de Kalinin y de Briansk, y dos para el frente occidental), habríamos tenido una posibilidad efectiva de infligir nuevas derrotas a los alemanes, rechazándolos aún más lejos de Moscú y alcanzando la línea Vítebsk-Briansk-Mozhaisk.

Desde luego nuestra contraofensiva de diciembre fue un éxito innegable, pues obligó a retirarse a las fuerzas de asalto del Grupo de Ejércitos del Centro alemán. Pero también era muy cierto que el enemigo era todavía muy fuerte, no sólo al Oeste, sino también en los otros frentes. En el centro oponía una denodada resistencia, y nuestras ofensivas en Rostov y Tijvin se habían estancado tras el éxito inicial. Sin embargo, Stalin se hallaba bajo la influencia de los éxitos iniciales conseguidos y su estado de ánimo era optimista. Creía que los alemanes, que no estaban preparados para la lucha invernal, no podrían resistir al Ejército ruso en los otros sectores del frente, y de esa creencia nació la idea de lanzar lo más pronto posible una ofensiva general en todo el frente, desde el lago Ladoga al mar Negro.

La mañana del 5 de enero de 1942 se me llamó a Moscú a fin de discutir el plan para las sucesivas operaciones. Estaban presentes en la sesión los miembros del Comité para la defensa del Estado, el jefe del Estado Mayor General (mariscal Chapochnikov) y, si no me falla la memoria, su segundo (general Vasilevskij). También había sido convocado N. A. Voznesenskij, jefe de la organización del Estado para la planificación.

Chapochnikov hizo un breve resumen de la situación en el frente y de las líneas generales del plan para nuestras operaciones. La idea de Stalin era lanzar una ofensiva sobre todos los ejes principales, con miras a derrotar al enemigo ante Leningrado, al oeste de Moscú y en el Sur.

El ataque principal se dirigiría contra el Grupo de Ejércitos del Centro, al que deberían derrotar las fuerzas del frente occidental, las del frente de Kalinin, las del ala izquierda del frente noroccidental y las del frente de Briansk. El frente de Leningrado, el ala derecha del frente noroccidental y la Escuadra del Báltico debían destruir al Grupo de Ejércitos Norte y poner fin al cerco de Leningrado. Los frentes sudoccidental y meridional se encargarían de derrotar al Grupo de Ejércitos Sur y de liberar el Donbáss. Finalmente, el frente del Cáucaso y la Escuadra del mar Negro liberarían Crimea. El paso a la ofensiva general habría de efectuarse lo más pronto posible.

Resumiendo la situación, Stalin dijo: «Los alemanes están ahora en un estado de gran confusión a causa de su derrota ante Moscú, y no se hallan adecuadamente preparados para el invierno. Por lo tanto, ahora es el momento mejor para lanzar una ofensiva general».

El plan, desde luego, era grandioso; pero en aquel momento no disponíamos ni de hombres ni de recursos materiales para llevarlo a la práctica.

«¿Quién desea hablar?» –preguntó Stalin cuando Chapochnikov hubo terminado.

Yo dije que deseaba hablar, y expuse que en el eje estratégico occidental –donde las condiciones eran más favorables y donde el enemigo no había logrado todavía reconstituir la capacidad combativa de sus unidades– los frentes debían continuar la ofensiva; pero que para hacerlo necesitaban refuerzos en hombres, armas y equipos, y que además debían poder contar con abundantes reservas.

Añadí que las ofensivas eventuales que se desencadenasen en la dirección de Leningrado se verían en la precisión de abatir muy sólidas defensas, para lo que haría falta una artillería muy potente; de lo contrario se desgastarían inútilmente experimentando graves pérdidas. Por esta razón los ejes del frente occidental debían ser reforzados, siendo allí donde había de desencadenarse una ofensiva más potente, absteniéndose de momento de lanzarla en otros frentes.

De las observaciones que hizo Stalin mientras hablaba deduje que ya había tomado la decisión y que no se volvería atrás. En efecto, cuando abandonamos el despacho, Chapochnikov me dijo: «Machacaba en hierro frío discutiendo: ya estaba todo decidido. Se han enviado las directivas a todos los frentes y la ofensiva se desencadenará en los próximos días».

«¿Entonces por qué razón ha pedido nuestra opinión?»

«No lo sé, amigo, no lo sé» –respondió Chapochnikov y suspiró profundamente. Comprendí entonces que la iniciativa de una ofensiva total no había partido del Estado Mayor General.

Recibimos las directivas la noche del 7 de enero y, desde luego, nos dispusimos a cumplirlas. El carácter general de las operaciones enemigas lo había definido la orden de Hitler del día 3 de enero de 1942, que decía así:

«Permaneced firmes en todos los centros habitados, no os retiréis ni un solo paso; combatid hasta el último cartucho y la última granada: esto es lo que el momento presente exige de nosotros». Y en una orden del día a sus tropas, el comandante de la División de infantería 23 alemana decía: «La posición sobre el río Lama debe ser mantenida hasta el último hombre».

¿Por qué insistía el Mando alemán en ese punto? La razón era que en el río Lama había unas posiciones defensivas, que nuestras fuerzas organizaron en octubre y noviembre y en las cuales los alemanes se podrían mantener muy sólidamente por el momento. Estas posiciones se encontraban sobre ambas orillas del río, corrían de Norte a Sur y enlazaban con posiciones análogas en los ríos Ruza y Nara. Era natural, pues, que quisieran aprovechar estas defensas, ya que era difícil construir otras nuevas en pleno invierno. Además, a mediados de diciembre, el enemigo trasladó al frente numerosas divisiones improvisadas y de reserva, al igual que otras muchas procedentes de los territorios ocupados; así logró organizar una notable línea defensiva, y cuando las divisiones que se retiraban de Moscú llegaron a ella, ya se habían completado los trabajos de establecimiento en las líneas a lo largo de estos ríos.

El día 10 de enero, después de un bombardeo de artillería que duró 90 minutos, comenzó la ofensiva, con el intento, por parte del Ejército 20, del Ejército 1 de rotura, del Cuerpo de Caballería II, de la Brigada de carros 22 y de cinco batallones de esquiadores, de romper el frente en el sector de Volokolamsk. Tras dos días de combates se rompió el frente y los carros de combate, la caballería y los esquiadores se lanzaron a través de la brecha en dirección a Shajovskaia. El 16 y el 17 de enero, el ala derecha realizó algunos progresos, tomando Lotoshinó y Shajovskaia y cortando la línea férrea Moscú-Rzhev. Parecía entonces que era el momento oportuno para presionar más a fin de conseguir el éxito total. Pero, por el contrario, el día 19 de enero llegó la orden de retirar el Ejército 1 de rotura a la reserva del mando. Tanto Sokolovskij como yo telefoneamos inmediatamente al Estado Mayor General, y allí se nos informó de que la orden procedía de Stalin. Entonces telefoneé a Stalin, quien me dijo: «Retiradlo y no discutáis». Y cuando objeté que la retirada de este Ejército debilitaría mi fuerza de ataque, respondió: «Tenéis muchas unidades, contad cuántos Ejércitos tenéis». Intenté seguir discutiendo, pero colgó el teléfono.

Con el traslado del Ejército 30 al frente de Kalinin, el 16 de diciembre, y ahora con el paso del Ejército 1 de rotura a la reserva, el ala derecha del frente occidental quedaba efectivamente muy debilitada.

Fue preciso desplegar el Ejército 20 a lo largo de un amplio frente, y en consecuencia, cuando el ala derecha alcanzó Gzhatsk, fue detenida por el enemigo y no pudo proseguir.

En el centro, los Ejércitos 5 y 33 habían liberado Ruza, Mozhaisk y Vereiá el día 20 de enero, mientras los Ejércitos 43 y 49 alcanzaban el área de Domanovo. Dos batallones de la Brigada de paracaidistas 201 y el Regimiento Aerotransportado 250 aterrizaron en la zona de Zelanie, 40 km al sur de Viazma, entre el 18 y el 22 de enero, y cortaron las vías de retirada al enemigo; el Ejército 33 recibió la orden de aprovechar la brecha abierta y apoderarse de Viazma, en colaboración con la caballería de Belov, las fuerzas aerotransportadas, los partisanos y el Cuerpo de Caballería 11. El 27 de enero la caballería de Belov rompió el frente, atravesando la carretera a Varsovia, y tres días después se unió a las fuerzas aerotransportadas y a los partisanos.

En el curso de su ofensiva hacia Viazma, el Ejército 33 realizó rápidos progresos en los últimos días de enero, y ante la ausencia de un frente continuo se llegó a la conclusión de que los alemanes no tenían fuerzas suficientes para defender la ciudad. Por ello se decidió expugnarla antes de que el enemigo pudiese enviar reservas, pues su pérdida haría muy difícil la posición de todas las fuerzas alemanas en aquella zona. Pero el 3 y el 4 de febrero los alemanes atacaron y restablecieron sus líneas a lo largo del río Ugra, aislando así a nuestras fuerzas en la zona de Viazma. Llegaron además importantes reservas alemanas de Francia y de los otros Grupos de Ejércitos, y con ella la defensa germana se estabilizó.

En consecuencia, debimos dejar un fuerte núcleo de fuerzas operando tras las líneas enemigas, en la zona boscosa al sudoeste de Viazma, donde tenían sus bases numerosos destacamentos de partisanos. Y allí permanecieron hasta abril, cuando el enemigo comenzó a perseguirlas y

En una escena que recuerda la rendición de los soldados franceses a orillas del Beresina, durante la retirada de Moscú de 1812, sirvientes de ametralladoras y de morteros alemanes arrojan las armas y se rinden a los rusos. Es notable la diferencia entre la indumentaria de los alemanes y la de los rusos; éstos llevan capotes de piel forrados de pelliza para protegerse del frío glacial. *(Novosti Press Agency)*




(Imperial War Museum)

EL GENERAL QUE JAMÁS PERDIÓ UNA BATALLA

El general G. K. Zukov nació en 1896, en el pueblo de Obniskoie, cerca de Moscú. Sus padres eran campesinos, y a los doce años le enviaron con unos parientes a la capital, donde trabajó en una fábrica de peletería y de curtidos. Durante la primera Guerra Mundial prestó servicio en la unidad de Dragones de Nóvgorod, y antes de 1917 ya era sargento. Después de la Revolución se alistó en el nuevo Ejército rojo y en 1919 llegó a ser miembro del Partido comunista. Al finalizar la guerra civil continuó en el Ejército, donde hizo una carrera constante aunque no sobresaliente. Pero en 1939, su éxito en Chalchin Gol, en Mongolia exterior, al infligir una dura derrota a una fuerza japonesa compuesta de varias divisiones, hizo de él, por primera vez, un personaje de importancia nacional. En 1940 estuvo al frente del importante distrito de Kíev, en Ucrania occidental, y a fines de año fue nombrado jefe del Estado Mayor General. Este es el cargo que desempeñaba al estallar la guerra, el 22 de junio de 1941.

En el transcurso de aquel verano desempeñó un destacado papel en la acción de Smolensk, maniobra que detuvo temporalmente el avance alemán hacia Moscú; y a fines de septiembre se le confió el mando del frente de Leningrado, cuando esta ciudad estaba ya en inminente peligro de caer en manos alemanas. No obstante, logró estabilizar la situación, y si bien siguió asediada durante casi dos años y medio por los alemanes, Leningrado no llegó nunca a ser ocupada. El 6 de octubre de 1941, Stalin convocó personalmente a Zukov para que expusiese su opinión respecto al peligro que se cernía sobre Moscú, a consecuencia de la ofensiva alemana recién iniciada, y cuatro días después fue nombrado comandante del frente occidental. De este modo se le confiaba la defensa de la capital. También en esta misión, y a pesar de la grave falta de hombres, de armas y de equipos, logró detener la ofensiva alemana, y luego, con una contraofensiva brillantemente conducida, infligió al Ejército alemán la primera derrota desde el comienzo de la guerra.

Su oposición a los planes de Stalin, respecto a una ofensiva general en la primavera de 1942, fue causa de que, durante varios meses, se le relegara a una relativa inactividad; pero cuando la ofensiva soviética en Ucrania fracasó, él fue el militar más autorizado que figuró entre el grupo de altos oficiales que Stalin envió al frente para organizar la defensa de Stalingrado. Allí, como en Moscú, unió a una encarnizada defensa del centro de la línea un masivo refuerzo de los flancos, y el resultado fue el aniquilamiento total del Ejército 6 alemán, que perdió 330.000 soldados entre muertos y prisioneros.

En julio de 1943 desempeñó un papel de primera magnitud como representante del Mando Supremo en el saliente de Kursk, donde desbarató por completo la ofensiva alemana de verano, seguida por otra contraofensiva soviética muy bien dirigida. A partir de entonces, el Ejército ruso mantuvo la iniciativa estratégica casi ininterrumpidamente hasta el fin de la guerra. El mariscal Zukov dirigió muchas e importantes ofensivas, a consecuencia de las cuales los alemanes se vieron obligados a retirarse de Rusia Blanca, a la mayor parte de Polonia y de Silesia. Más tarde volvió a ocupar el puesto de comandante de una fuerza de combate, mandando el primer frente de Rusia Blanca, y como tal organizó el ataque directo a Berlín desde sus cabezas de puente situadas en la orilla occidental del Oder. El 25 de abril, sus fuerzas se unieron a las del primer frente ucraniano (mariscal I. S. Konev), las cuales, combatiendo, habían envuelto la parte meridional de la capital alemana, con lo que se completó su cerco. El día 8 de mayo el mariscal Zukov recibió la rendición de todas las fuerzas alemanas en la persona del jefe del Estado Mayor germano, "Feldmariscal" Keitel.

Durante cierto tiempo, Zukov fue el comandante en jefe soviético en Alemania; pero más tarde, Stalin, que parece haber estado celoso de su popularidad, le asignó misiones de importancia relativamente menor. En 1955, dos años después de la muerte del dictador ruso, se le nombró ministro de Defensa, mas de improviso, en noviembre de 1957, fue destituido, y se le acusó luego de haber alimentado ambiciones "bonapartistas". A lo largo de toda su carrera Zukov fue un denodado defensor del principio de mantener un alto nivel profesional, y en sus dos años de ministro eliminó gran parte de la organización política en el seno de las fuerzas armadas. Puede ser que esto fuera lo que más preocupase a sus colegas de gobierno y les hiciera temer que un ejército apolítico podría ser, en el futuro, un instrumento de las ambiciones de un comandante en jefe con pocos escrúpulos. Cualesquiera fueran las razones, lo cierto es que desde entonces vivió en un completo retiro, en una gran casa cerca de Moscú (que le había regalado Stalin al final de la guerra), hasta la dimisión de Kruschev. Entonces apareció de nuevo en público en varias ocasiones y se pudo comprobar que más que nunca gozaba del respeto de todo el pueblo.

Zukov ha publicado algunos artículos sobre episodios de los años de la guerra. Se le ha concedido cuatro veces la más alta condecoración soviética (la Estrella de "Héroe de la Unión Soviética"), siendo la única persona a quien se ha otorgado tal honor. Murió en 1970. Estaba en posesión de numerosas condecoraciones extranjeras, y se le considera como uno de los mayores estrategas de todos los tiempos.

mientras el deshielo entorpecía sus movimientos, haciendo más difíciles las comunicaciones con las zonas partisanas de las que recibían los necesarios abastecimientos. Al final fue preciso retirarlas a través de un punto débil del frente alemán en Kirov. Pero el general Efremov, que las mandaba, juzgó que el recorrido era demasiado largo para su exhausto grupo, por lo que se puso en contacto (por radio) con el Estado Mayor General proponiendo la retirada por un camino más directo, a través del Ugra. Stalin estuvo de acuerdo (en contra de lo que sucedía normalmente) y ordenó que el Ejército 43 se dirigiese a su encuentro. Pero el grupo de Efremov no llegó nunca; más tarde se supo que los alemanes lo habían capturado. El general Belov y las unidades aerotransportadas siguieron la orden original y se salvaron, a fines de junio o a primeros de julio, a través de una brecha abierta para ellos por el Ejército 10; pero aquellas tropas estaban muy agotadas y, por añadidura, habían perdido la mayor parte de su equipo pesado.

En el examen de estos acontecimientos debo subrayar que cometimos un error en la valoración de la situación operativa en la zona de Viazma y que subvaloramos la capacidad del enemigo.

El STAVKA continuó exigiendo operaciones ofensivas durante todo el mes de marzo; pero los frentes ya no estaban en condiciones de responder a estas exigencias. Los recursos del país se hallaban sometidos, en aquel entonces, a la máxima tensión. Las cosas llegaron a tal punto que cada vez que se nos convocaba para ir al STAVKA nos veíamos obligados a acudir a todos los recursos imaginables para conseguir de Stalin diez o quince fusiles contracarros, 50 ó 100 carabinas mecánicas PPSh, algunos cañones contracarros, etc. Todo lo que lográbamos obtener de este modo se cargaba rápidamente en camiones y se enviaba a los ejércitos que más lo necesitaban.

En cuanto a las municiones, la situación era particularmente mala. Por ejemplo, de la dotación prevista para los primeros diez días de enero no recibimos más que el 1 % de las granadas de mortero de 82 mm que se nos había asignado, y del 20-30 % de las cargas de artillería. De las 316 cargas de vagones ferroviarios asignados no recibimos ni una. Y a causa de la escasez de municiones para la artillería de cohetes, parte de ésta tuvo que ser retirada a la retaguardia. Puede parecer increíble, pero tuvimos que establecer una ración de municiones de una o dos cargas para cada cañón y día, y esto ¡durante la ofensiva! En el informe sobre la situación en el frente, presentado a Stalin el 14 de febrero de 1942, se afirmaba: «La experiencia en el combate ha demostrado que la escasez de proyectiles hace imposible llevar a cabo una ofensiva de artillería, y, en consecuencia, el potencial de fuego enemigo no puede ser destruido; así, nuestras unidades, cuando atacan defensas que no han sido previamente debilitadas, sufren grandes pérdidas sin alcanzar los éxitos previstos.»

Cada vez se hacía más difícil vencer la resistencia enemiga; pero siempre se rechazaban los numerosos informes y peticiones del mando del frente y del Consejo militar, que insistían en la necesidad de detenerse y consolidar las líneas alcanzadas. Stalin exigía que se atacase: «Si no habéis obtenido resultados hoy los obtendréis mañana. Y aunque sólo consigáis tener empeñadas a las fuerzas enemigas mediante vuestros ataques, el resultado se hará sentir en otros sectores del frente». Pero, de hecho, no se registraban avances por ninguna parte. A pesar de las grandes pérdidas y de la falta de positivos resultados estratégicos, una directiva del STAVKA, con fecha del 20 de marzo, exigía nuevamente una más enérgica acción para alcanzar los objetivos impuestos desde un principio. Pero, aun contando con los refuerzos que nos habían llegado (desde luego en número insignificante), los frentes del eje occidental no contaban con fuerzas suficientes. A fines de marzo o principios de abril se llevó a cabo otro intento para ejecutar la directiva del 20 de marzo y destruir las fuerzas alemanas en la zona de Rzhev-Viazma, pero de nuevo sin resultado. El deshielo hacía cada vez más difícil maniobrar y abastecer a las unidades, y el STAVKA se vio obligado, al fin, a aceptar la propuesta de pasar a la defensiva en la línea de Velikie Luki-Velich-Demidov-Bieli-Dujóvschina-río Dnieper-Nelidovo-Rzhev (exluida) -Pogoreloie-Gorodishe-Gzhatsk-río Ugra-Spas-Demensk-Kirov-Liudínovo-Cholmicirío Oká.

Después de todo cuanto he dicho, hago hincapié en los errores respecto a la planificación estratégica y al empleo de las reservas. Sin embargo, no se puede negar la importancia de la victoria obtenida por las fuerzas soviéticas en la batalla ante Moscú. Los alemanes perdieron, en total, más de 500.000 hombres, 1300 carros, 2500 cañones, más de 15.000 vehículos y muchos equipo.

La contraofensiva del invierno 1941-42 se llevó a cabo en condiciones climáticas muy difíciles y sin superioridad numérica sobre el enemigo. Si bien teníamos más ejércitos que los alemanes, cada uno de ellos apenas igualaba en número, armas y equipo a un Cuerpo de Ejército germano; además, los frentes no contaban con unidades acorazadas ni mecanizadas. Y sin ellas, como lo ha demostrado la experiencia, no se pueden realizar operaciones ofensivas modernas en gran escala ni se pueden alcanzar objetivos decisivos. Prevenir las maniobras del enemigo, desbordarlo rápidamente por los flancos, penetrar en las carreteras de su retaguardia, cercarlo y dividirlo, todo esto, sólo es posible con potentes unidades de carros de combate y divisiones motorizadas.



Columna de abastecimientos alemana, arrastrada por caballos, en marcha hacia el frente. La contraofensiva soviética, detenida por la carencia de material bélico y, en particular, de armas contracarros, perdió impulso, y entonces la *Wehrmacht*, aunque amenazada, logró mantenerse en sus posiciones sin retroceder. (Alfred Ott)

LA PURGA HITLERIANA DE LOS MARISCALES DEL ESTE

Alan Clark

Feldmariscal von Brauchitsch: cuando la contraofensiva soviética alcanzó sus primeros éxitos, sufrió un ataque cardíaco, y entonces, por motivos de salud, presentó su dimisión. *Feldmariscal* von Rundstedt: se vio obligado a retroceder ante la creciente presión ejercida por los rusos; pero recibió la orden de mantener sólidamente las posiciones que ocupaba. Al oponerse a estas órdenes, se vio obligado a dimitir. General Guderian, comandante de las fuerzas acorazadas: durante la campaña de Rusia, como ya había ocurrido en 1940 en la de Francia, Guderian «ignoró» varias veces las órdenes recibidas. Por ello, Hitler, tras los primeros reveses sufridos por la *Wehrmatch*, le exoneró del mando. *(Imperial War Museum) - (History of the Second World War)*

Hitler no tenía confianza en sus oficiales de grado más elevado: ya en 1938 había obligado a dimitir a Blomberg, ministro de la Guerra, y también destituyó al comandante en jefe del Ejército, el general Fritsch. En invierno de 1941, al ver detenidos a sus ejércitos, a causa de la inesperada resistencia rusa y de los rigores del invierno, volcó su ira contra los jefes militares. En esta ocasión la "purga" fue de gran alcance: se exoneró a 35 generales, y Brauchitsch, el jefe que desempeñaba el cargo más alto en el Ejército, cayó en desgracia y tuvo que dimitir.

En diciembre de 1941 el Ejército alemán sufrió su primer revés desde el comienzo de la guerra. Es más, como el Estado Mayor General estaba firmemente convencido de que lo ocurrido en 1918 no fue una derrota, sino una retirada y una traición, la batalla por Moscú era el primer fracaso aceptado desde los tiempos del Marne.

Por diversas razones, que ya se han explicado en otro lugar, las consecuencias de este revés, aunque graves en su aspecto táctico, no lo fueron tanto desde el punto de vista estratégico. Pero sus efectos en la constitución y en la actitud del Ejército alemán, así como en la estructura del poder en el tercer Reich, fueron muy amplios y profundos.

Antes de examinar estas repercusiones es importante saber cómo funcionaba la cadena de mando y hasta qué punto el Ejército era aún una entidad independiente. En los tiempos de la segunda Guerra Mundial, la fuerza de la personalidad de Hitler y la habilidad con la que había privado al Ejército de todo poder político en el transcurso de los años treinta, quitó a los militares toda influencia en la vida política, lo que dejó en ellos un profundo descontento profesional que en algunos casos llegó a manifestarse como una mal disimulada insubordinación.

Hitler afianzó su ascendiente personal en el Ejército en 1938, con la destitución de Blomberg y con el proceso contra el comandante en jefe Fritsch. Los puestos que quedaron vacantes los cubrió el mismo Hitler, en calidad de ministro de la Guerra, y con su maleable y sumiso Brauchitsch, como comandante en jefe. Al año siguiente, un decreto promulgaba el más importante de todos los cambios: la unificación de los ministerios de los tres Ejércitos en un pequeño comité ejecutivo (el OKW), que presidía el mismo *Führer*. También en esta ocasión, los puestos capitales en la nueva organización no se asignaron a los que ocupaban los más altos cargos en el Ejército, sino a los oficiales preferidos por Hitler: Keitel y Jodl.

De esta manera, el Alto Mando del Ejército (el OKH) no tenía influencia alguna en la dirección de la guerra, ni siquiera contactos directos con los consejos de guerra, excepto a través de la persona de Brauchitsch. Halder, jefe de Estado Mayor del Ejército, sólo tenía una mínima parte del poder y de la influencia de que habían gozado sus predecesores en la época de la primera Guerra Mundial.

Esta era, en teoría, la situación; pero, a principios de otoño de 1941, diversos factores comprometieron su validez. Ante todo, estaba el enorme e indiscutido prestigio del Ejército: mientras la *Luftwaffe* no había conseguido el éxito esperado y la acción de la Marina no pasó de discreta, el Ejército permanecía invicto. La hasta entonces victoriosa guerra, y más aún, la misma estructura del Reich, se apoyaba, o por lo menos lo parecía, en la preparación, la disciplina y el valor de los soldados y oficiales alemanes.

Además, el Ejército estaba ahora completamente desplegado en Oriente, con casi 3.500.000 hombres. Ni la Gestapo ni las SS habían conseguido penetrar en él, y por lo tanto se estaba convirtiendo cada vez más en una entidad independiente. Contaba con sus propias organizaciones de seguridad y con sus propios Servicios de Información, y, una vez lejos del suelo alemán, el Ejército empezó a desarrollar y a difundir opiniones propias acerca de cómo se debería dirigir la campaña.

Estas opiniones, como es lógico, variaban según la posición y las perspectivas de los que las expresaban. Por ejemplo, el *Feldmariscal* von Leeb había organizado un ataque en gran escala contra Leningrado tres días después de recibir la orden de destinar el grueso de sus fuerzas acorazadas y aéreas para operaciones en el frente central. Interpretó a su manera la frase «...la ciudad debe antes cercarse estrechamente», y había «ignorado» la frase final de la directiva del *Führer*, que decía: «Todo ahorro de tiempo, con su consiguiente anticipación sobre los tiempos preestablecidos, repercutirá a favor de la operación (es decir, del ataque por parte del Grupo de Ejércitos del Centro) y de su preparación.

Esta tendencia de los diversos comandantes de intentar mantener el centro de gravedad de las operaciones en el propio frente ya se había revelado antes en Guderian. Con la aprobación tácita, o quizá con el aliento de su comandante de Grupo de Ejércitos, Bock, Guderian mantuvo sus fuerzas acorazadas en acción contra los rusos en Yebri y, posteriormente, había tenido ocupadas a las reservas de Timoshenko en la batalla por Roslavl, a pesar de haber recibido órdenes de reunir de nuevo sus divisiones para el avance hacia el Sur.

Los comandantes tampoco estaban de acuerdo en el aspecto táctico, según mandasen unidades *Panzer* o de infantería. Los de las fuerzas *Panzer* (Manstein, Hoth, Kleist y sobre todo Guderian) eran partidarios de envolvimientos cada vez más amplios y de penetraciones más profundas; pero los que mandaban la infantería, que se movía a paso de hombre, con cañones y víveres transportados por caballos, consideraban que esta táctica entrañaba graves peligros.

No obstante, los generales, aun discrepando entre sí en cuestiones de estrategia y de táctica, estaban en su mayoría de acuerdo en cuanto al desprecio y desagrado que profesaban por la «guía superior» (como la llamaba Halder en su diario). Muchos de ellos (Guderian era una excepción notable) habían sido consultados, en algún determinado momento, sobre la conveniencia de «sustituir» al *Führer*, y hasta lo habían discutido abiertamente con otros. Halder llegó a participar realmente en un proyecto para asesinar a Hitler y hasta Brauchitsch prestó oídos a una incitación para «deponer» al *Führer*.

No tenemos pruebas para determinar hasta qué punto Hitler estaba al corriente de todo esto; pero sus sospechas (justificadísimas) pueden medirse por las precauciones que se tomaron con motivo de una de sus visitas al frente: al puesto de mando del Grupo de Ejércitos del Centro, el día 3 de agosto. En aquella ocasión, los dos oficiales más vinculados al comandante del Grupo de Ejércitos habían preparado un plan para secuestrar al *Führer* y obligarle a dimitir. Pero se encontraron con que se hallaba tan estrechamente protegido por los hombres de las SS que les resultó imposible acercarse a él. Incluso durante la reunión «su guardia personal habría matado a cualquiera que hubiera metido la mano en el bolsillo para sacar el pañuelo».

Abiertamente desleales en la palabra y en el pensamiento (aunque no en los hechos), divididos entre sí en cuestiones de estrategia y de táctica, dispuestos, en cuanto se presentaba la ocasión, a seguir sus propias ideas a expensas de los planes «equivocados» del OKW, Hitler pensaba que ya era tiempo de «meter en cintura» a los comandantes del Ejército alemán. Pero no era fácil reprender a comandantes valerosos durante una campaña espectacular y en apariencia victoriosa

Sin embargo, ahora, en diciembre de 1942, el Ejército alemán acababa de sufrir un revés terrible y peligroso. Todos los ingredientes clásicos de una derrota se acumularon en un solo golpe, que puso en peligro todo el centro del despliegue alemán. Sus tres Ejércitos más fuertes, el 1, el 9 y el 2º *Panzer*, habían sido diseminados al máximo, en un frente excesivamente largo. Los hombres estaban agotados por las infinitas marchas y contramarchas de las batallas del verano. Ni la infantería ni los carros de combate estaban equipados para los rigores invernales rusos, y, con temperaturas muy inferiores a cero, debían hacer frente a los ataques de las divisiones rusas llegadas recientemente del Ejército de Extremo Oriente.

En esta situación los altos mandos recurrieron al principio de que, si no se puede cortar una penetración, es preciso hacer retroceder los flancos para evitar el envolvimiento. Pero en aquellas gélidas tormentas de nieve, los alemanes, vestidos con ropas inadecuadas, no se podían retirar a la misma velocidad con la que avanzaban las tropas rusas, y así, a los tres días del comienzo de la ofensiva de Zukov, el Grupo de Ejércitos del Centro empezó a experimentar un peligrosos proceso de fraccionamiento.

Para empeorar la situación, Brauchitsch acababa de sufrir un ataque cardíaco; le aquejaba una «gran dificultad en la respiración», y, naturalmente apenas podía atender los continuos y angustiosos mensajes que los teletipos llevaban a su lecho de enfermo. Bock padecía calambres en el estómago, y sólo podía dejar el lecho tres o cuatro horas al día; y, por último, Hoeppner sufría disentería. Con el fracaso ante Moscú, todo el Ejército, desde los generales a los soldados, era presa de un gran deseo de volver a la patria lo más pronto posible.

Parece probable que Hitler tuviera la intención de llevar a cabo modificaciones en la estructura de los mandos incluso antes de la derrota, puesto que ya hacía cierto tiempo que había adoptado el sistema de comunicar directamente con los comandantes de Ejército, y aun de Cuerpo de Ejército. Y esto se hizo aún más ostensible a raíz del incidente que provocó la dimisión de Rundstedt.

Que un *Feldmariscal*, al mando de un Grupo de Ejércitos en el frente, tuviera que amenazar con la dimisión para hacer que se aceptasen sus consejos era bastante grave; pero que se aceptase su dimisión en plena batalla era extraordinario.

Licenciamiento de 35 generales de alto rango

Brauchitsch presentó su dimisión el 7 de diciembre (menos de 36 horas después del comienzo de la contraofensiva de Zukov) por razones de «salud». «Si hubiera permanecido en su puesto siquiera una semana más habríamos ido a una catástrofe», afirmó Hitler, quien habló entonces de Brauchitsch en los peores términos. En las tres semanas siguientes, 35 comandantes de Ejército, de Cuerpo de Ejército y de división siguieron la suerte de su comandante en jefe: entre ellos algunos rodeados del máximo prestigio, como Guderian, Hoeppner, Hans y el conde von Sponeck (el jefe de los paracaidistas que se lanzaron sobre La Haya el año anterior).

¿Qué se perseguía con estos licenciamientos en masa? En términos operativos se trataba de inducir a los comandantes del Ejército, con medidas disciplinarias, a que se mantuviesen firmes combatiendo –y muriendo– donde se encontraban; se trataba de conjurar el peligro de una retirada que en pocos días se podría transformar en una fuga precipitada; y también se trataba de mantener una barrera detrás de la cual se pudiera construir la *Igulstellen*, la red de localidades fortificadas que más tarde habría de envolver en sus malla a los rusos.

Pero Hitler era al mismo tiempo un político muy hábil. Pensaba en el Ejército en términos políticos, midiendo su poder y su influencia no sólo por su función sustancial, sino también considerándolo como la fuerza que daba un sentido y un peso a su política exterior. Ni siquiera las depuraciones stalinianas de 1938 habían eliminado tan gran número de oficiales de elevada graduación y en tan breve tiempo; no obstante, es preciso hacer observar que Hitler obraba bajo el acicate de una guerra en curso. Y, por lo demás, a sus generales sólo los licenciaba...

Por otra parte, muchos observadores están de acuerdo hoy día en el hecho de que, a pesar de su dureza, la depuración hitleriana y sus órdenes de no retirarse salvaron la situación del Ejército alemán. He aquí las consideraciones *a posteriori* del jefe del Estado Mayor de Kluge:

«La orden fanática de Hitler, según la cual las tropas habían de mantenerse con firmeza, en cualquier posición y en las circunstancias más imposibles, era, sin duda, justa. Hitler se dio cuenta de que cualquier retirada a través de la nieve y del hielo conduciría en pocos días a la disolución del frente y que, si esto ocurría, a la *Wehrmacht* le esperaba el mismo destino de la *Grande Armée*».

El general von Tippelskirch va incluso más allá, considerando aquella orden como «la única gran empresa de Hitler. En aquel momento crítico las tropas recordaban lo que habían oído sobre la retirada de Napoleón de Moscú, y esto era una pesadilla para ellas. Una vez comenzaran la retirada, ésta habría podido transformarse en una fuga».

Todo esto es cierto en lo que concierne a los resultados operativos inmediatos de la intervención del *Führer*. Pero con su derroche de talentos militares y con la implacable imposición de su voluntad, Hitler alteró por entero el planteamiento del Ejército. Sus acciones reflejas, notables hasta aquel momento por la flexibilidad táctica y la velocidad de aprovechamiento de la acción, se atrofiaron gradualmente en cuanto los comandantes se sintieron vigilados.

Interferencia por parte de las SS

Si Hitler se hubiera limitado a actuar como un comandante en jefe, duro e inflexible, los efectos sobre el Ejército habrían sido menos graves. Pero, junto a su interferencia en las operaciones militares, empezaron a desarrollarse otros fenómenos de origen más político que militar. El aumento del poder y del radio de acción de las formaciones paramilitares del partido nazi y, en particular, la proliferación de las unidades *Waffen* SS

El número de los alumnos en los cuarteles de las SS de Bad Tolz, que fue casi constante a partir de 1938, se triplicó en 1942. Hasta entonces, las pocas divisiones SS en el frente oriental habían luchado al lado de las divisiones del Ejército regular; pero, desde aquel momento, empezaron a crecer y a alcanzar la categoría de Cuerpos de Ejército e incluso de Ejércitos nominales. Los oficiales de las SS lograban más rápidamente sus ascensos, y a menudo se los prefería a los de la *Wehrmacht*.

La ampliación de las SS costó muy cara al Ejército en cuanto a armamento y equipo. En el primer trimestre de 1942, por lo menos el 60 % del armamento y del equipo nuevo les correspondió a ellas. Lo mismo se puede decir respecto a las armas de nueva invención y a las perfeccionadas, como el cañón contracarro de 88 mm y los carros de combate *Pantera* y *Tigre*, que se asignaron primero a las SS, cuando hubiera sido mejor confiar la prueba de su validez a unidades experimentadas del Ejército regular.

Asimismo, la creación por parte de Goering de divisiones de campaña de la *Luftwaffe* significó aún un mayor derroche de recursos. Se trataba de divisiones de infantería equipadas con material totalmente nuevo, hasta el último cartucho. Sin embargo, su actuación demostró que el valor y el entusiasmo de partido no podían sustituir a la formación profesional en el campo de batalla.

En el aspecto administrativo aún se le pusieron más trabas al Ejército. A excepción de una zona de combate, de una profundidad nominal de 56 km, el Ejército debía dividir el poder con el *Ostministerium* y el *Reichskommissar*, nombrado por aquel, que recibían órdenes directas de Berlín; las SS y las autoridades de policía rendían cuenta de sus acciones a Himmler.

Además, los funcionarios del plan cuatrienal, dirigido por Goering, y varias otras entidades económicas, chocaban constantemente con la administración de los ferrocarriles alemanes y con el Ministerio de Armamentos, con el de Comunicaciones, con el del Interior y con el de Asuntos Económicos. La corporación de las construcciones (Organización *Todt*) tenía también su parte en aquel continuo confundir y usurpar una autoridad que tradicionalmente pertenecía a los militares. Así fue como la derrota en el frente, en invierno de 1941, dio paso a un casi completo predominio político del *Führer* sobre el Ejército. Era una mordaza que se apretaba inexorablemente a medida que se prolongaba la guerra y que se convirtió en un estrujamiento mortal después del atentado de 1944.

ALAN CLARK

Estudió en Eton y en el «Christ Church College» de Oxford. Adquirió notoriedad con la publicación de su polémico estudio, *The Donkeys*, sobre los comandantes y las batallas del BEF, en 1915. Su conocido libro sobre el conflicto ruso-alemán, *Barbarroja*, consiguió un éxito inmediato. Desde entonces ha destacado como componente del pequeño grupo de la «joven generación» de historiadores británicos, que ha alcanzado renombre internacional. Sus libros se traducen en toda Europa, y además se publican en los Estados Unidos.